*MASTER NEGATIVE*
*NO. 93-81209-3*

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

# COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

*AUTHOR:*

SANCHEZ-ALBORNOZ, CLAUDIO

*TITLE:*

LA ESPANA MUSULMANA SEGUN LOS AUTORES ...

*PLACE:*

BUENOS AIRES

*DATE:*

[1946]

Master Negative #

93-81209-3

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

## BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

946.02
Sa553

**Sánchez-Albornoz y Meduiña, Claudio, 1893– ed.**
La España musulmana, según los autores islamitas y cristianos medievales. [1. ed.] Buenos Aires, El Ateneo [1946]
2 v. illus. (part col.) maps (part fold.) 24 cm.

1. Spain—Hist.—Arab period, 711–1492—Sources. I. Title.

DP100.S3 946.02 49–15243*

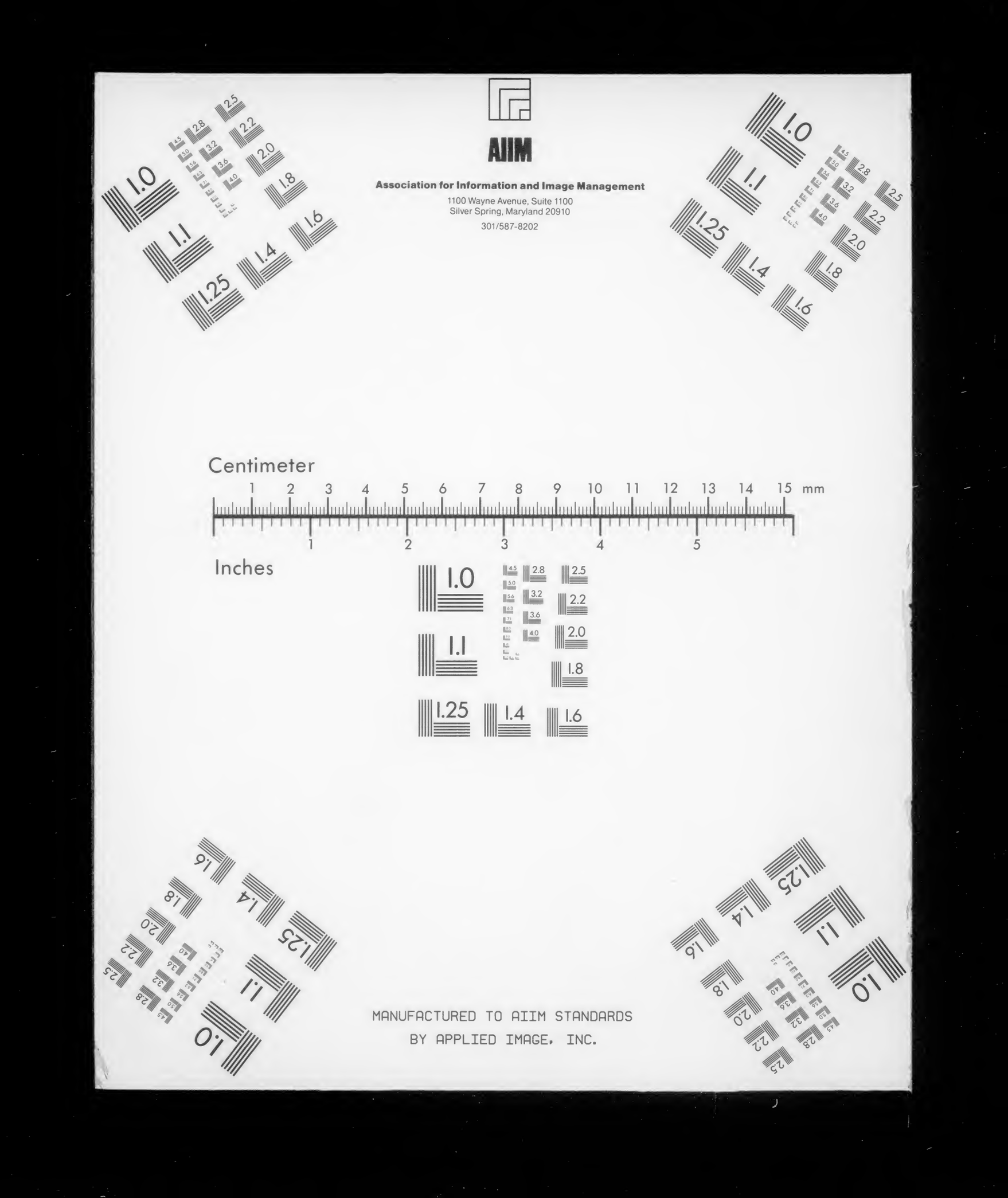
Library of Congress [1]

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA ~~IA~~ IB IIB
DATE FILMED: 3-24-93 INITIALS mbf
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

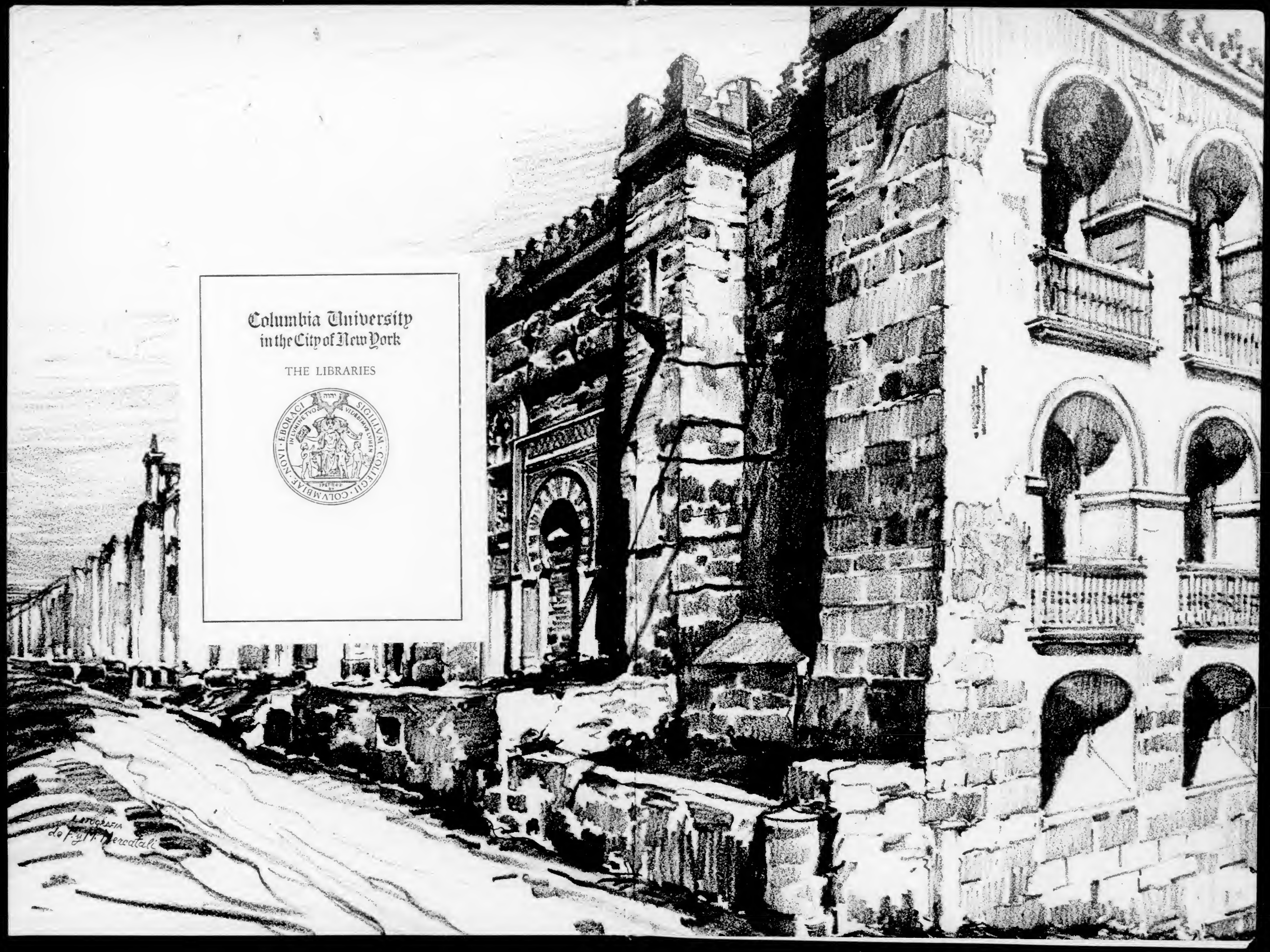
# VOLUME 1


AIIM
Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202
Centimeter
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 mm
1 2 3 4 5
Inches
MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

Columbia University
in the City of New York

THE LIBRARIES





# LA ESPAÑA MUSULMANA

P R I M E R A  E D I C I Ó N

*Queda hecho el depósito que previene la ley. Reservados todos los derechos.*

I M P R E S O  E N  L A  A R G E N T I N A

Se acabó de imprimir este libro el día 12 de Agosto de 1946, en la Imprenta de F. y M. Mercatali, Av. Acoyte 269, Buenos Aires.

Córdoba. Interior de la Mezquita.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

# LA ESPAÑA MUSULMANA

*Según los autores islamitas y cristianos medievales*

TOMO I

LIBRERIA Y EDITORIAL "EL ATENEO"
Florida 344 - Córdoba 2099 - Buenos Aires

Córdoba. Interior de la Mezquita.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

# LA ESPAÑA MUSULMANA

*Según los autores islamitas y cristianos medievales*

TOMO I

LIBRERIA Y EDITORIAL "EL ATENEO"
Florida 344 - Córdoba 2099 - Buenos Aires

946.02
Sa553

V.1

20135F

BVT 20135 JUL 14 1959

A LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DE LA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

PRIMERA DE AMÉRICA QUE HA INICIADO LA ENSEÑANZA

Y LA INVESTIGACIÓN DE LA

HISTORIA DE LA CULTURA ESPAÑOLA

AGRADECIDO A LA CONFIANZA QUE ME HA OTORGADO

AL CONFIARME LA NUEVA CÁTEDRA Y EL NUEVO INSTITUTO.

# INTRODUCCION

La España musulmana —Al-Andalus en el mundo de lengua árabe— no ha ocupado una postura tangencial en la historia española. España es hija de los reinos cristianos que lucharon con ella durante muy cerca de ocho siglos (28 de abril del 711 a 2 de enero del 1492). Está hoy de moda negar la existencia no interrumpida de ese gran duelo guerrero. Pero una rigurosa cronología de los hechos de armas de la multisecular contienda obliga a rechazar la nueva y equivocada tesis. A lo largo de tan dilatado período de tiempo, el Islam hispano ejerció influencias culturales de gran trascendencia en los pueblos cristianos que convivieron con él en el solar peninsular. Ideas, formas literarias y artísticas, modas y costumbres han circulado siempre por cualesquier caminos entre los países vecinos, aunque se hayan combatido con saña de continuo. En el curso de esos ocho siglos de casi permanente batallar, se produjeron, además, varias emigraciones en masa, hacia tierras cristianas, de las minorías de signo religioso idéntico que vivían en Al-Andalus; y fueron conquistándose por la España europea comunidades urbanas de importancia, habitadas por gentes de los dos credos y de las dos culturas. Y aquellos desplazamientos migratorios y estas conquistas hubieran bastado, de por sí, para provocar fecundos contactos culturales entre las dos Españas, con el natural predominio, en ellos, de la más avanzada y vital.

Pero con haber sido trascendentales los frutos de la influencia espiritual de Al-Andalus en los reinos cristianos españoles, fueron mucho más decisivas las consecuencias del multisecular contacto pugnaz entre las dos Españas. La España europea había nacido en el fragor de los combates y ese batallar acentuó viejas modalidades de la Hispania primitiva, castró otras y creó no pocas nuevas. Lo he apuntado más de una vez —y habré de desarrollar pronto mi breve esquema—: España, con sus grandezas y sus defectos, es el resultado de esa lucha de ochocientos años. En vano se ha intentado explicar de otra manera y por otros caminos el enigma hispano. La clave de la psicología, del

estilo temperamental y de las instituciones españolas está ahí, en la pugna de ocho siglos de la España cristiana con Al-Andalus. En esa lucha se forjó el alma hispana y se talló el torso de la España actual. Vivimos aún de las consecuencias funestas de las singularidades de nuestra Edad Media. El Islam o, para decir mejor, la reacción contra el Islam peninsular, engendró la excepcional y desconcertante comunidad humana que ha sido y es España. Y como por obra de las peculiaridades de nuestra vida medieval, España fundó veinte pueblos a este lado del Océano, los cuales, más que les pese y para su fortuna —en la historia los siglos pasan pronto y es siempre prematuro, por ello, juzgar del porvenir de una cultura y de una raza— han recibido la herencia psíquica y temperamental española, he aquí por qué puede afirmarse que la España musulmana ha desempeñado papel activo y no marginal en el pasado de Hispania, es decir, de la Península y de sus hijas de América.

La historia de la España musulmana nos envía, además, vibrantes y dramáticos mensajes. Lo he dicho, también, más de una vez: la historia no es la ciencia de los muertos sino de la vida, porque el hombre no es al cabo sino historia. Dentro de la limitada libertad con que hombres y pueblos se mueven en el curso de los siglos, actúan empujados por su estilo peculiar que es corolario obligado de su pasado. Por ello los hasta ahora desoídos hirientes mensajes de la historia son tan imperativos, a las veces, como las leyes físicas y su quebrantamiento acarrea traumatismos de consecuencias mucho más graves que los desafíos a los mandatos de la naturaleza, porque son pueblos, y a veces hasta continentes enteros, los sujetos que se enfrentan con los mandatos de la historia.

Si Al-Andalus o la España musulmana hubiera estado habitada por hombres de raza no española y sin acción directa en la vida de la España moderna y de la actual, siempre sus mensajes serían preceptivos para nosotros. Pues cualquiera que sea la ascendencia étnica y cultural de un pueblo, su experiencia histórica brinda a todas las comunidades humanas, no ya consejos magistrales, sino esas órdenes, cuya violación engendra males de incalculable alcance. Pero los musulmanes de España descendían, en su inmensa mayoría, de españoles convertidos al Islam y, en consecuencia, la historia de Al-Andalus tiene para los hispanos de allende y de aquende el Atlántico, el valor de todas las otras páginas del pretérito común.



*
* *

No existe ninguna moderna y cabal historia de la España musulmana. La escribió en el siglo XVII un historiador magrebí, Al-Maqqarí, y Gayangos la tradujo y la anotó hace más de cien años [2]; pero no obstante el celo de ambos, las fechas de la redacción y de la versión y anotación de la obra, merman considerablemente el valor de la misma. No mucho después que Gayangos anotara a Al-Maqqarí, el gran orientalista holandés Dozy [3] consagró una obra admirable al período de la historia hispano-árabe comprendido entre la invasión islamita de la Península y la conquista almorávide de Al-Andalus. Fuera de esa época (711-1110) quedaron los largos siglos de las dominaciones africanas y del reino granadino (1110-1492). Un notable arabista español, Lafuente Alcántara [4], había escrito poco antes —también hará pronto una centuria— una historia de Granada. No es parejo el mérito de ambos libros, aunque no sea en modo alguno tan distinto como su muy desigual nombradía podría hacer sospechar. Pero ni los dos abarcan toda la historia de la España musulmana, ni al cabo de un siglo puede conservar sus viejos valores ningún género de estudios históricos, ni siquiera los que, como la historia de Dozy, sigan siendo, por siempre, monumentos imperecederos del ingenio y del saber de un gran historiador.

Las obras históricas envejecen muy de prisa y un siglo es muy largo plazo, para que en torno a cualquier página del pretérito de un pueblo no se haya producido un doble cambio: fruto, de una parte, de la ininterrumpida ampliación del panorama de la historia, mediante el sucesivo examinar de nuevas facetas de la vida humana; y fruto, de la otra, del perdurable crecer del caudal de las fuentes históricas, que va alimentando con aguas nuevas el río de nuestro conocimiento del pasado.

Ese doble fenómeno historiográfico se ha dado intensamente, en relación a la historia de la España musulmana, a lo largo del siglo que tienen ya o que van pronto a cumplir las obras de Gayangos, Dozy y Lafuente Alcántara. Durante él ha surgido y ha florecido la gran escuela del arabismo español, y sus miembros —y con ellos varios arabistas no españoles, alguno de gran mérito— han trabajado con éxito sobre los temas más diversos y más atrayentes del pasado de Al-An-

dalus. Y en el curso de esos cien años se han abierto a los estudiosos muchos archivos y bibliotecas del Norte de Africa y, especialmente en los de Marruecos, se han realizado hallazgos que, sin hipérbole, podemos calificar de sensacionales.

Tras Codera, cuyos méritos principales estriban en la publicación de diversos textos inéditos y de numerosas monografías breves sobre temas de historia política [5] y en el adoctrinamiento de los grandes maestros Ribera y Asín, éstos han dado un impulso decisivo a los estudios arábigos. Debemos al primero monografías de gran valor científico sobre la lengua, la literatura, la enseñanza, la música y las instituciones de la España musulmana [6]. Ha revolucionado el segundo el conocimiento de la filosofía y la mística hispano-árabes. Ambos han descubierto horizontes insospechados sobre las influencias culturales de Al-Andalus en el Occidente Europeo [7]. Sus discípulos, ya maestros a su vez, han continuado su labor por las sendas que ellos abrieron y han abierto otras nuevas, por lo que hace al arte, a la poesía, a la filología, al derecho... de la España islamizada [8]. Y fuera de la Península, sobre todo Lévi-Provençal, ha llevado a cabo una tarea de proporciones extraordinarias y de celo y profundidad tales, que su nombre merece situarse junto al de Dozy en el campo del arabismo hispanizante [9].

Las búsquedas del grupo español en los inagotables fondos árabes de la Biblioteca del Escorial, de la Biblioteca Nacional de España y de la Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid han enriquecido de modo asombroso las fuentes aprovechables para escribir la historia completa de la cultura hispano-árabe. Y han contribuído mucho también al acrecentamiento de las mismas, las investigaciones del grupo francés en los archivos y bibliotecas africanos, y singularmente los maravillosos hallazgos de Lévi-Provençal en la Biblioteca de la Mezquita del Qarawiyín de Fez, donde se han guardado durante cerca de siete siglos los libros enviados por Sancho IV al sultán meriní, en 1285.

En el curso del siglo transcurrido desde la aparición de la obra de Gayangos, la historia de la España musulmana ha alcanzado por tanto, vertical y horizontalmente, un desarrollo que cabe calificar de enorme. Por las fechas de todas, por haberse limitado las más modernas de Lafuente Alcántara y de Dozy a dos períodos del islamismo peninsular y por abarcar sólo la del último la historia política, hace tiempo que urge la redacción de una nueva gran historia del Islam hispano, que presente un cuadro exhaustivo de lo mucho de



nuevo que hoy sabemos sobre él [10]. Son los arabistas españoles e hispanizantes los llamados a escribirla. La empresa es ardua y de gran aliento. Por lo que tiene de revisión general de un enorme caudal de fuentes, a veces ni siquiera publicadas, y de un caudal no menor de monografías muy varias y muy dispersas. Y, porque requiere un talento singular para la síntesis y una pluma bien cortada. Comprendo, por ello, que los arabistas vacilen en acometer la magna y difícil empresa, y mi insatisfacción perpetua por los resultados de las investigaciones de la especialidad que cultivo, me hace adivinar que la misma postura científica atajará a los arabistas en el camino hacia la redacción de la obra que están obligados a escribir. Pues ellos tienen, como yo, no el orgullo sino la humildad de los investigadores, que juzgan siempre precisos nuevos estudios monográficos para ver más claro el panorama general del pueblo y del período que aspiran a conocer.

Pero de vez en vez, sin abandonar las investigaciones monográficas, es indispensable hacer un alto en el camino y lanzarse a la aventura de la síntesis. Las historias generales escritas por diversos colaboradores que en numerosos países del mundo han aparecido en los últimos tiempos, o que están en curso de publicación, han venido a coordinar la doble necesidad de dar a la estampa obras sintéticas y de que sean redactadas por especialistas. Brindo desde aquí la idea a los arabistas españoles. Si es que no se disponen a realizarla participando en la gran Historia de España que dirige Menéndez-Pidal. Mas a juzgar por el ritmo con que ésta se publica —la planeamos juntos en 1926 y han visto la luz hasta ahora dos tomos— es probable que pasen muchas décadas antes de que pueda aparecer la apetecida historia de la España musulmana. He aquí por qué he sucumbido yo a la tentación de brindar al público de habla castellana, si no la obra integral de moderna factura que sólo los arabistas españoles e hispanizantes podrían preparar en largos años de labor, otra, de naturaleza diferente, pero capaz de ofrecer una visión panorámica del Islam hispano, tal como nos es hoy conocido.

*
* *

He explicado varias veces mi deslizamiento hacia el estudio de la historia de la España arabizada. El gran maestro de la historia de las instituciones medievales españolas, Eduardo de Hinojosa, despertó mi vocación por tal género de estudios y a ellos me consagré desde muy

temprano. Para encuadrar el problema de los orígenes de las instituciones castellano-leonesas en el marco de la historia política dediqué atención a los comienzos de la Reconquista. Al investigarlos tropecé con las fuentes árabes indispensables para estudiar el pretérito del reino de Asturias y hube de examinarlas con detención. Ellas me brindaron una visión del ejército islamita del primer siglo de la dominación musulmana en España, en flagrante contradicción con la que servía de base a la tesis del gran historiador del derecho germánico, Brunner, sobre los orígenes del feudalismo. Me sentí arrastrado a examinar tal cuestión, y al hacerlo hube de profundizar mis contactos con las crónicas e historias arábigas. Fruto de ellos han sido diversas obras consagradas a tales fuentes y a los primeros tiempos de la organización militar de la España musulmana [11]. Y como consecuencia de tales investigaciones, heme dejado atraer, poco a poco, hacia el estudio de la historia del Islam peninsular.

No descubro ninguna intimidad al declararme ajeno a la escuela del arabismo español. Con humildad lo reconozco y proclamo. Pero esa confesión me autoriza a hacer la orgullosa afirmación de que, fuera de ella, soy el profano que más atención ha consagrado a la historia de la España musulmana, y a declarar, con la sonrisa en los labios, eso sí, que confío en recibir un día de los miembros de ese grupo el título de arabista honorario.

Estas palabras y las dichas sobre las dificultades que cierran el camino a la redacción de una historia de la España islamita, bastarán para justificar la modalidad singular de esta obra. No me cabía libertad de opción. Puesto que los arabistas no se atrevían, con razón, a acometer la gran aventura de escribir una historia general de la España musulmana, menos podía yo lanzarme a tal empresa en Buenos Aires: por la fallas de mi preparación y por la falta de elementos con que aquí hubiese tropezado para llevarla a término. Y como, sin embargo, juzgo urgente ofrecer al público hispano-americano una visión integral de la España arabizada —por el interés esencial que esa visión tiene en sí misma, según queda probado, y por el interés, no sé si justificado pero indudable, que en la América española inspira el pasado muslim de España— heme aquí dispuesto a brindar a los lectores del Nuevo Mundo no una historia cabal de Al-Andalus, es decir de la España musulmana, pero sí una exposición pormenorizada de esa historia que permita a los lectores conocer el panorama actual del pretérito del Islam español.

Para no acometer la loca aventura de escribir la historia de la España



arabizada y trazar, sin embargo, una visión detallada de la misma, no me cabía sino una posibilidad: la de dejar hablar a los cronistas, historiadores, compiladores, príncipes, gobernantes, alfaquíes, poetas, filósofos, místicos, juristas y hombres de ciencia musulmanes y cristianos, que en el curso de los siglos medievales han ido trazando intencionadamente la historia de Al-Andalus o que nos han descubierto, en sus obras, las ideas, las instituciones, las costumbres, la ciencia... en una palabra: la vida toda de los islamitas españoles. Mi labor no ha sido tan ardua y arriesgada como la que me hubiese requerido la redacción de una historia integral del Islam español, pero no ha sido fácil. Porque ella ha implicado una cuidadosa búsqueda y una cuidadosa selección de los pasajes históricos, literarios o científicos que mejor pudieran presentar el panorama pormenorizado de la España mora [12]. Y porque, para valorizarlos y enlazarlos, me ha sido a la postre indispensable trazar, en verdad, un anticipo de la historia que no me atrevía a escribir.

Estoy seguro de no haber podido ofrecer una perfecta selección de textos. Nunca un hombre, cualquiera que sea su preparación y su ingenio, es capaz de realizar una obra perfecta y menos aún una perfecta selección de fuentes. Sin remedio influyen en la descriminación de las mismas sus gustos y sus inclinaciones personales. En Buenos Aires y en estas horas de incomunicación —hoy, aunque parezca paradoja, es más difícil que durante la guerra hacer venir libros de España— me ha sido, además, imposible encontrar algunas ediciones de diversas obras que hubieran podido brindarme pasajes luminosos para dar a conocer matices de la psicología y de la vida de la España musulmana. Y por ello he debido de reemplazarlos por otros, tomados de los textos que me ha sido dable consultar.

Sería insincero, sin embargo, si no declarase con orgullo que he agotado todas las posibilidades de selección y que estoy satisfecho de no haber dejado ningún claro en la detallada visión de conjunto del islam hispano que me propuse trazar. El lector echará tal vez de menos, en algunos siglos, noticias sobre diversos temas que le hubiera interesado conocer. No debe olvidar que me he visto forzado a limitarme a dejar hablar a los autores islamitas y cristianos, y que éstos por desgracia han guardado silencio muchas veces, a lo menos muchas más de las que desearíamos, sobre múltiples cuestiones del más vivo interés. Y debo recordar que, pese a los asombrosos hallazgos realizados en España y en Africa en lo que va del siglo, es enorme —y no hay hipérbole en el calificativo— el caudal de fuentes arábigas perdidas. El continuo avance de la Reconquista hacia el sur, la expul-

sión final del Islam, del solar peninsular, y la posterior persecución de los últimos vestigios étnicos y culturales de los islamitas hispanos, devoraron inmensos tesoros bibliográficos. Me atrevo a afirmar que poseemos mínima parte de la producción histórica, literaria, filosófica o científica de los musulmanes de España, y nos faltan, por tanto, muchedumbre de noticias sobre muchedumbre de temas diversos del pasado de Al-Andalus.

Las que he podido reunir de entre las salvadas y de entre las que me han sido accesibles en Buenos Aires, me parecen bastantes, sin embargo, para que pueda formarse una idea cabal de la España islamita tal como la conocemos hoy, y no sólo en su costra cortesana, política y militar, como se ofrece en las obras de Dozy y Lafuente Alcántara, sino en su entraña misma, en su enjundia más íntima y recatada. Los cronistas e historiadores musulmanes que escribieron la historia del Islam peninsular fueron, en efecto, tan parleros, tan amigos de la anécdota y del detalle, que su lectura nos permite mirar muy hondo en los entresijos de la sociedad hispano-árabe. Y como sus prosistas, sus poetas, sus filósofos, sus místicos, sus juristas y sus políticos no fueron nada herméticos, sino que abrieron con facilidad las válvulas que aprisionaban su propia intimidad, no es difícil adentrarse a campo traviesa en el alma colectiva del pueblo hispano-islamita, y descubrir los pliegues más recónditos de las almas individuales de muchos musulmanes españoles. Y por ello esta obra mía va a compensar, por cauces peculiares, lo que le falte de orgánica reconstrucción de la historia de Al-Andalus.

*
* *

La historia cabal de cualquier pueblo o nación, o de cualquier hombre o período, debe procurar aprisionar no sólo la superestructura individual o colectiva sino también la subestructura de la masa o del héroe cuya vida se intenta estudiar. Y los auténticos historiadores se esfuerzan, por eso, en descubrir los misterios del íntimo yo del pueblo o del personaje que pretenden hacer revivir, para ofrecérselos a los frecuentadores de sus obras históricas. En ésta voy a ensayar un nuevo sistema. No voy a dar ya totalmente elaborada la papilla histórica, y perdóneseme la atrevida metáfora. Busco la colaboración del curioso lector y le invito a acometer la intrépida aventura de explorar y de descubrir por sí mismo los entresijos y la entraña misma de la sociedad



hispano-musulmana y de sus grandes individualidades de excepción. Procuro, eso sí, ofrecerle la frágil nave o el brioso corcel con que poder cruzar el ignoto mar o la lejana tierra virgen, mediante prologuillos, de factura diversa, que enlazan los textos, preparan a su lectura, o los anotan y explican. Aspiran ellos a suplir la falta de los pasajes que no han podido ser reproducidos y las fallas de los publicados, e intentan llenar el vacío histórico que podría quedar entre los reproducidos. Pero tienden, ante todo, a descubrir al lector el mejor rumbo que puede seguir en la exploración individual a que le incito.

Al asomarse a toda obra histórica, todos apetecen satisfacer un deseo diferente y se detienen en una meta diversa. Unos buscan sólo llenar de modo placentero una velada invernal o una calurosa jornada veraniega. Otras procuran aprender, instruirse, mejorar su cultura, y leen con calma o con avidez pero sin intención crítica. Los menos intentan superar estas dos cimas y las completan con una inquisitiva, y a veces incisiva, finalidad crítica, y con un bucear inteligente y agudo en el cogollo de la sociedad o del personaje cuya historia paladean. No ha de faltar a los primeros ocasión para satisfacer sus gustos en las páginas que siguen. Y los segundos van a hallar en ellas, como en ninguna historia conclusa, campo fértil para su propia cosecha de juicios críticos y de hallazgos y descubrimientos. Porque van a encontrarse ante las fuentes mismas de la historia, frente a relatos de contemporáneos o frente a narraciones en ellos inspirados. Van a poder leer no las interpretaciones de tales fuentes por un hombre moderno, de raza, fe, ideas y psicología muy diversas de los hispano-musulmanes, sino las palabras mismas de los místicos, historiadores, poetas, escritores, pensadores u hombres de ciencia o de gobierno, de la España islamita. Van a oír hablar a sus políticos y a sus guerreros, a sus alfaquíes y a sus santones, a sus magnates y a sus jueces, y con ellos, a mujeres de toda condición, e incluso a hombres de turbia o de exaltada sensualidad. Van a asistir a batallas y a fiestas cortesanas, a reuniones literarias y a noches de orgía, a las oraciones en la mezquita y a la agitación de los mercados, al silencio de las bibliotecas y al bullicio de las calles, a las sesiones de la curia del cadí y a las intrigas de los harenes de los príncipes. Van a escuchar todas las hablas de Al-Andalus, a ver aflorar la idiosincrasia peculiar del mosaico de razas que en él habitaban y a presenciar los actos más heroicos y guerreros, y los más crueles y perversos. Van a ver desfilar la más compleja galería de tipos humanos y a leer las páginas más varias sobre temas religiosos, científicos o literarios...

Entre los hechos históricos y nosotros se interponen siempre nu-

merosos filtros en los que van quedando jirones de la realidad, y la verdad histórica va matizándose de subjetivismos a medida que atraviesa por ellos, es decir, a medida que es vista por ojos de hombre y que es comentada por cerebros humanos. En esta obra se suprime la mayoría de esos filtros y se coloca al lector ante esa realidad y esa verdad histórica. El espectáculo quizá sea desconcertante para algunos. Quienes se sientan perdidos o ciegos ante él, pueden acudir al lazarillo de mis prologuillos. Pero confío en que muchos, en cambio, se dejarán arrastrar por la tentación de acometer la aventura a que les invito, de enfrentarse con la palabra misma de los autores islamitas o cristianos medievales [13]. No será vano ese esfuerzo. A su costa, podrán hacer suyo directamente, sin desfiguraciones subjetivas, el secreto de la España musulmana.

*
* *

Mas antes de abandonarles en el puerto o en la plaza de donde han de partir en su navegación o en su camino, en busca de la imagen polifacética de la España islamita, quiero descubrirles la última meta de la empresa, porque difícilmente podrán alcanzarla los más sin mi ayuda. Al-Andalus, lo he dicho al principio, no fué una fuerza tangencial en la Edad Media. Las dos Españas, critiana y musulmana, vivieron sí al margen de la Europa que nacía, pero desde él influyeron decisivamente en ella y de tal modo que podría calificarse a la Península de clave del mundo medieval.

Estoy seguro de que esta afirmación sorprenderá a la mayoría de los lectores americanos, habituados a la lectura de las obras de historia no españolas, por las que España pasa como una sombra fantasmagórica, unas veces torva y cruel otras, pero siempre pálida y borrosa. Es asombrosa, y sería increíble si no fuere real, la ignorancia, doblada de desdén, que padecen los más de los escritores europeos y americanos, y aún muchos de los auténticos historiadores, sobre la Edad Media hispana. Cuando tenga vagar bastante y humor suficiente para ello, habré de hacer un registro de los disparates que he leído en autores que siguen sin enterarse de las investigaciones de los estudiosos españoles o que las desprecian desde el Sinaí de las suyas.

España cumplió durante los siglos medievales una doble y ardua misión. Fué a la par rodela y maestra de Europa; rodela porque mientras Europa se transformaba y creaba la civilización abuela de la nuestra, la España cristiana velaba las armas por ella frente al Islam y vivía en guerra permanente contra Al-Andalus y contra Africa, que de vez en vez descargaba en la Península nuevos torrentes de barbarie. Y maestra de Europa, pues por el cauce de esa España cristiana, la España islamita irradió su luz a una Europa ignorante y torpe.



Adivino la objeción. Si Al-Andalus pudo iluminar las tinieblas de Occidente ¿cómo pudo prestar servicio a Europa la España cristiana al guerrear contra ese país desbordante de cultura? No es difícil la respuesta. Ni los avances de las especulaciones filosóficas, literarias, científicas o técnicas son todo en la vida de los hombres o de los pueblos, ni excluyen de la sociedad que las goza formas de vida política o espiritual que implican la estrangulación del íntimo ímpetu vital, sólo por el libre despliegue del pensar y del querer facilitado. Y ese Al-Andalus que supo recibir y transformar la cultura arábiga, hija de la griega, la persa y la hindú, recibió con ella también las concepciones espirituales y políticas de Oriente —el Islam ortodoxo concebía al hombre como un ser libre y directamente responsable ante Dios, pero su régimen político se orientalizó muy pronto— en que la libertad humana sucumbe y se anula ante la autoridad absoluta de gobernantes que tienen la unción de lo ultraterreno. Oriente puede comprender la igualdad, la igualdad ante la suprema potestad tiránica, pero no la libertad; puede crear esplendorosas civilizaciones, pero de frágil vida, porque nunca descansan sobre sociedades basadas en el libre juego de las fuerzas intelectivas y volitivas del hombre. Y por ello, no obstante la inmensa superioridad cultural de la España islamita, el porvenir era de aquella Europa ignara, en la que el régimen feudal primero y el urbano después, garantizaron sucesivamente, frente a los detentadores del poder supremo, los derechos de la aristocracia laica y clerical, el uno, y las libertades de las comunidades ciudadanas, el otro; y abrieron a la par anchos cauces a la libre iniciativa de las minorías directrices que, en pugna o en colaboración, habían de gobernar hasta hoy a las naciones europeas.

Pero al maestrazgo de Al-Andalus sobre Europa, a través de los reinos cristianos españoles, alcanza a compensar, por su trascendencia, el daño que la batalla multisecular con el Islam peninsular acarreó a una fuerza humana de la importancia de España en el cuajar de la modernidad. Ese maestrazgo se extendió al arte, a las letras, a la filosofía y a la ciencia. La detenida exposición del ámbito y de la profundidad del mismo requiere un libro, pero importa apuntar aquí sus principales frutos.

Es un arqueólogo francés, Lambert [14], quien ha probado el origen hispano-musulmán de las bóvedas de crucería, elemento arquitectónico fundamental del estilo gótico u ojival. Ha conseguido descubrir la evolución que condujo desde las bóvedas de arcos entrecruzados de la mezquita de Córdoba hasta las primeras crucerías ojivales inglesas y francesas. Ha logrado fijar la ruta geográfica seguida por las formas intermedias a través de la España musulmana y cristiana y de la Francia cruzada por los peregrinos a Santiago. Y ha alcanzado a establecer con claridad el nexo que une los eslabones extremos de la cadena evolutiva.

Cada día va siendo aceptada por mayor número de estudiosos —y si no fuera de paternidad hispánica habría sido ya admitida sin contradicción— la teoría del maestro Ribera [15] sobre el origen hispano-árabe de la música medieval de los trovadores y de los minnesinger. El gran patriarca del arabismo español ha ido marcando los cambios que los andaluces introdujeron en la música oriental —la transformaron de monódica en coral, y trocaron y vivificaron su tonalidad, su ritmo y su armonía— y ha ido señalando sus contactos con la música de aquende y de allende el Pirineo y las sendas por donde pudo llegar la arábigo-hispana hasta Provenza.

Otra tesis del mismo Ribera [16], sobre el origen andaluz de la lírica europea, ha sido reforzada por los estudios de Nykl [17] y ha sido demostrada en los últimos tiempos por un romanista de la talla de Menéndez Pidal [18]. Muqáddam el ciego de Cabra (840-920), creó una poesía coral popular, el "zéjel", que alcanzó gran boga en Al-Andalus y que cultivó en su día el gran poeta andaluz Ben Guzmán. Fruto de la mezcla de las dos culturas que convivían en la España musulmana: la árabe y la románica, se difundió pronto por Oriente y pronto también cruzó los Pirineos y penetró en el solar ultra-pirenaico de la Romanidad. Conocemos hoy los caminos y las fechas de esta última expansión, los nombres de los intermediarios y el ámbito geográfico de su rápida difusión.

Con las formas poéticas y musicales, la España islámica transmitió a Europa la concepción lírica y caballeresca del amor que había de triunfar en Provenza y que había de constituir la temática del *dolce stil nuovo*. Fruto también de los contactos de las culturas musulmana y cristiana en Al-Andalus, como creyó Dozy, o transformación andaluza de concepción *udrí* o del casto amor —nacida en el Oriente islámico por influencia del cristianismo— como pretende Asín [19], este gran maestro del arabismo ha defendido la imitación de ese ideal amoroso



allende el Pirineo, y ha reforzado su prueba, desde el campo del romanismo, Menéndez Pidal [20].

Todavía tropieza con opositores —¿cómo podía obtener fácil asenso una tesis española?— la teoría de Ribera [21] sobre el origen hispano-árabe de la épica medieval. La apoyan sin embargo los muchos contactos y similitudes indudables que aproximan los cantares de gesta ultrapirenaicos, con las "archuzas" andaluzas, verdaderos poemas épicos, que no hallan antecedente en la poesía árabe oriental y que son por tanto de pura estirpe hispana. Y es lo cierto que cuando las "chansons" aparecen en Francia se refieren a temas de la ya remotísima e infausta lucha de Carlomagno con los musulmanes. Y lo es también que, como reconocen los estudiosos de la epopeya francesa, la geografía de la Chanson de Rolland no conoce sino los nombres de poblaciones del camino de Santiago, seguido por los peregrinos al acudir a Compostela, para cumplir sagrados votos u obtener el perdón de sus pecados, y otra vez al regresar de España, saturados ya de las ideas y de las concepciones artísticas y literarias de aquende el Pirineo.

No puede dudarse de que a través de la España musulmana pasaron a Europa: las matemáticas y la astronomía árabes que ya estudió en Córdoba en el siglo x Gerberto de Auvernia, luego papa con el nombre de Silvestre II; el juego de ajedrez del que hay piezas españolas anteriores al año mil y noticias documentales hispánicas poco posteriores; los apólogos orientales recogidos y traducidos ya a principios del siglo xi por Pedro Alfonso en su *Disciplina clericalis* —difundida pronto por todo Occidente— y luego en el xiii al ser vertidos del árabe los cuentos indios de *Calila e Dimna;* el arte de la fabricación del papel conocida en Al-Andalus desde el siglo x y que asombró a Pedro el Venerable, Abad de Cluny, durante su viaje por la España cristiana, durante el xii; muchas técnicas de las más varias artes industriales: marfil, cerámica, sedas, tapicería, etc.; probablemente el uso de palomas mensajeras, empleadas en Al-Andalus mucho antes de que las hallaran en Oriente los primeros cruzados... y otras diversas creaciones e inventos —grandes y secundarios— del mundo islamizado [22].

La reconquista de Toledo (1085), donde habían convivido, desde la invasión árabe, cristianos, judíos e islamitas, puso a disposición de los conquistadores importantísimos tesoros bibliográficos y les suministró al mismo tiempo un gran equipo de peritos en la lengua y las letras arábigas y de estudiosos conocedores de la cultura hispano-islamita. El arzobispo don Raimundo (1126-1151) [23], supo comprender los frutos de bendición que podía obtener, de esa feliz coincidencia, pa-

ra la transformación cultural de la cristiandad y creó la llamada escuela de traductores de Toledo. Parejas de conocedores de las lenguas árabe y latina vertieron en ella, a esta última, todo el saber de los musulmanes de Oriente y de España [24]. Durante el califato de Bagdad y en especial en el curso del siglo IX, habían sido traducidas al árabe muchas famosas obras filosóficas y científicas de los griegos, que fueron ignorados a lo largo de centurias por los cristianos de Occidente. Sobre tan firme base los musulmanes orientales y españoles, en colaboración o en competencia, habían levantado el edificio de la cultura arábiga. Pronto se difundió por Occidente la fama de la Escuela toledana y se adivinaron las inmensas perspectivas que brindaban sus versiones para el conocimiento del pensamiento y de la cultura helénica y arábiga. Desde temprano acudieron a la ciudad del Tajo estudiosos de todas las tierras de la Europa cristiana. Abelardo de Bath, Roberto de Chester, Alberto y Daniel de Morlay, Daniel Escoto, Rodolfo de Brujas, Hermann el Alemán, Hermann de Dalmacia, Hugo de Santalla, Platón de Tivoli y Roberto de Cremona, se encuentran entre ellos. Estos sabios ingleses, escoceses, flamencos, alemanes, italianos o dálmatas, volvieron a sus patrias respectivas con un riquísimo caudal de traducciones de las más varias obras de filosofía, matemáticas, astronomía, medicina, química, ciencias naturales... de los más célebres autores griegos, orientales e hispano-musulmanes. Volvieron conmovidos y dominados por la emoción y la alegría de sus magníficos hallazgos, pero a la par tan hinchados de vanidad por ellos, que llegaron a olvidar de propósito los nombres de los cristianos, musulmanes o judíos hispanos, a quienes debían las versiones de los tesoros bibliográficos de que eran portadores [25]. Quizá no por primera vez, mas en todo caso como muchas otras veces, los nombres de los estudiosos españoles han sido por ello olvidados [26], con excepción de Domingo González, Juan de Sevilla y Marco de Toledo —debemos a los dos primeros, además, obras filosóficas de gran envergadura [27]— que de milagro se han salvado del silencio de la historia. Pero al cabo Renán afirmó que la labor de la Escuela de Toledo divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente distintas [28]; y nadie puede negar —y nadie niega— que a esa Escuela de Toledo, durante un siglo ombligo del mundo culto occidental, debe Europa su primer renacimiento del siglo XIII.

En este, Alfonso el Sabio prosiguió la labor de los traductores de Toledo. Se rodeó de un grupo de musulmanes, judíos y cristianos, y acometió la versión al romance de crónicas, apólogos y libros científicos orientales e hispano-árabes. En la Primera Crónica General que se redactó por su orden, se incluyó, por ejemplo, una traducción de la historia arábiga de Ben Alkama. Las versiones realizadas por sus colaboradores: de *Calila e Dimna, Bocados de Oro* y *Poridad de Poridades* fueron muy eficaces en el movimiento literario nacional y en el ultrapirenaico. Y las de muy varios tratados de diversos astrónomos islamitas españoles —de Maslama de Madrid, del llamado "Azarquiel" y de Ali ben Jalal entre otros [29]— y de algunos naturalistas, fueron básicas para las dos grandes obras de su escuela: los *Libros del saber de Astronomía* y el *Lapidario*. Entre los primeros destacan el *Libro de las tablas alfonsíes*, fruto de celosas y muy continuadas observaciones hechas en Toledo. Y las *Tablas alfonsíes* y el *Lapidario* han sido utilizados en Europa durante siglos [30].



Y la acción de la cultura hispano-musulmana llegó aún más lejos y subió aún más alto: ascendió hasta las altas cumbres del pensamiento y de la filosofía medievales: Santo Tomás y Dante, y hasta la excelsa cima de la mística española, San Juan de la Cruz. No se discute hoy, en efecto, la influencia del gran pensador cordobés Averroes en el primero; es segura, pese a los gestos indignados de algunos dantistas, la del místico musulmán Ben Arabí en el segundo, y aunque asombrosa, parece probable la de Ben Abbad de Ronda en el tercero. El gran arabista español Miguel Asín ha definido y demostrado las tres tesis. El parentesco entre lo esencial de las doctrinas de Averroes y de Tomás de Aquino, y los claros contactos de diversos aspectos de las mismas no pueden ser casuales, y excluyen la independencia de la *Summa contra gentiles* frente al "*Kitab al-falsafa*". Uno de los nexos que les unieron fué la *Pugio fidei adversus mauros et judeos* de Raimundo Martín. Domínico como Santo Tomás y, aunque de más edad, su contemporáneo, perteneció a la escuela que la Orden creó en Murcia y en Túnez. Poseía una gran cultura filosófica islamita. En su obra ha hallado Asín evidentes citas del "*Kitab al-falsafa*" y del "*Tahafut*" de Averroes. En la *Pugio* pudo informarse Tomás de Aquino de las doctrinas del gran filósofo de Córdoba y, como en ella, pudo hallarlas también en los tratados del discípulo indirecto de Averroes, el judío Maimónides, también cordobés [31].

Asín ha probado, asimismo, los préstamos tomados por Dante de las "*hadices*" o tradiciones islamitas sobre el "*mirach*" o viaje nocturno de Mahoma a las regiones de ultratumba, para idear la *Divina Comedia;* ha demostrado que el gran poeta italiano, por su teoría sobre la luz divina, se vinculaba a la escuela filosófica "ixraqí" o iluminista,

iniciada en Al-Andalus por el cordobés Ben Masarra y trasmitida luego por el místico murciano Ben Arabí; y ha establecido el parentesco que une al "Cancionero" y al "Convito" de Dante con el "Intérprete de los amores" y "El tesoro de los amantes" del último pensador hispano-árabe citado. La difusión entre los cristianos peninsulares de la escatología musulmana, que reproducen diversos autores españoles del siglo XIII, y el gran apetito de saber del autor de la *Divina Comedia* y su enorme cultura, hacen fácil de explicar su conocimiento de las leyendas y de las concepciones poéticas hispano-islamitas. San Pedro Pascual, que recogió las primeras en su libro "Impunaçion de la seta de Mahomath", estuvo en Roma poco antes que Dante acudiera a ella como embajador de Florencia. Y el poeta florentino tuvo relación de amistad y trabajó con Bruneto Latini, que utilizó fuentes árabes para escribir su "Tesoreto" y su "Tesoro" y que visitó a Alfonso el Sabio en su corte como enviado del partido güelfo [32].

Y el mismo maestro del arabismo español, Asín [33], ha demostrado también las coincidencias que aproximan las concepciones y las doctrinas del místico musulmán Ben Abbad de Ronda a las de San Juan de la Cruz. No difieren en su tesis fundamental: para lograr la unión con Dios hay que renunciar a todo lo que no sea Dios. Esa renuncia aparece ejemplarizada bajo símbolos que se reflejan en tecnicismos estrechamente emparentados. Son afines sus doctrinas sobre la anchura y la apretura del alma, y los simbolismos que los dos utilizan al exponerla. Con avisos, en forma de reglas de conducta, concretan ambos místicos su teoría del amor a las tribulaciones. Coinciden en el léxico. La idea simbólica de la noche obscura del alma les es común. Y podrían ampliarse sus aproximaciones a otros temas de la ascética y la mística de los *sadilíes* islamitas y de la escuela carmelita. Asín explica tan extrañas coincidencias y parentescos por la presencia en el escenario geográfico donde alentó San Juan de la Cruz, —Arévalo, Medina, Salamanca, Granada, Alcalá, Avila, Toledo— de masas numerosas de moriscos recién convertidos al cristianismo, que no podían haber olvidado la tradición religiosa islamita en temas que no concernían al dogma y que eran comunes a las dos religiones: la mística y la ascética [34].

* * *



Y ha llegado la hora lector amigo, de emprender la aventura a que te invito. Ahí está ante tus ojos la realidad de la España-musulmana. Nada se interpone entre ella y tu curiosidad intelectiva. Ningún filtro objetivo la desfigura. Puedes contemplarla a tu placer, tal como la vieron los propios islamitas. Pudieron estos engañarse al pretender aprisionar su historia, o a lo menos pudieron dejarse arrastrar al escribirla o al aludir a sus contemporáneos, por sus pasiones partidistas, por sus amores o por sus odios. Dispónte a filtrar tú mismo esos objetivismos. En la razón humana está el contraveneno de las humanas flaquezas. Prevente contra el espíritu cortesano de muchos cronistas, contra la saña de los musulmanes hacia los cristianos y de los cristianos hacia los musulmanes, contra el eterno abultar de las propias victorias y el perpetuo atenuar o callar las ajenas, contra el desdén de los orientales dominadores frente a los españoles sometidos y contra el rencor de éstos hacia sus señores islamitas. No olvides que los cronistas e historiadores en lengua arábiga, latina o romance no disfrutaron de libertad para exponer sus propios pensamientos, pues vivieron bajo regímenes despóticos en que les amenazaba a cada paso la prisión o la muerte, y habitúate a leer sus juicios entre líneas, a adivinar sus guiños de ojos confidenciales y a descubrir las críticas sutiles que ocultan a veces sus lisonjas. Ponte en guardia frente a los odios de raza de los primeros tiempos y frente a los choques de ambiciones de todos, para echar agua al vino de los ditirambos o de las diatribas. Ten en cuenta que algunas memorias personales se escribieron durante cautiverios o exilios o con el propósito de defender la cabeza o la honra que se hallaban en peligro, o con la intención de vencer al adverso destino. Eres hombre, ausculta tus flaquezas y tus pasiones, tus fervores y tus sañas, tus temores y tus esperanzas, y adivina por ellas las que pudieron mover a escribir a los cronistas, alfaquíes, gobernantes, pensadores y poetas islamistas y cristianos, a fin de que puedas salvar el apasionamiento de sus juicios al leerles. Haz, en una palabra, lo que debemos hacer los historiadores al enfrentarnos con los textos. Con ello ganarás una doble victoria: Sobre el ayer, al conocer el pasado de un pueblo que influyó decisivamente en el que dió su vida al tuyo; y sobre el mañana, al habituarte a la crítica serena de los hombres y de sus hechos, que se convertirá al cabo en autocrítica. De la primera sacarás una singular agudeza de oído para recibir los hirientes e imperativos mensajes de la historia; y de la segunda, una lucidez y una fortaleza que han de serte útiles para el recto juicio de los otros hombres y para el autodominio de tu pro-

pia voluntad. De ambos nace el amor a la libertad y la devoción por la tolerancia, virtudes cardinales que no excluyen la ilusión por las grandes empresas humanas ni el celoso fervor por los grandes ideales, pero que han sido, son y serán premisa indispensable del eterno avance de la civilización.

¿Eterno? Sí, eterno, pese a los pesimismos de las tenebrosas horas de crisis. Lo he dicho muchas veces, al reptar trabajosamente por la espiral sin fin de la historia, los pueblos atraviesan por zonas de luz y de sombra, avanzan rápidos o se detienen fatigados, encabezan la caravana de los humanos o se dejan arrastrar por ellos; pero nunca retroceden. Como no pueden volver hacia sus fuentes las aguas de los ríos. Ya directamente, ya volcándose en los anchos cauces de los más grandes o caudales, esas aguas —lentas o rápidas, mansas o turbulentas, avanzando en línea recta o curvándose en meandros complicados— corren siempre hacia los anchos mares. Así también los pueblos y aun las razas y los continentes, sin poder retrogradar hacia etapas pretéritas, marchan siempre, hacia una meta lejana de libertad y de cultura, y nunca mueren aunque a veces se viertan en comunidades históricas más amplias, en comunidades de mayor vitalidad y de mayor dinamismo.

Esa es la historia de la España mora. En la magnífica espiral del destino los invasores musulmanes realizaron, raudos, las brillantes jornadas de la conquista de la Península. Fueron detenidos en su avanzar histórico por las horas obscuras y torvas de las guerras civiles, que ensangrentaron en seguida a los conquistadores durante largas décadas. Volvieron a cruzar zonas de luz con los Omeyas, que iniciaron pronto la reorientalización intensiva de Al-Andalus. La gran rebelión de los españoles sometidos y el despertar que ella provocó, rápidamente, de las ambiciones de la aristocracia, de origen oriental, hizo penoso el reptar de la España islamita hacia la eterna meta. Brilló de nuevo el sol del poder guerrero y de la grandeza cultural durante el califato. La dictadura ilustrada de Almanzor produjo la gran crisis —siempre tras la dictadura, la anarquía— que tuvo como corolario las revoluciones cordobesas y el fraccionamiento del antes poderoso imperio hispanomusulmán. Tras esa crisis, Al-Andalus alcanzó cimas nunca escaladas hasta allí por España en la vida del espíritu. La debilidad política y las flaquezas humanas de los reinos de Taifas trajeron el siglo de doble señorío africano. Los bárbaros conquistadores fueron —como siempre— conquistados espiritualmente por los cultos vencidos y la civilización arábiga-andaluza cruzó el Estrecho e hispanizó el *Mágrib*. Mas la



España musulmana se había desvitalizado al verter sus energías en puras tareas intelectivas y al habituarse al señorío extraño, y fué arrollada por la más fuerte y más ruda, pero más libre, España cristiana. Nuevos zarpazos del chacal africano amenazaron por igual a las dos Españas durante algunos decenios. Y pasada la nueva tronada, el islam hispano agonizó lentamente en las serranías granadinas, mientras la cristiandad peninsular caía en la impotencia, por las discordias fraternas que enfrentaron a los cuatro reinos de Hispania y por las querellas civiles que sacudieron a todos.

Pero como queda dicho hace poco, los pueblos y las culturas no se extinguen, se vierten en otras más vitales, y eso ocurrió con el Islam hispano al concluir la Reconquista. Había llegado el año decisivo de la historia de España, el año en que, a poco de terminar una gran empresa, el pueblo español había de iniciar una mayor. Al morir la España mora iba a nacer la España del nuevo continente. El Islam había desviado a España de las rutas del Occidente europeo, porque la lucha, ocho veces centenaria, entre las dos Españas, cristiana y musulmana, había engendrado una España singular, sacudida por un gran ímpetu guerrero, calentada por fervores de cruzada, ávida de aventuras y habituada a la conquista de la riqueza a botes de lanza y no en lentas jornadas de trabajo: una España sin feudalismos, sin burguesía, de caballeros labradores y de villanos caballeros. Y porque los ocho siglos de contacto pugnaz con el Islam habían creado ese pueblo, a la sazón único en Europa, España descubrió y conquistó América. En el Real de Santa Fe, frente a Granada, se firmaron las capitulaciones entre los Reyes Católicos y Colón. Hasta geográficamente se enlazan por tanto el ocaso y la aurora de las dos magníficas empresas españolas. Y por lo que tuvieron de parejas la reconquista y la repoblación del solar europeo de España y la conquista y la colonización del solar hispano de América, y porque ambas aventuras proyectaron en la vida económica y social de España ingratos corolarios semejantes, no cabe terminar una visión de la España mora, cualquiera que ella sea, sin lanzar el pensamiento en veloz cabalgada hacia las nuevas jornadas españolas de este lado del mar. Fruto de la larga batalla de que había nacido la común patria hispana, iban a prolongar, por siglos, sus grandezas y sus flaquezas, de ayer, de hoy y de mañana [35].

1. — La última en mi *España y el Islam*, Buenos Aires, 1943.
2. — *The history of the mohammedan dynasties in Spain*, Londres, 1840-1843.
3. — *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquète de l'Andalousie par les almoravides* (711-1110), Leiden, 1861.

4. — *Historia de Granada*, París, 1852.

5. — Me refiero a las fuentes árabes publicadas en la *Bibliotheca Arabico Hispana* y a las monografías reunidas o anunciadas en sus *Estudios críticos de historia árabe española. Colección de Estudios Arabes*, VII a IX.

6. — La mayoría de ellas han sido reunidas en sus *Disertaciones y Opúsculos*, 2 vols., Madrid, 1928.

7. — Es inmensa la producción de Asín. Ha sido reseñada en *Al-Andalus*, IX, 2.

8. — Se hallan agrupados en el instituto de investigación llamado Escuela de Estudios Arabes, a cuya fundación contribuí con entusiasmo desde el Rectorado de la Universidad de Madrid y a cuyo patronato me honró pertenecer. Tienen como órgano periódico *Al-Andalus, Revista de las Escuelas de Estudios árabes de Madrid y Granada*. En ella publican sus investigaciones y en ella anuncian las obras de mayor envergadura que dan a la estampa.

9. — No conozco una bibliografía exhaustiva de las obras de Lévi-Provençal y no se publicará pronto, porque le quedan largos años de trabajo fecundo. He aludido a algunos de sus estudios al reseñar en *Logos* (*Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* IV, Buenos Aires, 1943), su libro *La Péninsule Ibérique au Moyen Age d'après le Kitāb ar-Rawd al Mi'tār fī Ḫabar al-Aktār d'Ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyarī*.

10. — González-Palencia ha publicado hace muchos años una *Historia de la España Musulmana* y una *Historia de la literatura arábigo-española*, pero las dos son breves manuales que no reemplazan a la gran obra apetecida y están ya, también, envejecidos.

11. — *En torno a los orígenes del feudalismo*, II: *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*, y III: *La caballería musulmana y la caballería franca del siglo VIII*, Mendoza, 1942.

*El 'Ajbār Maŷmū'a. Cuestiones historiográficas que suscita*. Buenos Aires, 1944.

*La Crónica del moro Rasis y la Continuatio Hispana. Boletín de la Universidad de Madrid, Letras*, Madrid 1934.

*Rasis fuente de Aben Alatir, Bulletin Hispanique*, Burdeos, 1939.

*Fuentes latinas de la historia romana de Rasis. Publicaciones del Instituto Cultural Argentino-Hispano-Arabe*, Buenos Aires, 1942.

*San Isidro, Rasis y la Pseudo Isidoriana. Cuadernos de Historia de España*, IV. Buenos Aires 1945.

12. — Al pie de cada texto he registrado el nombre del autor, el título de la obra de donde procede y el traductor de la misma. Cuando la fuente utilizada ha sido vertida al castellano, me he limitado a reproducir la versión publicada, bajo la responsabilidad del arabista a quien la debemos. Si la obra de donde he seleccionado el pasaje se halla escrita en latín o ha sido traducida del árabe a una lengua moderna, he trasladado en persona el fragmento al castellano. Debo, sin embargo, numerosas versiones del francés a mi esposa Delia Casco, la del pasaje relativo a las campañas de Abd al-Rahmán III a mi discípulo G. Guitarte, la del fragmento de Al-Maqqarí sobre la ciudad de Córdoba a la Srta. Mercedes Ortega y otras traducciones del mismo autor a mi auxiliar en la Universidad de Madrid, la Srta. Muedra Benedito. Y he podido ofrecer a los lectores



versiones directas del árabe —todavía inéditas— de no pocos textos, gracias a la generosidad de Melchor M. Antuña (†), Lévi della Vida y Osvaldo Machado, según me he cuidado de consignar en cada caso. En los tres grupos de traducciones he unificado las grafías de los nombres árabes conforme al sistema actual de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid, pero prescindiendo de los signos diacríticos por exigencias imperiosas de la impresión de este volumen. Por ello me he visto forzado a acudir a las viejas prácticas de los arabistas españoles y he reemplazado la *s* por *x*, la *ŷ* por *ch*. Y me ha parecido indispensable sustituir la *ṯ* por *tz* y la *ḏ* por *dz*, en lugar de emplear simplemente también la *t* y la *d* en tales casos por proximidad fónica. El lector no debe olvidar la fonética especial de la lengua árabe y que en ella se aspiran las haches.

13. — Quien desee conocer la data y el valor de las fuentes árabes, latinas y romances de donde proceden los textos que integran esta obra puede acudir a los siguientes estudios: Pons y Boigues: *Ensayo biobibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*. Madrid, 1898.

Brockelmann: *Geschischte der arabischen Litteratur*. I y II. Weimar-Berlín, 1898-1902. I-III Supp. Leiden, 1937-1939.

González Palencia: *Historia de la literatura arábigo-española*. Madrid-Buenos Aires, 1928.

*Encyclopédie de l'Islam. Dictionnaire Géographique et Ethnographique des peuples musulmanes publiée...* por M. Th. Houtsma, A. J. Wensinck, E. Lévi-Provençal, T. W. Arnold y W. Heffening, I-IV.

García Gómez: *Poemas arábigo-andaluces*. Buenos Aires-México, 1940.

Sánchez Alonso: *Historia de la historiografía española*. Madrid, 1941.

García Gómez: *El libro de las banderas de los campeones de Ibn Sai'd al-Magribí. Antología de poemas arábigo-andaluces*. Madrid, 1942.

Sánchez-Albornoz: *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII* (*En torno a los orígenes del feudalismo*, III. Mendoza, 1942).

Sánchez-Albornoz: *El 'Ajbār Maŷmū'a. Problemas historiográficos que suscita*. Buenos Aires, 1944.

García Gómez: *Cinco poetas musulmanes*. Buenos Aires-México, 1945.

Pueden consultarse, además: la bibliografía registrada sobre cada autor, o cada obra en las aquí citadas, los estudios aparecidos sobre algunos en *Al-Andalus*, a cuya completa colección remito una vez por todas, y las noticias, a veces muy notables, con que acompañan a la versión que tomo o traduzco de cada texto, sus traductores arabistas.

14. — *Les voûtes nervées hispano-musulmanes du XI^e siècle et leur influence possible sur l'art chrétien, Hespéris* VIII, 1928; *L'art hispano-mauresque et l'art roman, Hespéris* XVII, 1933; *Les premières voûtes nervées françaises et les origines de la croisée d'ogives, Revue Archélogique*, 1933. Ha reseñado y ampliado tales estudios: Torres Balbás: *La progenie hispano-musulmana de las primeras bóvedas nervadas francesas y los orígenes de las ojivas, Al-Andalus* III. 1935.

15. — *La música de las Cantigas. Estudio sobre su origen y naturaleza, con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna*, Madrid, 1922, y *La música árabe y su influencia en la española*, Madrid, 1927. Véanse también: *Valor de la música de las Cantigas, La música medieval*

*en Europa* y *La música de los minnesinger y sus relaciones con la popular española* en *Disertaciones y opúsculos*, II. págs. 3-88. Un resumen de su tesis puede verse en la *Introducción* con que ha prologado Asín las *Disertaciones y Opúsculos* de Ribera.

16. — *El Cancionero de Abencuzmán. Disertaciones y opúsculos*, I. págs. 3-93.
17. — *El Cancionero de Aben Guzmán.* Madrid, 1933 y *La poesía a ambos lados del Pirineo hacia 1100, Al-Andalus I.* 1933.
18. — *Poesía árabe y poesía europea. Bulletin Hispanique*, XL, 1938. páginas 337-423.
19. — *Abenházam de Córdoba y su historia crítica de las ideas religiosas*, I, Madrid, 1927, págs. 49-65.
20. — En el estudio citado en la nota 18.
21. — *Epica andaluza romanceada, Disertaciones y opúsculos*, I, pág. 93-190.
22. — Aunque se refiere en general y de modo sintético a la influencia de la civilización islamita en la Edad Media, interesa conocer el estudio de González Palencia: *El Islam y Occidente*, Madrid, 1931. Y aunque podrían hacerse considerables reparos al papel que se atribuye a España en la transmisión a Occidente de la cultura islamita, debo remitir a *El legado del Islam.* Ed. por Th. Arnold y A. Guillaume con la colaboración de diversos arabistas no españoles. En la ed. española (Madrid, 1945) el traductor ha sucumbido al temor y ha suprimido mi nombre al verter al castellano el pasaje en que J. B. Trend recogía mi tesis sobre *España y el Islam.* Información más amplia puede verse en Suter: *Die araber als Vermittler der Wissenschaften in deren Uebergang vom Orient in der Occident*, 1895; Duhem: *Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon à Copernic*, París, 1913-17, T. III; Lyon Thorndike: *History of magic and experimental science during the first thirteen centuries of our era*, Londres-New York, 2 vols.; Haskins: *Studies in the history of mediæval science*, Cambridge, 1924, vol. XXIV de los *Harvard historial Studies;* Sarton: *Introduction to the history of science*, I, Washington, 1927, y Mieli: *La science arabe et son rôle dans l'évolution scientifique mondiale*, Leiden, 1938, libro cuya parte relativa a la ciencia hispano-árabe ha merecido justos reproches a Millás Vallicrosa, gran conocedor de la misma.
23. — González-Palencia: *El arzobispo de Toledo don Raimundo*, Madrid, 1942.
24. — Jourdain: *La escuela de los traductores de Toledo*, París, 1843; Menéndez y Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*, 3ª ed. Buenos Aires, 1945, III, págs. 122 y sigts.; y Sarton: *Introduction to the history of science*, Washington, 1927, I. págs. 282 y sigts.
25. — Rogerio Bacon acusó ya a Miguel Scoto de haberse apropiado de las traducciones de su intérprete, un judío converso de Toledo llamado Andrés, y lanzó igual acusación contra Hermann el Alemán.
26. — Basta con remitir a las numerosas páginas de *El Legado del Islam* — 451 y sigtes., entre otras — en que se da noticia de algunas de las obras traducidas en Toledo.
27. — Debemos a Domingo González: *De immortalitate animae* y *De processione mundi* (Ed. Menéndez y Pelayo: *H. de los heterodoxos*, 3ª ed. III. págs. 466-500).



28. — *Averroès et l'Averroisme*, París, 1861, pág. 201.
29. — Millás Vallicrosa: *Estudios sobre Azarquiel. Anales de la Universidad de Madrid*, Letras, 1932 y *Un ejemplar de la Azafea árabe de Azarquiel, Al-Andalus*, IX, 1944.
30. — Remito a la cuidadosa bibliografía reunida por Sánchez Alonso sobre la obra científica y literaria de Alfonso X en sus *Fuentes de la Historia de España.*
31. — Asín: *El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino. Homenaje a Codera*, Zaragoza, 1904. Véanse también las numerosas monografías del mismo autor sobre diversos filósofos musulmanes registradas en la bibliografía general que acompaña a su necrología: *Al-Andalus*, IX-II.
32. — Asín: *Mohidín: Homenaje a Menéndez y Pelayo* II; *La psicología según Mohidín Abenarabí*, París, 1901; *Abenmassarra y su escuela*, Madrid, 1914; *La escatología musulmana de la Divina Comedia*, 1ª ed., Madrid. 1919 y 2ª ed., Madrid, 1943; *El murciano Abenarabí*, I-III, Madrid, 1925-1926 y *El Islam cristianizado*, Madrid, 1931. Véase también Nardi: *L'Averroismo del "primo amico" di Dante* (Guido Cavalcanti). *Studi Danteschi*, XXV.
33. — *Un precursor hispano-musulmán de San Juan de la Cruz, Al-Andalus*, I. 1933.
34. — No queda agotada la serie de las influencias posibles del islam en la cultura occidental. Véanse por ejemplo: Ribera: *Orígenes de la filosofía de Raimundo Lulio: Disertaciones y Opúsculos*, I. pág. 151.

    Asín: *Huellas del Islam.* Madrid, 1941, que contienen los siguientes estudios: *El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino; La teoría de las dos verdades según Ibn 'Arabi de Murcia; La tesis de la necesidad de la revelación en el Islam y en la Escolástica; El original árabe de la "Disputa del asno" de Fray Anselmo de Turmeda; Los precedentes islámicos del "Pari de Pascal"* y *Un precursor hispano-musulmán de San Juan de la Cruz.*

    González Palencia: *Precedentes islámicos de la leyenda de Garin. Al-Andalus*, I. 1933.
35. — Quiero agradecer a las Srtas. Castagnino, Isola y Edelberg, la ayuda que me han prestado en la corrección de las copias originales y de las pruebas de esta obra; a mi esposa, Delia Casco, muchos de los mapas y planos que la ilustran; a las señoritas Laguzzi el titulado "Al-Andalus en la época califal", y a la señorita Abuín el referente al "Teatro de las gestas de los Beni Casí". Agradezco también a "La Prensa" el préstamo de muchas de las láminas que han sido reproducidas en esta obra. Aprovecho la alusión a las mismas para salvar las erratas Timad por Itimad (Inscripción) y Valencia por Palencia (Arqueta), el error de llamar capilla del mihrab a la de San Fernando de la mezquita de Córdoba y la inclusión fuera de su lugar de la reproducción de algún objeto. Y termino estas advertencias haciendo constar que siempre he alterado conforme a mi leal saber y entender los mapas en que he inspirado los míos y he adoptado sus grafías o la de los arabistas españoles.

# I

## LA CONQUISTA Y LAS GUERRAS CIVILES
## AL-ANDALUS SEPARADO DEL CALIFATO

## CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ARABES

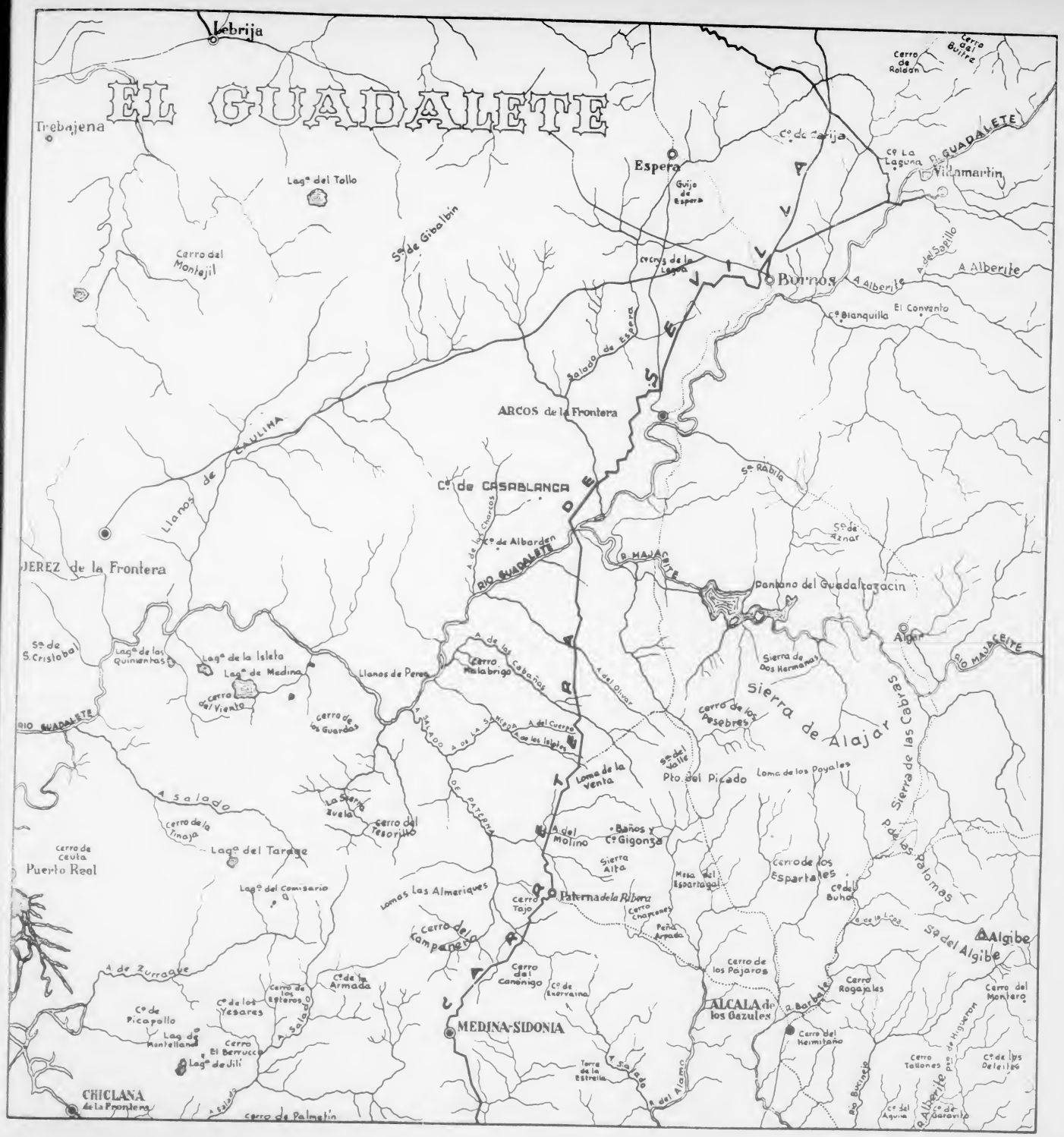
*Un estado envejecido, en lucha con una sociedad que pugna por nacer. Una nueva aristocracia surgida en torno del gobierno y que le ha hecho prisionero. El poder supremo moviéndose entre la arbitrariedad y la impotencia. Para distraer la atención del país hacia cuestiones laterales se inventan peligros contra la seguridad de la nación y se persigue a los judíos. Las clases inferiores se agitan en la desesperanza y en el odio. Las gentes han perdido el gusto por batirse y en vano uno de los postreros reyes dicta leyes drásticas a fin de castigar las tibiezas en el cumplimiento de los deberes militares. Frenéticos apetitos del poder que otorga innúmeras mercedes y a cuya sombra se medra y se enriquece. Electiva la más alta magistratura de los godos, la facciones disputan encarnizadamente por encaramar hasta su altura a uno de los suyos. Intrigas, zancadillas, odios. Ambiente de guerra civil. Y entretanto, al otro lado del Estrecho avanza un pueblo de guerreros, recién convertido a una fe novísima, a una fe que es a la par un dogma y una doctrina política, una religión y una organización estatal; un pueblo que ama la lucha y la rapiña, un pueblo ebrio de entusiasmo y de pasión, que acaba de conquistar un imperio gigantesco. He aquí la situación en que se hallaba la monarquía visigoda cuando, a la muerte de Vitiza sin dejar sino hijos menores, Rodrigo es elegido rey por el Senado y, con la espada, se apodera del reino, en lucha con los partidarios de los jóvenes príncipes. Tal cambio agudo en la vida política arrebata el poder a quienes venían detentándolo por decenios. No se conforman con perderlo. Por tres veces, en la historia hispanogótica, las facciones habían solicitado la intervención extranjera a fin de vencer a sus enemigos interiores. Los hijos de Vitiza acuden a los árabes, que dominaban Africa, en demanda de socorros para reconquistar el trono de su padre. Lleva su voz cerca de los musulmanes de allende el Estrecho Julián, señor o gobernador de Ceuta y de Tánger y fiel o vasallo de su progenitor. Se había sostenido en su último refugio de Ceuta con la ayuda de España, hasta que la muerte de Vitiza, al privarle de socorro, le había obligado a capitular ante Musa ben Nusayr. Transmitió a éste la petición de ayuda de los príncipes. "Muza" consultó al califa, tanteó el terreno con Tarif y envió un ejército de bereberes*

*a las órdenes de su liberto Tariq para decidir la discordia civil española. Los traidores vitizanos se pasaron a sus filas en la batalla decisiva, dada en las márgenes del Guadalete. Invasores y vitizanos avanzaron raudos hacia la capital del reino, apoyados por la facción interior que les era favorable y por los judíos. Pero la facilidad de la empresa hizo surgir en los muslimes la idea de transformar la intervención en conquista y ésta se logró tras largo y porfiado batallar. Ni de los antecedentes de la invasión ni de los pormenores de la misma tenemos un relato puntual y de fiar. Es preciso reconstruir aquéllos y éstos examinando con atención todas las muchas fuentes disponibles. Algún accidente de la guerra civil entre Rodrigo y los vitizanos fué, acaso, transformado en la leyenda de la hija de Julián, para disimular la traición de quienes habían solicitado la ayuda militar de los árabes y la de éstos, al trocar en conquista la intervención pactada. La mayoría de las fuentes arábigas recogen tal leyenda y no ofrecen un cuadro exacto de la invasión de España. El del "Ajbar Machmua" tiene sobre los otros tan sólo la ventaja de su relativa sobriedad, pues el realismo español había podado ya, hacia el año mil, los ingenuos relatos primitivos de mucha parte de la yedra legendaria que había enmascarado la auténtica historia de la conquista durante tres siglos. Le he completado con una noticia de un compilador tardío, indirectamente derivada de un historiador cordobés de la primera mitad del siglo X: "Rasis".*

## Antecedentes legendarios

Dirigióse Musa contra las ciudades de la costa del mar, en que había gobernadores del rey de España, que se habían hecho dueños de ellas y de los territorios circunvecinos. La capital de estas ciudades era la llamada Ceuta, y en ella y en las comarcas mandaba un infiel, de nombre Julián, a quien combatió Musa ben Nusayr, mas encontró que tenía gente tan numerosa, fuerte y aguerrida como hasta entonces no había visto; y no pudiendo vencerla, volvióse a Tánger y comenzó a mandar algaras que devastasen los alrededores, sin que por eso lograse rendirlos, porque entretanto iban y venían de España barcos cargados de víveres y tropas, y eran además amantes de su país y defendían sus familias con grande esfuerzo.

Murió en esto el rey de España, Gaitixa, dejando algunos hijos, entre ellos Abba y Sisberto, que el pueblo no quiso aceptar; y alterado el país, tuvieron a bien elegir y confiar el mando a un infiel, llamado Rodrigo, hombre resuelto y animoso, que no era de estirpe real, sino caudillo y caballero. Acostumbraban los grandes señores de España a mandar sus hijos, varones y hembras, al palacio real de Toledo, a la sazón fortaleza principal de España y capital del reino, a fin de que estuviesen a las órdenes del monarca a quien sólo ellos servían. Allí se educaban hasta que, llegados a la edad núbil, el rey los casaba, proveyéndoles para ello de todo lo necesario.


EL GUADALETE
Lebrija
Trebajena
Espera
Guijo de Espera
Cº de Carija
Cº La Laguna
R. GUADALETE
Vidamartin
Cerro de Roldán
Cerro del Buitre
Lagª del Tollo
Sª de Gibalbín
Cerro del Montejil
Cº Crus de la Laguna
Bornos
A Alberite
A del Sapillo
Cº Blanquilla
El Convento
Salado de Espera
ARCOS de la Frontera
Llanos de CAULINA
Cº de CASABLANCA
Sª Rábila
Sª de Aznar
Cº de Albarden
A de los Charcos
RIO GUADALETE
R. MAJACEITE
Pantano del Guadalcazacin
JEREZ de la Frontera
Algar
RIO MAJACEITE
Sª de S. Cristobal
Lagª de las Quinientas
Lagª de la Isleta
Lagª de Medina
Cerro del Viento
Llanos de Perea
Cerro Malabrigo
A de los Cabañas
A del Olivar
Sierra de Dos Hermanas
Sierra de Alajar
Sierra de las Cabras
Cerro de los Pesebres
RIO GUADALETE
Cerro de los Guardas
A Salado de Paterna
A del Cuerpo
A de los Isletas
Sª del Valle
Pto. del Picado
Loma de la Venta
Loma de los Payales
A Salado
La Sierra Zuela
Cerro del Tesorillo
Cerro de la Tinaja
A del Molino
Baños y Cº Gigonza
Cerro de Ceuta
Puerto Real
Lagª del Tarage
Sierra Alta
Mesa del Espartagal
Cerro de los Espartales
Cº del Buho
P. de las Palomas
Lagª del Comisario
Lomas Las Almeriques
Cerro Tajo
Paterna de la Ribera
Cerro Charcones
Peña Arpada
Cerro del Campanero
Sª del Algibe
Algibe
A de Zurraque
Cerro del Canónigo
Cº de Exorvaina
Cerro de los Pájaros
Cerro Rogajales
Cerro del Montero
Cº de la Armada
Cerro de los Esteros
Cº de los Yesares
Cº de Picapollo
Lag. de Montellano
Cerro El Berrucco
Lagª de Jilí
MEDINA-SIDONIA
ALCALA de los Gazules
R. Barbate
Cerro del Heimitaño
Cerro Tallones
Cº de los Deleites
Torre de la Estrella
A Salado
R. del Alamo
Río Bucinejo
Cº del Aguila
R. Alberite
Cº de Garavito
CHICLANA de la Frontera
Cerro de Palmetín

Cuando Rodrigo fué declarado rey, prendóse de la hija de Julián y la forzó. Escribiéronle al padre lo ocurrido, y el infiel guardó su rencor y exclamó: "Por la religión del Mesías, que he de trastornar su reino y he de abrir una fosa bajo sus pies." Mandó en seguida su sumisión a Musa, conferenció con él, le entregó las ciudades puestas bajo su mando, en virtud de un pacto que concertó con ventajas y seguras condiciones para sí y sus compañeros, y habiéndole hecho una descripción de España, le estimuló a que procurase su conquista. Acaecía esto a fines del año 90 [20-XI-708 a 8-XI-709]. Musa escribió a Al-Walid la nueva de estas conquistas y del proyecto presentado por Julián, a lo que contestó (el califa) diciendo: "Manda a ese país algunos destacamentos que le exploren y tomen informes exactos, y no expongas a los muslimes a un mar de revueltas olas." Musa le contestó que no era un mar, sino un estrecho, que permitía al espectador descubrir desde una parte la forma de lo que al opuesto lado parecía; pero Al-Walid le replicó: "Aunque así sea, infórmate por medio de exploradores." Envió pues, a uno de sus libertos llamado Tarif, y de cognombre Abu Zara, con 400 hombres, entre ellos 100 de caballería, el cual pasó en cuatro barcos y arribó a una isla llamada Isla de Andalus, que era arsenal (de los cristianos) y punto desde el cual zarpaban sus embarcaciones. Por haber desembarcado allí tomó el nombre de isla de Tarif (Tarifa). Esperó a que se le agregasen todos sus compañeros, y después se dirigió en algara contra Algeciras; hizo muchos cautivos, como ni Musa ni sus compañeros los habían visto semejantes, recogió mucho botín, y regresó sano y salvo. Esto fué en Ramadhan del año 91 [julio de 710].

## Rodrigo y Tariq

Cuando vieron esto (los musulmanes) desearon pasar prontamente allá, y Musa nombró a un liberto suyo, jefe de la vanguardia, llamado Tariq ben Ziyad, persa de Hamadan —aunque otros dicen que no era liberto suyo, sino de la tribu de Sadif—, para que fuese a España con 7.000 muslimes, en su mayor parte berberiscos y libertos, pues había poquísimos árabes, y pasó en el año 92 [29-X-710 a 18-X-711] en los cuatro barcos mencionados, únicos que tenían, los cuales fueron y vinieron con infantería y caballería, que se iba reuniendo en un monte muy fuerte, situado a la orilla del mar, hasta que estuvo completo todo su ejército.

Al saber el rey de España la nueva de la correría de Tariq, consideró el asunto como cosa grave. Estaba ausente de la Corte, combatiendo a Pamplona, y desde allí se dirigió hacia el mediodía, cuando ya Tariq había entrado, habiendo reunido contra éste un ejército de cien mil hombres o cosa semejante, según se cuenta. Apenas llegó esta noticia a Tariq, escribió a Musa pidiéndole más tropas y dándole parte de que se había hecho dueño de Algeciras y del Lago, pero que el rey de España venía contra él con un ejército que no podía contrarrestar. Musa, que desde la partida de Tariq

había mandado construir barcos y tenía ya muchos, le mandó con ellos 5.000 hombres, de suerte que el ejército acaudillado por Tariq llegó a 12.000. Había ya cautivado muchos e importantes personajes, y con ellos estaba Julián, acompañado de bastante gente del país, la cual les indicaba los puntos indefensos y servía para el espionaje.

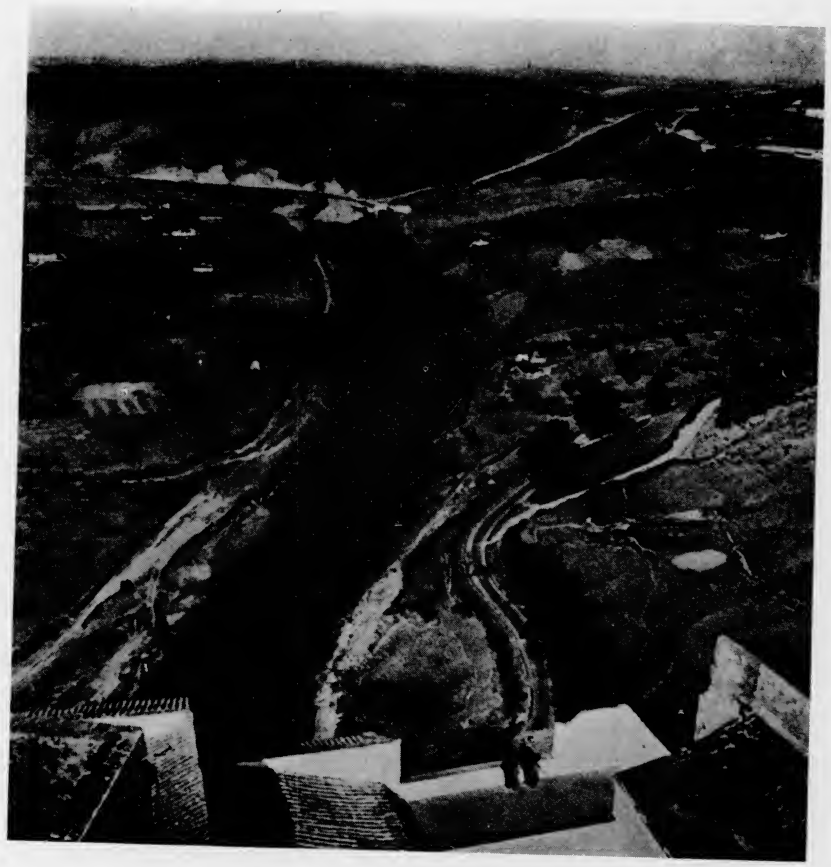
Acercóse Rodrigo con la flor de la nobleza española y los hijos de sus reyes, quienes, al ver el número y disposición de los muslimes, tuvieron una conferencia y dijéronse los unos a los otros: "Este hijo de la mala mujer se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien, uno de nuestros inferiores: aquella gente no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado." En esto quedaron convenidos. Había dado Rodrigo el mando del ala derecha de su ejército a Sisberto, y el de la izquierda a Abba, hijos ambos de su antecesor Gaitixa, y cabezas de la conspiración indicada. Aproximóse, pues, con un ejército de cerca de 100.000 combatientes, y tenía este número (y no otro mayor) porque había habido en España un hambre, que principió en el 88, y continuó todo este año y los del 89 y 90, y una peste durante la cual murieron la mitad o más de los habitantes. Vino después el año 91 [9-XI-709 a 28-X-710], que fué en España año que por su abundancia recompensó los males pasados, y en el cual se efectuó la invasión de Tariq.

Encontráronse Rodrigo y Tariq, que había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha e izquierda, al mando de Sisberto y Abba, hijos de Gaitixa, dieron a huir, y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fué también derrotado, y los muslimes hicieron una gran matanza en los enemigos.

Rodrigo desapareció, sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie, se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticia de él, ni se le encontró vivo ni muerto.

### Conquistas de Tariq y sus tropas

Marchó en seguida Tariq a la angostura de Algeciras, y después a la ciudad de Ecija: sus habitantes, acompañados de los fugitivos del ejército grande, saliéronle al encuentro, y se trabó un tenaz combate, en que los musulmanes tuvieron muchos muertos y heridos. Dios les concedió al fin su ayuda, y los politeístas fueron derrotados, sin que los musulmanes volviesen a encontrar tan fuerte resistencia. Tariq bajó a situarse junto a una



El río Guadalete desde Arcos de la Frontera.

había mandado construir barcos y tenía ya muchos, le mandó con ellos 5.000 hombres, de suerte que el ejército acaudillado por Tariq llegó a 12.000. Había ya cautivado muchos e importantes personajes, y con ellos estaba Julián, acompañado de bastante gente del país, la cual les indicaba los puntos indefensos y servía para el espionaje.

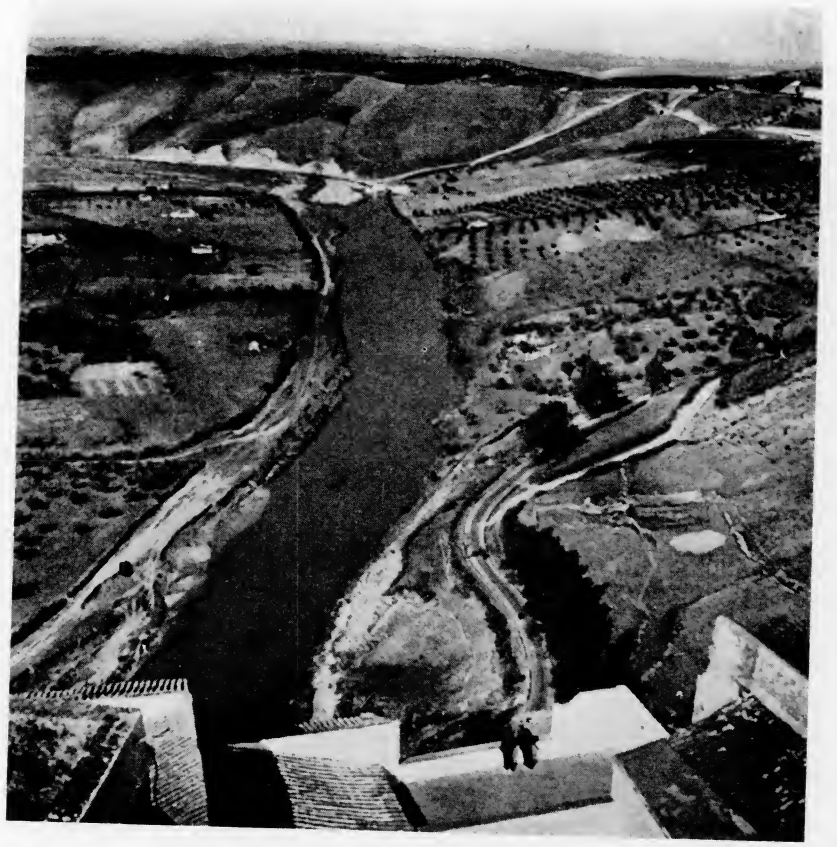
Acercóse Rodrigo con la flor de la nobleza española y los hijos de sus reyes, quienes, al ver el número y disposición de los muslimes, tuvieron una conferencia y dijéronse los unos a los otros: "Este hijo de la mala mujer se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien, uno de nuestros inferiores: aquella gente no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado." En esto quedaron convenidos. Había dado Rodrigo el mando del ala derecha de su ejército a Sisberto, y el de la izquierda a Abba, hijos ambos de su antecesor Gaitixa, y cabezas de la conspiración indicada. Aproximóse, pues, con un ejército de cerca de 100.000 combatientes, y tenía este número (y no otro mayor) porque había habido en España un hambre, que principió en el 88, y continuó todo este año y los del 89 y 90, y una peste durante la cual murieron la mitad o más de los habitantes. Vino después el año 91 [9-XI-709 a 28-X-710], que fué en España año que por su abundancia recompensó los males pasados, y en el cual se efectuó la invasión de Tariq.

Encontráronse Rodrigo y Tariq, que había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha e izquierda, al mando de Sisberto y Abba, hijos de Gaitixa, dieron a huir, y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fué también derrotado, y los muslimes hicieron una gran matanza en los enemigos.

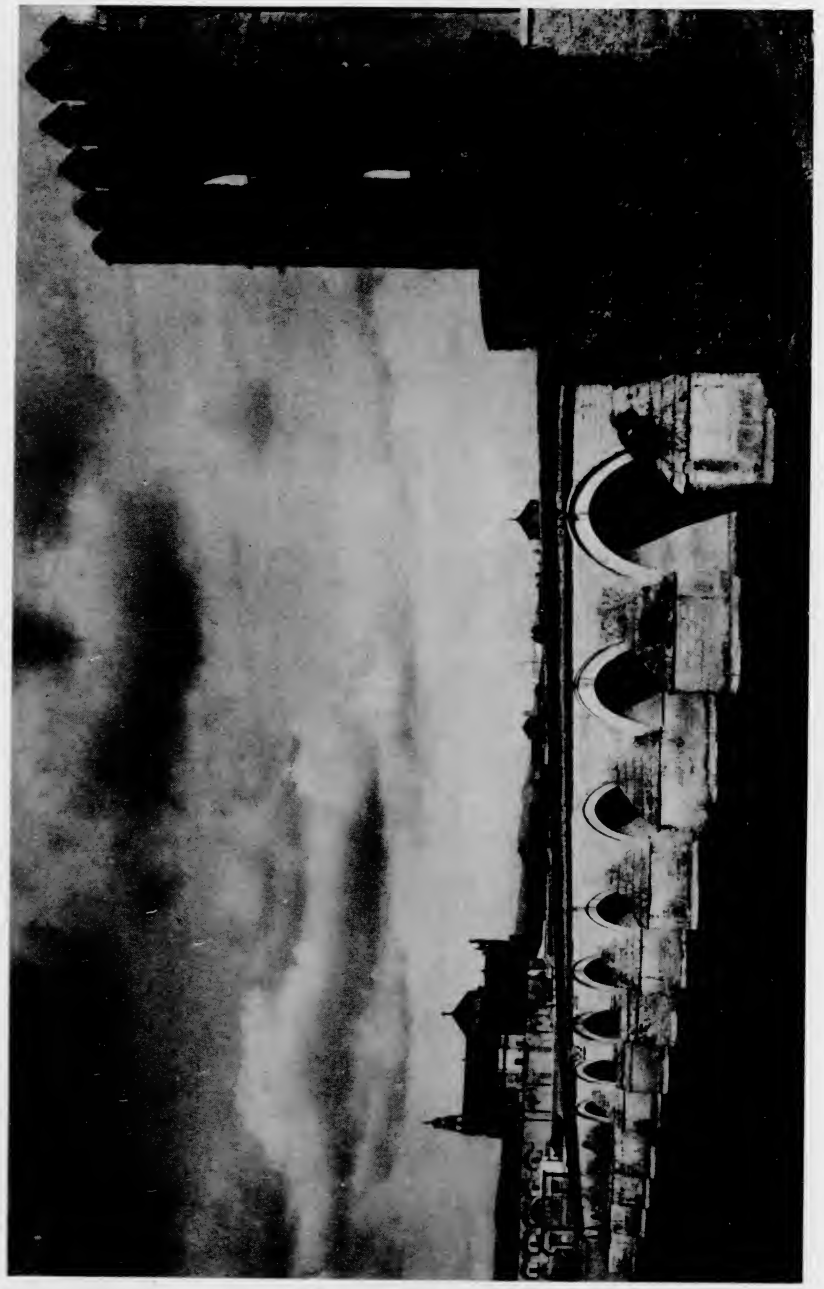
Rodrigo desapareció, sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie, se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticia de él, ni se le encontró vivo ni muerto.

### Conquistas de Tariq y sus tropas

Marchó en seguida Tariq a la angostura de Algeciras, y después a la ciudad de Ecija: sus habitantes, acompañados de los fugitivos del ejército grande, saliéronle al encuentro, y se trabó un tenaz combate, en que los musulmanes tuvieron muchos muertos y heridos. Dios les concedió al fin su ayuda, y los politeístas fueron derrotados, sin que los musulmanes volviesen a encontrar tan fuerte resistencia. Tariq bajó a situarse junto a una



El río Guadalete desde Arcos de la Frontera.



Córdoba. Puente sobre el Guadalquivir.



fuente que se halla a cuatro millas de Ecija, a orillas de su río, y que tomó el nombre de fuente de Tariq.

Infundió Dios terror en los corazones de los cristianos cuando vieron que Tariq se internaba en el país, habiendo creído que haría lo mismo que Tarif; y huyendo hacia Toledo, se encerraron en las ciudades de España. Entonces Julián se acercó a Tariq y le dijo: "Ya has concluído con España: divide ahora tu ejército, al cual servirán de guías estos compañeros míos, y marcha tú hacia Toledo." Dividió, en efecto, su ejército desde Ecija, y envió a Mugaytz al-Rumi, liberto de Al-Walid ben Abd al-Malik, a Córdoba, que era entonces una de sus mayores ciudades, y es actualmente fortaleza de los muslimes, su principal residencia y capital del reino, con 700 caballeros, sin ningún peón, pues no había quedado musulmán sin caballo. Mandó otro destacamento a Rayya, otro a Granada, capital de Elvira, y se dirigió él hacia Toledo con el grueso de las tropas.

Mugaytz caminó hasta llegar a Córdoba y acampó en la alquería de Xecunda, en un bosque de alerces que había entre las alquerías de Xecunda y Tarsail. Desde aquí mandó algunos de sus adalides, quienes cogieron y llevaron a su presencia un pastor que andaba apacentando su ganado en el bosque. Pidióle Mugaytz noticias de Córdoba, y dijo que la gente principal había marchado a Toledo, dejando en la ciudad al gobernador con 400 defensores y la gente de poca importancia. Después le preguntó por la fortaleza de sus murallas, a lo que contestó que eran bastante fuertes, pero que sobre la puerta de la Estatua, que es la del puente, había una hendidura, que les describió. Llegada la noche, se acercó Mugaytz, y favoreciendo Dios su empresa con un fuerte aguacero, mezclado con granizo, pudo con la oscuridad aproximarse al río, cuando los centinelas habían descuidado la guardia por temor al frío y a la lluvia, y sólo se escuchaban algunas voces de alerta, dadas débilmente y a largos intervalos. Pasó la gente el río, que sólo distaba del muro 30 codos, o menos, y se esforzaron por subir a la muralla; mas como no encontrasen punto de apoyo, volvieron a buscar al pastor, y habiéndole traído, les indicó la hendidura, que si bien no estaba a la haz de la tierra, tenía debajo una higuera. Entonces se esforzaron por subir a ella, y después de algunas tentativas, un musulmán logró llegar a lo alto. Mugaytz le arrojó la punta de su turbante, y por este medio treparon muchos al muro. Montó Mugaytz a caballo y se colocó delante de la puerta de la Estatua, por la parte de afuera, después de haber dado orden a los que habían entrado de que sorprendiesen la guardia de esta puerta, que es hoy la del puente: en aquel tiempo estaba destruído, y no existía puente ninguno en Córdoba. Los muslimes sorprendieron, en efecto, a los que guardaban la puerta de la Estatua, llamada entonces de Algeciras, mataron a unos y ahuyentaron a otros, y rompiendo los cerrojos, dieron entrada a Mugaytz con todos sus compañeros, espías y adalides. Mugaytz se dirigió al palacio del rey; mas éste, al saber la entrada de los musulmanes, había salido por la puerta occidental de la ciudad, llamada puerta de Sevilla, con sus

Córdoba. Puente sobre el Guadalquivir.



fuente que se halla a cuatro millas de Ecija, a orillas de su río, y que tomó el nombre de fuente de Tariq.

Infundió Dios terror en los corazones de los cristianos cuando vieron que Tariq se internaba en el país, habiendo creído que haría lo mismo que Tarif; y huyendo hacia Toledo, se encerraron en las ciudades de España. Entonces Julián se acercó a Tariq y le dijo: "Ya has concluído con España: divide ahora tu ejército, al cual servirán de guías estos compañeros míos, y marcha tú hacia Toledo." Dividió, en efecto, su ejército desde Ecija, y envió a Mugaytz al-Rumi, liberto de Al-Walid ben Abd al-Malik, a Córdoba, que era entonces una de sus mayores ciudades, y es actualmente fortaleza de los muslimes, su principal residencia y capital del reino, con 700 caballeros, sin ningún peón, pues no había quedado musulmán sin caballo. Mandó otro destacamento a Rayya, otro a Granada, capital de Elvira, y se dirigió él hacia Toledo con el grueso de las tropas.

Mugaytz caminó hasta llegar a Córdoba y acampó en la alquería de Xecunda, en un bosque de alerces que había entre las alquerías de Xecunda y Tarsail. Desde aquí mandó algunos de sus adalides, quienes cogieron y llevaron a su presencia un pastor que andaba apacentando su ganado en el bosque. Pidióle Mugaytz noticias de Córdoba, y dijo que la gente principal había marchado a Toledo, dejando en la ciudad al gobernador con 400 defensores y la gente de poca importancia. Después le preguntó por la fortaleza de sus murallas, a lo que contestó que eran bastante fuertes, pero que sobre la puerta de la Estatua, que es la del puente, había una hendidura, que les describió. Llegada la noche, se acercó Mugaytz, y favoreciendo Dios su empresa con un fuerte aguacero, mezclado con granizo, pudo con la oscuridad aproximarse al río, cuando los centinelas habían descuidado la guardia por temor al frío y a la lluvia, y sólo se escuchaban algunas voces de alerta, dadas débilmente y a largos intervalos. Pasó la gente el río, que sólo distaba del muro 30 codos, o menos, y se esforzaron por subir a la muralla; mas como no encontrasen punto de apoyo, volvieron a buscar al pastor, y habiéndole traído, les indicó la hendidura, que si bien no estaba a la haz de la tierra, tenía debajo una higuera. Entonces se esforzaron por subir a ella, y después de algunas tentativas, un musulmán logró llegar a lo alto. Mugaytz le arrojó la punta de su turbante, y por este medio treparon muchos al muro. Montó Mugaytz a caballo y se colocó delante de la puerta de la Estatua, por la parte de afuera, después de haber dado orden a los que habían entrado de que sorprendiesen la guardia de esta puerta, que es hoy la del puente: en aquel tiempo estaba destruído, y no existía puente ninguno en Córdoba. Los muslimes sorprendieron, en efecto, a los que guardaban la puerta de la Estatua, llamada entonces de Algeciras, mataron a unos y ahuyentaron a otros, y rompiendo los cerrojos, dieron entrada a Mugaytz con todos sus compañeros, espías y adalides. Mugaytz se dirigió al palacio del rey; mas éste, al saber la entrada de los musulmanes, había salido por la puerta occidental de la ciudad, llamada puerta de Sevilla, con sus

400 ó 500 soldados y algunos otros, y se había guarnecido en una iglesia dedicada a San Acisclo, que estaba situada en esta parte occidental y era firme, sólida y fuerte. Ocupó Mugaytz el palacio de Córdoba, y al siguiente día salió y cercó al cristiano en la iglesia, escribiendo a Tariq la nueva de la conquista.

El destacamento que fué hacia Rayya la conquistó, y sus habitantes huyeron a lo más elevado de los montes; marchó en seguida a unirse con el que había ido a Elvira, sitiaron y tomaron su capital, y encontraron en ella muchos judíos. Cuando tal les acontecía, en una comarca reunían todos los judíos de la capital, y dejaban con ellos un destacamento de musulmanes, continuando su marcha el grueso de las tropas. Así lo hicieron en Granada, capital de Elvira, y no en Málaga, capital de Rayya, porque en ésta no encontraron judíos ni habitantes, aunque en los primeros momentos de peligro allí se habían refugiado.

Fueron después a Tudmir, cuyo verdadero nombre era Orihuela, y se llamaba Tudmir del nombre de su señor (Teodomiro), el cual salió al encuentro de los musulmanes con un ejército numeroso, que combatió flojamente, siendo derrotado en un campo raso, donde los musulmanes hicieron una matanza tal que casi los exterminaron. Los pocos que pudieron escapar huyeron a Orihuela, donde no tenían gente de armas ni medio de defensa; mas su jefe Tudmir, que era hombre experto y de mucho ingenio, al ver que no era posible la resistencia con las pocas tropas que tenía, ordenó que las mujeres dejasen sueltos sus cabellos, les dió cañas y las colocó sobre las murallas de tal forma, que pareciesen un ejército, hasta que él ajustase las paces. Salió en seguida a guisa de parlamentario, pidiendo la paz, que le fué otorgada; y no cesó de insinuarse en el ánimo del jefe del ejército musulmán, hasta conseguir una capitulación para sí y sus súbditos, en virtud de la cual se entregó pacíficamente todo el territorio de Tudmir, sin que hubiese que conquistar poco ni mucho, y se les dejó el dominio de sus bienes. Conseguido esto, descubrió su nombre, e hizo entrar en la ciudad a los musulmanes, que no encontraron gente de armas ninguna, por lo cual les pesó lo hecho; pero cumplieron lo ya estipulado, y después de haber puesto en noticia de Tariq las conquistas alcanzadas, y de haber dejado allí algunas tropas con los habitantes, marchó el grueso del destacamento hacia Toledo para reunirse con Tariq.

Mugaytz permaneció tres meses sitiando a las cristianos en la iglesia, hasta que una mañana vinieron a decirle que el cristiano (principal) había salido, huyendo a rienda suelta en dirección a la sierra de Córdoba, a fin de reunirse con sus compañeros en Toledo, y que había dejado en la iglesia a sus soldados. Mugaytz salió en su persecución solo, y le vió que huía en su caballo alazán en dirección a la aldea de Catalavera (sic). Volvióse el cristiano, y así que vió a Mugaytz que aguijaba su caballo para alcanzarle, turbóse y abandonando el camino, llegó a un barranco, donde su caballo cayó y se desnucó. Cuando llegó Mugaytz, estaba sentado sobre su escudo



y se entregó prisionero, siendo el único de los reyes cristianos que fué aprehendido, pues los restantes, o se entregaron por capitulación o huyeron a Galicia. Después volvió Mugaytz a la iglesia, hizo salir a todos los cristianos y mandó se les cortase la cabeza, tomando entonces esta iglesia el nombre de iglesia de los prisioneros. El cristiano principal permaneció preso para ser conducido ante el emir de los creyentes. Reunió Mugaytz en Córdoba a los judíos a quienes encomendó la guarda de la ciudad, distribuyó en ella a sus soldados, y se aposentó él en el palacio.

Tariq llegó a Toledo, y dejando allí algunas tropas, continuó su marcha hasta Guadalajara, después se dirigió a la montaña, pasándola por el desfiladero que tomó su nombre, y llegó a una ciudad que hay a la otra parte del monte, llamada Almeida (La Mesa), nombre debido a la circunstancia de haberse encontrado en ella la mesa de Salomón, hijo de David, cuyos bordes y pies, en número de 365, eran de esmeralda verde. Llegó después a la ciudad de Amaya, donde encontró alhajas y riquezas y volvió a Toledo en el año 93 [19-oct.-711 a 6-oct.-712].

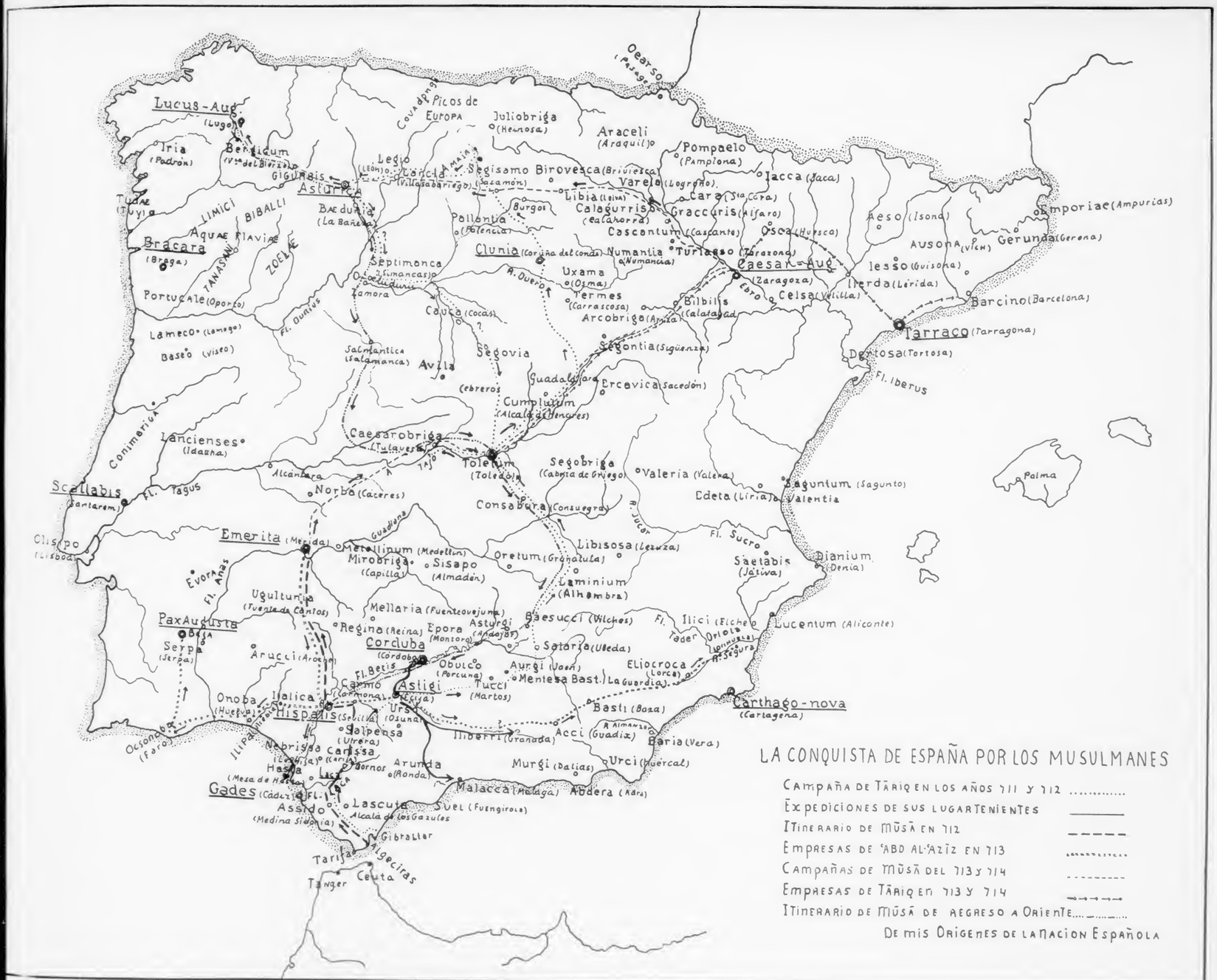
## "Muza" en España

Sabedor Musa ben Nusayr de las hazañas de Tariq, y envidioso de él, vino a España en Ramadan del año 93 [julio-agosto 712] con buen golpe de gente, pues traía, según se cuenta, 18.000 hombres. Cuando desembarcó en Algeciras, le indicaron que siguiese el mismo camino de Tariq y él dijo: "No estoy en ánimo de eso". Entonces los cristianos que le servían de guías le dijeron: "Nosotros te conduciremos por un camino mejor que el suyo, en el que hay ciudades de más importancia que las que él ha conquistado, y de las cuales, Dios mediante, podrás hacerte dueño". Esta nueva le llenó de alegría, porque le pesaba lo que había hecho Tariq. Condujéronle, pues, a Medina Sidonia, que conquistó por fuerza de armas, y después a Carmona. Esta era una de las ciudades más fuertes de España, y cuya conquista podía esperarse menos por asalto ni por asedio, por lo cual, cuando se dirigió a ella, dijéronle que únicamente valiéndose de alguna estratagema podría ser entrada. Entonces mandó algunos cristianos de los que habían pedido y obtenido de él carta de seguridad, como Julián, de quien acaso eran camaradas, y se presentaron armados, como si fuesen fugitivos, siendo recibidos en la ciudad; mas por la noche abrieron la puerta llamada de Córdoba a la caballería que Musa mandó al intento, y sorprendiendo a la guardia, se apoderaron los musulmanes de Carmona.

Después marchó Musa a Sevilla, que era la mayor y más importante de las ciudades de España, notabilísima por sus edificios y monumentos. Antes de la invasión de los godos había sido capital del reino, hasta que, vencedores éstos, trasladaron la sede a Toledo, quedando, sin embargo, en Sevilla, la nobleza romana y los jurisconsultos y sabios en letras sagradas y profanas.

Después de algunos meses de sitio fué conquistada por Musa ben Nusayr, con la ayuda de Dios, huyendo los cristianos a Beja. Confió Musa la guarda de la ciudad a los judíos, y se dirigió a la ciudad de Mérida, donde residían algunos grandes señores de España, y que también tenía monumentos, un puente, alcázares e iglesias que exceden a toda ponderación. Cercó la ciudad, y la guarnición salió contra él, trabándose un fuerte combate a una milla de distancia de las murallas. En tanto descubrió Musa una cantera de piedra, en la cual ocultó por la noche infantería y caballería, y al día siguiente, al amanecer, cuando fué contra ellos, y salieron a rechazarle como el anterior, atacáronles los musulmanes que estaban emboscados e hicieron en ellos una gran matanza, refugiándose los que escaparon en la ciudad, que era muy fuerte, y tenía unas murallas como no han hecho otras los hombres. Por espacio de algunos meses continuó el cerco, hasta que fabricaron los muslimes una máquina para acercarse al muro, y cubiertos con ella, llegaron a una de las torres, de la cual arrancaron un sillar; mas encontraron en el hueco un macizo, que en lengua española se llama laxamaxa (argamasa), que resistía a sus barras y picos, y mientras se hallaban ocupados en este trabajo, cargaron sobre ellos los cristianos y perecieron los musulmanes bajo la máquina, por lo cual la torre se llamó de los Mártires, nombre que aún hoy conserva, aunque son pocos los que saben esta anécdota. Al cabo fué conquistada la ciudad en Ramadan del año 94, el día de la fiesta del Fitr [30 junio 713] del modo siguiente: Cuando sucedió lo de los mártires, dijeron los cristianos: "Ya hemos quebrantado las fuerzas del enemigo; si hemos de concertar la paz, ningún día más favorable que éste". Salieron con tal intento, y encontraron a Musa con la barba blanca; empezaron a insinuársele, exigiéndole condiciones en que él no convenía, y se volvieron. Tornaron a salir la víspera de la fiesta (del Fitr), y como no hubiese alheñado la barba y la tuviese roja, dijo uno de ellos: "Creo que debe ser de los que comen carne humana o no es éste el que vimos ayer". Por último, vinieron a verle el día mismo de la fiesta, cuando ya tenía la barba negra, y de regreso a la ciudad dijeron a sus moradores: "¡Insensatos! estáis combatiendo contra profetas, que se transforman a su albedrío y se rejuvenecen. Su rey que era anciano, se ha vuelto joven. Id, y concededle cuanto pida". Ajustaron, en efecto, la paz, a condición de que los bienes de los que habían muerto el día de la emboscada, y los de aquellos que habían huído a Galicia fuesen para los muslimes, y los bienes y alhajas de las iglesias para Musa; con lo cual, el día de la fiesta del Fitr del año 94 le abrieron las puertas de la ciudad.

Los cristianos de Sevilla tramaron en tanto una conjuración contra los musulmanes que había en la ciudad, y habiendo acudido desde la ciudad llamada Niebla y la que tiene por nombre Beja, mataron ochenta hombres. Los restantes huyeron a Mérida, donde se hallaba Musa ben Nusayr, el cual, dueño ya de esta ciudad, mandó a su hijo Abd al-Aziz a Sevilla con tropas, y éste la reconquistó, regresando en seguida.




## LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS MUSULMANES

- Campaña de Tāriq en los años 711 y 712 .....
- Expediciones de sus lugartenientes _____
- Itinerario de Mūsā en 712 – – – – –
- Empresas de ʿAbd al-ʿAzīz en 713 ·····
- Campañas de Mūsā del 713 y 714 - - - - - -
- Empresas de Tāriq en 713 y 714 —·—·—·—
- Itinerario de Mūsā de regreso a Oriente .....

De mis Orígenes de la Nación Española

A fines de Xauwal [fin julio 713] salió Musa de Mérida para Toledo, y apenas supo Tariq su próxima llegada, salió a recibirle para ofrecerle sus respetos, y le encontró en el distrito de Talavera, en un lugar llamado... Al divisarle, apeóse de su caballo y Musa le dió con su látigo un golpe en la cabeza, reprendiéndole agriamente por lo que había hecho contra su parecer, y llegado a Toledo le dijo: "Preséntame todo el botín que hayas recogido y la mesa". Presentóla, en efecto, falta de un pie, que le había arrancado, y como le preguntase Musa que dónde estaba, respondió: "Nada sé; la encontré de esa manera". Musa mandó que se le hiciese un pie de oro y una caja de hojas de palma, dentro de la cual fué colocada. Después marchó a conquistar a Zaragoza y demás ciudades situadas en esta parte.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 18).

## La conquista del Noroeste

Tenía Musa ben Nusayr vehementes deseos de penetrar en la comarca de Galicia, asiento de los infieles, y hacía preparativos para ello cuando vino Mugaytz Al-Rumi, enviado por Al-Walid ben Abd al-Malik, de quien era cliente, para intimar a Musa la orden de que saliese de España, abandonando sus excursiones, y se presentase al califa. Disgustóle sobremanera esta orden, que destruía todos sus planes, precisamente cuando no quedaba en España más comarca que la Galicia que no estuviese en poder de los árabes, y tenía vivísimos deseos de entrar en ella. Procuró ganar con palabras afectuosas a Mugaytz, enviado del califa, y le rogó le esperase hasta cumplir su designio de ir allá, expedición a la cual podía acompañarle, y tomar su parte en las ganancias y presas. Mugaytz consintió, y con él fué hasta llegar hasta los ásperos pasajes del Norte; conquistó los castillos de Viseo y Lugo, y allí se detuvo mandando exploradores que llegaron hasta la peña de Pelayo, sobre el mar Océano. No quedó iglesia que no fuese quemada, ni campana que no fuese rota. Los cristianos prestaron obediencia, se avinieron a la paz y al pago del tributo personal, y los árabes se establecieron en los pasos más difíciles. Los árabes y berberiscos, cuando pasaban por un pasaje que les parecía bien, fundaban allí un pueblo y se establecían en él. El Islam extendió su zona por España, y disminuyó la de los politeístas.

Cuando Musa se encontraba en el colmo de su victoria y lleno de esperanzas, vino un segundo enviado del califa, llamado Abu Nasr, que Al-Walid había enviado en pos de Mugaytz cuando vió lo que Musa tardaba en marchar, y al cual encargó que le hiciese salir por fuerza de España. Le hizo, en efecto, volver desde Lugo, ciudad de Galicia, regresando por el desfiladero llamado de Musa. Tariq, que volvía de Aragón, se le agregó en el camino, y caminaron juntos, con todos los que quisieron regresar a Oriente. Los que prefirieron permanecer en España quedaron en las ciuda-

des que habían fundado y habitado. Los dos enviados del califa, Mugaytz y Abu Nasr, iban también con Musa, el cual, cuando llegaron a Sevilla, dejó en ella establecido como gobernador de España a su hijo Abd al-Aziz, habiendo preferido esta ciudad por capital, por su proximidad al mar y al Estrecho. En Dzu-Hicha del año 95 (agosto-septiembre de 714) pasó Musa el mar para ir a Oriente, en compañía de Tariq, que había estado en España antes de la venida de Musa un año, y después de la entrada de éste, dos y cuatro meses. Llevaba Musa consigo muchos despojos y 30.000 prisioneros, así como la mesa tan celebrada, y muchos tesoros, joyas y muebles preciosos, de indecible valor. Iba, sin embargo, pesaroso por no poder continuar la guerra, y triste porque le apartasen de ella cuando esperaba atravesar todo el país de Francia e internarse en el continente, hasta volver con sus tropas a la Siria, creyendo poder abrirse camino por estas tierras, y conseguir que los muslimes de España pudiesen ir y venir a Siria por tierra y sin tener que embarcarse.

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Trad. Lafuente Alcántara, 192).

## CAPITULACIONES

*La traición de los vitizanos, el espíritu acomodaticio de muchos grandes, el deseo de otros de conservar su situación y acaso el noble intento de algunos de evitar los desastres de la guerra a sus gobernados, cuando toda resistencia llegó a ser inútil, movieron a numerosos jefes godos a capitular sin combate o tras su derrota. Unos firmaron con los conquistadores capitulaciones, más o menos duras o más o menos honrosas, pero que implicaban su sumisión a la soberanía plena de las autoridades islamitas —pactos de tipo "sulh"—; y otros consiguieron un acuerdo más favorable, en que les era reconocida la autonomía política —pactos de tipo "ahd"—. En ambos casos los cristianos quedaban obligados al pago de la* chizia *o capitación y al del* jarach *o contribución territorial. He aquí el texto del que suscribió Teodomiro, gobernador de Orihuela, y de otras seis ciudades —en copias del mismo, diversas de la reproducida ahora: Baltana, Alicante, Mula, Villena, Lorca y Ello— con Abd al-Aziz, hijo del conquistador "Muza". Constituye el documento auténtico más viejo de la historia del Islam peninsular. Esta le supone rubricado tras la legendaria defensa de Orihuela por sus mujeres.*

En nombre de Dios clemente y misericordioso. Escritura (otorgada) por Abd al-Aziz ben Musa ben Nussayr a Theodomiro ben Gobdux. Que éste se aviene o se someta a capitular, aceptando el patronato y clientela de Alá y la clientela de su Profeta (con quien Alá sea fausto y propicio) con la



condición de que no se impondrán dominio sobre él ni sobre ninguno de los suyos; que no podrá ser cogido ni despojado de su señorío; que ellos no podrán ser muertos, ni cautivados, ni apartados unos de otros, ni de sus hijos ni de sus mujeres, ni violentados en su religión, ni quemadas sus iglesias; que no será despojado de su señorío mientras sea fiel y sincero, y cumpla lo que hemos estipulado con él; que su capitulación se extiende a siete ciudades, que son: Orihuela, Valentila, Alicante, Mula, Bigastro, Eyyo y Lorca; que no dará asilo a desertores ni a enemigos; que no intimidará a los que vivan bajo la protección nuestra, ni ocultará noticias de enemigos que sepa. Que él y los suyos pagarán cada año un dinar, y cuatro modios de trigo, y cuatro de cebada, y cuatro cántaros de arrope, y cuatro de vinagre, y dos de miel, y dos de aceite; pero el siervo sólo pagará la mitad". Lo cual firmaron como testigos Utzman ben abi Abda al-Quraixi y Habib ben Abi Ubaida al-Fihri y Abd Allah ben Maisara al-Fahtimi y Abu-l-Qasim al-Udzaili.

Escribióse a cuatro de Rachab del año 94 de la Héjira [5 de abril del 173 de J. C.].

Del *Bugyat al-multamis fi-l-tarij ahl al-Andalus* de AL-DABBI (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 798).

## INGRATITUD CALIFAL

*Han sido muchos los casos de grandes conquistadores caídos en desgracia, de sus reyes o de sus pueblos. "Muza" fué uno de ellos. ¿Mereció su suerte? Cuando había sido recaudador del impuesto territorial en Basora fué acusado del delito de malversación de fondos y gracias a la intervención del gobernador de Egipto, hermano del califa, sólo fué condenado a pagar cien mil monedas de oro. ¿Se apropió en España del quinto del botín reservado al califa y fué por ello castigado legalmente? ¿Incurrió en la cólera de Sulayman por haber llegado a Damasco poco antes de morir su predecesor Al-Walid, con lo que correspondió a éste la parte señalada de las riquezas tomadas en la Península? ¿Influyeron en su suerte adversa rivalidades u odios de tribu? En todo caso la fortuna le volvió la espalda al llegar a Oriente, después de haberle favorecido con la conquista del "Mogreb" occidental y de España.*

### "Muza" castigado

Dícese que cuando Sulayman sucedió en el califato a su hermano Al-Walid, estaba furiosamente irritado contra Al-Hachach y contra Musa, y había concebido grande enemistad contra ellos por cosas que sería dema-

siado largo enumerar; había, por eso, jurado crucificarlos dondequiera que viniesen a parar a sus manos. En efecto, cierto día Sulayman mandó llamar a su hermano Umar, hijo de Abd al-Aziz, y le dijo: "Mañana irremisiblemente crucifico a Musa". Por eso, Umar inmediatamente envió a llamar a Musa, y al tenerlo en su presencia le dijo: "¡Oh hijo de Nusayr!" Te quiero por cuatro motivos: 1º, por las hazañas dignas de alabanza que has llevado a efecto por la causa de Dios y de la religión y las brillantes victorias contra sus enemigos; 2º, por el cariño que profesas a la familia de nuestro profeta; 3º, por la afección y aprecio que has mostrado siempre a Iyad ben Uqba, a quien tú sabes la consideración que yo le guardaba, pues era virtuosísimo y religioso, y 4º, por el favor que siempre has disfrutado de mi padre Abd al-Aziz y los muchos beneficios que te otorgó, y quiero ahora seguir su ejemplo añadiendo un nuevo favor a la suma de sus favores. Obligado por estas razones, he de decirte que en este momento acabo de oír al Emir de los Creyentes que tiene intención de crucificarte mañana, y vengo a advertirte el peligro para que discurras el modo de librarte, pues te incumbe ponerte a salvo". "Ya lo tengo pensado; mi resolución está tomada; en tus manos me pongo enteramente". "Está bien, replicó Umar; si el perdón puede obtenerse para ti, deberáse a mi influencia; aquellos a quienes quiero pueden seguramente confiarse a mí". Musa entonces se retiró y fuése a casa; al amanecer se lavó y perfumó y estuvo sentado esperando pacíficamente que le mataran, pues no le cabía duda que aquel día había de ser crucificado. Era verano y el calor intenso; al llegar a mediodía, cuando el sol estaba en su zenit, entraron los oficiales de Sulayman y le condujeron a la presencia del califa. Musa era hombre de mucha edad y corpulento y afectado del asma, que le molestaba mucho. Llegado a la presencia del califa, tomó una actitud humilde, y Sulayman comenzó a injuriarle y hacerle reproches. Musa contestó: "¡Voto a Dios! ¡Oh Emir de los Creyentes! ¿Esto es lo que merezco? ¿Es ésa la recompensa de un hombre cual yo, que ha sido tan meritorio en el servicio de Dios, y que ha sido causa, por su diligencia, de que fluyese prosperidad sin límites a los musulmanes, de un hombre que ha servido tan fiel y honradamente a tus antecesores?" Sulayman, entonces, le dijo: "¡Mientes! ¡Dios me haga morir si no te mato y crucifico!" Después de mucho hablar por ambas partes, Musa exclamó: "¡Voto a Dios! Aquellos que están debajo de la tierra (en el sepulcro) me son más queridos que los que están encima". "¿A quiénes quieres decir?", replicó Sulayman en un arrebato de cólera. "Quiero decir, repuso Musa, a tus hermanos Marwan, Abd al-Malik, Al-Walid y a tu tío Abd al-Aziz". Al oír esto Sulayman estuvo a punto de estallar de rabia. Entonces repitió otra vez: "¡Dios me haga morir, si no te mato!" Musa dijo: "¡Mi destino en manos de Dios está!; no espero gracia alguna del Emir de los Creyentes. Si Dios, por ventura, hubiese decretado que yo viviera, sería inútil toda tu ira". "¡Miserable!", dijo al fin Sulayman. En seguida dió orden para que Musa fuese expuesto, y se le expuso a un sol abrasador, hasta que se calentó su sangre y sus fuerzas



se agotaron. Un rato después volvióse Sulayman hacia Umar, hijo de Abd al-Aziz, y le dijo: "¡Umar! No quedaré satisfecho, a no ser que tú salgas y veas si mis órdenes se han fielmente cumplido". Umar aprovechó la ocasión y salió, como en otra parte se ha referido, porque dijo él a la persona que me contó esto: "A mí me repugnaba incitar contra mí la mala voluntad de las gentes no interviniendo con empeño en su favor". Así que cuando volvió Umar, dijo al califa: "Perdónale, ¡oh, Emir de los Creyentes! Es un anciano débil, agobiado por la fatiga y el asma que sufre; si permanece más tiempo en ese estado, me figuro que he de encontrarle muerto cuando vuelva". Estas palabras causaron alguna impresión en Sulayman, el cual, volviéndose hacia los consejeros que estaban sentados a su lado, dijo: "El que quiera ejecutar la orden de libertar a Musa de su situación presente se ha de comprometer a conseguir que renuncie todos sus tesoros". Entonces Yazid, hijo de Muhalab, dijo: "Yo me comprometo, ¡oh Emir de los Creyentes!" "Hazlo, pues, dijo Sulayman; te concedo su vida; pero piensa que no llevo intención de renunciar al castigo de sus dos hijos, Marwan y Abd al-Lula". Yazid salió con la orden del califa, y después de haber soltado a Musa le hizo montar en su propio caballo y le condujo a su casa, donde le trató bondadosamente y le administró los medios que necesitaba. Entonces le dijo: "Tú eres libre con arreglo a esas condiciones; pero deja lo demás a mi cargo, que yo dejaré satisfecho al Emir de los Creyentes, respecto al edicto que a ti te toca y a tus dos hijos: dame las instrucciones que te parezcan y yo seré el portador de tu contestación". Musa le dijo: "Puesto que tú has sido el encargado de este asunto y has salido fiador mío, de ninguna manera me opondré a los arreglos que tú hagas con el Emir de los Creyentes: si alguien que no fuera tú hubiera manejado esto, de buena gana habría muerto y entregado mi alma a Dios antes que dar un solo dirhem de mi peculio; pero ya que las cosas vienen de esta manera, estoy dispuesto a consentir con lo que tú convengas". Volviéndose entonces a sus dos hijos, que estaban en la misma habitación, les dijo: "¡Hijos míos, preparaos a sufrir! ¡Dios quiera ayudaros a vosotros y a vuestro padre!" Ellos contestaron: "Estamos dispuestos".

A la mañana siguiente, Yazid, hijo de Almuhalab, se fué a palacio y dijo a Sulayman que Musa había consentido aceptar su sentencia. A Musa, entonces, se le ordenó que se presentara ante el califa, y al ser recibido a su presencia dijo a éste: "¿No te dije yo que si el Todopoderoso no lo hubiese decretado, no podrías llevar a efecto mi muerte?" A lo cual Sulayman repuso: "Tú y tus dos hijos estaréis en mi poder hasta que la sentencia pronunciada contra ti esté completamente cumplida, y el total de la multa en manos de mi tesorero". Musa le dijo: "Sea como tú quieras, ¡oh Emir de los Creyentes!: concédeme sólo cuatro cosas y todas mis riquezas sean tuyas". "¿Cuáles son?", preguntó Sulayman. "Primeramente, repuso Musa, no destituir a mi hijo Abd Allah del gobierno de Africa del Este y comarcas adyacentes, en el término de dos años, a contar desde hoy; en segundo

lugar, no remover a mi hijo Abd al-Aziz del gobierno de España; en tercer lugar, que el botín tomado a los infieles por mis dos hijos no les ha de ser confiscado, sino que se me ha de dar a mí, y, por fin, el que se me entregue la persona y bienes de mi liberto Tariq. Con estas condiciones estoy dispuesto a aceptar tu sentencia y a poner en tus manos todos mis tesoros". Sulayman replicó entonces: "En cuanto a tu exigencia de que yo permita a tus dos hijos, Abd Allah y Abd al-Aziz permanecer en el gobierno que cada cual ocupa por espacio de dos años, concedo; pero en cuanto a poner en tus manos a tu liberto Tariq, para que dispongas libremente de su persona y bienes, no puedo acceder, pues sería una triste recompensa a un hombre que se ha portado tan honradamente con el Emir de los Creyentes. ¡No! Tú no le castigarás, ni yo te haré dueño de sus tesoros". Musa entonces pagó en dinero contante las sumas pedidas por Sulayman, y, después de haber recibido un documento de descargo, se le permitió ir donde quiso.

### La sentencia pronunciada contra "Muza"

"Esta es la sentencia dada por el siervo de Dios Sulayman, el Emir de los Creyentes, a Musa, el hijo de Nusayr, que dice: El dicho Musa pagará a Sulayman o a sus recaudadores la suma de 4.030.000 dinares de oro en buena moneda. El Emir de los Creyentes ha recibido ya 100.000 dinares a cuenta de la citada suma; pero, como lo restante está aún por pagar, el Emir de los Creyentes concede a Musa un plazo para que pueda enviarse un mensajero a España, a fin de obtener la dicha suma de su hijo Abd al-Aziz; el mensajero presentará la orden a Abd al-Aziz y esperará un mes para su cumplimiento; al expirar este término, sin esperar un día más, volverá con o sin el dinero, e irá a Africa y hará lo mismo con su hijo Abd Allah. Musa no considerará como parte para el pago de la multa las sumas que hubiese recaudado en sus diversos gobiernos, desde la subida al trono de Sulayman, ya procedentes de capitación pagada por los infieles, ya del rescate de las ciudades amenazadas con la espada, ya de algunos despojos adquiridos en el campo de batalla, porque todas estas sumas el Emir de los Creyentes las tiene como propias suyas y toma posesión de las mismas. Cuando el dicho Musa haya pagado las sumas especificadas en este escrito, que para su completo pago el Emir de los Creyentes le concede un mes, como se dice arriba, al dicho Musa se le dejará libre, así como también a sus hijos, parientes y deudos; ellos no serán de ningún modo molestados, ni multados, ni inquietados; al contrario, se les permitirá establecerse y residir donde más les plazca. Cualquiera cosa que hubiese llegado a poder de Musa y sus hijos procedente de los gobernadores nombrados por él, al tiempo de la llegada del mensajero enviado por el Emir de los Creyentes, no se les pedirá cuenta por ello. El Emir de los Creyentes no intervendrá, en ninguna manera, cualquiera que fuese, entre Musa, hijo de Nusayr, y



sus parientes y deudos, y ninguna queja contra Musa, de los mismos, será atendida; pero ni la persona de su liberto Tariq, ni otras cosas de su propiedad serán entregadas a Musa.

Testigos: Ayyub, hijo del Emir de los Creyentes; Dawud, hijo del Emir de los Creyentes; Umar ben Abd al-Aziz ben Al-Walid, Hixam ben Abd al-Malik, Said ben Jalid, Yahix ben Salama, Jalid ben Al-Rayan, Umar ben Abd Allah, Yahya ben Said, Al-Abas ben Al-Walid, Hixam ben Abd al-Malik, Amar ben Yazid, Abd al-Aziz ben Abd Allah, Abd Allah ben Said. Escrito por Chaafar, hijo de Utzman en el mes de Chumada del año 97.

Cuando Musa hubo cumplido la sentencia, y el montante de la multa fué pagado al tesoro real, para cuyo cumplimiento Yazid, hijo de Al-Muhalab, le dió 100.000 dinares, Sulayman dió órdenes para que ni Musa, ni sus hijos, en su seguridad personal fuesen molestados en lo más mínimo. En cambio por su regalo, Musa dió a Yazid una sandalia bordada con perlas, que, cuando vino a evaluarse, resultó apreciada en 300.000 dinares.

Del *Imamat wa-l-Siasat* del Seudo Ben Qutaiba
(Trad. Ribera, 136).

## DE LA LEYENDA DE "MUZA"

*Rara vez ha dejado de florecer la leyenda en torno a los grandes personajes de la historia y en derredor de los grandes acontecimientos de la misma. Así ocurrió en relación con la conquista de España por los musulmanes, como ya queda dicho, y así también por lo que hace a su conquistador, cuyos hechos maravillosos abultó hasta rozar los contornos del mito. De esa leyenda son estas palabras, en las que se pone en sus labios el juicio que merecieron a los árabes los pueblos por ellos sometidos.*

Dícese que Sulayman, en cierta ocasión, hizo a Musa las siguientes preguntas: "¿Qué te hizo tan intrépido cuando atacabas a los enemigos de Dios?" "La confianza en su poder y las oraciones para obtener su ayuda, ¡oh Emir de los Creyentes!", contestó Musa. "¿Te fortificabas en castillos o rodeabas tus campamentos con trincheras?" "Nada de eso",, replicó Musa. "Entonces, ¿qué hacías?", volvió a preguntar Sulayman. "Siempre fijé mis tiendas en las llanuras, a fin de poder juzgar mejor de la valentía o cobardía de mis hombres; nunca tuve otra fortificación que mi espada, ni otra ayuda que la del Todopoderoso, a quien nunca cesé de suplicar e implorar que me concediese la victoria". "¿Cuáles, entre las tribus árabes que han servido a tus órdenes, creíste que son los más bravos soldados?" "Los

árabes de Himyar", contestó Musa. "¿Y qué caballos los más ligeros y mejores?" "Los bayos". "Dime: ¿qué naciones, de las que has conquistado entre tus enemigos, eran las más formidables en la batalla?" "Esto no lo puedo decir, ¡oh Emir de los Creyentes!, porque he guerreado contra innumerables pueblos, todos los cuales eran bravos en el campo de batalla". "Dime acerca de los griegos", insistió Sulayman. "Los griegos, dijo Musa, son leones dentro de sus castillos, águilas en sus caballos, mujeres en sus barcos; si ven una ocasión favorable, la aprovechan en seguida; pero si la suerte les es adversa, son como cabras en trepar a sus montañas, y tan rápidos en correr, cuando van en huída, que apenas ven la tierra que pisan". "Dime acerca de los berberiscos". "Los berberiscos, ¡oh Emir de los Creyentes! son, entre todos los pueblos extranjeros, los que más se parecen a los árabes en ímpetu, fuerza corporal, sufrimiento, ciencia militar y generosidad; pero son ¡oh Emir de los Creyentes! la gente más pérfida de la tierra". "¿Y qué me dices de los españoles?" "Son señores lujuriosos y disolutos, pero caballeros que no esconden la cara al enemigo". "¿Y los francos?" "Los francos ¡oh Emir de los Creyentes!, son numerosos, tienen recursos, fuerza y valor". Musa aún añadió: "Entre las naciones que acabo de describir hay hombres de honor y probidad; también los hay traidores y pícaros; unos valen para la paz, otros para la guerra; a unos los hemos subyugado, a otros concedido condiciones; unos observan fielmente los tratados, otros los violan; pero a cada cual le hemos hecho frente según su carácter". "Pero dime, replicó Sulayman, en tus batallas con ellos, ¿ha sido tu ejército derrotado alguna vez?" "Nunca, Emir de los Creyentes, nunca huyó bandera mía, ni tropa bajo mis órdenes ha mostrado la espalda el enemigo; mientras yo he mandado a los musulmanes jamás han sido derrotados, nunca desde que tuve cuarenta años hasta la hora presente que tengo ochenta". Al oír esto, Sulayman sonrió desdeñosamente y observó: "¿Dónde está, pues, la bandera que llevabas en la batalla de la pradera de Ráhit, bajo Adahac ben Qaiz?" "Aquélla era bandera de Zubayr, y ahora hablábamos de las de los Banu-Marwan", replicó Musa. "Tienes razón", dijo Sulayman, grandemente asombrado de la sagaz contestación de Musa.

Del *Imamat wa-l-Siasat* del SEUDO BEN QUTAIBA (Trad. Ribera, 138).

## BOTIN

*Los españoles han gustado siempre de las ricas alhajas. Lo acreditan ya los abundantes hallazgos de joyas pre-romanas y las que aparecen adornando las esculturas ibéricas. Esa tradición prehistórica ha llegado hasta hoy. Los bereberes y árabes que invadieron España amaban, además, el botín sobre todas las cosas, al punto de que su codicia por lograrlo había figurado decisivamente entre las fuerzas psíquicas que llevaron a los musulmanes a la conquista de su imperio. La gran cosecha de riquezas que hicieron en la Península, explica la deleitación con que se refieren a ella los cronistas árabigos y la leyenda que surgió en torno al botín conseguido en España. Ningún autor deja de hablar en especial de la llamada Mesa de Salomón, que pudo en verdad proceder del templo de Jerusalén, porque las joyas del mismo fueron llevadas a Roma por Tito y en Roma tomadas por Alarico, cuyos sucesores fundaron el reino hispano-godo.*



### Las diademas del palacio de Toledo

Luego Musa marchó a través del país, hasta que llegó a la ciudad de los reyes, Toledo, donde encontró un palacio llamado la "mansión de los monarcas", denominado así por la circunstancia de haberse hallado allí veinticuatro diademas de oro, una por cada uno de los reyes que habían reinado en España. Cada diadema tenía una inscripción que decía el nombre del rey al cual había pertenecido, el número de hijos que había dejado, el día de su nacimiento, el de la subida al trono y el de la muerte; porque había la costumbre, entre los soberanos godos de España, que la diadema usada por cada uno de ellos durante su vida debiera, después de muerto, ser depositada en aquella mansión. Además de estos tesoros, encontró Musa en el mismo palacio, una mesa en la que estaba el nombre de Salomón, hijo de David (sobre ambos sea la paz) y otra mesa de ágata. Cuando Musa vió estos objetos, los puso inmediatamente bajo la custodia de personas de confianza, elegidas por él, y los ocultó a los ojos de los suyos, pues tal era el valor de éstos y otros preciosos objetos encontrados al tiempo de la invasión de España por los musulmanes, que no hubo un solo hombre en el ejército que pudiera (ni aun aproximadamente) apreciar su valor; así, respecto a la plata, el oro, brocados y otros artículos de vestir o muebles, ningún hombre, por hábil que fuera, pudo llegar a calcularlos.

Del *Imamat wa-l-Siasat* de BEN QUTAIBA (Trad. Ribera, 109).

### Leyendas

Abd al-Rahman, con referencia a Yahya ben Buqair, y éste apoyado en Al-Laitz ben Saad, cuenta que cuando la España fué conquistada por Musa ben Nusayr, éste tomó la mesa de Salomón, hijo de David, y la corona. Dijéronle a Tariq que la mesa estaba en un castillo llamado Farás, a dos jornadas de Toledo, y que su gobernador era un hijo de la hermana de Rodrigo. Tariq le ofreció carta de seguridad para él y su familia, y habiendo aceptado, se presentó y fué acogido por Tariq, como le había prometido. Este le pidió

la mesa y la entregó. Tenía tanto oro y aljófar, como no se había visto cosa igual. Tariq le arrancó un pie con el oro y perlas que tenía, y le mandó poner otro semejante. Estaba valuada en 200.000 dinares, por las muchas perlas que tenía...

Los soldados adquirieron allí muchas presas de oro y plata. Abd al-Rahman, con referencia a Abd al-Malik ben Muhammad, y éste apoyándose en la autoridad de Al-Laitz ben Saad, dijo que encontraron un tapete tejido con hilo de oro y enlazado con un cordón de oro adornado de perlas, rubíes y esmeraldas. Los berberiscos le encontraron varias veces, pero no pudieron llevárselo hasta que trajeron un hacha, y habiéndole partido por la mitad, uno se llevó una parte y otro otra, seguidos de la multitud, mientras que los soldados estaban ocupados en otra cosa.

Nos contó Abd al-Rahman con referencia a Abd al-Malik, que lo sabía de Al-Laitz ben Saad, que cuando los musulmanes conquistaron la España, se presentó a Musa un hombre y le dijo que si mandaba con él algunos soldados lo guiaría a un tesoro. Mandó con él algunos hombres, y le dijo: "Romped aquí"; rompieron, y cayó sobre ellos una lluvia de esmeraldas y rubíes, como jamás habían visto. Admiráronse, y dijeron: "No nos va a creer Musa"; mandaron, pues, por él y lo vió.

Del *Kitab Futuh Misr* de BEN ABD AL-HAKAM (Trad. Lafuente Alcántara, 211 y 212).

### La mesa de Salomón

Cuenta Ben Hayyan que aquella tan famosa mesa que se dice proceder de Salomón, según cuentan los cristianos, no perteneció a éste, y que su origen es que en tiempos de los reyes cristianos había la costumbre de que cuando moría un señor rico dejase una manda a las iglesias, y con estos bienes hacían grandes utensilios de mesas y tronos, y otras cosas semejantes de oro y plata, en que sus sacerdotes y clérigos llevaban los libros de los Evangelios, cuando se enseñaban en sus ceremonias, y que las colocaban en los altares en los días de fiesta, para darles mayor esplendor con este aparato (o adorno). Esta mesa estaba en Toledo por tal motivo, y los reyes se esforzaban por enriquecerla a porfía, añadiendo cada uno alguna cosa a lo que su predecesor había hecho, hasta que llegó a exceder a todas las demás alhajas de este género, y llegó a ser muy famosa. Estaba hecha de oro puro, incrustado de perlas, rubíes y esmeraldas, de tal suerte, que no se había visto otra semejante. Se esforzaron tanto por enriquecerla, porque, como allí estaba la capital del reino, no querían que hubiese en parte alguna más bellas alhajas ni muebles más preciosos que allí. Estaba colocada sobre un altar de la iglesia de Toledo, donde la encontraron los muslimes, volando la fama de su magnificencia. Ya sospechaba Tariq lo que después sucedió de la envidia de Musa, por las ventajas que había conseguido, y que le había de ordenar la entrega de todo lo que tenía, por lo cual discurrió arrancarle uno de los pies y esconderlo en su casa, y ésta fué, como es sabido, una de las causas de que Tariq quedase vencedor de Musa en la disputa que después tuvieron ante el califa sobre sus respectivas conquistas.



Del *Nafh al-tib* de AL-MAQQARI (Trad. Lafuente Alcántara, 190).

## EL PRIMER CRIMEN POLITICO EN LA ESPAÑA ARABE: ASESINATO DE ABD AL-AZIZ

*La ingratitud de los soberanos suele a veces convertirse en miedo, en miedo de que los perjudicados por ellos, o sus familiares, se alcen despechados contra su autoridad. Juzgan a los demás con sus propios módulos y el temor les lleva a decretar el crimen. La serie de los ordenados o consentidos por los déspotas —despotismo, saña y temor suelen brotar, juntos, de raíces enlazadas— es enorme. El califa Sulayman, temeroso de que Abd al-Aziz, hijo de "Muza" y gobernador de España, rebelándose, vengase a su padre, envió a la Península algunos jefes árabes para que le asesinaran. Abd al-Aziz se había casado con Egilona, la viuda de Rodrigo, y vivía con ella en Sevilla, en un palacio contiguo a la mezquita de Robina, que antes había sido, probablemente, iglesia bajo la advocación de Santa Rufina. Allí le mataron los enviados del califa (marzo 716). Pero éste era un Omeya y cuando la dinastía a que pertenecía logró reinar en España, los cronistas hispano-musulmanes no siempre declararon la verdad de los hechos y, para salvar la memoria del soberano de Damasco, algunos inventaron, acaso, la leyenda que refieren diversas fuentes arábigo-españolas. Egilona habría inducido a Abd al-Aziz a usar una corona y le habría movido a conseguir, mediante un ingenuo ardid, que se prosternaran ante él sus visitantes; tales gestos mayestáticos habrían escandalizado a algunos nobles árabes y les habrían decidido, por su cuenta y riesgo, a concluir con él. He aquí el relato antagónico que de tales sucesos nos ofrece un cronista, biznieto de uno de los hermanos del valí asesinado; relato coincidente con el de muy autorizados historiadores hispano-musulmanes.*

Refiérese, por autoridad de Muhammad ben Abd al-Malik, que Musa permaneció en la corte de Sulayman impetrando el perdón, hasta que el califa se lo concedió completo y cabal y extensivo también a sus dos hijos, Abd Allah y Abd al-Aziz, permitiendo al primero que conservase el gobierno del Africa del Este, Tánger y el Sus, y al segundo el de España, como es sabido. Sin embargo, cuando Abd al-Aziz tuvo noticia de los malos tratos

que Sulayman había dado a Musa, comenzó a hablar con desprecio de su soberano, y manifestaba, en todas las ocasiones que se le ofrecían, su resentimiento por los agravios que a aquél se le habían inferido. Habiéndosele esto referido a Sulayman, éste concibió miedo de que Abd al-Aziz se separase de su obediencia y se sublevase. Con este motivo escribió a Habib ben Abi Ubaida, a Ben Wala al-Tamimí, a Said ben Utzman ben Yasir, a Umar ben Mula al-Yahsubi, a Umar ben Qatir y a Umar ben Xarachil, todos ellos oficiales superiores del ejército de Africa, diciéndoles lo que sabía de Abd al-Aziz y que se le había dicho que se tramaba una sublevación. Informóles también de que había escrito al Abd Allah ben Musa, ordenándole que les mandara a todos ellos a España, al lado de Abd al-Aziz, y diciéndole que no se extrañara de quedarse privado de los mejores jefes de su ejército, pues eran de mayor necesidad en la tierra de la otra parte del mar, donde tenían más enemigos que combatir. Al propio tiempo, Sulayman dió a cada uno de los arriba citados instrucciones secretas con orden de matar a Abd al-Aziz, prometiendo que el que lo llevase a efecto sería elegido como sucesor. A Abd Allah le escribió en estos términos: "El Emir de los Creyentes tiene entendido que tu hermano Abd al-Aziz tiene enfrente un enemigo contra el que se ha de desplegar necesariamente todo el valor y energía posibles. Ha averiguado y sabido que a tus órdenes sirven muchos valientes y expertos, como fulano y zutano; envíalos todos a España, para que tu hermano Abd al-Aziz los emplee contra el enemigo común". A Abd al-Aziz escribió otra carta de la manera siguiente: "El Emir de los Creyentes se ha informado de la clase de los enemigos con que tienes que batallar y de la necesidad en que te hallas de hombres expertos y de valor; sabiendo, pues, que hay ahora en el Africa del Este, a las órdenes de tu hermano Abd Allah, algunos de esa calidad, ha escrito a él que te los mande, a fin de que les des empleo en tu ejército y les elijas para los puestos de confianza cerca de tu persona o en las fronteras". Otra carta se les expidió a los conspiradores, diciendo: "Os mando órdenes escritas obligando a la gente de España a obedeceros en todo caso, y absolviéndoos de la muerte de Abd al-Aziz. Estas cartas las leeréis, dondequiera que estéis, a todos los musulmanes que estén bajo vuestras órdenes, para que puedan conocer y entender cuáles son mis deseos y mandatos; cuando os hayáis hecho un partido bastante fuerte entre los soldados, os levantaréis y mataréis a Abd al-Aziz, si tal es la voluntad de Dios".

Cuando Abd Allah, el gobernador de Africa del Este, recibió la carta del califa arriba indicada, se apresuró a cumplimentar sus órdenes e inmediatamente preparó la marcha a España de los hombres mencionados en el despacho, los cuales, apenas llegados y presentadas sus credenciales a Abd al-Aziz, fueron por él muy bondadosamente recibidos y tratados, y hasta les dijo que eligieran ellos mismos las provincias de su gobierno en las que prefirieran establecerse, o las fronteras donde deseasen ser empleados. Los conspiradores, en vista de eso, reuniéronse en consejo y uno de ellos se



levantó y dijo: "Si las órdenes del Emir de los Creyentes han de ser cumplidas, no debéis aceptar la proposición de Abd al-Aziz, pues si cada uno de vosotros va primeramente al destino que se le ha asignado, y después ha de volver aquí, recelo que nunca podréis llevar a efecto lo que os manda; el ejército, en su mayoría, está a su favor; tiene abundancia de dinero, gran poder y numerosos deudos y parciales adictos a su persona. Creo mejor plan el quedarnos aquí y deshacernos de él secretamente; hay muchos hombres en este lugar (Sevilla), que, si ayudasen en esta empresa, asegurarían el éxito. Uno de ellos es Ayub ben Habib, el hijo de la hermana de Musa; os aconsejo que le veáis y comuniquéis las instrucciones del califa". Aceptado este plan como el más oportuno, los delegados fueron a ver a Ayub y a ofrecerle en nombre del califa el gobierno de España, si les ayudaba en la empresa. Habiendo consentido Ayub en la muerte de Abd al-Aziz con estas condiciones, ellos le prometieron obediencia en caso de éxito. Los delegados fuéronse inmediatamente después a ver a Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Gafiki, que era la persona más eminente y conspicua del ejército, por sus talentos, generosidad y virtudes; le leyeron las cartas de Sulayman y le enteraron de todos sus planes. Abd Allah, no obstante, no se mostró inclinado al asesinato de Abd al-Aziz; al contrario, les dijo lo siguiente: "Vosotros sabéis que la mano de Musa os ha hecho beneficios a todos, grandes y pequeños. Si el Emir de los Creyentes ha sido informado, como dices, se le ha dicho lo que no es verdad. Abd al-Aziz jamás ha dejado de ser obediente a su señor, ni ha soñado en sublevarse contra él. El califa, a la distancia en que está, no puede ver si Abd al-Aziz es culpable o inocente del crimen que se le imputa: pero vosotros lo podéis ver, y por consiguiente, os toca decidir si merece la muerte o no. Seguid mi consejo, abandonad vuestro propósito y escribid al califa que no podéis ejecutar sus órdenes". Los delegados no hicieron caso de estas palabras y siguieron adelante en sus propósitos, por amor al califa. Algún tiempo después volvieron a reunirse y decidieron su muerte, que llevaron a efecto de la manera siguiente: se pusieron a la puerta del palacio, esperando que fuera a la mezquita para asistir a las oraciones de la mañana. Abd al-Aziz, al amanecer, abandonó el palacio y se dirigió hacia la mezquita; entró en la alkibla y comenzó a leer el Corán. No bien había acabado de leer el capítulo primero, cuando de repente se oyó un gran tumulto y confusión, pues uno de los conspiradores, Habib ben Abi Ubaida, se había arrojado sobre Abd al-Aziz y dádole un golpe en vago. Los oficios fueron interrumpidos, y Abd al-Aziz, abandonando la alkibla donde se hallaba, buscó refugio en medio de la gente de la mezquita; allí fué seguido por Ben Wala al-Tamimi, que le mató. Cuando la noticia de la muerte de Abd al-Aziz se esparció por la ciudad, los habitantes quedaron sorprendidos y consternados. Los conspiradores, sí que es verdad que sacaron entonces las cartas y órdenes del califa Sulayman, pero inútilmente; la gente no quiso escucharlas y eligió a Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Gafiki, por sucesor del asesinado. Habib ben

Abi Ubaida y sus compañeros fuéronse a Damasco con la cabeza de Abd al-Aziz ben Musa.

Del *Imamat wa-l-Siasat* del SEUDO BEN QUTAIBA (Trad. Ribera, 146).

## REPARTO DE TIERRAS ENTRE LOS CONQUISTADORES

*A la par que el botín en joyas y en esclavos los conquistadores se repartieron las tierras ganadas con la espada, es decir, las de quienes no se habían sometido al Islam por capitulación que les garantizase el derecho de propiedad. Como de las alhajas y los siervos, correspondía al califa el quinto de las mismas —los reyes castellanos imitaron a los emires y el derecho al quinto se aplicó en América— mas es dudoso que los invasores de España hicieran un reparto legal y respetaran el* jums *del califa. Con la ocupación del suelo muchos colonos y siervos hispanos cambiaron el señor godo-romano por el señor árabe o bereber, pero muchos hombres libres cayeron entonces también en la servidumbre de los conquistadores. Y ningún testimonio histórico apoya la afirmación de Dozy sobre la mejoría de condición de las clases rurales españolas como consecuencia de la invasión muslim.*

Una vez acabada ya de conquistar España, Musa ben Nusayr al-Bakri al-Tabi, dividió el territorio de la península entre los militares que vinieron a la conquista, de la misma manera que había distribuído entre los mismos los cautivos y demás efectos cogidos como botín. Entonces dedujo también el quinto de las tierras y de los campos cultivados, del propio modo que lo había antes deducido de los cautivos y objetos muebles. De los cautivos escogió 100.000 de los mejores y más jóvenes y se los mandó al emir de los creyentes Al-Walid ben Abd al-Malik; pero dejó los otros cautivos que estaban en el quinto, especialmente campesinos y niños, adscriptos a las tierras del quinto, a fin de que las cultivasen y diesen el tercio de sus productos al tesoro público. Eran éstos la gente de las llanuras y se les llamó los quinteros, y a sus hijos los hijos de los quinteros.

En cuanto a los otros cristianos que estaban en lugares inaccesibles y en los montes elevados, Musa ben Nusayr, les dejó sus bienes y el uso de su religión, mediante el pago de un tributo, quedando dueños de una parte de sus bienes en la tierra del Norte, pues ellos capitularon con condición de ceder el resto y pagar un tributo por las tierras de árboles frutales y de sembradura, según lo hizo muy bien aquel a quien se debe imitar (Mahoma) con los judíos de Jaibar, respecto a sus palmerales y tierras labrantías. Excepción hecha de tres distritos, Santarén y Coimbra en el Occidente, y Ejea en el Oriente de España, Musa distribuyó entre sus soldados las tierras



de todas las comarcas conquistadas a viva fuerza, después de haber deducido el quinto para el tesoro. Esta división se llevó a efecto ante los tabíes Hanax, Al-Sanani, Al-Habali y Ben Rabah, que se hallaban en el ejército de Musa; desde entonces estas tierras han venido a trasmitirse por herencia de padres a hijos. Cuando la gente y los sabios mencionan la tierra conquistada a la fuerza, entiéndase que se trata entonces del quinto. Los territorios que se sometieron por capitulación son los del Norte, donde los cristianos conservaron la propiedad de las tierras y arbolado, pero no el de los otros bienes. Algunos sabios antiguos dicen, hablando de España, que la mayor parte de ella se sometió por capitulación, excepto algunos lugares bien conocidos, porque después de la derrota de Rodrigo todas las ciudades capitularon; de aquí que los cristianos que las habitaban continuaron poseyendo sus tierras y demás propiedades con el derecho de venderlas.

Según otra tradición, cuando Musa fué llamado a la corte aún no había realizado de una manera completa y acabada la división de tierras entre sus soldados y el Tesoro. El pidió al califa Al-Walid que acabara lo que había comenzado; pero esto no tuvo efecto hasta el califato de Umar, que dió el gobierno de España a Al-Samah ben Abd al-Malik al-Jaulani, ordenándole que dedujera el quinto de lo que quedaba por deducir. Este lo hizo, enviando a las diversas comarcas personas que se encargaran de llevar a cabo la operación. Algunos de los que habían conquistado a España a las órdenes de Musa y Tariq fueron a la corte de Al-Walid, el cual les confirmó los derechos a las tierras que les habían cabido en suerte por medio de documentos. Respecto a los que posteriormente vinieron a España, les dió en feudo muchas tierras que pertenecían al quinto del Estado.

Dice Abd al-Malik ben Habib: "Cuando en el año 100, en el califato del Emir de los Creyentes Umar ben Abd al-Aziz (Dios le haya sido propicio), fué nombrado gobernador de España Al-Samah ben Malik al-Jaulani, las tropas que le acompañaban quisieron tener participación en lo que poseían los primeros militares que vinieron a la conquista; pero entonces algunos de éstos se fueron a Umar ben Abd al-Aziz y le dijeron que Musa había dividido entre ellos las tierras, después de haber asignado el quinto al Tesoro, y que Al-Walid les había confirmado en sus derechos, como lo probaban los documentos que éste les había expedido. El Emir de los Creyentes Umar Abd al-Aziz entonces les confirmó a su vez los derechos que les había concedido Al-Walid, hijo de Abd al-Malik, expidiéndoles otras cédulas reales parecidas a las anteriores; además escribió a Al-Samah, hijo de Abd al-Malik, una carta en que le recomendaba que se respetase lo dispuesto en esas cédulas y se llevase a efecto lo que ordenaba en favor de los peticionarios. Estos volviéronse muy regocijados alabando la generosidad y justicia del califa, el cual ordenó a Al-Samah que diera en feudo a los soldados que le habían acompañado a España tierras del quinto".

Otro sabio dice lo siguiente: "Las propiedades pertenecientes al quinto en España no dejaron de ser bien conocidas y cultivadas en beneficio del

Tesoro público durante la época de los gobernadores o emires; luego, durante el imperio de los Banu Umayya, se las cultivó a nombre suyo, hasta que por todas partes se les sublevaron jefes insurrectos y acreció la guerra civil; de modo que por largo tiempo y a través de diversas dinastías subsistieron cultivándose conocidamente. Después de todo, Dios es el heredero de la tierra y de los que la habitan; no hay duda que es el mejor heredero.

Ahmad al-Razi (Rasis), en su crónica, da otra versión acerca de la autenticidad de la deducción del quinto de lo adquirido en España por los musulmanes. Es la siguiente: Dice Abd al-Malik, hijo de Habib, haciendo derivar la noticia de algunos tabíes que vinieron a España, que los califas Banu Umayya tenían la costumbre, cuando habían de llegar a sus manos los tributos de los distintos territorios de sus dominios, de ordenar que fueran juntamente con ellos diez habitantes del país, de los más honrados y principales, a fin de que no entrara en el Tesoro público un solo dinar ni dirhem hasta que estos diez diputados juraran por Alá, aquel que no hay otro Dios sino él, que no había un solo dinar o dirhem que hubiese sido tomado fuera de derecho y sin mediar violencia con sus hijos y mujeres. Sucedió, pues, que vino una diputación de Africa en los últimos tiempos de Sulayman a traer los tributos, y cuando se les ordenó que prestaran juramento, sólo juraron ocho: dos de ellos se abstuvieron; eran éstos Ismail ben Ubayd Allah, liberto de los Banu Majzum y Al-Samah, hijo de Malik al-Jaulani. A Umar, hijo de Abd al-Aziz, aquello le chocó; y al subir al califato se los adscribió a su propio servicio, y una vez convencido por experiencia de la religiosidad y virtudes de ambos, dióles, respectivamente, el gobierno de Africa a Ismail ben Ubayd Allah y a Al-Samah ben Malik, el de España. A este último le ordenó que dividiese en cinco partes la tierra que allí quedaba por dividir y los bienes muebles, y que sacara el quinto que al Tesoro público religioso correspondía, dejando las poblaciones en manos de sus señores. Le mandó además que les escribiera dando noticias de lo que España era, de sus mares y ríos, y la forma o manera de hacer la travesía para ir a ella, pues tenía el pensamiento de hacer que la abandonaran los musulmanes, porque, estando a la otra parte del mar, se hallaban demasiado alejados de los países musulmanes. Al-Samah se fué a España, y, por orden del Emir de los Creyentes Umar, la separó del gobierno de Africa. Para deducir más correctamente el quinto, hizo distinción entre el territorio conquistado a la fuerza y el que se había sometido pacíficamente. Al llegar a sacar el quinto correspondiente a Córdoba, hizo salir a los comisionarios de la manera que... fué adjudicado el delicioso valle conocido por "La Musala", al Sur de Córdoba, como correspondiente al quinto. Una vez que llevó a efecto Al-Samah lo que se había propuesto, escribió al Emir de los Creyentes dándole noticia de lo que había hecho, ya en el territorio conquistado a la fuerza, ya en las comarcas del Norte, que habían sido sometidas a la buena. Los habitantes de estas comarcas habían capitulado, obligándose a pagar una capitación y un tanto de los productos de sus tierras; unas habían de pagar el tercio, otras el cuarto de sus productos, según la calidad y fertilidad de las mismas, conforme lo había hecho el mensajero de Dios en Jaibar. Al-Samah en la misma carta pidió permiso al califa para construir el puente (sobre el Guadalquivir) utilizando la piedra de las murallas de Córdoba, pues no se conocía en esta comarca cantera de donde sacarla. La contestación afirmativa del Emir de los Creyentes Umar, hijo de Abd al-Aziz, llegó diciendo: "Que el valle que había resultado como quinto al Sur de Córdoba se convirtiera en cementerio de los musulmanes. Asimismo se llevó también a cabo la construcción del puente.



De la *Risala* del EMBAJADOR MARROQUÍ (Trad. Ribera, 172 y 176).

## LA PRIMERA DERROTA MUSULMANA EN ESPAÑA

*El mismo año de 717 en que la escuadra árabe sitiaba Constantinopla, huía de Córdoba a Asturias un antiguo espatario de Rodrigo, Pelayo, y en la misma época en que la flota del califa Sulayman fracasaba en el Bósforo, los feroces astures reconocían el caudillaje del jefe fugitivo y se alzaban contra el Islam en las estribaciones de los Picos de Europa. Años después, en 722 según lo más probable, mucho antes de que en 732 Carlos Martel derrotara a los musulmanes en Poitiers, Pelayo venció a los islamitas en Covadonga y comenzó la Reconquista. Como de ordinario, los vencedores abultaron su triunfo y los derrotados disimularon su vencimiento, pero por cima de las contradicciones de sus relatos, cabe destacar su coincidencia, al reconocer, unos y otros, que habían quedado invictos los astures. Los musulmanes de Occidente iban a hallar en los fieros habitantes del Norte de España sus peores enemigos, y la cristiandad occidental, su rodela más firme. Gracias a los reinos herederos del astur, que mantuvieron ocho siglos el choque contra Al-Andalus, pudo Europa cumplir sus destinos y pudo gestarse el mundo moderno. Covadonga es, por ello, algo más que un combate regional: es una batalla de trascendentes consecuencias en la historia del mundo.*

### El relato cristiano

Por aquellos tiempos era prefecto de Asturias, con residencia en León, Munuza, compañero de Tariq. Durante su gobierno, cierto espatario de los reyes Vitiza y Rodrigo, llamado Pelayo, oprimido por el señorío de los ismaelitas, entró en Asturias con su hermana. El prefecto Munuza envió a Pelayo a Córdoba con el pretexto de una legación, pero en verdad, con ocasión de su interés por su hermana. Antes de que regresara el antiguo

espatario, Munuza, mediante cierto artificio, se unió en matrimonio con la hermana de Pelayo; mas cuando volvió éste, en ninguna manera quiso consentir el tal enlace, sino que se apresuró a hacer con gran osadía lo que ya meditaba acerca de la salvación de la Iglesia. Entonces, el nefando Tariq envió soldados a Munuza para que apresaran a Pelayo y lo llevasen a Córdoba encadenado. Llegados a Asturias, quisieron cogerle por engaño, y en una aldea llamada Brece supo Pelayo por cierto amigo la decisión de los caldeos. Mas como los sarracenos eran muchos, viendo que no podía ofrecerles resistencia, se apartó de ellos despacio, comenzó de repente a correr y llegó a las orillas del Piloña, que encontró desbordado, pero mediante un adminículo natatorio ganó la otra orilla sobre el caballo en que cabalgaba y subió a un cerro con lo que los sarracenos cesaron de perseguirle. Dirigiéndose hacia la tierra montañosa, arrastró consigo a cuantos encontró camino de una asamblea y con ellos subió a un gran monte llamado Aseuva y se refugió en la ladera de dicha montaña, en una cueva que sabía era segura y de la que mana un gran río por nombre Deva. Desde ella envió mensajeros a todos los astures, que se congregaron en una junta y le eligieron príncipe.

Enterados de lo ocurrido los soldados que habían venido para prender a Pelayo, regresaron a Córdoba y manifestaron a su rey que se había sublevado el denunciado por Munuza. Cuando el rey oyó tal noticia, conmovido por furiosa ira, mandó salir contra el rebelde una hueste innumerable, reclutada en toda España; puso al frente del ejército a Alqama, su socio, y ordenó que fuese con éste y sus tropas a Asturias Oppas, obispo de Toledo, hijo de Vitiza, por cuya traición habían perecido los godos. Alqama recibió orden de su compañero de que si Pelayo no quería aceptar la propuesta del obispo, le apresase por fuerza de armas y le llevase a Córdoba, y entró a Asturias con un ejército de 187.000 soldados.

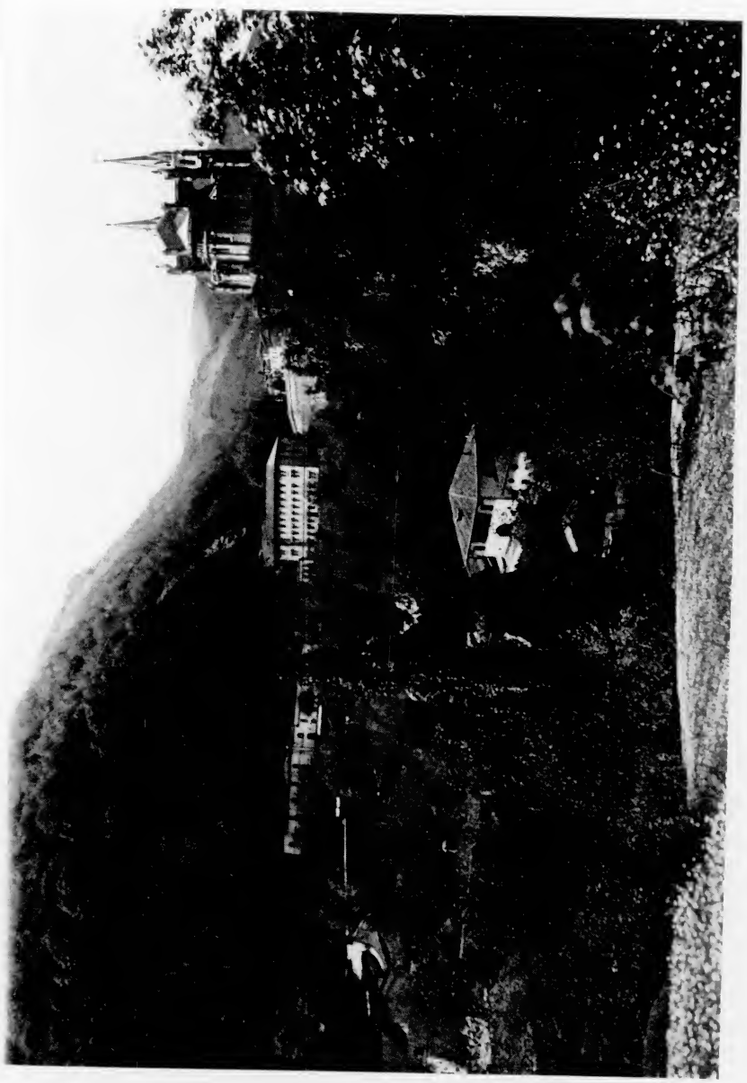
Pelayo estaba con sus compañeros en el monte Aseuva, y el ejército de Alqama llegó hasta él y alzó innumerables tiendas frente a la entrada de la cueva. El predicho obispo subió a un montículo situado ante la cueva de la Señora y habló así a Pelayo: "Pelayo, Pelayo, ¿dónde estás?". El interpelado se asomó a la ventana y respondió: "Aquí estoy". El obispo dijo entonces: "Juzgo, hermano e hijo, que no se te oculta cómo hace poco se hallaba toda España unida bajo el gobierno de los godos y brillaba más que los otros países por su doctrina y ciencia, y que, sin embargo, reunido todo el ejército de los godos, no pudo sostener el ímpetu de los ismaelitas, ¿podrás tú defenderte en la cima de este monte? Me parece difícil. Escucha mi consejo: vuelve de tu acuerdo, gozarás de muchos bienes y disfrutarás de la amistad de los caldeos". Pelayo respondió entonces: "¿No leíste en las Sagradas Escrituras que la Iglesia del Señor llegará a ser como el grano de la mostaza y de nuevo crecerá por la misericordia de Dios?" El obispo contestó: "Verdaderamente, así está escrito". Pelayo dijo: "Cristo es nuestra esperanza; que por este pequeño montículo

Vista parcial del valle Covadonga.

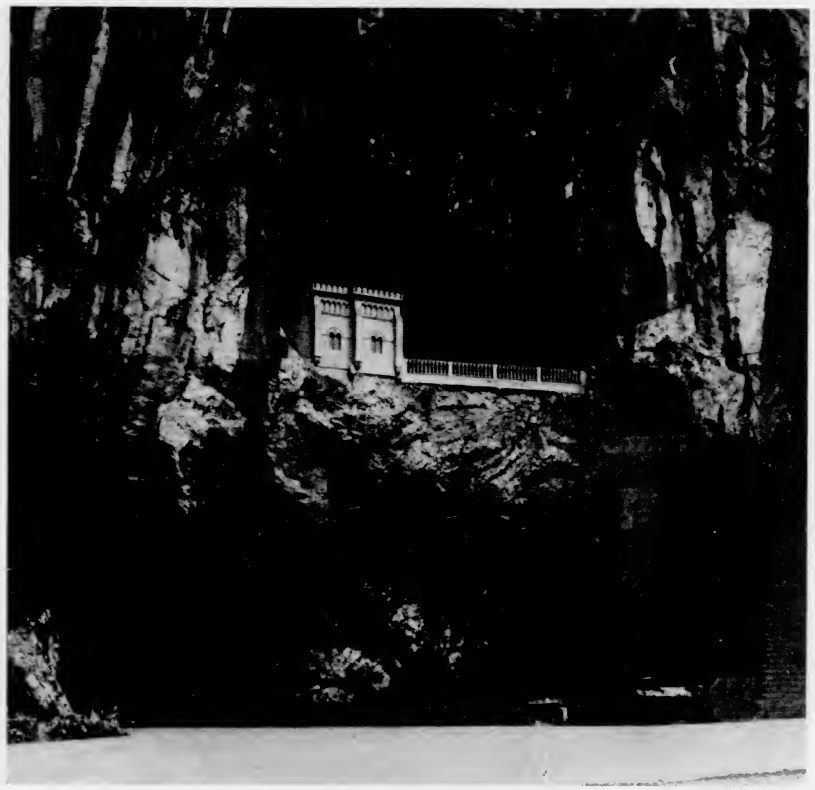
espatario, Munuza, mediante cierto artificio, se unió en matrimonio con la hermana de Pelayo; mas cuando volvió éste, en ninguna manera quiso consentir el tal enlace, sino que se apresuró a hacer con gran osadía lo que ya meditaba acerca de la salvación de la Iglesia. Entonces, el nefando Tariq envió soldados a Munuza para que apresaran a Pelayo y lo llevasen a Córdoba encadenado. Llegados a Asturias, quisieron cogerle por engaño, y en una aldea llamada Brece supo Pelayo por cierto amigo la decisión de los caldeos. Mas como los sarracenos eran muchos, viendo que no podía ofrecerles resistencia, se apartó de ellos despacio, comenzó de repente a correr y llegó a las orillas del Piloña, que encontró desbordado, pero mediante un adminículo natatorio ganó la otra orilla sobre el caballo en que cabalgaba y subió a un cerro con lo que los sarracenos cesaron de perseguirle. Dirigiéndose hacia la tierra montañosa, arrastró consigo a cuantos encontró camino de una asamblea y con ellos subió a un gran monte llamado Aseuva y se refugió en la ladera de dicha montaña, en una cueva que sabía era segura y de la que mana un gran río por nombre Deva. Desde ella envió mensajeros a todos los astures, que se congregaron en una junta y le eligieron príncipe.

Enterados de lo ocurrido los soldados que habían venido para prender a Pelayo, regresaron a Córdoba y manifestaron a su rey que se había sublevado el denunciado por Munuza. Cuando el rey oyó tal noticia, conmovido por furiosa ira, mandó salir contra el rebelde una hueste innumerable, reclutada en toda España; puso al frente del ejército a Alqama, su socio, y ordenó que fuese con éste y sus tropas a Asturias Oppas, obispo de Toledo, hijo de Vitiza, por cuya traición habían perecido los godos. Alqama recibió orden de su compañero de que si Pelayo no quería aceptar la propuesta del obispo, le apresase por fuerza de armas y le llevase a Córdoba, y entró a Asturias con un ejército de 187.000 soldados.

Pelayo estaba con sus compañeros en el monte Aseuva, y el ejército de Alqama llegó hasta él y alzó innumerables tiendas frente a la entrada de la cueva. El predicho obispo subió a un montículo situado ante la cueva de la Señora y habló así a Pelayo: "Pelayo, Pelayo, ¿dónde estás?". El interpelado se asomó a la ventana y respondió: "Aquí estoy". El obispo dijo entonces: "Juzgo, hermano e hijo, que no se te oculta cómo hace poco se hallaba toda España unida bajo el gobierno de los godos y brillaba más que los otros países por su doctrina y ciencia, y que, sin embargo, reunido todo el ejército de los godos, no pudo sostener el ímpetu de los ismaelitas, ¿podrás tú defenderte en la cima de este monte? Me parece difícil. Escucha mi consejo: vuelve de tu acuerdo, gozarás de muchos bienes y disfrutarás de la amistad de los caldeos". Pelayo respondió entonces: "¿No leíste en las Sagradas Escrituras que la Iglesia del Señor llegará a ser como el grano de la mostaza y de nuevo crecerá por la misericordia de Dios?" El obispo contestó: "Verdaderamente, así está escrito". Pelayo dijo: "Cristo es nuestra esperanza; que por este pequeño montículo



Vista parcial del valle Covadonga.



La gruta de Covadonga.



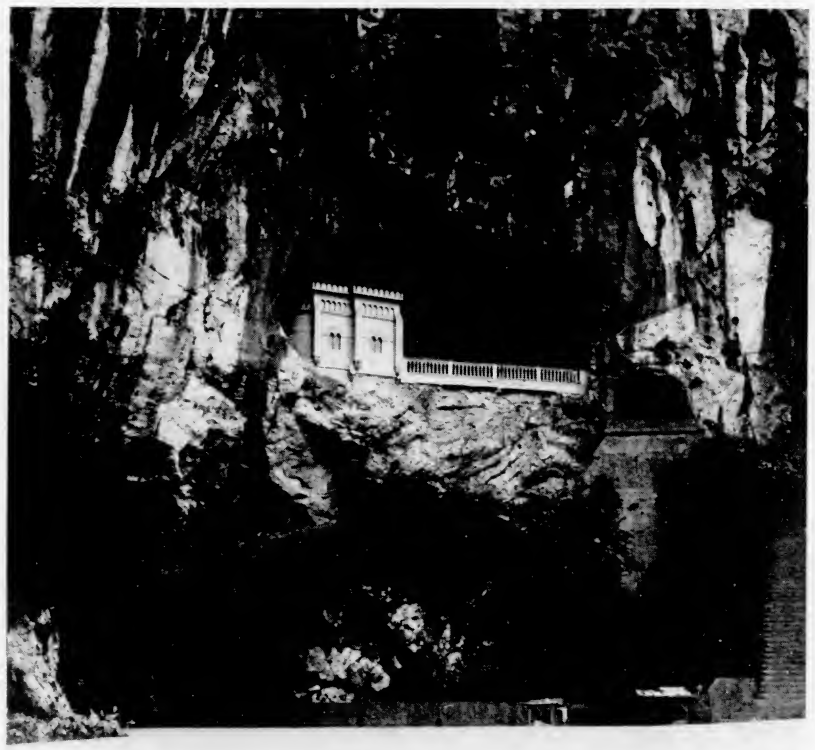
que ves sea España salvada y reparado el ejército de los godos. Confío en que se cumplirá en nosotros la promesa del Señor, porque David ha dicho: "¡Castigaré con mi vara sus iniquidades y con azotes sus pecados, pero no les faltará mi misericordia!" Así, pues, confiando en la misericordia de Jesucristo, desprecio esa multitud y no temo el combate con que nos amenazas. Tenemos por abogado cerca del Padre a nuestro Señor Jesucristo, que puede librarnos de estos paganos". El obispo, vuelto entonces al ejército, dijo: "Acercaos y pelead. Ya habéis oído cómo me ha respondido; a lo que adivino de su intención, no tendréis paz con él, sino por la venganza de la espada".

Alqama mandó entonces comenzar el combate, y los soldados tomaron las armas. Se levantaron los fundíbulos, se prepararon las hondas, brillaron las espadas, se encresparon las lanzas e incesantemente se lanzaron saetas. Pero al punto se mostraron las magnificencias del Señor: las piedras que salían de los fundíbulos y llegaban a la casa de la Virgen Santa María, que estaba dentro de la cueva, se volvían contra los que las disparaban y mataban a los caldeos. Y como Dios no necesita las lanzas, sino que da la palma de la victoria a quien quiere, los cristianos salieron de la cueva para luchar con los caldeos; emprendieron éstos la fuga, se dividió en dos su hueste, y allí mismo fué al punto muerto Alqama y apresado el obispo Oppas. En el mismo lugar murieron ciento veinticinco mil caldeos, y los sesenta y tres mil restantes subieron a la cumbre del monte Aseuva y por el lugar llamado Amuesa descendieron a la Liébana. Pero ni éstos escaparon a la venganza del Señor; cuando atravesaban por la cima del monte que está a orillas del río llamado Deva, junto al predio de Cosgaya, se cumplió el juicio del Señor: el monte, desgajándose de sus cimientos, arrojó al río los sesenta y tres mil caldeos y los aplastó a todos. Hasta hoy, cuando el río traspasa los límites de su cauce, muestra muchas señales de aquéllos.

De la *Crónica de Alfonso III* (Según el texto, ed. Gómez Moreno, Bol. Ac. Ha. C., 1932, 612).

### La noticia musulmana

Cuentan algunos historiadores que el primero que reunió a los fugitivos cristianos de España, después de haberse apoderado de ella los árabes, fué un infiel llamado Pelayo, natural de Asturias en Galicia, al cual tuvieron los árabes como rehén para seguridad de la gente de aquel país, y huyó de Córdoba en tiempo de Al-Hurr ben Abd Al-Rahman Al-Tzakafi, segundo de los emires árabes de España, en el año sexto después de la conquista, que fué el 98 de la héjira [716-717]. Sublevó a los cristianos contra el lugarteniente de Al-Hurr, le ahuyentaron y se hicieron dueños del país, en el que permanecieron reinando, ascendiendo a veintidós el número de los reyes suyos que hubo hasta la muerte de Abd Al-Rahman III".



La gruta de Covadonga.



que ves sea España salvada y reparado el ejército de los godos. Confío en que se cumplirá en nosotros la promesa del Señor, porque David ha dicho: "¡Castigaré con mi vara sus iniquidades y con azotes sus pecados, pero no les faltará mi misericordia!" Así, pues, confiando en la misericordia de Jesucristo, desprecio esa multitud y no temo el combate con que nos amenazas. Tenemos por abogado cerca del Padre a nuestro Señor Jesucristo, que puede librarnos de estos paganos". El obispo, vuelto entonces al ejército, dijo: "Acercaos y pelead. Ya habéis oído cómo me ha respondido; a lo que adivino de su intención, no tendréis paz con él, sino por la venganza de la espada".

Alqama mandó entonces comenzar el combate, y los soldados tomaron las armas. Se levantaron los fundíbulos, se prepararon las hondas, brillaron las espadas, se encresparon las lanzas e incesantemente se lanzaron saetas. Pero al punto se mostraron las magnificencias del Señor: las piedras que salían de los fundíbulos y llegaban a la casa de la Virgen Santa María, que estaba dentro de la cueva, se volvían contra los que las disparaban y mataban a los caldeos. Y como Dios no necesita las lanzas, sino que da la palma de la victoria a quien quiere, los cristianos salieron de la cueva para luchar con los caldeos; emprendieron éstos la fuga, se dividió en dos su hueste, y allí mismo fué al punto muerto Alqama y apresado el obispo Oppas. En el mismo lugar murieron ciento veinticinco mil caldeos, y los sesenta y tres mil restantes subieron a la cumbre del monte Aseuva y por el lugar llamado Amuesa descendieron a la Liébana. Pero ni éstos escaparon a la venganza del Señor; cuando atravesaban por la cima del monte que está a orillas del río llamado Deva, junto al predio de Cosgaya, se cumplió el juicio del Señor: el monte, desgajándose de sus cimientos, arrojó al río los sesenta y tres mil caldeos y los aplastó a todos. Hasta hoy, cuando el río traspasa los límites de su cauce, muestra muchas señales de aquéllos.

De la *Crónica de Alfonso III* (Según el texto, ed. Gómez Moreno, Bol. Ac. Ha. C., 1932, 612).

### La noticia musulmana

Cuentan algunos historiadores que el primero que reunió a los fugitivos cristianos de España, después de haberse apoderado de ella los árabes, fué un infiel llamado Pelayo, natural de Asturias en Galicia, al cual tuvieron los árabes como rehén para seguridad de la gente de aquel país, y huyó de Córdoba en tiempo de Al-Hurr ben Abd Al-Rahman Al-Tzakafi, segundo de los emires árabes de España, en el año sexto después de la conquista, que fué el 98 de la héjira [716-717]. Sublevó a los cristianos contra el lugarteniente de Al-Hurr, le ahuyentaron y se hicieron dueños del país, en el que permanecieron reinando, ascendiendo a veintidós el número de los reyes suyos que hubo hasta la muerte de Abd Al-Rahman III".

Dice Isa ben Ahmad Al-Razi que en tiempos de Anbasa ben Suhaim Al-Qalbi, se levantó en tierra de Galicia un asno salvaje llamado Pelayo. Desde entonces empezaron los cristianos en Al-Andalus a defender contra los musulmanes las tierras que aún quedaban en su poder, lo que no habían esperado lograr. Los islamitas, luchando contra los politeístas y forzándoles a emigrar, se habían apoderado de su país hasta llegar a Ariyula, de la tierra de los francos, y habían conquistado Pamplona en Galicia y no había quedado sino la roca donde se refugió el rey llamado Pelayo con trescientos hombres. Los soldados no cesaron de atacarle hasta que sus soldados murieron de hambre y no quedaron en su compañía sino treinta hombres y diez mujeres. Y no tenían qué comer sino la miel que tomaban de la dejada por las abejas en las hendiduras de la roca. La situación de los musulmanes llegó a ser penosa, y al cabo los despreciaron diciendo: "Treinta asnos salvajes ¿qué daño pueden hacernos?" En el año 133 murió Pelayo y reinó su hijo Fáfila. El reinado de Pelayo duró 19 años y el de su hijo 2. Después de ambos reinó Alfonso, hijo de Pedro, abuelo de los Beni Alfonso, que consiguieron prolongar su reino hasta hoy y se apoderaron de lo que los musulmanes les habían tomado".

Del *Naṣh al-tib* de AL-MAQQARI (Trads. Lafuente Alcántara: Col. Obr. Ar. Ac. Ha. I, 230; y M. Antuña: Sánchez-Albornoz. Fuentes de la ha. hisp. mus., siglo VIII, 232).

## FIN DEL AVANCE MUSULMAN ALLENDE EL PIRINEO: POITIERS

*Después de Covadonga, Poitiers. De la victoria astur nació España; basta con el reconocimiento de tal realidad para que no sea preciso acudir a la hipérbole, a fin de destacar la trascendencia histórica de la derrota musulmana al pie de los Picos de Europa. Pero los contemporáneos del desastre no podían calcular sus consecuencias multiseculares y los invasores no interrumpieron tras él sus empresas en las Galias. Los aquitanos habían ya sostenido los primeros choques y hubieron de proseguir resistiendo las nuevas embestidas. Eudes, duque independiente de Aquitania, buscó la alianza de un berberisco rebelde, Munuza, para librarse de los ejércitos musulmanes; pero al hacerlo atrajo contra él la gran tronada. Vencido, solicitó la ayuda de Carlos Martel, y éste consiguió detener en Poitiers la marea islamita. Se ha vinculado a tal batalla nada menos que la salvación de Occidente y el origen de la caballería medieval y del feudalismo. Confío en haber enterrado estas últimas hipótesis, y por lo que hace a la primera es preciso no olvidar las derrotas de Toulouse en 721 y de Covadonga en 722, e importa recordar que los sarracenos invadieron de nuevo varias veces las Galias después*



*de la victoria del primer carolingio. Fueron los moros africanos quienes salvaron la cristiandad occidental al iniciar en 739, con su levantamiento, la serie de discordias civiles que redujeron a la impotencia por dos decenios a los conquistadores islamitas de la Península.*

Abd al-Rahman, hombre batallador, en la era 769 [931], a los doce años y seis meses del imperio (de León), en el 113 de la Héjira [15 marzo 731], en el octavo año de Hixam, se apresura alegremente hacia el poder y se distingue sobre todos durante un trienio. Como se hallaba dotado de valor y de gloria, uno de la gente de los moros llamado Munuza, oyendo que los suyos eran oprimidos en los confines de Libia por la temeraria crueldad de los jueces, hace sin tardanza paz con los francos y se prepara a luchar tiránicamente contra los sarracenos de España; y como era hombre muy aguerrido, cuando se supo esto, se conturbó el ánimo de todos en el palacio. Pero no muchos días después, preparada una expedición por Abd al-Rahman, persiguió sin misericordia al rebelde antes mencionado y, encontrándole al fin en la fortaleza de Cerritania, lo combatió y lo sitió apretadamente. (Munuza), después de permanecer algunos días encerrado dentro de los muros, tuvo que huir abandonado..., mas no encontrando a dónde huir, preparado a morir en cuanto le encontrase el ejército, permanece refugiado en diferentes escondrijos. Y porque el duque franco Eudes, por obtener su alianza y por evitar la persecución de los árabes, le había entregado a su hija para que se uniese con ella en matrimonio, mientras se retarda en librarla de las manos de sus perseguidores, prepara su alma para la muerte, y al ser perseguido por el ejército, desde una altura se precipita, ya herido, en la hendidura de unas rocas, y muere. Cuando encontraron su cadáver, le cortaron la cabeza y la presentaron al rey, juntamente con la hija del ya dicho duque Eudes.

Entonces Abd al-Rahman, viendo llena la tierra con la multitud de su ejército, atraviesa las montañas de los vacceos, pasa lo mismo por los terrenos llanos que por los abruptos, entra en el territorio de los francos y penetra tanto, castigándolo con la guerra, que en el combate que le presenta Eudes, más allá del río Garona y de la Dordoña (?), le hace huir y sólo Dios sabe el número de los muertos y de los moribundos. Mientras se detiene en destruir la iglesia y los palacios de Tours e intenta saquear las iglesias (del país), se encuentra en el interior de Francia con Carlos, cónsul de Austria (sic), hombre belicoso desde su infancia y muy versado en asuntos militares, de antemano advertido por Eudes. Durante siete días uno y otro dudan en presentar combate y al fin se despliegan en batalla y pelean duramente. Algún tiempo, las gentes septentrionales permanecen inmóviles como una pared o como si los mantuviese unidos un cinturón de hielo y pasan a cuchillo a los árabes. Pero cuando la gente de Austria, sobresaliente por la robustez de sus miembros y por su brazo de hierro, se

abrió paso esforzadamente hasta encontrar y dar muerte al rey, la noche interrumpe al punto la batalla, y (entonces) levantan las espadas y se reservan para la lucha del día próximo, al ver los enormes campamentos de los árabes. A la mañana siguiente, levantándose al amanecer, los europeos desenvainan sus espadas al divisar las tiendas y los tabernáculos de los árabes, ordenados en el campo, ignorantes de que estaban totalmente vacíos y creyendo que dentro de ellos se hallaban las falanges de los sarracenos preparadas para combatir. Enviaron exploradores y ellos averiguaron todo: que los ejércitos islamitas habían huído y que durante la noche, calladamente, en una apretada columna regresaron hacia su patria. Los europeos, temerosos de que el enemigo no les fuera a preparar por las sendas, con engaños, alguna celada, asombrados recorren en vano los alrededores en todas direcciones y, no cuidando de perseguirles, se contentan con repartirse los despojos y el botín convenientemente, y vuelven alegres a sus patrias.

De la *Continuatio mozarabe de San Isidoro del 754* (Según la ed. lat. de Mommsen: Monumenta Germaniae Historica, Auct. Antqs., XI, 361).

## COMO SE NOMBRO A UN GOBERNADOR DE LA ESPAÑA MUSULMANA

*Después de la conquista, España, que pronto fué llamada Al-Andalus por los conquistadores, fué gobernada por un* "valí" *nombrado de ordinario por el gobernador o emir de Africa (Ifriqiya). Por excepción algunos valíes fueron designados por su antecesor o elegidos por los musulmanes de la Península en circunstancias anormales. A partir del estallido de la guerra civil, sólo Abu-l-Jattar vino a España, enviado por el gobernador de Africa, a pacificar el país. Después, todos los valíes de Al-Andalus fueron designados por una facción y se impusieron por la violencia de sus partidarios. Uno de los valíes de acción más decisiva en la organización del gobierno y de la hacienda musulmana de la Península, Al-Samah, fué nombrado directamente por el califa Umar; y otro, el más famoso y guerrero, Uqba, fué designado por el gobernador de Egipto, que temporalmente había recibido autoridad sobre Ifriqya y sobre Al-Andalus. He aquí cómo.*

Hixam ben Abd al-Azis mandó de gobernador de Egipto a Ubayd-Allah ben Al-Habhab ben Al-Haritz, cliente de los Banu Zalul, de la tribu de Qays, y le encomendó los asuntos de Ifriqiya y España. Dejó éste en su gobierno de Ifriqiya a Bixr ben Safwan, y para España nombró a Uqba ben-Al-Hachchach, que era su patrono, porque Al-Hachchach había manumitido a Al-Haritz (abuelo de Ubayd-Allah). Cuando fué nombrado



gobernador de Egipto, estando en la cumbre de la gloria y del poder, llegó a él Uqba, su patrono, al cual hizo sentar en su propio estrado. Tenía Ubayd-Allah hijos que se estimaban en mucho y eran estimados de los demás; y cuando le vieron sentado con su padre, se alteraron y reconvinieron a éste, diciéndole: "Has tratado con tal deferencia a un beduino, y le has sentado contigo, teniendo a tu alrededor a los nobles Quraixies y árabes; y vive Dios, que esto les hará una impresión cuyos efectos te serán muy desagradables. Tú eres ya anciano, y no tendrás que sufrir las funestas consecuencias de esto, porque quizá te arrebate la muerte antes de que pueda dañarte la enemistad de alguno; mas tememos que el oprobio recaiga sobre nosotros. Además no estamos seguros de que si esto llega a oídos del Emir de los Creyentes no reciba enojo de que hayas engrandecido a ese hombre, menospreciando a los de Qurayx". El padre les contestó: "Leváis razón, hijos míos; no había pensado en ello, y no lo volveré a hacer". Por la mañana dispuso que viniese toda la gente, y la hizo sentar; mandó en seguida que buscasen a Uqba, le dió el asiento preferente, y se sentó él a sus pies; y cuando hubo reunido gran número de personas, dió orden de que viniesen sus hijos, los cuales quedaron muy sorprendidos, comprendiendo que el anciano iba a hacer alguna cosa en su daño. Ubayd-Allah se levantó, alabó a Dios, y pidió la paz para el Profeta, y después de haber referido las palabras de sus hijos, prosiguió: "Pongo a Dios y a vosotros por testigos, aunque para testigo sólo Dios basta, de que éste es Uqba, hijo de Al-Hachchach, y de que Al-Hachachach dió libertad a Al-Haritz, y de que mis hijos son juguete de Satanás, que los ha llenado de soberbia. Quiero declararme públicamente exento ante Dios de toda impiedad e ingratitud para con él y con éste (mi patrono); pues he temido que mis hijos llegasen a renegar de los preceptos de Dios, desconociendo el derecho de patronato en este hombre y su padre, y que incurriesen en la maldición divina y en la de los hombres, pues me han contado que el Profeta de Dios dijo: Maldito aquel que se gloria de pertenecer a una familia que le es extraña; maldito aquel que desconoce a su bienhechor; y que Abu Bakr al-Sidik dijo: Impío es quien reniega de sus parientes, por remotos que sean; impío quien presume de pertenecer a una familia extraña. Mirando por vosotros tanto como por mí mismo, he querido, hijos míos, evitaros la maldición de Dios y de las gentes; y en cuanto a lo que dijisteis de que incurriría en el enojo de los creyentes por lo que hago, lejos de eso, el Emir de los Creyentes, cuya vida Dios prolongue, es sobrado magnánimo y sabedor de los decretos de Dios y observador de sus mandamientos, para que lo lleve a mal, como suponéis; antes recibirá por ello complacencia". La reunión celebró sus palabras y le aplaudió, quedando sus hijos confundidos y avergonzados. Después se levantó, y dijo a Uqba: "Tus mandatos serán cumplidos; ya ves el extenso territorio que el Emir de los Creyentes me ha confiado: dime lo que quieres y te complaceré. Te daré, si así te parece, el gobierno de Ifriqiya, y mandaré a España al gobernador

actual de aquella región, si así lo quieres; si lo prefieres, te nombraré gobernador de España". Uqba eligió a España, diciendo: "Me agrada la guerra santa, y aquél es su palenque".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 36).

## SARA, LA GODA

*Por su sincera fe musulmana, un historiador cordobés que descendía del penúltimo rey godo, Vitiza, no tuvo reparo en confesar la traición de los hijos del mismo, en favor de los islamitas invasores. Lejos de abochornarle, se sentía orgulloso de ella. Y lo estaba también de las andanzas de su abuela Sara. Había reencarnado en ella todo el ímpetu y la decisión de los guerreros godos de su estirpe, y gracias a su audacia logró rescatar sus grandes señoríos. Era heredera de una parte de los dominios de la corona visigótica, que, como prenda de su traidora conducta, habían recibido su padre y sus tíos en lugar de la corona misma que Muza y Tariq les habían prometido antes de desembarcar en la Península. Para que su gran riqueza no llegara a constituir una fuerza política hostil a los muslimes, primero el califa de Damasco, Hixam, y después Abd al-Rahman, el primer emir Omeya de Córdoba, la casaron con nobles musulmanes de su confianza. Con sus dos matrimonios comenzó la innumerable serie de enlaces mixtos que engendraron el pueblo hispano-árabe. De los de la nieta de Vitiza nacieron algunas de las más poderosas familias de la aristocracia de Al-Andalus. La mayoría de sus descendientes se sentían dos siglos después transidos de orgullo por su estirpe oriental y procedían, sin embargo, de una hispano-goda, y le debían su fortuna y su poder. No fué distinto el caso de los más altaneros magnates de la España islamita. Arabes o sirios por su estirpe masculina, eran españoles por sus madres y por sus abuelas, como los nietos de Sara la Goda. Sí, quede dicho de una vez para siempre: los musulmanes de España o eran españoles por los cuatro costados, nietos de conversos a la religión de los conquistadores o primaba en sus venas la vieja sangre hispana, por ser fruto de repetidos mestizajes.*

Al presentarse a Tariq (los hijos de Vitiza) le preguntaron: "¿Eres tú el jefe supremo, o hay otro de quien dependes?" Tariq contestó: "Yo dependo de otro que a su vez tiene superior". Luego concedióles permiso para pasar a Africa a tratar con Musa ben Nusayr y arreglar asegurada-mente el asunto, dándoles, a petición suya, una carta en que se le informaba del negocio pendiente y de aquello que Tariq se había comprometido dar.

Fuéronse, pues, llevando la carta de Tariq en que se consignaba la sumisión aceptada de una parte y las condiciones aceptadas por la otra, en



busca de Muza, al cual hallaron en las proximidades de los países de los berberiscos, a tiempo en que se dirigía a España. Musa ben Nusayr (a su vez) los mandó al califa Al-Walid ben Abd al-Malik, el cual les ratificó el convenio con Tariq, mandando redactar un documento para cada uno de ellos, en el cual se ordenaba: "Que a nadie hubieran de hacer acatamiento ni al entrar ni al salir de su presencia".

De vuelta a España continuaron así las cosas hasta que murió Alamundo, dejando una hija que se llamó Sara la Goda y dos hijos menores, uno de los cuales fué metropolitano de Sevilla y el otro Opas, el que murió en Galicia. Artobás ensanchó sus posesiones arrebatando las de sus sobrinos, allá por los principios del califato de Hixam ben Abd al-Malik [724-743]. Sara la Goda se hizo construir un barco en Sevilla, que era la ciudad donde había fijado su residencia su padre Alamundo, pues (se ha de saber que) las mil aldeas que le correspondían las tenía en la parte occidental de España, (así como a) Artobás le tocaron en la parte media, entre Oriente y Occidente de la Península, y vivía constantemente en Córdoba. Entre sus descendientes figura Abu Said el Conde. Del mismo Artobás se refieren hechos suyos, que le acaecieron con Abd al-Rahman ben Muawiya y con los siríacos que vinieron a España en compañía de los Omeyas y de los árabes, los cuales demuestran su buen juicio. Ya los referiremos, si Alá quiere, en su lugar correspondiente, conforme nos los han conmunicado los sabios. A Rómulo le correspondieron mil aldeas en el Oriente de España, habiendo elegido, por lugar de residencia, Toledo. Entre sus descendientes figura Hafs ben Alvaro, juez de los cristianos.

Después (de haber construído el barco, según íbamos diciendo), Sara la Goda navegó con sus hermanos el rumbo de Siria, hasta desembarcar en Ascalón, y continuó viajando hasta que vino a parar a la puerta (del palacio) de Hixam ben Abd al-Malik. (Una vez allí) hizo que éste supiera su llegada y se le informara del compromiso adquirido por Al-Walid en favor del padre de ella, con las quejas que le presentaba contra la injusticia cometida por su tío Artobás. El califa la recibió a su presencia y (en aquella ocasión) vió ella a Abd al-Rahman ben Muawiya, que era un joven que estaba delante del califa. Esto se lo solía recordar Abd al-Rahman I en España, cuando Sara iba a Córdoba y le dejaban entrar en palacio a visitar la familia de ese monarca. Hixam, por favorecer a Sara, escribió a Hanzala ben Safwan al-Kalbi, gobernador de Africa [742-747], mandando que cumpliese la disposición de Al-Walid ben Abd al-Malik y se transmitiera (al efecto) la orden al gobernador (de España) Al-Husam ben Dirar, llamado ordinariamente Abu-l-Jattar al-Kalbi [742-744], que fué quien cumplió la disposición.

El califa Hixam (además) la casó con Isa ben Muzahim, el cual fué a España con ella y recobró la posesión de sus aldeas. Este Isa fué el abuelo de los Banu Al-Qutiya. De este matrimonio hubo dos hijos, Ibrahim e Ishaq.

El mismo año que vino a España Abd al-Rahman ben Muawiya [755]

ella enviudó y a porfía la pretendieron Haya ben Mulamis al-Madhichi y Umair ben Said; pero Tzaalaba ben Ubaid al-Chudami intercedió por Umair ben Said, cerca de Abd al-Rahman ben Muawiya y éste se la dió en matrimonio. De esta unión nació Habib ben Umair, abuelo de los Banu Sid, Banu Hachchach, Banu Muslima y Banu Alchorz, linajes ilustres, cuya nobleza no pudieron alcanzar otros hijos que a Umair, al propio tiempo, de otras mujeres le nacieron en Sevilla. Esta noticia, o la mayor parte de ella, se incluye por Abd al-Malik ben Habib en su libro que trata de la conquista de España y en la archuza de Tamman ben Alqama.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 2).

## COMIENZAN LAS GUERRAS CIVILES ENTRE LOS CONQUISTADORES: BEREBERES, BELADIES Y SIRIOS

*España no había sido conquistada por un pueblo, sino por un mosaico de pueblos —árabes, sirios, bereberes...— unidos sólo por el débil vínculo de una fe religiosa tibia y reciente, por los flojos lazos políticos de un imperio monstruoso y novísimo y por su común ímpetu predatorio y conquistador. Tariq había vencido a los godos con un ejército de bereberes. Con "Muza" vinieron mayor número de orientales. Los primeros ocuparon las regiones del Centro y del N. O. de España; los segundos, el mediodía y el levante. Los berberiscos* —genus hominum mobile, *dijo de ellos Salustio— eran tan fáciles a la conversión como a la apostasía y se caracterizaban por una violenta exaltación religiosa, pareja de su salvaje amor a la independencia. Varias veces habían vencido a los conquistadores islamitas de su tierra. Su levadura democrática, su xenofobia y su fe fervorosa, favorecieron el triunfo en ellos del* jarichismo *—a la par secta religiosa y credo político— y la cuádruple mezcla explosiva les lanzó a la revuelta, en Africa, en 739. Su victoria acarreó el levantamiento de los bereberes de España y éste fué el comienzo del choque inevitable entre los diversos invasores de España. La contienda fué áspera y brutal. Sólo logró ponerle término la llegada del valí Abu-l-Jattar. Para pacificar Al-Andalus alejó de Córdoba y asentó en el país a doce mil guerreros sirios, que habían entrado en la Península con ocasión de la discordia. Les dió en beneficio* —iqta— *los tributos que pagaban los cristianos que habían capitulado y los asentó en diversas regiones, organizados en divisiones militares* (chund), *siempre prontas a acudir a la guerra al primer llamamiento. Los sirios de Emeso fueron establecidos en los distritos de Sevilla y Niebla; los de Palestina, en los cantones de Sidonia y Algeciras; los del Jordán, en el de Reyyo (Málaga); los de Damasco, en el de Elbira (Granada); los de Qinnasrina en el de Jaén, y los de Egipto, en las provincias de Ocsonoba, Beja y Todmir (Murcia).*



Aconteció, en tanto, que los berberiscos españoles, al saber el triunfo que los de Africa habían alcanzado contra los árabes y demás súbditos del califa, se sublevaron en las comarcas de España, y mataron o ahuyentaron a los árabes de Galicia, Astorga y demás ciudades situadas allende las gargantas de la sierra (de Guadarrama), sin que Ben Qatan tuviese la menor sospecha de lo que sucedía hasta que se le presentaron los fugitivos. Todos los árabes de los extremos del Norte de la Península fueron impelidos hacia el centro, a excepción de los que habitaban en Zaragoza y sus distritos, porque eran allí más numerosos que los berberiscos, y no podían éstos acometerles. Derrotaron a los cuerpos del ejército que Abd al-Malik mandó contra ellos, y mataron a los árabes en varias comarcas, visto lo cual, temiendo que le sucediese lo que había acontecido a los de Tánger, y con noticia de los aprestos que hacían contra él, no halló el valí medio mejor que solicitar la ayuda de los siriacos. Envióles barcos en que se trasladasen a España por pelotones, les remitió víveres y mantenimientos, y púsoles por condición que le entregasen diez personajes de los más importantes de cada división, para tenerlos como rehenes en una isla, y que, terminada la guerra, los transportaría de nuevo a Ifriqiya. Convinieron en ello y aceptaron el pacto, exigiendo a su vez que se les trasladase después a Ifriqiya todos juntos, y no separadamente, y que se les llevase a punto donde no fuesen inquietados por los berberiscos. Venía con los siriacos Abd al-Rahman ben Habib, cuyo padre había muerto en Nasdora.

En el año 123 fué cuando Abd al-Malik los trajo a España, y recibidos los rehenes, los depositó en la isla de Umm Hakim, en el mar. Estaban los siriacos en el último estado de miseria y desnudez, sin más abrigo que sus corazas. Al llegar a Algeciras encontraron pieles adobadas en abundancia, de las cuales se hicieron madraás, y después en Córdoba Ben Qatan vistió a los caudillos principales, y les repartió dádivas: no siendo esto bastante, los árabes de España, tan opulentos como reyes, los recibieron, vistiendo cada cual a los más principales de su tribu, y haciéndoles tantas larguezas, que quedaron equipados y hartos.

Congregados los berberiscos de Galicia, Astorga, Mérida, Coria y Talavera, eligieron por jefe a Ben..., y con un ejército innumerable pasaron el río Tajo, en busca de Abd al-Malik ben Qatan, el cual mandó contra ellos a sus dos hijos, Qatan y Umayya, con los siriacos compañeros de Balch y los beledíes de España. Cuando supieron los berberiscos que este ejército se hallaba próximo, rasuráronse la cabeza, a imitación de Maysara, a fin de no ocultar la causa que defendían y de no confundirse (con los contrarios) en la batalla. Así se acercaron a la ciudad de Toledo. Qatan y Umayya, con sus tropas respectivas, vinieron a su encuentro, y trabóse una recia pelea en tierras de Toledo, sobre el Guazalate. Los siriacos acometieron con furia y batallaron como quien busca la muerte, hasta que Dios les concedió que los berberiscos volviesen la espalda, e hicieron en ellos tan gran matanza, que casi los exterminaron, sin que escapasen (con vida) más que aquellos a

quienes no pudieron dar alcance. Los siriacos cabalgaron en los caballos y vistieron las armas (de los vencidos), dividiéndose después en varios destacamentos, que fueron matando berberiscos por toda España, hasta extinguir completamente el fuego de la rebelión. Concluído esto, volvieron a Córdoba, y Abd al-Malik les dijo: "Salid. — Prontos estamos, contestaron, si nos llevas a Ifriqiya. — No tengo, dijo, barcos suficientes para trasportaros juntos, porque ahora poseéis esclavos, caballos y equipajes; salid para Ifriqiya en pelotones separados. — No saldremos, replicaron, sino todos reunidos. — Marchad a Ceuta. — ¿Así quieres exponernos, exclamaron, a las iras de los berberiscos de Tánger? Más nos valiera que nos arrojaras a los abismos del mar". Y viendo lo que pretendía hacer con ellos, sublevároнse contra Abd al-Malik, le expulsaron del alcázar, aposentaron en él a su jefe Balch, y le proclamaron. Ben Qatan pasó a habitar su casa, que era la llamada de Abu Ayub, y sus dos hijos huyeron, el uno a Mérida, y a Zaragoza el otro, donde permanecieron algunos días concertando su plan, siguiéndose una gran perturbación en España.

El gobernador de Algeciras había dejado de asistir a los rehenes, que se encontraban en la isla de Umm Hakim, con los alimentos y agua que necesitaban, pues en la isla no hay agua ninguna, y a consecuencia de esto murió uno de ellos, noble personaje de Siria. Luego que Balch dispuso que fuesen puestos en libertad, quejáronse del mal tratamiento que Ben Qatan les había tenido, y de la muerte de su compañero, que había perecido de sed, y le dijeron: "Concédenos la venganza (matando a Abd al-Malik)". Balch les contestó: "No hagáis tal, porque pertenece a la tribu de Qurayx, y la muerte de vuestro compañero fué sólo por un descuido: esperad, y veremos qué giro toman las cosas". Mas los yemeníes se levantaron como un solo hombre, importunaron a Balch, y le dijeron: "¿Tratas de defender a los mudzaríes?" Temiendo entonces éste las violencias de los sublevados, y el promover una discordia, mandó que sacaran a Abd al-Malik. Era ya tan anciano, que parecía (por su canicie) pollo de avestruz, pues tenía 90 años o más. Había estado en la batalla de Harra con los medinenses, y huyó desde allí a Ifriqiya. Ibanle diciendo cuando le conducían: "Tú eres el fugitivo que escapaste en Harra al filo de nuestras espadas, y para vengarte de aquella derrota nos has puesto en el trance de comer perros y cueros, y has hecho traición al ejército del Emir de los Creyentes". Condujéronle a la cabeza del puente, y le mataron y crucificaron a la izquierda del camino, crucificando a su derecha un cerdo, y un perro a su izquierda. Un día permaneció allí su cadáver, hasta que por la noche vinieron sus libertos berberiscos de Almodóvar y le robaron. Tomó aquel paraje el nombre de Maslib (lugar de crucifixión) de Abd al-Malik ben Qatan, y le conservó hasta que Yusuf fué nombrado valí y Umayya ben Abd al-Malik construyó en aquel sitio una mezquita, perdiendo su antigua denominación y llamándose mezquita de Umayya. Fué destruída el día de la sublevación de los cordobeses contra Al-Hakam ben Hixam, quedando el



sitio abandonado, y perdiendo sus dos anteriores nombres de la crucifixión y mezquita, excepto para los que conocen este suceso.

Así que llegó a noticia de los hijos de Abd al-Malik lo acaecido, consiguieron reunir un ejército de las lejanas comarcas de Narbona, y de beledíes y berberiscos, pues aunque sus espadas goteaban aún sangre berberisca, consintieron éstos en ayudarles, buscando ocasión de vengarse de los siriacos, para habérselas después con los beledíes, terminado este asunto. Vinieron Qatan y Umayya, en unión con Abd al-Rahman ben Habib, que había sido de los de Balch, y al ver lo que habían hecho con Abd al-Malik se había separado de él y de la causa siriaca, y con Abd al-Rahman ben Alqama Al-Lajmi, gobernador de Narbona. Traían un ejército de cien mil hombres o más contra Balch y sus compañeros, que estaban en Córdoba. Muchos fugitivos de la expedición siriaca, que habían andado errantes por alquerías y montes y por las comarcas de Ifriqiya, sin medios de volver a Siria, habían venido a reunirse con éste, y constituían un ejército de doce mil hombres, sin contar los muchos esclavos que habían tomado de los beledíes y berberiscos. Salieron, pues, y llegaron a dos barid de Córdoba, al lugar llamado Aqua Bortora, donde Balch embistió a los enemigos con sus tropas. No pudieron resistirle ni mantenerse mucho tiempo; pero Abd al-Rahman ben Alqama Al-Lajmi, tenido por el mejor caballero de España, dijo: "Mostradme a Balch, pues, vive Dios, que he de matarle o morir a sus manos". Mostráronselo, con efecto, diciéndole: "Aquél es del caballo blanco". Acometió entonces con la caballería aragonesa, y retrocediendo los siriacos hasta dejar en descubierto a Balch, que tenía en su mano la bandera, dióle dos cuchilladas en la cabeza. Al-Husayn ben Al-Dachn Al-Uqaili cargó contra Abd al-Rahman y le asestó varios golpes, forzándole a que le hiciera frente, por manera que apenas se detenía en algún punto, Al-Husayn le perseguía con la caballería de Qinnasrina, obligándole a desistir de su empeño y a defenderse, y dándole furiosas acometidas, hasta llegar a sus filas y golpearle en medio de ellas. Mas era Ben Alqama caballero de grande esfuerzo, bien prevenido, y cubierto además con tan bien templadas armas, que en ellas no hacía mella alguna la espada de Al-Husayn. Emprendieron al fin precipitada fuga (beledíes y berberiscos) y siguiéronles (los siriacos), matando a unos y cautivando a otros. Volviéronse en seguida, y Balch murió a los pocos días, de las heridas que había recibido de Alqama, según unos, y según otros, porque le llegó su hora. Dios lo sabe.

Eligieron entonces (los siriacos) por valí a Tzaalaba ben Salama Al-Amili, contra el cual se juntaron beledíes, árabes y berberiscos en Mérida, reuniendo un ejército tan considerable, que no tenía aquél fuerza bastante para resistirle. Salió, sin embargo, y combatió valerosamente; mas no alcanzó ventaja ninguna, y tuvo que encerrarse en la ciudad de Mérida, y mandar un emisario al lugarteniente que había dejado en Córdoba, para que fuese a él con las tropas que allí quedaban, a fin de combatir a los beledíes.

Estando de esta suerte, cercado en Mérida por beledíes y berberiscos, pues éstos eran los más numerosos, llegó la fiesta del Fitr o de Alza, y como observase Tzaalaba que (con tal motivo) se descuidaban y diseminaban, hizo una salida al amanecer del día de la fiesta, los derrotó con gran matanza, y redujo a cautiverio sus mujeres e hijos, cosa que ni el mismo Balch se había atrevido a hacer, tomando el camino con diez mil o más prisioneros, hasta acampar en la almazara de Córdoba.

El Gobernador de Ifriqiya había llegado a saber el estado de las cosas de España; la gente más honrada (de este país) había acudido a él y le habían escrito algunos, rogándole que les mandase un valí a quien todos reconociesen y prestasen obediencia, así como al califa, a fin de que tanto beledíes como siriacos se sometiesen a su autoridad, pues (de lo contrario) les amenazaba la muerte y temían la desventura de sus familias.

Tzaalaba, en tanto, acampado en la almazara, vendía entre sus soldados los hijos y mujeres de los beledíes, habiéndosenos referido que enajenaban sus xeques al que menos ofrecía por ellos, y que puso a la venta a Ben Al-Hakam, oriundo de Medina y establecido en España, y a Al-Haritz ben Asad, medinense también y de la tribu de Chuhaina, con un pregonero que gritaba: "¿Quién compra a la baja estos dos xeques?", y contestó otro: "Diez adinares doy por uno de ellos". — El pregonero dijo: "¿Quién da menos?", y así continuó, hasta vender uno por un perro y otro por un cabritillo. En esto se hallaba ocupado Tzaalaba, cuando llegó Abu-l-Jattar Al-Husam ben Dirar Al-Kalbi, nombrado gobernador por Hantala ben Safwan, a nombre del califa Al-Walid ben Yazid, el cual los encontró aún acampados en la almazara. Era (Abu-l-Jattar) un noble siriaco, natural de Damasco, y todos le atendieron y prestaron obediencia, siriacos y beledíes. Dió libertad a los prisioneros y cautivos, llamándose por esta causa su ejército el de la salvación, y aunándose todas las voluntades. Huyeron Tzaalaba ben Salama, Utzman ben Abi Nisa y otros diez personajes siriacos, amnistió a los dos hijos de Abd al-Malik ben Qatan, y acomodando a los siriacos en las diferentes comarcas, aquietóse el estado de los españoles.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 48).

## PROYECCION EN LA ESPAÑA MUSULMANA DE LAS LUCHAS TRIBALES DE LOS ARABES

*Después de la pacificación de Abu-l-Jattar, se aquietaron las discordias entre los orientales venidos con "Muza", Al-Hurr y Al-Samah, ahora llamados* beladíes, *y los berberiscos y los sirios. Pero sirios y orientales se hallaban divididos entre sí por los viejos odios de tribu y por los odios que habían apartado en los comienzos del califato a las diversas facciones. Primero había peleado Ali, yerno del Profeta, con sus rivales Talha y Zubayr*



*y con Aixa, viuda de Mahoma, en la* batalla del Camello. *Luego Muawiya, gobernador de Siria y fundador de la dinastía Omeya, se alzó contra Ali acusándole de la muerte del califa Utzman. Se enfrentaron en la* batalla de Siffin, *interrumpida para llegar al arbitraje que destituyó a Ali; arbitraje que se negaron a reconocer los que por ello se llamaron* jarichíes (*los que salen de la comunidad*). *Más tarde los habitantes de la cuna del Islam (Medina y Meca) se sublevaron contra el califa de Damasco, Yazid, hijo de Muawiya, proclamaron a Abd Allah ben Zubayr y fueron vencidos en la* batalla de Harra. *Arabes y sirios, y los maulas o conversos al Islam, que se agrupaban tras los patrocinadores de su conversión, se hallaban además separados por una vieja rivalidad entre los pertenecientes a la raza de Kalb, originaria del Yemen (Sur de Arabia) y los descendientes de Qays, entre los que se destacaban los Mudzaríes. Los primeros califas Omeyas habían mimado a los kalbíes. Cuando Marwan, de una rama colateral de la familia Omeya, ocupó el califato los qaisíes se negaron a reconocerle, pero los yemeníes salvaron a la dinastía venciendo en la* batalla de March-Rahit. *Ya en las primeras guerras civiles hemos visto resonar a veces, dentro de los mismos sirios el eco de esa serie de rivalidades y de odios. Pero apenas apagada la discordia entre berberiscos, beladíes y sirios, hicieron explosión las viejas sañas entre los dos últimos. Y en la ruda pelea triunfaron los qaisíes, según nos refiere, como las anteriores pugnas entre los conquistadores, un autor contemporáneo.*

Entre los que vinieron a España con el ejército siriaco, estaba Al-Sumayl ben Hatim ben Xamir ben Dzil Chauxan. Era oriundo de Cufa, y su abuelo Xamir, que mató a Al-Husayn ben Aly, fué muerto después por Al-Mujtar, por lo cual sus hijos salieron de Cufa y se fueron a Mesopotamia. Cuando se reunió la división de Qinnasrina, vino con ella Al-Sumayl, y pasó a España, por causa de... de sus compañeros, llegando a ser, por su superior valor y generosidad, jefe de los qaisíes de España. Pesábale esto a Abu-l-Jattar, y cierto día que estaba con su división, entró Al-Sumayl en su casa, y queriendo humillarle, le mandó abofetear y maltratar. Salió Al-Sumayl, fuése a su casa, y convocando a los principales de su tribu, les expuso el agravio recibido. "Nosotros te seguiremos siempre", le dijeron, y él replicó: "Por Dios que no pienso poneros frente a frente de los de Qudaa y del Yemen, antes bien procuraré halagarlos; invocaremos a los vencedores de March Rahit, formaremos alianza con las tribus de Lajm y de Chudzam, y nombraremos a uno de ellos para que en apariencia tenga el mando, mientras nosotros lo tenemos de hecho. Escribieron, en consecuencia, a Tzawaba ben Salama, de la tribu de Chudzam y oriundo de Palestina, después fueron a conferenciar con él, y al cabo condescendió, así como las tribus de Lajm y de Chudzam.

Al saber esto Abu-l-Jattar, salió a combatirlos con mucha gente de los

españoles, mas Tzawaba encontróle junto al río de Sidonia, y Abu-l-Jattar fué derrotado y hecho prisionero. Pocos de sus compañeros murieron, porque se mandó cesar la persecución, y llevando a Abu-l-Jattar aherrojado, entró Tzawaba en la capital de España. Murió éste en 129 [22-sept.-746-1º-sept.-747], al año de su mando, y convinieron los españoles en obedecer a Yusuf ben Abd al-Rahman ben Uqba ben Nafi Al-Fihri, después de vehementes altercados, a pesar de los cuales no vinieron a las manos. Yahya ben Huraytz Al-Chudzami, oriundo del Jordán, se había proclamado jefe; Tzawaba ben Amr pretendió que él tenía mejor derecho, y no cesaron de procurar avenencia entre todos ellos, hasta que convinieron en reconocer a Yusuf, a condición de que dejara a Yahya ben Huraytz el mando del distrito de Rayya, que habitaban los del Jordán, con lo cual éste se convino; mas los de Qudaa reuniéronse, y eligieron por su jefe a un tal Abd al-Rahman ben Nuaim Al-Kalbi, el cual allegó doscientos infantes y cuarenta caballos, acometió de noche el alcázar de Córdoba, ahuyentó las guardias, sorprendió la prisión, y sacó a Abu-l-Jattar, huyendo con él aquella misma noche a hospedarse con los kalbíes y las tribus de Emeso, que le ampararon y defendieron. Después de esta evasión no ocurrió nada nuevo hasta que resolvieron reconocer como valí a Yusuf, quien, seguro en el poder, no tardó en destituir pérfidamente del mando de la qura de Rayya a Ben Huraytz, que escribió a Abu-l-Jattar, a fin de ponerse de acuerdo con él. Contestó éste: "Yo seré el emir"; mas Ben Huraytz dijo: "Antes debo yo serlo, porque tengo tribu más numerosa que la tuya". Los de Qudaa, cuando vieron que la pretensión de Ben Huraytz interesaba a la causa de los yemeníes, correspondieron a su llamamiento y declaráronle su jefe, conviniendo en ello todas las tribus del Yemen que había en España: Himyar, Kinda, Madzhich y Qudaa. Las de Mudzar y la de Rebia, que eran en España poco numerosas, acudieron a ponerse bajo las órdenes de Yusuf. De cada división separáronse tanto beledíes como siriacos, yendo los nobles del Yemen con Ben Huraytz y los de Mudzar con Yusuf y Al-Sumayd. Cada cual se separaba del vecino para ir en busca de su tribu, sin que el uno se opusiera al otro. Esta fué la primera guerra que hubo en España con tal invocación, pues antes de este conflicto no se había conocido, y fué el gran disturbio que hizo temer la pérdida del Islam en España, si Dios no le hubiera protegido.

Ben Huraytz y Abu-l-Jattar fueron contra Yusuf y Al-Sumayl, y se acercaron hasta acampar a la orilla del río de Córdoba, a la parte meridional de la ciudad, en la alquería de Xecunda. Yusuf y Al-Sumayl pasaron con su gente el río, y después de la oración de la mañana trabóse el combate. Acometiéronse con las lanzas desde los caballos, y rotas las astas, y aun firmes cuando ya el sol calentaba, retáronse a corporal combate, y se apearon. Golpeáronse con las espadas, y hechas pedazos, trabábanse de manos y cabellos con tal denuedo, que no se había visto en el Islam otro igual, si se exceptúa el que se mostró en la batalla de Siffin. No eran muchos



ni unos ni otros; pero sí gente escogida de una y otra parte, y casi iguales en número, excediendo un poco los yemeníes. Ninguno podía rendir a su adversario, y heríanse en el rostro con los arcos y aljabas, y arrojábanse mutuamente puñados de tierra. En esto dijo Al-Sumayl a Yusuf: "¿En qué nos detenemos, cuando a nuestra espalda hay un ejército, del cual nos habíamos olvidado? — ¿Cuál es?, dijo Yusuf — La gente del mercado de Córdoba". Entonces mandó a su cliente Jalid ben Yazid y al jefe de su..., quienes hicieron salir como unos cuatrocientos, armados de palos y bastones, y algunos pocos con espadas o chuzos, y con ellos los carniceros con sus cuchillos, y acometiendo a unas tropas ya rendidas, porque habían peleado toda la mañana y la tarde sin respiro ni tregua, ni aun para hacer la oración del temor ni de la paz, mataron e hicieron prisioneros a muchos de los principales, entre ellos a Abu-l-Jattar y a Ben Huraytz, el cual, al ver cómo los de Córdoba mataban a sus compañeros, se había escondido en la alcoba del molino que hay en el paraje donde se vende la leña. Preso (antes) Abu-l-Jattar, y cuando se disponían a matarle, dijo: "No tengo escape; mas ahí está el hijo de la negra, Ben Huraytz"; y habiéndoles indicado el paraje en que se encontraba, le sacaron y fueron muertos los dos juntamente. Ben Huraytz solía decir: "Si toda la sangre siriaca me la reuniera en una taza, me la bebería". Cuando le sacaron, díjole Abu-l-Jattar: "Hijo de la negra, ¿ha quedado en tu taza alguna gota que no hayas bebido?" En seguida fueron muertos. Muchos otros quedaron prisioneros, y Al-Sumayl los hizo entrar en una iglesia que había a la parte interior de Córdoba, donde hoy se encuentra la mezquita mayor, y degolló como unos setenta de ellos. Qasim ben Fulano Abu Ata ben Hamid Al-Hurri, al ver esto, se levantó y le dijo: "Envaina ya la espada y cesa en tal matanza". Mas él contestó: "Siéntate, que ésta es gloria para ti y para tu tribu"; y continuó esgrimiendo el acero. Por segunda vez se levantó Abu Ata y le dijo: "Beduíno, esta matanza ¿es por la enemistad de Siffin? Cesa, vive Dios, o declaro que su causa es la causa siriaca". Entonces envainó la espada y perdonó a los demás, por intercesión de Abu Ata, después de una gran carnicería. Cuéntase, aunque Dios sólo lo sabe, que esta batalla se encuentra predicha en cierto libro de pronósticos, y que se dice en él que rompería los lazos del parentesco. Aconteció antes del año 131 [31-VIII-748 — 19-VIII-749].

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 62).

## EMIGRACION DEL PRIMER OMEYA DE ESPAÑA

*La España musulmana había sido durante medio siglo el lejano jirón del gran imperio muslim, que en algún tiempo se extendió desde la India hasta Provenza. Un giro decisivo de la veleta de su destino iba a apartarla*

*de esa comunidad política para dejarla sólo dentro de la comunidad religiosa y cultural islámica. El viento que produjo el cambio se engendró en las orillas del Eufrates. La dinastía Omeya fué vencida por la Abbasí. Los miembros de la primera fueron pasados a cuchillo. Escapó de la matanza un joven príncipe que mostró ya, al lograr huir de la muerte, astucia, rapidez de decisión, firmeza y valor. Sufrió la dura ley del exilio, pero la vara mágica de la casualidad que, con la acción de las individualidades de excepción, al actuar sobre las constantes históricas, va tejiendo el tapiz de la historia, le trajo a Andalucía, le concedió el señorío sobre España y le permitió fundar en ella una dinastía que iba a influir decisivamente en la vida de la Península. He aquí cómo nos cuenta su emigración, en parte según relato del mismo príncipe, un historiador de los días de su hijo.*

### Matanza general de los Omeyas

Cuando a Marwan ben Muhammad, Dios se apiadó de él, sucedió lo que es sabido, y derrocado el poder de los Banu Umayya en Oriente, se apoderaron los Banu-l-Abbas del mando, siendo muerto en el año 32 [20 ag. 749 — 9 ag. 750], Marwan, cuya cabeza fué remitida a Al-Saffah, y después a Abu-l-Abbas, que estaba acampado en Bagdad, persiguió Al-Saffat a los Banu Umayya en dondequiera que se encontraban, matándolos y sometiéndolos a ignominiosas penas. Habiendo aprehendido a Aban ben Muawiya, cortóle una mano y un pie, y fué paseado por las comarcas de Siria, con un pregonero que iba junto a él gritando: "Este es Aban ben Muawiya, el mejor caballero de los Banu Umayya", hasta que murió. Mataron las mujeres y los niños, y degollaron a Abda, hija de Hixam ben Abd al-Malik, porque habiéndole preguntado por los tesoros y joyas, no quiso contestarles palabra. Los principales personajes de la familia Banu Umayya, que tenían renombre y poder, huyeron y se ocultaron entre las tribus árabes o entre el oscuro vulgo, por manera que no pudieron ser hallados. De éstos fueron Abd al-Wahid ben Sulayman, Al-Gamr ben Yazid y algunos otros. Viendo (los Abbasíes) que de esta suerte no iban a conseguir su propósito, se aseguraron de Sulayman ben Hixam, temiendo que se apercibiese de su perfidia y se fugase, y publicaron que estaban arrepentidos de lo hecho, que concedían amnistía a los que quedaban, y que cesaban las muertes. Escribiéronles que al Emir de los Creyentes pesábale lo acaecido con los Banu Umayya, que quería dejarlos con vida, y que había mandado (a los gobernadores) que les otorgasen cartas de seguridad, y que nadie los molestase ni se les opusiese, divulgándose esto por toda la Siria y en el ejército que estaba acampado en Cascar. Luego que cundió la noticia, enviaron legados, y amnistiáronse setenta y tantos individuos, todos de la estirpe Banu Umayya, con la sola excepción de un pariente por afinidad, que era de la tribu de Kalb, y un liberto suyo. Entre ellos



estaban Abd al-Wahid, Al-Gamr, Al-Asbag ben Muhammad ben Said y otros muchos cuyos nombres ignoro. Apenas se presentaba uno, le agasajaban y hospedaban, dándole las mayores seguridades, y persuadiéndole a que no hallaría la menor contrariedad para llegar al Emir de los Creyentes, el cual estaba en ánimo de perdonarlos y no atentar contra su vida.

Un xeque, a quien doy crédito, me ha referido que se expidieron cartas de seguridad para que volviesen todos los fugitivos; mas Yahya ben Muawiya ben Hixam, que moraba en un paraje a siete millas del cual acampaba con sus tropas Salih ben Ali, no se movió como los demás (Banu Umayya) que allí había, antes bien dijo: "Cuando veamos lo que les pasa, podremos presentarnos al ejército". Estaba, en efecto, cerca de él. Esperaron, pues, a ver lo que sucedía, y en esta expectativa estuvieron algún tiempo, hasta que vinieron de Medina, del Irak y de Egipto los Banu Umayya que habían huído. Entonces Yahya ben Muawiya envió un emisario para que se enterase de lo que les acontecía, el cual, viendo cómo los soldados los mataban, volvió apresuradamente. Arrepentido (Yahya), no tuvo tiempo de huir, y llegando la caballería a aquella aldea cercana, fué sorprendido y muerto. Con él residía en la alquería el emir Abd al-Rahman ben Muawiya; mas se hallaba aquel día de caza, y con noticia que tuvo a medianoche de lo ocurrido, huyó, encargando que su hijo Abu Ayub y sus dos hermanos Umm Al-Asbag y Amat al-Rahman fuesen después a unirse con él.

Conforme iban llegando los Banu Umayya a Al-Saffah, éste los iba reteniendo, haciéndolos entrar en su tienda, para mandarlos después, según decía, al Emir de los muslimes. Luego que estuvieron todos reunidos, separó a Abd al-Wahid, hízole sentar cerca de su persona, como para manifestar su reconocimiento por los beneficios que le debían (los Abbasíes), y comenzó a hablarle de este asunto y a mostrársele de muy buen ánimo. En tanto permanecían de pie guardias armados de mazas de hierro, y habiéndoles hecho una señal, dijo: "Derribad sus cabezas". Al momento fueron muertos a golpes de maza. Después dijo a Abd al-Wahid: "No es razón que tú sobrevivas a los tuyos y a tu poder; mas te concedo que mueras a espada"; y dada la orden, fué decapitado. Lo mismo hizo con Al-Gamr ben Yazid, mandando sus cabezas a Abu-l-Abbas, el cual, apenas las recibió, mandó que fuese también decapitado Sulayman ben Hixam. Los demás Banu Umayya, al saber el perdón, habían regresado a sus moradas en las más apartadas regiones, donde fueron muertos, completándose con ellos la gran matanza, que sucedió junto al río Abu Fotros, pues eran setenta y tres. A este acontecimiento alude Hafs ben Al-Numan (en los versos que dicen):

"¿Dónde están los dadivosos, los príncipes, los hijos de los ilustres, los nobles?

"Al que pregunte por ellos (decid) que están donde ..... sobre los féretros".

## Fuga de Abd al-Rahman

Perseguidos los Banu Umayya, huyeron por diferentes países, y sabiendo por tradición que al Occidente se hallaba su lugar de reposo, a Ifriqiya se dirigieron la mayor parte, entre ellos Al-Sifyani, el rebelde, los dos hijos de Al-Walid ben Yazid, Al-Asi y Musa, y Habid ben Abd al-Malik ben Amr ben Al-Walid. Antes habían huído a este punto, cuando el califa Marwan fué muerto, Chuzay ben Abd al-Aziz ben Marwan y Abd al-Malik ben Umar ben Marwan; de suerte que en Ifriqiya se reunió gran número de ellos, siendo gobernador de esta región Abd al-Rahman ben Habib ben Abi Ubayda, de la tribu Fihr, el cual no mostró repugnancia alguna en que allí se refugiasen.

Uno de los que se acogieron a este país fué Adb al-Rahman ben Muawiya ben Hixam, cuyas primeras aventuras, que referiré brevemente, fueron de esta manera. Al publicarse la amnistía de los del río Abu Fotros era mancebo de poca edad, pues contaba, cuando estalló la revolución de los Abbasíes, 17 años; y regresando a su morada de Dair Hanna, en el distrito de Qinnasrina, permaneció allí con sus hermanos y algunas otras personas de su familia, que se habían reunido. Ya tenía por aquel tiempo un hijo, llamado Sulayman, y de sobrenombre Abu Ayub, que había nacido en el año 30, reinando Marwan. Uno que había oído referir a Abd al-Rahman varios pormenores del principio de su fuga, me ha contado que decía lo siguiente: "Cuando se divulgó la nueva de nuestra amnistía, monté a caballo para salir de recreo, y ausente me encontraba cuando ocurrieron los asesinatos: volví a mi casa para procurar los medios de salvarme con mi familia, y abandonando aquel lugar, me fuí a una alquería situada a orillas del Eufrates, que tenía mucha arboleda y bosque. Mi deseo era pasar a Occidente, por la siguiente anécdota que me había ocurrido. Al fallecer mi padre, en vida de mi abuelo, dejándome de pocos años, me llevaron con mis hermanos a la Rusafa, donde mi abuelo se hallaba. Maslama ben Abd al-Malik aún no había muerto, y estábamos parados en la puerta en nuestras cabalgaduras, cuando Maslama preguntó quiénes éramos; dijéronle que los huérfanos de Muawiya, y con los ojos arrasados en lágrimas nos fué llamando dos a dos, hasta que me llegó la vez. Luego que le fuí presentado, me tomó y me besó, y habiendo dicho a nuestro ayo que me bajase de la cabalgadura, me colocó delante de él, y comenzó a besarme y a llorar amargamente, sin llamar a ninguno de mis hermanos más pequeños, preocupado conmigo, y sin querer separarse de mí, que estaba colocado delante de él en la silla de su caballo. Salió en esto mi abuelo (Hixam), y cuando le vió, dijo: ¿Quién es ése, oh Abu Said (Maslama)? —Uno de los pequeñuelos de Abu Mugira, que Dios haya perdonado, replicó Maslama; y aproximándose a mi abuelo, le dijo: El suceso se acerca; éste es. —¿Es él? preguntó (mi abuelo). —Sí, por Dios (contestó), pues he observado en su rostro y cuello los signos distintivos. —Entonces llamaron al ayo y me entregaron a él. Tenía yo a la sazón 10 años, poco más o menos, y mi abuelo me distinguía, me enviaba regalos y mandaba por mí todos los meses, porque estábamos en el distrito de Qinnasrina, y entre nuestra morada y la suya mediaba una jornada. De esta manera continuamos hasta que murió. Abu-Said Maslama había muerto dos años antes. Esta era una de las cosas que habían quedado fijas en mi memoria.



"Estaba yo cierto día sentado en la casa que habitábamos en la alquería mencionada, sin haber tenido aún noticia de que los Abbasíes se aproximasen; me hallaba a la sombra de la casa, acometido de una fuerte irritación a los ojos, y con un paño negro me ocupaba en limpiarme las partículas molestas que se me introducían, en tanto que el niño Sulayman, que entonces contaba cuatro años aproximadamente, jugaba en la puerta. De repente entró y se arrojó en mi falda; yo le separé, por la molestia que me aquejaba, pero volvió a repetir la misma acción, y comenzó a decir lo que suelen los muchachos cuando están asustados. Salí y ví aparecer las banderas (Abbasíes). Al mismo tiempo entró mi hermano Fulano y me dijo: "He visto a los Abbasíes". Yo, que también los había visto, por el incidente referido del niño, tomé algunos adinares que pude encontrar, y partí con mi hermano menor, después de haber enterado a mis dos hermanas Umm Al-Asbag y Amat al-Rahman de la dirección que pensaba tomar, y de haberles prevenido que me mandasen a mi criado con lo que pudiese necesitar, si lograba salvarme. Las tropas Abbasíes llegaron a cercar la alquería, y luego la casa, mas no encontraron rastro. Seguimos nuestro camino, y luego que mi liberto Badr se unió conmigo, continuó hasta encontrar a orillas del Eufrates un hombre, a quien encargué que me comprase cabalgaduras y algunas otras cosas que necesitaba; pero mientras le aguardaba, un esclavo o liberto suyo salió en busca del jefe Abbasí y le dirigió hacia nosotros. De repente oímos el ruido de la caballería que se acercaba a la alquería; huímos a pie, a todo correr; pero fuimos descubiertos, y habiéndonos refugiado en unos jardines junto al Eufrates, comenzaron a rodearnos. Entonces procuramos ganarles la delantera, y habiendo logrado llegar antes que ellos al río, nos arrojamos a él. Cuando llegaron a la orilla, comenzaron a gritarnos: "Volved; nada tenéis que temer". Yo, sin embargo, nadaba, y nadaba mi hermano, a quien a poco trecho dejé atrás. Volvíme hacia él, al llegar a la mitad del río, para ayudarle y animarle a que se me uniese; pero ¡ay, Dios! al oír aquellas palabras de paz que le dijeron, había vuelto apresuradamente, por miedo de ahogarse, corriendo así a la muerte. Yo le gritaba: "Ven acá, amado mío"; pero no quiso Dios que me oyera, y continuó: yo también seguí (en dirección opuesta) hasta pasar el río. Algunos enemigos estaban desnudándose para arrojarse a nado en mi seguimiento; después desistieron, cogieron al muchacho y le cortaron la cabeza a mi vista. Tenía 13 años. Dios se haya apiadado de él. Yo en seguida me alejé".

### Abd al-Rahman en Africa

Aquí termina la relación de Abd al-Rahman. Otros son los que refieren que llegó al distrito de Palestina, cuando ya Umm Al-Asbag, que era su hermana uterina, había mandado a Badr, criado de Abd al-Rahman, y a Salim Abu Xuchaa, que lo era de ella, con dinero y algunas alhajas, y reunidos con él, no sé en qué punto, caminaron hasta llegar a Ifrikiya, donde ya habían acudido muchos de su familia. Era por aquel tiempo gobernador de esta provincia Abd al-Rahman ben Habib, con el cual estaba un judío que había sido amigo de Maslama ben Abd al-Aziz, y solía decir que había de hacerse dueño de España un individuo de regia estirpe, llamado Abd al-Rahman, el cual tendría dos rizos de pelo sobre la frente. Ben Habib, deseando que en él se cumpliese la profecía, se había dejado crecer los dos rizos; mas el judío le dijo: "Tú no eres de estirpe de reyes". —"Es cierto, vive Dios", contestó. Cuando se le presentó Abd al-Rahman (ben Muawiya), observó que tenía los dos rizos, y llamando al judío le dijo: "Este es; pero yo le mataré". El judío le replicó: "Si le matas, ciertamente que no será él el predestinado; y si le dejas, puede que sea".

(Ben Habib) levantó a poco un falso testimonio de los dos hijos de Al-Walid ben Yazid, y los mató, haciéndose dueño de sus riquezas, así como a Ismail ben.... ben Abd al-Aziz, de cuya hermana se apoderó, casándose con ella. También quiso sorprender a Abd al-Rahman ben Muawiya; pero vinieron algunos a avisarle, y se decidió a abandonar aquel país, saliendo con todos los de su familia que habían quedado, y que se esparcieron por las comarcas berberiscas. Abd al-Rahman marchó a un lugar llamado Baray, donde estuvo con una tribu dicha Micnesa, con lo cual pasó apuros que son largos de contar. Después se separó de ella y se fué hacia la costa del mar, hospedándose en Sabra con los de Nafza, que eran sus tíos, porque su madre pertenecía a esta tribu. Badr estaba con él; pero Salim se había separado en Ifriqiya, porque era hombre de carácter duro y colérico, y estando cierto día en la habitación de Abd al-Rahman, entró a verle uno de sus tíos; llamáronle, y como no despertase, mandó traer agua y se la echó en el rostro, de lo cual enojado, volvióse a Siria con Umm Al-Asbag. Abd al-Rahman sintió mucho su separación, porque era Abu Xuchaa (Salim) conocedor de España, adonde había venido con Musa ben Nusayr, y había permanecido algún tiempo en ella guerreando.

☆

Abd al-Rahman ben Muawiya, establecido tranquilamente en Sabra con los de Nafza, escribió a sus clientes de España una carta, diciéndoles las persecuciones que había sufrido, invocando sus derechos como patrono y



su deseo de unirse con ellos, la conducta de Ben Habib con los individuos de su familia en Ifriqiya, la poca confianza que le inspiraba Yusuf para venir, y finalmente, exponiendo que lo que pretendía era alcanzar una alta dignidad con su apoyo, y que le protegiesen y diesen noticia de la posibilidad que les pareciese haber de conseguir el imperio de España. Con esta carta mandó a su liberto Badr, y cuando la recibieron, reuniéronse para conferenciar, y mandaron por Yusuf ben Bujt, que estaba en la división de Qinnasrina (Jaén), y era uno de sus caudillos principales, y convinieron en que no debían dar contestación ninguna a Abd al-Rahman hasta consultar con Al-Sumayl sobre el particular y pedirle su apoyo. Los dos jefes (Umayyas) confiaban en que si no les daba favorable respuesta, tampoco revelaría nada que les perjudicase. Este fué uno de los motivos que tuvieron para salir en socorro de Al-Sumayl, a más del deseo de favorecerle, así como a los de Qais.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 55 y 70).

## NEGOCIACIONES DE LOS CLIENTES OMEYAS PARA TRAER A ESPAÑA A SU PATRONO ABD AL-RAHMAN

*La contienda civil, entre kalbíes-yemeníes y qaisíes-mudzaríes, no había terminado con la proclamación, como emir de Al-Andalus, de Yusuf al-Fihrí. Los qaisíes habían triunfado por obra de un hombre, iletrado y alcohólico, pero de una energía desbordante, de un gran talento natural y de una falta absoluta de escrúpulos: Al-Sumayl. El emir, sobre quien ejercía una gran influencia, le apartó de su lado. Alma del partido contrario, los yemeníes le cercaron en Zaragoza. Acudieron a socorrerle las gentes de su facción. Con ellos fueron los "maulas" o clientes omeyas. Al ingresar en el islamismo los no árabes, adquirían una relación de clientela o "maladía" con la persona o familia bajo cuyo padrinazgo —podría decirse— habían abrazado la nueva fe. El vínculo así trabado era perpetuo y unía por siempre a los descendientes del nuevo musulmán con los de su patrono. Conquistada España durante el califato de los Omeyas, bajo su éjida se convirtieron a la nueva fe muchos españoles y a Al-Andalus vinieron también muchos* maulas *orientales de la dinastía, que ocupaban, claro está, posiciones predominantes bajo su autoridad. Eran muchos, pues, a mediados del siglo en la Península los clientes omeyas. A ellos se dirigió desde Africa el príncipe emigrante Abd al-Rahman. El triunfo de su patrono era el suyo, y por ello negociaron con interés a su favor. Fracasaron cerca de los qaisíes, al ser deshauciados por Al-Sumayl. Pero buscaron, entonces, apoyo en la facción rival, los yemeníes, y con él trajeron a España al que había de llegar a gobernarla.*

## Al-Sumayl sitiado en Zaragoza por los yemeníes

Yusuf había mandado a Al-Sumayl a la frontera alta (Aragón) ....., y le dió el gobierno de Zaragoza, que pertenecía a los yemeníes, a fin de humillarlos, aprovechándose de la debilidad de la gente. Fué, pues, con doscientos individuos de la tribu de Quraix, y sus criados, familia y clientela, adquiriendo allí gran importancia y provecho; a él acudieron los indigentes, y les dió dinero y esclavos, sin que se acercara amigo ni enemigo a quien no recibiese benévolamente, aumentando de esta manera su prestigio y dignidad, y permaneciendo allí los años calamitosos que siguieron.

Había en Córdoba un caballero de los Banu Adb al-Dar, que se había engrandecido y hecho señor, llamado Amir, descendiente de Abu Adi, hermano de Musab ben Haxim, que llevó la bandera del Profeta en las batallas de Badr y Uhud. A este Amir debe su origen el cementerio que hay al poniente del muro de Córdoba, y lleva su nombre. Había sido jefe de las expediciones militares antes (del valiato) de Yusuf, y se había ennoblecido. Túvole envidia Yusuf, y al saberlo Amir mandó a pedir, según se cuenta, (al califa) Abu Chaafar (Al-Mansur) que le enviase su diploma para gobernar en España, afeando la conducta de Yusuf con los yemeníes y la sangre que había derramado. En una huerta que tenía al poniente de Córdoba construyó una fortaleza, que se llamó Canat Amir, y rodeó de muralla una gran extensión de terreno, pensando convertirla en una ciudad, y hacer construcciones bastantes para reunir partidarios y mantener la guerra contra Yusuf, hasta que le llegasen auxilios de los yemeníes. El poder de Yusuf se había ido debilitando, y disminuyendo su séquito de tal suerte, que cuando montaba a caballo ni aun había cincuenta individuos de su servidumbre que le acompañasen. Quiso sorprender a Amir; mas éste tuvo noticia de lo que se intentaba, y encontrándole prevenido, Yusuf, que era cobarde y no se atrevía a combatirle hasta que viniese Al-Sumayl, escribió a éste, poniendo en su conocimiento la novedad. Al-Sumayl le contestó incitándole a que le matase.

Amir tenía noticia de todos los pasos de Yusuf, porque era hombre generoso y de inteligencia, capacidad e instrucción, y un día llegó uno y le dijo: "Mira por ti, porque Yusuf ha recibido una carta de Al-Sumayl, en que le aconseja que te mate". Entonces salió huyendo para Zaragoza, porque, aunque allí estaba Al-Sumayl, consideraba aquel punto como el más seguro para su persona, por los muchos yemeníes que allí había, confiando poco en la gente de los distritos (de Andalucía), por el estado de abatimiento en que se encontraban y el desaliento que les había infundido la rota de Xecunda. Había en Zaragoza un individuo de los Banu Zuhra, tribu de Kilab, que se había engrandecido, y al cual escribió Amir, solicitando



su alianza por el parentesco que los descendientes de Qusay tenían con los Banu Zuhra. Contestóle favorablemente, y Amir se puso en camino hasta llegar a uno de los distritos de Zaragoza, donde se reunió con su aliado, y juntos convocaron gente en nombre del diploma de Abu Chaafar (Al-Mansur), acudiendo a su llamamiento muchos yemeníes, berberiscos y otros. Al-Sumayl, sabido esto, envió contra ellos caballería e infantería de los que habían permanecido fieles, y fueron vencidas, reuniéndose multitud de hombres en torno de los dos rebeldes, que vinieron a sitiar en Zaragoza a Al-Sumayl, el cual escribió a Yusuf pidiéndole socorro; mas éste no halló tropas que poderle mandar.

## En socorro de Al-Sumayl

Acontecía esto en el año 136, y viendo Al-Sumayl cuánto tardaba Yusuf en socorrerle, y temiendo ser al fin derrotado, se dirigió a su tribu de Qais, de las divisiones de Qinnasrina y Damasco, ponderándoles su derecho (a ser amparado por ellos), pidiéndoles favor, y diciéndoles que con poco auxilio tenía bastante. Levantóse en su apoyo Ubayd-Allah ben Aly, con toda su tribu de Kilab y las de Muharib, Sulaym, Nasr y Hawazin, excepto los Banu Kaab ben Amir, y las de Uqail, Quxayr y Harix, rivales de los Banu Kilab, porque la administración de España les había pertenecido antes, por ser Balch de la tribu de Quxayr; mas cuando Al-Sumayl se apoderó del mando pasó la administración a los de Kilab ben Amir. El jefe de los Banu Kaab ben Amir, en la división de Damasco, era Sulayman ben Xihab, y en la de Qinnasrina Al-Husayn ben Al-Dachn Al-Uqaili. Los de Gatafan andaban indecisos, y no tenían jefe desde que había muerto su caudillo Abu Ata. Cuando Ubayd ben Aly se declaró favorable a Al-Sumayl y convocó la división para socorrerle, hiciéronse reacios Ben Xihab y Ben Ad-Dachn; pero los Banu Amir, a saber: las tribus de Kilab, Numair, Saad, todas las de Hawazin y de Sulaym ben Mansur, acordaron ir a socorrerle, siguiéndoles algunos de Gatafan ben Kaad. Luego que Sulayman y Al-Husayn vieron que la falta de su ayuda no podía perjudicar a Al-Sumayl, se aprestaron también y salieron con la gente de su tribu que quiso acompañarles, así como todos los de la tribu de Qais que había en las dos divisiones, que eran en España vecinas. Salieron, pues, por acuerdo general; mas no se les unieron sino trescientos sesenta y tantos caballeros, y aunque vieron que eran muy pocos, dijeron: "Gente como nosotros no ha de abandonar la empresa, aunque perezcamos". Con ellos iban también los Banu Umayya, que eran entonces muchos en la división de Damasco, y se les agregaron en número de treinta caballeros, entre ellos caudillos principales, como Abu Utzman Ubayd-Allah ben Utzman, y Abd-Allah ben Jalid, designados para llevar la bandera de los Banu Umayya, y alternando en este cargo, y Yusuf ben Bujt. Habían asistido a la batalla de Xecunda con Yusuf

y Al-Sumayl, al frente de la flor de los Banu Umayya, y habían dado en aquella ocasión, como era sabido, grandes pruebas de valor insigne, por lo cual tanto Yusuf como Al-Sumayl los tenían en mucha estimación, así como los de Qais y todos los de Mudzar. Salieron, pues, los más valerosos Umayyas, en unión con la tribu de Qais.

Partieron en número de trescientos sesenta y tantos caballeros, con los cuales iban Al-Husayn ben Al-Dachn y Ben Xihab, a quien nombraron caudillo, deferencia que con él tuvo Ubayd ben Aly, que era, después de Al-Sumayl, el jefe de los Banu Kilab. Siguieron su marcha hasta llegar al Guadiana, donde encontraron a las divisiones de Bakr ben Wayil y de Banu Aly, a quienes pidieron auxilio, y uniéndoseles cuatrocientos o más de ellos, siguieron hasta Toledo. Aquí tuvieron noticia de que el cerco estaba apuradísimo para Al-Sumayl, y temiendo que éste, desesperado de obtener socorro, se entregase y pereciese, mandaron delante un mensajero, al cual dijeron: "Introdúcete entre la caballería de Amir y de Al-Zuhri, que se encuentra situada frente al muro, y arroja dentro esta piedra"; y diéronle una, en que estaban escritos los dos versos siguientes:

"Regocíjate, oh muro, con la nueva de la salvación. Ya está próximo el socorro; el asedio toca a su término".

"A ti van las hijas de Awach embridadas; cabalgan sobre ellas los ilustres, los de Nizar".

El mensajero marchó y ejecutó lo que le habían encomendado, y cuando la piedra cayó en la ciudad, en la cual o en parte de ella mandaba Al-Sumayl, dijo éste que se la leyeran, porque él no sabía, y enterado de su contenido, exclamó: "¡Albricias, soldados míos, por el señor de la Kaaba!" Reanimóse con esto y se mantuvo firme en el castillo.

Las tropas que se dirigían en su auxilio, entre las cuales se hallaban los Umayyas Abu Utzman, Abd-Allah ben Jalid y Ben Bujt, con otros, caminaron llevando con ellos a Badr, el enviado de Abd al-Rahman ben Muawiya, quien les había mandado papel, y les había remitido su sello para que con él escribiesen a todos aquellos de quienes esperasen favor, y en su virtud escribieron a Al-Sumayl, recordándole los beneficios que debía a los Banu Umayya.

Siguieron su marcha hasta llegar a Zaragoza, y habiéndose retirado Amir y Al-Zuhri apenas supieron que el socorro se aproximaba, salió Al-Sumayl a su encuentro saludándoles, y les hizo cuantiosos regalos. Dió a cada noble cincuenta adinares, doscientos a cada jefe, y a cada soldado diez, y una pieza de tela de seda. En seguida tomaron todos el camino y regresaron con él, sus riquezas y séquito, alejándose de Aragón. Durante el camino quedáronse solos con él los tres Umayyas, y habiéndole entregado Ubayd-Allah la carta, le dijo: "Dame tus órdenes, manifiesta el primero tu asentimiento o desagrado, pues lo que sea de tu gusto será del nuestro, y lo que desapruebes desaprobaremos". Al-Sumayl les contestó: "Dejad que lo medite y mire en ello"; y tomaron la vuelta de Toledo, después de haberle



presentado a Badr, mensajero de (Abd al-Rahman) ben Muawiya, al cual dió diez adinares y una pieza de tela de seda. Llegó Al-Sumayl a Córdoba, y los Umayyas fuéronse a sus casas, llevando a Badr con ellos.

### Los clientes omeyas fracasan cerca de Al-Sumayl

Luego en el año 37 [primavera 755] llegó la primavera y crecieron los sembrados, dióse prisa Yusuf a salir contra Aragón, y poniéndose en camino con su gente, avisó a Abu Utzman y a Abd-Allah ben Jalid, quienes se le presentaron. Recibiólos a entrambos y les dijo: "Haced que nuestros clientes se dispongan a salir". Ellos le contestaron: "No hay en la tribu quien pueda aprestarse a la guerra, ni tienen fuerzas para ello, porque toda la gente de armas salió en auxilio de Abu Chawxan (Al-Sumayl), y con los rigores del invierno y los trabajos del camino, a más de la falta de mantenimientos, se encuentran muy desorganizados". Entonces les dió mil adinares y les dijo: "Socorredles con dinero. —Hay quinientos hombres alistados, contestaron ellos; ¿cómo ha de bastarles esa cantidad?" Yusuf replicó: "Haced lo que gustéis". Al salir conferenciaron y dijeron: "¿Por qué no hemos de tomar ese dinero, que nos servirá para robustecer nuestra causa y conseguir nuestro propósito?" Marcháronse, en efecto (con el dinero), y Yusuf, sin detenerse, siguió hasta Jaén. Entonces volvieron a presentársele Abu Utzman y Abd-Allah, los cuales habían ya dado a cada uno de los Umayyas diez dracmas, o cosa tal, a fin de que se habilitasen y estuviesen prontos, no ya para aquella expedición, sino para sus proyectos particulares. Acampaba Yusuf junto al vado de la Victoria, esperando que se fuese completando el ejército, y según iban llegando los tercios y demás tropa les iba distribuyendo la paga. Cuando Abu Utzman vió que no pensaba detenerse, ni permanecer allí mucho tiempo, se le presentó, y Yusuf le dijo: "¿Dónde están nuestros clientes, Ubayd-Allah? —Dios conserve al Emir, contestó; tus clientes no son como otros, no permanecerán mucho tiempo lejos de ti; pero me rogaron que les esperase hasta que el Emir hubiese llegado a Toledo, donde se le reunirán, pues esperan hacer la recolección de la cebada". El año 37 [abril-mayo 735] prometía buena cosecha, y Yusuf, que había salido al finalizar el mismo, en el mes de Dzu-l-qada, le creyó, y no sospechando nada, le dijo: "Vuelve allá y cuida de darles prisa". Esto era lo que (Abu Utzman) deseaba. Llegó la hora de la marcha de Yusuf, y Abu Utzman le acompañó algún trecho para despedirse de él; después volvió para despedirse también de Al-Sumayl, que no se había puesto en camino porque estaba ebrio, como de ordinario le acontecía, pues apenas pasaba noche alguna sin estar embriagado. Abu Utzman le encontró durmiendo, y esperó a que se pusiese en marcha. El resto del ejército había ya partido, y quedaba él solo con su séquito. Apenas comenzó a caminar, saliéronle al encuentro Abu Utzman y Abd-Allah, y Al-Sumayl les dijo: "¿Qué traéis de nuevo

y por qué os volvéis?" Entonces le hicieron saber el permiso que Yusuf les había dado para que viniesen a buscarle con los Umayyas a Toledo, lo cual pareció bien a Al-Sumayl. Caminaron con él algún tiempo, y después le pidieron una conferencia a solas. Al-Sumayl mandó a sus soldados que se apartasen, y entonces le dijeron: "Lo que queremos es consultar contigo el asunto de Ben Muawiya, cuyo mensajero aun no ha partido. — No he dado al olvido ese negocio, les contestó; he meditado sobre ello y pedido a Dios que me ilumine, sin haber revelado el asunto ni consultado a pariente ni extraño, cumpliendo con la promesa que os hice de guardar secreto, y soy de opinión que merece (Abd al-Rahman) mi apoyo, y es digno del mando. Escribídselo, pues ....., con la bendición de Dios. Por lo que hace al calvo (Yusuf), a mí me toca persuadirle a que me deje la dirección de este asunto, y haré que dé en matrimonio a Abd al-Rahman su hija Umm Musa —la cual estaba viuda de Qatan ben Abd al-Malik,— y que se resigne a ser como uno de nosotros. Si consiente en ello, aceptaremos su cooperación y reconoceremos su protección y alto favor; si rehusa, fácil nos será hendirle la calva con nuestras espadas". Besáronle la mano (Abu Utzman y Abd-Allah) y le dieron las gracias.

Abu Utzman Ubayd-Allah ben Utzman refirió lo siguiente: Caminamos cerca de una milla, e íbamos muy contentos, creyendo nuestro asunto cosa hecha, cuando oímos a uno que gritaba a nuestra espalda: "¡Abu Utzman!" Volvimos el rostro y vimos a un criado de Al-Sumayl, que venía en un caballo, y nos dijo: "Abu Chawxan (Al-Sumayl) dice que le esperéis hasta que venga". Nos pareció cosa grave que viniese personalmente en busca nuestra, siendo más bien nosotros los que debíamos ir a su encuentro, y, a la verdad, no teníamos confianza en él: al cabo nos encomendamos a Dios, y ya volvíamos cuando le vimos venir que volaba en su mula llamada Lucero. Al verle solo nos tranquilizamos, considerando que si hubiera tenido ánimo de tratarnos malamente hubiera venido con tropas. Luego que se acercó nos dijo: "Desde que me presentasteis al enviado de Ben Muawiya (Abd al-Rahman) y su carta, he estado cavilando sin cesar en ello, y me pareció bien lo que me propusisteis; después os he dicho lo que sabéis; pero desde que me he separado de vosotros he vuelto a pensar en el asunto, y me parece que (Abd al-Rahman) pertenece a una familia tal, que si un individuo de ella llega a poner el pie en la Península, dará cuenta de todos nosotros. Este (Yusuf) está por nosotros supeditado, y además tenemos obligaciones para con él. Así, pues, cuando lleguéis a vuestras casas, pensad en ello, pues yo no he querido retardar un momento este aviso, por no engañaros; pero os prevengo que la primera espada que se desenvaine en contra de Abd al-Rahman será la mía. Dios os bendiga y os inspire, así como a vuestro protegido". Yo le dije: "Bendígate Dios; nosotros no tenemos más opinión que la tuya. —Nada hagáis, replicó, pues en verdad lo que debéis procurar es su bienestar, y si él se contenta con una posición que no sea la de sultán, yo prometo procurarle el favor de Yusuf, hacer que le dé su



hija en matrimonio y que le proteja. Id en buena hora". En seguida se marchó.

## Los clientes omeyas y los yemeníes traen a España a Abd al-Rahman

Perdimos con esto de todo punto la esperanza de obtener el apoyo de las tribus de Mudzar y Rabia, y resolvimos apelar a los yemeníes y atraerlos a nuestra causa. Así lo ejecutamos sin perder momento. No vimos yemení de alguna importancia, y en quien tuviésemos confianza, al cual no manifestásemos la pretensión de Ben Muawiya, y no invitásemos a que la secundase. Muchos encontramos entre ellos, cuyos pechos se hallaban inflamados con el deseo de encontrar ocasión de vengarse, y que ansiaban la alianza de los Banu Umayya. En seguida volvimos a nuestro distrito, disgustados con los de Mudzar. Compramos un barco, y con él enviamos once hombres de los nuestros, de cuyos nombres no me acuerdo, pero entre los cuales iban un criado de Hixam, llamado Xaqir, y Tammam ben Alqama Al-Tzaqifi, a quien dimos quinientos adinares, para entregar a los berberiscos el rescate y para los gastos que ocurriesen a Abd al-Rahman. Hallábase éste en Moguila, bajo el mando de Ben Qurra Al-Mugili, esperando a su liberto Badr. Diéronse a la vela, y una tarde que Ben Muawiya se hallaba cumpliendo con el deber de la oración de la tarde, apercibió el barco que se aproximaba y echó el ancla. Badr fué en su busca a nado, le dió albricias por lo que se había conseguido en su pro en España, refiriéndole cómo Abu Utzman, Abd-Allah ben Jalid y otros españoles habían abrazado su causa y se habían declarado por él; le notició la llegada del barco, diciéndole los nombres de los que en él venían y por último, le enteró del dinero que traían para sus gastos. Desembarcó en seguida Tammam ben Alqama, y Abd al-Rahman le preguntó: "¿Cómo te llamas? —Tammam, contestó. —¿Y de sobrenombre? —Abu Galib. —Cumplido será nuestro propósito y venceremos a nuestros enemigos" (dijo Abd al-Rahman). Nombróle su ministro, y desde entonces continuó en este cargo hasta su muerte. Cuando quiso embarcarse vinieron los berberiscos y se opusieron; pero Tammam, del dinero que llevaba, distribuyó regalos a todos, sin excepción, según sus categorías. Ya se encontraban a bordo, cuando un berberisco que nada había percibido se acercó, y se suspendió a la cuerda del toldo. Xaqir echó mano a la espada y cortó la del berberisco, que cayó al mar. En seguida diéronse a la vela, y navegaron hasta llegar a Almuñécar, en el mes de Rabi II del año 138 [sept.-oct. 755]. Abd-Allah ben Jalid y Abu Utzman salieron a su encuentro y le llevaron a la alquería de Torrox, donde habitaba Abu-l-Hachchach. Vinieron después Abu-l-Hachchach, Yusuf ben Bujt y todos los Umayyas, Chiddad ben Amr Al-Madachi, de Rayya, que fué después su cadí en el ejército, Asim ben Muslim Al-Tzaqifi, Abu Abda

Hassan, a quien nombró visir, el Abdi Abu Badr ben Al-Tufail, y muchos otros que acudieron a porfía.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 67 y 71).

## COMO TRIUNFO EN ESPAÑA LA DINASTIA OMEYA

*Los yemeníes fueron vencidos en la Frontera Superior —así llamaron los árabes de España al valle del Ebro— donde habían osado enfrentarse con Al-Sumayl. Regresaba éste con Yusuf hacia Córdoba cuando le llegó la nueva del desembarco de Abd al-Rahman I. El hombre de gobierno que era Al-Sumayl propuso someterle antes de que su causa adquiriera volumen en Al-Andalus. No logró que se realizara su propuesta. Yusuf intentó negociar. Al-Sumayl quería tenerle cerca. Su falta de escrúpulos le hubiera conducido a suprimirle. Los maulas omeyas vacilaban temerosos de un fracaso. Pero otra vez la casualidad, en alianza con los talentos de Abd al-Rahman, decidió del curso de la historia. Un incidente puso fin a los tratos. Después, las dotes de tacto, firmeza, energía y bravura del príncipe emigrante explotaron, hasta el máximo posible, el ansia de revancha de los yemeníes y la ambición leal de sus maulas; y un Omeya entró victorioso en Córdoba como emir de Al-Andalus. He aquí el novelesco curso de los hechos que nos refiere un guerrero de la época.*

### De regreso de una campaña en el valle del Ebro

Yusuf había seguido su camino hasta Toledo, y decía: "No veo que nuestros clientes vengan a unirse con nosotros". Y habiendo repetido esto muchas veces, Al-Sumayl le dijo: "Sigue la marcha, que una persona tal como tú no debe detenerse por causa de unos hombres tales como ellos, y me temo que vamos a perder la ocasión". Pusiéronse, con efecto, en camino, y llegaron a Zaragoza, cuyos habitantes, temiendo los estragos que el ejército iba a causar, entregaron a Amir, a su hijo y a Al-Zuhri, los cuales fueron aherrojados. Quería matarlos; mas habiendo consultado sobre el particular a los jefes de las tribus de Qais, opinaron unánimemente que no debía hacer tal cosa, sino conducirlos presos. Los que con más energía sostuvieron esta opinión fueron Sulayman ben Xihab y Al-Husayn ben Al-Dachn, y cuando vió que todos convenían en que no se les matase, los prendió. Discurrió luego mandar un destacamento contra los vascones de Pamplona, que habían sacudido el yugo musulmán, como los gallegos, y designando para este objeto una división, dió el mando a Ben Xihab, a quien quería alejar, y nombró jefe de la caballería y vanguardia a Al-Husayn ben Al-Dachn, enviándolos con pocas fuerzas, a fin de que pere-



ciesen desastrosamente. Pusiéronse éstos en marcha, y cuando se alejaron, tomó Yusuf la vuelta con escasas tropas hasta llegar al río Jarama, donde le alcanzó un mensajero con la noticia de la derrota y muerte de Ben Xihab, y de que la mayor parte de sus soldados había perecido, refugiándose Al-Husayn con los restos en Zaragoza, bajo el amparo de Abu Zayd Abd al-Rahman ben Yusuf, a quien su padre había nombrado gobernador de Aragón. Esta nueva le alegró, y dispuso que Amir, su hijo Wahb y Al-Zuhri le fuesen presentados. Al-Sumayl le había dicho: "Ya nos ha librado Dios de Ben Xihab; haz ahora venir a estos otros, y córtales la cabeza". Era por la mañana, y aquel día y el anterior había permanecido acampado junto al Jarama, muy contento y satisfecho. Mandó, pues, que se les cortase la cabeza, y así se ejecutó. Dispusiéronle a poco la comida; comió con Al-Sumayl, y éste le dijo: "Ben Xihab ha sido muerto; has matado tú a Amir y a Al-Zuhri; España es tuya y de tus hijos hasta el Antecristo. ¿Quién puede disputártela?"

### La sorpresa de Yusuf

En seguida salió y se fué a dormir la siesta al departamento de sus dos hijas. Yusuf se recostó meditabundo por lo que había hecho, y tendido permaneció y pensativo, sin levantarse, hasta que los soldados comenzaron a gritar: "Un mensajero, un mensajero de Córdoba". Incorporóse y dijéronle que era su esclavo Fulano que venía montado en la mula de Umm Utzman, su esposa y compañera en el poder. El hambre había desorganizado las postas, y no las había entonces. Se encontró sorprendido con la repentina venida de aquel mensajero, que traía una carta con estas palabras: "Ben Muawiya ha entrado (en España) y reside en casa del traidor Ubayd-Allah ben Utzman. Los Banu Umayya están de acuerdo con él, y aunque tu gobernador de Elvira ha salido con alguna gente fiel que pudo aprestar a rechazarle, ha sido puesto en fuga y apaleados sus soldados; pero no ha habido muerte ninguna. Mira lo que has de hacer". Mandó llamar a Al-Sumayl, quien acudió, asustado de que le hiciese venir a hora tan inusitada, pues aunque había sabido la llegada del mensajero, ignoraba lo que traía. Dijo (Al-Sumayl): "Bendiga Dios al Emir; ¿qué acontece de extraordinario a esta hora? ¿No hay novedad? — Sí, por cierto, vive Dios, y grande. Temo que sea la venganza divina por la muerte de ésos. — No tal, dijo Al-Sumayl; eran poco importantes para Dios. Mas ¿qué es ello? — Léele, Jalid (dijo Yusuf), la carta de Umm Utzman. — Grave asunto (repuso Al-Sumayl); opino que le ataquemos sin perder un instante con la gente de que podemos disponer; acaso lograremos matarle o ponerle en fuga, y si huye de España, jamás dominará en ella. — Como quieras", dijo Yusuf. Estaban en esto, cuando la noticia, que no habían procurado ocultar, se divulgó entre los soldados. Mucha gente había muerto con Ben Xilab; otros,

fugitivos de aquella rota, estaban en Zaragoza, y decíanse unos a otros: "Vamos a tener dos campañas en lugar de una". Al oscurecer convocáronse por pelotones en el lugar donde se reunían para las ceremonias religiosas, y no quedaron (en el campamento de Yusuf) ni diez hombres de los yemeníes, a excepción de los jefes, que no podían abandonar su puesto, ni hacer lo que hicieron los soldados de sus tribus: quedó solamente una pequeña parte de los de Qais y algunos pocos de las tribus de Mudzar, que estaban muy cansados de la campaña, por lo cual se presentaron a Yusuf, y le dijeron que aquel asunto les parecía de poca importancia, y que eran de opinión de que regresasen a Córdoba. Al-Sumayl persistía en su primer pensamiento; mas comenzó a llover, se acercaba el invierno, crecieron los ríos y abandonando la empresa contra Ben Muawiya, tomó (Yusuf) el camino de Córdoba. Hubo además quien le dijera: "Ese hombre, Abd al-Rahman, no manifiesta aspiración al supremo mando, sino que busca seguridad y medios de subsistencia. Si le ofreces hacerle tu yerno y te muestras con él liberal, verás cómo sin vacilar acepta. Mándale una embajada".

### Imprevista ruptura

Cuando llegó Yusuf a Córdoba, mandóle, en efecto, una embajada, en la que iban Ubayd ben Aly, Jalid ben Zaid, su secretario y liberto, e Isa ben Abd al-Rahman al-Umayya, que en aquel tiempo pertenecía al séquito de Yusuf como pagador del ejército. Remitiéronle con ellos un traje, dos caballos, dos mulas, dos esclavos y mil adinares, y le escribió recordándole los favores que sus antepasados habían hecho al abuelo de Yusuf, Uqba ben Nafi, y a su familia, prometiéndole cuantiosos dones y ofreciéndole su hija en matrimonio. Los enviados caminaron hasta llegar a Orx, en las cercanías de la Qura de Rayya, donde Isa ben Abd al-Rahman, el denominado Tariq al-Fars (el que deja el caballo), les dijo: "¿Cómo Yusuf y Al-Sumayl y vosotros pensáis así? Pues, qué, ¿creéis que si vamos con estos presentes, y no acepta vuestra proposición, dejará de tomarlos para robustecer su partido y debilitar el de nuestro señor?" Conocieron los otros que lo habían pensado mal, y le dijeron: "Quédate aquí con esto que traemos, y nosotros llegaremos allá. Si nos otorga su sumisión y acepta nuestras proposiciones, te mandaremos un emisario para que te presentes con los regalos; de otra manera, vuélvete con ellos y entrégalos al Emir, que nadie tiene más derecho que él a lo que es suyo". Quedóse, pues, Isa con los regalos, y Ubayd y Jalid continuaron sus marcha y se presentaron a Ben Muawiya en Torrox, en casa de Abu Utzman. Había allí gran número de umayyas y yemeníes, que acudían a él y alternativamente le acompañaban. Entre ellos los había damasquinos, del Jordán y de Qinnasrina; Ubayd y Jalid pronunciaron cada cual su oración, el uno frente del otro, y le rogaron que aceptase la amistad de Yusuf, prometiéndole que éste lo recibiría por



yerno y le acogería con la mayor benevolencia cuando fuese allá. Sentáronse después, y sacando Jalid la carta, la entregó a Ben Muawiya, el cual la pasó a manos de Abu Uztman, diciéndole: "Léela y contesta con arreglo a mi voluntad, que ya sabes". Este acuerdo les había parecido bien, y muchos dijeron que era excelente la proposición, porque Abd al-Rahman sólo había venido buscando los bienes que por herencia le pertenecían; mas al tomar Abu Utzman la carta, Jalid, que era su autor, hombre muy culto, erudito y de mucho ingenio, pero muy lleno de amor propio y estimulado por la vanidad, que de tiempo antiguo ha perdido a los hombres en este mundo y en el otro, dijo: "Mucho has de sudar, oh Abu Utzman, antes de escribir con tanta elegancia la contestación"; y levantándose Abu Utzman arrojóle la carta al rostro y le replicó: "No he de sudar, infame, poco ni mucho, ni escribiré contestación ninguna. Prendedle". Prendiéronle y le aherrojaron inmediatamente, diciendo a Abd al-Rahman: "Este es el principio de nuestra victoria, porque el poder de Yusuf estriba todo en este hombre". Ubayd observó que era un embajador y no podía prendérsele; mas contestaron: "El embajador eres tú; éste es un agresor, que ha venido con insultos y provocaciones, un hijo de mala mujer, un renegado". Despidieron a Ubayd y aprisionaron a Jalid. Supieron después lo de los regalos que habían quedado en Orx, y enviaron treinta jinetes para que se apoderasen de ellos; pero la noticia de lo ocurrido había llegado antes, e Isa se había marchado precipitadamente con todo lo que tenía. En tiempos posteriores Abd al-Rahman acusaba de ello a Isa, y le decía: "Tú eres nuestro cliente; bien sabes el estrecho vínculo que te une a mí, como patrono tuyo que soy, y sin embargo, hiciste esto y lo otro". El se excusaba con la fidelidad que debía guardar a Yusuf. Ben Muawiya era magnánimo con sus clientes, y le perdonó al cabo de esta falta; mas no le distinguió nunca como a otros varios sus iguales.

### Comienzo de las hostilidades

Ubayd se presentó a Yusuf después de haber pasado con Jalid lo referido, y esta nueva contrarió sobremanera a Yusuf y a Al-Sumayl, el cual comenzó a reconvenir al primero por haber desechado su opinión de ir a combatir a Abd-al-Rahman inmediatamente que se supo su venida. Llegó con esto el rigor del invierno, y no permitió a ninguno de los dos ejércitos ponerse en marcha hasta que pasase la crudeza de la estación. Ben Muawiya escribió a todos los distritos y a los berberiscos, acudiendo a su llamamiento todos los yemeníes. Los de Mudzar todos acudieron a Yusuf, que los había mandado venir, congregándose en Xecunda, junto a Córdoba, para dirigirse a Elvira, de la cual habían salido todos los de Qays y demás tribus mudzaríes, poniéndose a las órdenes de Yusuf, en tanto que yemeníes y umayyas se reunían con Ben Muawiya. Cuando éste supo que Yusuf venía contra él,

dijéronle: "No tenemos bastantes tropas con los yemeníes y umayyas que hay en Elvira para contrarrestar el choque de los de Qays que vienen con Yusuf; marchemos hacia los distritos de las divisiones del Yemen, Emeso, Palestina y Jordán, y tomaremos a Yusuf la vuelta". Salió, pues, hasta llegar a los del Jordán, que eran los más cercanos, y allí se le unieron todos los yemeníes y de Qudaa, pero eran pocos los hombres de importancia del Jordán que se aprestaron a seguirle, y parecióles conveniente ir a las demás, por lo cual siguieron su marcha hasta llegar a la comarca de Sidonia, donde moraba la división de Palestina, agregándosele de ésta prontamente los hombres de más valer y de mayor esfuerzo. Los que había de la tribu de Kinana en esta división habían salido ya con Kinana ben Kinana en auxilio de Yusuf. Ben Muawiya no molestó en cosa alguna a sus hijos, así como tampoco a ninguno de los que se habían quedado atrás, y siguió a Sevilla, donde residía la división de Emeso, uniéndosele la flor de los yemeníes, tanto siriacos como beledíes. Apenas Yusuf tuvo noticia de esto, volvióse para salir a su encuentro, aproximándose de esta suerte el uno al otro con sus respectivos ejércitos. Ben Muawiya no tenía bandera, y como llevaba cada una de las tres divisiones la suya, decíanse unos a otros: "¡Válgame Dios, cuán grande es la anarquía que reina entre nosotros! Tenemos cada cual nuestra bandera, y nuestro jefe carece de ella". Entonces se presentó Abu-Sabbah Yahya ben Fulano Al Yahsubi con un turbante y una lanza, que pertenecían a uno de Hadramant, cuyo nombre no sé, y habiendo llamado a uno de los Ansares, que tampoco sé cómo se llamaba, pero cuyo nombre y genealogía consideraron de buen agüero, juraron su bandera en la alquería de Colomera, distrito de Tocina, Qura de Sevilla.

### De Almodóvar a Córdoba

Levantó Yusuf su campo de Almodóvar, y caminó, así como Ben Muawiya, hasta llegar a Tocina, estando el río entre ellos. Era esto a principios de Dzu-l-Hicha del año 138 [mayo 756]. Deseaban venir a las manos; pero el río se hallaba por medio y llevaba mucha agua, que después aumentó de tal manera, que ninguno de los dos podía vadearle. Entonces se detuvo Abd al-Rahman a su orilla, esperando que decreciese; mas discurrió después adelantarse a Yusuf, para llegar antes que él a Córdoba, donde, según le informaron, la mayor parte de los habitantes eran clientes suyos. Encendió, pues, sus hogueras, y tomó el camino a medianoche, con el fin de coger a Yusuf la delantera. Había hasta Córdoba cuarenta y cinco millas, y aun no había andado una cuando avisaron a Yusuf que su enemigo intentaba adelantársele para llegar a Córdoba, y amanecieron de nuevo como dos caballos de porfía, teniendo el río por medio. Viendo Ben Muawiya que Yusuf conocía su intento, desistió de él y acamparon uno y otro, caminando después de la misma suerte, hasta que Yusuf sentó sus reales en la Almazara,



y Ben Muawiya en... La soldadesca y los que ignoraban el estado de las cosas, estaban desanimados y deseosos de llegar a Córdoba, para tener abundantes provisiones y contar con el apoyo de sus habitantes, pues era el mes de mayo, y había tal escasez de víveres, que sólo se alimentaban de garbanzos verdes, en tanto que Yusuf y sus soldados abundaban en todo género de provisiones y comodidades. Los que estaban firmemente resueltos a favorecer a Abd al-Rahman, yemeníes y umayyas de Córdoba, se le agregaron, y habiendo bajado las aguas del río el jueves 10 de Dzu-l-Hicha, día de Arafa [13 mayo 756], les dijo: "Nada adelantamos aquí, conocidas son las proposiciones que Yusuf me ha hecho, y yo seguiré en todo vuestra opinión. Si tenéis valor y fortaleza, y queréis trabar la lucha decídmelo; si opináis por la paz, del mismo modo debéis manifestármelo". Todos los yemeníes convinieron, desde luego, en la guerra, y de igual manera opinaron los umayyas. Entonces organizó sus escuadrones, nombrando jefe de la caballería siriaca a Abd al-Rahman ben Nuaim al-Kalbi, de la infantería del Yemen a Buluha Al-Lajmi, oriundo de Palestina, y de la infantería umayya y de los berberiscos que se le habían agregado a Asim al-Uryani (el Desnudo), quien recibió este sobrenombre aquel día, porque se quedó en zarugüelles, y así peleó hasta que Dios le concedió la victoria. De la caballería umayya nombró caudillo a Habib ben Abd al-Malik, de Qurayx, descendiente de Umar ben Abd al-Wahid, y le dió el mando general de la caballería, y el de la de los berberiscos que le acompañaban a Ibrahim ben Xachra Al-Audi, entregando la bandera a Abu Utzman. Todos los Banu Umayya se apearon y colocáronse en torno de Abd al-Rahman, que montaba un caballo alazán, e iba armado de un arco. El jueves pasaron el río, sin que Yusuf se les opusiera, antes bien, en la tarde de aquel mismo día envió un mensajero para concertar la paz, llegando a tal punto las negociaciones que casi parecía cosa arreglada, pues los umayyas fingieron grandes deseos de ello. Yusuf les mandó ganados y vacas, que fueron degollados, y la comida de unos y otros se preparó juntamente, porque nadie dudaba que la paz se arreglaría, y quiso Yusuf dar de comer a los dos ejércitos. Creemos que el deseo que Ben Muawiya y los suyos habían manifestado de hacer las paces, era con el solo intento de alejar de Yusuf la idea de estorbarles el paso del río. Al amanecer del viernes, día del sacrificio [14 mayo 756]... lo que habían querido con respecto a la paz, y ambos ejércitos se acometieron. En el de Yusuf era el jefe de la caballería siriaca y de [la de] Mudzar Ubayd ben Aly, y de la infantería Kinana Al-Kinani y Chauxan ben Al-Sumayl; nombró jefe de toda la infantería a su hijo Abd-Allah. Por caudillo de la caballería, compuesta de sus deudos, esclavos, libertos y berberiscos, designó a su criado Jalid Sudi. Estos escuadrones de esclavos, berberiscos y gente menuda, eran muy numerosos en el ejército de Yusuf. En el ala izquierda, con Ubayd ben Aly, estaba la caballería de Qais.

### La batalla

Encontráronse ambos ejércitos y trabóse un reñidísimo combate. Cuando estaba más enconado, vieron los yemeníes a Ben Muawiya sobre un caballo y a los clientes que se habían apeado y le rodeaban, y dijéronse unos a otros: "Este es un mancebo de poca edad; ¿quién nos asegura que no escapará en este caballo y nos abandonará a la muerte?" Apenas llegó a oídos de Abd al-Rahman lo que en torno suyo se murmuraba, llamó a Abu Sabbah y le dijo: "No hay en el ejército mula más a propósito para mí que la tuya; este caballo es sobrado inquieto y no puedo disparar mis flechas desde él, según deseo. Tómale y dame tu mula, porque quiero montar cabalgadura que sea de todos conocida, si nuestros soldados vuelven la espalda". La mula había sido torda y ya estaba blanca. Abu Sabbah se avergonzó, y dijo: "Permanezca el Emir sobre su caballo". "No por cierto", replicó él, y habiendo cabalgado en la mula, se disiparon los temores de los yemeníes. Bajaron éstos de sus caballos, y montaron en ellos a los que estaban armados ligeramente. Encendióse la pelea, y acometiendo Habib contra el ala derecha y el centro de Yusuf, lo derrotó, poniendo en fuga a Jalid Sudi y a los suyos. Al ver esto, Ubayd ben Aly desafió a singular combate a Jalid. Cargaron después Habib y Ben Nuaim con la caballería siriaca, contra el centro, y fueron muertos Kinana ben Kinana, Abd-Allah ben Yusuf y Chauxan ben Al-Sumayl. Yusuf y Al-Sumayl huyeron, permaneciendo firme Ubayd en el ala izquierda, con todos los de Qais, que sostuvieron el combate hasta bien entrado el día; pero al fin fueron desbaratados con gran mortandad, pereciendo Ubayd ben Aly y los caudillos principales de Qais, sin que quedasen de los que asistieron a esta jornada más que los de poca importancia. Ben Muawiya continuó su marcha, sin encontrar a nadie, hasta llegar al alcázar de Córdoba: el campamento de Yusuf, que estaba provisto de toda clase de mantenimientos, fué saqueado por el ejército de Abd al-Rahman, que se comió los víveres que había dispuestos.

Había encargado Muawiya la guarda de Jalid ben Zayd, a quien tenía preso, a dos hombres enfermos de los Banu Umayya, con orden de que si sus soldados llevaban la peor parte en la batalla, acabasen con él, por lo cual decía Jalid: "Jamás en mis oraciones hice invocación que fuese contra mi propio interés, sino aquel día, pues antes solía decir: Dios mío, concede la victoria a Yusuf, y entonces estaba mi muerte en la victoria de Yusuf, y mi ruina en la de Ben Muawiya". Preso continuó hasta que Yusuf y Abd al-Rahman hicieron las amistades.

Cuando Ben Muawiya llegó, sin hallar obstáculo, al alcázar, encontró a algunos soldados, que se habían adelantado y habían comenzado a saquear y robar a la familia de Yusuf. Arrojó de allí a aquella turba, dió trajes a los que estaban desnudos y restituyó lo que pudo.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 76).



## CONTEMPORANEOS DE ABD AL-RAHMAN I

*No podríamos juzgar de los comienzos de la dinastía Omeya y de las gestas heroicas y trágicas de Abd al-Rahman I, si nos fueran desconocidos sus contemporáneos. Helos aquí sacudidos por el más feroz orgullo racial o por la más desenfrenada ambición de poder que no repara en el posible crimen; en ocasiones dominados por un altanero sentimiento de dignidad, sostenedor hasta de los torpes frutos de sus estados de inconsciencia, y en ocasiones, arrastrados por la baja pasión del vino a extremos de violencia que les conducen a la rebelión contra el príncipe amigo; y helos aquí: a las veces, exaltados por tan bárbaro celo partidista que no dudan en arrancar los ojos a un poeta por unos versos de dudosa significación, y, a las veces, firmes y desafiantes ante la ira del monarca, por mantener su negativa a aceptar el más honroso cargo del Estado. ¡Almas diamantinas, temperamentos encendidos de pasión, aceptación orgullosa del destino fatal, desafío a la muerte, desprecio arrogante por quienes no pertenecen a su estirpe...! Dura batalla la de un príncipe para asentar un reino sobre tales hombres; suerte áspera la de un país señoreado por tales dominadores; trágico destino el de una nación regida por tales magnates y caudillos, y triste herencia la que de individualidades semejantes iba a recibir el pueblo español, por su propia historia temperamental propicio ya a aceptar tales legados de sus nuevos conquistadores.*

### Al-Sumayl

Cuéntase de él que cierto día pasó por el lado de un maestro que instruía a los muchachos, a tiempo en que éste se hallaba leyendo la aleya 134 de la Sura 3ª del Corán (que dice): "Y entonces nosotros (Alá) haremos que los sucesos prósperos y adversos alternen (en la vida) de los hombres". "¿Los hombres?, dijo Al-Sumayl, los árabes (querrá decir)". "Los hombres", replicó el maestro. "¿Así fué revelada esa aleya?", preguntó Al-Sumayl. "Sí, señor, así se reveló", contestó el maestro. "¡Pardiez!, he ahí un negocio en que estamos asociados con los esclavos, la chusma y la canalla".

Del *Iftitah al Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 31).

### Abu Sabba

Varios historiadores han contado que cuando Alá favoreció a Ben Muawiya de la manera que lo hizo [dándole el triunfo sobre Yusuf], los yemeníes se reunieron bajo la autoridad de Abu Sabbah, el cual les dijo: "¿Queréis dos victorias en un solo día?", y habiéndole preguntado que cómo (sería) esto, contestóles: "Hemos concluído con Yusuf y Al-Sumayl, si matásemos a ese valiente joven Ben Muawiya, el gobierno volvería a nuestras manos y España sería de los Qataníes hasta el fin del mundo". No habiendo permitido Alá, que sea excelso, que nadie aprobara (la propuesta), Abu Sabbah les maldijo entonces.

Del *Fath al-Andalus* (Trad. González, 63).

### Said al-Yahsubi

Sublevóse en seguida, en Niebla, Said al-Yahsubi, conocido por Al-Matari. Se embriagó una noche, y habiéndose hablado delante de él de la matanza de los yemeníes, secuaces de Al-Ala, ató a su lanza una bandera; por la mañana, disipada la embriaguez, vió aquella bandera atada, y preguntando lo que era, dijéronle que él mismo, irritado con el recuerdo de la matanza de sus compañeros de tribu, la había puesto en aquella forma la noche anterior. Entonces, dijo: "Desatadla antes de que esto se divulgue"; mas después varió de opinión y dijo: "No soy hombre para volverme atrás de lo que una vez he pensado". Era hombre esforzado y mandando emisarios a su tribu, y habiéndose reunido todos, se puso en marcha y llegó a Qalat Raawak. Apenas el emir (Abd al-Rahman I) tuvo noticia de esto, tomó el camino y fué a sitiarle. Al-Matari salió a pelear y fué muerto.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 98).

### Al-Sulami

Después se sublevó Al-Sulami, persona que gozaba de bastante favor con el emir; mas una noche se embriagó y, dirigiéndose a la puerta de la ciudad, la encontró cerrada y quiso abrir la del Puente; acometióle la guardia y él cargó contra ella espada en mano, hasta que llegó el caso a noticia de Al-Abdi, quien, en consideración al estado de embriaguez en que se encontraba, le salvó y procuró calmarle. Luego que se despejó y reflexionó sobre lo que había hecho, temiendo la cólera del emir, huyó y se hizo fuerte en un lugar del Oriente de España, donde se creyó seguro. El emir envió en su persecución a Habib ben Abd al-Malik, Al Quraixi, quien



llegó donde Al-Sulami estaba. Entonces desafió a Habib y gritó quién quería medirse con él en singular combate. Un esclavo negro que tenía Mugaytz aceptó el reto, y habiéndose recíprocamente herido, perecieron juntos.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 102).

### Venganza

En aquel tiempo Abu-l-Majxi, que era el mejor poeta de España, compuso un poema en alabanza de Sulayman, hijo de Abd al-Rahman; pero tuvo la mala suerte de que se creyera que había hecho alusiones injuriosas contra Hixam, su hermano; pues es de saber que ambos hermanos se miraban con desconfianza y envidia, y un fanático partidario de Hixam se encolerizó y le arrancó los ojos. El poeta escribió unos bonitos versos tomando por asunto la ceguera, (versos) que después presentó y recitó a Abd al-Rahman ben Muawiya, el cual le compadeció, examinó el caso, se hizo traer mil dinares y se los dió, doblando de esta manera el homicidio, o indemnización legal por la pérdida de los dos ojos.

Del *Iftitah al-Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 27).

### Firmeza

Abd al-Rahman pidió consejo a sus cortesanos acerca de la persona que debiera ser designada para el cargo de juez de Córdoba. Su hijo Hixam y el canciller Ben Mugaytz indicaron a Al-Musab ben Iman. Abd al-Rahman, habiendo aceptado el consejo, mandó llamar a Musab. En cuanto éste llegó a palacio, se le hizo entrar en presencia del monarca, el cual estaba acompañado de su hijo Hixam, del canciller Ahmad ben Mugaytz y de toda la corte. El soberano le ofreció el cargo de juez; pero Musab rehusó aceptar y expuso las razones que para ello tenía. El soberano las rechazó, dándole a entender que había formado la firme resolución de que Musab ocupara el cargo, sin atender las excusas que éste presentara para no aceptar. Musab, sin embargo, se encerró en la negativa y persistió con firmeza en rehusar el cargo. Cuando el monarca perdió la esperanza de reducirle a que accediera, callóse, bajó la cabeza y empezó a retorcerse el bigote con los dedos. Es de saber que Abd al-Rahman I, siempre que se incomodaba, retorcíase el bigote y ¡ay de aquél contra el que se airase! Los cortesanos comenzaron a temer por la suerte de Musab, expuesto a ser víctima de un arrebato de cólera del soberano, en tales ocasiones terrible, y se pusieron a mirar al príncipe Hixam y al canciller Ahmad ben Mugaytz, como diciéndoles: ¡A qué peligro habéis expuesto a este hombre! Pero, por fortuna, el soberano levantó la cabeza, y dirigiéndose a Musab, dijo: "Vete, vete; contra

ti... (esto y lo otro); y contra los que me han aconsejado que te nombrara..." Se desfogó hablando y no tuvo otras consecuencias el arrebato del monarca.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 9).

## REBELIONES CONTRA EL PRIMER OMEYA DE AL-ANDALUS

*Los yemeníes habían dado el triunfo a Abd al-Rahman para vengarse de sus humillaciones anteriores, pero dos décadas de guerra civil habían habituado demasiado a las gentes islamitas de España a la anarquía y a no reconocer ninguna autoridad, y el nuevo príncipe hubo de luchar de continuo contra muchedumbres de rebeldes, a fin de asegurar su poder en la Península. Su reinado fué un largo rosario de frustrados alzamientos ahogados en sangre y su historia la crónica de sus gestas titánicas para crear un imperio con los retazos de las tribus de Oriente y de Africa que señoreaban Al-Andalus. Con astucia inteligente, rápida decisión y mano de hierro logró imponerse y unificar bajo su autoridad a los conquistadores de España, ayudado por los Omeyas, que vinieron a unírsele después de su victoria, y por un ejército de mercenarios (haxam), que reclutó entre los bereberes africanos y entre cuantos guerreros se distinguieron en sus luchas contra los rebeldes. La narración de su largo batallar (756-788) deja en el ánimo una impresión de horror y parece bostezar una mueca trágica. Bastarán a demostrarlo las páginas que siguen.*

### Rebelión y muerte de Yusuf al-Fihri

Había en Córdoba familias de clientes de los Banu Haxim y Banu Fihr, y de las tribus de Quraix, y otros que habían gozado de gran preponderancia y valimiento en tiempo de Yusuf, y ahora se veían privados de ello, por lo cual no cesaban de incitarle a la rebelión y a que se arrepintiese del anterior concierto, insistiendo tanto, que al fin Yusuf escribió a su gente. Los de los distritos militares dijeron: "No, vive Dios, no hemos de volver a la guerra después de la paz". Al-Sumayl y los de Qais se opusieron igualmente, y dijeron: "Nos basta con lo hecho; hemos cumplido con el deber de defender nuestra causa, y no le destituiremos". Viendo Yusuf que éstos no le secundaban, escribió a los beledíes y a los de Mérida y Fuente de Cantos, los cuales accedieron. Allí se encontraba la mayor parte de su familia, que el día de la batalla de la Almazara había huído hacia estas comarcas y a Toledo, y ajustada la paz con Abd al-Rahman, algunos habían regresado, pero habían permanecido allí sus hijas con sus maridos



y aquella parte de su familia que podía serles más embarazosa. Yusuf recibió cartas de ellos, en que le llamaban, y huyó de Córdoba a Mérida en el año 41 [13 mayo 758].

Sabida su fuga por Ben Muawiya, envió caballería en su persecución; mas él se ocultó, y entonces cogió a sus dos hijos y los aherrojó. Detuvo también a Al-Sumayl, quien se excusaba diciendo que no había tenido culpa alguna, pues a tenerla hubiera huído con Yusuf; mas Ben Muawiya le mandó encarcelar, diciendo: "No se ha fugado Yusuf sin pedirte consejo, y tenías para conmigo el deber de avisarme". Todos los habitantes de Mérida, árabes y berberiscos, se pusieron a las órdenes de Yusuf, que después fué a Fuente de Cantos, cuyos moradores le siguieron igualmente, emprendiendo después la marcha contra Sevilla, de la cual era gobernador en aquella sazón Abd al-Malik ben Umar Al-Marwani, con quien se unieron los soldados de la división de Emeso y algunos otros, mientras que todos los beledíes, a excepción de unos pocos, se agregaron a Yusuf, cuyo ejército creció hasta veinte mil hombres, y aún más, dirigiéndose contra Al-Marwani, que estaba en Sevilla. Ben Muawiya acampaba en Córdoba, esperando que acabasen de llegar las divisiones. Completo el ejército de Yusuf, marchó contra Al-Marwani, y viendo que permanecía en Sevilla con pocos siriacos, tranquilo con respecto a aquel enemigo poco temible y poderoso, volvióse para salir al encuentro de Ben Muawiya, con los árabes, berberiscos y demás gentes de Mérida y Fuente de Cantos y los que se le habían agregado de Sevilla, todos los cuales formaban un grueso ejército. También el de Ben Muawiya se había completado con la llegada de las divisiones, y se había puesto en marcha hasta acampar en un lugar llamado Torre de Oçama. Yusuf venía en su busca, sin cuidarse de los enemigos que dejaba a la espalda.

Al-Marwani esperaba en Sevilla a su hijo Abd-Allah, valí de Morón, quien, al saber que su padre estaba sitiado, reunió las tropas de esta ciudad, y vino cuando Yusuf había ya levantado el campo. Refirióle su padre los pormenores del cerco y descerco, y después reunió a sus soldados, les habló, y sus caudillos le manifestaron que estaban prontos a seguir a su padre adonde quisiera llevarles. Salió, pues, Al-Marwani con su hijo Abd-Allah y las tropas de Sevilla y Morón, en tanto que Ben Muawiya, sabedor de que Yusuf había abandonado el cerco de Al-Marwani y venía en su busca, levantaba sus reales, y venía a situarse en Almodóvar. Llegó Yusuf hasta cierto río, donde le avisaron que Al-Marwani se le acercaba, amenazando su retaguardia. Temiendo entonces que Ben Muawiya le atacase por un lado y Al-Marwani por otro, volvió contra éste sus banderas, y se apresuró a presentarle la batalla. Al-Marwani, con intento de que sucediese lo que Yusuf temía, quiso retroceder; mas Yusuf no le dió tiempo, y los dos ejércitos se encontraron frente a frente. Entonces se adelantó un berberisco liberto de la tribu de Fihr, habitante de Mérida o de Fuente de Cantos, hombre notable por su vigor, y comenzó a dar voces, desafiando a los enemigos a singular combate. Ningún campeón salía, y volviéndose Al-

Marwani hacia su hijo Abd-Allah, díjole: "Mal principio es éste, y estamos pocos; sal tú, y que Dios te favorezca". Adelantóse Abd-Allah a la pelea, cuando un abisinio, liberto de la familia de Marwan ben Al-Hakam, llamado Abu-l-Basri, que estaba con él le dijo: "¿Qué quieres hacer, señor? — Lidiar con ese hombre. — Para eso, replicó Abu-l-Basri, yo te basto", y lanzóse contra el berberisco. Los dos combatientes estuvieron largo rato buscándose las vueltas, porque eran entrambos robustos y valerosos; pero aconteció que con una lluvia menuda que había caído, el berberisco resbaló, y cargando sobre él Abu-l-Basri, cortóle los dos pies con su espada, con lo cual los de Al-Marwani, gritando Allah Akbar (Dios es grande), embistieron como un solo hombre. En un momento pusieron en fuga a Yusuf, derrotaron a sus soldados, y mataron unos pocos, porque el número de los de Al-Marwani era escaso para seguir el alcance de los fugitivos; pero al fin, abandonado el campamento de Yusuf, le saquearon, con muerte de aquellos a quienes pudieron dar alcance. Estaba aún Ben Muawiya acampado en Almodóvar, cuando llegó Abd-Allah ben Al-Marwani con la nueva de la derrota de Yusuf y con las cabezas de sus soldados muertos. Dió gracias a Dios, y se apresuró a mandar a Badr un emisario, con orden de que preparase para Al-Marwani un alojamiento aún más espléndido que si fuese para su propia persona. Abd-Allah le contó los pormenores todos de la victoria que Dios les había concedido, por la cual Abd al-Rahman les otorgó grandes honores, y desde entonces hasta ahora no han dejado Al-Marwani y su hijo de gozar de alta preponderancia.

Yusuf huyó a Firrix y después a Fach al-Balut, tomando luego el camino de Toledo, con ánimo de buscar el amparo de Ben Urwa. A diez millas de la ciudad pasó por una alquería, donde moraba Abd-Allah ben Umar Al-Ansari, al cual dijeron: "Ese es Yusuf, que viene fugitivo"; y dijo él a sus amigos: "Salgamos a su encuentro, matémosle, y haremos que el mundo descanse de él, y él descanse del mundo, y descansen las gentes de su maldad, pues ha venido a ser un foco de turbulencia". Salieron en su seguimiento y le alcanzaron a cuatro millas de Toledo. Iba acompañado únicamente de un esclavo y de Ben Sabiq Al-Farasi, liberto de los Banu Tamin, cuyos descendientes aun subsisten en Zaragoza, aunque los que ignoran esto suponen que era liberto de Yusuf. Iban muy fatigados de la rápida marcha, y se encontraban sin defensa ni amparo. Abd-Allah mató a Yusuf, Sabiq fué también muerto, y el esclavo huyó a Toledo.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 91).

### Frustrada intervención abbasí

Habiendo principiado a torcerse de esta manera las cosas, rebelóse contra él Al-Ala ben Mugaytz Al-Yahsubi, que otros dicen Hadrami, en Beja. Proclamó la soberanía de los Abbasíes, reconociendo a Abu Chaafar



(Al-Mansur), el cual le había enviado una bandera negra en la punta de una lanza. La había metido en un mirabolano, y la había sellado después. Al-Ala la sacó y la puso en una lanza, sublevándose con esta enseña en Beja, en el Chund de los egipcios. Ayudáronle en su extravío Wasit ben Mugaytz Al-Tai y Umayya ben Qatan Al-Fihri. Acercáronse los yemeníes a Sevilla, y sospechando de la sinceridad de Umayya, le cogieron y le aherrojaron. Reunió el Emir sus tropas y salió contra ellos, acercándose hasta acampar junto a la alquería donde estaban los sublevados, en Kalaat Raawac (¿Alcalá de Guadaira?). En socorro de los rebeldes vino de Sidonia Gayatz ben Alqama Al-Lajmi, y sabido esto por el Emir, mandó contra él a su liberto Badr con una parte del ejército, y Gayatz fué detenido en su camino, acampando en el seno del valle que hay entre el Guadaira y el Guadalquivir. Badr fué a su encuentro, y habiéndose enviado mutuamente emisarios, concertaron la paz, regresando Gayatz ben Alqama a su país y Badr adonde el Emir se hallaba. Cuando los sublevados supieron esto, dijeron: "No hay para nosotros más recurso que la ciudad de Carmona", y preparáronse a salir en esta dirección durante la noche. El Emir, que tuvo conocimiento de ello, mandó a Badr que marchase precipitadamente a aquella ciudad, y le dijo: "Coloca tu tienda sobre la puerta de Carmona, y reúne toda la gente que permanezca fiel, a fin de que al amanecer cuentes con fuerzas bastantes". Muy de madrugada cabalgó el Emir, y amaneció a la espalda de la ciudad. Los sublevados se retardaron, y cuando llegaron a las arboledas que hay por bajo de Carmona, divisaron la tienda plantada en la puerta de la ciudad, y conociendo que se les habían adelantado, se desordenaron. En aquel momento cargó sobre ellos la caballería del ejército y los derrotó con gran mortandad. Cogieron a Umayya encadenado, y el Emir, compadecido de él, le dió libertad. Reunió siete mil cabezas, y habiendo separado la de Al-Ala y otros conocidos, escribió sus nombres en pedazos de pergamino, se los colgó de las orejas, buscó después quien se encargase de llevarlas a Ifriqiya, dándole por ello crecida retribución, y éste atravesó con ellas el mar, llevándolas en unas alforjas, y llegó a Qairawan, en cuya plaza las arrojó durante la noche. Encontráronlas al amanecer, con un escrito, que iba también en las alforjas, en el cual se refería el suceso, que se divulgó hasta llegar a oídos de Abu Chaafar.

### Rebelión en Toledo

El Emir, de vuelta de su expedición, mandó a su liberto Badr y a Tammam ben Alqama con tropas contra Toledo, donde sitiaron a Hixam ben Urwa. Determinó el Emir que se alterase el orden que se guardaba en el servicio militar de los Chund, y que se estableciese un turno de seis meses, de manera que cuando concluyese uno, fuese otro. Así llegó el cerco a fatigar extremamente a los habitantes de la ciudad, y a hacérseles muy

pesada la guerra. Además les escribieron Tamman y Badr, y entregaron a Hixam, Al-Umari y a Haywa, con lo cual se libraron de todo castigo. Tammam salió con ellos para conducirlos a Córdoba, y Badr permaneció en su lugar, esperando lo que el Emir disponía con respecto a la ciudad. Al llegar a Oreto encontró Tammam a Asim ben Muslim Al-Tzaqifi, quien le comunicó la orden de que regresase a Toledo, como valí, y volviese Badr. Con arreglo a este mandato volvió Tammam (a Toledo), y Al-Tzaqifi se hizo cargo de los prisioneros, caminando con ellos hasta llegar a la aldea de Halwa, donde encontró a Al-Abdi, jefe de la policía, a quien el Emir había mandado al efecto, y que llevaba para los prisioneros chupas de lana, un barbero y burros. Les fueron rapadas las cabezas y vestidas las chupas, y metidos en unos cestos, los montaron en los burros, entrándolos de esta suerte en la ciudad. Al-Umari, que estaba enfermo, dijo a Haywa: "¡Angosta chupa me han vestido!" Haywa le contestó: "¡Ojalá vivieses lo bastante para deteriorarla!" Después, por orden del Emir, fueron muertos y crucificados.

## Abd al-Rahman se defiende personalmente

Rebelóse después Abu-Sabbah, a causa de que el Emir le había nombrado valí de Sevilla y después le había destituído. Disgustado con esto, reunió gente, y escribió a los distritos, lo cual sabido por Abd al-Rahman, a quien enviaron de algunos puntos las cartas que Abu-Sabbah había escrito, discurrió un ardid para hacerle venir a Córdoba. Cuéntase que Abd-Allah ben Jalid fué a buscarle, y bajo salvaguardia de paz le condujo a Córdoba, por lo cual, cuando el Emir le mató, Abd-Allah renunció su empleo y se retiró a su casa de Alfontin, donde permaneció hasta su muerte, sin aceptar cargo ninguno del Sultán. Otros dicen que le trajo a Córdoba Tammam ben Alqama, sin salvoconducto, sino sólo con buenas palabras. Cuando llegó a Córdoba, llevando cuatrocientos jinetes de su división, el Emir le hizo entrar en su aposento; mas aquél le increpó tan duramente, y le habló en términos tan amenazadores, que el Emir embistió con él, y llamó a una esclava negra, natural de Medina, que era la que cuidaba de su harén, y tenía a su cargo la educación de las esclavas con arreglo al gusto del Emir, la cual le trajo un alfanje. Con todo eso el jeque estaba a punto de matar al Emir, quien llamó en su ayuda a unos esclavos, y éstos concluyeron con Abu-Sabbah, ya debilitado por una herida del alfanje, que había recibido en el cuello. Mandó que envolviesen su cadáver en una gualdrapa de pelo, le quitasen de aquel lugar y limpiasen las manchas de sangre, y en seguida hizo que viniesen sus visires, a quienes dijo únicamente que tenía preso a Abu-Sabbah, y les pidió su parecer sobre si debía o no matarle. Ninguno le aconsejó que le matase, porque decían: "Tiene cuatrocientos hombres a la puerta, tu ejército está ausente, y no estamos seguros de que esto no resulte alguna desgracia". Sólo Al-Marwani le aconsejó matarle y recitó con tal motivo los versos que dicen:



"No se te escape, porque (si se escapa) nos habrá de ocasionar una "gran desgracia. Pon sobre él duramente la mano, y te librarás de la "desventura".

Entonces Abd al-Rahman les dijo: "Pues ya le maté", y mandó que sacasen su cabeza. Uno de ellos gritó a los soldados: "Ya Abu-Sabbah es muerto; el que quiera váyase en paz a su casa". Dispersáronse, y no hubo más.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 95 y 98).

## Los emigrados Omeyas sostienen a Abd al-Rahman

En 156 [1º diciembre 772], Abd al-Rahman, el primer soberano Umayya de España, emprendió una campaña contra Xaqya y atacó el fuerte de Xabatrán, donde le tuvo estrechamente sitiado; pero Xaqya logró ganar como siempre su refugio habitual: Abd al-Rahman recibió entonces cartas de su hijo Sulayman, que le reemplazaba durante su ausencia en Córdoba, anunciándole la sublevación de los sevillanos al mando de Abd al-Gaffar y de Hayat ben Mulamis, jefes que marchaban de acuerdo con los yemeníes establecidos en la ciudad. Abd al-Rahman volvió sobre sus pasos, pero no entró en Córdoba, espantado por lo que se decía de la unión y del número de los rebeldes. Envió delante a su primo paterno Abd al-Malik ben Umar, el más intrépido guerrero de la familia de Marwan, y él mismo quedó en la retaguardia, dispuesto a socorrerle en caso de necesidad. Al acercarse a los sevillanos, Abd al-Malik envió a su hijo Umayya para efectuar un reconocimiento. Les encontró sobre aviso y en guardia y volvió junto a su padre, mas éste le reprochó su debilidad y le hizo cortar la cabeza. Reunió entonces Al-Marwani toda la gente de su familia y a sus íntimos, y les dirigió estas palabras: "A nosotros, proscriptos del Oriente llegados a este lejano país, se nos disputa todavía el bocado necesario para conservar el aliento; ¡rompamos las vainas de nuestras espadas, porque es necesario vencer o morir!" Lo hicieron así, y cargando Abd al-Malik a la cabeza infligió a los yemeníes y a los sevillanos una derrota completa; tan grande que en adelante los yemeníes no conservaron ninguna fuerza.

Al tener noticia de que Abd al-Malik había sido herido, Abd al-Rahman fué al encuentro de su pariente, y lo halló sangrando aún por su herida, pero apretando todavía con su mano el puño de su espada, sucia aún de sangre. Abd al-Rahman le besó en los ojos y le recompensó magníficamente. "Primo, le dijo, tomo tu hija por esposa de Hixam, mi hijo y heredero, le doy tal cosa, a ti tal otra, a tus hijos tales otras; tú y ellos tendréis tales feudos, y seréis en adelante mis visires".

Fué este Abd al-Malik quien forzó a Abd al-Rahman a suprimir la

invocación del nombre de Al-Mansur en la oración, amenazándole, con matarse, si no le escuchaba. La invocación del nombre de Al-Mansur cesó diez años después del advenimiento de Abd al-Rahman.

En cuanto a los dos jefes de la sublevación, Abd al-Gaffar y Hayat ben Mulamis, pudieron escapar sanos y salvos. Pero en 157 [20 de noviembre 773] Abd al-Rahman entró en Sevilla y ordenó la matanza de los partidarios de ambos. Y a consecuencia de tal matanza y del odio que suscitó entre los árabes, Abd al-Rahman se puso a comprar esclavos, es decir: mamelucos.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según versión francesa de Fagnan: Annales, 120).

### Rebelión de Zaragoza e intervención de Carlomagno

En 164 [5 septiembre 780] el Omeya Abd al-Rahman marchó contra Zaragoza. Había comenzado por enviar un fuerte ejército, a las órdenes de Tzaalaba ben Ubaid, porque, lo hemos dicho ya, Sulayman ben Yaqzan y Al-Husayn ben Yahya se habían unido en la ciudad para sustraerse a su autoridad. Tzaalaba les combatió vigorosamente; pero un día, mientras estaba en su tienda, Sulayman, aprovechando su descuido, organizó un ataque contra él, que le hizo caer en sus manos, y dispersó su ejército. Sulayman se dirigió entonces a Carlos, rey de los francos, prometiéndole entregarle el territorio y Tzaalaba. Pero cuando llegó tal príncipe, no pudo mantener sino la segunda parte de su promesa, y Carlos regresó a sus estados con Tzaalaba, de quien esperaba poder obtener un rescate considerable. Durante algún tiempo Abd al-Rahman no se ocupó de su general, pero hizo en seguida pedir y obtuvo su libertad, gracias a emisarios que empleó a tal efecto.

En el mismo año Abd al-Rahman marchó contra Zaragoza después de haber repartido sus hijos por las diversas regiones de su reino, con la misión de aplastar a los rebeldes y de reunirse en Zaragoza, donde Abd al-Rahman les precedería. Al-Husayn ben Yahya, que había ya matado a Sulayman ben Yaqzan, ocupaba solo la ciudad cuando llegó Abd al-Rahman. Llevó éste adelante el sitio con vigor y vió llegar pronto a sus hijos, conduciendo a los rebeldes que habían vencido, y anunciando la sumisión de otros. Entonces Al-Husayn hizo proposiciones de paz y se mostró dispuesto a entrar en la obediencia. Abd al-Rahman consintió, tomó a su hijo Said como rehén y se alejó.

.....

En 165 [25 agosto 781] Al-Husayn rompió traidoramente el pacto que le unía a Abd al-Rahman y éste hizo marchar contra él un numeroso cuerpo de tropas mandado por Galib ben Tamman ben Alqama. En los combates que se libraron fueron hechos prisioneros muchos compañeros de Al-Husayn y, con ellos, su hijo; fueron enviados al emir Abd al-Rahman, que les hizo



ejecutar. Ben Tamman ben Alqama quedó sitiando a Al-Husayn. En 166 [25 agosto 782] Abd al-Rahman fué en persona a continuar el sitio de Zaragoza. Redujo a la población a la más crítica situación con la ayuda de treinta y seis máquinas de guerra y después la conquistó por la fuerza. Condenó a Al-Husayn a la muerte más atroz y arrojó de la ciudad a sus habitantes para cumplir un juramento que había hecho; pero luego les permitió volver, en seguida.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según versión francesa de Fagnan: Annales, 128).

## NOTICIAS DE UN HIJO DE VITIZA

*Los hijos de Vitiza, penúltimo rey godo, habían llamado a los árabes a España, se habían pasado a sus filas en la batalla de Guadalete y habían facilitado su avance hasta Toledo. Esperaban ser restaurados en el trono de su padre. Hubieron de contentarse, como premio de su traición, con los dominios de la corona visigoda. Durante medio siglo fueron poderosos; y uno de ellos, Artobás, que, además, era inteligente, ejerció notoria influencia en la política de Al-Andalus al aconsejar al valí Abu-l-Jattar la solución, que prevaleció, para alejar de Córdoba a los sirios, dándoles en beneficio militar los tributos de los cristianos que habían capitulado, en las regiones donde fueron establecidos. Pero el primer emir Omeya de España sintió celos de su fuerza económica y política —Artobás era señor de mil aldeas— y en su deseo de afirmar su poder y de reorganizar su hacienda le confiscó sus bienes. Un nieto de Sara, nieta de Vitiza, el cronista cordobés Ben al-Qutiya, nos da noticias de tales sucesos.*

Cuéntase de él que Abd al-Rahman, hijo de Muawiya, mandó confiscar los pueblos de su señorío; y que la causa de ello fué que este monarca curioseó la estancia de Artobás cierto día en que iba de expedición, en la cual éste le acompañaba, y alrededor de la misma vió aquél no pocos regalos o presentes que los feudatarios solían ofrecer a éste en todas las paradas que hacía en los pueblecillos de sus dominios. Esto causóle envidia a Abd al-Rahman. Fuéronle, pues, confiscados, y Artobás hubo de irse a vivir con sus sobrinos, hasta que llegó a la miseria. Dirigióse entonces a Córdoba; fué a visitar al canciller Ben Bujt y le dijo: "Haz el favor de pedir al emir, cuya vida guarde Dios, licencia para verle, pues he venido a despedirme de él". Entró el canciller a pedir a Abd al-Rahman el permiso, y éste dispuso que entrara Artobás a su presencia. Al entrar vió que iba andrajosamente vestido. Y le dijo: "¡Hola, Artobás! ¿Qué te trae por aquí?" A lo cual contestó: "Tú me traes, tú que te has interpuesto entre mí y mis posesiones,

faltando a los tratados que tus abuelos hicieron conmigo, sin culpa de mi parte que a ello te autorizara". Abd al-Rahman añadió: "Pero ¿qué es eso que quieres despedirte de mí? ¿Acaso piensas irte a Roma?" Artobás le contestó: "¡Ca, hombre, al revés! ¡Si yo he sabido que tú quieres marcharte a Siria!" Replicóle Abd al-Rahman: "¿Y quién me ha de dejar volver allí, siendo así que la tuve que abandonar para que no me mataran?" Entonces Artobás le preguntó: "¿Tú te has propuesto que tu dominación se consolide en esta tierra para que tu hijo la herede, o quieres privarle de lo que a tí se te ha dado?" Abd al-Rahman contestóle: "¡Ah, no, pardiez! Yo no sólo quiero consolidar mi dominación, sino también que mi hijo la herede". Entonces le dijo Artobás: "Pues veas como se arregla este asunto". Después le denunció paladinamente, sin ambages ni rodeos, todas aquellas cosas por las que el pueblo estaba disgustado, y quedó Abd al-Rahman tan satisfecho y agradecido que dispuso le fueran devueltas a Artobás veinte de sus aldeas, le obsequió con espléndidos vestidos y regalos y le nombró para el cargo de conde, siendo el primero que ocupó esa dignidad en Andalucía.

Refiere también el jeque Ben Lubaba (Dios le haya acogido en su misericordia), por habérselo oído decir a personas ancianas que vivieron en aquel tiempo, que Artobás era uno de los hombres más hábiles en su trato social, y que en cierta ocasión fueron a visitarle un grupo de diez siriacos, entre los cuales se hallaban Abu Utzman, Abd Allah ben Jalid, Abu Abda, Yusuf ben Bujt, y Al-Sumayl ben Hatim, y, después de saludarle, sentáronse a su alrededor. Apenas habían comenzado a conversar y hacerse los primeros cumplimientos, he aquí que entra Maimun, el siervo de Dios, el abuelo de los Banu Hazm, los porteros de palacio. Este Maimun era cliente de los siriacos. Al verle Artobás dentro de su casa se levanta a recibirle, le abraza cariñosamente y le invita con instancia a que tome asiento en el mismo que él acababa de desocupar, el cual estaba chapeado de oro y plata. El santo varón rehusó diciendo: "¡Oh, no! ¡Este no debo ocuparlo!" E inmediatamente se sentó en el suelo. Artobás entonces hace lo mismo, sentándose a su lado, y le dice: "¿A qué debo el honor de que un hombre como vos venga a visitar a persona como yo?" Contestóle Maimun: "Nosotros, al venir a este país, como no pensábamos que nuestra estancia había de ser larga, no nos preparamos para permanecer en él; pero ha sucedido que se han amotinado nuestros clientes en el Oriente, cosa que no podíamos imaginar, y ciertamente así ya no volveremos a nuestro país. Dios te ha dado muchas riquezas y quisiera que me dieses una de tus heredades para cultivarla con mis propias manos; yo te pagaré lo que corresponda y tomaré lo que de derecho sea". Y Artobás le replicó: "¡Ah, no! ¡Por Dios! Yo no quedaría satisfecho dándoos una granja en contrato de medias". Hizo llamar a su administrador, y le dijo: "Dale a este señor la granja de Guadajoz, con todas las vacas, caballerías y esclavos que hay en ella; dale, además, el castillo que está en la provincia de Jaén". Era un



castillo que se conoce ahora por el castillo de Hasan, su poseedor..., y después de darle las gracias, se marchó. Artobás inmediatamente volvió a ocupar su propio asiento. Entonces le dijo Al-Sumayl: "No te ha hecho incapaz de conservar el imperio que perteneció a tu padre sino esa irreflexión de tu manera de obrar. Yo vengo a visitarte, siendo como soy el jefe de los árabes en España, acompañado de mis amigos, que son las personas más importantes de los clientes, y tú no nos guardas más atención que la de darnos asiento de madera; y a ese miserable que ha entrado ahora le tratas con la generosidad que has mostrado". Artobás le contestó: "¡Ah, Abu Chauxan, qué verdad es lo que me han dicho los hombres de tu religión, que en ti la instrucción no ha penetrado! Si fueras instruído, no hubieras desaprobado la obra piadosa hecha a quien la hice. (Efectivamente Al-Sumayl era un ignorante que no sabía leer ni escribir). Seguramente a vosotros, a quien Dios trata generosamente, sólo os honran porque sois ricos y poderosos, mientras que a éste solamente por amor a Dios le he tratado con generosidad. Del Mesías, a quien Dios bendiga y salve, me han contado que dijo: "Aquel de sus siervos a quien Dios favorece, debe hacer partícipes a todas las criaturas", y Al-Sumayl quedó como si le hubieran hecho tragar una piedra. Los compañeros de Al-Sumayl dijeron entonces: "No hagas caso de éste, y atiende a nuestro objeto, que no es otro que el mismo de este hombre que ha venido a buscarte y con quien te has mostrado tan generoso". El les contestó: "Vosotros sois hombres tan principales que, para satisfaceros, se os ha de dar mucho". Y les dió cien aldeas, diez para cada uno; entre ellas Torrox fué para Abu Utzman; Alfontin para Abd Alllah, hijo de Jalid, y la Heredad de los Olivos, en Almodóvar, para Al-Sumayl, hijo de Hasim.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 28).

## MULTA IMPUESTA A LA POBLACION MOZARABE DE GRANADA

*El primer emir Omeya de Al-Andalus, deseoso de asegurarse en el trono, procuró crear un ejército de mercenarios adictos a su causa y para conseguir las sumas necesarias impuso pesadas cargas fiscales a los mozárabes. Entre éstos, los de la región de Granada —Castella era la capital mora del cantón de Elbira— hubieron de pagarle el número de animales de guerra y de armas señaladas en este perdón. Tal vez hubieron de solicitarle por haber ayudado a Yusuf al-Fihri, cuando se acogió a su región después de la derrota en que había perdido el gobierno de España.*

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso. Carta de seguro (Kitab aman), otorgada por el rey engrandecido Abd al-Rahman a los

patricios, monjes y príncipes y demás cristianos españoles de la gente de Castella y a sus secuaces de las demás comarcas. Otórgales seguro y paz, obligándose a no quebrantarles este pacto mientras ellos paguen anualmente diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata, diez mil cabezas de los mejores caballos y otros tantos mulos, con más mil armaduras, mil cascos de hierro y otras tantas lanzas, por espacio de un quinquenio. Se escribió esta carta en la ciudad de Córdoba a tres de Safar del año 142 [758].

De la *Ihata fi-l-Tarij Garnata* de BEN AL-JATIB
(Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 243).

## ARROGANCIA DE LOS FAMILIARES DE LOS PRINCIPES

*Después de su victoria sobre Yusuf al-Fihri, para vencer la larga serie de rebeliones de la orgullosa nobleza árabe y de muchos valerosos aventureros apoyados desde fuera por los Abbasíes y por Carlomagno, Abd al-Rahman había contado con la ayuda entusiasta y eficaz de algunos miembros de la tribu de Quraix, la suya, y con los inmigrantes de su propia familia, Omeya o Marwani, venidos a España tras su triunfo. Quraixíes y Umayyas o Marwaníes se hicieron pagar caro su apoyo, y llegaron a creerse autorizados a los mayores atropellos con los españoles. Los emires les contaban entre sus íntimos familiares, les tenían como el más firme sostén de su dinastía y les debían demasiado como para no cerrar los ojos a sus tropelías y desafueros. Incluso cuando la arrogancia de aquéllos se enfrentó con la firmeza y la rectitud de algunos extraordinarios jueces de Córdoba, los soberanos trataron de torcer la justicia en provecho de sus parientes. Si en algunos casos —los que siguen— no lo lograron, ¿en cuántos no triunfarían sus desmanes, respaldados por la benevolencia o por la intervención de los príncipes? He ahí uno de los fermentos que contribuyeron a engendrar el movimiento nacionalista y revolucionario que iba a estallar en el siglo IX.*

Habib al-Quraixi se presentó ante Abd al-Rahman I, quejándose del juez Abd al-Rahman ben Tarif. Al-Quraixi decía que el juez iba a dictar sentencia contra él en un pleito que se sustanciaba en el juzgado respecto a un cortijo que en aquel entonces poseía Al-Quraixi; y se pretendía que éste se lo había arrancado, violentamente y con injusticia, de manos del verdadero dueño. El monarca envió un emisario al juez, para que le hablase y le ordenase que examinara detenida y lentamente ese asunto, con la prohibición expresa de que se precipitara en dictar sentencia. El juez Ben Tarif, al recibir la orden, inmediatamente mandó llamar a los faquíes y adules y dictó sentencia contra Habib; la hizo poner por escrito y la



firmaron los testigos. Habib se presentó ante el monarca y comenzó a hablarle contra el juez, diciéndole que éste debía odiar al soberano, puesto que lo había tratado con desconsideración o desprecio. Al monarca le molestó mucho la precipitación del juez; le mandó llamar, le hizo entrar en su presencia y le dijo:

"¿Quién te ha impelido a dictar sentencia, después de haberte ordenado que examinaras despacio la cuestión y sustanciaras el pleito lentamente?"

"Me ha obligado a sentenciar contra él —repuso Ben Tarif— aquel que te ha puesto en ese trono en que te sientas; si no fuera por él, tú no lo ocuparías".

"Tus palabras —replicó el soberano— me admiran aún más que tus obras. ¿Quién es el que me ha hecho sentar en mi trono?"

"El Profeta del Señor del universo —contestó el juez—. Si no fuera porque tú eres pariente de él, no ocuparías el trono; y ese Profeta nos ha impuesto la obligación de obrar con justicia, la cual se ha de aplicar equitativamente a todos, a altos y bajos. Señor —continuó diciendo el juez—, ¿por qué razón has de mostrarte tú tan parcial en favor de un súbdito o contra otro? Tú podrás seguramente encontrar algún medio, aunque sea de tu bolsillo particular, para satisfacer a aquel por quien tanto te interesas".

"Si estos —dijo entonces el soberano— que se consideran con derecho al cortijo lo quisieran vender, no tendría yo inconveniente en comprarlo de mi bolsillo particular para entregárselo a Habib; yo les satisfaría en el precio".

"Yo les mandaré llamar —contestó Ben Tarif— y les hablaré en ese sentido. Si ellos se conforman con venderlo, bien; pero si no, mi sentencia ya está dada".

El juez se fué; mandó llamar a los que se creían con derecho al cortijo; les habló de lo que se trataba, y accedieron a la venta a condición de que se les diese precio bastante subido.

☆

Al-Abbas ben Abd Allah al-Marwani arrancó violentamente un cortijo a un hombre de Jaén. El hombre murió y dejó varios hijos. Cuando éstos llegaron a mayor edad y tuvieron noticias de la rectitud y justicia de Musab ben Imran, se fueron a Córdoba, denunciáronle la injusticia que con ellos se había cometido y probaron ante el juez su derecho. El juez, en su vista, mandó citar a Al-Abbas ben Abd Allah, haciéndole saber lo que aquéllos reclamaban y dándole noticia de los testigos que se habían presentado a declarar en contra suya. El juez le invitaba en la citación a que contestase la demanda; fuéle concedido plazo tras plazo para contestar; pero al fin se acabaron los plazos y, visto que desistía de defenderse, el juez le noti-

ficó que iba dictar sentencia contra él. Entonces Al-Abbas se fué a ver al monarca Al-Hakam I y le pidió que ordenase al juez que se inhibiera en el asunto y que fuese el propio soberano quien sustanciase y decidiese el pleito. El monarca llamó a un paje suyo, que se llamaba Vicent, y le encargó que dijera a Musab ben Imran que se inhibiese. Pero al cumplir el paje la orden del soberano, Musab le dijo: "Los demandantes han probado su derecho, para lo cual se han visto obligados a hacer grandes sacrificios y muy perseverantes trabajos y molestias, porque viven lejos de Córdoba; y como han probado el derecho que les asiste en su demanda, yo no puedo dejar de entender en este asunto hasta dictar sentencia". El paje volvió a palacio a comunicar al monarca las palabras que había dicho el juez. Al-Abbas comenzó a instigar y decir al soberano que el juez menospreciaba la dignidad del monarca y que aquél pensaba que correspondía al juez por derecho propio, y no al monarca, la autoridad de juzgar. El soberano, en vista de esto volvió a enviar el paje para que dijese al juez: "Es preciso que te abstengas de intervenir en ese pleito; quiero ser yo personalmente el juez que decida". Pero cuando el paje volvió a presentarse ante Musab, para cumplir la orden del soberano, Musab le ordenó que se sentara, e inmediatamente se puso a escribir; dictó sentencia en favor de los demandantes, diciendo que a ellos pertenecía el cortijo; luego autorizó la sentencia haciendo firmar a los testigos y, cuando ya todos los requisitos legales estaban cumplidos, dijo al paje: "Puedes ir a comunicar al soberano que yo he realizado ya todo lo que de ley me compete, como juez; si él, como soberano, quiere derogar la sentencia, puede hacer lo que le plazca". El paje entonces se marchó a comunicar al soberano las palabras del juez; pero en vez de comunicarlas tal cual el juez las había pronunciado, trabucó los términos y dijo al monarca: "Me ha dicho el juez: yo he resuelto la cuestión, como en justicia debe resolverse; el soberano, si puede, que derogue la sentencia". El soberano bajó la cabeza y se quedó pensativo. Al-Abbas insistió en azuzarle y encenderle en cólera; pero quiso la providencia que Al-Hakam se calmara un poco y se serenara, serenidad de ánimo que cuadra mejor y es más conveniente a los que Alá ha puesto aquí en la tierra como califas y pontífices suyos. Al-Hakam sólo se desahogó diciendo: "¡Cuán vil es aquel que tiene que sufrir que la pluma del juez le pegue en el rostro!" El soberano se portó luego con él como si nada de esto hubiera ocurrido; no le opuso ninguna dificultad y el juez pudo ejecutar la sentencia.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 53 y 58).



## DOS JUICIOS SOBRE ABD AL-RAHMAN I

*He aquí dos juicios sobre Abd al-Rahman. Uno inspirado en las páginas del gran cronista Al-Razi y otro puesto en labios del califa Abbasí, gran enemigo de su dinastía. Ambos ofrecen una imagen precisa del primer Omeya de Al-Andalus.*

Tenía la palabra fácil y elegante y sabía hacer versos; suave, instruído, resuelto, pronto a perseguir a los rebeldes, no permaneció jamás largo tiempo en reposo o entregado a la holganza; no descansó en nadie el cuidado de los negocios y no confió sino en su propia inteligencia; unía una bravura temeraria a una grandísima prudencia. Llevaba de ordinario vestiduras blancas. Se le comparaba a Al-Mansur (el califa abbasí) por la firmeza de su voluntad, por su energía y por su rígida administración.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según versión francesa de Fagnan, 135).

Abu Chaafar Abd-Allah ben Muhammad, el llamado Al-Mansur, preguntó cierto día a unos amigos: "¿Quién es el sacre de los quraixíes? —El Emir de los Creyentes, contestaron, porque organizó el imperio, aquietó las turbulencias y sosegó los ánimos. —No habéis acertado, dijo el califa. —Pues Al-Muawiya, respondieron. —Tampoco ése. —¿Abd al-Malik ben Marwan? —Tampoco. —¿Pues quién es, preguntaron, oh Emir de los Muslimes?" Y dijo: "Abd al-Rahman ben Muawiya, el cual, saliendo ileso, con su astucia, de entre las lanzas y espadas, cruzó el desierto, atravesó el mar, entró en una tierra de infieles, fundó ciudades, reunió ejércitos y organizó un reino, que antes se hallaba en la anarquía, con su buena administración y firmeza de carácter. Muawiya montaba una cabalgadura que le habían preparado Umar y Utzman, allanándole las dificultades; Abd al-Malik había sido proclamado antes de su advenimiento al trono; el Emir de los Creyentes contaba con el apoyo de su familia y la unión de sus partidarios; mas Abd al-Rahman ben Muawiya se hallaba solo, sin más auxilio que su inteligencia, sin más compañero que su firme voluntad".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 108).

# II

## EL EMIRATO DE CORDOBA

## LOS RUBIOS, PROLIFICOS Y POETAS EMIRES CORDOBESES

*Suele todavía imaginarse a la España musulmana —en especial en América— habitada por árabes y moros que cambiaron la faz cultural y económica de la Península, y cuyo vencimiento y expulsión costó a los españoles una caída vertical a simas profundas de incultura y de pobreza. Pero es el caso que la aportación sanguínea oriental o africana fué mínima y no alteró la facies étnica de España. Los miles de hombres que vinieron desde Oriente o desde Africa se disolvieron pronto entre los millones de habitantes de la Península. Se casaron desde los días de Abd al-Aziz, hijo de Musa, con mujeres españolas. Y, al cabo de varias generaciones de cruces sucesivos, apenas si corrían algunas gotas de sangre no hispana por las venas de los islamitas de Al-Andalus. No fueron excepción los califas, hijos en su mayoría de esclavas españolas. Y por ello puede advertirse cómo los más de ellos fueron rubios y de tez clara, a semejanza de sus madres vascas o gallegas. Casi todos fueron a la par prolíficos, por la desenfrenada poligamia que practicaron, y en su mayoría gustaron de la poesía, como los árabes anteislámicos y de los primeros tiempos del Islam, de cuyo tronco derivaban.*

### Sus retratos

Abd al-Rahman I. Era alto, rubio, tuerto, de mejillas enjutas y tenía un lunar en el rostro; llevaba los cabellos esparcidos en dos tirabuzones, y se le daba el sobrenombre de "El Sacre Omeya". Tuvo once hijos varones y nueve hijas.

Hixam I. Este príncipe tenía la tez muy blanca, el pelo rojizo y una excelente vista. Fué padre de once hijos, seis varones y cinco hijas.

Al-Hakam I. Era alto y delgado, de nariz muy correcta y no empleaba afeites; tenía la tez muy morena. Fué padre de diecinueve hijos y veintiuna hijas.

Abd al-Rahman II. El nuevo príncipe era alto, moreno, de ojos grandes y negros, la nariz aquilina, los párpados morenos y larga barba; hacía mu-

cho uso del henné y del ketem. Tuvo cuarenta y cinco hijos y cuarenta y dos hijas.

Muhammad. Tenía la tez clara y sonrosada: era bajo, con la cabeza pequeña y barba abundante; empleaba el henné y el ketem. Tuvo treinta y tres hijos y veintiuna hijas.

Al-Mundzir. Moreno, de cabello ensortijado; empleaba el henné y el ketem; tenía el rostro marcado de viruelas. Tuvo cinco hijos y ocho hijas.

Abd Allah. Tenía la tez clara y subida de color, los ojos azules y nariz aquilina, era rubio, de estatura regular y se teñía de negro. Tuvo once hijos y trece hijas.

Abd al-Rahman III. Tenía la piel blanca y los ojos azul oscuro; era de estatura mediana, hermoso de cuerpo y elegante; se teñía de negro.

Al-Hakam II. Era de un rubio rojizo, tenía grandes ojos negros, la nariz aquilina, la voz gruesa, las piernas cortas, corpulento, los brazos largos y la mandíbula superior muy saliente.

Hixam II. Rubio, de ojos azul oscuro muy grandes, enjuto de rostro, barba rojiza, el cuerpo bien formado y las piernas cortas; muy dado a la devoción, a la vida retirada, se dedicaba a la lectura del Corán y al estudio de las ciencias religiosas y distribuía abundantes limosnas a las personas piadosas, enfermas o indigentes.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 73, 96, 110, 130, 152, 186, 198, 259, 385, 419).

## Poesías de Abd al-Rahman I

En cierta ocasión escribió a Abd al-Rahman ben Muawiya uno de los quraixíes que habían venido a él desde el Oriente, quejándose de la mezquindad de la pensión que le tenía asignada, pidiendo que se la aumentase, y extendiéndose en consideraciones, por la familiaridad y franqueza que le daba el parentesco. El Emir le contestó con los siguientes versos:

"Nadie, como yo, impulsado por una noble indignación y desnudando la espada de doble filo,

"Cruzó el desierto, surcó el mar, y superando olas y estériles campos,

"Conquistó un reino, fundó un poder y un minbar independiente para la oración.

"Organizó un ejército que se hallaba aniquilado, y pobló ciudades que se hallaban desiertas.

"Y después llamó a su familia toda a paraje donde pudo venir como a propia casa.

"Y él vino, sin embargo, acosado del hambre, ahuyentado por las armas, fugitivo de la muerte.

"Y obtuvo seguridad y hartura, y riquezas y familiares.



"¿Por ventura, el derecho de éste sobre aquél no es superior al de bienhechor y patrono?"

Una vez salió en tren de guerra contra la frontera de Aragón, y al lado de su campamento posáronse unas grullas: conociendo su pasión por la caza, vino uno a avisarle y a despertarle el deseo de cazarlas; mas él rehusó, diciendo:

"Déjame de cazar grullas;
"No me anima otro deseo que el de cazar impíos,
"Ya se encuentren en oculta madriguera, o en elevado monte,
"Cuando en mi camino el sol del mediodía lanza sus rayos abrasadores,
"Es mi dosel la sombra de la bandera tremolante.
"Más grato que jardines y alcázares excelsos
"Es para mí el desierto y la morada en la tienda.
"Dí, pues, a aquel que duerme sobre cojines:
"La grandeza se acrisola con los sufrimientos de la caminata.
"Para alcanzarla debes arrostrar toda molestia;
"Si no, serás el más abyecto de los mortales".

## Poesías de Al-Hakam I

"Uní las divisiones del país con mi espada, como quien une con la aguja los bordados; y congregué las diversas tribus desde mi primera juventud.

"Pregunta si en mis fronteras hay algún lugar abierto al enemigo, y correré a cerrarlo, desnudando la espada y cubierto con la coraza.

"Acércate a los cráneos que yacen por la tierra como copas de coloquintida;

"Te dirán que en su acometida no fuí de los que huyeron cobardemente; antes bien, acometí espada en mano.

"Y que yo, cuando retrocedieron espantados del combate, no fuí de los que se apartaron por miedo de la muerte.

"Defendí mis derechos y hollé los suyos; humillación y afrenta sufre quien no los defiende.

"Cuando nos dimos a beber mutuamente los raudales de nuestra guerras, yo les dí a beber el veneno penetrante de la muerte.

"Por ventura, al hacerlos morir ¿he acrecentado yo la medida de su muerte? Murieron porque así lo había decretado el hado y su destino adverso.

"Mira ahora el país, que he dejado libre de disenciones, llano como un lecho".

☆

"Ramos de Ban, que se columpian orgullosos sobre montones de móvil arena, alejáronse de mí, propusiéronse el apartamiento.

"En nombre de mi derecho las conjuré, y persistieron en su rebeldía a pesar de mi sumisión.

"Domináronme como a rey, cuya voluntad se humilla al amor, con la humillación del cautivo, aherrojado y preso.

"¿Quién me asegurará que las que arrancaron mi alma de mi cuerpo no me arrebatarán con el amor mi poder y mi soberanía?"

También dijo con este motivo:

"Por el exceso del amor el que antes fué rey vino a ser esclavo.

"El llanto y las quejas amorosas aumentan la tiranía y el apartamiento que ha de acelerar la rápida muerte.

"Las indómitas becerras del alcázar dejáronle sobre la tierra, loco de amor,

"Humillado su rostro por el suelo para complacer a la que lo reclina sobre el lecho de seda.

"Pero bien cuadra la humillación al libre cuando por amor se hace esclavo".

### Respuesta poética de Abd al-Rahman II

"Tus versos, oh Ben Al-Xamr, aventajan a toda poesía y exceden a cuanto puede concebir la mente, la inteligencia, la imaginación.

"Cuando los oídos los perciben, llevan su encanto hasta el alma con abundancia tal, que excede a la misma magia.

"¿Creó acaso el Omnipotente entre todas sus creaciones cosa más grata a los ojos que la hermosura de una virgen,

"En cuya mejilla ves la rosa sobre el jazmín, como vergel que brilla engalanado con sus flores?

"Si me fuera dado, suspendería mi corazón y mis ojos como collar de su cuello y pecho".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 106, 118 y 120).

### Versos de Abd Allah

*A una esclava dedico estos versos.*

"Triste estoy a causa de la gacela de teñidos ojos, que es de aquellas que hacen perder todo miramiento.

"Sus mejillas son como una rosa mezclada con blancas flores y narcisos.

"Ramo de Ban cuando marcha inclinándose, lanzando en derredor miradas en que resalta lo negro de la pupila sobre la limpia blancura de los ojos.



"Mi puro amor estará fijo en ella mientras alternen las noches y los días".

A la abstinencia compuso estos otros:

"Oh tú, a quien acecha la muerte, ¿hasta cuándo te ha de alucinar la esperanza?

"¿Hasta cuándo no has de temer la caída, cuando puedes considerar que ya te ha acontecido?

"¿Te has olvidado de buscar la salvación? Pues no hay salvación para el negligente.

"Lejos de ti el dejarte dominar por esperanzas vanas, porque no ha de ser duradera esa mundana preocupación.

"Es como si el día que has vivido no existiese, mientras que tu muerte parece eterna".

### Una poesía de Abd al-Rahman III

"¿De qué manera el que se halla abrumado por los pesares del amor, como yo estoy,

"Ha de desear ni un instante de descanso, ni mezclar el vino con el agua?

"Si una roca sufriera alguno de mis pesares, volveríase tan frágil como un cristal.

"Otras veces, como sabes, libre de los pesares que hoy lamento, gustaba de los placeres;

Hoy, ausente de mi amada, experimento penas para las cuales no hay remedio.

"La rosa acrecienta mi tristeza, la azucena despierta mi agitación.

"Mis noches, antes tan deliciosas, ahora me parecen feas como rostros deformes.

"Nada esperes de lo que deseas, ni que los cuidados me anuncien su partida".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 133 y 141).

## LA SUCESION DE ABD AL-RAHMAN I

*Con su inquebrantable energía, su rapidez y firmeza de decisión, su indomable valor y su desprecio por la vida, que le llevó a jugarse la suya muchas veces y a ordenar muchas más ejecuciones individuales y hasta matanzas en masa —recordemos la de los yemeníes, a quienes debía su*

*trono—, Abd al-Rahman, el Emigrante, había logrado someter a su autoridad a los conquistadores y fundar un reino. Pero el transcurso de una generación (756-788) no ha sido nunca plazo bastante para reducir a unidad a un mosaico de gentes diversas, ni para asentar un estado sobre bases inconmovibles. Y por ello, al morir el primer Omeya de España, volvieron a la superficie los viejos problemas y se alzaron en armas muchos nuevos caudillos ambiciosos y a veces, como en la Frontera Superior (valle del Ebro), los hijos de algunos rebeldes que habían dado harto que hacer a Abd al-Rahman I. Las querellas entre varios de los suyos por la sucesión del trono contribuyeron a aumentar el peligro de que se viniera al suelo el edificio alzado por Ben Muawiya con tanto esfuerzo y a costa de torrentes de sangre. Hixam logró salvar el momento difícil, pero su victoria precaria condujo más a una tregua que a una pacificación. Bastó por el pronto para mantener en pie la obra del príncipe emigrante.*

Se cuenta que Abd al-Rahman ben Muawiya, viéndose próximo a morir, en ausencia de Hixam, que estaba en Mérida, y de Sulayman, que estaba en Toledo, dijo a otro de sus hijos, Abd Allah al-Balansi, que se hallaba junto a él: "Entrega el sello y el poder a aquel de tus hermanos que llegue primero, porque Hixam tiene en su favor su piedad, su continencia y el consentimiento general mientras que Sulayman cuenta en su pro: su edad, su valor y la afección de los sirios". Fué Hixam quien, saliendo de Mérida, se adelantó a su hermano y vino a acampar en Rusafa. Temía que su hermano Abd Allah, dueño de Córdoba, del palacio y de los tesoros, pensara rechazarle; pero Abd Allah fué a su encuentro, le transmitió el poder y el sello, conforme a las últimas instrucciones de su padre y le dejó penetrar libremente en el palacio.

Según el relato de Al-Razi, Sulayman, cuando supo la transmisión del poder a su hermano Hixam, se hizo prestar juramento por los toledanos y por los habitantes de los alrededores y, después de haberse asegurado la posesión de tal zona, se preocupó de Hixam. En seguida Said ben Al-Husain al-Ansari se sublevó en Sagunto, en la región de Tortosa, y avanzó sobre Zaragoza de donde expulsó al gobernador; sembró la discordia en el país y, presentándose como candidato [al trono], hizo estallar la guerra civil, al desencadenarla entre los mudzaríes y los yemeníes. Musa ben Fortun, que era del partido mudzarí, marchó contra Zaragoza y la tomó. Tuvo lugar un combate entre él y los yemeníes, les mató algunos hombres y luego entró en Zaragoza. En seguida Matruh ben Sulayman al-Arabi, renovando las pretensiones de su padre, avanzó desde Barcelona y conquistó Huesca, Zaragoza y toda la frontera.

En 173 [31 mayo 789], siete meses después de la muerte de su padre, Abd Allah al-Balansi comenzó a ambicionar el poder que había estado sin embargo al principio entre sus manos. Poco contento del respeto que le



testimoniaba Hixam, de los esfuerzos que hacía para satisfacerle y de la consideración con que le honraba por cima de sus otros hermanos, hubiera querido participar en el ejercicio mismo del poder. Se puso, pues, en camino para unirse con Sulayman en Toledo. Hixam, temeroso de las consecuencias de su marcha, envió tras él mensajeros encargados de contentarle y de moverle a regresar; pero no pudieron alcanzarle y Abd Allah llegó a Toledo.

En el mismo año Hixam marchó contra Sulayman e instaló su campamento bajo los muros de Toledo, donde se encontraba. Sulayman dejó entonces en la ciudad a Abd Allah y a su hijo, se fugó secretamente y, deseoso de intentar un golpe de mano, avanzó a marchas forzadas hasta Secunda, donde tomó posiciones, mientras los cordobeses salían a hacerle frente. Cuando Hixam tuvo noticia de tal expedición no se inquietó por ella y se limitó a enviar a su hijo Abd al-Malik detrás de su hermano. Al aproximarse aquél a Córdoba, Sulayman huyó y escapó en otra dirección; luego tomó la vuelta de Mérida, pero su gobernador Hudayr, llamado Al-Madzbuh, marchó contra él y le derrotó. Por lo que hace a Hixam, se retiró de Toledo después de haberlo tenido sitiado durante tres meses.

En 174 [20 mayo 790] Abd Allah al-Balansi fué al encuentro de su hermano Hixam, aún sin haber recibido ninguna oferta ni tampoco la amnistía, y aquél le instaló en casa de su propio hijo Al-Hakam.

En el mismo año Hixam envió contra Tudmir una expedición mandada por su hijo Muawiya, a quien asistían los dos generales Xuhaid ben Isa y Tamman ben Alqama. Tales jefes subyugaron Tudmir o Murcia y llegaron hasta el mar. Sulayman se encontraba en las fronteras de tal provincia. Hubo de pedir gracia. El emir exigió que abandonase Al-Andalus y se comprometió a entregarle sesenta mil dinares. Sulayman se embarcó con sus mujeres y sus hijos y fué a instalarse en Berbería. Y Hixam se encontró así tranquilo, gracias a Alá, por lo que hacía a sus hermanos.

En 175 [10 mayo 791] Hixam confió a Ubayd Allah ben Utzman la dirección de una campaña contra Zaragoza, donde se encontraba entonces el ya dicho Matruh. Ubayd Allah comenzó por sitiar la ciudad, después fué a instalarse en Tarazona, y desde allí continuó el bloqueo hasta que el rebelde fué reducido a la impotencia e imposibilitado de continuar resistiendo. Entonces habiendo Matruh salido de caza un día, en compañía de Amrus ben Yusuf y de Ben Saltan, éstos aprovecharon el momento en que descabalgó a estrangular el ave sobre la que había enviado su halcón, para golpearle, a quien más podía, con sus espadas, y luego le cortaron la cabeza y la llevaron a Ben Utzman, que estaba en Tarazona. Marchó éste en seguida sobre Zaragoza, penetró en ella sin encontrar resistencia y después de instalarse allí envió a Hixam la cabeza de Matruh.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 98).

## INSTANTANEAS DE HIXAM I

*Hixam, continente, piadoso, justiciero, de poca autoridad, no parecía el príncipe llamado a consolidar la obra de su padre, el bravo, enérgico y cruel Abd al-Rahman. Pero ya con ocasión del problema sucesorial mostró agilidad y decisión, y el mismo contraste de sus dotes naturales con las de su predecesor favorecieron su empresa. Porque tras duras y sangrientas jornadas de represión, los pueblos gustan siempre de las horas quietas y tibias de la paz interior. El hijo del príncipe emigrante redujo por la fuerza a sus hermanos y a los rebeldes; pero, después, afirmado en el trono, su piedad y su fervor religioso guiaron su conducta. Se consagró a la guerra santa contra los politeístas, como llamaban a los cristianos, trinitarios, los musulmanes adoradores del dios único; procuró atraer a los cordobeses y, en general, a todos los hispanos, a la fe islámica y a la oración en las mezquitas, y fué en extremo justiciero.*

### Piedad y justicia

Solía Hixam remitir bolsas llenas de dinero para que lo repartiesen entre los que asistían a las mezquitas en noches lluviosas y oscuras, procurando de esta suerte que fuesen frecuentadas. Cuéntase también de él que era el más enérgico de los hombres para reprimir el despotismo de sus gobernadores y sirvientes. Cierto sujeto, víctima de la injusticia de uno de aquéllos, salió un día al encuentro del emir, cuando éste iba acompañado de su comitiva, que con su estrépito impidió que pudiese oírle. Uno de los del cortejo, que estimaba grandemente al gobernador, apresuróse a salir al encuentro del querellante, y ocultándole en su morada, reconoció la razón que le asistía y prometió que se le haría justicia. Después escribió al gobernador lo ocurrido, y éste procuró complacer al ofendido y ganar su afecto de tal modo, que se dió por satisfecho. Fuéle referido a Hixam el caso de aquel querellante que había salido a su encuentro, y a quien habían apartado antes de que llegase a él, y enojóse por ello sobremanera. Dijéronle que ya le habían otorgado cumplida justicia, y que le habían hecho tales y cuales cosas para complacerle; mas él replicó: "La satisfacción dada por el tirano al ofendido no basta, si antes no siente aquél el peso de la ley"; y mandando llamar al tiranizado, le dijo: "Declara bajo juramento todas las ofensas que de él hayas recibido, a excepción de las penas que te haya impuesto con arreglo a la ley de Dios". En efecto, no declaró bajo juramento cosa alguna de que no recibiese satisfacción. Esta manera de reprimir a todos sus gobernadores era más eficaz que el látigo y la espada.



### El precio de la sangre

Se cuenta de él, con referencia a la época en que aún no era califa, la siguiente anécdota: "Estaba cierta vez sentado en una galería que daba sobre el río, mirando desde allí el arrabal, cuando vió venir a uno de la tribu Kinana, protegido suyo, que venía por el camino de la qura de Jaén, de donde era natural y en la que ejercía el cargo de gobernador su hermano Abu Ayyub. Viendo cuán apresuradamente caminaba, a pesar del calor, llamó a uno de sus esclavos y le dijo: "Estoy viendo a Al-Kinani, mi protegido, que se acerca, y no comprendo que pueda venir por otro motivo sino por algún asunto desagradable que le haya ocurrido con Abu Ayyub. Colócate en la puerta, y cuando llegue hazle entrar aquí tal como viene". Le hizo entrar cuando llegó, e Hixam, ocultando detrás de una cortina a una esclava que tenía consigo, le dijo: "¿Qué te pasa, Kinani? Creo que será algún asunto que te preocupa. —En efecto, contestó, uno de mi tribu ha matado involuntariamente a otro sujeto. El precio de la sangre se ha cargado sobre todos los parientes paternos; mas siendo multados todos los de Kinana, yo he sido más especialmente recargado. Sabiendo Abu Ayyub las relaciones que me unen contigo, se ha dirigido contra mí, y vengo a pedirte que me ampares en este agravio que se me hace. —Sosiega tu temor, dijo Hixam, porque yo me ofrezco a pagar por ti y por todos tus parientes"; y dirigiendo la mano detrás de la cortina, tomó un collar que tenía la esclava, y que le había costado 3.000 adinares. Se lo dió, y le dijo: "Paga con esto por ti y por los tuyos, y guárdate lo restante". Mas Al-Kinani le replicó: "No he venido a pedirte (dinero), porque no me falta con qué pagar la multa que se me ha impuesto; pero por el agravio e injusticia que se me ha hecho, deseo que se manifieste todo el poder de tu amparo y que aparezcan las muestras de tu protección. —Pues, ¿de qué manera quieres que te favorezca? —Quiero que el Emir, Dios le conserve en paz, escriba a Abu Ayyub para que no exija de mí lo que no me corresponde, y me trate como a los demás parientes. —Conserva el collar, dijo Hixam, hasta que Dios facilite el cumplimiento de lo que deseas"; y montando a caballo en el momento mismo, fué a ver a Abd al-Rahman, que estaba en la Rusafa. Cuando le anunciaron que Hixam se hallaba a la puerta, dijo: "Sin duda alguna cosa le ocurre, cuando viene a estas horas". Hixam, al entrar, permaneció de pie, y habiéndole dicho Abd al-Rahman que se sentase, repuso: "Dios favorezca al Emir; ¿cómo he de sentarme con la pesadumbre que me desconsuela y acongoja?" Refirióle el suceso, y le rogó que le concediese lo que pedía y accediese a su solicitud, a lo cual el Emir le dijo: "Siéntate; porque se otorgará lo que desees y se accederá a lo que pidas; ¿qué piensas que debe hacerse en este asunto? —Escribir, dijo Hixam, a Abu Ayyub para que no le moleste, ni tome de él lo que no deba". El Emir Abd al-Rahman dijo:

"Aun será mejor que eso; supuesto que tanto proteges a ese hombre, el precio de la sangre se pagará del Tesoro público, y se declarará a los de Kinana libres de toda carga, merced a tu protección y a tu eficaz influencia en su favor". Dióle Hixam cumplidísimas gracias, y el Emir mandó que se pagase la multa del Tesoro público, y se escribiese a Abu Ayyub que no molestase a Al-Kinani ni a su familia. Cuando se dispuso éste a regresar a su país, y fué a despedirse de Hixam, dijo: "He conseguido aún más de lo que deseaba, y he obtenido el más eficaz de los apoyos, sin que, a Dios gracias, necesite el collar. Hele aquí; lo que es favor para los Banu Kinana por la carga de que se les alivia, no sea disfavor para la esclava por la alhaja de que se la despoja". Hixam le respondió: "Jamás, oh Kinani, vuelve a mi poder lo que una vez he dado de esta manera; tómale y séate de provecho; que Dios dará a la muchacha mejor collar que ése".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 110).

### Mordido por un perro

A Hixam le ocurrió un caso cierto día, y fué que, al volver del entierro de Taalaba, hijo de Ubayd, hacia la casa del difunto, le acometió un perro de una casa de las inmediaciones del tan conocido cementerio de Quraix; le agarró de la capa de tela doble de Meru que solía vestir y se la rasgó. Hixam ordenó al gobernador de Córdoba que impusiera al dueño de aquella casa la multa de un dirhem por haber soltado un perro en lugar en que se producían molestias a los musulmanes. Pero después, al salir de la casa de Taalaba, hijo de Ubayd, mandó que le levantaran la multa del dirhem, diciendo: "Seguramente habremos afligido al amo de la casa más de lo que vale el disgusto (del rasguño) del vestido".

### Consulta a un astrólogo

Cuéntase de Hixam que, cuando ocupó el trono, envió un emisario a Algeciras para que hiciera venir al astrólogo Al-Dabbi, a quien dijo: "No dudo que tú te habrás ocupado ya de mí, cuando habrá llegado a tu noticia (mi subida al solio); te conjuro, pues, por Dios, que me digas mi buena o mi mala ventura, según a ti te parezca". Y contestóle Al-Dabbi: "Yo te conjuro, por Dios, para que me eximas de ello". Hixam le dispensó; pero, pasados algunos días, reveló el secreto; lo supo Hixam por uno que le fué a visitar y le mandó llamar de nuevo. Al presentarse le dijo: "Ciertamente, si yo te lo pido, ¡pardiez!, no es porque imagine que sea verdad lo que tú digas, sino que lo hago sólo por el placer de oírlo; de manera que si me dices cosas que puedan causarme disgusto, con seguridad te perdonaré, gratificaré, regalaré vestidos y retribuiré, del mismo modo que te retribuiré



porque me manifiestes lo que ha de darme placer". Y le dijo Al-Dabbi: "Pues... de seis a siete (años)". Bajó la cabeza Hixam un rato (meditando estas palabras); la levanta en seguida y dice: "¡Oh, Al-Dabbi!, en realidad de verdad, si ello sucede (acabarse la vida) adorando a Dios, será fácil de soportar". Regalóle un traje de honor, le gratificó y autorizóle para que se marchara a su país. Hixam se retiró del mundo y se dedicó al servicio de Dios: que El le haya perdonado.

Hixam gobernó a sus súbditos como pudiera gobernar el más celoso por la felicidad de los mismos, con suavidad, justicia, humildad; solía visitar a los enfermos, acompañar los entierros; disminuyó el pago de los diezmos; cobraba la limosna legal; y era tan modesto en el vestir como sin pompa en el montar.

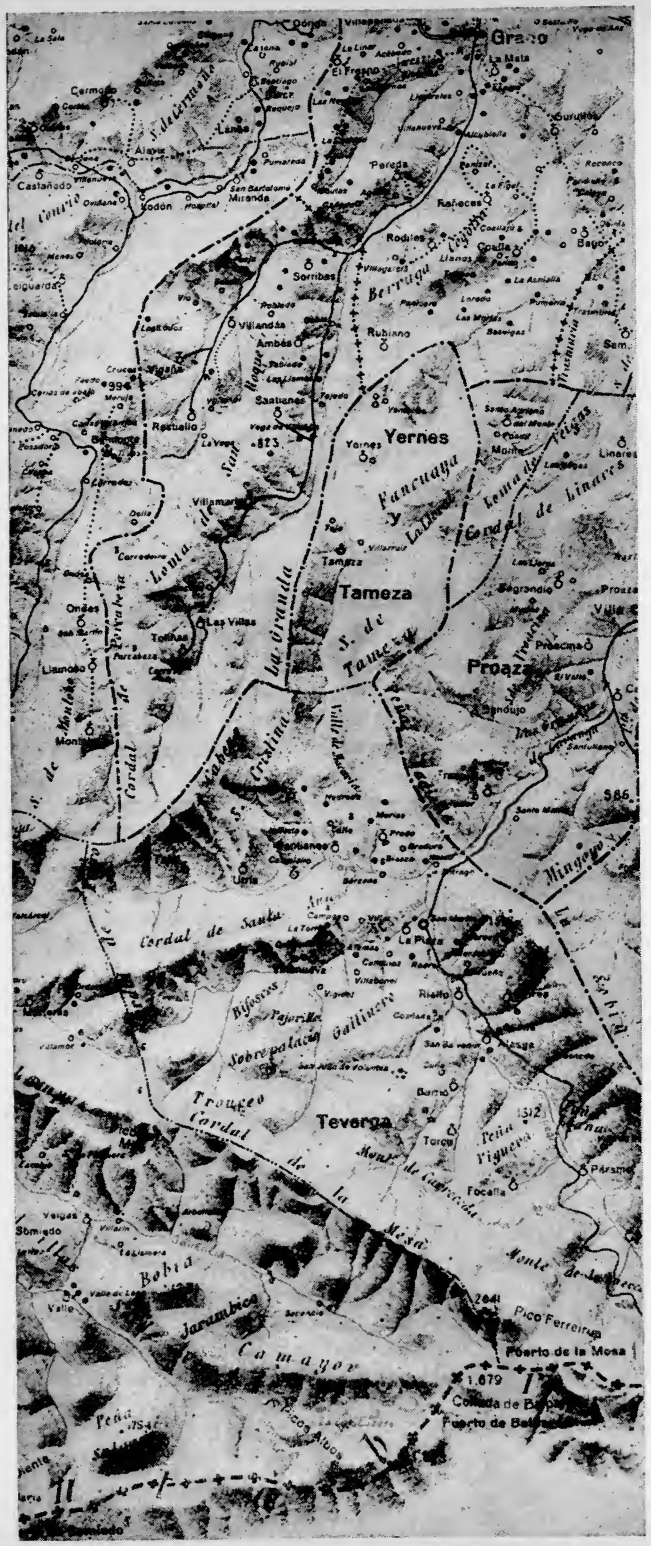
Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 22).

## ABD AL-KARIM BEN MUGAYTZ FRENTE A ALFONSO EL CASTO

*Durante las guerras civiles que padecieron los conquistadores musulmanes de España, en los decenios centrales del siglo VIII, y durante la larga serie de revueltas que hubo de vencer Abd al-Rahman I, en el curso de su dramático reinado, no hubo en Córdoba vagar bastante para ocuparse de los cristianos de Asturias. Sólo en los últimos años de su vida envió al norte dos expediciones victoriosas el primer Omeya de Al-Andalus. Su hijo, el piadoso Hixam I, inició la acometida a fondo contra el reinecillo septentrional que regía Alfonso el Casto. En la primera campaña los islamitas sufrieron la gran derrota de Lutos, que costó la vida a su caudillo y de la que un único cronista arábigo da fugaz noticia. Al año siguiente el hermano del vencido trató de estrangular la resistencia astur. No lo logró, y las expediciones, siempre por él dirigidas, continuaron en los reinados del hijo y del nieto de Hixam, cada vez que los problemas interiores daban plazo para ello, aunque se enviaran también, en ocasiones, expediciones contra la Marca Hispánica. Por tres veces dirigió esas empresas Abd al-Karim ben Mugaytz.*

### Asturias resiste

En 179 [22 mayo 795] Hixam colocó al frente de la expedición estival a Abd al-Karim ben Mugaytz, que llegó hasta la ciudad de Astorga en plena Galicia. Tal general supo entonces que Alfonso (II) había hecho levas en sus estados, había pedido auxilio a los vascos y a las poblaciones vecinas, a los normandos y a otros; que, con estos auxiliares, estaba acampado en la comarca situada entre Galicia y la Sierra y que había autorizado



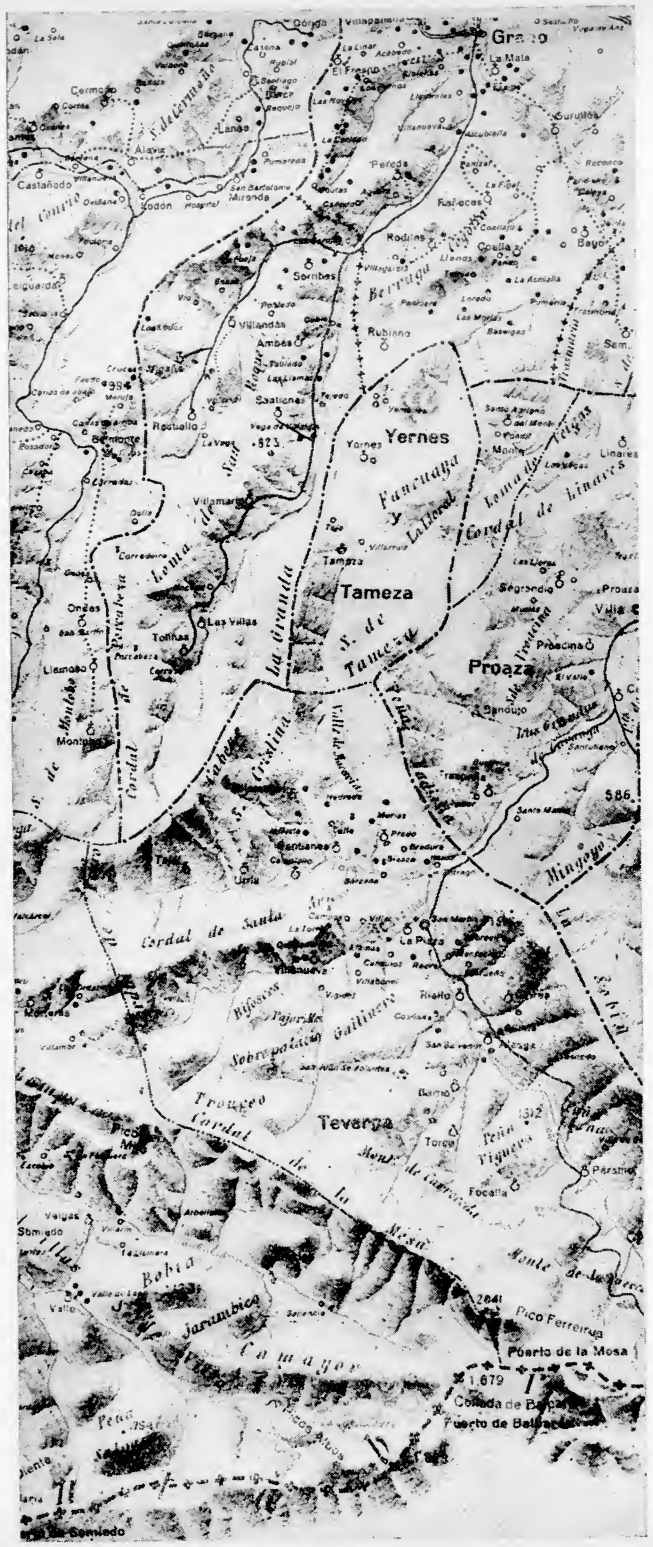

La vía de la Mesa y de Lutos.



a los habitantes del llano a acogerse a las montañas del litoral. Abd al-Karim se hizo preceder por una vanguardia de cuatro mil jinetes mandados por Farach ben Kinana: siguió los pasos de su lugarteniente y libró a los enemigos una batalla en que Alá les venció, sus más bravos guerreros perecieron y un gran número de ellos, que cayeron en nuestras manos, fueron ejecutados tras el combate por orden de Abd al-Karim. Después la caballería lanzada a raziar todos los poblados, destruyó los sembrados que halló a su paso y destrozó las construcciones con que tropezó. El general avanzó en seguida hasta el río Quirós, donde encontró a Gundemaro a la cabeza de tres mil jinetes, sus tropas fueron derrotadas y sufrieron pérdidas considerables y Gundemaro cayó prisionero mientras nuestros guerreros destrozaban cuanto el país contenía. Abd al-Karim, deseoso de apoderarse de Alfonso, continuó su marcha, pero entonces este príncipe abandonó la montaña donde se encontraba y trató de evitar a su adversario ganando una sólida fortaleza que había construído sobre la ribera del Nalon. Pero Abd al-Karim marchó sobre sus talones, incendió todos los poblados donde tras él entró y se apoderó de las riquezas que encontró en ellos. Llegó así hasta la fortaleza de la que había salido Alfonso para instalarse en otra. Abd al-Karim se alojó en la plaza vacía, encontró en ella víveres y toda clase de aprovisionamientos. Al día siguiente de su llegada envió sobre las huellas del fugitivo a Farach ben Kinana y diez mil jinetes, y a su aproximación Alfonso huyó precipitadamente, abandonando a nuestro ejército todos sus aprovisionamientos y tesoros, de los que se apoderaron (los musulmanes).

## Doble invasión de Galicia

En el año 200 [11 agosto 815] el visir Abd al-Karim ben Mugaytz, encargado de la dirección de una campaña contra los infieles, penetró en pleno país enemigo y destruyó sus víveres, instalaciones y cultivos, arruinó sus poblados y sus plazas fuertes, de tal manera que se apoderó de todos los pueblos del río Naharón. Entonces los cristianos (¡que Alá los aniquile!), concertándose, acudieron de todas partes y vinieron a acampar sobre la otra orilla del río Naharón, cuyas aguas les separaban de los musulmanes. Al alba, Abd al-Karim, a la cabeza de sus tropas, se dirigió a los vados, pero los enemigos defendieron cada uno de los pasajes, mientras los nuestros les respondían valientemente y como hombres que quieren merecer el cielo. Luego los cristianos tomaron la ofensiva y se esforzaron en pasar el río. Los musulmanes les impidieron el paso primero, y luego dieron una carga cayeron sobre ellos a sablazos y lanzadas. La mayor parte de las víctimas, cuyo número fué incalculable, perecieron cayendo en precipicios y aplastándose los unos a los otros. Después de haberse servido de sus armas para aumentar las dificultades del acceso, cavaron trincheras y fosos. Pero sobre-



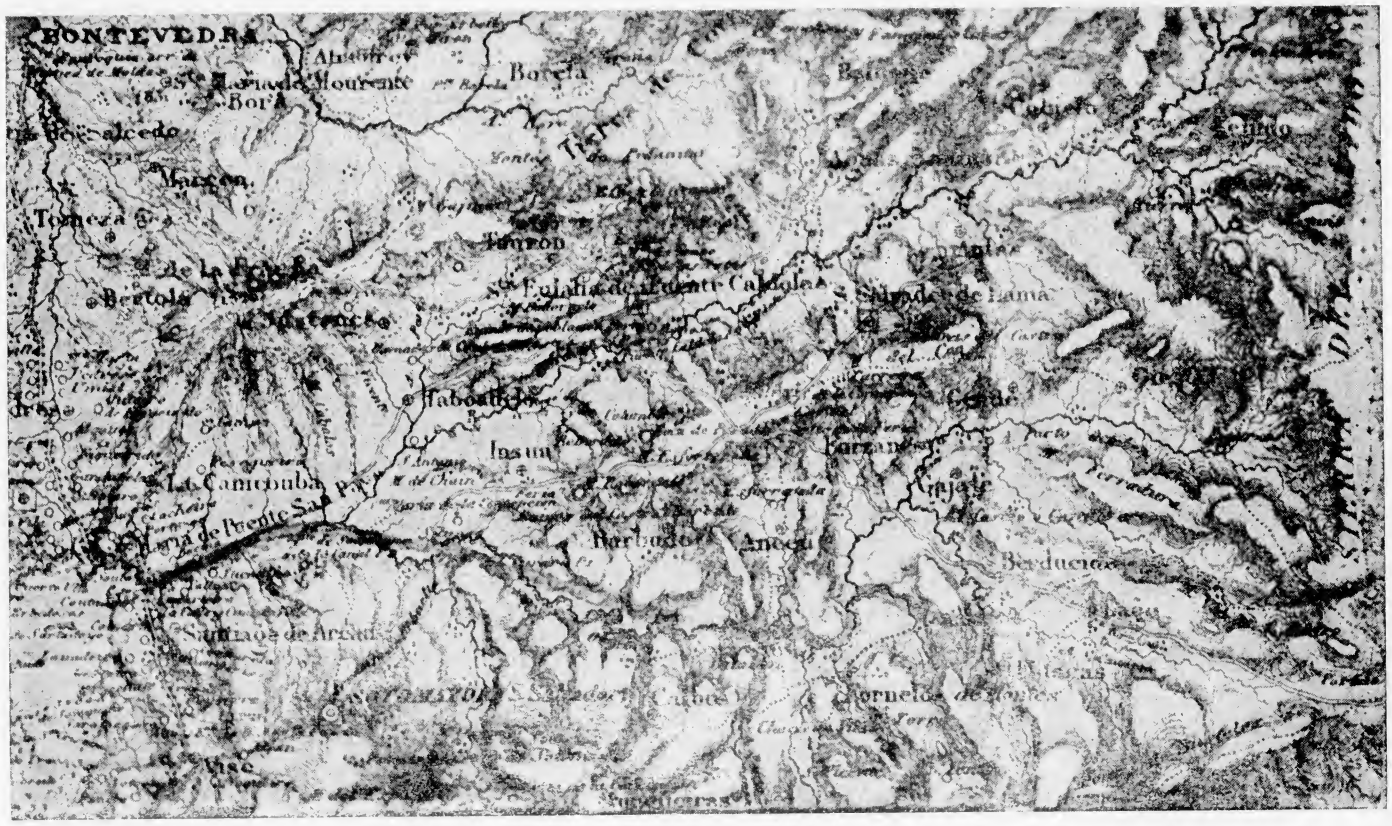

La vía de la Mesa y de Lutos.



a los habitantes del llano a acogerse a las montañas del litoral. Abd al-Karim se hizo preceder por una vanguardia de cuatro mil jinetes mandados por Farach ben Kinana: siguió los pasos de su lugarteniente y libró a los enemigos una batalla en que Alá les venció, sus más bravos guerreros perecieron y un gran número de ellos, que cayeron en nuestras manos, fueron ejecutados tras el combate por orden de Abd al-Karim. Después la caballería lanzada a raziar todos los poblados, destruyó los sembrados que halló a su paso y destrozó las construcciones con que tropezó. El general avanzó en seguida hasta el río Quirós, donde encontró a Gundemaro a la cabeza de tres mil jinetes, sus tropas fueron derrotadas y sufrieron pérdidas considerables y Gundemaro cayó prisionero mientras nuestros guerreros destrozaban cuanto el país contenía. Abd al-Karim, deseoso de apoderarse de Alfonso, continuó su marcha, pero entonces este príncipe abandonó la montaña donde se encontraba y trató de evitar a su adversario ganando una sólida fortaleza que había construído sobre la ribera del Nalon. Pero Abd al-Karim marchó sobre sus talones, incendió todos los poblados donde tras él entró y se apoderó de las riquezas que encontró en ellos. Llegó así hasta la fortaleza de la que había salido Alfonso para instalarse en otra. Abd al-Karim se alojó en la plaza vacía, encontró en ella víveres y toda clase de aprovisionamientos. Al día siguiente de su llegada envió sobre las huellas del fugitivo a Farach ben Kinana y diez mil jinetes, y a su aproximación Alfonso huyó precipitadamente, abandonando a nuestro ejército todos sus aprovisionamientos y tesoros, de los que se apoderaron (los musulmanes).

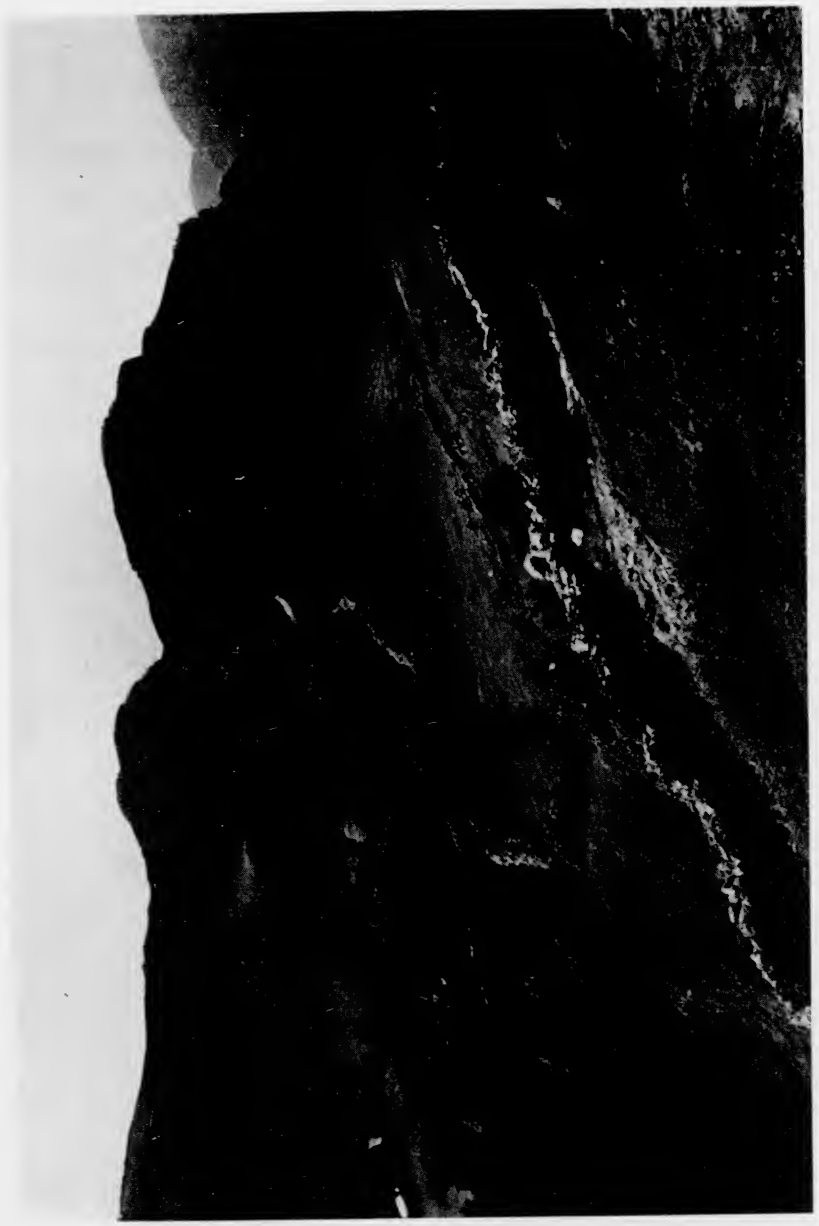
### Doble invasión de Galicia

En el año 200 [11 agosto 815] el visir Abd al-Karim ben Mugaytz, encargado de la dirección de una campaña contra los infieles, penetró en pleno país enemigo y destruyó sus víveres, instalaciones y cultivos, arruinó sus poblados y sus plazas fuertes, de tal manera que se apoderó de todos los pueblos del río Naharón. Entonces los cristianos (¡que Alá los aniquile!), concertándose, acudieron de todas partes y vinieron a acampar sobre la otra orilla del río Naharón, cuyas aguas les separaban de los musulmanes. Al alba, Abd al-Karim, a la cabeza de sus tropas, se dirigió a los vados, pero los enemigos defendieron cada uno de los pasajes, mientras los nuestros les respondían valientemente y como hombres que quieren merecer el cielo. Luego los cristianos tomaron la ofensiva y se esforzaron en pasar el río. Los musulmanes les impidieron el paso primero, y luego dieron una carga cayeron sobre ellos a sablazos y lanzadas. La mayor parte de las víctimas, cuyo número fué incalculable, perecieron cayendo en precipicios y aplastándose los unos a los otros. Después de haberse servido de sus armas para aumentar las dificultades del acceso, cavaron trincheras y fosos. Pero sobre-




Alrededores de Anzeo.

El Puerto de la Mesa.



Los cerros de Lutos.



vinieron las lluvias y los cristianos quedaron sin abrigo, porque destruyeron todas sus obras de defensa. Mas los musulmanes se hallaron también en una situación difícil y Abd al-Karim, batiéndose en retirada, entró victorioso (en Córdoba) el siete de Dzu-l-qada.

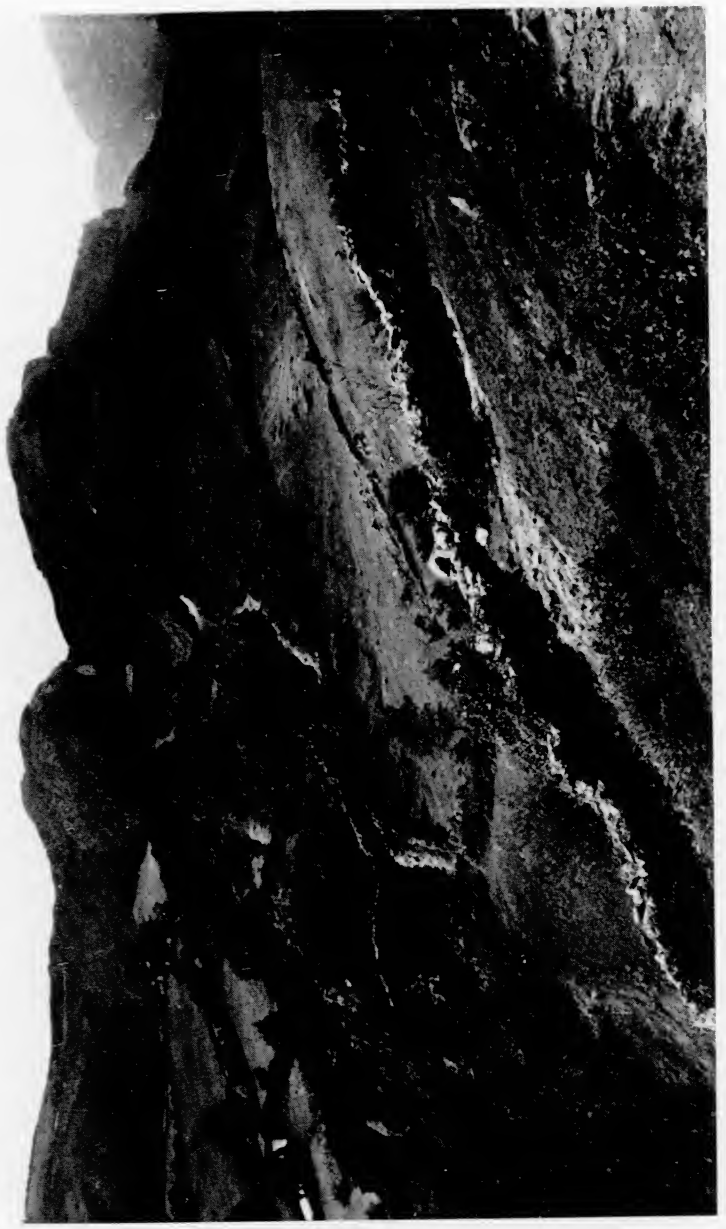
### Campaña contra Alava

En 208 [16 de mayo de 823] tuvo lugar la campaña llamada de Alava. Abd al-Qarim ben Abd al-Wahid emprendió la expedición de verano contra esta plaza; se instaló en la frontera, se reunieron en ella las tropas musulmanas, y después que se hubieron emitido diversas opiniones sobre el pasaje que se eligiría para penetrar en país enemigo, se acordó entrar en Alava por ser la comarca donde más se podía perjudicar a los cristianos y mejor se podría domeñarlos. Se precipitaron, pues, los nuestros por el paso llamado de Guereniu, tras el cual se encontraba una llanura en que el enemigo guardaba sus provisiones y sus tesoros; cayeron sobre este territorio, del que tomaron la mejor parte; entraron a saco en sus depósitos; llevaron la devastación más completa a todos los lugares habitados o burgos por donde pasaron y los transformaron en desierto; y después volvieron victoriosos y cargados de botín. ¡Alabado sea Alá!

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 102, 121 y 133).

## TRISTE FIN DEL ULTIMO PRINCIPE EMIGRANTE

*Sulayman era el primogénito de Abd al-Rahman I. Había nacido en Siria y allí había permanecido mientras su padre peregrinaba hasta Occidente y se tallaba un reino en España, a golpes de audacia y de espada. Ben Muawiya había luchado pensando en su retoño oriental, y tanto para sí como para él. Apenas asentado en el trono envió a buscarle y le recibió con el máximo regocijo con que se puede abrazar a un hijo tras largas horas de destierro y ausencia. Sulayman había heredado el valor, pero no el talento paterno. En España nacieron a Abd al-Rahman otros hijos. Las dotes de Hixam ganaron el corazón de su padre y justifican sus vacilaciones. El príncipe siríaco no se resignó a que ocupara el trono el príncipe español segundo génito. Vencido por él y obligado a emigrar otra vez —triste suerte la de éste sin patria— volvió a la lucha al morir su hermano; pero esta vez tropezó con un soberano tan enérgico y cruel como su padre Ben Muawiya. En el juego trágico perdió la cabeza, y el último príncipe emigrante cayó así, como habían caído tantos rebeldes, en su nueva patria occidental.*



Los cerros de Lutos.



vinieron las lluvias y los cristianos quedaron sin abrigo, porque destruyeron todas sus obras de defensa. Mas los musulmanes se hallaron también en una situación difícil y Abd al-Karim, batiéndose en retirada, entró victorioso (en Córdoba) el siete de Dzu-l-qada.

### Campaña contra Alava

En 208 [16 de mayo de 823] tuvo lugar la campaña llamada de Alava. Abd al-Qarim ben Abd al-Wahid emprendió la expedición de verano contra esta plaza; se instaló en la frontera, se reunieron en ella las tropas musulmanas, y después que se hubieron emitido diversas opiniones sobre el pasaje que se eligiría para penetrar en país enemigo, se acordó entrar en Alava por ser la comarca donde más se podía perjudicar a los cristianos y mejor se podría domeñarlos. Se precipitaron, pues, los nuestros por el paso llamado de Guereniu, tras el cual se encontraba una llanura en que el enemigo guardaba sus provisiones y sus tesoros; cayeron sobre este territorio, del que tomaron la mejor parte; entraron a saco en sus depósitos; llevaron la devastación más completa a todos los lugares habitados o burgos por donde pasaron y los transformaron en desierto; y después volvieron victoriosos y cargados de botín. ¡Alabado sea Alá!

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 102, 121 y 133).

## TRISTE FIN DEL ULTIMO PRINCIPE EMIGRANTE

*Sulayman era el primogénito de Abd al-Rahman I. Había nacido en Siria y allí había permanecido mientras su padre peregrinaba hasta Occidente y se tallaba un reino en España, a golpes de audacia y de espada. Ben Muawiya había luchado pensando en su retoño oriental, y tanto para sí como para él. Apenas asentado en el trono envió a buscarle y le recibió con el máximo regocijo con que se puede abrazar a un hijo tras largas horas de destierro y ausencia. Sulayman había heredado el valor, pero no el talento paterno. En España nacieron a Abd al-Rahman otros hijos. Las dotes de Hixam ganaron el corazón de su padre y justifican sus vacilaciones. El príncipe siríaco no se resignó a que ocupara el trono el príncipe español segundo génito. Vencido por él y obligado a emigrar otra vez —triste suerte la de éste sin patria— volvió a la lucha al morir su hermano; pero esta vez tropezó con un soberano tan enérgico y cruel como su padre Ben Muawiya. En el juego trágico perdió la cabeza, y el último príncipe emigrante cayó así, como habían caído tantos rebeldes, en su nueva patria occidental.*

Sulayman y Abd Allah, uno y otro hijos de Abd al-Rahman ben Muawiya, se encontraban en la costa de Africa cuando murió Hixam (I); Abd Allah se embarcó en seguida y puso pie en el litoral español.

En 181 [5 marzo 797] Bahlul ben Mazuk, llamado Abu-l-Hachchach, se sublevó en la Frontera Superior contra el emir Al-Hakam, penetró en Zaragoza y se adueñó de ella; Abd Allah, hijo del emir Abd al-Rahman ben Muawiya, que se dirigía hacia Francia, se instaló junto a él.

En 182 [22 febrero 798]... Sulayman ben Abd al-Rahman ben Muawiya desembarcó en Al-Andalus desde el litoral africano. En el mes de Xawwal (nov.-dic.) avanzó para librar batalla con Al-Hakam, pero fué derrotado después de un combate encarnizado. En el mismo año Sulayman volvió una vez más a combatir, pero fué de nuevo derrotado por el emir, en Baqita.

En 184 [12 febrero 799] Sulayman, seguido de los bereberes que se le habían unido, se dirigió hacia la región de Ecija. Al-Hakam le presentó batalla en las vecindades de tal ciudad y le derrotó después de varios días de combate. Otro encuentro tuvo lugar entre ellos en el curso del mismo año y Sulayman hubo de huir de nuevo.

En 184 [1 febrero 800] Abu Ayyub Sulayman ben Abd al-Rahman reclutó tropas en el Este de la Península y acampó primero en Jaén y luego en Elvira, distritos en que se le unieron algunos partidarios. Al-Hakam le atacó y se combatió durante varios días; estuvo a punto de ser derrotado, pero finalmente triunfó, aunque Sulayman logró escapar y fué considerable el número de muertos que cayeron en el combate. Al-Hakam envió en persecución del vencido a Asbag ben Abd Allah; le encontró en la región de Mérida, le hizo prisionero y le condujo a presencia de Al-Hakam. El emir ordenó su ejecución y remitió su cabeza a Córdoba.

En 186 [10 enero 802] el príncipe envió una promesa de perdón a su tío Abd Allah Al-Balansi. Era su primer gesto para con él y el primer escrito cambiado entre ellos desde que Abd Allah se había establecido en Valencia.

En 187 [30 diciembre 802], se otorgó el perdón a Abd Allah al-Balansi, y restableció la paz mediante la concesión al mismo de una pensión mensual de mil dinares y de regalos anuales de igual valor. Yahya ben Yahya y Ben Abi Amir le llevaron el documento en que se le otorgaba la amnistía; se llegó al acuerdo en las condiciones ya conocidas y con la obligación por parte de Abd Allah de residir en Valencia; los dos embajadores condujeron a Córdoba al hijo de Abd Allah y Al-Hakam le casó con su hermana carnal.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 110, 111, 113).



## FRENTE A LOS INVASORES FRANCOS DE CATALUÑA

*Desde la fracasada expedición de Carlomagno del 778, el soberano franco sintió cada vez mayor interés hacia las cosas de España. Antes de que acabara el siglo, habían sus ejércitos cruzado los pasos pirenaicos y comenzado la conquista de la Cataluña de hoy. En 177 [793-794] Hixam envió una gran expedición vengadora a las órdenes de Abd al-Karim ben Mugaytz que reconquistó Gerona, llegó hasta Narbona y obtuvo tan rico botín que con su monto —45.000 monedas de oro— se pagaron las obras de la mezquita y del puente de Córdoba. Pero con el siglo comenzaba la gran presión de los francos mandados por Ludovico Pío, hijo de Carlos y rey de Aquitania. Los musulmanes españoles resistieron y aun triunfaron a las veces; pero a la postre la Cataluña vieja fué incorporada al imperio carolingio con el nombre de Marca Hispana, y el Islam hispano vió surgir un nuevo foco cristiano en Levante.*

En 193 [25 octubre 808] Roderik, príncipe de Francia (Ludovico Pío), avanzó por la zona de Tolosa (Cataluña); Al-Hakam envió contra él un numeroso cuerpo de tropas a las órdenes de su hijo Abd al-Rahman y escribió además a Amrus y a Abdun, gobernadores de la frontera, para que le ayudaran con todos los habitantes del país que gobernaban. Abd al-Rahman llegó con los soldados del *chund* (ejército regular), se le reunieron los reclutas y afluyeron los voluntarios. Nuestras huestes chocaron con las del rey cristiano que invadían nuestro territorio y después de un sangriento combate en que Alá sostuvo el ardor de los musulmanes, los cristianos fueron puestos en fuga y padecieron tal matanza que la mayor parte de ellos pereció.

En el mismo año 199 [22 agosto 814] Abd Allah al-Balansi, tío paterno del emir Al-Hakam, emprendió por orden de éste una expedición, famosa por el triunfo brillante conseguido en Barcelona. Un jueves, el mismo día de la llegada del citado jefe junto a tal ciudad, ocurrió que los infieles se instalaron allí también. Sus compañeros, ardiendo en deseos de pelear, querían emprender la batalla en el acto; pero él los contuvo hasta el día siguiente viernes, en que, cuando el sol comenzó a declinar, dispuso sus tropas en orden de combate e hizo preparar las máquinas de guerra; después hizo una plegaria de dos reqas, dió orden a los heraldos para que hicieran las proclamaciones necesarias, saltó a caballo con su séquito y cayó sobre el enemigo. Imagino que si obró así fué porque conocía bien y quería seguir un precepto contenido en una tradición del Profeta, según el cual es preciso combatir cuando empieza a sentirse la brisa, momento en que las puertas del cielo se abren y las oraciones son escuchadas. Así Alá entregó a

los nuestros las espaldas de los infieles que fueron derrotados y casi todos muertos y cuya dispersión fué total. Cuando terminó el combate Abd Allah hizo plantar en tierra largas lanzas y las cabezas de los caídos en la lucha pronto las cubrieron.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 117 y 119).

## LA JORNADA DEL FOSO: MATANZA EN TOLEDO

*La conquista de la Península por los árabes había dejado abatidos a los españoles. Durante el siglo VIII vivieron al margen de la vida política, sometidos y silenciosos. Una minoría de orientales y de berberiscos dominaba a España. Les hemos visto combatir por el poder en numerosas contiendas civiles. Mas al alborear el siglo IX los hispanos sometidos al señorío de los musulmanes, todavía cristianos —mozárabes— o ya islamitas como sus dominadores —maulas—, alzaron la frente, adquirieron conciencia de su número y de su fuerza, se sintieron irritados por la explotación de que eran víctimas y comenzaron la serie de movimientos y revueltas, que habían de durar hasta la pacificación de Al-Andalus por Abd al-Rahman III. Entre los que primero se sublevaron contra Córdoba figuraron los habitantes de tres de las mayores ciudades de la España romana y visigoda: Toledo, Mérida y Zaragoza. La antigua capital hispano-goda dió harto que hacer a los emires durante más de un siglo. He aquí la sangrienta represión de que los toledanos fueron víctimas en 807, con ocasión de uno de sus primeros alzamientos.*

Al-Hakam tuvo en España tres (lamentables) grandes conflictos. Uno de ellos el de Toledo, que fué así: Los toledanos eran gente tan revoltosa e insubordinada que no hacían caso de los gobernadores, hasta un extremo a que jamás llegaron vasallos de ningún país respecto a sus autoridades. Vivía entre ellos el poeta Garib el Toledano, hombre experto y astuto, por cuyo consejo los de Toledo se dejaban guiar, y no podía esperarse que la autoridad pudiera dominarles mientras él viviese. A su muerte hizo venir Al-Hakam a Amrus, conocido por el Muwalad, desde Huesca (éste fué el antepasado de los Banu Amrus, los Sayadíes) y procuró atraérselo haciéndose amigo y admitiéndole en su intimidad. Luego descargó su corazón en él, respecto a los planes que tenía formados con los de Toledo, diciéndole: "Ya no me queda otra esperanza de obtener de ellos lo que de justicia me deben, si no es por tu mediación". Al-Hakam esperaba que los toledanos estuviesen dispuestos en favor de Amrus, por ser éste del mismo partido o parcialidad. Le hizo comprometerse en ello, y le nombró gobernador de



Toledo; al propio tiempo escribió a los toledanos una halagadora carta, diciéndoles: "He elegido por gobernador vuestro a un hombre de vuestro mismo pueblo, en vez de mandaros uno de mis clientes. Este se manejará libremente en la gobernación de la provincia". Aparte le dictó a Amrus los medios por los cuales esperaba conseguir lo que deseaba, y entre las cosas que le ordenó fué la siguiente: Cuando los toledanos se familiaricen contigo y te tengan como uno de ellos, por haberles manifestado secretamente que deben quererte a ti más que a los Banu Umayya y sus amigos, a los cuales tú les odias a todos, les dirás: la hostilidad surgida entre vosotros y los gobernadores del sultán ha provenido de la excesiva familiaridad y trato (en que se ha metido) la guarnición con vosotros, vuestros hijos y vuestras mujeres. Yo tengo la idea de construir una fortaleza a una parte de la ciudad para que viva en ella la guarnición y estén alejados de vosotros; de esta manera estaréis libres de sus maldades". (Hecho todo lo que deseaba el sultán), los toledanos consintieron en que estuviese la alcazaba en el centro de la ciudad y no en un extremo, y eligieron el monte que luego ha venido llamándose monte de Amrús hasta nuestro tiempo. Edificó, pues, en él un alcázar y sacó la tierra de un foso que se hizo en el interior de ese palacio. Cuando se terminó la obra y se fué allí Amrus a habitar, hízoselo saber a Al-Hakam, y éste mandó a uno de los generales que tenía en las fronteras que escribiese una carta en la que dijera que el enemigo se le echaba encima y que necesitaba mayor contingente de tropas, no sólo de los afectos al servicio militar, sino también de voluntarios. Hecho esto, como había ordenado el monarca, reclutóse gente en Córdoba y otras partes, y Al-Hakam mandó a su hijo Abd al-Rahman, que entonces tenía catorce años, y a tres de sus ministros, que se fuesen allá. Al-Hakam había escrito de antemano una carta que llevó uno de sus fieles servidores de palacio con orden de entregarla a los ministros cuando se reuniesen con Amrus. Al llegar el ejército a las inmediaciones de Toledo, a un lugar que se llama Alchayarín, recibió Abd al-Rahman la noticia de que el enemigo (supuesto que se dirigía contra el general que estaba en las fronteras) se había retirado. Amrus dijo entonces a los toledanos: "No habrá más remedio que salir a visitar al príncipe, cuya vida guarde Dios; vosotros también tendréis que hacer lo mismo". El y los toledanos fueron a visitarlo. Cuando llegaron al campo, mandó el príncipe que se les hiciera venir a su presencia; y una vez venidos, les trató con tales atenciones que llegaron a familiarizarse con él. "Después tuvo conferencia secreta Amrus con los ministros, les fué entregada la carta (que Al-Hakam había escrito) y se la leyeron a aquél. En ella se decía que encomendara Amrus a los toledanos que éstos pidiesen que se invitara al príncipe a entrar en Toledo para que les hiciese ese honor e intimaran con él; que el príncipe opusiera dificultades y rehusase entrar en Toledo hasta que le invitasen a comer, y cuando se diera el convite él se dejara conducir y que entrara en la fortaleza para cuidar cómo se había de arreglar la comida que se les había de dar, atenderles bien y regalarles vestidos y demás

preparativos del festín". Se le había encargado anteriormente a Amrus, cuando construyó la fortaleza, que tuviese dos puertas. Sucedió, pues, que le pidieron aquello los toledanos; a lo primero él rehusó, pero al fin aceptó; dirigióse a la ciudad, entró en la misma y vino a la fortaleza. Luego mandó que se tuviera a punto todo lo que era menester para el banquete en el día siguiente, disponiendo que asistiesen las personas principales, tanto de la ciudad como del campo. Efectivamente, se presentaron y se les mandó que entrasen por una puerta y las cabalgaduras se mandasen a la otra, por donde habían de salir. Los verdugos se colocaron al borde del foso y a todos los que entraban les cortaban el cuello, hasta que ascendió el número de los muertos a 5.300 y pico. La visión de la espada se le fijó a Abd al-Rahman en los ojos; nunca pudo borrarla mientras vivió. Cuéntase que un médico de Toledo, al acercarse a la puerta por la que habían entrado los convidados, no encontrando a su llegada que hubiera salido nadie, y eso que ya andaba muy avanzado el día, dijo a los toledanos que estaban alrededor de la puerta: "¡Compañeros! ¿Dónde están nuestros amigos que entraron por la mañana?" Entonces le dijeron que por la otra puerta habían de salir. El añadió: "Pues yo no he visto a nadie que haya vuelto". Luego levantó los ojos, vió el vapor de la sangre y exclamó: "¡Oh toledanos! La espada ¡voto a Dios! es la que causa en vosotros este vapor de sangre, no el humo de la cocina". El haber dicho esto fué causa para que la gente se dispersara y algunos toledanos se salvasen. De allí en adelante, mientras reinó Al-Hakam y todo el tiempo que ocupó el trono su hijo Abd al-Rahman, se mantuvieron en obediencia; pero a la muerte de este último se sublevaron, como veremos en el lugar correspondiente, si Dios quiere.

Del *Iftitah al-Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 36).

## REVOLUCION EN CORDOBA

*En el curso del siglo VIII muchos españoles aceptaron la religión de sus dominadores musulmanes y se convirtieron al Islam. La peculiar concepción hispana de las relaciones del hombre con la divinidad hizo de estos nuevos islamitas creyentes fervorosos. Los teólogos o faquíes de Córdoba chocaron con el amor a la vida del emir Al-Hakam, y su orgullo de intelectuales sufrió mal su apartamiento de los negocios públicos. Prepararon el destronamiento del soberano, pero fracasó su conjuración. Excitaron entonces contra Al-Hakam a los renegados cordobeses. Se alió en éstos, contra el príncipe, su celo religioso y su nacionalismo, que no soportaba la arrogancia de los mercenarios del sultán de origen africano, llamados "los mudos" por su ignorancia del romance. Estalló la rebelión en Córdoba en mayo del 817. Al-Hakam, aunque se halló en grave aprieto, logró vencer. Perdonó a los faquíes, de su raza, pero los españoles del arrabal de Secunda, al sur del Guadalquivir, fueron desterrados. Parte de estos exilados políticos pobló Fez; los más alcanzaron el Mediterráneo oriental y allí escribieron páginas heroicas de la historia hispana, en Alejandría y en Creta. He aquí varias noticias de autores diferentes sobre la revolución cordobesa.*



### Conjuración traicionada

Desde el comienzo de su reinado, Al-Hakam se lanzó abiertamente a beber vino y se abandonó a los placeres. Córdoba era entonces una ciudad estudiosa, donde se encontraban sabios notables y gentes piadosas, entre otras Yahya ben Yahya Laytzi, que había estudiado la Mawatta con el mismo Malik y con otros. Los cordobeses censuraron la conducta del príncipe, comenzaron a exaltarse, le tiraron piedras y quisieron matarle, pero pudo defenderse gracias al auxilio de las tropas presentes del *chund* y la calma se restableció. Algunos días después los notables y los faquíes de la ciudad se reunieron en casa de Muhammad ben al-Qasim Quraixi Marwani, tío paternal de Hixam ben Hamza; habían recibido el juramento de fidelidad prestado por los habitantes a ese príncipe y le habían informado del asentimiento general de que su candidatura era objeto. Pidió una noche de descanso para reflexionar sobre el particular y para tener tiempo de pedir consejo a Alá. Después de retirarse fué a buscar a Al-Hakam y le notificó lo que pasaba, protestando de su fidelidad. Como Al-Hakam le pidiera pruebas de lo que le había referido, llevó consigo a uno de los confidentes del príncipe y le hizo sentar, sin revelar su presencia, en una cámara abovedada de su palacio. Cuando las gentes volvieron para preguntarle si aceptaba o no, les expresó sus temores por sí mismo, les hizo ver la importancia del asunto y les pidió sus nombres y los de sus secuaces. Estos enumeraron todos sus principales partidarios, de los cuales tomó nota el confidente de Al-Hakam. Muhammad ben al-Qasim fijó entonces la realización del complot para el viernes siguiente, en la mezquita. Pero el mismo día, que era jueves, él y el confidente de Al-Hakam dieron todos estos detalles a Al-Hakam; antes de que llegara la noche el emir hizo detener hasta el último de los conjurados y algunos días más tarde les crucificó a la puerta de su palacio. El número de los que perecieron se elevó a setenta y dos, entre los cuales se encontraban el hermano de Yahya ben Yahya y Ben Abu Kab. Fué una jornada horrible, que no hizo sino aumentar el odio de los habitantes contra Al-Hakam.

### La jornada del Arrabal

En 198 [31 de agosto de 813] luvo lugar en Córdoba la revuelta llamada del arrabal. Los hechos pasaron de la manera siguiente: El príncipe ome-

ya reinante Al-Hakam ben Hixam casi no se ocupaba más que en jugar, cazar, beber y en otros placeres semejantes y, por otra parte, la ejecución de muchos de los principales habitantes de la ciudad le hizo odioso a la población, que era injuriada y maltratada por los mercenarios del emir.

El desorden llegó a tal punto que, cuando se convocaba a la plegaria, el populacho gritaba: "¡Ven a rezar, borracho, ven a rezar!" y cuando alguno lanzaba esta injuria, los otros aplaudían. Entonces Al-Hakam comenzó a rodear Córdoba con un recinto fortificado, guarnecido de zanjas; acuarteló la caballería en la puerta de su palacio, donde había siempre una tropa armada, y aumentó el número de sus mamelucos. Todas estas precauciones no hicieron más que acrecentar el odio de la población, que estaba persuadida de que quería vengarse de todas sus afrentas. En seguida estableció el impuesto del diezmo sobre las mercaderías, impuesto que habría de cobrarse cada año sin remisión, lo que fué mal visto por el pueblo. Al-Hakam se apoderó de diez de los principales exaltados y les hizo ejecutar y crucificar, con lo que dió ocasión de cólera a las gentes del arrabal. Añádase a todo ello que un mameluco del príncipe llevó su espada a casa de un bruñidor para hacerla limpiar, y como éste la remitiera a su dueño más tarde de lo convenido, el mameluco tomó la espada y golpeó con ella al obrero hasta dejarle muerto. Ocurrió esto en Ramadan [abril-mayo 814] del año referido.

Las gentes del arrabal meridional empuñaron los primeros las armas, y todos los otros arrabales les siguieron. El *chund*, los omeyas y los esclavos negros se concentraron en el palacio y Al-Hakam procedió a la repartición de los caballos y de las armas, así como a la reunión de sus compañeros.

Se entabló la lucha y fué favorable a las gentes del arrabal, que cercaron el palacio. Entonces Al-Hakam descendió de la terraza donde se encontraba y fué, a caballo y armado, a reanimar el valor de los suyos — que se batieron a su vista con encarnizamiento.

Por orden suya, su sobrino paterno Ubayd Allah hizo una salida por una brecha abierta en la muralla y con sus tropas atacó inesperadamente de flanco a las gentes del arrabal e incendió sus casas, y entonces, aquéllas huyeron tras un violento combate. Se sacó de todas las viviendas a quienes las habitaban y se les hizo prisioneros, luego se detuvo a treinta de los más notables de entre ellos; se les ejecutó y se les crucificó cabeza abajo. Y durante tres días, los arrabales de Córdoba sufrieron muertes, incendios, pillajes y destrucciones.

Al-Hakam consultó con Abd al-Qarim ben Abd al-Wahid ben Abd al-Mugaytz, su último confidente, quien le aconsejó clemencia. Tal fué el partido que tomó el príncipe, a pesar del dictamen contrario emitido por otro, y perdonó a los rebeldes, pero con amenaza de muerte y crucifixión para todos los habitantes del arrabal que no hubiesen partido de la ciudad en el plazo de tres días. Los sobrevivientes salieron a escondidas, expuestos a toda clase de penas y humillaciones, llevando lejos de Córdoba a sus mujeres, sus hijos y sus riquezas de más fácil transporte. Los soldados y malhechores estaban en acecho para saquearles y mataban a quienes osaban resistir.



Terminado el plazo de tres días, Al-Hakam dió orden de respetar a las mujeres, a las que reunió en el mismo lugar, e hizo destruir el arrabal meridional (de Secunda).

Bazi, liberto de Umayya, hijo del emir Abd al-Rahman ben Muawiya ben Hixam estaba entonces prisionero en Córdoba, en el Habs al-Hain, con una pesada cadena en cada uno de sus pies. Apercibiéndose de que el *chund* era vencido por el pueblo pidió a sus carceleros que le pusieran en libertad. Consintieron ellos después de hacerle prometer que retornaría a la prisión si salía sano y salvo del combate. Se lanzó a la pelea y se batió con más valor que ningún soldado y después de la derrota de las gentes del arrabal, volvió a la prisión. Al-Hakam, informado del suceso le hizo poner en libertad y le trató generosamente.

Otros autores colocan el asunto del arrabal en el año 202 [19 julio 817].

Del *Kamil fi-l-Tarij* de Ben Al-Atzir (Según versión francesa de Fagnan, 165 y 177).

## Los emigrados cordobeses en Alejandría y Creta

Cuando a consecuencia de la revolución del arrabal de Córdoba, en el año 198 [813-4], según hemos referido, el emir Al-Hakam al-Umayya desterró a muchos habitantes de su capital, llegaron algunos de estos desterrados hasta Alejandría, que adoptaron para su morada, contribuyendo al crecimiento de su cultura. Llegaron a ser tantos en su nueva ciudad, que lograron hacerse dueños de ella y la erigieron independiente, hasta que se presentó Abd Allah ben Tahir, según tenemos narrado en la historia de la dinastía abbasí, en los días del califa Al-Mamun ben Al-Raxid, y les echó de la referida ciudad, mediante la entrega de una suma y la obligación de transportarles a la isla de Creta.

Los emigrados cordobeses cultivaron la isla, proclamaron por su rey a uno de ellos mismos, armaron cuarenta barcos e infestaron con sus correrías todas las islas de su circuito, próximas a Constantinopla. Penetraban en la mayor parte de las islas referidas, cogiendo en ellas botín y cautivos, sin que el emperador de Constantinopla tuviese poder alguno para evitarlo. Se echó a pensar el emperador, que era Romano, en algún medio capcioso y de traición que pudiera ejercitar contra los musulmanes de Creta, y se dirigió al rey de éstos, llamado Abd al-Aziz ben Habib ben Umar. Le envió magníficos presentes, cofres llenos de ricas vestiduras, y le manifestó aparentemente grande afecto y amistad. Cuando, pasado algún tiempo, se ratificaron y consolidaron aquellas manifestaciones amistosas entre ambos, Romano el emperador despachó a un hombre de los musulmanes con un valioso presente para el de Creta. Cuando aquel emisario estuvo en presencia de

Abd al-Aziz ben Habib y le entregó el presente, le habló así: "El emperador te saluda y dice: Nosotros somos vecinos y buenos amigos; esos desgraciados habitantes de las islas forman un pueblo débil y pobre; la mayor parte de ellos han abandonado sus tierras por temor a tus incursiones, y ansían volver a ellas, lo cual habría de reportarnos a uno y a otro satisfacción y beneficios. Te sería más conveniente calcular la utilidad que obtienes de tus correrías en cada año contra ellos, y yo te daría el doble de ese producto, a condición de que las suspendas, brindando así seguridad a esos desventurados en sus viajes mercantiles y permitiéndoles libre acceso a tu isla. De esta suerte vendrás a percibir por derechos de mercadería, una renta doble de la que podrías conseguir de tus incursiones". Aceptó Abd al-Aziz la proposición del emperador y, entabladas las correspondientes negociaciones, quedó fijada la cantidad que había de ser satisfecha anualmente al señor de Creta.

Romano pagó puntualmente la cantidad convenida. Los mercaderes griegos comenzaron a efectuar sus viajes entre Creta, las otras islas y Constantinopla, con gran provecho del de Creta, que vió multiplicarse sus tesoros y pudo además con la paz disminuir el presupuesto de sus milicias.

Así las cosas, sobrevino luego la sequía y el hambre consiguiente en las tierras de Constantinopla. El emperador envió a Abd al-Aziz un legado para decirle: "Bien sabes la carestía que nos azota. Nosotros tenemos unas yeguas de raza árabe, preñadas y próximas ya a la parturación, que no podemos mantener en nuestro suelo. Si tú me permites que las envíe a tu isla, los que nazcan potros serán para el emperador y las potras serán para ti". Habiendo accedido el de Creta a la petición del emperador, fueron enviadas a la isla 500 yeguas con sus pastores necesarios. Luego que estuvieron las yeguas en la isla, el emperador hizo que partieran con el mayor sigilo y ocultamente las tropas, capitaneadas por Nicéforo el Doméstico y por otros de sus capitanes más bravos, en el comienzo del mes de Muharram, del año 350 [febrero de 961]. La flota griega arribó a la parte de la isla en que estaban las yeguas; cada jinete con su silla y su rienda saltó sobre la yegua respectiva, y sorprendieron en completo descuido a los habitantes de la isla, que fué conquistada rápidamente. Los invasores mataron al señor de la isla y a todos sus milicianos. Dejaron con vida a los pacíficos habitantes. Encontraron duplicadas las cantidades que el emperador había satisfecho al señor de la isla, y las tomaron. Redujeron a cautiverio a las mujeres y niños de los milicianos y guarnecieron fuertemente la isla con tropas y pertrechos de guerra.

Del *Nihayat al-arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 274).



## ALTO RELIEVE DE AL-HAKAM I

*Al-Hakam I tuvo que resistir los últimos coletazos de los problemas que agitaron a Al-Andalus durante el siglo VIII, en los reinados de su abuelo y de su padre y hubo de enfrentar las nuevas dificultades con que iban a tropezar sus sucesores, en el IX. Primero, debió de hacer frente a la cuestión dinástica planteada al advenimiento de Hixam I por el alzamiento de sus hermanos, tíos de Al-Hakam y, de vez en vez, mientras reinó, necesitó vencer la rebeldía de alguno de aquellos grandes de su raza que habían dado harto que hacer a Abd al-Rahman I. Y, como Abd al-Rahman II, Muhammad y Abd Allah luego, presenció las sublevaciones de sus súbditos hispanos, que habían de llenar un siglo de la historia de Al-Andalus. No fué cómoda su tarea. Al-Hakam era un hombre de grandes energías vitales, que gustaba gozar de la vida, y de firme carácter; era justiciero, valiente y generoso, y completaba tales dotes naturales con rasgos de orgullo y de elegancia espiritual. Para resistir a los rebeldes terminó la organización de un ejército mercenario, empezado por su abuelo. Pero el continuo batallar agrió su humor y le hizo a veces caer en la crueldad. Favoreció la introducción en la Península del ritmo malekí que había de dar ocasión al nacimiento de una escuela jurídica y teológica de gran vuelo. Sus primeros representantes, sacudidos por el orgullo vanidoso de los intelectuales de todos los tiempos, quisieron imponerse a Al-Hakam y éste hubo de dominarlos por la violencia.*

### Su justicia

El emir Al-Hakam ben Hixam, Dios se apiade de él, era hombre esforzado, de firme carácter, victorioso en sus guerras. Apagó el fuego de la discordia en España, concluyó con las turbas de rebeldes, y humilló a los infieles por doquiera. A pesar de su energía y levantado ánimo, era deferente a la razón, amigo de que se hiciese justicia aun con sus hijos y amigos, y lo que es más, con él mismo. Elegía para jueces a los más modestos y de mayor rectitud, y tenía un cadí, a quien por su honradez, abstinencia y modestia, había encomendado el conocimiento de todos los asuntos de sus vasallos. Se dice que el siguiente suceso fué el que más alta idea hizo concebir a Al-Hakam de él. Un sujeto de la cora de Jaén fué despojado violentamente de una esclava que poseía, por un recaudador de impuestos, quien luego que cesó en su cargo, procuró traspasar la muchacha a Al-Hakam. Cuando el despojado supo que se hallaba en poder de Al-Hakam, y tuvo noticia de la rectitud del cadí, y de la justicia de sus fallos, aun contra el emir o sus familiares, presentóse a él, y le refirió lo ocurrido. El cadí le exigió que presentase pruebas, y trajo testigos que declararon

tener noticia de todo lo que había dicho y de la violencia cometida con él, así como conocer de vista a la esclava. Previene la Sunna en este caso que se haga comparecer a la esclava, y por lo tanto, el cadí pidió una audiencia a Al-Hakam, y cuando estuvo ante él, le dijo: "No puede haber cumplida justicia para el pueblo si no se somete también a ella el poderoso". Refirióle el caso de la esclava, y le dió a elegir entre presentarla con arreglo a lo que la ley tradicional disponía, o relevarle del cargo de cadí. Al-Hakam le dijo: "Otra cosa hay mejor, y es comprarla de su legítimo dueño, dándole el precio que pida por ella"; mas el cadí le replicó: "Los testigos han venido de la cora de Jaén en demanda de justicia, y si cuando están ante tu alcázar les haces volver sin declarar el derecho que les asiste, acaso no faltará quien diga que vendió lo que no poseía, y que fué venta impuesta por fuerza, por lo cual no hay medio sino consentir en la presentación de la esclava, o nombrar a quien te plazca para que me sustituya". Viendo Al-Hakam la firmeza de su resolución, mandó que sacasen la esclava del alcázar, a pesar de lo mucho que le agradaba. Los testigos declararon ser la misma que conocían, y el cadí pronunció su sentencia, devolviéndola a su dueño, al cual dijo: "Guárdate de venderla, como no sea en tu mismo país, para que las gentes, viendo cómo se les hace justicia, tengan confianza en sus demandas y contratos".

La muerte de este cadí causó a Al-Hakam grandísimo pesar. Dícese que una esclava suya, llamada Achab, refería lo siguiente: "Estaba yo con Al-Hakam la noche en que supo la muerte del cadí, y a medianoche eché de ver que había abandonado su lecho; salí a buscarle y le encontré de pie, orando en la antesala de la casa. Me senté detrás de él, e hizo una prosternación tan larga, que me dormí. Al despertar le encontré de la misma manera, y me volvió a vencer el sueño, hasta que él me despertó, porque ya rompía el alba. Entonces me acerqué a él, y le pregunté qué asunto le había preocupado hasta el extremo de hacerle abandonar el lecho. "Un gravísimo asunto, dijo, y una gran desgracia. Yo descansaba de los negocios del pueblo por el cumplido desempeño del cadí que Alá me había deparado, y temiendo no acertar con un sucesor digno de él, he rogado a Alá que me conceda uno semejante, que sirva de intermediario entre el pueblo y yo". Por la mañana llamó a sus visires, y les dijo: "Elegid persona apta para el desempeño del cargo de juez del pueblo, y en quien pueda yo descargar parte de las funciones relativas al conocimiento de los negocios". Malik ben Abd-Allah Al-Quraixi propuso a Muhammad ben Baxir, que había sido su secretario en Beja, por lo que sabía de su honradez y su modestia, que tenía experimentada. Agradó a Al-Hakam, y le nombró para el cargo indicado, en el cual procuró aventajar a todos sus predecesores en rectitud, modestia y templanza, sin dejar por eso su costumbre de vestir elegantemente.



## Traición, odio y generosidad

Entre la multitud de los que se amotinaron contra él en el arrabal estaba Talut, hijo de Abd al-Chabbar al-Muafiri, el cual había sido discípulo de Malik y de otros hombres de ciencia de aquel tiempo. Cuando sucedió la derrota, huyó de su casa (tenía su residencia dentro de la capital, en las inmediaciones de la mezquita y del foso que después han tomado o recibido su nombre), y estuvo escondido en casa de un judío durante un año, hasta que se calmaron los tiempos y se alejó o disminuyó la efervescencia de la guerra civil. Como mediaba estrecha amistad entre él y Abul-l-Bassam, el ministro (éste fué el abuelo de los Banu Bassan, los encargados de guardar el trigo del sultán), al estar cansado ya de su larga permanencia en casa del judío, se fué un día al anochecer, entre dos luces, a casa de su amigo el ministro. Este, al verle, le preguntó: "¿Dónde has estado?" "En casa de un judío" (le contestó). El ministro le sosegó y le tranquilizó diciéndole: "El emir, cuya vida guarde Dios, recuerda ya con sentimiento todo aquello". Talut pasó aquella noche en casa del ministro. Al amanecer fuése Abu-l-Bassam a palacio, después de haber dejado quien le tuviera a buen recaudo, y al llegar a presencia de Al-Hakam le dijo: "¿Qué te parece de un carnero cebado desde hace un año en el pesebre?" Al-Hakam le contestó: "La carne cebada es, por lo pesada, indigesta, la carne del desierto (o del campo) es más ligera y sabrosa". Díjole Abu-l-Bassam: "No me refería a esto; tengo en mi casa a Talut". Al-Hakam observó: "¿Y cómo te has apoderado de él?" "Le hicieron venir, dijo el ministro, los favores que me debe". Entonces mandó Al-Hakam que se lo presentaran. Se le dispuso un asiento y se trajo al anciano, que estaba emocionado vivamente. Cuando lo tuvo delante, le dijo Al-Hakam: "¡Oh, Talut! Dime: si tu padre o tu hijo fueran señores de este palacio, ¿te hubieran hecho más beneficios ni concedido más honores que yo te he hecho a ti? ¿Acaso me has hablado nunca de alguna necesidad tuya o ajena que no me apresurara a condescender por tu recomendación? ¿No te he visitado en tu enfermedad varias veces? Al morir tu mujer ¿no fuí yo a la puerta de tu casa y anduve, en el entierro que le hiciste, a pie por el arrabal, luego volví contigo a pie hasta que te dejé en tu casa? ¿Qué motivo o razón tienes para no estar contento, sino en derramar mi sangre, en deshonrarme y difamarme?" Talut contestó: "No encuentro ahora en mi favor mejor frase que decir que eso es la pura verdad. Dios me ha mandado odiarte y por tanto ningún provecho has sacado de todo lo que conmigo hiciste". Entonces Al-Hakam volvió la consideración hacia Dios, y dijo al cabo de un rato: "He mandado ¡voto a Dios! por ti y no ha habido en la tierra castigo que no se me haya representado para ver con cuál castigarte; pero te hago saber que aquel por cuya consideración tú me odias me impulsa a mí a perdonarte. Vete

con Dios, seguro; no dejaré ¡voto a Dios! de hacerte bien, continuando en la consideración en que antes te tenía, mientras viva, si Dios quiere. ¡Ojalá lo que sucedió no hubiera sucedido!" "Más hubiera valido, en verdad, contestó Talut, etc.". Después le preguntó Al-Hakam: "¿Dónde se ha apoderado de ti Abu-l-Bassam?" El contestó: "¡Voto a Dios!; no me ha cogido él; fuí yo el que se dejó coger, yendo a su casa confiado en la amistad que entre ambos mediaba". Al-Hakam añadió: "¿Y dónde has permanecido todo este año?" "En casa de un judío", contestó Talut. Entonces, volviéndose Al-Hakam a su ministro, le dijo: "¡Oh, Abu-l-Bassam!; un judío ha sabido respetar en él sus altas cualidades de religión y ciencia, aventurándose a sí propio, a su mujer, sus bienes y sus propios hijos, todo a un tiempo, ¿y tú quieres meterme (otra vez) en aquello de que yo estoy arrepentido?" Luego añadió: "Vete de mi presencia; ¡voto a Dios!, no quiero verte la cara jamás"; y le destituyó, separándole del cargo; sus herederos no cesaron en ir decayendo y envileciéndose cada vez más hasta nuestros días; en cambio Talut continuó honrado y respetado, según se le había ofrecido, hasta que murió, asistiendo Al-Hakam a su entierro.

Del *Iftitah al-Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 42).

### Orgullo y elegancia

Cuéntase de Al-Hakam que cuando, con intento de destronarle, se sublevaron los habitantes del arrabal, que eran los más valientes de su ejército, y los principales de los habitantes de la ciudad, mantúvose firme en la lucha, combatiéndolos valerosamente, y en el momento más recio de la pelea, cuando la batalla era más encarnizada y mortífera, pidió la algalia y el almizcle para perfumarse, derramándolos sobre su cabeza. Un paje llamado Jacinto le dijo: "¿Es ésta hora de perfumes, señor?" Al-Hakam le mandó duramente que se retirara, exclamando: "Este es el día en que debo prepararme a la muerte o a la victoria, y quiero que la cabeza de Al-Hakam se distinga de las demás que perezcan con él".

☆

El preceptor Utzman ben Abi Mutzni decía: Se me presentó en Córdoba Abbas ben Nasih y me rogó que le recitase los versos compuestos por Al-Hakam con motivo de la sublevación y al llegar a lo último de la poesía, donde dice: "por ventura al hacerles morir, ¿he acrecentado yo la medida de su muerte?" dijo: "Si los del arrabal pusieran querella a Al-Hakam, le disculparía ese verso".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 117 y 119).



### Repugnancia ante la crueldad

Chudayr, el abuelo de los Banu-Chudayr, era portero encargado de la puerta de la Azuda, cuando la revuelta del Arrabal, tras cuyo suceso se había encerrado en la prisión de la Adueira a los que habían capitulado. A este Chudayr, pues, llamóle Al-Hakam y le dijo: "Allá, al anochecer, saca esos malos jeques y que les corten la cabeza, y luego que les crucifiquen". Chudayr, al oír esto, contestó: "¡Por Dios, señor mío!; no quiero para ti ni para mí el que estemos el día de mañana en uno de los rincones del infierno ladrándonos uno al otro; entonces ni tú me podrás valer a mí, ni yo a ti". Al-Hakam apeló a todos los extremos por ver si se le reducía a que llevara a efecto aquella resolución; pero en balde; no accedió. Entonces el monarca dió órdenes para que se le presentara Ben Nadir, el portero, el cual aceptó y cumplió los deseos del emir. Desde entonces los hijos y descendientes de Chudayr no cesaron de prosperar y elevarse, mientras los Banu Nadir fueron envileciéndose hasta el punto que su casa se extinguió.

Del *Iftitah al-Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 44).

### Elogio de un cortesano

Era constante en sus proyectos, enérgico en sus resoluciones, temible en la violencia, de gran habilidad para gobernar y para elegir funcionarios capaces e íntegros y su mano se abría fácilmente... Nadie tuvo más fijos los ojos en el derecho, ni estuvo más alejado de la injusticia ni fué más puntual en el juzgar... Al-Hakam tenía la costumbre de decir que los príncipes sólo tienen que adornarse con la justicia o con otros ornamentos semejantes. Era indolente pero valiente, generoso y muy indulgente. Se sometía, y con más razón se sometían sus hijos y sus cortesanos, a la autoridad de sus propios jueces... Era de palabra elegante y elocuente, era poeta distinguido y es autor de odas amorosas; muchas de sus poesías fueron dirigidas a cinco muchachas de que se había especialmente enamorado y que había dejado tomar gran influencia sobre él... Hizo también numerosas poesías a propósito de la revuelta del arrabal, en las que nadie ha podido rivalizar con él... Al acercarse su muerte, mostró un sincero arrepentimiento, volvió al recto camino y proclamando que la vida futura es lo más importante, hizo de la piedad su ornamento principal y se prendió con su mano del asa más sólida, declaró y confesó sus faltas, se dejó penetrar de las palabras divinas: "Si ponen fin a su impiedad, Alá les perdonará el pasado"; y llegó a ser uno de los piadosos servidores del Señor hasta el día en que éste le llamó a sí.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 126).

## LOS SOBERANOS FRANCOS ALIENTAN A LA MOZARABIA

*Poco a poco muchos cristianos apostasiaron y se convirtieron a la religión de los dominadores. Su conversión aliviaba sus cargas fiscales y les facilitaba el acceso a los puestos de mando y a la riqueza. Pero muchos otros españoles permanecieron fieles a la fe de sus mayores, acogidos a las prescripciones de la ley coránica, que permitía a las "gentes del libro" —judíos y cristianos— practicar su religión bajo la protección del Islam, siempre que pagaran la* chizia *—impuesto personal— y el* jarach *—contribución territorial—. Abd -al-Rahman I los había sometido a duras exacciones tributarias. Sus sucesores no debieron ser más generosos. A lo menos los mozárabes —así se llamó a los cristianos que vivían en la España musulmana— se sintieron agobiados por una pesadísima carga fiscal al compararse con los orientales, los berberiscos y sus hermanos conversos a la doctrina del Profeta. El eco de sus quejas pasó los Pirineos y Ludovico Pío, emperador de los francos, para explotar, en su provecho, esa inquietud de la mozarabía hispana envió en 826 la carta que sigue a los cristianos de Mérida o de Zaragoza.*

Hemos oído vuestra tribulación y las muchas angustias que padecéis por la crueldad del rey Abd al-Rahman, el cual, por la demasiada codicia con que quiere quitaros vuestros bienes, os ha afligido muchas veces con violencia, como tenemos noticia de haberlo hecho también ya su padre Abolaz (Al-Hakam I), el cual, aumentando injustamente los tributos de que erais deudores y, exigiéndolos por fuerza, os hacía de amigos enemigos, y de obedientes contrarios, intentando quitaros la libertad y oprimiros con pesados e injustos tributos. Pero vosotros, según hemos oído, siempre como varones esforzados habéis rebatido con valor las injurias hechas por los reyes inicuos y resistido a su crueldad y avaricia, según al presente lo practicáis, como lo hemos sabido por relación de muchos. Por tanto, hemos tenido a bien dirigiros esta carta consolándoos y exhortándoos a que perseveréis en defender vuestra libertad contra un rey tan cruel, y resistáis como hasta aquí a su furor y saña. Y por cuanto no sólo es vuestro enemigo, sino nuestro, peleemos contra su crueldad de común acuerdo. Nos intentamos con la ayuda de Dios enviar nuestro ejército en el verano próximo a los límites de nuestra jurisdicción, para que allí espere nuestras órdenes acerca del tiempo en que deba pasar adelante, si os pareciese bien que lo dirijamos en auxilio vuestro contra los enemigos comunes que residen junto a nuestra frontera, de suerte que si Abd al-Rahman o su hueste quisiesen ir contra vosotros, lo impida la nuestra. Y os hacemos saber que



si quisiereis apartaros de él y veniros a nosotros, os concedemos plenísimamente que gocéis vuestra antigua libertad sin alguna disminución ni tributo y no pretenderemos que viváis en otra ley que en aquella que quisiereis, ni nos portaremos con vosotros sino como con amigos y confederados unidos honoríficamente a nosotros para defensa de nuestro reino. Dios os guarde siempre como lo deseamos.

*Epístola Ludovici Pii Aug. ad Emeritenses* (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 313).

## EL PRIMER MENSAJE DIPLOMATICO DE UN EMIR DE CORDOBA

*Eran conocidas de antiguo las relaciones diplomáticas de Bizancio y Córdoba, en el siglo X. Sabíamos, incluso, que Abd al-Rahman II había recibido una embajada del Basileus de Constantinopla en 839. Los recientes descubrimientos de Lévi-Provençal, en Fez, de varias crónicas arábigas concernientes a la historia de Al-Andalus nos han permitido conocer al pormenor ese suceso. Se nos ha conservado en una de ellas la minuta de la respuesta del emir español al emperador bizantino Teófilo. Se hallaba éste en lucha con los califas abbasíes de Oriente y temía la invasión de sus posesiones de Italia por los musulmanes de Africa. Por ello solicitó la alianza de Abd al-Rahman de Al-Andalus, al mismo tiempo que la de Ludovico Pío de Francia. Para conseguirla, Teófilo recordó al emir Omeya la deposición y asesinato de su dinastía en Oriente por los abbasíes, le anunció el próximo fin de éstos, a quienes llama por los nombres de sus madres serviles y le habló de sus luchas con los emigrados españoles, que tras la Revolución del Arrabal habían conquistado Alejandría y Creta. La respuesta del soberano de Al-Andalus tiene toda la aridez de las misivas diplomáticas y constituye una cortés negativa a intervenir en la política oriental.*

¡En el nombre de Alá el Clemente y el Misericordioso! He recibido tu mensaje, en el que evocas los lazos de cordialidad y de amistad recíprocas establecidos entre tus predecesores (sobre el trono de Bizancio) y nuestros propios antepasados: me dices en él que son esos lazos los que te han incitado a comunicarte con nosotros y a enviarnos a tu embajador Qartiyus, a fin de renovar esas relaciones cordiales y de regular esos lazos amistosos. Me pides igualmente que concluyamos en este sentido un tratado sobre el que podamos apoyarnos y que nos una al uno con el otro; y que te enviemos nuestros embajadores con la misión de comunicarte en qué medida nuestras intenciones corresponden a las tuyas, por lo que hace a la

realización de tus deseos; y que su llegada junto a ti constituirá prueba sólida de nuestra simpatía y la demostración perfecta de nuestra amistad.

Hemos comprendido, de otra parte, lo que dices en tu misiva respecto al califa Marwan —que Alá lo acoja, le bendiga y robustezca los lazos de parentesco que nos unen a él—. Recuerdas cuál fué tu aflicción cuando supiste que había sido despojado de sus estados, que sus familiares habían sido violentados y que él mismo había perecido trágicamente; cuál fué el papel odioso desempeñado en esa ocasión por el traidor Abu Chafar (Al-Manur), que Alá castigue, así como su arrogancia y su audacia frente a Alá y el poco caso que hizo de sus sagradas prescripciones. Alá ha tenido en cuenta, de seguro, las fechorías que le han irritado, y sin duda le castigará en proporción a sus crímenes.

Nos hablas en seguida en tu mensaje de la forma en que han procedido los dos malvados, Ben Marachil (Al-Mamun) y Ben Marida (Al-Mutasim), su hermano y sucesor. Nos refieres que se separaron de la vida religiosa, vivieron llenos de vicios, tiranizaron a sus súbditos, les humillaron permitiendo el asesinato y el saqueo de sus bienes, como si esto fuera lícito. Agregas que ha sonado la hora de la caída de su dinastía, que la duración de su poder toca a su fin y que Alá va a permitir la restauración de nuestra casa y del reino de nuestros antepasados, que, en otro tiempo, fueron anunciados por los libros y las palabras de los profetas y gozaron de unánime consentimiento bajo la fe de los mejores argumentos. Nos impulsas, además, a salir a campaña contra los usurpadores, para tomar venganza de ellos y nos prometes tu ayuda para el caso, como un amigo que sabe asistir a su amigo y como quien está seguro de que es objeto de estima y afección.

Añades a lo que precede el recuerdo del asunto de Abu Hafs y de sus compañeros, que emigraron de nuestro país: ellos, dices, conquistaron una parte de tu territorio, y se sometieron a Ben Marida; y pides contra ellos la ayuda de quienes han desaprobado y condenado su conducta. Me dices que los emires de Africa están en pleito con Ben Marida, dan señales de rebeldía y encuentran agraviante su autoridad. Hemos leído y considerado todo esto como lo refieres en tu carta.

Por lo que hace a tus deseos sobre la amistad y las cordiales relaciones que querías ver restablecidas y renovadas y continuadas entre nosotros en la seguridad de que nos mostraríamos fieles a ellas como lo fueron tus predecesores con los nuestros, he aquí nuestra respuesta: Deseamos de ti lo que tú mismo deseas de nosotros y queremos que los dos mantengamos a este respecto la línea de conducta seguida por nuestros predecesores y las reglas a que se han atenido mutuamente los soberanos que han reinado antes que nosotros, respetándonos uno al otro y manteniéndolas en vigor.

Respecto a lo que dices del califa Marwan ben Muhammad —¡que Alá tenga misericordia de él!—; es Alá el altísimo quien ha querido ilustrarle, decretando el crimen de lesa majestad de que él fué objeto y la violación



de obediencia que le había sido prestada. Quiso atraerle así hacia su misericordia, hacer miserables a quienes fueron culpables frente a él, confundirles y castigarles.

En cuanto a la conducta del traidor Abu Chafar, sus sentimientos inhumanos, su injusticia, su audacia frente a Alá y la forma en que violó sus prescripciones sagradas, sabe que Alá ya le ha castigado por sus pecados, que le ha alcanzado su cólera por su iniquidad y le ha reservado, con su castigo, justa retribución por sus crímenes; retribución de la que no cabe atenuación ni escapatoria, porque tal es el juicio que Alá reserva a aquellos que se vuelven contra él y forjan mentiras.

En lo que concierne al malvado de Ben Marida, a tu consejo de marchar hasta los confines de sus dominios y a tu advertencia de que no tardará en ocurrir la ruina de su reino y de su dinastía y la caída de su imperio y que se aproxima el momento de la restauración de nuestra dinastía y del resurgimiento de nuestro imperio (de Oriente), ponemos en Alá nuestras esperanzas: El procederá con nostros en su forma habitual y cumplirá sus promesas y gozaremos de la solicitud que nos testimonia, cuando reúna bajo nuestra obediencia a nuestros súbditos de Siria, de España, de nuestros distritos militares (achnad), de nuestras provincias (kuwar), de nuestras fronteras (tzugur); no cesamos de oír decir y de darnos efectivamente cuenta de que la revancha se abatirá sobre los usurpadores, la derrota caerá sobre ellos bajo nuestra impulsión y nuestra dirección: Alá el altísimo les cortará entonces la retirada y extirpará sus raíces, si ello le place.

En cuanto a lo que dices del asunto de Abu Hafs el Andaluz y de aquellas gentes de nuestro territorio que partieron con él, de su sumisión a Ben Marida y de su entrada en obediencia del mismo y en cuanto a lo que pides de examinar su asunto y de desaprobar su conducta, debo manifestarte que sólo han tomado el partido de este aventurero, entre nuestros súbditos, gentes de la condición más vil del pueblo, traidores y fugitivos. No están ya en nuestros territorios, ni se hallan sujetos a nuestras leyes, ¿cómo podemos, por tanto, responsabilizarnos por su conducta y desembarazarte de los cuidados que puedan causarte?

Tanto más cuanto que ha sido la necesidad la que les ha obligado a someterse a Ben Marida, a causa de la avidez que ha demostrado por sus tierras y de la proximidad de éstas a sus propias posesiones. No pensamos que puedas mostrar debilidad para con ellos, ni encontrar obstáculos a su castigo, ni diferir su expulsión de la parte de tu territorio que han ocupado. Pero tú puedes calcular (mejor que nosotros) desde tu residencia el grado de resistencia que pueden oponerte. Si alguna vez Alá por Su poder, Su pureza, Su bondad y Su gracia nos restituye un día nuestro imperio de Oriente y las antiguas posesiones de nuestros antepasados, podremos examinar estas cuestiones para bien de nuestros intereses y de los tuyos, con el cuidado de mantener a la vez nuestra autoridad y la tuya, y podremos entonces apreciar el valor de la asistencia que nos prestes, tal como la invo-

cas y según nos aconsejas usar de ella, como puede apreciarla un amigo frente a otro amigo, y el que recibe testimonios de afecto frente al que se los da. Y entonces no podrás sino ganar cerca de nosotros, por haber respetado los derechos que nos pertenecen y por haber contribuído a que nos sean conservados.

Hemos hecho introducir junto a nosotros al embajador Qartiyus; le hemos interrogado sobre lo que le has recomendado que nos trasmitiera y sobre todo lo que un amigo debe saber en lo que atañe a la situación de otro amigo. Te enviamos como portador del presente mensaje dos embajadores elegidos entre los personajes notables de nuestra corte. Confiándoles tu respuesta escríbenos cómo van las cuestiones sobre las cuales nos has dirigido tu primera carta y haznos conocer lo que interesa que sepamos de tu situación de una manera confidencial y del estado de paz que gozas. Podremos así examinar con conocimiento de causa las proposiciones que encargues nos trasmitan nuestros embajadores, teniendo en cuenta, bien entendido, lo que nos comunicarán de tu parte, si place a Alá.

Del *Chadzwat al-Muqtabis* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Bizantion, XII, Bruxelles, 1937).

## NOTICIAS SOBRE LA PRIMERA INVASION NORMANDA EN ANDALUCIA

*También llegaron a España los normandos que habían asolado las costas atlánticas de los Países Bajos, de Inglaterra y de Francia y que habían logrado ocupar ricas comarcas en tales naciones. Los feroces astures y los bravos gallegos lograron rechazarlos de las costas del Noroeste. En la Andalucía musulmana hicieron grandes estragos. Amenazada Córdoba, el gobierno hubo de pedir socorro a los fuertes celtíberos del valle del Ebro, que regía, en rebeldía frente a los emires, el renegado "Muza", de la familia de los "Beni Casi". Sus huestes consiguieron vencer a los invasores y expulsarlos del valle del Guadalquivir; pero los cronistas arábigos no coinciden al referir el suceso. He aquí uno de sus relatos.*

Abd al-Rahman también mandó construir la aljama de Sevilla y los muros de esta ciudad, con motivo de haberse apoderado de ella los machuses (normandos) cuando entraron en el año 230 [844]. La invasión (normanda) tuvo lugar en su tiempo, y la gente, asustada, huía a la llegada de aquéllos; los sevillanos evacuaron la ciudad y huyeron hacia Carmona y los montes de Sevilla. Como ninguno de los del Occidente de España se atrevía a combatirles, tuvo que reclutarse gente en Córdoba y comarcas circunvecinas; y salieron los ministros con los hombres que en ellas se



reclutaron. Antes, sin embargo, se había llamado a las armas a los que servían en las fronteras, ya desde el principio del movimiento de los machuses, cuando desembarcaron en el Extremo Occidente, y tomaron la tierra de Lisboa. Los ministros acamparon con el ejército cordobés en Carmona, pero no se atrevieron a atacar al enemigo, por ser demasiado bravo, hasta que llegaron las tropas de frontera. En las mismas se hallaba Musa ben Qasi, a quien Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, se había procurado atraer y ablandarle algo, recordándole los lazos de clientela con Al-Walid, hijo de Abd al-Malik, por cuya mediación se había convertido el abuelo de aquél al islamismo. Musa vino con un grande ejército; pero al llegar frente a Carmona se separó de todas las tropas de frontera y del ejército de los ministros y acampó aparte.

Al unirse los fronterizos con los ministros preguntaron aquéllos acerca del movimiento del enemigo, y éstos les hicieron saber que solían salir todos los días destacamentos en dirección a Firix y Lecant y hacia la parte de Córdoba y Morón; preguntaron además si era posible preparar una celada escondiéndose en las inmediaciones de Sevilla, y les indicaron la alquería de Quintos de Muafar, que está al Sur de esta ciudad. Fuéronse allá, pues, a medianoche, y se pusieron en emboscada. En una iglesia antigua que había allí, hicieron subir a un vigía a la parte más alta del edificio, llevando un haz de leña. Al apuntar la aurora, salió (de Sevilla) un grupo de 16.000 machuses, en dirección a la parte de Morón. Cuando estuvieron frente a la alquería, aunque hizo señal el vigía, se abstuvieron de salir los emboscados, a fin de que se fueran alejando, y una vez alejados, se interpusieron entre ellos y la ciudad y los pasaron todos a degüello. En seguida se adelantaron los ministros, entraron en Sevilla y encontraron al gobernador de la misma sitiado en la alcazaba. El les salió al encuentro, y los sevillanos volvieron a la ciudad. Además del destacamento que fué pasado a cuchillo, habían salido dos destacamentos de normandos, uno a la parte de Lecant y otro a la parte de Córdoba, hacia Benilait; pero después que los normandos que estaban en Sevilla supieron la arrogancia y avance del ejército y la muerte del destacamento que había salido hacia la parte de Morón, huyeron a sus naves y echaron río arriba hasta el castillo de Azaguac; encontraron a sus compañeros, y una vez éstos embarcados dieron la vuelta siguiendo la corriente del río abajo. En esta situación, se puso la gente a insultarles y arrojarles piedras con las hondas. Al llegar una milla más abajo de Sevilla, dijeron en alta voz a los que les apedreaban: "Si queréis que haya rescate, dejadnos". Pararon entonces de apredrearlos y ellos permitieron rescatar a los que tenían prisioneros. La mayor parte fueron rescatados, pero no tomaron oro ni plata; solamente admitieron ropa y comestibles. Después se alejaron de Sevilla y se dirigieron a Nacor, donde hicieron prisionero al abuelo de Ben Salih, al cual rescató Abd al-Rahman ben Al-Hakam. A este favor se debe la influencia que los Banu Umayya han tenido con los Banu al-Salih. Inmediatamente devastaron a la vez las

dos costas del mar, hasta que llegaron a los países de los bizantinos y a Alejandría, en este viaje que duró catorce años. Los ministros aconsejaron que se reedificasen los muros de Sevilla, y fué encargado de la obra Abd Allah, hijo de Sinan, que era un siriaco, cliente de Abd al-Rahman, que había sido íntimo suyo cuando todavía era infante, y a quien después, al subir al trono, le había dado un alto empleo en palacio. Había hecho la peregrinación a la Meca, y al venir de ella coincidió este movimiento. Las murallas de Sevilla se construyeron ensanchando el recinto. El nombre de Abd Allah, hijo de Sinan, se escribió sobre las puertas de la ciudad.

Entonces, para precaver cualquier eventualidad, ordenó Abd al-Rahman que se construyese una atarazana en Sevilla y que se fabricasen barcos; se preparó la fábrica reclutando hombres de mar de las costas de España, a quienes dió buenos sueldos y proveyó de instrumentos o máquinas para arrojar betún ardiendo. De este modo, cuando los normandos hicieron la segunda incursión en el año 244, en tiempos del emir Muhammad, se les salió al encuentro en la embocadura del río de Sevilla y se les puso en fuga; les quemaron algunas naves y se marcharon.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 50-53).

## ALZAMIENTO Y SUMISION DE LAS BALEARES

*Como antes los cordobeses del arrabal y los moradores de Toledo, y como en seguida los mozárabes de Córdoba, los Banu Marwan de Mérida y los Banu Muza de Aragón, también se alzaron las Baleares contra los Omeyas. Las reconquistó una poderosa flota de trescientos buques enviados contra ellas por Abd al-Rahman II, en 848. La noticia sobre tal empresa consignada en la carta de amán del emir —uno de los documentos oficiales hispano-musulmanes más antiguos llegados hasta hoy— nos descubre que todavía a mediados del siglo IX eran cristianos los habitantes de Mallorca y Menorca, y la importancia numérica y ofensiva de la marina de los emires cordobeses a la sazón, después de su reorganización por el príncipe citado tras los desastres de la invasión normanda.*

En 234 [5 agosto 848], el príncipe [Abd al-Rahman II] envió contra los mallorquines tropas encargadas de combatirles, para castigarles y para abatir su orgullo, porque sin respetar los tratados, hacían daño a los navíos musulmanes que pasaban por sus aguas. Trescientos buques les atacaron y Alá, favoreciendo generosamente a los nuestros, les otorgó la victoria, de suerte que conquistaron la mayor parte de las islas.

En 235 [26 julio 849] los habitantes de Mallorca y de Menorca dirigieron a Abd Al-Rahman una carta en que le exponían los sufrimientos que



les infligían los musulmanes. El emir les respondió en términos que voy a reproducir en parte: "Después de los cumplimientos habituales: He recibido la carta en que me exponéis lo que os concierne, la incursión de las tropas que he enviado para combatiros, la situación miserable a que han sido reducidos vuestros hijos y vuestros bienes; las sumas que habéis debido pagar, la inminencia de una total destrucción a la que estáis expuestos. Me pedís que tome vuestra causa por mi cuenta y que acepte vuestra oferta de pagar tributos y de renovar los tratados mediante la promesa por vuestra parte de obediencia y fidelidad a los musulmanes, de abstención de todo acto reprensible y de pago exacto de aquello a que estéis obligados por vuestras personas. Esperamos que el castigo que os ha sido infligido os servirá de corrección y os impedirá reincidir (en vuestra rebelión). Y en consecuencia, os concedemos el pacto y la protección consentida por Alá.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 145).

## RELATO LEGENDARIO DE LA EMBAJADA DEL POETA AL-GAZAL ANTE UN REY NORMANDO

*Abd al-Rahman II mantuvo activas relaciones diplomáticas con los soberanos de su época. Al mismo tiempo que organizó el Estado y la corte y procuró el avance cultural de la España musulmana, practicó en lo exterior una política de prestigio. A ella respondió el envío del poeta-historiador Al-Gazal, como embajador, cerca de uno de los reyes normandos. Refirió su misión otro poeta-historiador contemporáneo: Tammam ben Alqama. Hubiéramos deseado mayores precisiones en el relato. Perdonemos a los dos poetas que, al referir de palabra, el uno, y por escrito, el otro, la aventura, dieran preferencia a la poesía sobre la historia.*

"Cuando el embajador del rey de los Magos (normandos) llegó cerca del sultán Abd al-Rahman (II) para pedirle la paz, después de haber salido aquéllos de Sevilla, de haber atacado sus alrededores y de haber sido dispersados por las tropas de Abd al-Rahman, y cuando ya había sido muerto el jefe de su flota, Abd al-Rahman resolvió contestarles que accedía a su petición. Mandó, pues, a Al-Gazal que fuese en embajada con el emisario del rey de aquéllos, en atención a que Al-Gazal estaba dotado de un ingenio sutil y ligero, poseía habilidad para la réplica clara y contundente, había demostrado sobrado valor y audacia, y sabía entrar y salir por todas las puertas (traducción literal). Acompañado, pues, de Yahya ben Habib se trasladó a Silves, donde se les había preparado una embarcación provista de todo lo necesario. Eran portadores de una respuesta a la petición del rey de

los Magos y de un regalo para corresponder al que había recibido el sultán español. El embajador del rey normando entró en otra embarcación, aquella en que había venido, y las dos embarcaciones zarparon al mismo tiempo. A la altura del gran promontorio que penetra en el mar, límite de España en el extremo occidental, y que es la montaña conocida con el nombre de Aluwiya fueron sorprendidos por una tempestad.

"Pasado este peligro, Al-Gazal llegó al límite del país de los Magos en una de sus islas. Se detuvieron allí algunos días para reparar las averías de las naves y descansar de las fatigas de la travesía. Luego la embarcación de los Magos hizo vela en dirección a la mansión del rey, con objeto de noticiarle la llegada del embajador. El rey se alegró, y cuando hubo dado las órdenes oportunas para que se presentaran los españoles, éstos se trasladaron al sitio en que aquél residía. Era éste una gran isla en el Océano, donde había corrientes de agua y jardines; hallábase a tres jornadas, es decir, a 300 millas de la tierra firme o del continente: había allí gran número de magos, y a su alrededor aparecían muchas otras islas, grandes y pequeñas, todas habitadas por Magos, como asimismo parte del continente: es aquél un gran país que exige muchos días para recorrerle. Sus habitantes eran entonces paganos (Magos); pero ahora son ya cristianos, pues han abandonado el culto del fuego, que era su antigua religión; solamente los habitantes de algunas islas lo han conservado: en aquel país todavía se dan casos de contraer matrimonios con la madre o la hermana, y otras abominaciones por el estilo. Con esta gente los otros Magos más civilizados está en continua guerra y los reducen frecuentemente a la esclavitud.

"El rey mandó que se preparase a los españoles un magínfico hospedaje. Envió algunas personas a su encuentro, y los Magos se agolparon para verlos, de manera que los españoles pudieron observarlos de cerca en su manera de vestir, admirándose de ello. Dos días después de su llegada, el rey los llamó a su presencia; pero Al-Gazal puso por condición que no se le obligara a inclinarse ante el monarca, y que tanto él (Al-Gazal) como su compañero no debían de alterar en lo más mínimo sus costumbres. El rey accedió a todo ello; pero cuando llegaron a la sala de recepción donde los esperaba el soberano adornado con magníficas vestiduras, se encontraron los embajadores con que, según las órdenes del rey, se había hecho la puerta tan sumamente baja que no se podía pasar por ella sin inclinarse. Entonces Al-Gazal sentóse en el suelo, y apoyado en las partes traseras y ayudándose con su pies, traspasó el umbral, levantándose al punto que hubo penetrado en la estancia regia.

"El rey había reunido gran cantidad de armas y valiosos objetos; pero Al-Gazal no dió muestra alguna de asombro ni temor, y permaneciendo en pie dijo lo siguiente: "Salud y bendición a vos, ¡oh, rey! y a todos los que se hallan en vuestra presencia. Ojalá podáis gozar largo tiempo de la gloria, de la vida, de la protección que pueda conduciros a la grandeza en este mundo y en el otro, que durará eternamente, donde estaréis en la presencia de Dios vivo y eterno, el único Ser que no es perecedero. El es el que reina y a El habremos de volver". Habiendo traducido el intérprete estas palabras, el rey se admiró de ellas, y dijo: "Este debe ser uno de los sabios de su país y un hombre de ingenio". Sin embargo, hallábase sorprendido de que Al-Gazal se hubiese sentado en el suelo y que hubiese entrado en la morada regia con los pies hacia adelante. "Nosotros teníamos intención de humillarle, pero él ha tomado la revancha mostrándonos desde luego la planta de sus pies. Si no fuese embajador, nos ofenderíamos por este acto".



"Presentó luego Al-Gazal la carta del sultán Abd al-Rahman, leyéronla y tradujéronla. Al rey le pareció hermosa: la cogió con sus manos y la guardó en su seno. Mandó luego que se abriesen los cofres que contenían los regalos; examinaron las telas y los vasos preciosos, mostrándose de ello muy satisfecho, y permitió a los españoles que volviesen a su alojamiento, donde recibieron una asistencia muy esmerada.

"Durante su permanencia en el país de los Magos, Al-Gazal contrajo con ellos muchas relaciones: tan pronto disputaba con sus sabios reduciéndolos a silencio, como luchaba con sus mejores guerreros propinándoles sendos golpes.

"Habiendo oído hablar de él la esposa del rey de los Magos, quiso verle y le mandó llamar. Llegado a su presencia la saludó; luego la contempló largo rato, como dominado por la admiración. "Pregúntale, dijo ella a su intérprete, por qué me mira tan detenidamente: si es porque me encuentra muy bella, o acaso por la razón contraria". La respuesta de Al-Gazal no se hizo esperar: "La razón de ello, dijo, es que yo no esperaba encontrar en el mundo un espectáculo semejante. Yo he visto cerca de nuestro rey mujeres escogidas entre las más bellas de todas las naciones; pero no he visto jamás una belleza que se aproximase siquiera a la de ésta". "Pregúntale, dijo la reina al intérprete, si es que bromea o habla en serio". —"Seriamente", replicó él: "¿Pues acaso no hay mujeres hermosas en tu país?", preguntó ella. "Mostradme, dijo Al-Gazal, algunas de vuestras damas, a fin de que pueda yo compararlas con las nuestras". Habiendo la reina hecho venir a las que pasaban por más hermosas de la corte, nuestro embajador las fué examinando de la cabeza a los pies, y luego dijo así: "Hermosas son ciertamente; pero su belleza no es comparable con la de la reina, pues la belleza de ésta y todas sus demás cualidades no pueden ser apreciadas en su justo valor por cualquier persona, sino únicamente por los poetas; y si la reina quiere que yo describa su belleza, sus buenas cualidades y su inteligencia en un poema que será recitado en todas nuestras comarcas, lo haré muy a gusto". La reina, halagada en su amor propio mujeril, saltaba de gozo y mandó se le hiciese un regalo; pero él se negó a aceptarlo. "Pregúntale, dijo entonces la dama al intérprete, por qué lo rehusa: ¿es acaso por desprecio al regalo o a mí?" Habiendo ejecutado el intérprete sus órdenes, respondió entonces Al-Gazal: "Su regalo es magnífico, y considero un gran honor recibir de ella cualquier obsequio, pues es reina e hija de rey; mas el obse-

quio que a mí me basta es el haber tenido la dicha de verla y de haber sido recibido bondadosamente por ella. He aquí el mayor regalo que ella pudiera hacerme; y si aun quiere obsequiarme más, que me permita venir aquí a toda hora". Esta respuesta, que fué traducida por el intérprete, hubo de acrecentar más y más la satisfacción de la reina, la cual dijo entonces: "Quiero que se lleve este regalo a su casa, y le permito que venga a visitarme cuantas veces guste: jamás mi puerta estará cerrada para él, y le recibiré siempre con la mayor benevolencia". Al-Gazal dióle las gracias, pidió para ella la bendición del cielo y se despidió.

"Tammam ben Alqama dice: "Cuando yo oí de labios de Al-Gazal este relato, le pregunté: —¿Era ella tan hermosa como le manifestabas? Ciertamente, respondió él, no era fea; pero a decir verdad yo necesitaba de ella, y al hablarle como yo lo hacía, me granjeaba su aprecio y conseguía más de lo que yo mismo podía esperar".

Tammam ben Alqama añade: "Uno de sus compañeros me ha contado lo siguiente: La esposa del rey de los Magos de tal modo simpatizó con Al-Gazal, que no podía pasar un día sin verle. Si no iba él, ella mandaba llamarle, y pasaba algún tiempo en conversación con él, hablándole de los musulmanes y de su historia, del país que habitaban, de los pueblos comarcanos, y por lo general, después de haberse despedido de ella para volver a su residencia, ella le enviaba un regalo, consistente en telas, manjares, perfumes o cosas parecidas. Estas visitas frecuentes bien pronto excitaron la curiosidad pública: los compañeros de nuestro embajador se disgustaron por ello, y le aconsejaron que fuese más prudente. Y como él comprendiese que podían tener razón, ya en adelante fueron más raras sus visitas a la reina. Esta le preguntó la causa de aquel cambio, y él no se la ocultó. Su respuesta la hiza sonreír. "Los celos, dijo ella, no existen en nuestras costumbres. Entre nosotros las mujeres no están con sus maridos sino mientras que ellas lo tienen a bien, y una vez que sus maridos han dejado de agradarles los abandonan".

Del *Matrib* de Ben Dihya (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 39).

## EN DEFENSA DE LOS MARTIRES CORDOBESES

*Como ya queda dicho, tras un siglo de quietismo silencioso, fruto del estupor producido por la conquista, los españoles adquirieron conciencia de su fuerza frente a la insignificante minoría de orientales y de africanos que los regía y explotaba. Esa convicción engendró una corriente eléctrica de inquietud nacional, cuyo primer chispazo estalló en Córdoba entre los españoles conversos al Islam y produjo la llamada Revolución del Arrabal. Esa corriente levantó pronto en armas a los españoles —maulas y mozárabes— en todo el ámbito de la Península. Ese mismo íntimo y conturbado desasosiego lanzó al martirio a los cristianos de la capital de Al-Andalus en los días de Abd al-Rahman II. En el centro del poder musulmán y tras la derrota y destierro de los rebeldes contra Al-Hakam, no podía manifestarse de otra forma la excitación nacionalista. Sólo así puede comprenderse el período de persecución y martirios, que en vano se intentara explicar como fenómeno inconexo. Como todos los graves procesos históricos, comenzó por un suceso sin relieve. Pero allí estaba pidiendo vía libre la electricidad acumulada y estalló la tormenta. Los cristianos injuriaron a Mahoma, buscando el martirio. Espíritus encendidos de noble pasión, de gran fervor y de férvida elocuencia avivaron la hoguera. La crisis alarmó a los tibios, cautos y prudentes, que temieron perder sus puestos en la corte o en la administración. El gobierno musulmán también se alarmó. Como sucesores de los reyes godos, los emires se habían arrogado la regia potestad sobre la Iglesia y nombraban obispos y convocaban concilios. Abd al-Rahman congregó uno, para que tratara de la cuestión que agitaba a la mozarabía. Lo presidió Recafredo, metropolitano de Sevilla. Llevó en él la voz del emir, Gómez, un cristiano muy culto que servía en palacio. Muchos mozárabes, temerosos de que la riada pudiera arrastrales, habían incluso puesto en tela de juicio la santidad de los sacrificados y su misma condición de mártires. El pensamiento penetrante y la pluma brillante del más exaltado y fervoroso, y a la par del más genial de los sacerdotes cristianos de Córdoba, salió a la palestra en defensa de los que habían sufrido el martirio. Y el concilio no se atrevió a condenarlos, aunque prohibió a los mozárabes aspirar a la muerte de los mártires. He aquí una parte del alegato de San Eulogio en defensa de los caídos.*



"Bien conocéis los errores gravísimos y groseros que, aconsejado por Satanás, predicó Mahoma, fundando una secta y herejía de las más terribles que han aparecido desde la Ascensión del Señor; secta que, separando muchas naciones de la Iglesia católica, ha perdido innumerables almas. Despreciando las profecías, infamando la doctrina de los Apóstoles y conculcando la verdad del Santo Evangelio fingió y predicó tamaños absurdos como negar la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien reconoce, sin embargo, como el Verbo de Dios y como un gran Profeta, prometiendo un paraíso todo henchido de gula y deleites carnales, y enseñando otros errores y delirios no menos monstruosos que, como sabéis, fueron dignamente refutados en un opúsculo por mi sabio y elocuente maestro, el ilustre Abad Esperaindeo, gran luminar de la Iglesia en nuestros tiempos. Errores e impiedades, en fin, tan varios y tan estupendos, que para refutarlos han tenido que escribir muchos comentarios y volúmenes algunos de nuestros filósofos y doctores. Pero con más energía y valor salieron a refutarlos nuestros gloriosos confesores, dando testimonio de la verdad con sus propias

vidas. Primeramente lo dió el santo sacerdote Perfecto, cuya fortaleza quitó a muchos el miedo de morir por la confesión de la verdad; siguióle el invencible confesor Juan, mostrándose ambos en los tormentos dignos por su fe y abnegación de la gloriosa palma del martirio. Mas si éstos fueron arrastrados a la pasión por la perfidia de los infieles, alentados con sus ejemplos, otros muchos, ansiosos por ganar la misma corona, concurrieron en santo tropel a la palestra, denostando al enemigo de Dios y alabando al Divino Redentor, por cuya gracia y virtud nada temían en el mundo y todo lo esperaban en el cielo. ¡Ojalá que este libro contribuya a transmitir a la posteridad sus gloriosas hazañas para honra del cristianismo!

"En vano infieles y cristianos han querido despreciar y ultrajar tan altos ejemplos: aquéllos por arrebatarnos una gloria tan legítima, y éstos por no creerse capaces de imitarlos; en vano unos y otros ponen contra la realidad y gloria de sus martirios repetidas objeciones. Alegres los paganos por ver vengada con tantas muertes la injuria de su pretendido Profeta, nos dicen: Si la fe por que morís es acepta a Dios, ¿cómo su omnipotencia no obra algún milagro que atemorice a vuestros enemigos e ilustre la verdad que proclamáis? ¿Por qué os sacrificáis sin provecho alguno vuestro ni detrimento de nosotros?" Mas no es de extrañar que así discurran los infieles: lo extraño y doloroso es que la mayor parte de los cristianos nos objetan del mismo modo, dudando de la verdad de unos martirios que no han sido confirmados por grandes maravillas. No hay por qué admirarse, ¡oh fieles! de la falta actual de milagros, pues ni el don de hacerlos se ha concedido a todos, ni son propios de todos los tiempos y circunstancias. Leemos en el Evangelio que el mismo Redentor, hallándose entre sus compatriotas, no hizo allí los prodigios que obraba largamente en otras partes, y esto no por falta de poder, sino por la incredulidad de sus oyentes. Esto cabalmente sucede aquí en medio de tantos infieles e incrédulos. En los primeros tiempos de la Iglesia abundaban los milagros, porque entonces todas las gracias del cielo eran necesarias para arraigar sólidamente el naciente árbol del cristianismo, mas ahora ¿qué mérito tendría el que creyesen, no por las palabras y promesas de Dios sino por extraordinarios portentos? Como don gratuito de Dios y que muchas veces en su misericordia le ha concedido a los malos, no ha de recomendar al que los obre como la santidad de su espíritu y doctrina, sus virtudes y caridad. Esta es la mayor recomendación de nuestros ínclitos mártires, en quienes brillaron todas las virtudes, y principalmente la fe, raíz y fundamento de todas. Recibid, pues, como mayor argumento de santidad, la muerte que sufrieron por Dios, que no los mayores prodigios que pudieran obrar. "Otra objeción nos oponéis mucho más poderosa en vuestro concepto. Decís: No podemos incluir en el catálogo de los santos a estos mártires de nueva y profana especie, que, sin sufrir violencia alguna en su fe y culto, se han lanzado voluntariamente al peligro instigados de su soberbia (así os expresáis) y del odio que profesan a los enemigos de la religión. Continuamente están en nuestras



bocas esos preceptos del Evangelio: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; haced bien a los que os persiguen y calumnian para que seáis dignos hijos de vuestro padre que está en los cielos. Con éstas y otras razones procuráis infamar la memoria de los soldados de Cristo. Pero estos varones santos, que, inspirados y movidos por el cielo, se arrojaron a la muerte por la profesión de la verdad, ni abrigaron la intención y espíritu que les suponéis, ni se apartaron en nada de los expresados mandamientos. Porque amando verdaderamente por causa de Dios a sus enemigos y deseando con viva solicitud su salvación, los arguyeron celosamente para que no viviesen más tiempo enredados en el laberinto de la impiedad; y haciendo bien a los mismos que aborrecen a Cristo creyeron que mejor moverían sus duros corazones con el ejemplo de su sangre vertida, que no por palabras de enseñanza, para que al fin, depuestos sus errores, abrazasen la fe salvadora del Divino Redentor. Bien les habéis visto imitar al Hombre Dios, cuando llevados al suplicio maldecidos, no devolvían las maldiciones; golpeados, no se quejaban; conminados, guardaban silencio, censurando e impugnando tan solamente lo que ofende al mismo Dios, es a saber: la pretendida misión de aquel hombre vano, perdido, que animado con un espíritu satánico, no temió contarse en el número y jerarquía de los profetas y evangelistas. Al confesar la verdad los gloriosos soldados de Cristo, ¿no les era forzoso condenar y detestar el error de sus enemigos y denunciar las abominaciones del impostor? ¿No seguían en esto la doctrina del verdadero Maestro, que instruyó a sus discípulos, diciendo: Quien me hubiese confesado delante de esta generación adúltera y pecadora, a éste le confesará el Hijo del Hombre cuando venga con la gloria de su Padre y de los Santos Angeles?

"Afirmáis que sin violencia, persecución ni molestia alguna de parte de los infieles, nuestros mártires se han levantado temerariamente para zaherir y provocar a los que, tolerantes y liberales, autorizan la profesión del cristianismo. Pues ¿creéis que no sufrimos molestia alguna con la destrucción de nuestras basílicas, con el oprobio e insulto de nuestros sacerdotes y con el pesado tributo que con gran angustia y fatiga pagamos todos los meses, siendo menos dolorosa una muerte que acabe de una vez con tantas calamidades que la penosa agonía de una vida sustentada con tanta penuria y estrechez? ¿Por ventura alguno de vosotros puede pasar con seguridad por donde están ellos ni librarse de sus ultrajes y denuestos? Cuando obligados por cualquier necesidad y menester de la vida nos presentamos en público y de nuestro mísero tugurio salimos a la plaza, si los infieles ven en nosotros el traje e insignias de la Orden sacerdotal, nos aclaman burlescamente como a locos o a fatuos, aparte del cotidiano ludibrio de sus muchachos, que no satisfechos con sus insultantes gritos, nos persiguen incesantemente a pedradas. Ellos abominan del nombre cristiano; prorrumpen en las maldiciones y blasfemias más brutales cuando oyen la religiosa voz de nuestras campanas; se tienen por contaminados y sucios sólo con acercarse a nosotros y

rozarse con nuestros vestidos o con que tengamos la menor intervención en sus cosas; en fin, nos calumnian y persiguen sin cesar, y nos atormentan continuamente por causa de nuestra religión.

¿Y aun os atreveréis a asegurar que gozamos de libertad religiosa y que no debemos contar entre los verdaderos mártires a los que sin verse obligados a apostolar, han buscado voluntariamente la muerte, desafiando la justicia musulmana? Y aun cuando así fuese, recordad, os ruego, el ejemplo de aquellos siete hermanos que padecieron con Julián y Basilisa, los cuales, pudiendo ejercer con toda libertad el culto católico, por ser de linaje imperial, luego que vieron batallando en su pasión al bienaventurado San Julián, ansiosos de ganar las mismas palmas corrieron voluntariamente al martirio. ¿No murieron de semejante manera los Santos Emeterio y Celedonio, San Félix de Gerona, San Sebastián, San Tirso, San Adriano, San Justo y San Pastor, Santa Eulalia de Barcelona, San Babilas y otros muchos que, presentándose espontáneamente, fueran coronados? Y por lo mismo, diré yo con un sabio escritor: Deben contarse entre las primeras dignidades del reino de los cielos estos que vinieron a la pasión sin ser forzados, porque es mayor heroísmo presentarse a los tormentos cuando no hay culpa en retraerse. Pero en verdad es forzoso confesar que hay crimen en ocultarse cuando la confesión de nuestra fe exige la predicación y pide el testimonio, cuando sólo de esta manera puede brillar a los ojos de los infieles e incrédulos la luz y gloria de nuestra creencia.

"Objétannos también nuestros adversarios la corrupción que sufren los cuerpos de estos mártires. Pero yo pregunto: ¿qué perjudica esta disolución de la carne a los ya coronados en el cielo? Polvo y heno es nuestra carne, y toda su gloria como la flor del campo. Corrupción han sufrido los cuerpos de muchos santos, y en polvo se han convertido, según la sentencia impuesta a todos los hombres en Adán, sin que esto haya disminuído en nada la gloria inmortal de sus almas.

"Por lo tanto, yo os ruego, ¡oh hermanos nuestros y bienaventuradas hermanas en Cristo! que no os dejéis arrastrar por las afirmaciones y conjeturas infundadas de los incrédulos e ignorantes para concebir el menor escrúpulo contra los soldados de Dios. ¡Ay de los que en obsequio de los mismos infieles, y por no perder los honores y bienes del siglo, denuestan a los que se sacrificaron por Dios y anatematizan a los que se atreven a imitarlos, teniendo a la virtud por pecado y convirtiendo en tinieblas la luz! Resistir debemos a todo trance a los adversarios de la justicia, y de ningún modo dilatar la muerte del cuerpo en pro de la defensa de la verdad. No todos, ciertamente, sirven para estas luchas; pero alabemos la magnitud de aquellos que en premio a sus virtudes han recibido inspiración y aliento divinos, sacrificándose por sus hermanos. Ni falta para ello ocasión oportuna: la persecución arrecia contra nosotros. En vano se alaba y se pondera como un insigne privilegio el que los sectarios del mismo vate, a quien públicamente se injuria, nos dejan alzar aún el estandarte de la fe cristiana.



Como si esto hubiera de agradacerse a la tolerancia de nuestros enemigos y no antes a los designios de la Providencia que conservó a los Patriarcas, Profetas y Apóstoles en medio de las gentes más fieras, ensalzándolos en gloria y dignidad, según aquella promesa consoladora: Yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo. No se debe, no, la conservación y custodia de nuestra Iglesia a un beneficio de ese pueblo impío en cuyo poder cayó por nuestras culpas el cetro de España después de la triste ruina del reino godo, en cuyos venturosos días florecía sobremanera nuestra santa religión con un venerable y digno sacerdocio y con suntuosas basílicas. Si aun subsiste entre nosotros, aunque atribulada y perseguida, la Iglesia católica, esto se debe a la gracia del Redentor, a la asistencia continua de Aquél que había dicho: como el lirio entre las espigas, así mi amiga entre las hijas, y en otro lugar: En medio de una nación mala y perversa brilláis como luminares que sois del mundo.

"¿Puede abrigarse duda racional acerca del motivo, de la intención que arrastró al suplicio a estos soldados de Jesús? ¿Quién les impulsó a perder la vida sino un vivo y ardentísimo deseo de dar su sangre por su Redentor y ganar así la querida patria eterna? Creed, por lo tanto, conmigo y con cuantos piensan pía y religiosamente, que son verdaderos mártires los que entre nosotros han sucumbido por la fe y por la justicia, y tributándoles la debida veneración decid: Muramos nosotros con ellos y sean nuestras postrimerías semejantes a las suyas. Honrad, pues, las santas memorias de los que han muerto por Cristo, porque en ello hay gran mérito y recompensa; bien sabéis qué preciosa ante el Señor es la muerte de sus santos. ¿Qué menos parte podemos tomar en la gloria y el merecimiento de su martirio? ¿Por qué no hemos de contribuir al acrecentamiento de fe y de piedad que deben producir tan altos ejemplos? Honremos a los amigos de Dios, busquemos su patrocinio, que: quien a ellos ama a Dios ama, y quien los recibe a Dios recibe. De nosotros han salido; por nuestra fe han combatido y triunfado. Dios los habrá recibido como primicias y ofrenda de nuestra piedad religiosa, y por ello ha de favorecernos con sus gracias. Yo he tenido la satisfacción de animar a algunos de ellos para la batalla, y aunque personalmente no haya entrado en ella, les he proporcionado armas con que militasen. También puedo decir que entre esos mártires he enviado al cielo algunos deudos y amigos, como mi pariente Pablo, y Sancho mi oyente. Pero todos somos una sola cosa en Cristo, y yo no vindico para mí una gloria que a todos nos interesa. Sean el gozo y la satisfacción comunes a todos; sean aceptas igualmente a todos memorias tan santas. Reunamos todos nuestras plegarias y deseos, dando gracias a Dios por haber renovado para nosotros aquellos tiempos venturosos de persecución, de merecimiento y de gloria en que la Iglesia cristiana amontonaba piedras para el edificio sublime y magnífico de la celestial Jerusalén. Así, pues, yo os dirijo una y otra vez la palabra, ¡oh soldados de Dios, esforzados guerreros, testigos abonados, mártires de Cristo, partícipes del reino eternal! yo os ruego que

intercedáis por mí ante el Señor, logrando que en esta vida esté unido con El y le sirva fielmente y librándome de las penas merecidas por mis culpas: aceptad, pues, este libro que, con el título Memorial de los Santos, pregona la gloriosa memoria de vuestros hechos".

Del *Memoriale Sanctorum* de SAN EULOGIO (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 405).

## RETRATO DE SAN EULOGIO

*La gran figura de la mozarabía cordobesa era Eulogio. Pertenecía a una ilustre familia que guardaba el recuerdo de su abolengo senatorial. Su padre era de un cristianismo apasionado, que le llevaba a odiar a los muslimes. Sus hermanos se dedicaron al comercio y uno obtuvo un puesto en la administración. Eulogio se consagró al sacerdocio. Dotado de gran talento, adquirió una cultura extraordinaria. Los mozárabes se sentían seducidos por el brillo de las letras árabes y habían abandonado las latinas. Eulogio fustigó su descuido y procuró restaurar el gusto por la tradición clásica. Trajo para ello de Pamplona las obras de Horacio y de Virgilio. Pero su misión histórica fué la de trocarse en el alma del partido cristiano exaltado. Espíritu de fuego, defendiendo a los mártires, alentó a muchos hermanos a morir por Cristo. Fué encarcelado varias veces, la iglesia de Toledo le eligió metropolitano de España y al cabo sufrió también el martirio el 11 de marzo de 859. Alfonso III de Asturias impuso a Córdoba como condición de paz, tras su victoria en Polvoraria, en 877, el rescate de su cadáver sagrado. He aquí su retrato moral, por la pluma de Alvaro, su condiscípulo en las lecciones del abad Speraindeo.*

Era un varón que sobresalía en todo linaje de obras y merecimientos; que a todos socorría en proporción de sus necesidades, y que aventajando a todos en ciencia, se tenía por el menor entre los menores. Su rostro era claro y venerable; su palabra, elocuente; sus obras, luminosas y ejemplares. Escritor elegante y sapientísimo, él alentaba a los mártires y él componía sus elogios. ¿Qué lengua bastaría para celebrar dignamente el fuego de su ingenio, la elocuencia de sus palabras, el fulgor de su ciencia, y la dulzura de su trato? ¿Qué libros dejó de consultar; qué escritos de católicos, de filósofos, de herejes ni de gentiles se le ocultaron? ¿De dónde hubo obras en verso y en prosa, historias, himnos y tratados peregrinos que se escondiesen a su investigación? Su afán por aprender, su solicitud por instruirse, eran infatigables, pero con tan bueno y generoso ingenio, que no quería saber nada para sí solo, comunicándolo todo a los demás... Renovando con la obra los hechos insignes de los antiguos varones, supo reunir en sí la



severidad de San Jerónimo, la modestia de San Agustín, la suavidad de San Ambrosio, la paciencia de San Gregorio, ora para corregir yerros, ora para atemperarse a los menores, ora para calmar a los mayores, ora, en fin, para sufrir las adversidades".

De la *Vita divi Eulogii* de ALVARO DE CÓRDOBA (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 480).

## PERSECUCION

*El espíritu de llama y la elocuente palabra de San Eulogio trazan aquí un cuadro sombrío del estado de la Iglesia bajo la persecución que padeció la mozarabía y, de paso, lanzan una saeta inflamada contra los acomodaticios.*

"La cristiandad española, en otro tiempo tan floreciente bajo la dominación de los godos, ha caído por los altos juicios de Dios en poder de los sectarios del nefando Profeta, arrebatada por ellos la hermosura de sus iglesias y la alta dignidad de sus sacerdotes. Por nuestros pecados ha pasado nuestra herencia a manos ajenas y nuestra casa a gente extranjera. Nuestras aguas las bebemos por el dinero y tenemos que comprar nuestras propias maderas. No hay ya quien nos redima de las manos de los infieles, que, oprimiendo nuestros cuellos con un yugo gravísimo, procuran exterminar en los ámbitos de su imperio todo el linaje cristiano. Ya no nos permiten ejercer nuestra religión sino a medida de su capricho; ya nos agobian con una servidumbre tan dura como la de Faraón; ya nos sacan a pura fuerza un tributo insufrible; ya imponen un nuevo censo sobre las cervices de los miserables; ya, privándonos de todas nuestras cosas, procuran destruirnos cruelmente; ya, en fin, fatigando a la Iglesia católica con vario género de opresiones y persiguiendo de diversas maneras a la grey del Señor, creen que con nuestros daños prestan a su Dios un grato obsequio. ¡Cuánto más glorificaríamos nosotros al Señor si, desechando nuestra desidia, incitados por el ejemplo de nuestros mártires, les imitásemos esforzadamente, no sufriendo más el yugo de esta nación impía! Pero nosotros, míseros, nos recreamos en sus iniquidades, incurriendo en la censura del salmista, cuando dice: Mezcláronse con las gentes y aprendieron sus obras y adoraron sus ídolos. ¡Ay de nosotros que tenemos por delicia el vivir bajo la dominación gentílica, y no rehusamos estrechar vínculos con los infieles, y con el continuo trato participamos con frecuencia de sus profanaciones!

"Llenos están los calabozos de catervas de clérigos; las iglesias se miran privadas del sagrado oficio de sus prelados y sacerdotes; los tabernáculos divinos ponen su horror con su desaliño y soledad; la araña extiende sus telas por el templo; reina en su recinto el silencio más profundo. Confusos

están los sacerdotes y ministros del altar, porque las piedras del santuario se ven esparcidas por las plazas, ya no se entonan los cánticos divinos en la pública reunión de los fieles; el santo murmullo de los salmos se pierde en lo más recóndito de las prisiones; ni resuena en el coro la voz del salmista, ni la del lector en el púlpito; ni el diácono evangeliza al pueblo, ni el sacerdote echa el incienso en los altares. Herido el pastor, logró el lobo dispersar el rebaño católico, y quedó la Iglesia privada de todo ministerio sagrado.

Del *Documentum Martyriale* de SAN EULOGIO (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 411).

## PREPARACION AL MARTIRIO DE FLORA Y MARIA POR SAN EULOGIO

*Entre los cordobeses fervorosos, dispuestos a dar su vida por confesar a Cristo, fueron encarceladas dos vírgenes de Córdoba: Flora y María. Flora era hermana de un musulmán, como ella, hijo de una cristiana; y María lo era de un monje mozárabe, que había sufrido el martirio, y ella misma era religiosa en uno de los claustros de los alrededores de la ciudad. Flora, denunciada al juez por su hermano, fué condenada a azotes. Escapó de su casa, se refugió en la de un cristiano y allí la conoció San Eulogio. Su belleza, su pureza, su entusiasmo y sus padecimientos por Cristo despertaron en él un místico y castísimo amor, que le duró lo que su vida. Flora y María se encontraron en la iglesia de San Acisclo. Su mutuo fervor excitó su entusiasmo religioso. Se presentaron al cadí, como solían hacer los mártires. Blasfemaron de Mahoma, tratándole de impostor y de adúltero. Merecían la muerte, según la ley islámica. Encarceladas, se les amenazó, si no se retractaban, con entregarlas a la prostitución. En tal momento fué también preso Eulogio. Su piedad supo vencer en él su mística inclinación por Flora. Y con su palabra y ardor logró mantener la firmeza de las dos vírgenes, que sufrieron con entusiasmo el martirio, el 29 de noviembre del 851. He aquí cómo Eulogio las preparaba para tan noble muerte.*

"¡Oh hermanas mías en Jesucristo! No dejéis de tener ante los ojos del alma la pasión de nuestro Redentor, y meditando con ella constantemente, tendréis en nada todo suplicio temporal. Pues aunque sea áspero y amargo, es breve y próximo a su fin. En tales tormentos cifrad vuestro más glorioso trofeo, y el colmo de vuestra felicidad, pues pasando por ellos vuestras almas como oro que se prueba con el fuego, se purificarán más y más, haciéndose dignas de los premios y coronas eternas. En los mayores bienes y goces del mundo hay siempre un fondo de amargura y un vacío, porque



peregrinamos lejos del Bien supremo: busquemos, pues, en Dios la paz y satisfacción del alma. Vosotras estáis muy adelantadas en el camino que conduce al Bien completo y sumo: Os importa, pues, redoblar y encender más y más los afectos piadosos hacia Dios, insistir en los santos propósitos y meditar en las palabras divinas. Anhelamos contemplar a Dios libremente, es preciso antes purificar. Por lo tanto, yo os ruego, vírgenes santas, que no dejéis perder la corona aparejada para vosotras, ni el halago de ningún bien mundano os aparte de la caridad de Jesucristo... Yo os ruego, hermanas bienaventuradas, que no desistáis de la empresa comenzada ni cejéis en la pelea, porque el premio no se da a los que empiezan sino a los que perseveran...

"Vosotras, oh vírgenes santas, desde que, esforzadas guerreras, salisteis a pública lid, rechazando con intrépida confesión al enemigo de la justicia delante de los Soberanos y Príncipes del mundo, habéis de pelear hasta morir, porque esta especie de combates se glorifica con la muerte. Con ella, sí, cambiaréis las cosas terrenas por las celestes, el mundo por la gloria, y daréis un ejemplo altísimo para aliento y enseñanza de la Iglesia católica...

"Inenarrables son y magníficos por extremo los premios que os aguardan. Porque al par recibiréis del Señor la doble palma de vuestra purísima virginidad y de vuestro glorioso martirio. Allá en el cielo saldrá a recibiros la Santísima Virgen y venerable Reina del Mundo, María, acompañada por lucidísimo coro de vírgenes, y con ella asistirán también los fortísimos soldados de Cristo, vuestros hermanos y compañeros Perfecto, Isaac, Sancho, Pedro Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Habencio, Jeremías, Sisenando, Pablo y Teodomiro, que os precedieron con la enseña de la fe y os abrieron la puerta por donde debíais entrar en el reino celestial de vuestro Esposo, que amasteis hasta el punto de morir por El; apresuraos a ver con delicia la faz gloriosa de Aquél a quien servisteis en verdad y por quien moristeis para vivir eternamente. Recibid ya la recompensa de vuestro trabajo y tomad el lauro del glorioso combate".

Del *Documentum Martyriale* de SAN EULOGIO (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 419).

## NUEVO RETRATO DEL SENSUAL ABD AL-RAHMAN II

*Durante un siglo las fuentes históricas disponibles parecían confirmar el viejo retrato de Abd al-Rahman II, trazado por Dozy. La compilación descubierta en Fez por Lévi-Provençal, todavía inédita —por lo que no puedo aprovecharla aquí—, brinda una nueva imagen del emir. No sólo fué mecenas de médicos, filósofos, astrólogos, químicos, poetas y músicos y no sólo amó el fasto, la caza y las mujeres. Al-Andalus le debe la organización*

*política y palatina que perduró hasta la caída del califato, las fábricas de tapices y de sedas, la zeca cordobesa, la creación de los anales históricos oficiales y la introducción de las ciencias, las artes, las letras, la música, las modas, las joyas y la cocina orientales. Desde su advenimiento, envió a Mesopotamia al sabio Abbas ben Nasih, para que buscara e hiciera copiar las obras científicas transmitidas a los árabes por griegos y persas. Las luchas intestinas que precedieron en Bagdad al entronizamiento de Al-Mamun, le permitieron comprar la mayor parte de los tesoros reales de los abbasíes, joyas de valor inestimable, libros únicos y preciosos paños. Se complacía en el estudio de antiguos tratados de medicina y filosofía, emprendió y vigiló diversos trabajos de urbanismo en Córdoba y, por intermedio del músico Ziryab, favoreció la renovación de la sociedad de Al-Andalus, conforme al refinamiento de la moda oriental. Su obra dió frutos culturales y espirituales perdurables y obliga a perdonarle su sensualidad, nunca ahita, que, en alianza con su falta de espíritu guerrero, le forzaba a abandonar sus tropas en campaña, para buscar, con urgencia, las lechos de sus muchas favoritas, especialmente los de Tarub y las Tres Medinesas. Realizó su empresa de transformación de la España musulmana mientras los normandos asaltaban las costas andaluzas, y mientras perduraba, aunque atenuado, el sarampión de las rebeliones y se iniciaba en Córdoba el extraño alzamiento mozárabe. Su obra permitió al ímpetu creador de los hispanos elevarse muy alto. Un sabio cordobés, Abbas ben Firnas, encontró en su laboratorio la fórmula para la fabricación del cristal y fué un precursor de la aviación moderna, pues llegó a volar en un planeador de su invención.*

### Elogio cortesano

Era poeta y escritor, hombre de nobles propósitos, emprendió numerosas expediciones, obtuvo en país enemigo victorias famosas; llevó con él numerosos compañeros y gran número de tropas; asoló las moradas de los infieles, no dejó trazas de ellas y volvió de sus campañas cubierto de gloria tras haber hecho sentir su mano dominadora. Jamás con él los musulmanes fueron vencidos y sus tiempos no conocían la adversidad. Fué el primero que adoptó los usos tradicionales de los califas en lo que concierne a la pompa, la forma exterior, la organización del servicio y el uso de vestiduras suntuosas; embelleció los palacios y trajo el agua a ellos; construyó la calzada, en la que levantó tribunas y junto a la cual hizo pasar las cañerías; edificó mezquitas aljamas en todo Al-Andalus; hizo hacer bordados para los vestidos y favoreció su fabricación; estableció en Córdoba una zeca, o casa de moneda, en una palabra, dió gran esplendor a su realeza. Bajo su reinado se vieron entrar en España ricos tapices y toda suerte de objetos preciosos procedentes de Bagdad y de otros lugares. Con ocasión del asesinato de Muhammad Amin, hijo de Harun al-Raxid, y del saqueo de sus bienes, se



trajeron a Al-Andalus objetos raros y preciosos y ricas pedrerías que tenían tal origen. Entre ellos vino el collar de "aguijones de escorpiones", que había pertenecido a Zubayda, madre de Chaafar.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 148).

### Sensualidad

Se nos contó que Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, tuvo una polución nocturna en la ciudad de Guadalajara, yendo de expedición hacia la frontera; se levantó a purificarse, y cuando hubo terminado la operación, mientras el criado estaba enjugándole la cabeza, llamó a Ben Xamr y le dijo, en verso, al venir a su presencia:

"Prolífico derrame se ha deslizado de noche sin darme cuenta".

Ben Xamr le contestó también en verso:

"¿Se ha presentado viniendo en las tinieblas de la oscura noche?

¡Bien venido sea aquel que viene en la oscuridad a visitarte!"

Aquello le excitó los apetitos sensuales y le vinieron tales ganas de (ver a) una de sus más íntimas favoritas, que nombró general de su ejército a su hijo Al-Hakam y se volvió a Córdoba. Ben Xamr decía acerca de la vuelta de este viaje, en una casida rimada en ba, puesta en boca de Abd al-Rahman:

"Siempre que veo subir al sol que alumbra el día, me recuerda a Tarub. Muchacha adornada con las galas de la belleza: el ojo cree ver una hermosa gacela. Yo soy el hijo de los Hixam, de la familia de Galib; alumbro el fuego de la guerra y lo apago".

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 48).

### Indulgencia generosa

Un historiador cuenta que no llegaba ninguno a sus conferencias y le preguntaba alguna cosa, fuese fácil o difícil, a quien no satisficiese. Comenzó a reinar cuando el Estado se encontraba tranquilo y firme, y dedicóse exclusivamente a sus diversiones y placeres, viviendo como uno de los habitantes del paraíso, donde encuentra reunido todo lo que puede desear el alma, y halagar los sentidos.

Trajéronle cierto día unos sacos de dinero, que colocó delante de sí. Mandó a todos sus criados con mensajes para sus empleados y quedó solo en la habitación, sin más compañero que un paje, que permaneció de pie en su presencia. Dióle sueño a Abd al-Rahman, y creyendo el paje que estaba dormido, alargó la mano a uno de los sacos, se metió el dinero en la manga, y se marchó. Abd al-Rahman estaba observándole de reojo, y

cuando volvieron los pajes, mandó que se llevasen aquel dinero, y contasen los sacos. Echaron de ver la falta de aquél, y comenzaron a inculparse unos a otros, acusándose mutuamente. Abd al-Rahman les dijo: "No habléis más de eso; el dinero lo tomó quien lo tomó, y lo ha visto quien no lo dirá". Mandó, pues, recoger el dinero, considerando que sería vergonzoso y poco digno descubrir al que lo había tomado.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 120).

### Treinta mil dinares por una copla

A la corte de Abd al-Rahman ben Al-Hakam (Dios le haya perdonado), vino Ziryab, el cual había disfrutado de gran privanza con el emir Muhammad ben Harun al-Amin; pero como Al-Mamun, que fué el sucesor de Al-Amin, le había reprochado algunas cosas, en cuanto éste fué muerto huyó a España. Una vez aquí, Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, colmóle de toda clase de consideraciones y honras, y, a la verdad, las merecía por su cultura, instrucción y superior pericia en el arte que cultivaba.

Entre las anécdotas que de él se cuentan, está la siguiente: Cierto día cantó una canción a Abd al-Rahman, y agradóle tanto a éste, que mandó que se expidiera una orden para que los tesoreros le entregaran 30.000 dinares; el secretario de cartas les trajo la orden. Eran entonces los tesoreros los que antes hemos mencionado, al referir que se echaron suertes para el nombramiento de canciller, excepto Sufian, hijo de Abd al-Rabihi, a quien la suerte le había favorecido con la cancillería. Al serles presentada la orden, miráronse unos a otros los tesoreros, y Musa, hijo de Chudayr, que era el jefe, dijo: "¡Hablad vosotros!" Sus compañeros contestaron: "¡Ah, no!; nosotros no diremos más que lo que tú digas". El entonces habló de esta manera al secretario de cartas: "Nosotros, aunque se nos llame tesoreros del Emir, cuya vida guarde Dios, somos tesoreros de los musulmanes y percibimos los tributos, no, ¡pardiez!, para dilapidarlos, sino para gastarlos en aquello que sea de utilidad; por tanto, no hay nadie entre nosotros que guste de ver en su hoja, el día del juicio, el haber tomado 30.000 dinares de los musulmanes y haberlos entregado a un cantante por una copla. El Emir lo tendrá que pagar de su propio peculio". El portador de la orden se fué y dijo al esclavo que había expedido la orden: "Los tesoreros no quieren obedecer". En seguida entró éste donde estaba el emir a decirle lo que ocurría. Ziryab, entonces, dijo: "Esto es desobediencia"; pero Abd al-Rahman exclamó: "Pues a mí me parece muy bien; les nombraré ministros por eso mismo, porque tienen muchísima razón para decirlo". Inmediatamente hizo pagar a Ziryab de su bolsillo particular.

Del *Iftitah al-Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 53).



### La sultana del collar

Una de sus esclavas (del emir Abd al-Rahman ben Al-Hakam), enojada con él rehusó acudir a su llamamiento y le cerró la puerta. Entonces mandó construir delante de ella un tabique con sacos de dinero, hasta cubrirla completamente. Cuando la esclava abrió la puerta, cayeron los sacos y contenían 20.000 adinares.

En cierta ocasión regaló a una de sus esclavas un collar que le había costado 10.000 adinares. Uno de sus visires, que estaba presente, hubo de vituperarle, y él le dijo: "¡Ay de ti! la que ha de vestir esta alhaja es otra joya más que ella preciosa, más estimable, más digna; si con estas piedrezuelas brilla su rostro y es su hermosura más grata a los ojos, también Dios creó joyas que brillan y cautivan los corazones. ¿Por ventura hay entre las galas de la tierra, entre sus más estimadas preseas, entre las dulzuras de sus más estimados placeres y goces cosa más agradable a los ojos, conjunto tal de perfecciones, como un rostro en que Dios acumuló todas las bellezas, y que dotó con los atractivos todos de la hermosura?" Después dijo a Ben Al-Xamr, que se hallaba presente: "¿No se te ocurre nada sobre este asunto?" Ben Al-Xamr dijo:

"¿Por ventura están unidos los rubíes y pequeñas perlas a aquella que aventaja en esplendor a sol y luna?

"¿A aquélla, cuya forma creó la mano de Dios antes de haber creado ninguna otra cosa?

"Pues hónrala como a joya fabricada por Dios, y en comparación de la cual son pequeñas las joyas del mar y de la tierra.

"Para ella creó Dios cuanto hay en su cielo y en su tierra, y le dió el superior poder".

Entonces dijo el emir Abd al-Rahman ben Al-Hakam:

"Tus versos, ¡oh Ben Al-Xamr!, aventajan a toda poesía y exceden a cuanto puede concebir la mente, la inteligencia, la imaginación.

"Cuando los oídos los perciben, llevan su encanto hasta el alma con abundancia tal, que excede a la misma magia.

"¿Creó acaso el Omnipotente entre todas sus creaciones cosa más grata a los ojos que la hermosura de una virgen,

"En cuya mejilla ves la rosa sobre el jazmín, como vergel que brilla engalanado con sus flores?

"Si me fuera dado, suspendería mi corazón y mis ojos como collar de su cuello y pecho".

En seguida mandó que le dieran un talego con quinientos dinares. Salió Al-Xamr con un esclavo que llevaba el dinero y cuando se alejaron del emir,

el esclavo dijo: "¿Dónde pernocta la luna esta noche? —Bajo tu brazo, amigo mío", contestó Al-Xamr.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 121).

## COMO EMPEZO A REINAR MUHAMMAD

*En los entretelones de la corte se decidía, a veces, la suerte de la España musulmana. Las favoritas del harén batallaban entre sí para asegurar la sucesión del trono a su hijo predilecto. Los emires designaban el heredero presunto, cediendo a las intrigas de sus mujeres, conforme a los consejos de su caprichosa predilección o según convenía al interés del pueblo. Pero, a veces, morían sin designar y sin hacer jurar al hijo que había de sucederles en el trono. Entonces decidían de la suerte de Al-Andalus los eunucos, entre cuyos brazos fallecían tristemente los más de los príncipes; los eunucos y la audacia novelesca del soberano por ellos preferido. Según resulta del relato que sigue.*

Al morir Abd al-Rahman, a quien Dios tenga en su misericordia, de muerte repentina, los eunucos principales de palacio, que eran los únicos enterados del caso, lo ocultaron hasta la hora en que se cerraron las puertas de palacio y el almuédano llamó a la oración de prima noche. Entonces, mandaron éstos que se reunieran los eunucos de todas las categorías, mayores y menores, en el salón del Kamil, y dijéronles: "¡Compañeros! Ha sucedido un caso en el cual todos somos iguales, grandes y pequeños. Dios os favorezca con buena suerte en nuestro nuevo señor". Al oír aquello los eunucos de todas las categorías comenzaron a llorar con fuertes voces. Los eunucos principales dijeron: "Dejad ahora los lloros; tiempo habrá para lamentos; antes pensad lo que hemos de hacer por nosotros mismos y por los musulmanes: cuando esto se termine, entonces lloraremos. ¡Decid! ¿Cuál es vuestro parecer?" Y exclamaron todos a una voz: "Sea nuestro señor y rey el hijo de nuestra señora, a la cual debemos tantas atenciones y favores". Entonces uno de los eunucos de mayor graduación, llamado Abu-l-Mufrich, hombre de mucho mérito y que había hecho la peregrinación a la Meca, dijo: "¿Estáis todos conformes en esa opinión?" Todos contestaron: "Sí". Díjoles: "Pues bien, no he de ocultar que pienso de la misma manera que vosotros, porque estoy especialmente agradecido a la soberana por favores que me ha dispensado, aún más que a vosotros; no obstante, se trata de un asunto que de llevarlo a cabo pende la pérdida de nuestra influencia en España, pues ninguno de vosotros se mostrará en público ni pasará cerca de una reunión de personas, que no digan éstas: ¡Maldiga Dios a estos personajes! porque, al disponer del gobierno de los musulmanes han dado el



poder al peor hombre que ellos conocen y postergado al mejor. Vosotros bien sabéis quién es Abd Allah y la gente que le rodea: ¡Voto a Dios! si él manda en vuestros asuntos y los de los musulmanes, ciertamente sufrirán mudanzas y novedades. Pensad, pues, que Dios os pedirá cuenta por ellos y por vosotros mismos". Como este discurso les causó honda impresión, ellos le preguntaron: "Pues ¿a quién te parece que se nombre?" Y les contestó: "Al virtuoso y casto Muhammad". "Verdaderamente, él es así, replicaron; pero también es muy cierta su tacañería exagerada". "¿Y con qué había de mostrarse generoso?, contestó Abu-l-Mufrich. Cuando sea soberano y disponga de los tesoros públicos, no lo dudéis, será más dadivoso". "Bueno, conformes, como tú quieras", contestaron al fin. Entonces Abu-l-Mufrich hizo traer el Alcorán, y exigió juramento a todos ellos. Había dos eunucos que se habían hecho odiosos a Muhammad por haber secundado los deseos de Tarub, que eran Sadun y Qasim; Sadun dijo a los demás eunucos: "Puesto que estáis decididos resueltamente en esta opinión, yo me atrevo a rogaros que le digáis a Muhammad de nuestra parte que haga el favor de perdonar la falta de vuestro compañero". Ellos se lo prometieron.

Téngase presente, para entender el relato que sigue, que Muhammad tenía una hija pequeña con la que Abd al-Rahman, su padre, solía entretenerse, y a este efecto, acostumbraba a mandar por ella. Sadun, el eunuco (encargado por sus compañeros para la comisión de ir a buscar al nuevo emir) salió por la puerta de los jardines, llevando al propio tiempo las llaves de la puerta del puente de Alcántara. Al ser abierta la puerta de los jardines, Abd Allah, el hijo de Tarub, estaba de festín bebiendo en su palacio, pues se ha de tener en cuenta que su casa estaba cerca de la puerta del puente. Al abrírsele a Sadun esta puerta, aun continuaba bebiendo Abd Allah. Llegado a casa de Muhammad, encontróle en el baño; pidióle audiencia y fué concedida. Muhammad salió del baño a verle y le dijo: "¿Qué te trae por aquí, Sadun?" "Vengo, le contestó éste, para llevarte a ocupar el trono por acuerdo de todos nosotros, pues tu padre ha fallecido, Dios lo tenga en su misericordia. Aquí tienes el sello". ¡Oh, Sadun, dijo Muhammad, teme a Dios y no lleves tu enemistad contra mí hasta el punto de derramar mi sangre! ¡Déjame! A la tierra la hizo Dios espaciosa para que yo pueda ir a otra parte". Sadun tuvo que emplear toda clase de juramentos para convencerle que no venía sino por acuerdo de todos y a contento de todos. Contóle que le habían reconocido por aclamación unánime de todos, con juramento hecho sobre el Alcorán, y añadió: "Has de saber que si he venido yo, no ha sido por otra cosa sino por haber solicitado de mis compañeros que me hiciesen el honor de dejarme venir por ti, con intento de ver si consigo atenuar en tu alma algo del enfado que te haya podido causar con mi conducta". El príncipe, entonces, dijo: "Dios te perdone, por mí perdonado estás". Aceptó la proposición pero añadió: Espera que mande por mi mayordomo Muhammad, hijo de Musa" (de quien se ha hecho mención anteriormente). Mandó por él, y, al hacerle saber lo que pasaba,

dijo su mayordomo: "Esto tiene sus riesgos y peligros; ¿cómo se ha de pasar por la puerta del hijo de Tarub, estando allí sus guardas y servidores?" "¿Qué crees, pues, que se puede hacer?", le preguntó el príncipe. "Vayamos a ver a Yusuf, hijo de Basil, dijo el mayordomo, y que vengan con nosotros sus soldados". Eran éstos en número de trescientos. Fué a verle y a transmitir el encargo de Muhammad; pero Yusuf contestó :"¡Oh, Abu Abd al-Malik! Esto es un pleito en que no debo meterme: nosotros no servimos sino al que entre en el Alcázar y lo posea". Volvióse e informó a Muhamad de lo que había hecho Yusuf. A pesar de todo, el mayordomo, animándose, dijo: "¡Ea, ea, el que no arrisca, no aprisca!; monta a caballo y Dios nos ayude!" Muhammad montó a caballo, cubierto con un velo, y se puso en marcha la comitiva, yendo Sadun delante y el mayordomo junto al estribo. Al llegar delante del palacio de Abd Allah, hijo de Tarub, mientras se oía el canto y la zambra, recitó Muhammad el verso siguiente:

"Buen provecho te haga lo que tú haciendo estás:
Lo que nosotros hacemos, quizá nos lo hará".

Los guardias que estaban bebiendo en una sala que caía encima de la puerta del palacio, notaron el paso de los de fuera; uno de ellos abrió la puerta, y al verlos gritó: "¿Quién va allá?" A lo cual Sadun contestó dándole a entender que nada le importaba; y como el que había salido y los otros compañeros creyeron que era la hija de Muhammad que la llevaban a palacio, según costumbre, cerraron inmediatamente la puerta del palacio. A todo esto, Muhammad, al pasar por la puerta del puente, viniendo desde su casa, no hacía más que decir a su mayordomo: "¡Oh Abd al-Malik! ¡Oh Abd al-Malik!" Y al descorrerse los cerrojos de la misma se volvió a su mayordomo y le dijo: "¡Muhammad!, quédate aquí y guarda este lugar hasta que yo te mande quien te acompañe para guardarle"; y siguió adelante y entró en el Alcázar. Pero en cuanto estuvo en el zaguán de la puerta de los jardines, el portero Ben Abd al-Salim se interpone y, dirigiéndose a Sadun, le dice: "Esta persona no parece que tenga la figura de la niña que suele entrar por aquí. ¡Ah, no, voto a Dios!; por esta puerta no pasa nadie que no sepa yo quién es". Sadun le increpó diciendo: "¡Miserable! ¿Pretendes que se quiten el velo las señoras que deben ir veladas?" El portero replicó: "Es que yo no sé quién va ahí bajo ese velo"; e hizo entonces un ademán indicando salieran. Al fin tuvo que descubrir su rostro Muhammad y decirle: "¡Por Dios, Ben Abd al-Salim! Sábete que vengo porque mi padre ha muerto, Dios lo tenga en gloria". El portero le dijo: "Voto a Dios, el caso es demasiado grave; tú no pasarás por esta puerta, voto a Dios, hasta que yo sepa si tu padre está muerto o vivo". "Pues bien, ciérrale la puerta a Muhammad, dijo el eunuco, y entra en palacio". Así lo hizo; dejó a Muhammad en el zaguán, penetró en palacio acompañado del eunuco Sadun y al fin pudo convencerse por sus propios ojos de que Abd al-Rahman había muerto. A la vista del cadáver no pudo reprimir el llanto y se le



escaparon gritos de dolor. Después salió y besó la mano a Muhammad, diciéndole: "Entra; Dios te sea propicio a ti y a los musulmanes por tu causa". Muhammad entró en palacio, y aquella misma noche fué proclamado, para lo cual hizo llamar a los ministros, a la servidumbre de palacio, a los nobles quraixíes y a los clientes omeyas. A la mañana siguiente nombró ministro a Muhammad, hijo de Musa, su mayordomo, a Abd al-Ruf, hijo de Abd al-Salim, el abuelo de los Banu Abd al-Ruf. Ben Abd al-Salim, el portero, huyó por miedo de que se le castigara; pero al saberlo Muhammad, no sólo mandó que se le dijera que podía estar seguro, sino que también le dió regalos y trajes de honor por la manera como se había portado aquella noche.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 62).

## REACCION MUSULMANA FRENTE A LOS MARTIRES

*Sobre el desarrollo de la cuestión mozárabe poseemos diversos testimonios de escritores cristianos que en ella intervinieron, uno de los cuales sufrió también el martirio. A los cronistas musulmanes tan grave proceso no mereció la más mínima atención. ¿Qué podía importarles la ejecución de unas docenas de infieles que blasfemaban del Profeta y que, arrebatados a sus ojos por una peregrina locura, buscaban la muerte? Sólo el historiador de los jueces de Córdoba rompe ese silencio y, al referirnos un suceso ocurrido en la curia del juzgado, nos descubre la postura psicológica, burlona y benévola, de los magistrados cordobeses, frente a los cristianos aspirantes al martirio.*

He oído referir que en cierta ocasión se presentó en la curia un cristiano pidiendo la muerte para sí mismo. El juez Aslam le echó una severa reprimenda diciéndole:

—Desdichado, ¿quién te ha metido en la cabeza el que tú mismo pidas tu propia muerte, sin haber delinquido en nada?

La necedad o ignorancia de los cristianos les llevaba a atribuir a esa acción, de ofrecerse a la muerte, un gran mérito, cuando nada semejante se podía citar como ejemplo, digno de ser imitado, en la vida del profeta Jesús, hijo de María. El cristiano respondió:

—Pero ¿cree el juez que si él me mata, seré yo el muerto?

—¿Quién será pues, el muerto? — le replicó el juez.

—El muerto será una semblanza mía que se ha metido en un cuerpo; esa semblanza es la que el juez matará. En cuanto a mí, yo subiré inmediatamente al cielo.

—Mira —dijo entonces Aslam— aquel a quien tú te encomiendas en

estas cosas, no está aquí conmigo, y aquel que te pudiera informar bien, para desengañarte de esa falsedad tampoco lo tienes delante de ti; pero aquí hay un medio para poner en evidencia lo que haya de cierto, y nos podremos certificar tú y yo.

—¿Cuál es ese medio? — dijo el cristiano.

El juez Aslam volvióse hacia los sayones o verdugos que allí estaban y les dijo:

—Traed el azote.

Ordenó luego que desnudaran al cristiano; lo desnudaron, e inmediatamente mandó que le atizaran. Cuando el cristiano comenzó a sentir el efecto de los azotes, púsose a agitarse y a gritar. El juez Aslam le dijo:

—¿En qué espalda van cayendo los azotes?

—En mi espalda — repuso el cristiano.

—Pues hombre —díjole Aslam— asimismo ocurriría, pardiez, si cayera la espada sobre tu cuello. ¿Imaginas que podría ocurrir otra cosa?

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 231).

## DESMAYO Y TIBIEZA DE LOS MOZARABES

*Muhammad sentía gran animosidad contra los cristianos y ordenó que fueran despedidos de la administración y de la corte. La persecución y estas drásticas medidas amedrentaron a los mozárabes. Unos apostasiaron. Entre ellos figuró Gómez que de tibio cristiano se trocó, hipócritamente, en "la paloma de la mezquita". Otros conservaron su fe. Pero el deseo de salvarse de la crisis inclinó a bastantes al disimulo y no pocos siguieron atribuyendo sus males al torpe celo de los mártires. Contra aquel desmayo y tibieza se alzó Alvaro, la segunda figura de la intelectualidad mozárabe de Córdoba.*

"Pero digamos brevemente algo que explique el desmayo y tibieza en que vivimos nosotros por los justos juicios de Dios. Los mismos fieles que sirven a los paganos en los destinos palaciegos, ¿no se han dejado enredar en sus errores y contaminar con sus abominaciones? No se atreven a orar en público ante los gentiles ni a imprimir en sus frentes la señal de la Cruz al bostezar, ni a confesar en presencia de ellos la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo sino con palabras artificiosas, afirmando con ellos que Jesús es el Verbo y Espíritu de Dios, y guardando su creencia escondida en sus corazones... Y nosotros, no solamente excusamos todo esto, sino que lo alabamos; y mientras que no detestamos, como fuera justo, a los cristianos que pelean contra sus religionarios por complacer al sultán y por cargos venales, defendiendo a los gentiles, anatematizamos e infamamos a los hombres religiosos y celosos que, a semejanza de Elías, combaten por el



verdadero Dios. ¿Y por qué obramos así sino por miedo de un Rey de la tierra, de cuyo dominio sabemos que pronto hemos de salir, mientras que desechamos el santo temor del Rey Eterno, a quien estamos seguros de ser llevados pronto y para siempre?

"Yo pregunto: ¿de dónde ha nacido en las iglesias esta nueva e inaudita condescendencia?... Si el error no se ha de combatir públicamente, ¿para qué vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo; para qué fueron enviados los Apóstoles, maestros y pastores, sino para debelar toda ignorancia e impugnar todo error y predicar el Evangelio a todas las gentes? Pues qué, ¿la predicación de la fe debió reducirse a los tiempos apostólicos, y no se debe extender, por el contrario, a todos los siglos y hasta que toda gente y lengua crean en el Evangelio de Cristo? No había quien predicase a estos israelitas, impulsándoles a la fe, cuando se presentaron nuestros mártires, cumpliendo en ellos la misión del apostolado y la predicación evangélica, haciéndoles así deudores de la fe.

"Ya dijimos de dónde partió evidentemente la persecución: hemos visto que nació de los infieles, y que los nuestros se levantaron por celo de Dios y de los hombres. ¿Qué hay de culpa en esto? Vieron nuestros héroes que se les presentaba el combate; miraron a uno de los suyos muerto y a otro gravemente herido, y entonces, sin más detención, armados con la loriga de la fe, se lanzaron a una guerra honrosísima, corriendo al campo de la batalla para ganar la gloriosa palma de la victoria. Eran varones esforzados y guerreadores, deseosos de lucha espiritual, y no esquivaron la ocasión cuando se les presentó. No pudieron contener la carrera, porque trataron de cumplir el mandato de su Señor eterno. ¿Por qué no admiráis y alabáis su intención sublime, su fe ardiente, su celo por la gloria de la Religión católica? ¿Por qué escogiendo la peor parte, e imitando a los infieles, los calumniáis y denostáis? Pero aun lo hacéis con peor consejo que los mismos gentiles, pues ellos mataron con la espada a los que vieron hostiles a su fe, y vosotros matáis con vuestras palabras y opiniones a los que profesan vuestra misma creencia; ellos le quisieron quitar la vida mundana, y vosotros la eterna.

"Pero nos replicáis: por causa de los mártires las basílicas de Dios permanecen desiertas de sacerdotes, y continuando en su fuerza la persecución, está interrumpido el sacrificio incesante. Pero a esto responde la verdadera fe que esto lo han hecho nuestros delitos por atrevernos a levantarnos contra los mártires de Dios y contra el mismo Jesucristo. Recuerde el pueblo cristiano qué furiosa tempestad se movió entre nosotros mismos, tomando armas rebeldes contra el mismo Dios, y entonces arroje, si puede, tal mancha sobre la gloria de los santos mártires. Por ventura, esos mismos que parecían columnas, que eran estimados como piedras de la Iglesia, que eran mirados como elegidos, ¿no se fueron al juez, sin obligarles ni provocarles a ello persona alguna, y en presencia de los cínicos, mejor dicho, de los epicúreos, infamaron a los mártires de Dios? Por ventura, los pastores de

Jesucristo, los doctores de la Iglesia, obispos, abades, presbíteros, próceres y magnates, ¿no clamaron en público que aquéllos eran herejes, profiriendo así espontánea y libérrimamente, sin indagación ni interrogatorio, lo que no debía decirse ni amenazando sentencia de muerte? Todos ¡oh dolor! hollando la conciencia, menospreciando la fe, sirvieron a la mentira, infamando a sus hermanos, cuya fe y piedad bien conocían.

"Pongamos en parangón, si nos parece justo, nuestras confesiones mentirosas y las verdaderas de nuestros mártires. Ellos afirmaron lo que predica toda la Iglesia: nosotros lo que infama toda la cristiandad; ellos maldijeron al falso Profeta: nosotros a los adoradores de Cristo; ellos persiguieron a los infieles: nosotros a los cristianos; ellos se han opuesto osada y resueltamente contra el diablo: nosotros contra el Señor; ellos han resistido al Rey de la tierra: nosotros al cielo; ellos han profesado con la boca lo que sentía su corazón: nosotros hemos tenido una cosa en la conciencia y otra en los labios; ellos han sido confesores y testigos verdaderos: nosotros, ¡ay de mí! falaces y engañosos".

Del *Indiculus Luminosus* de ALVARO DE CÓRDOBA
(Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 465).

## JUSTICIA EN CORDOBA

*La autoridad de los soberanos Omeyas de Al-Andalus era absoluta y sin límites. ¿Sin límites? Su única limitación era la delegación de su plena potestad judicial en el cadí de Córdoba. En la historia de los que desempeñaron el juzgado cordobés es posible espigar testimonios de que los emires y califas podían casar las sentencias de aquél, aunque rara vez osaran ejercer tal facultad. Pero por bajo de ese supremo poder mayestático, la autoridad del juez era tan alta que nadie escapaba a ella, por elevada que fuera su magistratura y por grande que fuese su influencia en el gobierno o en la corte. Los cadíes ejercieron, además, su sagrada misión con tal independencia, que contribuyeron sin duda al arraigo y a la perduración de la dominación musulmana en España. ¿Cómo? Al acercar al pueblo a la dinastía por el camino de la justicia.*

### Te vas al infierno: un error judicial

Ahmad ben Muhammad ben Abd al-Malik ben Ayman me ha contado que su padre le refirió lo siguiente, por habérselo oído referir a su abuelo:

Había en nuestra ciudad dos señores tan bien calificados, que su testimonio hacía fe en aquellos tiempos; ambos eran amigos de Muhammad ben Baxir y solían con frecuencia tratarle; él los tenía en muy buen concepto, como hombres ambos muy virtuosos: uno de ellos era el abuelo de Ahmad ben Baxir, el conocido vulgarmente por Ben al-Agbas.



Pues bien, ocurrió que uno de los más ricos comerciantes de Córdoba murió, y un esclavo que el difunto tenía presentóse al juez Muhammad ben Baxir exponiéndole que su señor, el difunto, le había manumitido y le había encargado que se casara con su hija, legándole para ese efecto el capital que poseía el difunto. El juez exigió prueba fehaciente de las pretensiones del esclavo, y éste trajo a dos señores, los cuales testificaron que era verdad lo que el esclavo había expuesto. El juez aceptó la deposición de los testigos y decretó en favor del esclavo, cual éste había solicitado. Pero poco tiempo después, uno de estos dos testigos se puso en trance de morir y encargó que comunicaran al juez el deseo que él sentía de verle y hablarle. El juez recibió esta noticia hallándose en el cortejo de un entierro en el cementerio de Bilat Mugaytz y, al volver de este entierro, fué a visitar a aquel señor. En cuanto éste vió al juez, a pesar de la situación dolorida y agónica en que se hallaba, luchando con la muerte, se puso a andar a rastras haciendo esfuerzos para acercarse al juez. Este le dijo:

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

Creía el juez que aquella agitación violenta, aquellos esfuerzos penosos, se debían a la enfermedad; pero el hombre aquel le contestó:

—Me voy derecho al infierno, si no me salvas tú.

—No, hombre, no —replicó el juez—; ten confianza en Dios; él te librará del fuego del infierno. Vamos a ver, ¿qué es lo que pasa?

—¿Te acuerdas —replicó el enfermo— de que fuí yo testigo en favor de fulano, esclavo de zutano? Pues lo que entonces dije fué una mentira mía. Por temor de Dios, deroga la decisión que tomaste. Ejecuta, por el contrario aquello que debió haberse decidido (a no mediar mi falsedad).

Muhammad ben Baxir, el juez, se calló, puso las manos sobre sus rodillas, levantóse y se puso a decir:

—La sentencia es firme... y tú te vas al infierno.

### Igualdad, ante el juez, del pordiosero y del magnate

Dice Jalid ben Sad que Walid ben Ibrahim le contó lo siguiente:

Mi padre Ibrahim me envió cierto día a que llevase un recado a Ammir ben Abd-Allah, el juez, de que él era amigo. Entré en la mezquita donde éste se hallaba juzgando en medio de la gente, a tiempo en que un pordiosero cubierto de andrajos se le presentó a quejarse de uno de los gobernadores de provincia nombrados por el monarca Muhammad I. Este gobernador era persona de mucho prestigio y autoridad; tanto, que era entonces el candidato para el cargo de zalmedina de Córdoba; poco después fué realmente nombrado zalmedina. Aquel pobre dijo al juez:

—¡Oh juez de los musulmanes, Fulano me ha arrebatado una casa!

—Toma papeleta de citación y cítale — le contestó Ammir ben Abd Allah.

—¿Y un hombre miserable, como yo, ha de ir a un hombre como él a citarle con una cédula? Yo no me atrevo; temo que pueda ocurrirme algo.

—Toma la papeleta de citación y cítale — volvió a repetir el juez.

Añade Walid: Yo me dije a mí mismo: voy a sentarme aquí hasta ver en qué para la entereza del juez en este asunto.

Apenas transcurrió un momento cuando el pobre aquel volvió y dijo:

—¡Oh juez!, yo le he enseñado desde lejos la papeleta de citación, sin acercarme a él, e inmediatamente he huído.

—Bueno, pues —le dijo Ammir—; siéntate, que él vendrá.

Dice Walid ben Ibrahim: De allí a poco se presentó con gran cortejo de caballeros y peones el personaje citado; plegó sus piernas y bajó de su caballo; luego entró en la mezquita, saludó al juez y a todos los concurrentes, estuvo un largo rato allí derecho y, por fin, arrimó sus espaldas al muro de la mezquita. Entonces le dijo el juez:

—Venga usted acá y siéntese delante de mí, al lado de su contrincante.

—Señor juez —contestó el personaje— estamos dentro de la mezquita y todo sitio de la mezquita es sagrado; lo mismo da este sitio que otro, todo es uno.

—Venga usted acá le he mandado —repitió el juez— y siéntese aquí delante de mí, al lado de su contrincante.

Al ver la firme resolución del juez, se acercó y se sentó delante de él; entonces el juez hizo seña al hombre miserable para que se sentara con su contrincante delante de él, y, después de sentado, dijo Ammir al pordiosero:

—¿Qué tienes que exponer?

—Yo digo —contestó el pobre— que ese señor me ha robado mi casa arrebatándomela.

—¿Qué respondes a eso? — dice el juez, dirigiéndose al demandado.

—Yo digo —contestó el personaje— que debo castigarle por esa calumnia; es decir, por haberme imputado el crimen de robar.

—Si eso lo dijera un hombre honrado —replicó entonces el juez— tendría realmente derecho a castigarle por calumnia, como tú dices; pero quien públicamente es conocido por ladrón, no tiene derecho para rechazarlo como calumnia.

Y dirigiéndose a la multitud de los sayones del juzgado que el juez tenía delante, les dijo:

—Marchaos con él y vigiladle. Si devuelve la casa a este hombre, bien; pero si no, traédmelo aquí, para que yo ponga una comunicación al monarca dándole cuenta de esto y haciéndole saber la injusticia y la insolencia que ha cometido.

Aquel personaje tuvo que salir con los sayones. Poco rato pasó cuando ya volvían el pobre y los guardias. El pobre dijo al juez:

—Dios te lo pague: ya me ha entregado mi casa.

—Vete, pues, enhorabuena — le contestó el juez.



### Un ordenanza del juzgado obliga a acudir a juicio al gobernador de Córdoba

Estaba yo en la curia junto a Sulayman ben Aswad en ocasión en que vino un hombre y presentó denuncia de agravio e injusticia contra el zalmedina de Córdoba. Como había anochecido ya, Sulayman mandó a uno de sus ordenanzas, anciano que estaba allí delante, lo que sigue:

—Mañana por la mañana te vas al encuentro del zalmedina; cuando éste llegue al sitio donde se ponen los guardias del tesoro y al tiempo en que vaya a bajar de la caballería, la coges por las riendas y le mandas de mi parte que venga aquí, porque se ha presentado denuncia de agravio contra él. Si obedece no se le dice más; pero, si no obedece, le arreas un varazo a la caballería para traerlo hacia acá, aunque no quiera.

Y añade el tío de Ben Bazea: Me fuí por la mañana con el viejo ordenanza, al que se le había dado aquella orden tan rasa, y me paré en compañía suya, en el camino por donde había de venir el zalmedina, hasta que éste llegó acompañado de su cortejo constituído por multitud de gente a caballo. El ordenanza le cogió las riendas; el zalmedina al ver eso formó el propósito de mandar que lo echaran fuera, a tiempo que el ordenanza le decía:

—El juez me ha enviado por ti, porque un hombre le ha presentado una denuncia contra ti, por agravio que le has hecho; y tienes que ir, a las buenas o a las malas, según sea tu gusto.

—No, hombre, no; iré a las buenas — contestó el zalmedina.

Y se fué hasta que llegó a la curia del juez, donde se apeó. El juez intervino en aquel asunto, entre demandante y demandado; se enteró a conciencia del asunto y resolvió el pleito, según le hubo de parecer. Luego el zalmedina se marchó.

### El juez amenaza a un ministro

El faquí Ben al-Mulun se dedicaba al oficio de redactar contratos: era hombre entendido en esta materia, hombre sagacísimo en tretas, consistentes en intercalar (ciertas frases) en el contenido de esos documentos; se le imputaba que tenía pocos escrúpulos y que no le importaba transgredir las leyes divinas, dejando deslizar engaños en los contratos que redactaba. Sulayman ben Aswad quiso atraparlo; pero Ben al-Mulun, temeroso de que el juez le cogiera, huyó y se escondió en casa del ministro Muhammad ben Chahuar, el cual le acogió y amparó para tenerlo seguro. Inmediatamente envió este ministro a un hermano suyo para que intercediera con el juez por el perseguido, y que recordara el juez los lazos que unían al ministro con Ben al-Mulun, por lo que se creía obligado a protegerle.

—Es preciso —contestó el juez— que la ley se cumpla en el caso que

ha llegado a mi conocimiento. Sé que el visir lo tiene en su casa escondido, para librarle de mí; pero eso no me consta oficialmente; en cuanto me conste oficialmente, mandaré que penetren en el domicilio del ministro y lo saquen.

El ministro entonces comenzó a preocuparse de sí mismo; ya no estaba tranquilo teniendo a Ben al-Mulun en su casa, hasta que hubo de trasladarle a otra parte para que no estuviese en su propio domicilio.

### Un ministro del emir llamado a juicio

Ben Umar Abd al-Aziz me dijo que un anciano de Sevilla, llamado Haxim ben Rasin, le contó lo siguiente:

Estaba yo un día formando parte del cortejo de Muhammad ben Musa el ministro. Era entonces éste el ministro de mayor prestigio del monarca Muhammad I y el más estimado por él. Y cuando estuvo frente a la mezquita aljama, salió a su encuentro un pariente suyo, marido de su hija, y le dijo:

—El juez está sentado en la mezquita; ésta es cédula de citación suya; y manda que te bajes para comparecer en su curia.

—Con mucho gusto — contestó el ministro.

Y dió vuelta a las piernas y se bajó de la cabalgadura. Cuando llegó a la puerta de la mezquita, los guardianes de ella se apresuraron a presentársele; él les dijo:

—Buscadme un procurador para pleitos.

Se adelantó hacia la quibla de la mezquita, oró con dos prosternaciones y, al acabar el rezo, encontró que los guardianes de la mezquita le presentaron un hombre, como procurador para pleitos.

—Vosotros sois testigos —dijo el ministro— de que he nombrado a este señor procurador para pleitear con mi pariente.

Este pariente insistió en que el ministro debía presentarse al juez, a fin de que personalmente afirmara o negara. El público de la curia reprimió severamente al pariente diciéndole:

—El ministro ha obrado con equidad al encomendar ese asunto a un procurador que le represente en tu pleito.

El pariente desistió y el ministro entonces salió de la mezquita y se marchó a caballo.

### Fidelidad en la custodia de un depósito

La causa ocasional que motivó el que Said ben Muhammad ocupara el cargo de juez, fué un suceso que le ocurrió, por la coincidencia de tener él un depósito que le habían confiado. Jalid ben Sad refiere que un ulema



que le merecía entero crédito, oyó contar a Yahya ben Zacaria, íntimo amigo de Muhammad ben Wadah, que Asbag ben Jalil narraba lo siguiente:

—Estábamos de tertulia en casa de Yahya ben Yahya a tiempo en que vino a verle Said ben Muhammad ben Baxir, y se sentó con nosotros. Yahya notó que Ben Baxir estaba preocupado y triste, y le dijo:

—¿Qué te pasa?

—Un disgusto —contestó Ben Baxir— que de improviso me ha caído encima.

—¿Cuál es? Dí: aquí puedes estar tranquilo; nadie te oye ni te ve.

—Pues mira, es lo siguiente: Rebia, el conde (cristiano), me dió en depósito un cuantioso capital y hete ahí que el pregonero está gritando en la calle este pregón: "Aquel que tenga dinero o cosa depositada perteneciente a Rebia y no lo manifieste dentro de tres días, será castigado con la pena de muerte y serán confiscados sus bienes".

A Yahya causó mucha impresión esta noticia y quedó pensativo y aun atónito, mirando al suelo largo rato; luego le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer? Yo creo ¡pardiez! que debes guardar ese pacto de depósito, conforme a aquella tradición del Profeta que dice: "El depósito debe devolverse, no sólo al honrado y justo sino hasta al malvado o perverso (Dios ha hecho estas cosas así); lo mismo se muere tras del parto la mujer honrada que la que no lo es".

El caso se traslució y divulgó hasta que lo supo el monarca, el cual, pasados los tres días (de publicado el pregón), lo mandó llamar. El ujier del soberano (al presentarse en palacio Ben Baxir) le recibió y le dijo (de parte del monarca):

—¿Qué te ha inducido a esconder lo que te dió Rebia en depósito? Ya has oído lo que el pregonero ha publicado y la resolución firme y proclamada que hemos hecho a este propósito.

—Haz el favor —dijo Ben Baxir al ujier— de comunicar al soberano de mi parte que esto lo hice únicamente apoyándome en una tradición del Profeta.

Y le citó el texto de la tradición, añadiendo después de las palabras "el depósito debe devolverse al justo como al perverso" la siguiente coletilla: "Esta tradición del Profeta debe aplicarse a Rebia, porque no hay hombre más perverso que él".

El ujier eunuco comunicó al soberano la contestación de Ben Baxir, y el monarca, al enterarse de ella, lo recomendó a los visires, diciendo que era un santo varón, y aun añadió:

—Creo que debéis nombrarle juez.

Esta fué realmente la causa de que se le nombrara juez de Córdoba.

### Intentos de cohecho

Un narrador de noticias históricas contó lo siguiente:

Estaba Abu Ammir, hijo del juez Ammir ben Abd Allah, en la curia de su padre un día en que había grandísima concurrencia y, dirigiéndose a uno de los mercaderes que estaban por allí, dijo:

—Quiero comprar un bocado que esté repujado en forma de granitos, a propósito para un caballo que he adquirido recientemente. Podía usted encargarse de proporcionármelo.

Dice el narrador: Antes del anochecer de aquel mismo día, ya tenía diecisiete bocados que, como regalo, se los habían mandado todos a su casa.

Me encontré en cierta ocasión con el juez Muhammad ben Salma y me pidió que le comprara un alquicel, de la clase que en Córdoba llamaban *borrocán*.

Y añade Abd Allah: Mi padre me mandó que bajara a la calle de los pañeros a buscar el alquicel. Bajé y le compré un alquicel por veinticuatro dinares y medio; y se lo llevé a mi padre, el cual se lo trajo personalmente al juez. A éste le agradó y dijo:

—¿Cuánto te ha costado?

—A ti te cuesta —contestóle— diez dinares.

—El juez te saluda y te ruego que tomes el alquicel y que le devuelvas diez dinares. Pero unos momentos después vino a ver a mi padre Abu Yahya, el inspector de los legados píos, y le dijo:

—El juez te saluda y te ruega que tomes el alquicel y que le devuelvas los diez dinares, porque necesita ahora ese dinero para otros gastos y no necesita el alquicel.

—Yo le daré el dinero que ahora necesita —respondió mi padre no queriendo tomar el alquicel— y que lo utilice hasta que le sea fácil devolvérmelo.

Pero el inspector de legados píos se negó a aceptar porque el juez había dicho:

—Yo no puedo aceptar eso.

Y al preguntarle mi padre qué es lo que le había obligado a devolver el alquicel, el juez, que ya había sabido cuál era su verdadero precio, no quiso aceptar y dijo:

Yo creía que el precio del alquicel era el de diez dinares, que es la cantidad que yo le di; pero cuando he sabido que el alquicel vale más, ya no lo quiero. Me sabe mal, muy mal, que otros carguen con el gasto (que sólo a mí corresponde).



### El juez rechaza una recomendación del canciller

Un día se presentó ante el juez un sujeto para comunicarle el siguiente mensaje:

—Señor mío, el canciller Musa ben Muhammad te saluda y dice: "Ya sabes la amistad y cariño que te profeso y el interés decidido que me tomo por todas tus cosas. En tu curia se tramita el pleito, que tú ya conoces, contra Yahya ben Ishaq; testigos bien calificados han informado ya, viniendo a ser cosa probada; sin embargo, yo creo que debes diferir el pronunciar sentencia, evitando resolver de conformidad con lo que resulta probado".

—Saluda de mi parte al canciller —contestó el juez al recadero— y hazle saber que yo le digo: "Ciertamente nuestros lazos de amistad solamente se mantienen en cuanto puede ser grata a Dios y en consideración a él. Yahya ben Ishaq y cualquier otro hombre, en materia de justicia, son para mí completamente iguales. Me han entrado dudas a mí en este negocio, y no resolveré nada, voto a Dios, contra Yahya ben Ishaq, hasta que en su causa no vea yo tanta luz como la del sol que ilumina al mundo. Ahora bien (en el día del juicio), a mí no me protegerá nadie de (una injusticia que yo cometa en favor de) Yahya ben Ishaq, si me trataran con rigor en el proceso que me han de instruir delante de Dios".

El emisario contó lo siguiente:

Yo referí las palabras del juez al canciller. Este se calló; pero su hermano el visir Abu Umar se puso a hablar de eso, atacando al juez e insistiendo repetidamente; al fin se encaró con el canciller, y le dijo:

—Hermano mío, el juez, voto a Dios, es hombre integérrimo; no por hacer eso dejaré yo de tratarle con las consideraciones debidas; sus dudas mismas me certifican claramente de la bondad de sus intenciones. Eso no significa, sin embargo, que yo haya abandonado a Yahya ben Ishaq. ¿No hemos sido nosotros los que le hemos encomendado ese asunto y hemos puesto la confianza en él? Lo que hace el juez, voto a Dios, aun es mayor motivo para mi cariño y para que yo estime en más sus virtudes.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 73, 151, 164, 166, 85, 176, 203, 167, 250).

## TOLEDO CONTRA MUHAMAD: LA JORNADA DEL GUADACELETE

*La sangrienta jornada del foso no había abatido el ímpetu guerrero de los toledanos. El mismo Al-Hakam hubo de tomar Toledo por sorpresa poco después y de castigarla incendiando todo el casco alto de la ciudad.*

*Durante ocho años [829-837] sus habitantes volvieron a tener en jaque a Abd al-Rahman y sólo fué sometida por la traición de un renegado. Cuando Muhammad ocupó el trono, Toledo se alzó otra vez contra Córdoba. La antigua capital goda constituía una pesadilla permanente para la nueva capital musulmana. La audacia de sus moradores les permitió dominar toda la meseta central y les movió a penetrar en Andalucía en son de guerra. Muchos de los toledanos eran todavía mozárabes. Frente a los soberanos cordobeses, Toledo buscó la alianza de los cristianos del Norte. Cuando Muhammad decidió combatir la ciudad rebelde, el rey de Asturias y Galicia envió a su hermano en su socorro. Mediante un ardid, los cordobeses les vencieron. Los cronistas islamitas más que contar, cantaron la victoria. Pero Toledo continuó insumisa y si un quinquenio después pidió y obtuvo la amnistía, fué para sublevarse pocos años más tarde. Consiguió un nuevo amán en 872, pero antes de morir Muhammad [886] se rebelaron otra vez. Les rigió, como cónsul, Lope, de la familia de los "Beni Casi", durante las horas turbias de Abd Allah. Alfonso III de Asturias fué su aliado. Y rebeldes siguieron hasta que Abd al-Rahman III cerró en 932 con la sumisión definitiva de Toledo, la pacificación de Al-Andalus. Brava historia de más de un siglo; breves jornadas entre las milenarias de gloria y de dolor de la Toledo de siempre.*

Desde el año en que Muhammad subió al trono, los toledanos se sublevaron y apresaron a su gobernador y no consintieron en darle libertad sino cuando fueron liberados sus propios rehenes, que residían en Córdoba.

En 239 [12 junio 853] Al-Hakam, hijo del emir Abd al-Rahman, mandó la expedición de verano contra Toledo. Fué a acampar en Calatrava, que había sido evacuada por sus habitantes por miedo de los toledanos; hizo reconstruir sus fortificaciones e instaló allí a los fugitivos.

Ese mismo año el emir Muhammad envió tropas contra Sindola, a las órdenes de Qasim ben Al-Abbas y de Tamman ben Abu-l-Attaf, este último al frente de la caballería. Se hallaban acampados en Andújar, cuando fueron sorprendidos por una emboscada que habían preparado los toledanos. Cayeron muchas víctimas en el combate que se entabló, y los dos jefes fueron derrotados y su campamento saqueado. A propósito de este encuentro, que tuvo lugar en Xawwal [marzo 854], Safwan ben al-Abbas, hermano de Qasim, ha dicho:

Al-Qasim, un día, ha dejado escapar en la aguja imantada una detonación de la que han muerto todos los peces del océano.

En Muharram 240 [junio 854], el emir Muhammad marchó en persona contra Toledo. Al saberlo, los habitantes de la ciudad enviaron mensajeros a Ordoño (I), hijo de Alfonso y rey de Galicia, para solicitar su ayuda, y tal príncipe les envió a su hermano Gatón al frente de numerosas tropas cristianas. Cuando el emir Muhammad, próximo ya a Toledo, supo lo que

Toledo a vuelo de pájaro.

*Durante ocho años [829-837] sus habitantes volvieron a tener en jaque a Abd al-Rahman y sólo fué sometida por la traición de un renegado. Cuando Muhammad ocupó el trono, Toledo se alzó otra vez contra Córdoba. La antigua capital goda constituía una pesadilla permanente para la nueva capital musulmana. La audacia de sus moradores les permitió dominar toda la meseta central y les movió a penetrar en Andalucía en son de guerra. Muchos de los toledanos eran todavía mozárabes. Frente a los soberanos cordobeses, Toledo buscó la alianza de los cristianos del Norte. Cuando Muhammad decidió combatir la ciudad rebelde, el rey de Asturias y Galicia envió a su hermano en su socorro. Mediante un ardid, los cordobeses les vencieron. Los cronistas islamitas más que contar, cantaron la victoria. Pero Toledo continuó insumisa y si un quinquenio después pidió y obtuvo la ammistía, fué para sublevarse pocos años más tarde. Consiguió un nuevo amán en 872, pero antes de morir Muhammad [886] se rebelaron otra vez. Les rigió, como cónsul, Lope, de la familia de los "Beni Casi", durante las horas turbias de Abd Allah. Alfonso III de Asturias fué su aliado. Y rebeldes siguieron hasta que Abd al-Rahman III cerró en 932 con la sumisión definitiva de Toledo, la pacificación de Al-Andalus. Brava historia de más de un siglo; breves jornadas entre las milenarias de gloria y de dolor de la Toledo de siempre.*

Desde el año en que Muhammad subió al trono, los toledanos se sublevaron y apresaron a su gobernador y no consintieron en darle libertad sino cuando fueron liberados sus propios rehenes, que residían en Córdoba.

En 239 [12 junio 853] Al-Hakam, hijo del emir Abd al-Rahman, mandó la expedición de verano contra Toledo. Fué a acampar en Calatrava, que había sido evacuada por sus habitantes por miedo de los toledanos; hizo reconstruir sus fortificaciones e instaló allí a los fugitivos.

Ese mismo año el emir Muhammad envió tropas contra Sindola, a las órdenes de Qasim ben Al-Abbas y de Tamman ben Abu-l-Attaf, este último al frente de la caballería. Se hallaban acampados en Andújar, cuando fueron sorprendidos por una emboscada que habían preparado los toledanos. Cayeron muchas víctimas en el combate que se entabló, y los dos jefes fueron derrotados y su campamento saqueado. A propósito de este encuentro, que tuvo lugar en Xawwal [marzo 854], Safwan ben al-Abbas, hermano de Qasim, ha dicho:

Al-Qasim, un día, ha dejado escapar en la aguja imantada una detonación de la que han muerto todos los peces del océano.

En Muharram 240 [junio 854], el emir Muhammad marchó en persona contra Toledo. Al saberlo, los habitantes de la ciudad enviaron mensajeros a Ordoño (I), hijo de Alfonso y rey de Galicia, para solicitar su ayuda, y tal príncipe les envió a su hermano Gatón al frente de numerosas tropas cristianas. Cuando el emir Muhammad, próximo ya a Toledo, supo lo que

Toledo a vuelo de pájaro.

Vista general de Toledo.



ocurría, decidió recurrir a la astucia y se trazó el siguiente plan: desplegó su ejército en orden de batalla, puso tropas en emboscada junto al Guadacelete y, después de disponer sus máquinas de guerra, avanzó a la cabeza de una hueste no muy numerosa. Al verla, los toledanos informaron en seguida al cristiano del pequeño número de los atacantes y él organizó con premura la salida, con la esperanza de triunfar y de obtener botín. Pero cuando comenzó el choque, "las tropas colocadas en emboscada salieron de la derecha y de la izquierda, y los caballeros se lanzaron unos tras otros a la batalla formando nubes que cubrían al enemigo, de suerte que los cristianos y los toledanos, derrotados, fueron pasados por las armas, rajados por las espadas o atravesados por las lanzas, porque Alá entregó casi todos a la muerte y les aniquiló. Se reunieron en el campo de batalla y en los alrededores ocho mil cabezas; se formó con ellas un gran montón, alto como una colina, y sobre ella los musulmanes gritaron proclamando la grandeza y la unidad divina, alabaron al Señor y le testimoniaron su reconocimiento". El emir Muhammad envió la mayor parte de tales cabezas a Córdoba, a las tierras del litoral y también al litoral africano. El número total de los enemigos desaparecidos en esta empresa, que tuvo lugar en Muharram [junio 854], llegó a veinte mil.

En 241 [22 mayo 855] el emir Muhammad instaló importantes guarniciones, así como tropas de caballería, en Calatrava y Talavera y nombró en ésta, como gobernador, a Haritz ben Bazi.

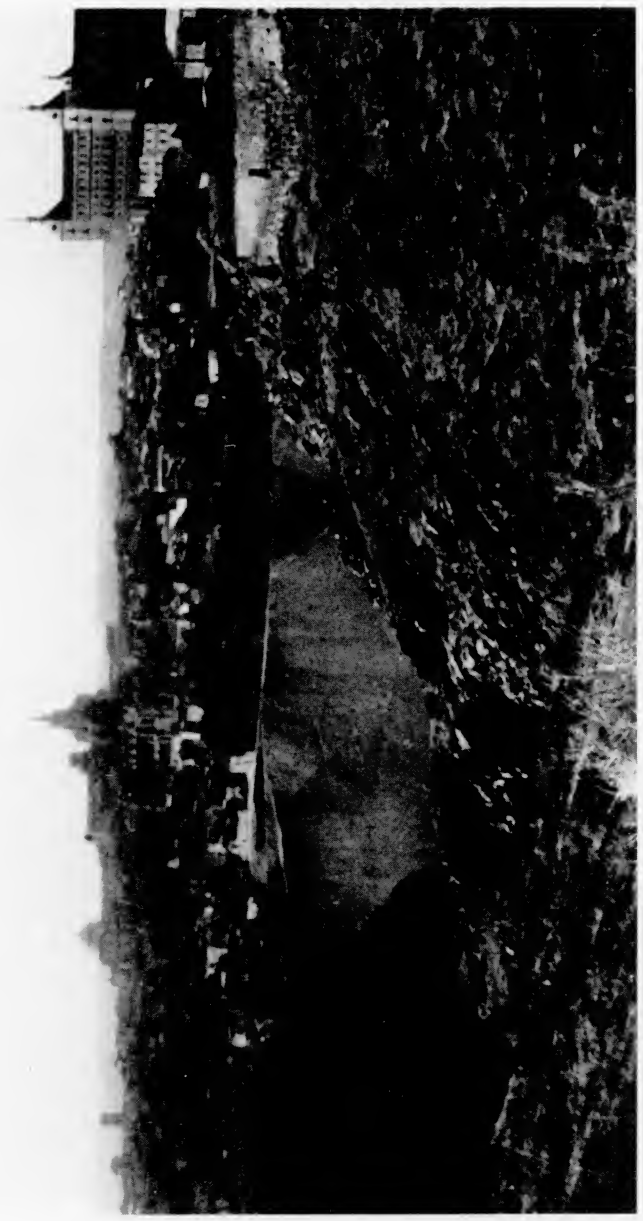
En 242 [10 mayo 856] ...Muhammad hizo bloquear Toledo por tropas a cuyo frente había colocado a su hijo Al-Mundzir, quien destruyó todos los víveres de los alrededores.

En 243 [30 abril 857] se infligió una derrota importante a los toledanos. Marcharon contra Talavera, y Masud ben Abd Allah al-Arif, oficial que gobernaba tal plaza, organizó una salida contra ellos tras haber preparado una emboscada; hizo una gran carnicería y envió a Córdoba setecientas cabezas de las víctimas.

En 244 [19 de abril 858] el emir marchó en persona contra los toledanos, "cuyo número había disminuído y cuyo ardor se había enervado, como consecuencia de sus repetidos fracasos y de las desgracias que habían padecido". Se luchó por la posesión del puente y entonces, según plan concebido por el emir, los más hábiles arquitectos e ingenieros realizaron una estratagema que no sospecharon los toledanos. Se comenzó a pelear sobre el puente, los soldados de Muhammad se batieron en retirada, y el puente, que estaba minado, cayó, arrastrando consigo al río a los guerreros que se hallaban sobre él, los cuales se ahogaron hasta el último. Fué ésta una de las más terribles pruebas con que Alá les castigó.

En 245 [8 abril 859], los toledanos pidieron el amán; les fué concedido por el príncipe y fué ésta la primera (amnistía que obtuvieron).

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 153).



Vista general de Toledo.



ocurría, decidió recurrir a la astucia y se trazó el siguiente plan: desplegó su ejército en orden de batalla, puso tropas en emboscada junto al Guadacelete y, después de disponer sus máquinas de guerra, avanzó a la cabeza de una hueste no muy numerosa. Al verla, los toledanos informaron en seguida al cristiano del pequeño número de los atacantes y él organizó con premura la salida, con la esperanza de triunfar y de obtener botín. Pero cuando comenzó el choque, "las tropas colocadas en emboscada salieron de la derecha y de la izquierda, y los caballeros se lanzaron unos tras otros a la batalla formando nubes que cubrían al enemigo, de suerte que los cristianos y los toledanos, derrotados, fueron pasados por las armas, rajados por las espadas o atravesados por las lanzas, porque Alá entregó casi todos a la muerte y les aniquiló. Se reunieron en el campo de batalla y en los alrededores ocho mil cabezas; se formó con ellas un gran montón, alto como una colina, y sobre ella los musulmanes gritaron proclamando la grandeza y la unidad divina, alabaron al Señor y le testimoniaron su reconocimiento". El emir Muhammad envió la mayor parte de tales cabezas a Córdoba, a las tierras del litoral y también al litoral africano. El número total de los enemigos desaparecidos en esta empresa, que tuvo lugar en Muharram [junio 854], llegó a veinte mil.

En 241 [22 mayo 855] el emir Muhammad instaló importantes guarniciones, así como tropas de caballería, en Calatrava y Talavera y nombró en ésta, como gobernador, a Haritz ben Bazi.

En 242 [10 mayo 856] ...Muhammad hizo bloquear Toledo por tropas a cuyo frente había colocado a su hijo Al-Mundzir, quien destruyó todos los víveres de los alrededores.

En 243 [30 abril 857] se infligió una derrota importante a los toledanos. Marcharon contra Talavera, y Masud ben Abd Allah al-Arif, oficial que gobernaba tal plaza, organizó una salida contra ellos tras haber preparado una emboscada; hizo una gran carnicería y envió a Córdoba setecientas cabezas de las víctimas.

En 244 [19 de abril 858] el emir marchó en persona contra los toledanos, "cuyo número había disminuído y cuyo ardor se había enervado, como consecuencia de sus repetidos fracasos y de las desgracias que habían padecido". Se luchó por la posesión del puente y entonces, según plan concebido por el emir, los más hábiles arquitectos e ingenieros realizaron una estratagema que no sospecharon los toledanos. Se comenzó a pelear sobre el puente, los soldados de Muhammad se batieron en retirada, y el puente, que estaba minado, cayó, arrastrando consigo al río a los guerreros que se hallaban sobre él, los cuales se ahogaron hasta el último. Fué ésta una de las más terribles pruebas con que Alá les castigó.

En 245 [8 abril 859], los toledanos pidieron el amán; les fué concedido por el príncipe y fué ésta la primera (amnistía que obtuvieron).

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 153).

## INSTANTANEAS DE VARIOS JUECES DE CORDOBA

*El relieve adquirido por el juez de Córdoba, ante cuya curia habían de acudir, por igual, desde el mendigo al canciller, y que solía desoír las recomendaciones de los más altos dignatarios y aun las del soberano, hizo que diversos cronistas trazaran la historia de los que ocuparon el juzgado de la capital. De tales biografías es posible destacar las virtudes, los defectos y las flaquezas de los cadíes. Para juzgar de la sociedad cordobesa es necesario conocer algunas instantáneas de sus primeros magistrados judiciales.*

Un narrador de sucesos históricos me ha dicho que cuando Hixam I subió al trono, como califa, envió un emisario al cortijo donde se hallaba Musab ben Imran. El narrador recordaba que cuando el emisario llegó a casa de Musab, la mujer de éste se hallaba tejiendo en un telar, y que Musab estaba delante de su mujer preparándole los ovillos. Su mujer arregló con los dedos el telar, y luego, volviéndose a Musab, le dijo: "¿Rechazarás ahora el cargo de juez de Córdoba que te ofrece el monarca, como rehusaste aceptarlo cuando te lo ofreció su padre?" e inmediatamente continuó dando vueltas a los ovillos del telar. Cuando Musab se presentó ante Hixam I, le dijo éste: "Ya sé que a ti no te gustaba aceptar el cargo, por el carácter y costumbres que tenía mi padre. Tú conoces muy bien mi carácter". Estas reflexiones, al pronto, no le decidieron a aceptar el cargo y volvió a rehusarlo; pero Hixam insistió con tal fuerza, que al fin aceptó. Musab solía predicar el sermón y dirigir los rezos en la aljama de Córdoba, cuando el monarca Hixam I se ausentaba de la capital.

Musab, para aceptar el cargo de juez, impuso una condición: que se le permitiera ir a su cortijo todos los sábados para poder estar en el campo el sábado y el domingo de todas las semanas. Le fué aceptada esa condición.

Me contó persona que conoció al juez Muhammad ben Baxir que le vió entrar por la puerta de la mezquita aljama (de Córdoba) un día de viernes, y llevaba una mantilla (o bufanda) de color de azafrán, y en sus pies unos zapatos que chirriaban y el pelo de su cabeza peinado en cabellera partida. Vestido de este modo solía rezar los oficios, predicar y juzgar. Esa manera de presentarse no argüía mucho en su favor, pero cuando se enteraba uno bien de su conducta religiosa y moral, quedaba asombrado de la altura de aquel hombre; se le veía allá, muy alto, en las propias Cabrillas (o Pléyades).

Uno de los sucesos que el pueblo contaba y corría en boca de todos, fué el siguiente:



Al juez Muhammad ben Baxir se le presentó un hombre que no le conocía personalmente y, al verle con aquel traje tan juvenil, con la cabellera partida, con la mantilla azafranada, con las trazas de haberse alcoholizado, de haberse limpiado y frotado la dentadura y con las huellas de la alheña en sus manos, no pudo imaginar que fuera el juez, y se volvió a uno de los asistentes para decirle:

—Hágame el favor de indicarme quién es el juez.

—Pero, hombre —le dijeron—, si es ése.

Y le señalaron al juez.

—Miren ustedes —dijo el hombre—, yo soy forastero; yo creo que ustedes están bromeándose conmigo; yo les pregunto por el juez y ustedes me señalan a un flautista.

El hombre aquel tuvo que ir de un sitio para otro preguntando y todos le decían lo mismo. Al fin, Muhammad ben Baxir le dijo:

—Venga usted acá y exponga el asunto que le trae a la curia.

Al persuadirse aquel hombre de que aquel señor era el juez, se avergonzó y se excusó; luego expuso el asunto que le interesaba exponer al juez y se encontró con que éste era hombre muy justo y muy equitativo, cual no había podido imaginar.

☆

Iba (Said ben Sulayman) a la mezquita, donde tenía la curia, vistiendo una chupa blanca, llevando en la cabeza un alto bonete de forma cónica, también blanco, y una capa blanca de la misma clase. Cuando los curiales le vieron con aquella vestimenta les pareció, a primera vista, un hombre despreciable y hasta se atrevieron, en un rato en que él no estaba en la mezquita, a traer una espuerta llena de cortezas de bellotas y ponerla debajo de la estera sobre la que había de colocarse el juez para rezar. Al venir éste, después de realizada esta fechoría y ponerse encima de la estera, sintió que allí debajo había una cosa que se resquebrajaba y, cuando acabó de rezar, levantó la estera y vió las cortezas de bellotas. Alguien le dijo que unos curiales habían hecho aquello, y el juez, persuadido de que efectivamente así habría sido, al presentársele aquéllos, díjoles:

—¡Oh asamblea de curiales, vosotros me echáis en cara el que yo sea del Llano de las Bellotas; os prometo que he de ser, ¡pardiez!, tan duro como la madera de carrasca, que no se hiende!

Luego, tras estas palabras, les juró que ellos no ejercerían el oficio de abogado ni procurador en su curia durante un año. Eso hizo que estuviesen a punto de arruinarse, quedando pobres.

☆

Cuando fué destituído Yahya ben Maamar del cargo de juez de Córdoba, uno de los ministros del monarca, que era amigo íntimo del juez, ordenó a un hijo suyo que fuera a casa del juez con varias acémilas y servidores, diciéndole:

—Hijo mío, vete a casa del juez y dile que cargue sobre estas acémilas el bagaje suyo y lo que tenga por conveniente transportar.

Cuando el hijo del ministro se presentó en casa del juez y le expuso a éste el encargo de su padre, al oír lo de las acémilas, díjole el juez:

—Entra, entra en mi casa y verás el bagaje que hay.

El hijo del ministro entró en la casa y se encontró con que el juez no tenía más muebles que una estera, una tinaja donde metía la harina, una escudilla o plato, un jarro para el agua, un vaso y la cama para acostarse.

El hijo del ministro le dijo:

—¿Dónde están los objetos que hemos de cargar?

—Eso es todo lo que hay — replicó el juez.

Y dirigiéndose éste al mancebo que le servía de criado, dijo:

—Mira, esa harina repártela entre los pobres que haya por ahí fuera, y esa estera y esos cacharros manda a uno de esos hombres que han venido que los hagan pedazos.

Luego salió de la casa y dijo al hijo del ministro:

—Saluda de mi parte a tu padre y dale las gracias por la atención que ha tenido conmigo.

E inmediatamente se puso en camino, dirigiéndose a Sevilla, su patria.

☆

La segunda causa fué la siguiente: Al ser destituído Sulayman del juzgado de Mérida, se presentó a la puerta del alcázar de Córdoba y entregó una carta para el soberano Muhammad, en que decía: "Tengo dinero que he ahorrado y reunido, procedente de mis sueldos, el cual me considero en la obligación de devolver al tesoro público, porque es la parte de mi sueldo que corresponde a los días feriados, de otros días en que he tenido faenas personales propias mías, y de otros en que teniendo yo el deber de acudir al juzgado, no he podido ir". Y recibió contestación del monarca, que le decía: "Ese dinero se te da de regalo de mi parte". El juez no quiso aceptar ese regalo y tuvieron que incautarse de esa cantidad.

☆

Unos hombres entraron en casa de Sulayman a visitarle, en el mes mismo en que éste había de morir, y le preguntaron qué edad tenía. El calló un momento; pero luego llamó a una esclava negra que le servía y, al



presentarse ésta, le pidió que trajera un saquito que él tenía para guardar ciertas cosas. La esclava se lo trajo y él sacó una hoja de (papel o pergamino) que entregó a los visitantes, diciendo: "leed". Los hombres aquellos leyeron la hoja, que era una carta dirigida por el monarca Hixam I a su juez, de la parte norte de Andalucía, del *Llano de las Bellotas* y comarcas vecinas, Aswad ben Sulayman, en que se le ordenaba que recaudase las contribuciones que fuera preciso recaudar y que las distribuyese en la forma que se especificaba en aquella carta. Al fin de ella había una nota, de letra del juez Aswad ben Sulayman, que decía: "Nació Sulayman ben Aswad, Dios le conserve la vida, día tal, de tal mes". Los hombres aquellos contaron los años transcurridos desde la fecha en que Sulayman nació hasta la fecha en que entonces se hallaban, y resultaron noventa y nueve años y diez meses. Sulayman les dijo:

—Si vivo dos meses más, cumpliré cien años.

Pero murió en aquel mismo mes, antes de cumplir los cien años.

☆

Un ulema compañero mío me refirió que Yahya ben Zacariya, uno de los más grandes amigos de Muhammad ben Wadah, le contó lo siguiente: Estaba convidado Sulayman ben Aswad en casa de uno de los ministros, un día viernes. El ministro le invitó a que comiera estando solo, como estaba; él se excusó diciendo que ayunaba. Le invitó luego a que tomara algalia para perfurmarse; él rehusó diciendo:

—Hoy es viernes; he tenido que hacer la ablución (para purificarme); si me perfumara tendría que quitar con la ablución ese perfume, y se perdería.

El ministro no se atrevió a insistir en esas materias. Cuando Sulayman ben Aswad salió de casa de aquél, dijo a uno de sus amigos:

—Me hubiera repugnado mucho el ejercer hoy el oficio de predicador y misionero de los musulmanes, llevando encima de mí esos aromas.

☆

Una santa mujer, de esas que viven apartadas de los hombres y retiradas en su domicilio haciendo vida austera, me contó que fué ella personalmente a casa del juez (Ben Salma) cierto día, un poco antes de mediodía, y llamó a la puerta. El juez salió a abrirle: ella no le conocía. El juez traía las manos impregnadas de masa, como que estaba amasando el pan. Ella le dijo:

—Deseo hablar con el juez, porque me veo en la necesidad de acudir a él.

—Vete a la mezquita aljama —le contestó— y encontrarás allí al juez dentro de un momento.

Decía aquella mujer: yo me fuí a la aljama, recé e inmediatamente sentéme a esperar al juez: a poco, apareció allí en la mezquita aquel hombre que había salido a abrirme (cuando llamé en casa del juez) y que llevaba en las manos las huellas de la masa. Hizo aquel hombre sus rezos; pregunté yo quién era y me dijeron que era el juez. Cuando acabó de rezar, presentéme a él, le hablé del asunto que me urgía y me resolvió el caso inmediatamente.

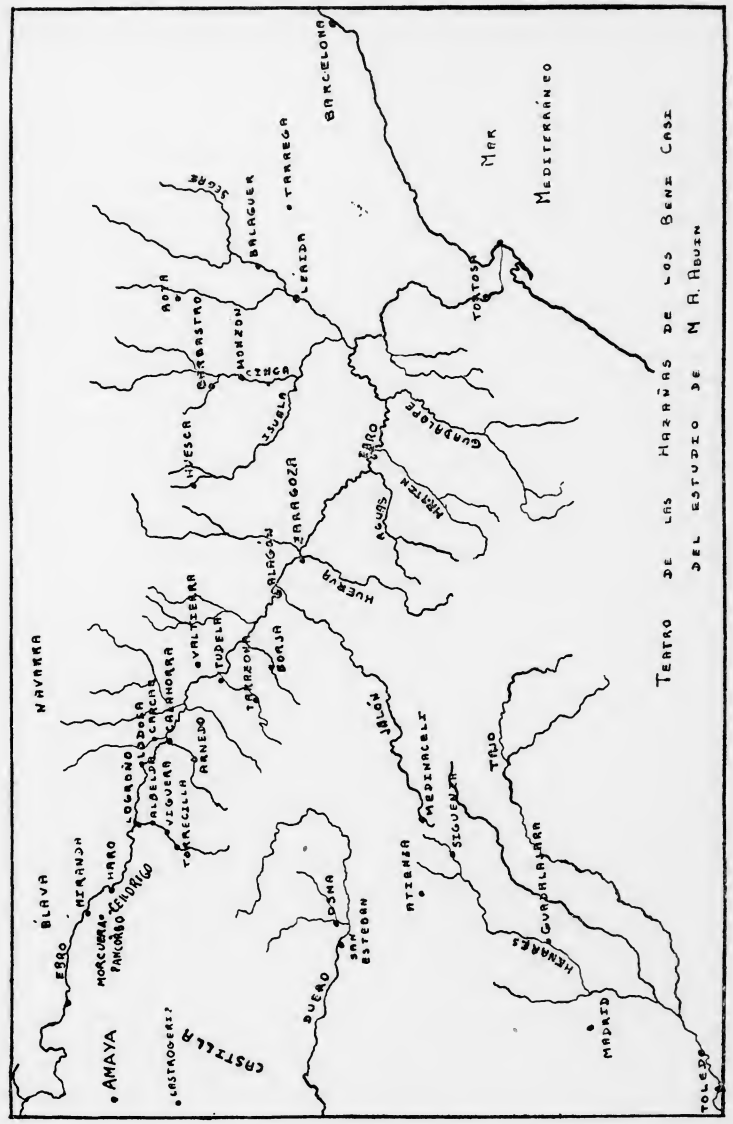
Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 56, 71, 133, 104, 156, 158, 191, 203).

## MUERTE DEL MORO "MUZA", "TERCER REY DE ESPAÑA"

*Durante la campaña de los conquistadores en el valle del Ebro, un noble godo oportunista, llamado Fortún, se convirtió al islamismo y conservó así sus tierras y su fuerza política. Sus nietos empezaron a adquirir celebridad con ocasión de las guerras de sucesión que siguieron a las muertes de Abd al-Rahman I y de Hixam I. Poco más tarde lograron tallarse un principado, cuando los españoles, un siglo después de la invasión, se dieron cuenta de su fuerza y se sintieron arrastrados por un movimiento de exaltación nacional. En la Frontera Superior —así llamaban los árabes a la región del Ebro— encarnó e hizo triunfar ese espíritu de rebeldía un descendiente de Fortún, el gran caudillo "Muza". Alzado contra Córdoba, consiguió dominar desde Zaragoza a la Rioja. Orgulloso de su poder, que sólo juzgaba inferior al del emir y al del monarca cristiano de Asturias, se hizo llamar "tercer rey de España". Se permitió combatir con éxito a los ejércitos del emperador de los francos, Carlos el Calvo, pero fué vencido por Ordoño I en la batalla, auténtica, de Clavijo. Su estrella declinó desde entonces y acabó muriendo en 862, herido por su yerno, ante los muros de Guadalajara. Sus hijos, los "Beni Casi", continuaron su rebeldía aliados con Alfonso III; uno de ellos fué cónsul de Toledo; su nieto Muhammad trocó en enemiga la alianza de sus familiares con el Rey Magno, y con su biznieto, Lope, se extinguió el poder de los sucesores de Fortún el godo y del moro Muza.*

Ahora volvamos a lo que ha quedado por decir de Musa, hijo de Musa. Sucedió, pues, que Musa reunió tropas y se fué a buscar a Izraq, hijo de Muntil, señor de Guadalajara y comarcas de frontera que le son ajenas, el cual estaba sometido al emir por tradicional sumisión que pasaba de padres a hijos desde el tiempo de los califas. Era este Izraq uno de los hombres más guapos que ha habido. Cuando ya Musa, hijo de Musa, había puesto el





cerco a Guadalajara e Izraq se ponía en movimiento para combatirle, aquél le mandó un mensaje diciéndole: "¡Oh Izraq!, no vengo a hacerte la guerra; sólo he venido con el fin de contraer lazos de parentesco contigo. Tengo una hija muy guapa, no hay en España ninguna más hermosa; es ya bien moza y no quiero casarla sino con el mozo más guapo de esta tierra. Ese eres tú". Izraq contestó afirmativamente a esta propuesta; se hicieron las capitulaciones matrimoniales; Musa, hijo de Musa, dió la vuelta hacia las comarcas de frontera de que era señor, y desde allí le mandó a su hija. En cuanto supo Muhammad lo ocurrido, le entró grandísimo cuidado y sobresalto, pues receló que las comarcas fronterizas más próximas se le escaparían, como ya se le habían separado de su obediencia las lejanas. Para salir de incertidumbre, mandó un mensajero de su confianza para poner a prueba la obediencia de Izraq y ver qué actitud tomaba éste en sus relaciones con el emir. Fuése el embajador, y por toda contestación de Izraq obtuvo la siguiente: "Ya se verá bien claro qué actitud tomaré, si de sumisión o desobediencia". Pasados algunos días, después que Izraq hubo satisfecho sus naturales deseos de recién casado, con pequeña escolta de vasallos suyos salió de Guadalajara y, andando por atajos y caminos extraviados, sin ser notado por persona que le conociera, se presentó a la puerta (del palacio real de Córdoba que se llama) de los jardines. Al ser visto por los del palacio se armó grande algazara: los pajes o eunucos apretaron a correr, a quien más podía, a darle la buena nueva al emir Muhammad, el cual dió órdenes en seguida para que se le presentara. En la entrevista le reprochó duramente porque había contraído parentesco con un enemigo suyo; pero Izraq, después de contarle el caso como había sucedido, le dijo: "¿Qué daño puede causarte el que tu amigo se case con la hija de tu enemigo? Si me es posible atraerlo por este enlace a la obediencia, lo haré; de lo contrario, yo seré uno de tantos que le combatirán para que se someta". El emir lo alojó y trató espléndidamente en su palacio unos cuantos días; luego le dió regalos y vestidos y le dejó marchar. Musa, al saber lo ocurrido, reunió sus tropas para ir allá y puso sitio a Guadalajara. Un día en que Izraq estaba reclinado en la alcazaba que domina al río de Guadalajara, con la cabeza descansando en el seno de su mujer, y que los de Guadalajara se habían esparcido por sus huertos y jardines, Musa, hijo de Musa, les dió tal carga y atacó con tal impetuosidad con la gente que llevaba, que los lanzó al río. La muchacha, al ver aquella acción de su padre, llenóse de alegría, despertó a Izraq y le dijo: "¡Mira, mira, aquel león qué es lo que hace!" Este contestó: "¡Hola, parece que tú crees que tu padre vale más que yo o que es más bravo! ¡Ca! ¡De ninguna manera!" Al momento toma su cota de mallas, se la pone, inmediatamente sale al encuentro de Musa, y como Izraq era uno de los hombres más diestros en manejar la lanza, el primer golpe que asesta hizo blanco. El otro, al sentirse herido, levantó el campo; pero, antes de llegar a Tudela, había muerto.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 83).



# PARA LA HISTORIA DE LA "BUENA SOCIEDAD" DE AL-ANDALUS

*Algunos testimonios históricos nos descubren la entraña de la sociedad nobiliaria musulmana de España en el siglo IX. Si los nobles cristianos no hubieran conquistado Andalucía en el siglo XIII y en el XV, sería difícil resistir la tentación de remontar hasta los jóvenes magnates islamitas el señoritismo andaluz de nuestros días.*

## Insolencia de los jóvenes magnates y de los jóvenes príncipes

Algunos lamentables acontecimientos ocurrieron durante el reinado de Muhammad; uno de ellos fué el siguiente: unos jóvenes de la familia de los Banu al-Salim, habitantes de Sidonia, estaban bebiendo con otros de su edad cuando se recibió la noticia (de la muerte) de Abd al-Rahman; apenas lo supieron, se van a buscar al gobernador, le sorprenden en el palacio del gobierno y le roban una porción de dinero procedente de la contribución. Las personas de más edad y más caracterizadas y prudentes del pueblo se fueron a buscarles, les quitaron el dinero y lo devolvieron al gobernador. Así que la noticia llegó a oídos del emir Muhammad, éste dispuso gente que fuera allá y se los trajera; los trajeron, metióles en la cárcel y permanecieron en ella cerca de veinte años, al cabo de los cuales, cansados ya de estar allí encerrados, procuraron hacerse amigos de los carceleros, y una noche les dejaron burlados y se escaparon; pero les siguieron la pista y se les encontró en uno de los pueblecillos de la Campania (de Córdoba). Muhammad, hijo de Nasar, oficial de las tropas del emir, que fué el que los cogió, los trajo delante de Haxim y fueron allí todos pasados a espada, excepto los Banu al-Salim, los cuales, después de haberlos conducido a la puerta de la Al-Suda, por orden del emir, fueron degollados allí.

(Otro caso digno de lamentar también fué el siguiente):

Ubayd Allah, hijo de Abd al-Aziz, hermano de Haxim, se sublevó con los hombres que a sus órdenes tenía contra el emir, en los montes de Torrox de Elvira. Muhammad mandó que saliera contra aquél al ministro Muhammad, hijo de Umayya, acompañado de los suyos, con orden terminante de matar a todos los sublevados; sin embargo, Muhammad, hijo de Umayya (al llegar allá) escribió al emir, rogándole que le dispensara de matar al hermano de Haxim. El emir (contrariado entonces) envió a su eunuco Eidon, y éste lo degolló; y trajo su cabeza, que fué colgada a la puerta de Al-Suda.

En una de las expediciones guerreras que hizo Muhammad, quedóse Umayya ben Isa, haciendo las veces de soberano en Córdoba. El emir

dejó en un departamento de palacio a uno de sus hijos a cargo de su mayordomo y preceptor, quien por el excesivo cariño que le profesaba, le consentía demasiado. A Umayya se le quejaron (de travesuras) del príncipe, y mandó que se le intimidara un poco y se le reprimiera en las demasiadas libertades que se tomaba. Sin embargo, el príncipe no por eso se enmendó. Al fin se repitieron las quejas de tal manera que Umayya tuvo que llamar al preceptor para decirle todo lo que pasaba. Pero (apenas supo el príncipe que a su preceptor se le había llamado, creyendo que se trataba de molestarle) mandó inmediatamente a uno de sus pajes que dijera a Umayya lo siguiente: "El príncipe dice que si no dejas en paz a su encargado, él mismo en persona bajará acompañado de los suyos y te quitará las ganas de meterte con él". Umayya, al oír aquella embajada, se puso a reír; y no fué él sólo (sino que se esparció la noticia por Córdoba) y todo el mundo se rió de aquello, así como de otro sucedido que no conviene recordar. Pero Umayya contestó al que le había llevado aquella embajada: "Pues mira (dile al príncipe), que juro por el Dios único que, si de hoy en adelante se atreve a pasar el umbral de la puerta del Asatah (azotea), donde su padre le ordenó que estuviese, no tendré ningún empacho en ponerlo en la (cárcel de la) Adueira, metiéndole dos perros para que le hagan compañía hasta que vuelva el emir, a no ser que venga una comunicación del mismo diciendo que le suelte". Inmediatamente hizo venir a los porteros, y les dió órdenes terminantes de que no dejaran salir al príncipe, y volvió a amonestar al preceptor a fin de que fuera algo más riguroso.

### Reuniones principescas: cantares, celos y golpes

Cuéntase que Abd Allah, hijo de Muman el Comensal, conocido vulgarmente por el Yamama, refería lo siguiente: "Estábamos el día de Anzara (San Juan) en casa de Utzman, el hijo del emir Muhammad, de reunión, en la que había una multitud de literatos y poetas cordobeses. En esto entró su hermano Ibrahim, que era de más edad que él. Levantóse Utzman, besóle la mano, invitóle a que se sentara, se sentó y nosotros hicimos lo mismo. Ibrahim comenzó la conversación, diciendo: "Hermano: he recorrido hoy la ciudad por ver si encontraba alguien con quien tener un rato de conversación, pero en vano; no he podido dar con nadie; todos me decían que estaban en tu casa, y aquí me he dirigido deseando entretenerme (charlando un rato) con vosotros". Al momento le presentaron la comida y dijo: "Gracias, acabo ahora mismo de comer y no tengo nada de apetito". Volvióse entonces Utzman al reservado, cubierto con cortinas, donde suelen estar las cantadoras, para llamar a su muchacha Bacea, a quien se la llamaba la Iman (jefe, presidente), (sin duda alguna por) que era la mejor cantadora de su tiempo, y luego dijo, dirigiéndose a Ibrahim: "Hermano, dueño y señor mío; has tenido la dignación de venir personalmente a honrarme



este día... ¡Ea, pues, muchacha; venga todo lo más bonito de tu repertorio!" Ello se puso a cantar lo siguiente:

Sólo al ver al que os visita
el placer se aumenta en mi alma,
mi corazón de gozo palpita,
con la carcanía de aquel que os ama.

Utzman, al oír aquello frunció el entrecejo, y dejó ver en su cara gestos de desagrado y disgusto; sin embargo, no hizo nada más por entonces; pero apenas nos marchamos de su casa, entró a buscarla, tomó un látigo y le dijo: "Tú has cantado aludiendo a la entrada de mi hermano en mi casa: "Sólo al ver al que hoy os visita, mi corazón de gozo palpita". ¿No es verdad? ¡Ah!; no me cabe duda que tú estás enamorada de él". Y le dió una paliza. Nosotros supimos lo ocurrido y nos dijimos: "Ahora la cosa no tiene remedio, no puede con palabras deshacerse".

En otra ocasión (sigue refiriendo Abd Allah) estábamos de tertulia en casa del mismo Utzman, como solíamos tener muchos días, y entró (el mismo) Ibrahim, su hermano. Utzman se levantó, le invitó a que se sentara, luego dijo a Bacea las mismas palabras que la otra vez y se puso ella a cantar:

"Cuando veo los gestos de aquel pajarraco, no puedo menos de decirle: ¡Vaya enhoramala ese cuervo, augurio de separación y enemistad de los amantes!"

Ibrahim, al oír aquello, se puso de pie inmediatamente: "¡Hermano, en ese canto se me ha querido aludir!" Utzman se apresuró a levantarse y decirle: "¡Hermano y señor, voy a pegarle ahora mismo 500 latigazos!" Al momento pidió un látigo; pero ocurrió que estaba a la sazón en aquella tertulia Abu Sahal el alejandrino, hombre de los más salados, graciosos y ocurrentes en la conversación, y dirigiéndose hacia Ibrahim, le dijo: "¡Hombre, por Alá y (por todo lo más sagrado que tengas en la vida), por tu honor te ruego que no seas parte para que se martirice a esa pobre, dos veces ya desdichada por tu causa; no ha muchos días, por haber cantado en tu obsequio aquello de "Sólo al ver al que hoy os visita mi corazón de gozo palpita", se le propinó algo que no debió darle mucho gusto: por consiguiente, si hoy te hubiera apedreado, bien merecía que se la dispensara". "¡Hermano!, dijo entonces Ibrahim: ¿y aquí mismo, en tu casa, te vienen los celos? Júrote por Dios que no he de venir a verte jamás". E inmediatamente se marchó.

Del *Iftitah al-Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 71, 82, 99).

## MADRID CASTILLO FAMOSO

*Sabemos hoy cuándo fué fundada y por quién la capital de España. La que llegó a ser en el siglo XVI centro político de una monarquía católica donde no se ponía el sol, comenzó siendo, en el IX, un pequeño castillo mandado alzar por Muhammad (856-886), soberano musulmán de Al-Andalus. Las orillas del madrileño Manzanares habitadas desde los días más remotos de la edad de la piedra —al cavar la cerca de Madrid se hallaron los restos de un gigantesco animal antidiluviano— vieron alzarse así, pronto va a hacer once siglos, el embrión de una de las grandes ciudades de la Europa moderna. La fortaleza levantada por el emir de la España mora en una hora de contienda civil —lo fué la Reconquista—, ombligo después de la contrarreforma filipina, está llamada a ser escenario de la paz y de la reconciliación próxima de los hermanos españoles.*

Ciudad importante de Al-Andalus, levantada por el emir Muhammad ben Abd al-Rahman (II). Desde Madrid hasta el puente de Maqueda, que marca el límite extremo del territorio musulmán, hay treinta y una millas.

Se halla en Madrid cierta tierra con la que se fabrican marmitas que pueden ser utilizadas para la cocción durante veinte años, sin que por esto se quiebren. Los alimentos que en ellas se preparan, no se descomponen en épocas de gran calor. Entre las mejores obras de defensa que existen, se encuentra el castillo de Madrid: fué construído por el emir Muhammad ben Abd al-Rahman (II). Ben Hayyan se refiere, en su "Historia", al foso que fué cavado en torno a la muralla de Madrid y con este motivo dice: "Al cavarle se halló una tumba que contenía un cadáver gigantesco de 57 codos de largo, es decir, de 102 palmos, desde la almohada que sostenía la cabeza hasta la punta de los pies.

Esto fué confirmado por un informe del cadí de Madrid, que se había trasladado en persona para verle, y por testigos presenciales. Tal magistrado declaró que el volumen de la caja craneana del cadáver podía calcularse en 8 arrobas, aproximadamente. ¡Gloria a Aquél que ha grabado Su Signo en todas las cosas!"

Madrid es una pequeña ciudad y una plaza fuerte bien defendida. En la época en que era musulmana, estaba provista de una mezquita aljama, donde se pronunciaba regularmente la oración. Esta ciudad se encuentra en las proximidades de Toledo.

Del *Kitab al-Rawd al-Mitar fi Jabar al-Aqtar* de ABD AL-MUNIM AL-HIMYARI (Según versión francesa de Lévi-Provençal).



## EL ETERNO PUEBLO ANDALUZ

*Algunos historiadores de la España mora gustaron de contemplar y de referir la vida auténtica del pueblo hispano-musulmán, que fluía por bajo de la superestructura política y guerrera a que consagraron exclusivamente su atención la mayoría de los cronistas. Los que más hondo calaron en la entraña de la sociedad de Al-Andalus fueron: el Nieto de la Goda y el historiador de los jueces de Córdoba. A las páginas de éste asoma el pueblo andaluz con características parejas a las que todavía le distinguen. Ahí está retratado en los pasajes que siguen. Me parece seguro que, si dispusiéramos de textos de la época romana, de igual pormenor, podríamos remontar algunos siglos la estampa de la Córdoba califal, que nos ofrecen los autores árabes. Porque los pueblos cambian muy despacio y un milenio no es bastante plazo para que ninguno vea mudar por entero su alma colectiva.*

### El pueblo resiste las modas de Oriente

Yahya ben Yahya fué uno de los que trataron con más consideraciones a Muhammad ben Baxir y más le alabaron, durante la vida de ese juez. Después que éste murió consultaron a Yahya respecto a la costumbre de vestir el turbante. Yahya contestó:

—En Oriente usan el turbante: ésa es la costumbre que tienen desde antiguo.

—Si tú le usaras —dijéronle— seguramente el pueblo te imitaría y lo usaría (aquí en España).

—No lo creo —contestó Yahya—: Ben Baxir llevaba vestidos de seda y el pueblo no le ha imitado; y eso que Ben Baxir era hombre de prestigio, a propósito para imponer esa moda. Si yo me pusiera turbante, la gente me dejaría solo en este uso y no me imitaría, en la misma forma que no ha imitado a Ben Baxir.

### Dos jueces burlados

El príncipe heredero (Al-Hakam II) me dijo cierto día, en que salieron a conversación las noticias de los jueces de Córdoba, que Muhammad ben Abi Isa le había contado lo siguiente:

Ben al-Xamar metió entre las cédulas de Yujamir ben Utzman al-Xabani, una cédula en la que estaban consignados (estos nombres): Jonás, hijo de Matí y el Mesías, hijo de María. A Yujamir le fué presentada esta cédula, y no tuvo inconveniente de ordenar que se citara a esos dos personajes. El pregonero gritó:

—Jonás, hijo de Matí, y el Mesías, hijo de María. Al oír este pregón Ben al-Xamar, gritó también:

—La aparición de esa cédula es uno de las signos que anuncian el juicio final.

Después cogió Ben al-Xamar otra cédula y escribió en ella los siguientes versos:

Yujamir, no cesas de cometer torpezas verdaderamente vergonzosas
Has citado (como litigantes) al hijo de Matí y al Mesías, hijo de María
Tal como tú los has citado ahora, te citará a ti después algún pregonero
Esos dos personajes son los que han de sobrevivir en el mundo y ambos lo [harán saber.
Tu cogote es cogote rapado y tu cara está cubierta de tinieblas.
Tu chirumen no vale un dirhem de boñigos.
¡Que vivas odiado! ¡Que vivas enfermo y achacoso!
¡Que al morir nadie lo sienta; y que mueras sin ser musulmán!

A Ammir ben Abd Allah se le puso por apodo Alqubaa (la cogujada) porque era enanito y corto de talla: cuando se sentaba, casi se hacía invisible. Al tiempo de sentarse para juzgar exigía que los litigantes escribiesen sus nombres en una cédula; luego, se reunían esas cédulas y las mezclaban a presencia suya; y se iba llamando a los inscritos en ellas por el orden con que las cédulas iban viniendo a las manos del juez. Un hombre (que no sabía escribir) fuése a buscar a Mumin ben Said, el poeta (que solía frecuentar mucho la mezquita en que tenía sus audiencias Ammir ben Abd Allah, porque vivía cerca de esa mezquita), a pedirle que escribiese su nombre en una cédula. El poeta le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Uqba — contestó el hombre.

Mumin ven Said, en vez de escribir *Uqba* puso *Qubaa* (apodo despectivo del juez). Aquel hombre tomó la cédula y la puso entre las otras cédulas del juez. Cuando éste cogió la cédula del hombre aquel (y leyó en ella su apodo despectivo) le produjo verdadero furor; pero el juez (se contuvo y) fué retrasando la cédula aquella, hasta que las otras cédulas se acabaron. El juez, cuando apenas quedaba ya público, por haberse marchado la gente, dijo:

—¿Quién es Uqba?

Y el hombre se adelantó presentándose ante el juez. Este le preguntó:

—¿Quién ha escrito esta cédula?

Aquel hombre le describió la persona que le había escrito la cédula, dando señas por las que el juez conoció que se trataba del poeta Mumin. El juez se concretó a decirle:

—Guárdate otra vez de acudir a ese individuo para que te escriba tu nombre.



### Murmuraciones

A Muhammad ben Ziyad no se le achacó durante el tiempo de su mando nada de particular, según cuentan los ulemas, fuera de una pequeña licencia que toleró (y se hizo pública) a su mujer, como las que suelen tomarse las mujeres con sus maridos; pero el vulgo, inclinado a la maledicencia, la esparció en seguida a todos los vientos, y aun exageró, sin que realmente fuera cosa grave, sino una pequeñez que no debiera haber llamado la atención. Su mujer se llamaba Cafat.

Ahmad ben Ayman dice que Muhammad ben Abd al-Malik ben Ayman le refirió lo siguiente:

Cuando Muhammad I subió al trono de los califas, se le recomendó que confiara de nuevo a Muhammad ben Ziad los cargos de juez y de jefe de oración; pero el monarca, aunque Ben Ziad había sido protegido suyo antes de subir al trono, no quiso acceder, y contestó al que lo recomendaba:

—¿Cres tú acaso que he olvidado lo que el pueblo ha murmurado de él por el asunto de Cafat?

Y le nombró únicamente jefe de la oración (pero no juez).

### La chupa parlante

Me dijo Muhammad ben Abd al-Malik ben Ayman lo siguiente:

Un faquí de la ciudad de Córdoba, Fulano, hijo de Fulano (y nombró a un señor de mucho prestigio [que no queremos mencionar]), aceptó y tomó de otro una chupa verde que éste le había ofrecido por mero cumplimiento y sin intención real de regalársela. Aquel que se vió desposeído de la chupa pensó demandar en juicio al que se había adjudicado la prenda, y comunicó al juez Sulayman el caso ocurrido. El anciano faquí que, después de todo, era hombre de sanas ideas y buenas intenciones, no se recataba de vestir la chupa, aun en los sitios más públicos donde se reunía mucha gente. El juez Sulayman dijo al dueño de la chupa, al expresar éste el deseo de reclamarla en juicio:

—Cuando (aquí en la curia) veas al anciano vistiendo la chupa, reclámala; y si, al reclamarla, contesta apoyándose en doctrinas legales, negándote tu derecho, dile: "Señor juez, ese señor no habla por sí propio; la que habla es la chupa que lleva encima". Cuando tú digas eso, yo te reprocharé tu conducta (por faltar a las consideraciones debidas a un hombre de su categoría) y hasta ordenaré que te metan en la cárcel. Tú, por eso, no ceses de repetir esa frase.

El litigante hizo lo que el juez le había mandado; y el anciano se avergonzó y cambió radicalmente de actitud, lleno de confusión y vergüenza.

### Una broma andaluza

He oído referir a un narrador de noticias históricas una anécdota muy chistosa y divertida, en que intervienen Sulayman y Ben Kultzum, a propósito del rezo de la mezquita. Sulayman ben Aswad sabía los vivísimos deseos que Ben Kultzum tenía de llegar a ocupar el cargo de jefe de la oración, cargo para el que se consideraba como candidato. Un viernes, a media mañana, cuando Sulayman más descuidado estaba sin pensar en tales cosas, se presenta Ben Kultzum en su casa pidiendo permiso para entrar a visitarle. Sulayman tuvo de improviso una ocurrencia muy peregrina: dice a su criado:

—Sal tú a recibirle; pero has de ir llorando y exclamando: ¡mi amo se está muriendo! Después de eso, dile que entre.

Sulayman inmediatamente se acostó, se tapó bien y se puso a fingir con mucha realidad los estertores de la muerte, como si estuviese agonizando.

En esto entró Ben Kultzum y, al verle en ese trance, se puso a lamentar aquella desgracia, a llorar y afligirse; pero al instante se salió, se fué a ver a Haxim y le dijo:

—Sulayman está en los estertores de la muerte; yo creo que no llega a la hora del rezo del viernes, porque antes de esa hora habrá muerto. Es preciso que escribas inmediatamente al soberano, pues el reemplazarle, en tan poco tiempo como falta para las oraciones del viernes en la mezquita, es muy difícil.

—Pero... —le preguntó Haxim— ¿tú le has visto realmente en ese estado?

—Sí, hombre, sí —contestó—; acabo ahora mismo de salir de su casa donde lo he visto con mis propios ojos.

—Entonces —dijo Haxim— ya no hay que esperar. E inmediatamente se puso a escribir al soberano comunicándole que Ben Kultzum se había presentado en su casa y le había referido que acababa de venir de casa del juez Sulayman al que había encontrado en los estertores de la muerte. "El tiempo apremia, añadía. Vea el monarca qué debe hacerse en caso tan apurado".

El soberano, al leer la carta, estuvo pensando un poco: el caso es, se decía a sí mismo, que ni el pueblo ni la nobleza saben nada. Así pensando y pensando se le ocurrió que Ben Kultzum deseaba el cargo de jefe de la oración; antes de aquel momento no se había oído hablar de achaques ni de enfermedad alguna que afectase a Sulayman. Al fin, cayó en la cuenta en que Haxim no había caído: la sospecha de que había de haber alguna mentira por medio; y dijo a uno de los eunucos de más categoría que tenía en su palacio:



—Vete ahora mismo, entra en casa del juez y ve cómo está y qué le ocurre. Si encuentras que aún habla y se expresa con lucidez, pregúntale si se halla en disposición de pronunciar hoy el sermón y de dirigir el rezo.

El eunuco se fué a casa de Sulayman, entró a verle y se lo encontró muy bien sentado, como persona sana que no tiene enfermedad alguna. El eunuco, en vista de eso, se abstuvo de hablar del asunto especial que se le había encomendado y desvió la conversación hacia otras cosas. Sulayman se levantó del asiento en que estaba, a presencia del eunuco, se sentó en un sillón y ordenó que le trajeran agua para las abluciones; se lavó, se vistió y salió andando en compañía del eunuco hasta llegar a la aljama. El eunuco volvió a palacio e informó al monarca de lo que había pasado tal como lo había presenciado. El monarca dijo:

—Sulayman se ha burlado de Ben Kultzum y se ha divertido con él todo lo que ha querido.

Y se rió mucho cuando supo la jugarreta del juez.

Sulayman aún se encontraba fuerte y ágil; aún conservaba lucidez y perspicacia, a pesar de su ancianidad; e iba a pie desde su casa a la aljama.

### Hipérboles cordobesas

Un sujeto ya entrado en años, se presentó ante Al Habib ben Ziyad en calidad de testigo y expuso su declaración. El juez le dijo:

—¿Desde cuándo conoces tú ese asunto?

El testigo, al contestar, dejándose llevar de la hipérbole y extremando la frase, dijo:

—¡Oh! mucho: desde hace cien años.

—¿Cuántos años tienes? — le preguntó el juez.

—Sesenta — dijo el testigo.

—¿Y cómo conoces este asunto desde hace cien años? ¿Te figuras tú que lo conociste cuarenta años antes de nacer?

—Esto —contestó el testigo— lo he dicho como comparanza; es un decir.

—En las declaraciones de testigos —replicó el juez— no deben emplearse figuras retóricas.

E inmediatamente ordenó que azotaran al testigo. Y le arrearon varios azotazos. Después dijo el juez:

—Si Ibrahim ben Husayn ben Asim hubiese estado un poco prevenido contra semejantes hipérboles, no hubiese crucificado a un hombre a quien injustamente condenó.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 79, 116, 116, 147, 129, 171, 186, 219).

## CAMPAÑAS CONTRA LA CASTILLA EN GESTACION

*No surgió Castilla como prolongación histórica de un viejo pueblo hispano primitivo. En su solar primero se mezclaron todas las razas pobladoras de la más remota España —a ellas pertenecían los cántabros, autrigones, várdulos y turmogos que se acogieron a las montañas castellanas— y nació en una encrucijada de climas y de caminos, y como hija de la guerra contra el moro. Situada en las vecindades de los musulmanes del valle del Ebro —vascones y celtíberos islamizados— y de fácil acceso por diversas viejas vías romanas, hubo de sufrir durante largos decenios feroces acometidas de sus vecinos y de los cordobeses. Para defenderse de ellas sus condes hubieron de actuar con cierta libertad de movimientos y de alzar los rosarios de castillos que le dieron nombre. He aquí a aquéllos resistiendo una de esas terribles embestidas y a sus fortalezas sacudidas por el huracán de la razzia. De la geografía de la campaña —la restauro tras haber recorrido el país— deduzco que los musulmanes pensaron conquistar la plaza de Amaya, recién repoblada por el conde Rodrigo, emparentado con el rey Ordoño I de Asturias. En el desfiladero de la Morcuera, cerca de Miranda del Ebro, trató, el magnate citado, de cortar el paso a los muslimes hacia Rioja. El relato de la crónica arábiga refleja bien la topografía de la entrada por Bugedo de la hoz citada —la he comprobado personalmente—, donde los castellanos fueron vencidos. En 877, en 882 y 883 Castilla sufrió nuevas acometidas de grandes ejércitos de Córdoba, y todavía a comienzos del siglo X, cuando ya se había alcanzado por el reino de León la línea del Duero y del Mondego, hubo de seguir padeciendo las dentelladas de los últimos "Beni Casi". Castilla, crisol de España, empezó, pues, encarnando la más fiera resistencia contra los islamitas.*

### La expedición de la Morcuera

En 251 [2 febrero 865] se hizo una nueva campaña contra Alava. He aquí el relato de la derrota del Markawiz, ¡Alá le confunda! Abd al-Rahman ben Muhammad comenzó por avanzar hasta el Duero, donde organizó las tropas que vinieron a unírsele desde todas partes; de allí llevó su campo al desfiladero de (Río) Paradiso, se apoderó de los cuatro fuertes que le defendían, tomó cuanto contenían y los arrasó; después marchó de una parte a otra en todas direcciones, no dejó en pie ninguna localidad ni habitación alguna, lo destruyó y lo quemó todo. Gracias a este método (de arrasamiento intensivo) sistemáticamente seguido, no permaneció intacto uno solo de los castillos pertenecientes a Rodrigo, príncipe de Al-Qila (los castillos o Castilla); a Ordoño, príncipe de Tuqa (Oca); a Gundisalbo,

Poza de la Sal.

## CAMPAÑAS CONTRA LA CASTILLA EN GESTACION

*No surgió Castilla como prolongación histórica de un viejo pueblo hispano primitivo. En su solar primero se mezclaron todas las razas pobladoras de la más remota España —a ellas pertenecían los cántabros, autrigones, várdulos y turmogos que se acogieron a las montañas castellanas— y nació en una encrucijada de climas y de caminos, y como hija de la guerra contra el moro. Situada en las vecindades de los musulmanes del valle del Ebro —vascones y celtíberos islamizados— y de fácil acceso por diversas viejas vías romanas, hubo de sufrir durante largos decenios feroces acometidas de sus vecinos y de los cordobeses. Para defenderse de ellas sus condes hubieron de actuar con cierta libertad de movimientos y de alzar los rosarios de castillos que le dieron nombre. He aquí a aquéllos resistiendo una de esas terribles embestidas y a sus fortalezas sacudidas por el huracán de la* razzia. *De la geografía de la campaña —la restauro tras haber recorrido el país— deduzco que los musulmanes pensaron conquistar la plaza de Amaya, recién repoblada por el conde Rodrigo, emparentado con el rey Ordoño I de Asturias. En el desfiladero de la Morcuera, cerca de Miranda del Ebro, trató, el magnate citado, de cortar el paso a los muslimes hacia Rioja. El relato de la crónica arábiga refleja bien la topografía de la entrada por Bugedo de la hoz citada —la he comprobado personalmente—, donde los castellanos fueron vencidos. En 877, en 882 y 883 Castilla sufrió nuevas acometidas de grandes ejércitos de Córdoba, y todavía a comienzos del siglo X, cuando ya se había alcanzado por el reino de León la línea del Duero y del Mondego, hubo de seguir padeciendo las dentelladas de los últimos "Beni Casi". Castilla, crisol de España, empezó, pues, encarnando la más fiera resistencia contra los islamitas.*

### La expedición de la Morcuera

En 251 [2 febrero 865] se hizo una nueva campaña contra Alava. He aquí el relato de la derrota del Markawiz, ¡Alá le confunda! Abd al-Rahman ben Muhammad comenzó por avanzar hasta el Duero, donde organizó las tropas que vinieron a unírsele desde todas partes; de allí llevó su campo al desfiladero de (Río) Paradiso, se apoderó de los cuatro fuertes que le defendían, tomó cuanto contenían y los arrasó; después marchó de una parte a otra en todas direcciones, no dejó en pie ninguna localidad ni habitación alguna, lo destruyó y lo quemó todo. Gracias a este método (de arrasamiento intensivo) sistemáticamente seguido, no permaneció intacto uno solo de los castillos pertenecientes a Rodrigo, príncipe de Al-Qila (los castillos o Castilla); a Ordoño, príncipe de Tuqa (Oca); a Gundisalbo,

Poza de la Sal.

La hoz de la Morcuera.

Pico de Cellorygo.

Crestería de Pancorbo.



príncipe de Burcha (¿Burgos?), y a Gómez, príncipe de Mesaneka (¿?). Abd al-Rahman se dirigió en seguida contra Al-Mallaha (Salinas de Añana), que era uno de los más grandes distritos que dependían de Rodrigo; arrasó todos los alrededores e hizo desaparecer hasta las huellas (de la capital).

Después de obtener tales éxitos pensó en salir (del país) por el desfiladero de Al-Markawiz (La Morcuera). Se había apartado (de Al-Mallaha) para acampar, cuando Rodrigo, avanzando a la cabeza de sus tropas y de las levas que había reunido, instaló su campo cerca del foso vecino del Markawiz, foso cuyos accesos, desde hacía años, se había cuidado de hacer más difíciles mediante trabajos ejecutados por medio de corveas; separado de la montaña y provisto de un talud elevado, era infranqueable. Abd al-Rahman instaló su campo sobre el Ebro y el general Abd al-Malik situó sus tropas en orden de batalla, mientras que los cristianos tomaban igualmente sus disposiciones y colocaban tropas en emboscada en los dos flancos del desfiladero. Los musulmanes atacaron a los cristianos de frente y comenzó un combate encarnizado; pero los nuestros se batieron de tal suerte que sus enemigos, descubriendo el foso, se retiraron sobre una colina vecina. Entonces Abd al-Rahman hizo instalar su tienda y dió órdenes a los soldados de hacer otro tanto y de establecer el campamento. Después los nuestros volvieron a atacar vigorosamente a los cristianos, Alá les golpeó en el rostro y nos entregó sus espaldas de modo que se hizo de ellos una horrible matanza y que gran cantidad de prisioneros quedaron en nuestras manos. El resto huyó, sin detenerse, hacia la región de Al-Ahrun (Haro) y debió arrojarse al Ebro sin poder encontrar un paso vadeable, por lo que muchos se ahogaron. La matanza duró desde la aurora del jueves 12 Rachab [9 agosto 865] hasta mediodía, y nuestras tropas, gracias a la ayuda divina, salieron sanas y salvas del combate. Después de comenzada la matanza, algunas bandas lograron refugiarse en lugares abruptos y en las espesuras; pero no escaparon tampoco a la persecución y la muerte. El foso fué destruído y llenado, de suerte que los musulmanes pudieron atravesarlo sin peligro y cómodamente. Alá concedió a los musulmanes un insigne favor al permitirles obtener esta brillante e importante victoria; ¡alabado sea el Señor de los mundos! Después de la batalla se reunieron veinte mil cuatrocientos setenta y dos cabezas.

Del *Bayan Al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 160).

### Otra vez en las fronteras de Castilla

Reinando este sobredicho príncipe (Alfonso), en la era 920 [882], el sobredicho Al-Mundzir, hijo del rey Muhammad, enviado por su padre con el caudillo Abu Jalid (Haxim ben Abd al-Aziz) y el ejército de España, (de) ochenta mil (soldados), avanzando desde Córdoba, llegó a Zara-

Cresterías de Pancorbo.



príncipe de Burcha (¿Burgos?), y a Gómez, príncipe de Mesaneka (¿?). Abd al-Rahman se dirigió en seguida contra Al-Mallaha (Salinas de Añana), que era uno de los más grandes distritos que dependían de Rodrigo; arrasó todos los alrededores e hizo desaparecer hasta las huellas (de la capital).

Después de obtener tales éxitos pensó en salir (del país) por el desfiladero de Al-Markawiz (La Morcuera). Se había apartado (de Al-Mallaha) para acampar, cuando Rodrigo, avanzando a la cabeza de sus tropas y de las levas que había reunido, instaló su campo cerca del foso vecino del Markawiz, foso cuyos accesos, desde hacía años, se había cuidado de hacer más difíciles mediante trabajos ejecutados por medio de corveas; separado de la montaña y provisto de un talud elevado, era infranqueable. Abd al-Rahman instaló su campo sobre el Ebro y el general Abd al-Malik situó sus tropas en orden de batalla, mientras que los cristianos tomaban igualmente sus disposiciones y colocaban tropas en emboscada en los dos flancos del desfiladero. Los musulmanes atacaron a los cristianos de frente y comenzó un combate encarnizado; pero los nuestros se batieron de tal suerte que sus enemigos, descubriendo el foso, se retiraron sobre una colina vecina. Entonces Abd al-Rahman hizo instalar su tienda y dió órdenes a los soldados de hacer otro tanto y de establecer el campamento. Después los nuestros volvieron a atacar vigorosamente a los cristianos, Alá les golpeó en el rostro y nos entregó sus espaldas de modo que se hizo de ellos una horrible matanza y que gran cantidad de prisioneros quedaron en nuestras manos. El resto huyó, sin detenerse, hacia la región de Al-Ahrun (Haro) y debió arrojarse al Ebro sin poder encontrar un paso vadeable, por lo que muchos se ahogaron. La matanza duró desde la aurora del jueves 12 Rachab [9 agosto 865] hasta mediodía, y nuestras tropas, gracias a la ayuda divina, salieron sanas y salvas del combate. Después de comenzada la matanza, algunas bandas lograron refugiarse en lugares abruptos y en las espesuras; pero no escaparon tampoco a la persecución y la muerte. El foso fué destruído y llenado, de suerte que los musulmanes pudieron atravesarlo sin peligro y cómodamente. Alá concedió a los musulmanes un insigne favor al permitirles obtener esta brillante e importante victoria; ¡alabado sea el Señor de los mundos! Después de la batalla se reunieron veinte mil cuatrocientos setenta y dos cabezas.

Del *Bayan Al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 160).

### Otra vez en las fronteras de Castilla

Reinando este sobredicho príncipe (Alfonso), en la era 920 [882], el sobredicho Al-Mundzir, hijo del rey Muhammad, enviado por su padre con el caudillo Abu Jalid (Haxim ben Abd al-Aziz) y el ejército de España, (de) ochenta mil (soldados), avanzando desde Córdoba, llegó a Zara-

goza, donde estaba Ismail ben Muza, enemigo de los cordobeses. Habiendo la hueste sitiado a Zaragoza, peleó durante veinticinco días, pero no logró ninguna victoria. Marchó de allá a Tudela y combatió el castillo que tenía Fortun ben Muza, pero nada consiguió allí tampoco. Entonces Ababdallah, también llamado Muhammad ben Lupi, que siempre había sido nuestro amigo, así como su padre, por envidia de sus tíos, a los cuales el rey (Alfonso) había dado a criar su hijo Ordoño, hizo la paz con los cordobeses y envió sus fuerzas (a unirse) a la hueste de los caldeos; y así éstos, entrando en los términos de nuestro reino, lucharon primero junto al castillo de Cellorigo, mas nada alcanzaron, sino que perdieron muchos de los suyos. Vigila era entonces conde en Alava. La misma hueste vino a la raya de Castilla, al castillo llamado Pancorbo, le combatió tres días, pero no consiguió victoria alguna y perdió muchos de los suyos por obra de la espada vengadora. Diego Rodríguez era conde en Castilla. Y Munio Núñez dejó yermo Castrojeriz a la llegada de los sarracenos, porque no estaba todavía poderosamente fortificado.

Nuestro rey, sostenido por un cuerpo de guerreros, esperaba valerosamente en la urbe de León a la hueste (enemiga) para pelear legítimamente en el suburbio de la ciudad. Pero tal hueste cuando supo que nuestro rey esperaba diariamente con ánimo alegre que se acercara a la urbe, por consejo de Abu Jalid, que ya había conocido (durante su cautiverio) a los soldados reales, a quince millas de la ciudad pasó el río Esla e incendió las fortalezas (que halló a su paso). Desde el campo de Alcoba, junto al río Orbigo, Abu Jalid envió mensajeros a nuestro rey con el ruego de que libertase a su hijo Abu-l-Qasim, que todavía retenía (cautivo) y le remitió (a la par) a un hijo de Ismail ben Muza que había traído consigo desde Córdoba para negociar la paz con su padre, juntamente con Fortum ben Al-Azala que había cautivado en Tudela mediante un ardid. Y así acompañando sus ruegos con muchos regalos recuperó a su hijo. Desde el Orbigo se encaminó hacia el Cea para volver a Córdoba. Llegaron a ella en el mes de septiembre, después de haber salido en marzo.

De la llamada *Crónica de Albelda* (Según la ed. lat. de Gómez-Moreno: Bol. Ac. Ha., C, 1932, 606).

## COMO NOMBRABA MUHAMMAD SUS SECRETARIOS

*Una estadística de las formas en que los príncipes de todos los tiempos y países han solido designar sus secretarios arrojaría mucha luz para juzgar del carácter de los reyes, de la vida de sus cortes y de la organización de sus Estados. Tiene por ello interés saber cómo nombraban a veces en Córdoba sus secretarios los emires.*



Confirmó en el cargo a los ministros que habían servido a su padre y mantuvo en el empleo de secretario suyo a Abd Allah ben Umayya ben Yazid, cerca de dos años, al cabo de los cuales una enfermedad imposibilitó a éste para cabalgar durante algunos años (más), en los cuales el cristiano Gómez ben Antonian, ejerció este empleo interinamente. A la muerte de Abd Allah ben Umayya, el emir Muhammad dejóse decir que si Gómez fuera musulmán no desearía cambiarlo por otro. Al saberlo éste, dió público testimonio de ser musulmán y se le nombró secretario suyo. Sea lo que quiera, Gómez unía a una manera de hablar elegante y correcta y habilidad en el desempeño del cargo, una viva inteligencia. Muchas veces solía llevar la contraria a Haxim en asuntos en que éste mandaba y llegó a causarle verdadera mortificación.

Contó el general Ben Abi Abda que estando de tertulia en casa de Haxim entró a visitar a éste Muhammad ben Al Kautzir, que era uno de los mejores oradores que ha habido en España. (Entablada la conversación), díjole el general: "¡Oh, Abu Abd Allah! Es una de las cosas verdaderamente extrañas de la época el que un hombre como tú, con toda tu opulencia, tu alcurnia y tu rango, no estés empleado en el servicio del sultán, y que Gómez, hijo de Antonian, sea el más alto y distinguido secretario de los Banu Umayya: ése, que ha fingido renegar de su religión nada más que por eso mismo, convirtiéndose a la fe de Alá bendito y sublime". Estas palabras causaron tal impresión en el jeque Ben al-Kautzir, que se fué a su casa e inmediatamente escribió a Muhammad la siguiente carta: "Sería una de las cosas más peregrinas y estupendas, que llegase a noticia de los Califas Abasíes de Oriente, el que los Omeyas del Occidente tengan necesidad, para desempeñar su secretaría mayor y para la superior redacción de cartas reales, de nombrar a un individuo como Gómez el cristiano, hijo de Antonian, el hijo de Juliana, que era una nazarena también. ¡Ah, señor mío de mi alma! ¿Por qué no eliges a otros mejores, que honren el empleo no sólo con la persona que lo desempeñe, sino también por la herencia del prestigio, por los favores que en él puedan dispensar? Yo soy hombre dispuesto para el cargo; también lo son Hamid Al-Zachali, Ben Muzayn y Muhammad ben Sufian; y entre los militares Adha ben Abd al-Latif, el de Elvira; Ben Abi Juraya, ben Chauxin de Raya, Ben al-Asid de Sidonia y Hachach, hijo de Umar, de Sevilla, los cuales son descendientes de los deudos de los antiguos califas. Ellos honrarían los cargos que ejercieran y aún los beneficiarían, en lugar de recibir ellos beneficios de sus cargos. Elige, pues, a quien te plazca; todos son dignos". Al recibir y leer esta carta, Muhammad dijo (a un eunuco suyo): "¡Eidon!, averigua si Hamid Al-Zachali está en Córdoba". Una vez que supo que estaba en la capital, dispuso una partida de caza hacia (la parte de) Ruzafa, mandándole un recado a Hamid, para que estuviese a la madrugada siguiente por la puerta de la Montaña en Ruzafa. Hechos estos encargos y preparado todo, salió Muhammad al amanecer, y llegó a Ruzafa, donde hizo alto, entrete-

niéndose un poco allí hasta que llegó la hora de la oración del alba, que rezó (en la mezquita). A todo esto, Haxim quedóse guardando los caballos, pues se le había ordenado que estuviese al lado de la cabalgata. Mientras éste estaba junto a la puerta de la Montaña esperando la salida del emir, de pronto distinguió a Hamid, a quien conocía bien por ser amigo suyo. Al divisarle, dijo a un criado suyo: "Vete allá donde está Abu Marwan (Hamid) y díle lo siguiente: Me manda mi amo que pregunte a usted qué le trae por aquí". Hamid contestó al criado: "He recibido orden de estar al amanecer en la Almunia (huerto)". Después que Muhammad hubo salido de Ruzafa, al estar frente a la Montaña, dijo (a los que estaban a su lado): "Que se llame a Hamid". En efecto, se le llamó; y vino éste, saludó y se puso entre los que formaban el cortejo. Muhammad, entonces, le habló de esta manera: "¡Hombre!, me han chocado mucho unas cartas que he recibido recomendándote. ¡Oye! ¿Tú te has ocupado en los asuntos pertenecientes a la secretaría?" Hamid le contestó: "Algo he aprendido de esta materia; he servido a mi padre en concepto de secretario". Luego le preguntó el emir quiénes habían sido los secretarios del Profeta y de los califas, y al contestarle Hamid a satisfacción suya, el emir añadió: "Puedes retirarte; voy a nombrarte secretario". Después llamó a Eidon, y le dijo: "Tenemos que enviar en compañía de Hamid a persona que le instale y aposente en palacio en el departamento de la secretaría". Pasado un rato, llamó a Haxim y le dijo: "Me ha parecido bien volver el cargo de secretario a lo que es razón que sea; por eso lo hemos adjudicado ya a Hamid". A lo cual (en tono de broma), objetó Haxim: "Pero, señor, le habéis nombrado a pesar de las bellas cualidades que le adornan, ¿eh? Muhammad dijo: "Sí, a menos que por ser chato sea demasiado feo..." Haxim añadió: "¡Ah, señor! ¿no es inteligente?" El emir (después de la caza) volvió a Ruzafa y en seguida dispuso que se escribiese una carta a Hamid, encargándole a su vez que escribiera a Abd Allah, hijo de Haritz, jefe entonces de la frontera, para que se mantuviese resuelto, firme y en guardia vigilante contra los Banu Qasi, que por aquellas comarcas tenían levantada la bandera de la rebelión contra el emir. Haxim, que comprendió al instante la intención de la carta, escribió a Hamid lo siguiente: "Ahí va una prueba con la cual se trata de ensayar tu perspicacia y tu habilidad en el desempeño del cargo de que se te ha investido. Monta a caballo, vete a tu casa y consulta con todos aquellos que pueden servirte en esta ocasión". Hamid montó inmediatamente de recibirla (se fué a su casa), hizo llamar a algunos amigos suyos que sabían perfectamente redactar cartas y les informó de lo que se le había mandado. Encargóles que escribiesen una carta cada uno de ellos, conforme a cada cual se le ocurriera, a tenor, por supuesto, de lo que se le había mandado. Hiciéronle así; y, cuando estuvieron terminadas, se confrontaron las distintas redacciones; eligió la que mejor le pareció, y a la mañana siguiente pudo ya presentarse con ella en palacio. Una vez allí la entregó; pareció muy bien y se le dispuso un tapiz como aquellos en los



que solían sentarse los ministros. Por esto decía (el poeta) Mumin, hijo de Said:

"¡Cuántos asuntos como los de Hamid se han arreglado así como de perlas!"

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 67).

## UN CANCILLER DE MUHAMMAD

*Los emires de Córdoba del siglo IX, descargaron parte de las tareas del gobierno en su "hachib", chambelán o canciller, que presidía el consejo de sus visires, y que con frecuencia dirigía las expediciones de sus ejércitos, asistiendo al hijo o al hermano del príncipe a quien nominalmente se encomendaba la dirección de la campaña. Entre los cancilleres de los nietos de Abd al-Rahman I, dos han destacado especialmente las crónicas: Abd al-Karim ben Mugaytz, general de Hixam I y "hachib" de Al-Hakam y de Abd al-Rahman I —le hemos visto enfrentarse con Alfonso el Casto— y Haxim ben Abd al-Aziz, canciller y general de Muhammad que, hecho prisionero por Ben Marwan el Gallego, de Mérida, y entregado a Alfonso III, estuvo prisionero de Asturias y hubo de redimirse pagando cien mil monedas de oro. Los dos admitían regalos por sus favores políticos y Haxim andaba a medias con los gobernadores en su negocios, lo que dice muy poco en pro de la honestidad administrativa califal. Haxim gozó de la intimidad y de la confianza sin límites de Muhammad, quien cerró sus ojos a sus concusiones y aún a los crímenes que llegó a cometer para librarse de sus adversarios. En una campaña que dirigió contra León, con el futuro emir Al-Mundzir, sus métodos tortuosos chocaron con la altanera y valerosa rectitud del príncipe. Y cuando éste subió al trono y el afecto sincero de Haxim por Muhammad le hizo pronunciar sentidas palabras de pesar, el nuevo soberano vengó en él su antigua cólera y castigó sus abusos y delitos del reinado anterior, como todos los historiadores refieren.*

### El emir y sus ministros

El emir Muhammad... era bondadoso... Una de las cosas que se cuentan sobre su dulzura y mansedumbre es que Haxim ben Abd al-Aziz intrigó para que cierto sujeto calumniase ante el emir a uno de sus servidores, reuniendo gran número de testimonios en contra suya, y reservándose él para dar su parecer cuando fuese consultado sobre el asunto. Cierto día en que entró Haxim hizo recaer la conversación sobre esta materia, a fin de explorar su ánimo; pero el emir en nada desaprobó la conducta de aquel individuo. Haxim indujo a otros a que presentasen nuevas acusaciones y

calumnias, y viendo que la destitución (del acusado) se retardaba, al fin descubrió todo su pensamiento, reiterando abiertamente todas las calumnias que antes había acumulado, y acusándole de crímenes dignos de muerte. El emir entonces hizo comparecer a Haxim y le dijo: "¿Esta carta es tuya?" —"Mía es", contestó. —"¿Y qué piensas que haga en este caso, pues las inculpaciones que se le hacen son muchas?" —"Que le impongas un severo castigo, y le destierres", dijo Haxim. —"Poco a poco, dijo el emir; vé a la ventana de la sala donde solemos reunirnos, y trae un legajo de cartas que encontrarás". Fué por las cartas, que eran más de ciento, y le dijo (el emir) que las leyera. Todas eran acusaciones contra él, de tal gravedad que (a ser ciertas) mereciera la muerte. Cuando leía, temblaba su mano, sudaban sus sienes, se agitaba su rostro, y apenas concluía una, el emir le mandaba que leyese otra, hasta que acabó con todas. Entonces le dijo: "¿Qué dices, Haxim, de esto?" Haxim comenzó a sincerarse, y a hacerle protestas, diciendo: "Estas son calumnias de mis émulos, envidiosos de las mercedes que me hace el emir (Dios le conserve), cuya benevolencia siempre ha sido muy grande para conmigo. Yo ruego al emir, que es mi señor, que en este asunto se detenga, y me deje vivir hasta que pueda presentar mis descargos, y poner de manifiesto mis excusas: el emir podrá más bien hacer después lo que ahora no haga, que reparar lo que haya hecho". El califa contestó: "¡Ah, Haxim! A menudo la ligereza engendra arrepentimiento, y no es mi carácter obrar de ligero; de otra suerte tú serías la primera víctima. He visto esas acusaciones, y persuadido estoy de que la mayor parte son falsedades y mentiras; pero si así lo declaráramos, y nos opusiéramos a recibirlas, se abstendrían de escribirnos, y de hacernos algunas advertencias que a veces son sinceras. Yo comprendo y me hago cargo de estas cosas con la mayor claridad; pero ¡ay de ti si los autores de estas cartas saben que has llegado a entender algo de ello! pues si hay quien sospeche que se ha divulgado una sola palabra de su escrito, te castigará severamente y sin remisión alguna. Mira, pues, por ti, o déjate de esas cosas".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 124).

### Se deshace de un enemigo

Muhammad ben Chahuar era uno de los hombres más severos cuando ante él se demandaba en justicia. Haxim se deshizo de él con la siguiente estratagema: ganóse por medio de dádivas a Umar, criado que era de los ministros; éste le envenenó la copa que le presentaba para beber y Muhammad murió. Haxim, que estuvo presente a su entierro, dijo al borde del sepulcro: "¡Oh arrope cocido, tu jugo ha causado la muerte!" Muhammad, en cambio, decía en los últimos momentos de su vida: "¡Oh dulce arrope!"

Del *Iftitah al-Andalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 86).



### Cautivo de un rebelde

En 261 [16 octubre 874] Ben Marwan, el Gallego, huyó de Córdoba con los guerreros de Mérida, internados, con él, en la capital; y fueron a ocupar la fortaleza de Alanje. El emir Muhammad les sitió allí durante tres meses y les apretó de tal modo que hubieron de comerse sus cabalgaduras. Les interceptó el aprovisionamiento de agua, empleó máquinas de guerra y Ben Marwan tuvo que someterse y que solicitar la amnistía. Como se quejara de sus cargas de familia y de las dificultades que se le habían opuesto en Córdoba, obtuvo autorización para establecerse en Badajoz, que era entonces una aldea; pero en seguida salió de allí y abandonó la causa del príncipe.

En 262 [6 octubre 875] Al-Mundzir ben Muhammad salió en expedición contra Ben Marwan, con Haxim ben Abd al-Aziz como general. Este había sido el causante de la fuga de Ben Marwan; un día, hallándose reunido con los visires, le había dicho: "Un perro vale más que tú" y después le había hecho golpear en la cabeza y le había hecho tratar de la manera más humillante. Como consecuencia de estos hechos se había fugado Ben Marwan, con sus partidarios, (dando lugar a sucesos) que sería largo relatar.

Ben Marwan había convertido en una fortaleza la aldea de Badajoz, donde habitaba, y había atraído a ella a las gentes de Mérida y a cuantos individuos podían servirle para sus malvados proyectos. Al saber que marchaba contra él un ejército, abandonó Badajoz y se refugió en el castillo Caracuel, donde las gentes de Mérida se agruparon en su alrededor. Por su parte las tropas del emir instalaron su campo en las proximidades. Haxim había enviado a Monsalud un cuerpo de caballería y de infantería, para apoderarse de tal posición. Entretanto Sadun al-Saranbaki había entrado... *(laguna)*... con socorros, suministrados por los cristianos, mas hizo correr el rumor de que tenía pocas fuerzas consigo. El gobernador de Monsalud previno a Haxim, creyó éste haber encontrado una ocasión favorable contra Sadun y abandonó en seguida el campamento con algunos jinetes, sin tomar provisiones y sin hacer preparativos para combatir. Ora marchando por el llano, ora internándose en las montañas, se encontró pronto bastante alejado del campo musulmán y en situación difícil. Fué entonces atacado, fueron heridos de muerte buen número de sus compañeros, él mismo recibió varias heridas y fué hecho prisionero. Haxim cayó así entre las manos de Ben Marwan, del mismo que, cautivo en Córdoba, había sido objeto de sus violencias.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 167).

### Defendido por un adversario

Cuando Haxim fué hecho prisionero en Caracuel, y llegó la noticia a Muhammad, comenzó éste a inculparle, diciendo que su desgracia era debida a su descuido y precipitación, a su falta de precaución, y que había obrado en este lance de una manera arrebatada. Ninguno de los visires que se hallaban presentes replicó una palabra, excepto Walid ben Abd al-Rahman ben Ganim, quien, a pesar de la desavenencia que tenía con Haxim, dijo: "Alá dé paz al emir; no ha estado en mano de Haxim la elección del caso, ni el librarse del decreto de Alá. Antes bien, obró de buena fe, trabajó con ahinco y combatió hasta donde alcanzaron sus fuerzas. Alá le entregó a los enemigos por el abandono de los que le acompañaban, pero él merece elogios y recompensas". El emir quedó complacido con estas palabras y desaparecieron los recelos que de Haxim tenía. Luego pensó Muhammad confiar a Walid ben Abd al-Rahman ben Ganim el mando de la caballería y la alcaldía que desempeñaba Haxim; pero Walid le dijo: "Haxim fué tu esclavo, flecha de tu arco y espada de tus espadas; trabajó por ejecutar tus mandatos y fué el primero en defender tu imperio, hasta ser derrotado en tu servicio. Tenga a bien el emir —Alá le dé larga vida— designar para sustituirle a sus hijos y resarza parte de su desgracia llamándoles a su servicio". El emir dijo: "Los que son tales como tú inducen a la virtud y estimulan a la generosidad. Siempre has sido secundado por Alá y has secundado a los demás; has sido conducido por Alá por el buen camino y has guiado a los demás. El mejor de los amigos es el que más sinceramente me aconseja, el que me recuerda lo que debo al olvidado, el que me impulsa a hacer lo más conveniente. Paréceme bien lo que has pensado. Sustitúyanle sus hijos en sus empleos, y no dejes de protegerlos y de consagrarles tus buenos oficios".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 126).

### Su fin trágico

En Chumada I del año 273 [oct. 886], Al-Mundzir encarceló a Haxim ben Abd Al-Aziz, visir y favorito de su padre, y le condenó a muerte el mismo mes. Haxim era muy envidiado por su influencia cerca del emir Muhammad en su calidad de favorito, y llegaban frecuentes denuncias contra él hasta Al-Mundzir, porque todo el mundo le quería mal. Cuando Al-Mundzir subió al trono, quiso guardarle fidelidad, se propuso continuar tratándole como lo había hecho su padre, y le nombró canciller. Pero todo el mundo estaba aliado contra Haxim; redoblaron los ataques de que era objeto y fueron mal interpretados todos sus hechos, de tal suerte que



los decretos divinos que le concernían se cumplieron. Algunos de sus dichos fueron desnaturalizados y entre ellos figuraron los versos recitados por Haxim en el momento del entierro del emir Muhammad: "Tengo que deplorar por mí mismo tu muerte, ¡oh Muhammad, leal amigo de Dios, bienhechor insigne! ¿Por qué no han muerto otros todavía con vida y, para mi ventaja, no han bebido ellos y no tú la copa envenenada?"

Se pretendió que las palabras *todavía con vida* se referían a Al-Mundzir. Desde su prisión, Haxim dirigió los versos siguientes a su joven esclava, Ach: "No puedo ir a verte, porque estoy encerrado en una prisión de sólida puerta y guarnecida de cerrojos de hierro. No me sorprende, Ach, lo que me ocurre, porque no pueden asombrar las vicisitudes de mi fortuna presente: no seguí el camino recto cuando pude y he encontrado lo que era de temer. Cuántos me han dicho: ¡Huye desdichado y vé a vivir seguro y lejos de tus enemigos en cualquier otro lugar de la tierra! Pero yo les respondí: "La huída es un acto vil y mi alma posee suficiente ciencia y valor para dominar la adversidad. Aceptaré la decisión de Alá. ¿Puede el hombre, además, sustraerse al decreto divino? Aquellos, cuyas rencorosas injurias hube de soportar ayer se apresurarían a llevar sus labios a mi copa y abrevarse en ellos".

El emir le hizo ejecutar de noche en su prisión, confiscó sus bienes e hizo echar abajo su palacio, apresó a sus íntimos, así como a sus hijos a quienes reclamó una multa de doscientos mil dinares y no se la perdonó ni les eximió de prisión; y sólo a su muerte, su hermano y sucesor Abd Allah, les puso en libertad, les devolvió sus tierras y nombró a uno de ellos visir y general.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, 190).

## COMIENZA LA GRAN REBELION DE LOS MAULAS O RENEGADOS

*Desde los días de Al-Hakam, que coincidieron con el comienzo del siglo IX, los españoles, hasta entonces al margen de la vida política de Al-Andalus, adquirieron conciencia de su fuerza y se alzaron en rebeldía. Les hemos visto peleando en el arrabal de Córdoba y luchando en los valles del Guadiana, del Tajo o del Ebro. Abd al-Rahman II no logró extinguir aquella alta llama, aunque sí consiguió reducir el incendio por ella producido. Estalló éste con más vigor que nunca en el reinado de Muhammad. Le provocaron la inmoralidad pública triunfante en sus días, su cobarde debilidad, la imprudencia temeraria de su ministro Haxim y las rivalidades intestinas de los funcionarios del gobierno. Y le agrandó la casualidad que hizo vivir entonces tres caudillos hispanos: Muza "el tercer rey de España",*

*en la Frontera Superior; Ben Marwan el Gallego, en Mérida, y Umar ben Hafsun, en las sierras de Ronda. Cuando uno era vencido por las tropas de Córdoba o por la muerte, otro alumbraba la antorcha nunca apagada. Uno de ellos, el gallego, logró cautivar al favorito de Muhammad, que entregó al rey de Oviedo. El último, Ben Hafsun, iba a ser el más poderoso y grande de los rebeldes. Todos sirvieron alguna vez bajo las banderas del emir. Los cristianos de Asturias ora fueron sus aliados, ora sus enemigos.*

En los últimos tiempos de su reinado hubo algunas revueltas. La primera fué la sedición que tuvo lugar contra él; comenzó con la salida del mestizo o renegado Abd al-Rahman ben Marwan, apellidado el Gallego, desde Córdoba en donde estaba sirviendo en las tropas del emir, hacia el Occidente de España, de donde era originario. Por esas partes había también otro mestizo o renegado, conocido por Sadun el Xurumbaki, y ambos hicieron alianza con los politeístas (cristianos del Norte) y produjeron dentro del Islam graves acontecimientos que sería demasiado largo referir. Los dos se mantuvieron en su Yermo (o desierto), que hay entre las comarcas musulmanas y cristianas.

Al-Mundzir, que era el príncipe heredero, y Haxim, general del ejército, fuéronse juntos a combatirlos. Cuando ya los tuvieron cerca, Haxim lanzóse temerariamente sobre ellos en aquellas escabrosidades, y no sólo fué derrotado, muriendo a su lado cincuenta hombres de los más nobles clientes y árabes, sino que hasta le cogieron prisionero a él mismo y se lo llevaron a Alfonso, del cual logró la libertad mediante 150.000 dinares de rescate.

A consecuencia de esto el nombre de Ben Marwan se hizo tan famoso que vino a ser jefe de los renegados en el Occidente y se le adhirió el Xurumbaki. Después que el ejército del soberano de Córdoba volvió de esta expedición, hizo Ben Marwan una correría con un grande ejército; llega a la provincia de Sevilla, internándose en las comarcas de su distrito, y depreda el castillo de Taliata, llevándose consigo la guarnición; sin perder momento se pone en marcha y atraviesa la región de Niebla; pronto, después, entra en Oxonoba y se enseñorea de un monte (¿de su jurisdicción?) llamado Monte Sacro y de toda la cordillera del Algarbe, devastándola. Al fin, cuando el emir Muhammad no pudo aguantar más el disgusto y cuidado que esto le producía, mandóle un emisario de su confianza que le dijera: "Ben Marwan, esto es ya demasiado, y ni te conviene a ti ni a mí: ¿qué planes son los tuyos?" El contestó: "¿Mi plan? Pues el siguiente: que si se me permitiese hacer lo que yo quisiera de El Baxardal, construiría allí una ciudad, la poblaría y mantendría la oración (a nombre tuyo); pero no me habías de obligar a pagar contribución alguna, ni a obedecer tus mandatos, ni acatar tus prohibiciones". El Baxardal a que se refería estaba frente a Badajoz, a la otra parte del río. El resultado fué



que se le autorizó a fortificar a Badajoz a la parte de acá del río, para que de esta manera estuviese a la defensa de los musulmanes, según se le había puesto por condición. Hízolo así y se mantuvo sumiso hasta que a Haxim le vinieron ganas de vengarse de la derrota que anteriormente le hizo sufrir, y dijo al emir Muhammad: "Hasta ahora, si ha podido defenderse y resistir, ha sido porque él y sus compañeros vivían sobre el lomo de sus caballos, trasladándose de un lugar a otro (sin residencia fija); pero al presente, se hallan en una ciudad rodeada de villas, palacios y jardines. Vayamos, pues, en su busca, porque tengo la esperanza de que Alá me dará la victoria; pero ha de venir conmigo el príncipe Abd Allah, a quien mostró algún cariño Ben Marwan en el tiempo en que estuvo en Córdoba".

Haxim se fué a Sevilla; poco después se trasladó a Niebla; pero en cuanto supo Ben Marwan lo que ocurría, como no se le escapó a su sagacidad y agudeza el verdadero motivo de aquella expedición, escribió al emir Muhammad lo siguiente: "He sabido que Haxim se ha dirigido hacia el Occidente; pero no dudo que a él se le han movido muchas ganas de vengarse de mí, al verme encerrado en una fortaleza. Yo te juro por Alá, que si da un paso más de Niebla hacia acá, pego fuego a Badajoz y en seguida vuelvo a la vida que antes llevaba para hacerte la guerra". Apenas hubo leído Muhammad aquella carta, mandó que se volvieran el príncipe y Haxim; y así lo hicieron.

Umar, hijo de Hafsun, descendiente de un español convertido al islamismo, se rebeló en Bobastro, de la jurisdicción de Rayya. El motivo fué el siguiente: Uno de los Banu Jalid, llamado Dawa al-Naqir, que era por aquellos tiempos gobernador de Rayya, por cierta fechoría que Umar llevó a cabo lo cogió y lo castigó dándole azotes. Este, entonces, se embarcó y fué a Tehort, donde se puso a servir como oficial en casa de un sastre paisano suyo, originario de Rayya. Un día en que éste se hallaba sentado en la tienda, llegóse allí un anciano que traía un pedazo de tela para que le hiciese un traje. Al ver el sastre al anciano, levantóse a recibirlo, le dió una silla y se sentó.

El anciano, aunque oyó hablar a Ben Hafsun, como no le reconoció allí en casa del sastre, le dijo a éste: "¿Quién es éste?" Contestóle el sastre: "Un chico, paisano mío de Rayya, que viene a coser a mi casa". Volvióse el viejo hacia él y le dijo: "¿Cuánto tiempo hace que saliste de Rayya?" Contestóle Umar: "Hace cuarenta días". "¿Conoces el monte de Bobastro?", le preguntó el anciano. "Sí: a su falda vivía yo precisamente", repuso Umar. "¿Hay por allí algún movimiento?", añadió el anciano. "¡Ah, no!", contestóle Umar. "Ya lo habrá", dijo el anciano; añadiendo inmediatamente: "¿Conoces a un hombre de sus cercanías llamado Umar, hijo de Hafsun?" Al oír esto Umar quedóse espantado. Entonces el anciano se fijó en él detenidamente; reconociéndole porque era mellado de un diente; le dijo: "¡Ah, desdichado; luchas por librarte de la pobreza, ahí trabajando con la aguja! Vuélvete a tu tierra; tú serás el amo de los Banu Umayya, pues

les llevarás seguramente al camino de la ruina y serás rey de un gran reino". Umar entonces se levantó precipitadamente por temor de que se descubriese u oyese el asunto y de que le atrapasen los Banu Abi-l-Yaqzan, señores de Tehort, que eran clientes de los Banu Umayya; tomó dos panes de la panadería, se los metió en la manga, salió de Tehort y vino a España; pero no atreviéndose a presentarse a los ojos de su padre, porque estaba airado contra él, se fué a casa de su tío Mutahir, informándole de lo que le había dicho el anciano. Su tío le dijo: "Sí, es posible". Entonces reunió sobre unos cuarenta jóvenes del país, penetró en las montañas (de Bobastro) y se hizo el amo de ellas. Coincidió con su rebelión la de un tal Lope, hijo de Mandrel y de otro llamado Ben Abi Axara por los montes de Algeciras. Haxim se fué allá y logró, por tanto, reducir a estos últimos, y al propio tiempo del mismo modo a Ben Hafsun. Consecuencia de ello fué que éste, con todos los suyos, se marchó a Córdoba y se inscribieron en el ejército o tropas del emir. El mismo año, Ben Hafsun acompañó a Haxim en expedición guerrera a las comarcas de las fronteras y dieron una batalla contra el enemigo en un lugar llamado Fonte Forbo; el combate fué encarnizado, y allí dió Ben Hafsun tan excelente prueba de su valía como guerrero, que llamó la atención de algunos de las comarcas fronterizas, los cuales preguntaron por él; se les dijo quién era; se le acercaron y le dijeron: "Vuélvete al castillo en que residías; ten la seguridad que, si no te matan, no te harán bajar de allí; podrás dominar una buena parte de la Península y llevar la guerra hasta las mismas puertas de Córdoba". En esta expedición se dió a conocer también un hombre nuevo llamado el Waliffan (?), que era en aquel entonces siervo de Marwan, hijo de Chahuar. Ben Hafsun se volvió a Córdoba después de esta expedición.

En aquel tiempo el gobernador de la capital, Muhammad ben Walid ben Ganim, llamado el Burani, era tan poco amigo de Haxim, que solía llevarle la contraria en todo lo que podía mortificarle, no sólo en los actos del mismo, sino que también llegaba su odio a las personas de confianza del otro. A Ben Hafsun (por ser amigo de Haxim) le hizo andar rodando de alojamiento en alojamiento, y hasta mandó a los sileros (o guardadores del trigo) que le diesen trigo del peor. Refiere Ahmad ben Maslama, que el mismo Umar ben Hafsun, le dijo: "Yo tomé un pan hecho de aquel trigo, me presenté con él a Ben Ganim el zalmedina (o gobernador) y le dije: "Pero hombre, Dios te conceda su misericordia, ¿es posible que se pueda vivir comiendo esto?" Y Ben Ganim me contestó: ¿Quién eres tú, diablo, para venirme con esas embajadas?" (No dije nada), me marché, encontré a Haxim, que iba a palacio, y le conté lo que había pasado. El entonces me dijo: "Estos hombres no saben quién eres tú; dáselo a entender tú mismo. "Volví donde estaban mis compañeros y les conté todo aquello. Aquel mismo día salí de Córdoba, fuíme a casa de mi tío Mutahir, y le informé de lo que uno y otro habían dicho".

Haxim, después que, por los tratos referidos antes, logró de Ben Hafsun que abandonara a Bobastro, había hecho construir una fortificación en lo más alto de aquel monte, e instalado en ella al comandante Achatubi del monte. Ben Hafsun cogió a la manceba de éste, llamada Atachubia, la cual vino a ser la madre de un hijo de Abu Sulayman. La empresa de Ben Hafsun comenzó a tener gran resonancia; cada día la cosa se hacía más grave y formidable; pues llegó a hacerse dueño de las comarcas que hay entre Algeciras y Todmir; al principio, Atachubi, a quien había arrojado de Bobastro, se fortificó en la roca de Chodares, al Occidente de aquél; pero Umar dirigió sus miras a hacerle salir de la montaña, hasta que le hizo abandonar la fortaleza, y nombró entonces a uno de los suyos para que la guardara.



Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 74).

## SOBRE LA ORGANIZACION MILITAR DE AL-ANDALUS

*Conocemos mal la organización militar de la España mora. No abundan las noticias sobre ella. Los sirios, venidos a España con Balch, habían recibido en* Iqta, *es decir, como beneficios militares, una parte de las contribuciones debidas por los cristianos que habían capitulado. El disfrute de tales feudos les obligaba a acudir a la guerra, al primer llamamiento del emir, agrupados según la tribu a que pertenecían. Pero pronto dejaron de merecer la confianza de los soberanos por su intervención en las discordias civiles y Abd al- Rahman I comenzó a formar un ejército de mercenarios (haxam) reclutados especialmente entre los bereberes africanos. Estaban inscritos en el* diwan wa-l-kitba *o registro militar de los guerreros a sueldo. Al-Hakam I prosiguió la política de su abuelo y organizó incluso cuerpos permanentes de caballería, que tenía acuartelados junto a su alcázar. Después, para más atraerse a las tropas sirias del ejército regular o* chund, *empezaron éstas a ser recompensadas con pagas extraordinarias, cuando salían a campaña. El deber guerrero pesaba sin embargo sobre todos los habitantes de Al-Andalus. Muhammad dispensó del mismo a los moradores de Córdoba y su distrito, de entre los cuales sólo participaron en adelante, en las expediciones, los voluntarios que debían acudir a la guerra santa. El gran historiador Ben Hayyan nos ha conservado las cifras exactas del número de jinetes del "chund" que, a mediados del siglo IX, acudían, por cada uno de los distritos militares, a las expediciones estivales contra los reinos cristianos. Esta organización, basada en el deber feudal de los* chund *sirios, en las numerosas fuerzas mercenarias o haxam, en la obligación militar de las masas y en la espontánea asistencia de los voluntarios participantes en la guerra santa, duró hasta las reformas de Almanzor.*

Cuando los árabes de Siria que, por la nobleza de su nacimiento y por su amor a la gloria, eran como leones de Xara, entraron en España con Balch, su emir, los *baladíes*, es decir, los árabes que habían venido antes (a la Península), se encontraron muy estrechos en ella. Quisieron en consecuencia que abandonaran el país tales extranjeros. Este país, decían, nos pertenece, puesto que le hemos conquistado y no hay lugar para otros. Después, viendo que los sirios no querían partir, tomaron las armas para obligarles a ello. La guerra entre los dos partidos duró hasta la llegada de Abu-l-Jattar Husam ben Dirar al-Kalbi. Habiéndose embarcado secretamente en la costa de Túnez, Abu-l-Jattar llegó de improviso a Córdoba y cuando mostró el diploma por el cual Hanzala ben Safwan, el gobernador de Africa, le nombraba para el gobierno de España, se sometieron a sus órdenes las dos facciones que luchaban todavía entre ellas. Habiendo detenido a los jefes de los sirios, les forzó, como todos saben, a abandonar el país; después, queriendo impedir que la guerra civil comenzase de nuevo, proyectó establecer las tribus sirias en las provincias. Ejecutó su plan y asignó a los sirios la tercera parte de lo que producían las tierras de los cristianos. Las tribus sirias salieron entonces de Córdoba.

Según Abu Marwan —Ben Hayyan— Ardabasto, conde de España, jefe de los cristianos y perceptor del *jarach* que debían éstos pagar a los emires, sugirió tal solución. En los primeros tiempos de la dominación musulmana era aquel conde muy famoso por su saber y por su gran penetración en los asuntos políticos. Fué él quien aconsejó al gobernador alejar a los sirios de Córdoba, la capital, donde no había lugar para ellos y establecerlos en las provincias, donde vivirían como habían vivido antes en los distritos de Siria. El gobernador siguió su consejo, después de haber obtenido el consentimiento de los mismos sirios. Estableció el *chund* o división de Damasco en la provincia de Elvira, el de Jordán en la de Rayya, el de Palestina en la de Sidonia, el de Emeso en la de Sevilla, al de Kinnasrina en la de Jaén y el de Egipto: parte en la de Beja, parte en la de Todmir. Para su subsistencia se atribuyó a los árabes de Siria la tercera parte de lo que producían las tierras de los cristianos. Los bereberes y los árabes baladíes continuaron siendo los asociados u *hospes* de los cristianos, conservaron sus alquerías y no se les tomó nada. En cuanto a los sirios, cuando vieron que las tierras en que se hallaban establecidos se parecían a las de su patria, se sintieron a gusto y pronto llegaron a ser poderosos y ricos. Sin embargo, los que de entre ellos, al llegar a España, se establecieron en lugares que les eran agradables, no abandonaron sus moradas; permanecieron allí con los *baladíes* y, cuando se les pagaba la soldada o era preciso ir a la guerra, se incorporaban al *chund* o división a que pertenecían. En este tiempo se les llamaba los separados.

Ahmad (ben Muhammad) ben Musa —Al-Razi— dice: En cada una de las divisiones obligadas al servicio militar, el califa nombraba ordinariamente a dos jefes abanderados: uno iba a la guerra, otro quedaba en su casa. El primero recibía un sueldo de doscientos dinares, el segundo no recibía sueldo durante tres meses pero, al cabo de ese tiempo, iba a reemplazar a su colega, perteneciera éste a su propia familia o a otra. Los sirios que iban a la guerra —los hermanos, los hijos o los sobrinos del jefe— recibían diez dinares cada uno al fin de la campaña; el jefe se reunía entonces con el general en jefe; declaraba qué personas tenían derecho a sueldo por su servicio activo y, para darle una prueba de estima, se fijaba la soldada según su declaración. Le correspondía incorporarles al ejército y distribuirles sus raciones. En cuanto a los sirios que participaban en la expedición sin pertenecer a la familia del jefe, recibían una soldada de cinco dinares al terminar la campaña. Por lo que concierne a los *baladíes*, no se daba soldada sino al jefe; también tenían dos jefes-abanderados; uno iba a la guerra, otro quedaba en su casa; el primero recibía una soldada de cien dinares y, al cabo de seis meses, su colega venía a reemplazarle. Sólo los sirios estaban inscritos en el *diwan* o registro de las tropas que recibían pagas; estaban exentos del diezmo, era su deber esencial ir a la guerra y no estaban obligados sino al pago del impuesto de feudatarios sobre las gabelas que percibían de los cristianos. Por el contrario, los árabes *baladíes* pagaban el diezmo como el resto de los súbditos. Sus familias notables participaban en las expediciones como los sirios, pero sin recibir soldada; tenían el sueldo que se ha indicado antes. Los *baladíes* no estaban inscritos en el *diwan* o registro militar sino cuando el califa, por tener que enviar dos columnas en direcciones diferentes, los llamaba en su ayuda. Había una tercera categoría formada por los sirios y los *baladíes*, a quienes se llamaba los reemplazantes, y que participaban en las expediciones con los mismos derechos que los súbditos del país.



De la *Ihata fi-l-Tarij Garnata* de Ben Al-Jatib (Según versión francesa de Dozy, Recherches, I³, 78).

En esa misma fecha cuenta Al-Razi que el Imán (Abd al-Rahman) llegó a reunir en su diwan 40.000 personas entre berberiscos y esclavos, los que había ordenado comprar en todas partes; renunció a los árabes, porque la muerte del jefe de ellos, Abu Sabah fué causa de que se separasen de su obediencia; y dominó con sus esclavos y sus tropas a España, en donde el partido de los árabes se hizo débil y en cambio el de los Omeyas adquirió más fuerza.

Del *Fath al-Andalus* (Trad. González, 76).

Tenía el emir (Al-Hakam) dos mil caballos, dispuestos en dos casas a la orilla del río, frente al alcázar. En cada casa había diez instructores (Arif), cada uno de los cuales tenía a su cargo cien caballos; los cuidaban, eran alimentados en su presencia, y procuraban reemplazar los inútiles a fin

de que estuviesen preparados, por si ocurría repentinamente alguna cosa a que fuese necesario acudir prontamente. Cuando había que hacer alguna expedición parecían uno solo.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 116).

Me ha contado un narrador de sucesos que llegó en cierta ocasión, ante el palacio del monarca Al-Hakam I, una multitud de gente de distintas clases, diciendo que eran aptos para el servicio militar y pidiendo al soberano que los comprara, de sus patronos, con el fin de entrar al servicio del monarca. El soberano ordenó que preguntasen los nombres de los patronos a quienes pertenecían. Había entre ellos un esclavo de los hijos de Musab (juez de Córdoba). Al-Hakam ordenó que fuera devuelto a sus dueños.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 61).

Muhammad cuidaba los intereses de su pueblo y velaba por sus comodidades. Por ello dispensó a los cordobeses de las levas militares y del servicio de guerra obligatorio. Según Ben Hayyan, la cifra de los jinetes que formaron parte de la expedición estival contra Galicia, dirigida por Abd al-Rahman, hijo del emir, se dividía así: el cantón de Elvira, suministró 2.900; Jaén, 220; Cabra, 1.800; Baga (Priego), 900; Tacorona, 297; Algeciras, 290; Ecija, 1.200; Carmona, 185; Sidona, 6.790; Málaga, 2.600; Fahs al-Ballut, 400; Morón, 1.400; Todmir, 156; Ravina, 106; Calatrava y Oreto, 387. Hay que añadir a tales cifras el número, ignorado, de cordobeses que participaron igualmente en la expedición. Tal fué el total de los guerreros que acompañaron a Abd al-Rahman, después de la supresión de la carga que había pesado hasta allí sobre los habitantes de Córdoba y de los distritos que de ella dependían. Muhammad les liberó de la obligación anual de proporcionar reclutas para las campañas de verano contra los países cristianos y les confió el cuidado de elegir ellos mismos los voluntarios que habían de partir por su gusto a hacer la guerra Santa; tal exención fué considerada como una gran merced por los favorecidos con ella, que colmaron de elogios al príncipe y se felicitaron de vivir bajo su reinado.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 178).

El Imán debe pagar soldada *(qurziqu)* a las tropas regulares *(chund)* que están a su disposición en sus lugares de residencia y en las fronteras, donde sus habitantes no se hallan en condiciones de hacer frente al enemigo. Gracias a tales tropas tiene fuerza para someter a los fautores de revueltas y para mantener el orden. En el *chund* no deben figurar sino hombres



escogidos entre gentes piadosas e instruídas y a la par valerosos, de los que no huyen en el combate. Deberán contarse entre ellos una proporción suficiente de descendientes de los Emigrados *(muhachires)* y defensores *(ansares)* del Profeta, de representantes de cada una de las tribus y de personajes conocidos por su ciencia y por su religión descendientes de los *acham* que han abrazado el Islam.

Los herederos de los soldados muertos en acto de servicio o en la guerra deberán recibir una pensión suficiente, que se fijará teniendo en cuenta que han perdido la vida al servicio de los musulmanes. Los soldados inválidos o incurables recibirán una pensión que les permitirá vivir honorablemente con su familia. Esta pensión equivaldrá a la soldada de que disfrutaban antes, descontadas las indemnizaciones de montura, equipo y gastos de ruta.

Del *Tuhfat al-Anfus* de BEN HUDAIL, citando a Ben Hazm (Según versión francesa de Lévi-Provençal, L'Espagne musulmane du Xème. siècle, 134, nota 3).

## PERFILES DE MUHAMMAD

*Muhammad nos ofrece una silueta muy distinta de las de su padre y sus mayores. No le adornaba la energía indomable del fundador de la dinastía, ni la piedad sincera y el espíritu justiciero de Hixam, ni el ímpetu vital y el valor de Al-Hakam, ni la generosidad de mecenas y el talento organizador de Abd al-Rahman II. Los ditirambos de los cronistas cortesanos no logran ocultar su avaricia, su debilidad y su cobardía. De creerles, no era torpe y no carecía de buen gusto literario. Supo elegir algunos buenos ministros, mas se entregó después a un hombre, inteligente y valeroso, pero sin escrúpulos. Bajo su gobierno cundió la inmoralidad administrativa; y el crecer de ella, en alianza con la debilidad y la cobardía del emir y con el despótico gobierno de su favorito, crearon un clima propicio para el estallido de la rebelión de los maulas o renegados y para el triunfo de todo género de aventureros. La revuelta interior debilitó la fuerza militar de Al-Andalus. Supieron aprovechar la ocasión los reyes cristianos. Y si al principio las armas de Muhammad vencieron a los generales de Ordoño I —al conde del Bierzo, Gatón, en el Guadacelete, junto a Toledo, y al conde de Castilla, Rodrigo, en la Morcuera, no lejos de Miranda de Ebro—, después Alfonso III derrotó a los muslimes en Polvoraria y Valde Mora (877), rechazó los ataques del príncipe Al-Mundzir y de Haxim ben Abd al-Aziz (882-883), reconquistó el norte de Portugal hasta el Mondego y avanzó sus fronteras hasta el Duero por tierras de León. Y Muhammad, que había heredado de su padre un imperio ordenado y fuerte, legó, así, a su hijo un reino desgarrado por la discordia civil e impotente frente a los enemigos seculares de Córdoba, los reyes de Oviedo.*

El emir Muhammad ben Abd al-Rahman era bondadoso, abstinente de lo ilícito, reprimidor de su cólera, sufrido, erudito, y muy entendido en aritmética. Refiérese de él que personalmente tomaba las cuentas a sus criados, y cuidaba por sí minuciosamente de sus asuntos, por su expedición para los cálculos, su natural aptitud y sus conocimientos en ciencias y literatura, deteniéndolos en aquel punto en que había error.

Era Muhammad apasionado por la elocuencia, y distinguía mucho a los eruditos. Un liberto suyo le pidió reiteradamente un empleo con modestas aspiraciones y en elegante frase. El emir le dijo: "Lo que me ha hecho formar más ventajosa idea de ti en tu pretensión es la elegancia de los escritos que de tu parte han llegado a mí; pues si tú eres el autor, bien manifiestan tu capacidad, y si con tu buen discurso y discreción has elegido quien por ti lo haga, entonces has llegado a lo más alto que puede apetecerse, dando clara prueba de tu buen entendimiento. Así, pues, sea de las dos cosas la que fuere, digno te creo, pues por el acierto que has manifestado en la disposición de tu escrito, es de esperar el acierto en el desempeño del empleo que pienso conferirte, según deseas; obra siempre con sinceridad, y procura cumplir con tu deber en este cargo, con la mira de conseguir más alta recompensa, pues rara vez es bueno el principio de un hombre, sin que su fin sea también bueno".

El poeta Abu-l-Yusr, conocido por Al-Riyyadi, habiendo pasado en Oriente por muchas tribulaciones, y no encontrando medio de ganarse la vida, vino a España con una carta fingida de Ben al-Xaij, de Siria, y otras personas de aquel país, en que se contenía una invitación para que se apoderara del califato, y decía que su reinado en Oriente estaba próximo. Cuando llegó a España, el emir Muhammad (Dios se apiade de él) entendió que era un farsante que sólo procuraba por este medio mendigar su sustento, pero mandó que le aposentasen con esplendidez todo el tiempo de su residencia. Después de haber permanecido allí largo tiempo, envió a Muhammad una carta en que le pedía una audiencia. Al emir le pareció bien el escrito, y lo encontró elegante. Llamó a Haxim y le dijo: "Este hombre busca medios de sustentarse, y la necesidad le sugiere esas trazas. Si finjo que le creo, y le contesto a su carta (falsificada), voy a incurrir en el ridículo, y se burlarán de mí los Banu Haxim (los Abbasíes). Si le desmiento, y niego su petición, después de haberse acogido a mi amparo, mereceré la reprobación general por mi falta de generosidad. La carta que me ha dirigido por sí es bella y escrita con elegancia, y si nos la hubiese traído en nombre suyo merecería nuestra recompensa, sobre todo por el largo viaje que ha emprendido". Remitióle, pues, quinientos adinares de ley, y una carta en que sólo decía: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 124, 127, 128).



☆

Inmediatamente después de Abd al-Rahman entró a gobernar el emir Muhammad, que Dios tenga en su misericordia, el cual fué hombre tranquilo, reposado, sin afición a severidades en los castigos; gustaba honrar a las personas eminentes, ya se tratara de hombres de ciencia, ya de sus clientes y militares; eligió con gran tacto sus gobernadores hasta que Hixam le manejó a su placer, dejándole sólo el título de soberano, y desde entonces dejó la buena costumbre de elegir gobernadores, con aquel cuidado, de entre los sujetos de más edad y juicio, y se aficionó a la gente nueva, con los cuales partía las ganancias. De aquí resultó que a los gobernadores se les llamara "los medieros" (los que van a medias), y se desprestigiara la autoridad, sucediendo lo que más adelante se dirá.

En el año 60 (del siglo a que pertenecen los hechos que referimos), siendo gobernador de Córdoba Walid, hijo de Ganim, se vió España afligida por el hambre, pues fué un año en que no se pudo sembrar un solo grano, y, por consiguiente, no pudo haber cosecha alguna. Muhammad llamó a Walid, y le dijo: "¿Qué piensas hacer con la contribución del diezmo?" "Señor, contestó Al-Walid, el diezmo no se cobra sino cuando hay siembra y recolección, y en este año tus vasallos ni han sembrado ni recogido. Yo creo que debes gastar de lo que haya en tus graneros y de tus tesoros; quizá Dios disponga que el año que viene sea mejor". El sultán, no obstante esta observación, insistió por ver si le persuadía a que cobrase; pero Walid se negó, diciendo: "¡Voto a Dios! Yo no acepto el encargo de cobrar un solo grano". Esto no pasó tan inadvertido que el pueblo no se enterara y un hombre tirano y opresor llamado Hamdun ben Basil, vulgarmente conocido por el Axab (el tordillo), aprovechó la ocasión para solicitar el gobierno de la capital, comprometiéndose a efectuar el cobro del diezmo, sin apelar a medios extremos ni atentar a la inviolabilidad del domicilio; pero el caso fué que antes de recaudar la cuarta parte de los diezmos, ya se había acudido a todo: a violar la santidad de los hogares, a apalear y aun ahorcar al que se había resistido. El pueblo, asustado, se encomendó a Dios alto y noble (para que le librara de aquel peligro) y Dios (les oyó, pues) hizo morir a aquel tirano repentinamente, llevándoselo (al infierno) maldecido por su cólera. Muhammad, al ver aquello y el efecto que había causado en el pueblo, llamó otra vez a Walid ben Ganim, le dijo que le dispensara y le pidió por favor que volviera a encargarse del gobierno de la capital, a fin de enmendar el desorden que había causado el que acababa de morir. Pero Walid contestó: "No, me he convencido de la consideración que te merezco: tú te has creído que soy un hombre a quien puedes reemplazar nombrando a Hamdun ben Basil, u otro de la misma ralea; yo te

juro por Dios que no admitiré jamás ningún otro empleo tuyo en Córdoba". Muhammad tuvo que nombrar a otro.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 56, 73).

Era de fácil y elegante palabra y de mucha prudencia; sentía antipatía frente a las cosas censurables, y amor por la verdad y por las gentes de bien; rehusaba escuchar a los violentos y se apartaba de los injustos; hombre inteligente, de un buen natural y de una magnanimidad digna de alabanza, era de entendimiento pronto y rápido, y cuantos le frecuentaban o conversaban con él reconocían su indudable talento de comprensión y de discernimiento de las cosas, su sutilidad, la agudeza de su espíritu y su elevado razonar. Era muy entendido en matemáticas y en los detalles del servicio y a él se acudía cuando surgía alguna dificultad de tal índole. No escapaba a su vista ni a su examen cualquier omisión cometida por los tesoreros o por los contadores. Descubrió un error de un quinto de dirhem en la cuenta presentada por un tesorero, cuyo monto se elevaba a cien mil dinares. Ordenó su rectificación, pero estaba tan oculto y era tan pequeño que los empleados de la repartición en vano se esforzaron en descubrirlo y, confesando su fracaso, entregaron la cuenta al enviado del príncipe, declarando que no podían encontrar el error. Mas el emir lo halló en el lugar en que había sido cometido.

Haxim ben Abd al-Aziz ha dicho: "El emir Muhammad era más inteligente que nadie, tenía gran discernimiento y un juicio muy claro; cuando nos consultaba, cada uno se esforzaba en hablar y en dar una solución. Si veíamos claro (en el asunto), aprobaba; pero si no era así, argumentaba contra el punto débil y su exposición tenía una nitidez tal que nadie podía hallar nada que corregir o que criticar en sus palabras.

Se cuenta que al rehusar a Haxim la aprobación de un asunto que le proponía, por entender que no estaba suficientemente estudiado, le dijo: "Haxim, actuando precipitadamente se expone uno a caídas, si siguiéramos tus erradas diligencias y escucháramos tus informes equivocados, seríamos tus cómplices en la caída y cómplices de tu precipitación. Despacio, marcha lentamente, porque si vas demasiado de prisa, contigo harán igual". De espíritu reflexivo y grave, cumplía su deber con sus clientes y sus hijos y nunca les reprendía sin escucharles o hacer escuchar sus quejas.

.....

El emir Muhammad ben Abd al-Rahman iba a Rusafa a recrearse en unión de Haxim ben Abd al-Aziz; pasó allí un día divirtiéndose y cuando se acercaba la noche volvió al palacio, pero estaba algo preocupado. Un testigo auricular ha contado que Haxim le decía: "¡Nieto de los califas, qué agradable sería la vida, si no nos acechase la muerte!" "¡Hijo de infiel, contestó el príncipe, te engañas al hablar así! ¿No ocupamos ahora nosotros



el trono gracias a la muerte? ¿Habríamos jamás reinado si la muerte no existiese?"

.....

Abu Umar Salimi dice: "En una de sus primeras campañas en país enemigo, para la que había convocado y reclutado tropas y estudiado todo como él entendía (necesario), se encontró frente al adversario cuya caballería desbordaba la vasta llanura, lo llenaba todo, cerca y lejos, y, pronta para la lucha avanzaba al combate. Entonces invadió al emir una fuerte emoción, tuvo temor y desconfianza, se figuró que no podría escapar de las manos de los infieles y que los musulmanes iban a ser víctimas de las espadas enemigas; creyó que el examen recto y honesto de la situación le aconsejaba retroceder antes de combatir, conforme a las palabras de Alá: "No os precipitéis por vuestra voluntad en el abismo". Entonces un guerrero avanzó hacia él y le dijo: "Príncipe, el Altísimo ha dicho: "Quienes, cuando les anuncian que el enemigo se reúne para marchar contra ellos, ponen su fe en Alá, vuelven llenos de gracias". El emir respondió: "Pongo a Alá por testigo de que no pienso en mí, pero no se puede ejecutar un plan si no se es obedecido y no puedo combatir solo". "Lo juro, dijo en tal ocasión el Utbi, sólo un ángel puede haber sugerido a este guerrero tal versículo. Príncipe, consulta a Alá esta noche, hoy mismo". Así lo hizo Muhammad y Alá le hizo ver que el combatir era el camino mejor y le sugirió la conducta correcta y agradable al cielo. Los heraldos llamaron entonces a las tropas al ataque contra los enemigos y al combate por la religión, exhortándoles a hacer cuanto pudieran para asegurar la victoria deseada. Alzadas las banderas y dispuestos los corazones para la lucha heroica, el emir Muhammad entregó el mando a su hijo Al-Mundzir, bien conocido por su bravura y muy amado de sus tropas. Los musulmanes avanzaron, chocaron los dos ejércitos y empezó la pelea. Alá dió la victoria a los suyos y reemplazó (en ellos) la angustia por la alegría.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 175, 183, 184).

## UN GRAN SOBERANO MALOGRADO

*Durante el reinado de Muhammad se había adiestrado en el arte de la guerra y en el del gobierno. Con Haxim ben Abd al-Aziz, favorito de su padre, y con Walid ben Ganim, mientras aquél estuvo cautivo en Asturias, el príncipe Al-Mundzir había dirigido numerosas campañas contra los politeístas cristianos y contra los rebeldes. No le había siempre acompañado en ellas la fortuna, pero en todas había demostrado gran bravura y dotes guerreras. Soportaba mal la influencia que en su progenitor ejercía su ministro, chocó con él en la campaña contra León del 882 y su animosidad le llevó a ejecutarle al ocupar el trono. La muerte de su padre le sorprendió*

*combatiendo al gran Umar ben Hafsun y continuó con obstinación su lucha contra él hasta morir, dos años después, mientras proseguía el asedio de Bobastro. Había, pues, heredado de sus mayores, junto al valor temerario y a la energía indomable, la crueldad. En el estado de descomposición política de Al-Andalus, era el soberano que hubiera podido salvar a Córdoba de su gran crisis. Una congestión, acaso complicada con el veneno, frustró esa posibilidad y malogró sus grandes talentos.*

Este príncipe amaba y honraba a sus hermanos, frecuentaba sus reuniones, les hacía regalos, les invitaba a fiestas y distribuía mercedes a los poetas que le recitaban versos mientras estaba en campaña o a su regreso. Entre otros poetas que le tomaron afecto se cita a Ahmad (ben Muhammad) ben Abd Rabbihi y Al-Akki. Ninguno de sus predecesores dió muestras de tanta bravura y temeridad y de tanta firmeza en la concepción y realización de sus proyectos. Hizo en un año más que otros durante todo su reinado. Los fautores de guerras civiles, los más bravos y los más resueltos, se le sometían y le enviaban su promesa de obediencia antes de que les fuera pedida. En opinión de gentes bien enteradas, si hubiera vivido un año más, no hubiera quedado ningún rebelde en el cantón de Málaga, y lo que se sabe de él prueba tal opinión. Un rasgo lo acredita. La noticia de la muerte de su padre no le movió a apartarse del camino que seguía en dirección a Córdoba y no le decidió a tomar la vía más corta. Ningún cuidado, ningún asunto por importante que fuera le hizo descuidar (el de las rebeliones), se dirigió a Málaga, puso las cosas en orden y confió su cuidado a Sulayman ben Abd al-Malik ben Ajtal y a Abd al-Rahman ben Huraix, junto a los cuales colocó consejeros elegidos de entre los árabes y en su séquito. Después, en un solo día se hizo prestar el juramento de fidelidad, hizo donaciones al *chund*, examinó las que debían hacerse al pueblo y decretó la abolición del diezmo en favor de los cordobeses para atraerse sus elogios, la convocatoria de las tropas y su envío bajo la dirección de un general. Desplegaba la misma actividad en todos los asuntos y así dirigía los acontecimientos.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 196).

## EL GRAN CAUDILLO DE LOS RENEGADOS ANDALUCES FRENTE A LOS OMEYAS

*Los andaluces alzados contra Córdoba hallaron pronto un caudillo digno de su empresa en la persona del nieto de renegados, Umar ben Hafsun. Otra vez la raza hispana alumbró un gran capitán popular. Como Viriato y como otros muchos guerreros españoles de todos los tiempos, que hubieron de pelear con fuerzas regulares, triunfó Ben Hafsun por su astucia, su bravura y su justicia, y porque supo, con ellas, ganar el entusiasmo de su pueblo. Hizo de la montaña inexpugnable de Bobastro el centro de sus empresas. Los españoles, cristianos o musulmanes, le amaron con pasión; sus enemigos le odiaron con saña, pero al cabo rindieron homenaje involuntario a su grandeza, a través de los relatos, apasionados, de los cronistas cortesanos. La leyenda adornó los comienzos de su carrera. La historia oficial sólo a medias palabras descubrió sus triunfos, se entusiasmó al contar sus fracasos y se detuvo a referir el esfuerzo militar que costó conquistar su nido de águilas defendido por su sombra y por sus hijos. Y las poesías con que los poetas de la corte cantaron sus derrotas y las de sus cachorros aportan nuevas luces a su gloria. En su época de máximo poder llegó a dominar toda la Andalucía meridional, al sur del Guadalquivir. Su autoridad se extendió hasta Elvira (Granada), Archidona, Osuna, Ecija, Baena y Aguilar, a una jornada de Córdoba, junto a cuyos mismos muros sus jinetes lanzaron un día sus lanzas sobre la imagen de la Virgen, que todavía se alzaba sobre la puerta del Puente. Seguía su causa Ben Mastana en la sierra de Priego y otros rebeldes de Jaén. En las calles, en los palacios y hasta en las mezquitas cordobesas se predecía la caída de la dinastía Omeya y la conquista de la ciudad. El emir se humilló más de una vez ante él. Buscaron su alianza el jefe de la aristocracia sevillana, Ben Hachchach, y el de la familia "Beni Casi". Pero rara vez triunfa una rebelión popular que da plazo al gobierno para reorganizar sus huestes y al pueblo para fatigarse de los sufrimientos que la rebelión engendra. Umar ben Hafsun no disponía, además, de fuerzas bastantes para conquistar el poder y dominar la España musulmana. Nieto de cristianos y siempre simpatizante con la fe de sus mayores, en 899 dió el paso decisivo de hacerse bautizar y de abrazar, así, la religión cristiana. Tal paso produjo una sensación profunda. Algunos españoles, sinceros musulmanes, le abandonaron. La corte lo explotó en su provecho. Abd Allah encontró en Ben Abi Abda un buen general, y en la desilusión y el cansancio de los andaluces los mejores aliados. Y poco a poco el otrora caudillo de la raza hispana pasó a ser un rebelde menor, cuya estrella palidecía despacio y cuyos dominios se reducían poco a poco, hasta quedar limitados a la inexpugnable montaña de Bobastro, donde había comenzado su alzamiento.*



### La astucia de Umar ben Hafsun frente a la fuerza de Al-Mundzir

La noticia de la muerte de su padre (Muhammad) le sorprendió (a Al-Mundzir) mientras se hallaba ocupado en sitiar el castillo de Alhama del maldito renegado Umar ben Hafsun. Volvió a Córdoba y las ceremonias de la entronización terminaron el día siguiente de su llegada.

. . . . . .

Cuando Ben Hafsun vió a Al-Mundzir levantar el sitio al ocurrir la muerte de su padre... se puso en seguida en movimiento y envió mensajeros a todas las plazas fuertes situadas entre Alhama y el litoral y todas reconocieron su autoridad. Se dirigió hacia Priego y la montaña de Xeiba y allí se apoderó de inmensas riquezas. Hizo todo ello sin grandes medios de acción, y sin mucho dinero ni muchas tropas, pero servía de castigo entre las manos de Dios, que le empleaba para hacer sentir su venganza a sus servidores.

Apareció en una época turbada, cuando corazones endurecidos e inclinados al mal y espíritus malignos buscaban las malas ocasiones y apetecían la guerra civil. Y por ello al sublevarse encontró el pueblo en su misma disposición de ánimo y dispuesto a hacer causa común con él. Las poblaciones se reunieron a su alrededor y se dirigió a su amor propio con estas palabras: "Desde hace demasiado tiempo habéis tenido que soportar el yugo de este sultán que os toma vuestros bienes y os impone cargas aplastantes, mientras los árabes os oprimen con sus humillaciones y os tratan como esclavos. No aspiro sino a que os hagan justicia y a sacaros de la esclavitud". Tales palabras de Ben Hafsun hallaban siempre una acogida favorable y el reconocimiento de las masas y así consiguió la adhesión de los habitantes de las fortalezas.

Se declararon por él, los bandoleros y los hombres turbulentos, a quienes atrajo con la esperanza de conquistas y saqueos. De otra parte mostraba afección a sus compañeros y deferencia para con sus íntimos, respetaba a las mujeres y observaba las reglas del honor, con lo que se conciliaba todos los ánimos. Dentro de sus dominios una mujer podía ir sola de una población a otra con su dinero y sus bienes sin que nadie intentara siquiera molestarla. Empleaba la muerte como castigo. Daba fe a la palabra de una mujer, de un hombre o de un niño cualquiera y, sin solicitar otro testimonio ninguno, castigaba al acusado, quienquiera que él fuera. Su mismo hijo había de someterse a las prescripciones de la justicia. Trataba, además, a los guerreros todos con consideración y rendía honores a los enemigos valerosos y les perdonaba cuando resultaba vencedor. Y regalaba brazaletes de oro a quienes rivalizaban en valor.

Todos estos procedimientos sirvieron mucho a Ben Hafsun, que llevó sus incursiones hasta Cabra y aún más allá, hasta la aldea de Al-Chahya, atacó Alcaudete en el cantón de Elvira, se acercó a los alrededores de Jaén e hizo prisionero a Abd Allah ben Samaa, gobernador de Priego. En las cercanías del castillo de Iznajar en el cantón de Málaga, no lejos de Cabra, se reunieron gran número de malhechores partidarios de Ben Hafsun, lo que aterró a los habitantes de la ciudad citada y les impedía salir de ella. Cuando Al-Mundzir conoció lo que ocurría envió a Asbag ben Futays a la cabeza de un cuerpo considerable de caballería contra la fortaleza de Iznajar, que fué sitiada y tomada y cuyos defensores fueron ejecutados. Y Al-Mundzir envió igualmente fuerzas de caballería al mando de

El valle del Guadalhorce, desde Bobastro.

Cuando Ben Hafsun vió a Al-Mundzir levantar el sitio al ocurrir la muerte de su padre... se puso en seguida en movimiento y envió mensajeros a todas las plazas fuertes situadas entre Alhama y el litoral y todas reconocieron su autoridad. Se dirigió hacia Priego y la montaña de Xeiba y allí se apoderó de inmensas riquezas. Hizo todo ello sin grandes medios de acción, y sin mucho dinero ni muchas tropas, pero servía de castigo entre las manos de Dios, que le empleaba para hacer sentir su venganza a sus servidores.

Apareció en una época turbada, cuando corazones endurecidos e inclinados al mal y espíritus malignos buscaban las malas ocasiones y apetecían la guerra civil. Y por ello al sublevarse encontró el pueblo en su misma disposición de ánimo y dispuesto a hacer causa común con él. Las poblaciones se reunieron a su alrededor y se dirigió a su amor propio con estas palabras: "Desde hace demasiado tiempo habéis tenido que soportar el yugo de este sultán que os toma vuestros bienes y os impone cargas aplastantes, mientras los árabes os oprimen con sus humillaciones y os tratan como esclavos. No aspiro sino a que os hagan justicia y a sacaros de la esclavitud". Tales palabras de Ben Hafsun hallaban siempre una acogida favorable y el reconocimiento de las masas y así consiguió la adhesión de los habitantes de las fortalezas.

Se declararon por él, los bandoleros y los hombres turbulentos, a quienes atrajo con la esperanza de conquistas y saqueos. De otra parte mostraba afección a sus compañeros y deferencia para con sus íntimos, respetaba a las mujeres y observaba las reglas del honor, con lo que se conciliaba todos los ánimos. Dentro de sus dominios una mujer podía ir sola de una población a otra con su dinero y sus bienes sin que nadie intentara siquiera molestarla. Empleaba la muerte como castigo. Daba fe a la palabra de una mujer, de un hombre o de un niño cualquiera y, sin solicitar otro testimonio ninguno, castigaba al acusado, quienquiera que él fuera. Su mismo hijo había de someterse a las prescripciones de la justicia. Trataba, además, a los guerreros todos con consideración y rendía honores a los enemigos valerosos y les perdonaba cuando resultaba vencedor. Y regalaba brazaletes de oro a quienes rivalizaban en valor.

Todos estos procedimientos sirvieron mucho a Ben Hafsun, que llevó sus incursiones hasta Cabra y aún más allá, hasta la aldea de Al-Chahya, atacó Alcaudete en el cantón de Elvira, se acercó a los alrededores de Jaén e hizo prisionero a Abd Allah ben Samaa, gobernador de Priego. En las cercanías del castillo de Iznajar en el cantón de Málaga, no lejos de Cabra, se reunieron gran número de malhechores partidarios de Ben Hafsun, lo que aterró a los habitantes de la ciudad citada y les impedía salir de ella. Cuando Al-Mundzir conoció lo que ocurría envió a Asbag ben Futays a la cabeza de un cuerpo considerable de caballería contra la fortaleza de Iznajar, que fué sitiada y tomada y cuyos defensores fueron ejecutados. Y Al-Mundzir envió igualmente fuerzas de caballería al mando de

El valle del Guadalhorce, desde Bobastro.

Iglesia de Bobastro y la tumba de Umar ben Hafsun.



Abd Allah ben Muhammad ben Mudzar y por el paje Aydun al país de Lucena, región de Cabra, donde se hallaba un grupo de partidarios de Ben Hafsun, que fueron sitiados y combatidos hasta su exterminio.

. . . . . .

En 274 [28 mayo 881] el emir Al-Mundzir marchó a la cabeza de sus tropas contra Umar ben Hafsun, y conquistó dos castillos del cantón de Málaga así como los de Cabra. Avanzó en seguida hasta Bobastro, capital del rebelde, le puso sitio y la atacó desde muy cerca después de haber devastado los alrededores. Se alejó en seguida para dirigirse sobre Archidona, donde se encontraba Ayxun. Estableció su campamento bajo los muros de la plaza, emprendió el sitio de la misma y redujo a sus habitantes a tal situación que acabaron por renunciar a sostener a Ayxun y a su familia e incluso le abandonaron y a sus partidarios. El emir penetró entonces en la plaza, se apoderó de ellos y de los Banu Matzruh, que eran tres: Harb, Awn y Tzalutz, sus castillos de las sierras de Priego fueron conquistados y ellos mismos cautivos del emir, fueron enviados por él a Córdoba, donde fueron crucificados con diecinueve de los suyos. Ayxun lo fué entre un cerdo y un perro, porque tenía la costumbre de decir que si el emir podía apoderarse de él, debía crucificarle con un cerdo a la derecha y un perro a la izquierda. Hasta tal punto tenía confianza en su bravura y se creía seguro, gracias a su fuerza y a su valor, de no ser jamás hecho prisionero. Al-Mundzir desesperando de acabar de otra manera con él, había comprado a un habitante de Archidona que se comprometió a prenderle mediante un ardid, y en efecto un día que Ayxun entró desarmado en casa de uno de los traidores, se arrojaron sobre él y le enviaron al emir.

En el segundo año del reinado de Al-Mundzir, en la fecha señalada: "Tal príncipe marchó contra Bobastro con el mayor número de tropas de que pudo disponer, comenzó su asedio escrupuloso y combatió vigorosamente a Ben Hafsun, que estaba dentro. Su caballería se extendió por la región y se apoderó de las llanuras y de las montañas. Avanzó desde allí contra Archidona para destruirla y hacer sufrir a sus habitantes horas terribles y desdichadas en razón de la obediencia que prestaban a Ben Hafsun y de su comunidad de miras con los habitantes de los castillos de aquél.

Los de Archidona enviaron mensajeros al emir, que le transmitieron palabras de sumisión y le ofrecieron volver al seno de la comunidad de los creyentes. El príncipe acogió bien sus proposiciones, trató a todos con suavidad y se apoderó de la fortaleza, donde hizo prisionero al gobernador nombrado por Ben Hafsun. Pero éste persistió en el falso camino del error y no cambió su actitud de enemigo y de rebelde. El emir le asedió entonces estrechamente y Ben Hafsun, falto de ayuda y de partidarios que pudieran sostenerle, viéndose a punto de ser apresado y privado de toda posibilidad de huída nocturna, aplicó todas las fuerzas de su espíritu para desasirse de las cuerdas que le sujetaban y de las redes que le apresaban, mediante el embuste y la astucia. Fingió que consentía en someterse, y anunció que su

Iglesia de Bobastro y la tumba de Umar ben Hafsun.



Abd Allah ben Muhammad ben Mudzar y por el paje Aydun al país de Lucena, región de Cabra, donde se hallaba un grupo de partidarios de Ben Hafsun, que fueron sitiados y combatidos hasta su exterminio.

. . . . . .

En 274 [28 mayo 881] el emir Al-Mundzir marchó a la cabeza de sus tropas contra Umar ben Hafsun, y conquistó dos castillos del cantón de Málaga así como los de Cabra. Avanzó en seguida hasta Bobastro, capital del rebelde, le puso sitio y la atacó desde muy cerca después de haber devastado los alrededores. Se alejó en seguida para dirigirse sobre Archidona, donde se encontraba Ayxun. Estableció su campamento bajo los muros de la plaza, emprendió el sitio de la misma y redujo a sus habitantes a tal situación que acabaron por renunciar a sostener a Ayxun y a su familia e incluso le abandonaron y a sus partidarios. El emir penetró entonces en la plaza, se apoderó de ellos y de los Banu Matzruh, que eran tres: Harb, Awn y Tzalutz, sus castillos de las sierras de Priego fueron conquistados y ellos mismos cautivos del emir, fueron enviados por él a Córdoba, donde fueron crucificados con diecinueve de los suyos. Ayxun lo fué entre un cerdo y un perro, porque tenía la costumbre de decir que si el emir podía apoderarse de él, debía crucificarle con un cerdo a la derecha y un perro a la izquierda. Hasta tal punto tenía confianza en su bravura y se creía seguro, gracias a su fuerza y a su valor, de no ser jamás hecho prisionero. Al-Mundzir desesperando de acabar de otra manera con él, había comprado a un habitante de Archidona que se comprometió a prenderle mediante un ardid, y en efecto un día que Ayxun entró desarmado en casa de uno de los traidores, se arrojaron sobre él y le enviaron al emir.

En el segundo año del reinado de Al-Mundzir, en la fecha señalada: "Tal príncipe marchó contra Bobastro con el mayor número de tropas de que pudo disponer, comenzó su asedio escrupuloso y combatió vigorosamente a Ben Hafsun, que estaba dentro. Su caballería se extendió por la región y se apoderó de las llanuras y de las montañas. Avanzó desde allí contra Archidona para destruirla y hacer sufrir a sus habitantes horas terribles y desdichadas en razón de la obediencia que prestaban a Ben Hafsun y de su comunidad de miras con los habitantes de los castillos de aquél.

Los de Archidona enviaron mensajeros al emir, que le transmitieron palabras de sumisión y le ofrecieron volver al seno de la comunidad de los creyentes. El príncipe acogió bien sus proposiciones, trató a todos con suavidad y se apoderó de la fortaleza, donde hizo prisionero al gobernador nombrado por Ben Hafsun. Pero éste persistió en el falso camino del error y no cambió su actitud de enemigo y de rebelde. El emir le asedió entonces estrechamente y Ben Hafsun, falto de ayuda y de partidarios que pudieran sostenerle, viéndose a punto de ser apresado y privado de toda posibilidad de huída nocturna, aplicó todas las fuerzas de su espíritu para desasirse de las cuerdas que le sujetaban y de las redes que le apresaban, mediante el embuste y la astucia. Fingió que consentía en someterse, y anunció que su

obediencia sería leal a condición de ser tratado por el emir como uno de los jefes del ejército *(chund)*, de habitar en Córdoba con su familia y sus hijos, de que éstos dos figurasen también entre los clientes (del príncipe) y de que él mismo no dejara de ser considerado con benevolencia. El emir accedió a su demanda, se comprometió por juramento solemne e hizo redactar en seguida un decreto de amnistía. Regaló a los hijos de Ben Hafsun los más preciosos vestidos e hizo cargar bestias de transporte con el dinero y los objetos que les estaban destinados, mostrando una gran generosidad y colmando todos sus deseos y apetencias. Ben Hafsun, con la intención de asegurar su pérfido engaño, pidió al emir cien mulos para transportar su familia y sus efectos; el emir se los envió bajo la custodia de diez oficiales y de ciento cincuenta caballeros, tratándole del modo más honroso y añadiendo favor tras favor. Ben Hafsun envió toda esa gente a Bobastro, donde estaban su familia, sus hijos y sus bienes hereditarios y de ganancia. Las tropas del emir partieron de los alrededores de la plaza, así como el cadí y los juristas que habían redactado el tratado de paz, en la convicción de que no había ardid ni engaño alguno y de que habían apartado todo temor de nuevas turbulencias por parte del rebelde. Las tropas se habían dispersado una vez levantado el campo; la noche vino también a facilitar la violación de sus juramentos y Ben Hafsun huyó del castillo y pudo llegar a Bobastro sin ser inquietado. Cayó entonces sobre los oficiales del emir, se apoderó de los mulos del convoy y, volviendo a su vida anterior, declaró a los suyos que era siempre su jefe supremo. Entonces Al-Mundzir juró reanudar el sitio y perseguirle sin piedad hasta la sumisión de su enemigo. Hizo sus preparativos de campaña, reunió numerosos guerreros, acampó de nuevo bajo los muros de Bobastro, que rodeó por todas partes, y tomó las disposiciones más rigurosas para el ataque y el sitio".

"Estos proyectos y su realización hicieron perder a Ben Hafsun toda esperanza de seguir resistiendo largo tiempo en aquellos castillos. Durante cuarenta y tres días el emir permaneció acechando ávidamente bajo los muros de Bobastro; pero sufriendo ya de una enfermedad que inquietaba a su cortejo, hizo venir a su hermano Abd Allah para reemplazarlo y ejercer el mando. A la llegada del mismo, expiró con gran dolor de cuantos le habían tratado. A su muerte sus tropas se desbandaron y se dividieron sin que Abd Allah pudiera retenerlas ni reunirlas de nuevo, mientras Ben Hafsun se apoderaba del campamento y lo saqueaba. El cuerpo del emir difunto fué transportado a Córdoba sobre un camello y allí fué inhumado al lado de sus antecesores. El pueblo sintió muy poco su muerte, pues, por su orden, debía acudir ante los muros de Bobastro e instalarse allí".



## Triunfos de Umar ben Hafsun

"Cuando Abd Allah, al subir al trono califal, recibió de las provincias pruebas de su fidelidad y todos reconocieron su autoridad, Umar ben Hafsun, no obstante su rebeldía y a pesar de su orgullo y de las devastaciones que venía realizando, creyó que debía volver a la comunidad de los fieles y someterse a las leyes de la debida obediencia al príncipe. Envió a Córdoba a su hijo Hafs y a algunos de sus partidarios, para concluir con el emir un tratado de paz solemne y definitivo, que nada pudiera alterar y que ninguna dificultad pudiese obstaculizar, con la condición de que Umar permanecería en Bobastro en calidad de súbdito fiel y obediente. El emir aceptó sus buenas disposiciones, consintió en dejarle en Bobastro, trató con generosidad a su hijo y a sus enviados, les hizo numerosos regalos y envió con ellos a Abd al-Wahhab ben Abd al-Rauf, nombrado gobernador del distrito de Málaga y encargado de participar con Ben Hafsun en la administración del país y en el nombramiento y reemplazo de los funcionarios. Tal comunidad de poderes duró hasta que Ben Hafsun venció y expulsó del cantón a Abd al-Wahhab, despojado de todo. Entonces dió aquél libre curso a sus crímenes, redobló sus hostilidades y sus razzias hasta el extremo de que las poblaciones estuvieron a punto de quedar vacías y el pueblo a punto de emigrar. Todas las aldeas de la campiña de Córdoba estaban infestadas de jinetes de Ben Hafsun y se hallaban sometidas a sus fechorías. Y el maldito se apoderó de Ecija y de Archidona, las puso en estado de defensa e instaló en ellas toda clase de máquinas de guerra".

Cuando el emir Abd Allah vió a Córdoba cercada y devastados sus alrededores por una guerra nefasta, hizo plantar la tienda real en el arrabal de Secunda. Colocados sus pilares y tendidas sus cuerdas y lazos, Ben Hafsun lanzó su caballería contra Secunda con intención de apoderarse de la tienda real y de precipitarse sobre la ciudad y de sitiarla. Pero al punto, jinetes del emir se lanzaron contra los agresores, le alejaron y llegando hasta Ben Hafsun le rechazaron y le impidieron avanzar. El rebelde se refugió entonces en el castillo de Cabra, y el emir, reuniendo alrededor de catorce mil cordobeses, marchó contra él, que disponía de cerca de treinta mil soldados. El ataque de las tropas de Abd Aliah les puso en desbandada, cayeron sobre sus espaldas los sables, y corrieron tras ellos hasta que regaron la tierra con su sangre. El emir penetró entonces en los castillos que habían abandonado su obediencia y que volvieron a la sazón a reconocer su autoridad.

Ben Abd Rabbihi compuso entonces estos versos: "Ben Hafsun ha intentado escapar pero le ha perseguido la espada y no ha tenido éxito. Era una noche oscura que hubiera podido tomarse por la de la ascensión del Profeta. La guerra que siembra cada año le ha dado este triste fruto. Nuestros enemigos han debido huir en un pequeño grupo que sabe por experiencia

las consecuencias de la noche y de las marchas nocturnas. Si le preguntas de quién son clientes, os responderán que toda noche tenebrosa le cuenta entre los suyos".

Después de su vuelta a Bobastro, Ben Hafsun reunió sus compañeros, hizo redactar una nueva lista de los mismos y marchando con ellos hacia Elvira, emprendió en tal región una guerra salvaje y con tal éxito que se adueñó de ella y mediante un ardid apresó al gobernador. El emir Abd Allah envió entonces contra él sus tropas mandadas por Ben Abí Abda. Cuando las dos huestes estuvieron frente a frente, la caballería de Ben Abí Abda se precipitó sobre la de Ben Hafsun, la destrozó e hizo desaparecer hasta sus huellas. El rebelde, herido de gravedad, hubo de retirarse, de desandar los lugares abruptos, de soportar la humillación y la ignominia y de regresar vencido, dañado y envilecido al fuerte de Bobastro. Pero volvió en seguida a sus antiguas costumbres, a su rebeldía y a sus devastaciones. Sin embargo, el emir Abd Allah le venció otras veces y los golpes que recibía amedrentaron su corazón, atenuaron sus ardores y sembraron el desánimo en sus compañeros y auxiliares.

En 284 [8 febrero 897] Abd Allah envió a su hijo Aban contra Niebla, porque Ben Husayb se había sublevado en la región y ocupaba el castillo de Montemayor. Aban embistió la plaza y la atacó con máquinas de guerra, con tanto éxito que los asaltantes ofrecieron someterse y les fué concedido el amán. Pero entretanto Ben Hafsun había penetrado por segunda vez en Ecija y el emir ordenó a los sitiadores de Montemayor que se retiraran, lo que hicieron.

En 285 [28 enero 898] Aban, hijo del emir Abd Allah, hizo una expedición contra Ben Hafsun con Ben Abi Abda como general adjunto.

### Conversión al cristianismo, caída y ruina de Umar ben Hafsun

En 286 [12 enero 899] Ben Hafsun profesó públicamente el cristianismo, lo que había ocultado hasta allí; concluyó tratados con los cristianos, complotó con ellos y se alejó de los musulmanes, a los que combatió abiertamente. Muchas gentes le abandonaron por ello. Eso hizo Awsacha ben Jali, que se levantó contra él y construyó el castillo de Cañete donde sostuvo la causa del emir Abd Allah y comenzó a hostilizar a Ben Hafsun. Tuvo éste desde entonces que rechazar incesantes ataques, porque todos los musulmanes creyeron que al combatirle practicaban la guerra santa. Se sucedieron sin interrupción campañas de invierno y de verano contra él, no cesando los generales en sus marchas y contramarchas. A este respecto dijo Ben Qulzum a Ben Abi Abda: "Has hecho dos campañas: una de invierno y otra de verano; aquélla destruyó al enemigo; ésta llenó el tesoro del emir".

En 287 [7 enero 900] se realizó la campaña de verano en los cantones de Morón, Sidonia y Málaga.



El general Ben Abi Abda mató a Talib ben Mawlud, de Morón.

Ishaq y su compañero, soldados de Ben Hafsun, fueron crucificados. Comenzó entonces a usarse el proverbio "Me has engañado, Ishaq", porque uno de ellos, estando en la cruz, dijo esas palabras a su compañero.

En 288 [26 diciembre 900] se tomaron rehenes a Ben Hafsun.

En 291 [24 noviembre 903] emprendió una expedición contra Málaga Aban, hijo del Imán Abd Allah; mandaba la caballería Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda. Se puso en marcha el jueves 5 Chumada II [23 abril 904] y llegó hasta el río Nescania (cerca de Antequera) no lejos del cual estableció su campo. Umar ben Hafsun marchó contra él y le libró un combate encarnizado, en el que acabó siendo derrotado con grandes pérdidas. El vencedor incendió las aldeas situadas junto al río y en los alrededores. Transportó en seguida su campo a las orillas del Viñas, próximo a Bobastro, y sus tropas continuaron peleando con las de Ben Hafsun que fueron derrotadas, dejaron muertos sobre el terreno y perdieron caballos; todas las poblaciones de la región fueron incendiadas. Comenzó entonces la etapa de Talhara; cada día se luchó con Ben Hafsun en combates que fueron favorables y en el curso de los cuales fué incendiado un cortijo de Chafar ben Umar ben Hafsun. Durante esta campaña, atacaron también Torrox y Al-Rachol; fué muerto el hermano de Zini, así como muchos bravos guerreros de Ben Hafsun. Las máquinas de guerra levantadas contra Al-Rachol causaron en ella grandes daños y abrieron una brecha en las fortificaciones. En seguida Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda, jefe de la caballería, llegó frente a la plaza de Loja al frente de destacamentos de jinetes equipados a la ligera y marchó contra el castillo de Ojen, que atacó, mientras había dejado a Aban ben Abd Allah acampado bajo los muros de la plaza citada. En el curso de sus ataques contra tal castillo, hubo algunos muertos y algunos prisioneros, trajo a Loja a estos últimos y las cabezas de las víctimas. Y en seguida las tropas volvieron a Córdoba, a donde llegaron el viernes 25 de Ramadan [11 agosto 904] después de una ausencia de tres meses y veinte días.

En 292 [13 noviembre 904] se emprendió una campaña estival contra Umar ben Hafsun. Consistió en razzias contra sus castillos, de los que unos fueron dañados y otros tuvieron que pagar tributo. Perdió una gran batalla a orillas del Guadalbullón, que corre no lejos de Jaén. Se le habían unido todos los fautores de desorden y todos los rebeldes y había marchado a su cabeza contra los musulmanes. Gracias a Alá, fué derrotado y hubo de huír con una débil escolta. Perecieron la mayor parte de sus guerreros y muchos de sus soldados.

En el mismo año 295 [20 octubre 907] Said ben Al-Walid, conocido por Ben Mastana, traicionó la causa musulmana; abandonó el castillo de Belda para unirse a Umar ben Hafsun y ayudarle, y mostró así a plena luz la inclinación a la revuelta que incubaba en su corazón.

En 296 [30 septiembre 988] Aban ben Abd Allah emprendió una ex-

pedición estival contra el castillo de Málaga y otros; a la cabeza de la caballería iba Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda. Aban acampó bajo los muros de Bobastro y atacó a Ben Hafsun a quien causó daños. El caid Isa ben Ahmad marchó contra los castillos de Said ben Mastana y le sitió, hasta que Ahmad ben Muhammad se retiró de Bobastro. Cercó (luego) el castillo de Luque, que pertenecía a Ben Mastana, hasta que se apoderó de él.

En 297 [20 septiembre 909] tuvo lugar la expedición llamada de Málaga y Ferreira bajo el mando de Al-Asi, hijo del emir Abd Allah, y con Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda a la cabeza de la caballería. Partieron el jueves 20 de Xaban [14 de mayo 910]. El ejército marchó contra Belda que atacó y fué luego a acampar a orillas de Talhira. Combatió allí con las tropas de Ben Hafsun, y los jinetes del sultán fueron vencidos, no sin que quedaran sobre el terreno gran número de enemigos. Marcharon en seguida contra los castillos de Elvira y establecieron su campo al pie de Jubiles, donde se libró un sangriento combate en el que fueron heridos una parte de sus mejores guerreros. Recorriendo el cantón de Elvira acamparon en Pechina, volvieron luego al cantón de Jaén y sitiaron el castillo de Monteleón el miércoles 27 Dzu-l-qada [8 agosto 910], durante algunos días. Penetraron en él el domingo por la mañana y salieron el lunes 11 Dzu-l-hicha, para entrar a Córdoba el miércoles 14 de ese mes [25 agosto].

Umar ben Hafsun, Said ben Mastana y Said ben Hudzayl, reuniendo sus fuerzas en la región de Jaén, hicieron en ella muchas depredaciones, tomaron botín y se retiraron hacia el castillo de Jarixa. El general Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda marchó en su persecución, les derrotó y les mató algunos hombres, entre ellos a Tasril, el extranjero, oficial de Ben Hafsun.

En el mismo año 298 [9 septiembre 910] Isa ben Ahmad ben Abi Abda que defendía la ciudad de Baena marchó con su cuerpo de caballería contra Umar ben Hafsun y Said ben Mastana, que habían avanzado por la llanura de Cabra y por el lado de Córdoba y se habían entregado al pillaje. Peleó con ellos a orillas del Olya. Tras un combate encarnizado fueron derrotados los dos jefes rebeldes, quienes dejaron en el terreno una multitud de soldados mientras el resto huyó en todas direcciones. Isa envió a Córdoba tras su triunfo gran número de cabezas.

La expedición de verano dirigida por Aban, hijo del Imán Abd Allah, y en la que el visir Abbas ben Abd al-Aziz mandaba la caballería, se puso en marcha el 20 Xaban [11 abril 912] contra el castillo de Bobastro, donde atacó a Ben Hafsun y le hizo daño. Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda siguió las huellas del cuerpo expedicionario y tomó el mando de la caballería en reemplazo de Abbas ben Abd al-Aziz, llamado a Córdoba, y prosiguieron las hostilidades contra los castillos de Ben Hafsun y sus defensores.

En este año tuvo lugar la campaña emprendida por el Príncipe de los Creyentes (Abd al-Raman III) contra las fortalezas de Jaén. Salió del palacio de Córdoba el jueves 13 Xaban del 300 [24 marzo 913]. A la cabeza



de su ejército... se encontraba en el castillo de Marchen en la provincia de Jaén, cuando supo que Umar ben Hafsun atacaba la capital de Regio (Málaga) y se alababa de que, como sus habitantes no se entendían entre ellos, le permitirían conquistarla. Para evitarlo envió un destacamento del *chund* a las órdenes de Said ben Abd al-Waritz, con instrucciones de avanzar a marchas forzadas hasta Málaga, para quitar a Ben Hafsun la esperanza de realizar sus propósitos. El citado general penetró en la plaza y puso la región al abrigo de Ben Hafsun y de sus partidarios.

El jueves 4 Xawwal [14 mayo] acampó Abd al-Raman al pie del castillo de Tiñana, donde se encontraban partidarios de Ben Hafsun, quienes habían llegado a reducir a sus habitantes y a apartarles de su obediencia. Los rebeldes, lejos de ofrecer su sumisión, se decidieron a resistir, porque tenían confianza en las dificultades de acceso a su fortaleza. Mas el ejército comenzó el bloqueo e incendió los arrabales, y los habitantes, volviendo a sus mejores sentimientos, ofrecieron someterse y entregar a los partidarios de Ben Hafsun. Se aceptó su oferta y los prisioneros fueron cuidadosamente ahorcados.

Continuando su marcha el emir... llegó hasta Sierra Nevada cuyo acceso es casi imposible. Sus tropas penetraron en ella sin embargo, gracias a Alá que les facilitó el paso, y fueron conquistados los castillos de la región, sin que ninguno pudiera resistir.

El emir supo entonces que Ben Hafsun marchaba con sus tropas contra Elvira, la capital, y confiaba en conquistarla, y envió contra él al caid Abbas ben Abd al-Aziz. Se hallaba éste poco alejado de Granada cuando Ben Hafsun se lanzó contra el objeto de sus apetitos. Pero los habitantes de Elvira, llenos de confianza en el socorro que les llevaba el general, hicieron una salida y derrotaron al enemigo, le mataron algunos guerreros, hicieron prisionero a su nieto Umar ben Ayyub e hirieron gravemente a uno de los tíos paternos de éste.

El emir prosiguió sin fatigarse sometiendo los lugares fortificados de la región y llegó al castillo de Jubiles, que era uno de los mejor fortificados de Ben Hafsun, de los más inaccesibles y de los mejor situados. Se habían retirado a él los cristianos que habían podido escapar de las otras plazas. El miércoles 15 Xawwal [25 mayo] instaló su campo bajo los muros de la plaza, después cortó los árboles de los alrededores, razzió los campos y destruyó los víveres que podían servir a los sitiados. Estos, al cabo de quince días de ataque, hicieron ofertas de sumisión y, volviendo a sus mejores sentimientos, se comprometieron a entregar a los partidarios de Ben Hafsun, que estaban dentro de sus muros. Las aceptó el emir, le enviaron todos los cristianos que había en la plaza y les hizo cortar el cuello, sin excepción y sin ningún proceso.

La segunda campaña emprendida por el emir fué dirigida contra Málaga, Algeciras y Carmona. El príncipe salió del palacio de Córdoba el jueves 8 de Ramadan [7 abril 914]. ...El primer objetivo del emir fué el castillo de

Torrox, bajo cuyos muros estableció su campo... Dejando sus tropas continuar el sitio marchó contra los castillos de Málaga y los refugios de Ben Hafsun, los atacó uno tras otro, instaló en ellos sus hombres y entregó al pillaje las comarcas a donde llegaba. En Torrox infligió a tal jefe y a los cristianos alistados bajo sus banderas una gran derrota, en la que cayeron muchos, cuyas cabezas fueron enviadas a Córdoba. Fueron apresados y quemados los navíos del rebelde que le traían víveres del otro lado del mar. Entonces se apresuraron a someterse, para escapar a su total aniquilamiento, los hombres de la región... Al Nasir aceptó sus proposiciones, les concedió el amán y restableció el orden.

Umar Ben Hafsun, apoyo de los infieles, jefe de los hipócritas, tizón de las guerras intestinas, refugio de los fautores de discordias y rencillas murió este año (305 = 917-918) y tal suceso fué considerado como motivo de alegría y como presagio del factor divino y del fin del reinado de la abominación.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, 187, 191, 217, 223, 231, 234, 237, 239, 240, 243, 247, 267, 269, 273, 284).

## REBELION GENERAL DE AL-ANDALUS CONTRA ABD-ALLAH

*La curva de la revuelta de los españoles contra el poder de los Omeyas había empezado con la Revolución del Arrabal bajo Al-Hakam I, subió bruscamente con las sublevaciones de Toledo, Mérida y la Frontera Superior, que padeció Abd al-Rahman II, continuó avanzando con la sorda resistencia mozárabe contra tal emir y contra su hijo Muhammad; en el reinado de éste prosiguió su movimiento ascensional con el triunfo de la rebeldía de los "Beni Casi" en Aragón, de Ben Marwan el Gallego en el Guadiana y de Ben Hafsun en las sierras de Ronda. Y muerto el bravo Al-Mundzir, bajo el hipócrita rezador y cobarde sanguinario Abd Allah, alcanzó su máxima culminación al alzarse contra Córdoba toda la España musulmana. He aquí una monótona y aburrida enumeración de los que se rebelaron contra el emir citado, en las últimas décadas del siglo IX. Sobre muchos de esos rebeldes abundan noticias que no caben aquí. Las que siguen bastan para dar idea clara del primer gran fraccionamiento secesionista que padeció la Península, ante la aguda crisis del poder central. No fué el último sufrido por Al-Andalus primero y por España luego. Siempre que se han repetido las mismas circunstancias, se ha producido el cantonalismo.*

Enumeración de los insurgentes que bajo el reinado del emir Abd Allah, salieron de la comunidad y encendieron la guerra civil.



El primero de todos fué Ben Hafsun antes citado y del que trazaremos la historia por orden cronológico.

Sawwar ben Hamdun se sublevó en el castillo de Monte-Xucar, de donde marchó con sus compañeros contra Chaad, gobernador de Elvira "a quien venció e hizo prisionero, no sin haberle hecho sufrir una penosa jornada. Después le puso en libertad y le colmó de regalos y el gobernador volvió a su ciudad donde habitaban su familia y sus hijos. Sawwar se dirigió luego contra Granada y atacó los castillos de Ben Hafsun. Las gentes de Elvira se reunieron en número de alrededor de veinte mil. Sawwar marchó contra ellos a la cabeza de una hueste reducida y les obligó a buscar refugio en la huída, les transformó en átomos dispersos en la atmósfera, la muerte planeando sobre ellos les ocultó bajo su sombra y mató, se dice, doce mil". Tuvo lugar este suceso en 276 [6 mayo 889].

Hubo diversos choques entre Sawwar y Ben Hafsun, encuentros en que éste fué derrotado. Debió de volver la espalda vergonzantemente, fué gravemente herido y perdió sus oficiales. El rebelde Chaad, de Elvira, era un compañero de hipocresía de Ben Hafsun, y se entendía con él para asolar el país. Tramó un ardid para apoderarse por traición de Sawwar y consagró al asunto todos los cuidados de un enemigo. Emprendió un día una expedición contra él, después de haber preparado una emboscada. Salió en persona con una hueste pequeña, se entregó al saqueo e hizo botín. Entonces Sawwar, en la creencia de que su adversario no tenía en retaguardia tropas de refuerzos y de socorros marchó hacia el lugar de la emboscada. Seguro de vencer y de seguir siendo el más fuerte avanzó al frente de las gentes del país. Pero cuando se encontró satisfecho, por hallarse alegre y sin temores, los soldados en acecho saltaron sobre él a imitación de las langostas, los jinetes lo rodearon y murió, y sus tropas vencidas y dispersas se retiraron. Chaad, señor de Elvira, envió entonces a Ben Hafsun la cabeza de Sawwar y le informó del revés y de la pérdida sufrida por los enemigos.

"En esa época Said ben Chudi se sublevó al frente de los árabes, hizo la guerra a Ben Hafsun acudiendo a sus mismos engaños, le siguió muy de cerca y le impidió ir y venir a su gusto. Ben Hafsun, a falta de fuerza y de poder, acudió a la astucia y al fraude y se apoderó de Ben Chudi y le retuvo encarcelado y encadenado en Bobastro durante varios meses, hasta recibir crecidas sumas por su rescate. Ben Chudi dirigió entonces sus fuerzas contra el emir Abd Allah, pero éste recurrió a un ardid y le hizo matar por traición en casa de una judía, su amante. Se encontró entonces al frente de los árabes de la región de Elvira Muhammad ben Adha, que reconoció abiertamente la autoridad del emir Abd Allah y no vaciló en combatir con su espada y con su lanza a Ben Hafsun. Pero éste le venció y le hizo prisionero y los árabes tuvieron que pagar por su rescate una importante suma y él permaneció en adelante fervorosamente fiel al emir".

Los árabes se sublevaron también en Sevilla. Se apoderaron del gobernador de la ciudad, saquearon sus bienes hereditarios y los por él adquiri-

dos, no respetaron más que a su familia y a sus hijos, mataron a muchos de sus compañeros y sin respeto alguno por su autoridad robaron a su antojo. Se concentraron entonces las tropas de Carmona y de otros cantones, rodearon a Sevilla de un anillo de fuerzas, se apoderaron de los rebeldes y mataron a una parte de los mismos en la llamada *Jornada del rebaño de camellos*".

"Ibrahim ben Hachchach se apoderó luego de Sevilla desde donde dirigió sus ataques y sus razzias contra Córdoba. Se alió con Ben Hafsun para asolar el país y ocupar Córdoba en el año. Uno y otro se apoderaron de las plazas fuertes y de los castillos y lucharon y combatieron con esfuerzo, hasta que se rompieron los acuerdos que les unían y los pactos solemnes que les ataban. Ben Hachchach hizo entonces la paz con el emir Abd Allah, y éste le confirmó en su dominio de Sevilla, entregándole el gobierno de la ciudad y de sus cantones".

Daysan ben Ishaq se rebeló también, se apoderó de Lorca y de Murcia así como de los distritos vecinos de la región de Todmir. Fué muy querido por las diversas clases sociales de la comarca, fué suave y liberal con sus administrados, trató con generosidad a poetas y literatos y éstos acudieron junto a él desde todas partes.

Ubayd Allah ben Umayya se apoderó del gobierno de Jaén, penetró en el castillo de Cazlona y en otros diversos.

Abd al-Rahman ben Marwan, llamado el Gallego, se instaló en Badajoz y en Mérida y se separó de la comunidad de los creyentes y protegió y frecuentó a los cristianos con preferencia a los musulmanes.

Abd al-Malik ben Abu-l-Chawad se instaló en Beja de la que se apoderó; se fortificó en el castillo de Mértola y acrecentó su poder por las construcciones que en él realizó y por los aprovisionamientos de que le abasteció. Se alió con Ben Marwan, entonces señor de Badajoz, y con Ben Bakr, señor de Ocsonoba, con lo que los tres se reunieron para resistir a sus enemigos.

Ben al-Salim, es decir, Mundzir ben Ibrahim ben Muhammad ben al-Salim, se sublevó en Medina al-Salim del distrito de Sidonia, ciudad que había tomado su nombre de su abuelo. Su administración no merece reproche alguno, pero jamás pensó en someterse y así murió rebelde, asesinado por su mameluco Galindo. Tuvo por sucesor a Walid ben Walid, quien hallándose en el colmo de su poder se sometió al califa Abd al-Rahman al-Nasir.

Muhammad ben Abd al-Qarim ben Elyas se fortificó en el castillo de Ward, del cantón de Sidonia, e hizo todo lo posible para lanzar el país a la revuelta. Duró su rebeldía hasta que Al-Nasir le forzó a rendirse, como a otros agitadores. Falleció en Córdoba.

Jayr ben Xakir se estableció en el castillo de Jodar, del distrito de Jaén, y ayudó al gran agitador Umar ben Hafsun, quien después le atacó traidoramente y envió su cabeza al emir Abd Allah.



Umar ben Mudiimm Ben Zuti, conocido por Mellahi, era un soldado regular inscrito en los registros de la tropa, pero atacó al gobernador de la capital, Jaén, y se apoderó de la fortaleza.

Said ben Hudzayl se sublevó en el castillo de Monteleón, provincia de Jaén, levantó y fortificó la fortaleza y permaneció insurrecto hasta que Al-Nasir le obligó a rendirse. Fué a habitar en Córdoba y allí quedó hasta su muerte.

Said ben Mastana, se levantó en el cantón de Priego y ocupó sus castillos. Adquirió gran potencia e hizo mucho daño por doquier. De entre las diversas fortalezas que conquistó, fortificó especialmente cuatro, a las que hizo inexpugnables.

Los cuatro Banu Habil, el mayor Mundzir ben Hurayz ben Habil, y sus hermanos: Karama Habil ben Hurayz, Amir y Umar, se sublevaron en uno de los castillos de Jaén.

Negaron la obediencia al emir Abd Allah, comenzaron a hacer razzias, y se atrajeron así a los fautores de desórdenes, pero en seguida se rindieron ante una oferta de amnistía y desde entonces fueron fieles y devotos servidores.

Ishaq ben Ibrahim ben Attaf Uqayli se sublevó en el castillo de Mentesa, que reconstituyó y fortificó y en el que se mantuvo hasta que se rindió al califa Al-Nasir; fué trasladado a Córdoba y allí murió.

Said ben Sulayman ben Chudi fué elegido como jefe por los árabes de Granada y Elvira y tuvo en orden la administración del país hasta que dos de sus oficiales recurrieron a un ardid y le mataron. A su muerte, los asuntos de los árabes de la región no pudieron arreglarse más.

Muhammad ben Adha ben Abd al-Latif Hamadani, que era uno de los más nobles entre los descendientes de los árabes (establecidos en Al-Andalus), elevó la bandera de la revuelta en el distrito de Elvira y permaneció insumiso hasta la muerte del emir Abd Allah. Al-Nasir le obligó a abandonar su castillo y a rendirse como a otros rebeldes. Ibn Adha, a despecho de su carácter varonil, era letrado y elocuente, hacía buen papel en las reuniones literarias, en los palacios de los califas, hablaba muy bien, sabía devolver los cumplimientos y fué el héroe de historias bien conocidas.

Bakr ben Yahya ben Bakr se estableció en la ciudad de Santa María del cantón de Ocsonoba, hizo en ella construcciones diversas y la transformó en una plaza fuerte que proveyó de puertas de hierro. Tenía una administración completa, armamentos, bravos soldados y abundantes aprovisionamientos. Comparaba su poder con el de Ibrahim ben Hachchach. Estaba rodeado de un consejo y tenía una administración de finanzas. Conforme a sus órdenes, sus súbditos estaban obligados a dar de comer a los viajeros, a albergar a los extranjeros y a velar por la seguridad de los caminantes, de suerte que se podía viajar por su territorio con tanta tranquilidad como cada uno puede estar en su casa o en casa de parientes.

Los dos hijos de Muhallab, jefes bereberes, llamados Jalil y Said, se

sublevaron en el cantón de Elvira, como los otros caudillos, sus iguales. Murieron insumisos pero Al-Nasir obligó a pactar a sus hijos.

Sulayman ben Muhammad ben Abd al-Malik de Sidonia se sublevó en Xerez y en Sidonia. Construyó la ciudad y la fortaleza de Lebrija.

Los dos hijos de Jorge se sublevaron en el castillo de Bacor y cometieron depredaciones. Fueron expulsados de la fortaleza. Abd al-Wahhab murió y Muhammad ben Abd al-Rahman ben Jorge marchó junto a Ben Al-Xaliya, su amigo, que le acogió bien e hizo construir para él, en el cantón de Jaén, el castillo de Mairena, donde permaneció rebelde hasta que Al-Nasir le obligó a someterse y se estableció en Córdoba.

Ben Yahya (Muhammad ben Abd al-Rahman) Tuchibi, llamado al-Anqar, se sublevó en Zaragoza y en los distritos que dependían de tal ciudad, y se apoderó de ésta y de aquéllos, tras haber dado muerte al gobernador del emir, Ahmad ben al-Barra Quraixi. Después se mostró dispuesto a someterse y escribió a Abd Allah acusando a Ben Al-Barra de haber preparado su propia insurrección. El príncipe dió por buenas sus palabras y le invistió del gobierno de Zaragoza, donde el Tuchibi se estableció, sólidamente.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 219).

## GUERRA POETICA EN GRANADA

*La poesía y la razzia habían llenado toda la historia de los árabes anteislámicos y la de los primeros tiempos del Islam. Poetas y guerreros fueron muchos de los caudillos musulmanes que sirvieron en España: Abu-l-Jattar y Al-Sumayl, por ejemplo. Poetas fueron también muchos de los príncipes Omeyas de Al-Andalus —desde Abd al-Rahman el Emigrante— y algunos de sus magnates. Y en sus cortes florecieron, asimismo, numerosos poetas, de los que unos, como los antiguos árabes, escribieron en verso arengas bélicas o libelos de propaganda política, y otros adularon con sus poesías a los príncipes. Este movimiento poético coincide con la poesía épica en lengua romance, que se refleja en las* archuzas *arábigas, o cantos históricos, de Al-Gazal o de Ben Alqama; y con la influencia oriental, de que fué principal animador el músico, árbitro de las elegancias, Ziryab. Realistas e historicistas fueron los cantos épicos por su raíz hispana, a tal punto que sirvieron de fuentes a los mejores historiadores —Ben Al-Qutiya les siguió al historiar la muerte del moro "Muza"—, y las poesías líricas de estirpe arábiga, por su condición de libelos de propaganda política, son provechosas todavía hoy para escribir la historia del siglo IX. Así ocurre con las que se cruzaron entre las dos fracciones granadinas a fines de esa centuria. El alzamiento nacionalista de los españoles renegados topó a veces con fuerzas*



*árabes de poder equivalente al de los hispanos sublevados. La inquietud nacional hispana engendró, entonces, la guerra civil; una guerra civil larga y difícil. Tal fué el caso en las provincias de Elbira o Granada y de Sevilla. En Granada la lucha fué muy empeñada y tuvo muy diversas alternativas; ora triunfaron los renegados ora los orientales. Aquéllos contaron con la ayuda de Ben Hafsun, hubieron a las veces de obedecerle y a la postre lograron vencer. Y fué en esa contienda donde los poetas desempeñaron gran papel, animando a sus gentes y procurando deprimir al enemigo. He aquí las piezas poéticas del Abli y de Ben Chudi que nos ha salvado Ben Hayyan.*

El poeta español Al-Abli canta la victoria de las gentes de su raza tras la toma de Montijar y la muerte en la capital del caudillo árabe Yahya ben Suqala:

"¡Ya hemos quebrado las lanzas de nuestros enemigos! ¡Hemos abatido su orgullo! Los que nos llamaban la vil canalla han minado los cimientos de su propio poder. ¡Cuánto tiempo hace que los muertos arrojados al fondo del pozo esperan en vano un vengador!"

El poeta árabe Said ben Chudi apostrofa a los españoles después del triunfo sobre ellos de Sawwar, que salvó del exterminio a los árabes de Elvira.

"¡Apóstatas e incrédulos, que hasta vuestra última hora declaráis falsa la verdadera religión, os hemos matado porque teníamos que vengar a nuestro Yahya! ¡Os hemos dado muerte; Dios lo ha querido! Hijos de esclavos, habéis irritado imprudentemente a los valientes que nunca descuidan el vengar a sus muertos; acostumbraos, pues, a sufrir su furor y a sentir sobre vuestras espaldas sus espadas llameantes. A la cabeza de sus guerreros, que no soportan ningún insulto y que son fieros como leones, un ilustre jefe ha marchado contra vosotros: ¡Un ilustre jefe! Su renombre excede de cualquier otro; ha heredado la generosidad de sus incomparables antepasados. Es un león, ha nacido de la más pura sangre de Nizar, es el sostén de su tribu como no lo es ninguno. Iba a vengar a sus hermanos de tribu, a esos hombres magnánimos que habían creído poder fiarse de reiterados juramentos. ¡Los ha vengado! Ha pasado a cuchillo a los hijos de las blancas, y los supervivientes gimen cargados de cadenas. Hemos matado a millares de los vuestros; pero la muerte de una turba de esclavos no equivale a la de un solo noble.

"¡Ah, sí! Han asesinado a nuestro Yahya cuando era su huésped, acción insensata... Le degollaron esos esclavos malvados y despreciables. Todo lo que hacen los esclavos es vil. Al cometer su crimen realizaron una acción temeraria; su desdichada suerte los habrá convencido de que obedecieron a una mala inspiración. ¡Le habéis asesinado como infames, como traidores, después de tantos pactos y juramentos!"

Los árabes, estrechamente sitiados en la colina donde se alzó la Alhambra, ven una noche caer sobre sus cabezas una piedra a la que iba atado un trozo de papel donde se leían los siguientes versos del Abli:

"Sus aldeas están desiertas, sus campos son eriales donde el huracán arremolina las arenas. Encerrados en la Alhambra, meditan nuevos crímenes; mas también allí tendrán que sufrir derrotas continuas y serán el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas como lo fueron sus padres".

Los versos del Abli atemorizan a los cercados. El poeta árabe Al-Asadi, para reanimar su moral, trata de improvisar una respuesta, pero no logra componer sino su comienzo. Helo aquí:

"Nuestros pueblos están habitados, nuestros campos no son eriales, nuestro castillo nos defiende contra cualquier insulto: en él encontraremos la gloria, en él se preparan vuestras derrotas y nuestros triunfos".

Al-Asadi, avergonzado, se retira a su aposento, cuando cree oír una voz misteriosa que le dicta este final; y el anuncio del prodigio enciende el entusiasmo de los sitiados.

"Ciertamente pronto, cuando salgamos de aquí, sufriréis una derrota tan terrible que hará encanecer en un solo instante los cabellos de vuestras mujeres y de vuestros hijos".

Sawwar hace una salida, destroza a los españoles en la Batalla de la Ciudad y Said ben Chudi canta así el triunfo conseguido:

"Los hijos de las blancas habían dicho: "Cuando nuestro ejército vuele sobre vosotros, caerá como un huracán; no podréis resistirle, temblaréis de pavor y ni la más sólida fortaleza os servirá de refugio".

"Pues bien: hemos ahuyentado ese ejército cuando pretendía volar sobre nosotros con tanta facilidad como se ahuyenta a las moscas que revolotean en torno de la sopa o como se obliga a salir de la cuadra a un tropel de camellos. Indudablemente el huracán ha sido terrible; la lluvia caía a torrentes, el trueno retumbaba y el relámpago rasgaba las nubes; pero era sobre vosotros sobre quienes descargaba la tormenta. Vuestros soldados caían bajo nuestras tajantes espadas como caen las espigas bajo la hoz del segador.

"Al vernos llegar al galope, nuestras espadas les causaron terror tan grande que volvieron la espalda y emprendieron la fuga; pero cargamos sobre ellos hiriéndolos con nuestras lanzas. Unos cayeron prisioneros y fueron cargados de cadenas; otros, con ansia mortal, encontraban la tierra demasiado pequeña para huir.

"Veíais en nosotros una tropa escogida, que sabía a maravilla lo que hay que hacer para abrasar las cabezas de los enemigos cuando la lluvia a que aludíais caía a torrentes. Se compone de hijos de Adnan, que aventajan



a todos en las incursiones, y de hijos de Qatan que caen como buitres sobre su presa. Su jefe, un gran guerrero, un verdadero león, a quien todos admiran, pertenece a la rama mejor de Qais; desde hace largo tiempo los hombres más generosos y valientes reconocen su superioridad en esplendidez y bravura. Es un hombre leal, nacido de una estirpe heroica, cuya sangre no se ha mezclado nunca con la de una raza extranjera; ataca impetuosamente a los enemigos, como conviene a un árabe, y sobre todo a un qaisí, y defiende la verdadera religión contra todo infiel.

"Sawwar blandía ciertamente en la lucha una excelente espada, con la cual segaba cabezas como sólo se siegan con aceros bien templados. Alá se servía de su brazo para exterminar a los sectarios de una falsa religión conjurados contra nosotros. Llegado el momento fatal para los hijos de las blancas, nuestro jefe iba al frente de feroces guerreros, cuya firmeza es tan inconmovible como una montaña y cuyo número era tan grande que la tierra parecía pequeña para ellos. Aquellos valientes galopaban a rienda suelta, mientras relinchaban sus corceles.

"Quisisteis la guerra, pero ha sido funesta para vosotros y Dios os ha hecho perecer súbitamente".

Ben Hafsun viene en socorro de los españoles de Elvira, entra en la ciudad y, aunque no logra vencer a Sawwar, hace numerosos cautivos en el ejército árabe. Entre ellos figura Said ben Chudi, que compone estos versos durante su cautiverio:

"¡Esperanza, valor, amigos míos! Estad seguros de que la alegría sucederá a la tristeza y que trocándose en dicha el infortunio saldréis de aquí. Otros han pasado años enteros en este calabozo y ahora corren por los campos en pleno día. ¡Ay! ¡Si estamos prisioneros no es porque nos hayamos rendido, sino porque nos hemos dejado sorprender. Si yo hubiese tenido el menor presentimiento de lo que iba a ocurrir, la punta de mi lanza me habría protegido, porque los caballeros conocen mi audacia y mi valentía ante el peligro.

"Y tú, viajero, lleva mi saludo a mi noble padre y a mi tierna madre, que te escucharán alegres en cuanto les digas que me has visto. Saluda también a mi esposa querida y repítele estas palabras: "Siempre pensaré en ti hasta el día del juicio postrero en que me presentaré ante mi creador llevando en el corazón grabada tu imagen. La tristeza que ahora te domina me aflige mucho más que la prisión o la perspectiva de la muerte.

"Tal vez me harán perecer aquí y después me enterrarán... ¡Un valiente como yo prefiere caer con gloria en el campo de batalla y servir de pasto a los buitres!"

Los españoles logran matar a Sawwar en una emboscada. Le sucede como caudillo de los árabes el poeta Said ben Chudi. Ben Hafsun vuelve a luchar con la aristocracia oriental de la región de Elvira y obtiene sobre ella una aplastante

victoria de la que nunca se repusieron los enemigos de los españoles. Durante varios años reconocieron éstos la autoridad de Ben Hafsun. Pero en 893 el príncipe Mutarrif recupera la ciudad para su padre. La derrota había dividido en facciones a los árabes. Said es asesinado por un grupo hostil. Y sus matadores anuncian a Abd Allah que había intentado sublevarse y que había compuesto contra él estos versos:

"Ve, mensajero mío, ve a decir a Abd Allah que sólo una pronta fuga puede salvarle, porque un guerrero temible ha enarbolado el estandarte de la rebelión en las riberas del río de las cañas. Hijo de Merwan, devuélvenos el poder; a nosotros, a los hijos de los beduínos, es a quienes pertenece de derecho. ¡Pronto, que me traigan mi alazán con su mantilla bordada de oro, porque mi estrella brilla más que la suya!"

El asesinato de Said ben Chudi llena de indignación a la facción que le era adicta entre los árabes de Granada. Uno de sus partidarios, Miqdam ben Muafa elogia así al caído:

"¿Quién alimentará y vestirá a los pobres, ahora que yace en la tumba el que era la generosidad misma? ¡Ah! ¡Que los prados no se cubran de verdura, que los árboles estén sin hojas, que el sol no salga más, ahora que Ben-Chudi ha muerto, ni los hombres ni los genios verán nunca otro igual!"

Al-Asadi, también árabe y también poeta, descubre aquí la sed de venganza de los amigos de Said ben Chudi.

"El vino —decía Asadi en un largo poema—, el vino que el escanciador me sirve no recobrará para mí su sabor hasta que mi alma obtenga lo que desea, hasta que vea a los jinetes galopar a rienda suelta para vengar al que era antes su alegría y su orgullo".

Del *Muqtabis* de BEN HAYYAN (Según versión francesa de Dozy. Hist. des musulmans d'Espagne, II, 195, 197-199, 200-201, 202, 204, 207, 270, 271).

## DISCORDIAS CIVILES EN SEVILLA

*También la región sevillana conoció turbias horas de guerra civil. Como en Granada, pelearon los renegados españoles contra la población de origen oriental. Pero fueron distintos los factores en contienda y diverso el proceso y el fin de la misma. Sevilla estaba habitada por una inmensa mayoría de gentes de estirpe hispana convertidas al islamismo, mas se habían establecido en la campiña circundante los conquistadores árabes. Casados los más, a su llegada, y luego muchas veces, con mujeres españolas, sólo seguían siendo orientales por la tradición, por el orgullo con que despreciaban a los sevillanos y por su altivez frente al emir. Les acaudillaban los jefes de dos poderosas familias: Qurayb ben Jaldun y Abd Allah ben Hachchach, éste, como todos los suyos, descendiente de Sara, nieta del penúltimo rey godo Vitiza. Los sevillanos no escucharon las incitaciones de Qurayb a la revuelta contra el príncipe, y aquél se vengó haciendo saquear Sevilla por los bereberes del Guadiana, dispuestos siempre al robo. Los renegados se organizaron y se dispusieron a la defensa; chocaron con sus enemigos, el emir envió a su hijo Muhammad a dirimir la cuestión, pero poco después despachó un cuerpo de tropas para dar muerte por traición a Ben Galib, valeroso caudillo de los renegados de Ecija, aliados de los de Sevilla. Al tener noticia del suceso, los sevillanos asaltaron el palacio de su gobernador, Umayya, hermano de Chaad, jefe de las huestes que habían ejecutado a su compatriota, y luego el palacio del príncipe. Salvó a éste y a Umayya la llegada de tales fuerzas, y los renegados de Sevilla fueron acuchillados y perdieron a sus dos jefes: Ben Sabarico y Ben Angelino. Ben Hafsun, omnipotente entonces, reclamó ante el asustadizo príncipe Abd Allah por la muerte de Ben Galib. Temerosos de ser entregados, Chad y los suyos huyeron de Córdoba, mas fueron sorprendidos por los hermanos del jefe renegado muerto por ellos, y murieron peleando contra los mismos. El gobernador de Sevilla, Umayya, para vengar la muerte de Chad entregó sañudo a los sevillanos a la cólera de los Banu Jaldun y de los Banu Hachchach y éstos exterminaron a su placer a los españoles y dieron muerte a más de veinte mil de ellos. Los vencedores aspiraron entonces a dominar Sevilla y su término. Por el pronto trataron de eliminarse unos a otros, y Qurayb ben Jaldun hizo asesinar a Abd Allah ben Hachchach; pero sucedió a éste su hermano Ibrahim, que superaba a todos sus iguales por su talento y su bravura, y las dos familias hubieron de proseguir unidas. Juntos dieron muerte al gobernador Umayya y se burlaron del nuevo enviado del emir. Ibrahim y un hermano de Qurayb cayeron, sin embargo, después en poder de Mutarrif, hijo del soberano. Para obtener su sumisión, y la de Sevilla, el príncipe les puso en libertad mediante la entrega de sus hijos como rehenes; mas de regreso en sus tierras, los dos caudillos orientales se alzaron con el poder. Y suprimidos los Banu Jaldun por obra de la malicia del emir, que perdió así su última esperanza, Ibrahim ben Hachchach reinó en Sevilla hasta su muerte, eso sí, como un gran señor, con justicia y generosidad.*



### Un gran señor andaluz

Ibrahim ben Hachchach, de regreso a Sevilla, su patria, tras dejar a su hijo como rehén en Córdoba, procedió a la partición por mitades del cantón sevillano; se reservó una de ellas y correspondió la otra a Ben Jaldun. Tal estado de cosas duró muchos años, pero Abd Allah se esforzaba en sembrar la discordia entre ellos, haciendo saber a cada uno el fondo

de los pensamientos de su asociado. Un día ocurrió que Ibrahim ben Hachchach y Quraib ben Jaldun escribieron al emir a propósito de sus asuntos, al mismo tiempo que Jalid ben Jaldun, hermano de Quraib, se dirigía también a él, para excitarle contra Ibrahim, de quien, añadía, él y su hermano, podían asegurarse a su gusto. Abd Allah escribió su respuesta en el original de la carta. El mensajero encargado de llevar las diversas misivas dejó luego caer la dirigida por Jalid al emir; un paje de palacio la encontró, la leyó y la entregó al enviado de Ibrahim ben Hachchach y le propuso llevarla a su amo, y este último, al recibirla, conoció definitivamente los sentimientos íntimos de los dos Banu Jaldun para con él. Ello ocurrió en 285 [17 enero 899]. Entonces Ibrahim invitó cortésmente a los dos hermanos a una comida; acudieron ambos a ella y, cuando se encontraron reunidos, dirigió duros reproches a los dos, les exhibió la respuesta del emir y después de habérsela hecho conocer redobló la energía de sus palabras. Entonces Jalid sacó un puñal que llevaba en su manga, golpeó con él a Ibrahim en la cabeza y rasgándole el tocado con que la cubría le hirió en el rostro. Ibrahim llamó entonces a sus guardias allí presentes y ellos mataron a sablazos a los dos hermanos. Sus cabezas fueron luego arrojadas a las gentes de su séquito y a los guerreros que les habían acompañado. Estos se desbandaron al conocer el suceso, pero fueron perseguidos, robados y muertos. En cuanto a los cadáveres de los dos hermanos, Ibrahim les hizo amortajar y enterrar.

Fué entonces reconocido (como señor) por todos los habitantes del cantón de Sevilla, después se dirigió al emir para excusarse de la muerte de los dos hermanos, alegando que habían sido ellos quienes le habían forzado a violar sus compromisos. Ofrecía obedecer al príncipe en adelante y solicitaba la investidura del gobierno de Sevilla. Abd Allah condescendió a su demanda e Ibrahim llegó a ser único amo de Sevilla; "cobró los impuestos, constituyó una guardia, aumentó su posición y acrecentó sus esperanzas por sus liberalidades. Sus actos loables y sus nobles hechos le elevaron por cima de sus contemporáneos y su fama se extendió lejos".

Ibrahim, siempre ocupado en dirigir peticiones al emir, llegó a reclamar la libertad de su hijo Abd al-Rahman, que estaba en Córdoba en calidad de rehén. La negativa de Abd Allah le empujó hacia la desobediencia. Para perjudicar al emir, empezó a enviar a Ben Hafsun socorros en dinero y en soldados con lo que aumentaron mucho la fuerza y las ambiciones del rebelde. Ibrahim no cesó, sin embargo, de enviar emisarios secretos al emir para intentar conseguir la liberación de su hijo, ofreciendo que de lograrla volvería a los límites de su deber. El príncipe acabó por consentir en ella y dejó en libertad a Abd al-Rahman ben Ibrahim, y le colmó de favores; además, renovó la investidura (del gobierno) de Sevilla a favor de Ibrahim, y éste volvió a la sumisión anterior y bajo su administración la región gozó de prosperidad.

Según las palabras de Hayyan ben Jalaf: "Habiendo Ibrahim ben Jalafa



llegado a ser gobernador de Sevilla, de Carmona y de las regiones vecinas, adquirió gran fama y ésta se extendió lejos. Constituyó un ejército regular (*chund*), pagó regularmente a sus miembros, como hacía el príncipe y reunió así quinientos jinetes". Ibrahim tenía en la corte de Córdoba gentes que velaban por sus intereses, que le tenían al corriente de cuanto en ella ocurría que pudiera interesarle, y que le daban consejos sobre la conducta que debía seguir. Por ello renunció a suministrar ayuda en adelante a Ben Hafsun y decidió reconocer lealmente la autoridad del jefe de la comunidad de los creyentes. El emir por su parte le trató como correspondía a su reconocido mérito e Ibrahim gozó así hasta su muerte de la más alta consideración cerca del príncipe.

Hayyan dice además: Ibrahim tenía en Sevilla un cadí encargado de administrar justicia y un prefecto de policía que aplicaba las penas corporales, como el príncipe en su capital. Era duro con las gentes de mala fama, implacable con los malvados: venían por tierra y por mar a solicitar su generosidad y para ofrecerle objetos raros y preciosos, y había en Sevilla fábricas donde su nombre era bordado sobre los paños, como hacía a la sazón el príncipe. En Carmona, que le obedecía igualmente, edificó el castillo y construyó buenas fortificaciones; allí se encontraban las caballerizas destinadas a los caballos que montaba y a cada momento iba de una ciudad a otra. Su liberalidad le atraía alabanzas que le agradaban; los poetas eran favorecidos con sus generosidades, porque imitaba en su conducta a los más grandes príncipes. Cuidaba de que se repartieran socorros a los anacoretas y a los piadosos solitarios. Los cordobeses que cuidaban de que no se perdieran sus ganados dejados en libertad, recibían de él honores y regalos. Su mejor poeta Abu Umar Ahmad ben Abd Rabbihi le prefería a todos los agitadores que dominaban entonces Al-Andalus y acudía junto a Ibrahim para solicitar su generosidad; y nunca le fué ella negada, porque Ibrahim reconocía el mérito de su visitante".

He aquí cómo describe los viajes de Ibrahim entre Sevilla y Carmona:

"Ibrahim no es sino un mar de liberalidades que va de un litoral a otro. Sevilla, la florecida, se adorna con su gloria y lo mismo la brillante y distinguida Carmona. Cuando aquélla está iluminada del brillo de su rostro, ésta sólo se muestra con vestidos sin galas; y si se instala en la segunda, es la primera la que le llora y le envía mensajeros y mensajes".

Numerosas poesías fueron dirigidas a Ibrahim ben Hachchach por Ahmad ben Abd Rabbihi y por otros poetas. Ben Abi-l-Fayyad cuenta que el poeta cordobés Muhammad ben Yahya al-Qalfat fué junto a Ibrahim para presentarle el poema en *n* que comenzaba así:

"Mi marcha, que se acerca, ha mojado párpados...

Continuaba con frases satíricas contra sus compatriotas de Córdoba, los grandes de la ciudad, y los príncipes de la corte, para injuriarles en seguida groseramente. Ibrahim, al escuchar el poema, sintió desprecio por el poeta y le trató de indigno en términos insultantes, de modo que Al-Qalfat se

retiró decepcionado, sin regalos y habiendo recogido el digno fruto de sus actos y de sus palabras. Volvió a Córdoba y compuso contra Ibrahim la sátira que empieza así:

"Mujer, no me censures, si mi viaje me ha hecho llorar largo tiempo".

Ibrahim se irritó cuando escuchó tal pieza poética y encargó a quien se la había recitado de hacer saber que había prestado solemne juramento de que, si el poeta volvía (a hablar mal de los cordobeses), le haría cortar la cabeza en Córdoba en su mismo lecho. Al-Qalfat se asustó y se abstuvo de hacerlo en adelante. Este magnánimo proceder de Ibrahim con los cordobeses es considerado como uno de sus bellos gestos y a título de tal lo cuenta Ben Abi-l-Fayyad. Antes Al-Udzri había venido del Hichchad cerca de Ibrahim y éste le había tratado según su mérito y le había recompensado suntuosamente. Por ello el rumor público exaltaba su nombre.

Abu Amir Salimi cuenta en su Durar al Qalaid que el emir, jefe, bravo, liberal y justo Abu Ishaq Ibrahim ben Hachchach, habiendo oído hablar de una joven esclava de Bagdad llamada Qamar, envió a Oriente sumas considerables para comprarla y pudo así hacerla venir a Sevilla. Semejaba una radiante luna llena, hablaba bien y elegantemente, sabía cantar y conocía las modas musicales; en resumen, Ibrahim la halló digna de su fama. Hacía además versos agradables y que placían. He aquí, por ejemplo, cómo refuta las críticas (de que era víctima):

"Qamar ha venido, se dice, cubierta de vestidos desgarrados tras haber conquistado corazones con sus miradas, cuando vivía en el fango, peregrinando por los caminos y recorriendo una tras otra las grandes ciudades del mundo; pero no figura entre las mujeres bien nacidas de su lugar natal y no sabe qué hacer con la prosa rimada y los versos. Más inteligentes, los hombres no dirigirán reproches a la maravilla que soy entre ellos, ¿es posible que los hombres bien nacidos viertan vituperios sobre una esclava? El ser humano no puede hallar gloria sino en la sincera piedad para con su creador y en su inteligencia personal. Atrás la ignorancia y quien se complace en ella. La injuria y la ignominia marchan a su lado. ¡Si a la sola ignorancia estuviera reservado el paraíso, aceptaría el infierno por la voluntad del rey de las criaturas!".

"Mientras Ibrahim vivió, permaneció en la más alta y más excelsa situación; siempre correcta y perfectamente vestido, sirviendo de ornamento a su época, constituyendo un título de gloria que le elevaba por cima de sus contemporáneos. Nadie de su tiempo pudo hacer otro tanto, ni pudo obtener la misma jerarquía" hasta que murió súbitamente en 288 [26 diciembre 900]. Tuvo por sucesor a su hijo Abd al-Rahman ben Ibrahim ben Hachchach, que gobernó durante trece años y murió en 301 [7 agosto 913]. El hermano de éste, Muhammad ben Ibrahim, gobernó Carmona tanto durante la vida de su padre como después, hasta la muerte de Abd al-Rahman. No habitó nunca Sevilla ni ejerció allí autoridad. Se cuenta



que a instigación suya una joven esclava dió a su hermano un veneno que puso fin a sus días.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 205).

## CRIMENES PRINCIPESCOS

*Hasta tiempos muy modernos la vida humana no ha tenido demasiado valor. La eliminación de un adversario o de un rival ha sido, por siglos, acto sin relieve, que no interrumpía el normal vivir de los hombres. La España musulmana no constituyó en esto una excepción. Pero no fueron frecuentes en Al-Andalus los parricidios y los fratricidios regios. Por ello no dejaron de causar emoción a los contemporáneos, ni de hallar eco en los relatos de los cronistas, las noticias sobre los crímenes de Abd Allah y de su hijo —de tal palo tal astilla— que aquí se refieren para que pueda juzgarse de la vida en la corte de Córdoba, a fines del siglo IX.*

Abd Allah había hecho dar a su hijo Muhammad una educación en relación con la condición de heredero presunto que le reservaba, y le trataba de manera especial. Mutarrif, otro de sus hijos, soportaba con trabajo tal situación, de suerte que los dos hermanos estaban tan alejados entre sí como era posible y se huían recíprocamente. Mutarrif además, habiendo encontrado un día un caballero de Muhammad, lo mató por traición, después abandonó a su padre Abd Allah para escapar a su cólera, pues desconfiaba de su violencia; fué a la cárcel, abrió las puertas de la misma a los detenidos en ella, se puso al frente de los pillos y de los malhechores allí encerrados, marchó con ellos a Bobastro, capital del error y de la rebelión y se unió a Ben Hafsun en una fortaleza bastante defendida para ofrecerle toda seguridad. Abd Allah le hizo saber que le perdonaría, diciéndole: "¡El nombre de maldad suena mal después de la fe!" y el tránsfuga, escuchando a su padre, volvió a su familia y a los suyos. Pero Mutarrif desde entonces excitó a su padre sin descanso contra Muhammad, dió rienda suelta a la hostilidad y a la envidia, pretendiendo que se escribía con Ben Hafsun y se entendía con él para empujarle y ayudarle en la rebelión. Entonces Abd Allah hizo encarcelar a su hijo Muhammad en el Dar Al-Baqiya y abrió una investigación para saber qué había de verdad en el asunto; pero un examen atento, prolongado mañana y tarde, no pudo ofrecer ninguna prueba de culpabilidad y Abd Allah dió en el acto orden de libertar al prisionero. Pero entonces Mutarrif penetró junto a él, le atacó brutalmente y no le dejó sino cuando le vió bañándose en su sangre, tendido en el suelo, con la cara y las manos contra la tierra. Tal noticia sor-

prendió dolorosamente al emir Abd Allah que quiso al principio ejecutar al culpable; pero más de uno procuró calmarle y entonces renunció a castigarle". Otros por el contrario dicen que le hizo pagar tal crimen con su cabeza. Alá sabe lo ocurrido. Tales hechos sucedieron en el año 277 [25 abril 890].

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 248).

Ben Umayya, pues, se encargó de dirigir la guerra contra Ben Hafsun, cumpliendo como bueno su cometido y manteniéndose hasta que Mutarrif (el hijo del emir Abd Allah) le mató. Cuando esto tuvo lugar, el hijo de Ben Umayya estaba en Sevilla. El mando de las tropas (al morir Ben Umayya) se dió a Ahmad, hijo de Muhammad, hijo de Abi Abda, que era a la sazón ministro y gobernador de Córdoba.

La causa de que Mutarrif le matara fué la siguiente: éste tenía malvados designios contra su padre, pues se había propuesto destronarle; y se decía a sí mismo: "Esto no es posible llevarlo a cabo mientras viva Ben Umayya". El emir Abd Allah ya se temía esto de su hijo y le había dicho: "Te he tolerado el que mataras a tu hermano Muhammad, porque al fin y al cabo era desobediente y rebelde; pero, voto a Dios, si tú te atreves a hacer alguna novedad con respecto a Ben Umayya, ten por seguro que te mato entonces". El mismo Abd Allah había prevenido a Ben Umayya, puesto que ya sospechaba con fundamento las intenciones secretas de su hijo, y hasta le había dicho a aquél: "¡Cuidado de encerrarte con él en un mismo campamento; no te entrevistes con él, si no es montado a caballo!"

Sucedió, pues, que Mutarrif y Ben Umayya se fueron contra Sevilla para ir inmediatamente después contra Sidonia; y al estar frente a Sevilla, Mutarrif envió a los sevillanos un mensajero que les dijera: "Bien sabéis la mala voluntad que os tiene Ben Umayya, y el mal trato que os dió mientras fué gobernador de vuestra ciudad; no ha variado de conducta, pues continúa excitando al emir, cuya vida guarde Dios, a que tome medidas contra vosotros. Si yo os libro de él, venid a verme". En aquel tiempo Sevilla era inexpugnable, bien fortificada, y la mantenían Qurayb ben Jaldun, e Ibrahim ben Hachchach. Estos contestaron afirmativamente, sometiéndose. Mutarrif mató a Ben Umayya y les mandó la cabeza: lo había muerto en el campamento. En seguida se le presentaron los sevillanos; les dió las gracias por la sumisión y les ordenó que se pertrechasen de lo necesario para acompañarlo a Sidonia, a fin de que a la vez se verificase la sumisión de los sevillanos y la de los Banu Abd al-Malik, y poder llevar después a efecto la intención suya de destituir a su padre.

Al saber el emir, su padre, la muerte de Ben Umayya, emocionóse vivamente y le parecieron ya bien claros los malvados designios que Mutarrif alimentaba contra él. Sin pérdida de tiempo escribió una carta a los



sevillanos y a los de Sidonia, previniéndoles y ordenándoles al propio tiempo que no se sometiesen a su hijo. Con esto los Banu Abd al-Malik ya no quisieron someterse, y Ben Hachchach y Ben Jaldun se propusieron que el ejército de Mutarrif se dispersara. Bien es verdad que Ben Daysam el Sevillano insultó a esos dos y habló contra las proposiciones de aquéllos y de los que le acompañaban; pero al fin Mutarrif pudo persuadirse de que era imposible que se realizaran sus esperanzas. Entonces este príncipe escribió a su padre, pidiéndole el perdón, que al momento le fué concedido.

Después que llegó a Córdoba y se instaló en su casa dentro de la ciudad, supieron los ministros y los grandes del reino cosas graves; una de ellas fué lo siguiente: el jeque Ben Lubaba, Abu Salih, Ben Al-Safar, Ubayd Allah ben Yahya y otras personas distinguidas de la misma clase entre los musulmanes principales, fueron a visitar a Mutarrif a su casa, por saludarle, darle la bienvenida del viaje y felicitarle por el perdón que su padre le había concedido. Después que todos ellos salieron de su casa, dijo él a su secretario Marwan, hijo de Ubayd Allah ben Basil: "Si algún día tienes poco de comer (no tengas cuidado), yo te daré un encebollado hecho con carne de estos borregos destinados al matadero; te aseguro que será un plato exquisito, cual no lo habrás comido en toda tu vida". El secretario contóle esto a Ubayd Allah ben Yahya, que era entonces encargado y curador del príncipe, y tuvo una reunión con sus amigos, les hizo saber lo que había dicho Mutarrif y se pusieron de acuerdo en que debía matársele, declarando lícita la efusión de su sangre, porque era conocidamente heterodoxo o hereje. Después fueron a buscar al canciller Ben al-Salim y le dijeron: "Nosotros estamos ya deseando emigrar y abandonar nuestras moradas, porque nos infunde miedo Mutarrif, que quiere destituir a su padre y que nosotros le reconozcamos a él. Si vos nos protegéis, bien; pero si no, emigraremos; con nosotros va la ciencia y no nos faltará quien nos honre por ella dondequiera que vayamos". El canciller puso en conocimiento de Abd Allah lo que ocurría, y éste inmediatamente ordenó a Ubayd Allah ben Muhammad, jefe de la caballería, y a Abd Allah ben Mudar, gobernador de Córdoba, que fueran a prender a su hijo: éstos atacaron la casa donde éste estaba, la combatieron por espacio de dos días, y al tercero fué cogido. Ubayd Allah ben Muhammad quedó guardando la casa, y Ben Mudar se lo llevó al palacio de los ministros; permitióse entrar a Ben Mudar; éste hizo saber que el príncipe se hallaba allí fuera, y entonces el canciller le dijo: "¿Y por qué lo has traído aquí? Vuélvele a su casa y mátalo y sepúltalo". Así se llevó a efecto. Después de la muerte de Ben Umayya el mando de las tropas se dió a Ahmad ben Muhammad ben Abí Abda (como hemos dicho anteriormente).

(Se nos había olvidado decir que) Mutarrif había cogido a su hermano y lo había muerto en palacio, después de muchas cosas que acaecieron entre ambos, las cuales todo el mundo sabe. Dios le castigó por haber sido el

asesino de su hermano, que sin duda alguna era mejor y mucho más sincero en creencias religiosas que él.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 88).

☆

Abd Allah sospechaba que su hermano (Al-Qasim) pensaba rebelarse contra él y hacerle morir para ocupar su lugar. Como recibiera diversas noticias en tal sentido y en todas partes se hablara de ello, estimó de su deber de príncipe y conformándose a las reglas de la política y de la administración, hacerle internar en el palacio, en el Dar Al-Baniqa, hasta que se hiciera luz sobre el asunto. El prisionero fué en seguida trasladado a la cárcel de Al- Duwayra. Fué allí atacado de insomnio, su madre le envió un soporífero que debía tomar en tres días, pero le bebió de una sola vez y a la mañana murió.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 250).

## JORNADA DEL FOSO DE ZAMORA

*La crisis interna de Al-Andalus —rebeliones y discordias civiles— se tradujo en una debilitación de su fuerza exterior. En 882 y 883, el entonces príncipe Al-Mundzir y el ministro de su padre, Haxim ben Abd al-Aziz, llevaron a cabo la última campaña conocida contra el reino de Asturias. Alfonso III el Magno aprovechó la impotencia del emir Abd Allah para avanzar la raya de sus estados hasta el Mondego, en Portugal, y hasta el Duero, el Pisuerga y el Arlanza, en León y Castilla. Los mozárabes inmigrantes le ayudaron a repoblar sus nuevos territorios. Desde las nuevas plazas fronterizas atacaron las tropas de Alfonso a los muslimes de las zonas vecinas del Tajo. El gobierno de Córdoba nada pudo hacer por defenderlos. Pero ellos ansiaban combatir y cuando un príncipe aventurero, movido por un musulmán a quien seducía la guerra santa, llamó a los fronterizos a la batalla contra los cristianos, se alistaron por decenas de millares bajo sus banderas y juntos marcharon a cercar Zamora. He aquí el relato de su empresa. Los cronistas arábigos quieren explicar su derrota atribuyéndola a una traición. Si no estuviera muy gastada tal explicación partidista en el justificar todo desastre militar, la autoridad del historiador "Rasis", que refiere la lucha, nos obligaría a aceptar tal motivación de la victoria de Alfonso. En todo caso la jornada fué dura y de consecuencias trascendentes para León y para Córdoba.*

Vista aérea de Zamora.

asesino de su hermano, que sin duda alguna era mejor y mucho más sincero en creencias religiosas que él.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 88).

☆

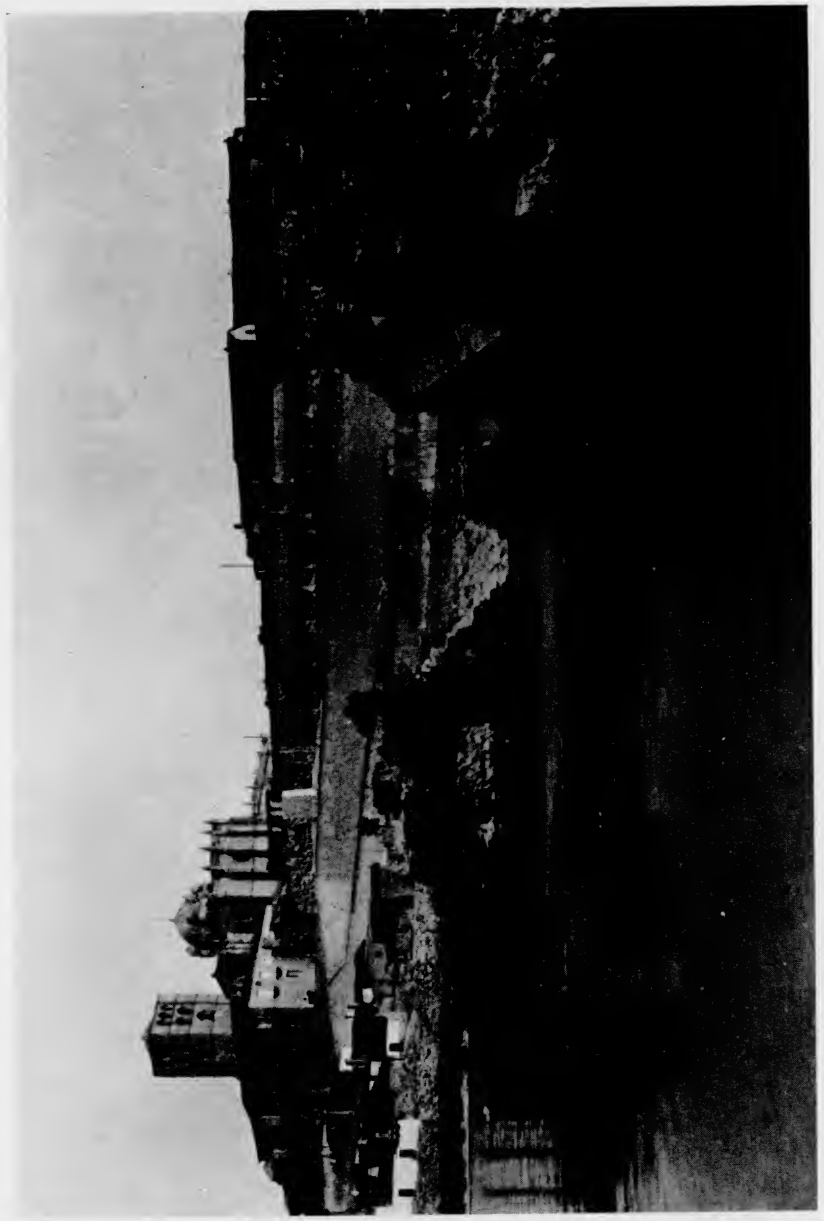
Abd Allah sospechaba que su hermano (Al-Qasim) pensaba rebelarse contra él y hacerle morir para ocupar su lugar. Como recibiera diversas noticias en tal sentido y en todas partes se hablara de ello, estimó de su deber de príncipe y conformándose a las reglas de la política y de la administración, hacerle internar en el palacio, en el Dar Al-Baniqa, hasta que se hiciera luz sobre el asunto. El prisionero fué en seguida trasladado a la cárcel de Al- Duwayra. Fué allí atacado de insomnio, su madre le envió un soporífero que debía tomar en tres días, pero le bebió de una sola vez y a la mañana murió.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 250).

## JORNADA DEL FOSO DE ZAMORA

*La crisis interna de Al-Andalus —rebeliones y discordias civiles— se tradujo en una debilitación de su fuerza exterior. En 882 y 883, el entonces príncipe Al-Mundzir y el ministro de su padre, Haxim ben Abd al-Aziz, llevaron a cabo la última campaña conocida contra el reino de Asturias. Alfonso III el Magno aprovechó la impotencia del emir Abd Allah para avanzar la raya de sus estados hasta el Mondego, en Portugal, y hasta el Duero, el Pisuerga y el Arlanza, en León y Castilla. Los mozárabes inmigrantes le ayudaron a repoblar sus nuevos territorios. Desde las nuevas plazas fronterizas atacaron las tropas de Alfonso a los muslimes de las zonas vecinas del Tajo. El gobierno de Córdoba nada pudo hacer por defenderlos. Pero ellos ansiaban combatir y cuando un príncipe aventurero, movido por un musulmán a quien seducía la guerra santa, llamó a los fronterizos a la batalla contra los cristianos, se alistaron por decenas de millares bajo sus banderas y juntos marcharon a cercar Zamora. He aquí el relato de su empresa. Los cronistas arábigos quieren explicar su derrota atribuyéndola a una traición. Si no estuviera muy gastada tal explicación partidista en el justificar todo desastre militar, la autoridad del historiador "Rasis", que refiere la lucha, nos obligaría a aceptar tal motivación de la victoria de Alfonso. En todo caso la jornada fué dura y de consecuencias trascendentes para León y para Córdoba.*

Vista aérea de Zamora.



El Duero al pie de Zamora.



## Una campaña de los fronterizos

Dice Isa ben Ahmad al-Razi: En este año salió de Córdoba Ahmad ben Muhammad, el conocido por "el Gato", hijo de Hixam ben Muawiya, hijo del emir Hixam, hijo de Abd al-Rahman ben Muawiya ben Hixam ben Abd al-Malik ben Marwan. Declaróse en rebelión contra el emir Abd Allah, a quien consideraba impotente para el desempeño de su cargo de regir a los musulmanes y *pidiendo* el mando por favor con prohibición de oposiciones y luchas, verificó su levantamiento con el auxilio del denominado Abu Ali Aziarach, "el Guarnicionero", un malvado que aparentaba ser un asceta, activo propulsor de la guerra civil. Llevaba por sobrenombre Al-Muravid por sus reiterados ataques en las fronteras y su deseo ardiente de luchar. Escogió al Quraixi citado por su confidente, se comprometió a tomar partido por él y a apoyar su reinado. El Quraixi accedió a cuanto acerca de este particular le pedía Abu Ali, se dejó guiar de su consejo y cuando todo estuvo dispuesto, salió con él y se dirigió al cantón de Fahs al-Balut, hoy campo de Calatrava y al monte Beranis. Excitó a sus habitantes a defender la verdad y a perseguir el error. Pero dió una mala dirección a sus opiniones, procuró asegurar la amistad de sus cabilas, se hizo pasar ante ellos como adivino, hízoles brillantes promesas, les engañó y cegó los ojos. Empezó a invitarlos a la guerra santa, los movió a defender la religión y difamó a su imán Abd Allah, emir de la comunidad musulmana. Ellos suspendieron sus trabajos, se juntaron y unieron con él; los organizó en cuerpo de ejército, se aseguró de sus firmes resoluciones y avanzó desde Fahs al-Balut hasta Trujillo, donde acampó. Allí, en la tribu de Nafza anduvo de un lado para otro convocando a la gente, escribiendo a las cabilas bereberes y haciendo creer a los hombres que él era el Mahdi de la religión, defensor de los muslimes, con lo que acudieron a reunirse en su alrededor los habitantes de aquellos distritos. Desde allí envió emisarios a todos los de la parte central y occidental, invitando a las gentes para que vinieran a hacer la guerra santa con él. Les prometía la victoria sobre sus enemigos, los habitantes de la Chaliqiya —confúndalos Alá— en la ciudad de Zamora, la abandonada, ahora recuperada del poder del tirano Alfonso, que la había reedificado y la había poblado de cristianos.

Entre Zamora y León, la mayor de sus ciudades, hay dos jornadas. Durante el tiempo de sus antepasados permaneció despoblada Zamora: después no se impidió a los cristianos establecerse en ella y ello fué causa de que aumentaran los daños en aquella frontera y de que crecieran los estragos de sus correrías por todos los países musulmanes, hasta este último (tiempo en) que juzgaron de extrema gravedad (lo ocurrido) y dijeron: Desde León hacían correrías y causaban estragos en nuestros territorios como si estuvieran cerca de nosotros, ¿qué será ahora desde Zamora, si antes ya se

El Duero al pie de Zamora.



## Una campaña de los fronterizos

Dice Isa ben Ahmad al-Razi: En este año salió de Córdoba Ahmad ben Muhammad, el conocido por "el Gato", hijo de Hixam ben Muawiya, hijo del emir Hixam, hijo de Abd al-Rahman ben Muawiya ben Hixam ben Abd al-Malik ben Marwan. Declaróse en rebelión contra el emir Abd Allah, a quien consideraba impotente para el desempeño de su cargo de regir a los musulmanes y *pidiendo* el mando por favor con prohibición de oposiciones y luchas, verificó su levantamiento con el auxilio del denominado Abu Ali Aziarach, "el Guarnicionero", un malvado que aparentaba ser un asceta, activo propulsor de la guerra civil. Llevaba por sobrenombre Al-Muravid por sus reiterados ataques en las fronteras y su deseo ardiente de luchar. Escogió al Quraixi citado por su confidente, se comprometió a tomar partido por él y a apoyar su reinado. El Quraixi accedió a cuanto acerca de este particular le pedía Abu Ali, se dejó guiar de su consejo y cuando todo estuvo dispuesto, salió con él y se dirigió al cantón de Fahs al-Balut, hoy campo de Calatrava y al monte Beranis. Excitó a sus habitantes a defender la verdad y a perseguir el error. Pero dió una mala dirección a sus opiniones, procuró asegurar la amistad de sus cabilas, se hizo pasar ante ellos como adivino, hízoles brillantes promesas, les engañó y cegó los ojos. Empezó a invitarlos a la guerra santa, los movió a defender la religión y difamó a su imán Abd Allah, emir de la comunidad musulmana. Ellos suspendieron sus trabajos, se juntaron y unieron con él; los organizó en cuerpo de ejército, se aseguró de sus firmes resoluciones y avanzó desde Fahs al-Balut hasta Trujillo, donde acampó. Allí, en la tribu de Nafza anduvo de un lado para otro convocando a la gente, escribiendo a las cabilas bereberes y haciendo creer a los hombres que él era el Mahdi de la religión, defensor de los muslimes, con lo que acudieron a reunirse en su alrededor los habitantes de aquellos distritos. Desde allí envió emisarios a todos los de la parte central y occidental, invitando a las gentes para que vinieran a hacer la guerra santa con él. Les prometía la victoria sobre sus enemigos, los habitantes de la Chaliqiya —confúndalos Alá— en la ciudad de Zamora, la abandonada, ahora recuperada del poder del tirano Alfonso, que la había reedificado y la había poblado de cristianos.

Entre Zamora y León, la mayor de sus ciudades, hay dos jornadas. Durante el tiempo de sus antepasados permaneció despoblada Zamora: después no se impidió a los cristianos establecerse en ella y ello fué causa de que aumentaran los daños en aquella frontera y de que crecieran los estragos de sus correrías por todos los países musulmanes, hasta este último (tiempo en) que juzgaron de extrema gravedad (lo ocurrido) y dijeron: Desde León hacían correrías y causaban estragos en nuestros territorios como si estuvieran cerca de nosotros, ¿qué será ahora desde Zamora, si antes ya se

aproximaban tanto, nos tendían celadas e intentaban darnos muerte? Con destacamentos de caballería hicieron ya una expedición contra Zamora los defensores de nuestra frontera. Pero encontraron allí un enemigo terrible que la defendía e impedía el acceso a ella por todas partes. No consiguieron del emir que dedicara su atención a reunir las tropas de auxilio con las cuales pudieran combatir a los cristianos de la ciudad, por estar ocupado en su empeño de combatir a los rebeldes de la zona central. Y, por encontrarse ocupados también los pueblos fronterizos con las diferencias y enemistades que habían surgido entre ellos y que sembraban la discordia, propagábase la inacción de unos a otros hasta el punto de que quedó interrumpida la guerra santa. Se repitió entonces el estado de la *Chaliqiya* y los habitantes de las fronteras se vieron obligados a vivir en paz con los idólatras y a tratarlos con benevolencia, con ocasión del morbo de la guerra que existía entre ellos y sus vecinos. Ellos deseaban, sin embargo, la guerra santa y anhelaban entrar por tierras enemigas, pero no encontraban medio de realizar su intento, ni ayuda alguna para la empresa. Cuando los mensajeros de "el Gato" llegaron a los mencionados pueblos y sus habitantes leyeron su misiva, se reanimaron sus buenos deseos y salieron presurosos a su encuentro, disputándose la delantera para llegar los primeros a su presencia. Como si para ellos hubiera sonado el grito del destino, tan pronto como él dejó oír su llamada se dirigieron hacia él, unos de grado y otros por fuerza, llegando a reunirse en torno al mismo, entre caballería e infantería, cerca de sesenta mil hombres y dícese que aún más.

Con ellos se encaminó desde Nafza rumbo a Zamora, ciudad de los infieles, por éstos recientemente repoblada y asiento de su poderío. Con todos sus contingentes atravesó el Tajo. Caminaban los muslimes junto a su caudillo y se le aproximaban a porfía, mientras él les anunciaba el porvenir, prometiéndoles la conquista de Zamora y la comarca situada detrás de ella, y diciéndoles que antes de que él llegara a la ciudad y sus soldados de vanguardia se acercaran a la última muralla, ya la tenía conquistada. Con estas predicciones sedujo de tal modo a muchos de sus secuaces, que llegaron a otorgarle la consideración de profeta, a causa de la debilidad de sus inteligencias y de la estulticia de sus ensueños.

Cabalgaba el pretendido Mahdi en un trotón que sudaba mucho y destilaba en abundancia. Uno de sus acompañantes le preguntó cuál era la causa de que sudara tanto su caballo y no los de los otros, a lo que el jinete contestó: "Yo no atravieso lugar alguno por donde quiero pasar de largo sin que sus mensajeros me impelan a quedarme en él, y los mensajeros del lugar donde yo deseo parar luchan con aquéllos y tratan de atraerme al suyo y ésta es la causa del sudor que veis en mi caballo". Dícese que habiendo cogido algunos palos secos los apretaba hasta que de ellos salía un jugo parecido al agua por arte de prestidigitación y que por este artificio hizo creer que el líquido salía de él y decía a sus gentes: "Estos son parte



de los dones que Alá me ha otorgado, pero os haré ver muchos más a su debido tiempo, si Alá me prolonga la existencia".

Condujo su hueste hasta a un día de distancia de Zamora y en el camino se le juntaron tropas que acudían a la guerra, de Toledo, Talavera, Guadalajara, Santavenia y de sus respectivos territorios, que caminaron hasta incorporarse a su ejército y avanzaron hasta acercarse a él.

Y sucedió que le envidiaron sus compañeros primates y jefes de más confianza de entre los notables de la tribu de Nafza, principalmente Baabal ben Yadix, que en su interior estaba arrepentido de haberle seguido y temía que le arrebataran el mando de su tribu. Con toda reserva comunicó sus temores a sus amigos de confianza y se puso de acuerdo con ellos para seguir tratando como amigo al pretendiente y no darle el golpe hasta que se le presentara ocasión oportuna o acelerar la huída cuando fueran atacados.

Cuando se reunieron con él todos los contingentes de la frontera pertenecientes a los distritos que hemos señalado, no se dejó ver de ellos durante algunos días. Lo llevaron a mal, pues tenían ardientes deseos de verle y de oírle hablar, por las cosas que les habían contado de él y le pidieron que se presentara. Salió entonces a su presencia montado en un caballo blanco, vestido de blanco, tocado con blanco turbante y ceñida la espada con un tahalí blanco. Se presentó, dió una vuelta por todo el ejército, se exhibió ante la multitud y luego regresó hacia su tienda y próximo a ella espoleó su caballo, le hizo marchar a galope tendido y a freno suelto y luego le paró en seco. Los verdaderos soldados del ejército reprobaron la torpeza de que el pretendido Mahdi dió muestra en una reunión como aquélla de nobles personas, y se les hizo patente su ligereza y escasa reflexión.

Luego se puso en marcha con sus tropas hasta que acampó a orillas del río Duero, el grande, en la ribera contigua al país de los musulmanes, ante las puertas de la ciudad de Zamora. Desde allí envió una carta en términos ásperos a Adefonso, hijo de Ordoño, rey de la Chaliqiya, y a todos los cristianos que con él estaban reunidos, invitándolos a abrazar el islamismo y advirtiéndoles que de no aceptar su intimación se prepararan a sufrir el suplicio de la muerte. Dió orden a su mensajero que les exigiera pronta contestación, que no se detuviera con ellos y que si rehusaban darle respuesta, volviera a comunicárselo. El texto de tal carta era conocido entre los habitantes de la frontera. Llegó, pues, su mensajero a presencia de Adefonso y de los suyos, que se habían juntado con él dentro de la ciudad de Zamora, y les entregó la carta. Mas cuando se la leyó y tradujo, rugieron de cólera, se pusieron furiosos y sin perder un instante se dirigieron al lugar donde acampaba el ejército muslim.

Con su acompañamiento avanzó el rey Adefonso desde la ciudad de Zamora hasta llegar al río grande, hizo alto frente a él en la orilla contigua de Zamora, su caballería inició el ataque, los musulmanes sostuvieron la lucha con ella en el lecho del río y allí se desarrolló la primera fase de la

batalla durante todo un día. Encendido de nuevo al siguiente el fuego del combate, no opusieron gran resistencia los cristianos. Adefonso y los suyos fueron pronto derrotados, volvieron la espalda al enemigo, persiguióles éste, matando a unos y haciendo a otros prisioneros, hasta obligarles a cruzar un valle denominado de Ardoin, situado en las inmediaciones de Zamora y difícil de atravesar por la estrechez de sus senderos. Los musulmanes les hicieron experimentar en él la más vergonzosa muerte, y le atravesaron persiguiéndolos en su rápida huída hacia Zamora. Combatidos rigurosamente por los musulmanes, la mayor parte de los cristianos se desviaron del camino que conducía a la ciudad y huyeron tan veloces que algunos de los fugitivos llegaron hasta a más de diez millas de distancia de Zamora por el interior de su país.

Cuando vió el malvado Baglal ben Yadix, y sus prohombres de Nafza, el favor que Alá había dispensado a este pretendiente con haber ahuyentado al enemigo, tuviéronle envidia y dijeron entre sí: "Si este hombre llega a dar cima a tan gran victoria y regresa a nuestros dominios no estaremos con él tranquilos en nuestro país, sino que por su causa tendremos que salir de allí y ya que no nos fué posible aprovechar una ocasión para matarle vamos a conseguir que recaiga sobre él la derrota. Se avisaron, pues, unos a otros y con sus señales y sus estandartes se volvieron hacia el lugar donde se había dado la batalla. Les obedecieron y siguieron parte de sus cabilas y habiendo llegado al sitio mencionado, tomaron los objetos de su pertenencia que allí tenían. A cuantos musulmanes encontraban infundían miedo diciéndoles que habían sido batidos y que el enemigo venía a su alcance. Gran número de creyentes islamitas siguieron la conducta de tales jefes y ella fué al cabo imitada por todas sus gentes. La mayor parte del ejército retrocedió, surgió la confusión entre sus filas y las tropas emprendieron la marcha. Sabedores de esto los politeístas, les atacaron y persiguieron hasta empujarlos hacia el valle, causándoles una gran matanza al converger allí los musulmanes. Atravesaron luego en su huída el valle perseguidos de cerca por el enemigo hasta que llegaron al río Duero, el Grande. Intentaron interceptarles el paso los que se habían parado en el campamento con la esperanza de impedir que el enemigo atravesara el río en su persecución. Pero no pudieron con ellos, y el enemigo les ahuyentó, les forzó a llegar a su campo y en él los combatió hasta que la oscuridad de la noche ocultó a los combatientes y movió a replegarse a los cristianos.

Durante aquella noche muchos musulmanes abandonaron el campamento huyendo a todo correr y se pusieron en salvo; pero otros pernoctaron allí en compañía del pretendiente, quien les prometió de nuevo la victoria. A la mañana del día segundo volvió al ataque el enemigo. Al principio sopló favorable a los musulmanes el viento de la victoria. Toda la jornada duró la refriega. Llegadas las sombras el enemigo pernoctó cerca de los musulmanes sin ausentarse como la noche antes. Los cristianos pusieron cerco al campamento musulmán por algunos puntos y todos los que intentaron



abandonarlo en las tinieblas cayeron en sus manos y fueron reducidos a cautiverio.

En este estado pasaron la noche los cristianos, bloqueando a los musulmanes, vigilándolos y estrechando el cerco. Amanecido el día tercero Adefonso y sus gentes atacaron otra vez a los muslimes y entonces, convencido el pretendiente, su emir, de que no había para él salvación, se armó de valor, espoleó a su corcel, se lanzó contra los enemigos y se batió hasta morir rodeado de los que a pie firme combatieron en su compañía.

El enemigo se apoderó entonces del campamento musulmán y se llevó lo que en él había. Y la cabeza del pretendiente Ben Alqit fué llevada al rey Adefonso, quien mandó que fuera fijada sobre la puerta de Zamora.

Terrible fué el desastre a causa del crecido número de muertos que sufrieron los muslimes. Con ello aumentaron los ataques contra ellos y la osadía del enemigo. Entre la gente fronteriza fué conocida esta derrota con el nombre de "el día de Zamora" y tuvo lugar a diez días por andar del mes de Rachab del año 288 [12 de julio de 981].

Del *Muqtabis* de BEN HAYYAN (Trad. inédita de M. Antuña).

## EL HIPOCRITA Y SANGUINARIO ABD ALLAH

*Los cronistas cortesanos, forzados a la adulación de los príncipes cordobeses, nos han dejado retratos idealizados de los mismos. Con gran celo han sacado a plena luz sus calidades y han dejado en la penumbra sus defectos. Los historiadores contemporáneos de emires y califas, aunque no figurasen en el coro de sus aduladores oficiales, por devoción hacia el jefe de la comunidad de los creyentes musulmanes o por temor a incurrir en su ira, frenaban también su pluma y no la dejaban ir demasiado lejos en la crítica de los soberanos. A lo sumo, con la sutilidad de los habituados a vivir en regímenes tiránicos, descubrían las flaquezas principescas en medio de sus obligados ditirambos, o las dejaban adivinar como con un guiño de ojos. Pero la historia, justiciera, no gusta guardar los secretos de los príncipes. A la postre, sus cultivadores descubren siempre, al cabo de las décadas, lo que no se atrevieron a escribir quienes vivieron bajo el poder sin límites de monarcas, de cuyo arbitrio pendían sus vidas; y los compiladores tardíos han mezclado de ordinario al agua del elogio de los cronistas cortesanos o contemporáneos, el vino de la crítica de los historiadores posteriores. He aquí, juntos, el ditirambo y la crítica de Abd Allah.*

El imán Abd Allah era hombre muy ponderado y lo atestiguaba en su traje, en su exterior y en todas las circunstancias. Sabía muy bien el

Corán, que recitaba con frecuencia, repartía abundantes limosnas y numerosos regalos; de piedad escrupulosa y de gran mérito, amaba el bien y los hombres de bien; decía frecuentes oraciones, humilde y sinceramente sometido a Alá, cuyo nombre repetía con frecuencia, desaprobaba los excesos y apartaba de sí a quienes se entregaban a ellos y castigaba severamente la injusticia y la violencia. Tenía variados conocimientos en las diversas ciencias, era versado en la lengua árabe, hablaba elegantemente y empleaba al hacerlo imágenes selectas. Durante casi todo su reinado no cesó de reunirse con sus visires y sus principales capitanes. Tras haber examinado y decidido con ellos los asuntos del reino, así como las medidas necesarias para remediar los males de la guerra civil, se entregaba con ellos al estudio de la historia y de las ciencias. No figura entre los que se dejaron dominar por la voluptuosidad o entre los que, ya en el trono o antes de subir a él, sucumbieron alguna vez a la ebriedad. Hizo construir un pasaje cubierto que unía el palacio a la mezquita mayor para poder asistir a la plegaria del viernes, recitar las otras oraciones y dar curso a su deseo de practicar buenas obras. Se sentaba en el pasaje cubierto antes y después de la oración del viernes y desde allí veía al pueblo, vigilaba sus hechos y sus gestos, asistía a sus reuniones sin ser visto, oía lo que decían las víctimas de los actos arbitrarios, en una palabra, se ponía enteramente al corriente de los asuntos de sus súbditos. Tenía también la costumbre de situarse, en días determinados, en una de las puertas de su palacio, y acudían a denunciarle las injusticias cometidas. Le eran entregadas las cartas a través de una puerta de hierro, en la que había hecho abrir un hueco a tal objeto, de suerte que el más débil (de sus súbditos) podía entregarle un escrito en propia mano y hablarle del abuso de que era víctima. Por ello todas las gentes influyentes y todos los funcionarios se guardaban de hacer nada que pudiera suscitar quejas y se abstenían de sobrecargar a sus subordinados, porque el temor de ser castigados y el deseo de escapar a sus reprensiones les hacían seguir los métodos empleados por el príncipe mismo. Bajo su reinado (las gentes) cesaron de entregarse a las voluptuosidades y ni grandes ni pequeños se dieron a las diversiones. La práctica del bien, la manifestación exterior de la piedad y del culto eran generales, tanto en las diversas clases de gentes que dependían de la corte, como en el pueblo. Pedía frecuentemente perdón a Alá, se abstenía de jurar por su santo nombre, acogía bien las invocaciones en que el nombre de Alá era citado, daba fe a los juramentos hechos en nombre de Alá y concedía gracia o perdón al asustado o al culpable que recurría a él. Sus hechos memorables son numerosos y el recuerdo de sus méritos permanece en la memoria de los hombres.

☆



Bajo su reinado no se dieron a los placeres porque él mismo no bebía jamás ni vino ni bebidas que emborracharan. Como un día uno de sus clientes se esforzara en disculparse con él por una falta de tal naturaleza, le respondió: "Todas las apariencias prueban lo contrario de lo que dices y anuncian la inanidad de tus excusas; si confesases tu falta y pidieses perdón por tu pecado sería mejor y podrías hacerte perdonar más fácilmente". "He cometido esa falta, dijo entonces su interlocutor, soy culpable de ese pecado, no soy sino una criatura y no tengo excusa". "Despacio, dijo el emir, no te apresures. Has hecho tu gusto primero y te has arrepentido luego; el pecado no ha podido deslizarse entre los dos. Te perdono".

Dictó la carta cuyo texto sigue, dirigida a uno de sus gobernadores: "Después de los cumplimientos habituales. Si tu celo en examinar y vigilar los asuntos que te he encomendado respondiese a la regularidad de tus mensajes y al cuidado que pones en ocuparte de lo que miras como la más seria de tus tareas, figurarías entre mis auxiliares más útiles, más sagaces y más resueltos. Escribe menos cartas sin objeto y sin utilidad, emplea tus cuidados, tu celo y tu inteligencia en asuntos en los que se descubra tu talento y se destaque tu capacidad".

A un visir que le había escrito sobre un asunto, le respondió en su misma carta:

"Eres ¡oh Nadr! un ser desdichado de quien no se puede esperar ningún servicio útil, no sirves sino para aprovisionar los retretes y la mesa".

☆

Era naturalmente poeta y compuso bellos versos.

"Elevó siempre la antorcha de la religión y marchó por el camino recto, sin que las guerras civiles pudieran apartarle del cuidado de su alma ni de las obras destinadas a servirle el día de la necesidad y del descenso a la tumba". Se le cuenta entre los más virtuosos califas omeyas de España, entre aquellos cuya senda mereciera más servir de ejemplo, cuya ciencia (religiosa) era más completa y cuya piedad era más firme. Pero su vida estuvo agitada por revueltas de larga duración, por la reducción de los límites del territorio que regía, por la disminución del rendimiento del impuesto de la *zakab*, de tal modo que la hipocresía se insinuó en él bajo un velo de piedad, la avaricia le dió un natural que no provenía de su valor propio y la poca importancia que dió al derramamiento de sangre rebajaba su religión, porque, en efecto, las discordias civiles suscitadas por sus dos hijos le hicieron ejecutar al mayor por una simple sospecha". El jurista Abu Muhammad ben Hazm ha censurado al emir acusándole de haber vertido fácilmente sangre, lo que a sus ojos no tenía valor y ello dándose a las buenas obras y evitando las faltas reprobadas por la ley. Sin consideración a la preferencia que tenía por él su hermano Al-Mundzir,

sobornó al cirujano de éste, quien envenenó la lanceta con que había de sangrarle y se desembarazó así del emir, ocupado entonces en una expedición contra Ben Hafsun y en el campamento mismo en que se encontraba. Hizo además morir a golpes de espada a sus dos hijos, primero a Muhammad, padre de Al-Nasir li-din Allah, y después a Al-Mutarrif. Se desembarazó resueltamente de sus dos hermanos, de Hixam por el hierro y de Al-Qasim por el veneno, etc.".

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 253).

# III

# ESPAÑA CALIFAL

## ABD AL-RAHMAN III FRENTE A LOS REBELDES. CONQUISTA DE BOBASTRO

*Abd al-Rahman I había puesto fin al primer acto de la trágica historia de Al-Andalus, al concluir con las discordias entre los conquistadores que siguieron de cerca a la invasión. Abd al-Rahman III cerró el segundo acto de la tragedia de la España musulmana, unificando a los invasores orientales con los vencidos españoles, tras someter a los alzados en armas contra Abd Allah, su abuelo. Abd al-Rahman encontró un clima propicio para alcanzar éxito en su empresa. A la generación de españoles que habían sufrido la opresión de los Omeyas, de sus gobernadores y de la aristocracia árabe, había sucedido otra que había padecido los horrores y desastres de la guerra civil; y la nobleza oriental se hallaba también fatigada de la lucha y había perdido sus primeras figuras. Abd al-Rahman tenía, además, audacia, valor, constancia y talento político. Acometió la restauración de la autoridad soberana con arrogancia y energía. Duras jornadas le costó reducir a los rebeldes. Durante dos décadas realizó contra ellos una serie de no interrumpidas campañas, que dirigió, las más de las veces, personalmente, y en las que, después de la victoria, supo ser generoso y cauto a la par: generoso, porque solía respetar la vida y la libertad de los sublevados, y cauto, porque les obligó a establecerse en Córdoba, al alcance de sus ojos y de sus tropas. Aquí vamos a verle asediando el nido de águilas del más famoso de los rebeldes contra su dinastía, Ben Hafsun. Logró entrar en Bobastro siete años después de emprender el ataque. El ayuno que practicó mientras permaneció en la fortaleza dice, a las claras, la importancia que atribuyó a su conquista, y sólo la profanación de la tumba del gran caudillo andaluz amengua su gloria.*

### Siete años de campañas

En 309 [12 mayo 921]... Al-Nasir envió tropas contra los castillos de Bobastro y Castroagudo y contra Chibil Al-Hichara para combatir en ellos a Sulayman y Hafs, los dos hijos de Umar ben Hafsun.

En 310 [1º mayo 922] Al-Nasir emprendió en el cantón de Elvira la

expedición de Monte Rubio... Después se desvió hacia el cantón de Málaga y estableció su campamento al pie de la montaña de Bobastro, el 7 de Rabi I [5 de julio]. Llevó a cabo un ataque vigoroso, hizo mucho daño en el país y cortó los árboles y los frutos de los flancos de la montaña. Designó en seguida los oficiales que habían de proseguir el sitio y marchó al cantón de Tacorona.

En 311 [21 abril 923] tuvo lugar una expedición de Al-Nasir contra Bobastro y los castillos de Málaga. Salió solemnemente de Córdoba el jueves 6 Dzu-l-hicha 310, es decir el 27 de marzo, y empezó la campaña el lunes 1 Muharran, es decir el 22 de abril, 25 días después de su salida solemne. Fué a acampar bajo los muros de la fortaleza de Bobastro y en el acto Sulayman ben Umar ben Hafsun le escribió con la esperanza de apartarle de su proyecto. Pero Al-Nasir evitó responderle y aceptar sus ofertas engañosas, prosiguió con ardor y decisión su proyecto de sitio y acabó de cortar lo que quedaba de los árboles frutales y de las viñas y de privar a su enemigo de todos sus medios de vida. Pasó siete días desde la mañana a la tarde en destruir todo y en asolar al país sin misericordia e hizo otro tanto con los otros castillos del rebelde: Qardzares, Behavez, Alchix y Santi Petri. Entonces Hafs ben Umar ben Hafsun fué a su encuentro y renunció en su favor la fortaleza de Qamara, y Al-Nasir le concedió la amnistía y le confirmó en la posesión de una parte de sus castillos, porque reconocía en él y en su hermano Sulayman aptitudes para la administración y buenas disposiciones. Después avanzó hasta el puerto de Jete, Almuñécar y el castillo de Motril (?) y penetró con sus tropas en regiones abruptas donde nunca antes se había aventurado un ejército. Todos sus habitantes se sometieron y el país pudo ser pacificado.

El emir marchó en seguida de nuevo contra la montaña de Bobastro, cuyos habitantes habían intentado atacar a Sulayman ben Hafsun, le habían tomado la fortaleza, habían libertado a quienes tenía encarcelados y habían robado la mayor parte de sus bienes. Sulayman, gracias a un ardid que urdió con el resto de sus partidarios, consiguió en seguida entrar en la plaza, una de cuyas puertas le fué abierta y por la que penetró cubierto por un velo. Excitó al populacho a apoderarse de los bienes de quienes se habían sublevado y con su ayuda los venció e hizo ejecutar a casi todos.

Alá permitió, de esta manera, que los infieles se destruyeran entre sí para que desaparecieran sus huellas. Sulayman permaneció entonces en la montaña sólo preocupado por salvar su cabeza y sin confiar en la gente de su séquito. El emir estableció allí su campo por segunda vez, el domingo 4 Rabi I [22 de junio 923], pero contra lo que solía ocurrir no apareció ningún infiel mientras que el ejército estableció sus tiendas. Al-Nasir confió el cuidado de la montaña a guerreros de confianza, que instaló en numerosos lugares y después se retiró y volvió a su palacio de Córdoba el 10 Rabi I [28 junio], después de una campaña de sesenta y nueve días.



En 314 [19 marzo 926] Al-Nasir confió a sus oficiales las expediciones de verano... Envió a Abd al-Hamid ben Basil a la frontera donde se hallaban los Banu Dzu-l-Nun... Abd al-Hamid abandonó tal región después de haber puesto todo en orden y Al-Nasir le envió entonces a Bobastro a sitiar a Sulayman ben Hafsun de concierto con los otros oficiales ocupados en tal cerco.

La gran sequía que se sintió tal año causó un hambre general... La lluvia coincidió con la exposición en una horca del cadáver de Sulayman ben Hafsun en la Puerta de Al-Sudda, y los poetas compusieron con tal motivo numerosas poesías; ésta entre otras:

"Allí nubes que dejan escapar una lluvia abundante, aquí una lluvia de sangre enemiga que corre y repugna. Así encontramos en la lluvia dos ayudas, pero ésta es impura y aquélla pura. De una parte una sangre negruzca que no agrada a la tierra, de otra un líquido bienhechor que el suelo recibe y absorbe. Manchada por una, la otra purifica su superficie y sus entrañas".

En 315 [8 marzo 927] Al-Nasir emprendió una expedición contra Bobastro para combatir a Hafs ben Umar ben Hafsun.

Salió, con pompa, el 13 Safar 615 [19 abril 927], diecinueve de Nizan, y se puso en campaña el lunes 15 Rabi II [19 junio], once de Ayyar, treinta y dos días después de su salida solemne. Llevó consigo en esta expedición su heredero presunto Al-Hakan al-Mustansir, entonces de doce años y nueve meses y medio...

Seguido de sus tropas, de su caballería y de sus bagajes, el emir fué a acampar bajo los muros de Bobastro el martes 22 Rabi II [26 junio]. Puso más decisión que nunca en levantar construcciones ofensivas y más ardor que jamás en bloquear la plaza. Dejó allí varios oficiales para proseguir las operaciones sin interrupción y él mismo se trasladó ante Al-Hanax, a cuyos habitantes invitó a rendirse, les hizo evacuar la población y después destruyó las murallas e hizo desaparecer hasta sus huellas.

Al-Nasir marchó en seguida contra el castillo de San Pedro y contra los castillos vecinos, y los atacó, cortando los árboles y las viñas de los alrededores y entregando al fuego las subsistencias del enemigo.

De allí condujo su ejército hacia Málaga, donde hizo sufrir iguales daños a las fortalezas cercanas. Nombró gobernador de la ciudad a Abd al-Malik ben Al-Asi y dejó con él un cierto número de sus soldados para atacar los castillos citados, con orden de pasar a cuchillo a todo el que saliera o intentara entrar en ellos. Volvió a Bobastro, bajo cuyos muros instaló su campamento por segunda vez, del lado de Limaya. Se dió entonces cuenta del daño que las construcciones levantadas por su orden causaban al enemigo y de cómo le molestaban. Hizo, por ello, elevar otra sobre una roca donde los antiguos habían levantado un poblado llamado la *Ciudad* y encomendó

su edificación a Amad ben Muhammad ben Elyas, que hubo de ocuparse del distrito de Tacorona y de la zona vecina a Limaya. Asignó al visir Abd al-Hamid ben Basil un puesto desde donde se dominaban todos los caminos de manera que podía proteger a las tropas que iban a forrajear o a buscar víveres o a quienes venían junto a él. El príncipe pasó siete días en tal lugar y no dejó ni víveres ni aprovisionamiento a los infieles. Emprendió después la campaña de Talachira... y estuvo de regreso en su palacio el martes 18 de Chumada [21 agosto] después de sesenta y cinco días de expedición.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 300, 302, 304, 315, 317, 319, 320).

### Toma de Bobastro y profanación del sepulcro de Ben Hafsun

Como el sitio de tal plaza proseguía sin piedad contra Hafs ben Umar ben Hafsun, que estaba rodeado por todas partes de fortificaciones destinadas a contenerle, tal jefe reconoció que ante el celo y la resolución desplegadas contra él no podría mantenerse en las montañas donde estaba. En consecuencia, escribió al emir para pedirle cuartel y obtener su perdón, prometiéndole salir de la montaña y reconocer y aceptar su autoridad. Al-Nasir le envió al visir Ahmad ben Muhammad ben Hudayr, quien, de concierto con Said ben Al-Mundzir, se ocupó de la salida de Ben Hafsun de la fortaleza de Bobastro, que fué ocupada por soldados y gentes de Al-Nasir el jueves 23 de Dzu-l-qada [21 enero 928]. El visir Ben Hudayr llevó a Hafs con su familia y con todos los cristianos de la plaza, con sus mujeres e hijos a Córdoba, donde entró el 1 Dzu-l-hicha [22 enero].

El emir acogió generosamente a Hafs, a quien perdonó y concedió un olvido completo del pasado y al que hizo formar parte de su séquito e incluyó en el ejército *(chund)*. Y el visir Said ben Al-Mundzir permaneció en Bobastro para conservar la plaza y realizar en ella las obras de defensa ordenadas por el príncipe.

En 316 [25 febrero 928] el emir Al-Nasir fué a Bobastro, después de la conquista de la plaza, para arreglar allí las cosas y regular definitivamente la ocupación. Salió de Córdoba sin ceremonia alguna el 15 Muharram [10 marzo], séptimo día del mes de Adzar, llevando consigo a su heredero presunto Al-Mustansir, y dejando en el palacio a su otro hijo Abd al-Aziz, para recibir la correspondencia, al visir Ahmad ben Muhammad ben Hudayr y en calidad de prefecto de la ciudad a Ahmad ben Isa, que reemplazaba a su padre Isa ben Ahmad.

El canciller Musa ben Muhammad, que estaba enfermo, no participó en la expedición. Se dirigieron primero a Ecija, luego a Osuna. El príncipe llegó al castillo de Bobastro el domingo 20 Muharram [15 marzo]. Entró



en la ciudad, la recorrió en todos los sentidos y comprendió a ojos vistas, que por su posición dominante, sus defensas, su elevación y su aislamiento de las otras montañas, tal plaza no tenía par en el mundo por la inexpugnabilidad y la extensión de su solar. Realizó por ello acciones de gracias a Alá que le había permitido y facilitado la conquista de la fortaleza y ayunó durante toda su estada en ella. Tomó las medidas necesarias para la edificación de una ciudadela tan bien fortificada y preparada como ninguna otra. Encomendó a sus soldados la destrucción de todas las obras de fortificación que la rodeaban y de todas las casas que se alzaban fuera de ella. Hizo exhumar los cadáveres de Umar ben Hafsun y de su hijo y, abiertas sus tumbas, se los halló tumbados sobre la espalda, según la práctica cristiana. Todos los juristas que participaron en la expedición de Al-Nasir vieron las tumbas y atestiguaron que los dos habían muerto en la fe cristiana. En consecuencia, fueron retirados de sus sepulcros, y sus impuras osamentas, transportadas a Córdoba, fueron expuestas en la Puerta de Al-Sudda sobre horcas elevadas junto a la del hereje Sulayman ben Umar, para servir de advertencia al pueblo, y ello sirvió de satisfacción a los musulmanes.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 322).

## SUMISION DE SEVILLA

*La fatiga de la aristocracia árabe y la desaparición de sus más famosos caudillos quedan señaladas como los principales factores que favorecieron la empresa de pacificación de Al-Andalus por Abd al-Rahman III. Entre los que más colaboraron con su audacia, su constancia y su energía en el restablecimiento de la suprema autoridad califal cabe incluir ahora otro de acción no despreciable. Me refiero a las rivalidades entre las figuras epigónicas de la nobleza oriental. He aquí cómo ayudaron a la sumisión de Sevilla por Al-Nasir las discordias que separaron, tras la muerte del gran Ibrahim ben Hachchach, a sus descendientes o sucesores.*

Al-Razi cuenta lo que sigue: Al-Nasir li-din Allah se apoderó de Sevilla en 301 [7 agosto 913], en las circunstancias siguientes. Al morir Abd al-Rahman ben Ibrahim ben Hachchach, que, a la muerte de su padre se había hecho independiente en la ciudad, los sevillanos se pusieron de acuerdo para colocar a su cabeza a Ahmad ben Maslama y para rechazar a Muhammad, hermano de Abd al-Rahman y señor de Carmona; pero éstos y sus gentes se opusieron a tal acuerdo y se unieron al príncipe jefe de la Comunidad de los Creyentes. Entonces Al-Nasir envió contra ellos tropas que libraron con los habitantes sangrientos combates. Ordenó en seguida a Mu-

hammad ben Ibrahim que asediara de cerca a los sevillanos. Le colocó al frente de la hueste y junto a él a Qasim ben Walid, entonces comandante de su guardia y amigo de Muhammad. Los dos jefes marcharon de Córdoba a Carmona, desde donde sus tropas lanzaron ataques en dirección a Sevilla. Conquistaron los distritos del Aljarafe, Itálica, Al-Burr, etc.

Entonces Ben Maslama, señor de Sevilla, viéndose a punto de ser dominado, solicitó socorro del gran jefe de la rebelión, del maldito Ben Hafsun. Fué éste en persona en su ayuda, le hizo salir de Sevilla y le trasladó al otro lado del río. El ejército estaba en el castillo de Cabra con Muhammad ben Ibrahim y Qasim ben Walid, quienes colocándose a la cabeza de las gentes del séquito del príncipe, atacaron y pusieron en fuga a Ben Hafsun. El vencido, marchando rápido ante ellos, se refugió en su fortaleza.

Entonces Ben Maslama, reflexionando sobre la querella que tenía con su primo Muhammad ben Hachchach, que era de hecho su coheredero en la sucesión de su padre y sobre su impotencia frente a él, decidió mejorar sus relaciones con el sultán Al-Nasir y le ofreció, mediante un enviado, poner Sevilla entre sus manos. Como resultado de tal llamamiento, el canciller Badr vino a tomar posesión de la ciudad sin efusión de sangre y sin combate. Cuando se estableció en ella convocó a sus habitantes y les prometió, en nombre del soberano, toda clase de beneficios y el mantenimiento y aún la ampliación de las distribuciones que les eran hechas bajo los Banu Hachchach. Tal discurso mereció la aprobación de los oyentes y todo marchó perfectamente por lo que hacía al canciller y a Ben Maslama. El canciller se dirigió en seguida a Muhammad ben Hachchach para hacerle saber que, habiendo tomado el príncipe posesión de Sevilla, le ordenaba cesar en su asedio de la misma. Pero Muhammad, al recibir tal carta, quedó poco satisfecho de su contenido y cambió de disposiciones respecto al emir. Con desprecio de la obediencia que le debía salió la misma noche con Qasim ben Walid del castillo de Cabra, que ocupaba, y se dirigió hacia Carmona con sus tropas. En el camino encontró ganados pertenecientes a los cordobeses, se apoderó de ellos, los condujo a Carmona y se preparó abiertamente a la resistencia. Sin embargo, los restituyó todos como consecuencia de las órdenes que Al-Nasir le hizo llegar por conducto de un mayordomo.

Al regreso de éste a Córdoba, Muhammad ben Hachchach marchó con sus tropas de Carmona sobre Sevilla, llegó a ésta por la mañana y la atacó. Sus fortificaciones estaban parcialmente destruídas y esperaba tomarlas. Pero hubo de huir ante la salida del gobernador que había nombrado el emir y volvió a Carmona.

Por otra parte, Al-Nasir, al tener noticia del ataque, envió tropas de refuerzo al gobernador, y éste puso la ciudad en estado de defensa, para no temer en adelante los ataques de Muhammad ben Hachchach. Ante sus disposiciones hostiles, Al-Nasir, para atraerle, le envió a su amigo Ben Walid, quien consiguió al fin persuadirle. Muhammad envió un su íntimo al príncipe. Abd al-Rahman le recibió y escuchó las proposiciones verbales



que le hizo en nombre de su señor, a saber: que saldría de Carmona dejando allí un lugarteniente nombrado por él y que vendría a vivir a Córdoba. El emir aprobó todo y prometió satisfacer enteramente las peticiones de Muhammad, y éste, después de recibir al mensajero portador de tales promesas, salió de Carmona en Ramadan del 301 [31 marzo 914] y marchó a Sevilla con los principales miembros de su familia y una escolta de guerreros. El emir les hizo distribuir vestidos de honor y presentes, proporcionados a su jerarquía y al lugar que cada uno ocupaba cerca de Muhammad, y los trató con gran liberalidad. Hizo lo mismo con el mismo Muhammad, le unió a su persona, le dió un puesto de visir, llenándole de calificativos honoríficos, y después emprendió una expedición y se hizo acompañar por él en atención a su nuevo cargo.

Habib ben Umar, nombrado por Al-Nasir gobernador de Carmona, se fortificó en tal ciudad (para sustraerse a la autoridad soberana). El príncipe fué a sitiarle y se hizo acompañar por Muhammad ben Hachchach en calidad de visir. Envidiosos de esto le acusaron ante el soberano de estar en secreta connivencia con Ben Umar y de animar su revuelta. Al-Nasir le destituyó entonces del visiriato y le hizo detener en unión de Ben Walid, jefe de la guardia; pero los dos personajes fueron puestos en seguida en libertad. Poco tiempo después, en Xawwal del 302 [19 abril 915] murió Muhammad ben Hachchach.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 213).

## ABD AL-RAHMAN III FRENTE A LOS REYES CRISTIANOS

*El nieto de Abd Allah, el futuro califa Abd al-Rahman III al-Nasir, recibió de su abuelo una herencia difícil: Al-Andalus dominado por docenas de rebeldes, algunos poderosos, y combatido desde el Norte por dos reinos, que habían adquirido gran fuerza en la crisis de la España musulmana. Como queda dicho, durante dos decenios, con una constancia sin igual, fué sometiendo a su suprema autoridad los sublevados contra Córdoba. Pero los reyes de León y de Navarra no le dieron plazo para consagrarse a los problemas interiores de su imperio; las tropas musulmanas sufrieron una gran derrota en San Esteban de Gormaz, junto al río Duero, hasta cuyas márgenes se había atrevido el leonés a llevar sus fronteras; Abd al-Rahman no quiso esperar a la conclusión de la pacificación interior de Al-Andalus, para reaccionar contra el Cristiano; y en la primavera del 920 emprendió una gran campaña contra Ordoño de León y contra Sancho de Pamplona. En ella destrozó las plazas fronterizas del primero, atacó luego las del segundo y derrotó a los dos en la batalla de Muez o de Val*

*de Junquera. En otras expediciones triunfó después también del rey de Navarra y asoló su país y conquistó su capital. Pero en 939 fué derrotado por el rey leonés Ramiro II, como veremos en seguida, y su desastre fué tan grande y su desánimo tal, que nunca más osó atacar al reino cristiano.*

### Campaña de Muez

En 308 [24 de mayo de 920] Al-Nasir emprendió contra el país de los infieles la campaña conocida con el nombre de expedición de Muez. Abandonó con este fin su palacio el jueves 13 de Duz-l-hicha [5 de mayo de 920] y partió de Córdoba para ponerse en campaña el sábado 13 de Muharran del 308 [4 de junio], es decir, el 3 del mes de Lizaran, treinta días después de su salida solemne del palacio, donde dejó en reemplazo suyo a su heredero presunto Al-Hakam al-Mustansir ¡qué Dios guarde! y al visir Musa ben Muhammad ben Hudayr. Al cuarto día de su marcha recibió, en el Vado de la Victoria, donde había acampado, una carta en la que el gobernador de Madina al-Farach le anunciaba un triunfo: los cristianos de Galicia, en muy gran número, habían ido a atacarlos y, extendiéndose por la llanura de la ciudad, se alzaron con los carneros y ganados que encontraron; se dirigieron después, cediendo al deseo que tenían de apoderarse de él, a un castillo de la vecindad llamado Al-Qalaya, y empezaron el sitio. Entonces todos los habitantes de la ciudad, los caballeros como los peones, se reunieron y fueron a presentar combate a los enemigos, cuyas espaldas entregó Alá a los musulmanes, de suerte que, habiendo quedado la victoria por ellos, mataron o hicieron prisioneros a numerosos cristianos y los persiguieron con las espadas sobre sus cabezas desde el despuntar del día hasta la noche. Enviaban al príncipe una cantidad de cabezas como trofeos de su triunfo. Esta noticia causó gran placer a Al-Nasir, que sacó un feliz augurio del nombre del paraje en que le había sido comunicada.

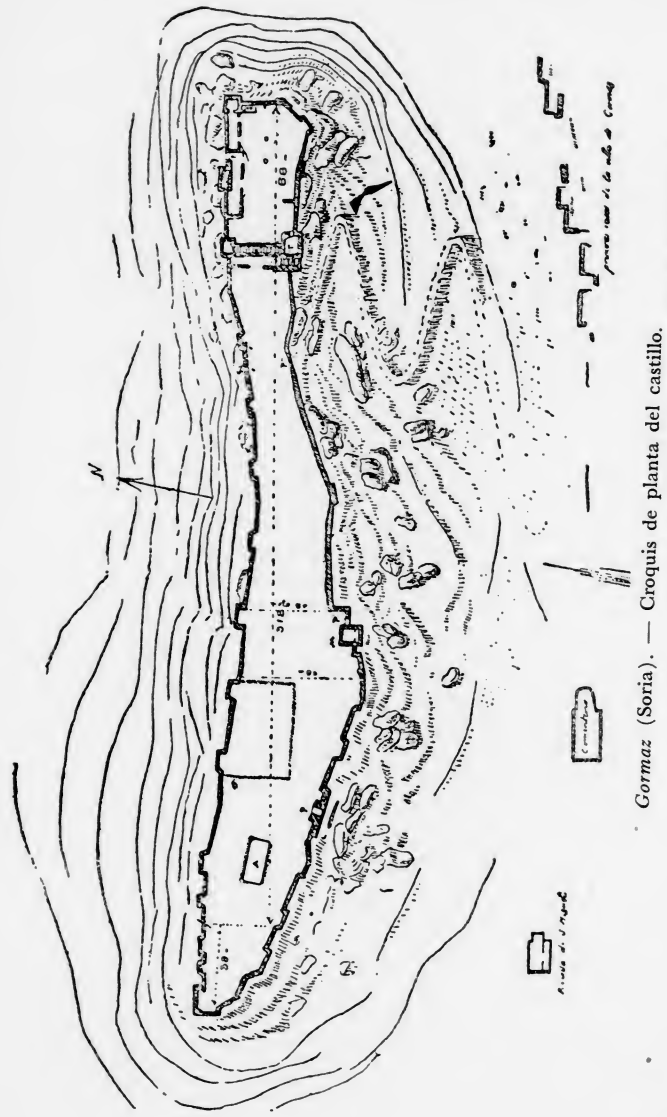
Comenzó en seguida a poner en ejecución su proyecto y, mientras reclutas y soldados de todas las provincias de España se le reunían, fué a acampar bajo los muros de Toledo, cuyo príncipe Lope ben Al-Tzarbixa se apresuró a salir a su encuentro para combatir bajo sus órdenes, fingiendo una sumisión que sólo era aparente. Desde allá se trasladó con todos sus medios de transporte a Madina al-Farach, donde, luego de la inspección que realizó, y de las quejas de los habitantes, destituyó a los Banu al-Salim e instaló como visir y caid encargado de defender la plaza a Said ben al-Mundzir; pero como llevó a este jefe para que lo siguiera en su campaña, encargó del gobierno (provisorio) de la ciudad a Ben Gazlan Qurayxi, pariente del anterior, y nombró cadí al jurista Muhammad ben Musawwar.

Estas medidas restablecieron el orden, la satisfacción se hizo general y la mayor parte de los habitantes marchó (con el califa) a la guerra santa. Seguido de guerreros para quienes los caminos eran demasiado angostos, y



que llenaban los más vastos espacios, el emir llegó a la plaza fronteriza de Medinaceli y, fingiendo continuar la marcha hacia la frontera por allá, envió por este lado a su vanguardia. Pero en realidad se volvió con sus tropas hacia Alava, hizo tres etapas en una jornada, y llegó al Wadi Duwayr (Duero), donde acampó y pasó la noche. A la mañana siguiente hizo partir al visir Said ben al-Mundzir, con jinetes armados a la ligera y elegidos entre los más rápidos, en dirección al castillo de Wakxima (Osma), y este diligente jefe llegó hasta las cercanías de tal plaza, y luego lanzó sus tropas a derecha e izquierda para realizar razzias. Los cristianos estaban tranquilos y no temían este ataque, porque su jefe había escrito al Príncipe de los Creyentes para hacerle falaces promesas e impedirle así que fuera a tal región. El emir había fingido aceptarlas y no había revelado su plan, de modo que los cristianos nada recelaban, cuando estas razzias los sorprendieron. Los rebaños y las acémilas pastaban, pues, libremente en la campiña, los nuestros se apoderaron de todo y después se reunieron sanos y salvos, con su botín, al grueso del ejército. En la mañana del viernes 17 de Safar [8 de julio de 920] la caballería, en orden y perfectamente dispuesta en filas apretadas, avanzó resueltamente contra Wakxima, de donde se escaparon los infieles, dejando vacía la plaza, para refugiarse en espesuras y abruptas montañas próximas; los musulmanes entraron entonces en ella, y después de haber saqueado todo lo que contenía, la incendiaron. El emir pasó en su campamento bajo los muros de Wakxima la noche del (viernes al) sábado, y de allá se dirigió al día siguiente contra el castillo de Castromoros, o San Esteban, centro principal y capital de los infieles, lugar en el que acostumbraban desafiar a los que penetraban en su país, pero cuando vieron que los defensores de la fe llegaban y que los protegidos de Dios avanzaban contra ellos, evacuaron la plaza y huyeron. Los musulmanes entregaron al pillaje todo lo que ella contenía y destruyeron también, en la vecindad, el castillo de Alcubilla. Todo fué saqueado y los enemigos de Dios fueron dejados en la más completa miseria.

Se estableció el campamento al Este del castillo de Castromoros, y los musulmanes pasaron allí la noche del (sábado al) domingo en la más viva alegría. Al día siguiente, por la mañana, el emir llevó su campamento del Este al Oeste, es decir, a una milla de distancia, y la jornada fué dedicada a buscar lo que habían dejado los infieles y a terminar de reunir el botín. Después se emprendió la marcha hacia una antigua ciudad, de nombre Clunia, que figuraba entre las más importantes; el camino que conducía a ella pasaba por una serie ininterrumpida de aldeas y por una rica llanura cultivada, donde los musulmanes saquearon todo y mataron a los que cayeron en sus manos. Al llegar a la ciudad la encontraron vacía, porque los habitantes se habían escapado a las montañas vecinas; los nuestros la entregaron por completo al pillaje y se ocuparon en destruir las casas y las iglesias. Al-Nasir pasó allí tres días dedicado a arruinar a los infieles y a aniquilar sus riquezas; y después partió de Clunia el sábado 24 de Safar [15 de julio]



*Gormaz* (Soria). — Croquis de planta del castillo. *Plano de N. Sentenach.*



para responder a los pedidos de socorro de los musulmanes de Tudela, plaza fronteriza que el cristiano Sancho (de Navarra) sitiaba estrechamente y abrumaba con sus ataques. El príncipe realizó este movimiento con lentitud para no fatigar a sus tropas —que habían hecho la campaña sin descanso— con marchas precipitadas: empleó cinco jornadas en franquear el gran desierto marchando a lo largo del Wadi Duero, y estableció su campamento en la región de Tudela. Despachó delante la caballería a las órdenes de Muhammad ben Lope, gobernador de tal ciudad, contra el castillo de Carcar, levantado por Sancho para defender esta región, la guarnición evacuó la plaza al aproximarse nuestros jinetes, quienes tomaron posesión de ella.

Al-Nasir se volvió en seguida contra el castillo de Calahorra, que Sancho había convertido en su principal guarida, y donde habitaba; pero la llegada inesperada de nuestras tropas hizo que el cristiano se retirara, y todo lo que allí se encontró cayó en nuestras manos. Al-Nasir pasó dos días arruinando y devastando enteramente los alrededores, luego partió el domingo 4 Rabi [24 de julio] para Dachero, a donde llegó después de cruzar el Ebro. Salió entonces Sancho del castillo de Arnedo al frente de sus bandas de cristianos para atacar a nuestra vanguardia; pero los más bravos guerreros se lanzaron sobre ellos con la rapidez de la flecha y los pusieron en fuga; después los persiguió la caballería, matándolos hasta que alcanzaron las montañas y se refugiaron en sus gargantas. Se cortaron gran número de cabezas, para presentarlas al emir, que no tenía conocimiento del combate que acababa de librarse. El campamento fué alzado sobre el mismo campo de batalla, y los nuestros pasaron allí la noche, aprovechando su victoria para extenderse por las aldeas y campos del enemigo.

Enterado Al-Nasir de que los dos cristianos Sancho y Ordoño reunían sus fuerzas para prestarse mutuo apoyo y con la esperanza de atacar a la vanguardia o de sorprender a la retaguardia, hizo alinear a sus tropas en orden de batalla y aumentó la vigilancia en las alas, y continuó su avance en territorio enemigo. Los cristianos se mostraron en las cimas de montañas poco accesibles, y después se lanzaron contra los flancos de nuestras tropas para atemorizar el corazón de los nuestros. Al-Nasir detuvo entonces la marcha y dió la orden de acampar y de levantar las tiendas; luego sus guerreros se precipitaron sobre los infieles que habían bajado de sus montañas y empeñaron el combate. Las gentes del séquito privado del príncipe, los guerreros, los héroes y los defensores de la frontera se echaron sobre ellos arma en mano y los colmaron de lanzazos, de modo que los cristianos, derrotados, huyeron sin atinar siquiera a volver hacia su campamento; mientras que los nuestros se lanzaron sobre sus pasos, mataron a todo el que caía en sus manos, y sólo detuvieron su persecución a la llegada de la noche.

Más de un millar de fugitivos se refugiaron en el castillo de Muez, donde esperaban poder resistir; pero Al-Nasir hizo avanzar su tienda y las de sus

tropas, y el castillo fué cercado por todos lados; los refugiados en él fueron atacados y la plaza acabó por ser conquistada. Los cristianos que se encontraban dentro de ella fueron sacados y llevados a presencia del emir, quien hizo decapitar a todos ante sus ojos. En este castillo y en el campamento cristiano que estaba próximo se encontró una enorme cantidad de objetos, tiendas, alhajas artísticamente trabajadas y vasos; también fueron tomados alrededor de mil trescientos caballos. El emir estuvo cuatro días en este lugar destruyendo todas las propiedades cristianas de la vecindad, las cosechas y los cultivos. El domingo 11 Rabi I [31 de julio] se trasladó al castillo de Viguera, que Sancho había edificado para defender esta región, lo encontró abandonado por la población, que había huído, y lo hizo destruir. Durante esta campaña y hasta su llegada al castillo de Viguera, el emir suministró [cada día] a su gente mil medidas, provenientes de las provisiones de víveres de los infieles.

Después se dirigió a los castillos que pertenecían a los musulmanes para instalar guarniciones en ellos y cuidar que todo estuviera en orden, no dejando, cada vez que encontraba una guarida cristiana en las cercanías, de destruirla y de incendiar la campiña vecina, de modo que el territorio cristiano fué devastado por las llamas en una extensión de diez millas cuadradas. En tal cantidad se tomaron víveres y objetos diversos que fueron demasiados para poder ser transportados y habían perdido todo valor: se daba en el campamento seis kafices de trigo por un dirhem, y como no se encontraban compradores, se hizo un montón con los víveres y se los quemó. El martes 27 Rabi I [16 de agosto] Al-Nasir emprendió la retirada y llegó a la ciudad de Atienza, donde pasó una jornada. A los guerreros de la frontera, que habían hecho la campaña con él, se les permitió volver a su país y recibieron ricas vestiduras y cabalgaduras. (El emir) expidió a Córdoba las cabezas de los infieles cortadas en los diversos combates que acabamos de relatar, y éstas fueron tantas que las acémilas no alcanzaron para llevarlas todas. Y Al-Nasir volvió a entrar en su palacio de Córdoba el jueves 13 Rabi II [2 de septiembre] después de haber hecho una campaña que había durado noventa días.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 291-298).

## EL PRIMER FILOSOFO HISPANO-MUSULMAN

*El pensamiento filosófico de Al-Andalus no enraíza en las tradiciones hispanas, sino en la filosofía oriental. Pronto surgen, sin embargo, en la España musulmana, pensadores originales. El primero es Ben Masarra (883-931). Debe incluirse entre los neoplatónicos, mas puso de relieve ideas peculiares sobre la existencia de una materia espiritual, común a todos los seres,*



*excepto Dios. Ben Masarra creó escuela, pero sus seguidores tropezaron, al cabo, con la rígida ortodoxia de las postrimerías de la época califal.*

### Vida de Ben Masarra, El Cordobés

Muhammad ben Abd Allah ben Masarra ben Nayih, originario de Córdoba, tenía el sobrenombre de "Abu Abd Allah".

Aprendió Tradiciones con su padre, con Muhammad ben Widah y con Al-Juxani.

Partió para el Oriente en los últimos días del emir Abd Allah (apiádese Dios de él).

Me ha dicho Al-Jattab ben Maslama que (ben Masarra) fué sospechado de ateísmo, por lo que huyó y recorrió el Oriente durante cierto tiempo, poniéndose en contacto con los polemistas, los maestros de la teología dogmática y los del "motazelismo". Luego se dirigió a Al-Andalus y aparentó devoción y continencia, de modo que, engañándose los hombres con su simulación, acudieron a él, a porfía, a escuchar sus lecciones; pero más tarde se percató la gente de lo malo de su teoría, quedando puesta en descubierto su (verdadera) doctrina. Se apartaron, pues, de él, quienes tenían ciencia y discernimiento; (pero) continuaron acompañándolo otros, de quienes se había enseñoreado la ignorancia y que profesaron en su secta.

Hablaba de la libertad de obrar así como de la impugnación del castigo en la otra vida, y alteraba en muchas (partes) la interpretación del Corán; sin embargo, pretendía ocuparse de la reforma de la conducta y del examen de las conciencias, para establecer la sinceridad de la fe, al estilo de la doctrina de Dzu-l-Nun al-Ajmimi y de Abu Yaqub al Naharyuri. Tenía facilidad de palabra, sabiendo embellecer las expresiones y ocultar los significados. Hubo muchos que lo refutaron...

Según Ben Masarra, los hombres están divididos en dos grupos: un grupo que llega al límite de la preeminencia en la ciencia y en la templanza; y otro grupo al que se acusa de herejía, tanto por lo que aparenta su discurrir respecto a los premios y castigos de la otra vida como por salirse de las creencias que son corrientes en el territorio del Andalus, adictas al argumento de autoridad y al principio de ciega adhesión al maestro.

Me ha expresado Al-Bayi que Muhammad ben Masarra murió el año 319 [931-932], pero (también) se ha dicho que falleció al comienzo del mes de Xawwal del año 319. Según una referencia escrita de su padre, hallada por mí, Muhammad ben Abd Allah ben Masarra nació en el primer tercio de la noche de un martes, la séptima noche de Xawwal del año 269 [11 diciembre 882].

Alguien ha dicho que falleció en día miércoles, después de la oración

de la tarde, pasadas cinco noches del mes de Xawwal del año 319, cuando tenía 50 años y tres meses de edad.

Del *Tarij ulama Al-Andalus*, de BEN AL-FARADI; ed. Codera, biografía Nº 1.202 (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado; según el texto de la "Crestomatía de árabe literal" de Asín, 3ª ed. pág. 33).

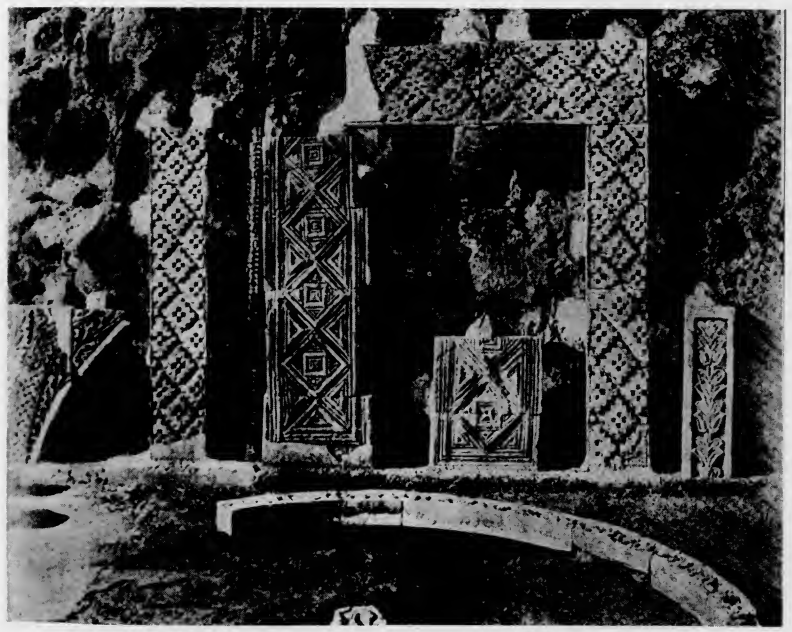
## LA CIUDAD-PALACIO DE LOS CALIFAS CORDOBESES

*Cuando Abd al-Rahman III hubo pacificado Al-Andalus y consiguió imponer respeto a los cristianos del Norte y reorganizó su hacienda, se proclamó califa (929), para romper el último tenue vínculo que unía aún a la España musulmana con el califato de Bagdad. Llegado al colmo del poder, apeteció entonces construir en la sierra de Córdoba una ciudad-palacio, Medina al-Zahra, digna por su belleza de la grandeza de su imperio. Los historiadores la describrieron con asombro y los compiladores tardíos, que no podían consolarse de su ruina y de la caída de Al-Andalus, recogieron con placer tales relatos.*

Medina al-Zahra estaba situada entre la montaña y el llano que se extiende hasta Córdoba, a unas tres millas de los límites más lejanos de la ciudad. Ben Jallikan, en sus "Biografías de hombres ilustres", bajo el artículo de Al-Mutamid Ben Abbad, rey de Sevilla, da las dimensiones de la maravillosa ciudad; sus palabras son las siguientes: La ciudad de Al-Zahra era una de las más espléndidas, más renombradas y más magníficas construcciones que hicieron los seres humanos. Estaba a la distancia de cuatro millas y un tercio de Córdoba, medía 2.700 *cubitos* de largo de Este a Oeste, y el ancho de Norte a Sur era de 1.700 *cubitos*. Se contaban en ella 4.300 columnas y 500 puertas. En su construcción gastó Al-Nasir incontables tesoros, ya que se tiene noticia de que los ingresos de Al-Andalus en los días de aquel sultán ascendían a 5.480.000 dinares de oro, que producían los impuestos, más 765.000 dinares que rendían los mercados, el quinto del botín tomado al enemigo, y la *capitación* que se cobraba a los judíos y cristianos, cuya suma era igual a todos los anteriores. De estos ingresos Al-Nasir gastaba un tercio para el pago del ejército, un tercio depositaba en las arcas reales para cubrir los gastos del palacio y el resto se aplicaba a la construcción de Al-Zahra y de aquellos otros edificios que se erigieron durante su reinado. Ben Jallikan parece que tomó tales datos de Ben Baskuwal y de otros historiadores.

Ben Hayyan da una lista y relación detallada de lo que costó la obra y de lo que se empleó en ella. Tal historiador obtuvo su información de boca de Ben Dahin, que la obtuvo de Muslamah ben Abd Allah, arquitecto y

Córdoba. Medina al-Zahra. Ruinas del palacio.



Córdoba. Medina al-Zahra. Detalle de ornamentación en piedra.

de la tarde, pasadas cinco noches del mes de Xawwal del año 319, cuando tenía 50 años y tres meses de edad.

Del *Tarij ulama Al-Andalus,* de BEN AL-FARADI; ed. Codera, biografía Nº 1.202 (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado; según el texto de la "Crestomatía de árabe literal" de Asín, 3ª ed. pág. 33).

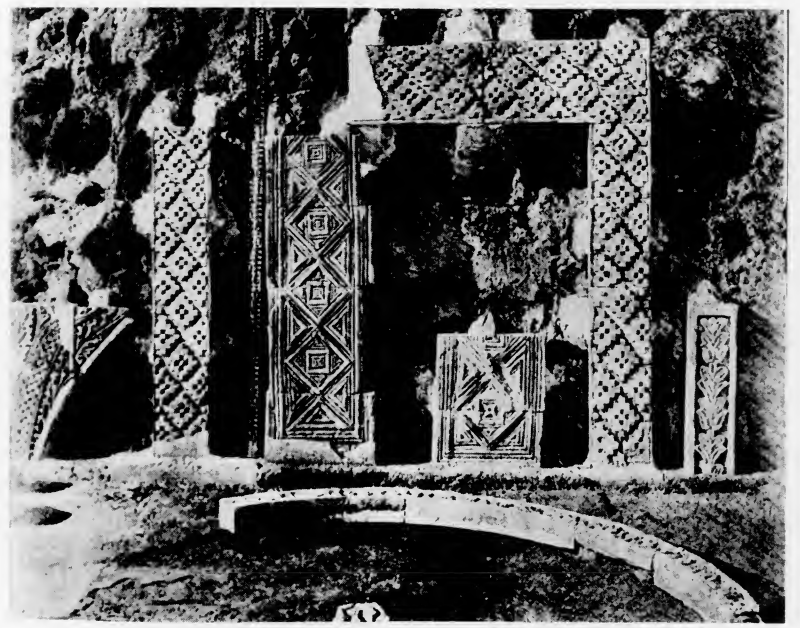
## LA CIUDAD-PALACIO DE LOS CALIFAS CORDOBESES

*Cuando Abd al-Rahman III hubo pacificado Al-Andalus y consiguió imponer respeto a los cristianos del Norte y reorganizó su hacienda, se proclamó califa (929), para romper el último tenue vínculo que unía aún a la España musulmana con el califato de Bagdad. Llegado al colmo del poder, apeteció entonces construir en la sierra de Córdoba una ciudad-palacio, Medina al-Zahra, digna por su belleza de la grandeza de su imperio. Los historiadores la describrieron con asombro y los compiladores tardíos, que no podían consolarse de su ruina y de la caída de Al-Andalus, recogieron con placer tales relatos.*

Medina al-Zahra estaba situada entre la montaña y el llano que se extiende hasta Córdoba, a unas tres millas de los límites más lejanos de la ciudad. Ben Jallikan, en sus "Biografías de hombres ilustres", bajo el artículo de Al-Mutamid Ben Abbad, rey de Sevilla, da las dimensiones de la maravillosa ciudad; sus palabras son las siguientes: La ciudad de Al-Zahra era una de las más espléndidas, más renombradas y más magníficas construcciones que hicieron los seres humanos. Estaba a la distancia de cuatro millas y un tercio de Córdoba, medía 2.700 *cubitos* de largo de Este a Oeste, y el ancho de Norte a Sur era de 1.700 *cubitos*. Se contaban en ella 4.300 columnas y 500 puertas. En su construcción gastó Al-Nasir incontables tesoros, ya que se tiene noticia de que los ingresos de Al-Andalus en los días de aquel sultán ascendían a 5.480.000 dinares de oro, que producían los impuestos, más 765.000 dinares que rendían los mercados, el quinto del botín tomado al enemigo, y la *capitación* que se cobraba a los judíos y cristianos, cuya suma era igual a todos los anteriores. De estos ingresos Al-Nasir gastaba un tercio para el pago del ejército, un tercio depositaba en las arcas reales para cubrir los gastos del palacio y el resto se aplicaba a la construcción de Al-Zahra y de aquellos otros edificios que se erigieron durante su reinado. Ben Jallikan parece que tomó tales datos de Ben Baskuwal y de otros historiadores.

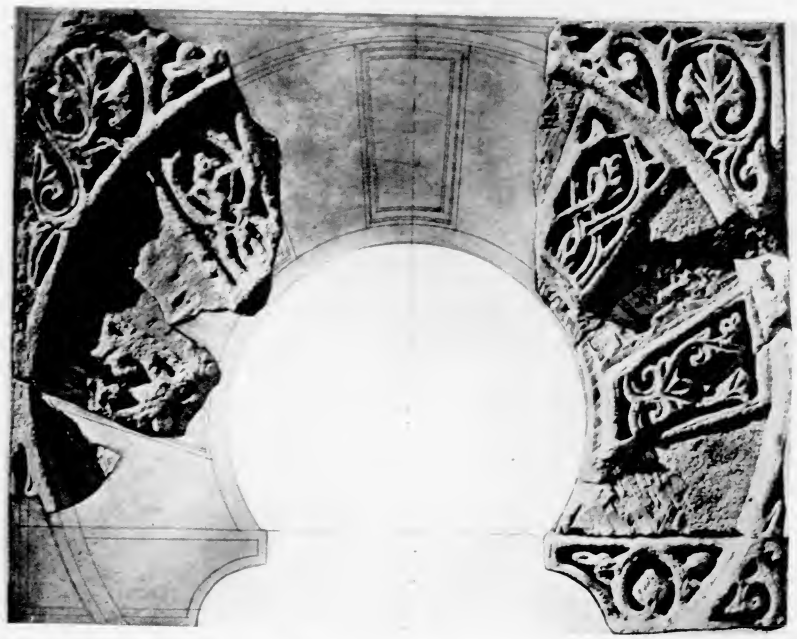
Ben Hayyan da una lista y relación detallada de lo que costó la obra y de lo que se empleó en ella. Tal historiador obtuvo su información de boca de Ben Dahin, que la obtuvo de Muslamah ben Abd Allah, arquitecto y

Córdoba. Medina al-Zahra. Ruinas del palacio.



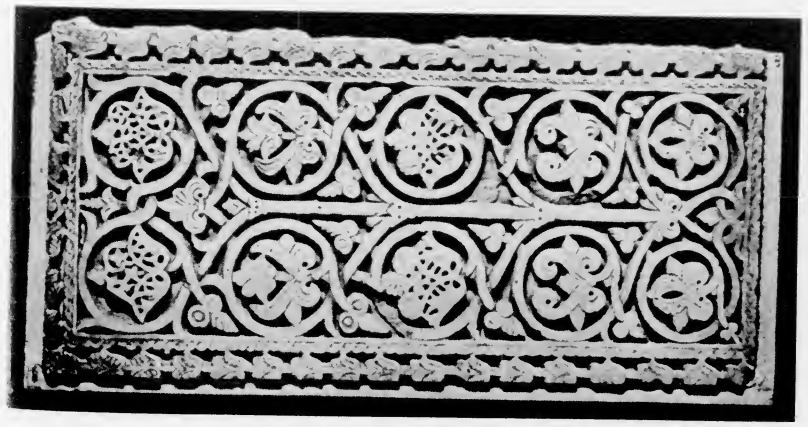
Córdoba. Medina al-Zahra. Detalle de ornamentación en piedra.

Córdoba. Medina al-Zahra. Ruinas de un arco.

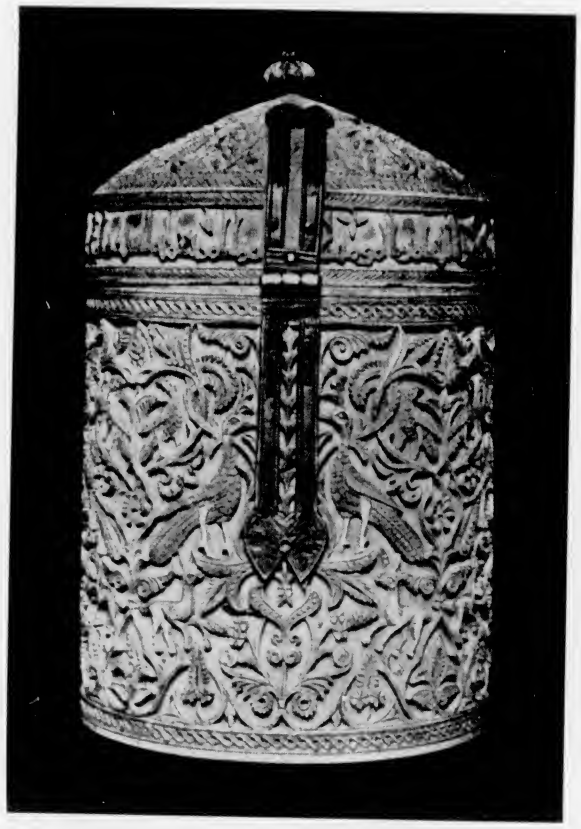


Córdoba. Medina al-Zahra. Detalle ornamental de un arco.

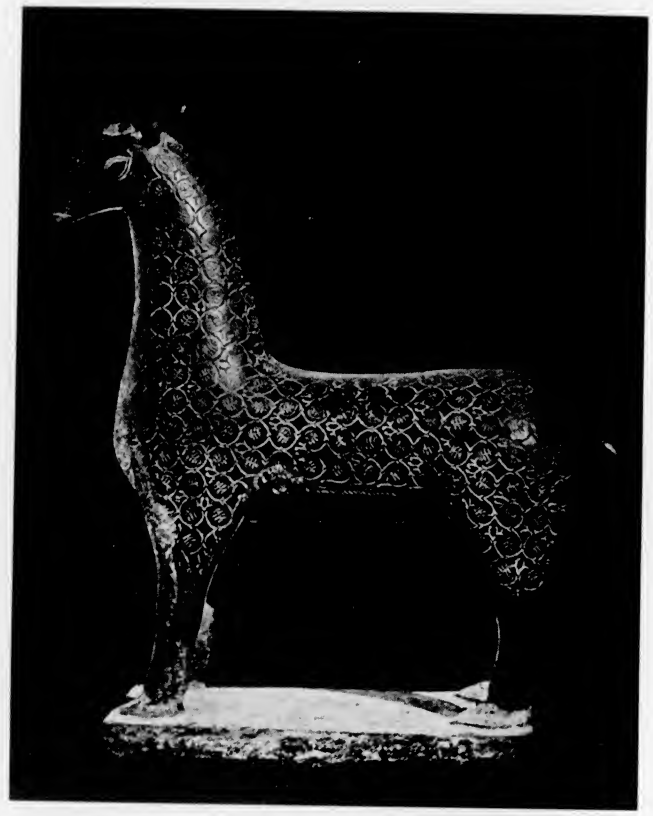
Córdoba. Medina al-Zahra. Basa y capitel.



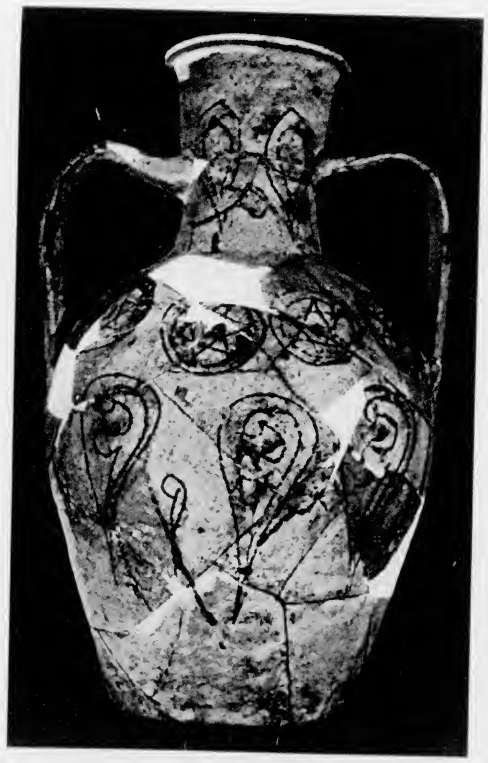
Córdoba. Medina al-Zahra. Tablero de mármol.



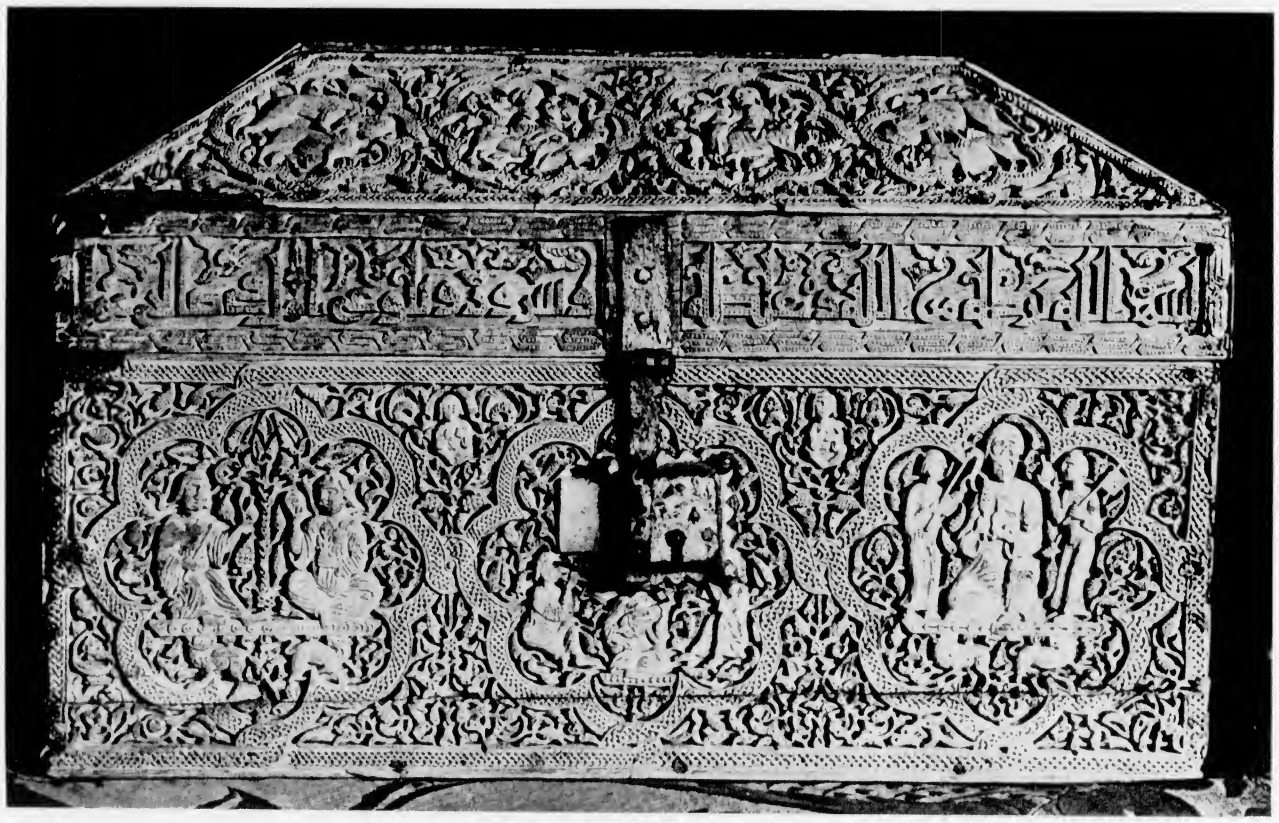
Arqueta de la Catedral de Zamora, de la época califal.



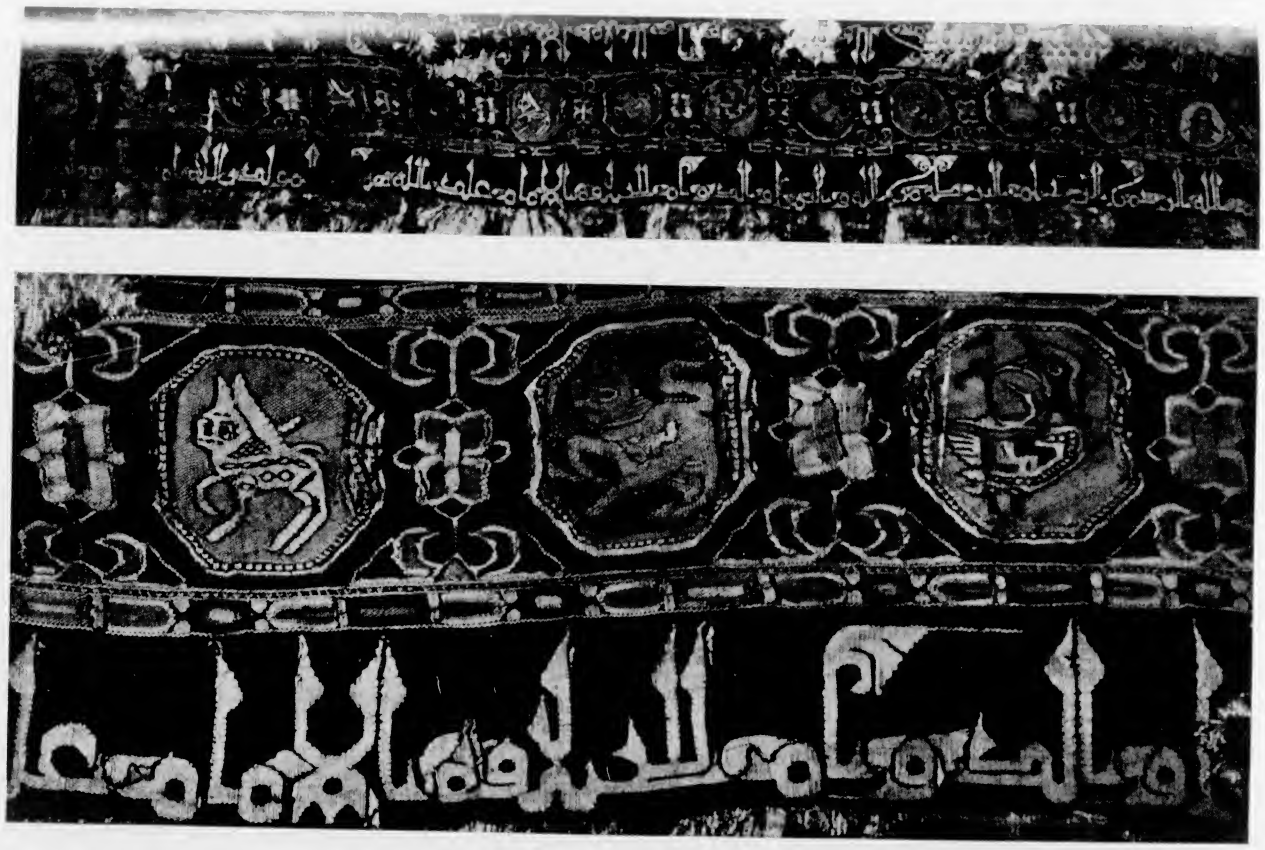
Córdoba. Ciervo procedente de Medina al-Zahra.



Jarro y plato hallados en Medina al-Zahra. Córdoba.



Arqueta de marfil de la Catedral de Pamplona. De la época califal.



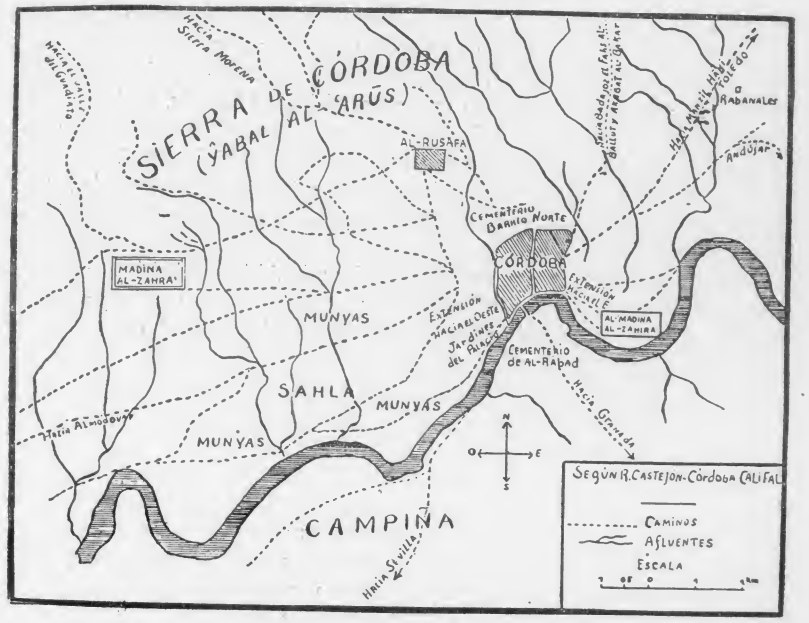
Velo de Hixam II. Academia de la Historia. Madrid.

El castillo de al-Bakar, de la época califal.

El castillo de las Navas de Tolosa, de la época califal.



geómetra que vivió en el reinado de Al-Nasir. "Se empezó la construcción del palacio y ciudad de Medina Al-Zahra en el año 325 [936-37 de C.] y se continuó durante 40 años, es decir 25 del reinado de Al-Nasir y 15 del de su sucesor Al-Hakam. Pues aunque el palacio estuvo completo mucho antes de la muerte de Al-Nasir, se hicieron muchos aumentos por su hijo Al-Hakam, y la parte de recepción de la corte, los cuarteles para las tropas, los jardines de recreo, baños, fuentes, etc., no se completaron hasta los



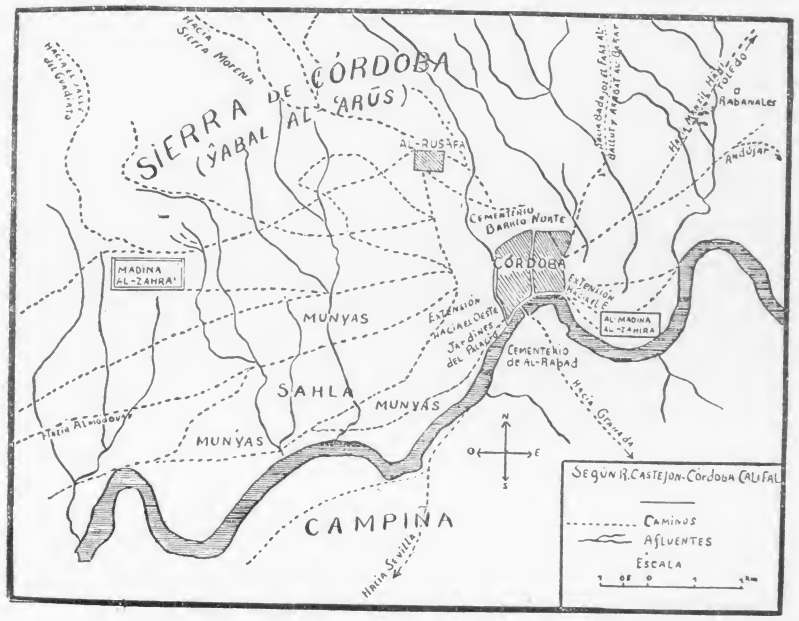

tiempos de Al-Hakam. Durante el reinado de Abd al-Rahman se emplearon diariamente 6.000 sillares de piedra, grandes y pequeños, pulidos o sin devastar y de todas las formas y tamaños, aparte de las especiales que se usaban para pavimentar, etc. El número de bestias empleadas para el acarreo de estos materiales ascendía a 400, algunos dicen que más, aparte de 400 camellos pertenecientes al sultán y de 1.000 mulas alquiladas a razón de 3 mizcales por mes, lo que hacía un total de 3.000 mizcales mensuales. Cada tres días se empleaban 1.100 cargas de limo y yeso. El número de columnas, grandes y pequeñas, empleadas en la construcción ascendía a 4.000, aunque otros hacen subir tal número a 4.316. De éstas, algunas vinieron de Roma, 19 del país de los francos, 140 fueron ofrecidas por el emperador de Constantinopla; 113, la mayor parte de mármol rosa y verde, fueron traídas de Cartago, Túnez, Isfakis (Sfax) y otros sitios de Africa. Las restantes pro-

El castillo de al-Bakar, de la época califal.

El castillo de las Navas de Tolosa, de la época califal.



geómetra que vivió en el reinado de Al-Nasir. "Se empezó la construcción del palacio y ciudad de Medina Al-Zahra en el año 325 [936-37 de C.] y se continuó durante 40 años, es decir 25 del reinado de Al-Nasir y 15 del de su sucesor Al-Hakam. Pues aunque el palacio estuvo completo mucho antes de la muerte de Al-Nasir, se hicieron muchos aumentos por su hijo Al-Hakam, y la parte de recepción de la corte, los cuarteles para las tropas, los jardines de recreo, baños, fuentes, etc., no se completaron hasta los




tiempos de Al-Hakam. Durante el reinado de Abd al-Rahman se emplearon diariamente 6.000 sillares de piedra, grandes y pequeños, pulidos o sin devastar y de todas las formas y tamaños, aparte de las especiales que se usaban para pavimentar, etc. El número de bestias empleadas para el acarreo de estos materiales ascendía a 400, algunos dicen que más, aparte de 400 camellos pertenecientes al sultán y de 1.000 mulas alquiladas a razón de 3 mizcales por mes, lo que hacía un total de 3.000 mizcales mensuales. Cada tres días se empleaban 1.100 cargas de limo y yeso. El número de columnas, grandes y pequeñas, empleadas en la construcción ascendía a 4.000, aunque otros hacen subir tal número a 4.316. De éstas, algunas vinieron de Roma, 19 del país de los francos, 140 fueron ofrecidas por el emperador de Constantinopla; 113, la mayor parte de mármol rosa y verde, fueron traídas de Cartago, Túnez, Isfakis (Sfax) y otros sitios de Africa. Las restantes pro-

venían de las canteras de sus dominios andaluces; por ejemplo, las de mármol blanco, de Tarragona y Almería; las de mármol rayado, de Rayya, etc. Sabemos por Ben Dahin, que lo supo por el hijo de un arquitecto de Al-Nasir, que las personas que se encargaron del transporte de mármoles de Africa, fueron tres, a saber: Abdullah, el inspector de los trabajos; Hasan ben Muhammad y Ali ben Jafar, natural de Alejandría, además de Ben Junis, el marinero. Sabemos también que Al-Nasir pagaba por cada bloque de mármol, grande o pequeño, que se transportaba a Córdoba, 10 dinares de oro, y que una suma parecida se entregaba por cada bloque de mármol de Al-Andalus. Y un criado de palacio dice que la suma total que costó la erección de Medina Al-Zahra, ascendió anualmente a la cantidad de 300.000 dinares, durante los 25 años que se construyó bajo Al-Nasir, es decir, desde el año 325, en que se empezó, hasta el 350, en que murió aquel califa, y que habiendo hecho el cómputo del gasto total, montó a 15 *haytmal*.

El número de puertas del palacio ascendía a 1.500, contando cada batiente como una y todas estaban cubiertas con placas de hierro y con hojas de bronce bruñido.

Dice Ben Hayyan que entre las maravillas de Al-Zahra había dos fuentes con sus pilones, tan extraordinarias por su forma y tan valiosas por su trabajo, que en opinión de tal autor formaban el principal ornamento de palacio. La mayor de las dos era de bronce dorado y estaba maravillosamente esculpida con bajorrelieves que representaban figuras humanas. Fué traída de Constantinopla por Ahmad Al-Yunani (el griego) y por Rabi el Obispo, para el califa.

En cuanto a la pequeña, que era de mármol verde, trájola de Siria el dicho Ahmad, aunque otros aseguran que vino también de Constantinopla con Rabi. En todo caso, todos están conformes en decir que, por lo maravilloso de su material y trabajo, su valor está fuera de toda apreciación. Especialmente la pequeña parece que fué una verdadera obra de arte. Se la transportó a la costa y llegó a Al-Andalus en un buque. Cuando la recibió el califa, ordenó que se pusiera en la alcoba del salón o patio oriental llamado Al-Munis y le colocó doce figuras hechas de oro rojo, fijadas con perlas y otras piedras preciosas. Las figuras, que se hicieron en el arsenal de Córdoba representaban leones, antílopes, cocodrilos en un frente, y en otro aparecían un águila y un dragón y en las dos alas del grupo aparecían una paloma, un halcón, un pato, una gallina, un gallo, un milano y un buitre. Todos estaban adornados con joyas y echaban agua por la boca.

Otra de las maravillas de Al-Zahra era el salón llamado de los califas, cuyo tejado era de oro y de bloques de mármol de variados colores, sólidos pero transparentes, y cuyas paredes eran de los mismos materiales. En el centro de este salón, o según algunos, encima de la fuente arriba descripta que ellos colocan en él, estaba la perla única ofrecida a Al-Nasir, con otros objetos valiosos, por el emperador León.



Eran de oro y plata las tejas de este magnífico salón y, según Ben Baskuwal, había en el centro del mismo un gran pilón lleno de mercurio.

Daban entrada al salón ocho puertas de cada lado, adornadas con oro y ébano, que descansaban sobre pilares de mármoles variados y cristal transparente. Cuando el sol penetraba en la sala a través de estas puertas y reflejaba en las paredes y techo era tal su fuerza que cegaba. Y cuando Al-Nasir quería asombrar a algunos de sus cortesanos, le bastaba hacer una seña a uno de sus esclavos para poner en movimiento el mercurio, e inmediatamente parecía que toda la habitación estaba atravesada por rayos de luz y la asamblea empezaba a temblar, porque se tenía la sensación de que el salón se alejaba, sensación que duraba mientras se movía el mercurio.

La abundancia del mercurio en España hizo concebir a Al-Nasir esta idea. Y era el movimiento del mercurio el que hacía creer que la habitación estaba continuamente moviéndose o que giraba alrededor de un poste como si siguiera el movimiento del sol. Y tenía Al-Nasir tanta preocupación por tal mecanismo que sólo confió su cuidado a su hijo Al-Hakam. Pero todos están conformes en decir que nunca se construyó nada más espléndido antes ni después del Islam.

La mezquita de Al-Zahra no valía menos que el resto del palacio. Aunque de inigualable trazado y de proporciones sin par, toda ella se construyó en 48 días, porque Al-Nasir tuvo empleados continuamente en ella 1.000 hombres hábiles, de los que 300 eran albañiles, 200 carpinteros y los restantes 500, enladrilladores y mecánicos de varias clases. Era una estupenda construcción maravillosamente terminada en todas sus partes y tenía cinco naves de prodigiosa construcción, naves que medían 30 *cubitos* de la Qibla al Jauf sin la Maqsurah. El ancho del patio de la Qibla al Jauf era de 43 *cubitos* y se hallaba todo pavimentado con mármol rojizo muy parecido al color del vino. En el centro había una fuente de agua límpida para el uso de la mezquita. Todo el largo de la mezquita, de la Qibla al Jauf sin el Mihrab, era de 97 *cubitos*, y el ancho, de Este a Oeste, de 59. A esta mezquita se le añadió una torre cuadrada que medía 10 *cubitos* en la base y se elevaba a la altura de 40 *cubitos*. La nave surah era de maravillosa construcción y estaba adornada con costosa magnificencia y por orden de Al-Nasir se colocó en ella un púlpito de extraordinaria belleza y dibujo, el mismo día en que se completó la mezquita, es decir, el 23 de Xaban del año 329 de la H. [23 enero 941]. En tal día que, según otros autores, coincidió con el 22 del mismo mes, y fué viernes, se dijeron por primera vez preces públicas con gran solemnidad en la mezquita. Fué Abu Abd Allah ben Abi Isa el cadí que ofició de imán en presencia de Al-Nasir y de los principales de la corte. Al día siguiente el califa oyó un sermón predicado por el mismo cadí.

Había además, en Al-Zahra, dos baños, uno destinado a los oficiales de la casa del sultán y otros servidores del palacio y el otro público; y tam-

bién, mercados, hospederías, colegios, y otros establecimientos públicos y privados.

Otras muchas bellezas realzaban a Al-Zahra: corrientes de agua, lujuriosos jardines, construcciones para el acomodo de los oficiales de la casa del sultán, magníficos palacios para los altos funcionarios de la corte, es decir, para la muchedumbre de gentes: pajes, eunucos, esclavos, etc., que, con lujosos trajes, se movían por las anchas calles de la ciudad, etc. El número de servidores masculinos de palacio ascendía a 13.750, a los que se daba diariamente 13.000 libras de carne, sin contar las aves y los peces. Había 3.350 (algunos dicen 3.387) pajes, esclavos y eunucos.

Para los peces de los estanques de Medina Al-Zahra se gastaban diariamente 12.000 hogazas, a más de 6 cahices de legumbres negras...

Si sólo hubiera poseído este palacio la terraza de mármol pulimentado sobre los jardines incomparables con el salón dorado y el pabellón circular y todas las demás maravillas, o solo hubiera poseído su sólida y bella construcción, decoraciones, etc., el lago artificial y la cisterna siempre llena de agua límpida, nunca se hubiera uno podido imaginar nada semejante.

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Según versión inglesa de Gayangos: The history of the mohammedan dynasties in Spain, II, 233).

## DOBLE Y TERRIBLE DERROTA DEL PRIMER CALIFA DE CORDOBA

*Todos sus éxitos contra los cristianos quedaron anulados en una sola campaña, "La campaña del gran poder", como la llaman las historias arábigas. Después de restaurar la autoridad soberana en Al-Andalus y de proclamarse califa, Abd al-Rahman decidió realizar una gran expedición contra el reino por los musulmanes llamada de Galicia, a fin de conquistar Zamora, que era llave del paso del Duero, y para avanzar hasta el mismo León. Reunió un gran ejército, que los cronistas islamitas elevan a doscientos mil hombres, y a él acudieron, incluso, fuerzas de la Frontera Superior mandadas por Abu Yahya, gobernador de Zaragoza. Pero terminadas las discordias civiles que siguieron a la muerte de Fruela II, había ocupado el solio leonés un gran capitán, Ramiro II, que todavía era lealmente servido por otro gran caudillo, Fernán González, conde de Castilla. Y Abd al-Rahman fué primero derrotado en Simancas y luego en un lugar que Sampiro llamó Alhandega, nombre confirmado ahora por Al-Himyari. Solía identificarse con un poblado salmantino de tal nombre, se le ha supuesto luego en la vía de Osma a Sigüenza y acaso haya que buscarlo de nuevo a la vista de los dos relatos que siguen. Viejas tradiciones nobiliarias andaluzas trataron orgullosas de explicar el desastre como fruto de una traición; Al-Rawd al-Mitar atribuye, a la inversa, a otra traición la salvación del ejército islamita. En todo caso el desastre fué enorme. Pero la crisis interna del reino de León, con motivo de la secesión de Castilla y de las guerras civiles que siguieron a la muerte del vencedor de Simancas, permitieron, sin embargo, a Abd al-Rahman III dominar después a los reyes septentrionales, interviniendo en sus discordias. Un día llegó a Córdoba el rey Sancho el Craso en demanda de auxilio para recuperar el trono y Al-Nasir gozó del placer de ver humillarse ante él al hijo de Ramiro.*



### La versión cristiana

En la era 977 [939], a saber, en la segunda feria (lunes) a la hora tercia mostró Dios un signo en el cielo y el sol se convirtió en tinieblas durante casi una hora en todo el mundo. Después, a los dieciocho días, el séptimo de los idus de agosto [6 de agosto] en el día que los cristianos celebran a los santos Justo y Pastor, tercera feria (martes), vinieron los cordobeses a Simancas con su nefandísimo rey Abd al-Rahman y con todo su ejército y fijaron allí su campamento. Encontraron al rey Ramiro y sus condes que salieron reunidos con él y con sus huestes, a saber: Fernán González y Asur Fernández y otra multitud de guerreros. Ayudándole Dios, cayeron sobre los moros y mataron a espada ese día casi tres mil y quizá más; y allí fué capturado el moro Abu Yahya. Dieciséis días después, el doce de las calendas de septiembre [21 agosto], mientras los moros huían y trataban de salir de tierra de cristianos, les salieron al encuentro en un lugar llamado Leocaput, junto al río Verbera, y allí fueron dispersados los islamitas y bastantes fueron muertos y despojados. Y se alegraron mucho los cristianos, porque volvieron con muchas riquezas y se regocijaron de sus despojos y está llena de ellos Galicia y Castilla y Alava y Pamplona, con su rey García Sánchez. ¡Gracias a Dios!

De los *Anales Castellanos Primeros* (Según el texto ed. por Gómez-Moreno: Discursos... ante la Academia de la Historia, 24).

### La versión islamita

Abd al-Rahman (III) ben Muhammad, el califa Omeya de Al-Andalus, hizo en el año 327 [939] una expedición a la cabeza de un ejército de más de doscientos mil hombres. Fué a sitiar la capital de los gallegos, es decir, Zamora, la ciudad de que hablamos. Entre las naciones con quienes estaban en guerra los habitantes de Al-Andalus, eran los gallegos los más poderosos; aunque los francos combatiesen también a los musulmanes, los gallegos constituían sus más temibles enemigos. Abd al-Rahman ben Muhammad, príncipe de Al-Andalus, tenía un visir perteneciente a la familia de los

Omeyas, llamado Ahmad ben Ishaq; como consecuencia de un delito que provocó su cólera, el soberano le mandó ejecutar. Ese visir tenía un hermano, llamado Umaiya, que residía en Santarem, ciudad que formaba parte de las fronteras de Al-Andalus. Habiendo sabido la suerte de su hermano se rebeló contra Abd al-Rahman y se puso al servicio de Ramiro, rey de los gallegos; le ayudó contra los musulmanes y le suministró informes sobre los puntos débiles de su línea de defensa. Algún tiempo después Umaiya salió de su ciudad para ir de caza a una de sus fincas de recreo. Durante su ausencia uno de sus oficiales se apoderó de la población, le impidió el acceso a ella y escribió a Abd al-Rahman poniéndole al corriente (de lo ocurrido). Umaiya ben Ishaq, hermano del visir muerto, marchó entonces junto a Ramiro, quien le acogió bien, le nombró su ministro y le admitió en el número de sus cortesanos.

Abd al-Rahman III, soberano de Al-Andalus, hizo, pues, una expedición contra la ciudad de Zamora, capital de los gallegos, a la cabeza de más de cien mil hombres, y tuvo lugar una batalla entre él y Ramiro, rey de los gallegos, en Xawwal del 327 [julio-agosto 939], como hemos dicho ya. Fueron los musulmanes quienes al principio llevaron ventaja (en la pelea); pero después de haber sido atacados y de haberse visto obligados a retirarse, los cristianos volvieron a la carga e hicieron a los musulmanes, que habían atravesado el "Foso" (al-handaq = Alhandega), cincuenta mil muertos. Se dice que fué Umaiya ben Ishaq quien impidió a Ramiro que persiguiera a los sobrevivientes del ejército musulmán; le puso en guardia contra una emboscada posible y le aconsejó que era mejor apoderarse de las riquezas, de las armas y de las tiendas del campamento musulmán; sin su intervención el ejército musulmán entero hubiera sido aniquilado.

Más tarde, Umaiya pidió el amán a Abd al-Rahman III y escapó del territorio de Ramiro. El soberano le favoreció con la mejor acogida.

Del *Kitab al-Rawd al-Mitar* de Abd al-Munim al-Himyari (Según versión francesa de Lévi-Provençal: La péninsule ibérique au Moyen Age, 121).

## OTRA VEZ BIZANCIO Y CORDOBA

*El Imperio Bizantino y Al-Andalus constituían las dos grandes potencias del Mediterráneo, tenían los mismos enemigos en los reinos musulmanes africanos y por ello mantenían amistosas relaciones. El gran erudito Al-Maqqari describe aquí la aparatosa recepción de los embajadores del emperador de Bizancio por Abd al-Rahman III. Su relato ayuda, además, a conocer el ceremonial palatino en la Córdoba de la primera mitad del siglo X y la importancia atribuída por los Omeyas andaluces a retóricos y poetas.*



"Tan pronto como se enteró el califa Al-Nasir del desembarco en Pechina de los embajadores enviados por el emperador griego, empezó a hacer preparativos para su recepción, pues pensaba recibirlos con todos los honores debidos y con el mayor aparato posible. Por esto envió órdenes a Yahya ben Muhammad ben Layt y a otras personas distinguidas de su corte a fin de que inmediatamente acudieran a Pechina y atendieran a los embajadores, y cuidaran de que no les faltase ninguna cosa necesaria para el viaje a la capital. Cuando se aproximaron a Córdoba, varios generales, seguidos de sus respectivas tropas, completamente armadas y equipadas como si fueran a la guerra, salieron a su encuentro. Y cuando ya estaban muy cerca, dos de los jefes eunucos de Abd al-Rahman se adelantaron hacia ellos, con órdenes de tratarlos con el mayor respeto y atención, demostrándoles cuánto deseaban honrarles; ya que los eunucos en aquella época eran de los funcionarios más elevados de la corte, exclusivamente empleados en el servicio del califa y de su harén, y tenían además el palacio a su custodia. Los embajadores y su séquito fueron alojados en una casa de campo que pertenecía al emir Al-Hakam, presunto heredero de la corona y se hallaba situada en el suburbio de la otra orilla del Guadalquivir (en la Al-Munya de Nasar).

No se permitió a nadie, noble ni plebeyo, visitarlos ni mantener ninguna comunicación con ellos. Un cierto número de chambelanes, de entre los servidores principales de la casa del califa, fueron encargados de apartar a los que buscaran aproximarse a los mismos. Además se colocó a la puerta de la Al-Munya una guardia de 16 hombres, que se relevaban de cuatro en cuatro, día y noche. Abd al-Rahman dejó entonces el palacio de Medina Al-Zahra, donde estaba viviendo a la sazón y se dirigió al de Córdoba. Señaló para la audiencia el sábado 11 del mes de Rabi Awal del año 338, fijó la sala abovedada de su palacio de Al-Zahra para que tuviera lugar y se enviaron las órdenes necesarias para que concurrieran, a la inmediata ceremonia, altos funcionarios del Estado y los jefes de las tropas. El salón se decoró espléndidamente y en medio se levantó un trono brillante de oro, resplandeciente de joyas. A la derecha del trono se colocaron cinco de los hijos del califa en el orden siguiente: su hijo mayor Al-Hakam, heredero presunto, Abu Allah, Abd al-Aziz, Al-Asbag y el último Marwan. A la izquierda del califa se situaron sus otros hijos: Al-Mundzir, Abd al-Jabbar y Sulayman. Abd al-Malik, como estaba entonces enfermo, no acudió a la ceremonia. Después de los príncipes estaban los visires, cada uno en su puesto a la derecha y a la izquierda del trono. Después los chambelanes, los hijos de los visires, los libertos del califa y los oficiales de su casa. El patio del palacio había sido previamente arreglado con magníficas alfombras y tapices, y se colocaron sobre todas las puertas y arcos, tejidos de seda de maravillosa factura.

En seguida entraron en el salón los embajadores y se quedaron asombrados ante la magnificencia desplegada por el califa al mismo tiempo que de su gran poder. Avanzaron entonces unos pasos y presentaron la carta

que traían de su señor, Constantino, hijo de León, soberano de Constantina la grande (Constantinopla). La carta estaba escrita en griego sobre un papel azul pálido y con letras de plata, y contenía la lista y descripción de los objetos que el Señor de Constantinopla enviaba al sultán. Sobre la carta había un sello de oro, que pesaba cuatro mizcales; en una de sus caras se veía la efigie del Mesías, y en otra, las del emperador y su hijo. La carta iba metida en un saco de tela de plata, guardado en una caja de oro con un retrato de Constantino ejecutado sobre cristal. Y todo iba encerrado en una arqueta cubierta con un tisú de oro y plata. En la primera línea de la introducción se leía: "Constantino y Romanus, fieles al Mesías y reyes de los griegos", y después: "Al grande en dignidad y poder, y que merece más, al noble califa Abd al-Rahman, que manda a los árabes de Al-Andalus. ¡Que Dios prolongue su vida!"

Queriendo hacer la ceremonia lo más solemne posible, el califa ordenó que todos sus oradores y poetas asistieran a ella, para que pudieran, en presencia de los embajadores griegos, dirigirse a la asamblea, a fin de cantar las glorias y el esplendor del imperio árabe de Abd al-Rahman y la consolidación del califato bajo su reinado. Para ello había advertido a su hijo y sucesor Al-Hakam para que eligiera, entre los poetas de su corte, al que, por estar acostumbrado a ello, pudiera dirigirse a tan noble reunión.

Al-Hakam encomendó a Saqi Muhammad ben Abd al-Barr Al-Kasiniani que preparase un discurso para el momento solemne. Ben Abd al-Barr era quizá la persona más adecuada para tal misión, ya que era un hombre de inmensos conocimientos retóricos y muy conocedor del idioma árabe. Se preparó a fin de cumplir su cometido y salió para la ceremonia. Escasamente había empezado su discurso cuando la contemplación de tan imponente asamblea, el silencio profundo que todos mantenían y el esplendor y magnificencia que rodeaban al trono del califa, hicieron en él tal impresión que vaciló, se le pegó la lengua al paladar, no pudo articular una sola palabra y cayó sin sentido al suelo. Inmediatamente se encargó el discurso a Ben Ali Ismail Abu-l-Qasim Al-Qali Al-Bagdadi, el autor de los Amalí (dictados) y Alnuwadir (novedades), entonces huésped del califa, hacía poco venido del Iraq y al que se reputaba como un príncipe en la ciencia de la retórica y un océano del lenguaje. "Levántate" le dijeron y "levanta al hombre caído". Abu-l-Qali se levantó y empezó a dirigirse a la asamblea. Agradeció y alabó a Alá como merecía, invocó su bendición sobre el profeta Mahoma, pero de repente, se paró por falta de una palabra que no se le ocurría y puso fin a su peroración".

Esta es la relación que del suceso hace Ben Hayyan. Ben Jaldun dice que fué Abu Ali el primero que recibió instrucciones para dirigirse a la asamblea y que marchó a palacio con el discurso preparado. Y esto lo corrobora también Ben Hakam, autor de Muttmah. Pero como Ben Hayyan deriva su información de hombres que estuvieron presentes en la ceremonia, no dudamos en darle preferencia. Pero lo que parece cierto es que cuando



Mundzir ben Said se dió cuenta del fracaso de Abu Ali Al-Qali se levantó y tomando el asunto donde el orador desgraciado lo dejó, hizo un discurso, compuesto de prosa y verso que hasta hoy se considera como una composición literaria no igualada, y Abd al-Rahman quedó tan satisfecho de ella que lo nombró predicador de la mezquita mayor y algún tiempo después, cuando quedó vacante la plaza de juez supremo de Al-Andalus por muerte de Muhammad ben Isa, le designó para ese elevado puesto y le hizo, además, lector del Corán en la mezquita de Medina Al-Zahra.

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Según versión inglesa de Gayangos: The history of the mohammedan dynasties in Spain, II, 140).

## LAS AUTORIDADES DE CORDOBA

*Al-Andalus no conoció la organización municipal. Como en todos los demás países islamitas, las ciudades de la España musulmana carecieron de autonomía política y administrativa, no tuvieron jamás órganos propios de gobierno enraizados en la voluntad popular o de ella emanados y fueron gobernadas por autoridades designadas por el poder central, sin ninguna intervención de las comunidades urbanas, y sólo ante el soberano responsables. En la época califal, Córdoba, la mayor ciudad de Occidente, fué regida por una complicada jerarquía de oficiales a cuya cabeza se hallaban tres magistrados: El* Qadi-l-Chamaa, *cadí o juez de la comunidad; el* Sahib al-Suq, *zabazoque, inspector y juez de los mercados, y el* Sahib al-Madina, *zalmedina o gobernador de la ciudad. Cada uno de ellos disponía de los funcionarios subalternos precisos para el desempeño de sus magistraturas y el cadí de un cuerpo de consejeros llamados* muftíes. *Para mantener el orden en la ciudad había una* churta *o policía organizada en tres grados y regida por un prefecto o* Sahib al-Churta, *que acabó siendo comandante de la guardia y preboste encargado de aplicar las penas. Existía además, un cuerpo de guardias de policía urbana llamados* darrab. *Y la vigilancia nocturna estaba encomendada a serenos, con linternas y perros.*

### El Cadí o juez de la ciudad

Un ulema recuerda que Muhammad ben Baxir, para juzgar, se sentaba en un banco que estaba (adherido a la pared) en la parte de la alquibla de la mezquita de Abu Utzman y que su casa se hallaba en el derb (o calle) que está en la parte oriental de esa mezquita; que cuando se sentaba para juzgar hallábase solo, no se sentaba nadie a su lado; ponía la cartera (o el saco donde conservaba los papeles) delante, apuntando la

mayor parte de lo que tenía que escribirse con su propia mano. Los litigantes iban presentándose según el orden en que se inscribían en la nota que él personalmente tomaba. Se ponían de pie delante de él, presentaban sus argumentos y pruebas, e inmediatamente de alegar los contrincantes, decidía él la cuestión y ellos se marchaban. Abría la audiencia a la hora del alba y permanecía despachando los negocios hasta un poco antes del mediodía; luego, después de la oración del mediodía volvía a abrir la curia, hasta la oración de media tarde; pero en esta sesión vespertina no hacía más que examinar las pruebas; no admitía pruebas en otro tiempo, más que en ése; y no consentía fuera del lugar en que daba audiencia, que le hablaran de los pleitos, ni siquiera en su casa, ni leía escrito que tratara de estas cosas.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 67).

## El Sahib al-Madina o gobernador

Cuéntase de Abd al-Rahman ben Al-Hakam, que le fueron llegando repetidas quejas contra los zalmedinas que iba nombrando para la capital, y juró que no nombraría para ese cargo de la ciudad a hombre alguno de Córdoba. Para ello tomó informes acerca de quiénes eran dignos para el caso entre los clientes suyos que vivían en provincias, y se le recomendó a Muhammad ben Al-Zahim (por las bellas cualidades que lo adornaban), diciéndole que era hombre que había hecho la peregrinación a la Meca, y por lo demás, prudente y modesto. Hízole venir a la capital y le nombró zalmedina de Córdoba. El primer día que comenzó a ejercer su oficio, cuando ya estaba a caballo, dispuesto para ir al alcázar, se le dijo que habían encontrado un cadáver en la calle de Carniceros metido en una sera. Inmediatamente dió órdenes para que lo trajeran, y, al presentárselo (como no conocieran al muerto) mandó que lo descargaran en la calzada (del Guadalquivir), pues pudiera ser que allí (lugar, sin duda, de mucho tránsito) pasara por su lado alguien que le conociera. También ordenó que la sera se la trajesen, y, al presentársela, vió que era nueva: "Que vengan los estereros, dijo; no sólo los comerciantes que las venden, sino también los industriales que las trabajan". Una vez llegados todos, hizo que se le presentaran los principales, y les preguntó: "Las seras y capazos ¿se trabajan de manera que no se pueda saber cuál es la mano que los ha hecho, o pueden conocer unos las obras de los otros?" Ellos contestaron: "Suelen conocer unos las obras de los otros; nosotros distinguimos las obras de los provincianos de las que se hacen en Córdoba". Entonces dispuso que les mostrasen la sera, y (al verla) dijeron: "Esta es obra de fulano, que precisamente está ahí fuera entre los que han venido". Dispuso el gobernador que se le hiciera pasar; le expuso la sera y el hombre dijo: "Sí, efectivamente; la sera me la compró ayer un muchacho que llevaba el traje de los domésticos del sultán, de tales y tales señas". Y dijeron los de la policía y comerciantes: "Esas señas son las de fulano, el Mudo". La policía se echó sobre su casa, la registraron y encontraron los vestidos del muerto. Cuando tuvo noticias de ello Abd al-Rahman, lo nombró ministro, al propio tiempo que siguió de zalmedina, y tal prestigio alcanzó que, cuando entraba él en la sala del Consejo de Ministros todos ellos deferían a su parecer.



Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 55).

## El Sahib al-Suq o juez del mercado

Muad era juez de Córdoba el año 232, fecha en que ejercía de zabazoque de esa capital Ibrahim ben Husayn ben Jalid. Muad ben Utman en ese año casó o derogó la sentencia que el zabazoque había pronunciado contra los Banu Qutaiba, por virtud de la cual Ibrahim había de demoler las tiendas que éstos poseían. Realmente correspondía resolver esa causa a la privativa jurisdicción de Ibrahim ben Husayn ben Jalid; pero los faquíes de aquel tiempo: Yahya, Abd al-Malik y Zaunan, declararon públicamente que aquella providencia no se ajustaba a la doctrina legal, y pusieron claramente de manifiesto el error del zabazoque. El juez aceptó esa doctrina de los faquíes y derogó la sentencia de aquél.

El caso del crucificado a quien Ibrahim ben Husayn condenó injustamente es el que sigue:

En tiempo del monarca Muhammad ocurrió un hambre horrorosa; menudearon en ese año multitud de hechos criminales por espacio de mucho tiempo, debidos, sin duda alguna, a ser un año verdaderamente malo. Con este motivo se elevaron muchas quejas al monarca y tuvo que contestar a muchas consultas (que las autoridades le hacían) en procesos cuya sentencia era de pena de muerte, amputación de manos y cosas parecidas. Ejercía en aquel entonces el cargo de zabazoque de Córdoba Ibrahim ben Husayn ben Asim. El monarca recomendó a éste mucho celo y le aconsejó que se mantuviese en su puesto sin guardar muchas contemplaciones con los criminales; hasta le autorizó para que ejecutase las penas de amputación y crucifixión, sin necesidad de elevar la causa al soberano, ni consultarle, ni pedir autorización para ejecutar las penas. Con tales prevenciones, Ibrahim, ejerciendo de zabazoque en su curia, al traerle a un criminal a quien se acusaba de grave delito, solía decirle:

—Dicta tu testamento.

Y llamaba a unos ancianos, los cuales eran testigos de la última voluntad del criminal, e inmediatamente lo crucificaba y degollaba. Para ejecutar esas órdenes tenía allí delante una gran turba de verdugos.

Ocurrió, pues, que unos hombres trajeron a un mancebo, vecino de ellos, quejándose y ponderando mucho las fechorías que realizaba el mozalbete. Ellos no deseaban que se le aplicara gran castigo; figurábanse que el zabazoque le daría un buen escarmiento y que a lo más le metería en la cárcel.

El zabazoque dijo al más anciano y respetable de aquel grupo que había traído al muchacho:

—¿Qué pena merece ese chico a juicio tuyo?

El anciano contestó hiperbólicamente, en sentido figurado y exagerando mucho:

—Merece que le entregues a ésos.

Y señaló a los verdugos. Entonces Ibrahim ben Husayn dijo al anciano y al grupo de hombres que habían traído al muchacho:

—Marchaos.

Ellos se fueron. Y dirigiéndose al muchacho dijo el zabazoque:

—Dicta tu testamento.

—¡Oh, por Dios! —dijo entonces el muchacho—, no hagas tal; la falta que yo he cometido no llega a merecer la pena de muerte ni la de crucifixión.

—Los testigos —contestó el zabazoque— han declarado que la mereces.

Y lo mató y crucificó. Cuando los testigos se enteraron de lo que había sucedido, presentáronse de nuevo al zabazoque para decirle:

—Contra ese muchacho no se ha declarado aquí en la curia que haya cometido falta que exigiera la pena de muerte.

—¿Pues no ha dicho —replicó el zabazoque— aquel que ha declarado por vosotros, que el muchacho merecía ser entregado a los verdugos?

—No, señor —contestaron ellos—; aquello lo dijo por vía de comparanza.

—Pues, ese crimen —contestó el zabazoque— debe recaer sobre vosotros, por no haber sabido expresar lo que queríais decir.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 121, 220).

## LOS JUECES DE CORDOBA Y LOS BORRACHOS

*El califa Abu Bakr, en virtud de un divertido razonamiento, condenó a los borrachos a recibir ochenta azotes. Pero las rigideces de la ley musulmana fueron vanas en España. En ésta, el fruto de la vid placía por igual a los príncipes, a los grandes, a los cultos y al pueblo. En Al-Andalus se bebía en todas partes y se bebía sin recato, a pesar de las prescripciones de la ley coránica. Los extranjeros se asombraban de las proporciones alcanzadas por el uso y abuso del vino en la Península y de que en todas partes se bebiera sin tapujos y se disculpase a los borrachos. Los historiadores arábigo-españoles referían con naturalidad las libaciones de los emires y de los particulares. Los poetas cantaban al vino con la misma vena lírica que a sus amadas favoritas. Y hasta los jueces, encargados de perseguir a los borrachos, cerraban los ojos, indulgentes, ante tan deliciosos y justificables delitos.*



Un ulema me dijo lo siguiente: Ben Muhammad ben Ziyad cierto día andaba en compañía de Muhammad ben Isa Al-Axa, cuando se encontraron con un borracho que caminaba vacilante e inseguro por efecto de su borrachera. El juez Muhammad ben Ziyad mandó prenderlo para aplicarle el castigo que la ley religiosa impone al borracho. Los sayones del juez lo prendieron. Luego anduvo un poco y llegó a un sitio tan estrecho que tuvo que adelantarse el juez y quedar detrás Al-Axa. Al rezagarse e ir detrás del juez, Al-Axa se volvió hacia aquel sayón que había cogido al borracho y le dijo:

—El juez me ha dicho que sueltes a ese borracho.

El sayón lo soltó entonces. Luego se separaron ambos, tomando cada uno su dirección. Al acabar su paseo y entrar en su casa, el juez perguntó por el borracho, y le contestaron:

—El faquí Abu Abd Allah nos dijo que habíais ordenado que lo soltáramos.

—¿Y lo habéis soltado? — preguntó el juez.

—Sí — le contestaron.

—Bueno, bien — repuso el juez.

☆

Lo que se cuenta de la conducta de los jueces andaluces en esta materia, es decir, el que los jueces cerraran los ojos para no ver a los borrachos, y su evidente negligencia en castigarlos y hasta la excesiva benignidad con que los trataban, no me lo explico de otra manera, visto que en Andalucía se hablaba de esas cosas en todas partes y se les excusaba el vicio, sino únicamente por la razón que voy a exponer: la pena que ha de aplicarse al borracho es, entre todas las del derecho musulmán, aquella que no está marcada taxativamente en el libro revelado; ni siquiera hay una tradición mahomética, admitida y segura; sólo consta que al Profeta le presentaron un hombre que había bebido vino, y el Profeta ordenó a sus compañeros que le aplicaran unos azotes por haber faltado a sus deberes; en virtud de esa orden le pegaron unos zapatazos y unos zamarrazos con las cimbrias de la mantilla (o bufanda que llevaban al cuello). Murió el Profeta y no señaló concretamente que debiera castigarse al borracho con una pena que estuviese formando parte del cuadro de las otras penas. Cuando Abu Bakr tuvo que intervenir en estas cosas, después que faltó el Profeta, pidió consejo o consultó con sus compañeros. Ali ben Abi Talib le dijo:

—Quien bebe, se emborracha; quien se emborracha, hace disparates; el que hace disparates, forja mentiras, y a quien forja mentiras, debe aplicársele la pena. Yo creo que deben darse ochenta azotes al que bebe.

Los compañeros aceptaron esta opinión de Ali. Los tradicionistas recuerdan que Abu Bakr, al tiempo de morir, dijo: "Lo único que me preocupa es

una cosa: la pena del que bebe vino, por ser cuestión que dejó sin resolver el Profeta, y es uno de esos asuntos sobre el cual no hemos pensado hasta después que murió Mahoma".

☆

Dice Ahmad ben Ubayda que un hombre que estuvo al servicio de Muhammad ben Salma y le solía acompañar cuando iba por la calle, le refirió lo siguiente:

Un día andando por la calle, el juez vió a un borracho y me dijo:

—Préndelo para aplicarle la pena con que la ley castiga la borrachera.

—¡Señor juez! —exclamó el borracho al oír esa orden—. Ven tu mismo y prémdeme. ¡Rediez!, si me tocas, te voy a arrear un sopapo que te sentará muy bien.

El juez, al ver el cariz que la cosa presentaba, se desvió del camino o dirección que el borracho llevaba, yéndose por otra parte. El juez me dijo luego:

—¿Has oído lo que decía el borracho? ¡Pardiez!, yo creo que es capaz de hacerlo. Gracias a Dios que nos hemos librado.

☆

Un día iba yo en compañía del juez Ahmad ben Baqi, a tiempo en que casi nos tropezamos con un borracho que iba delante de nosotros. El juez tiró de las riendas de su caballería y refrenó su marcha, esperando que el borracho advirtiera o notara que el juez estaba cerca y se largase apresuradamente; pero cuanto más lentamente iba el juez, el borracho se paraba más, hasta que el juez no tuvo más remedio que acercarse y darse por entendido. Yo pude notar, viéndole perplejo ante ese espectáculo y sabiendo que era hombre de muy blando corazón, la repugnancia que sentía en imponer a nadie la pena de azote, y dije entre mí:

—¡Ah caramba! A ver cómo te las compones para salir de este apuro, ¡oh Ben Baqi!

Y al acercarnos al borracho, le veo, con gran estupefacción mía, que se vuelve hacia mí y me dice:

—Mira, mira ese desdichado transeúnte que parece que ha perdido el seso.

—Sí —contestéle—; es una gran desgracia.

El juez se puso a compadecerse de él y a pedir a Dios que le curase la locura y le perdonara sus pecados.

☆



También cuenta Asbag lo siguiente: Estábamos un día en su casa, yo y su secretario Ben Husn, cuando se presentó un almotacén trayendo un hombre que olía a vino.

El almotacén le denunciaba como bebedor. El juez dijo a su secretario Ben Husn:

—Huélele el aliento.

Y el secretario se lo olió, y dijo:

—Sí, sí; huele a vino.

Al oír esto, pintóse en la cara del juez la repugnancia y el disgusto que esto le causaba e inmediatamente me dijo a mí:

—Huélelo tú.

Yo lo hice, y le dije:

—Efectivamente, encuentro que huele a algo; pero no percibo con seguridad que sea olor de bebida que pueda emborrachar.

Al oír esto, brilló en la cara del juez la alegría, y dijo inmediatamente:

—Que lo pongan en libertad; no está probado legalmente que haya cometido esa falta.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 125, 126, 208, 243, 244).

## EL CALIFA DE LOS CATORCE DIAS FELICES

*El siglo noveno había presenciado el batallar entre los españoles y sus dominadores. Habían sido aquéllos revolucionarios o mártires en Córdoba y rebeldes fuera de la capital de Al-Andalus, y habían mantenido largas discordias civiles donde, como en Sevilla y en Granada, sus fuerzas se equilibraban con las de los nobles orientales. Abd al-Rahman III sometió a todos los sublevados de las diversas razas, trató luego de juntarlos equiparándoles ante su autoridad y llamando, también, a los españoles al gobierno, se enfrentó luego con los cristianos del Norte y extendió su señorío a las plazas africanas del Estrecho. Su reinado fué glorioso, pero la nobleza árabe no se resignó a ser desplazada y le juzgó con dureza. Su obra tuvo sin embargo trascendentales consecuencias. Juzguemos del hombre que la llevó a cabo en las páginas que siguen.*

### Borrachera en la Corte

Muhammad ben Said, llamado Ben al-Salim, había reunido una gran fortuna gracias a haber desempeñado durante largo tiempo cargos importantes y Al-Nasir lo sabía. Muchas veces el príncipe le invitó sin éxito a hacerle partícipe de ella, porque era su soberano y podía, si quería, apoderarse de la

misma, aunque la generosidad de sus sentimientos le impedía hacerlo. Por ello dijo un día en su audiencia: "¿En qué pueden pensar ciertos cortesanos que, habiendo sido dotados por nosotros con largueza de los bienes de este mundo, se han puesto a amasar grandes riquezas sin cuidarse de nuestro servicio, que ven los grandes gastos a que nos obligan nuestros asuntos de gobierno y que encuentran en ellos, porque podemos llevarlos adelante, la tranquilidad de su situación y el gusto de la vida? Saben sin embargo que el Príncipe de los Creyentes (el califa) Umar ben Al-Jattab impuso a sus gobernadores la entrega de una parte de los beneficios que habían realizado en sus funciones y la hizo incorporar al tesoro. ¿Quién era ese jefe y quiénes eran aquellos a quienes se dirigía? Es un ejemplo digno de ser seguido". Ben Al-Salim sin responder se mezcló en la conversación como si no se hubiese referido a él.

Sin embargo, la cólera y la mala disposición de Al-Nasir (para con él) seguían creciendo. Un día que en una de sus audiencias acababa de recibir una copa de vino de mano de Ben Al-Salim, mientras cortaba una manzana con un cuchillo, exclamó: "Quisiera cortar igual la cabeza de quien yo sé que ha adquirido una gran fortuna en nuestro perjuicio y no entrega nada de ella al tesoro". Esta vez Ben al-Salim no dudó de que se trataba de él y todo cortado, levantándose ante su señor le habló así: "Príncipe de los Creyentes, hace tiempo que me aludes (en frases parecidas a las de ahora). He guardado silencio hasta aquí. Sí, lo declaro, tengo una gran fortuna, pero no es tal como tú la imaginas; y la he adquirido economizando y para hacer frente a posibles reveses, y no te daré de ella ni un dirhem. Discurres con exactitud, menos cuando declaras lícito (lo que no lo es). Alá no quiera que me tomes lo mío. Reclamaría contra ti" y aludiendo al Corán, terminó: "¡Las almas de los hombres están entregadas a la avaricia!" Entonces Al-Nasir, avergonzado bajó la cabeza, recitando las palabras sagradas: "Si le pides sus bienes y le apremias, mostraréis avaricia y Alá descubrirá vuestros odios". Después aproximándose a Ben al-Salim y hablándole amistosamente le tranquilizó de suerte que la reunión continuó en calma. Pero tal cortesano con el propósito de alejar el terror que le había sobrecogido se puso a beber demasiado. En vano-Al-Nasir le decía: "Despacio, Muhammad, no es posible hacerte entrar en razón". Llegó la ebriedad y nuestro hombre comenzó a vomitar. Los esclavos se precipitaron para llevarle una palangana y toallas, mientras Al-Nasir le sostenía la cabeza y le decía: "Desembaraza el estómago poco a poco". Ben al-Salim, al principio no distinguió la voz del califa de la de sus servidores, pero al volver la cabeza vió que era el príncipe mismo (quien le hablaba); entonces se arrojó a sus pies y se los besó exclamando: "¡Hijo de califas, qué grado de bondad tienes para conmigo!" y le dirigió toda clase de elogios, y le mostró muy viva gratitud. "Es justo, replicó el príncipe, que compense mi conducta de esta tarde para contigo, pagándote en agasajos el miedo que te he producido y en amabilidades mi dureza". Le hizo entregar un vestido



y Ben al-Salim voló a su casa. Al cabo de algunos días éste envió al califa cien mil dinares pequeños (equivalentes a un cuarto del dinar ordinario), que Al-Nasir aceptó, agradecido y que recompensó con otras altas funciones y hasta su muerte no cesó de mostrarse muy generoso con él.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 373).

## La nobleza hispano-árabe juzga a Abd al-Rahman III

El reinado de Abd al-Rahman duró cincuenta años con la mayor gloria y el poder más incontrastable, conquistando ciudades por Oriente y Occidente, combatiendo y venciendo a los cristianos, arrasando sus comarcas, y destruyendo sus castillos con tal fortuna, que jamás tuvo contratiempo, ni su estado sufrió detrimento alguno. A tal punto llegó su próspera suerte, que Dios le concedió la conquista de ilustres ciudades y fuertes castillos a la otra parte del mar, tales como Ceuta y Tánger y otras poblaciones, cuyos habitantes reconocieron su autoridad. Mandó a ellas alcaides y soldados que las mantuviesen, auxiliándolos con numerosos ejércitos y escuadras, que invadieron el país berberisco, venciendo a sus reyes, quienes se encontraron obligados a ocultarse, estrechados por todas partes, o a someterse arrepentidos, o a emprender la fuga. Todos pusieron en él su afecto; a él se dirigieron todas las inteligencias, y vinieron a favorecerle y ayudarle en sus guerras los mismos que antes formaban parte de sus enemigos, y habían puesto su conato en combatirle; pero retrocedió en su marcha, y su orgullo le extravió cuando el estado de su reino era tal, que si hubiera perseverado en su antigua energía, con la ayuda de Dios, hubiera conquistado el Oriente no menos que el Occidente. Pero se inclinó, Dios le haya perdonado, a los placeres mundanos; apoderóse de él la soberbia, comenzó a nombrar gobernador más por favor que por mérito, tomó por ministros personas incapaces, e irritó a los nobles con los favores que otorgaba a los villanos, tales como Nachda el de Hira y sus compañeros de la misma ralea. Dió a éste el mando de su ejército, y le confió los más arduos asuntos, obligando a los nobles de los tercios militares, a caudillos y visires a que estuviesen bajo sus órdenes y le prestasen entera obediencia. Era Nachda, como sus semejantes suelen ser, petulante, ligero y falto de inteligencia. Los guerreros principales y los jefes de los distritos militares pusiéronse de acuerdo para la derrota que ocurrió en la campaña del año 326, que llamaron la campaña del gran poder, por lo numeroso del ejército y los muchos preparativos que para ella se hicieron. Fué derrotado (el emir) de la manera más desastrosa. Los enemigos persiguieron a los musulmanes por todas partes durante algunos días, matándolos o haciéndolos prisioneros, sin que escapase sino una pequeña parte del ejército, que los jefes pudieron reunir bajo sus banderas y conducir a sus ciudades. Desde entonces no volvió a salir a campaña

personalmente, sino que se dedicó a sus placeres y a sus construcciones, en lo que llegó a un punto al que no habían llegado sus predecesores, ni alcanzaron después sus sucesores; contándose de él en este concepto muchas anécdotas que, por sobrado conocidas, no son de referir. Reunió una servidumbre de hombres eminentes y de ilustres literatos, como no habían reunido jamás otros reyes, siendo a la vez personas de purísima conducta y ejemplar vida.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 134).

### Parricidio califal

Cuando su hijo Al-Hakam ben Abd al-Rahman comenzó a crecer le hizo su heredero presunto. Ello excitó contra él la envidia de su hermano Abd Allah, que sostenido por sus partidarios quiso matar a Al-Hakam. Pero el complot fué descubierto y todos los complicados fueron ejecutados, y en cuanto al joven Abd Allah se cuenta que su padre le hizo sacar de prisión el día siguiente de la Fiesta de las Víctimas y le hizo ahorcar a su vista.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 377).

### Su cultura literaria

Una de las cartas que escribió por sí solo el emir Abd al-Rahman Al-Nasir fué la siguiente, dirigida a Ahmad ben Ishaq al-Quraxi, cuando se enojó con él, en ocasión en que estaba en Zaragoza, peleando con Muhammad ben Haxim Al-Tuchibi:

"Por benevolencia para contigo he procurado hacer todo aquello que he creído conveniente para ti; mas la natural condición tuya rechaza lo que no le es propio... Bien te cuadra la pobreza, así como las riquezas te ensoberbecen, porque nunca las has conocido, ni a ellas te encuentras acostumbrado. ¿Qué fué tu padre sino uno de los más innobles secuaces de Ben Hachchach, y qué has sido tú sino un vendedor de jumentos en Sevilla? Os acercasteis a mí, y os he acogido y amparado; te he ennoblecido y hecho rico, y nombré visir a tu padre, y le dí el mando de mi caballería y el gobierno de mi mejor frontera. Y sin embargo, no has ejecutado mis mandatos, has hecho poco caso de mí, y aspiras con todo eso al califato. ¿Por qué razón y en virtud de qué título de nobleza? Por vosotros dijo el poeta:

"Sois unos hombres despreciables, y no puede compararse el lino con la seda.

"Si sois de la tribu de Quraix, buscad esposas entre los quraixíes.

"Mas si sois coptos del Egipto, ¿por qué tales pretensiones?



"Pues qué, ¿tu madre no fué Hamduna la hechicera? ¿No fué tu padre el leproso? Tu abuelo ¿no fué portero de Hautsara ben Abbas, y no hacía soga y estera en su portal? Maldígate Dios, y maldiga a los que nos han engañado indicándonos que te tomásemos a nuestro servicio. Infame, leproso, hijo de un perro y de una perra, van a humillarte".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 138).

### Los catorce días felices de un califa

Al-Nasir murió al principio de Ramadan del 350 [oct. 961]. Se encontró una lista escrita de su mano y en la que señalaba por orden cronológico "Los días de mi vida en los que he disfrutado de una alegría pura y sin preocupación son tal día, de tal mes de tal año". El total era catorce. Que el hombre disipado juzgue lo que es el mundo y cómo faltan la seguridad y la estabilidad incluso a los que la vida ha colmado de sus favores. El califa Al-Nasir después de un reinado de cincuenta años, siete meses y tres días no había disfrutado más que de catorce días sin nubes...

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 383).

## EL ROMANCE Y LOS LATINADOS EN LA ARABIZADA ANDALUCIA

*Los conquistadores musulmanes constituían una minoría insignificante frente a los siete u ocho millones de españoles que hablaban latín o por mejor decir romance, y las catervas de inmigrantes islamitas que vinieron a España tras la invasión, no lograron alterar, sensiblemente, la proporción señalada. Su eficacia en el orden lingüístico fué además mínima, porque de entre ellos: unos, los orientales, hablaban árabe; pero otros, los africanos, recientemente sometidos al Islam, no conocían sino la lengua bereber de su región. Vinieron, además, a España muy pocas mujeres orientales. Los conquistadores y sus seguidores se casaron con españolas desde los días mismos de la conquista y de ellas aprendieron la lengua romance, que hablaron ya sus hijos como lengua materna. El habla de los dominadores fué difundiéndose de prisa entre los dominados, pero nunca llegó a ser adoptada por todos, en los primeros siglos del señorío islamita en la Península. Y en pleno período califal, mientras los nietos de los musulmanes eran bilingües —incluso los califas, que hacían chistes sucios en romance— y eran raros de entre ellos quienes hablaban bien el árabe —no era fácil por ello encontrar buenos predicadores para la mezquita mayor—, había aún muchos españoles islamitas que no poseían sino su lengua vernácula.*

El pueblo de Córdoba, coaligado, elevó quejas a Abd al-Rahman II, quejándose del juez. Tanto insistieron en las denuncias, que el soberano ordenó a sus ministros que instruyesen proceso acerca de la conducta del juez. Se dijeron de él una multitud de extravagancias, que indicaban que era incapaz del trato de gentes, y, sobre todo, que había olvidado las buenas costumbres que los jueces tenían cuidado de mantener en el ejercicio de sus funciones. Había en aquel entonces en la capital un anciano llamado Yanair, que sólo hablaba en romance, de tal prestigio por su honradez y sinceridad, que su testimonio hacía fe en actas notariales y judiciales; era popularísimo en Córdoba por sus virtudes y por sus ortodoxas doctrinas religiosas musulmanas. Los ministros le invitaron a declarar en aquel proceso; el anciano contestó en romance:

—Yo no le conozco a fondo y personalmente; pero sí he oído decir al pueblo que ése es un tío malvado.

Y para expresar esta idea, empleó un diminutivo romance tan significativo, que el monarca, cuando le fué comunicado por los ministros el texto de la frase, quedóse admirado y dijo:

—Verdaderamente, esa frase no la hubiera proferido un santo varón como éste, si la sinceridad no se la hubiese dictado.

Y destituyó entonces al juez.

☆

Un día, Said ben Sulayman estuvo juzgando en la mezquita hasta que transcurrió la primera parte del día. Luego se levantó y marchóse a su casa. Ya estaba a punto de entrar en ella, cuando el padre de Nasar el eunuco venía en busca del juez, rodeado por los guardias que lo solían acompañar. El no sabía hablar más que en romance, y gritó desde lejos en romance:

—Decidle al juez que se detenga, porque tengo que hablarle.

—Decidle en romance —contestó el juez— que el juez está cargado y molestado de estar despachando negocios en la curia. Al anochecer, cuando vaya a la mezquita a dar audiencias y resolver los asuntos públicamente ante el pueblo, que vuelva él y entonces entenderá, si Dios quiere, en ese negocio que tanto le urge.

☆

Varios ulemas me han referido que Sulayman ben Aswad era hombre algo bromista, de un cierto buen humor que casaba muy bien con su carácter y que a todos solía caer en gracia. Cuentan de él, acerca de este particular, un caso que recuerdan sucedió en su curia cuando actuaba como juez, y es el siguiente:

Había en su tiempo un adul (hombre bueno a quien se suele acudir para que informe como testigo en los pleitos o actos que se sustancian ante el juez) conocido vulgarmente por Ben Amar, el cual tenía la costumbre de ir a la curia o audiencia del juez y permanecer allí, impertérrito, constantemente sentado hasta que el juez levantaba la sesión. Este Ben Amar tenía una mula flaca que se pasaba todo el día royendo el freno a la puerta de la mezquita: el trabajo la había extenuado y el hambre la había enflaquecido. Un día se presentó una mujer ante el juez y le dijo en romance:



—¡Señor juez, atiende a ésta tu desdichada!

—Tú no eres mi desdichada —le contestó en romance—; la criatura más desdichada que he encontrado yo es la mula de Ben Amar, que se pasa todo el día royendo el freno a la puerta de la mezquita.

☆

Había en Córdoba un hombre (de raza española) que hablaba sólo el romance (y ni siquiera era musulmán), de esos rebeldes señores que se habían rendido por capitulación en las plazas fuertes que hasta entonces se habían mantenido independientes sin obedecer al monarca de Córdoba; este señor tenía una mujer noble musulmana, la cual imploró la protección del juez Aslam ben Abd al-Aziz. Este acogió su demanda y empezó a instruir diligencias en el asunto. Era en aquel entonces canciller del imperio Badr ben Ahmad, el cual gozaba de gran predicamento con Abd al-Rahman III. Apenas iniciado el proceso por el juez Aslam, presentóse Yala, de parte del canciller Badr, y le dijo.

—El canciller te saluda y te dice que a estos señores que hablan en romance (españoles no arabizados), los cuales solamente se han rendido o capitulado mediante pacto, no se les debe tratar con desdén; tú sabes perfectamente qué es lo que debe hacerse para cumplir lo pactado; convendría que no intervinieses entre ese español latinado y la esclava que está en su poder.

—Dile de mi parte —contestó Aslam— que estoy obligado, por todos los juramentos, a dejar todos los asuntos de la curia, para dedicarme exclusivamente a ejecutar, contra ese señor latinado, todo lo que manda la ley religiosa en favor de esa mujer libre musulmana que está en poder de ese hombre.

Yala se marchó; pero volvió inmediatamente a decir al juez:

—El canciller te saluda y dice: Yo no me opongo a que se cumpla la ley, ni siquiera considero lícito el hacerte tal recomendación o solicitud; sólo te ruego que cumplas lo que de derecho se debe a esos aliados con quienes el monarca ha pactado. Tú sabes muy bien las consideraciones que se les deben guardar, y eres hombre razonable que está muy enterado de lo que en tales casos se debe hacer.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 117, 136, 171, 227).

## LA MUJER HISPANO MUSULMANA

*De niña la mujer musulmana permanecía en el harén bajo la custodia de su madre y sólo rara vez, cuando vivía en una gran ciudad, frecuentaba la escuela, mientras no era núbil. Al llegar a serlo, comenzaba su vida de apartamiento y de misterio. Su padre o su tutor la casaban con quien no conocía antes del casamiento. El matrimonio era un contrato puramente civil y si, casada, era persona* sui juris, *sus casi teóricos derechos no le compensaban de la tortura de compartir el amor y la fortuna del marido con las otras mujeres legítimas que la ley coránica le autorizaba a mantener. El divorcio estaba regulado en favor del esposo. Este, si su riqueza se lo permitía, podía poseer el número de esclavas que gustase. Eran ellas compradas y vendidas libremente en los tristes mercados de seres humanos. Objetos de placer para sus amos, califas o magnates, alegraban sus orgías o sus fiestas; algunas lograban encender sus pasiones y adueñarse de sus corazones y de sus bolsas, y hasta, en ocasiones, llegaban a influir en la vida política a través de sus señores. A las veces el amor o el deseo movía a las mujeres musulmanas a burlarse de las rigideces de la ley y, con la ayuda de las celestinas de la ciudad, se entregaban en brazos de rendidos amadores. Los poetas cantaron a sus amantes o a las favoritas de los príncipes. Por ellos sabemos que los musulmanes españoles gustaban de las mujeres de curvas pronunciadas. Las rubias de Vasconia o de Galicia tenían éxito especial, y por ello los importadores de esclavas hacían pasar por cristianas a hábiles mujeres andaluzas. Algunas islamitas se ganaban la vida copiando coranes y libros de versos —consta que en el arrabal oriental de Córdoba había en la época califal 170 mujeres copistas—; otras, excepcionales, llegaron a adquirir la cultura necesaria para profesar la enseñanza, la medicina o el derecho o para ser secretarias o bibliotecarias y no faltaron, claro está, algunas poetisas.*

### Novias incógnitas

Muawiya ben Salih contrajo parentesco de afinidad con Ziad ben Abd al-Rahman, dando a éste en casamiento a su hija Hamida, de la que Ziad obtuvo descendencia. A Ziad le ocurrió un caso con su suegro Muawiya, suceso que entonces se divulgó y del que se ha hablado mucho; fué el siguiente:

Ziad quiso ver a su esposa cuando ésta se hallaba aún en casa de su padre, antes de ser conducida a casa de su esposo, cosa que algunos suelen hacer; pero a las mujeres (de casa de Muawiya) se les figuró que a éste, su suegro, no le gustaría la licencia que pensaba tomarse el recién casado, por lo cual únicamente le consintieron que fuera después de anochecido.



Ziad, a esa hora se metió en el zaguán; pero tuvo la mala suerte de que la caballería de Muawiya, que estaba allí se espantara y se armase con ese motivo un grande estrépito, cabalmente a tiempo en que Muawiya, su suegro, salía de casa para ir a la mezquita a hacer la oración. Al oír el ruido de la caballería se extrañó; pidió que le trajeran una lámpara y, al alumbrar, se encontró con que Ziad se había metido en el propio pesebre de la bestia, allá en uno de los rincones del zaguán. Muawiya, en vez de disgustarse, no dijo más que la siguiente frase:

—¡Hombre, hombre, yo creo que os debieran haber tratado con un poquito más de consideración!

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de Al-Juxani (Trad. Ribera, 44).

### Divorcio

Contaba Nasir ben Qais:

Cuando entré en casa del juez, se levantó éste para saludarme; luego se sentó y dijo a las personas que estaban a su lado:

—Señores, éste es el que, Dios mediante, me mantiene a mí y sustenta mi familia.

Después me preguntó acerca de la cosecha de aquel año, y yo le dije que las tierras del juez habían producido a razón de siete modios de cebada y tres modios de trigo. El juez dió gracias a Dios y le alabó, e inmediatamente se puso a hablar con aquel hombre y aquella mujer que tenía de visita. El hombre dijo al juez:

—Señor, ordena a esta mujer que se venga conmigo a mi casa.

La mujer se pegó al suelo y juró que no iría con su marido ni un palmo de terreno, y dijo ella al juez:

—Por aquel Dios que no hay otro que él, si me mandas que me vaya con ese hombre, yo me mato; y tú serás culpable de mi muerte.

Dice Nasir:

Cuando el juez oyó estas palabras de la mujer, volvióse hacia un señor que tenía a su lado, que creo era faquí, y le dijo:

—¿Qué te parece este caso?

—Si al juez no le consta —contestó el faquí— que ese marido trata mal a su mujer, debe obligar a ésta a que vaya con su marido, quiera ella o no quiera, a menos que el marido se conforme con separarse de ella mediante una indemnización u otra cosa que ella le ofrezca; pero si él se niega a consentirlo sin que ella le ofrezca indemnización, puede hacerlo; eso es cosa muy lícita, porque el marido puede despojar a su mujer hasta de los pendientes que lleva en sus orejas, si no le ha hecho ningún mal trato.

Al oír ese informe del faquí, dijo el marido:

—Por Dios, si ella es pobre y no tiene capital ninguno.

—Y si ella— dijo el juez— creyera que pudiese librarse de ti, dándote indemnización, ¿la dejarías ir separándote de ella?

—En ese caso sí que lo haría yo con mucho gusto —contestó el marido.

Dice Nasir:

Entonces el juez se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Has traído tú provisiones en este viaje?

—Sólo he traído un modio de trigo y dos modios de cebada — le dije yo.

En aquel instante vi que el juez estaba moviendo y dando vueltas a los dedos (como quien cuenta), y luego dijo:

—Provisiones para nueve meses y aún más.

Después dijo al marido:

—Toma lo que resta de mi cosecha en mi cortijo y deja en paz a tu mujer; de ese modo te verás libre de ella.

—Aceptaría esa oferta —dijo al oír eso el marido— si esas provisiones estuviesen en Córdoba.

—Ya veo —contestó el juez— que eres hombre que sabe aprovechar la ocasión.

El juez, entonces, puso las manos en tierra, se levantó, entró en una de las habitaciones de su casa y sacó una pieza de tela blanca de lana y se la entregó al marido, diciéndole:

—Esta pieza de tela está fabricada aquí en mi casa para que la pudiera usar este invierno; realmente puedo pasar sin ella; tómala y véndela, y con el precio que saques tendrás dinero para los gastos de transporte de mi cosecha a tu casa.

El hombre la tomó y dejó en libertad a su mujer. A mí me ordenó que le entregara aquellas provisiones; y no tuve más remedio que entregárselas.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 134).

## Insistencia femenina

Farach ben Salma me refirió el siguiente suceso:

Estaba yo presente en la curia de Aslam; una mujer había venido reclamando contra su marido la cuota legal que éste le debía; el juez Aslam dijo a Abu Abd Allah Muhammad ben Qasim:

—Señálale la cuota que deba corresponderla.

El (jurisconsulto) la fijó; pero la mujer no quiso aceptar esa cuota; le pareció poca la cantidad señalada y dijo:

—No hay aquí nadie que le diga a Dios...

Aslam, al oír la charla impertinente de esa mujer, pidió que trajeran los azotes e inmediatamente ordenó que le propinaran una azotaina, dándole los azotes en la cabeza. La mujer tapóse la cabeza con las mangas de su traje, hasta que la azotaina acabó. Al terminar, ésta dirigióse al juez diciendo:

—Al obrar así, señor juez, has hecho perfectamente; así hacen los jueces que son jueces por la gracia de aquel Dios que no hay otro que él...; pero... no puedo aceptar la cuota que se me ha señalado.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 242).



## Veneno de Reyes

Tarub, madre de Abd Allah, hijo de Abd al-Rahman, procuró aprovecharse de la influencia que ejercía sobre Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, para ver de lograr que obtuviese el trono su hijo Abd Allah. Además, también trataba de atraerse por medio de regalos a los palaciegos, tanto mujeres, como eunucos, y a la mayor parte de los servidores con el mismo propósito. Hasta Nasar (el eunuco) vino a detestar a Muhammad y decidirse en favor de Abd Allah; pero como Abd al-Rahman en los últimos años de su vida mostróse favorable a su hijo Muhammad, aquél pensó que su situación entonces se haría difícil y quiso matar a su señor para proclamar en seguida a Abd Allah y matar al propio tiempo a Muhammad. Al efecto, mandó llamar al médico Al-Harrani y le dijo: "Espero que me hagas el obsequio de serme útil con tu sabiduría y consejo". Aquél le contestó: "Tendré mucho gusto en poderte complacer" Dijo entonces Nasar: "Ahí van mil dinares; compónme el veneno de los reyes". Al médico le fué imposible desobedecer; cogió los mil dinares e hizo el veneno; pero al mismo tiempo mandó un mensajero a Fajar dándole cuenta de lo que pasaba y que evitara que el emir lo bebiera. Cuando Nasar tuvo el veneno aprovechó la primera ocasión para que Abd al-Rahman tomara aquella medicina en ayunas, y al presentársela en martes... Abd al-Rahman mandóle que se la bebiera Nasar y éste tuvo que bebérsela. Inmediatamente se fué a su casa, llamó a Al-Harrani y le contó todo angustiado lo que le había ocurrido. El médico dispuso que tomase en seguida leche de cabra; pero a pesar de darse prisa, murió.

Del *Iftitah al-Andalus* (Trad. Ribera, 61).

## El mercado de esclavas de Córdoba

Los mercaderes de esclavos, declara el muhtasib de Málaga, disponen de mujeres ingeniosas y dotadas de una gran belleza que poseen a la perfección la lengua románica y que saben vestirse como las cristianas. Cuando algún cliente que no es de la ciudad les pide una esclava recién importada del país cristiano, el mercader le promete que se la encontrará pronto y le hace desear vivamente la realización de su deseo; pero le va dando largas esperas de un día para otro, mientras entretiene su esperanza.

Al final le presenta una, asegurándole que se halla extenuada del viaje, ya que la acaban de traer del Norte. Al mismo tiempo se ha asegurado el concurso de un compadre, que pretende ser el dueño de la esclava y a quien

corresponde recibir el dinero. Le dicen que acaba de comprarla en la Frontera Superior y que la ha pagado muy cara, encantado, sin embargo, de poder traer una esclava de importación reciente y de poder presentarla como cosa rara. Una vez terminado el negocio los dos compadres se reparten el dinero con la esclava. Y ésta se va en seguida con su comprador al lugar de su residencia.

Caso de estar satisfecha del trato que recibe, aprovecha la situación para pedir que la liberte y se case con ella. En caso contrario, da a conocer su condición de mujer libre y lleva ante el oficial de la policía judicial de la localidad donde se encuentra sus documentos de istirá (es decir: los documentos que le habilitan para obtener la rescisión de un contrato) y los demás que acreditan, sin ningún género de dudas, sus derechos de mujer libre. El comprador, con el contrato de compra y con el acta que le obliga a concederle la libertad, vuelve entonces para hacerse reembolsar, por el vendedor, la suma pagada por la mujer. Pero el mercader de esclavos declara ignorar dónde vive el vendedor y dice sólo: "Era un hombre bien conocido como comerciante e importador de esclavas cristianas y de otros sitios". Y resultan vanos todos los esfuerzos del desgraciado, que pierde su dinero.

A un habitante de Elvira le sucedió una historia de esa naturaleza. Había jurado no casarse con una andaluza y no sabía cómo cumplir tal juramento. Fué entonces a Córdoba, capital de la España musulmana, sede de la realeza y metrópoli de la ciencia. Compró una esclava de una perfecta y sin igual belleza. Le hizo montar en una mula de su propiedad, la instaló sobre un tapiz de brocado y le hizo vestir un traje hecho con un tejido de seda de los que salían de las manufacturas reales, igual a los que llevaban a la sazón las hijas de los príncipes cristianos.

No podía entender su lengua extranjera sino por medio de un intérprete que le traducía sus deseos. El hombre se la llevó acompañada de un criado que guiaba la mula. La mujer no podía subir una colina o un montecillo ni atravesar un valle o un barranco sin manifestar su admiración por el paisaje que se desarrollaba ante sus ojos, lo que llenaba al hombre de creciente alegría.

Llegó al fin a su lugar natal; para evitar introducir de día a su esclava en la ciudad, la alojó en una casa de campo que poseía en las afueras. Ya de noche, la hizo entrar en Granada, y él mismo la precedió rápidamente a caballo, para llegar antes que ella a su casa, que hizo preparar para recibirla e instalarla.

En el arrabal de la ciudad vivía un fabricante de jaulas que tenía fama de pillo y de libertino, pero que habiéndose hecho viejo se había enmendado y vivía en su tienda. Su vida solitaria, su condición miserable y la pobreza de su país, le hacían velar con frecuencia: bien en su tienda, a la luz de la lámpara, bien fuera, a la luz de la luna. En cuanto lo vió la mujer, la antigua costumbre que tenía de burlarse y de bromear con él, la hizo decir (en árabe): "¡Pero este viejo libertino, vive todavía!" Levantó él



entonces la cabeza y mirándole, le replicó: "¡Una tal! ¿Ya has venido?" El servidor habiendo oído hablar a la mujer se asombró de su facilidad de palabra y cuando llegaron a la casa le contó lo sucedido a su amo. Lamentó éste la compra que había hecho y se disgustó por haber tirado su dinero en tan mal negocio. Envió entonces un amigo al fabricante de jaulas para interrogarle. "Pero esa tal —dijo éste— es una bribona, amiga de los sujetos poco recomendables y compañera de los perdidos". Informado exactamente, el comprador de la esclava quedó extraordinariamente perplejo, y empezó a pensar cómo podía desembarazarse de la mujer. Esta en cuanto se percató de las intenciones de su amo, ya enterado de sus costumbres licenciosas, le dijo: "No te atormentes por mi venida. Si temes por tu dinero, llévame a Almería, donde recibirás al venderme más de lo que por mí has desembolsado". Almería era entonces el puerto donde los navíos desembarcaban sus cargamentos y el punto de cita de los comerciantes y viajeros. El granadino siguió el consejo de la mujer, ésta conservó su vestido y continuó representando su papel, y en Almería fué vendida a un precio mayor del que por ella había pagado.

Pero sin los consejos de la supuesta esclava, dado el comportamiento perfecto que ella supo mantener durante el camino y en su casa, el desgraciado hubiera perdido su dinero y sus juramentos le hubieran conducido a tal desgracia.

Del *Manual del perfecto Sahib al-Suq o Zabazoque*
(Según la versión francesa de F. Lévi-Provençal, L'Espagne musulmane au Xème siècle, 192).

## Poesías a mujeres

### La hermosa en la orgía

Su talle flexible era una rama que se balanceaba sobre el montón de arena de su cadera, y de la que cogía mi corazón frutos de fuego.

Los rubios cabellos que asomaban por sus sienes dibujaban un *lam* en la blanca página de su mejilla, como oro que corre sobre plata.

Estaba en el apogeo de su belleza, como la rama cuando se viste de hojas.

El vaso lleno de rojo néctar era, entre sus dedos blancos, como un crepúsculo que amaneció encima de una aurora.

Salía el sol del vino, y era su boca el poniente, y el oriente la mano del copero, que al escanciar pronunciaba fórmulas corteses.

Y, al ponerse en el delicioso ocaso de sus labios, dejaba el crepúsculo en su mejilla.

Del príncipe omeya Marwan Ben Abd al-Rahman Al-Taliq "el amnistiado" (m. 1009).

### Castidad

Aunque estaba pronta a entregarse, me abstuve de ella y no obedecí la tentación que me ofrecía Satán.

Apareció sin velo en la noche, y las tinieblas nocturnas iluminadas por su rostro, también levantaron aquella vez sus velos.

Mas puse al precepto divino que condena la lujuria como chambelán que guardase las puertas de mi pasión, para que mi instinto no se rebelase contra la castidad.

Y así pasé la noche con ella como el pequeño camello sediento, a quien el bozal impide mamar.

Tal un vergel, donde, para uno como yo, no hay otro provecho que el ver y el oler.

Que no soy yo como las bestias abandonadas que toman los jardines como pasto.

De Ben Farach de Jaén, autor del *Libro de los Huertos* (m. 976).

### La visita de la amada

Viniste a mí un poco antes de que los cristianos tocasen las campanas, cuando la media luna surgía en el cielo.

Como la ceja de un anciano cubierta casi del todo por las canas, o como la delicada curva de la planta del pie.

Y, aunque era de noche, con tu venida brilló en el horizonte el arco del Señor, vestido de todos los colores, como la cola de las pavos reales.

De Ben Hazm de Córdoba (994-1063).

### Después de la orgía

Cuando, llena de su embriaguez, se durmió, y se durmieron los ojos de la ronda,

Me acerqué a ella tímidamente, como el amigo que busca el contacto furtivo con disimulo.

Me arrastré hacia ella insensiblemente como el sueño: me elevé hacia ella dulcemente, como el aliento.

Bése el blanco brillante de su cuello; apuré el rojo de su boca.

Y pasé con ella mi noche deliciosamente, hasta que sonrieron las tinieblas, mostrando los blancos dientes de la aurora.

De Ben Xuhaid de Córdoba (992-1034).

### La alcahueta

Alcahueta que hace gala de su oprobio, más encubridora que la noche para el caminante.

Entra en toda casa, y nadie sabe hasta qué punto penetra en ella.



Cortés, acogedora del que encuentra; sus pasos no molestan al vecino.

Su manto no se dobla nunca, más inquieto que bandera de combate.

Aprendió, desde que conoció su utilidad, la diferencia que hay entre crimen y astucia.

Ignora dónde está la mezquita, pero conoce bien las tabernas.

Sonríe siempre, es muy piadosa, sabe muchos chistes y cuentos.

Posee la ciencia de las matemáticas y la industria de hacer horóscopos y hechizos.

No puede pagarse zapatos de su bolsa, pero es rica en medio de la miseria.

Capaz sería, por lo suave de sus palabras, de unir el agua con el fuego.

De Abu Chafar Ahmad Ben Said (m. 1163)
(Trad. García Gómez, La poesía arábigo-andaluza).

### El gran pensador Ben Hazm juzga a las mujeres

"Yo he tratado a las mujeres en su intimidad y por eso estoy tan enterado de sus misterios, que de ellos sé lo que quizá no sepa ningún otro hombre, porque yo me crié dentro de sus habitaciones privadas y me eduqué con ellas, sin conocer más personas que mujeres, sin tratar con hombres hasta que llegué a la edad de la juventud. Ellas venían continuamente a besarme la cara, me enseñaban a leer el Alcorán, me recitaban muchos versos, me adiestraban en la escritura. De aquí que yo, desde que empecé a tener uso de razón, en los primeros años de mi infancia, no pusiese otro empeño ni trabajase con mi espíritu en otra cosa que en conocer bien las cualidades de las mujeres y en enterarme de cuanto les oía referir de sí mismas. Y como ya luego no he olvidado nada de lo que de niño vi que ellas hacían, acabé por concebir contra ellas una intensa antipatía instintiva y pésima opinión".

"El espíritu de las mujeres está vacío de toda idea que no sea la de la unión sexual y de sus motivos determinantes, la de la galantería erótica y sus causas, la del amor en sus varias formas. De ninguna otra cosa se preocupan, ni para otra cosa han sido creadas".

"En esta materia (del amor sexual) jamás pensé bien de nadie. Por natural temperamento he sido siempre muy celoso... Además nunca he cesado de escudriñar noticias femeninas y de procurar descubrir los secretos de las mujeres. Como ellas, por otra parte, tuvieron conmigo siempre gran familiaridad, confiábanme sus más íntimos secretos; de modo que, si no fuera porque se trata de cosas feas que Dios prohibe poner al descubierto, referir podría, en verdad, tales maravillas de la sagacidad y artes aviesas que para el mal poseen las mujeres, que dejarían atónito al más avisado. Pero, aunque

yo estuve siempre tan enterado de todo esto, bien sabe Dios —y con que El lo sepa me basta— que estoy por fuera y por dentro absolutamente limpio y puro de toda mácula en tal materia; tanto, que puedo jurar en Dios solemnemente que jamás desaté mi manto para un placer ilícito, ni mi Señor me habrá de tomar cuenta de pecado alguno grave de adulterio, desde que tuve uso de razón hasta el día de hoy".

Del TAUQ o Libro del amor y del AJLA o Libro de los caracteres y la conducta que trata de la medicina del alma de BEN HAZM, según la versión de Asín (Abenhazam de Córdoba, 39, 40, 222 y 223).

### Las mujeres andaluzas según Averroes

Nuestro estado social no deja ver lo que de sí pueden dar las mujeres. Parecen destinadas exclusivamente a dar a luz y amamantar a los hijos, y ese estado de servidumbre ha destruído en ellas la facultad de las grandes cosas. He aquí por qué no se ve entre nosotros mujer alguna dotada de virtudes morales: su vida transcurre como la de las plantas, al cuidado de sus propios maridos. De aquí proviene la miseria que devora nuestras ciudades porque el número de mujeres es doble que el de hombres y no pueden procurarse lo necesario para vivir por medio del trabajo.

Trad. Ribera: Disertaciones y opúsculos, I. 348.

## JURAMENTO DEL NUEVO CALIFA

*Como los emires y califas de Córdoba designaban libremente sucesor de entre sus hijos, tenía importancia extraordinaria la jura del nuevo soberano por sus hermanos, los funcionarios de la corte y del gobierno y por el pueblo. Por ello se la rodeaba de gran aparato. He aquí la descripción del reconocimiento del Al-Hakam II, a la muerte de su padre: Abd al-Rahman III.*

"Subió al trono Al-Hakam al-Mustansir Billah el día siguiente de la muerte de su padre, que fué jueves; cuidó con el mayor celo de mantener en buen orden el reino; expidió mensajes a las provincias, dándoles cuenta de su elevación al trono y pidiendo al pueblo que le prestara el juramento de fidelidad. A partir del citado día comenzó a cuidarse de la administración de su imperio, de poner en estado de defensa su reino, y mantener en sujeción sus fortalezas y el orden o disciplina de sus ejércitos. Primeramente tomó el juramento de fidelidad a los esclavos de su palacio, que eran los eunucos, llamados los grandes califas, como Chaafar, prefecto de la caballería y de la fábrica de tapices y otros de los más principales, quienes fueron



encargados de recibir el homenaje de sus inferiores y subordinados, pertenecientes a sus clases, y de otros. Hizo que vinieran a su presencia por la noche, además de éstos, los grandes catibes o secretarios, almocadenes o capitanes y oficiales, quienes les prestaron homenaje. Terminada la jura del personal de palacio, dió orden al mayor de su reino (a su primer ministro) Chaafar Ben Utzman que hiciera comparecer a su hermano uterino Abu Marwan Ubaid Allah, pues que su presencia era necesaria para la *baia*, sin que valiera excusa alguna; y mandó igualmente a Musa ben Ahmad ben Hudayr que fuera a buscar a su segundo hermano uterino Abu Asbag Abd al-Aziz. Ambos se fueron cada uno con un destacamento del *chund*, en busca de uno y otro príncipe, y los condujeron al palacio de Medina Al- Zahra. Envió además Al-Hakam algunos principales personajes con caballería para que condujeran al alcázar a sus otros hermanos, que a la sazón eran ocho. Todos llegaron a Al-Zahra por la noche, y fueron alojados, según sus categorías, en los pórticos de la casa real. Tomaron asiento (al día siguiente) en los salones de levante y de poniente; Al-Mustansir Billah ocupó el sillón del trono en el más amplio de los pabellones dorados de la parte oriental que había en el *sath al mumarrad*. Fueron los hermanos los primeros que se acercaron a él y le prestaron juramento, escucharon en silencio la lectura del texto de la *baia*, y se comprometieron (a observar) mediante los juramentos reglamentarios cuanto en ella se expresaba; después los visires o ministros, sus hijos y hermanos; a continuación los Sahib al-Churta y diversas clases de empleados. A derecha e izquierda del califa se sentaron sus hermanos, los visires y los primates, excepto Isa Ben Futays, que estaba de pie tomando el juramento al pueblo. Se observó el orden con arreglo al ceremonial que se usa en las grandes solemnidades. En el salón que presidía el califa estaban colocados en fila, a derecha e izquierda de la presidencia, los grandes eunucos hasta el extremo de la galería, ocupando cada uno el puesto que le correspondía, según su dignidad, vestidos de blancas túnicas en señal de duelo y con las espadas ceñidas sobre sus vestidos; seguían los esclavos eunucos con largas cotas de malla y espadas adornadas de pedrerías, situados en el sath en dos ordenadas filas. Los pórticos contiguos a éste estaban ocupados por los principales eunucos eslavos de la corte vestidos de blanco y con espada en mano. Inmediatos a éstos sus inferiores de las diversas clases de eunucos eslavos. Los seguían los arqueros, con sus arcos y carcajes a la espalda. A las filas de estos eunucos eslavos seguían los de los siervos cubiertos de pies a cabeza con límpidas armaduras y equipo completo. Comenzaba la formación de las tropas por la casa del *chund* y el orden por los siervos de infantería, esclavos negros, armados de corazas y vestidos de blancos cabás, con cascos eslavos en sus cabezas, y en sus manos escudos de varios colores y adornadas armas, colocados en dos filas que llegaban hasta el extremo del pórtico. Ante la puerta de *Al-Sudda* estaban formados los centinelas y soldados de la guardia, y por la parte de afuera de la puerta de la *Al-Sudda,* hasta la de las arcadas, los jinetes; a continuación de ellos

formaban la caballería de la guardia, las diversas clases del *chund*, los siervos y los arqueros, cuerpo tras cuerpo, hasta la puerta de la ciudad que da paso a la sahra o explanada de las afueras. Terminada la *baia* se dió licencia a la gente para que se retirara, excepto los hermanos del califa, los visires y empleados, que se quedaron en el palacio de Al-Zahra hasta que fué trasladado el cadáver de Al-Nasir, que Dios tenga piedad de él, al alcázar de Córdoba, para ser allí sepultado en la tumba de los califas".

"En el mes de Dzu-l-hicha del año 350, numerosa representación procedente de las provincias, se presentó a la puerta del califa Al-Hakam para prestarle homenaje y conseguir lo que deseaban; estaba formada por los toledanos y otros habitantes de las capitales y distritos del Andalus, que llegados al salón del califa, en presencia de todos los visires y del cadí Mundzir ben Said y principales personajes, se les tomó juramento y se hizo constar en las actas los testimonios".

Del *Nafh al-tib* de AL-MAQQARI, traducción M. Antuña (Anuario de historia del derecho español, 1929, VI, 131).

## ORDOÑO IV ANTE AL-HAKAM II

*Abd al-Rahman III había sido vencido por Ramiro II en Simancas en 939, pero primero la sublevación de Castilla con Fernán González y después las guerras civiles que estallaron durante los reinados de Ordoño III y Sancho I habían reducido a los cristianos a la impotencia. En 958 el conde castellano consiguió hacer proclamar rey de León, contra Sancho el Craso, a su yerno, Ordoño, el Malo, vástago de una rama segundona de la familia real leonesa. El príncipe depuesto se refugió cerca de su abuela la reina Tota de Navarra. Solicitó ésta la intervención califal para reponerle en el trono. Abd al-Rahman III logró, por medio de su embajador el médico judío Hasday ben Xaprut, que la navarra y el leonés vinieron a Córdoba a solicitar humildemente su apoyo. Sancho curó de su obesidad gracias a los remedios del hebreo y recuperó su corona con la ayuda de los ejércitos musulmanes. Fué entonces Ordoño, el Malo, quien acudió a la frontera en demanda de auxilio. Al-Hakam II había entretanto sucedido a su padre en Al-Andalus, y fué el nuevo califa quien recibió solemnemente al soberano desposeído. Obtuvo éste grandes promesas pero murió sin conseguir recuperar el reino perdido. He aquí un minucioso relato de su entrevista con Al-Mustansir Billah.*

### Un rey cristiano en Córdoba

Cuando Al-Hakam se enteró (de la llegada de Ordoño a Medinaceli) envió a su encuentro a los dos hijos de Aflah con un destacamento de



caballería. Llegados donde estaban Ordoño y su séquito, acamparon durante un día y luego marcharon con él a Córdoba. Al acercarse a ella, Al-Hakam mandó a Hixam Al-Mushafi con un numeroso ejército, preparado y armado como para la guerra. Cuando pasaron junto a las puertas Bab al-Sudda y Bab al-Chanan, Ordoño preguntó a uno de la escolta dónde estaba la tumba de Abd al-Rahman y al escuchar que se hallaba muy próxima a donde se encontraban, en el cementerio unido al palacio, se apeó del caballo, se descubrió, se acercó al sitio indicado y de rodillas oró durante largo rato. Después siguió caminando hacia la residencia que se le había designado: el palacio llamado Al-Nawrah (La Noria), para él alhajado con alfombras, cojines y toda clase de muebles. Sus órdenes se siguieron con todo cuidado y el rey cristiano y su séquito fueron tratados con honor y respeto.

En él pasó Ordoño el jueves y el viernes. El sábado Al-Hakam mostró interés por ver al cristiano y se hicieron inmediatamente los preparativos para la ceremonia. Se equipó a las tropas como para la guerra y se vistió espléndidamente a la guardia eslava. Se ordenó a los ulemas, teólogos, secretarios y poetas que aparecieran en el salón de audiencias, mientras se avisaba a los visires y altos funcionarios del estado para que estuvieran en sus puestos a la hora señalada.

Cuando llegó el momento (de la audiencia) Al-Hakam apareció en el trono en el salón oriental del palacio de Medina Al-Zahra, que se abría sobre la terraza. Tenía a cada lado a sus hermanos, sobrinos y demás parientes, y a los visires, cadíes, magistrados civiles, teólogos famosos y demás altos funcionarios, todos sentados en fila según su jerarquía y posición. Entre ellos estaba el juez supremo de Al-Andalus, Mundzir ben Zaid Al-Balluti.

Introdujo a Ordoño en el salón Muhammad ben Al-Qarim ben Tumlus. Vestía una túnica de brocado blanco, de manufactura cristiana, y una capa de la misma calidad y color y se cubría con una gorra adornada con costosas joyas. Ordoño se trasladó desde su residencia de Córdoba a Medina Al-Zahra acompañado de los principales cristianos de Al-Andalus: Walid ben Jaizuran, juez de los mismos, y Ubaid Allah ben Qasim, metropolitano de Toledo. Próximos ya al palacio, Ordoño hubo de seguir un camino a cuyos lados estaba formada la infantería, colocada en orden tan admirable que los ojos se quedaban asombrados por su uniformidad, y en tan apretadas filas que la mente se sorprendía de su número. Tal era la brillantez de sus corazas y armas, que los cristianos estaban estupefactos de lo que veían. Con la cabeza baja, los párpados entornados (por el asombro) y los ojos semicerrados (por lo mismo), llegaron hasta la puerta exterior de Medina Al-Zahra, llamada Bab al-Akuba (Puerta de las cúpulas), donde desmontaron todos los que habían ido a esperar a Ordoño. Sólo éste y su séquito siguieron a caballo hasta la puerta interior o Bab al-Sudda, en la que todos recibieron orden de apearse, a excepción de Ordoño y de Muhammad ben Tumlus, quienes pasaron la puerta todavía montados. Dejaron los dos las

cabalgaduras a la puerta del pabellón central del Sur, llamado Darr-al-jaudal (Casa de las piedras), situado sobre una alta plataforma, cuyos escalones estaban cubiertos de una tela de plata. En el mismo sitio había desmontado el rival y enemigo de Ordoño, Sancho, hijo de Ramiro, cuando vino a visitar a Abd al-Rahman Al-Nasir. Ordoño se sentó en la plataforma y su séquito delante de él, y allí esperaron la venia de Al-Hakam para poder pasar adelante. Ordoño marchó luego a pie y seguido por su séquito hasta la terraza. Llegados frente al salón oriental del palacio, donde estaba Al-Hakam, Ordoño se detuvo, descubrió su cabeza, se quitó la capa y permaneció algún tiempo en actitud de asombro y respeto, bajo la impresión de que se aproximaba al radiante trono del califa. Habiéndosele dicho que avanzara, lo hizo despacio entre las dos filas de soldados colocadas a lo largo de la terraza. Atravesó así ésta hasta la puerta del pabellón en que Al-Hakam estaba sentado. Cuando se halló ante el trono, se echó al suelo y permaneció algunos instantes en tan humilde posición; se levantó, avanzó unos pasos, se postró de nuevo y repitió tal ceremonia varias veces, hasta que llegó a poca distancia del califa. Le tomó y besó la mano, marchó luego hacia atrás sin volver la cara, hasta llegar a un asiento cubierto con una tela de oro, que había sido preparado para él a unos diez cubitos de distancia del trono real, siempre asombrado por lo imponente de la escena. Los condes de su séquito, a los que se había permitido la entrada a la presencia real, avanzaron, postrándose repetidas veces, hasta el trono del califa; les dió éste a besar su mano y retrocedieron en seguida para colocarse al lado de su rey. Entre ellos estaba Walid ben Jayzuran, que era, como queda dicho, cadí o juez de los cristianos de Córdoba y que actuó de intérprete.

Al-Hakam guardó silencio durante algún tiempo, para dar ocasión a Ordoño a serenarse y a sentarse, y cuando notó que el cristiano se había repuesto algo (de su emoción), rompió el silencio y dijo: "Bien venido seas a nuestra corte, Ordoño. Ojalá veas cumplidos tus deseos y realizadas tus esperanzas. Encontrarás en nosotros el mejor consejo y la más cordial acogida y mucho más de lo que esperas".

Cuando el intérprete explicó a Ordoño el sentido de estas benignas palabras, se reflejó en su rostro la alegría, levantóse, y besando el tapiz que cubría las gradas del trono: "Soy —dijo— esclavo del Comendador de los Creyentes. Confío en su magnanimidad, en su alta virtud busco mi apoyo y le otorgo pleno poder sobre mí y sobre los míos. Iré donde me ordenare, le serviré sincera y lealmente". "Nosotros te creemos digno de nuestras bondades —repuso el califa—; quedarás satisfecho cuando veas hasta qué punto te preferimos a todos tus correligionarios, y te alegrarás de haber buscado asilo entre nosotros y de haberte cobijado a la sombra de nuestro poder". Después de hablar de este modo el califa, Ordoño se arrodilló nuevamente, e implorando la bendición de Dios para el monarca, expuso su demanda en estos términos: "En otro tiempo, mi primo Sancho vino a pedir socorro contra mí al difunto califa. Realizó sus deseos y fué socorrido



como no se puede ser auxiliado por los mayores soberanos del universo. Yo también acudo a solicitar apoyo, pero entre mi primo y yo existe una gran diferencia. Si él vino aquí fué obligado por la necesidad; sus súbditos vituperaban su conducta, le aborrecían y me habían elegido en lugar suyo, sin que yo, Dios me es testigo, hubiese ambicionado este honor. Yo le había destronado y arrojado del reino. A fuerza de súplicas obtuvo del difunto califa un ejército que le restauró en el trono; pero no se ha mostrado reconocido por este servicio; no ha cumplido ni a su bienhechor ni a vos ¡oh Comendador de los Creyentes, mi señor! aquello a que estaba obligado. Por el contrario, yo he dejado mi reino por mi propia voluntad y he venido al Comendador de los Creyentes para poner a su disposición mi persona, mis gentes y mis fortalezas. Tengo, pues, razón al afirmar que entre mi primo y yo media una gran diferencia, y me atrevo a decir que he dado pruebas de más generosidad y confianza". "Hemos escuchado tu discurso y comprendido tu pensamiento —dijo entonces el califa—. Ya verás cómo recompensamos tus buenas intenciones. Recibirás de nosotros tantos beneficios como recibió tu adversario de nuestro padre, de feliz memoria: y aunque tu competidor tiene el mérito de haber sido el primero en implorar nuestra protección, éste no es motivo para que te estimemos menos ni para que nos neguemos a concederte lo que a él le dimos. Te conduciremos a tu país, te colmaremos de júbilo, consolidaremos las bases de tu poder real, te haremos reinar sobre todos los que quieran reconocerte como soberano y te enviaremos un tratado en el que fijaremos los límites de tu reino y del de tu primo. Además, impediremos a este último que te inquiete en el territorio que te tendrá que ceder. En una palabra: los beneficios que has de recibir de nosotros excederán a tus esperanzas. ¡Dios sabe que lo que decimos es lo mismo que pensamos!"

Después de hablar así el califa, Ordoño volvió a arrodillarse, y deshaciéndose en acciones de gracias, se levantó y abandonó la sala andando hacia atrás. Cuando llegó a otro departamento, dijo a los eunucos que le habían seguido que estaba deslumbrado y estupefacto por el majestuoso espectáculo de que había sido testigo, y viendo una silla en que el califa solía sentarse, se arrodilló ante ella. En seguida le llevaron ante Chafar, *hachib* o primer ministro. En cuanto vió a lo lejos a este dignatario, le hizo una profunda reverencia, queriendo también besarle la mano; pero el *hachib* se lo impidió, le abrazó, y, haciéndole sentar al lado suyo, le manifestó que podía estar seguro de que el califa cumpliría sus promesas. Después le mandó entregar los trajes de honor que el califa le regalaba; sus compañeros los recibieron también, cada uno según su categoría, y, saludando al *hachib* con el más profundo respeto, volvieron al pórtico en pos de su rey, quien encontró allí un caballo soberbio y ricamente enjaezado, de las caballerizas de Al-Hakam. Montóse y, con el corazón lleno de esperanza, volvió con los leoneses y con el general Aben-Tumlus al palacio que le servía de morada.

Poco después le enviaron, para que lo firmase, un tratado, por el cual

se comprometía a vivir siempre en paz con el califa, a entregarle su hijo García en rehenes, y a no aliarse con Fernán González. Lo firmó y entonces Al-Hakam puso a su disposición un cuerpo de ejército mandado por Galib. Además le dió por consejeros a Walid, juez de los cristianos de Córdoba; a Asbag ben Abd Allah ben Nabil, obispo de esta ciudad, y a Ubaid Allah ben Qasim, metropolitano de Toledo, después de ordenar a estos personajes —a quienes debía ser entregado García— que hicieran todos los esfuerzos posibles para atraer a los leoneses a la obediencia de Ordoño.

Del *Nafh al-tib* de AL-MAQQARI (Según versiones: inglesa de Gayangos, The mohammedan dynasties in Spain II, 160 y francesa de Dozy, Histoire des musulmans d'Espagne, ed. Lévi-Provençal, II, 177).

## CONSTRUCCION Y DESCRIPCION DE LA MEZQUITA DE CORDOBA

*Todavía desafía la acción de los siglos la mezquita mayor de Córdoba. Construída en el siglo VIII sobre el solar de una iglesia cristiana, en el XVI vió elevarse en su interior la nueva catedral cordobesa. Tal profanación no empece para que siga siendo el principal y más bello monumento que nos ha legado la España musulmana. En sus bóvedas de arcos resaltados ven hoy los estudiosos españoles y no españoles el origen de las crucerías góticas. Habrían pasado aquéllas de Córdoba a las mezquitas toledanas y de éstas a las iglesias mozárabes, habrían sido luego imitadas en las bóvedas alzadas bajo las torres de los templos románicos del Norte de España y del Oeste de Francia y habrían sido, al cabo, adoptadas en las primeras iglesias francesas ojivales. El relato de la construcción de la gran mezquita cordobesa y su descripción por los autores hispano-árabes son por ello páginas obligadas de toda historia de la España árabe. Todos los emires y califas la ampliaron y embellecieron a porfía y cuando se hundió el califato era uno de los más hermosos edificios del mundo. Los historiadores y geógrafos musulmanes tardíos la describieron con nostalgia y emoción.*

### Historia de su edificación y ampliaciones

Cuenta Al-Razi que el alfaquí Muhammad ben Isa, dijo:

Cuando los musulmanes conquistaron Al-Andalus, guiáronse por lo que hicieron Abu Ubayda y Jalid, con el beneplácito del Príncipe de los Creyentes, Umar ben al-Jattab, cuando expropiaron a los cristianos rendidos por capitulación la mitad de todas las iglesias que poseían, por ejemplo, de la iglesia de Damasco y de otras. Del mismo modo los musulmanes expropiaron a los mozárabes la mitad de la iglesia mayor, en el interior de Córdoba;



y edificaron en aquella mitad una mezquita aljama, quedando la otra mitad en poder de los cristianos, a los que les fueron demolidas las restantes iglesias.

Mas cuando se acrecentó el número de musulmanes en Al-Andalus, y floreció Córdoba, y se aposentaron en ella los príncipes árabes con sus ejércitos, aquella mezquita les resultó insuficiente y hubieron de colgarle tribunas, sufriendo la gente, a causa de la angostura, grandes molestias.

Cuando Abd al-Rahman ben Muawiya entró en Al-Andalus y habitó Córdoba, se interesó por el asunto de la aljama, cuidando de ensancharla y de perfeccionar su construcción. Llamó a su presencia a los mozárabes de Córdoba y les pidió la venta de la parte que poseían de la iglesia mencionada, remunerándoles por ello espléndidamente, en cumplimiento del pacto por el cual habían capitulado, y permitiéndoles la reedificación de aquellas iglesias de las afueras de Córdoba que les habían sido demolidas en el tiempo de la conquista. De esta manera abandonaron su parte, que el emir incorporó a la Gran Aljama.

Abd al-Rahman al-Dajil dió comienzo al derribo de la iglesia y a la edificación de la aljama en el año 169 [785-786]. Su construcción, una vez completas sus naves y cerrados sus muros, terminó en el año 170 [786-787]: todo en el espacio de solo un año. Se dice que la suma que gastó Abd al-Rahman, en el transcurso de este año, para la edificación de la aljama, fué de ochenta mil monedas de buen peso.

Con tal motivo Al-Balawi escribió:

"Por el amor de Alá, gastó ochenta mil piezas de oro y de plata en una mezquita que tiene por fundamento la piedad y sirve para la práctica de la religión predicada por Mahoma".

Hixam, hijo del anterior (emir), añadió al lugar desde donde se llamaba a la oración un minarete de cuarenta codos de alto, construyó detrás de la mezquita unas galerías donde las mujeres pudieran hacer sus plegarias, e instaló la fuente de las abluciones, situada al Este del *Chami*.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 378).

El emir Abd al-Rahman II dió orden de agrandar la gran mezquita de Córdoba. Se le añadió el espacio que se extiende desde las grandes pilastras de piedra que se alzan en el interior del edificio y que aparecen a los ojos de quien penetra en la mezquita hasta el fondo del santuario constituído por la trasera del *mihrab*. Para estos trabajos hizo reunir los materiales más ricos y empleó en la construcción un número considerable de hábiles obreros. Encargó la dirección de las obras al primero de los eunucos de su corte, Nasr, y a su colega Masrur, en su deseo de acelerar el fin de los trabajos, asegurando, sin embargo, su solidez. Alá le asistió con su ayuda, gracias a la cual alcanzó sus designios. El ensanchamiento se realizó como

deseaba (Abd al-Rahman). Designó también como inspector de los trabajos al cadí y encargado de la oración en Córdoba, Muhammad ben Ziyad. La parte añadida a la mezquita figura entre los más bellos monumentos que dejó tal príncipe.

Del *Chadzwat al-Muqtabis* (Según versión francesa. Lambert, Annales de l'Institut d'études orientales, Université d'Alger, II, 1936).

Abd al-Rahman ben Al-Hakam ben Hixam ben Abd al-Rahman al-Dajil añadió la parte ornada de pilastras que tiene cincuenta codos de largo por ciento cincuenta de ancho y ciento ochenta columnas. Su edificación fué terminada en Chumada I, 234 [diciembre 848].

El emir Muhammad ben Abd al-Rahman hizo perfeccionar los costados del edificio, los adornó de esculturas y edificó la *maqsura* (tribuna), a la que abrió tres puertas. Cuando esos trabajos estuvieron terminados, entró en el templo e hizo fervientes plegarias de varias *raqa*, lo que movió a Musa ben Said a decir:

"Lo he jurado por mi cabeza, el Imán acaba de manifestar su humildad, pero probando a la vez su piedad y su fortuna. Ha construído una mezquita que no tiene par en el mundo y ha rogado por mostrar su gratitud al señor del trono. Feliz aquel por quien el emir Muhammad ha intercedido en sus plegarias".

El emir Al-Mundzir ben Muhammad añadió al chami la sala del tesoro, donde depositó el dinero proveniente de las fundaciones piadosas, destinado a socorrer a los fieles; renovó el depósito del agua e hizo restaurar las galerías. Su hermano, el emir Abd Allah ben Muhammad, construyó un pasaje cubierto formado por arcadas unidas entre sí, que comunicaban el palacio y la mezquita por el lado oeste de la misma. Hizo también instalar una *sitava* (parapeto), que llevaba de la puerta del pasaje cubierto hasta el *mihrab*, y abrió una puerta que daba acceso a la tribuna por donde pasaba para acudir a la oración. Fué el primer príncipe Omeya de Al-Andalus que introdujo tal uso.

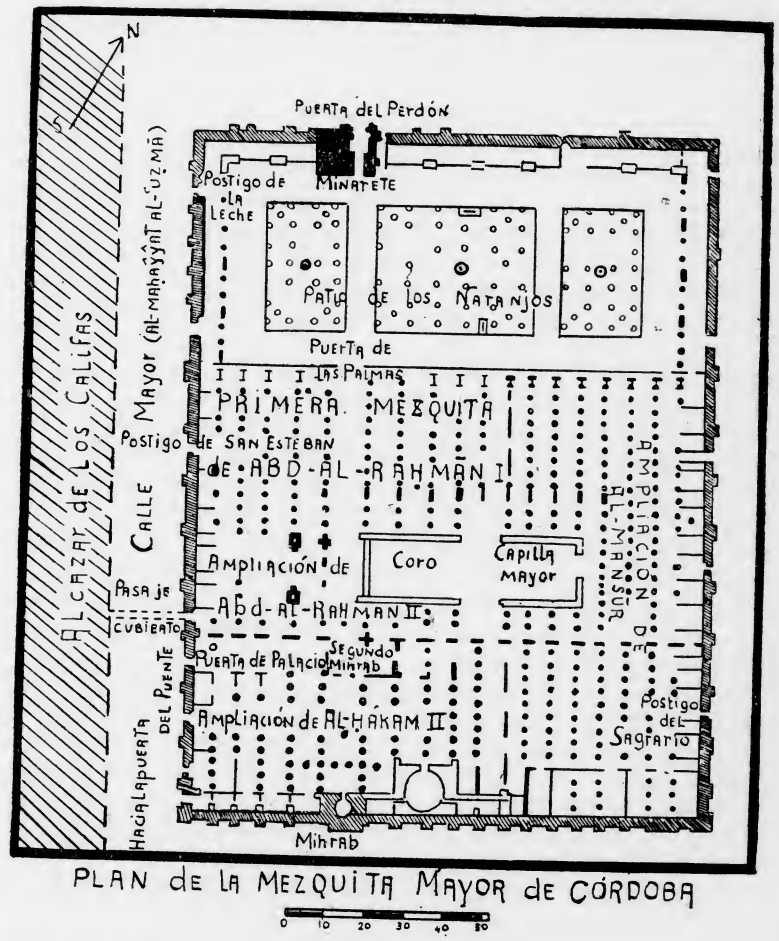
Son de Al-Nasir los ensanches bien conocidos de la mezquita, entre los que figura la gran arcada abovedada delante de la que se colocaban los *muezzines* el viernes para llamar a la oración.

Se pretende que Al-Nasir gastó para la construcción del minarete, la regularización de la mezquita y la construcción de la fachada de las naves, en número de once, siete modios y dos *kayl* y medio de *dirhemes qasimies*.

Desde su advenimiento al trono [Al-Hakam II] se ocupó de agrandar la mezquita principal de Córdoba y fué la orden (de emprender las obras) la primera que dió. Confió su ejecución a su canciller y principal oficial Chafar ben Abd al-Rahman Saqlabi, el 4 de Ramadan del 350 [16 octubre 961], al



día siguiente de su entronización, ordenándole en primer término que se procurase las piedras necesarias, por ser el elemento más importante para la construcción. Desde el mismo mes de Ramadan comenzó a llevarlas (a



PLAN de LA MEZQUITA MAYOR de CÓRDOBA

pie de obra). El palacio de Córdoba contaba con numeroso personal y su presencia obstruía fatigosamente la mezquita, insuficiente para contener tal muchedumbre, y por ello Al-Mustansir se apresuró a hacerla agrandar. Para trazar el plan (de la fábrica) y fijar los detalles de los trabajos, se trasladó al lugar mismo de la futura construcción acompañado de los jeques y arquitectos, que decidieron agrandar la mezquita desde la extremidad sur de la misma hasta la extremidad del patio, añadiéndole así once naves; es decir,

a lo largo de la dirección norte-sur, noventa y cinco codos, y a lo ancho, la extensión total del edificio. Suprimieron el pasaje cubierto empleado por el califa para ir desde el palacio a la oración, pasaje que terminaba al lado de la cátedra, en el interior de la tribuna.

En Chumada II [junio 965] fué acabada la cúpula que dominaba el *mihrab*, trabajo que formaba parte de las obras de ensanche de la mezquita.

Se comenzaron las incrustaciones de mosaico de tal edificio. Al-Hakam había escrito al rey de los rumíes (el emperador de Bizancio) y le había ordenado (sic) que le enviara un obrero capaz, a imitación de lo que había hecho Al-Walid ben Abd al-Malik con ocasión de la construcción de la mezquita de Damasco.

Los enviados del califa trajeron consigo al mosaísta y trescientos veinte quintales de cubitos de mosaico que el rey de los rumíes le enviaba de regalo. El príncipe albergó y trató con generosidad al mosaísta, junto al cual colocó a sus esclavos en calidad de aprendices. Trabajando con él, tales esclavos adquirieron una capacidad de invención que les llevó pronto a superar a su maestro. Trabajaron luego solos cuando el mosaísta, de quien se podía prescindir en adelante, regresó a su país, recompensado por el príncipe con magníficos regalos y ricos vestidos. Obreros hábiles venían de todas partes a trabajar en el monumento. En la segunda decena de Xawwal [9-19 octubre] Al-Hakam fué a caballo desde Al-Zahra a la mezquita y entró en ella para examinar las obras del ensanche de la misma y el estado de avance de las mismas. Hizo quitar las cuatro magníficas columnas, sin par en el mundo, que constituían las jambas del antiguo *mihrab* y las dejó aparte para volver a colocarlas en el nuevo, cuando los trabajos de construcción del mismo lo permitieran.

En Muharram 355 [28 diciembre 969] hizo colocar la antigua cátedra al lado del *mihrab* y erigió de nuevo la antigua *maqsura* (tribuna). En la Qibla del ensanche hizo levantar una tribuna de madera, esculpida interior y exteriormente, y coronada de una cornisa y larga de setenta y cinco codos, ancha de cuarenta y dos y alta, hasta su cima, de ocho codos. El ensanche y la tribuna fueron terminados en Rachab [junio-julio 966].

El agua comenzó a llenar los depósitos de la mezquita principal y las dos pilas de abluciones occidental y oriental. Era agua pura procedente de una fuente situada en la montaña de Córdoba, en cuya busca habían excavado la tierra. Era traída a la ciudad por una cañería de piedra, sólida y artísticamente construída, en la que se hallaban tubos de plomo para que el agua no se ensuciara. Comenzó a correr ésta el viernes 10 Safar [25 enero 987] y a propósito de tal suceso Muhammad (ben Mutarrif) ben Xujays dijo en una casida:

"Has roto los flancos de la tierra para encontrar raudales de agua, la más pura, que llevas al templo tanto para purificar los cuerpos cuando están



sucios, como para dar de beber a los hombres cuando están sedientos. Has hecho así a la vez, cosa extraordinaria, un acto glorioso y una buena obra en bien del pueblo, de quien eres pastor y protector".

Hizo construir al Oeste de la mezquita una casa de socorro que dedicó a la distribución de limosnas. Entre otros actos de beneficencia y buenas obras de Al-Hakam hay que citar la designación de maestros destinados a enseñar el Corán a los hijos de los enfermos y de los pobres en los alrededores de la mezquita y en los diversos arrabales de Córdoba.

Asignó sueldos a tales maestros y en su deseo de agradar a Alá les recomendó que desplegaran en su enseñanza los más sinceros esfuerzos. De esas diversas escuelas, estableció tres en torno a la mezquita mayor y veinticuatro en los arrabales de la ciudad. Refiriéndose a ellas, Xujays se expresó así:

"El atrio del gran templo tiene una corona formada de escuelas destinadas a los huérfanos de los alrededores. Si las suras del Corán pudieran hablar, te dirían que eres tú quien las lees y las recuerdas mejor".

La cátedra que hizo hacer Al-Hakam estaba incrustada de madera de sándalo rojo, de ébano, de marfil y de áloe; costó 35.705 dinares y se tardaron cinco años en terminarla.

Se encontró una nota escrita de mano de Al-Mustansir (que decía así): La edificación de la mezquita mayor comenzó el domingo 4 Chumada II 351 [19 julio 962]; se terminó en 355 [28 diciembre 965]; he gastado en ella 261.537 dinares y 1 1/2 dirhemes".

Entre los actos piadosos y meritorios, a los ojos de Dios, de Al-Mansur, se cita la edificación de la mezquita mayor, es decir, las adiciones con que la amplió en 377 [3 mayo 987]. En efecto, cuando creció la población de Córdoba, y como consecuencia de la inmigración de tribus venidas del litoral africano o de *Ifrikiya*, la ciudad llegó a ser inmensa, los arrabales y los otros poblados de los alrededores fueron insuficientes y la mezquita mayor fué demasiado pequeña para contener a los fieles. Al-Mansur se decidió, por ello, a agrandarla por el lado oriental, de donde tal ensanche era posible ya que no lo era por el lado de poniente, por la proximidad del ala occidental al palacio califal. El primer ensanche consistió en la adición de dos naves que se extendían de un extremo a otro de la mezquita a lo largo de la misma. Procuró especialmente en tal obra la solidez y la perfección de la fábrica y no la ornamentación de la misma, aunque la parte de la mezquita que se le debe no sea inferior en calidad a ninguno de los acrecentamientos sucesivos que se habían hecho al edificio, sin exceptuar los que fueron obra de Al-Hakam. El primer cuidado de Ben Abi Amir fué, de otra parte, tranquilizar a los propietarios de las casas y fincas vecinas a la mezquita cuya demolición era necesaria, comprándolas a un precio equi-

tativo o indemnizándoles por ellas. En el patio hizo abrir el gran pozo, que es tan ancho como la boca. Hizo arder cirios en la mezquita además del aceite antes empleado, aplicando simultáneamente los dos sistemas de iluminación. El número de columnas que soportaban el techo, las diversas partes de la construcción, la cúpula y el minarete, era de mil cuatrocientas diez y siete; entre grandes y pequeñas había doscientas ochenta arañas; había siete mil cuatrocientas veinticinco lamparillas y el peso de los velones de plomo de éstas era de alrededor de diez arrobas; el algodón necesario para las mechas durante el mes de Ramadan pesaba tres cuartos de quintal; se consumían anualmente alrededor de quinientas arrobas de aceite, de las que la mitad aproximadamente ardía sólo durante el mes de Ramadan. Este exigía tres quintales de cera y tres cuartos de quintal de algodón deshilachado para dar cuerpo a tal cera; el gran cirio que ardía al lado del Imán pesaba de cincuenta a sesenta libras, una parte del cual se consumía durante el mes sagrado y el resto en la noche del día 27. El número de los agregados al servicio del templo o que en él ejercían alguna función, imanes, lectores del Corán, intendentes, muezzines, porteros, faroleros, etc., era, en días de Ben Abi Amir, de ciento cincuenta y nueve. El consumo de perfumes en la noche del 27 de Ramadan ascendía a cuatro onzas de ámbar gris y a ocho onzas de madera de áloe.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 380, 377, 385, 392, 396, 413, 477).

## Inscripciones conmemorativas de obras en la mezquita de Córdoba

### Muhammad I

(Ha ordenado el emir —¡que Alá lo ilumine!— Muhammad, hijo de Abd) al-Rahman, la restauración de lo que él ha juzgado necesario en esta mezquita y su consolidación, con la esperanza de la retribución de Alá para su provecho y recompensa (en la vida futura) por esta obra. Y ella ha sido terminada... en el año 241 [855-56], con la bendición de Alá y su ayuda. Masrur y...

### Abd al-Rahman III

Ha ordenado el siervo de Alá, Abd al-Rahman, el Emir de los Creyentes, al-Nasir li-dini-llah —que prolongue Alá su existencia— la restauración de esta fachada y su consolidación a fin de dar mayor realce a las ceremonias del culto de Alá y guardar el carácter sagrado de sus moradas, con la esperanza de recibir en la vida futura mayor provecho y la más grande recompensa, dejando una noble traza y alto renombre. Y estos trabajos fueron terminados con la ayuda de Alá, en el mes de Dzu-l-hicha del año 346 [23 febrero-24 marzo 958], bajo los cuidados de su liberto, de su visir y su



intendente para las construcciones, Abd Allah, hijo de Badr. Obra de Said, hijo de Aiyub.

### Al-Hakam II

... *Corán*, II, 239... El imán al-Mustansir Billah, siervo de Alá, al-Hakam, Emir de los Creyentes —que Alá le haga cada día mejor— luego de haber sido asistido por Alá en la edificación de este *mihrab* ha ordenado su revestimiento de mármol, con el deseo de obtener una amplia recompensa y un noble lugar (en la otra vida). Este trabajo fué terminado bajo la dirección de su liberto y *hachib* Gafar, hijo de Abd al-Rahman —¡que Alá esté satisfecho de él!—, y bajo la vigilancia de Muhammad, hijo de Tamlij, de Ahmad, hijo de Nasr, de Jald, hijo de Haxim, sus prefectos de policía, y de Mutarrif, hijo de Abd al-Rahman el secretario, sus servidores, en el mes de Dzu-l-hicha del año 354 [28 noviembre-27 diciembre 965].

### Al-Hakam II

¡El imperio pertenece a Alá para la buena dirección (de las criaturas)! ¡Y que Alá bendiga a Muhammad, que ha cerrado la serie de los profetas! Ha ordenado al Imán Al-Mustanir Billah, siervo de Alá, Al-Hakam, Emir de los Creyentes —que Alá le favorezca— a su liberto y *hachib* Gafar, hijo de Abd al-Rahman —¡que Alá tenga piedad de él!— establecer esta comunicación hacia (para dar acceso a) su (propio) oratorio. Y (ésta) ha sido terminada con la ayuda de Alá, bajo la vigilancia de Muhammad, hijo de Tamlij, de Ahmad, hijo de Nasr, de Jald, hijo de Haxim, y de Mutarrif, hijo de Abd al-Rahman, el secretario. La alabanza (sea) para Alá!

(Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Inscriptions arabes d'Espagne. Leyden París, 1931; 1, 9, 10, 17).

## Descripción de la mezquita

En Córdoba es donde se yergue la célebre mezquita catedral, famosa en el universo, y que constituye uno de los más bellos monumentos del mundo, a la vez por su vasta superficie, la riqueza de su ornamentación, la perfección de su estructura y la solidez de su construcción. Los califas Marwaníes pusieron todo su empeño en la conservación de este edificio y realizaron en él ampliaciones y perfeccionamientos sucesivos, hasta tal extremo que acabó por constituir un conjunto monumental muy próximo a la perfección; y de tal calidad que las miradas no podían abarcar todos los detalles y que la descripción de sus bellezas tornóse una empresa casi impracticable. Esta mezquita no tiene par en los países musulmanes, tanto por su ornamentación como por sus dimensiones. La mezquita tiene de largo cien pasos, y ochenta de ancho. Una mitad del edificio se halla cubierta; la otra, que constituye el patio, se halla al raso. Diecinueve filas

de arcadas soportan la parte cubierta. El total de las columnas en el interior de la sala cubierta es de mil; en esta cantidad figuran, además de las columnas que sostienen las naves, aquellas, pequeñas y grandes, que soportan las cúpulas, y las que mantienen la gran *qibla* y las partes contiguas. El interior contiene ciento trece arañas destinadas a la iluminación: las más grandes tienen mil lámparas, las más pequeñas sólo doce.

(El cielo raso está íntegramente constituído por paneles de madera clavados sobre las vigas del armazón del techo). Toda la madera empleada en esta mezquita catedral es de pino de Tortosa. Cada una de las vigas tiene una altura de un buen palmo de sección, por un ancho de un palmo menos tres dedos; todas ellas tienen treinta y siete palmos de largo; el espacio existente entre cada una de ellas corresponde al espesor de una viga. (En cuanto a los paneles de los que ya hemos hablado, forman un *piso*, y los elementos de su decoración están dispuestos simétricamente, afectando una forma hexagonal o poligonal con elementos curvilíneos; se insertan unos en otros o son concéntricos). Les revisten pinturas, completamente diferentes unas de las otras; y cada panel forma un conjunto que se basta a sí mismo: por la belleza de su hermosura y por su elegante policromía, obtenida con la ayuda de pinturas de rojo cinabrio, blanco de albayalde, azul lapizlázuli, vermellón, verde, gris y negro de antimonio. Tales paneles atraen las miradas y suscitan la admiración; tan perfecta es en su ordenación decorativa y tan variada la combinación de sus colores.

La anchura de cada una de las salas cubiertas es de treinta y tres palmos; entre cada una de las columnas de la misma nave hay un espacio de quince palmos. Todas ellas tienen una base y un capitel de mármol.

Encima de cada dos columnas se eleva un arco admirable, cuyos arranques reposan sobre la cima del capitel de cada columna. Ese arco está coronado de otro, que se apoya en dos fuertes pilares de piedra tallada. Esa doble serie de arcos están construídos con piedras trabadas mediante cal y yeso. En su superficie han incrustado, a razón de seis por arco, claves de ladrillo que rodean las cuatro caras del arco, sobresalen de las mismas ligeramente y están revestidos de una pintura ocre. En el techo, el espacio comprendido entre cada dos de esos dobles arcos está recubierto por uno de los paneles ya descritos; encima del borde de cada panel corre un friso de madera en que están inscritos versículos del Corán.

Esta mezquita catedral está dotada de una *qibla* tan bella, que parece imposible intentar su descripción, porque es de una ordenación arquitectural y de una elegancia que sobrepasan lo imaginable. Allí se encuentran los paneles de mosaico formados de cubitos dorados y policromados que fueron enviados a Abd al-Rahman (III) al-Nasir li dini-llah por el emperador de Constantinopla la Grande. La fachada del *mihrab* está coronada de siete arcadas, que reposan sobre columnas y tienen una altura de una braza. Todos esos arcos han sido adornados a la manera de los godos; ni los musulmanes ni los griegos hubieran sido capaces de construírlos en un estilo



tan artístico y delicado. Coronando toda la fachada se hallan dos frisos epigráficos en cubos de mosaicos dorados, sobre un fondo de cristal azul celeste; encuadrando *mihrabs* secundarios a un lado y otro del *mihrab* principal.

Igualmente, encima de la serie de arcadas, corren dos inscripciones cuyos caracteres se destacan en mosaicos dorados sobre campo azul celeste. La fachada del *mihrab* está cubierta de numerosos adornos y de motivos esculpidos. En los pies derechos de su arco están cuatro columnas, dos verdes y dos de color gris aborregado, de valor inestimable. Cubre el interior del nicho un casquete de un solo bloque de mármol cubierto de adornos reticulados y de estrías, con ricos revestimientos de colores vivos: oro, azul celeste y otros varios tonos. Delante de la fachada del *mihrab* está reservado un espacio mediante una balaustrada en madera artísticamente esculpida con diversos motivos decorativos.

A la derecha del *mirhab* se alza el púlpito *(minbar)* sin pareja en todo el universo. Es de ébano, boj y madera de olor. Según cuentan los anales de la dinastía Omeya, fueron precisos siete años enteros para ejecutar la carpintería y la talla del mismo; se emplearon seis maestros en tal labor, los cuales tenían a su servicio diversos obreros; y cada uno de ellos recibía un salario diario de medio *mitzqal muhammadi* (la mitad de una moneda de oro).

A la izquierda del *mihrab* se abría una cámara que guardaba las piezas del mobiliario de la mezquita, tazones de oro y de plata y candelabros, todo lo destinado a la anual iluminación, con cirios, de la gran mezquita la noche del 27 de Ramadan. En tal cámara se conservaba además un ejemplar del Corán, tan pesado que eran necesarios dos hombres para alzarle; se habían incluído en él cuatro hojas del Corán que Utzman ben Affan —Alá le sea agradable— transcribió de su propia mano. Se ve en él todavía una gota de su sangre. Se saca este Corán del almacén donde se custodia cada viernes por la mañana. Están encargados de hacerlo dos funcionarios agregados al servicio de la mezquita, quienes lo transportan precedidos de un tercer servidor con un cirio en la mano. Tal Corán se conserva guardado en un estuche artísticamente trabajado y espléndidamente decorado. Una vez trasladado a la sala de la oración, se le deposita sobre un pupitre, el imán lee en él la mitad de un *hizb* y se le vuelve en seguida a su sitio habitual.

A la derecha del *mihrab* y del *minbar* se abre la puerta de entrada a un corredor abierto entre el muro interior y exterior de la fachada sur de la mezquita, que daba directamente acceso al palacio califal. Ocho puertas cierran ese corredor, cuatro que se abren desde el palacio y cuatro desde la mezquita.

La mezquita catedral tiene veinte puertas cubiertas de paneles de bronce, que a su vez ostentan adornos en forma de estrellas, fundidas en el mismo metal. Cada una de esas puertas está provista de un llamador muy bellamente trabajado. Los huecos de cada una en el muro exterior de la mezquita se

hallan encuadrados por motivos de marquetería policroma, formados mediante ladrillos rojos escoriados, siguiendo dibujos variados y temas eruditos, tales como el bordado de realce y el cordoncillo.

En lo alto de la mezquita catedral y alrededor de la misma, a fin de iluminar la sala cubierta y a fin de distribuir en ella la luz, se hallan losas horadadas de mármol, de alrededor de una brazada de largo, cuatro palmos de ancho y cuatro dedos de espesor. Tales losas están decoradas con motivos geométricos, octogonales o hexagonales, se hallan cinceladas y sus orificios responden a motivos ornamentales, diferentes en cada una.

En el Norte de la mezquita se alza un minarete de belleza notable, de proporciones grandiosas y de una forma y una planta extrañas. Su altura desde el suelo es de cien codos de los llamados *raxxasi,* ochenta hasta la plataforma donde se sitúa el *muezzin* y veinte desde ella hasta la cima. Se sube a lo alto de la torre propiamente dicha por dos escaleras, una instalada al Este y otra al Oeste. Están dispuestas de tal modo que si dos personas suben al minarete cada una por una escalera, después de separarse en el suelo, sólo se encuentran al llegar a lo alto. Las fachadas del minarete están revestidas por entero de piedras de toba, decoradas con esculturas de tipo geométrico, con frisos epigráficos y con marquetería policroma. Sobre las cuatro fachadas del minarete se advierten dos series de arcadas de herradura, sostenidas por columnas de mármol. El minarete contiene en su exterior y en su interior trescientas columnas. En lo alto de la torre se alza un linternón que forma una cámara con cuatro puertas abovedadas: dos *muezzines* pasan allí la noche. Dieciséis *muezzines* están adscriptos al servicio de la mezquita; dos de ellos sirven cada día en ella, por turno. El linternón está coronado de una cúpula, que lo está a su vez por cinco manzanas superpuestas, tres de oro y dos de plata, y por una serie de hojas cinceladas de metal. La más grande de tales manzanas podrá contener sesenta *ritl* de aceite.

Sesenta personas asisten al servicio total de la mezquita. Se hallan a las órdenes de un jefe de personal encargado de vigilarlas.

---

El alcázar de Córdoba está al Occidente de la ciudad; el solar que ocupa se extiende hasta la parte meridional y occidental de los muros (de la población). La mezquita catedral se alza en frente del palacio, al Este (del mismo). Los dos edificios se comunican por un pasaje alto, por bajo del cual se pasa cuando se sigue la calle mayor entre la mezquita y el palacio hacia la puerta del Puente.

La parte cubierta de las naves de la mezquita catedral, de Sur a Norte, era, antes de su ensanchamiento, de doscientos veinticinco codos, y su anchura desde el Oeste, de ciento cinco (léase ciento cincuenta) codos. Al-Hakam (II) "añadió por el lado del mediodía ciento cincuenta codos,



lo que llevó su largo a trescientos treinta codos. Muhammad Ben Abi Amir, por orden de Hixam (II) ben Al-Hakam, agrandó en seguida la mezquita hacia el Este, ensanchándola ochenta codos con lo que aquélla tuvo una anchura de doscientos treinta codos. Eran once sus naves (en tiempos de Al-Hakam), la central tenía dieciséis codos de ancho, las dos naves inmediatas al Este y al Oeste de la misma tenían catorce codos, las diez restantes once codos. El ensanchamiento (lateral) de Muhammad Ben Abi Amir implicó la construcción de ocho nuevas naves de diez codos de ancho cada una. El patio tenía de largo, de Este a Oeste, ciento veintiocho codos, y de ancho, de Sur a Norte, ciento cinco codos. La anchura de las galerías que rodeaban al patio era de diez codos. La superficie del edificio era, pues, de treinta y tres mil ciento cincuenta (sic) codos cuadrados. La mezquita catedral tenía nueve puertas, tres se abrían sobre el patio, al Oeste, al Este y al Norte; cuatro sobre las naves laterales, dos al Oeste y dos al Este, y dos puertas daban directamente a los palcos reservados para las mujeres en las galerías. El total de las columnas empleadas en todo el edificio es de mil doscientas noventa y tres. Son todas de mármol. Las cúpulas que cubren la *maqsura* de la mezquita son doradas, es también dorada la fachada mural del *mihrab* y los muros laterales; se ha aplicado oro en los intersticios de los cubos de mosaico. Las arañas de la *maqsura* son de plata pura. El minarete construído por Abd al-Rahman (III) ben Muhammad tiene hoy setenta y tres codos hasta lo alto de la cúpula horadada, en torno de la cual dan vueltas los *muezzines* (cuando llaman a la plegaria). Encima de tal cúpula hay manzanas de oro y plata. Entre el suelo y la plataforma de los *muezzines* hay cincuenta y cuatro codos. Cada una de las fachadas exteriores del minarete tiene al nivel del suelo dieciocho codos de lado.

En Córdoba hay, además, según cálculos seguros, cuatrocientas ochenta mezquitas.

Del *Kitab al-Rawd al Mitar* de ABD AL-MUNIM AL-HIMYARI (Según versión francesa de Lévi-Provençal: La péninsule ibérique au Moyen Age, 183).

## EMBAJADAS DE PRINCIPES CRISTIANOS ESPAÑOLES ANTE AL-HAKAM II

*En contraste con el gusto por la guerra de Abd al-Rahman III, Al-Hakam II amaba los libros y prefería a los guerreros los hombres de letras. El debilitamiento de la cristiandad peninsular por las luchas civiles que estallaron en el antes poderoso reino leonés, en la segunda mitad del siglo X, dieron al califa vagar sobrado para sus tareas literarias. Y el gobierno de León por un niño y una mujer, que facilitó el alzamiento de diversos magnates contra la regia autoridad, redujo a la impotencia al mayor enemigo de Córdoba. Ningún soberano cristiano pudo, pues, osar enfrentarse con*

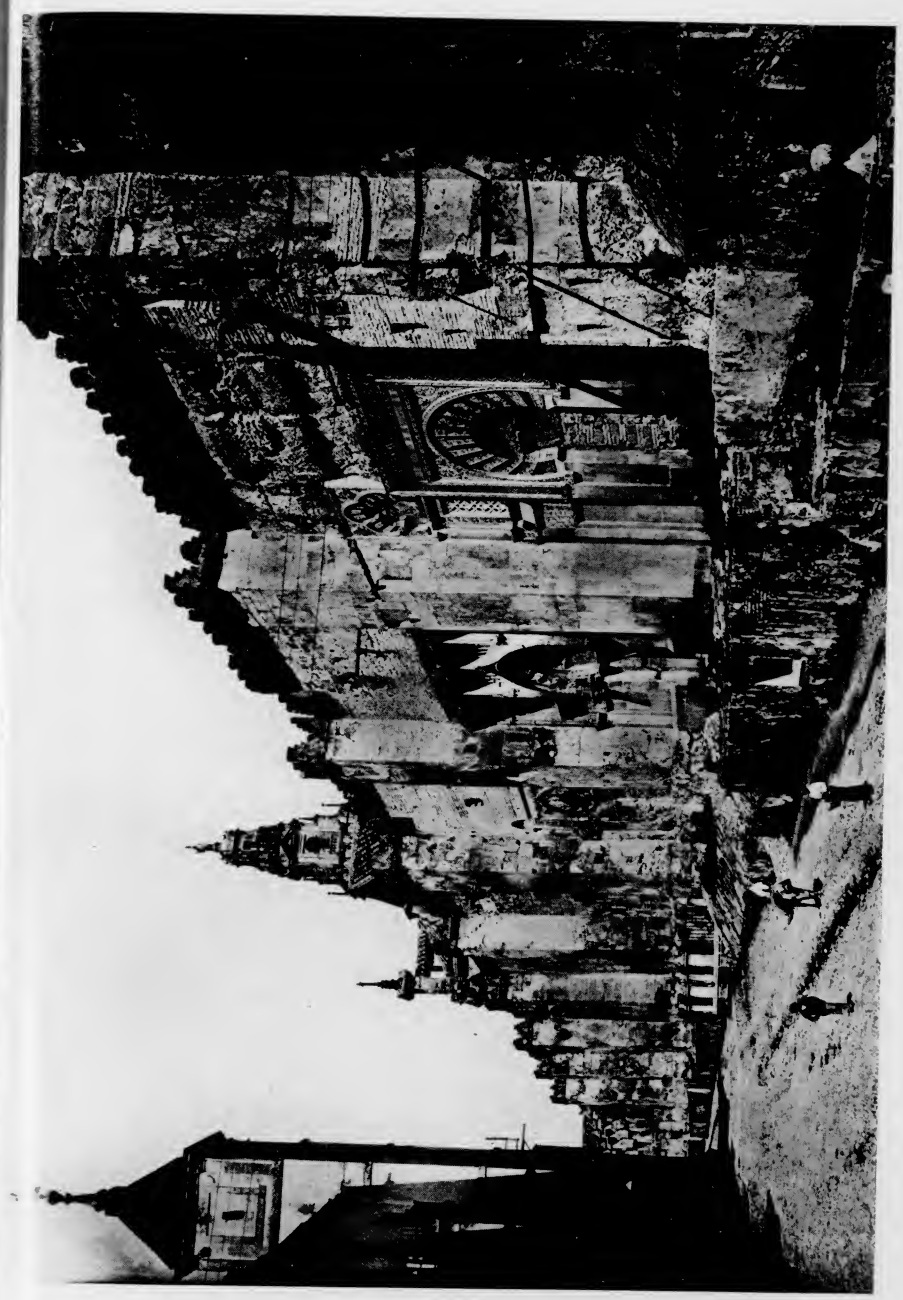
*Al-Hakam. Todos le rendían pleitesía y le enviaban embajadas. Con ellas llegaban también las de los condes rebeldes: los Gómez, los Ansúrez y los Velázquez. Para el califa tales misiones eran gestos de obediencia. La reina Elvira de León, que gobernaba el reino en nombre de su soberano Ramiro III, rechazó orgullosa tal concepto, y el conde de Castilla García Fernández, para mostrar que tampoco la aceptaba, atacó las fronteras de Al-Andalus. De los Anales de Isa al-Razi, contemporáneo de Al-Hakam, tomó Ben Hayyan la noticia de tales sucesos.*

### Recepción de los enviados de Borrel I de Barcelona

Sentado el califa, como de costumbre en tales casos, en el trono en la plataforma del salón oriental de audiencias, salón que daba a los jardines, fueron llegando los visires, quienes se sentaron por su orden, ocultándole a las miradas; de entre ellos por la parte de la derecha el visir y el caid Galib ben Abd al-Rahman, y debajo de él, Qasim ben Muhammad ben Tumlus, visir y prefecto (¿oficial?) de la familia (¿intendente de palacio?); a la izquierda prestaba el mismo servicio el visir y gobernador de Córdoba Chafar ben Utzman, y debajo de él el gobernador de Medina Al-Zahra Muhammad ben Afiah: en busca de los embajadores de Borrell salió Xahwar (Ben Abd al-Rahman) ben al-Xayyj, acompañado de un piquete del *chund*, y algunos de los principales cristianos de Córdoba, que habían de servir de intérpretes.

Al adelantarse Xahwar, ya los embajadores llevaban los regalos de Borrell para el califa, los cuales consistían, como se ha dicho, en 30 cautivos entre hombres, mujeres y niños, ¿con hermosos vestidos de seda y armas?: Xahwar condujo a los embajadores a sus asientos en las salas de estancia del *chund* (¿el cuerpo de guardia?) en Medina Al-Zahra, hasta que estuviese completo el preparativo de la audiencia del califa: dióse la orden de entrar, y entraron, yendo delante de todos el conde Bon-Fill..., y cuando ¿estuvieron? en la puerta de la sala en que estaba el trono, se postraron..., hasta que llegaron cerca del califa, cuya mano besaron..., y permaneciendo en pie, entregaron el escrito (¿de Borrel?); mirólos el califa, y abrió la conversación con preguntas acerca del estado de Borrell, su amo, y de su país, recordándoles el buen concepto de su pueblo para con él y su buena correspondencia: los embajadores dijeron lo que les plugo, y los intérpretes declaraban al califa lo que decían los embajadores y a ellos lo que éste decía; terminada la sesión, Xahwar ben al-Xayyj se marchó con ellos a la almunia de Nasr, el campamento, que se le había preparado para servirles con su gente; el califa dió orden de levantar las cadenas de los esclavos, para que fuesen conducidos a sus moradas, cuya orden fué cumplida.

El tesorero en Medina Al-Zahra, Ahmad ben Ibrahim, por haber sido



Córdoba. Mezquita. Fachada occidental.

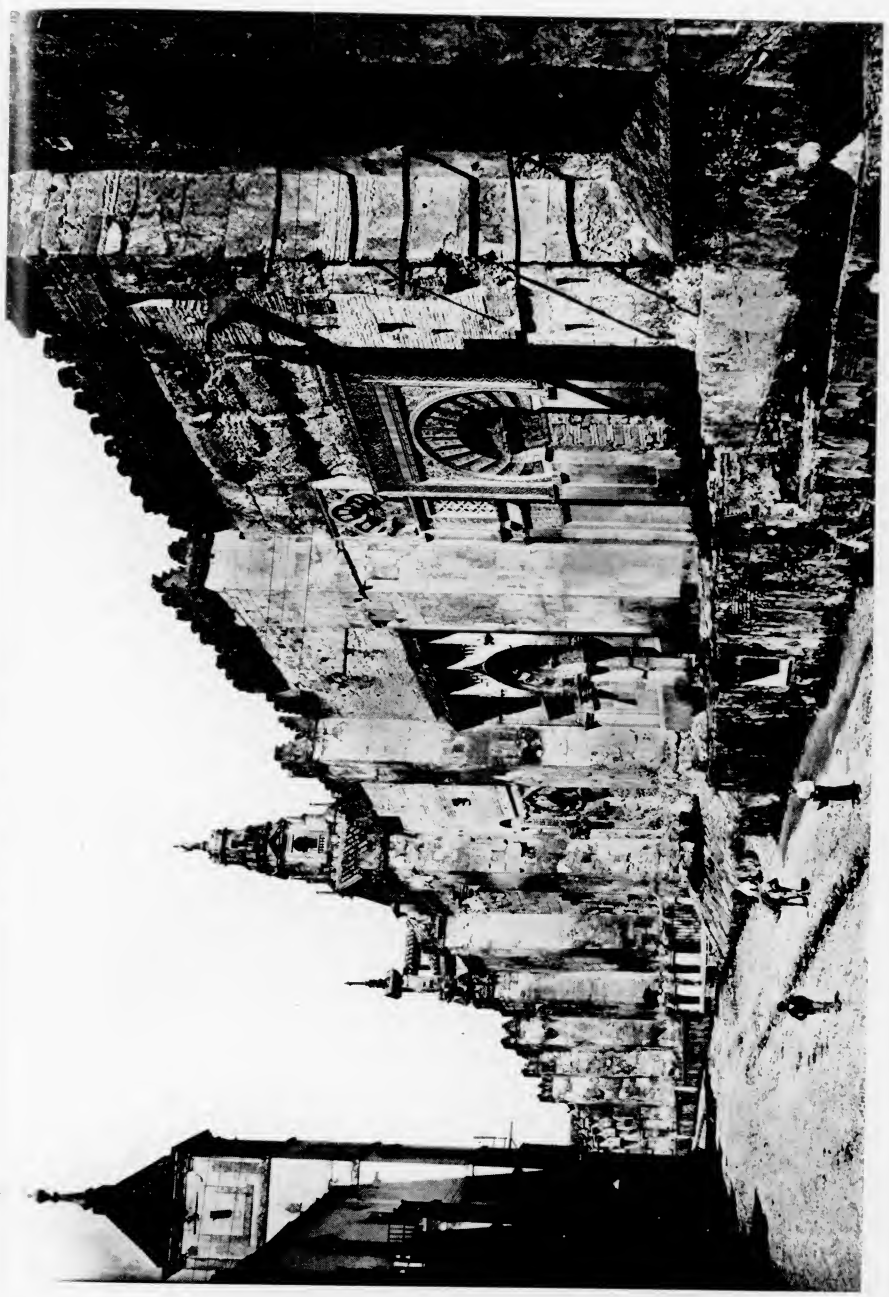
*Al-Hakam. Todos le rendían pleitesía y le enviaban embajadas. Con ellas llegaban también las de los condes rebeldes: los Gómez, los Ansúrez y los Velázquez. Para el califa tales misiones eran gestos de obediencia. La reina Elvira de León, que gobernaba el reino en nombre de su soberano Ramiro III, rechazó orgullosa tal concepto, y el conde de Castilla García Fernández, para mostrar que tampoco la aceptaba, atacó las fronteras de Al-Andalus. De los Anales de Isa al-Razi, contemporáneo de Al-Hakam, tomó Ben Hayyan la noticia de tales sucesos.*

### Recepción de los enviados de Borrel I de Barcelona

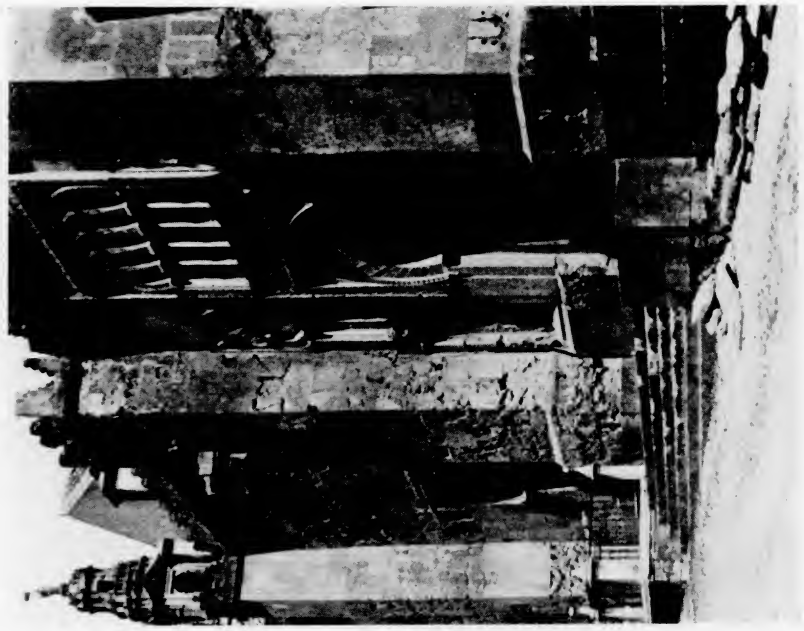
Sentado el califa, como de costumbre en tales casos, en el trono en la plataforma del salón oriental de audiencias, salón que daba a los jardines, fueron llegando los visires, quienes se sentaron por su orden, ocultándole a las miradas; de entre ellos por la parte de la derecha el visir y el caid Galib ben Abd al-Rahman, y debajo de él, Qasim ben Muhammad ben Tumlus, visir y prefecto (¿oficial?) de la familia (¿intendente de palacio?); a la izquierda prestaba el mismo servicio el visir y gobernador de Córdoba Chafar ben Utzman, y debajo de él el gobernador de Medina Al-Zahra Muhammad ben Afiah: en busca de los embajadores de Borrell salió Xahwar (Ben Abd al-Rahman) ben al-Xayyj, acompañado de un piquete del *chund*, y algunos de los principales cristianos de Córdoba, que habían de servir de intérpretes.

Al adelantarse Xahwar, ya los embajadores llevaban los regalos de Borrell para el califa, los cuales consistían, como se ha dicho, en 30 cautivos entre hombres, mujeres y niños, ¿con hermosos vestidos de seda y armas?: Xahwar condujo a los embajadores a sus asientos en las salas de estancia del *chund* (¿el cuerpo de guardia?) en Medina Al-Zahra, hasta que estuviese completo el preparativo de la audiencia del califa: dióse la orden de entrar, y entraron, yendo delante de todos el conde Bon-Fill..., y cuando ¿estuvieron? en la puerta de la sala en que estaba el trono, se postraron..., hasta que llegaron cerca del califa, cuya mano besaron..., y permaneciendo en pie, entregaron el escrito (¿de Borrel?); miróles el califa, y abrió la conversación con preguntas acerca del estado de Borrell, su amo, y de su país, recordándoles el buen concepto de su pueblo para con él y su buena correspondencia: los embajadores dijeron lo que les plugo, y los intérpretes declaraban al califa lo que decían los embajadores y a ellos lo que éste decía; terminada la sesión, Xahwar ben al-Xayyj se marchó con ellos a la almunia de Nasr, el campamento, que se le había preparado para servirles con su gente; el califa dió orden de levantar las cadenas de los esclavos, para que fuesen conducidos a sus moradas, cuya orden fué cumplida.

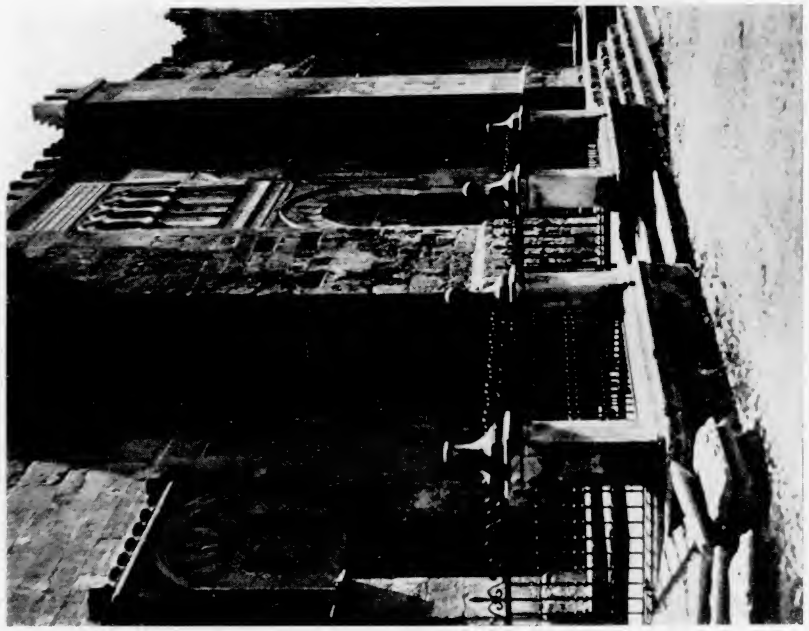
El tesorero en Medina Al-Zahra, Ahmad ben Ibrahim, por haber sido



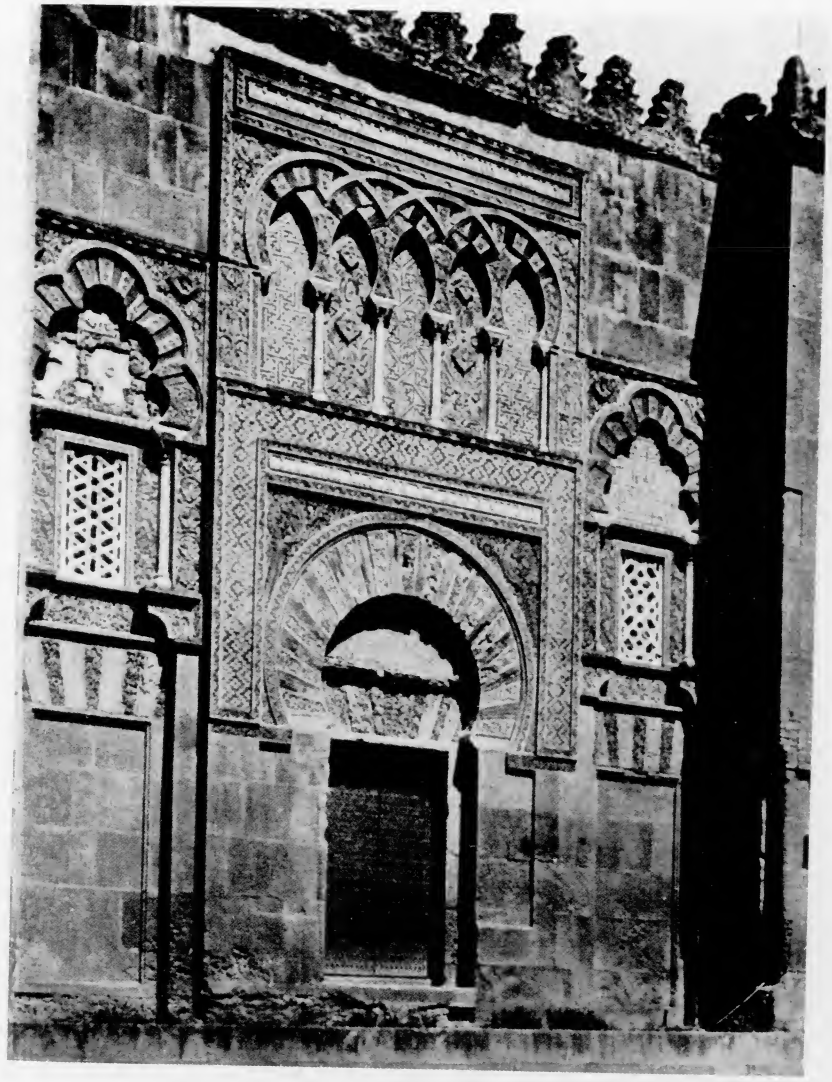
Córdoba. Mezquita. Fachada occidental.



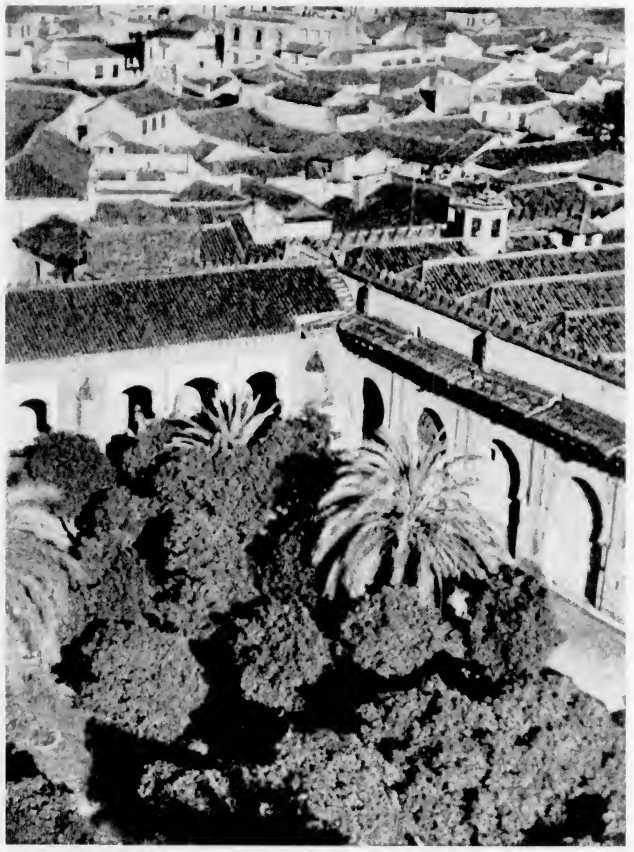
Córdoba. Mezquita. Ampliación de Al-Hakam II.



Córdoba. Mezquita. Ampliación de Al-Hakam II.



Córdoba. Mezquita. Puerta de la ampliación de Almanzor.

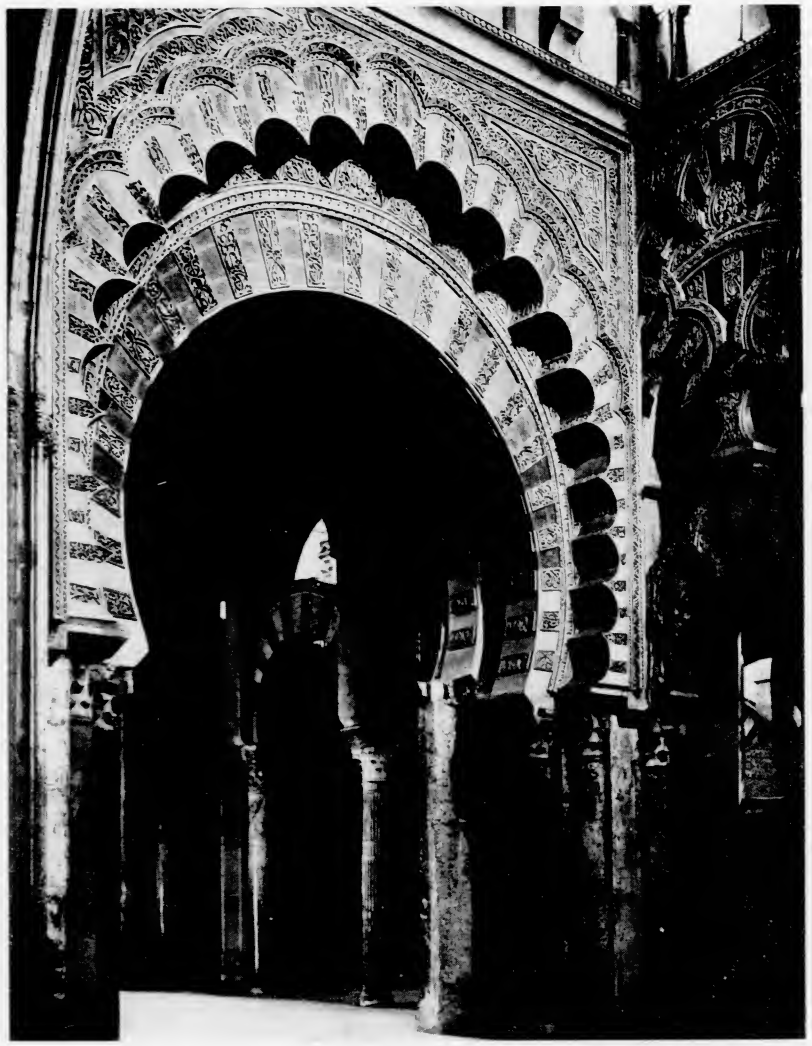


Cordoba. Mezquita. Vistas parciales del Patio de los Naranjos.

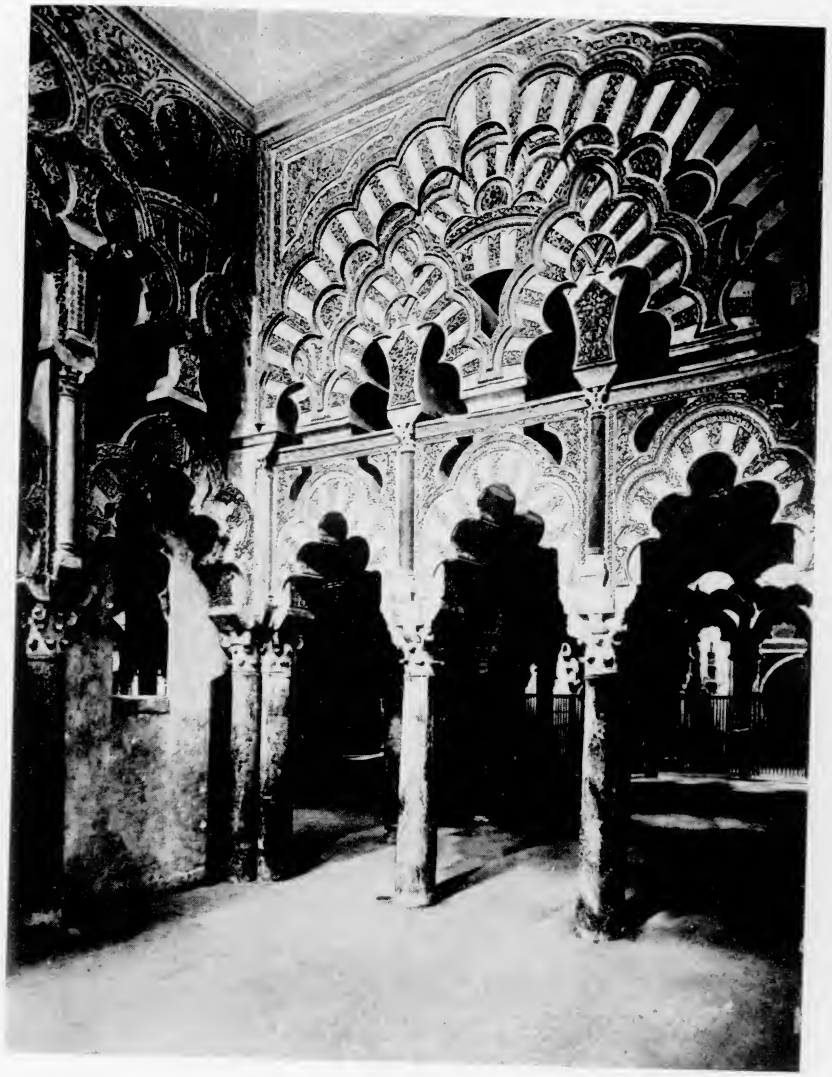
Córdoba. Interior de la Mezquita.

Córdoba. Interior de la Mezquita.

Córdoba. Interior de la Mezquita.



Córdoba. Mezquita. Testero Norte de la Capilla de Villaviciosa.

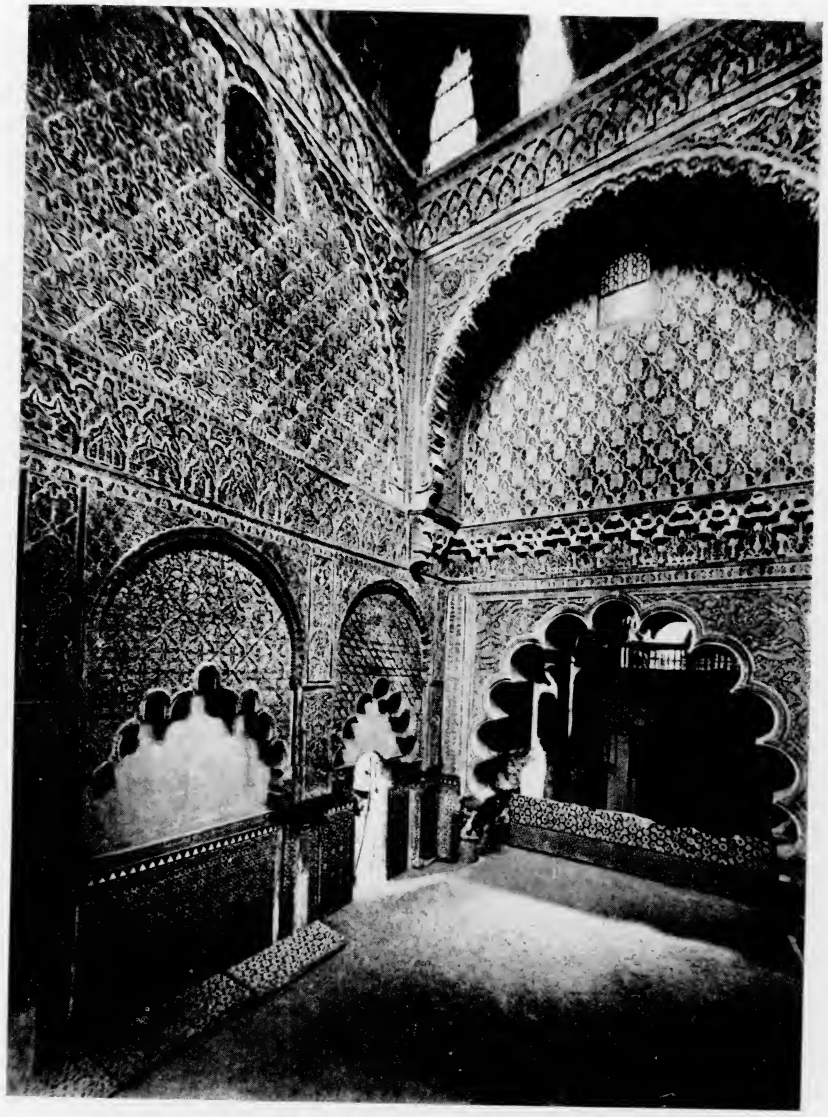


Córdoba. Mezquita. Capilla de la Maqsura.

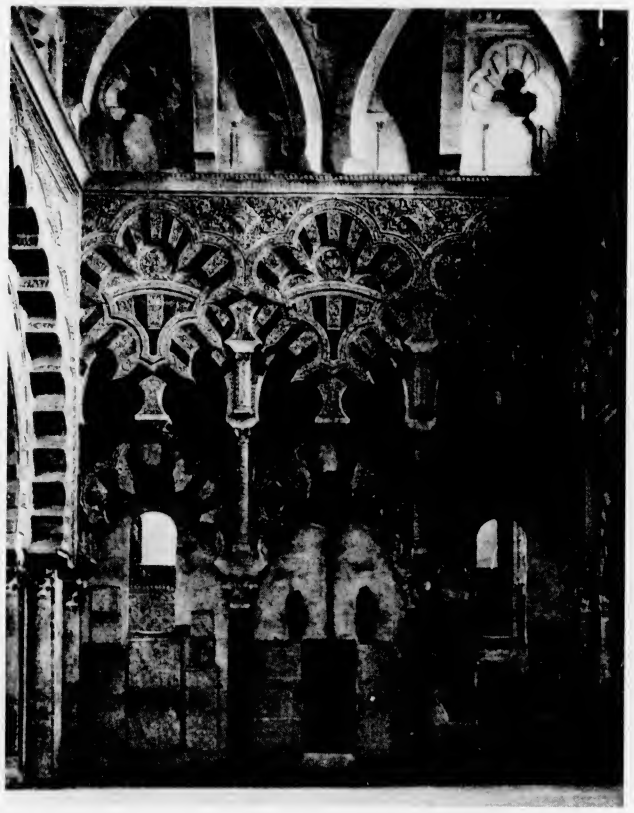
Arquerías de la Mezquita de Córdoba.

Córdoba. Mezquita. Interior de la Capilla del Mihrab.

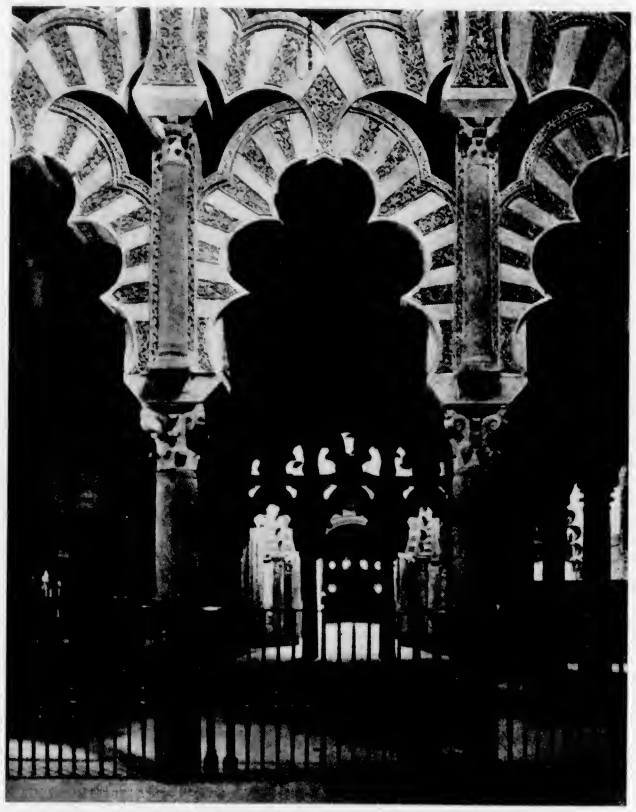
Córdoba. Mezquita. El Mihrab.



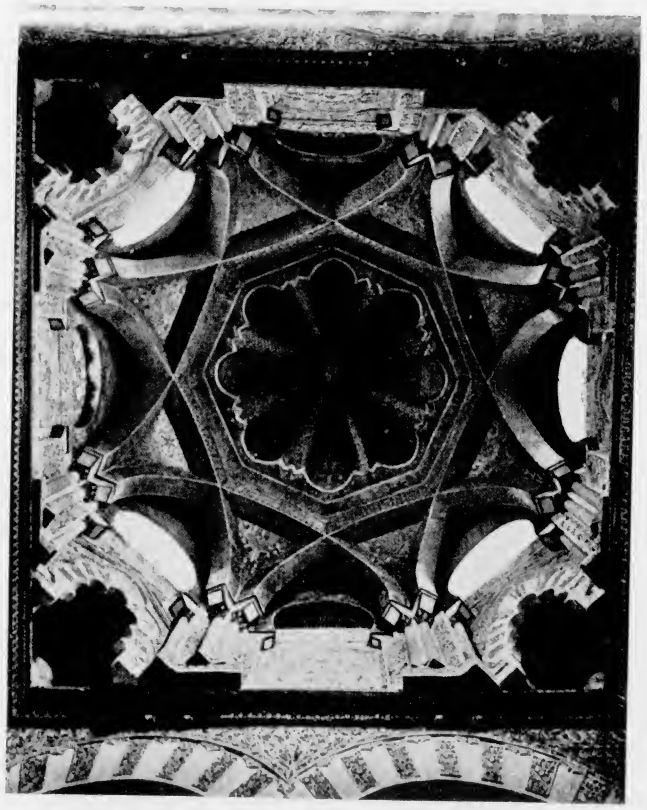
Córdoba. Mezquita. Interior de la capilla del Mihrab.



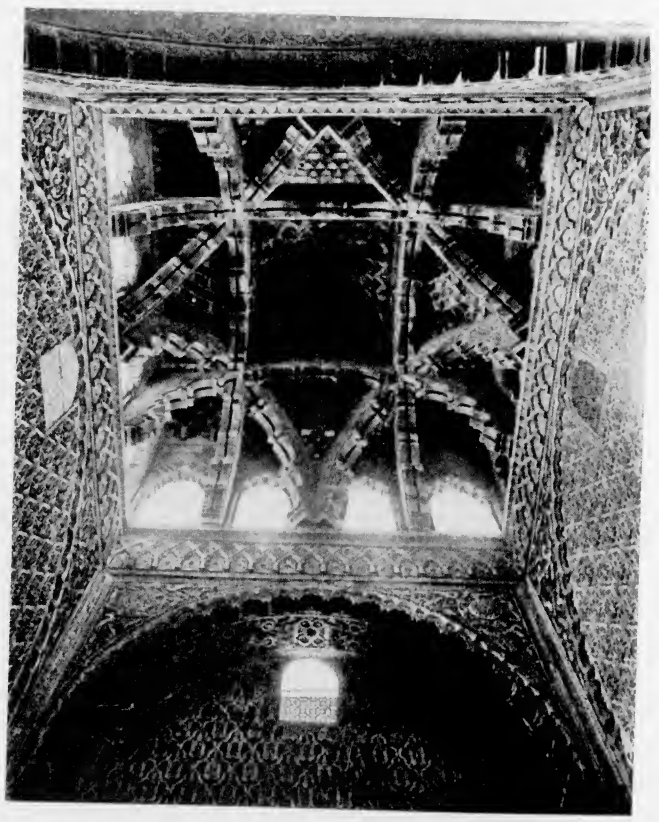
Córdoba. Mezquita. Capilla de Villaviciosa.



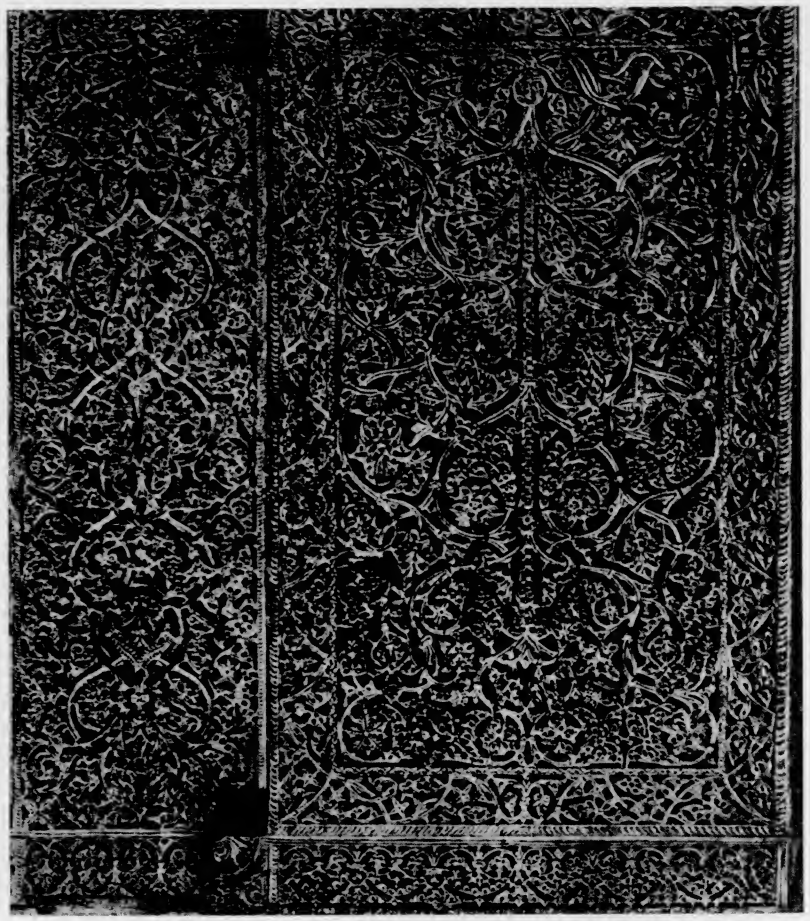
Córdoba. La Mezquita vista desde el Mihrab.



Córdoba. Mezquita. Cúpula del Mihrab.



Córdoba. Mezquita. Cúpula de la Capilla Real.



Córdoba. Mezquita. Zócalo de mármol del Mihrab.

Inscripción conmemorativa de los trabajos de Al-Hakam II en la Mezquita de Córdoba.

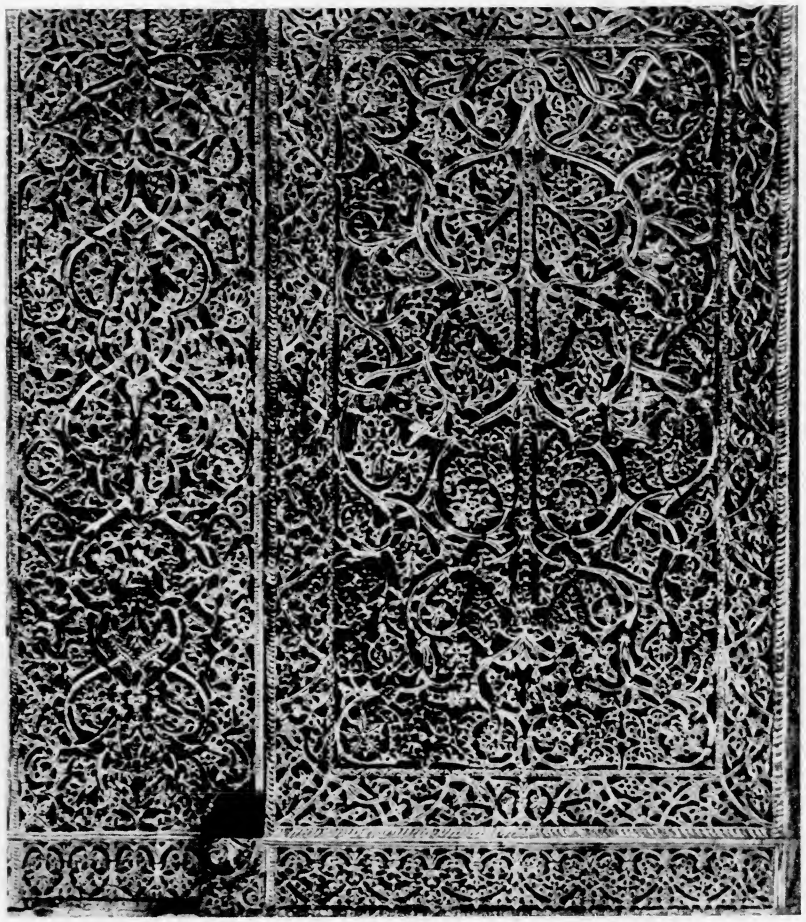


encargado de ¿acompañar? a los enviados de los rebeldes y de acercarse a ellos dijo, en alabanza del califa, unos versos de los cuales se copian cinco.

Cuando fué sábado (no sabemos qué día del mes de Xawwal) el califa celebró otra audiencia en el trono del salón oriental del alcázar de Al-Zahra, saliendo... ben Chauxan acompañado de un piquete de caballería en busca del ilchi Bon-Fill; rodeábanlos varios cristianos de Córdoba, que habían de servir de intérpretes, y llegados a presencia del califa, cumplieron su cometido; el califa mandó... del comitente de ellos Borrel en contestación al escrito de él, y dió a Bon-Fill, su enviado, los grandes ¿regalos? que correspondían a los esclavos, a quienes había dado libertad, y dió a conocer a ellos lo que habían de decir a Borrell, de su parte, y le proponía acerca del fin de la obediencia (paz entre Barcelona y Córdoba); Bon-Fill y sus compañeros fueron autorizados para regresar, y se les dieron los regalos, vestidos y acémilas según sus categorías..., saliendo de Córdoba, de regreso, a mitad de Xawwal antefechado [10 de agosto de 971].

### Los embajadores de la reina Elvira de León injurian al califa

A 17 de Safar del año 363 [17 de noviembre de 973], el califa Al-Hakam Al-Mustansir Billah se sentaba en el trono en el alcázar de Al-Zahra con el mayor aparato y adorno; presenciaban el acto los visires y las diferentes clases de la servidumbre, haciendo de hachibes para este acto, según costumbre, los mayores de ellos; el califa recibió primero, no como enviados, sino al parecer sólo para cumplimentarles, a varios individuos de la familia de los Banu Hanun, de Africa; después entraron a presencia del califa los enviados de Elvira, tía y regente del rebelde rey de Galicia, y hablaron de parte de su poderdante, comenzando el discurso con una ¿injuria? Interpretaba a la letra el discurso de ellos Asbag ben Abd Allah ben Nabit, cadí de los cristianos de Córdoba, nombrado para esto por los agemíes; el califa le recriminó en el acto, y acercándose al truchimán le echó de su presencia a voz en grito, mandando que se retirasen los embajadores, a quienes hizo algunas amenazas; imputó al intérprete sus crímenes y mandó separarle y destituirle del cadiazgo de los cristianos, rebajándole; luego hizo saber a los enviados el disgusto a que le había llevado por parte de ellos; Ziyad ben Aflah, oficial (o prefecto) de la caballería, los recibió en su casa, en el palacio del *chund* (en el cuartel), ¿conferenciando con ellos?, y haciéndoles saber que, de no haber tenido la inmunidad que les daba su carácter, hubieran sido castigados inmediatamente; atribuyó la culpa de la represión al intérprete Asbag, por haberse adelantado, como lo hizo, con tan malas palabras; también le echó la culpa de las fuertes amenazas, haciéndoles saber por qué el Emir de los Creyentes había hecho llegar a ellos el castigo duro y enérgico; para que sirviera de enseñanza a



Córdoba. Mezquita. Zócalo de mármol del Mihrab.

Inscripción conmemorativa de los trabajos de Al-Hakam II en la Mezquita de Córdoba.



encargado de ¿acompañar? a los enviados de los rebeldes y de acercarse a ellos dijo, en alabanza del califa, unos versos de los cuales se copian cinco.

Cuando fué sábado (no sabemos qué día del mes de Xawwal) el califa celebró otra audiencia en el trono del salón oriental del alcázar de Al-Zahra, saliendo... ben Chauxan acompañado de un piquete de caballería en busca del ilchi Bon-Fill; rodeábanlos varios cristianos de Córdoba, que habían de servir de intérpretes, y llegados a presencia del califa, cumplieron su cometido; el califa mandó... del comitente de ellos Borrel en contestación al escrito de él, y dió a Bon-Fill, su enviado, los grandes ¿regalos? que correspondían a los esclavos, a quienes había dado libertad, y dió a conocer a ellos lo que habían de decir a Borrell, de su parte, y le proponía acerca del fin de la obediencia (paz entre Barcelona y Córdoba); Bon-Fill y sus compañeros fueron autorizados para regresar, y se les dieron los regalos, vestidos y acémilas según sus categorías..., saliendo de Córdoba, de regreso, a mitad de Xawwal antefechado [10 de agosto de 971].

### Los embajadores de la reina Elvira de León injurian al califa

A 17 de Safar del año 363 [17 de noviembre de 973], el califa Al-Hakam Al-Mustansir Billah se sentaba en el trono en el alcázar de Al-Zahra con el mayor aparato y adorno; presenciaban el acto los visires y las diferentes clases de la servidumbre, haciendo de hachibes para este acto, según costumbre, los mayores de ellos; el califa recibió primero, no como enviados, sino al parecer sólo para cumplimentarles, a varios individuos de la familia de los Banu Hanun, de Africa; después entraron a presencia del califa los enviados de Elvira, tía y regente del rebelde rey de Galicia, y hablaron de parte de su poderdante, comenzando el discurso con una ¿injuria? Interpretaba a la letra el discurso de ellos Asbag ben Abd Allah ben Nabit, cadí de los cristianos de Córdoba, nombrado para esto por los agemíes; el califa le recriminó en el acto, y acercándose al truchimán le echó de su presencia a voz en grito, mandando que se retirasen los embajadores, a quienes hizo algunas amenazas; imputó al intérprete sus crímenes y mandó separarle y destituirle del cadiazgo de los cristianos, rebajándole; luego hizo saber a los enviados el disgusto a que le había llevado por parte de ellos; Ziyad ben Aflah, oficial (o prefecto) de la caballería, los recibió en su casa, en el palacio del *chund* (en el cuartel), ¿conferenciando con ellos?, y haciéndoles saber que, de no haber tenido la inmunidad que les daba su carácter, hubieran sido castigados inmediatamente; atribuyó la culpa de la represión al intérprete Asbag, por haberse adelantado, como lo hizo, con tan malas palabras; también le echó la culpa de las fuertes amenazas, haciéndoles saber por qué el Emir de los Creyentes había hecho llegar a ellos el castigo duro y enérgico; para que sirviera de enseñanza a

estos rebeldes y lo tuviesen entendido, por lo que hacían llegar a él de palabras, pues estaba investido por ellos y por sus compañeros los enviados de los rebeldes; (suponía) que si así no fuera, no lo hubiera añadido por su cuenta.

El jurisconsulto Ahmad ben Arux, el de Morón, recibió orden de salir para Galicia como enviado a la rebelde Elvira, en compañía de los embajadores de ésta, que regresaban de Córdoba; a Ahmad se unió Ubayd Allah ben Qasim, el Metropolitano, como intérprete, y salieron con los enviados, que se marchaban, a fines del datado mes de Rachab.

Estaba entonces en la parte del Algarbe Muhammad ben Mutarrif, y recibió comunicación mandándole salir con ellos.

### El conde de Castilla García Fernández ataca a Deza mientras sus enviados se dirigían a Córdoba

Relación de la noticia del motivo que llevó al rebelde García ben Ferdinando, señor de Castilla y Alava, a quebrantar la paz en seguida de haber manifestado ardiente deseo de que se prolongase, y de haber enviado sus mensajeros y de haberla consolidado, aprovechando la ocasión de estar ocupado el sultán con la guerra de los que se le habían rebelado en la tierra de enfrente (al otro lado del Estrecho) y de haber enviado los mayores de sus capitanes y la mayor parte de los soldados del *chund* al otro lado del mar para combatirlos, y de haber hecho este tirano causa común con la mayor parte de los tiranos cristianos y de los que ¿rodeaban? el país del Islam; pero no produjo esto la protección de Allah para la gente de su coalición, sino que hizo caer sobre el enemigo las consecuencias de su ¡imprudencia! y abyección.

"El sábado a 8 por andar de Dzu-l-hicha [22 de septiembre de 974] llegó desde la frontera de en medio la noticia de la súbita ruptura de la paz de parte del tirano García ben Ferdinando ben Gundisalbo, señor de Castilla, a continuación de haber manifestado ardiente deseo de confirmarla —la noticia de la celeridad con que había salido contra el país de los muslimes y de la incursión de sus gentes de guerra contra el castillo de Deza, y lo que había inmediato del distrito de los Banu Amril ben Timlit en la mañana del jueves 11 de Dzu-l-hicha [3 de septiembre de 974] de dicho año [363 de la hégira]—, que la gente del castillo había presentado la batalla, y que él había incendiado las mieses, llevándose muchas caballerías de los muslimes; pero que Zarwal y Madha, hijos de Amril ben Timlit, valíes del distrito, habían salido tras él con los que salieron con ambos de entre sus soldados y habían recobrado el ganado vacuno y demás presa, matando algunos rebeldes de los que llevaban el botín; pero que habiendo salido contra los muslimes, de una emboscada de los marranos, mucha caballería, con la que los muslimes no contaban, se trabó por algún



tiempo entre ellos un combate, el cual, habiéndose agravado, el capitán Zarwal fué atravesado de un bote de lanza, por cuya herida respiraba (era por ella respiración o vida de él) y murió mártir (la misericordia de Allah sea sobre él), acometiendo con su escuadrón: tuvo lugar la batalla en el día mencionado, en el lugar conocido por Fahs Albaracat (Albareca), en las inmediaciones del castillo de Madha.

"Al llegar esta noticia al califa, mandó expulsar a los enviados del maldito García, los cuales habían llegado y estaban en su corte para fortificar el negocio de la paz, e iban a volverse con la contestación que el príncipe les había dado el viernes anterior, cumpliendo el ardiente deseo de él (de García). Adelantóse hacia los enviados un *foranik* (correo), y habiéndoles mandado que se marchasen, ellos se negaron y quisieron matarle y luego siguieron su viaje; pero el sultán mandó salir tras ellos a Afiah, *wakil* (intendente) en el cuartel de la caballería, con un escuadrón de 30 a 40 de los principales del *chund*, entre los cuales estaban Xaaban ben Ahmad, el destituído Husayn ben Ibrahim y otros; acompañábalos un número de gentes de varias clases: alcanzados en un valle o barranco del país de Caracuey, donde se habían escondido separándose del camino, los embajadores fueron enviados (a Córdoba) del modo más violento y fué dura la cárcel de ellos.

Del *Muqtabis* de BEN HAYYAN (Trad. de Codera. Colección de estudios árabes, IX, 185, 198, 213).

## EXPANSION EN MARRUECOS DEL CALIFATO CORDOBES

*Cuando Abd al-Rahman III restauró la autoridad califal en Al-Andalus e impuso respeto a los cristianos del Norte, volvió su atención hacia los problemas africanos. La seguridad de España ha requerido siempre el dominio del Estrecho con la posesión de las plazas ribereñas de Marruecos. La aparición en Africa de los fanáticos y ambiciosos Fatimíes, para quienes Al-Andalus era presa harto codiciable, hacía más urgente el señorío de las tierras del Magrib Al-Aqxa. Por comprenderlo así, Al-Nasir emprendió su conquista. Su hijo y sucesor, el califa bibliófilo y erudito Al-Hakam al-Mustansir Billah, siguió su política y envió sus tropas para vencer al caudillo que había conseguido dominar en Marruecos, donde han triunfado siempre aventureros audaces y valerosos, que a veces han logrado fundar imperios duraderos. La lucha frente a los habitantes de la zona montañosa del Sur del Estrecho no fué fácil —no lo ha sido nunca para los moradores en España—; pero, tras algunos fracasos sangrientos, Al-Hakam II logró ver desfilar por las calles de Córdoba y estableció en ella a los jefes que habían resistido a sus ejércitos.*

En 361 [24 octubre 971] tuvieron lugar diversos combates en el Garb (Occidente-Marruecos) entre su emir Hasan ben Qannun Hasani y los oficiales de Al-Hakam, en las siguientes circunstancias. El califa hizo llamar a Muhammad ben Qasim, el mayordomo, y en Ramadan de tal año [junio-julio 972] le ordenó trasladarse a Ceuta en calidad de comandante en jefe, a la cabeza de los destacamentos del ejército regular *(chund)* que le confiaría. Hasan ben Qannun parecía dispuesto a violar sus compromisos, se inclinaba a reconocer la autoridad de Maadd, soberano de Ifriqiya, convocaba a sus partidarios más inmediatos para que le sirvieran de auxiliares en sus proyectos felones contra Al-Hakam y ordenaba que en las mezquitas de su provincia se invocase la bendición divina para Maadd, el príncipe Xii. El califa recomendó por ello a su general que desplegase todos los esfuerzos y el celo necesarios y añadió que, si Alá bendecía la empresa, estaba propicio al perdón y a la indulgencia, a tranquilizar el país y a procurar el bien de la población apoyándose, naturalmente, en los partidarios de la dinastía Omeya.

El 18 Xawwal [2 agosto 972], el caid atravesó el Estrecho, y la flota y el ejército se concentraron en Ceuta. El sábado 4 Dzu-l-Qada [17 agosto] recibió Al-Hakam una carta anunciándole la conquista de Tánger por su almirante Abd Allah ben Riyahin. Había llegado, decía, el 1º de tal mes delante de la ciudad y había comenzado por invitar a sus habitantes a someterse y a volver al seno de la ortodoxia, pero le habían dado una respuesta negativa y grosera, animados por Hasan ben Qannun, que se encontraba en la plaza. El jueves, Ben Qannun realizó una salida contra el ejército de Al-Hakam que, habiendo partido de Ceuta, se dirigía hacia Tetuán para librarle batalla; y no obstante el número considerable de sus divisiones regulares magribíes *(chund)* y de sus fuerzas auxiliares lograron derrotarlo y (el rebelde) volvió la espalda ante las tropas del califa, escapó con algunos de sus íntimos y salió huyendo, sin detenerse ni ocuparse de los bienes, tiendas y objetos diversos de su propiedad o de la de sus partidarios, que habían quedado en Tánger. Cuando se hubo alejado mucho y los tingitanos se encontraron libres de su influencia, su jeque Ben al-Fadil salió al encuentro de Ben Riyahin acompañado de algunos notables de la ciudad y declaró que estaban dispuestos a obedecer a Alá y al Príncipe de los Creyentes Al-Hakam. Se presentó en persona al caid y solicitó y obtuvo el amán (el perdón y la paz) para los habitantes de Tánger. Los vencedores entraron en seguida en la plaza y saquearon cuanto pertenecía a Hasan ben Qannun y a sus partidarios. Tal era el relato de la letra enviada por el caid al califa.

Este recibió el 21 de Dzu-l-qada [2 septiembre] otra carta en la que el caid Muhammad ben Qasim le anunciaba el triunfo que había conseguido. Había tenido un encuentro con Hasan ben Qannun, y éste había sido derrotado, tras un encarnizado combate, en el que había dejado en el campo buen número de los suyos, y se había refugiado con los supervivientes en una montaña cuya posición era muy fuerte. Perseguido y combatido por las divisiones del ejército regular *(chund)*, sostuvo con ellos un nuevo encuentro poco importante y como consecuencia del mismo tuvo que huir de nuevo, abandonando sus bagajes y no ocupándose de nada sino de escapar, con lo que la montaña quedó en manos del *chund*, que saqueó los objetos en ella encontrados. Al día siguiente los vencedores avanzaron sobre la ciudad de Delul, cuya conquista les permitió Alá, y Muhammad ben Qasim se unió luego a ellos con las tropas regulares. Después Ben Qasim se había dirigido a Arcila, había entrado en ella, había penetrado en la mezquita principal, había encontrado en la misma una cátedra nueva, marcada con el nombre del Xii Maadd ben Ismail y la había arrojado al fuego, tras arrancar de ella la plancha superior, donde estaba incrustado el nombre de Maadd, plancha cuyo alto precio era difícil de fijar y que enviaba al califa con su carta. El ejército se retiró entonces a Delul, hizo derruir las fortificaciones y quemar las casas, para hacer un escarmiento. Las tropas se apoderaron de lo que encontraron en la plaza y consiguieron gran botín, entre los víveres tomados y los objetos abandonados por Hasan.



En 362 [12 octubre 972] Muhammad ben Qasim sucumbió en los arrabales de Mehran vencido por Hasan ben Qannun. En ese combate, que tuvo lugar el domingo 23 Rabi I [22 diciembre], perecieron con él gran cantidad de guerreros de las divisiones regulares *(chund)*: es decir, alrededor de quinientos caballeros andaluces, de entre los más valientes, y alrededor de mil infantes.

El 1 Chumada II [9 marzo 973] llegaron a Córdoba setenta masmudíes que habían seguido hasta allí a Hasan ben Qannun y que venían a hacer su sumisión.

El califa llamó a Galib ben Abd al-Rahman y le dió órdenes para combatir a Hasan ben Qannun Hasani, porque, como consecuencia de la derrota del *chund* y de las pérdidas que había sufrido, se hacía grave la situación al otro lado del Estrecho. Entonces llegó una carta, anuncio de victoria de los caídes de Arcila. Comunicaban en ella que habían marchado contra Hasan ben Qannun, habían trabado con él un combate encarnizado, le habían derrotado y le habían matado gran número de hombres. Llegaron a Córdoba por entonces Hannun ben Idris, señor del barrio andaluz de Fez, y un enviado a Abd al-Qarim, señor del barrio qayrawani de la misma ciudad, que venían a manifestar su deseo de someterse al Príncipe de los Creyentes y de apoyar su soberanía. Fueron recibidos con grandes honores y se les hicieron magníficas promesas.

En Xaban [mayo 973] el caid Galib fué informado del envío de diez mil dinares, para que los distribuyera en proporción a su jerarquía entre los partidarios de Hasan ben Qannun que se le sometieran. Se enviaban, igualmente, gran número de ricos vestidos y de sables adornados con piedras preciosas, para que sirviesen de recompensas honoríficas.

El califa envió al Garb (Occidente-Marruecos) al visir Yahya ben

Muhammad Al-Tuchibi al frente de tropas destinadas a reforzar a Galib y para ayudarle contra el rebelde Hasan ben Qannun, asunto cuyo relato exigiría gran espacio.

Hacia el fin de Dzu-l-qada [fin de agosto] una carta de Galib anunció al príncipe el favor que Alá le había concedido, dejándole conquistar la plaza fuerte de Al-Qarim y obligando a huir al miserable Hasan ben Qannun, a su pariente agnaticio Ali ben Jaluf y a otros varios.

Hacia mediados de Dzu-l-hicha [mitad de septiembre], una carta del prefecto de la policía *(churta)* y gran cadí del Garb, Muhammad ben Abi Amir, anunciaba que se había celebrado el jueves la Fiesta de los Sacrificios y que en los púlpitos *(musalla)* de las mezquitas se había recitado la oración en nombre de Al-Hakam, con gran alegría y contento de los musulmanes (ortodoxos).

Se libraron diversos combates, muy largos de contar, contra los hasaníes, los que terminaron con la matanza de un gran número de partidarios de Hasan ben Qannun Hasani. Se cortó la cabeza a cientos de los principales de entre ellos, pero la mayor parte permaneció sobre el campo de batalla. En ella fué muerto Muhammad ben Abu-l-Aix, al-Kinani, a quien Hasan consideraba ora como su hermano, ora como su hijo.

En 363 [2 octubre 973] el caid Galib conquistó Al-Basra, de la que se había apoderado Muhammad ben Hannun Hasani. Los habitantes de la misma se sublevaron y, después de haber dado muerte al lugarteniente que había aquél designado para la ciudad, se apresuraron a escribir al caid Galib para pedirle que fuera a la plaza. El citado oficial acudió a su llamada, tomó posesión de la ciudad y anunció al califa lo sucedido, insertando en su carta al califa la que le habían dirigido a él los habitantes de Basra.

El jueves 15 Safar [15 noviembre 974] una carta de Galib anunció que había evacuado Al-Basra después de haber recibido rehenes, que se habían sometido todos los habitantes del Garb y la generalidad de las tribus bereberes, a excepción, sin embargo, del traidor Hasan ben Qannun quien estaba acorralado en tal forma que se hallaba reducido a la desesperación. Los habitantes de Al-Basra enviaron una diputación a Córdoba, para repudiar a su jefe Hasan y volver a la obediencia.

El califa recibió la agradable noticia de que Hasan ben Qannun se había sometido y que, cesando en su oposición, había participado en la oración del viernes 29 Chumada II [27 marzo 974]. Al conocerla tuvo una audiencia en la gran mezquita de Córdoba, en la que anunció a los visires la sumisión del rebelde del Garb (Occidente-Marruecos), de la que le informaba Galib en una carta, donde le comunicaba igualmente el envío del hijo de dicho jefe, Ali ben Hasan, y la recitación de la oración en el fuerte de Hachar al-Nasr (Roca de las Aguilas), último reducto de los Idrisíes. Los visires acogieron la noticia con alegría, felicitaron al príncipe, dieron gracias a Alá y le rogaron por su señor, ceremonia que duró mucho.

En 364 [26 septiembre 974] Galib ben Abd al-Rahman se presentó al



califa de regreso del litoral africano. Estaba acompañado por Hasan ben Qannun y por sus partidarios hasaníes, los Banu Idris, príncipes del Garb, que se habían visto obligados a abandonar sus guaridas y a venir a Al-Andalus. Formaban el cortejo de su jeque conocido por Hannun, cuyo nombre era Ahmad ben Isa, príncipe de la ciudad de Al-Aklam y de su territorio, quien tenía consigo a sus hermanos y sus primos paternos, acompañados de sus hijos y de sus mujeres. En la tarde del 4 Muharran [24 septiembre] el califa hizo conducir a todos estos notables personajes desde el campamento a las casas de Córdoba que habían sido evacuadas para ellos. Los recién venidos, a quienes acompañaban sus eunucos y libertos de confianza, fueron llevados a las moradas preparadas para recibirlos, cuyos salones habían sido decorados en forma muy larga de describir".

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 404).

## LIBROS EN CORDOBA

*Los cordobeses de la época califal amaban los libros. Sólo en el arrabal occidental de Córdoba se ganaban la vida copiando manuscritos 170 mujeres. Se publicaban al año en la ciudad sesenta mil volúmenes. El califa Al-Hakam reunió una biblioteca de cuatrocientos mil. Los nobles imitaron su ejemplo. Todos, magnates y estudiosos, rivalizaban en la adquisición de libros y en la formación de bibliotecas. Fué famosa la de Isa ben Futays. Había un floreciente mercado de libros. Se pujaban en él las obras raras o lujosas. La noticia de uno de esos remates dice, más que ningún elogio, cuál había llegado a ser el gusto por el libro y la moda de reunirlos entre los cordobeses. Después, el dictador "Almanzor", para congraciarse con los alfaquíes o teólogos, rígidamente intolerantes, y con las masas ignaras que les seguían, ordenó el espurgo de la magnífica biblioteca califal, única en Europa. Durante las revoluciones cordobesas, de principios del siglo XI, se perdieron ricos tesoros bibliográficos en los incendios y saqueos de Medina al-Zahra y de Medina al-Zahira y de los palacios de los grandes, y muchos de éstos hubieron de vender sus bibliotecas. Pero a pesar de tanto desastre, todavía a fines del siglo XII Córdoba era, según Averroes, la ciudad que poseía más libros.*

### Mercado de libros

Estuve, dice (el bibliófilo Al-Hadrami), una vez en Córdoba y solía ir con frecuencia al mercado de libros por ver si encontraba en venta uno que tenía vehemente deseo de adquirir. Un día, por fin, apareció un ejemplar de hermosa letra y elegante encuadernación. Tuve una gran alegría.

Comencé a pujar; pero el corredor que los vendía en pública subasta todo era revolverse hacia mí indicando que otro ofrecía mayor precio. Fuí pujando hasta llegar a una suma exorbitante, muy por encima del verdadero valor del libro bien pagado. Viendo que lo pujaban más, dije al corredor que me indicase la persona que lo hacía, y me señaló a un hombre de muy elegante porte, bien vestido, con aspecto de persona principal. Acerquéme a él y le dije: "Dios guarde a su merced. Si el doctor tiene decidido empeño en llevarse el libro, no porfiaré más; hemos ido ya pujando y subiendo demasiado". A lo cual me contestó: "Usted dispense, no soy doctor. Para que usted vea, ni siquiera me he enterado de qué trata el libro. Pero como uno tiene que acomodarse a las exigencias de la buena sociedad de Córdoba, se ve precisado a formar biblioteca. En los estantes de mi librería tengo un hueco que pide exactamente el tamaño de este libro, y como he visto que tiene bonita letra y bonita encuadernación, me ha placido. Por lo demás, ni siquiera me he fijado en el precio. Gracias a Dios me sobra dinero para esas cosas". Al oír aquello me indigné, no pude aguantarme, y le dije: "Sí, ya, personas como usted son las que tienen dinero. Bien es verdad lo que dice el proverbio: Da Dios nueces a quien no tiene dientes. Yo que sé el contenido del libro y deseo aprovecharme de él, por mi pobreza no puedo utilizarlo".

Del *Magrib* de BEN SAID (Trad. de Ribera: Disertaciones y opúsculos, I, 203).

### Quema de libros por Almanzor

.....

Y gobernó después de él, es decir, después del emir Al-Hakam, su hijo Hixam al-Muaiyad Billah, que en aquella época era un muchacho impúber aún. Entonces se arrogó la administración de sus dominios en el Andalus su chambelán Abu Amir Muhammad ben Abi Amir. Este, apenas se apoderó (del gobierno), acudió a la biblioteca del padre del califa, Al-Hakam, que contenía los libros ya mencionados y otros más. En presencia de los principales teólogos se hizo traer todas las obras de todas clases (que allí había) y les ordenó sacar del conjunto los libros de ciencias pretéritas que versaban sobre lógica, astrología y otras disciplinas de los antiguos (excepto los libros de medicina y matemáticas); de modo que cuando quedaron aquellos separados de las obras escritas sobre gramática, poesía, historia, medicina, tradiciones proféticas y otras ciencias y estudios (cultivados) por la gente del Andalus, dispuso, con exclusión de lo que se dejó —y que fué la menor parte (del total de los libros)—, que fueran destruídos y quemados. Unos fueron incinerados y otros fueron arrojados a los pozos del palacio, siendo (luego) cubiertos de tierra y piedras. (Tales libros) fueron reemplazados por otros de diversas clases.

Hizo aquello (Ben Abi Amir) para demostrar su simpatía hacia la masa



popular del Andalus y como repudio de la actitud del califa Al-Hakam, puesto que aquellas ciencias habían sido abandonadas por sus predecesores y vituperadas por el dicho de sus autoridades; y el que las leyera era acusado de hereje y sospechado de heterodoxia.

Del *Tabaqat al-Umam* de SAID, de Toledo, ed. Cheikho (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado según la Crestomatía de Asín).

### Música en Sevilla y libros en Córdoba

Tuvo lugar una polémica ante el rey del Magrib Al-Mansur Yaqub, entre el alfaquí Abu-l-Walid ben Ruxd (Averroes) y el jefe Abu Bakr ben Zuhr. (En el curso de la discusión) dijo Ben Ruxd a Ben Zuhr, respecto a la supremacía de Córdoba: "No comprendo lo que decís, pero el caso es que si muere un sabio en Sevilla y se quiere vender sus libros, éstos son llevados a Córdoba para ser vendidos en ella; y si muere un músico en Córdoba y se quiere enajenar sus instrumentos, éstos son llevados a Sevilla". Y agregó: "Córdoba es, en todo el mundo, la ciudad que más libros tiene".

Del *Kitab Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado según la Crestomatía de Asín).

## MANDAS PIADOSAS DE UN CALIFA MORIBUNDO

*El príncipe bibliófilo y erudito Al-Hakam sufrió en los últimos tiempos de su vida un ataque de apoplejía que lo llevó al sepulcro. He aquí las noticias que Ben Hayyan nos procura sobre sus limosnas y legados para los pobres y los maestros. Si en el ordenar de las primeras suele ser imitado aún hoy en España el califa de Córdoba, no todos los monarcas y magnates españoles siguen su ejemplo en el disponer de las segundas.*

El lunes 18 de Rabí, primero del año 364, tuvo el califa Al-Hakam apariciones de espectros o fantasmas, horribles pesadillas, que le dejaron en estado que no le permitió dejarse ver de la corte. Difundióse la nueva y se hicieron rogativas por su restablecimiento. Mostróse a los dignatarios del imperio el viernes 28 de Rabí [5 enero 975]. Al día siguiente dió libertad a todos sus esclavos de ambos sexos, extendiéndose con tal motivo un documento público que firmó Hixam, su hijo, como testigo, siguiendo después la firma de los individuos de la familia real, los ministros según su orden jerárquico, el alcalde o juez, el gobernador, los alfaquíes del consejo, etcétera. A mediados de Chumada I, legó, como manda pía, las tiendas de los silleros (guarnicioneros que hacen sillas de montar), sitas en la plaza del

Mercado, para los maestros de religión, de antemano elegidos a fin de que enseñasen a los hijos de pobres y desvalidos de Córdoba.

El juez firmó el acta del legado el viernes 23.

En el mes siguiente se dejó ver del público yendo en cabalgata a la mezquita aljama de Al-Zahra. Según dictamen facultativo, la enfermedad era de apoplejía.

En el mes de Xawwal, él y su hijo se dejaron ver en el terrado del palacio de Córdoba, que da a la carretera, para presenciar el reparto de cuantiosas limosnas que los pajes y servidores de palacio hacían a los pobres, a manos llenas, abajo en la calzada. Estos manifestaban su agradecimiento rezando en altas voces.

Del *Muqtabis* de BEN HAYYAN (Trad. de Ribera, Disertaciones y opúsculos, I, 240).

## LA MOZARABIA EN LA EPOCA CALIFAL

*Las persecuciones del siglo IX no habían concluído con la mozarabía andaluza. He aquí dos testimonios epigráficos de su perduración en la época califal y una noticia sobre sus fiestas religiosas. Los mozárabes celebraban sus ritos antes del alba. Abiertas sus iglesias para todos, los musulmanes se introducían a veces en ellas y trazaban relatos poéticos de ceremonias cuyo significado no entendían.*

### Memoria poética de una fiesta nocturna celebrada por los mozárabes de Córdoba

Cuéntase en el Mathma que Abu Amir ben Xuhayd estuvo cierta noche en una de las iglesias de Córdoba, la cual estaba alfombrada con manojos de mirto y aderezada con atavío de regocijo y de sociedad. El toque de las campanas alegraba sus oídos, y el fuego del fervor le iluminaba con su brillo. En esto salió el sacerdote con los adoradores de Jesucristo, ceñido con admirables ornamentos, cesando entonces los regocijos y el júbilo.

No tomaban el agua con vasos, sino que la cogían de las pilas en las palmas de las manos.

Detúvose en medio de ellos (el sacerdote), inspirándoles fervor y libando sus copas, que le regalaban con aroma muy fragante siempre que las llegaba a sus labios con la más dulce libación. Concluída la ceremonia, se retiró con sus nocturnos compañeros.

¡Y cuántas veces aspiré en aquel templo el aroma del vino de la juventud mezclado con el añejo del sacerdote!

En unos mancebos que se miraban vestidos de alegría, modestos y humillados a su magnate.



El sacerdote, queriendo prolongar mi permanencia, entonaba repetidas veces sus salmos en derredor de mí.

Brindábanme con vino unos niños enrojecidos de pudor, semejantes a la tierna gacela a quien avergonzó la mirada de su dueño.

Comulgaban con él aquellos niños delicados, y les suministraba vino y por comida carne de puerco.

Del *Matzmah al-Anfusi* de BEN JAQAN en Al-Maqqari (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 821).

### Testimonios epigráficos de la mozarabía de la época califal

"Aquí descansa el insigne y esclarecido Samuel, gallardo, de gentil presencia, de elevada estatura, que cantaba el oficio (divino) modulando los versos y que enternecía piadosamente, cuando vivía, el corazón de todos sus oyentes. Vivió sesenta y ocho años, visitado por el Señor y probado en el siglo, pasando así de ésta a la otra vida. Durmió en el Señor un sábado, habiendo sido sepultado en este túmulo a la hora de las tres del día, en la era de novecientos noventa y seis, el nueve de las Calendas de diciembre. El que conoció antes de su muerte a este gran presbítero, desprecie el mundo todo y corríjase".

Inscripción del año 958 hallada en Comares (Málaga) (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 622).

"En este lugar está sepultado el monje Amansvindo, que fué virtuoso y magnánimo, de ferviente caridad, de ánimo sobrio y egregio pastor de Cristo-Dios para con sus ovejas, así como guerrero para con los fuertes. Rechazó las delicias del mundo y vivió en este monasterio cuarenta y dos años de su vida. Descansó en este túmulo al emigrar del siglo, siendo colocado en el seno de la congregación de los confesores. Durmióse, entre las horas tercias, a aquélla en que cantan los gallos, un viernes, décimo día de las Calendas de enero, de la era 1020, reinando nuestro Altísimo Señor Jesucristo".

Inscripción del 981 hallada en los montes de Málaga (Trad. Simonet: Historia de los Mozárabes, 626).

## CORDOBA: LA MAYOR CIUDAD DE OCCIDENTE

*Córdoba era ya una ciudad de medio millón de almas en tiempos de Abd al-Rahman III, es decir, en la primera mitad del siglo X, y sus habitantes siguieron aumentando hasta los días de las revoluciones cordobesas, que comenzaron el año 1009. Contaba con una crecida población cristiana, y una*

*no reducida masa de judíos, y desde el tiempo de Almanzor vinieron a habitarla no pocos bereberes. Triunfaba en Córdoba una plebe numerosa y turbulenta, ávida de placeres. Pero de entre ella se destacaba una aristocracia poderosa que, a imitación de Al-Hakam II, formaba bibliotecas y gustaba de las letras y las artes. Era a la par una ciudad burocrática, sabia y comercial. Centro del gran imperio omeya occidental, en ella se hallaban instalados los órganos rectores de la corte y del gobierno. Bajo el mecenazgo del califa y de los grandes, residía en Córdoba un grupo nutrido de gentes de letras y de ciencias: médicos, filósofos, escritores, historiadores, geógrafos, astrónomos o matemáticos. Los nombres de algunas de las arterias y barrios: pergamineros, perfumistas, zapateros, silleros... nos descubren algunas de sus industrias. Se abrían en ella mercados de libros, de esclavos, de granos —un año de abundancia se quemó el trigo para evitar el envilecimiento de los precios— y otros diversos. En ellos se vendían y compraban los más varios objetos de uso diario, de fabricación local o nacional: pieles de Zaragoza, cerámica de Calatayud, armas de Toledo, alfombras de Cuenca, sedas de Valencia y Granada, cueros y tapices cordobeses. A ellos llegaban también los más diversos objetos de lujo y las mercaderías más raras y exóticas que entraban en Al-Andalus por el puerto de Pechina, próximo a Almería. El embajador de Otón I, Juan de Gorz, declara su asombro ante el esplendor de la Córdoba califal en el relato de su misión ante Abd al-Rahman III. Y el eco de la grandeza de la capital de la España musulmana llegó hasta las soledades del claustro sajón donde la monja Hroswitha la llamó: "ornamento del mundo". Con Bizancio, a la que se acercaba más que a Bagdad, pura ciudad oriental, Córdoba vivía entre Oriente y Occidente. Cuando Europa había descendido al más bajo nivel cultural que jamás había conocido hasta allí, la ciudad del Guadalquivir, como la del Bósforo, mantenían encendida la llama de la civilización. Y en Córdoba las claras mentes hispanas —era de origen español, como importa repetir, la inmensa mayoría de los habitantes de Al-Andalus—, fecundadas por el pensamiento y el saber arábigos, gestaban la más rica floración cultural que España había de conocer hasta su Siglo de Oro; floración que había de madurar en la centuria siguiente de las Taifas.*

## Extensión

Las dimensiones de Córdoba han sido diferentemente establecidas debido indudablemente al rápido crecimiento de su población y edificación bajo los varios sultanes de la dinastía de los Marwan y a las penosas calamidades y desastres a que fué sometida bajo el reinado del último soberano de esa casa.

Ben Said, repitiendo las palabras de la epístola de Al-Xakundi, dice que la ciudad de Córdoba con las poblaciones adyacentes de Al-Zahra y Al-



Zahira cubría en total una extensión de diez millas de longitud, cuya distancia, agrega el autor, había que cruzar de noche alumbrándose con faroles.

La circunferencia de las murallas que circundaban la ciudad se calcula en 30.000 *cubitos* (equivalentes a 18 pulgadas, en total alrededor de 12.420 metros) y la extensión, exceptuando los suburbios, se dice que era de 16.000 *cubitos* (unos 6624 metros) de longitud de Norte a Sur. Se dice también que la edificación de Córdoba en la época de los Banu Umayya se prolongaba a una distancia de ocho parasangas (equivalente cada una a 5250 metros) de longitud, por dos de ancho, lo que hace un total de 24 millas de largo por 6 de anchura. Todo este espacio estaba cubierto de palacios, mezquitas, jardines y casas edificadas a lo largo de las riberas del Guadalquivir, único río de Andalucía al que los árabes pusieron nombre.

Córdoba ha sido descripta como una ciudad cuya extensión, población y esplendor, siempre fueron en aumento desde su ocupación por los mahometanos hasta el año 400 de la Héjira [1009-10], en que estalló una guerra civil. Desde entonces aquella poderosa ciudad se vió privada de su antiguo esplendor. Fué decayendo gradualmente y perdiendo su anterior magnificencia hasta el momento de su destrucción final en el mes de Xawwal en el año 633 de la Héjira [septiembre 1236] cuando cayó en poder de los cristianos.

Algunos historiadores, al referirse al área de Córdoba comprendida dentro de sus murallas, incluyendo los suburbios, dicen que su superficie era de 33.000 *cubitos*, de los cuales 1.100 estaban cubiertos por los palacios reales.

Otro historiador dice que Córdoba estaba dividida en cinco grandes distritos o ciudades, separados unos de otros por una muralla alta y bien fortificada y que, todos reunidos, medían tres millas de largo por una de ancho.

## Suburbios que contenía

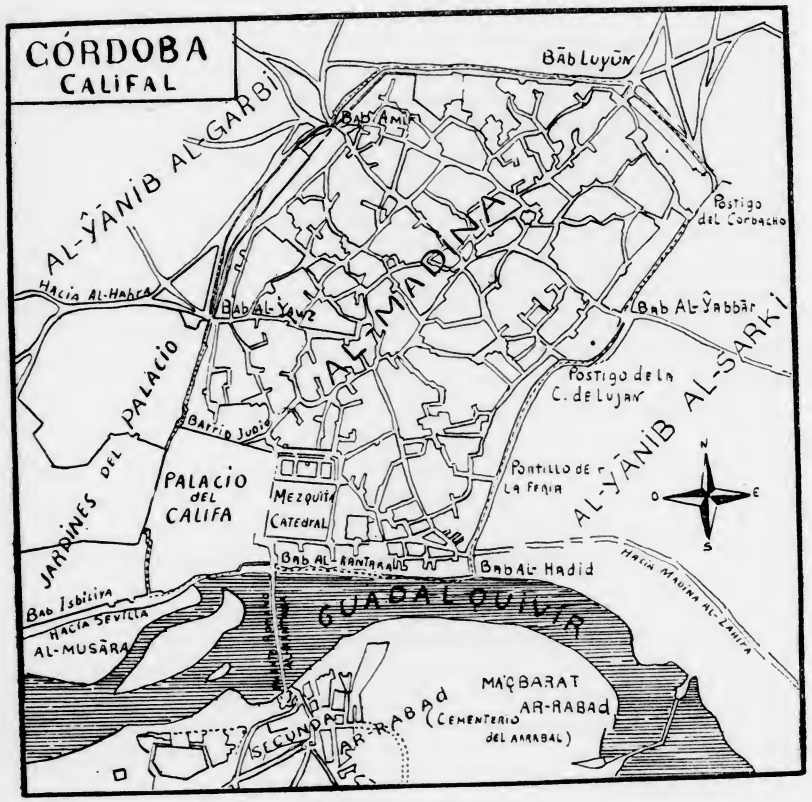
Se dice que los arrabales eran 21 en total, cada uno de los cuales estaba provisto de mezquitas, mercados y baños para el uso de sus habitantes, de modo que los de un suburbio no tenían necesidad de recurrir a otro ni para sus asuntos religiosos ni para comprar lo más necesario para vivir.

Ben Baxkuwal, quien nos ha dado una descripción de Córdoba durante la época de su mayor prosperidad y cuando la afluencia de su población estaba en su apogeo, ha conservado los nombres de los arrabales que en esos tiempos formaban parte de Córdoba.

Dos de éstos se extendían hacia el Sur, en la margen opuesta del río y sus nombres eran: Xakunda y Munyat Al-Achab (El jardín de las maravillas). Nueve hacia el Oeste, llamados: Hawwanit al-rihan (Las tiendas de los vendedores de albahaca dulce), Rabad al-raqqaqin (El arrabal de los panaderos), Maschid al-Kahf (La mezquita de la caverna), Balat Mugaytz (El palacio de Mugaytz), Maschid al-Xaqa (La mezquita del infortunio),

Hamam al-anbiri (Los baños de Al-anbiri), Maschid al-Surur (La mezquita del regocijo), Maschid al-Rauda (La mezquita del jardín) y Al-Sichn al-qadim (La cárcel vieja).

Tres hacia el Norte: Bab al-yahud (La puerta de los judíos), Maschid Umm-muslima (La mezquita de Umm Muslima), y la Rusafa. Los siete




restantes se extendían hacia el Este y sus nombres eran: Salar, Faran Barbal, Al-Barch, Munyat-abdillah (El Jardín de Abd Allah), Munyat al-Mugayra (El jardín de Mugayra), Al-Zahira y Madinat al-atiqa (La ciudad vieja).

En el centro de la ciudad y rodeada por estos suburbios, estaba la Qasaba (fortaleza) de Córdoba, la que se hallaba fortificada y defendida por altas murallas, no así los suburbios; pero durante las guerras civiles fué cavado un foso alrededor de los mismos y quedó todo ello encerrado dentro de altos y fuertes muros que se levantaron al mismo tiempo. La circunferencia de esas murallas, según Ben Said, era de 24 millas incluyendo Xakunda,



que aunque era una antigua ciudad amurallada, fué también comprendida dentro de los límites fortificados de Córdoba.

### Puertas

Según Ben Said, las puertas de Córdoba era siete en total: 1º La puerta del puente (Bab al-Qantara), también llamada Bab al-Wadi, o puerta del río. 2º Bab al-Chazirat al-Jadra (Puerta de Algeciras), que conducía también hacia el río. Ambas puertas miraban al Sur. 3ª Bab al-hadid (Puerta de hierro), llamada también Bab Saraqosta (Puerta de Saragoza), Bab Ibn Abdi al-Chabbar (Puerta del hijo de Abdi al-Chabbar), llamada también la puerta de Toledo y puerta de los cristianos (Bab al-rumiyya). En la puerta últimamente mencionada se unían las rutas construídas por los romanos —las hemos mencionado en otra parte de este trabajo—, que, como se ha dicho, formaban un circuito, viniendo de Cádiz, Carmona, pasando por Córdoba y yendo a Roma a través de Zaragoza, Tarragona, Narbona y el gran continente. 4ª La puerta de Talavera, que se llamó también puerta del León. 5º La Puerta del Emir de los Qurayxíes en el lado opuesto del cementerio del mismo nombre. 6ª Bab al-Chuz (Puerta de las nueces), conocida por el nombre de puerta de Badajoz. 7ª Bab al-attarin (Puerta de los drogueros) comúnmente llamada puerta de Sevilla. Había aún otra puerta llamada primeramente Bab al-Yahud (Puerta de los judíos) pero los buenos musulmanes hicieron objeción a tal nombre y la llamaron Bab al-huda (Puerta de la buena dirección).

El poeta Abu Amir ben Xuhayd escribió acerca de esta puerta el siguiente dístico:

"Cerca de la puerta de los judíos ellos vieron obscurecer y desvanecerse la estrella de Abu-l-Hasan.

"Cuando los judíos lo vieron dando órdenes ante su puerta lo tomaron por José".

### El palacio califal

El mismo historiador describiendo el palacio real de Córdoba dice que éste era un antiguo edificio habitado primitivamente por los sultanes infieles que gobernaron el país desde el tiempo de Moisés. Su interior así como los edificios que lo rodeaban estaban llenos de maravillosos restos de las primitivas construcciones de los griegos, romanos, godos y otras naciones ahora extinguidas. Los departamentos interiores estaban magníficamente decorados y la belleza de sus ornamentos cautivaba la vista de quienes los admiraban.

Los califas de la casa de Marwan eligieron este palacio para su residencia adornándolo, embelleciéndolo y agregándole nuevas habitaciones que llenaron de elegantes rarezas. Pero éstas no fueron las únicas mejoras que

los soberanos de esa familia introdujeron en la ciudad; como observaremos después, dejaron por todas partes en Córdoba signos de su sabia administración, formando deliciosos jardines, proveyendo a la ciudad de agua traída desde lejanas montañas, llamadas las Sierras de Córdoba, y surtiendo su capital con toda clase de abundantes provisiones.

El agua obtenida de las montañas era traída al palacio y llevada desde él a todos los rincones y barrios de la ciudad, por medio de cañerías de plomo que se vertían en vasijas de diferentes formas, hechas de oro purísimo, finísima plata o cobre plateado, así como en grandes lagos, curiosos depósitos, asombrosos recipientes y fuentes de mármol griego, hermosamente talladas. En este palacio había también un asombroso surtidor, el cual arrojaba el agua a considerable altura, como los que suelen verse tanto en Oriente como en Occidente.

El palacio descrito por Ben Baxkuwal seguramente es el mismo designado anteriormente por algunos autores antiguos con el nombre de Balat Rudzrik (El palacio de Rodrigo) no porque este rey lo hubiera construído, sino porque cuando fué vencido por los árabes y su reino conquistado, como supieran que le servía de residencia cada vez que venía a Córdoba, lo llamaron por su nombre. No se sabe por quién fué edificado, pero la opinión más generalizada entre los nativos era la de que uno de los antiguos reyes que vivió en la fortaleza de Almodóvar fué quien lo construyó; y cuentan la siguiente leyenda:

"Un día, yendo el rey de caza, llegó al lugar donde más tarde fué construída Córdoba, que en aquel entonces era un desierto; el sitio ocupado ahora por el palacio estaba cubierto por impenetrable maleza. Cerca de ese lugar el rey soltó su halcón favorito, el cual se elevó en el campo, que más tarde llamó Kudyat Abi Ubayda (El monte de Abu Ubayda); pasándolo y, descendiendo en la espesura, el halcón voló en busca de la perdiz. Siguiólo el rey hasta perderlo de vista, pero no viéndolo aparecer y temiendo se hubiera enredado entre las ramas y se hallase en la imposibilidad de moverse, el rey ordenó cortar la maleza para que su halcón pudiera volar libremente. Mientras su gente se ocupaba en cortar la maleza, fué descubierta la cúspide de un magnífico edificio de asombrosa estructura, construído con grandes bloques de piedra unidos entre sí con plomo fundido.

El rey, que era un hombre inteligente y emprendedor, ordenó inmediatamente que se excavara en derredor y el edificio fué rápidamente descubierto en toda su extensión. Continuado su trabajo, los obreros llegaron a los cimientos, los cuales se encontraban sumergidos en agua, apoyados sobre un lecho de pequeñas piedras, puestas allí por un antiguo procedimiento, Cuando el rey vió esto, exclamó: "No hay duda que ésta es obra de algún famoso monarca y debo reconstruirlo". Ordenó que el edificio fuera reintegrado a su estado primitivo, hízolo habitable y desde entonces lo visitó a menudo como a cualquiera de sus castillos reales. Cada vez que hacía una excursión por su provincia o pasaba cerca en alguna expedición militar,



residía en él durante algún tiempo. Esto indujo a muchos de sus súbditos a establecerse en la vecindad y así poco a poco se fundó la ciudad de Córdoba, quedando el palacio en su centro, el cual desde entonces fué la morada de los reyes que lo sucedieron".

Pero volvamos a la descripción de Ben Baxkuwal: "Entre las puertas del palacio —puertas que, según tal historiador: "Dios Todopoderoso, abrió para reparar los agravios, ayudar a los oprimidos y dispensar juicios imparciales en todos los casos de la ley"— la principal tiene un balcón saliente que es sin igual en el mundo.

"Esta entrada, que conducía al palacio, estaba formada por puertas plegadizas, recubiertas con chapas de hierro, sujetas por una banda de cobre artísticamente trabajada, que representa un hombre con la boca abierta. Este extraordinario trabajo de arte, que partía de la parte más baja de la puerta, servía al mismo tiempo de barra y llamador y perteneció en otra época a una de las puertas de la ciudad de Narbona, en el país de los francos. Cuando el emir Muhammad tomó aquella ciudad a los cristianos lo quitó de allí y lo llevó a Córdoba, colocándolo en la entrada principal de su palacio.

"Siguiendo la misma dirección y mirando al Sur, había otra puerta, llamada Bab al-Chanan (La puerta de los jardines); en el lado opuesto, sobre una meseta mirando el Guadalquivir, había dos mezquitas famosas por su santidad y los numerosos milagros que se les atribuían y en las que el emir Muhammad al-Radi se sentaba a administrar justicia a sus súbditos, ansioso de obtener de este modo las abundantes recompensas del Todopoderoso.

"La tercera era llamada Bab al-Wadi (La puerta del río), y la cuarta, Bab Koriak (La puerta de Coria), abierta al Norte. Había una quinta puerta conocida por el nombre de Bab al-Chami (La puerta de la gran mezquita), llamada así porque los primeros califas antiguamente acostumbraban salir por ella para visitar la mezquita mayor los viernes. El trayecto que habían de recorrer era alfombrado en toda su extensión".

Sin embargo, la mayor parte de esas puertas, nos dice Ben Baxkuwal, fueron destruídas o tapiadas durante la guerra civil bajo el reinado de Abd al-Chabbar. Además del palacio real aludido, los emires y califas de la casa de Harwan habían construído también dentro y fuera de Córdoba varias casas y jardines para su residencia o placer.

### Jardines

Dice Ben Said: "Continuaré ahora con la descripción de los jardines de recreo y paseos públicos en que los habitantes de Córdoba pasaban sus horas de ocio o que por ellos eran visitados en busca de descanso y de placer. Algunos de éstos pertenecían al príncipe, otros a gente adinerada. Entre los primeros se hallaba, al Norte, el palacio de Rusafa, que Abd al-Rahman ben

Muawiya hizo construir al comienzo de su reinado y en el que residió gran parte de su vida. También formó un hermosísimo jardín con toda clase de plantas raras y exóticas y hermosos árboles de todos los países, tratando de que tuviera suficiente agua para su riego. Su pasión por las flores y plantas le indujo a mandar agentes a Siria y otros países, con el objeto de procurarse toda clase de plantas y semillas que, traídas a Andalucía desde lejanas regiones y distintos climas, fueron aclimatadas en el palacio real y distribuídas más tarde por todo el país.

"De este jardín provienen las granadas llamadas Safari, que en punto a sabor, pequeñez de grano y abundancia de jugo, no tienen igual en el mundo, y son superiores a todas las frutas que se producen en Andalucía. Cuéntase así cómo se introdujeron esas granadas en el país y el origen de su nombre. Dicen que uno de los agentes mandados por Abd al-Rahman a Siria, con el propósito de traer todas las plantas exóticas que consiguiera, le mandó desde Damasco, entre otras rarezas, una variedad de granada del jardín llamado Rusafa-Hixam, conocida luego en Andalucía con el nombre de Russafi. Abd al-Rahman se enorgullecía de su adquisición ante sus súbditos, ponderando la clase y calidad del árbol, el sabor y color de la fruta, la forma cómo había sido adquirido y cómo se lo habían mandado.

"Sucedió que entre los cortesanos se encontraba un hombre llamado Safar ben Ubayd Al-Kalaid, uno de los pobladores de Al-Urdan, quien más tarde fué reconocido como descendiente de los Ansaris y que usaba los colores del Profeta como los califas de la casa Omeya. El emir dió algunas frutas a Safar; éste guardó sus semillas y algún tiempo después las sembró en una villa del distrito de Rayya, en el que residía; cuidó el árbol podando sus ramas y cuando dió fruta, seleccionó la mejor granada, volvió con ella a la corte y se la presentó a Abd al-Rahman. Tan pronto como el emir vió la fruta, que se parecía tanto a la de sus jardines, en color y aspecto y cuyo sabor era igualmente delicado, quedó gratamente sorprendido y preguntó a Safar cómo lo había conseguido. Safar se lo explicó y Abd al-Rahman quedó tan satisfecho que lo felicitó efusivamente por su habilidad y, agradeciéndole su celo, le hizo un considerable presente, ordenando que fueran plantados en Rusafa, y en los jardines de recreo, más árboles de la misma especie.

"Por su parte, Safar aumentó su plantación y distribuyó la semilla entre sus amigos; y los jardineros andaluces comenzaron a cultivar en todas partes esta fruta, que es hoy día la mejor calidad de granada que existe y que todavía se conoce por Safari, nombre de su introductor".

### Palacios

Volviendo al palacio de Rusafa, que Abd al-Rahman adornó con costosa magnificencia y al que trajo agua desde lejanas montañas, diremos que se



hallaba situado al Norte de Córdoba y se llamaba Munyat al-Rusafa (Jardines de Rusafa), como el palacio del mismo nombre que su abuelo Hixam construyó en Damasco. Abd al-Rahman, por otra parte, estaba orgullosísimo de él y acostumbraba a pasar allí la mayor parte del año, como solía hacer su abuelo en el suyo.

Este palacio no fué el único edificado por Abd al-Rahman o sus sucesores; había además en Córdoba varias villas reales notables por su magnificencia, su estructura o espléndida ubicación. A este grupo pertenecían "el palacio del confluente" (Qars al-hachiri); "el palacio del jardín" (Qars al-rauda); "el palacio de las flores" (Qars al-zuhur); "el palacio del enamorado" (Qars al-maxuq); "el palacio del afortunado" (Qars al-mudarak); "el palacio de Rustak" (Qars al-rustak); "el palacio de la alegría" (Qars al-surur); "el palacio de la diadema" (Qars al-tach); y "el palacio de las novedades" (Qars al-badi).

Otro palacio llamado Dimaxq es mencionado por Al Fath en su Qalayd, cuando escribió la vida del visir Ben Ammar. Lo describe como una casa de recreo perteneciente a los sultanes de la casa de Marwan, los techos del cual eran soportados por hermosas columnas de mármol y los pisos pavimentados con mosaicos de mil colores.

"Todos los palacios del mundo no son nada comparados con este de Dimaxq, por sus jardines llenos de frutos deliciosos y fragantes flores, hermosas perspectivas, límpidas corrientes de agua y aromáticas nubes de rocío, pues su tierra está siempre perfumada por el riego matutino, su ámbar gris, y, en la noche, por sus jacintos negros".

Otra casa de recreo en Córdoba era la Al-Mushafiya, llamada así por su propietario el Hachib Abu Utzman Chafar ben Utzman al-Mushafi, que fué primer ministro bajo el califa Al-Hakam Al-Mustansir Billah.

Munyat-zubayr era el nombre de otra casa de recreo en las afueras de Córdoba que hizo construir Zubayr ben Umar al-Mulatztzam durante su gobierno en aquella ciudad. Había además en Córdoba varios otros jardines y casas de recreo llamadas Munyat, por ejemplo, la Munyat al-Surur (El jardín de las alegrías), que ya hemos mencionado; la Munyat al-Amiriya (El jardín de los Banu Amir), y la Munyat al-Kasira (El jardín de la noria).

El poeta Al-Walid ben Zaydun, en una poesía en que enumera los palacios, jardines y lugares de recreo de Córdoba en su tiempo, ha conservado los nombres de algunos otros: el Qars al-farisi (El palacio del persa) y March al-nadir (La pradera de oro), un jardín de recreo en las afueras de la ciudad.

Había además otras varias villas, paseos y arboledas para uso y recreo de los habitantes. A este número parecen haber pertenecido March al-jur (La pradera de aguas rumorosas), Fahs al-surraq (El campo de los ladrones) y Fahs al-sudd (El campo de la represa), lugares todos que Ben Said menciona invocando la autoridad de su padre. El último, dice, era el cono-

cido por el nombre de Fahs al-rahi (El campo de los molinos), mencionado por Qasim ben Al-Riyahi.

### Puentes sobre el Guadalquivir

El río Guadalquivir es más bajo en Córdoba que en Sevilla; ésta ha sido la razón por la cual fueron tendidos puentes de piedra en la primera ciudad mientras que la última no tenía ninguno. Este río tiene su origen en las montañas de Segura, desde donde se divide en dos corrientes, una que corre al Este, hacia Murcia, y la otra hacia Córdoba y Sevilla. Al-Razi, describiendo este río, dice: "Fluye tan plácidamente como un chorro de leche, aun cuando sus aguas aumentan por efecto de las lluvias; y es en Córdoba el río más inofensivo, no así en Sevilla, donde, a causa de las lluvias, amenaza siempre destruir la ciudad y ahogar a sus habitantes".

El mismo autor describe el puente de Córdoba como uno de los de más bella estructura de Al-Andalus. Según Ben Hayyan, fué construído por Al-Samah ben Malik Al-Jaulani, gobernador de España, o como dice el autor de *Minhach al-fakr*, por su sucesor Abd al-Rahman ben Ubayd al-Gafiqi, a instancias del califa Umar, hijo de Abd al-Aziz. Estaba compuesto de 17 arcos, de 50 *spans* (unos 9,20 metros) de ancho cada uno, siendo también de 50 *spans* el espacio intermedio entre los mismos.

Más tarde fué reconstruído y embellecido por los califas de la casa de Marwan. Según la opinión de Ben Hayyan, lo más probable parece ser que hubo un antiguo puente en el mismo lugar, construído 200 años antes de la invasión de los árabes, pero habiéndose quebrado sus arcos y derribado su parte superior por obra del tiempo y quedando solamente los cimientos, el gobernador ordenó construir en el año 101 de la Héjira [719-20] un nuevo puente sobre lo que quedaba del anterior. El largo de este puente, dicen Ben Hayyan, es de 800 *cubitos* (más o menos 331 metros), y el ancho de 20 (alrededor de 8,28 metros). La altura era de 60 *cubitos* (más o menos 28,84 metros), se hallaba sostenido sobre 19 arcos (uno más de los que dió Al-Razi), teniendo además 16 torrecillas. Según Ben Hayyan, Al-Razi y Al-Hichari, el antiguo puente fué construído por Octavio, segundo César de Roma, como lo hemos hecho notar en otra parte.

### Ejido de Córdoba

La cantidad de villas y pueblos pertenecientes a Córdoba era casi innumerable, pues la jurisdicción de la capital se extendía a la vez sobre muchos distritos ricos y populosos. Había algunas ciudades de primera categoría, que también reconocían su autoridad: Almodóvar, distante 16 millas; Mored, 25; Alcozer, 19; Gafek, dos días de marcha; Ecija, 36 millas; Baena, dos días de marcha; Estepona, 36 millas; la ciudad de Ronda pertenecía también a Córdoba, pero más tarde fué anexada a Sevilla, de cuya capital está más próxima.



En la vecindad de Córdoba había también no menos de 3.000 villas, provistas de mezquitas, poseyendo además un religioso muqallas, de reconocida erudición, cuyo deber era juzgar de acuerdo con los cánones de la ley civil.

Entre los árabes andaluces ninguno podía usar el "qalas" si no recitaba de memoria casi toda la *Muwatta*, no conocía 10.000 tradiciones respecto al Profeta o no era perfectamente versado en la obra teológica titulada *Al-madunah*. Era obligación de los cadíes de las villas vecinas a Córdoba ir a la ciudad todos los viernes y asistir a la oración pública con el califa en la gran mezquita. Una vez terminada la ceremonia se aproximaban todos a saludar al sultán, para informarlo del estado de sus respectivas poblaciones.

### Rentas

Las rentas que provenían de Córdoba y sus distritos han sido diferentemente establecidas. Un escritor oriental ha dicho que éstas ascendían en la época de Al-Hakam, hijo de Hixam, a 110.020 dinares, 4.700 almudes de trigo y 7.747 de cebada u otra especie. Otro escritor las estima, calculando por lo bajo, en tres millones de dinares, durante la administración de Al-Mansur ben Abi Amir. Pero este último cálculo es erróneo indudablemente, pues las contribuciones obtenidas de Córdoba y sus alrededores nunca se elevaron a tal suma. El autor debe referirse seguramente al total de los impuestos cobrados en los dominios de los califas; pero (en este caso) una vez más está equivocado, por cuanto hemos hecho notar en otro lugar, que se elevaban a una suma más considerable. Pero esto sólo Alá lo sabe.

### Productos del suelo

Sabemos de cierto que el comercio y la agricultura florecieron en este lugar durante el reinado de los hijos de los Omeya en una escala escasamente vista en ninguna ciudad del mundo; su mercado estaba siempre abarrotado con los frutos de la tierra, los productos de cada distrito y lo mejor de cada país, por ejemplo: telas, no obstante su costo; drogas, a pesar de su escasez; joyas, no obstante su gran valor, y otras curiosidades de tierras lejanas y desconocidos países. Todos ellos podían procurarse en los bazares de Córdoba y encontraban cientos de compradores.

Córdoba estaba situada en medio de tierras fértiles, regadas por el Guadalquivir y que producían abundantes cosechas; sus habitantes estaban siempre provistos de toda clase de alimentos de la mejor calidad, al precio más

reducido. Ben Said llama a Córdoba tierra de promisión y menciona varios minerales que abundan en su territorio, tales como la plata, en el distrito de Qartax, mercurio y cinabrio (bermellón), en el territorio de Sitalisa y muchos otros minerales preciosos.

Otro escritor menciona una clase de piedra llamada "xaranch", la que, es bien sabido, posee la propiedad de detener la sangre cuando se aplica a una herida, y la que se decía abundaba, tan pura como la plata, en el territorio de la capital. Nuestro autor observa que anualmente tales tierras eran transportadas, a lomo de mula, a otros países, donde alcanzaban precios muy altos, hasta 500 dinares el fardo, de acuerdo a sus maravillosas propiedades, que las hacían muy apreciadas.

### Límites de Córdoba bajo Al-Mansur

Ya hemos dicho algo en otra parte sobre la probable dimensión y extensión de Córdoba durante la época de su mayor prosperidad. En verdad se aseguraba que, durante la administración de Al-Mansur, fué tal el crecimiento de la población con los innumerables extranjeros que llegaban de todas partes del mundo mahometano para vivir en ella bajo la sombra de su justicia, con las pintorescas tribus de los berberiscos que trajo de Africa y con los desdichados vestigios de las naciones cristianas que redujo al último extremo, que los límites de Córdoba fueron insuficientes para contener a todos, y muchos tuvieron que vivir acampados en tiendas en las afueras de la ciudad.

Un autor fidedigno que vivió en Córdoba en esa época, nos dice: "Una vez conté todas las casas de la ciudad y sus suburbios y encontré que sumaban 213.077, incluyendo, solamente, en esa cantidad, a aquéllas de la población común, artesanos y labradores, sin incluir las cámaras altas alquiladas, las hosterías, baños y tabernas. Los palacios de los nobles, visires, oficiales de la casa real, jefes de las tropas y otros ciudadanos adinerados, los cuarteles, hospitales, colegios y otros edificios públicos ascendían a 60.300". El número de comercios en esta época es calculado por el mismo autor en 80.455. Otro calcula que el número de mercados era de 4.300 y que dentro de las murallas de la fortaleza había arriba de 430 casas, habitadas por los oficiales de la casa real y funcionarios públicos. El número de casas en la ciudad y los suburbios pertenecientes a la población común o a los ciudadanos adinerados es calculado por el mismo autor en 113.000, incluyendo los palacios habitados por los visires, nobles y jefes militares.

Pero hemos leído en alguna otra parte que las cifras ahora mencionadas deben aplicarse solamente a la época de los sultanes Banu Lamtuna (Almorávides) y no a la de los Almohades, sus sucesores, bajo cuyo reinado la importancia y esplendor de Córdoba disminuyó considerablemente, debido a las desastrosas guerras civiles que se sucedieron en su territorio. Como



hemos observado en otra parte, el número de casas ocupadas por oficiales del estado y la nobleza sumaban 60.300. El número de mezquitas dentro y fuera de la capital es, de todos modos, calculado con gran discrepancia. Un antiguo autor estima que existieron 490 bajo el reinado de Abd al-Rahman III, pero también es verdad que Córdoba aumentó prodigiosamente con el tiempo. El autor de *Kitab al-Masalik wa-l-Mamalik* las calcula en 471. Hemos visto estimar su número en 837, pero esto debe ser una exageración. Alguien ha dicho que los baños dentro y fuera de la ciudad ascendían a 3.000, otros los apreciaron en 700. Se ha dicho también que los suburbios eran 28 en total, otros los reducen a 20; pero la cifra dada por Ben Baxkuwal es de 21. Esta cítase más frecuentemente en los manuscritos de la época.

De todos modos, las cifras dadas por Ben Said, autor que tomó su información de Ben Hayyan y otros historiadores que vivieron en los prósperos tiempos del califato de Córdoba, son las siguientes: 113.000 casas para la población común; y la mitad de aquella cifra, o tal vez más, para los oficiales del Estado, favoritos de la corte, jefes militares y otros.

El número de mezquitas en el período de su mayor esplendor, durante la administración del visir Ben Abi Amir, nunca excedió de 700, ni los baños de 900, pero asegura haber leído en una historia antigua que bajo Abd al-Rahman III, la ciudad de Córdoba contenía 300.000 casas y 877 mezquitas, dieciocho de las cuales estaban dentro de los límites de Xakunda. La cifra dada por Al-Bakri (que es: 477 mezquitas) está aún lejos de aquellas mencionadas anteriormente. Es evidente sin embargo, que durante las guerras civiles que estallaron al comienzo del IV siglo de la Héjira, no solamente una gran parte de aquellos edificios fué demolida y todas las calles abandonadas, sino que algunos de los suburbios fueron arrasados completamente desapareciendo sus rastros para siempre.

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Según versión inglesa de Gayangos, I, 207).

## LA SUCESION DE AL-HAKAM II. — LOS EUNUCOS DERROTADOS

*Los eunucos que servían en los palacios cordobeses procedían de diversos países europeos —en Verdún hubo a lo que parece una "manufactura" de ellos— pero eran llamados eslavos, porque los más procedían de las costas eslavas de la Europa Oriental, de las que eran importados a Córdoba por mercaderes judíos. En la corte califal siempre habían tenido importancia —les hemos visto disponer del trono a la muerte de Abd al-Rahman II— pero su número y su potencia aumentó con el crecimiento del lujo palatino en la época califal. Al morir Al-Hakam II proyectaron entregar el poder*

*supremo a un hermano del muerto y no a su hijo, todavía muy pequeño. Los escrúpulos de uno de ellos permitieron al canciller del soberano difunto, Al-Mushafi, deshacer sus torpes planes mediante el asesinato —crueles tiempos— del príncipe en quien habían pensado los eunucos. Un funcionario civil, sólo conocido hasta entonces por sus éxitos entre las mujeres del harén y por los favores de la favorita, pero llamado a grandes destinos por su talento y su audacia: Ben Abi Amir, "Almanzor", se encargó de la ejecución del desdichado Al-Mugira. El canciller y él mellaron luego el poder de los eunucos, pero Al-Mushafi no logró sus propósitos de dominar Al-Andalus en nombre del califa menor, porque en su camino se interpuso el ahora ejecutor de su crimen.*

Los eslavos servían en palacio, pero reinaban en él como señores, y constituían el elemento más brillante y más íntimamente consagrado a la defensa de la corte. Los califas habían puesto el mayor empeño en reunir gran número de ellos. Al-Nasir y después Al-Hakam les habían otorgado su intimidad, a tal punto que en el reinado del último habían cometido excesos vergonzosos sobre los cuales había el príncipe cerrado los ojos, a pesar de su inclinación general a la justicia y a la represión de la violencia: "Son para nosotros, decía, gentes seguras y en los que se puede confiar para la vigilancia del harén; el pueblo debe de mostrarse tolerante con ellos y tratarles con suavidad, y no tendrá que temer ningún daño de los mismos, porque no nos es posible intervenir a cada instante contra ellos".

A la muerte de Al-Hakam, los eslavos formaban el grupo más importante y audaz, creían que nadie podría sobreponérseles y que el gobierno habría de estar en sus manos. Constituían un cuerpo de más de mil eunucos y tal cifra nos autoriza a imaginar la multitud que gravitaba en torno a ellos. El principal eunuco era Faiq, llamado Nizami, era gran maestro del guardarropa y de la fábrica de tapices de seda (tiraz). Su segundo era su camarada Chawdar, gran orfebre y gran halconero. Uno y otro mandaban a los funcionarios del palacio y además al cuerpo de guardias no eunucos. Inmediatamente después de la muerte de Al-Hakam, ocurrió entre ambos jefes eunucos y el canciller *(hachib)*, Chafar al-Mushafi, lo que sigue. Como el califa estaba enfermo desde hacía tiempo y había frecuentes altos y bajos en su estado de salud, escapó a Mushafi y a los otros ministros el momento preciso de su muerte, y no fué al principio conocido más que por los dos eunucos citados, que estaban constantemente a su lado. Tomaron ambos las precauciones necesarias para ocultar el suceso, hicieron guardar el palacio y se consultaron. Resolvieron entregar el poder a Al-Mugira, hijo de Al-Nasir y hermano del califa difunto, porque temían que la autoridad peligrara entre las manos de Hixam, tanto por su juventud como por el poco contento que el pueblo mostraba de su advenimiento al trono; pero con la condición de que Al-Mugira asegurase la sucesión de su sobrino



Hixam. De tal suerte Mugira, a quien hubieran hecho califa, habría quedado obligado a ellos, permanecerían fieles a su difunto señor en espera de la llegada de su hijo a la edad madura y la autoridad continuaba sin embargo en sus manos. El plan estaba bien tramado, pero hubiera sido necesario que Alá hubiese consentido su realización.

Convenidas así las cosas, Chawdar dijo a Faiq: "Es necesario ahora hacer venir al canciller (*hachib*) para cortarle la cabeza y así todo irá bien". "¿Cómo, hermano, exclamó Faiq, quieres matar al secretario de nuestro señor, uno de nuestros jeques, sin que haya hecho nada para merecer la muerte? Acaso no haga ninguna oposición a nuestros proyectos y no tendremos que comenzar derramando sangre". Hicieron, pues, venir a Chafar, le anunciaron la muerte del príncipe, le pusieron al corriente del plan que habían concebido: "Es lo mejor y lo más conveniente, respondió Chafar. Os toca mandar. Os apoyaré con mis amigos. Haced lo que pensáis, pero asegurándoos el consentimiento de los grandes para evitar toda oposición. Me voy a la puerta de palacio que guardaré en persona y allí espero vuestras órdenes". Les dejó para ir a guardar la puerta y convocó a sus amigos Haximíes, es decir: a Ziyad ben Aflah, cliente de Al-Hakam, Qasim ben Muhammad, Muhammad ben Abi Amir, Hixam ben Muhammad ben Utzman y otros personajes semejantes. Hizo también venir a los Banu Barzal, que eran los miembros del *chund* (ejército regular) con quienes podía contar con más seguridad, y a los otros principales oficiales del *chund*, y reunió así con tales elementos fuerzas suficientes para obrar como le conviniese. Participó a sus amigos la muerte del califa y el proyecto de los eslavos de no respetar el juramento de fidelidad prestado a Hixam; les dirigió palabras de estímulo y continuó en estos términos: "Asegurando la transmisión del poder a Hixam, nada tendremos que temer por lo que hace a nuestra seguridad personal y la autoridad seguirá en nuestras manos. Si triunfa Mugira nos quitará nuestros cargos e intentará satisfacer sus odios". Todos los presentes le aconsejaron hacer ejecutar a Mugira antes de que tuviera noticia de la muerte de Al-Hakam y Al-Mushafi reconoció la necesidad de tal ejecución y aprobó tal decisión. Pero sus amigos retrocedieron ante la precisión de poner tal acuerdo por obra y se endosaron unos a otros el cumplimiento de la empresa. Entonces Muhammad ben Abi Amir, dando un paso hacia adelante, habló así: "Amigos, temo que se eche a perder vuestro asunto; puesto que todos apoyamos al jefe que está presente —aludía a Chafar— es necesario que no nos opongamos a sus designios. Si él me encarga de la misión, la cumpliré en vuestro lugar. Estad tranquilos". Su proposición agradó a Chafar y a los otros y le confiaron la tarea diciéndole: "Eres el llamado para acometerla por tu intimidad con el califa Hixam y por el puesto que ocupas en la corte". Chafar le hizo marchar con un escuadrón formado por los principales hombres del *chund* que merecían su confianza.

Ben Abi Amir montó en seguida a caballo con el caid Badr, cliente de

Al-Nasir, y, con cien guardias de corps, se trasladó al palacio de Mugira. Colocó a los últimos a la puerta del mismo, le hizo rodear por las otras tropas que le seguían y penetró rápidamente en la morada del príncipe, que encontró tranquilo y que no había hecho ningún preparativo para defenderse. Le anunció la muerte de su hermano Al-Hakam y el advenimiento de su sobrino y añadió que los visires temiendo que se opusiera a la sucesión de Hixam le habían enviado para saber a qué atenerse. Mugira, aterrorizado al principio, tomó luego aliento y manifestó su alegría por el advenimiento de su sobrino: "Dí a los visires, añadió, que estoy dispuesto a obedecer y a cumplir el juramento que he prestado a Hixam; exígeme todas las garantías que te plazcan". Después intentó conmover a Ben Abi Amir y le conjuró, en el nombre de Alá, a respetar su vida y a abandonar sus proyectos homicidas, y lo hizo con tanto éxito que Muhammad tuvo lástima y escribió a Chafar anunciándole la sinceridad de las disposiciones del príncipe y el estado de calma y de confianza en que le había encontrado y solicitando autorización para perdonarle la vida. Chafar le contestó amonestándole por su retraso en cumplir su tarea e invitándole a llevarla a cabo: "Nos has engañado, le decía en la respuesta, cumple tu deber o vente y enviaremos otro para reemplazarte". Muhammad, obligado así a seguir el juego trágico, enseñó la carta al príncipe y se retiró. Luego hizo entrar a los soldados. Estrangularon éstos a Mugira en su propio salón y suspendieron después su cadáver en un gabinete contiguo, como si se hubiera suicidado. Todo pasó ante los ojos de las mujeres de la víctima. Los asesinos anunciaron en seguida que el desdichado se había ahorcado, porque habían querido obligarle a acudir cerca de su sobrino. Así pereció este príncipe a los veintisiete años. Entonces Muhammad, para ocultar lo que había ocurrido, ordenó enterrar el cadáver en el salón e hizo cerrar las puertas, para que las gentes del palacio salvasen los hijos y los bienes del difunto.

Volvió entonces junto a Chafar y le contó lo que acababa de suceder. Tranquilizado el ministro con la noticia hizo sentar a Muhammad a su lado y le mostró su reconocimiento por lo que había hecho. Chawdar y Faiq supieron pronto la suerte de Mugira. Quedaron estupefactos y se arrepintieron de su conducta. "Te había prevenido, dijo el primero —mucho más astuto— al segundo, pero no quisiste escucharme". Sin embargo, se presentaron ante Chafar, se mostraron satisfechos de lo que había hecho y se excusaron del plan que habían concebido. "En nuestra turbación, no habíamos imaginado, dijeron, lo que Alá te ha inspirado. Quiera Alá premiarte por lo que has hecho en servicio del hijo de nuestro señor, del Estado y de los musulmanes". Chafar les contestó simplemente algunas palabras corteses. Durante algunos días estuvo enteramente absorbido por los preparativos de la entronización, pero su enemistad con los eslavos no le dejaba digerir tranquilo y los eslavos tenían igualmente lleno de odio el corazón.



En la mañana del lunes 4 de Safar 366 [2 octubre 976] Chafar hizo instalar a Hixam ben Al-Hakam en el trono para recibir el juramento de la corte y del pueblo. Fué Ben Abi Amir quien procedió a llamar a los obligados a jurar y no hubo dos personas que se negaran a hacerlo. Fué para él un éxito que produjo gran efecto y que fué muy comentado: su situación y su influencia aumentaron así y su renombre se difundió por todas partes.

Como pronto comenzara a reinar una cierta frialdad entre Chafar y los eslavos, éstos permanecieron alejados del ministro y se mostraron poco favorables al gobierno de Hixam, por lo que Chafar tomó todas las precauciones necesarias. Los espías que había puesto en campaña le informaron que Chawdar y Faiq trabajaban contra el gobierno y mantenían secretas inteligencias con jefes de los guardias de corps y de las tropas que dependían de ellos. Como se servían de la Puerta de Hierro para sus idas y venidas, el canciller la hizo tapiar y en adelante no se pudo entrar en palacio sino por la puerta de *Al-Suda*, lo que detuvo a los eslavos en sus maquinaciones y los colocó bajo vigilancia. Resolvió, además, separar (de la obediencia) de los dos jefes eslavos, con la ayuda de Muhammad ben Abi Amir, los guardias de corps no eunucos, y le envió secretamente para tratar con los que quería influenciar. Muhammad pudo así atraerse a su persona a quinientos de entre ellos, lo que aumentó su fuerza y su autoridad. Aseguró el alojamiento y el sueldo a sus nuevos partidarios. Los Banu Barzal abrazaron igualmente su causa y se pusieron a sus órdenes. La reunión de los grupos le colocó a la cabeza de fuerzas superiores a las de sus enemigos. Todo el *chund* le siguió y desde entonces no tuvo que contar con los eslavos.

En tal situación Chawdar pidió autorización al califa para retirarse a su casa abandonando su servicio. Contaba con que le sería rehusado el permiso solicitado, pero le fué otorgado. Sus compañeros profirieron entonces diversas amenazas y propagaron largas prédicas contra el gobierno.

El más violento de todos era Durri, segundo de Chawdar, quien se señaló por su turbulencia y su necedad. Para ponerle en razón y desembarazarse de él, por instigación de Chafar, Ben Abi Amir hizo decir secretamente a los habitantes de Baeza, que vivían en tierras de Durri, que presentaran querella contra él y sus mayordomos, prometiéndoles que se pronunciaría sentencia adversa a su señor y que no tendrían que sufrir en adelante sus violencias.

Hicieron en el acto la denuncia y el canciller sometió el asunto al príncipe, pero Ben Abi Amir había ya preparado a éste contra Durri y en secreto ordenó que fuera careado con los denunciantes, para juzgar de las reclamaciones de los mismos. Durri fué llamado al visirato, pero cuando llegó a la puerta y vió a los soldados reunidos en el interior, comprendió la suerte que le esperaba y quiso retroceder. Ben Abi Amir se lo impidió y le sujetó por el cuello. Vinieron entonces ambos a las manos. Durri tomó por la barba a su adversario. Muhammad llamó en su auxilio a los soldados.

Los españoles respetaron a Durri, pero los Banu Barzal acudieron en seguida, se arrojaron sobre Durri y le golpearon. Un sablazo de plano en la cabeza le hizo perder el sentido. Le llevaron en el acto a su casa y en ella fué rematado la misma noche. Faiq y varios de los principales eslavos recibieron órdenes de retirarse a sus moradas y de no salir de ellas. Obedecieron y así se quebró su poder. Ben Abi Amir se dedicó entonces a hacerles restituir sumas considerables de que les hizo extorsión. Faiq fué enviado a las islas Baleares y allí murió.

El poeta Said de Santarem habla así de su expulsión de palacio: "Han sido expulsados de la dirección del palacio del Iman los eunucos altaneros y violentos. Los que hemos visto de entre ellos nos han dicho: "No maltratéis al eslavo sino después de haber maltratado a otros". El dorso del rey se ha sentido entonces aligerado de un peso notorio. Ha empezado a brotar de su faz el agua de la ciencia después que hubo apartado su espeso vinagre y ha frecuentado en su palacio asiduamente el hipódromo de los negocios en compañía del visir eminente y puro".

Después de haberse desembarazado de tales eunucos, Chafar confió el cuidado del palacio y del harén a Sukr, uno de ellos, les calmó, les mantuvo sumisos y consiguió su obediencia, hasta que su jefe Chawdar excitó su resentimiento con ocasión del movimiento que preparó.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 430).

## "NO TE FIES DE LA FORTUNA"

*Tiene nombre de mujer y es caprichosa como todas las mujeres. Al-Mushafi, de Al-Hakam II, ministro o canciller, a la muerte de su señor aseguró en el trono al niño Hixam II, para gobernar España en su nombre. Hombre de pocos escrúpulos, ni había sido siempre justo ni reparó en el crimen para alcanzar el poder. Tenía un declarado rival en el general vencedor de Africa y en la frontera cristiana, Galib. Pero su caída fué obra de alguien que le debía el comienzo de su carrera. En medio de las sombras, que no lograban romper las luces de las medianías políticas y militares de la época, surgió el relámpago del genio de "Almanzor". Sin escrúpulos también y apoyado por la sultana, que le amaba, su talento y su habilidad maniobrera le permitieron conseguir la caída de Mushafi, con ayuda de Galib al que luego venció y mató. El omnipotente canciller de Al-Mustansir Billah fué condenado por la enemiga de Al-Mansur a lenta agonía. Con el relato de su caída y de su fin la historia nos dispara desde el fondo de los siglos un trágico mensaje, que nos grita lo vano de todo orgullo, lo repugnante de los aduladores de los grandes, luego, sin transición, sus verdugos, y el valor de la dignidad en la desgracia, cuando la fortuna, femenina y mudable, nos vuelve la espalda.*



### Caída, tortura y fin de un ministro omnipotente

El príncipe hizo en seguida sentir su cólera a Chafar ben Utzman Mushafi y le exoneró de sus funciones de canciller el lunes 13 Xaban 367 [26 marzo 978]. Le hizo detener, destituyó de todos sus cargos a sus hijos y a su sobrino Hixam, ordenó el secuestro de sus bienes y les impuso fuertes multas. Ben Abi Amir les exigió cuentas de su administración y consiguió así confiscarles sus bienes, deshonrarles y de tal modo les abrumó con males sin número, que les redujo a la nada. Hizo en seguida asesinar en la prisión donde se hallaba a Hixam, hermano de Chafar, que era de toda la familia de Utzman su enemigo más encarnizado, y el cadáver de la víctima fué entregado a los suyos. Durante varios años Chafar vivió una existencia desgraciada, unas veces libre y otras encarcelado. Compuso estos versos para mover a piedad a Ben Abi Amir.

"Que Alá te perdone. ¿No puede tu misericordia concederme un tardío perdón? Si he cometido sin premeditación una gran falta, tu poder es, sin embargo, más grande y más alto que mi delito. ¿No has visto a algún servidor traspasando los límites de sus derechos, pero también a un señor perdonando y a un hombre justo marchando en línea recta? Son menos culpables quienes habiendo alcanzado tu indulgencia han reparado sus faltas. Perdóname, para que el Eterno te perdone, El te guardará y te salvará de la perdición".

Chafar ben Utzman se mostró en su desgracia el más débil de los hombres, el más falto de respeto de sí mismo, el más aferrado a la vida. Empujado por el deseo de vivir llegó incluso a importunar a Ben Abi Amir con la oferta de servir de profesor a sus dos hijos Abd Allah y Abd al-Malik. Pero su afortunado rival respondió: "¡Quiere hacerme pasar por necio y perjudicar mi reputación. Antes se me ha visto solicitar a su puerta y hoy se le verá en mi vestíbulo como profesor!"

Ben Abi Amir hizo en seguida investigar con cuidado cuanto se le atribuía y escudriñar minuciosamente sus cuentas. Le hizo comparecer en el palacio califal, ante la asamblea de los visires, para proceder al examen contradictorio de los abusos de confianza que le eran imputados. Tuvieron lugar diversas audiencias a tal propósito y la última vez que el ex canciller acudió a palacio bajo la vigilancia del carcelero Watik, fué empujado y maltratado por su guardián, porque sus penas y su edad avanzada le habían debilitado y hacían torpe su paso: "Despacio, hijo mío —le decía Mushafi— llegarás a lo que deseas: quisiera que pudiera comprarse la muerte. Pero Alá le ha fijado un precio demasiado elevado". Llegó así a la sala de la audiencia, donde los visires habían ya ocupado sus puestos. Se sentó al fondo de la sala sin saludar. Al punto el visir Muhammad ben Hafs ben Chabir, uno de los fieles de Ben Abi Amir, avanzando hacia él, le interpeló

groseramente, le llamó ignorante y le reprochó no haber siquiera saludado. Chafar se volvió sin responderle, pero como el otro continuara injuriándole, pronunció estas palabras: "Eres tú quien desconoce las consideraciones que me debes y reprochas ignorar las leyes de la cortesía a quien las conoce; no sólo olvidas los beneficios recibidos, sino que ofendes al mismo a quien se los debes". Ben Chabir, turbado al principio por tal réplica, respondió en seguida: "He aquí la mentira en persona. ¿Cuáles son los grandes beneficios que te debo? ¿Se trata de esto o de esto otro?", dijo y enumeró diversas cosas. "No, contestó el viejo, todo eso nos es conocido; me refiero a que mi intercesión cerca del difunto califa, cuando te declaró culpable de haberte apropiado tal suma, te valió el no tener ahora cortada la mano". Ben Chabir negó el hecho, pero Ben Chafar exclamó: "En el nombre de Alá conjuro a que hable a quien quiera que tenga conocimiento de lo que acabo de decir". El visir Ben Ayyax tomó entonces la palabra y habló así: "Sí, Abu-l-Hasan, hay algo de verdad en lo que dices, pero hubiera sido mejor para ti no decir nada". —"Este hombre, dijo Chafar, me ha irritado y por ello he hablado". Entonces el visir Muhammad ben Chahwar avanzando hacia Ben Chabir le dijo: "¿No sabes que quien ha incurrido en la cólera del príncipe no debe saludar a los amigos del soberano? Si le responden, ofenden al califa al dirigir a su enemigo un deseo de seguridad. Si no le responden, faltan a su deber con Alá, que manda devolver el saludo. Lo mejor que puede hacer quien está en desgracia es abstenerse de saludar y no lo ignora Abu-l-Hasan". Tales palabras avergonzaron a Ben Chabir e iluminaron el rostro de Ben Chafar.

Se pusieron de nuevo a interrogarle para sacarle dinero y el culpado respondió: "Juro delante de Alá que he perdido cuantos bienes adquiridos o heredados poseía; podríais cortarme en pedazos y no podríais sacarme ni un dirhem". Se le condujo de nuevo a la prisión criminal de Al-Zahra y ésa fué la última vez que se le vió.

Cuando encarcelado por Al-Mansur se hallaba invadido y abrumado por las preocupaciones, compuso los siguientes versos en que se quejaba de su suerte y parangonaba sus males presentes con la pasada ventura.

"Pago en su misma moneda a la fortuna tal como se presenta, como hace mi alma con sus propios suspiros. Si al exhalar uno de ellos se desgarra, le oculta a quienes le rodean. Si un golpe adverso de la suerte me golpea, le oculto la cabeza con mi pecho".

He aquí otro hermoso verso donde habla de su cambio de fortuna y trata de escapar a la tristeza que le minaba:

"He opuesto la paciencia a la adversa fortuna y mi alma, que he forzado a la constancia, la practica en adelante. ¡Qué maravilla ver a mi corazón tan paciente y a mi alma antes tan vanidosa ahora humillada! Mi alma no está ya sino donde la pone su guardián; sus aspiraciones no pasan del estado de deseos y si no los tiene goza de calma. Antes jactanciosa, se ha hecho



humilde viéndome soportar su abatimiento. Muere considerada, la he dicho, porque la fortuna otrora favorable se ha apartado de nosotros".

He aquí lo que hay de cierto sobre su muerte en prisión: cuando se ordenó su encarcelamiento, se despidió de su familia y de sus hijos, diciendo: "Llega el momento que he esperado desde hace cuarenta años. Va a ser escuchada la plegaria". Y como le preguntaran qué quería decir, respondió: "Bajo el reinado de Al-Nasir, se presentó una denuncia contra un hombre a quien se quería mal y fuí encargado de instruir el proceso contra él; como resultado del mismo fué condenado a azotes, a la pérdida de sus bienes y a una larga detención. Una noche vi en sueños a alguien que me decía: "Devuelve la libertad a fulano. Su plegaria contra ti ha sido oída y se cumplirá sin que puedas escapar a su ejecución". Me desperté aterrorizado, hice venir a aquel hombre y le rogué que me sustrajera a las consecuencias de tal amenaza. Se negó a ello y como le conjurase a confesarme qué plegaria había hecho contra mí, me dijo: "He pedido al Señor que te haga morir en el más estrecho calabozo, igual al que yo he ocupado por tu orden tanto tiempo". Comprendí entonces que su oración debía cumplirse y fuí presa de remordimientos, pero demasiado tarde. Hice devolver la libertad al encarcelado, mas desde entonces he esperado siempre el cumplimiento de tal amenaza".

Después de su último interrogatorio, sólo pocos días permaneció en prisión, pero fué su cadáver el que salió de ella para ser entregado a su familia. A lo que se dice fué estrangulado en la cámara llamada de las pulgas, en la misma cárcel, pero, según otra versión, se le dió a beber un brebaje envenenado.

Muhammad ben Ismail, secretario del Al-Mansur, cuenta lo siguiente: "Me trasladé a Al-Zahra con Muhammad ben Maslama para entregar el cadáver de Chafar a su familia y a sus hijos y para asistir a su inhumación. Examiné el cadáver. No mostraba ningún signo particular y no estaba cubierto sino por un viejo vestido perteneciente a uno de los porteros y echado por él sobre el cuerpo del difunto. Un lavandero enviado por Muhammad ben Maslama procedió a lavar al muerto sobre el batiente arrancado de una puerta de la prisión, mientras yo reflexionaba sobre las vicisitudes de la fortuna. Seguimos hasta la tumba a la parihuela que condujo sus despojos. Sólo nos acompañó el Imán de la mezquita, llamado para que recitara las últimas oraciones. Nadie osó alzar sus ojos sobre el cortejo. Vi en ello un hecho como no ha podido oírlo semejante ningún buscador de advertencias morales, como no puede verse ni oírse. En la época de su omnipotencia, me situé un día por el camino que había de seguir, para entregarle una instancia que le estaba personalmente destinada. Pero por ningún medio pude conseguir acercarme a él, tan numeroso era su cortejo y tantos eran los que se apretaban en torno del mismo. El pueblo llenaba las plazas y las calles para verle y para saludarle, en tal forma que hube de entregar mi solicitud a uno de sus secretarios, colocados a los

lados del cortejo para recibir los memoriales, y me retiré sofocado de tal espectáculo. No mucho después Al-Mansur le hizo sentir el peso de su cólera; le encarceló, le llevó consigo en su cortejo en sus expediciones, tratándole sin ninguna consideración. Una noche, en Galicia, me encontré cerca de su tienda en un campamento en que Al-Mansur había prohibido encender fuego alguno, para que su presencia no fuera descubierta por el enemigo. Atestiguo que vi a Utzman, hijo del desgraciado Chafar, darle una mezcla de agua y harina para que no entregara su alma, porque no tenía provisiones ni dinero para comprárselas. Le escuché entonces decir estos versos:

"Examinando el curso de los acontecimientos, siempre les he visto alcanzar al hombre generoso. Transcurrieron días que siguieron su curso regular y cuyo recuerdo nunca perderé; tiempos en que, olvidados de la fortuna adversa, hemos gozado de serenidad y de alegría; noches en que el destino contrario, desconocedor aún de nuestra casa, no nos había golpeado con la desgracia. La vida sólo contempla nubes derramando por doquier ora la felicidad, ora la adversidad".

De Chafar son los siguientes versos: "No te fíes jamás de la fortuna porque nos procura muchos cambios. Antes hasta me hizo temer de los leones, hoy me hace temblar delante de un zorro. ¡Qué vergüenza, qué humillación para un hombre valeroso, deber siempre implorar la clemencia de un ser vil".

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 444).

## ALMANZOR O EL GENIO

*"Almanzor", de noble origen pero de corto patrimonio, entró al servicio de la corte como intendente del hijo, recién nacido, del califa. De tan humilde puesto, tras una rápida carrera, alcanzó a gobernar Al-Andalus como verdadero soberano, mientras el legítimo monarca rezaba y amaba en el retiro del harén. Ningún obstáculo le detuvo en su camino. Tomó del tesoro las sumas que quiso, a fin de triunfar de la vanidad de la sultana y de la codicia de los capitanes; se manchó con la sangre de un príncipe inocente, para asegurar la regencia de su protector; traicionó luego a éste y le hizo padecer largo calvario, después de reemplazarle; se apoyó para lograr su caída en el generalísimo de las huestes del califa, aprendió con él el arte de la guerra y le mató más tarde; había fingido amor a la madre del califa a fin de disponer de la débil voluntad de éste y la echó por la borda cuando estuvo seguro, y no vaciló en ordenar la ejecución de varios gobernadores y visires y hasta la de uno de sus hijos, para afirmar su autoridad. En contraste luminoso con tantas tinieblas, dió la paz a Córdoba con mano de*



*hierro; fué inquebrantablemente justiciero con los grandes y con los humildes; recompensó, con generosidad y largueza, a cuantos se le acercaron; favoreció el progreso de la capital del califato; se mostró a la par, según los casos, riguroso y benigno; su conocimiento de los hombres y de los negocios fué profundo y sutil; y, capitán y estratega extraordinario, venció cien veces a los cristianos septentrionales. "Almanzor" o el genio, podríamos decir. Sí, es preciso incluirle entre las individualidades de excepción, de las que la humanidad ha alumbrado pocas en el curso de los siglos. Como todas ellas, "Almanzor" nos lanza las mismas interrogaciones turbadoras: ¿Cuál es la función del héroe, en el amplio sentido del vocablo, en la vida de los pueblos? ¿Es el fruto milagroso que empuja a las naciones con su fuerza cósmica o el hombre superdotado que sabe aprovechar el dinamismo de su pueblo y pone en movimiento su fluído vital en la ocasión más oportuna? ¿Es una bendición o una maldición para los suyos? ¿Construye sobre rocas o sobre arena? Una enumeración de los que parieron los tiempos, desde el confín de la historia hasta hoy mismo, de los que precedieron y han seguido a "Almanzor", nos brindaría la más dramática e inquietante de las meditaciones. "Almanzor" llevó al cenit la fuerza política y militar de Al-Andalus. Poco después de su muerte el califato de Córdoba se escindió en más de una docena de reinecillos impotentes, que desgarró la guerra civil. ¿Qué quedó de su obra? ¿Qué ha quedado de las hazañas de sus pares? El apogeo cultural de la España mora del siglo XI, como el del mundo post-alejandrino o el de la Francia del siglo XIX ¿han tenido su origen en la conmoción que la acción desorbitada de tres genios militares produjo? No es probable.*

### Comienzos de su carrera política

Según un cronista, que declara saberlo por conducto del secretario Ben Husayn, del literato Abu Ishaq ben Muhammad Aflili y de otros jeques, el canciller Chafar ben Utzman Mushafi, que estaba encargado del gobierno en el reinado de Al-Hakam, hablando un día personalmente con el juez Muhammad ben Ishaq ben Al-Salim, oyó de éste la contrariedad que le causaba la situación de Ben Abi Amir y le expuso ésta. Cuando Al-Hakam pidió a Chafar un intendente para su hijo que acababa de nacer, el ministro le habló en términos elogiosos de Ben Abi Amir y suministró a la madre del joven príncipe informes sobre diversos candidatos. La opinión favorable de Chafar inclinó la voluntad de la princesa en favor de la elección de Ben Abi Amir y éste fué agregado al servicio de la madre y del hijo.

Después de la muerte del príncipe, Abd al-Rahman continuó sirviendo a la princesa y cuando dió a luz a Hixam fué nombrado intendente del recién nacido. Al ser nombrado intendente del primero, el 9 Rabi I, 356 [22 febrero 967], se le asignó un sueldo de quince dinares de buena ley, por mes. Pero se dió a conocer por su lealtad y su buena administración y

cuando en seguida Alá llamó a sí a Abd al-Rahman, fué nombrado intendente de Hixam el miércoles 4 de Ramadan 359 [11 julio 970], después de haber sido además designado inspector de la Casa de la Moneda, el sábado 13 Xawwal 356 [2 septiembre 967]. A más de intendente fué nombrado tesorero, después curador de sucesiones, el jueves 7 Muharram 358 [1º diciembre 968]; el miércoles 12 Dzu-l-hicha 358 [27 octubre 969], juez del distrito de Sevilla y Niebla; y en Chumada II 361 [marzo-abril 972], Al-Hakam le confió el mando del segundo cuerpo de la *churta*, o policía. Le llamó luego al control de los fondos secretos que se gastaban en Africa septentrional, Ben Abi Amir restableció allí el orden y se concilió a las poblaciones indígenas y por ello el califa le nombró gran juez de la parte occidental del litoral africano, ordenando a los gobernadores y capitanes que no resolvieran nada sin contar con tal magistrado. Y después, durante el ataque de parálisis de que murió, le encomendó las funciones de mayordomo.

Se dice también que se dió a conocer por su servicio cerca de la princesa Subh [Aurora] la Basca, madre de Abd al-Rahman y de Hixam, y que gracias a ella llegó tan rápidamente y tan alto. Supo atraerse a esta mujer por sus buenos servicios, por los placeres que le proporcionó y las considerables sumas que puso a su disposición, y en tal manera, que la fascinó y consiguió dominar su corazón. Como ella dominaba a su señor, Ben Abi Amir se esforzaba para testimoniarla gran respeto y para no interrumpir jamás sus atenciones hacia ella, inventando y haciendo las cosas más fantásticas. Cuando era aún subordinado, fabricó para ella un palacio de plata, al que consagró grandes sumas y que era la cosa más bella que nunca se había visto. Fué expuesto fuera de la morada de Ben Abi Amir a la admiración del público y éste quedó asombrado del trabajo y habló de él mucho tiempo. En una palabra, reinaba como señor absoluto en el corazón de tal mujer, que por su parte le daba múltiples pruebas de estima y se ocupaba tanto de él que la opinión pública murmuró de la inclinación que Aurora le demostraba. Al-Hakam dijo un día a sus amigos: "¿Por qué hábiles procedimientos este joven se atrae de tal modo a todas mis mujeres que sus corazones le pertenecen? En vano están rodeadas del mayor lujo deseable, no aprecian más que los halagos que vienen de él y no les gusta más que lo que les trae. Es un sabio hechicero o un buen servidor. ¡Temo lo que tiene entre sus manos!" El califa recibió denuncias y el favorito fué acusado de haber malversado las sumas que antes se guardaban en la Casa de la Moneda. Al-Hakam quiso asegurarse de que el dinero estaba intacto y ordenó que le fuese presentado; Ben Abi Amir, que había gastado una gran parte, fingió gran rapidez en obedecer, y acudió a su íntimo amigo el visir Ben Hudayr, para pedirle un préstamo con que cubrir el déficit. El visir consintió. Toda sospecha desapareció así y Al-Hakam tuvo por engañosas las murmuraciones que habían llegado hasta él; admiró aún más al funcionario y le confirmó en su puesto. Ben Abi Amir devolvió el dinero



prestado por su amigo, permaneció agregado al servicio de Al-Hakam y siguió figurando en el número de los ministros.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 414).

## En la cumbre del poder: Medina al-Zahira

En 368 [9 agosto 978] Al-Mansur Ben Abi Amir hizo construir un palacio llamado de Al-Zahira; cuando su posición era preponderante, su llama brillaba en todo su esplendor, su independencia era manifiesta y eran numerosos sus enemigos. Temeroso de arriesgar su vida por más tiempo en el palacio del príncipe y de exponerse allí a alguna emboscada, tomó precauciones que descubrieron a su señor lo que le había estado oculto hasta entonces, a saber: que su ministro era más poderoso que él y que rehusaba reconocer su supremacía. Se alzó al orden de los reyes haciendo construir un palacio para residir en él con su familia y los suyos, para convertirle en la sede de su autoridad y marcar así su seguridad y para reunir sus esclavos y sus guardas. Eligió como emplazamiento (del mismo) un lugar que hizo suyo, llamado Al-Zahira, notable por sus palacios espléndidos, situado sobre una punta de la región que avanzaba sobre el gran río de Córdoba, y allí dispuso y arregló cuanto pudo hacerle extraordinario. En el año señalado comenzó su edificación, para la que hizo venir obreros y trajo máquinas considerables, y revistió a sus palacios de un brillo que alucinaba. Dió a la población grandes proporciones y mostró grandes deseos de verla desenvolverse extensamente en el llano; la rodeó de altas murallas, y nada perdonó para igualar las alturas y los barrancos del interior. La ciudad pudo a la postre mostrar sus grandes dimensiones en muy breve plazo, porque su mayor parte fué terminada en dos años y tal rapidez es una de las cosas más notables que se cuentan.

En 370 [17 julio 980] Al-Mansur se trasladó a ella "y allí se instaló con cuantos le rodeaban de cerca o de lejos; la convirtió en su residencia; la guarneció con todas sus armas, y llevó a ella sus bienes y sus negocios. Instaló allí las diversas reparticiones de la administración y de la hacienda, estableció dentro de los muros los graneros y permitió a los molinos alzarse en el llano; después dió en feudo los alrededores a sus ministros y a sus secretarios, a sus oficiales y a sus chambelanes, para que ellos edificaran allí importantes residencias y palacios considerables, y no descuidó las zonas intermedias que constituían propiedades productivas y pabellones bien tenidos. Abrió mercados, frecuentados por numerosas caravanas; acudieron pobladores a porfía para fijarse allí y establecer su domicilio en las vecindades de quien ejercía la máxima autoridad; construyeron en competencia sus moradas en los alrededores, y con ello sus arrabales llegaron a tocar a los de Córdoba y se produjo un gran progreso en toda la región cuyo

centro ocupaba la sede del poder. El califa, privado de toda influencia, sólo estuvo en adelante adornado de un vano título y Al-Mansur hizo del califato un perfil que se borraba poco a poco. Allí tuvo Al-Mansur consejo con sus visires, ordenados jerárquicamente, y con sus principales oficiales; allí convocó a los funcionarios para los asuntos del servicio; a la puerta de tal lugar colocó su guardia y estableció un jefe, como si se tratase de la sede del califato y de igual manera que para la autoridad suprema. Ordenes enviadas a todas las provincias de España y del litoral africano dispusieron el envío a Al-Zahira del monto de los impuestos, se prescribió a los gobernadores y a los solicitantes que acudieran a ella y se tomaron medidas para que nadie se apartara de Al-Zahira en busca de la puerta del palacio califal. Allí fueron resueltos toda clase de asuntos y allí afluyeron las gentes venidas de cualquier parte. Muhammad ben Abi Amir consiguió así lo que anhelaba y vió cumplidos sus deseos: el palacio califal fué privado de visitantes y por ende de todo partidario devoto. Entonces cerró la puerta del palacio del príncipe, para que no llegase hasta él ninguna noticia, encargó a personas de su confianza su custodia, que ejercieran en él plenos poderes, vigilaran en su nombre a cualquiera que entrase en él e impidieran todo movimiento sospechoso en su interior. Colocó porteros vigilantes que por la noche hacían centinela unos tras otros, que de día y de noche montaban guardia ininterrumpida en torno a las gentes del palacio y que vigilaban ostensible y secretamente todos sus movimientos. Había arrebatado ya al califa todo su poder administrativo, y con tales medidas le impidió ejercer ninguno de los atributos de la realeza. Hixam fué así privado de libertad y de influencia; fué olvidado su nombre; se debilitó su inteligencia; su puerta, siempre cerrada, no dejó en adelante penetrar hasta él a sus amigos; nadie, ni íntimo ni extraño, le vió más ni tuvo nada que temer o esperar de él; y no se supo desde entonces sino su nombre acuñado en las monedas o pronunciado desde los púlpitos. Su ministro le había suplantado, había revestido el aparato real, hizo desaparecer la pompa que pertenecía a su señor, enseñó al pueblo a prescindir del [califa] y a apartar de él sus deseos; gracias a tales maniobras los súbditos llegaron a desconocerle, y al fin prohibió que se hablara más de él.

. . . . . .

En 371 [7 julio 981] Ben Abi Amir tomó el sobrenombre de Al-Mansur (el victorioso) y con este título hizo que se le nombrase en los púlpitos de las mezquitas, acabando así de arrogarse todos los atributos de la realeza. Sus cartas estaban encabezadas así: "En nombre del canciller *(hachib)* Al-Mansur Abi Amir Muhammad ben Abi Amir a fulano". Sus visires comenzaron los primeros a besarle la mano y después siguieron tal ejemplo los jefes Omeyas, de suerte que cuantos tenían acceso hasta él llegaron a hacerlo y al dirigirse a él le trataban de Mawla (Señor). Tal uso se impuso a todos, grandes y pequeños, y cuando aparecía uno de sus hijos, todos se levantaban y se precipitaban a porfía para besarle la mano o tocar con



sus labios alguna parte de sus personas. Muhammad ben Abi Amir llegó, pues, a ser igual al califa en todos los honores y era tratado como él. No había entre ellos otra diferencia que en lo relativo al nombre, colocado a la cabeza de las cartas de él emanadas. Tal era el alto, el supremo grado de gloria, de honor, y de poder a que había llegado.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión francesa de Fagnan, II, 457, 465).

### Su falta de escrúpulos y su crueldad al deshacerse de sus rivales

Después de haberse así izado hasta la cima del poder, Ben Abi Amir se ocupó del general en jefe, su suegro, Galib Nasiri, y preparó su ruina. Pensó en oponerle un adversario entre los hombres de espada y de renombre, porque Galib le superaba en lo que concernía al arte de la guerra, era más valeroso que él y le aventajaba en un orden de conocimientos al que Ben Abi Amir no se había dedicado. No encontró para ello nadie más calificado por su energía, su firmeza y su gran notoriedad y por las grandes fuerzas de que disponía que Chafar, el hijo de Ali ben Hamdun, llamado Ben al-Andalusi. El ministro se esforzó, por tanto, en atraer a su partido a tal jefe, que habitaba, como los descendientes de Ali, en Africa septentrional, entre las Zanatas, y reconocía la soberanía del califa Hixam. Ben Abi Amir le envió mensajeros y le dirigió carta tras carta y Chafar confió entonces el cuidado del gobierno a su hermano Yahya y se embarcó para España con sus tropas. Se alojó en Al-Kasar al-Uqba, donde todo había sido preparado para satisfacerle. Al-Mansur le nombró su ministro, le otorgó como a tal una gran autoridad, le trató con la misma confianza que a un hermano y le dió paso sobre todos los grandes. Chafar encontró cerca de él cuanto podía desear y más de lo que había supuesto; de otra parte y gracias a los bereberes, la situación de Al-Mansur fué más sólida y más fuerte. Este primer grupo contaba unos seiscientos hombres. Al-Mansur continuó reclutando otros y otros, garantizándoles que serían bien tratados y recompensados con largueza, de suerte que muchos se apresuraron a pasar a España. Todos esos jinetes que venían sin interrupción se agruparon en torno de Ben Abi Amir. Desembarcaban con los vestidos en jirones y montados sobre rocines, pero en seguida Al-Mansur les vestía de sedas bordadas y de otras ricas telas, les daba caballos de raza y los instalaba en palacios, de los que nunca habían visto semejantes. Acabaron así por ser más numerosos que los soldados españoles del *chund* y fueron siempre los familiares e íntimos de Ben Abi Amir y los más ricos e influyentes.

Galib comprendió, al conocer la llamada de Chafar, que era una maniobra dirigida contra él; estalló la desavenencia entre suegro y yerno, y ella provocó diferentes encuentros y combates, ventajosos para Ben Abi Amir. Galib, que le combatía por medio de cristianos, que había atraído a sí por

medios largos de contar, pereció en una carga de caballería en que su adversario estuvo a punto de ser derrotado. Se mató, según unos, sobre su silla de montar o pereció, según otros, de modo diferente. Su muerte fué el más dichoso golpe de fortuna para Ben Abi Amir, que no tuvo en adelante a nadie a quien temer.

Desembarazado de Galib, acudió a un ardid para deshacerse de Chafar ben Ali, que había sido su auxiliar más poderoso contra el primero. Sobornó a tal propósito a Abu-l-Ahwas Man ben Abd al-Aziz al-Tuchibi, el campeón árabe, quien a la cabeza de una tropa de españoles, sus partidarios, le mató por traición en 373, después Al-Mansur hizo asesinar a su vez a Abu-l-Awas y así quedó solo (y sin rival).

En 373 [26 junio 982] hizo ejecutar a Chafar, hijo de Ali ben Hamdun o Ben al-Andalusi. Bajo pretexto de honrarle, pero en realidad para matarle a traición, le invitó en la noche del domingo 3 Xaban [21 junio 983]. Cuando en el curso de la reunión, el copero ofreció a Ben Abi Amir la gran copa que hacía circular entre los comensales, aquél le dijo: "¡Preséntasela a quien estimo más!" El copero perplejo no sabía a quién ofrecérsela de entre todos aquellos nobles invitados, y entonces su amo, riñéndole y maldiciéndole, le ordenó que la presentase a Abu Ahmad. Entonces Chafar, levantándose, la tomó como una prueba de estima y loco de alegría se puso a bailar y todos los asistentes siguieron su ejemplo sin excepción. Le sirvieron numerosas copas y tenía la cabeza muy pesada cuando a medianoche se retiró con algunos pajes. Fué entonces asaltado por Man y por sus confidentes. Su estado de ebriedad no le permitió defenderse. Cayó atravesado a puñaladas y los asesinos no abandonaron sino su cadáver ya frío. Su cabeza y su mano derecha fueron presentadas secretamente a Ben Abi Amir, que dió, sin embargo, pruebas públicas del dolor que le había causado su muerte.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 463, 466).

### Ordena la ejecución de uno de sus hijos

El año 379 [11 de abril 989], Al-Mansur hizo matar a Abd al-Rahman ben Mutarrif, gobernador de Zaragoza y de la Frontera Superior. Tal jefe al reflexionar sobre el fin que habían sufrido por orden de Al-Mansur los principales jeques (de Al-Andalus), suerte a la que sólo él había escapado hasta allí, había comenzado a temer que acabaría siendo tratado como ellos. Sucedió a la postre lo que estaba escrito, y el destino le movió a conspirar contra Al-Mansur. Le estimuló mucho a ello el hijo del mismo, Abd Allah ben Al-Mansur. He aquí lo ocurrido.

Abd Allah residía en Zaragoza cerca de Abd al-Rahman y estaba amargado contra su padre a causa de la preferencia que éste mostraba por su otro hijo: Abd al-Malik. Abd Allah, en efecto, se consideraba mejor dotado que su hermano, en valor e inteligencia, y más hábil guerrero a pie y a caballo, y juzgaba que su padre cometía una irritante injusticia colocándoles en el mismo plano y, con más razón, prefiriendo a Abd al-Malik. Abd al-Rahman ben Mutarrif no dejó de atizar el fuego que abrasaba por ello al hijo de Al-Mansur. Convinieron entre ellos que Abd Allah aprovecharía la primera ocasión para atacar a su padre y acordaron que se repartirían España; la capital correspondería a Abd Allah y la frontera a Abd al-Rahman. Comenzaron entonces a preparar los medios para lograr sus fines y para abrirse camino. Contaban con la complicidad de algunos jefes del ejército, de algunos funcionarios, etc., incluso en Córdoba, y les seguía entre otros el visir Abd Allah ben Abd al-Aziz al-Marwani, gobernador de Toledo. Pero corrieron rumores del complot que se tramaba y Al-Mansur verificó la autenticidad de los mismos y no pudo dudar. Hizo entonces venir a su hijo desde Zaragoza y, para adormecer su desconfianza, comenzó por testimoniarle mucho cariño y por ascenderle en su carrera. Alejó a Al-Marwani de Toledo, pero de la manera más honorable, y después de algún tiempo le quitó el visirato y le confinó en su casa. Luego Ben Abi Amir emprendió una campaña contra Castilla y vinieron a unírsele tropas auxiliares de las fronteras y con ellas Abd al-Rahman ben Mutarrif y sus guerreros de Zaragoza. Cuando llegaron a Guadalajara, los habitantes de la Frontera, secretamente excitados por Ben Abi Amir, presentaron una denuncia contra Abd al-Rahman. Sirvieron de instrumentos a las órdenes del ministro y declararon que Ben Mutarrif sustraía sus sueldos para apropiárselos. Al-Mansur le destituyó entonces de su mando en Zaragoza el 29 Safar del 379 [8 junio 989] y le reemplazó por Ben Abd al-Rahman Yahya, llamado Samacha, con la esperanza de asegurarse así la fidelidad de los Tuchibíes, tribu a la que pertenecía el último. Durante algún tiempo Abd al-Rahman ben Mutarrif permaneció aún en libertad, pero después fué detenido el martes 12 Rabi II [20 junio 989]. Al-Mansur mostró entonces su cólera y ordenó que le tomaran cuenta de su gestión y más tarde fué muerto en Al-Zahira, ante los ojos mismos de aquél.

Al-Mansur, temeroso de que su hijo Abd Allah se excitara y se dejara arrastrar a algún movimiento subversivo le hizo venir al campamento y le trató con dulzura, con el propósito de despertar en el mismo mejores sentimientos para con él. Pero ello era difícil de lograr, porque tenía el corazón ulcerado y se hallaba poseído de un odio violento. Entretanto Al-Mansur estableció su campo bajo los muros de San Esteban de Gormaz y, mientras los musulmanes combatían la plaza, Abd Allah huyó con seis de sus pajes y se acogió al enemigo de Alá. García, hijo de Fernando, señor de Alava —conde de Castilla— recibió al fugitivo y le protegió contra su padre. Al-Mansur acometió entonces a García para obtener que le entregara su hijo, jurando que no cesaría en perseguir al cristiano hasta que le hubiese enviado

a Abd Allah. Como García se obstinara en negarse a entregarle, Al-Mansur le venció, dispersó sus tropas, se apoderó de la mitad de Alava —Castilla—, tomó al asalto el castillo de Osma y estableció en él una guarnición musulmana. García se vió así obligado a aceptar las condiciones que le impuso Al-Mansur, tanto por lo que hacía a Abd Allah, como sobre los otros puntos señalados por su vencedor y éste consintió en tratar con él.

El príncipe cristiano confió Abd Allah y sus partidarios a un grupo de sus hombres. Montados en mulas avanzaron hacia el campo musulmán, en el que fueron recibidos por Saad, funcionario agregado a la corte. Sobre su mula, fogoso y vestido con un traje de brocado de seda ricamente trabajado, Abd Allah llegó alegremente junto a Saad, porque se hallaba persuadido de que su padre le perdonaría. Saad le besó la mano, se mostró muy cortés y afirmó su confianza hablando de su rebelión como de una simple escapatoria. Pero no lejos del Wadi Chawfi (¿Duero?) se detuvo en la retaguardia y dió orden a algunos de sus soldados de proceder a la ejecución del prisionero, que fué en el acto rodeado por ellos y a quien se previno de que iba a morir. Ante esta nueva de la terrible suerte que le aguardaba, Abd Allah obedeció sin resistencia la orden de echar pie a tierra y marchó con serenidad hacia el puñal que le aguardaba, atestiguando una firmeza de ánimo que admiró a los testigos. Le decapitó Ben Jafif, de la policía, al ponerse el sol del 14 Chumada II 380 [8 septiembre 990]. Al-Mansur, que hacía entonces su campaña cuadragésima quinta, envió al califa la cabeza de su hijo con un parte de victoria. El cadáver del joven que murió a los veintitrés años fué inhumado en el mismo lugar de la ejecución. Pero como consecuencia de tal suceso, Saad y Ben Jafif llegaron a ser carga pesada para Ben Abi Amir, que concibió contra ellos un odio sin respiros y les hizo ejecutar después de haberles sometido a tortura. Al hacer decapitar a su hijo Ben Abi Amir vió aumentar el temor respetuoso que inspiraba y todos los corazones temblaban ante él.

A propósito de Abd Allah, el visir Abu Umar ben Abd al-Aziz escribe lo que sigue: "Después de la ejecución del hijo de Al-Mansur el pueblo fué presa del terror, sintió repulsión por el ministro, se habló mucho del caso y se aventuraron muchas conjeturas sin que nadie hallase en la conducta de la víctima motivos para haber merecido la pena capital. Al-Mansur salió en seguida para otra de sus numerosas expediciones y cuando llegamos a Calatrava —continúa el narrador— nos invitó a una comida, en el curso de la cual, como la conversación recayese sobre Abd Allah, todos los invitados a la vez le hicieron la misma pregunta: "Alá ayude a Al-Mansur. Te has colocado, señor, por su muerte en una situación extrema y difícil de soportar. ¿Por qué le ejecutaste?" "He aquí el único motivo, respondió, cuando me presentaron a su madre me enamoré de ella al punto y mi corazón fué sacudido por una pasión tan violenta que constituía una verdadera obsesión. Después de haberla comprado a un precio excesivo, la llevé a casa de uno de mis parientes, donde iba cada día a verla para informarme



si estaba o no encinta. Cuando se dió cuenta de mi pasión amorosa, me dijo, por condescender a mis deseos, que el período legal de espera había terminado. Pero me mentía, con la intención de contentarme, avanzando la fecha fijada para el cumplimiento de mis apetitos. Me acosté con ella antes de que concluyera el plazo legal y yo dudaba de que Abd Allah fuese en verdad mi hijo". El fruto de tales relaciones nació en 358 [25 noviembre 968].

Más tarde tuvo lugar una conversación mordaz entre Al-Mansur y uno de los principales jefes bereberes: Zatarzun ben Nizar Barzali, que en una reunión donde el ministro le trataba familiarmente, le hizo esta pregunta: "¿Por qué mi señor, hiciste ejecutar a tu hijo Abd Allah?" y continuó exaltando el valor y las calidades del difunto. "No lo sientas, dijo Al-Mansur, porque si no me hubiese adelantado, me hubiese matado él. No tenía mi sangre. Cuando nació sospeché de la fidelidad de su madre, que era una esclava deshonesta. Ya se ha dicho que malas madres sólo dan productos corrompidos". "Entonces, señor, respondió el ignorante Zatarsun, ¿ha habido adulterio de la madre y crimen del padre?" "El miserable, exclamó Al-Mansur enrojeciendo, ha hecho mi desgracia en vida y tras su muerte". El ministro se apartó del necio de Zatarzun, pero durante mucho tiempo su frase fué repetida en las conversaciones populares.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 470).

### Elogios cortesanos de su talento y generosidad

La administración de la ciudad por Muhammad hizo olvidar a sus habitantes, a los más distinguidos y hábiles de sus predecesores. (Hasta su nombramiento de prefecto de policía, los cordobeses) habían tenido mucho que sufrir, obligados como estaban a velar toda la noche para guardarse de los malhechores, pues tenían que temer de sus andanzas más que los habitantes de los fronteras de los ataques del enemigo.

Pero Alá puso fin a tales males con la llegada de Muhammad, que desplegó todo su talento y se abstuvo de las costumbres atribuídas a su predecesor, el hijo de Chafar (Al-Mushafi). Se negó a escuchar ninguna recomendación y castigó sin piedad a todos los malhechores, con tanto éxito que los habitantes recobraron su seguridad. Los malhechores contaban hasta allí con la protección, que hallaban hasta en el séquito del príncipe, y Muhammad sorprendió tal complicidad hasta en casa de uno de sus hijos. Hizo venir a éste a la sede de la policía *(churta)* y le hizo azotar tan vigorosamente que acabaron con él. De esta forma reinó en Córdoba, en su época, el orden más completo".

Se distinguió particularmente por el buen fondo de su naturaleza, la confesión que hacía de sus faltas, el temor que tenía de su señor y soberano,

y el celo que puso en hacer la guerra santa. No se hacía en vano la invocación del nombre de Alá en su presencia y le detenía la amenaza de los castigos divinos. No cedió jamás a ninguna de las seducciones a que obedecen los príncipes, salvo al vino, al que renunció también dos años antes de su muerte. Llegaron a ser proverbiales su justicia para con los grandes y los pequeños, su imparcialidad, sus costumbres y su manera de dar a cada uno su derecho, aunque fuese contra el más próximo de sus familiares o de su cortejo.

He aquí un ejemplo de su justicia. Un hombre del pueblo se presentó un día en su audiencia y le interpeló en estos términos: "Oh protector del derecho, soy víctima de una injusticia por parte de ese esclavo que está a tu lado", y designó al escudero de Ben Abi Amir, que gozaba de un gran favor cerca de su amo, "le he llamado en vano delante del juez —continuó— y no se ha presentado". —"¿Cómo?, dijo Al-Mansur, incluso Abd al Rahman ben Futays ha llegado a tal grado de debilidad y de abandono de sus deberes. Le creíamos más exacto. Exponme tu queja". El hombre contó entonces que habiendo firmado un contrato con el esclavo, éste había faltado a él sin ninguna equidad". —"¡A qué duras pruebas nos exponen estas gentes!" exclamó Al Mansur. Y volviéndose hacia el esclavo que temblaba de miedo, le dijo: "Entrega el escudo a fulano, baja humildemente y preséntate como el igual de tu acusador hasta que se resuelva si tienes razón o no". Habiéndose colocado el esclavo delante de Al-Mansur, éste dijo al prefecto de policía *(churta)* afecto a su servicio: "Toma de la mano a este injusto bribón y llévale con su adversario ante el juez y que éste aplique la pena más severa, prisión o la que sea, a que haya lugar". Así lo hizo. Luego el demandante vino a dar gracias a Al-Mansur y éste le dijo: "Se te ha hecho justicia, puedes retirarte, ahora me toca a mí tomármela de quien me expone al desprecio de las gentes" e infligió toda clase de humillaciones al esclavo y le alejó de su servicio.

He aquí otro caso de la misma naturaleza. Su principal liberto, llamado Al-Mayurki, había tenido una cuestión con un comerciante magribí. El pleito había sido llevado ante el juez, quien falló contra el Mayurki, pero este eunuco, que era entonces el principal de los servidores de Al-Mansur, cuya casa y cuyo harén dirigía, rehusó obedecer al juez, en la creencia de que su situación le sustraía a tal deber. Su adversario reclamó justicia a Al-Mansur un día, cuando éste se dirigía a la mezquita, y el ministro le hizo conducir en el acto por su guardia ante el juez, quien hizo ejecutar su sentencia. Al-Mansur, irritado contra su servidor, confiscó sus bienes y le desterró.

Otra anécdota nos muestra a Almanzor respetando la justicia en su propio daño, a propósito de Muhammad que era su barbero, su servidor y su hombre de confianza. Tuvo un día necesidad de él para hacerse sangrar y envió a buscarle. Pero su mensajero encontró a Muhammad detenido en la prisión del juez Muhammad ben Zarb, que le había castigado por haber



maltratado a su propia mujer. Creía que escaparía al castigo en atención a sus funciones. Al-Mansur, informado por su mensajero de lo que ocurría, le hizo salir de la prisión, pero bajo la custodia de un carcelero, que debía de acompañarle hasta que hubiera cumplido su misión para luego volverle a la cárcel. El barbero se quejó del tratamiento que recibía, pero Al-Mansur le interrumpió: "Te quejas del cadí y está en su derecho de hacer lo que hace; me habría aplicado a mí la ley y no hubiera yo podido sustraerme a su autoridad. Vuelve a la prisión, confiesa tus culpas: así podrás recobrar la libertad". El cirujano quedó aterrado y comprobó que el favor no servía para nada. La noticia de las palabras de Al-Mansur llegó a oídos del cadí; reconcilió éste al prisionero con su mujer, pero sus sentencias fueron en adelante todavía más severas.

He aquí una prueba de su penetración que nos refiere Ben Hayyan. En una noche muy fría en que soplaba el viento con fuerza y llovía con violencia, Al-Mansur se hallaba sentado en su tienda de campaña cuando llamó a un jinete y le ordenó que fuera al desfiladero de Taliares, se apostara allí en acecho y le condujera al primero que pasara por allí que pudiera detener. El jinete obedeció y fué a apostarse en el desfiladero y en él permaneció, maltratado por el frío, la lluvia y el viento. Cerca de la aurora pasó por allí un viejo de edad avanzada, montado en un asno y provisto de las herramientas propias de los leñadores. El jinete le interrogó y le preguntó dónde iba, a lo que el viejo respondió que iba a cortar leña. "¿Qué puede interesar a Al-Mansur un desdichado viejo que va a cortar leña al monte?" se dijo el caballero. —"Le dejé alejarse, cuenta el mismo jinete, pero luego reflexioné en las palabras de Al-Mansur y temiendo su severidad, me acerqué al viejo y le dije que viniera conmigo junto a Al-Mansur, a lo que él me respondió: "¿Qué puede querer Al-Mansur de un pobre viejo como yo? Por Dios, déjame ganarme la vida". Pero el caballero rehusó ceder a sus ruegos y llevó su presa al ministro. No había éste dormido en toda la noche y cuando le presentaron al prisionero dió orden a los esclavos de registrarle. No le encontraron nada; pero hizo entonces registrar la albarda del asno y en ella descubrieron una carta de los cristianos que habían abandonado a sus compatriotas para servir a Al-Mansur, quienes escribían a sus correligionarios para que vinieran a atacar en un lugar determinado. A la salida del sol hizo conducir a su presencia a los cristianos autores de la carta y les hizo decapitar, con el viejo que se había hecho pasar por leñador.

A los mismos propósitos puede citarse aún esta anécdota. Un joyero de Oriente había venido de Aden a ver a Al-Mansur. Eligió éste lo que le agradó entre el surtido de alhajas y de piedras preciosas que le fueron presentadas y devolvió al comerciante su bolsa, hecha de un paño yemení. El joyero se retiró por el camino de Al-Ramla, que seguía la orilla del río. A mitad de ruta, como hiciera mucho calor y le cayeran grandes gotas de sudor, tuvo la idea de refrescarse tomando un baño, y dejó en la ribera sus

vestiduras y la bolsa. Un milano que volaba por allí vió la bolsa, la creyó un pedazo de carne y lanzándose sobre ella la alzó en el aire, mientras el mercader la seguía con los ojos, enloquecido por comprender que no la recobraría ni con engaños ni atacando al milano. Ocultó su pesar, pero éste le produjo una enfermedad que le afectó muchísimo. Cuando llegó el momento de pagar a los mercaderes proveedores de palacio, el joyero se presentó en persona, pero Al-Mansur advirtió en seguida su visible estado de depresión, de tristeza, de falta de animación y de alegría y le preguntó la causa de su mal. El comerciante le contó lo ocurrido. —"¿Por qué no viniste en el acto a referirme el suceso?, le dijo Al-Mansur. Habríamos recurrido a algún medio para remediarlo. ¿Viste bien la dirección que tomó el pájaro?" —"Voló hacia el Este, por encima del jardín contiguo a tu palacio, es decir, hacia Ramla". Al-Mansur llamó al prefecto de policía adscripto especialmente a su persona y le ordenó que trajese en el acto a los jeques de Ramla. Cuando éstos fueron introducidos en su presencia, les mandó que averiguaran quién de sus conciudadanos pobres había cambiado súbitamente de fortuna y sin transición había escapado a la miseria. Después de haberse consultado entre ellos declararon que sólo conocían a uno. Antes no tenían él y sus hijos sino sus brazos para trabajar e iban siempre a pie porque carecían de cabalgadura, y al presente habían adquirido una y todos iban ahora vestidos como gentes de condición media. Al día siguiente Al-Mansur hizo llamar al hombre señalado y ordenó también al joyero que se presentase en palacio. Hizo acercarse al primero y, mientras el segundo presenciaba la entrevista, le dijo: "He perdido algo que me pertenecía y que ha caído entre tus manos". —"Lo tengo, señor", contestó el interpelado, golpeando la cintura de su pantalón, y sacó en efecto la bolsa del joyero. Este lanzó un grito y estuvo a punto de enloquecer de alegría. —"Cuéntame lo sucedido", dijo Al-Mansur. —"Con gusto. Estaba en mi jardín trabajando en una palmera cuando esta bolsa cayó a mis pies; la recogí del suelo y su belleza me encantó y me hizo pensar que el pájaro la había tomado de tu palacio, que no está lejos. La guardé, pero la miseria en que estaba me hizo tomar diez piezas de oro que había en ella, porque me dije: es la menor recompensa que puedo recibir de Monseñor". Tales palabras plugieron a Al-Mansur. Dijo al mercader que tomase la bolsa y verificase su contenido. Lo hizo el joyero y respondió: "Nada falta, señor, en ella, sino los diez dinares de que ha hablado y que yo regalo a este hombre". —"Ese cuidado nos incumbe a nosotros y no podemos menguar tu alegría; pero si este hombre hubiera hecho otra cosa que concebir buenas intenciones y después confesar, habría sido recompensado con mayor largueza". Reembolsó los diez dinares al mercader y dió otros diez al labrador por no haber hecho mal uso de su hallazgo, y le hizo notar que si antes de la investigación hubiese dado a conocer su encuentro le habría tratado más generosamente. El comerciante —continúa Ben Hayyan— comenzó entonces a hacer el elogio de Al-Mansur, recobró todo su entusiasmo anterior



y juró que referiría por todas partes la autoridad de que gozaba tal príncipe y cómo su poder se extendía sobre los pájaros tanto como sobre los hombres, hasta el punto de que ni aquéllos podían sustraerse a su obediencia ni perjudicar a quien él protegía. Al-Mansur le respondió sonriendo que hiciera lo que se proponía y fué muy celebrada entre el pueblo la manera hábil y sagaz con que había logrado disipar el disgusto del mercader.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 442 y 481).

### Sus obras piadosas

Entre los actos piadosos y meritorios a los ojos de Alá, de Al-Mansur, se cita la edificación de la mezquita mayor, es decir, las adiciones con que la amplió en 377 [3 mayo 987].

Otra de sus obras piadosas fué la construcción sobre el Guadalquivir en Córdoba de un puente, comenzado en 378 [21 abril 988] y acabado hacia mediados del año 379 [oct.-noviembre 989] y que costó ciento cuarenta mil dinares. Este puente rindió grandes servicios y constituyó el principal de los títulos eminentes de quien lo hizo construir. Como no se podía evitar para construirle el ocupar un pedazo de terreno perteneciente a un viejo de la plebe, Al-Mansur ordenó a sus intendentes satisfacer con generosidad al propietario. Fué llamado por ellos, estaba prevenido y cuando le regatearon el valor de la propiedad y le comunicaron la orden de Al-Mansur de no pagarle sino un precio equitativo, respondió pidiéndoles a lo menos diez dinares, la suma más elevada que imaginaba poder conseguir, y estipuló, además, que la moneda debía de ser de buena ley. Aprovechando su ingenuidad, los intendentes le pagaron tal suma y le hicieron firmar la escritura. Cuando sus agentes contaron el caso a Al-Mansur se echó a reír de la ignorancia del viejo y, enrojeciendo a la idea de engañarle, le hizo entregar diez veces la suma que había pedido y recomendó que se la pagaran en piezas de buena ley, como él había querido. El viejo estuvo a punto de perder la cabeza y de volverse loco de alegría y corrió a manifestar su gratitud a Al-Mansur. La noticia del suceso corrió de boca en boca.

Al-Mansur escribió de su propia mano un Corán que llevaba consigo en viaje y que estudiaba para atraerse la bendición de Alá. Lleno de esperanza en la bondad divina tenía cuidado de reunir todo el polvo que le cubría el rostro en el curso de sus campañas y en los combates que libraba a los infieles. Cada vez que se detenía, sus servidores se lo tomaban con toallas y así reunió una gran bolsa que según sus órdenes debía agregarse al número de los aromas destinados a enterrarle. Y la llevaba siempre consigo así como el sudario, a la espera de la llegada del instante supremo. Había adquirido el sudario con la suma de proveniencia más sin tacha de cuantas

poseía: de la venta de la propiedad de su padre y del hilado de sus hijas. Alá escuchó su petición de ser llamado por El en el camino de la guerra santa.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, 479, 480).

## INTOLERANCIA MUSULMANA

*Pasa como verdad indiscutible entre el público culto que los musulmanes de España fueron dechado de tolerancia y suele contrastarse esa tolerancia con la bárbara intolerancia de los cristianos españoles. Fueron éstos, por el contrario, modelo de gentes tolerantes en una Europa abrasada por la pasión religiosa y donde no había lugar para el hombre de fe diferente. Y aquí siguen dos noticias dramáticas de dos procesos por impiedad, en la Córdoba del siglo IX uno, y otro, en la Córdoba de "Almanzor". En virtud del primero la Inquisición condenó a ser crucificado al sobrino de la favorita del emir Abd al-Rahman II por una frase irreverente para la divinidad y el soberano destituyó a los funcionarios sospechosos de debilidad con el impío. La generosa intervención de un teólogo salvó la vida del otro acusado y la tibieza religiosa del omnipotente ministro de Hixam II confirmó el acuerdo. Pero de ambas noticias resulta que la impiedad era castigada con la pena de muerte.*

### Exterminio de una secta religiosa

Posteriormente apareció en Algeciras una secta protestante cuyas doctrinas eran parecidas a las que profesaban los Jarichíes en la época en que se mantuvieron rebeldes contra Ali, Muawiya (Dios se contente de ambos) y sus sucesores. Abd ben Nasib escribió a Al-Hakam unos versos instigándole contra ellos e incitándole a reprobar aquellas novedades. En los versos se decía:

"Lánzate con furia sobre el cachorro que están criando para rebelarse contra ti.

Antes de que te lo envíen más crecido y vigoroso".

Al-Hakam, al recibirlo, dijo: "Sí, ¡voto a Dios!, lo he de hacer". Fuése allá en persona, llegó a Algeciras, acampó a las puertas de la ciudad y pasó a cuchillo a la mayor parte de sus habitantes.

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 39).



### Dos procesos por impiedad

La causa que motivó la destitución de Muhammad ben Zayd de su cargo de juez fué lo que ocurrió con el sobrino de Achab, a saber, lo siguiente:

Se hizo una información de testigos que declararon contra ese sobrino por una frase (irrespetuosa para la divinidad) que pronunció desdeñosamente en un día de lluvia. Abd al-Rahman II ordenó que se le metiera en la cárcel. Achab solicitó con insistencia que se le sacara del encierro. Esta Achab podía tomarse tal confianza con el soberano, por la estima y consideración con que el padre de éste lo había distinguido. El monarca le dijo a él:

—Examinaremos las opiniones de los ulemas a ver la penalidad en que ha incurrido por haber pronunciado esa frase y, luego, ya lo recomendaré yo para que se le favorezca.

El monarca ordenó a Muhammad ben al-Salim, zalmedina en aquel entonces, que citase al juez y a los faquíes de la ciudad y que los reuniera en asamblea magna (o tribunal de inquisición). Formaron parte de esta asamblea Abd al-Malik ben Habib, Asbag ben Jalil, Abd al Ala ben Wahb, Abu Zayd ben Ibrahim y Aban ben Isa ben Dinar. Se les consultó acerca del caso, refiriendo además taxativamente la frase pronunciada. No se decidieron por aconsejar la pena de muerte el juez Muhammad ben Zayd, Abu Zayd, Abd al-Ala y Aban; e informaron que debía matársele Abd al-Malik ben Habib y Asbag ben Jalil. El zalmedina, Muhammad ben al-Salim, dispuso que consignaran por escrito sus informes respectivos en un documento que luego había de elevarse al monarca. Así lo hicieron; y cuando el soberano examinó detenidamente lo que ellos habían expuesto, se decidió en favor de lo que habían dicho Abd al-Malik y Asbag, es decir, pensó que debía condenársele a muerte y ordenó a su paje Hasan que les comunicara su resolución. El paje salió y dijo al zalmedina:

—El monarca se ha enterado del informe jurídico que los faquíes han presentado en el proceso de este impío. El soberano dice al juez: vete, porque te hemos destituído. Ahora, en cuanto a ti, Abd al-Ala, sabemos que Yahya ben Yahya en cierta ocasión declaró que tú eras un ateo, y de los informes de aquél que es tachado de ateo no debe hacerse caso. En cuanto a ti, oh Aban ben Isa, habíamos pensado nombrarte juez de Jaén; pero ahora pensamos que no sirves para ocupar ese cargo, porque una de dos: si has sido en esta ocasión sincero (eso quiere decir que no sabes derecho), y ya no es hora de que te pongas a aprender las decisiones legales; y si fuiste mentiroso, al mentiroso no se le debe prestar crédito ni confianza. Y al otro (Abu Zayd, que no quiso nombrar) le dirigió frases tan soeces, que ni entre criminales se emplean, dándole a entender que el soberano pensaba que debía dedicarse a ser maestro de párvulos.

El paje Hasan dijo al zalmedina:

—El monarca me manda que salgas ahora mismo con estos dos señores, Abd al-Malik y Asbag, y que vayan con cuarenta sayones a cumplimentar la pena o castigo que ellos creen que merece ese impío.

Abd al-Malik salió diciendo:

—El Dios a quien servimos ha sido escarnecido; si no lo defendiéramos, realmente seríamos unos malos siervos.

Luego se sacó de la cárcel al impío, y esos dos señores estuvieron delante de él hasta que fué izado en el poste o cruz. El impío decía entonces a Abd al-Malik:

—Oh Abu Marwan, teme a Dios por haber sido causa de que derramen mi sangre. Yo testifico que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su Profeta.

—Sí; ahora lo dices —contestaba Abd al-Malik—; antes, sin embargo, eras un rebelde.

Todo esto sucedía mientras lo estaban crucificando; luego los dos señores se marcharon.

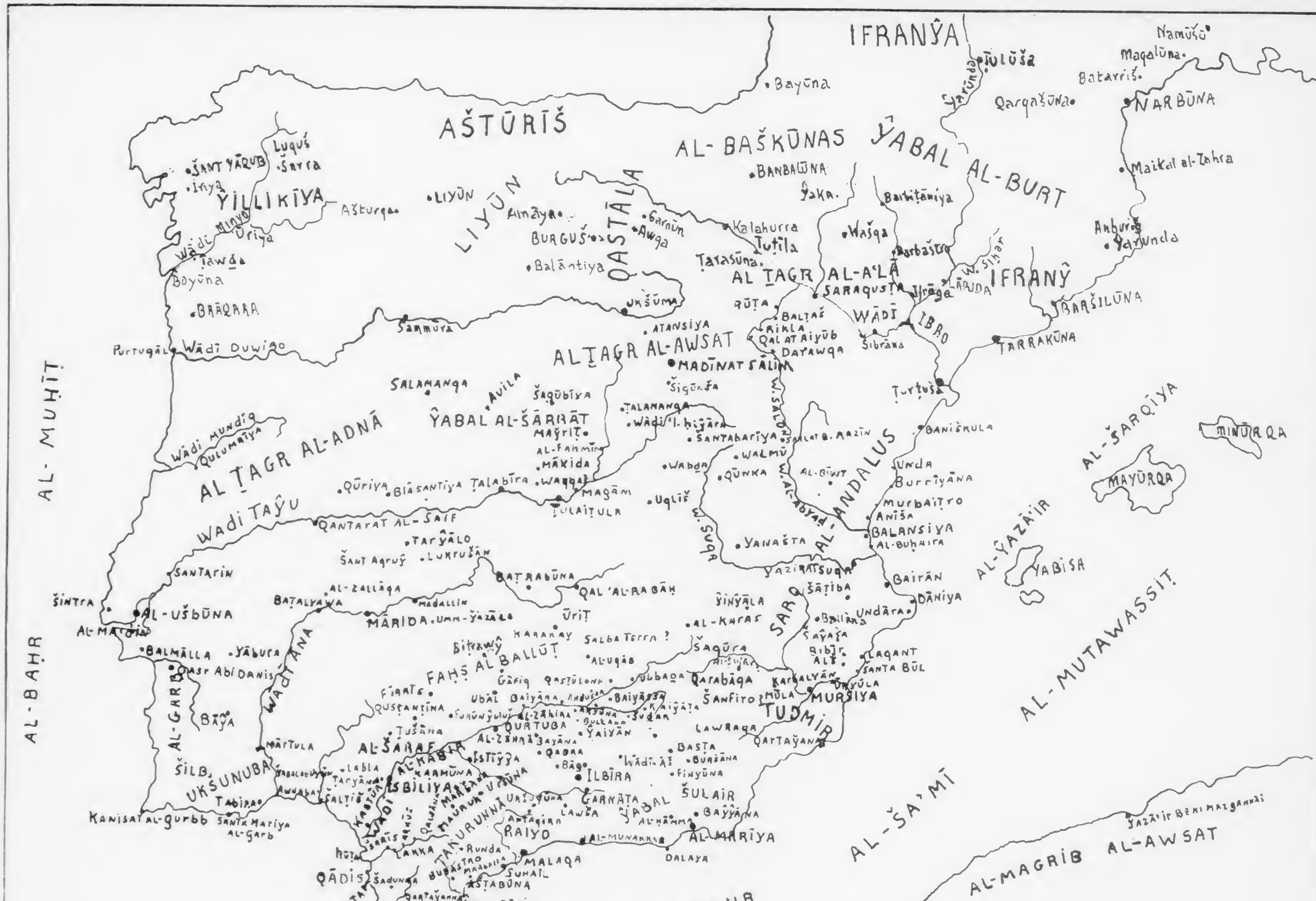
Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI. (Trad. Ribera, 127).

☆

Ocurrió en Córdoba un caso sorprendente en tiempos de Al-Mansur Ben Abi Amir. Había allí un individuo llamado Qasim ben Muhammad al-Sambasi, al cual acusaron de herejía, y lo envió Almanzor a la cárcel, donde permaneció una temporada, juntamente con unos cuantos literatos, personajes importantes de Córdoba, tachados, igualmente, de impíos y libertinos. Todos los viernes anunciaban, mediante un pregón, que quien tuviera que hacer contra ellos alguna acusación, acudiera a la puerta de la mezquita mayor al terminar la oración solemne del día y prestara su declaración.

Se instruyó por el juez un proceso contra Qasim, en el cual constaban las declaraciones de los testigos, acusándolo de una serie de hechos reprobables que implicaban la existencia de la herejía y de la impiedad. Fué elevado aquel proceso al palacio real, donde tuvo lugar una sesión magna, en la que, consultada la opinión de los jurisconsultos, con respecto al caso de Qasim, aquellos dictaminaron que debía ser condenado a muerte. Mandaron traer a Qasim, y al tiempo que lo traían, también acudieron su padre y dos hijos que tenía, vestidos con traje de luto. El padre se trajo consigo las angarillas que se utilizan para transportar los muertos, y los hombres que las habían de conducir. El padre y los hijos de Qasim quedáronse llorando a la puerta del palacio, y allí presenciaron cómo llegaba el verdugo que había de cortarle la cabeza, llamado Ben al-Chundi, y cómo le traían del palacio unos sables y se ponía a afilarles el corte y a probarlos.

AL-MUḤĪṬ
AL-BAḤR




LA ESPAÑA CALIFAL

SEGÚN AL-BAKRĪ Y AL-HIMYARĪ

DE LA PÉNINSULE IBÉRIQUE AU MOYEN ÂGE

DE LÉVI-PROVENÇAL

Hallábase presente a la reunión el alfaquí Abu Amra al-Maqudí, de Sevilla, que había acudido a ella contra su voluntad, después de haberse negado a asistir. Pidiéronle que emitiera su informe, y se expresó en estos términos:

—¡Señores! No ha de haber sangre derramada mientras la justicia no esté clara y terminante, sin que exista la menor sombra de duda. ¿Creéis, acaso, que Al-Sambasi es algún gallo? ¿Por qué, pues, lo vais a degollar?

—Por cosas que para mí están bien probadas y que he considerado con la mayor atención — contestó el juez Benalxarfí.

—Dame que yo me entere — repuso el alfaquí, a la vez que cogía el proceso y se ponía a examinarlo. Después que lo hubo revisado, prosiguió:

—Explícame cuáles de éstos son los testigos cuyas declaraciones te han determinado a condenarlo a muerte.

—Este, éste y éste — contestó el juez, y le señaló hasta cinco.

—¿Y lo condenas en virtud de lo manifestado por todos ellos? — preguntó el alfaquí.

—Así es — respondió el juez.

—Y si dos de ellos hubieran declarado en sentido distinto de los demás, ¿lo habrías condenado?

—Entonces, no —replicó el juez—, porque la fuerza del testimonio está en que se apoyen unos a otros, y su multiplicidad es para mí indicio de autenticidad.

Y dirigiéndose el alfaquí a los demás que antes dieron su dictamen, les dijo:

—¡Señores! Según vosotros se condena a muerte a los musulmanes y se derrama su sangre, en virtud de unas manifestaciones cuya veracidad se funda tan sólo en su mutuo apoyo. Pues yo no opino que debe ser condenado a muerte, ni propongo tal cosa.

Adhiriéronse los alfaquíes a sus palabras, sin que nadie opusiera la menor cosa en contrario, después que seis meses antes habían sentenciado condenándolo a muerte.

Se disolvió la multitud, volvió el sable a su vaina y voló el portador de la grata nueva a Ben Abi Amir. Informó a éste el mensajero de lo ocurrido en la sesión, y al oírlo, exclamó Ben Abi Amir:

—Ibais a dar muerte a Ben Al-Sambasi y habéis dado sepultura al juez. Con el interés que yo había puesto en que se le diera muerte, velando por la verdadera fe... En verdad que no hay quien mate a una persona, mientras no le llega el plazo que Dios le ha marcado para morir.

Pusieron en la prisión a Ben Al-Sambasi por unos días, al cabo de los cuales le dieron libertad.

Después de lo ocurrido, contó Ben Daqwan al juez lo siguiente:

—Preguntaron a uno en un caso semejante al presente:

—¿En qué conoces a Dios?

—En que destruye mis planes — respondió.

En el lenguaje de que hizo uso el alfaquí, "las manifestaciones o declaraciones, cuya veracidad se base tan sólo en su mutuo apoyo", son aquellos testimonios en los que no se puede fundar sentencia ni cabe que sean tenidos en cuenta, desde el momento en que haya dos que disientan. Mas cuando son numerosos, se refuerzan mutuamente unos a otros. Sin embargo, no ha de fundarse en ellos sentencia alguna.

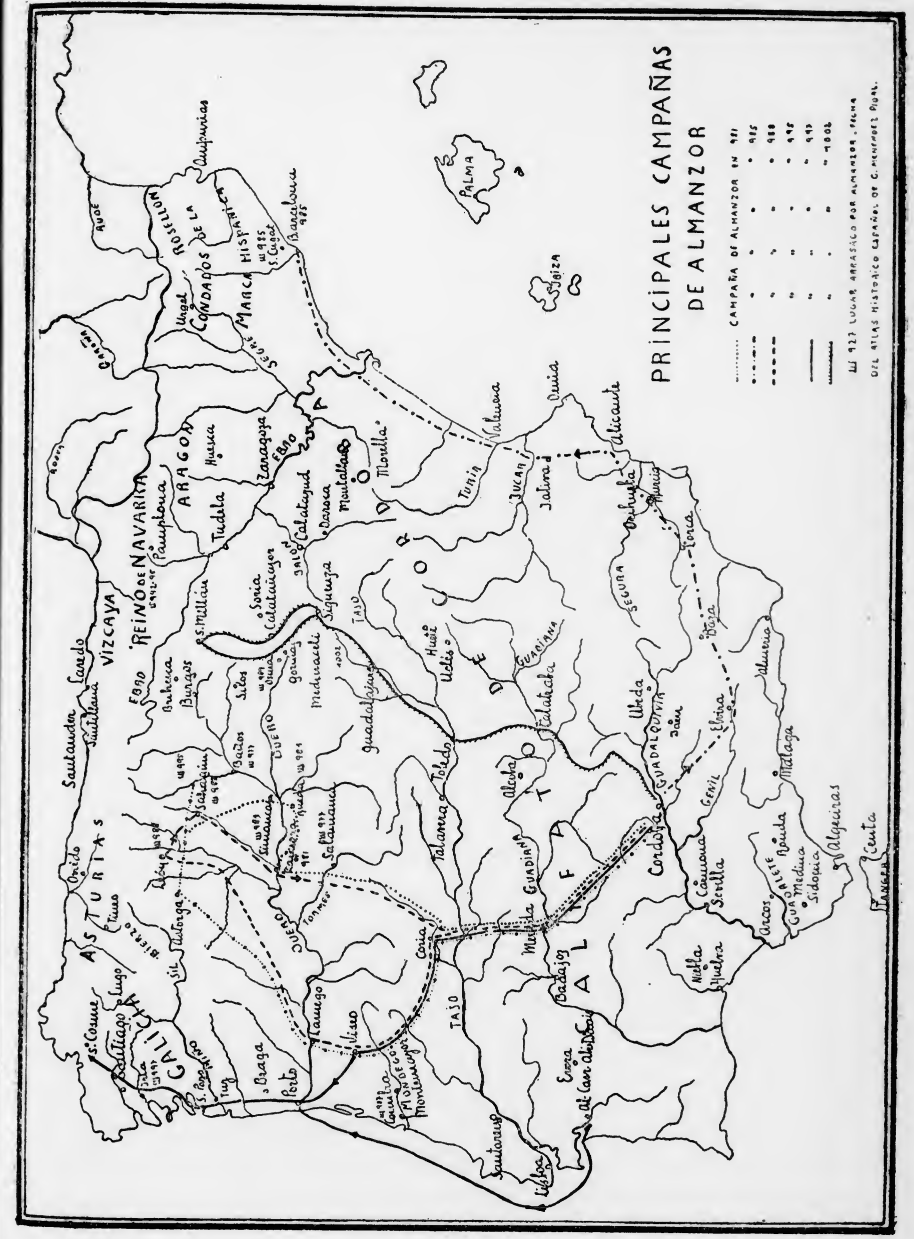
Del *Sirach al-Muluk* del Turtuxi (Trad. Alarcón, 282).

## LA EXPEDICION CONTRA SANTIAGO

*"Almanzor", como todos los hombres de genio que, sin haber nacido en el trono, han logrado escalar las alturas del poder y han llegado a gobernar un pueblo sin título legítimo, se vió obligado a asegurar su posición mediante empresas militares victoriosas. Como todos sus pares trató con ellas de distraer la opinión pública, siempre, a la postre, soberana, aun en regímenes tiránicos, y al mismo tiempo intentó con tales triunfos atraerse el entusiasmo popular, tan fácil de captar con la hábil explotación del éxito guerrero. Para ello transformó a fondo el ejército, que seguía organizado como lo había sido por los primeros Omeyas, Abd al-Rahman I y Al-Hakam I. Con bereberes, eslavos y cristianos creó una fuerza militar permanente, muy eficaz y ciegamente adicta a su persona. De ella se sirvió para vencer, en campañas anuales, a los estados cristianos del Norte. Sus armas victoriosas entraron en las principales ciudades de los principales centros religiosos de los condados de Cataluña y de Castilla y de los reinos de Navarra y de León. Las discordias civiles, que ensangrentaron este suelo en las décadas postreras del siglo X, facilitaron su empresa; pero su genio militar y la fortaleza de su nuevo ejército hicieron lo más y le permitieron reducir a los infieles politeístas a las espesuras de sus montañas. Coronó su carrera triunfal su expedición contra Compostela, donde se suponía que se hallaba enterrado el apóstol Santiago, cuya supuesta celeste protección había dado aliento muchas veces a los cristianos en su duro batallar con los muslimes. Pero el apóstol se vengó pronto de la profanación de la ciudad y de la iglesia donde se alzaba su sepulcro y en 1002 "Almanzor" fué vencido por una coalición de príncipes hispanos, en la batalla de Calatañazor, cuya autenticidad han confirmado textos árabes no ha mucho encontrados.*

Al-Mansur había llegado en esta época al más alto grado de poder. Socorrido por Alá en sus guerras con los príncipes cristianos, marchó contra Santiago, ciudad de Galicia que es el más importante santuario cristiano de España y de las regiones cercanas del continente. La iglesia de Santiago es para los cristianos como la Qaaba para nosotros. La invocan en sus jura-





mentos y van a ella en peregrinación desde los países más lejanos, incluso desde Roma y de más allá. Pretenden que la tumba en ella visitada es la de Jacobo, quien era entre los doce apóstoles el que gozaba de la mayor intimidad de Jesús; se dice que era su hermano, porque estaba siempre a su lado y algunos cristianos creen que era hijo de José, el carpintero. Está enterrado en tal ciudad y los cristianos le llaman hermano del Señor —¡que Alá sea exaltado y desvanezca tal creencia! Jacobo, nombre que equivale a nuestro Yaqub, era obispo de Jerusalén y se lanzó a recorrer el mundo para predicar su doctrina; vino a España y llegó hasta Galicia, volvió a Siria y fué allí condenado a muerte a la edad de ciento veinte años solares; pero sus compañeros trajeron sus huesos para enterrarlos en esta iglesia que se hallaba en el límite extremo hasta donde había llegado en sus viajes. Ningún príncipe musulmán había sentido aún la tentación de atacar tal lugar ni de llegar hasta allí, en razón de las dificultades que se oponían al acceso hasta él, de su emplazamiento en tierra abrupta y de la gran distancia a que se hallaba.

Al-Mansur dirigió contra tal ciudad la expedición estival que salió de Córdoba el sábado 23 Chumada II de 387 [3 julio 997], que era su cuadragésima octava campaña. Entró primero en la ciudad de Coria; después, a su llegada a la capital de Galicia, Viseo, se le reunieron gran número de condes que reconocían su autoridad y que se le presentaron con sus guerreros y con gran pompa, para unirse a los musulmanes y comenzar las hostilidades. Por orden de Al-Mansur una flota considerable había sido reunida en Kasar Abu Danis (Alcaçar do Sal), situada en la costa occidental de la Península. En ella habían de transportarse diversos cuerpos de infantería, los aprovisionamientos y las armas. Con tales preparativos podía confiar en llevar su empresa hasta el fin. Llegado a un lugar llamado Porto, sobre el Duero, la flota remontó el río hasta el lugar elegido por Al-Mansur para el cruce del resto de las tropas, y las naves sirvieron allí de puente junto al castillo que se alzaba en aquel punto. Se repartieron en seguida los víveres entre los diversos cuerpos del ejército y, aprovisionados éstos abundantemente, entraron en país enemigo.

Tomada la dirección de Santiago, Al-Mansur atravesó extensas regiones, cruzó muchos grandes ríos y diversos canales o rías en que refluyen las aguas del Océano; llegó en seguida a las llanuras de Valadares, Malasita y Al-Dayr y de las comarcas vecinas; desde ellas avanzó hacia una elevada montaña muy abrupta sin vías ni caminos, pero los guías no pudieron señalar otro itinerario. Por orden de Al-Mansur grupos de obreros trabajaron para ensanchar las huellas de los senderos, a fin de que pudiera pasar el ejército. Atravesado el Miño, los musulmanes desembocaron en anchas llanuras y en fértiles campos y sus exploradores llegaron hasta Dayr Kustan (¿el monasterio de San Cosme y San Damián?) y el llano de Balbenut situado sobre el Océano; tomaron por asalto la fortaleza de San Balayo (San Payo) y la saquearon, y después de haber atravesado unas



marismas, arribaron a una isla en la que se habían refugiado gran número de habitantes de la región. Los invasores los hicieron prisioneros y llegaron a la montaña de Morazo, que el Océano rodea por todas partes; se internaron en ella, arrojaron de la misma a quienes la ocupaban y se apoderaron del botín dejado por ellos. Atravesaron en seguida la ría de Lurqi por dos vados que les fueron señalados; después cruzaron el río Ulla y penetraron en llanuras bien cultivadas y abundantemente abastecidas; en las de Unba, Karachita y Dayr Sontebria por ejemplo. Llegaron así a la ría de Iliya (Padrón) donde se alzaba uno de los templos consagrados a Santiago, que para los cristianos seguía en importancia al que encierra su sepulcro, por lo que acudían a él devotos de las regiones más distantes; del país de los Coptos, de Nubia, etc. Después de haberlo arrasado por entero, fueron a acampar ante la orgullosa ciudad de Santiago el 2 de Xaban [10 agosto]. La habían abandonado todos sus habitantes y los musulmanes se apoderaron de todas las riquezas que en ella hallaron y derribaron las construcciones, las murallas y la iglesia, de modo que no quedaron huellas de las mismas. Sin embargo, los guardias colocados por Al-Mansur para hacer respetar el sepulcro del santo, impidieron que la tumba recibiera daño alguno. Pero todos los hermosos palacios, sólidamente construídos, que se alzaban en la ciudad, fueron reducidos a polvo y no se hubiera sospechado tras su arrasamiento que hubieran existido allí la víspera. Se llevó a cabo la destrucción durante los dos días que siguieron al miércoles 2 Xaban. Las tropas conquistaron después las comarcas vecinas y llegaron hasta la península de San Mankas (San Cosme de Mayanca) que avanza en el Océano, punto extremo al que ningún musulmán había arribado hasta entonces y que sólo había sido hollada hasta allí por los pies de sus habitantes. Y en ella se detuvo la caballería que no fué más allá.

Al-Mansur comenzó su retirada desde Santiago, después de haber avanzado más lejos que ningún otro musulmán. De regreso de su campaña se dirigió hacia el territorio de Bermudo (II) hijo de Ordoño, a fin de saquearle y devastarle; pero cesó en sus razzias al llegar a las comarcas regidas por los condes confederados que servían en su ejército. Continuó su marcha hasta la fortaleza de Lamego, que había antes conquistado y allí despidió a los condes, a los que hizo desfilar, cada uno en su puesto, y a los que hizo distribuir vestidos así como a sus soldados. Desde Lamego envió a Córdoba la relación de sus victorias. En esta campaña repartió entre los príncipes cristianos y musulmanes que se habían distinguido en ella: dos mil doscientas ochenta y cinco piezas de seda bordada, veintiún vestidos de lana merina, dos de *anbarí* (¿de piel de cachalote?), once de *ciclaton* (seda bordada con oro), quince *murayyazat* (paños rameados), siete tapices de brocado, dos piezas de brocado romano y pieles de alfeneca (comadreja). El ejército entero entró en Córdoba sano y salvo y cargado de botín, después de una campaña que había sido una bendición para los musulmanes. ¡Alá sea alabado!

En Santiago, Al-Mansur no había encontrado sino un viejo monje sentado junto a la tumba del santo. Le preguntó: "¿Por qué estáis ahí?" —"Para honrar a Santiago", respondió el monje, y el vencedor dió orden de que le dejaran tranquilo.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI. (Según versión francesa de Fagnan, II, 491).

## CAIDA DE LOS AMIRIES Y COMIENZO DE LAS REVOLUCIONES

*Por obra de su talento, de su audacia y de sus crímenes, "Almanzor" se había encaramado hasta el solio de Al-Andalus. Su autoridad, sin título antiguo ni legítimo, había suplantado a la del califa. Ante ella habían debido inclinarse todos, desde los príncipes de la sangre hasta el último menestral. Había gobernado, despótica y generosamente a la par, durante dos decenios, y había alcanzado grandes triunfos militares. Pero los pueblos se cansan de sus amos, cualesquiera que sean sus larguezas y sus éxitos, y olvidan pronto victorias y prosperidades para recordar sólo sus gestos tiránicos y crueles. Sus crímenes y las humillaciones que hizo sufrir a los grandes le crearon, además, enconados y poderosos enemigos. Cuando murió en 1002, tras su derrota, auténtica, en Calatañazor, la sombra de su grandeza, y la perfección de la máquina militar y administrativa creada por él, permitieron a su hijo Abd al-Malik al Mudaffar, que no carecía de condiciones de capitán y de gobernante, seguir rigiendo Al-Andalus. El cachorro de Almanzor consiguió algunos triunfos sobre los cristianos, triunfos que hoy conocemos por el tomo del Bayan al-Mugrib publicado por Lévi-Provençal. Pero la salud y la fortuna le volvieron la espalda, le derrotó el conde de Castilla, Sancho Garcés, en 1008, y la muerte le sorprendió cuando intentaba tomar la revancha. Su hermano Abd al-Rahman, hijo de una princesa navarra y a quien llamaban Sanchol, en recuerdo, grotesco, de su abuelo cristiano, carecía de las dotes de su padre y, sin embargo, se atrevió a lo que no habían osado sus antecesores: a hacerse nombrar sucesor por el califa de los tristes destinos, Hixam. El ambiente en Córdoba se tornó cada día más tenso. El odio a los Amiríes crecía. Al-Mudaffar había ahogado en sangre un primer conato de revuelta. Estalló otra cuando Sanchol emprendió una campaña contra los cristianos y las tropas mercenarias salieron de Córdoba. Un príncipe logró apoderarse del palacio califal mediante un golpe de mano y arrancó a Hixam la abdicación a su favor. El pueblo acogió con entusiasmo la caída de los detestados Amiríes. La cólera de unos y el instinto predatorio de las turbas, lanzó a las masas al saqueo de la riquísima y bella ciudad palacio de Almanzor, Medina Al-Zahira, que acabó siendo consumida por el fuego. Sanchol trató de regresar a Córdoba para aplastar la revuelta, pero fué abandonado —sólo un conde cristiano le fué fiel—, fué muerto y su cabeza permaneció expuesta muchos días sobre una lanza, en la puerta de Al-Suda. La revolución había comenzado. Como toda crisis de un gran imperio gobernado despóticamente durante decenios, la del califato cordobés dió al traste con la obra de siglos.*



### Muerte de Abd al-Malik, hijo y sucesor de Almanzor

Al-Mudaffar había regresado de la expedición del verano del 398 [1008] sin haber podido rechazar al enemigo de Alá, Sancho, hijo de García. Llegó a la capital a mediados de Muharran 399 [sept. 1008] no repuesto aún por completo de su enfermedad: ésta le había privado de la esperanza de vencer al rey cristiano y dándose cuenta de que sus fuerzas le traicionaban prefirió volver a su tierra. No permaneció en la capital sino el tiempo necesario para recuperar sus fuerzas y tomó la firme decisión de caer de improviso durante el invierno sobre el enemigo de Alá, Sancho, hijo de García, esperando que le vencería. Salió de Córdoba el 15 Safar 399 [19 octubre, 1008]. Tal día, al alba, sintió los primeros síntomas del mal que iba a llevárselo; pero no renunció a marchar y, afrontando el dolor, montó a caballo con la esperanza de que su dolencia disminuiría en el camino. Pero durante el mismo día el viaje le agotó y su mal aumentó; estaba atacado de una angina que se agravaba de hora en hora y que acabó por provocarle ahogos. Entonces se acostó y trató de advertir (a los suyos). Sus servidores permanecieron a su lado en el lugar donde se había detenido, para asegurar su reposo, y trasmitieron de su parte a las tropas la orden de hacer alto y de acampar allí. Tal decisión causó descontento en el ejército que la comentó con malevolencia.

Al día siguiente de la salida, el cadí Ben Dzakwan fué puesto al corriente del estado de Al-Mudaffar y aconsejó que fuera trasladado a su palacio en una litera. Se anunció la vuelta a Córdoba y cada uno se puso en marcha como quiso. Los servidores de Abd al-Malik permanecieron junto a él y le transportaron en silla de manos. Una parte de ellos ha sostenido que murió en camino, frente al convento de Armilat. Continuaron caminandó hasta el palacio de Al-Zahira donde fueron depositados sus despojos.

Su hermano Abd al-Rahman pasó la noche siguiente en el palacio de Al-Zahira con los principales dignatarios del Estado y, sin ninguna dificultad, al día siguiente se arrogó el poder de su hermano y su autoridad.

Cuando se extendió la noticia de la muerte de Abd al-Malik de manera tan repentina, las gentes no dejaron de decir que había sido víctima de un envenenamiento. Su hermano Abd al-Rahman le habría hecho presentar una bebida por uno de sus servidores y ella le habría causado la muerte.

Pero no hay acuerdo sobre si tomó en verdad una bebida. Alá sabe mejor lo que ocurrió .

Del *Bayan al-Mugrib*, t. III, de BEN IDZARI (Según versión francesa de Lévi-Provençal. Hist. des musulmans d'Espagne de Dozy, ap. 213).

### Abd al-Rahman "Sanchol" se hace nombrar príncipe heredero

Era hermano de Al-Mudaffar y se tituló Abd Al-Hachab al-Mamun Nasir dawla (el canciller fiel que presta su ayuda a la dinastía) y fué apodado Sanchol (Sanchuelo).

Inauguró su gobierno con una vida desordenada y de libertinaje, saliendo de la satisfacción de un placer para entrar en otro, de unas danzas y pasiones para entregarse a otras, y llegó a hacerse pública su afición al vino y a los vicios más torpes. Después exigió a Hixam al-Muwayyad, amenazándole de muerte si no lo hacía, que le nombrase príncipe heredero sucesor suyo, y fué grande la alarma por esa causa.

Entonces cabalgó Sanchuelo desde Al-Zahira, y con él los servidores armados, el visir, el juez supremo, los alfaquíes, los notarios, los jefes de policía y los notables, según sus jerarquías, se dirigió a la puerta del Alcázar de Córdoba, se presentó a Al-Muwayyad Hixam y ante éste sacó y leyó un documento, que había sido redactado por el visir Abu Umar y en el cual se decía:

"En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso. Esto es lo que promete Hixam Al-Muwayyad Billah, Emir de los Creyentes, respecto de los súbditos en general, y jura especialmente por sí ante Dios —que es poderoso y excelente— y le otorga chocando su mano derecha, según contratación perfecta, después que ha considerado y reflexionado largo tiempo. Le ha preocupado gravemente la carga del principado que Dios le impuso, le ha sido difícil el gobierno que le entregó, ha temido incurrir fatalmente en aquellos actos que no es lícito cometer o en la omisión de otros lícitos, y que se volviesen contra él la decisión divina y su fallo fatal, sin que aprovechara a esta nación cima alguna de que pueda valerse, ni refugio alguno a qué acogerse, si él se presentaba ante su Señor Dios —bendito y excelso— olvidado y descuidado de cumplir los deberes que a ella se deben. Por tanto, prescinde (Hixam) de las jerarquías de los hombres, de que sea o no de los descendientes de Quraix, aquel que merezca le sea confiado el sostenimiento de este gobierno y le reemplace en él, prefiriendo únicamente a quien se haga digno de ser proclamado por su religiosidad, lealtad, bondad, continencia y alejamiento de las pasiones, amor a la justicia y aproximación a Dios en aquello que a El satisface. Y después de recorrer los más remotos y de examinar los más próximos, no ha encontrado otro varón más digno de ser investido en la jerarquía de príncipe heredero y de confiarle, después



de sí, el califato, dadas la bondad de su espíritu, su nobleza, su ilustre ascendencia, su alta dignidad, juntamente con su temor a Dios, su continencia, su ilustración, su energía e inteligencia, que el fiel, el designado por Dios, el sincero y excelente Abu-l-Mutarrif Abd al-Rahman Muhammad ben Al-Mansur Abu Amir ben Abi Amir —Dios le bendiga—, a quien el Emir de los Creyentes tiene ya bien probado y examinado y cuya personalidad ha estudiado y experimentado. Y lo ha visto siempre correr afanoso hacia las virtudes, como caballo más avanzado en las carreras y dueño de las metas, y acumulando proezas, de quien fué su padre Al-Mansur y su hermano Al-Mudaffar. Y es indudable que llegará al extremo del camino de la liberalidad y recorrerá toda la senda del bien. A más de que el Emir de los Creyentes —Dios le honre—, por lo que ha examinado de los arcanos de la ciencia y le ha sido revelado de los indicios ocultos, ha llegado a creer que sea ya su príncipe heredero Al-Qahtani, de quien, según la tradición transmitida por Abd Allah ben Amru ben Alas y Abu Huraira, dijo el Profeta —Dios le bendiga y salve—: "No pasará las horas sin que se alce un hombre de Qatan que conduzca a los árabes con su báculo".

"Por cuanto, pues, tal preferencia corresponde (al sudodicho Abu-l-Mutarrif Abd al-Rahman) y con él se conforman los indicios de la tradición, sin que a ningún otro mejor competan, ni se acomoden, le hace entrega (Hixam) de la dirección de los negocios públicos durante su vida y le confía el califato después de su muerte, a toda su voluntad, satisfacción y libre juicio.

"Y el Emir de los Creyentes reitera, ratifica y declara válido este su pacto jurado, sin estipular en él excepción ni opción alguna, y jura en su privado y público, de palabra y de hecho, por el testimonio de Dios y sus promesas, por la responsabilidad de su Profeta Muhammad —Dios le bendiga y salve—, por la de sus padres, los califas que siguieron el recto camino, y por la de sí mismo, que no lo alterará, ni modificará, ni lo tergiversará, ni lo invalidará. Sobre todo lo cual pone por testigos a Dios omnipotente y a sus ángeles, y aunque es suficiente tener a Dios por testigo, pone también por testigos a los que firman en este escrito. Y él reitera la orden y ratifica las palabras y hechos en presencia de su príncipe heredero Al-Mamun Abu-l-Mutarrif ben Abd al-Rahman ben Al-Mansur —Dios le sea propicio y bendiga su aceptación del cargo que le confiere y de la obligación que le impone—. Y esto (fué escrito) en el mes de Rabi I del año 399 [noviembre de 1008].

"Después de esto los visires, justicias y alfaquíes firmaron como testigos ese escrito".

Luego que (Sanchuelo) tuvo cumplidos sus deseos de ser príncipe heredero y fué como tal proclamado sobre los púlpitos, comenzó a desordenar y perturbar las cosas más respetables y decidió emprender una campaña contra los cristianos. Hixam, a este efecto, le autorizó para que tanto él como los restantes del ejército vistiesen el turbante. Lo hizo así Sanchuelo,

alzó sus pendones, y salieron todos revestidos con los turbantes, ofreciendo un vergonzoso espectáculo, por ser aquello contrario al uso establecido. Sucedió esto en viernes, a 12 días que iban pasados del mes de Chumada I [13 de enero de 1009].

Marchó Sanchuelo a la campaña referida, que es llamada la campaña del lodo, y se dice que llegó a Toledo. Pero allí tuvo noticia de que se había alzado Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabar, quien le había destituído a favor del emir Al-Muwayyad, y había destruído a Al-Zahira.

Entonces el pueblo hizo que el ejercicio del poder fuese devuelto a Hixam; mas pronto se apartó de éste y se unió a la causa de Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabar.

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI. (Trad. Gaspar y Remiro, II, 62).

## La revolución estalla en Córdoba

Abu-l-Walid Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabar ben Abd al-Rahman al-Nasir fué el undécimo de los reyes Omeyas en España. Se apoderó del gobierno en Chumada II del año 399 [febrero de 1009].

Exponemos aquí la causa de este suceso, cómo fué el alzamiento de Muhammad al-Mahdi y cómo se apoderó del mando; porque en todo esto hubo cosas extraordinarias y novedades de aquellas cuyo acontecimiento explicamos por su causa, cuya observación es provechosa y de las que saca experiencia todo el que reflexiona y sabe que los destinos divinos corren sin sujetarse a medida alguna, y que cuando Dios quiere que suceda una cosa, prepara sus causas. Fué, pues, al comienzo del suceso en cuestión que Hixam ben Abd al-Chabar, padre de Muhammad al-Mahdi, de que se trata, había pretendido ya con empeño para sí el gobierno del reino y se propuso destituir a Hixam al-Muwayyad. Pero supo esto Abd al-Mudaffar Abd al-Malik y mató a Hixam ben Abd al-Chabar, antes de que pudiese llevar su empresa a feliz término, en el año 399 [1008]. Aunque Muhammad ben Hixam era hombre audaz, esforzado y bravo, no se le ofrecía fácil su intento, por temor a Abd al-Malik y a la fuerte unión de sus tropas. Mas no por esto cesaba Muhammad de persistir en su propósito, hasta que muerto Abd al-Malik, ocupó el gobierno Abd al-Rahman, pretendió ser príncipe heredero, lo cual consiguó y salió a campaña contra los cristianos, según mencionamos antes. Entonces quedó vacía de tropas la ciudad, y dos varones, que fueron Husayn ben Hay, el alfaquí, y Mutarrif ben Taalaba, animaron a Muhammad a poner en práctica su intento. Muhammad, durante el tiempo de su instrucción, había tenido familiaridad con una tropa de mendigos audaces para toda empresa de peligro, a quienes puso ahora en comunicación secreta unos con otros, dando a cada uno desde cinco a diez y más monedas de plata, hasta que se le juntaron de ellos como unos



cuatrocientos hombres. También se le unieron para la misma empresa muchos Marwaníes, por haber salido de ellos el mando y pasado a manos de los Banu Amir.

Abd al-Rahman, Sanchuelo, antes de su partida, había ordenado los cargos de la ciudad, encomendando la intendencia y gobierno de la plaza a Ahmad ben Hazm y a Abd Allah ben Zalima, llamado vulgarmente Ben al-Xaris, y la defensa de la Al-Madina a Abd Allah ben Amru, más conocido con el sobrenombre de Ben Asqalacha, que era uno de los Banu Amir. Pensaba Sanchuelo que las cosas no sufrirían alteración, y que aquel gobierno de su dinastía estaba ya bien consolidado.

Entretanto, Muhammad seguía firme en su propósito. Comenzó la gente a divulgar que alguien iba a levantarse contra los Banu al-Aglab. Llegó el rumor a oídos de Ben Asqalacha, quien realizó las pesquisas esforzándose por descubrir la verdad que hubiese en él; pero nada se le traslució. Registró muchas viviendas y tampoco halló pruebas evidentes sobre el particular.

Sin embargo, un martes, hacia la mitad del mes de Chumada II (febrero) pernoctó en Córdoba Ben Abd al-Rahman (Muhammad al-Mahdi) y ordenó a 30 hombres, de los infieles partidarios suyos, que tomasen sus espadas, y entrasen por la Puerta del Puente, separados unos de otros, hasta venir a detenerse sobre el murallón que domina la calzada de la ribera y su vecindad, en la misma actitud del que desea pasear en aquel lugar. Les encargó mucho que nada hiciesen hasta que él les diese nuevas órdenes, exhortó a sus insolentes (amigos) y les señaló una hora antes de la puesta del sol. Aquellos individuos hicieron lo que les tenía ordenado Muhammad, y aparte de ellos había otros esperando también el momento que les había sido fijado. Muhammad montó en su mula, y completamente solo atravesó el Puente hasta llegar a la Puerta de Al-Xical (de las trabas), donde se le juntaron algunos de los suyos que estaban apostados junto a la Puerta del Puente. Entonces se precipitaron todos (sobre la puerta) bruscamente. Se les opuso la guardia y quiso rechazarlos. Pero corrió Muhammad y penetró, y aquellos sujetos desenvainaron sus sables y acometieron a los guardias. Vino a ellos el jefe de la Al-Madina, Ben Asqalacha, aunque se ha dicho que estaba bebiendo con dos jóvenes mancebas que tenía, cuando le sorprendió Muhammad y hallándole completamente descuidado, lo mató, y le cortaron la cabeza. Se juntaron a Muhammad sus partidarios de los otros puestos; de suerte que cuando llegó la nueva a Madina Al-Zahira, al caer de la tarde, ya era grueso el contingente de sus defensores y de los que se le juntaban, tanto de la población como de la campiña. El alcázar fué aportillado por la parte de la Puerta de Al-Siba (de los Leones) y de la Puerta de Al-Chinan (de los jardines) sin que pudiesen sostenerse sus guardias, y entró a él Muhammad por la puerta de Al-Suda.

Entretanto, la gente de Madina al-Zahira ignoraba toda la verdad del suceso y sospechaba que se trataba de un asunto que fácilmente podría sofocar el jefe de la Al-Madina, hasta que supieron con toda certeza que

Muhammad había penetrado en el alcázar y llegaron a creer que en aquella misma noche serían acometidos en Al-Zahira.

Una vez que Muhammad penetró en el alcázar, Hixam al-Muwayyad le envió a decir que, si le aseguraba la vida, le cedería el gobierno. Pero Muhammad le respondió: "¡Sea Dios alabado! ¿Por ventura crees tú que yo me he alzado para matar a la gente de mi familia, siendo así que tan sólo lo he hecho en su defensa, en la mía propia y la de mis primos? Si de tu libre voluntad haces renuncia del poder, yo lo aceptaré, y a mi lado tendrás lo que quieras".

Entonces llamó Hixam a los alfaquíes y notables del pueblo, haciéndoles comparecer ante él, y escribió el documento de su dimisión y de la proclamación de Muhammad, que pasó aquella noche en el alcázar. Los de Bellas, que era Madina Al-Zahira, no se movieron ni uno solo, aunque constituían un numeroso contingente, de ellos Abu Amru Ben Hazm, Abd Allah ben Zalima, Ben Abu Ubaida, Ben Chahwuar y muchos alfaquíes, visires, eslavos que eran los alazanes, un cuerpo de las tropas, los tesoreros y los secretarios.

Se levantó Muhammad en la mañana del miércoles, nombró canciller suyo a su primo Muhammad ben Al-Mugira y jefe de la Al-Madina a su otro primo Umayya ben Ishaq y ordenó a ambos que inscribiesen en el registro militar a todos los que viniesen a ellos. Ninguno quedó sin inscribirse, hasta los monjes, los devotos, los prestes de las mezquitas y otros recibieron la soldada, y de igual suerte los comerciantes más ricos. También se adhirieron a él los habitantes de la campiña y los del pueblo bajo.

Envió Muhammad a su primo Ben al-Mugira con una tropa del pueblo para atacar a los de Bellas; pero éstos le rechazaron y le pusieron en vergonzosa fuga hasta el interior de Córdoba. Mas aumentó la tropa de los de Muhammad, y fué saqueada. En esto los visires y eslavos pidieron la seguridad de sus vidas, y Muhammad accedió a su petición. Marcharon a él y aunque les reprendió duramente, luego les concedió su perdón.

Ben Al-Xaris vino con el canciller para trasladar los valores, provisiones y armas que hubiese en Bellas, cuando ya había sido arrebatado de todo ello en cantidad incalculable; pues en la noche del miércoles fueron saqueados los muchos aduares que poseían los Amiríes, como así también los de los visires que estaban próximos a Bellas. Fué tal el saqueo en Madina al-Zahira que desaparecieron hasta las puertas y maderas, y con esto se trasladó el canciller (a Córdoba). Pasados que fueron cuatro días, mandó Muhammad que fuese prohibido el saqueo practicado por la multitud, y se quedó sólo para transportar lo que quiso. Y se dijo que lo que le llegó de Madina al-Zahira en tres días importó la suma de un 1.500.000 piezas de oro y 2.100.000 de plata, y aún fueron encontradas después de eso algunas orzas que contenían 200.000 piezas de oro. Por fin, Madina al-Zahira fué incendiada a diez días que restaban de Chumada II [19 de febrero de 1009].

En la oración pública fué invocado luego el nombre de Muhammad dándole el título de califa y siendo omitidos los nombres de Hixam y de Sanchuelo. Después de la oración del viernes fué leído un documento en que se maldecía y execraba la memoria de Sanchuelo, y otro escrito de parte de Muhammad aboliendo los usos corrientes y las cargas establecidas recientemente. Presidió Muhammad la oración pública del viernes, a cuatro días que restaban del mes de Chumada II, se proclamó a sí mismo y tomó el título de Al-Mahdi sobre el púlpito, y luego que descendió de él, fué leído un decreto convocando a la guerra santa contra Sanchuelo. La gente de las más remotas comarcas de España vino a purificar sus armas. Muhammad nombró jefes de sus tropas a médicos, tejedores, carniceros y silleros, salió juntamente con ellos y acampó en Fahs al-Suradiq (Campo de las tiendas), ordenando a la gente de las regiones que levantasen sus tiendas alrededor de la suya.

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 65).



## Trágico fin de "Sanchol"

Por lo que hace a Sanchuelo, había llegado ya a Toledo, cuando tuvo noticias de los sucesos (de Córdoba). Entonces dió la vuelta hacia Calatrava; mas ya los suyos se abstenían de seguir defendiendo su causa. Sanchuelo trató de ganarles, a fin de que le siguiesen; pero ellos se resistieron, diciendo que ya habían avanzado por él una vez y no estaban dispuestos a avanzar nuevamente. Conoció, pues, Sanchuelo que los suyos iban a abandonarle, llamó a Muhammad ben Yali Al-Ribahi, que era de los resueltos a no seguirle, y le pidió su parecer sobre la situación en que estaban. Al-Ribahi le aseguró francamente que ni él ni ninguno del ejército combatirían por su causa. Entonces Sanchuelo pidió una prueba de lo que afirmaba a Al-Ribahi, quien le contestó que no tenía más que ordenar la marcha de su cocina hacia Toledo, aparentando dirigirse a esta ciudad y sabría quiénes le seguían o no. Sanchuelo hubo de reconocer la verdad de las palabras de Al-Ribahi.

Iba con Sanchuelo el conde Ben Gómez, quien se dirigía a Córdoba con intención de tratar con aquél que le auxiliase contra otros condes vecinos de su tierra. Cuando se percató Ben Gómez de la mala disposición de las cosas para el Sanchuelo, aconsejó a éste que marchase con él a su país, en donde serían como un solo hombre y compartirían el lugar de su salvación mutua. Pero Sanchuelo se negó a esto, diciendo que le era indispensable marchar a Córdoba; pues confiaba en que luego que apareciese en dicha capital, sus habitantes abandonarían por él a Muhammad al-Mahdi y se inclinarían a su causa, reconociendo su autoridad y prefiriendo su gobierno. El conde le replicó que se asegurase bien y estudiase detenidamente la situación, verdaderamente comprometida, por tener a su ejército más en contra

que a favor suyo. Mas Sanchuelo insistió en que no le quedaba otro remedio que marchar a Córdoba. Entonces el conde le dijo: "¡Iré contigo a pesar de que no admito tu juicio y reconozco tu error!"

Sanchuelo marchó de Calatrava, cuando llegaban repetidas nuevas de que los habitantes de Córdoba se ponían de parte de Ben Abd al-Chabar (Muhammad al-Mahdi). Al llegar Sanchuelo a Mancil-Hani le abandonó durante la noche el cuerpo de berberiscos. Esto sucedía a fin del mes de Chumada II (febrero). Después le abandonó otra gente hasta quedarse con un pequeño grupo de sus domésticos y una tropa de cristianos con el conde Ben Gómez, el cual le dijo: "Marcha con nosotros de aquí, antes que ocurra lo que nos imposibilitará de hacer eso". Mas Sanchuelo no aceptó este nuevo consejo del conde, alegando que ya había enviado al juez a pedir su amnistía. Sin embargo, llegó a titubear Sanchuelo sobre su situación y se encaminó a un monasterio llamado Dair Xux en la noche del viernes, a tres días, que iban pasados, del mes de Rachab [3 de marzo].

Supo Muhammad la situación de Sanchuelo y envió en busca de éste a su canciller con 200 jinetes. El canciller, a su vez, envió por delante a Ben Dura, cliente de Al-Hakam, el cual llegó de avanzada al monasterio mencionado, al amanecer del susodicho viernes. Cuando vió Sanchuelo a Ben Dura, y a los que venían con él, les dijo: "¿Qué buscáis en vuestro camino? ¡Yo me he sometido ya!" Pero aquéllos le echaron fuera del monasterio, así como al conde Gómez y a todos los que acompañaban a ambos, y cogiendo a las mujeres de Sanchuelo, que eran 70 jóvenes, las enviaron a Córdoba. El canciller vino a juntarse con Ben Dura, antes de la hora de la oración de la tarde del mismo día viernes. Al verle Sanchuelo, se apeó del caballo y besó la tierra en presencia del canciller repetidas veces. Entonces se le dijo que besara el casco del caballo del canciller. Sanchuelo lo hizo así, y le besó su mano y su pie. Después de esto fué obligado a ir en otra montura que no era su caballo.

Entretanto el conde Gómez caminaba callado, sin pronunciar palabra. El canciller hizo indicaciones para que quitasen a Sanchuelo el bonete con que tocaba su cabeza, como así fué hecho, y se puso en marcha de vuelta hacia Córdoba, caminando hasta que se ocultó el sol. Entonces hizo alto y mandó que fuese Sanchuelo maniatado fuertemente. Mas éste les pidió luego que se compadeciesen de él y le dejaran libres sus manos, a fin de reposar un rato. Le soltaron las manos, y en el acto sacó de su botina un puñal, brillante como un rayo; pero fué sujetado rápidamente, antes que pudiese cometer cosa alguna con él. De seguida el canciller lo hizo humillar y lo degolló. También fué muerto el conde Ben Gómez. Tomadas las cabezas de ambos, fueron puestas en la carga juntamente con los restos de Sanchuelo, y el canciller siguió su marcha con todo ello hasta llegar al alcázar de Córdoba.

Muhammad al-Mahdi ordenó que fuese practicada una fisura en el vientre de Sanchuelo, que le extrajesen las vísceras y lo rellenasen con



plantas aromáticas, a fin de conservarlo. Después hizo que su cabeza fuese clavada en una lanza y expuesta sobre la puerta de Al-Suda. Cabalgó luego sobre sus restos, los revistió con camisa y zaragüelles; los expuso clavados en una tabla junto a la puerta de Al-Suda y mandó al hombre que había sido el jefe de policía de Sanchuelo, que gritase: "¡Este es Sanchuelo al-Mamun!" y que le maldijese, como también a sí mismo. Esto aconteció en el sábado, a cuatro días que eran pasados del mes de Rachab [4 de marzo].

Había durado el gobierno del Sanchuelo 4 meses y días, en cuyo tiempo observó una conducta detestable, entregado a toda negligencia y desenfreno de las pasiones. Entre otras acciones suyas, impropias de todo musulmán, se dijo de él que al oír el almuédano que llamaba a la oración diciendo: "¡Venid a la oración!", replicaba el Sanchuelo: "¡Mejor sería que dijese ¡venid al pecado!", y otras muchas expresiones semejantes a ésa.

Del *Nihayat al-Arab de* AL-NUWAYRI. (Trad. Gaspar y Remiro, II, 68).

## COMIENZA LA GUERRA CIVIL: INTERVENCION DEL CONDE SANCHO DE CASTILLA

*El golpe de Estado había triunfado en Córdoba en una jornada. Una ola de entusiasmo sacudió a los cordobeses todos, que odiaban la dictadura amirí y se sentían liberados de su ominosa opresión. Pero ésta había socavado de tal modo los cimientos del califato, que el viejo edificio no pudo resistir el huracán, siempre nuncio y compañero de la tronada. La revolución no había hecho sino comenzar. Córdoba encerraba en sí una población muy compleja. Junto a la aristocracia de la sangre, de la riqueza y de la corte, había una gran masa burguesa enriquecida en el comercio y en la industria o que mal vivía en los cargos de la administración, y una plebe numerosa, integrada por millares y millares de trabajadores y por los últimos detritus sociales, siempre de fácil acumulación en la gran cloaca que constituye sin remedio toda gran ciudad. En el derrocamiento de la tiranía había habido acuerdo entre las tres clases y lo había en el odio a los sostenedores de la dictadura, las dos fuerzas creadas en su apoyo por "Almanzor": los eslavos y los berberiscos. Más ignaros los africanos y más brutales, contra ellos se concentraba especialmente la saña de los cordobeses. El nuevo califa, Muhammad Abd al-Chabbar, al-Mahdi la sentía en igual grado que sus súbditos. Le faltaron el talento y la habilidad precisas para dominar su propio odio o la fuerza de los bereberes. Les humilló sin dominarlos y como ellos se sentían fuertes frente a los cordobeses, desarmados o poco preparados para la lucha, se alzaron contra Al-Mahdi y proclamaron califa a Sulayman, también príncipe Omeya. Suave y débil, el biznieto de Al-Nasir*

*hubo de habituarse a la ferocidad de sus partidarios y hubo de someterse a sus dictados. Pero Zawi ben Ziri, el caudillo berberisco, no se sentía seguro de la victoria y buscó el auxilio del conde Sancho de Castilla, cuyo padre había muerto cautivo en Córdoba y a quien Almanzor y su hijo habían derrotado más de una vez y habían arrebatado gran parte de su condado. Sancho aceptó la alianza que se le ofrecía, porque le proporcionaba ocasión para tomar revancha contra sus enemigos seculares. Y castellanos y berberiscos vencieron a los cordobeses y entraron en la antigua capital del califato. He aquí cómo relataron el suceso los redactores de la Primera Crónica General, siguiendo a Ximénez de Rada, a su vez inspirado en la misma fuente arábiga que Ben Al-Atzir.*

En este anno dicho los de Cordoua, ueyendose tan maltrechos daquel Mahomat Almahadi et que assi les auie muertos muchos de los suyos, alçaron entonces por su princep a un moro de tierra de Barbaria que auie nombre Çulema, et era sobrino daquel Yssem Arasit que Mahomat descabesçara. Et andauan por la tierra en derredor, ca non osauan entrar en la cibdad por miedo de Mahomat. Et ellos andando assi por la tierra, acaescio que una partida daquellos barbaros quisieron alçar entressi por su cabdiello a otro moro cormano de Çulema que dizien Maruhan, et desi dieronle un cauallo et una espada et dixieronle que si el pudiesse matar a Çulema que luego alçarien a el por so rey; mas esto sopo luego Çulema por un su amigo que ge lo descubrio, et fizo prender a aquellos barbaros, et descabeçolos luego; et priso otrossi a aquel su primo Maruhan, et echol en grandes prisiones. Et desi puso este Çulema sus treguas firmes et buenas con don Sancho, conde de Castiella, et enuiole luego grand auer de que guisasse sus yentes yl uiniesse ayudar contra aquel Mahomat Almahadi; el conde saco entonces muy grand hueste et guisose estonces muy bien et uenol en ayuda. Et aquel Mahomat Almahadi, quando oyo que Çulema uinie con el conde don Sancho sobrel, enuio luego dezir a Medinacelim et a otros logares muchos quel uiniessen acorrer; et ellos uinieronle, et uino y con los de Medinacelim un moro Alhagib que llamauan Albahadi Alhmeri. Et los que eran dentro de la çibdad, auiendo a coraçon de lidiar con la hueste del conde don Sancho, mandaron allannar las carcauas et todos los logares embargados de aderredor por que pudiessem salir a ellos mas sin embargo; et pero que les defendio Mahomat que non saliessen, ellos non lo dexaron por esso. Et pues que se ayuntaron las huestes unas con otras, ouieron muy grand batalla; mas al cauo uencio Çulema con ayuda del conde don Sancho, ca lidiauan los cristianos muy de rezio et muy esforçadamientre; et murieron y de los de Mahomat Almahadi XXX uezes mill moros. Et entraron los cristianos el arraual de Cordoua, et mataron y muchos moros et catiuaron muchos, et leuaron ende grandes robos, et destruyeron todo lo al. Quando aquel moro Alhagib Alhameri uio tan grande mortandad en su campanna,



tomose con aquellos quel fincauan que uinieran con el de los Medinacelim, et fuxo. Et Mahomat Almahadi otrossi fuxo pora el alcaçar de Cordoua. Çulema con los cristianos que con el eran cerco estonces la çibdad. Et aquel Mahomat Almahadi, quando aquello uio, saco de la prision a Yssem, el rey que dixiemos suso que fiziera creer a las yentes Mahomat que era muerto, et demostrol a todos quel uiessen, conseiandolos que tomassen a el antes por rey que a Çulema; mas tan grand fue el miedo que ouieron todos aquellos quel aquello oyeron dezir, que por ninguna guisa non gelo pudo fazer creer que aquell era Yssem. Almahadi, quanto esto uio, fue et ascondiose en casa de un alaraue que auie nombre Mahomat el Toledano, todo ya como desesperado, et fuxo de noche et uenose con aquel Mahomat pora Toledo. Çulema priso estonces la çibdat de Cordoua por fuerça, et assennorose del alcaçar et apoderose del regno; et regno VII meses. Esta batalla fue nombrada entre los alaraues et dizienle la batalla de Cantiça. Empos esto Çulema, non se fiando en los de Cordoua, saliose de la çibdad et andido y por las tierras et por los logares de aderredor, que eran cerca de la uilla, con todos los cristianos que eran y con ell; mas los moros de Cordoua ouieron un dia su acuerdo entressi que fuessen a Çulema yl dixiessen que entrasse en la çibdad et que non se temiesse de ninguno. Et ellos fueron a el; et dixoles estonces el conde don Sancho: "¿como osaste aca ueni?, ca tres sennales de locura mostrastes en uuestra uenida: la primera que fuestes medrosos quando començastes la batalla connusco, seyendo uos muchos ademas et nos pocos, et uos uenciestesuos et fuxiestes, que es aun uileza mas que locura; la segunda que uiniestes aca non uos assegurando nos; la tercera que pecastes et errastes malamientre contra Dios et contra natura que quisiestes comprar por sieruas uuestras mugieres et uuestros fijos et los otros omnes de uuestra ley, los que nos agora catiuamos en esta batalla". Et ellos fueron todos marauillados daquellas palabras tan sabias que el conde don Sancho les dizie. Mas pues que Çulema ouo assessegados los coraçones de los de la çibdad con palabras mansas et grandes aueres que les partio et dio a todos, seyendo el ya seguro dentro en la uilla, dixol un moro daquellos de Berberia: "sennor, si lo tu por bien touiesses et lo mandasses, matariemos nos estos cristianos que son aqui contigo, ca muy ayna assi como siruen agora a ti, assi seruiran oy o cras a otro rey, et uenirte a ende periglo et crebanto"; respondiol Çulema: "a segurança de mi fe et de mi uerdad uinieron a mi, et por ende nin faria yo nin fare tan grand nemiga como esta". Et por que Çulema ouo miedo que uernie a los cristianos alguna periglo de tal fecho como aquel moro penssarra yl dixiera, dioles muy grandes aueres et mandoles que se fuessen; et ellos tomaron lo que les dio aquel rey moro, et tornaronse pora Castiella muy ricos et muy onrrados.

De la *Historia general que mandó componer Alfonso el Sabio* (Ed. Menéndez Pidal, 455, § 766).

## BEREBERES, CATALANES Y ESLAVOS EN CORDOBA

*El triunfo de castellanos y bereberes no puso fin a la disputa por el señorío de Al-Andalus. Los eslavos no se dieron por vencidos y no consintieron en aceptar el papel secundario a que habían quedado reducidos. El ejemplo dado por el caudillo berberisco Zawi al solicitar el apoyo del conde Sancho de Castilla, era demasiado tentador. El eunuco Wadih, jefe del partido eslavo, dominaba además con sus tropas la Frontera Central cuya capital era Medinaceli, y la Frontera Superior, el valle del Ebro, cuya raya oriental llegaba hasta los condados catalanes. Wadih trató de ganar tiempo frente a Córdoba mientras negociaba la intervención de los que en Al-Andalus eran llamados francos. Y después de pactar con los condes de Barcelona y de Urgel, marchó con ellos contra Sulayman y los berberiscos. Fueron éstos vencidos por la torpeza y cobardía de su califa y Al-Mahdi, los eslavos y los catalanes entraron en la capital del califato. El historiador marroquí que refiere estos sucesos, por musulmán detestaba a los catalanes y por africano simpatizaba con los bereberes; de ahí que se complazca en relatar los atropellos de los primeros y en culpar a los cordobeses por su enemiga a los berberiscos. En todo caso Córdoba fué otra vez la víctima de la disputa entre las dos fuerzas creadas por "Almanzor" para asegurar su dictadura. Y en el curso de las jornadas sangrientas, la revolución, como ha ocurrido siempre sin excepción alguna, empezó a devorar a sus criaturas o, para decir mejor, a sus progenitores. El primero en caer fué Muhammad Abd al-Chabbar al-Mahdi, el que la había provocado con su "golpe de Estado" contra Sanchol, el segundón de Ben Abi Amir. Las aguas del turbión parecieron buscar su viejo cauce y fué restaurado en el trono el pío y débil Hixam II, el califa de los tristes destinos. Sin embargo, las tormentas no habían terminado. Los francos, es decir, los catalanes, regresaron a sus hogares, no sin sufrir graves pérdidas y sin menoscabar su aureola de valor. Pero las espadas de las dos facciones permanecieron tendidas frente a frente y entre ellas siguió condenada a sufrir sus golpes Córdoba, la otrora sonriente, burlona, rica, culta y próspera capital de Al-Andalus.*

### Reinado de Sulayman ben Hakam Al-Mustain Billah

Su genealogía: Sulayman ben Hakam ben Sulayman ben Abd al-Rahman (III) Al-Nasir. Su *kunya:* Abu Ayyub. Su título de Califa: Al-Mustain Billah. Su madre: una esclava cristiana *(rumiyya)* llamada Zabya (gacela). Su edad (en el momento de su ascensión al trono): 52 años, siete meses y tres días. Su Califato: subió al poder dos veces, la primera el miércoles 17 de Rabi I de 400 h. [noviembre 8 1009], el día siguiente a la huída de Al-Mahdi (Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabbar), y fué destronado el domingo 18 Xawwal del mismo año [mayo 29 de 1010]; su primer reinado fué de siete meses, el segundo de 3 años y tres meses y medio, desde el día en que destronó a Hixam (II) ben al-Hakam hasta el día en que lo mataron. Su nacimiento: nació el mismo día en que nació Hixam ben al-Hakam. Fué muerto junto con su hermano Abd al-Rahman y con su padre por mano de Alí ben Hammud el Alí, como diremos en su oportunidad. Su físico: tez morena, ojos grandes, buena estatura, nariz recta, constitución robusta, hermoso rostro. Poseía cierta cultura literaria y poética. Su cadí (principal): Ben Dzakwan (Ahmad ben Abd Allah) durante su primer reinado, y Abd Allah ben Al-Saffa durante el segundo. Inscripción de su sello: Sulayman ben al-Hakam.



Dice Ibrahim ben al-Hasan: En este mes de Rabi I [octubre 23-noviembre 21 de 1009] Sulayman nombró a los gobernadores y a los varios funcionarios del Estado, ordenó y prohibió, mientras que (Muhammad ben Hixam Al-Mahdi) Ben Abd al-Chabbar en Córdoba iba de casa en casa, sin dejar de entregarse a la bebida y a actos deshonestos. Sulayman decretó suprimir una parte de la caballería de Ben Abd al-Chabbar; pero los jinetes rehusaron obedecer gritando: "¡Queremos obedecer solamente a Al-Mahdi!"; muchos de ellos fueron muertos. Los berberiscos se habían acuartelado en Al-Zahra; los cordobeses, en su perversidad, los odiaban y mataban a traición a cuantos hallaban aislados. Cuando los berberiscos iban a los mercados de Córdoba, recelaban del populacho, y si un caballo relinchaba hacia otro caballo, sembrábase el pánico, debido al odio fanático que suscitaban en el pueblo. Sin embargo, tenían paciencia e impedían a los facinerosos y a los esclavos atacar a los españoles.

Ben Abd al-Chabbar había ido a visitar a un amigo suyo, llamado Sulayman ben Isa, en cuya compañía acostumbraba a beber. Cierto día en que éste salió para evacuar una diligencia, al volver sorprendió a Ben Abd al-Chabbar con su mujer. Fué entonces a ver al jefe de la policía, y le informó de que Ben Abd al-Chabbar se encontraba en su casa. Pero éste, cuando supo que había sido delatado, huyó con trece esclavas que llevaba consigo. Una que no huyó con él fué llevada a Sulayman ben al-Hakam. La casa de Sulayman (ben Isa) fué saqueada.

Ben Abd al-Chabbar partió de Córdoba y a principios de Chumada I [21 diciembre 1009-19 enero 1010] llegó a Toledo, cuyos habitantes le depararon la mejor acogida. Cuando supo esto Sulayman, envió a Toledo a Ahmad ben Wadaa con un ejército, para intimar obediencia a los habitantes y hacer cesar la sedición. Ben Wadaa volvió trayendo la noticia de que los habitantes de todas las fronteras y Wadih rehusaban someterse y permanecían fieles a Ben Abd al-Chabbar. Sulayman envió un grupo de alfaquíes y visires para intimarles la rendición, mas volvieron sin haberla logrado. Sulayman se dispuso, entonces, a atacar Toledo y las demás zonas fron-

terizas. Después de haber atado a las lanzas los estandartes, en la mezquita aljama, partió el lunes 11 de Chumada II [30 enero 1010]. Siguió el camino de los montes, y una vez que llegó cerca de Toledo, envió a los alfaquíes para exigir obediencia a sus habitantes; pero éstos continuaron oponiendo resistencia. Sulayman prosiguió, entonces, su viaje sin entrar en Toledo, con la esperanza de someterla sin recurrir a la violencia, y se dirigió hacia la frontera. Hizo en Medinaceli una parada, desagradable a causa del frío, de la nieve y de la escasez de provisiones, por lo cual no se detuvo allí mucho tiempo, regresó a Córdoba y llegó a ella el 27 de Xaban [15 abril de 1010].

Ben Wadaa se unió a Ben Abd al-Chabbar con gran número de eslavos, e hizo lo mismo el jefe de la policía, Ben Maslama. Wadih partió de Medinaceli y fué a Tortosa. Desde allí escribió a Sulayman pidiéndole que lo dispensara del servicio y lo enviara a Lorca, donde quería retirarse del mundo y llevar una vida ascética. Se trataba de un engaño y de un ardid. Sulayman le escribió que vigilara todo el territorio fronterizo y combatiera a los infieles. Wadih hizo esto para entretener a Sulayman hasta llevar a cabo su propósito de conducir a los francos (catalanes) contra él. Logró su intento, y convino con los cristianos (*Rum*) que entrarían en Medinaceli y les sería entregada la ciudad. Hizo por tanto salir de ella a todos los musulmanes y estableció allí a los infieles para que pelearan con él contra los berberiscos, en ayuda del impío Ben Abd al-Chabbar. Los francos entraron en Medinaceli, capital de la Frontera Central, y se apoderaron de ella. El primer lugar en que penetraron fué la mezquita catedral (laguna de tres palabras), y en ella hicieron repicar las campanas y removieron la *qibla* (laguna de dos palabras). Luego impusieron a Wadih la condición de que cada uno de ellos recibiría dos *dinares* diarios, además de vino, carne y otras cosas a proporción; que el conde recibiría 100 *dinares* por día, además de la comida, vino y demás cosas a proporción; que les pertenecería todo lo que arrebataran a los berberiscos: armas, ganado y dinero, y que dispondrían libremente de las mujeres y de las vidas y bienes de los berberiscos, sin intromisión de nadie. Le impusieron otras muchas condiciones, y todas les fueron concedidas.

Partieron los francos y su vanguardia llegó a Zaragoza; vejaron en ella con dureza a sus habitantes, maltratando a sus esclavos, sus hijos y sus mercaderes, y se acuartelaron en sus casas. Wadih se dirigió con ellos hacia Toledo para reunirse allí con Ben Abd al-Chabbar. Cuando Sulayman al-Mustain Billah se enteró de ello, el lunes 5 de Xawwal [22 mayo 1010], llamó a los habitantes de Córdoba a guerrear contra los francos. Pero los cordobeses, demostrando desgano y temor de pelear, pidieron ser dispensados de hacerlo, y Sulayman consintió en ello.

El 14 de Xawwal [31 mayo 1010] Sulayman partió de Córdoba para oponerse a los francos; los dos ejércitos se enfrentaron el viernes [2 de junio]. Los berberiscos colocaron a Sulayman detrás, con la caballería de



los magrebíes, y le dijeron: "No te retires de tu puesto, ni siquiera si la caballería se te viene encima". Luego avanzaron y recibieron una violenta arremetida de los francos (catalanes). Entonces abrieron sus filas, con la intención de tender una insidia a sus enemigos; pero Sulayman, como viera la caballería de los francos romper las líneas de los berberiscos, se imaginó que éstos hubiesen sido derrotados, y huyó inmediatamente con los que estaban en derredor suyo. Los berberiscos, en cambio, rodearon a los francos, los deshicieron y dieron muerte a su rey Ermeqund (Armengold de Urgel) y a gran número de oficiales. De la infantería de los berberiscos perdieron la vida cerca de 300 hombres y un solo caballero.

Mas cuando los berberiscos vieron a Sulayman en fuga, se retiraron a Al-Zahra, e hicieron salir de ella a sus familias, con sus hijos y sus bienes. Todos, sin excepción alguna, abandonaron la ciudad la noche del sábado. Sulayman, con los de su séquito, llegó, huyendo, a Játiva. El populacho de Córdoba entró en Al-Zahra y saqueó allí los muebles y utensilios de los bereberes y dió muerte a todo el que encontraran, y penetraron en la mezquita catedral y arrebataron los tapices, las lámparas, los ejemplares del Corán, las cadenas de las lámparas y los batientes de las puertas. Muhammad ben Abd al-Chabbar y Wadih, que habían ido rumbo a Córdoba, entraron en ella y el primero retomó el mando.

## Segundo reinado de Muhammad ben Hixam ben Abd Al-Chabbar

Cuando, en el mes de Xawwal ya nombrado, Sulayman fué puesto en fuga, Ben Abd al-Chabbar se estableció en su casa, en los suburbios de Córdoba, y prestó solemne juramento de no cejar ni descansar hasta que acabara con los bereberes. Estos, según hemos dicho, se habían llevado a sus familias, y después de haber ordenado nuevamente sus tropas, se trasladaron hacia Algeciras (al-Hadra). Al-Mahdi penetró en Córdoba y en ella recibió el homenaje de fidelidad. El primero en prestárselo fué Hixam al-Muayyad (el ex califa Hixam II); y luego juraron todos los ciudadanos, según la jerarquía de su clase. Ben Abd al-Chabbar pidió a los habitantes de Córdoba una suma de dinero, y ellos la recaudaron, según la antigua costumbre. Y en seguida partió en persecución de los berberiscos con las tropas cristianas que tenía consigo, con todo el ejército de las fronteras y con otras fuerzas, después de haber entregado sus estipendios a los francos (catalanes).

En el *Kitab al-iqtidab* se refiere que Ben Abd al-Chabbar llevaba consigo cerca de treinta mil musulmanes y además los cristianos que eran nueve mil. Marchó con ellos contra los bereberes; pero éstos le infligieron la célebre derrota de Guadiaro, y Ben Abd al-Chabbar volvió a Córdoba vencido. Los bereberes tomaron a manos llenas ganado y objetos diversos, y los cristianos se desvincularon de Ben Abd al-Chabbar y lo abandonaron.

Los bereberes se dirigieron hacia Reyo (Málaga). Sulayman ben al-Hakam al-Mustain Billah avanzó desde Oriente con quienes se habían agrupado en torno a él y unióse a los bereberes. Informado de ello, Ben Abd al-Chabbar, de acuerdo con los cordobeses, decidió resistir el asedio, y todos se prepararon para la lucha.

En la misma fecha de la derrota de Ben Abd al-Chabbar y de los cristianos en el Guadiaro, Ali ben Hamud cruzó el mar y se apoderó de Ceuta en nombre de Sulayman, diciendo a los habitantes que Ben Abd al-Chabbar había sido depuesto y que Sulayman era el califa legítimo. Y desde entonces fué señor de Ceuta.

La derrota del Guadiaro sucedió a fines de Xawwal del 400 [15 junio 1010], y en ella los bereberes eran menos de la undécima parte de los que mandaba Ben Abd al-Chabbar. Mientras tanto habían llegado a Córdoba un cierto número de eslavos Amiríes desde Játiva y otras regiones. Entre ellos se encontraban Anbar y Jayran, y con ellos llegó Mundzir ben Yahya, gobernador *(sahib)* de Zaragoza, con sus partidarios. Ben Abd al-Chabbar se alegró de su venida, pero los eslavos mencionados odiaban en secreto a Ben Abd al-Chabbar, por lo que había hecho, en el pasado, contra Hixam al-Muayyad y Ben Abi Amir, y además, porque había exigido homenaje de fidelidad como califa. Por ello, cada vez que Sulayman se acercaba a Córdoba, los eslavos se insubordinaban movidos por su resentimiento, hasta que por fin se amotinaron, como diremos luego.

Ibrahim ben al-Qasim dice en su libro: "Cuando Ben Abd al-Chabbar y Wadih llegaron a Córdoba, mataron por maldad, parcialidad, impiedad y arrogancia a todos aquellos que tuvieran semejanza con los bereberes y a cuantos eran de origen africano, aunque no hubiesen visto nunca Africa ni oído hablar de ella". Se llegó al extremo de que si alguien enemistado contra otro decía: "Este es un bereber", bastaba para que se le diera muerte, sin que nadie reclamara castigo por ello. Mataron a niños, abrieron el vientre a mujeres en cinta. Tomaron a la hija de un hombre del campo, que era hermosa y agradable. Su padre conocía al franco (catalán) que se la tomara, y se presentó a Wadih, diciéndole: "Ese franco se ha llevado a mi hija, aunque no es berberisca". Wadih le contestó: "No me hables más de eso. No hay manera de obtener su restitución, pues les hemos concedido por un convenio la facultad de hacer lo que hacen". El hombre se fué llorando a ver al franco y le rogó que le devolviese su hija, prometiéndole en cambio el pago de cuatrocientos *dinares*. El franco (catalán) recibió el dinero y luego lo mató. Fué éste uno de los hechos más dolorosos y terribles (de aquellos días): aquel infeliz había ido a rescatar a su hija, su dinero fué aceptado y luego fué muerto. ¡Perdió su dinero, su hija y su vida! Y ninguno de los cordobeses tuvo palabras de condena o de reprobación".

Entre los ejemplos de la poca consideración en que el pueblo de Córdoba tuvo al Islam durante esta guerra civil, puede citarse el caso de un cristiano, que en medio de una calle principal de Córdoba empezó a decir (laguna de dos tercios de renglón) y blasfemó contra el Profeta. —Alá ruege por él, lo salude, lo honre y lo ennoblezca— y nadie le dijo nada. Un musulmán, movido por el celo hacia el Profeta, exclamó: "¿No desaprobáis lo que oís? ¿Acaso no sois musulmanes?" Y muchos cordobeses le contestaron: "Vete a tus quehaceres". Cuando los francos (catalanes) oían la llamada a la oración, proferían palabras que no es posible repetir, y nadie hacía objeción alguna. Los cordobeses juntaron mucho dinero para los francos, y pidieron al cadí Ben Dzakwan que les diese las sumas custodiadas como pía fundación en el tesoro *(maqsura)* de la mezquita. No consintió en ello y entonces abatieron la puerta del tesoro, se llevaron el dinero, y se lo entregaron a los francos.



Ben Abd al-Chabbar y Wadih pidieron a los francos que marcharan contra los berberiscos, pero ellos mostrábanse perezosos. No dejaron de adularlos y de humillarlos, hasta que por fin consintieron en partir, y su vanguardia marchó con Wadih. Se puso en camino también Ben Abd al-Chabbar y partieron con él todos los cordobeses y los campesinos aptos para llevar armas, pues se consideró tal expedición como una verdadera guerra santa. El jueves 6 de Dzu-l-qada del 400 [junio 21 1010, miércoles] se enfrentaron con los bereberes en Guadiaro. El combate fué violento y los francos, con Wadih y Ben Abd al-Chabbar, sufrieron una completa derrota; murieron más de tres mil francos (catalanes), muchos de ellos ahogados.

Los bereberes recogieron en el campamento de los francos y en el de Wadih y Ben Abd al-Chabbar tiendas, dinero, armas, cabalgaduras, etc. Entre los muertos en el campo de batalla había un hebreo ministro del rey de los francos, y los bereberes encontraron en su tienda treinta mil mizcales. Hallaron sobre los cuerpos de los francos cinturones llenos de dinares y de dirhemes de un valor incalculable. Murió aquel día Abu Yadas ben Dunas al-Yefreni, el más valiente y esforzado de los bereberes. De los Banu Yefren y Banu Birzal murieron diecisiete jinetes y de los bereberes solamente quince jinetes.

Los fugitivos llegaron a Córdoba el segundo día después del combate, y su odio hacia los bereberes se acrecentó. Ben Abd al-Chabbar y Wadih pidieron a los francos que volvieran con ellos a atacar a los bereberes, porque habían matado a sus jefes; pero se negaron (laguna de medio renglón). Luego abandonaron Córdoba el viernes 24 de Dzu-l-qada, y los cordobeses quedaron tan afligidos por su partida que se dirigían mutuos pésames, como suele hacerse con los que han perdido sus parientes o sus bienes; tan grande era el dolor por su alejamiento y su temor ante la llegada de los bereberes.

Entonces Ben Abd al-Chabbar impuso a los cordobeses una tasa y se preparó a marchar contra los bereberes, obligando a Wadih a hacer lo mismo. Salieron con las milicias de la Frontera, con los eslavos y con todos los cordobeses, decididos a hacer frente a los bereberes y haciendo alarde

de valor y de constancia. Pero después de haber recorrido 30 millas desde Córdoba, volvieron atrás por miedo a los berberiscos. Ben Abd al-Chabbar, vuelto a Córdoba, hizo cavar un foso y erigir un muro detrás de él, cerca de la ciudad. Los bereberes realizaban diariamente incursiones por los alrededores de Córdoba, sin que nadie saliera a su encuentro. Se apoderaron del monte llamado Bobastro, rico en aguas, pastos y sembrados, en donde se había refugiado Ben Hafsun, lo que acrecentó su fuerza. Ben Abd al-Chabbar tomó todo lo que había en el castillo de Córdoba, en la Naura y en la Rusafa y, como Dios quiso, lo disipó en compañía de sus soldados. Con todo, seguía entregándose abiertamente a la lujuria y a la bebida y se mostraba tacaño con los cordobeses y codicioso con los mercaderes. Wadih lo odiaba por lo que había hecho a Ben Abi Amir y a los Amiriyya y por verlo fornicador y ebrio y manchado por toda clase de iniquidades. Empezó a conspirar con una facción de eslavos para eliminarlo, y por fin logró su designio.

### Muerte de Muhammad ben Hixam ben Abd Al-Chabbar

Una facción de eslavos Amiriyya conspiró con Wadih, y el domingo 8 de Dzu-l-hicha del 400 [23 junio 1010] —el eunuco Wadih había sido nombrado *hachib* por Ben Abd al-Chabbar— los conjurados se unieron a él y se rebelaron. Entraron en el alcázar y tomaron posesión del mismo; luego fueron a ver (a Ben Abd al-Chabbar), pusieron en libertad a Hixam al-Muayyad e hicieron sentar a Ben Abd al-Chabbar frente a él; Al-Muayyad empezó a increparlo (laguna de tres palabras). Murió por mano de un esclavo de Al-Hakam llamado Al-Xafaq. Los esclavos amiriyyas lo degollaron, le cortaron la cabeza y echaron su cadáver sobre el empedrado *(al rasif)*. Cayó en el mismo lugar en donde estaba el cuerpo de Ben Asqalacha desde el día en que Ben Abd al-Chabbar lo había hecho matar. Su cabeza fué enviada a los bereberes por Wadih, y su cadáver permaneció colgado por varios días; después fué sepultado en una cloaca, debajo del patíbulo de los condenados a la crucifixión, y Alá puso término a su disolución y a su maldad. Vivía en Córdoba un hijo de Ben Abd al-Chabbar de edad juvenil —tenía dieciséis años cuando murió su padre— y los partidarios de Ben Abd al-Chabbar lograron hacerlo llegar a Toledo, donde la población lo recibió, nombrándolo su jefe. Permaneció allí hasta que concibió la idea de reconquistar el país que había pertenecido a Muhammad (su padre). Muharib al-Tuchibi fué a su encuentro, lo venció y lo envió prisionero a Wadih, quien lo hizo matar.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari (Según versión de Lévi Dellavida. Cuadernos de Historia de España, V, 1945).



## CORDOBA SITIADA Y AL-ANDALUS ASOLADO POR LOS BEREBERES

*No se habían agotado aún las horas amargas de Al-Andalus y Córdoba tenía que beber hasta las heces la copa envenenada. En la disputa por el señorío de la España musulmana, los bereberes eran los más fuertes; pero la gran metrópoli andaluza constituía un bocado demasiado grande para ser devorado con rapidez, pues por la extensión de su área geográfica podía ofrecer una larga resistencia frente a las divisiones africanas. Los cordobeses no eran buenos soldados, pero su odio a los berberiscos redoblaba su valor, y su pánico a la ferocidad de sus enemigos exaltaba hasta la obstinación su voluntad de pelear, y aumentaba hasta los límites de lo humano su capacidad de sufrir los dolores del asedio. Mientras Córdoba le soportaba con tenacidad los bereberes asaltaron y saquearon otras ciudades, razziaron Al-Andalus en todas direcciones, y de tal modo aterrorizaron el país, que sus caminos, otrora frecuentadas arterias de un intenso tráfico, quedaron desiertos muchos meses. La capital del califato resistió tres años el sitio berberisco. Durante tan largo plazo sufrió todas las calamidades y vivió todos los dramas propios de tamaños cercos. Los cordobeses conocieron las revoluciones cruentas y las traiciones fallidas, el crimen y el vicio, la crueldad y el heroísmo, el saqueo y la miseria, la riada y el hambre... y llegaron hasta practicar la antropofagia. El conde Sancho de Castilla —Ben Mumadona le llamaban por sarcasmo, haciéndole sólo hijo de su madre— constituyó a la par su pesadilla y su esperanza. Al cabo de tres eternos años de dolores sin fin, que arrancaron a los poetas sombrías elegías, llegó la hora más cruel. Los berberiscos entraron por traición en Córdoba y durante tres meses robaron, incendiaron y mataron con saña bárbara y cruel. En esas jornadas terribles perecieron millares de cordobeses y entre ellos algunos de sus más excelsos hijos —el cadáver del historiador Ben al-Faradi quedó muchos días tendido a la puerta de su casa— y la ciudad se arruinó para siempre. El autor del* Bayan al-Mugrib, *al referir el asedio, atenúa la crueldad de los berberiscos, sus coterráneos —Ben Idzari era africano— y calla los horrores que siguieron a su entrada en la ciudad. Tuvo ésta que soportar aún muchos años de martirio. Sulayman sufrió la misma suerte que Al-Mahdi en julio de 1016. Córdoba padeció después las horas tenebrosas del señorío de los Hammudíes, también bereberes. Las vejaciones de éstos empujaron a la exasperación a los cordobeses, tomaron las armas el 31 de julio de 1023; el 6 de septiembre les expulsaron de la ciudad y el 31 de octubre, en una heroica salida, les vencieron y se liberaron de ellos para siempre.*

## Comienza el sitio de Córdoba y el asolamiento de Al-Andalus

Después de la muerte de Ben Abd al-Chabbar el día de Mina del año 400 [8 de Dzu-l-hicha — 23 julio 1010], el califato volvió a Hixam ben al-Hakam, el cual convocó una asamblea para la proclamación del califa, y le fué renovado el homenaje de fidelidad. Nombró *hachib* a Wadih, el primer eunuco, remitió la cabeza de Ben Abd al-Chabbar a Sulayman al-Mustain Billah y escribió a los bereberes invitándolos a sometérsele. Celebrada la fiesta del fin de la peregrinación [10 de Dzu-l-hicha — 25 julio 1010], Hixam al-Muayyad Billah subió a caballo y se dirigió al foso, nombró a los funcionarios según el grado de energía y de capacidad administrativa de cada uno y preparó al pueblo para que se defendiera contra el enemigo. En aquel tiempo Hixam no ocultaba la esperanza de reconciliarse con los bereberes, por confiar en que se desorganizarían y volverían a él, alejándose de Sulayman. Sin embargo, los bereberes sentían aversión por los habitantes de Córdoba, como consecuencia de las atrocidades cometidas contra ellos. Sulayman reprochaba a Wadih la muerte de Ben Abd al-Chabbar, su traición y su falta de fidelidad.

Los bereberes se establecieron en Segunda y en el paso de Al-Mahida, realizando incursiones y matanzas, mientras que Hixam con sus súbditos y Wadih con sus tropas permanecían detrás del muro, sin cruzarlo un solo palmo. La situación permaneció grave en extremo y el camino falto de (laguna de un renglón); se guerreaba diariamente y las matanzas eran repentinas. Faltaban dinero y hombres y a ello añadíanse epidemias y enfermedades. Sin embargo (los cordobeses) seguían deseosos de combatir a los bereberes, aunque estuviesen incapacitados para hacerlo y se hallasen desprovistos de medios. A diario Wadih entretenía al pueblo con mentiras y esparcía innumerables falsos rumores acerca de los bereberes. Cada día los cordobeses se ponían en marcha para enfrentarse con los sitiadores, pero no iban más allá de la trinchera. Si alguien era herido, volvían diciendo: "Hemos matado a tal bereber, y han huído en tal dirección", multiplicando así mentiras y embustes.

El año 401 [com. 15 agosto 1010] los bereberes se movieron hacia Córdoba y entraron en Al-Zahra el sábado 25 de Rabi I [lunes 6 noviembre 1010]. Al-Zahra estaba defendida por una parte del ejército; algunos (de sus defensores) fueron condenados a muerte, a otros se les perdonó la vida. Los bereberes se instalaron allí y nadie cruzaba la trinchera. Wadih, a fuer de malvado y traidor, dejó plena libertad a los facinerosos para ensañarse contra la bella y graciosa villa *(munya)* de Al-Rusafa; fué destruída e incendiada y sus árboles fueron talados, por temor de que los bereberes irrumpieran por aquel lado. Luego se arrepintió y comprendió que constituía una fortaleza para su defensa.



El 25 de Xaban [3 abril 1011] los bereberes salieron de Al-Zahra y empezaron a hacer correrías en las zonas próximas y lejanas de la región, saqueando, destruyendo, incendiando y matando. Si Wadih enviaba contra ellos un cuerpo de jinetes, éstos no los alcanzaban, porque les tenían miedo, y se limitaban a saquear lo que dejaran los bereberes en los pueblos y sus términos, retirándose luego. Los moradores de todos los alrededores acudieron (a Córdoba) por temor a los bereberes, y llegaron a ser más numerosos que los mismos ciudadanos. La mayoría murió de hambre o fueron muertos fuera de la ciudad, y todo su ganado pereció.

Los bereberes llegaron hasta Málaga, asolaron sus alrededores y dieron muerte a algunos habitantes. Después se desviaron hacia Elvira, que saquearon y demolieron, cautivando a las mujeres. Si se enteraban que alguna de ellas tenía dinero, la colgaban por los senos. Y colgaron (laguna de $^2/_3$ de renglón); luego volvieron todos a Málaga; pero sus habitantes, que habían pedido el indulto a Sulayman, lograron alejarlos mediante el pago de setenta mil dinares. Entonces los bereberes entraron en Algeciras, mataron a todos los que allí se hallaban, demolieron las casas, hicieron prisioneros a los niños y tomaron los bienes (de sus moradores). Más tarde Sulayman ordenó que los prisioneros fueran llevados al arsenal y los dejó libres. Algunos de ellos llegaron a Málaga, algunas mujeres se desposaron con soldados, pero la mayor parte murió. Los bereberes cortaron los abastecimientos de Córdoba, de modo que el hambre fué intensa y los víveres faltaron.

Dice Ibrahim ben al-Qasim: Los cordobeses, pese a su aflicción y gran tormento, permanecían en su actitud sediciosa y en su odio fanático contra los berberiscos. El hablar de paz costaba la vida, al extremo que un varón, eminente entre los sabios, dijo en la mezquita aljama: "Alá, ¡danos la paz!", y fué muerto en el mismo sitio. También otro que dijo en la aljama: "Alá ama la paz y la exige", perdió la vida en el instante. Una mujer, al regresar del horno, dejó caer una olla que se quebró. Como era negra, se levantó un grito: "¡Una berberisca negra!", y la mataron. Otra volvía del río llevando una jarra sobre los hombros. Esta se le cayó y también a ella la mataron. Podrían referirse innumerables casos de este género. Dice el autor: El ejército demostraba su desprecio por Wadih, lo tenía en poca consideración, lo injuriaba y le maldecía en voz alta.

Llegaron mensajeros de Ben Mama al-Qumis, rey de los cristianos (Sancho conde de Castilla), para exigir la entrega de las fortalezas prometidas, con la condición de que no enviarían intimaciones ni llevarían ningún ataque a las fronteras. Aceptados los términos, se presentaron los alfaquíes, los asesores (adules) y el cadí y redactaron el documento oportuno.

Dice (el autor): Cuando los mensajeros llegaron a Córdoba, se presentaron los alfaquíes, el cadí y los asesores y escribieron un documento sobre las condiciones de la entrega de las fortalezas a los cristianos; fué leído frente al pueblo, en presencia de Hixam y de Wadih, y todos los circunstantes le garantizaron con su testimonio. Luego abandonaron todos el alcázar alegres

por lo que había sucedido. Las fortalezas que pasaron a poder de Ben Mama habían sido tomadas todas por Al-Hakam ben Abd al-Rahman, Muhammad ben Abi Amir (Almanzor) y por su hijo Al-Muzaffar. Esto sucedió por ligereza de Hixam.

Así narra Al-Raqiq en su libro.

Mientras tanto los bereberes, cuando fueron rechazados de Córdoba, en donde perecieron muchos de ellos, destruyeron muchas ciudades y dieron muerte a sus moradores; quedaron inmunes solamente Toledo y Medinaceli. La caballería berberisca llegó hasta los suburbios de dichas ciudades y aún más allá, tanto que un hombre podía viajar a caballo durante meses enteros sin que viera a nadie en los caminos y en los villorrios. El maldito Ben Sancho (de Navarra), cuando supo que habían sido entregadas algunas fortalezas al maldito Ben Mama, escribió con amenazas, exigiendo otras; se le concedió lo que pedía y se le escribió que le serían dadas las fortalezas. Todo ello ocurrió por la obstinación de no querer llegar a un acuerdo con los bereberes.

### Asesinato del canciller Wadih

Finalmente Wadih, viendo que el ejército le era hostil y deseaba deshacerse de él, resolvió enviar un emisario a los bereberes, e hizo creer que realizaba esto por consejo de Hixam, por el cuidado que él tenía por el bienestar de las clases superiores y del pueblo. Wadih envió a los berberiscos a un hombre llamado Ben Bakr, quien se entrevistó con Sulayman y trajo su respuesta. Pero el ejército excitado contra él lo mató, sin que Hixam y Wadih fueran capaces de defenderlo. Le cortaron la cabeza y la pasearon por la ciudad sobre una lanza. El ejército y el pueblo *(al-Raiyya)* estaban resueltos a combatir, y el cadí ponía todo su empeño en ello, y prometió quinientos caballos de los bienes de las fundaciones pías para la infantería de los eslavos; sabía muy bien que tanto los que mataran como los que murieran irían al infierno, pero nada le importaba. El país sufrió mucho por la escasez de dinero y de provisiones, y el ejército se mostró pusilánime y negligente. El soberano reunió en el alcázar a los mercaderes, quejándose por la escasez de dinero y pidiéndoles una ayuda pecuniaria. Ellos contestaron: "Muchas veces hicimos todo cuanto podíamos; ahora es mejor para nosotros morir. Envíanos contra nuestros enemigos, los bereberes, pero no daremos nada". Wadih se asustó y decidió huir.

Cuando Wadih resolvió huir y el ejército tuvo indicio de ello, Ben Wadaa penetró en su casa con cierto número de soldados; lo sacaron afuera de ella y Ben Wadaa le echó en cara el haber malgastado los dineros públicos y el haber querido entenderse con los bereberes. Luego Ben Wadaa se abalanzó contra él y lo hirió con la espada; los soldados se le arrojaron encima y acabaron con él. Le cortaron la cabeza y la llevaron por las calles y su cuerpo fué lanzado contra el empedrado, en el mismo lugar en donde



habían sido echados Ben Asqalacha y Ben Abd al-Chabbar. Saquearon las casas de sus amigos y secretarios y encontraron en la de Wadih muchas cosas de valor ya empaquetadas por él, con ánimo de llevárselas en la huída. Hixam al-Muayyad mostró buena cara, diciendo: "No quiero a otro *hachib;* yo mismo cuidaré mis intereses". En efecto, durante varios días celebró audiencias públicas, pero luego volvió a sus costumbres y los ministros comenzaron a dirigir el gobierno del país.

Hixam confió a Ben Wadaa el mando de la policía de la ciudad, y éste tomó severas medidas contra las personas sospechosas. El ejército y todos lo temían. Un destacamento de bereberes desde Jaén realizó una incursión contra Valencia, llevándose quinientos caballos, de propiedad del gobierno, y apresando a trescientos hombres, oficiales del ejército, secretarios y agentes, que allí se encontraban. Sucedió esto en el año 401.

Hixam había hecho construir sobre la trinchera una sala elevada, desde la cual se dominaba con la vista a los bereberes, y la había llamado *al-Daydaban* ("la atalaya"). Allí celebraban los ministros sesiones diarias con los alfaquíes para consultarse sobre las disposiciones necesarias al gobierno, pero lo que hacían hoy, lo deshacían mañana.

Ese año una gran inundación del río de Córdoba destruyó cerca de mil casas en los alrededores de la ciudad e innumerables mezquitas y diques. Casi cinco mil personas murieron ahogadas o sepultadas bajo los escombros; los muebles y bienes del pueblo se perdieron y casi todo el muro se derrumbó, sepultando gran parte de la trinchera. Tres días duró la inundación. Así cuenta Al-Raqiq en su libro.

### Resistencia obstinada

La población y los eslavos se reunieron en Córdoba, y se empeñaron recíprocamente, bajo solemne juramento, unir sus fuerzas y a mantenerse unánimes en la guerra contra los bereberes. Confirmaron el juramento y se obligaron a ello por escrito, tomando como testigos a los visires y a los grandes. Los precios iban subiendo cada día más y la situación empeoraba; las gentes huían a las playas y a los campos. La situación de Córdoba se agravó tanto que la población se alimentaba con sangre de bueyes y de ovejas sacrificadas y con animales muertos por enfermedad y (laguna de una palabra) podridos.

Unos hombres estaban en la cárcel: uno de ellos murió y los otros se lo comieron. En medio de tanta miseria se tomaba vino públicamente, la fornicación era lícita, los vicios contra la naturaleza manifiestos; no se veían más que personas pecando delante de todos.

En el mes de Chumada II 402 [30 diciembre 1011 - 28 enero 1012] los bereberes partieron de Jaén hacia Guadalmellato y robaron a manos llenas bueyes y ovejas, en tal cantidad que no alcanzaban a custodiarlos. Los cor-

dobeses hambrientos salían de noche para asaltar a los pastores dispersos y tomarles cuanto podían, y nadie tenía escrúpulo en comprar los animales capturados. Cuando los bereberes se apercibieron de ello, se pusieron al acecho y cada noche mataban a diez, veinte o treinta hombres. Una noche mataron más de cien, y entonces los cordobeses dejaron de robar el ganado de los bereberes y se limitaron a raptar y sacrificar los animales del país, y la gente los comía como si fuera sin duda alguna lícito.

Sulayman escribió a los cordobeses exhortándolos a acabar con la guerra civil y enumerando las pruebas de amistad que los bereberes les habían dado de buena fe, y los dolores e ignominias por ellos soportados. Les recordó cómo había salvado a los cordobeses de la opresión de los francos, cuando, por compasión hacia ellos, salió a pelear en compañía de los bereberes; y agregó otros argumentos eficaces. Una parte se inclinó hacia la paz, otra la rechazó. Mientras tanto los bereberes invadían los campos alrededor de Córdoba, segando las mieses y alimentándose con ellas. Después de haberse detenido cerca de la trinchera, exclamaban a manera de escarnio y de irrisión: "Enviadnos segadores, y os aseguramos que no dejaremos ni un solo grano"; pero nadie, perteneciera o no al ejército, podía salir de la trinchera y llegar hasta ellos.

Llegó el día de la terminación del ayuno, 1 Xawwal de 402 [abril 26 1012], y como nadie podía ir al lugar de la plegaria *(al-Musalla)*, oraron en la mezquita catedral llenos de miedo y congoja. La aflicción de los cordobeses iba aumentando; se puso fuego al mercado de los carpinteros y a muchos otros mercados: se produjo un gran incendio, y los eslavos saquearon lo que no habían devorado las llamas. Algunos cordobeses quemaron la mezquita catedral de Al-Zahra y se llevaron todo cuanto quedó: lámparas, batientes de las puertas, el púlpito y los tapices. Un grupo de bereberes bajó a la orilla del río, invitando a la paz. Ben Munawi, que era favorable a ella, contestó: "Haremos la paz con vosotros si nuestro soberano lo considera justo". Ben Munawi tenía el título de Dzul-Wizaratayn. Pero los alfaquíes se opusieron, diciendo: "Si se estipula la paz, todo acabará para nosotros". Y fueron todos juntos a ver a Ben Munawi y le dijeron: "Para nosotros es más segura la guerra con los bereberes que vuestra paz". Evitaron hablar de paz y la guerra civil volvió a la situación anterior.

Un cierto Ben Farruh gozaba en aquel tiempo de la intimidad de Hixam al-Muayyad, quien lo trataba familiarmente y se deleitaba con su compañía. Ben Munawi supo que aquel hombre había predicho el futuro a Hixam en estos términos: "Tu reino no prosperará por medio de uno de los Amiriyya, sino por medio de uno de tus esclavos". Ben Munawi lo mandó llamar y le hizo cortar la cabeza, sin miramiento a su posición privilegiada cerca de Hixam. Ben Munawi era un Amiriyya. Además detuvo a muchas personas que se sospechaba favoreciesen a Sulayman y a los bereberes, y las hizo decapitar y crucificar. Ordenó que las puertas de la ciudad quedaran abiertas para la gente que quería salir; y cuando los que habían salido se encontraron



fuera de la ciudad y hubieron caminado un trecho, ordenó que se les tomaran sus bienes. Hizo matar a la mayoría junto con las mujeres que los acompañaban, y vendió a algunas como si fueran prisioneras de guerra. Esta fué una de las calamidades que sufrió Córdoba.

## Negociaciones frustradas

Llegaron a Córdoba cartas de los habitantes de las fronteras: "O lográis un acuerdo con los bereberes —decían— o hacedles la guerra con energía, pues ni vosotros ni nosotros tenemos fuerza contra ellos. Tal vez podríais escribir a Ben Mama Duna (el conde Sancho de Castilla) que venga pronto con sus tropas en vuestra ayuda". Los visires, los alfaquíes y los grandes del reino se reunieron a deliberar en el alcázar, y en nombre de Hixam escribieron a Zawi ben Ziri exhortándolo a cumplir las obligaciones contraídas y ofreciéndole lo que deseara en dinero, gobierno, etc. Llegó su respuesta en estos términos: "En cuanto a la posibilidad de romper la fe jurada a mi soberano y de oponerme a mis compañeros, no hay manera de hacerlo; pero trabajaré con todas mis fuerzas por la paz, y seguiré buscando la concordia y la unidad entre los musulmanes. Me esforzaré en hacerlo, por Dios, pues así mereceré el favor del Señor, poniendo término a la guerra civil y al derramamiento de sangre y restaurando la concordia.

La situación empeoró, y Ben Munawi receló que le sucediera lo mismo que a Wadih. Por eso habló a los visires y a los alfaquíes incitándolos a hacer la paz, que declaró aceptaría sólo de común acuerdo con Hixam ben al-Hakam y con todos los eslavos. Los alfaquíes le agradecieron su intención de acabar con la guerra civil.

Cuando llegó el martes 1 Dzu-l-hicha 402 [24 junio 1012], ben Munawi fué a visitar a Hixam al-Muayyad con los jefes de los eslavos y del ejército, y todos le revelaron la situación del país con estas palabras: "Las cosas han llegado a una situación extrema, y nosotros nada podemos hacer contra esa gente. El pueblo está dividido: hay quien pide la guerra y quien no la quiere. Nos falta dinero; hemos arruinado a nuestros súbditos (*Raiyya*) con los impuestos. Los precios son altísimos, el ejército es pobre, cunde el desorden en las fronteras, y los cristianos, que disponen de grandes fuerzas, meditan atacarnos, mientras nosotros no estamos en condiciones de resistirles". Cuentan que Hixam rompió en amargo llanto:

"Obrad como queráis —dijo— prescindiendo de mí. Nada puedo hacer ni por vosotros ni por mí mismo. Tomad, pues, las resoluciones que os resulten provechosas y ejecutadlas. Yo os seguiré". Ben Munawi entró en el alcázar, tomó todos los objetos de valor, se los llevó de noche y huyó desde Córdoba a Badajoz. Y Córdoba permaneció en poder de los eslavos y de la ínfima plebe.

El año 402 los cordobeses escribieron una carta a los bereberes en nom-

bre de Hixam y Ben Munawi, instigándolos a poner fin a la guerra civil y a devolver la autoridad a Hixam al-Muayyad, quien tenía mayor título para ello por el homenaje de fidelidad con que se había obligado el pueblo antes de prestarlo a otros. Sulayman sería su heredero y su delegado y gobernaría el califato en su lugar. Llevaron la misiva algunos notables de la ciudad; éstos avanzaron hasta llegar a la presencia de Sulayman, a quien entregaron la carta de Hixam y otra de los visires dirigida al colegio de los visires bereberes. Cuando Sulayman vió el sobre escrito: "De parte del siervo de Dios Hixam ben al-Hakam, Príncipe de los Creyentes", arrojó de sí la carta, estalló en improperios y dijo: "Yo soy el Príncipe de los Creyentes, y a Hixam no pertenece este título". Todos los bereberes dijeron: "Este es el Príncipe de los Creyentes: no hay otro más que él, y nadie, sino él merece mayor respeto". No se leyó ni una sílaba de las dos epístolas: Sulayman hizo desgarrar con un cuchillo la que le fuera enviada, y los berberiscos rasgaron la otra. Sulayman dijo: "¡Por Dios!, jamás he prestado homenaje de fidelidad a Hixam, pues cuando fué elegido, yo tenía ocho años. El, en cambio, me ha jurado fe espontáneamente, sin ser obligado. Tiene más obligación de ser juicioso y de cumplir con su deber". (Los enviados de los cordobeses) relataron después: "Nos despedimos, entonces, y salimos acompañados hasta la puerta por los visires bereberes. Llegados a Córdoba, nos presentamos a Hixam. ¡Por Dios!, él no nos preguntó qué había sucedido con Sulayman, no tuvo palabras de agradecimiento ni de reproche, sino que permaneció callado. Y tan pronto salimos, Hixam ordenó que le fuera renovado el homenaje de fidelidad por todo el pueblo".

Llegó entonces una carta del comandante de la Frontera anunciando que vendría a Córdoba con Ben Mama Duna (el conde Sancho de Castilla) y las tropas cristianas para ayudarles contra los bereberes. Los cordobeses recibieron con ella una gran alegría, pero no se cumplió el anuncio y nada aconteció, porque Dios los quería probar y afligir.

### Llanto poético por la suerte de Córdoba

Un poeta, llorando la suerte de Córdoba, escribió:

"Llora el resplandor de Córdoba, porque la desgracia la ha alcanzado.
El destino le hizo crédito, pero luego le pidió el pago de su deuda.
Estaba en el apogeo de su belleza y de una vida dulce y fácil;
después las cosas se trastornaron, y ahora no ves en ella ni a dos que [estén alegres.
Dile adiós, pues, y vete en paz, si has decidido partir".

Otro, en una *casida* sobre el mismo tema, dijo:

"Os ha faltado resolución en el gobierno de vuestros intereses: mañana conoceréis la ruina completa.



Si vierais vuestro estado con los ojos de la inteligencia, lloraríais lágrimas de sangre por haber durado en el poder.

Pero la enfermedad de la ceguera ha oscurecido vuestra vista, y os ha revestido con vestiduras nuevas, destinadas a la consunción.

¡Oh pueblo que ha rasgado el velo de su propia maldad! No todos los que se envilecen encuentran provecho en envilecerse.

En el sura de la Resurrección han sido revelados versículos muy claros relativos a vuestra situación, que no olvidan a ninguno de vosotros;

y en el sura de la Caverna, el final del versículo veinte os condena a "no ser nunca felices".

Considerad cuán triste será vuestro castigo, pues sois agobiados por un dolor que nunca terminará".

He leído en una historia de Al-Andalus: "Cuando la corrupción entró en Al-Andalus, Córdoba estaba tan floreciente que hubiera hecho olvidar a Bagdad en los tiempos de Harun al-Raxid. Su reino era poderoso, su autoridad fuerte, firme su condición. Alcanzó su apogeo en la época de Al-Nasir Abd al-Rahman (III) y de Al-Hakam (II) y siguió así hasta la muerte de Ben Abi Amir ("Almanzor"); pero luego su gloria se desvaneció. Esto se explica porque al progreso sigue el retroceso y la perfección cede el paso a la deficiencia. No hay cosa perfecta que no sufra un menoscabo inevitable. Dios envió a Muhammad ben Hixam (Ben Abd al-Chabbar) a fin de que, por su medio, fuera extirpada la raza de los Omeyas y se acabara su prosperidad, porque Dios —gloria a El— quiso destruírlos así como aniquiló a Tasm y a Chadis: "¿Has oído a alguien hablar de ellos o mencionarlos siquiera?"

### Expugnación de Córdoba

A fines de Dzu-l-hicha 402 [julio 1012] los bereberes bajaron a la parte occidental del río, y se adelantaron dos visires bereberes, Jazzrun ben Muhammad y Hubasa ben Maksan, quien por su coraje y valor despreciaba a los cordobeses y no les hacía caso. Montado en un caballo bayo peleó valerosamente y fué después a un lugar donde no había lucha. Allí se detuvo con unos pocos caballeros que le acompañaban, y dejaron pacer las cabalgaduras. Cuando he aquí que un numeroso grupo de cordobeses vió desde la trinchera cómo ellos, creyéndose seguros, habían quitado las riendas a sus caballos. Los cordobeses les acometieron y antes de que Hubasa ben Maksan tuviera tiempo de afirmarse en su silla, mientras sus compañeros hacían lo mismo, cayeron setenta caballeros sobre los cinco berberiscos. Resistieron éstos, sin embargo, y dieron muerte a muchos cordobeses; pero uno de ellos alcanzó a Hubasa con un golpe de lanza que lo derribó. Sus compañeros huyeron abandonándole, y fué hecho prisionero. Cuando lo reconocieron lo mataron, lo hicieron pedazos, se repartieron su carne y se la comieron, porque había dado muerte a muchísimos de ellos,

haciéndoles experimentar su valor y procurándoles grandes daños. Si lo hubiesen reconocido antes de prenderlo, nadie habría osado atacarlo.

Cuando su hermano Habus ben Maksan, su tío Zawi ben Ziri y su familia supieron la suerte que había corrido, se afligieron grandemente y de noche se prepararon para la lucha. A la mañana siguiente trabaron con los cordobeses un violento combate, como no se había conocido otro, y al día siguiente los bereberes tendieron una emboscada a los cordobeses: las tropas de Córdoba abandonaron la trinchera, provocadas por los bereberes, los vencieron y empezaron a perseguirlos velozmente; pero de pronto, detrás de ellos se levantaron los que estaban en acecho y dieron muerte a tanta gente, que no faltaríamos a la verdad diciendo que no se salvó un solo caballero.

En el año 403, el día sábado 26 de Xawwal [10 mayo 1013] los cordobeses sufrieron una derrota, como hemos dicho. Se reunieron y efectuaron una salida general el domingo, segundo día después de la batalla, para combatir a los bereberes y a Sulayman, pero fueron vencidos rápidamente una vez más y con muerte de muchísimos. El pueblo gritaba por todas partes, y Córdoba fué expugnada. El cadí Ben Dzakwan con algunos alfaquíes se presentaron a Sulayman y a los jefes de las tribus berberiscas pidiendo el amán, que les fué concedido mediante el pago de grandes sumas de dinero. Tan sólo a Ben al-Sarh fué impuesta una multa de cien mil *dinares* y a cada uno se le exigieron cantidades por encima de sus posibilidades. Y los bereberes se apoderaron del país.

### Los bereberes dueños de Córdoba y de Al-Andalus

Sulayman entró en el alcázar de Córdoba el lunes 27 de Xawwal 403 [11 mayo 1013, domingo], y una vez allí hizo venir a Hixam al-Muayyad y le increpó diciéndole: "¿No habías abdicado el califato en mi favor y estrechado mi mano? ¿Qué te ha inducido a violar tu promesa y a desligarte de tu compromiso?" El se disculpó diciendo que le habían hecho violencia.

Ante los reproches de Sulayman, presentó sus excusas, abdicó el califato en su favor y le cedió el mando, entregándose a él. Dice Ben Hayyan: Sulayman asumió de inmediato el título soberano de Al-Mustain Billah y se trasladó a Al-Zahra con todos sus bereberes y con el ejército. Como Al-Zahra resultara demasiado pequeña para ellos, se establecieron en los alrededores. Alí y Al-Qasim, hijos de Hammud, jefes de la facción *(firqa)* de los Alíes, se establecieron en Sequnda. Hixam al-Muayyad desapareció, y no se sabe con certeza cuál fué su suerte: unos dicen que murió después de entrar en el castillo, otros, que huyó.

Ese año Sulayman al-Mustain Billah nombró a Alí ben Hammud comandante de Ceuta, y distribuyó algunas tierras en Al-Andalus entre los jefes de las tribus berberiscas.



Dice Ben Hammada: Eran seis tribus: los Sinhacha recibieron Elbira, que permaneció en manos de Habbus y de sus descendientes alrededor de cien años; el Norte fué entregado a los Magrawa; Mundzir ben Yahya recibió Zaragoza; los Banu Birzal y los Banu Yefren obtuvieron Jaén y sus alrededores; los Banu Dammar y los Banu Azdacha lograron Sidonia, Morón y otras fortalezas. Se dice que Al-Qasim ben Hammud consiguió el gobierno de Tánger y Arzila. En cuanto a Ali ben Hammud, Sulayman le dió el gobierno de Ceuta. Cuando Abd Allah al-Birzali tuvo noticia del nombramiento de los dos hijos de Hammud, se presentó a Sulayman: "Príncipe de los Creyentes, díjole, ha llegado hasta mí la noticia de que has entregado el gobierno de Magrib a los Banu Hammud". "Sí", contestó. Y el otro: "¿Los Alíes no son acaso Talibíes (Sciies)?" Contestó: "Por cierto". Díjole: "Tú vas hacia unas serpezuelas que harás transformar en gruesas serpientes". Sulayman dijo: "Ya he despachado la orden".

Después que Sulayman y los bereberes se apoderaron de Córdoba, en esta segunda época, el *hachib* y los visires se unieron a ellos. Con Sulayman empezó el reinado de los bereberes en Córdoba; el reinado de los Omeyas terminó en Al-Andalus, habiéndose mantenido durante 268 años y 43 días.

Cuando Sulayman entró en Córdoba, un habitante de la ciudad se presentó a Habus ben Maksan y le dió a conocer al que matara a su hermano. Aquél entró en la ciudad a caballo con unos compañeros; los habitantes lo miraban medio muertos de espanto. Por fin llegó a la casa de su adversario, le hizo salir y le dió muerte; y luego incendió la casa. Encontró en ella algunas riquezas, que se llevó; entre otras cosas había 14 esclavas, muchos tapices y armas. Hizo desenterrar a su hermano y no halló más que los huesos, pues sus carnes habían sido devoradas. "¡Por Dios!, dijo, yo no concedí nunca el indulto a ninguno de los esclavos de los Omeyas". La gente le tuvo miedo, y muchos huyeron abandonando sus casas y sus bienes que llegaron a poder de los bereberes. Estos se repartieron el país y lo dominaron: mataban a todo aquel que se les oponía, e incendiaban y destruían cualquier lugar que ofrecía resistencia.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión de Lévi Dellavida. Cuadernos de Historia de España, V, 1945).

## DE LOS TOCADORES DE LAS DAMAS MUSULMANAS A LOS SAGRARIOS CRISTIANOS

*En las mismas cajas de marfil donde se conservaban ayer —y a las veces se conservan todavía hoy— veneradas reliquias de santos en iglesias y monasterios españoles, guardaron hace mil años sus perfumes las princesas cordo-*

*besas, las damas de la corte de "Almanzor" y de su hijo, las señoras del Toledo de Al-Mamun y las de los magnates almorávides y almohades. Los artistas que labraron sus bellas trazas —especial mención merecen los que trabajaron en el taller de Cuenca— consignaban, en sencillas inscripciones, los nombres del príncipe o magnate que había encargado la obra o el de la dama a quien era destinada, los nombres del artífice y de la población en que había sido tallada la caja, el año de su terminación y una invocación piadosa o alguna frase poética. Esas inscripciones nos ayudan a formar idea clara de la sociedad califal.*

"Esto fué hecho para la señora hija de Abd al-Rahman, Príncipe de los Creyentes".

"En el nombre de Dios. Esta (caja) fué mandada hacer para Saidat Allah, la esposa de Abd al-Rahman, Príncipe de los Creyentes, que Dios le compadezca y se halle satisfecho de él".

"En el nombre de Allah, el clemente y misericordioso, ésta es la obra de la hija de la princesa hija de Abd al-Rahman, Emir de los Creyentes. La misericordia de Allah y su gracia sean sobre él".

"Bendiga Allah al Imán, siervo de Allah, Al-Hakam Al-Mustansir Billah, Emir de los Creyentes. (Esto es) de lo que mandó hacer para la señora madre del (príncipe) Abd al-Rahman, por manos del maestro Al-Sagir, el año tres y cincuenta y trescientos" (353 H. - 964 J. C.).

"En el nombre de Allah, bendición de Allah, prosperidad, felicidad y alegría para la hermana (del califa) por la labor hecha en Madina Al-Zahira en el año cinco y cincuenta y trescientos" (355 H. - 966 J. C.).

"Hecho por Halaf". "Es más bello que un cofrecillo adornado de pedrería y sirve de receptáculo para el almizcle, el alcanfor y el ámbar; su vista es para mí el más bello espectáculo y me inspira generosidad hacia el infeliz que viene a mi casa".

"Bendición de Allah, favor, alegría, prosperidad para Al-Mugira, hijo del Príncipe de los Creyentes, compadézcase Allah de él; esto fué hecho en el año siete y cincuenta y trescientos" (357 H. - 968 J. C.).

"En el nombre de Allah, clemente y misericordioso, bendición y prosperidad, y felicidad para Rayad ben Aflah, capitán de la guardia superior. Esto fué hecho en el año nueve y cincuenta y trescientos" (359 H. - 970 J. C.).

"Bendición de Allah para el siervo de Allah, Al-Hakam Al-Mustansir Billah, Príncipe de los Creyentes".



"En el nombre de Allah. Bendición y victoria y apoyo para el visir Abu-l-Mutarrif, hijo de Al-Mansur, Abu Amir Muhammad, hijo de Abu Amir, que Allah le apoye. (Esto) fué hecho en el año nueve y ochenta y trescientos" (389 H. - 999 J. C.).

"En el nombre de Allah, felicidad, dicha, esperanza de obras puras..., del fin que se propone para el Hachib Saifu-l-Daulah Abd Al-Malik, hijo de Al-Mansur, que Allah le dé suerte. Esto fué hecho por orden suya, bajo la dirección de su gran servidor Numair ben Muhammad al-Amir, su esclavo, en el año cinco y noventa y trescientos" (395-1005).

"En el nombre de Allah. La felicidad, la prosperidad y la fortuna para el Hachib Sayf al-Daulah. Esto es, de lo que se mandó hacer bajo la dirección de... (se ha roto el nombre)... Liberto alamiri".

"En el nombre de Allah, la bendición de Allah, la felicidad, prosperidad, buena fortuna, perfecta salud y paz de entendimiento, perpetuo placer y deleite para el propietario de esta cajita".

"...para su dueño, conserve Allah su vida largos años; esto fué hecho en la ciudad de Cuenca. (Año) siete y diez y cuatrocientos (417 H. - 1026-1027 J. C.). Lo hizo Muhammad ben Zayan, su siervo, glorifíquelo Allah".

Inscripciones reproducidas por Ferrandis: *Marfiles y azabaches españoles,* 63 y siguientes.

## DEL AMOR PLATONICO ENTRE LOS MUSULMANES ANDALUCES

*Mientras la capital del califato padecía las crueles jornadas de las revoluciones, y el saqueo y el fuego hacían presa en las ciudades-palacio de Medina al-Zahira y de Medina al-Zahra y la hermosa Córdoba sufría las tristes horas de la gran penitencia por obra de los feroces berberiscos y se sucedían efímeros califas en el trono de los Abd al-Rahman y los Al-Hakam y comenzaban a sublevarse las provincias, un joven magnate, hijo de un ministro de "Almanzor", escribía en Játiva [1018-1023] un delicioso libro sobre el amor. Mientras los cordobeses temblaban ante la tiranía Hammudí o morían víctimas de ella, el poeta y el psicólogo que se reunían en Ben Hazm [994-1063] empleaban las horas lentas del destierro en referirnos con ímpetu poético la historia amorosa de la última generación cortesana de Al-Andalus. En contraste con las torpes imágenes de placer sensual destacan en ellas las que nos descubren el amor romántico del noble doncel. Dozy explicó tal contraste por el origen hispano de Ben Hazm. Asín ha hecho derivar su concepción erótica de raíces orientales. La influencia del ascetismo*

*cristiano habría engendrado en Arabia el casto amor* udri, *que llevó a poner en boca de Mahoma este* hadiz: *"El que ama y muere virgen, muere mártir". Y ese erotismo singular habría sido luego desenvuelto por sufíes, místicos y ascetas y habría llegado y triunfado en la Córdoba de fines del siglo X, transida del refinamiento intelectual y emocional precursor de la decadencia. No es sin embargo segura esa genealogía del amor romántico de Ben Hazm y de otros poetas de su generación, pues media gran distancia entre el sentimiento amoroso de los mismos, que no implica renuncia al deseo, y el místico amor sufí. Constituye además ese poético erotismo un islote brevísimo en medio del océano de la torpe sensualidad arábiga que nos descubren las fuentes hispano-musulmanas, en las que abundan alusiones a escenas de desenfrenada lujuria y hasta de pederastía. De pura cepa hispana —Ben Hazm fué español hasta el cogollo del alma y la mujer ha alcanzado desde siempre en España una posición peculiar de señorío frente al hombre— o derivado de una fugaz moda oriental que no dió demasiados frutos en Oriente, el platonismo erótico de Ben Hazm hizo escuela en Al-Andalus, pasó después los Pirineos y engendró en Provenza el amor caballeresco, que no es posible enlazar con las auténticas teorías amorosas de Platón ni con los puros ideales cristianos. La sensibilidad exquisita y enfermiza de un español de excepción habría tal vez quintaesenciado, hasta trocarla en forma literaria, remotísimas concepciones hispanas de la relación amorosa de hombres y mujeres.*

"En el palacio de mi padre, dice Ben Hazm, vivía una joven que recibía allí su educación. Tenía dieciséis años, y ninguna otra mujer se le podía comparar en beldad, talento, modestia, discreción y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reír no eran de su gusto, por lo cual hablaba poco.

"Nadie osaba levantar hasta ella sus pensamientos, y, sin embargo, su hermosura conquistaba los corazones; pues aunque orgullosa y reservada en dar muestras de su favor, era más seductora que las que conocen a fondo el arte de encadenar a los hombres. Su modo de pensar era muy severo, y no mostraba inclinación alguna por los vanos deleites; pero tocaba el laúd de un modo admirable. Yo era entonces muy mozo, y sólo pensaba en ella. A veces la oía hablar, pero siempre en presencia de otros, y en balde busqué durante dos años una ocasión de hablarle sin testigos. Ocurrió en esto que se dió en nuestra casa una de aquellas fiestas que se acostumbran en los palacios de los grandes, y a la cual asistieron las mujeres de nuestra casa y las de mi hermano, y donde, por último, estuvieron convidadas también las mujeres de nuestros clientes y más distinguidos servidores. Después de pasar una parte del día en el palacio, fueron éstas a un pabellón, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles de nuestro jardín no estorbaban la vista. Yo fuí con ellas, y me acerqué al hueco de la ventana



donde se encontraba la joven; mas apenas me vió a su lado, cuando con graciosa ligereza huyó hacia otra parte del pabellón. Yo la seguí y se me escapó de nuevo. Mis sentimientos le eran ya harto conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduínos para reconocer la vereda trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha, ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque estaban todas muy embelesadas con la vista, y no prestaban atención.

"Cuando más tarde bajaron todas al jardín, las que tenían mayor influjo por su posición o por su edad, rogaron a la dama de mis pensamientos que entonase un cantar, y yo uní mis ruegos a los de ellas. Así rogada, empezó, con una timidez que a mis ojos realzaba más sus encantos, a pulsar el laúd, y cantó los siguientes versos de Abbás, el hijo de Ahnaf:

En mi sol pienso sólo
Con mi muchacha linda.
¡Ay que perdí su huella
Tras de pared sombría!
¿Es de estirpe de hombres,
O de los genios hija?
Ejerce de los genios
El poder con que hechiza;
De ellos tiene el encanto
Pero no la malicia.
Es su cara de perlas,
Su talle palma erguida,
Blando aroma su aliento,
Ella gloria y poesía,
Ser de la luz creado,
Graciosamente agita
La veste vaporosa;
Y ligera camina;
Su pie no quiebra el tallo
De flores ni de espinas.

"Mientras que cantaba, no fueron las cuerdas de su laúd, sino mi corazón, lo que hería con el plectro. Jamás se ha borrado de mi memoria aquel dichoso día, y aun en el lecho de muerte he de acordarme de él. Pero desde entonces, nunca más volví a oír su dulce voz, ni volví a verla en mucho tiempo.

"No la culpes, decía yo en mis versos, si es esquiva y huye. No merece por esto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna; pero la gacela es tímida y la luna inasequible a los hombres.

"Me robas la dicha de oír tu dulce voz, decía yo además, y no quieres deleitar mis ojos con la contemplación de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada a Dios por completo, no piensas

más en los mortales. ¡Cuán dichoso Abbás cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiese oído, se hubiera llenado de tristeza, te hubiera envidiado como a su vencedora, porque mientras que cantabas sus versos, ponías en ellos un sentimiento de que el poeta carecía o que no supo expresar.

"Entretanto sucedió que tres días después que Al-Mahdi subió al trono de los califas, abandonamos nuestro nuevo palacio, que estaba en la parte de Oriente de Córdoba, en el arrabal de Zahira, y nos fuimos a vivir a nuestra antigua morada, hacia el Occidente, en Balad-Mugaytz; pero por razones que es inútil exponer aquí, la joven no se vino con nosotros. Cuando Hixam II subió otra vez al trono, caímos en desgracia con los nuevos dominadores: nos sacaron enormes sumas de dinero, nos encerraron en una cárcel, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que escondernos. Entonces vino la guerra civil; todos tuvieron mucho que padecer, y nuestra familia más que todos. Entretanto, murió mi padre el 21 de junio de 1012, y nuestra suerte no se mejoró en nada. Cierto día, asistiendo yo a las exequias de un pariente, reconocí a la joven en medio de las mujeres que componían el duelo. Muchos motivos tenía yo entonces para estar melancólico: se diría que venían sobre mí todos los infortunios, y sin embargo, no bien la volví a ver, me pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecía como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo a mi memoria mi vida pasada, aquellos días hermosos de mi amor juvenil, y por un momento volví a ser joven y feliz, como ya lo había sido. Pero ¡ay! este momento fué muy corto. Pronto volví a sentir la triste y sombría realidad, y mi dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanza, se hizo más devorador y violento.

"Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban, decía yo en unos versos que en aquella época compuse; pero el que vive aún tiene más derecho a sus lágrimas. Es extraordinario que compadezca a quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasión alguna de aquel a quien deja morir desesperado.

Poco tiempo después, cuando el ejército de los berberiscos se apoderó de la capital, fuimos desterrados, y yo tuve que abandonar a Córdoba en el verano de 1013. Cinco años se pasaron entonces, durante los cuales no vi a la joven. Por último, cuando en el año de 1018 volví a Córdoba, fuí a vivir a casa de uno de mis parientes, donde la encontré de nuevo; pero estaba tan cambiada, que apenas la reconocí, y tuvieron que decirme quién era. Aquella flor, que había sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran tomado para sí, a no impedirlo el respeto, estaba ya marchita: apenas le quedaban algunas señales de que había sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que había sido criada entre la abundancia y el lujo de nuestra casa, se vió de pronto en la necesidad de acudir a la subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su hermosura. ¡Ay!, las mujeres son flores delicadas: cuando no se cuidan



se marchitan. La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, a los ardores del sol, a los vientos, a las inclemencias del cielo y a la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, aún hubiera podido hacerme el más dichoso de los mortales si me hubiese dirigido una sola palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fría, como siempre había estado conmigo. Esta frialdad fué poco a poco apartándome de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante.

"Nunca dirigí contra ella la menor queja. Hoy mismo no tengo nada que echarle en cara. No me había dado derecho alguno para estar quejoso. ¿De qué la podía yo censurar? Yo hubiera podido quejarme de ella si me hubiese halagado con esperanza halagadora; pero nunca me dió la menor esperanza; nunca me prometió cosa alguna".

Estaba yo perdidamente enamorado —dice en el mismo libro— de una muchacha mía, que en vida se llamó Felicidad (Nuam). Era una niña tan linda y tan buena, que no cabía desear más. Ella correspondía de todo corazón a mi cariño; yo era su primer amor. El mutuo afecto que nos profesábamos nos bastaba. Pero pronto el destino fatal me privó de ella, la lóbrega noche y el aciago día me la arrebataron, el polvo y las piedras cubrieron su tumba. Mi edad entonces no llegaba a los veinte años y ella era más joven que yo. Cuando me vi sin ella, siete meses pasé desconsolado, sin despojarme de mis vestidos para dormir y sin cesar de llorar, a pesar de la natural dificultad que mis ojos tenían para las lágrimas... Después que ella murió, la vida ya no tuvo para mí ningún atractivo.

Dirigíame yo (decía al-Ramadi) a la Aljama un viernes, a la hora de la oración, cuando al pasar junto a la Puerta de los Perfumistas me encontré con una linda muchacha, y, dejando el camino de la mezquita, púseme a seguirla. Marchaba ella en dirección al puente del Guadalquivir, y así que estuvo cerca del arrabal de los Banu Marwan, al otro lado del río, viéndose sola conmigo, volvióse hacia mí y me dijo: "¿Por qué vienes detrás de mí?" Yo entonces le declaré mi amor; pero ella me interrumpió diciendo: "Déjate de eso, y no busques mi deshonra, porque lo que tú quieres no puedes lícitamente conseguirlo". Yo me apresuré a tranquilizarla diciendo: "¡Pero si yo me contento con sólo mirarte!" "Eso, bien; porque ya te es lícito", añadió la joven. "¿Eres libre o esclava?", le pregunté. "Esclava", respondió. "¿Cuál es tu nombre?" —"Dulzura". —"¿De quién eres?" —"Más fácil te sería averiguar lo que hay en el séptimo cielo que eso que me preguntas. No te empeñes, pues, en saber lo imposible". "Y ¿dónde podré volver a verte, señora de mis pensamientos?" "Donde me has visto hoy, todos los viernes a la misma hora. ¿Pero te marchas tú o me marcho antes yo?" "Márchate tú en paz de Dios". Dirigióse la muchacha hacia el puente, pero volviendo a cada paso la cabeza para evitar que yo la siguiese, y una vez que traspuso la Puerta del Puente, desapareció ya de mi vista. ¡Cuántas

veces, desde entonces, he pasado, los viernes, por la Puerta de los Perfumistas y por el arrabal, sin poder averiguar su paradero! ¡No sé si el cielo se la llevó o si la tierra la devoró! ¡Lo que sí sé es que en mi corazón dejó siempre viva el ascua de su amor!

Del *Tauq* o Epístola del collar de la paloma sobre el amor y los amantes de BEN HAZM, según versiones de Asín (Abenhazam de Córdoba, 44 y 54) y de Valera (Pons Boigues, Historiadores y geógrafos arábigo-españoles, 132).

## ZAMBRA NOCTURNA EN MALAGA

*Mientras Córdoba sufría las horas crueles del asedio y del asalto, y el espionaje y la delación, el hambre y la muerte, el saqueo y el incendio hacían estragos en la ciudad y en sus habitantes, la vida seguía cobrando su diario tributo de placeres y dolores en las otras poblaciones de Al-Andalus. Los malagueños, olvidados de las tragedias de los cordobeses y aun de los otros muchos musulmanes de España víctimas ya de los pródromos de la guerra civil, y sin poder adivinar las suyas futuras, continuaban gozando de su gusto por zambras y músicas nocturnas. También a los pueblos y a las ciudades conviene el "genio y figura" del adagio. He aquí la prueba de cómo, a principios del siglo XI, merecía ya Málaga el calificativo de "cantaora" que le aplicó Machado, al definir las capitales andaluzas, a principio del XX.*

Cuenta un literato: Estuve en Málaga, una de las ciudades de Al-Andalus, el año 407 de la Héjira [1016-1017], y habiéndome enfermado allí por largo tiempo, tuve, mientras tanto, que privarme de andar a mi arbitrio y necesité quedarme en la casa.

Me cuidaban, en tal oportunidad, dos compañeros que estaban conmigo y que me atendían con comedimiento.

Sucedíame que cuando sobrevenía la obscuridad de la noche se agravaba mi insomnio, mientras resonaban a mi alrededor, desde todas direcciones, las cuerdas de los laúdes, de las tamboras y de las liras, mezclándose los sones con los cantos, lo que me irritaba mucho y aumentaba mi desasosiego y sufrimiento.

Por propia idiosincrasia, me disgustaban tales tocatas y detestaba aquellas voces, (debido a lo cual) deseaba encontrar un aposento donde no oyera nada de lo uno ni de lo otro. Pero me resultó imposible hallar una habitación así a causa de lo muy generalizado y frecuente de esa costumbre (de las zambras) entre las gentes de aquella región.

Una noche en que estaba desvelado después de haberme sumido en el primer sueño, sucedió que se acallaron aquellos odiosos sonidos y perturbadoras tocatas, percibiéndose de pronto una música oculta, moderada y agradable, de la que no había oído yo igual. Era como si mi alma se complaciera en ella y por ella se colmara, sin sentir la aversión que por otras había experimentado. No la acompañaba ninguna voz. La música comenzó a elevarse paulatinamente, seguida por mi espíritu y escuchada por mi oído, hasta que su intensidad llegó al máximo. No obstante, me producía tal contento que olvidé el dolor (que padecía), invadiéndome una alegría y una dulce emoción. Se me imaginó que el piso de la casa se elevaba conmigo y que sus muros temblaban a mi alrededor. Yo entretanto, (aún) no oía ninguna voz. Entonces me dije: "¡Qué música insuperable!" "¡Quién supiera qué voz tiene el ejecutante y en qué lugar toca!"



Apenas (dije esto) comenzó una esclava a cantar con ese verso, luciendo una voz más brillante que las flores después de la lluvia y más dulce que el frescor agradable sobre las entrañas del enamorado ardiente. No pude, entonces, contenerme, y me incorporé. Mis dos amigos dormían. Abrí la puerta y seguí a la voz, que resultó estar cerca de mí.

Divisé desde dentro de mi casa una residencia espaciosa, en medio de la cual había un gran jardín, y en medio del jardín se celebraba un sarao como de veinte hombres, que estaban acomodados en filas, teniendo a su frente bebidas, frutas y esclavas que estaban de pie con laúdes, tamboras, flautas y otros instrumentos de música que mantenían silenciosos. La esclava (de referencia) estaba sentada aparte, con su laúd en la falda. Todos tenían la mirada puesta en ella y la escuchaban con atención mientras ella cantaba y tocaba.

Estaba yo parado en un lugar desde donde los veía sin que me vieran, y a medida que (la esclava) iba entonando los versos los retenía en la memoria, hasta que, después de cantar varias estrofas, se calló.

Volví a mi sitio como si —Dios lo atestigüe— hubiera sido liberado de una atadura y como si no padeciera ningún mal...

Luego, a la mañana de aquella noche salí (a la calle), encontrándome con un docto amigo cordobés, que vivía en Málaga, a quien le referí lo que me había sucedido. Le recité la poesía y le describí la mansión; entonces se sonrió y mirando hacia arriba me dijo: "La residencia es del visir Fulano; la esclava es Fulana la Bagdadí, una de las virtuosas del canto, ex esclava de Al-Mansur ben Abi Amir, que pasó a propiedad de ese visir después de la muerte de Al-Mansur y de la desintegración de su reino.

Del *Hadiqat al-Afrah* de AHMAD AL-YAMANI (Trad. inédita de O. Machado, según el texto de la Crestomatía de Asín).

## EL ULTIMO CALIFA DE CORDOBA

*Tras la expulsión defintiva de los Hammudíes y de los berberiscos, los cordobeses eligieron un califa. Otra vez pusieron su esperanza en la vieja dinastía que les había dado siglos de prosperidad y a la que Córdoba debía su grandeza. Obreros y soldados proclamaron en la mezquita a Abd al-Rahman V. Poeta y mozo, se rodeó de jóvenes y poetas, y fueron sus visires Ben Hazm y Ben Zaydun. Ni la aristocracia ni los alfaquíes vieron con buenos ojos al nuevo gobierno, y las masas obreras, sin trabajo por la ruina económica de la ciudad, se sublevaron contra él, le asesinaron siete semanas después de su proclamación [18 enero 1024] y llevaron al trono a un príncipe demagogo, hechura suya. Muhammad II, Al-Mustakfi tuvo por ministro a un tejedor y gobernó con crueldad. En mayo fué asesinado su visir y él hubo de huir de la ciudad. A lo largo de seis meses, Córdoba no tuvo califa. Durante ellos las ranas cordobesas buscaron en vano un rey. Ni el hammudí de Málaga: Yahya, ni los eslavos de Almería y de Denia: Jairán y Muchahid quisieron regir a un pueblo inconstante que se cansaba rápidamente de sus amos. El patriciado de Córdoba halló al cabo un príncipe pobre que aceptó el califato. La brevedad de las palabras dedicadas al último califa de Al-Andalus en la gran obra de Ben Al-Atzir es indicio de la insignificancia de su papel en la tragicomedia de la historia islámica, y la frase del último pretendiente al solio de los Omeyas de Occidente: "Hoy el trono, mañana la muerte", reflejan, con lo efímero del poder califal en sus postreras jornadas, lo que ha podido siempre la vanidosa apetencia de la soberanía.*

Cuando Yahya ben Ali terminó de reinar en Córdoba en 417 [21 febrero 1026] los cordobeses se pusieron de acuerdo para renunciar a los Alíes, demasiado inclinados a favorecer a los bereberes, y para tomar a un Omeya como califa de Al-Andalus. Fué Abu-l-Hazm Chahwar ben Muhammad ben Chahwar quien dirigió el asunto. Depués de entenderse con los habitantes de las fronteras y con los señores de las regiones más cercanas a Córdoba, proclamó califa a Abd al-Malik ben Abd al-Rahman al-Nasir, que residía en Alpuente desde la muerte de su hermano Al-Murtada. Tuvo lugar su proclamación en Rabi 418 [abril-mayo 1027]. El nuevo soberano tomó el sobrenombre de Muttad Billah y se dirigió a las plazas de la frontera, donde, yendo y viniendo de un lugar para otro, tuvo que vencer graves dificultades por la resistencia que le oponían los jefes. Acabó por decidir volver a Córdoba y entró en ella el 8 de Dzu-l-hicha del 420 [17 diciembre 1029] y en ella permaneció hasta su deposición, que ocurrió el



2 de Dzu-l-hicha del 422 [20 noviembre 1031] en las siguientes circunstancias.

Su visir Abu Asim Sad Qazzaz, que era nuevo en el ejercicio del poder, no siguió la conducta de sus predecesores; con diversos pretextos se apoderó de sumas pertenecientes a comerciantes y a particulares; favoreció a los bereberes con regalos y bondades; los cordobeses le abandonaron y apostaron gentes para que le mataran; y, en seguida, a consecuencia de la conducta de su ministro, perdieron su afección por Hixam y le desposeyeron

Entonces Umayya ben al-Nasir entró en el palacio con una tropa de jóvenes y reivindicó el poder para sí. Algunas gentes del pueblo le prestaron juramento de fidelidad y como algunos cordobeses le hicieran observar que debía temer el fin funesto de su empresa, pues los Omeyas no tenían suerte, contestó: "Hoy el trono, mañana la muerte".

Los notables de la ciudad le intimaron, y a Muttad, la orden de salir de ella. Muttad se despidió de los suyos y se retiró al castillo de Muhammad ben Al-Xur, en la Sierra de Córdoba; y allí permaneció hasta que (Al-Xur) pereció víctima de la traición de sus partidarios. Encarcelaron éstos a Muttad en otra fortaleza, pero el príncipe logró huir de noche cerca de Sulayman ben Hud Chuchami, que le recibió bien y le guardó consigo hasta que la muerte arrebató al último de los príncipes Omeyas de Al-Andalus, en Safar del 428 [noviembre-diciembre 1036]. Fué enterrado en los alrededores de Lérida.

Umayya, al principio permaneció oculto en Córdoba; pero en los mercados y arrabales de la misma se leyó una proclama ordenando que ningún miembro de la familia Omeya podía permanecer en la ciudad ni recibir hospitalidad de ningún ciudadano y entonces salió de la población en unión de varias otras personas. Se perdieron sus huellas durante algún tiempo, después volvió a Córdoba movido por el deseo de residir en ella. Pero los jefes cordobeses le impidieron realizar su proyecto y se dice que fué muerto secretamente en Chumada II del 424 [mayo 1033]. Después se aflojaron los lazos del gobierno republicano y se produjo el fraccionamiento del país.

☆

El gobierno de Córdoba recayó en Abu-l-Hazm Chahwar ben Muhammad, antiguo visir de la dinastía amirí, hombre habituado al ejercicio del poder, notable por su penetración y su inteligencia y que hasta entonces no sólo no había intervenido en las revueltas, sino que había permanecido cuidadosamente apartado de ellas. Sin embargo, cuando vió el campo libre y que se presentaba una ocasión propicia, la aprovechó atrevidamente y se encargó de la administración y de la protección de la ciudad. No tomó

abiertamente la posición de señor de Córdoba, pero se ocupó de administrar la urbe activamente y se mostró capaz de defender sus intereses, en espera del día en que pudiese entregar el poder a quien lo deseara y fuese aceptado por el pueblo. Dejó en los diversos palacios la misma burocracia de porteros y empleados que había habido hasta allí bajo la dinastía precedente, y no abandonó su propia casa para instalarse en el alcázar. Las rentas de las propiedades reales fueron confiadas a funcionarios designados para tal servicio que estaban bajo su vigilancia. Organizó una guardia compuesta de gentes de los mercados que recibían el interés de las sumas que manejaban, sumas de que no podían disponer. De tiempo en tiempo iba a sus casas para examinar (las cuentas y ver) si los capitales estaban o no intactos. Cada uno de ellos había recibido armas que llevaba consigo, para estar siempre dispuestos en caso de necesidad. Fiel a las costumbres de los hombres de bien, Chahwar asistía a los funerales, visitaba a los enfermos y aparecía en las fiestas, pero no dejaba por ello de dirigir los asuntos de Estado tan bien como pueden hacerlo los príncipes. No desmereció la confianza puesta en él y durante su época el pueblo vivió tranquilo.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según versión francesa de Fagnan, Annales, 435 y 437).

# INDICE

Pág.

Introducción ..... 9

I

La conquista y las guerras civiles. Al-Andalus separado del califato

Conquista de España por los Arabes ..... 35
Antecedentes legendarios ..... 36
Rodrigo y Táriq ..... 37
Conquistas de Táriq y sus tropas ..... 38
"Muza" en España ..... 41
La conquista del Noroeste ..... 43

Capitulaciones ..... 44

Ingratitud califal ..... 45
"Muza" castigado ..... 45
La sentencia pronunciada contra "Muza" ..... 48

De la leyenda de "Muza" ..... 49

Botín ..... 50
Las diademas del palacio de Toledo ..... 51
Leyendas ..... 51
La mesa de Salomón ..... 52

El primer crimen político en la España Arabe: Asesinato de Abd Al-Aziz ..... 53

Reparto de tierras entre los conquistadores ..... 56

La primera derrota musulmana en España ..... 59
El relato cristiano ..... 59
La noticia musulmana ..... 61

Fin del avance musulmán allende el Pirineo: Poitiers ..... 62

Como se nombró a un gobernador de la España musulmana ..... 64

Sara, la goda ..... 66

Pág.

Comienzan las guerras civiles entre los conquistadores: Bereberes, Baladíes y Sirios ..... 68

Proyección en la España musulmana de las luchas tribales de los Arabes ..... 72

Emigración del primer Omeya de España ..... 75
Matanza general de los Omeyas ..... 76
Fuga de Abd al-Rahmán ..... 78
Abd al-Rahmán en Africa ..... 80

Negociaciones de los clientes Omeyas para traer a España a su patrono Abd Al-Rahmán ..... 81
Al-Sumayl sitiado en Zaragoza por los yemeníes ..... 82
En socorro de Al-Sumayl ..... 83
Los clientes omeyas fracasan cerca de Al-Sumayl ..... 85
Los clientes omeyas y los yemeníes traen a España a Abd al-Rahmán 87

Cómo triunfó en España la dinastía Omeya ..... 88
De regreso de una campaña en el valle del Ebro ..... 88
La sorpresa de Yúsuf ..... 89
Imprevista ruptura ..... 90
Comienzo de las hostilidades ..... 91
De Almodóvar a Córdoba ..... 92
La batalla ..... 94

Contemporáneos de Abd al-Rahmán I ..... 95
Al-Sumayl ..... 95
Abú Sabbá ..... 96
Saíd al-Yahsubí ..... 96
Al-Sulamí ..... 96
Venganza ..... 97
Firmeza ..... 97

Rebeliones contra el primer Omeya de al-Andalus ..... 98
Rebelión y muerte de Yúsuf al-Fihrí ..... 98
Frustrada intervención abbasí ..... 100
Rebelión en Toledo ..... 101
Abd al-Rahmán se defiende personalmente ..... 102
Los emigrados Omeyas sostienen a Abd al-Rahmán ..... 103
Rebelión de Zaragoza e intervención de Carlomagno ..... 104

Noticias de un hijo de Vitiza ..... 105

Multa impuesta a la población mózárabe de Granada ..... 107

Arrogancia de los familiares de los príncipes ..... 108

Dos juicios sobre Abd al-Rahmán I ..... 111



## II

## El emirato de Córdoba

Pág.

Los rubíos, prolíficos y poetas emires cordobeses ..... 115
Sus retratos ..... 115
Poesías de Abd al-Rahmán I ..... 116
Poesías de Al-Hákam I. ..... 117
Respuesta poética de Abd al-Rahmán II ..... 118
Versos de Abd Allah ..... 118
Una poesía de Abd al-Rahmán III ..... 119

La sucesión de Abd al-Rahmán I ..... 119

Instantáneas de Hixam I ..... 122
Piedad y justicia ..... 122
El precio de la sangre ..... 122
Mordido por un perro ..... 123
Consulta a un astrólogo ..... 124

Abd al-Karim Ben Mugaytz frente a Alfonso El Casto ..... 124
Asturias resiste ..... 125
Doble invasión de Galicia ..... 125
Campaña contra Alava ..... 127

Triste fin del último príncipe emigrante ..... 129

Frente a los invasores francos de cataluña ..... 129

La jornada del foso: matanza en Toledo ..... 131

Revolución en Córdoba ..... 132
Conjuración traicionada ..... 134
La jornada del Arrabal ..... 135
Los emigrados cordobeses en Alejandría y Creta ..... 135

Alto relieve de al-Hákam I ..... 137
Su justicia ..... 139
Traición, odio y generosidad ..... 139
Orgullo y elegancia ..... 141
Repugnancia ante la crueldad ..... 142
Elogio de un cortesano ..... 143

Los soberanos francos alientan a la mozarabía ..... 143

El primer mensaje diplomático de un emir de Córdoba ..... 144

Noticias sobre la primera invasión normanda en Andalucía ..... 145

Alzamiento y sumisión de las Baleares ..... 148

Relato legendario de la embajada del poeta al-Gázal ante un rey normando ..... 150

Pág.

En defensa de los mártires cordobeses ..... 154
Retrato de San Eulogio ..... 160
Persecución ..... 161
Preparación al martirio de Flora y María por San Eulogio ..... 162
Nuevo retrato del sensual Abd al-Rahmán II ..... 163
Elogio cortesano ..... 164
Sensualidad ..... 165
Indulgencia generosa ..... 165
Treinta mil dinares por una copla ..... 166
La sultana del collar ..... 167
Cómo empezó a reinar Muhámmad ..... 168
Reacción musulmana frente a los mártires ..... 171
Desmayo y tibieza de los mozárabes ..... 172
Justicia en Córdoba ..... 174
Te vas al infierno: un error judicial ..... 174
Igualdad, ante el juez, del pordiosero y del magnate ..... 175
Un ordenanza del juzgado obliga a acudir a juicio al gobernador de Córdoba ..... 177
El juez amenaza a un ministro ..... 177
Un ministro del emir llamado a juicio ..... 178
Fidelidad en la custodia de un depósito ..... 178
Intentos de cohecho ..... 180
El juez rechaza una recomendación ..... 181
Toledo contra Muhámmad: La jornada del Guadacelete ..... 181
Instantáneas de varios jueces de Córdoba ..... 184
Muerte del moro "Muza", "tercer rey de España" ..... 188
Para la historia de la "buena sociedad" de Al-Andalus ..... 191
Insolencia de los magnates y de los jóvenes príncipes ..... 191
Reuniones principescas: cantares, celos y golpes ..... 192
Madrid castillo famoso ..... 194
El eterno pueblo andaluz ..... 195
El pueblo resiste las modas de Oriente ..... 195
Dos jueces burlados ..... 195
Murmuraciones ..... 197
La chupa parlante ..... 197
Una broma andaluza ..... 198
Hipérboles cordobesas ..... 199
Campañas contra la Castilla en gestación ..... 200
La expedición de la Morcuera ..... 200
Otra vez en las fronteras de Castilla ..... 201



Pág.

Como nombraba Muhámmad sus secretarios ..... 202
Un canciller de Muhámmad (Háxim ben Abd al-Aziz) ..... 205
El emir y sus ministros ..... 205
Se deshace de un enemigo ..... 206
Cautivo de un rebelde ..... 207
Defendido por un adversario ..... 208
Su fin trágico ..... 208
Comienza la gran rebelión de los maulas o renegados ..... 209
Sobre la organización militar de Al-Andalus ..... 213
Perfiles de Muhámmad ..... 217
Un gran soberano malogrado ..... 221
El gran caudillo de los renegados andaluces frente a los Omeyas ... 222
La astucia de Umar ben Hafsún frente a la fuerza de Al-Múndzir .. 223
Triunfos de Umar ben Hafsún ..... 227
Conversión al cristianismo, caída y ruina de Umar ben Hafsún ..... 228
Rebelión general de Al-Andalus contra Abd-Allah ..... 232
Guerra poética en Granada ..... 236
Discordias civiles en Sevilla ..... 240
Un gran señor andaluz ..... 241
Crímenes principescos ..... 245
Jornada del foso de Zamora ..... 248
Una campaña de los fronterizos ..... 249
El hipócrita y sanguinario Abd-Allah ..... 253

## III

### España califal

Abd al-Rahmán III frente a los rebeldes. Conquista de Bobastro ..... 259
Siete años de campañas ..... 259
Toma de Bobastro y profanación del sepulcro de Ben Hafsún ..... 262
Sumisión de Sevilla ..... 263
Abd al-Rahmán III frente a los reyes cristianos ..... 265
Campaña de Muez ..... 266
El primer filósofo hispano-musulmán ..... 270
Vida de Ben Masarra, El Cordobés ..... 271
La ciudad-palacio de los califas cordobeses: Madina al-Zahrá ..... 272

Pág.

Doble y terrible derrota del primer califa de Córdoba ..... 276
La versión cristiana ..... 277
La versión islamita ..... 277

Otra vez Bizancio y Córdoba ..... 279

Las autoridades de Córdoba ..... 281
El Cadí o juez de la ciudad ..... 281
El Sáhib al-Madina o gobernador ..... 282
El Sáhib al-Suq o juez del mercado ..... 283

Los jueces de Córdoba y los borrachos ..... 284

El califa de los catorce días felices ..... 287
Borrachera en la Corte ..... 287
La nobleza hispano-árabe juzga a Abd al-Rahmán III ..... 289
Parricidio califal ..... 290
Su cultura literaria ..... 290
Los catorce días felices de un califa ..... 291

El romance y los latinados en la arabizada Andalucía ..... 291

La mujer hispano musulmana ..... 294
Novias incógnitas ..... 294
Divorcio ..... 295
Insistencia femenina ..... 296
Veneno de Reyes ..... 297
El mercado de esclavas de Córdoba ..... 297
Poesías a mujeres ..... 299
El gran pensador Ben Hazm juzga a las mujeres ..... 301
Las mujeres andaluzas según Averroes ..... 302

Juramento del nuevo califa ..... 302

Ordoño IV ante al-Hákam II ..... 304
Un rey cristiano en Córdoba ..... 304

Construcción y descripción de la mezquita de Córdoba ..... 308
Historia de su edificación y ampliaciones ..... 308
Inscripciones conmemorativas de obras en la mezquita de Córdoba ... 314
Descripción de la mezquita ..... 315

Embajadas de príncipes cristianos españoles ante al-Hákam II ..... 319
Recepción de los enviados de Borrel I de Barcelona ..... 320
Los embajadores de la reina Elvira de León injurian al califa ..... 321
El conde de Castilla García Fernández ataca a Deza mientras sus enviados se dirigen a Córdoba ..... 322

Expansión en Marruecos del califato cordobés ..... 323

Libros en Córdoba ..... 327
Mercado de libros ..... 327
Quema de libros por Almanzor ..... 328
Música en Sevilla y libros en Córdoba ..... 329



Pág.

Mandas piadosas de un califa moribundo ..... 329

La mozarabía en la época califal ..... 330
Memoria poética de una fiesta nocturna celebrada por los mozárabes de Córdoba ..... 330
Testimonios epigráficos de la mozarabía de la época califal ..... 331

Córdoba: La mayor ciudad de Occidente ..... 331
Extensión ..... 332
Suburbios que contenía ..... 333
Puertas ..... 335
El palacio califal ..... 335
Jardines ..... 337
Palacios ..... 338
Ejido de Córdoba ..... 340
Rentas ..... 341
Productos del suelo ..... 341
Límites de Córdoba bajo Almanzor ..... 342

La sucesión de Al-Hákam II. — Los eunucos derrotados ..... 343

"No te fíes de la fortuna". — Caída, tortura y fin de un ministro omnipotente ..... 348

Almanzor o el genio ..... 352
Comienzos de su carrera política ..... 353
En la cumbre del poder: Madina al-Zahira ..... 355
Su falta de escrúpulos y su crueldad al deshacerse de sus rivales ..... 357
Ordena la ejecución de uno de sus hijos ..... 358
Elogios cortesanos de sus talentos y generosidad ..... 361
Sus obras piadosas ..... 365

Intolerancia musulmana ..... 366
Exterminio de una secta religiosa ..... 366
Dos procesos por impiedad ..... 367

La expedición contra Santiago ..... 370

Caída de los Amiríes y comienzo de las revoluciones ..... 374
Muerte de Abd al-Málik, hijo y sucesor de Almanzor ..... 375
Abd al-Ramán "Sanchol" se hace nombrar príncipe heredero ..... 376
La revolución estalla en Córdoba ..... 378
Trágico fin de "Sanchol" ..... 381

Comienza la guerra civil: Intervención del conde Sancho de Castilla .. 383

Bereberes, catalanes y eslavos en Córdoba ..... 386
Reinado de Sulaymán ben Hákam Al-Mustaín Billah ..... 386
Segundo reinado de Muhámmad ben Hixam ben Abd Al-Chábbar .... 389
Muerte de Muhámmad ben Hixam ben Abd Al-Chábbar ..... 392

Pág.

Córdoba sitiada y Al-Andalus asolado por los bereberes ..... 393
Comienza el sitio de Córdoba y el asolamiento de Al-Andalus ..... 394
Asesinato del cancillar Wadih ..... 396
Resistencia obstinada ..... 397
Negociaciones frustradas ..... 399
Llanto poético por la suerte de Córdoba ..... 400
Expugnación de Córdoba ..... 401
Los bereberes dueños de Córdoba y de Al-Andalus ..... 402

De los tocadores de las damas musulmanas a los sagrarios cristianos . 403

Del amor platónico entre los musulmanes andaluces ..... 405

Zambra nocturna en Málaga ..... 410

El último califa de Córdoba ..... 412

# INDICE DE GRABADOS

**Portada**

CÓRDOBA. INTERIOR DE LA MEZQUITA.

## Planos y mapas incluídos en el texto


| | Págs. |
|---|---|
| La Vía de la Mesa y de Lutos | 126 |
| Alrededores de Anceo | 128 |
| Teatro de las hazañas de los "Beni Casi" | 189 |
| Gormaz (Soria). Planta del castillo | 268 |
| Alrededores de la Córdoba califal | 273 |
| Plano de la mezquita mayor de Córdoba | 311 |
| Córdoba califal | 334 |
| Principales campañas de Almanzor | 371 |


## Mapas fuera del texto


| | |
|---|---|
| El Guadalete | 36-37 |
| Conquista de España por los árabes | 42-43 |
| La España califal | 368-369 |


## Ilustraciones


| | |
|---|---|
| El río Guadalete desde Arcos de la Frontera y Córdoba. Puente sobre el Guadalquivir | 38-39 |
| Vista parcial del Valle de Covadonga y La gruta de Covadonga | 60-61 |
| El Puerto de la Mesa y Los cerros de Lutos | 128-129 |
| Toledo a vista de pájaro y Vista general de Toledo | 182-183 |
| Poza de la Sal. La hoz de Morcuera y Pico de Cellorigo. Crestería de Pancorbo | 200-201 |
| El valle del Guadalhorce, desde Bobastro e Iglesia de Bobastro y tumba de Umar ben Hafsún | 224-225 |
| Vista aérea de Zamora y El Duero al pie de Zamora | 248-249 |
| Córdoba. Medina al-Zahrá. Ruinas del palacio. Detalle de ornamentación. | 272-273 |

Págs.

Ruinas de un arco. Detalle ornamental de un arco.
Base y capitel. Tableros de mármol.
Arqueta de la Catedral de Zamora, de la época califal.
Córdoba. Ciervo procedente de Medina al-Zahrá.
Córdoba. Jarra y plato hallados en Medina al-Zahrá.
Arqueta de marfil de la Catedral de Pamplona, de la época califal.
Velo de Hixam II. Academia de la Historia. Madrid.
El castillo de Al-Bakar, de la época califal.
El castillo de las Navas de Tolosa, de la época califal.
Córdoba. Mezquita ..... 320-321
Fachada occidental.
Ampliación de Al-Hákam II (Fachada).
Puerta de la ampliación de Almanzor.
Vistas parciales del Patio de los Naranjos.
Interior de la mezquita.
Interior de la mezquita.
Interior de la mezquita.
Testero norte de la capilla de Villaviciosa.
Capilla de la Maqsura.
Arquerías de la mezquita.
Interior de la capilla del Mihrab.
El Mihrab.
Capilla de San Fernando.
Capilla de Villaviciosa.
La mezquita vista desde el Mihrab.
Cúpula del Mihrab.
Cúpula de la Capilla Real.
Inscripción conmemorativa de los trabajos de al-Hákam II.
Zócalo de mármol del Mihrab.

Ent^a 20-3-58/1200 2 vols.

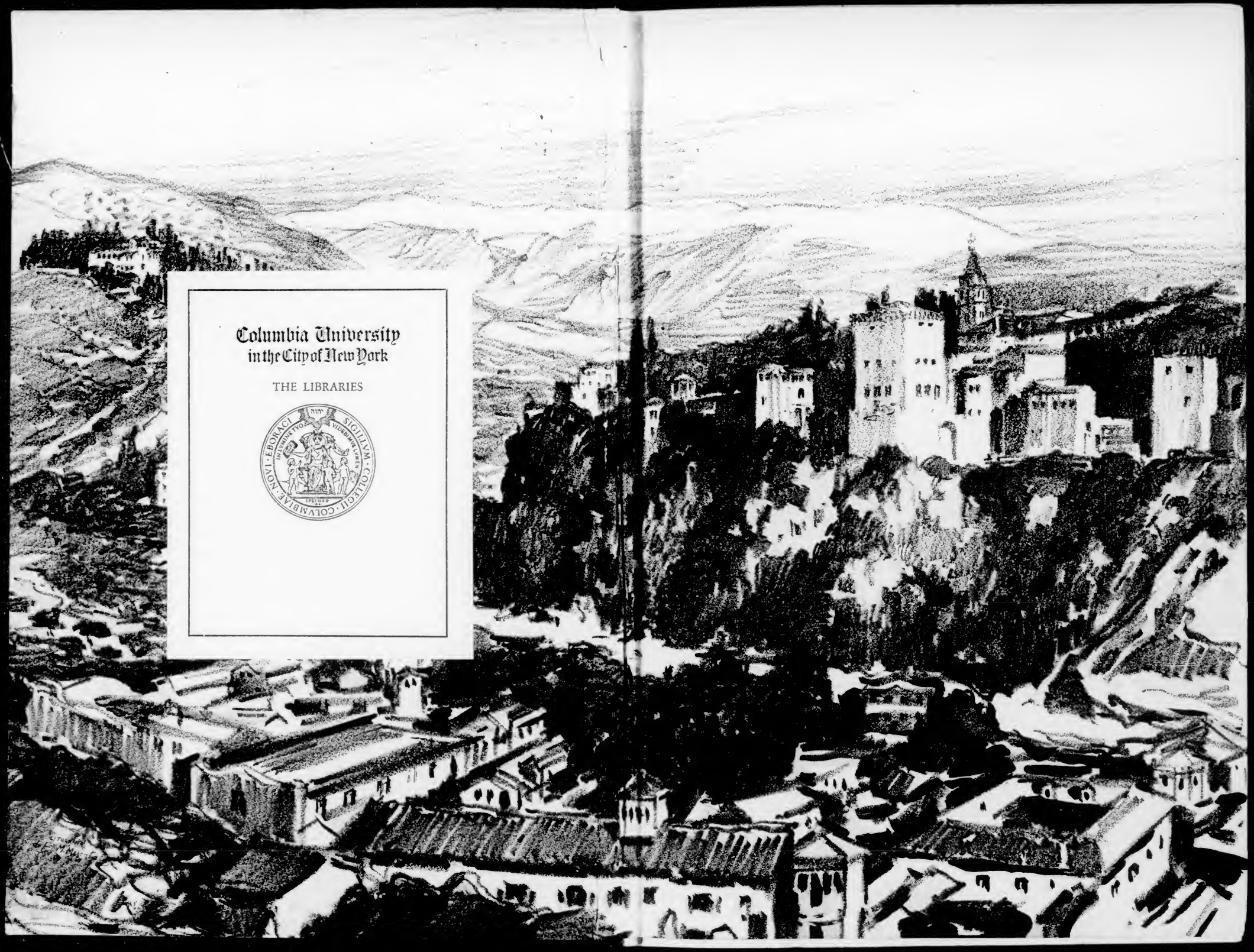
LIBROS PORTER BARCELONA

COLUMBIA UNIVERSITY
0032188196

# VOLUME 2

Columbia University
in the City of New York

THE LIBRARIES



# LA ESPAÑA MUSULMANA

P R I M E R A  E D I C I Ó N

*Queda hecho el depósito que previene la ley. Reservados todos los derechos.*

I M P R E S O  E N  L A  A R G E N T I N A

Se acabó de imprimir este libro el día 12 de Agosto de 1946, en la Imprenta de F. y M. Mercatali, Av. Acoyte 269, Buenos Aires.

Granada. Alhambra. Mezquita Real.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

# LA ESPAÑA MUSULMANA

*Según los autores islamitas y cristianos medievales*

TOMO II

LIBRERIA Y EDITORIAL "EL ATENEO"
Florida 344 - Córdoba 2099 - Buenos Aires

Granada. Alhambra. Mezquita Real.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

# LA ESPAÑA MUSULMANA

*Según los autores islamitas y cristianos medievales*

TOMO II

LIBRERIA Y EDITORIAL "EL ATENEO"
Florida 344 - Córdoba 2099 - Buenos Aires

946.02
Sa 553

v.2

20135F

BVI. 20135F JUL

## *Advertencia*

*DEBO confesar que no obstante mis reiterados esfuerzos sólo me han sido accesibles en Buenos Aires fragmentos de las siguientes obras: del T. III del* Bayan al-Mugrib *de Ben Idzari, de la* Historia de los almohades *de Sahib al-Sala, del Anónimo de Copenhague y de la* Historia de Granada *de Ben Al-Jatib; unas descubiertas no hace muchos años, las de Ben Idzari y Ben Al-Jatib de publicación aun reciente y la de Sahib al-Sala todavía inédita. Las memorias del último Zirí de Granada me han permitido reemplazar, con ventaja las más de las veces, el* Bayan al Mugrib. *Para historiar el señorío de los almohades he podido ampliar las páginas del Marrakuxi y los trozos de las otras fuentes de que he dispuesto con el epistolario oficial de la cancillería de Marraquex que acaba de ser editado. Me he visto forzado a acudir con frecuencia a las crónicas cristianas para sustituir a Ben Al-Jatib. Y los cronistas castellanos me han ayudado a reconstituir la historia de Granada a partir del momento en que dejaron de escribirla los musulmanes, en el último siglo del Islam español.*

# IV

## LOS REINOS DE TAIFAS

## FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO: LOS REINOS DE TAIFAS

*Tras las revoluciones cordobesas y la crisis de la autoridad califal que fué su inmediato corolario, como siempre ha ocurrido en España —en la España mora y en la España cristiana— cuando el poder central ha caído en la impotencia, la anarquía dominó la Península y triunfó el secesionismo. Hombres audaces, ambiciosos y afortunados se arrogaron el poder en diversas ciudades importantes y en pequeñas poblaciones secundarias y se tallaron reinos o reinecillos de extensión y de vitalidad diversas. De entre esos nuevos soberanos, muchos pertenecían a las viejas familias árabes establecidas en España: los Banu Chahwar de Córdoba, los Banu Abbad de Sevilla, los Banu Muzain de Silves, los Al-Bakri de Huelva y Saltes, los Banu Yahsubi de Niebla, los Banu Hud de Zaragoza, los Banu Qasim de Alpuente, los Amiríes de Valencia, los Banu Tahir de Murcia... Algunos procedían de los primeros bereberes venidos a la Península y se hallaban ya hispanizados por los largos siglos de estadía en Al-Andalus de sus antecesores: los Banu al-Aftas de Badajoz, los Banu Dzi-l-Nun de Toledo y los Banu Razin de Albarracín. Otros eran también berberiscos, pero de los traídos a España por "Almanzor" para integrar su ejército: los Ziríes de Granada, los Banu Birzal de Carmona, los Banu Jizrun de Arcos, los Dammaríes o Banu Nuh de Morón, los Abi Qurra de Ronda... Y varios salieron de las filas de los eslavos, que también habían formado en las huestes de "Almanzor": los Banu Sumadih de Almería, los Banu Muchahid de Denia y los Banu Nabul de Tortosa. Perduraron y ampliaron sus fronteras los reinos de Sevilla, Granada, Badajoz, Toledo y Zaragoza. Todos lucharon muchas veces entre sí, se traicionaron otras tantas y explotaron a sus súbditos. Y los más hicieron de sus capitales centros de placer y de cultura.*

### (Almería)

#### Reinado de Zuhair en Almería

...Nombró por visir al hijo del visir Jairan. Fué muy hábil y sostuvo guerras y combates contra los sublevados de Al-Andalus. Su visir Ahmad

ben Abbas era un sinvergüenza, libertino y astuto. Se impuso a Zuhair y éste le abandonó el poder. Ningún asunto se resolvía sin que diera su opinión y antes de que fuera consultado. Tal visir persuadió a su señor para que emprendiese una expedición contra Badis ben Habus, de Granada. Zuhair salió contra él a la cabeza de un ejército importante. Badis le encontró en el lugar llamado Al-Funt, a cuatro millas de Granada. Se entabló un violento combate. Zuhair fué derrotado, una gran parte de los suyos perecieron en él, Zuhair perdió la vida y su visir fué hecho prisionero y arrastrado delante de Badis, que le cortó la cabeza. Todo ello ocurrió el jueves —también se dice el viernes—, último día de Xawwal 429 [4 agosto 1038]. El reinado de Zuhair había durado diez años y algunos meses.

Después de la muerte violenta de Zuhair, Almería cayó en poder de Al-Mansur Abd al-Aziz ben Abi Amir, el soberano de Valencia y de Murcia, y fué proclamado en Dzu-l-qada [agosto 1038]. Puso a la cabeza de los habitantes de Almería a su hijo Ubayd Allah, al que llamó Al-Nasir y al cual adjuntó dos visires: Abu-l-Ahwas y Man ben Muhammad ben Sumadih. Este rehusó obedecer la autoridad de Al-Mansur y se declaró independiente. Al-Mansur le hizo la guerra pero sin resultado. Abu-l-Ahwas firmó la paz con los Sanhacha de Granada. Tuvo éxito en sus asuntos y permaneció en su reino en excelente situación hasta que murió en Almería en la fecha que se dirá luego.

## (Arcos)

### Dinastía de los Banu Jizrun

El primer príncipe de esta dinastía fué Imad al-Dawla Abu Abd Allah Muhammad ben Jizrun ben Abdun, emir de los Banu Irniyan. Se sublevó en Qalsana (Calsena) en 402 [1011-1012], al extenderse las revueltas. Después se apoderó por fuerza de Arkus (Arcos), una de las más importantes posiciones de Al-Andalus y logró su señorío. Se instaló en ella, mejoró sus defensas y aumentó la riqueza del país. Mostró, sin embargo, gusto por las querellas, el bandidaje, los homicidios y la efusión de sangre, hasta su muerte, que ocurrió alrededor del año 420 [1019]. Su hijo le sucedió en el dominio de la ciudad.

### Reinado de Al-Zaim ben Imad al-Dawla

Fué señor de Arcos, después de su padre y en virtud del testamento del mismo, y recibió el juramento de fidelidad de las gentes de las comarcas vecinas a Arcos: Jerez, Algeciras y Calsena. Era injusto pero sagaz. Continuó siendo príncipe de Arcos hasta que Abu Amir al Mutadid Ben Abbad le hizo la guerra y le despojó de su reino, luego de un violento combate, en el que perecieron muchos hombres y se tomaron muchas riquezas. Siguió al combate el sitio de Arcos, donde Ben Abbad bloqueó (a Al-Zaim) estrechamente. Le abandonó su séquito y Al-Mutadid le venció, le hizo prisionero y se apresuró a ejecutarle. Ocurrió esto en 461 [1068-1069]. Su reinado y el de su padre habían durado cincuenta y tantos años. Acabó su dinastía. Sólo Alá perdura.



## (Morón)

### Reinado de Izz Al-Dawla, señor de Mawrur (Morón)

Se llamaba Muhammad ben Nuh ben Abi Tarid al-Dammari. Dammar es el nombre de los bereberes que habitan las montañas próximas a Gabes y que son abadíes porque siguen la doctrina jarichi. Tal personaje se sublevó en Morón el año 433 [1041-1042]. Era bravo y valiente y demostraba osadía en sus asaltos temerarios y en sus golpes de mano. Durante una parte de su reinado mostró talento político; en la otra, violencia, audacia y rapacidad. Preservó su país de todo ataque y defendió sus súbditos contra la injusticia. Permaneció en tales disposiciones hasta que fué a visitar a Al-Mutadid ben Abbad, en el grupo de los tres emires de Zanata. El segundo era Abu Nur ben Abi Qurra y el tercero Ben Jizrun. Ben Abbad se apoderó de ellos por traición y les encadenó en Rachab 445 [17 octubre-15 noviembre 1053]. Les encarceló en su palacio para tenerles bajo su vigilancia y les redujo la alimentación. Los grillos eran demasiado estrechos para sus piernas y les hicieron llagas en ellas, a tal punto que no podían ir marchando encadenados a hacer sus necesidades y eran llevados por hombres del pueblo y sufrían así un duro castigo. Los cautivos habían venido a la cabeza de doscientos caballeros, elegidos de entre sus súbditos para formar parte de la diputación que acudía cerca de Ben Abbad a fin de recibir sus presentes. Tenían muy bello aspecto y formaban un espectáculo notable, montaban caballos escogidos y llevaban sables adornados con pedrerías. Ben Abbad se apoderó de ellos, les puso grillos en los pies y los encarceló en un hammam que hizo evacuar para ellos, llamado Hammam ben al-Raqqaqin. Se apropió de sus caballos, sus mulas, sus tiendas y sus armas. Permanecieron en prisión hasta que murieron todos. Sólo libertó a Abu Nur, como se relatará después, si Alá altísimo lo quiere.

Muhammad ben Nuh murió, pues, en la prisión de Al-Mutadid en 449 [1057]. Su reinado en Morón había durado diecinueve años. Había designado para sucederle a su hijo Manad y había firmado el documento nombrándole su heredero presunto.

### Reinado de Imad Al-Dawla Manad ben Muhammad ben Nuh al-Dammari

Le prestaron el juramento de fidelidad en Morón el día de la muerte de su padre, cuyo heredero presunto era. Siguió la vía trazada por su padre

y fué por ella más lejos aún. Su renombre aumentó y se extendió su autoridad. Gentes de Loja y Sevilla acudieron a él y aumentó su poderío. Ello indispuso contra él a Al-Mutadid ben Abbad. Este no cesó de dirigir expediciones contra él, incendió sus poblaciones y acabó por sitiarle en Morón. Le hizo sufrir un estrecho y duro bloqueo y Manad le pidió que le perdonara la vida a cambio de su abdicación y su traslado a Sevilla con su familia y sus bienes, con abandono de todo su reino. Al Mutadid le respondió aceptando sus proposiciones. Entonces partió para Sevilla y le entregó la fortaleza. Fué alojado en Sevilla en una hermosa mansión, Al-Mutadid le trató con la mayor consideración y le dió las mayores facilidades de vida. Ocurrió esto en 458 [1066]. Permaneció en Sevilla tratado con honor hasta su muerte en 468 [1075-1076]. Su reinado en Morón, desde el día de su advenimiento hasta el de su deposición, había durado treinta años. Su estada en Sevilla fué de diez años.

## (Silves)

### Reinado de Al-Mudaffar Isa ben Abu Bakr

Muhammad ben Said ben Chamil ben Said —el autor del comentario de la *Al-Muwatta*— ben Ibrahim ben Abi Nasr Muhammad ben Ibrahim ben Abi-l-Chawd Muzain ben Musa (su antepasado Muzain vino a instalarse en Al-Andalus) señor de Xilb (Silves).

Tenía por kunya el nombre de Abu-l-Asbag. Se hizo dueño de Silves en 440 [1048-1049]. Silves era una ciudad importante del Garb Al-Andalus (Algarbe). Pero estaba más bien en la zona septentrional del mismo. Ese Abu-l-Asbag era cadí de la ciudad y de sus dependencias. Era hombre que mostraba autoridad y energía en sus juicios y en todos sus actos. Cuando vió llegar el período de las revueltas, se sublevó en Silves. Sus habitantes y los de todas las regiones le proclamaron en el año 440 [1048-1049]. Cuando fué establecida su autoridad, organizó sólidamente la defensa de la ciudad, reunió a sus hombres, repartió entre ellos las riquezas, puso en pie a sus tropas, se mantuvo en guardia contra Al-Mutadid y comenzó a hacerle presentes y a pedirle la paz. Pero ello no le sirvió de nada. Al-Mutadid enviaba contra él expediciones cada día y aun cada instante. Viendo que no podía poner fin a sus hostilidades no obstante las amabilidades que le prodigaba, Al-Mudaffar se lanzó en persona contra él a la cabeza de sus tropas y de sus partidarios. Tuvieron lugar varios combates entre los dos partidos con pérdidas numerosas; siempre triunfaba Al-Mutadid, que acabó por desposeer y matar a su adversario en 445 [comienzos del 1054]. El reinado de Al-Mudaffar había durado cinco años.



### Reinado de Al-Nasir Muhammad ben Abi-l-Asbag Isa ben Abi Bakr ben Said ben Muzain

Llevaba por kunya el nombre de Abu Abd Allah. Fué proclamado conforme al testamento de su padre el día de la muerte del último en el distrito de Silves a fines de 445 [comienzos de 1054]. Tomó el sobrenombre de Al-Nasir; en vida de su padre había adoptado el de Ubaid al-Dawla. Recibió el juramento de fidelidad. Se le amaba por su gusto por el estudio, su cultura y la amplitud de sus conocimientos. Fué príncipe de Silves hasta su muerte en tal ciudad en Rabi II 450 [28 de mayo - 25 de junio 1058]. Después el poder pasó a su hijo en virtud de su testamento y de su designación como heredero presunto. Su reinado duró cinco años.

### Reinado de Al-Mudaffar Isa ben Muhammad ben Said ben Muzain

Fué proclamado el día de la muerte de su padre en Rabi II 450 [28 de mayo-25 de junio de 1058]. La misma región que había prestado juramento a su padre se lo renovó a él. Siguió la conducta de su padre hasta que Al-Mutadid le buscó querella, ordenó contra él varios golpes de mano y lanzó contra él ataques de caballería. Luego vino a sitiarle estrechamente y le cortó todos los aprovisionamientos en carbón y en madera. Llegó a encontrarse en mala situación, pero empeoró aún ésta para los habitantes de Silves y del resto del país, y en fin de cuentas Al-Mutadid tomó de viva fuerza la ciudad a Ben Muzain, después de haber abierto una brecha en un lado de la muralla por medio de máquinas de guerra y de haber minado el recinto por otra parte. Penetró en su palacio, le hizo prisionero e injustamente le cortó la cabeza, con ofensa audaz de Alá el Grande y Poderoso. Ocurrió esto en Xawwal 455 [27 septiembre-25 octubre 1063]. Su reino había durado cinco años. Se extinguió la dinastía de los Banu Muzain y concluyó su reinado. Perdurar es privilegio de Alá.

## (Santa María del Algarbe)

### Reinado de Al-Mutasim, señor de Santa María

Se llamaba Muhammad ben Said ben Harun y su kunya era Abu Abd Allah. Fué proclamado en Xantamariyat al-Garb (Santa María del Algarbe) en 433 [1041-1042]. Su reinado fué muy próspero gracias a su política, su benevolencia, su autoridad y su justicia hasta que Al-Mutadid ben Abbad comenzó a molestarle con guerras, muertes y combates. Hubo entre ambos diversos choques y golpes de mano. Fué debilitándose su situación mientras se reforzaba la de Al-Mutadid. Cuando vió que no lograba rechazarle y que no podía nada contra él, Al-Mutasim le pidió que le dejara la vida a

salvo y le autorizara a trasladarse a Sevilla con los suyos a cambio de su abdicación a su favor. Al-Mutadid aceptó y el otro abandonó su país. Ocurrió esto en 443 [1051-1052]. Su reinado en Santa María del Algarbe había durado diez años. Murió en Sevilla poco después de su instalación en ella y permaneció solo en su tumba con sus hechos.

## (Huelva y Saltes)

### Reinado de Izz Al-Dawla

Su verdadero nombre era Abd al-Aziz al-Bakri, señor de Unba (Huelva) y Xaltis (Saltes). Fué el padre del faqih Abu Ubaid al-Bakri, autor del *Kitab al-Masalik wa-l-Mamalik*. Fué proclamado en 403 [1012-1013]. Su reinado duró y prosiguió sin interrupción, su reputación se propagó y su posición llegó a ser importante. Demostró benevolencia, mérito y bondad. Su época fué como una fiesta perpetua, hasta tal punto la vida era barata y los caminos estaban seguros. Pero Al-Mutadid acabó por molestarle, le declaró la guerra, hizo incursiones contra su territorio, lanzó contra él cuerpos de caballería. Entonces el país fué bloqueado y empeoró la situación. Viendo que no podía sostenerse y que no podía nada contra él, Al-Bakri le tendió la mano, le pidió por su vida y abdicó en su favor en el año 443 [1051-1052]. Había reinado cuarenta años. Después Al-Mutadid le fijó Sevilla como residencia y le dió un subsidio hasta su muerte, que ocurrió alrededor del 450 [1058].

## (Niebla)

### Reinado de Tach Al-Dawla Abu-l-Abbas Ahmad ben Yahya al-Yahsubi al-Labli

Se sublevó en Labla (Niebla) y fué proclamado en 414 [1023-1024]. Recibió el juramento de fidelidad de los habitantes de las regiones vecinas, Huelva y Chabal al-Uyun (Gibraleón). Se afirmó su posición, nadie se le opuso y ningún rebelde se alzó contra él. Era bondadoso, activo, atento a la prosperidad de su país. Su reinado fué un período de calma y de vida fácil. Y así siguió hasta su muerte en Niebla en 433 [1041-1042]. Había reinado veinte años. No dejó sucesión y testó en favor de su hermano, a quien había hecho su heredero presunto.

### Reinado de Izz Al-Dawla Muhammad ben Yahya al-Yahsubi

Su kunya era Abu Abd Allah. Fué proclamado después de su designación por su hermano para sucederle, en 433 [1041-1042]. Se le saludó con el título de sultán y las regiones de alrededor de Niebla le siguieron. Se



afirmó su posición, los habitantes le mostraron su sumisión y siguió un buen camino hasta el momento en que Al-Mutadid volvió su rostro hacia él, envió jinetes a hacer incursiones en el país y le tomó por el cuello, después de guerras y de emboscadas en que se perdieron vidas y bienes, se destruyeron poblados y se quemaron cosechas. La situación de Izz Al-Dawla llegó a ser cada vez más precaria mientras se fortalecía la de Al-Mutadid. El primero escribió a Abu-l-Walid ben Chahwar, señor de Córdoba, pidiéndole autorización para ir a su lado y colocarse bajo su protección. Ben Chahwar contestó favorablemente y accedió a su deseo. Se trasladó entonces junto a él con sus bienes, su familia y sus hijos y dejó en Niebla como lugarteniente a su sobrino. Ocurrió esto en 443 [1051-1052]. Su reinado había durado diez años, un mes y algunos días. A su llegada a Córdoba fué recibido honoríficamente por el señor de la ciudad Abu-l-Walid, que le trató de la manera más benévola y le aseguró amplios recursos hasta el fin de su vida.

### Reinado de Nasir Al-Dawla Abu Nasr ben Jalaf ben Yahya Al-Jahsubi al-Labli

Fué proclamado antes que su tío paterno hubiera salido de Niebla. Su situación se afirmó y cuando su autoridad fué completa pidió la paz a Al-Mutadid. Este suspendió las hostilidades e hizo la paz mediante el pago de un tributo anual. Después Al-Mutadid rompió el tratado, pero Nasir Al-Dawla de nuevo le propuso la paz en condiciones parecidas. Al-Mutadid sin embargo violó otra vez el pacto, rechazó sus ofertas de paz y le hizo la guerra. Se libraron combates que se tradujeron en la pérdida de vidas humanas por las dos partes, en la toma de botín y en la devastación del país. Al-Mutadid hacía razzias en las llanuras de Niebla, matando, robando, devastando e incendiando y Nasir Al-Dawla atacaba el Xaraf de Sevilla (Aljarafe) con golpes de mano, causando muertes, vejaciones, rapiñas y tomando cautivos. Pero el señor de Niebla acabó siendo vencido. Entonces abandonó su ciudad y la dejó a Ben Abbad. Fué a reunirse con su tío en Córdoba en el año 445 [1053-1054]. Su reinado había durado dos años. Murió en Córdoba en 446 [1054-1055]. El perdurar sólo es privilegio de Alá.

## (Valencia)

### Reinado de Al-Mansur ben Abi Amir

Se llamaba Abd Al-Aziz ben Abd al-Rahman al Nasir ben Abi Amir y llevaba la kunya de Abu-l-Hasan. Fué proclamado cuando tenía quince años —había nacido en Chumada 397 [23 enero-22 marzo 1007]— en Valencia en Dzu-l-hicha 411 [18 marzo-16 abril 1021]. He aquí cuál fué la causa de su proclamación: Valencia había pertenecido al principio a Hixam

al-Muayyad, después, durante la rebelión de Ben Abd al-Chabbar, había pasado a manos de Muchahid Al-Amiri. Dos esclavos amiríes, Mubarak y Mudaffar, se sublevaron muy pronto contra él, entonces Muchahid salió para Denia, abandonando Valencia. Murió después Mudaffar y quedó reinando solo Mubarak, que a su vez falleció en Dzu-l-hicha 408 ó 409 [mayo 1017 ó 1018]. Valencia pasó entonces a manos de Labib Al-Amiri, señor de Tortosa; después Muchahid Al-Amiri compartió con él la posesión de Valencia y se pronunció la *jutba* en nombre de los dos en las dos ciudades. A consecuencia de un desacuerdo entre ambos Labib huyó a Tortosa donde reinó solo; mientras Muchahid quedó solo en Valencia. Los esclavos amiríes, de quienes era jeque, le entregaron entonces el poder, en Dzu-l-hicha 410 [mayo 1019] y la *jutba* fué pronunciada en su nombre en el púlpito de la mezquita de Valencia. Después los *Abid* (servidores) se sublevaron contra él, le depusieron y proclamaron a Al-Mansur en la fecha señalada.

Cuando todo el mundo le hubo prestado juramento se adjuntó a Muchahid al-Amiri. Después sus relaciones llegaron a ser malas, estalló la guerra entre Muchahid y los generales de Al-Mansur y en las fortalezas las gentes se sublevaron contra el último.

Ben Sumadih de Almería le había reconocido como soberano. Pero cuando la comarca de Lorca, Játiva y Xudar (Jodar) se sublevó contra él, Ben Sumadih le expulsó de Almería con sus partidarios, en Rachab 433 [24 febrero 1042]. Avanzó entonces contra Játiva. Los *Abid* (servidores) amiríes marcharon contra él, le combatieron, le golpearon con sus lanzas, cayó de su caballo y le pisotearon con los suyos. Se despojó entonces de sus vestiduras y huyó. Los servidores *(Abid)* atravesaron éstas creyendo que se hallaba dentro de ellas. Reunió los restos de su ejército y atacó a los *Abid*. Los venció, hizo en ellos una gran carnicería y entró en Játiva donde permanecían los sobrevivientes de los *Abid*. Su situación llegó a ser próspera y continuó reinando en paz hasta su muerte, en Valencia, en Dzu-l-hicha 452 [22 diciembre 1060-25 enero 1061]. Su reinado había durado cuarenta años. Su hijo tomó después el poder.

### Reinado de Nidam Al-Dawla

Se llamaba Abd al-Malik ben Al-Mansur Abd al-Aziz ben Al-Nasir Abd al-Rahman ben Al-Mansur ben Abi Amir. Fué proclamado en Játiva y en Valencia el día de la muerte de su padre, en Dzu-l-hicha 452 [enero 1061]. Residió en Valencia hasta que fué arrojado de ella por su cuñado Al-Mamun Yahya ben Dzi-l-Nun (de Toledo) el viernes 8 Dzu-l-hicha 457 [10 noviembre 1065]. Ben Dzi-l-Nun le envió a Uclés y tomó posesión de Valencia. Después dejó en Valencia como lugarteniente a Abu Abd Allah Muhammad ben Abd al-Aziz, llamado Rubax. Cuando al-Mamun volvió a Toledo, Abu Bakr ben Abd al-Aziz se sublevó contra él.

Ben Hayyan dice: "Abd al-Malik se daba a la bebida y carecía de cualidades elogiables; además era poco religioso, se mostraba como hombre inferior y muy negligente, se hundía en los abismos del placer, indiferente a las exhortaciones y a los buenos consejos. Esta conducta le condujo a su deposición y a la desaparición de su principado. Continuó además tal existencia tras su deposición hasta su muerte".



### Reinado de Abu Bakr Muhammad ben Abd al-Aziz ben Al-Mansur ben Abi Amir

Cuando Al-Mamun salió de Valencia, Abu Bakr se sublevó en ella contra él, detuvo a su lugarteniente el visir Ben Rubax y le hizo encadenar. Puso la ciudad en estado de defensa y reedificó la parte de los muros que amenazaba ruina. Examinó la situación de los gobernadores de las provincias e hizo importantes regalos al ejército. Era justo, caritativo, concedía gran importancia a las *fatwas* (dictámenes de los faquíes) y estudiaba mucho. Cuando fué rey se mostró justo y bueno. Después, en 477 [1084-1085], se casó con la hija de Chaafar Anmad ben Al-Mutamin ben Hud. Se la hizo traer de Zaragoza y consumó el matrimonio en la noche del 26 al 27 Ramadan de tal año [26 ó 27 enero 1085]. El padre de la nueva esposa... Abu Bakr murió en Valencia el viernes 7 Safar 478 [4 junio 1085], cuatro meses y diez días después del matrimonio. Su reino había durado diez años y un mes. Durante tal período no hizo nada de que se le pueda acusar. Después y en virtud de su testamento tomó el poder su hijo.

### Reinado del emir Abu Amr Utzman ben Abu Bakr Muhammad ben Abd al-Aziz

Fué proclamado en Valencia el día de la muerte de su padre, el viernes 9 Safar [6 junio 1085]. Fué soberano y la *jutba* se dijo en su nombre en la aljama de Valencia hasta que Al-Chafar ben Dzi-l-Nun entregó Toledo a Alfonso y se dirigió hacia Valencia. Los valencianos temieron que Alfonso ayudase a su emir a reconquistar la ciudad y que se la diese. Entonces depusieron a su emir y dejaron a Al-Chafar entrar en Valencia, como ya se ha dicho. Se dice también, por el contrario, que Al-Chafar había estipulado con Alfonso que éste le pusiese en posesión de Valencia. Alfonso ejecutó esta cláusula y le hizo entrar en Valencia de viva fuerza en el año 478. El reinado de Abu Amr había durado nueve meses. Al-Chafar permaneció en la ciudad hasta que el cadí Ben Chahhaf se sublevó contra él y le mató.

### Reinado del cadi Abu Ahmad Chaafar ben Chahhaf ben Abd Allah ben Chaafar ben Abd al-Rahman ben Chahhaf ben Yunin ben Said al-Muafiri al-Balansi

He aquí el motivo de su revuelta. Cuando Al-Qadir fué dueño de Valencia, hizo innovaciones (censurables), falsificó los juicios y mostró una

conducta condenable; cultivó la amistad con Alfonso y le envió presentes y embajadas. Los valencianos temieron que pusiese a Alfonso en posesión de su ciudad, como había hecho con Toledo. Se reunieron, decidieron matarle y poner a su cabeza a Ben Chahhaf. Este penetró hasta él y le asesinó en la noche del lunes al martes 24 Ramadan 485 [28 octubre 1092], como ya se ha dicho arriba. Ben Chahhaf fué proclamado la mañana siguiente, 24 Ramadan, y se instaló en palacio. Encontró en él gran cantidad de dinero, muebles y los tesoros reales y se apoderó de todo. Había estudiado el *fiq* en Játiva cerca de Abu Amr Ben Abd al-Barr y había seguido las lecciones sobre *haditz* de Abu-l-Abbas al-Idwi y de otros.

Fué rey de Valencia hasta que el conde cristiano, apodado Al-Qanbayatur (el Cid Campeador), palabra que significa: "Señor del campo" *(Sahib al-fahs* — dominus campi) y cuyo verdadero nombre era Rodrigo, hizo una expedición contra él. Aspirando a apoderarse de Valencia la hizo sufrir un bloqueo riguroso y la sitió duramente. Cortó todos sus aprovisionamientos, empleó contra la ciudad máquinas de guerra y minó las murallas. Los habitantes carecieron de víveres y hubieron de comer ratas, perros y animales muertos, acabaron por alimentarse de carne humana y cuando alguno moría se lo comían. La población sufrió lo imposible. Ben Alqama ha escrito un libro sobre la situación de Valencia y su sitio: arranca lágrimas del lector y llena de horror al hombre razonable.

Los habitantes viendo prolongarse su lamentable situación y como, de otra parte, los almorávides habían regresado de Al-Andalus a Africa y no entreveían la posibilidad de obtener socorro, entregaron la ciudad al Campeador. Le pidieron el amán —amnistía— para ellos, sus bienes y familias y, por su parte, él puso como condición a Ben Chahhaf que le entregase todas las riquezas de Al-Qadir. Las dos partes aceptaron las condiciones de cada una y se concluyó la paz. Se abrió la puerta de la ciudad y el Campeador entró en ella, se instaló en el palacio y tomó posesión de Valencia. Ocurrió esto en 488 [1095]. El gobierno de Ben Chahhaf había durado tres años, cuatro meses y siete días.

Después el Campeador ordenó la muerte de Ben Chahhaf por el motivo siguiente: Cuando el Campeador —Alá le maldiga— entró en posesión de todas las riquezas de Al-Qadir, que habían pasado a poder de Ben Chahhaf, este último había guardado un objeto de gran valor. Llegó ello a oídos del Campeador, que le interrogó sobre tal cuestión. Ben Chahhaf negó que lo tuviese. El otro le ordenó que jurase en presencia de testigos, de escribanos y de los notables de la ciudad, musulmanes y cristianos. Juró que no había visto tal objeto y que no estaba entre sus manos. Entonces el Campeador le dejó tranquilo. Después supo que, sin embargo, poseía el objeto.

Abu-l-Abbas Ben Alqama, que se halló presente en todos estos sucesos y que se encontraba en Valencia durante el sitio, dice en su historia que el Campeador pidió a Ben Chahhaf la entrega del tesoro. Le presentó entonces muchos muebles y objetos preciosos. El Campeador le dijo: "¿Cómo quien



tiene tales ricas cosas no tiene dinero?" y montó en cólera y ordenó que Ben Chahhaf fuese sometido a la tortura. Ben Chahhaf fué cruelmente torturado. Después ordenó que se levantara un gran montón de leña, en el que hizo un agujero. Ben Chahhaf fué colocado en él, se le rodeó de leña y se la puso fuego. El condenado acercaba con sus manos los tizones encendidos para apresurar la entrega de su alma.

Valencia permaneció en poder del Campeador hasta que fué librada por Madzali el Almorávide, en 495 [1101-1102].

## (Murcia)

### Reinado del jefe de la marca (Al-Qaid al-Tzagri) llamado Abd Allah

Su kunya era Abu Muḥammad. Fué proclamado en Murcia cuando los musulmanes salieron de la ciudad después de su estada en Andalucía. Recibió juramento el sábado 21 Ramadan 489 [12 septiembre 1096] y la *jutba* fué dicha en su nombre el 14 Xawwal [5 octubre]. Era un bravo caballero. Su autoridad se mantuvo en Murcia durante un período muy corto. Un día salió para Cartagena y fué depuesto. Era el 30 de Xawwal [20 octubre]. Su reinado había durado dieciséis días y ya detestaban su conducta los habitantes de Murcia.

### Reinado del jefe de la marca Ahmad ben Abi Chaafar Abd al-Rahman ben Tahir

Se sublevó contra el caid Abu Muhammad al-Tzagri. Fué proclamado en Murcia el jueves 1º Dzu-l-qada 489 [21 octubre 1096]. Fué depuesto y muerto el jueves 2 Rabi I 490 [17 febrero 1097]. Su reinado había durado cuatro meses y dos días.

## (Albarracín)

### Dinastía de los Banu Razin, reyes de Xantamariyat al-Xark (Santa María de Oriente)

Esta ciudad es una importante localidad de la parte oriental de Al-Andalus. Sus príncipes son conocidos por los Banu-l-Adla.

Cuando se encendió el fuego de la abominable rebelión en Al-Andalus, durante la sublevación de Ben Abd al-Chabbar, y cada jefe se alzó en una provincia, Ben Al-Adla hizo otro tanto en Xantamariyat, que se llama también Al-Sahla. Se llamaba Hudzail ben Jalaf ben Lubb ben Razin el bereber, y su kunya era Abu Muhammad. Fué proclamado en el año 403 [1012-1013]. Era una de las personas más importantes de la Frontera. Era hermoso de rostro, de buen natural, agradable al trato y se mostraba afable.

No se conoció nunca un emir de semblante más agradable que el suyo, ni más distinguido por su facilidad de palabra y por su talento para obtener lo que necesitaba, gracias a su elocuencia persuasiva. Tenía más que ningún otro príncipe la preocupación de conseguir instrumentos de música y cantadoras. Compró la joven esclava del médico Abu Abd Allah al-Kinani en tres mil dinares.

Ben Hayyan dice en su historia: "Nadie vió en su época mujer de aire más gracioso, de movimientos más vivos, de voz más dulce, que supiera cantar mejor, que le excediera en el arte de la escritura, en la caligrafía, de una cultura más refinada, de una dicción más pura. Estaba al abrigo de toda falta dialectal cuando escribía o cantaba, tan bien conocía la morfología, la lexicografía y la métrica. Sabía incluso de medicina, historia natural y anatomía y otras ciencias, y en ellas los sabios de la época le eran inferiores. Se distinguía en la lucha, en la cuerda floja con escudos en la mano, y en jugar con lanzas, sables y puñales afilados. No tenía en ello equivalente ni igual. Después el emir Hudzail compró un gran número de bellas muchachas reputadas por su talento de cantantes, que hizo buscar por todas partes. Su gineceo llegó a ser el más hermoso de los de todos los príncipes de Al-Andalus."

A más de estas cualidades de que estaba dotado, Ben Hudzail era vigilante por lo que hace a la aplicación de la ley y bienhechor para los que vienen a abrevar donde es fácil sacar. Continuó conduciéndose de la manera más loable hasta que llegó su fin. Murió en Al-Sahla en 436 [1044-1045]. Su reino había durado treinta y tres años, que pasaron en paz y en seguridad. Tras él tomó el poder su hijo Abd al-Malik.

### Reinado de Chabr Al-Dawla Dzu-l-Riasatain Abu Marwan Abd al-Malik ben Hudzail ben Yusuf ben Lubb ben Razin

Fué proclamado el día de la muerte de su padre en 486 [1044-1045]. Había tomado el título de Husain al-Dawla en vida de aquél. Fué al contrario de su padre... Se hizo notar por su conducta detestable hasta que murió en la fortaleza de Al-Sahla en la mañana del lunes 9 Xaban 496 [1103], después de un reinado de sesenta y tres años.

### Reinado de Husain Al-Dawla Yahya ben Abd Al-Malik ben Hudzail ben Jalaf ben Lubb ben Razin el Bereber

Fué proclamado el día de la muerte de su padre, cuyo heredero presunto era y conforme a su testamento. Se lanzó por la vía del libertinaje que le había trazado su padre. Bebía vino sin descanso y cometía numerosas torpezas. Carecía de inteligencia. Cuando Alfonso se apoderó de las fronteras y las incorporó a su reinado, cada uno de los reyes de Taifas le hizo presentes suntuosos, pero el príncipe cristiano no tomó en consideración y no recompensó a ninguno de los donantes. Entre ellos, Husain Al-Dawla



le había enviado magníficos regalos: alhajas, vestidos, caballos, mulas y ornamentos principescos imposibles de describir. Alfonso admiró tales obsequios y para corresponder a ellos le regaló un mono. Entonces —y ésta es la prueba de la flaqueza de su inteligencia— Husain Al-Dawla se sintió orgulloso por tal mono entre los príncipes de Al-Andalus. Júzguese de su tontería y de su vanidad. En ella permaneció hasta que fué depuesto por los almorávides el lunes 8 Rachab 497 [1104]. Con su reino, que duró un año, se extinguió la dinastía de los Banu Razin.

## (Carmona)

### Dinastía de los Banu Birzal, reyes de Carmona

En tiempos de Hixam al-Muayyad, Carmona se hallaba en manos de Abu Abd Allah al-Birzali y en ellas permaneció hasta el momento de las revueltas. Cuando éstas aumentaron y desapareció la unidad nacional de la España musulmana, se proclamó independiente. Su nombre era: el *hachib* Abu Abd Allah Muhammad ben Abd Allah ben Birzal. Fué reconocido en Carmona en el año 404 [1013-1014]. Mantuvo el orden en la ciudad; reunió tropas y las organizó. Cuidó de los asuntos de sus súbditos y estableció la justicia. Se concilió los corazones de tal modo. Carmona se pobló, así como sus territorios vecinos, y no fué molestada por los bereberes.

Era un buen jinete, bravo y temido, y a más era de una generosidad que se extendía a todos sin cesar. Cuando las gentes se acostumbraron a sus beneficios y adquirieron la certidumbre de que no tenía malas intenciones, abandonaron su destino entre sus manos. Ecija, Osuna, Almodóvar y otras ciudades le reconocieron como soberano y gracias a él gozaron de paz y se enriquecieron. Su próspero reinado se prolongó hasta su muerte, que tuvo lugar en 434 [1042-1043]. Había durado treinta años. Sólo Alá perdura.

### Reinado de Al-Mustadhir Aziz ben Muhammad ben Abd Allah ben Birzal Al-Zanati

Fué proclamado el día de la muerte de su padre en 434 [1042-1043]. Fué reconocido como soberano por su hermano Ishaq. Su autoridad fué total, no tuvo que hacer frente a ninguna dificultad. Bajaron los precios de los alimentos. Las poblaciones que se habían sujetado a su padre le reconocieron también. Continuó la línea de conducta de su progenitor y trató a sus súbditos con la misma benevolencia, hasta que fué atacado por Al-Mutadid ben Abbad. Hubo entre ellos numerosas guerras y violentos encuentros, que causaron muchas víctimas, hubo mujeres violadas y riquezas dispersadas. Al Mutadid continuó espoleándole y lanzando incursiones contra él y Al-Mustadhir acabó por pedir la paz, ofreciéndole entregarse en su poder. Aceptada su oferta, salió de Carmona, pero Al-Mutadid no cumplió sus

compromisos. Murió en Sevilla en 459 [1057] tras un reinado de veinticinco años. Al-Mutadid concedió la paz a Carmona, que pasó a su posesión y bajo su autoridad.

## (Tacorona)

### Reinado de Abu Nur Hilal ben Abi Qurra ben Dunas Al-Ifrani, señor de Takoronna y de sus territorios

Fué proclamado a la muerte de Idris ben Ali ben Hammud, en 406 [1015-1016]. La *jutba* (oración) fué en seguida pronunciada en su nombre en Málaga y en toda la región de Rayya. Tenía buenas relaciones con Al-Mutadid ben Abbad, y se mantuvieron hasta que vino a pedirle ayuda en compañía de Muhammad ben Nuh al-Dammari y de Ben Jizrun, el emir de los Banu Irniyan. Al-Mutadid los traicionó, les hizo cargar con pesadas cadenas y les encarceló en un calabozo de su palacio, como antes se ha dicho. No liberó de los tres príncipes sino a Abu Nur.

Cuando la noticia de la traición de Ben Abbad llegó a los habitantes de Ronda, colocaron a su cabeza a su hijo Badis, que era libertino y malvado. Humilló a sus súbditos, se apoderó de sus bienes y de sus mujeres y sus hijas, que violó. Permitió a sus soldados forzar los harenes: arrancó las mujeres a sus maridos y las hijas a sus padres. Su padre supo que tenía relaciones culpables con su propia esposa y con su tía paterna. Por ello, cuando fué liberado y volvió a Ronda, su primer cuidado fué hacer ejecutar a su hijo Badis y envió a su tía paterna a unírsele en la muerte. Esto pasó en 449 [1057-1058]. Abu Nur murió poco después, el mismo año. Designó para sucederle a su hijo Abu Nasr.

### Reinado de Abu Nasr Fatuh ben Abi Nur Hital ben Abi Qurra ben Dunas Al-Ifrani

Fué proclamado el día de la muerte de su padre, cuyo heredero presunto era, a fines del 449 [1058]. Recibió el juramento de fidelidad del país de Reyya y la *jutba* (oración) fué pronunciada en su nombre en los púlpitos de Málaga y de todo el territorio de Ronda, capital de Tacorona. Era justo y amable para con sus súbditos, pero dado a la bebida y siempre en busca de placeres. Reinó varios años, sin hacer daños a sus súbditos, hasta que uno de ellos, llamado Ben Yaqub, se sublevó contra él. Era un vigilante nocturno de la ciudadela, conocido por su bravura y su audacia. Al-Mutadid le había pedido en secreto que suprimiera a Abu Nasr, ofreciéndole recompensarle. Así lo hizo. Penetró con sus compañeros hasta una cámara alta en que se hallaba Abu Nasr. Cuando el príncipe oyó que gritaban Ben Abbad, se arrojó en el vacío y cayó desde una altura tal que sólo un mulo robusto hubiera podido soportarla. Cayó sobre una roca, sobre ella se estrelló su cuerpo y murió.



Nadie en la ciudad tendió la mano a Ben Yaqub. Cada uno cerró su puerta y buscó la paz. Pasaron estos sucesos en 450 [1059]. La soberanía de los Banu Dunas sobre Ronda y su territorio había durado cincuenta años.

## (Sevilla)

### Dinastía de los Banu Abbad, reyes de Sevilla y de otros lugares. Comienzo de su poder. Su conducta. Sinopsis de su historia

En tiempos de Al-Mustain Sulayman ben Al-Hakam, Sevilla le perteneció y le estuvo sometida hasta que Ali ben Hammud al-Fatimi se sublevó contra él. Se apoderó de la ciudad y ejerció sobre ella soberanía. A su muerte, cuando pasó el poder a su hermano Al-Qasim, la posesión de Sevilla, como la de Córdoba, recayó por intervalos durante un período de seis años en el último príncipe citado y en su sobrino Yahya ben Ali. Después, cuando los cordobeses se sublevaron contra Al-Mustain, durante su segundo reinado, los sevillanos hicieron lo mismo en 414 [1023]. Fué delegado entonces el poder en Sevilla a tres de sus habitantes. Al cadí Muhammad ben Abbad, al faqí Abu Abd Allah Al-Zubaidi y al visir Abu Muhammad Abd Allah ben Maryam. Durante el día daban en palacio sus decretos y redactaban sus decisiones, que sellaban sus tres sellos. Al fin de la jornada los tres iban a ocuparse de sus asuntos personales.

Al-Mustain vino, sin embargo, a atacar Sevilla. Los habitantes no pudieron oponerle resistencia y le ofrecieron la paz mediante el pago de una importante suma. Y en las siguientes condiciones: se reconocería su soberanía mediante una proclama e invocando su nombre en la oración; y él no entraría en Sevilla y designaría para gobernarla a uno de sus generales. Al-Mustain aceptó las proposiciones, designó para el gobierno de Sevilla al cadí Muhammad ben Abbad y le envió un diploma confiriéndole la autoridad amiral. Ben Abbad se convirtió así en el solo señor de Sevilla con asentimiento de la población. Ocurrieron estos sucesos en Xaban del año 414. No hizo nada para sacar de la sombra a sus antiguos colegas del triunvirato precedente.

En seguida Yahya ben Ali ben Hammad volvió su pensamiento hacia Sevilla y proyectó ejecutar a Ben Abbad y penetrar en la ciudad. Entonces Ben Abbad hizo traer a Al-Muayyad de Qalat Rabah (Calatrava) y le proclamó (califa): se ha dicho ya en qué circunstancias difíciles tuvo lugar tal proclamación, cuando se ha referido la historia de Hixam al-Muayyad.

Cuando entró en Sevilla, Hixam alojó con él en el palacio a Ben Abbad, que le saludó con el título de califa y fué su *hachib* (canciller) como Al-Mansur ben Abi Amir; y su hijo Ismail Imad Al-Dawla tuvo las mismas atribuciones que Al-Mudaffar Abd al-Malik, el hijo de Al-Mansur. Hixam al-Muayyad se instaló en Sevilla y se recitó allí la *jutba* en su nombre, así

como también en la mayor parte de la provincia. Todas las ambiciones fueron así chasqueadas. Corría el año 426 [1035]. Se restableció la situación y renació la paz.

Yahya ben Ali ben Hammud decidió en seguida atacar Sevilla con sus tropas. Vino a acampar el Qalat Chabir, a ocho millas de Sevilla. Imad Al-Dawla salió contra él, por orden de su padre. Se libró un violento combate en los alrededores de Qalat Chabir. Imad Al-Dawla murió en él, sus contingentes fueron dispersados y entraron derrotados en Sevilla. Tuvo esto lugar en 427 [1036].

Después, Badis ben Habus, señor de Granada, concibió ambiciones sobre Sevilla. Vino a atacarla con un ejército considerable. El *hachib* Muhammad ben Ismail ben Abbad salió en persona a hacerle frente por orden de Al-Muayyad. El encuentro tuvo lugar cerca de Sevilla. Se entabló un violento combate, el cadí y canciller Muhammad ben Ismail ben Abbad pereció en él, sus tropas fueron vencidas y volvieron derrotadas a Sevilla. Ocurrió esto a comienzos del 431 [1040].

Su hijo Abbad fué nombrado *hachib*. Tenía el sobrenombre de Al-Mutadid. Le fueron conferidas las mismas atribuciones de su padre por Hixam, a quien no se veía sino en ciertas fechas del año y que acabó muriendo la tarde de un jueves de no sé qué año, pues Al-Mutadid guardó secreto sobre su muerte hasta que, consolidada su situación, se hizo proclamar soberano y ordenó que se pronunciara la *jutba* en su nombre.

Fragmento de una crónica de los *Muluk al-Tawaif*. (Según versión francesa de Lévi-Provençal. Hist. des musulmans d'Espagne de Dozy, III, ap. 217).

## LA LEYENDA DEL ESTERERO DE CALATRAVA

*Entre los caudillos audaces y afortunados que señorearon el país y lo tiranizaron y entre los que lograron alzarse con el señorío de una parte de Al-Andalus figuró el cadí de Sevilla Abu-l-Qasim —Muhammad ben Ismail—, fundador de la dinastía de los Banu Abbad. En los comienzos de su carrera política se vió en gran apuro frente a los berberiscos. Para salvarse, convirtió en Hixam II, el califa de los tristes destinos, a un esterero de Calatrava, Jalaf, que se le asemejaba y reconoció su nominal soberanía. Y a fin de justificar su golpe audaz, se inventó sin duda, más tarde, la legendaria narración del supuesto exilio, en Oriente, del hijo de Al-Hakam II y de la vasca Aurora.*

Respecto de la elevación al califato del mencionado Jalaf el esterero, (conviene saber) que a Muhammad ben Ismail, cuando se apoderó del



gobierno y se hizo grande su Estado, le envidiaron sus semejantes, y se habló mucho de él, diciendo: "mató a Yahya ben Ali Al-Hasani, de la gente de la Casa Santa"; "ha asesinado a Yahya ben Dinnum". Tales conversaciones acerca de Muhammad ben Ismail se divulgaban cada vez más, y él venía meditando sobre qué hacer (para cortarlas); cuando en esto se le presentó un hombre de la gente de Córdoba, el cual le dijo haber visto a Hixam Al-Muayyad en Calatrava. Muhammad ben Ismail contestó al referido sujeto que mirase bien lo que decía. Mas el hombre insistió, jurando por Alá, que, en efecto, había visto a aquél, y que era, sin ningún género de duda el auténtico Hixam al-Muayyad.

Al servicio de Muhammad ben Ismail se hallaba ahora uno de los domésticos de Hixam al-Muayyad, llamado Tumart, el cual había sido su peluquero. A éste preguntó Muhammad ben Ismail si sería capaz de reconocer a su señor, en cuanto lo viese. Respondió el doméstico que seguramente podría reconocer a su expresado señor, porque de él tenía muy ciertas señales de identificación.

Entonces Muhammad ben Ismail despachó a dos hombres de aquellos que referían haber visto a Hixam, diciéndoles que fuesen a Calatrava y le trajesen consigo al supuesto Hixam. Corrieron aquellos hombres, llegaron a Calatrava, y en la mezquita de esta ciudad hallaron al susodicho Hixam. Se llevaron a éste y le notificaron que ellos dos eran enviados del juez Muhammad ben Ismail a él. El supuesto Hixam marchó con aquellos dos individuos a Sevilla, y cuando entró en presencia del juez Muhammad, éste se levantó hacia él, le saludó, le dió hospedaje y encomendó su servicio a su cliente Tumart. Tan pronto como éste vió al tal Hixam, le besó manos y pies y dijo al juez: "¡El, por Alá, es mi señor Hixam ben Al-Hakam!" A esto el juez Muhammad ben Ismail, se levantó hacia Hixam, le besó su cabeza y sus manos, llamó a sus hijos y cuando éstos entraron, hicieron con Hixam lo mismo que había hecho su padre, y todos lo aclamaron por califa.

En el viernes inmediato, Muhammad ben Ismail hizo salir a Hixam hacia la mezquita en la ciudad de Sevilla. Delante de Hixam marchaban a pie Muhammad y sus hijos, hasta que llegaron a la mezquita. En ella Hixam predicó a las gentes, recitó por ellas la oración del viernes; Muhammad ben Ismail, sus hijos y la multitud de los ciudadanos le proclamaron califa, y regresó a su morada.

Muhammad ben Ismail tuvo, ante Hixam el esterero, la administración del Estado, siguiendo el proceder de Ben Abi Amir, con sola la diferencia de que el supuesto Hixam salía a la oración del viernes y a las grandes festividades y presidió la oración todo el tiempo de su mando, y Muhammad ben Ismail se mantuvo en la dignidad de visir, dictando las órdenes y prohibiciones de parte de Hixam el esterero. Por virtud de la proclamación de éste, se conservaron fieles a la autoridad de Muhammad ben Ismail las más de las ciudades musulmanas de España.

En los recitados acerca de los Omeyas dijimos ya que cuando Al-Mustain Billah Sulayman ben Al-Hakam se apoderó de Córdoba por segunda vez, en el mes de Xawwal del año 403 [abril-mayo de 1013], llamó a Hixam al-Muayyad a su presencia y le recriminó duramente, y que al dicho Al-Muayyad se le dió por fallecido a cinco días pasados del mencionado mes de Xawwal [19 de abril]. También tenemos referido que al apoderarse de Córdoba Al-Nasir Ali ben Hammud al-Fatimi, llamó a Al-Mustain y le preguntó, en presencia de los juristas y visires, sobre la situación de Al-Muayyad Hixam; que Al-Mustain respondió que aquél había fallecido de muerte natural; que entonces Al-Nasir Ali obligó a Al-Mustain a mostrarle la sepultura de Hixam al-Muayyad; que Al-Mustain hizo sacar el cadáver de Hixam, en el cual no se apreció herida alguna, y Al-Nasir mandó que fuese sepultado de nuevo, como así lo fué en la rauda (o cementerio real). En contra de todo eso, fué dicho que Al-Muayyad escapó al Oriente, en forma misteriosa y de incógnito, hasta que llegó a Meca —Dios la honre—. En una bolsa, que traía consigo, llevaba perlas, brillantes y dinero para sus gastos; mas los soldados de la guardia negra del emir se la notaron y arrebataron.

Se retiró Hixam al-Muayyad a una parte del recinto sagrado y permaneció dos días sin tomar alimento alguno. Entonces se dirigió a Al-Marva, en donde se le acercó un sujeto que le preguntó si conocía el oficio de alfarero. Habiendo respondido afirmativamente, marchó Hixam con el sujeto al lugar de la tierra, para amasar con ella el barro, y aquél le ofreció, como jornal, un dracma y un pan. Hixam al-Muayyad manifestó al referido sujeto que le entregase cuanto antes el pan; porque estaba muy hambriento. Aquel hombre le trajo el pan, e Hixam se lo comió. Después se aplicó a la tierra, pasando su vida entre amasar el barro unas veces y permanecer sentado otras. Cuando se le hizo excesivamente duradera aquella ocupación, la abandonó, se marchó huyendo a todo correr y salió con la caravana a la Siria, en situación pésima.

Habiendo llegado a Jerusalén, se dirigió al zoco, vió allí un hombre que fabricaba esteras, y como se fijase atentamente en él, le dijo el esterero: "¿Es que tú conoces este oficio?" Hixam respondió negativamente, y el esterero insistió, diciéndole: "Entonces ¿te quedarías tú a mi lado para darme los espartos y yo te remuneraría esa labor?" Hixam al-Muayyad accedió a hacer lo que le proponía el esterero, y se quedó en casa de éste, para darle los espartos y ayudarle en todos los menesteres del oficio, que le ordenase. Con tal motivo aprendió Hixam el oficio de esterero, que llegó a ejercer perfectamente viviendo de sus rendimientos, y permaneció así en Jerusalén muchos años sin que nadie le conociese. Después de esto, regresó a España en el año 424 [1032-1033].

Tal es lo que refieren acerca de Hixam al-Muayyad varios antiguos maestros de España. Y dice el doctor, el tradicionista Abu Muhammad Ali ben Ahmad ben Said ben Hazm en su obra titulada *Nuqat al-arus* (Regalos



de la novia), respecto de la historia que precede: "Superchería semejante a ésa no aconteció jamás en el mundo; que apareciese un hombre a quien se llamó Jalaf el esterero, después de más de 24 años de haber muerto Hixam ben Al-Hakam al-Muayyad, y que fuese tenido aquél por éste y se le proclamase emir y se hiciese la oración en su nombre sobre todos los púlpitos de España en tiempos de calamidad, y que por su causa fuese derramada la sangre, y los ejércitos viniesen a chocar unos con otros". Y dice también Abu Muhammad ben Hazm: "No había acontecido un hecho tan vituperable en el mundo como éste de que cuatro hombres, en el transcurso de tres días, se atribuyesen, cada uno de ellos, el título de emir Al-Muminim, y se hiciese la oración en nombre de ellos al mismo tiempo, uno de los cuales fué Jalaf el esterero mencionado, en Sevilla, en el supuesto de que era Hixam ben Al-Hakam al Muayyad, el segundo de ellos Muhammad ben Al-Qasim ben Hammud en Algeciras, el tercero Muhammad ben Idris ben Ali ben Hammud en Málaga, y el cuarto Idris ben Yahya ben Ali en Ceuta".

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI. (Trad. Gaspar y Remiro, 89).

## AL-ANDALUS EXPLOTADO POR LOS TIRANOS Y LA SOLDADESCA

*El espíritu crítico del gran pensador cordobés Ben Hazm (994-1063) dictó a su pluma acre un cuadro sombrío de la España musulmana que tenía delante de sus ojos, desgarrada por la guerra civil y maltratada por los tiranos y la soldadesca. Su carta a las gentes piadosas que le pedían normas de conducta ante el grave problema moral que les planteaba la cooperación con el poder ilegítimo de los reyes de Taifas, descubre las lacras que ocultaba el brillo de las cortes de Al-Andalus en los decenios centrales del siglo XI y traza una preciosa estampa de la vida cotidiana en los reinos islámicos peninsulares.*

"En cuanto a lo que me habéis consultado acerca de la guerra civil actual y de lo engañadas que están las gentes respecto de ella, poniendo, al parecer, su esperanza unos en otros, es en verdad una prueba a que Dios nos somete y de la cual le pedimos nos libre, porque realmente es una tentación al mal, que por muchas maneras, cuya enumeración sería prolija, destruye la vida religiosa en todos, salvo aquellos a quienes Dios con su gracia los preserva. La causa fundamental de ello es que todo el que gobierna una ciudad o una plaza fuerte en cualquier región de este nuestro país de Al-Andalus, desde el primero al último, es un salteador de caminos,

que por Dios y su Profeta guerrea y siembra el desorden en el país, haciendo, como lo veis con vuestros mismos ojos, continuas incursiones o algaras contra los bienes de los musulmanes, súbditos de cualquier príncipe que le sea hostil, permitiendo a sus ejércitos que los asalten por los caminos de las regiones contra cuyos habitantes están en guerra, imponiendo contribuciones indirectas y personales sobre los cuellos de los muslimes, dando a los judíos jurisdicción para que en las más frecuentadas vías de los muslimes les cobren el impuesto de capitación y el tributo, con la excusa de que a ello les obliga una necesidad que (en ningún caso) puede hacer lícito aquello que Dios mismo ha prohibido, aparte de que con tales tributos aspiran sólo a robustecer su autoridad en cuanto mandan y prohiben. No os engañéis, pues, ni os dejéis extraviar por los malvados, que arrogándose el título de alfaquíes se revisten con pieles de corderos sobre corazones de fieras, y doran con apariencias de bien la maldad de los malos y les prestan su apoyo para ejecutar sus maldades. El modo, a nuestro juicio, de escapar de esta seducción está en reprimir por completo la lengua, salvo para cumplir con el deber del celo religioso y para censurarlos a todos ellos. Y aquel de nosotros que de ello sea incapaz, todavía tengo la esperanza de que mediante la reserva o simulación le sea fácil excusarse, aunque no sé bien cómo podrá ser eso. Si todos cuantos de corazón reprueban este estado de cosas se pusiesen de acuerdo, es seguro que los tiranos no lograrían vencer... A lo que sí están todos obligados, sin que les quede ya ni la excusa de la simulación o *taqiyya,* es a no ayudar al tirano ni con sus manos ni con su lengua, a no dorarle con apariencias de bien sus actos, a no aprobar sus maldades y a hacer pública manifestación de hostilidad hacia los tiranos, de corazón y con la lengua, en presencia de aquellas personas de quienes pueden fiarse. Y si alguien se ve obligado a entrar a donde uno cualquiera de esos tiranos tiene audiencia pública —bien sea para gestionar algo que él mismo necesite, bien para evitar alguna injusticia contra sí o contra otro musulmán cualquiera, bien para defender un derecho fácil de demostrar o para que se le haga justicia contra un agresor inicuo, bien para dar su testimonio en favor de alguien por un hecho pasado (pues a veces cabe que un musulmán acredite la veracidad de un judío o de un cristiano, porque conozca la verdad de los hechos), bien para pedir protección, bien finalmente, para cualquier otra cosa que Dios quiera— no le dore al tirano con apariencias de bien ninguna de las órdenes que haya dado, ni le ayude a ejecutarlas, ni le alabe por lo que haya hecho de ilícito. Y si le es posible exhortarle a la enmienda, exhórtele. Y si esto no es posible, reciba, por lo menos, del tirano sus bienes con la intención de quien no por ello aprueba ninguno de sus pecados, pues si no, será tan culpable como el tirano mismo..."

"En cuanto a lo otro que me consultáis, sobre el modo de libraros de pecar en lo tocante a los comestibles, vestidos y adquisición de los medios de vida, ¡vade retro!, ¡oh amigos míos!, pues que esto, en verdad, es de lo



más arduo que me habéis consultado, al par que lo más penoso para los corazones y lo más doloroso para las almas. La respuesta que os doy en este punto es que para ello hay dos caminos. Uno es el camino de la abstinencia, pero, para quien se proponga recorrerlo, la cosa le será, ¡por Dios lo juro!, bien angustiosa y estrecha. Y la razón de ello es que yo no conozco —mejor diré, ni yo ni nadie conoce— en Al-Andalus moneda de plata lícita ni moneda de oro buena, cuya licitud conste de cierto, salvo el oro que se extrae del río de Lérida. La parte de ese oro que queda en manos de los que lo extraen, después de lo que se les quita por la violencia, es, en efecto, tan lícita y buena, como el río mismo, pero sólo hasta el momento en que se acuñan las monedas de plata y se funden las de oro, pues desde entonces, tened por sabido que caen ya en manos de los súbditos, a cambio de lo que éstos les venden, es decir, los comestibles y provisiones que sólo de ellos pueden ser adquiridos, porque sólo en poder de ellos se encuentran, como son harina, trigo, cebada, habas, guisantes, lentejas, alubias, aceite, olivas, sal, higos, pasas, vinagre y otras especies de frutos, algodón, lino, lana, ganado, leche, queso, manteca, mantequilla, forrija y leña. Todas estas cosas, los mineros no pueden menos de comprárselas a los súbditos que habitan aquella tierra y la cultivan, y, por tanto, no puede menos de caer en sus manos el dinero, el cual, después, no queda mucho tiempo en poder suyo, sin que lo tengan que entregar a la fuerza, violentamente y contra toda justicia, en forma de tributo que los tiranos imponen sobre sus cabezas, al modo del impuesto de capitación para los judíos y cristianos. Ese dinero, que se les coge así, contra todo derecho, viene a entrar, pues, en posesión del tirano que los domina, y se convierte ya en fuego. Luego, él lo entrega a los más allegados de su ejército, en quienes se apoya para robustecer su propio poder, conseguir la buena marcha de su reino, someter a sus enemigos y emprender incursiones o algaras contra los súbditos de los tiranos que se salgan de su obediencia o de aquellos otros a quienes les exija que se le sometan. Y así, el ardor de aquel fuego del dinero se duplica, porque los soldados del ejército lo emplean luego para sus tratos con comerciantes y artesanos y se convierte entonces, en manos de los mercaderes, en alacranes, serpientes y víboras. A su vez, los comerciantes compran con ese dinero a los demás súbditos del tirano lo que necesitan, y así, las monedas de oro y plata vienen a ser, como lo veis con vuestros mismos ojos, ruedas que circulan en medio del fuego del infierno. Esta es de las cosas que nadie puede rechazar, y si alguien niega con su lengua la verdad de lo que decimos, le bastará, en cambio, con el testitomino de su propio corazón para convencerse de que esa verdad es tan evidente y necesaria como la verdad de que el día de hoy es anterior al día de mañana. Ya que no podemos, pues, librarnos del pecado, confesémoslo, al menos, arrepintámonos de él y pidamos a Dios que nos perdone, y no incurramos en dos culpas a la vez: la de cometer el pecado y la de estimarlo lícito..."

"Esto sin contar con un hecho que no hemos jamás dejado de oír en

boca de todo el mundo, y que por eso engendra ciencia cierta; es a saber: que Al-Andalus jamás reservó el quinto ni dividió el botín, como lo hizo el Profeta en los países que conquistó, ni los conquistadores se avinieron de buen grado a ello ni reconocieron el derecho de la comunidad de los muslimes, como lo hizo en sus conquistas Umar; antes bien, la norma que en esta materia se practicó fué la de apropiarse cada cual aquello que con sus manos tomó. Sobre Al-Andalus cayeron, victoria tras victoria, los berberiscos, los afariqas y los egipcios, y se apoderaron de un buen número de pueblos, sin dividir el botín. Entraron después los sirios al mando de Balch ben Bixr ben Iyad al-Quraizi y expulsaron de las tierras que ocupaban a la mayoría de los árabes y berberiscos, conocidos con el nombre de baladíes, tal y como ahora veis que lo hacen los berberiscos, sin diferencia alguna, pues bien público y notorio es lo que veis que hacen ahora con las bestias de carga en las algaras y con los frutos del olivo; que los berberiscos y los tiranos se apoderan de todo cuanto poseen, salvo lo poco que les parece bien dejarles... ¡Injusticia por injusticia! Y ésta es la puerta de la abstinencia, que ya os he mostrado cuán angosta es".

"En cuanto a la segunda puerta, es la de aceptar (como lícito) lo dudoso. Ella (aunque tan sólo para otros tiempos que no sean estos nuestros) es una puerta excelente, porque quien la utiliza no peca ni merece castigo, ya que las gentes no van a estar obligadas a examinar los fundamentos de la licitud de lo que necesitan para su sustento y sus medios de vida, cuando las más de las cosas son lícitas y las prohibidas son difíciles de distinguir. Pero en esta época nuestra y en este nuestro país, ella es, por el contrario, una puerta que te cierra los ojos y te ata las manos, de modo que tuya es la responsabilidad de lo que salga: fruto o brasa. Y si establezco distinción entre este tiempo nuestro y los anteriores, es tan sólo porque antes las algaras no eran, en los períodos de tregua, violentas y públicas, como lo son hoy, y además porque los tributos que cobraban los sultanes cargaban exclusivamente sobre las tierras y eran por ello muy parecidos a los que Umar impuso sobre la tierra también. En cambio, hoy, esos tributos son los siguientes: uno de capitación, impuesto sobre las cabezas de los musulmanes; otro, *dariba*, impuesto sobre los bienes, es decir, sobre el ganado lanar y el vacuno, las bestias de carga y las abejas, que consiste en un tanto fijo por cabeza; y además, ciertas alcalabas que se pagan por todo lo que se vende en los mercados y por el permiso o licencia que en ciertos lugares se concede a los musulmanes para vender vino. Todo esto es lo que hoy recaudan los tiranos, y ello es un escándalo infame, contrario a todas las leyes del Islam, que desata uno a uno todos los nudos que el Islam ata y que forja una religión nueva, cuando sólo a Dios compete tal atribución. ¡Por Dios juro que si los tiranos supieran que en el culto de la cruz encontrarían facilidad para el éxito de sus cosas, de seguro que se apresurarían a profesarlo! Nosotros, en efecto, los vemos que piden ayuda a los cristianos y les permiten (en cambio) apoderarse de las mujeres de los muslimes, de sus hijos y de sus hombres para llevárselos cautivos a sus tierras. A menudo, los protegen en sus ataques contra lo más inviolable de la tierra y se asocian con ellos para estar más seguros. Y a veces hasta les entregan de buen grado las ciudades y las fortalezas, despoblándolas de musulmanes para llenarlas de campanarios. ¡Maldígalos Dios a todos ellos y sométalos al dominio de una cualquiera de sus espadas!"



"Y si por acaso me dijereis: "Nosotros ya evitamos comer carne", os responderé que vosotros mismos conocéis a ciencia cierta que las reses robadas como botín no se venden tan sólo para ser sacrificadas, sino que también se venden muchas para procrear y para el transporte, y para las labores del campo se venden también, y por cada una de ellas se toma el precio, el cual es ya fuego, porque se toma a cambio de la cosa vendida y es, por tanto, dinero mal adquirido. Después, ese dinero se emplea en toda suerte de transacciones mercantiles y de artes u oficios, para vestidos, etc., y así, la cosa resulta ya muy mezclada. Y éstas son cosas cuya verdad no tengo yo que acreditárosla con testimonio de un ausente, sino que vosotros mismos las veis con vuestros propios ojos y las presenciáis más y mejor de lo que yo las presencio. Vosotros veis, efectivamente, en vuestra región al ejército, cuyos soldados no cobran sus haberes sino de ese impuesto o *chizya* que los tiranos exigen a los musulmanes sobre todo lo que venden en sus mercados, sobre el jabón, la sal, la harina, el aceite, el queso y todos los demás artículos, y luego, con esas mismas monedas de plata malditas hacen sus transacciones los mercaderes y los artesanos. Con eso, pues, os basta. Pero, además, también conocéis lo angosto que es el camino de la licitud, respecto de las cosas que vienen de los países en que dominan los bereberes, es decir, el aceite y la sal, puesto que todas ellas proceden del robo que se les hace a sus habitantes. Asimismo, el lino, en su mayor parte, procede del que los tiranos berberiscos de la tribu de Sanhaya les toman a los aldeanos que lo cultivan y que llega a un tercio y hasta la mitad de la cosecha. Igualmente, los higos proceden del trabajo de sus siervos. En cuanto al trigo, es también, con poca diferencia, de licitud dudosa, porque aunque la tierra haya sido usurpada, siempre es lícito para quien la sembró reservarse la parte de la cosecha para la siembra; pero sobre el resto de ella pesa siempre la responsabilidad del robo de la tierra; y eso, prescindiendo del caso en que la cosecha haya sido también robada en su totalidad. De modo que volvemos a caer en medio de las llamas del fuego de antes. Sin embargo, nos queda, a nosotros, y a vosotros, un medio de librarnos, y es que no tome el hombre, ni aun para lo que le es necesario, aquello que le conste de cierto que procede directamente de un latrocinio. Y aun así, es muy fácil que sean pocas las cosas cuyo origen ignoremos y en las cuales quepa excusa, pues el fuego oculto bajo la ceniza quema menos que el vivo y flameante. ¡Guardaos, pues, del extravío!"

Epístola traducida por Asín de *Un códice inexplorado del cordobés Ben Hazm* (AL-ANDALUS, 1934, II, 38).

## SILUETA DE UN GRAN PENSADOR ESPAÑOL

*Una invisible cadena enlaza a cuatro grandes figuras del pensamiento y de las letras españolas: Séneca, Ben Hazm, Quevedo y Unamuno. El moro cordobés (994-1063) consagró sus horas y sus talentos juveniles a la poesía y a la política. Tras publicar su delicioso "Libro del amor" y de ser algunos meses canciller o primer ministro de Abd al-Rahman V (1023-1024) se consagró por entero al estudio y a la meditación, y cultivó especialmente el derecho, la filosofía y la teología, que en el Islam se hallaban íntimamente vinculados. Educado en la ortodoxia, su espíritu rectilíneo se convirtió a la escuela dzahirí, que sólo admitía como fuentes del derecho y del pensamiento teológico: el Corán, los* hadices *o tradiciones del Profeta y las de sus compañeros, y que proclamaba la autonomía de todo musulmán para buscar en los textos sagrados aquello que debería creer y practicar. Fué por ello perseguido y excomulgado, vivió desterrado en Baleares y luego en su casa solariega de Montija (Huelva). Alcanzó un inmenso saber, pues no sólo dominó la enciclopedia musulmana, sino la griega, la hebraica y la cristiana. Sostuvo numerosas y ásperas polémicas. Sintió en su carne y en su espíritu el dolor de las inmensas desgracias de su patria, desgarrada por la guerra civil y explotada por los tiranos. En el estudio y en el dolor depuró su espíritu y se sintió abrasar por una gran llamarada de pasión hacia la verdad y hacia la justicia. Descubrió toda su intimidad en su "Libro de los caracteres y la conducta", en que traduce en sentencias morales sus observaciones de la psicología de los hombres y sus sinceras confesiones personales, con lo que ora se acerca a Séneca, ora descubre afinidades con San Agustín, ora recuerda a Demócrito o Teofrasto, ora se anticipa a la Bruyère o a Bacon, ora se muestra progenitor de Quevedo o de Unamuno. En los rasgos psicológicos que le atribuyen sus biógrafos y en sus páginas autobiográficas destaca lo profundo de su hispanismo: orgullo, pasión, vehemencia, verbalismo, acritud de palabra, lealtad, vuelo del alma hacia Dios, hipercristicismo contra su propia patria, amor a la verdad, rigor ético, exaltación hasta el sacrificio de la vida en defensa de sus ideas o de su honra, quijotismo contra toda injusticia aun a trueque de enfrentarse con el mundo entero, menosprecio de las riquezas en oposición con la puntillosa veneración del honor, odio a la hipocresía, desdén por la adulación, fortaleza en la desgracia, culto de la amistad, prodigalidad hasta el despilfarro, ira fácil, elocuencia... Este hispanismo profundo y evidente en que nadie ha reparado hasta ahora, confirma, pese a Asín, la verdad de las afirmaciones de Ben Hayyan y de Ben Said sobre su raza española y sus abuelos cristianos. Ese hispanismo de un polígrafo de la talla genial de Ben Hazm —escribió entre otras muchas obras una admirable "Historia comparada de las religiones" muchos cientos de años antes de que se pensara en escribirla allende el Pirineo— permite*



*valorar la gigantesca aportación de los españoles de sangre —de origen hispano fueron también otras grandes figuras de Al-Andalus— a la formación de la cultura islámica. Y suscita una torturante interrogación: ¿cuál hubiera sido la acción de pensadores, historiadores, teólogos, hombres de ciencia y poetas de estirpe española en el madurar de la civilización occidental, si España no hubiese sido incluída, en 711, en la órbita del mundo musulmán? Dos pensamientos de Ben Hazm reflejan de modo insuperable su hispanismo y su grandeza moral. Ante el espectáculo de Al-Andalus ensangrentada por la discordia escribió: "La flor de la guerra civil es infecunda". Y aunque fustigó muchas veces a su patria, suyas son estas palabras: "Lejos de mí ¡oh perla de la China!, me basta con el rubí de España".*

### Cómo juzgaban a Ben Hazm sus contemporáneos

"La lengua de Ben Hazm y la espada de Al-Hachach son hermanas gemelas".

"En sus polémicas con los adversarios de su sistema dejábase llevar, sin precaución alguna, de lo que su natural y su carácter le dictaban, pregonando sin reticencias cuanto pensaba y tratando tan sólo de seguir la línea recta que Dios traza a sus siervos, a los hombres de ciencia, la cual consiste en revelar a las claras y siempre sus pensamientos. Tampoco ponía ningún cuidado en suavizar con indirectas o insinuaciones vagas sus propias opiniones, ni procuraba quitar fuerza o dureza a sus críticas envolviéndolas en frases obscuras. Al contrario: caía sobre su adversario con el ímpetu de la catarata y lo aguijoneaba con el acicate de su crítica, más picante que la mostaza".

"En la mayor parte de las obras que escribió hablaba tal mal de su propio país, que los alfaquíes prohibieron a los estudiantes que las estudiaran. La cosa llegó hasta tal extremo, que algunas de ellas fueron quemadas en Sevilla y públicamente desgarradas. Mas esta medida no sirvió sino para que su autor se animase todavía más a difundirlas y propagarlas y se entregara con mayor ardor a combatir duramente a sus adversarios en el resto de sus días hasta que murió. La más grave tacha de que se le acusa con justicia es su ignorancia de las artes que pudiéramos decir políticas en la ciencia, artes que son mucho más difíciles de dominar que el fondo mismo de las cuestiones científicas. Esta falta de habilidad fué agravándose en él con la fuerza de la edad. Además, por encima de todo eso, sus facultades mentales no estaban exentas de cierto trastorno, y así, aunque de primera intención (cuando alguien pretendía sonsacarle qué pensaba de un problema) se mantenía dentro de cierta prudente reserva, tan pronto como se le excitaba mediante la más sencilla observación o pregunta, desbordábase a

torrentes el océano de su ciencia, sin que nada fuese ya capaz de enturbiar o amenguar el límpido caudal de sus aguas. Y de esta impetuosidad en sus discusiones consérvanse señalados ejemplos y noticias que se han hecho ya proverbiales. Pero una de las causas más decisivas del odio que se le tenía fué su fanática adhesión a los príncipes de la dinastía omeya, así a los pasados como a los presentes, tanto orientales como españoles, y su firme creencia de que ellos tan sólo, con exclusión de las otras ramas de la tribu de Quraix, poseían el derecho legítimo al califato. Este fanatismo era tan ciego, que le llevó hasta a defender con pasión aun los errores en que incurrieron".

*De varias obras* de BEN HAYYAN, AL-DABBI, BEN SAID, BEN JALLIKAN. Según las versiones de Asín (Abenhazam de Córdoba, 192, 207, 209).

## Confesiones de Ben Hazm

"Hay quienes son de ojos secos y reacios a las lágrimas. Yo soy de ellos. La causa de esto fué el tomar con frecuencia incienso, como medicina, para curar unas palpitaciones de corazón que tuve en mi niñez. Y así, cuando me sobreviene una desgracia abrumadora, aunque mi corazón sufra tanto, que se me desgarre y destroce de pena, y yo sienta en él una angustia, más amarga que la coloquíntida, que me ahoga hasta el punto de no permitirme pronunciar ni una palabra y a veces hasta ni siquiera respirar, mis ojos, a pesar de todo, jamás, sino rarísimas veces, responden al dolor que siente mi corazón derramando alguna lágrima".

"Había yo llegado a la edad de veintiséis años, sin conocer las rúbricas canónicas de las oraciones de ritual. Y cabalmente esta ignorancia fué el motivo que me decidió a estudiar el derecho. Ello fué que cierto día hube de asistir a los funerales de un magnate que en vida había sido grande amigo de mi padre; y al penetrar en la mezquita, a media tarde, poco antes de la oración pública del aásar, vi que los fieles llenaban ya la mezquita y me senté de repente sin hacer antes la inclinación que es de ritual. Mi maestro, es decir, el preceptor que me había educado, me indicó a señas que me levantase y que recitase la salutación de rúbrica al entrar en la mezquita; pero yo no me enteré bien de lo que me quería decir. Entonces, uno de los fieles, que a mi lado estaban, me dijo: "¿Pero has llegado a esta edad y no sabes aún que es obligación el rezar una salutación al entrar en la mezquita?" Al oír esto, me levanté, hice la inclinación y caí en la cuenta de lo que me había querido significar mi maestro con aquel gesto. Cuando, después, volvimos de la ceremonia del sepelio a la mezquita, acompañando a los parientes del difunto, yo me apresuré, al entrar en el templo, a hacer la inclinación de ritual; pero en seguida me dijeron: "¡Siéntate, siéntate,



que no es ésta la hora de ninguna oración!..." Aquello acabó de sonrojarme: yo mismo estaba disgustado de mi conducta; por eso, al abandonar el duelo, le dije a mi preceptor: "Llévame a casa del alfaquí y consultor jurídico Ben Dahun". Guióme, en efecto, desde allí mismo hasta su casa, y le referí lo que me acababa de pasar, pidiéndole que comenzase a explicarme el derecho. Ben Dahun me recomendó que estudiase la Al-Muwata de Malik. Comencé, pues, a leer este libro bajo su dirección desde el siguiente día; y después, ya sin interrupción, continué mi estudio con aquel y con otros maestros, durante cerca de tres años, al cabo de los cuales emprendí el estudio crítico y comparado de las varias escuelas jurídicas".

"Más villano que el embustero no creo que sea nadie. Sin los calumniadores y sin los embusteros, ni se acabarían las dinastías, ni los imperios se derrumbarían, ni la sangre inocente se derramaría a raudales por los tiranos, ni la fama y el honor de los buenos sufrirían menoscabo. La mentira y la calumnia son las que siembran en los corazones de los hombres rencores y odios y enemistades lamentables. Por eso el embustero y el maldiciente son los más viles, despreciables y odiosos de los hombres".

"Guárdate de dar gusto a tu prójimo haciendo algo que a ti te desagrade, a no ser que a ello te obligue la ley divina o una virtud moral".

"Yo creo que la mayor gracia que puede hacer Dios al hombre es otorgarle una conciencia naturalmente recta y amiga de la justicia, un espíritu equitativo y amante de que el derecho triunfe. Y yo creo que, para resistir a todos los embates corruptores de la pasión, como para realizar todo acto bueno, con bondad religiosa o natural, no he ido nunca a buscar ayuda más que en estos dones naturales que puso en mi conciencia el Creador, en quien toda energía y fuerza tiene su principio..."

"Si te ves en la inevitable alternativa de irritar a los hombres o de irritar a Dios, y no encuentras un expediente fácil para dejar de hacerte odioso a las criaturas o a tu Creador, irrita a los hombres y busca su aversión; pero no encolerices a tu Señor ni le ofendas".

"La envidia, la mentira y la traición, jamás las he notado en mi carácter, sino al revés, una instintiva repugnancia hacia tales vicios; de modo que no creo merecer alabanza al evitarlos".

"No hay cosa más fea que la mentira... La mentira es un engendro de la injusticia, la cobardía y la ignorancia. La cobardía engendra, en efecto, la pusilanimidad, y el embustero de oficio es también hombre de alma mezquina, que está muy lejos de merecer la alabanza propia de las almas grandes".

"La fortaleza consiste en sacrificar la propia vida en defensa de la religión o de la familia o del prójimo oprimido o del débil que busca apoyo contra la injusticia de que es víctima o de la propia fortuna y del honor propio menoscabados inicuamente, o de cualquier otro derecho; y esto,

sean pocos los adversarios o sean muchos. La tibieza en la defensa de cualquiera de estos objetos que hemos enumerado es cobardía y debilidad".

"La constancia, que equivale a la seriedad o formalidad en el cumplimiento de los compromisos..., tiene sólo por objeto lo recto o lo que el sujeto cree tal, mientras no le viene a las mientes que pueda ser desatinado; tal actitud es loable, y su contraria se llama indecisión".

"En cuanto a la acusación que contra mí lanzan mis necios enemigos, diciendo que cuando yo tengo una cosa por verdadera no me importa el ponerme enfrente de cualesquiera, aunque estos cualesquiera sean todos los hombres que ocupan la superficie de la tierra, y que tampoco me cuido de acomodarme a muchos de los usos y costumbres adoptados sin causa razonable por mis compatriotas, esta cualidad de que me acusan es para mí una de mis mayores virtudes, que no sufre comparación con ninguna otra de mis cualidades. Y por mi vida aseguro que si yo no la poseyese (lo que Dios no permita), ella sería una de las gracias que más apeteciera yo y pidiera a mi Creador".

"Para el hombre pundonoroso vale más el honor que las riquezas. El hombre pundonoroso ha de defender su cuerpo, a costa de sus riquezas; su vida, a costa de su cuerpo; su honor, a costa de su vida; su religión, a costa de su honor; pero a costa de su religión no debe defender cosa alguna".

"El saberse gobernar bien en los negocios del mundo, el hacerse simpático a todos dándoles gusto con provecho para sí mismo y no teniendo escrúpulo de servirse, para este fin, de cualquier medio, sea justo o injusto y criminal; el darse buena maña para acrecentar el caudal, adquirir reputación, conquistar cargos y honores por medio de iniquidades y vilezas..., eso no es.. prudencia... El nombre de este carácter moral es cuquería".

"Es mejor errar por firmeza en el propósito que por flaqueza en la resolución".

"El vicio dominante en la humanidad es la hipocresía; y lo admirable es que, a pesar de eso, los hombres no toleran sino a aquel que con hipocresía les engaña".

"Desea que te tachen de cándido y guárdate de que te tengan por astuto, porque la mayoría de las gentes evitarán tu trato, y esto te perjudicará o quizá te acarreará la muerte".

"Piensa mal de tu prójimo, cuando estés en condiciones de hacer lo que reclama de ti esa mala opinión, es decir, cuando te sea posible guardarte de tu prójimo y tomar precauciones contra él. Mas, cuando no esté en tu mano el tomar precauciones, más te vale tener de todos buena opinión; ganarás con ello tranquilidad de espíritu".

"En cuanto a la costumbre de sospechar mal del prójimo, algunos la creen defecto en absoluto, pero no es tal, sino cuando nos induce a cometer



algún acto que la religión o las leyes sociales consideran ilícito; en los demás casos, se confunde con la prudencia y discreción, que es una virtud".

"Con el afortunado, hasta el hombre pérfido es leal; con el desgraciado, hasta el leal es pérfido. ¡Feliz aquel que... no se ve obligado por los azares de la vida a poner a prueba la lealtad de sus prójimos!"

"No se deja seducir el discreto por las inesperadas amistades que se le brindan en los días de su fortuna, porque entonces todo el mundo quiere ser su amigo".

"Yo te confieso, oh lector, que alguno de mis amigos que siempre me profesó leal y sincera amistad, así en la fortuna como en la desgracia, en la pobreza como en la riqueza, dándole gusto lo mismo que contrariándole, acabó al fin por hacerse mi peor adversario, después de doce años de un cariño el más fiel y nunca interrumpido, y eso por un motivo en extremo insignificante, que nunca pude yo suponer llegase a hacer mella en hombre alguno; y jamás, desde aquella fecha, ha vuelto a reconciliarse conmigo; lo cual, durante largos años, me produjo una pena intensísima".

"Dos rasgos característicos de mi temperamento son en mí innatos. Merced a ellos, jamás la vida logró enervar mis energías, en medio de los vaivenes de la fortuna, pues en ambos caracteres armonizados encontré siempre la fuerza indispensable para mantenerme firme a pesar de todo. ¡En algunos momentos de mi vida hubiese deseado, en verdad, que mi alma resistiera constante los asaltos de la ira y evitase, con la ayuda de esas dos virtudes, la dureza y vehemencia de mi carácter! Son esos dos rasgos de mi temperamento, una fidelidad a los deberes de la amistad, tan constante y leal, que jamás las vicisitudes de la vida lograron alterarla, antes bien, mantúvose siempre igual, tanto en la presencia del amigo como en la ausencia y así en lo exterior como en lo interior...; el otro rasgo es una nobleza de alma que se rebela contra toda ofensa, que se preocupa de la más pequeña alteración que en el afecto de los amigos nota, que preferiría la muerte antes que perder su estimación. Cada una de estas dos propiedades de mi carácter reclama para sí la soberanía absoluta. Y a fe mía que yo he sido ofendido dura e inicuamente, pero he soportado con paciencia las injurias usando de constante mansedumbre y de tal mesura y miramiento, que apenas se encontraría una sola persona capaz de reprimirse hasta ese extremo, y cuando ya la cosa llegaba al colmo, y mi alma se encendía en cólera, fingía al menos la paciencia exteriormente, aunque dentro del corazón quedaba lo suyo".

"Uno de esos defectos era el malhumor y la ira violenta, que yo no he cesado de combatir hasta que he logrado reprimir sus manifestaciones exteriores, es decir, las explosiones de la cólera cuando estalla en improperios, en golpes o en atropellos, y hasta he llegado a refrenar los deseos ilícitos de secreta venganza. Para conseguirlo hube de sufrir graves molestias y soportar penosos disgustos, que a veces me hicieron casi enfermar,

lo cual me impedía tener buen humor; además, yo creía, al principio, que el reprimir la ira y el mal humor era signo de bajeza de carácter, y por eso me reprimía menos".

"Otro de mis defectos fué un rencor excesivo que con la ayuda de Dios he conseguido guardar oculto y bien escondido y hasta reprimir la manifestación de algunos de sus efectos; pero desarraigarlo en absoluto, jamás; no me ha sido posible. El, además, me ha impedido trabar amistad con aquellos que alguna vez fueron mis enemigos".

"Todas las cosas tienen alguna utilidad. Yo he sacado un gran provecho hasta de tropezar con los necios; su trato ha sido para mí como el choque con el eslabón: me encendía el ánimo, hacía hervir de cólera mi espíritu, ponía en tensión mi entendimiento y excitaba mi actividad; todo lo cual fué causa determinante de la redacción de algunas de mis obras más útiles, pues si no me hubiese soliviantado el roce con ellos y los choques que con ellos tuve, de seguro que no me habría yo movido a redactarlas".

"Yo me vi atacado por una grave enfermedad, la cual me produjo una hipertrofia del bazo, y esta hipertrofia engendró en mi carácter una tan grande melancolía, mal humor, impaciencia e irritabilidad, que a mi alma pedíale yo mismo cuenta de aquella conducta mía, porque yo me resistía a creer que mi carácter moral hubiese cambiado y me extrañaba grandemente que mi temperamento fisiológico hubiese huído de mí. De aquí que yo tenga por cierto que el bazo es el órgano de la alegría, puesto que su trastorno engendra la afección contraria".

"También me han acusado algunos, de esos que hablan sin discernimiento ni discreción, de haber dilapidado mi fortuna; pero la explicación de esta censura está en decir que de mi capital no he gastado sino aquellas cantidades cuya conservación representaba, o un vicio que la religión condena, o un daño en mi reputación, o una preocupación penosa para mi espíritu. Y esto, porque para mí era más precioso el tesoro, siquiera pequeño, de estas tres cosas (mi religión, mi reputación, mi tranquilidad), que la parte de mi fortuna dilapidada, aunque hubiese valido tanto como todo lo que el sol alumbra".

"Fíate del hombre religioso, aunque profese religión distinta de la tuya, y jamás te fíes del hombre ligero y descreído, aunque parezca profesar tu propia religión. Para las cosas encomendadas a tu cuidado, no pongas tu confianza en el hombre que desprecia las prohibiciones divinas".

"El que hace vida social no podrá evitar cuidados que le atormenten, ni pecados de que se arrepentirá en la otra vida, ni movimientos de cólera que le quemarán las entrañas, ni humillaciones que echarán por tierra sus ilusiones. ¿En qué piensa, pues, el que vive entre los hombres y los trata a toda hora? La fuerza, la tranquilidad de espíritu, la alegría y la salud están



en la soledad. Trata a los hombres como tratas al fuego: te calientas con él, pero no te metes en medio de sus llamas".

"Aunque la vida social no tuviese más que los dos siguientes peligros, con ellos bastaría. Uno es la tentación que se siente, cuando uno adquiere gran familiaridad con otros, a comunicarles secretos de gravísimas consecuencias para sí y para el prójimo, los cuales secretos no se habría permitido revelar jamás fuera de la intimidad. Otro es el peligro de tener que concurrir a tertulias en que reina la charlatanería indiscreta, tan perjudicial para la otra vida. No hay camino de librarse de estas dos calamidades, si no es aislándose en absoluto de todo trato social".

"Verdad dijo el que dijo que el inteligente sufre en este mundo; y verdad dijo también el que dijo que el inteligente vive tranquilo. Sufre, en efecto, porque ve el error divulgado y su imperio triunfante, y un abismo de dificultades que le impiden hacer brillar la verdad. Vive, sin embargo, tranquilo, porque no se preocupa por las cosas superfluas del mundo, cuya posesión tantos disgustos da al resto de los hombres".

"Muchas son las penurias a que el hombre se ve sometido en este mundo por los reveses de la fortuna; pero de todas ellas la más grave es la que le sobreviene por la convivencia con los individuos de su misma especie, con los hombres. El daño que el hombre recibe de los hombres es más grave que el que recibe de las fieras rabiosas y de las víboras dañinas, porque de este peligro cabe guardarse; pero del peligro humano, es imposible de todo punto".

Del *Tauq* o Libro del amor, del *Ajlaq* o Libro de los caracteres y de la conducta, y del *Fisal* o Libro de las religiones, según las versiones de Asín. (Abenhazam de Córdoba, I, 42, 106, 212, 216, 218, 221, 224 y 233).

### Pensamientos y poesías de Ben Hazm

La filosofía, considerada en su constitutivo esencial, en su significado, en sus efectos, en el fin a que tiende su estudio, no es otra cosa que la corrección o mejora del alma humana, conseguida, ya por medio de la práctica de las virtudes morales y de la buena conducta en esta vida a fin de alcanzar en la otra la salvación, ya por medio de una buena organización social, así doméstica como política. Ahora bien: este mismo y no otro es el fin de la ley religiosa o revelada. Y este lo admiten todos sin discrepancia alguna: tanto los entendidos en filosofía, como los sabios en la doctrina revelada.

Nosotros no nos creemos obligados a declarar lícito el denominar a Dios con nombre alguno por analogía con las cosas creadas que conocemos; antes al contrario, eso lo declaramos ilícito y prohibido, porque en el mundo no

existe cosa alguna que se parezca a Dios, con la cual se le pueda comparar por analogía.

No hay condición ni causa capaz de determinar u obligar por necesidad a Dios para que haga o deje de hacer algo. Dios sería bueno y justo, aunque hubiese abandonado a toda la humanidad, aunque la hubiese creado, como a los irracionales, sin el beneficio de la revelación..., aunque hubiese creado infieles a todos los hombres.

La razón humana no es juez competente para decidir acerca de la bondad y justicia de las obras de Dios. Pensar así equivaldría a asimilar a Dios con las criaturas.

Todos los que dicen que no es posible que Dios haga sino lo que la razón humana estima bueno respecto de nosotros, y que no puede hacer o crear lo que ella estima malo, según su modo de concebir, pueden ser interpelados en esta forma: "vosotros partís, para vuestros razonamientos, de lo que observáis en vosotros mismos; y después, invertís los términos de la cuestión, cayendo en un error enorme. Porque, si vosotros admitís que Dios es eterno, único, anterior e independiente de todo ser creado, de todo cuerpo, accidente, sustancia, inteligencia, inteligible, ignorancia, etc.; si, después, afirmáis que Dios creó las almas en el tiempo, dándoles un ser que no tenían y dotándolas de inteligencia, no tenéis derecho alguno para aplicar al Creador juicios derivados de la decisión de una de sus criaturas temporales.

Del *Fisal* o Libro de las religiones y del *Ajlaq* o Libro de los caracteres y la conducta, según las versiones de Asín (158, 178 y 228).

"Aunque el papel queméis,
no quemaréis lo que el papel encierra;
que dentro de mi espíritu,
a pesar de vosotros, se conserva
y conmigo camina
a dondequiera que mis pies me llevan.
Allí donde repose,
allí también reposará mi ciencia,
y conmigo en mi tumba
será enterrada el día que yo muera.
¿Qué me importa a mí el hecho
de que queméis papeles y vitelas?
¡Discutid con razones,
si os es posible, y que las gentes vean
cuál de los que discuten
merece la victoria por su ciencia!
Si os sentís incapaces



de renovar conmigo la polémica,
entonces, como párvulos,
comenzad por volver a las escuelas.
Los secretos destinos
que me prepara Dios y me reserva
¡ah! ¡cuánto más excelsos
son que los que vuestro odio apeteciera!
Yo soy, y no es hipérbole,
la inestimable, la preciosa perla,
en que, salvo mi patria,
tacha o imperfección ninguno encuentra.
El Iraq, ante todo,
y las regiones que al Iraq rodean
y hasta los habitantes
de los países de la tierra entera,
todos, menos los míos,
unánimes, así me lo confiesan.
¡Es que en los corazones
de los míos anida la tristeza,
por la envidia que sienten
de un talento, un ingenio y una ciencia,
que no alcanzarán nunca,
como el corcel, vencido en la carrera,
no alcanza ni aun el polvo
que el corcel vencedor tras de sí deja!
¿Qué me importa la envidia
mientras por los confines de la tierra
en alas de la fama
vuele mi nombre? ¡Si el hogar humea,
es porque en él hay fuego! ¡Nunca el humo
sin el fuego se engendra!"

☆

"¡Que no se alegren mis émulos,
si me abruma la desgracia!
La veleidosa fortuna
jamás de rodar se cansa;
que es del hombre de valía,
cual del oro en sus mudanzas,
la suerte incierta y voluble:
Unas veces lo machaca
el martillo a duros golpes,
y otras, su brillo destaca
en la espléndida corona
del más glorioso monarca."
A los que a visitarme se apresuran
un día llegará en que se les diga:

"¡Ya murió Alí Ben Ahmed Abenházam!"
¡A cuantos corazones la noticia
llenará de tristeza! ¡Pero cuántos
también la acogerán con burla y risas!
De sincero dolor ¡ah! ¡cuántas lágrimas
bañarán de los míos las mejillas!
De todo cuanto a Dios he ofendido
otórgueme el perdón, en aquel día,
en que un eterno adiós daré a los míos
y bajaré a la tumba angosta y fría,
dejando para siempre en este mundo
aquello en que cifré toda mi dicha,
para ir en busca del Señor y Dueño,
cuyo estudio ocupó toda mi vida.
¡Ah! ¡cuán tranquila se hallará mi alma
del triste viaje ante la perspectiva,
si de enviar cuidéme por delante
el viático que el alma necesita!
¡Ah!, ¡qué infortunio, en cambio, si de víveres
se encuentra entonces mi alma desprovista!"

De Ben Hayyan apud Jaqut, según versión de Valera. (Asín: *Abenhazam,* 235, 239, 240).

## COMO SURGIO UN REINO EN GRANADA

*El caudillo de los bereberes que en las horas trágicas de las revoluciones cordobesas había saqueado Córdoba con el conde de Castilla, Sancho, [noviembre del año 1009] y que [abril de 1013] había entrado en la antigua capital del califato al frente de los feroces berberiscos, desencadenando en ella un torrente de sangre, se retiró luego con sus tropas a la provincia de Elbira. Arruinada en ésta la ciudad que había servido de capital desde la conquista musulmana, Zawi y los suyos fundaron Granada, al pie de las colinas, en donde se había alzado la antigua Iliberri, ibero-romana. Allí se sostuvo el jefe Ziri contra el ejército de Abd al-Rahman IV, Al-Murtada, que, proclamado califa por los eslavos Jairan de Almería y Mundzir de Zaragoza y sostenido con fervor por los legitimistas omeyas, fué traicionado por los primeros en el momento de la lucha con los bereberes ilibiritanos. La ambición y la nostalgia de su patria africana perdieron a Zawi, y su sobrino Habus le sucedió en el principado granadino. No fué fácil la consolidación del nuevo reino y de la nueva dinastía. Intrigas, apetitos de poder, regicidios frustrados, discordias sociales, pusieron a ambos en trances delicados. De todos triunfó la habilidad de Habus y su buena estrella y, con ellos, el talento político, la energía salvaje y la crueldad de su hijo, Badis al-Muzzafar, secundados por la astucia y la inteligencia de su visir judío,*



*Samuel Abu Ibrahim. El nieto y sucesor del feroz carnicero granadino nos relata en sus* Memorias *esos primeros tiempos duros del reino de Granada. Calla en ellas los relámpagos de fiereza de su abuelo, que más de una vez mató, por su mano, a sus prisioneros enemigos. ¡Horas sangrientas y brutales! Parejas de las que Sevilla vivió bajo el gobierno del cadí Qasim ben Abbad y de su hijo Al-Mutadid, no menos enérgico, no menos cruel que Badis, pero con la energía y la crueldad del gran señor.*

### Construcción de Granada

Se fijaron sus ojos en una bella llanura surcada de arroyos y cubierta de árboles. Toda la región que se extendía en derredor estaba regada por las aguas del Genil que nace en Sierra Nevada. Les llamó también la atención la montaña donde se alza hoy Granada y se dieron cuenta de su posición central en relación al resto del país. Delante se extendía la Vega, a cada lado los Pasajes de Al-Qawuja y Al-Sath; detrás el monte. Les encantó el sitio en el que descubrieron toda clase de ventajas. Observaron que el lugar se encontraba en medio de una rica comarca y que alrededor se extendían las instalaciones de los cultivadores del suelo. Juzgaron, de otra parte, que si algún enemigo viniese a atacar la plaza, no podría proseguir el cerco con provecho, ni cortarles, dentro ni fuera, los aprovisionamientos necesarios. Emprendieron entonces las construcciones. Cada uno de los miembros del grupo, andaluz o bereber tomó sus disposiciones para levantar allí una casa, y hacia la misma época Elvira cayó en ruinas.

### Ataque de los Sinhacha por Al-Murtada

Poco tiempo antes de la terminación de los edificios se vió aparecer, llenas de avidez, a las arrogantes *Taifas* en orden de batalla. Los aventureros de que estas *Taifas* estaban formadas se figuraban que, desde su llegada, la ciudad en construcción no podría resistir su empuje ni siquiera una hora. Hicieron saber a Zawi —del que se ha hablado arriba— un mensaje por el que le intimaban la orden, a él y a los suyos, de retirarse ante ellos; le otorgarían el amán, pero de ninguna manera debía prolongarse su permanencia en Granada; no le dejarían mantenerse allí bajo ningún pretexto. Previniéndole de esta manera, pensaban conservar las manos libres, porque se proponían, si obtenían la victoria, no otorgar cuartel a sus adversarios. La carta en cuestión, firmada por el instigador del grupo, Al-Murtada, fué leída a Zawi, que reunió entonces a sus guerreros y llamó al hijo de su hermano, a su sobrino Habus. Llegó éste con todos sus soldados y penetró en la ciudad a la vista de los asaltantes, sin dar un rodeo y sin ocultarse de ellos. Algo menos de un millar de Sinhacha, los mejores entre los mejores,

se reunieron así en Granada. Los Taifas arrogantes eran alrededor de cuatro mil jinetes. Zawi ordenó entonces (que llevaran a Al-Murtada su respuesta, tal) como la había dictado él mismo. Había dicho a su secretario: "No añadas nada a lo que te voy a decir. Escribe: "El deseo de aumentar vuestras riquezas os ha distraído de tal modo, que os habéis olvidado de visitar las tumbas. Sea como queráis". Y añade: "Sea como queráis".

Cuando los asaltantes recibieron el mensaje de Zawi, admiraron su ingenio y se dijeron: "Este hombre no rehusaría someterse a nosotros, si no tuviera plena confianza en su propia bravura y en la de los suyos; o se ha resignado a la muerte o está lleno de presunción y no piensa que corre a su pérdida". Y avanzaron en dirección a los Sinhacha. Estos se disponían a marchar vigorosamente a su encuentro, pero Zawi les ordenó que permanecieran en su puesto y que no se lanzaran a la carga antes que él hubiera distinguido la formación de combate del enemigo. Pero los Sinhacha contestaron: "Lo mejor que podemos hacer es salir a su encuentro. Con ellos, en verdad, no nos queda otra alternativa que vencer o perecer bajo sus golpes. La sola escapatoria que tenemos aquí abajo es combatirles. Si permanecemos en nuestros sitios, no nos dejarán escapar y vendrán a sitiarnos, a nosotros y a nuestros súbditos, viendo que no hemos hecho nada para rechazarlos. O perecemos o permanecemos en posesión de nuestros bienes. Preferimos morir combatiéndoles, después de haber desplegado todas nuestras fuerzas, que verles apoderarse de nuestra ciudad". Y salieron en dirección al enemigo con el alma llena de audacia y decidida a la muerte y el corazón desbordante de ira. No transcurrió más tiempo que el necesario para mover las manos, cuando ya los Sinhacha habían obligado a sus adversarios a retirarse. Huyeron ante ellos en plena derrota, llenos de consternación, y buscó cada uno con gran trabajo su propia salvación, sin preocuparse de los demás. Los Sinhacha les persiguieron y los golpes de los bereberes, al caer sobre ellos, hicieron gran matanza, para satisfacer su cólera, y se apoderaron de gran cantidad de bagajes y de armas por ellos abandonadas.

Esta batalla constituyó la primera victoria que permitió a los Sinhacha afirmar su situación en el territorio que ocupaban. Se les temió desde entonces y sus súbditos les testimoniaron la mayor lealtad. Gracias a tal éxito consolidaron su posesión de Granada y se les sometieron la mayor parte de las regiones poseídas antes por los enemigos que acababan de vencer.

### Salida para Africa de Zawi ben Ziri

Sin embargo, Zawi ben Ziri, después de haber meditado sobre la situación y de haber visto la rapidez con que los andaluces se habían unido contra los suyos y el odio que sentían contra ellos, reflexionó despacio sobre el asunto. Acabó por decirse: "Ahora sé, y estoy seguro de no equivocarme, cuál será en adelante su línea de conducta. La victoria que hemos



obtenido sobre los andaluces en el primer choque con ellos no nos garantiza la seguridad de nuestras personas y de nuestros bienes. Si un hombre muere de entre ellos, hay mil para reemplazarlos. Les favorece, además, la simpatía de los habitantes del país, que pertenecen a su raza. Su poder aumentará, mientras que el nuestro se debilitará. No podremos reemplazar a los que caigan de los nuestros". Consideró, pues, la situación bajo un aspecto que creyó verdadero y la juzgó poco alentadora. Al mismo tiempo supo que acababa de morir Badis ben Al-Mansur, padre de Al-Muizz y soberano de Qayrawan, y que su hijo era todavía joven. Concibió esperanzas de apoderarse del trono y decidió partir; pero Alá había decidido de antemano que Zawi no obtendría el principado que ambicionaba y que perdería el que poseía, que iba a recibir, a su partida, el hijo de su hermano.

Zawi tenía varios hijos. Cada uno de ellos valía por sí mismo tanto como cien jinetes, en bravura, vigor y reflexión. Uno de ellos, Buluggin ben Zawi, desaprobó la decisión de su padre y le dijo: "¿Has construído el edificio de tu principado para alguien frente al cual tu jerarquía va a reducirse a la de un servidor o a la de un criado? No dejes la presa que tienes, por su sombra, y mantente en tu situación presente, a la que no has llegado sino a costa de mil fatigas y, frecuentemente, evitando la muerte muy de cerca". Pero Zawi le respondió: "Voy a delegar el gobierno de Granada, de entre los jeques de Talkata, en quienes me pueda fiar en caso de circunstancias graves, en personas que tendrán la misión de gobernar con energía y de reemplazarme. Entretanto iré a darme cuenta por mí mismo de la situación de Qayrawan y de cómo es regida tal ciudad. O realizaré mis proyectos sobre ella o regresaré a mi capital". Hizo sus preparativos de viaje, que explicó públicamente por su deseo de ofrecer su asociación a Al-Muizz y de proponerle que el principado ziri de Al-Andalus podría constituir para él una reserva de material humano, y otras causales parecidas, semejantes a las que suelen acordarse en los contratos de asociación (mucharakat); y en caso de sucesos graves los dos príncipes harían causa común. A los jeques en quienes delegó su autoridad para que le reemplazaran hizo prometer Zawi, mediante juramento, que no le crearían dificultades y no abandonarían ninguna de sus prerrogativas, ni a su sobrino ni a nadie; y les explicó que su marcha debía ser considerada como una prueba de su solicitud para con ellos y de sus esfuerzos para asegurarles un lugar de residencia mejor que el que tenían al presente.

Después Zawi abandonó Granada a la manera de quien es conducido hacia su pérdida sin saberlo. No había recorrido todavía una etapa de camino, cuando ya los delegados que había dejado en su capital enviaban mensajes a Habus ben Maksan. Calificaban de estúpida la decisión de Zawi e invitaban a su sobrino a apresurarse a venir a Granada, porque era más digno que nadie de tomar el gobierno. No debía, añadían, dejar a otro que no tuviese su placet, el tiempo preciso para manifestar su ambición. Era necesario evitar que ningún glotón viniese con la boca abierta a reivindicar

el puesto dejado vacante por Zawi. Habus no dejó casi transcurrir tiempo alguno entre la marcha de su tío y su propia llegada a Granada. Los Sinhacha vinieron a su encuentro y le hicieron presente su sumisión y su fidelidad al trono. En su camino, Zawi, hallándose todavía a poca distancia de Granada, supo lo que acababa de suceder; lamentó entonces su decisión y hubo de sufrir los reproches de su hijo.

Se cuenta que cuando Zawi llegó a Qayrawan, algunos visires de Al-Muizz sospecharon sus intenciones y las desaprobaron, por temor de que les colocara en una situación difícil y viniera a turbar un agua que había llegado a ser límpida. Estimaron que la presencia de Al-Muizz en el trono, dada su juventud, la familiaridad de sus relaciones con el príncipe y la influencia que poseían sobre él, les sería más soportable que la de un hombre tan sutil como Zawi, junto al cual no gozarían ni de un átomo de poder. Se le envió entonces en secreto a alguien que le administró un brebaje envenenado. Y así murió Zawi (en Africa).

## Reinado de Habus ben Maksan

Nada vino a perturbar el gobierno de Habus ben Maksan, cuya conducta fué excelente y cuyo gobierno fué justo. Delegó en los cadíes del país el cuidado de dictar sus decretos cualesquiera que ellos fuesen, y se abstuvo de todo acto ilícito, no dejando jamás a su mano cometer un acto prohibido por la religión o una extorsión de dinero. Fué por ello amado de sus súbditos; bajo su reinado los caminos llegaron a estar seguros, se hizo raro el bandolerismo y desapareció la arbitrariedad. Este príncipe tenía afecto a sus parientes próximos y a sus contribulos los Sinhacha y no reivindicó para sí nada de lo que les pertenecía. Repartió el territorio de su principado en circunscripciones, cuyo mando militar les dió, y ordenó a cada uno de tales caídes que reclutasen un número de soldados proporcionado a la importancia del distrito que había recibido. "No podréis hacerme mayor servicio, les había recomendado, que el de aumentar la cifra de los contingentes susceptibles de ser llamados bajo las armas en caso de necesidad; esto tendrá a mis ojos más valor que el dinero o los presentes que podáis enviarme. Cuando convoque a uno o a otro de vosotros para un asunto importante, merecerá mi estima aquel cuyas tropas sean más numerosas y estén mejor entrenadas". Por ello los hombres movilizables en caso de necesidad se apresuraron a alistarse. Los efectivos del ejército regular llegaron a ser, de otra parte, más numerosos durante su reinado. Y el espíritu militar se reforzó entre los soldados del principado que mostraban emulación en calidades guerreras y en decisión.

Cada uno de los contribulos de Habus era señor (sultán) de la parte de principado que le había sido asignada: disfrutaba de su territorio y tenía el mando exclusivo de las tropas. Habus —Alá tenga de él misericordia—



no tomaba ninguna decisión por sí mismo y no decretaba nada sin haberles consultado antes; incluso para el consejo de gobierno se reunía con ellos en un local situado fuera de su palacio, en vez de hacerles venir cerca de él, y lo hacía por delicadeza frente a ellos, a fin de no ofrecerles ningún motivo de humillación o de antipatía. Les trataba con bondad y consideración y escuchaba con benevolencia sus palabras. Tenía la costumbre de decir: "Los Sinhacha son para mí como los dientes de mi boca. Si uno de ellos cae no podré jamás reemplazarlo". Gracias a ello pudo dar muestra de su fuerza e imponerse a sus enemigos. Todos éstos se dieron cuenta que les interesaba renunciar a la presa que parecía ofrecer el reino de Granada y vivir en paz con su soberano, antes que ambicionar alguna parte de sus posesiones o dejarse arrastrar del deseo de atacar su territorio.

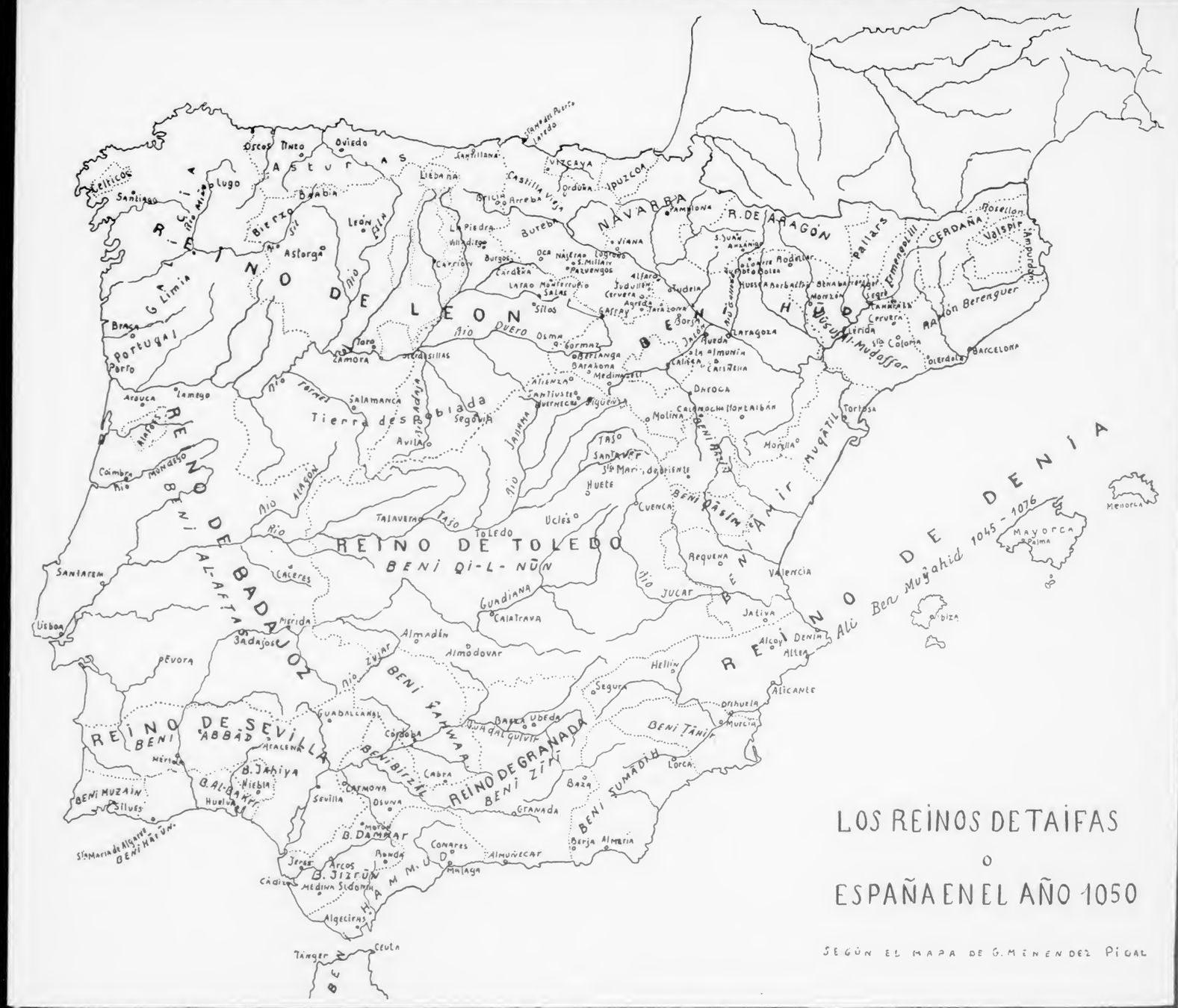
## Intrigas en favor de Yaddayr ben Hubasa

Habus ben Maksan —que Alá le sea misericordioso— tenía un sobrino llamado Yaddayr. Le prefería a su propio hijo, por su talento y su aplicación al estudio y a la frecuentación de los juristas. Le encargaba recibir a los embajadores y le confiaba la resolución de los asuntos importantes. Yaddayr tenía gran respeto por Habus y por todos los dignatarios del reino. Entre los personajes que le tenían más afecto figuraba el secretario de Habus, llamado Abu-l-Abbas, que se complacía en subrayar las muestras de deferencia que Yaddayr le testimoniaba y los conocimientos que acreditaba en los asuntos que le eran consultados. Esto le valió una gran consideración por parte de los Sinhacha, quienes no tardaron en preferirle a los demás príncipes. Además, Badis ben Habus, mi abuelo —Alá tenga misericordia de él—, era un hombre dotado de una fuerte personalidad, con miras elevadas y un temperamento tajante: nadie le hubiera podido hacer aceptar la menor mentira sobre ningún asunto y no cedía el paso a ninguno de sus contribulos, tal era la gran confianza que tenía en su propia estrella. No era propio de él adoptar una actitud sumisa ni hablar con palabras obscuras; juzgaba que obrando así no añadiría nada a su fortuna. Por el contrario, todo era en él resolución y fruto de reflexión madura. No se enajenaba la simpatía de los unos sino después de haber recobrado la de los otros y se servía de éstos contra aquéllos poniéndoles mutuamente enfrente. Por eso muchos personajes de la corte se alarmaron de la actitud de Badis, que llenaba sus corazones de temor y de espanto. Temieron que, si tomaba el poder, habían de ser tratados de manera diferente a como su padre les había habituado. Por lo cual la mayoría buscó en su fuero interior la ocasión de perderle y prefirieron a Yaddayr, cuya elevación al poder deseaban; pero ello fué para su desgracia y para poner fin a sus días felices.

He oído contar a Muzaffar Badis —Alá tenga misericordia de él— una parte de este asunto, un día que tenía reunión en su *machlis*. "Estaba yo,

dijo, de pie delante de mi padre Habus —que Alá le sea propicio— cuando un jeque de los Sinhacha, que había sido delegado al efecto, vino a decirle: "Hay un asunto urgente que necesita ser resuelto por ti: me refiero a que designes desde ahora quién ha de sustituirte en el gobierno y a que le elijas de entre quienes es de esperar que sean favorecidos por la bendición divina para conducirse bien con los musulmanes y con tus contribulos. Porque la muerte puede venir a encontrarte de improviso, a la mañana o a la tarde". Entonces Abu-l-Abbas, secretario de Habus, dijo: "Nadie como Yaddayr para sucederte; es puro, es casto y ama al pueblo". Entre los jeques que se encontraban allí, tenía yo un amigo fiel, llamado Firqan; le había colmado de beneficios y me había ganado su afecto. Le escuché replicar a Abu-l-Abbas de esta manera: "No es oportuno que hables de ese modo. ¿Cómo puede tomar el poder otro que el hijo de nuestro soberano, puesto que este príncipe está al corriente de todos los asuntos? No tiene valor alguno lo que acabas de decir y lo que ha dicho quien ha hablado antes que tú. Estoy viendo ya, por Alá, lo que ocurrirá a la muerte de Habus: Badis le sucederá y como Yaddayr hará la tontería de querer enfrentársele, le vencerá y le matará". Me agradaron las palabras de Firqan, continuó Badis, y le recompensé por ellas dándole mil dinares.

Debía suceder, en efecto, exactamente como Firqan lo había previsto. Badis consiguió la amistad de muchos notables Sinhacha, les prometió tratarles con consideración e hizo todos los esfuerzos necesarios para resolver en su favor el asunto de la sucesión. Acabaron por hablar del caso con su padre, que dió su asentimiento. Ordenó a su pueblo que obedeciera a Badis. Y en cuanto a Yaddayr, le reprendió públicamente. "No ambiciones lo que no es para ti, hijo de Hubasa", le dijo, llamándole, de propósito, con tal nombre. Ello engendró un odio renovado contra Badis, en el corazón de Yaddayr; y desde entonces hizo todo lo posible para perjudicarle, contrarrestar su poder y reunir una facción en contra suya. Le arrebató en su provecho la simpatía de muchos Sinhacha, que abrazaron su causa. Supo ganar también la amistad del hermano carnal de Badis, Buluggin —Alá le sea misericordioso—. Era un hombre bravo e intrépido, pero que no entendía nada de asuntos de Estado. Uno de los comparsas de Yaddayr observó que este último había ganado la amistad de Buluggin y que se esforzaba en engañarle con artificios, sin ponerle al corriente de sus intenciones secretas; y se lo reprochó de esta manera: "Si los esfuerzos que te vemos desplegar no fueran en tu favor y estuvieran destinados a sostener otra causa que la tuya, te diríamos que Badis merece más interés que su hermano, pues es el mayor, tiene más suerte y en él recaerá el poder". Yaddayr le respondió: "Si he intentado ganar a mi causa a Buluggin, no ha sido ciertamente porque le prefiera a mí mismo. Pero carece de malicia y no entiende nada de los artificios del gobierno. Además, es hermano carnal de aquel a quien yo quiero hacer daño; nadie podría yo encontrar mejor situado, para lograrlo, que su hermano. Sólo quiero servirme de él para mi causa. Si mis




# LOS REINOS DE TAIFAS
# O
# ESPAÑA EN EL AÑO 1050

SEGÚN EL MAPA DE G. MENENDEZ PIDAL

asuntos se arreglan a mi gusto y Badis puede ser asesinado por orden de su hermano, me será luego fácil, en seguida, arreglar la cuestión de Buluggin y será posible desposeerle". Yaddayr excitaba, por ello, a Buluggin contra su hermano y le decía cómo podía intrigar contra él. Pero Buluggin no quería apartarse de su habitual línea de conducta y no quería hacer mal a su hermano. Y así hizo, hasta el momento en que murió Habus ben Maksan —Alá le sea misericordioso.

### Ascensión al poder de Badis ben Habus

Después de Badis, mi abuelo —Alá ilumine su rostro— fué investido del poder. Tuvo que resolver graves asuntos y hubo de sufrir de la actitud de todo el grupo de los Sinhacha, que, empujados por Yaddayr, trataban de arrebatarle el trono, mientras que los sultanes de Al-Andalus atacaban sus territorios. En tales circunstancias Badis dió pruebas de sus calidades de hombre de Estado y supo hacer frente a las maniobras hostiles que se realizaban contra él.

Abu Ibrahim, el judío, había sido secretario bajo la dependencia de Abu-l-Abbas, secretario de Habus. Cuando murió Abu-l-Abbas, dejando varios hijos, Habus —Alá le sea misericordioso— había nombrado al mayor de ellos para el puesto de su padre y le había tomado a su servicio. Pero el hijo de Abu-l-Abbas era todavía muy joven para sujetarse a un empleo regular del Estado. En tales circunstancias Abu Ibrahim, el judío, gracias a sus engaños, logró ser agregado al servicio del príncipe. Cuando el hijo de Abu-l-Abbas no estaba en su puesto, Abu Ibrahim se hallaba siempre en su lugar; si Habus venía a preguntar por su secretario, el judío aparentaba excusar a su jefe, pero buscaba cómo perjudicarle en el curso de la conversación. "El hijo de Abu-l-Abbas, decía, tú lo ves, no es sino un muchacho que prefiere divertirse. Perdona sus ausencias y excúsale. Yo soy su esclavo y puedo muy bien suplirle. Ordéname lo que desees y en el acto serás satisfecho". Siempre conservó la misma actitud y acabó consolidando su situación y haciéndose notar por sus cualidades de funcionario y por sus esfuerzos a fin de obtener dinero para el fisco.

Al mismo tiempo, Abu Ibrahim había sabido descubrir la buena estrella de Badis y su sutilidad. Se decidió, desde entonces a servirle y a trabajar por satisfacer sus deseos, en tanto cuanto le fuera posible, porque, a la sazón, los enemigos de Badis intrigaban contra él y trataban de perjudicarle. Y obró así Abu Ibrahim, porque había adivinado el provecho que podría obtener uniendo su suerte a la de Badis. Cuando los enemigos de éste se asociaron con Yaddayr, comunicaron su complot a Abu Ibrahim y acordaron tener en su propia casa la reunión en que había de acordarse la muerte del príncipe y la designación de Yaddayr para la sucesión del trono. Les fijó hora para la reunión y fué al encuentro de Badis, al que puso al

corriente de lo que se tramaba y al que trajo consigo, diciéndole: "El mejor medio de conocer una cosa es ser testigo ocular de ella. Escucha con tus propios oídos y decide tu conducta". Badis se colocó en un lugar más elevado que el local donde los conjurados discutían el golpe, y Abu Ibrahim, conversando con ellos, usaba de la expresión que emplea el predicador en el púlpito cuando se dirige al Creador: "¡Oh tú que ves y que no eres visto!" Esta expresión se dirigía, en verdad, a mi abuelo Badis, que les veía sin ser visto por ellos. Badis permaneció agradecido a Abu Ibrahim por este servicio; tuvo, desde entonces, la certeza de su fidelidad y de su lealtad, y, a partir de tal día, le agregó a su servicio y le consultó sobre la mayor parte de las decisiones que tomó frente a sus contribulos.

El judío estaba dotado de una inteligencia y de una habilidad que se adaptaban notablemente a la época en que Badis y él mismo vivían y a los métodos de quienes les querían mal. Badis se servía también de él, porque se daba cuenta de las malas inclinaciones de sus contribulos para con su persona. De otra parte, se trataba de un judío tributario, que no podía aspirar a ningún puesto de gobierno, y de un personaje no andaluz, porque hubiera podido temer de uno de éstos que le suscitase dificultades con los príncipes de raza diferente de la suya. Además, tenía precisión de dinero para atraerse a sus contribulos y para arreglar algunos asuntos; por ello necesitaba absolutamente de un hombre como él, que sabía reunir tanta plata como se precisaba, sin tener que molestar, con razón o sin ella, a ningún musulmán. La mayor parte de los habitantes de Granada y los agentes del fisco *(ummal)* eran judíos, y Abu Ibrahim les sacaba dinero y se lo daba a Badis. Este (cuando subió al trono) se procuró así con qué llenar el tesoro real y con qué enderezar la situación financiera del Estado, expoliando agentes que de ordinario eran culpables de exacciones, por medio de uno de sus propios correligionarios, más inteligente que ellos mismos.

### Complot de Yaddayr ben Hubasa contra Badis

Cuando Badis hubo tomado el poder, aumentaron las muestras de hostilidad hacia él, así como las revueltas; y, como hemos ya señalado, sus enemigos decidieron asesinarle y colocar en su lugar a Yaddayr, en las condiciones que vamos a referir. Antes, el pretendiente había distribuído a numerosos personajes piezas de oro y decretos concediéndoles feudos considerables. De otra parte, solía ir el sultán, en algunas ocasiones, a una casa de campo *(munya)* donde su padre Habus tuvo, durante su vida, su consejo de gobierno. Esta casa de campo se encontraba fuera de Granada, al lado de un lugar llamado La Rambla, y tenía dos salidas. Los conjurados decidieron aprovechar una de esas idas de Badis a su *munya* para organizar una carrera de caballos en La Rambla y asesinar al soberano cuando saliera de su casa para asistir al espectáculo. Se habían revestido de cotas de malla



bajo sus vestimentas y estaban decididos a llevar a cabo su crimen. Pero su proyecto iba a fracasar, gracias a la actitud de uno de los personajes que Yaddayr había comprado, a un jefe de los Sinhacha, llamado Firqan. Había recibido un regalo de quinientos *miqtales* y un documento concediéndole un feudo en la aldea de Güejar, en el distrito de Al-Sath. Tal individuo discurrió así: "No podría encontrar ocasión más oportuna para ganarme el favor de Badis". Hizo que el caballo que montaba prosiguiera su carrera más allá de la meta, como si se hubiese embalado. Penetró en el parque de la residencia principesca, en el momento mismo en que Badis se disponía a salir. "Sálvate, saliendo por la otra puerta, le dijo a hurtadillas, porque hay una muchedumbre de gentes en tu busca, para matarte". Y le mostró los dinares que había recibido para participar en el complot. Badis abandonó su *munya* por la otra entrada de la misma y corrió, a rienda suelta, hacia su alcazaba. Los demás no sospechaban nada, sin embargo, y continuaban esperando la salida del príncipe; pero pronto vieron venir hacia ellos al visir de Badis: Ali ben al Qarawi, acompañado de muchos de sus colegas y de hombres de confianza del príncipe: "El sultán, les dijeron, ha recibido de una de sus provincias una noticia que le disgusta y que le ha obligado a salir. Excusadle por haber faltado a vuestra fiesta. Por lo demás no ignora nada de lo que pasa". Ante tales palabras, todos los que habían participado en el complot huyeron en el acto, al mismo tiempo que Yaddayr ben Hubasa, sin detenerse y con el único cuidado de salvar su vida.

Tras la huída de Yaddayr, todos los asuntos se aclararon en favor de Badis y muchos de los que antes le odiaban, se condujeron con él, en adelante, lealmente. Su hermano Buluggin subió a verle, a su palacio; lloró en su presencia, y le pidió perdón por haberse dejado arrastrar contra él por su primo hermano. Badis, sin embargo, no olvidó jamás su conducta y hubo de dominarse para no castigarle, dejándose ganar por la compasión. En cuanto a Yaddayr, después de abandonar Granada, marchó a territorio enemigo y se alistó, sucesivamente, en las filas de todos los príncipes que guerrearon con mi abuelo —Alá le sea misericordioso—. Llegó a ser oficial a su servicio y ejercía mando en sus ejércitos. Guiaba éstos en territorio de Granada, indicándoles los caminos y descubriéndoles los puntos débiles de las defensas estratégicas de la región, que podían pasar inadvertidos. No cesó de combatir a mi abuelo y de asolar su territorio, no dándole reposo y obligándole a continuos desplazamientos. Al mismo tiempo, recibía mensajes de los Sinhacha; mi abuelo —Alá le sea misericordioso— reunió un gran número de tales cartas; la cifra de los comprometidos por ellas pasaba de doscientos, todos personajes notables. Badis fué presa de una violenta irritación y estuvo a punto de condenarles a muerte.

Consultó, sin embargo, sobre el caso a Abu Ibrahim, que le dijo: "Creo que harás bien de abstenerte de toda sanción con motivo de tales cartas y que debes guardarte de descubrir a los Sinhacha que están en tu poder. Te

aconsejo que ordenes que traigan fuego para quemarlas y hacer desaparecer toda huella de las mismas. Siempre es razonable tratar a la gente con consideración. Si castigas con severidad ¿hasta dónde te será preciso llegar? Y contra hombres que son tus soldados y tus sostenes. Busca un medio de arreglar este asunto, pero sin acudir a la solución extrema que pensabas". Badis aceptó sus consejos y desde entonces comenzó a servirse de los Sinhacha, empleando los unos contra los otros; otorgándoles larguezas y haciendo a los hijos instrumento de la pérdida de sus propios padres y a los hermanos de la pérdida de sus hermanos. Por lo que hace a Yaddayr, no varió de conducta, no dejó de atacar los territorios de Badis, ni de renovar sus golpes de mano, sin cansancio y sin interrupción, hasta que mi abuelo pudo vencerlo y encarcelarlo. Se dice que murió de muerte natural, como consecuencia de una congestión. A partir de ese momento las cosas se arreglaron para Badis, que vió desaparecer su principal cuidado.

### Victoria de Badis sobre Zuhayr, príncipe de Almería

La primera victoria que Alá le concedió fué la que obtuvo sobre Zuhayr el Eunuco, príncipe de Almería. Tenía éste un secretario, llamado Walad Abbas, uno de los más tontos y de los más despectivos personajes que es posible encontrar. Era inclinado al mal y sembraba la discordia entre los soberanos. Ese secretario dictaba sus decisiones a Zuhayr, que no servía para nada, por ser estúpido e ignaro. Había reunido a su alrededor a cuantos eunucos había en Al-Andalus y vivían junto a él gran número de ellos. Al conocer la muerte de Habus ben Maksan, le tentó la ambición de apoderarse de Granada. Vino hacia ella y estableció su campo en las proximidades de la ciudad, en el lugar llamado Alpuente. Hacía ostentación de su desprecio por el príncipe que reinaba en Granada, pretendía que los Sinhacha eran gentes de poco valor y que después de la muerte de Habus sus asuntos se encontraban muy embrollados. Si juzgaba de tal modo era porque Alá deseaba su pérdida y la de los eunucos, sus congéneres.

Mi abuelo Badis —Alá tenga de él misericordia—, entretanto, en sueños, había visto caídos todos los álamos de Granada. Se alarmó y temió ser derrotado en la batalla con Zuhayr. Mandó llamar al intérprete de los sueños *(muabbir)*, y le relató su visión. "Tu sueño, le dijo el intérprete, es de buen agüero. Porque los álamos se asemejan a los eunucos; no producen frutos y carecen de raíces sobre las que puedan sostenerse. Lo mismo ocurre con los eunucos. No hay duda; van a caer y a perecer bajo tus golpes". Y así sucedió.

El príncipe confió el mando de sus tropas a su hermano Buluggin, que era muy valiente. Badis, a la muerte de su padre, le había concedido en propiedad todo lo que había querido y le había cedido la parte mejor con ocasión de la sucesión paterna, de la que sólo se reservó las sumas en especie



necesarias al Estado. Buluggin atacó el pésimo ejército de Zuhayr y en menos de una hora fué éste derrotado. Fueron muertos los eunucos que figuraban en él. Zuhayr desapareció y no se le encontró ni vivo ni muerto. Fué la primera manifestación de la fortuna de Badis, como la derrota infligida a Al-Murtada había sido la primera manifestación de la fortuna de su padre. Emprendió entonces la conquista del territorio de Zuhayr y añadió a sus posesiones los distritos vecinos de Almería. Llegó a apoderarse de la persona de su enemigo Walad Abbas, secretario de Zuhayr y ordenó su muerte, declarándole personalmente responsable de haber encendido la guerra, y acusándole de muchas maniobras, maldiciones groseras y actividades criminales, de las que antes había sido culpable y que le hizo conocer.

La soberanía ejercida por mi abuelo descansó desde entonces sobre sólidas bases y su reputación se extendió lejos. Después de esta victoria inspiró tan gran temor que nadie osó emprender ningún ataque contra él, en adelante. Su hermano Buluggin sobrevivió poco al triunfo que había conseguido.

Del *Al-Tibyan an al-haditza al-kaina* o *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Zirí de Granada (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Andalus, VI, 1941, 18).

## ASTUCIA Y CRUELDAD DE AL-MUTADID DE SEVILLA

*Los reinos de Taifas de mayor vitalidad y que alcanzaron mayor expansión en el Sur de España fueron, como ya queda dicho, el de Granada y el de Sevilla. Mientras el primero logró dominar Jaén y Málaga, el segundo se extendió hasta el Estrecho y hasta el Algarbe y consiguió al cabo señorear Córdoba. La grandeza de las dos monarquías fué obra de sus dos soberanos: Badis y Al-Mutadid. De raza diferente, de energía pareja, de ambiciones encontradas, su rivalidad no se extinguió sino con sus vidas. El sevillano no superaba al granadino en crueldad, ni en escrúpulos morales; pero le vencía en astucia. Algunas anécdotas —las eternas flores de la historiografía hispano-árabe— nos descubren, a la par, sus ardides y su refinada e insaciable sed de venganza.*

A su muerte (de Qasim ben Abbad) Sevilla y su territorio fueron gobernados por su hijo Abu Amr Abd ben Muhammad ben Ismail ben Abbad; pero el nuevo príncipe sólo continuó poco tiempo las tradiciones que le había legado su padre y en lugar de practicar una administración reparadora, buena y justa, obró como le plugo, sin control alguno. Era un hombre enérgico, activo, violento y de firme corazón; por su penetrante inteligencia preparaba de lejos las cosas y fué favorecido por la suerte. No cesó hasta

desembarazarse de los visires (compañeros de su padre): mató a unos a sangre fría, a otros les arrojó del país y a otros les hizo morir a disgustos o dejándoles en la miseria, hasta realizar su plan y convertirse en señor absoluto. Tomó entonces el nombre de Mutadid Billah... En 455 [1059] anunció al pueblo que Hixam (el esterero de Calatrava) acababa de morir. Declaró que el príncipe difunto le atribuía en su testamento la soberanía de toda la Península y entonces se consagró a conquistar nuevas provincias, y jefes de toda España reconocieron su autoridad.

Había hecho construir en el patio de su palacio horcas que cubrió con cabezas de príncipes y jefes, en lugar de los arbustos que suelen encontrarse en las mansiones de los reyes. ¡Qué placentero es este jardín!, decía. En suma, nadie alcanzó en su época tal grado de energía, actividad, dureza y violencia. Se le comparaba al abbasí Abu Chafar Al-Mansur. Inspiraba temor tanto a los pequeños como a los grandes, sobre todo a partir del día en que mató, a sangre fría, al mayor de sus hijos, Ismail, destinado a sucederle. He aquí lo que pasó: Mutadid sabía por diversos informes llegados hasta él que si su hijo le deseaba (de palabra) larga vida, en realidad soñaba con verle morir; pero cerraba los ojos y, dejándose llevar por una paternal negligencia, no se ocupaba de tal cosa. El resultado de su negligencia fué que una noche, en que Ismail se hallaba ebrio, intentó con sus esclavos y con algunos bribones escalar los muros del palacio donde residía su padre, con la intención de desembarazarse de él. Los porteros y los guardias despertaron y los asaltantes huyeron; pero uno de ellos fué apresado y confesó el proyecto de todos. Según otra versión, Ismail no figuraba entre los asaltantes y se habría limitado a darles órdenes y a ofrecerles una gran recompensa, si mataban a su padre. Alá sabe la verdad. Mutadid prendió a Ismail, le confiscó los bienes y le hizo cortar la cabeza, y desde entonces inspiró el mayor temor a sus familiares, sin excepción alguna.

He oído decir que se desembarazó en la Meca de un ciego originario de la campiña de Sevilla, que solía quejarse de él públicamente. Mutadid le había despojado de una parte de sus bienes y había él perdido el resto y caído en la miseria. Se había trasladado entonces a la Meca y allí maldecía, a diario, al príncipe sevillano. Súpolo éste e hizo llamar a alguien que se preparaba para hacer la peregrinación (a la ciudad sagrada) y le entregó una cajita, que contenía dinares untados de veneno. "No abras esta caja, le dijo, antes de entregársela en la Meca al ciego fulano. Salúdale de mi parte". Llegado a la Meca con el regalo de que era portador, el peregrino encontró al ciego, le entregó la cajita y le dijo que se la enviaba Mutadid. Resistíase el sevillano a creerlo. "¿Cómo, decía, Mutadid me ha arruinado en Sevilla y me hace regalos en el Hichaz?" Las palabras de su interlocutor acabaron, sin embargo, por tranquilizarle y aceptó la cajita. La abrió en seguida, tomó una de las piezas de oro y la llevó a la boca, mientras daba vuelta a las otras en sus manos. Pero el veneno hizo su efecto y murió antes de anochecer. Asombra ver a un hombre, en la más alejada extremidad del



Magrib, ocupado en hacer desaparecer a otro hombre en el Hichaz. De la misma manera se desembarazó de un muezzín de Sevilla que había huído a Toledo, y allí le maldecía todos los días a la salida de la aurora, imaginando estar a cubierto de su odio, por hallarse en tierra extraña. Pero Mutadid no descansó hasta conseguir suprimirle mediante un ardid, y uno de sus confidentes acabó trayéndole la cabeza del muezzín.

Entre los príncipes que dominaban en las vecindades de Sevilla, los principales y los más temibles eran los bereberes Sinhacha y los Banu Birzal, establecidos en Carmona y en los alrededores, en territorio sevillano. Pero empleando, ora la astucia, ora la fuerza, acabó por abatir su poder y por sembrar entre ellos el desorden, hasta que consiguió expulsarles de la región y llegó a ser en ella señor indiscutido.

He aquí un ejemplo de cómo sabía emplear la astucia en su provecho. Vivía en Carmona un espía, que le tenía al corriente de los asuntos de los bereberes. Tuvo un día necesidad de enviarle una carta, llamó a su presencia a un hombre, muy simple y sin malicia, de los alrededores de Sevilla, y le hizo desnudar y luego le hizo vestir una chupa, en uno de cuyos pliegues había ocultado el mensaje. "Vete a Carmona, le dijo, cuando estés cerca, corta leña, forma un haz, entra en la ciudad y vete al lugar donde se ponen de ordinario los vendedores de leña; pero no vendas el haz sino a quien te ofrezca cinco dirhemes". Todo ello estaba convenido entre Mutadid y su agente en Carmona. El aldeano, conforme a las instrucciones recibidas, marchó a Carmona; en sus vecindades formó un haz de leña muy pequeño, porque era la primera vez que hacía tal; entró en la población, y fué a situarse en el mercado de la madera. Algunos concurrentes a él le preguntaron cuánto quería por su haz, pero se alejaron riendo a carcajadas cuando le oyeron pedir cinco dirhemes por su mercancía. Y allí permaneció hasta la noche molestado por las pullas de los compradores. "¿Es de ébano?", decía uno. "No, exclamaba otro, es de áloe", y en términos parecidos se burlaban otros. Al fin apareció el agente de Mutadid y le preguntó el precio del haz: "Cinco dirhemes", contestó el sevillano. "Te lo compro. Llévalo a mi casa", replicó el primero. Y comprador y vendedor marcharon a la morada (del espía) y allí depositó (el palurdo) su carga y cobró su precio. Se disponía luego (el labriego) a retirarse cuando (el confidente del rey de Sevilla) le dijo: "¿Dónde vas ahora? Los caminos no están seguros, pasa la noche aquí y mañana de mañana puedes volver a tu tierra". El aldeano consintió en ello y fué llevado a una cámara donde el dueño de la casa le hizo servir de comer y, como si no le conociera, le preguntó: "¿De dónde eres?" "De los alrededores de Sevilla". "¿Qué te ha movido, amigo, a venir aquí, conociendo la crueldad y la ferocidad de los bereberes y la facilidad con que derraman sangre?" "La necesidad de ganarme la vida", respondió el aldeano, sin descubrir que Mutadid le había enviado. La conversación se prolongó hasta que el sueño ganó al sevillano. Entonces el huésped le dijo: "Quítate el vestido, dormirás mejor y estarás más a gusto".

Siguió su consejo y se durmió en seguida. El agente de Mutadid tomó entonces su chupa, descosió el forro de la misma, sacó la carta, la reemplazó por su respuesta y después la recosió, sin dejar huellas de lo hecho. Al día siguiente, el forastero se vistió y volvió a Sevilla, se presentó en palacio y fué recibido por Mutadid. El príncipe le hizo quitar su chupa y le dió un hermoso vestido y el campesino se retiró muy contento con él, sin saber por qué había ido a Carmona e ignorando lo que había llevado y traído, mientras Mutadid tomaba la carta oculta en el forro de la chupa y se procuraba los informes que necesitaba.

Empleó en su administración y para consolidar su poder estratagemas y planes asombrosos que en su mayoría no fueron descubiertos y que sería largo de enumerar.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 81).

## RACIONALISTAS Y ALFAQUIES

*En la España musulmana del siglo XI se enfrentaban con acritud el ateísmo filosófico y la ortodoxia intransigente. Los alfaquíes que seguían la escuela teológico-jurídica malequí vegetaban en su fe verbalista refractarios a toda teoría que tratase de razonar, explicar o completar el dogma. Las novedades filosófico-teológicas de Oriente eran rechazadas sin examen previo, brutalmente. Los pensadores de Al-Andalus que se atrevían a desviarse un ápice del credo oficial o de las doctrinas jurídicas triunfantes eran, con igual intransigencia, perseguidos y excomulgados. "Ese brutal exclusivismo del clero oficial, escribe el sacerdote Asín, hubo de provocar forzosamente una sorda reacción de odio y de desprecio contra la ortodoxia en una minoría aristocrática de espíritus rebeldes que, al verse rechazados por los definidores de aquélla, arrojábanse decididos al extremo opuesto de la contradicción, llegando hasta la impiedad y la negación de toda religión positiva". Ben Hazm traza aquí un cuadro mordaz de los descarríos, torpezas y vicios de las dos escuelas. Por cima de sus odios nuestro autor intentó por primera vez en la historia de la teología musulmana oriental y occidental conciliar la razón y la fe. Pero ese gran anhelo de su alma chocó con los ateos y los ortodoxos y éstos le persiguieron con saña y le colocaron fuera de la ley religiosa mediante una excomunión.*

"Meditando atentamente acerca de la actitud en que se colocan los dos partidos que en nuestros días vemos, nos encontramos con que ambos contribuyen por igual a agravar la enfermedad moral que padecemos".

"Por lo que toca a uno de los dos, no puede ser más evidente el daño



que al Islam infiere con su actitud. Consagran las primicias de su inteligencia a las matemáticas e inauguran su formación científica por el estudio profundo de las propiedades de los números. Pasan luego gradualmente a estudiar la posición de los astros, la forma aparente de las esferas celestes, el modo de verificarse el paso del sol, de la luna y de los cinco planetas, la intersección de las esferas del sol y de la luna, la naturaleza de los cuerpos celestes, de las estrellas fijas, sus intervalos, su distancia de la tierra, sus volúmenes y todos los demás fenómenos y accidentes físicos y atmosféricos. Añaden a esto la lectura de algunos libros de los griegos en que se determinan las leyes que regulan el razonamiento discursivo, y también mezclan con esto el estudio de algunas teorías de los filósofos acerca de la astrología judiciaria, basadas en el principio de que así los astros como las esferas están dotadas de alma racional y dirigen o gobiernan los fenómenos del mundo sublunar".

"Claro es que los adeptos de esta escuela llegan a sacar en limpio, de la mayor parte de las cosas que han estudiado, algunas tesis verdaderas, demostradas apodícticamente por razones necesarias y evidentes; pero, a pesar de todo esto, no tienen en su espíritu la cantidad de ingenio natural, de talento, de discreción, suficiente para enterarse de que quien acierta, por ejemplo, en diez mil cuestiones, cabe que yerre en una sola, quizás más sencilla que todas las otras que atinó. Porque los adeptos de esta escuela no saben distinguir, en las cosas que estudian, entre aquello que consta por demostración apodíctica y otras tesis, mucho más frecuentes, que no aparecen demostradas por el autor griego que las cita, sino con razones retóricas o polémicas, o quizás con argumentos de simple autoridad, faltos de todo valor científico. Por eso cargan con todo lo que leen, sin distinción, y lo aceptan todo de la misma manera. A pesar de lo cual, los verás hinchados de vanidad y dominados por el orgullo, pensando que han llegado ya a superar con su ciencia a todos los sabios".

"Y como Satanás tiene ocultos postigos y sutiles aberturas para penetrar en las almas, pues, como dice el Profeta, "circula por el interior de los hijos de Adán, como la sangre por sus venas", llégase hasta ellos cautelosamente a través de una secreta puerta —¡líbrenos Dios de sus embates!— que es el sugerirles un soberano desprecio de las ciencias religiosas, que son, sin embargo, el fin último de los estudios de todo hombre dotado de razón y la consecuencia a que debieran conducirles las ciencias todas que ellos estudian, si se penetrasen bien de sus verdaderos métodos y fines; y así, no se preocupan ya de leer ni un solo versículo del Libro de Dios (que es, no obstante, la cifra y compendio de las ciencias todas antiguas y modernas, en el cual nada hay superfluo y cuyo estudio basta para todo) ni tampoco de estudiar un solo texto de las Tradiciones del Profeta, que son el argumento elocuente de la verdad y la luz de las almas".

"Ahora bien; esta escuela se encuentra con que los sabios dedicados a las ciencias religiosas no se preocupan tampoco de estudiar cosa alguna de

éstas que acabamos de decir, sino únicamente el derecho canónico, pero estudiado de uno de estos tres modos: o repitiendo maquinalmente la letra de los textos sin entender su sentido y sin preocuparse de comprenderlo; o dedicándose a la casuística, pero sin recurrir a las fuentes textuales para buscar en ellas los fundamentos de sus decisiones, porque su única preocupación es mantener su prestigio y posición social; o entregándose a la tarea de contar tradiciones disparatadas, trasmitidas por testigos que no son fidedignos o por falta de crítica, o por falta de veracidad, o por falta de verdad en lo que trasmiten, y sin cuidarse jamás de discernir las tradiciones auténticas de las apócrifas, ni las que tienen solución de continuidad en la serie de transmisores, de las que no la tienen, ni las que arrancan directamente del Profeta mismo, de las que sólo son debidas a Qaab Al-Ahbar o a Wahab Ben Munabbih, los cuales las tomaron de narradores judíos y cristianos".

"Y ¡claro es! la otra escuela mira a ésta con aire insultante, como se mira a quien sólo merece profundo desprecio, a quien se tiene por estúpido e imbécil. Satanás entonces toma posesión de sus almas y hace de ellos lo que le place, extraviándolos, llevándolos a su eterna perdición y haciéndoles creer que en la religión de Dios no existe ni un solo artículo verdadero ni cosa alguna que pueda demostrarse por razones. Por eso la mayoría de ellos caen en la incredulidad y el ateísmo. Algunos corren por desenfrenos, por el camino del libertinaje y la despreocupación, arrojando de sus hombros la pesada carga de las obligaciones religiosas y de los ejercicios de piedad y devoción, porque prefieren la vida muelle y descansada, encenagándose en los más torpes e indecentes placeres, entregados al vino, al adulterio, a la sodomía, a la bestialidad, omitiendo las oraciones, el ayuno, la limosna legal, la peregrinación a la Meca y la ablución, buscando tan sólo hacer dinero, sea como sea, perjudicando injustamente a sus prójimos, tomándolo todo a burla y a chacota, sin seriedad ni reflexión. Otros, que son los menos, se entregan al culto idolátrico de los astros".

. . . . . .

"Por lo que toca al otro partido o escuela, está constituída por todos aquellos que comienzan, sí, por estudiar las tradiciones del Profeta, pero no pasan de la tarea de buscar para sus tradiciones una cadena de trasmisores la más breve posible hasta el Profeta o de compilar colecciones de tradiciones, de las llamadas raras, más sin poner empeño en enterarse de nada de lo que escriben o aprenden; no hacen más que recibir pasivamente lo que estudian, para recitarlo luego de memoria, sin reflexionar acerca de su significado y sin hacerse cargo de que la doctrina contenida en tales tradiciones es la palabra misma del Profeta dirigida a ellos, la cual no ha sido revelada a capricho, ni tampoco sin razón o motivo, antes al contrario, el Profeta nos ha mandado que la entendamos bien y la practiquemos".

"Pero aún hay más: la mayoría de los adeptos de esta escuela no hacen sino aprender las tradiciones transmitidas por el conducto de Muqatil Ben Sulayman o de Adahaq Ben Muzahim o las contenidas en el Comentario alcorránico de Al-Kalbi y otros autores de este jaez, o los libros sobre la creación que son un cúmulo de cuentos disparatados, tradiciones apócrifas y embustes inventados de mala fe por los herejes con el solo fin de perjudicar al Islam y a los que lo profesan. Y así los adeptos de esta escuela recitan, muy serios, incoherentes embrollos, del todo falsos, como aquello de que "la tierra gravita sobre un pez, y el pez sobre el cuerno de un toro, y el toro sobre una roca, y la roca sobre la espalda de un ángel,y el ángel sobre las tinieblas y las tinieblas sobre algo que sólo Dios conoce", lo cual exigiría por fuerza que la magnitud del mundo fuese infinita, tesis que es esencialmente impía".



"Esta escuela, además, abomina de toda demostración apodíctica, y para justificar su odio no hace más que decir: "Nos está prohibida la dialéctica". Pero yo quisiera saber quién se la ha prohibido, cuando el mismo Dios en su Libro, revelado a su Profeta, le dice: "Y argúyeles en las mejores formas". Y en otro lugar pone en boca del pueblo de Noé estas palabras: "¡Oh, Noé!; tú nos has argüído y tus argumentos han sido muchos". Además, en algunos pasajes de su Libro sienta los principios fundamentales de las razones apodícticas a que nosotros aludimos en varios lugares de esta obra, invitándonos a que meditemos sobre la creación de los cielos y la tierra, la cual meditación no puede ser perfecta sin conocer de antemano la forma de los cielos y la tierra, la traslación de los astros a sus esferas, la diversidad de sus movimientos que determina su orto y ocaso, sus epiciclos..., e igualmente el conocimiento de las órbitas, de la eclíptica, de su declinación y del ecuador. Del mismo modo es preciso conocer las calidades físicas y mixtión de los cuatro elementos y sus accidentes, como también la composición histológica de los miembros del animal, es decir, sus varios principios, nervios, músculos, huesos, venas y arterias, la organización de unos miembros con otros, sus facultades... Porque quien de todo esto se da cuenta y lo conoce, ve claramente la existencia de un gran poder y se certifica de que allí hay una obra de arte evidentísima y por tanto una voluntad de un Ser que la ha creado libremente, puesto que la variabilidad de aquellos movimientos cósmicos obliga como por fuerza a reconocer que ninguno de los seres naturales subsiste por sí mismo sin la intervención de un Ser que los conserve y gobierne..."

"Pero todavía van más allá algunos adeptos de esta escuela, atreviéndose a lanzar un embuste capaz de poner los pelos de punta, y es que afirman de plano que la religión no debe ser aceptada por razones de ningún género (¡con lo cual los incrédulos se regodean de gusto!), pues únicamente se la debe consolidar mediante la invitación, primero, y con la fuerza de las armas, después... Tal doctrina no puede menos de ser un vigoroso acicate para provocar en el espíritu de la escuela primera la incredulidad y para que reposen tranquilos en su falta de fe, puesto que no ven en la turba de sus adversarios sino hombres que tan neciamente piensan".

"Pero hay más aún: en la hipérbole de su locura llegan al extremo de calumniar nuestros libros (que no conocen, porque ni los han estudiado, ni

siquiera han visto de ellos una palabra, ni los han leído, ni tampoco se han enterado de lo que contienen por personas fidedignas), diciendo que son como los libros de astronomía o como los de Aristóteles que tratan de las leyes del razonamiento. Mas todos estos libros son libros innocuos, útiles, que sirven para demostrar la unidad de Dios y su omnipotencia, y altamente provechosos además para poder hacer la crítica de los conocimientos humanos. Sobre todo, los libros que dan las leyes del razonamiento tienen enorme utilidad en la ciencia del derecho, ya que por ellos se averigua cómo se puede y debe llegar a descubrir la solución de cada caso jurídico en los textos legales, cómo debe tomarse cada término según su valor lógico, cómo distinguir el término propio del término general, el implícito del explícito, cómo enlazar unas con otras las palabras para construir la proposición o frase, cómo relacionar previamente las premisas para sacar las consecuencias, cuáles de éstas son siempre y necesariamente verdaderas, cuáles lo son a veces y a veces no, cuáles no lo son jamás, qué leyes lógicas conviene observar para no salirse de la verdad y caer en el sofisma, en qué consiste el razonamiento retórico, en qué la inducción, y otras muchas cosas cuyo conocimiento es inexcusable para el jurisconsulto que haya de resolver por sí mismo los casos jurídicos en interés de sí propio y de los fieles".

"Por eso cuando hemos visto la gravísima adversidad que al Islam aflige por causa de estas dos escuelas o partidos que acabamos de explicar, hemos pensado que sería obra altamente meritoria y excelentísima el poner en claro este intrincado problema, con la ayuda de Dios y el poder de su gracia, diciendo que todo aquello cuya verdad consta por demostración apodíctica, todo ello, sea lo que quiera, estará consignado textualmente y literalmente en el Alcorán y en la palabra del Profeta, y así lo reconoce todo el que lo estudia concienzudamente y es ayudado por Dios para que lo entienda. En cambio, todo lo demás, todo lo que no consta que es verdad por demostración apodíctica, lo que sólo se funda en razones retóricas, de mera persuasión, o en argumentos polémicos, todo eso no está ni en el Alcorán ni en la palabra del Profeta. ¡Líbrenos Dios de pensar que su palabra y la de su Profeta afirmen cosa alguna que el testimonio de los sentidos o razones apodícticas contradigan! ¡Sólo pueden sostener eso quienes hayan perdido la fe en los dos textos revelados y se empeñen en negar su verdad!... Porque nosotros nada tenemos que ver con el Comentario alcoránico del embustero Al-Kalbi ni con obras semejantes o con las tradiciones proféticas trasmitidas por testigos de veracidad sospechosa; solamente argüímos con las que han sido trasmitidas por los doctores fidedignos, de autoridad sólida, por los más eminentes maestros de los tradicionalistas, siempre que en la cadena de los trasmisores no exista solución de continuidad hasta llegar al Profeta. En tales tradiciones auténticas es donde encontrará cuanto hemos dicho todo el que las estudie escrupulosamente".

Del *Fisal* de Ben Hazm (Trad. Asín: Abenházam de Córdoba, 149-157).



## DE RE FILOLOGICA: EL ARABE DE AL-ANDALUS Y LA LENGUA SIGUE AL IMPERIO

*Los orientales y berberiscos establecidos en España tras la conquista y en el curso del siglo VIII, junto a sus lenguas maternas: el árabe y el algarabí (de algarabí —la lengua de Occidente— resultó algarabía), conocieron pronto el romance español, que aprendieron de sus madres peninsulares. Hemos visto hablarle a jueces, magnates y califas. Pero pronto también los hispanos —musulmanes y cristianos— se habituaron a usar el idioma de sus dominadores, pues en el siglo IX San Eulogio se quejaba ya de la devoción de los mozárabes por la lengua arábiga. La difusión de ésta entre los españoles no pudo menos de deformarla. Las bocas hispanas cambiaron muchos sonidos del árabe clásico y, como otro tanto hicieron las bocas bereberes de Al-Andalus, se llegó a la formación del árabe* andaluxí *y a la variedad dialectal que comprueban muchos textos. Entre ellos destacan las palabras siguientes del gran polígrafo cordobés Ben Hazm, cuyo genio le llevó a formular ya, en la primera mitad del siglo XI, el pensamiento que refleja la vinculación entre las lenguas y el imperio.*

Dicen algunos que esa lengua primera fué el siriaco; otros dicen que el griego; otros, que el hebreo; otros, en fin, que el árabe. ¡Dios sabe la verdad! Ahora, lo que sí sabemos de cierto es que el siriaco, el hebreo y el árabe —entendiendo por árabe la lengua de Mudzar y Rabia, no la de Himyar— son una sola lengua que ha experimentado diferentes alteraciones en los distintos lugares habitados por quienes la hablaban, naciendo así en ella roces como los que produce el andalusí cuando intenta hablar como las gentes de Al-Qayrawan (Túnez) o el qayrawaní cuando intenta hablar como el andalusí, o el jurasaní cuando intenta hablar como ambos. Nosotros mismos encontramos que quien oye la lengua de los habitantes de Fahs al-Ballut —que está a la distancia de una sola noche de Córdoba— casi llega a decir que es otra lengua distinta de la de los habitantes de Córdoba. Y asimismo sucede en muchos países, pues por la vecindad de la gente de un país con otra nación se altera su lengua de modo tal que no escapa a la observación de quien en ello se fija. También encontramos que el vulgo altera a veces las palabras de la lengua árabe, apartándose tanto de la raíz originaria de la voz, que resulta ser ya otra lengua sin discusión. Así encontramos que dicen, al pronunciar la palabra al-ᶜinab (la uva), al-ᶜaynab; y al pronunciar al-sut (el azote), astut; y para decir tzalatza dananir (tres dinares), pronuncian tzalatda. El berberisco, cuando habla árabe y quiere decir al-xachara (el árbol), dice al-sachara. Y cuando el gallego habla árabe, sustituye las letras ᶜayn y hha' por la letra ha', y así dice Muhamma-

dan (Mahoma) en vez de Muhhammadan, y lo mismo en otros muchos casos semejantes.

Pues bien: el que examina atentamente las lenguas árabes, hebrea y siriaca, adquiere la certeza de que las diferencias que entre ellas existen son tan sólo de estas mismas que acabamos de mencionar, es decir, alteraciones fónicas que las palabras experimentan y que son debidas, ya al largo tiempo de su empleo, ya a los diferentes países en que la lengua se habla, ya a la vecindad de otros pueblos, aunque todas tres sean una sola y la misma lengua en su origen.

Una vez que consta esto de cierto, el siriaco es el origen común del árabe y del hebreo. La opinión más corriente es que Ismail fué el primero que habló en árabe, que ha sido después la lengua de sus descendientes, y que el hebreo fué la lengua de Isaaq y de sus hijos; del siriaco, en cambio, consta, sin ningún género de duda, que fué la lengua de Abrahán, según lo acredita la tradición más generalizada, bastante para engendrar ciencia cierta. Por lo tanto, el siriaco es el origen común de las otras dos lenguas.

Dicen algunos que el griego es la más simple de las lenguas. Pero quizá esto sea tan sólo ahora, pues la mayoría de las lenguas decaen y hasta desaparecen al decaer el imperio político del pueblo que las habla e invadir su país otros pueblos o al ser aquél trasladado a otras tierras y mezclarse con otras gentes, pues lo que fija y conserva la lengua de una nación, así como sus ciencias y su historia, es únicamente la fuerza de su imperio político, acompañado del bienestar alegre y del vagar de sus habitantes; en cambio, pueblo que pierde su imperio político y se ve dominado por sus enemigos y lleno de preocupaciones por el temor, por las necesidades, por la vil condición a que está sometido de trabajar en servicio de sus adversarios, puede ya darse por segura en él la muerte de sus ideas y hasta cabe a veces que ello sea causa ocasional de la desaparición de su lengua propia, del olvido de sus orígenes e historia y de la pérdida total de sus ciencias. Es éste un hecho de experiencia sensible, además de acreditarlo con toda evidencia la razón. Ahora bien, desde que el pueblo siriaco perdió su imperio político por completo, han transcurrido millares de años, de los cuales basta una mínima parte para que su lengua se haya olvidado del todo. ¿Cómo, pues, no se habría de haber perdido, por lo menos, la mayor parte de ella? Sin embargo, sólo Dios sabe la verdad.

Del *Kitab al-Ihkam fi usul al-Ahkam* de BEN HAZM
(Trad. Asín, Al-Andalus, IV, 276).

## UN JUDIO, VISIR EN GRANADA

*Badis rigió el nuevo reino granadino, apoyado en sus soldados; y con ellos extendió sus fronteras a Málaga y a Córdoba. En Granada había desde siempre una numerosa población israelita, hasta el punto de que solía llamársela Granada la de los judíos. Un ministro de tal raza, Samuel, había logrado captar la confianza de Badis antes de que éste ascendiera al trono y como visir gobernó luego en su nombre. No podía ser mayor el contraste que separaba a la ignorancia, la bravura, la crueldad y el ciego ímpetu del soberano, y el talento político, la reflexión, la cultura refinada y la suavidad de su ministro. Como sus caracteres se completaban, se entendieron a maravilla. Sin la astucia del hebreo, la barbarie del bereber habría fracasado. Eran dos personalidades extraordinarias. Les retratan las dos noticias que siguen. Y el elogio de Samuel por el más grande de los historiadores hispanomusulmanes, su contemporáneo además, nos descubre todas las facetas: inteligencia, saber, refinamiento, doblez y astucia del judío genial.*



Badis concibió la intención de dar muerte a todos los habitantes árabes de su capital. Quiso reunirlos en un solo lugar para exterminarlos; no confiaba en estar seguro y en vivir tranquilo sino cuando en Granada sólo quedaran bereberes y esclavos negros. Fijó el viernes siguiente para la ejecución de su proyecto, cuando todo el pueblo estuviese reunido en la mezquita catedral; pero como no emprendía nada sin consultar al visir, el judío que gobernaba todo, le consultó también secretamente sobre el plan que había concebido y le ordenó que no lo divulgara; añadió que estaba formalmente decidido a ejecutarle, le aprobara o no. El judío juzgó malo el proyecto e intentó apartar de él al príncipe; le pidió que esperara y que reflexionara maduramente sobre las consecuencias de tal acción. "Supongamos, le dijo, que todo pasa según vuestros deseos; supongamos que conseguís exterminar a los árabes y no tengamos en cuenta los peligros de una tal empresa; supongamos que habéis reducido a la imposibilidad de haceros daño a cuantos habitan en vuestra capital y en vuestros dominios; pero, ¿creéis que entonces los otros hombres de raza árabe (del resto de Al-Andalus) olvidarán la desdicha que ha golpeado a sus compatriotas? ¿Creéis que permanecerán tranquilos en sus casas? Ciertamente no; los veo ya acudir furiosos; cada uno blandirá su cimitarra sobre vuestra cabeza; enemigos innumerables, como las olas del mar, caerán sobre vos y sobre vuestros ejércitos". Pero Badis no quiso escuchar el consejo de su visir; le hizo prometer que guardaría secreto y dió órdenes al oficial encargado de reunir al ejército a fin de que todo estuviera preparado para el viernes, día en que contaba ejecutar su plan; ese día los soldados debían estar completamente armados y se les debía pasar revista. Pero la inquietud se extendió por toda la ciudad y se dice que el judío envió secretamente, cerca de los principales musulmanes, mujeres que les conocían, y que así les hizo aconsejar que se abstuvieran de ir a la mezquita el viernes siguiente y que por el contrario se ocultasen. Los árabes de Granada conocieron, pues, el propósito de Badis; se guardaron bien de acudir a la mezquita y el día señalado nadie concurrió a ella, a excepción de algunos hombres del bajo pueblo que no encontraron en la

mezquita sino a los jeques bereberes y a otros hombres también pertenecientes a las clases bajas de la sociedad. Furioso al ver fracasar su proyecto, y convencido de que había sido traicionado el secreto, hizo venir a su visir y le reprochó haber descubierto sus planes. El visir negó la acusación de que Badis le hacía objeto y dijo: "¿Cómo podéis reprochar al pueblo que esté prevenido? Habéis armado y reunido todas vuestras tropas sin ninguna razón; no habéis anunciado que os ibais a poner en marcha con ellas; ningún enemigo os ataca; y al no hallar motivada la reunión del ejército, el pueblo ha sospechado, naturalmente, que era a él a quien queríais combatir. En lugar de enojaros, debíais mejor dar gracias a Alá que os ha preservado de una venganza, porque en lugar de reunirse todos contra vos, para atacaros, vuestros súbditos han permanecido tranquilos en sus casas. Considerad el caso a sangre fría, porque un día aprobaréis mi manera de ver y encontraréis excelentes los consejos que os he dado". Un jeque sinhacha apoyó al visir y Badis se dejó persuadir al cabo y Alá le abrió los ojos.

---

Este hombre maldito (el judío), aunque Alá no le había hecho conocer la sola religión verdadera, era sin embargo un hombre superior, poseía extensos conocimientos; sufría con paciencia las conductas torpes; a un espíritu lúcido y notable por su vivacidad, a maneras dulces y amables, unía un carácter firme, hábil y sagaz. Siempre de una cortesanía exquisita, sabía aprovechar todas las circunstancias, poseía el talento de halagar a sus enemigos y de ganarlos y desarmar su odio por su dulzura. ¡Qué hombre extraordinario! Escribía en las dos lenguas (árabe y hebreo); había estudiado la literatura de las dos naciones; había profundizado en los primores de la lengua arábiga y se había familiarizado con los escritos de los gramáticos más sutiles.

Hablaba y escribía, pues, el árabe con una gran facilidad; empleando tal lengua en sus propias cartas y en las que enviaba en nombre del soberano; se servía de las fórmulas habituales a los musulmanes, dirigía alabanzas a Alá, imploraba la bendición de Alá para Mahoma nuestro Profeta, y exhortaba a quien recibía la carta a vivir piadosamente según los preceptos del islamismo, cuya benéfica influencia glorificaba. En resumen, habría podido creerse que sus cartas estaban escritas por un buen musulmán, ni más ni menos. Sobresalía, además, en las ciencias de los antiguos (de los griegos), las ciencias exactas, y sobrepasaba a los que se consagraban a ellas, por su conocimiento de la astronomía, que había estudiado con atención minuciosa. En las matemáticas y en la lógica poseía conocimientos suficientes; pero era superior en la dialéctica y en tal terreno vencía siempre a sus adversarios. No obstante la vivacidad de su espíritu, hablaba poco y pensaba mucho. Reunió una hermosa biblioteca. Murió en la segunda decena de Muharram del año 459 [2-11 diciembre 1066-léase 1055]. Los judíos cargaron su ataúd sobre sus hombros y le llevaron al cementerio, dominados



por un profundo dolor; lloraron su muerte lanzando largos gemidos. Ismail había hecho estudiar a su hijo Yusuf (José), llamado Abu Husain; le había dado como preceptores sabios de diferentes países y le había recomendado aplicarse al conocimiento del estilo epistolar. Cuando el joven hubo terminado su formación, su padre le alcanzó la secretaría del hijo de su señor, Buluggin ben Badis, príncipe heredero, cuya muerte preparó Yusuf. Cuando murió Ismail en la fecha indicada, Badis concedió su confianza a José; le agradaba su compañía y miraba al hijo como sustituto de su padre.

Del *Matin* de BEN HAYYAN (Según versión francesa de Dozy, Al-Bayano' l-Mogrib, 94).

## FORMULAS DE DOCUMENTOS NOTARIALES SOBRE PROBLEMAS DE DERECHO MATRIMONIAL

*El derecho matrimonial es excelente espejo para reflejar la organización de la familia en cualquier pueblo, y mejor que los preceptos legales a él relativos sácanle a plena luz las actas de aplicación del derecho. He aquí por qué tiene gran interés el capítulo relativo al matrimonio, del formulario de un notario toledano del siglo XI, Ben Mugayt, muerto en 459[1066-1067]. Las fórmulas del mismo, que transcribo, completan el cuadro de la sociedad árabe de la época de los reinos de Taifas.*

DE LA PÉRDIDA DE LA VIRGINIDAD POR ACCIDENTE. — Cuando una niña pierde la virginidad, su padre hará levantar la siguiente acta: "Fulano, hijo de fulano el fulani, requiere testimonio de que ha sido designio de Alá (honrado y exaltado sea) que su hija fulana, virgen, sometida a su potestad, se cayera de un peldaño o de una escalera... precipitándose desde él, o cayendo sobre tal o cual cosa, y que se perdiera su virginidad, lo cual es divulgado por su padre fulano, cuando ella es aún impúber, al tiempo de ser depuesto este testimonio, para que así sea público y notorio entre las gentes, evitando con ello la degradación moral de su hija, y para que cuando llegue a la pubertad no crea nadie más de lo que en este documento se dice haberle acaecido pecando quien otra cosa creyere y se lo imputara a fulana, difamándola con ello. Requeridos por fulano, hijo de fulano el fulani, dan testimonio de lo que ha hecho constar en este documento..., todo lo cual se verifica en tal mes de tal año".

ESCRITURA DE MANDATO OTORGADO POR EL PADRE A OTRA PERSONA PARA QUE PACTE EL MATRIMONIO DE SU HIJA VIRGEN. — (Fulano, hijo de fulano el fulani, da mandato) a fulano, hijo de fulano el fulani, para que pacte el

matrimonio de su hija virgen sometida a su potestad y tutela, cuando se le presente un hombre que le satisfaga y ofrezca una dote que considere adecuada para su hija y se obligue a cumplir las condiciones que él crea convenientes; asimismo le encomienda el cobro de la parte contante de la referida dote, instituyéndole en su lugar respecto a su hija, en virtud de mandato de delegación completa...; y fulano acepta esta facultad como parte integrante de su mandato. Dan testimonio..."

LIBERACIÓN PACTADA POR EL PADRE EN NOMBRE DE SU HIJA VIRGEN, ANTES DE HABERSE CONSUMADO EL MATRIMONIO Y REMISIÓN QUE HACE AL ESPOSO DE LA MITAD DE LA DOTE QUE ÉSTE ESTÁ OBLIGADO A ENTREGAR A LA MUJER. — Al pactar la remisión que el padre hace de la mitad de la dote, estipularás: "Fulano, hijo de fulano, antes de consumar el matrimonio con su esposa fulana, hija de fulano, virgen, sometida a la potestad y tutela de su padre, la libera mediante un repudio en virtud del cual ella se torna sui juris, a condición de que fulano, padre de la esposa, le perdone la mitad del naqd y del kali que él está obligado a pagar por ésta, remisión que hace el padre por considerarla acto de buena gestión para con su hija; y en virtud de esta liberación el esposo fulano queda eximido de la obligación de pagar a su esposa fulana toda la dote. Requeridos por fulano, hijo de fulano, y fulano, hijo de fulano, dan testimonio, invocable en contra de ambos, de lo que respecto a ellos consta en este documento, quienes los conocen y les oyeron lo aquí contenido, estando ambos en estado de buena salud y plena capacidad. Y esto se verifica en tal fecha".

DONACIÓN "PROPTER NUPCIAS". — Dice Abu Chafar: "Si el padre hace una donación a su hija virgen, estipularás en la correspondiente escritura: "Fulano, hijo de fulano, da a su hija fulana, virgen, sometida a su potestad y tutela, al tiempo de contratar el matrimonio con su marido fulano, hijo de fulano, una casa en tal población, sita en tal distrito, en el barrio de tal mezquita, cuyos límites por sus cuatro lados son tales, con los derechos y usos inherentes a ella y que de su propiedad se desprenden, en concepto de donación, conociendo su importe y monto. Y a base de ella se pacta el matrimonio entre fulano y su esposa fulana, por lo cual el esposo le aumenta la dote en su naqd y en su kali. Requeridos por el donante fulano, dan testimonio...", y continuarás hasta la fecha. Luego dirás, al hablar de los testigos: "De los cuales requiere, asimismo, testimonio el contrayente fulano acerca de que de él consta en este documento".

ESCRITURA DE REPUDIACIÓN DESPUÉS DE CONSUMAR EL MATRIMONIO. — Fulano, hijo de fulano el fulani, repudia con un repudio suní a su esposa fulana, hija de fulano el fulani, después de haber consumado el matrimonio con ella y en un período intermenstrual durante el cual no tuvieron relación carnal alguna. Requeridos por el repudiante fulano, hijo de fulano, dan



testimonio, invocable en contra suya, de lo que respecto a él consta en este documento, quienes lo conocen y le oyeron lo aquí contenido, hallándose él en estado de buena salud y plena capacidad; todo lo cual se verifica en tal mes de tal año".

ESCRITURA DE AUSENCIA DEL ESPOSO. — "Los testigos cuyos nombres constan al pie de este documento dan testimonio de que conocen personal y nominalmente a fulano, hijo de fulano, y de que éste, al pactar la dote de su esposa fulana, hija de fulano, con motivo del matrimonio que los une, se comprometió a no ausentarse de su lado, cerca ni lejos, más de seis meses consecutivos, a no ser para cumplir la peregrinación obligatoria que a él en persona le concierne, en cuyo caso tiene derecho a una ausencia de dos años completos, pudiendo obrar su esposa, si él no cumple este compromiso, como le plazca. Asimismo dan testimonio de que el esposo se ha ausentado de su lado, a tal lugar o a un lugar de España para ellos desconocido, más tiempo del convenido y con finalidad que no es la peregrinación, sin que ellos sepan que haya regresado hasta el momento en que deponen su testimonio en esta escritura, lo cual tiene lugar en tal fecha".

DE LA AUTORIZACIÓN QUE DA LA ESPOSA A SU MARIDO PARA QUE TOME CONCUBINA. — Si la esposa autoriza al marido para que tome concubina conjuntamente con ella, estipularás: "Fulana, hija de fulano, requiere testimonio, invocable en contra de ella, de los testigos mencionados en esta escritura, de que su esposo fulano, hijo de fulano, le ha pedido permiso para tener concubina, pues una de las condiciones estipuladas a cargo de dicho esposo, en favor de ella, es que si tomaba concubina contra la voluntad de la esposa, ésta podría obrar a su arbitrio respecto a la concubina, vendiéndola o reteniéndola a su voluntad; y la esposa se lo permite, autorizándole a tomar concubina y renunciando a la mencionada condición a que tenía derecho, cosa que hace de grado y voluntariamente. Dan testimonio..."

Del *Formulario Notarial* de BEN MUGAYT (Trad. Vila: Anuario de historia del derecho español, VIII, 186, 177, 139, 124, 182, 165, 115).

## ORGULLO, CRIMEN Y CAIDA DEL SEGUNDO VISIR JUDIO DE GRANADA

*Salvo excepciones, no suelen los hijos heredar las calidades de sus padres, aunque a veces les superen en otras condiciones. El genial Samuel engendró un hijo mediocre. No hubiera sabido ganarse por propio esfuerzo su propia nombradía. Heredó la posición de su padre pero no supo conservarla. Yusuf, o José, era muy inferior en talento a su progenitor mas le superaba en orgullo y en audacia. Le sucedió en la confianza de Badis*

*—el Príncipe Excelente, como sus cortesanos le llamaron— y en el gobierno del reino. Badis fué contemporáneo de Al-Mutadid, de Sevilla. Si el hijo y sucesor de éste, Al-Mutamid, fué poeta, el nieto del rey granadino —Dozy le tuvo por sobrino— Abd Allah, fué historiador. Se han descubierto no hace mucho fragmentos de sus* Memorias. *En uno de ellos nos pinta los postreros años del gobierno de su abuelo. Su cuadro de una corte musulmana en los tiempos que precedieron al asesinato del segundo visir judío de Granada, en 1067, tiene valor inapreciable para conocer la España musulmana de la época. He aquí algunos pasajes de tales* Memorias.

### Estampas de la vida de una corte andaluza

El visir judío reunió a sus confidentes y les comunicó las malas disposiciones para con él de Sayf Al-Dawla. El más inteligente y sagaz de entre ellos le dijo: "No cuentes con mantenerte en el gobierno a la muerte del señor (Badis ben Habus) y no esperes nada de Sayf Al-Dawla. Mejor será que pienses en quién vas a colocar en el trono si muere el príncipe. ¿Lo has decidido ya? Arréglatelas para envenenar a Sayf Al-Dawla, su hermano Maksan carece de carácter. Si haces morir al uno y aseguras el trono al otro, éste no olvidará el servicio que le habrás hecho". El visir concibió entonces el propósito de administrar a Sayf Al-Dawla un brebaje envenenado. La cosa le era tanto más fácil cuanto que mi padre se entregaba con frecuencia en su campañía y aun en su casa a repetidas libaciones. Conforme a su costumbre un día fué a beber en casa del visir. Apenas salió de ella comenzó a vomitar y cayó por tierra, y sólo con gran trabajo pudo ponerse en camino para volver a su morada. Su agonía duró dos días y acabó muriendo — que Alá sea misericordioso con él.

He escuchado a uno de los oficiales de eunucos de Badis el relato siguiente: "Un día Sayf Al-Dawla me envió a buscar y me dijo: "Ve a ver a las reinas madres y diles que tengo la intención de hacer perecer al judío". Yo le respondí, continuó el eunuco: "No quiero encargarme de tal comisión, porque sin duda (el judío) será informado (de tus palabras). Si realmente quisieras matarle, sería necesario que no dieras noticia de tus propósitos ni a mí ni a ninguna de las criaturas de Dios". Y me di cuenta de que era su estado de ebriedad el que le inspiraba tales pensamientos".

Otra circunstancia había ya antes contribuído a envenenar las cosas. Mi padre mantenía relaciones nada amistosas con las reinas madres, quienes habían educado a su hijo Al-Muizz, mi hermano, y le negaban el dinero que daban con largueza al muchacho. Mi padre hubo por ello de recurrir al judío para procurarse plata. Como las princesas se lo reprochasen y procuraran impedirle que frecuentase al judío, éste acabó por apercibirse de ello; y mi padre y él se pusieron de acuerdo para denunciar a las mujeres ante el soberano y para acusarles de haber sustraído algunas



sumas de dinero del tesoro real y de haberlas enviado fuera de la corte. Mi abuelo examinó la denuncia y se dió cuenta de la desavenencia que había surgido entre las reinas madres y Sayf Al-Dawla, y éste incurrió a la vez en los reproches de su padre y de las damas. Estas hallaron además un modo de excusarse de la acusación calumniosa de que eran víctimas, y Sayf Al-Dawla, viendo que su padre se había colocado de parte de (las reinas madres), hubo de reconciliarse con ellas y al fin de cuentas toda esta historia cayó sobre la cabeza del judío, lo que no hizo sino acrecentar su odio y su deseo de venganza, en el momento mismo en que el decreto divino iba a hacer de él instrumento de la pérdida de Sayf Al-Dawla.

El judío, cuando sus relaciones con éste comenzaban a alterarse, había retenido en su provecho una gran parte del monto de los impuestos provenientes de Guadix. Sayf Al-Dawla se quejó de ello a su padre. "El cerdo" se arregló entonces para invitar a mi padre a su casa a beber, y cuando estuvo borracho, ordenó a sus hijos y a las mujeres de su morada que se presentasen cubiertos con trajes de duelo. Mi padre, emocionado por sus actitudes y sus llantos, dijo al visir: "¿Quién ha muerto en tu casa? —La causa de nuestro duelo, replicó el judío, es el hecho de que una gruesa suma de dinero no ha podido serte entregada, con motivo del retraso de los súbditos del reino en pagar los impuestos. Pero hoy será un día feliz para los míos. Tranquiliza a mi familia escribiendo un billete en que me dispenses de pagar tal suma, en espera de que te sea entregada. ¡Los míos son presa del temor y del espanto! Muéstrales toda tu generosidad redactando ese recibo!" El judío acabó por obtener lo que deseaba, mi padre extendió el recibo y, papel en mano, el visir marchó en seguida a casa del soberano (Badis) y le dijo: "Tu hijo gasta su dinero con los visires y por beber sin descanso. He aquí el billete en que se declara pagado. ¿De qué se queja por tanto?" Sayf Al-Dawla se expuso una vez más a los reproches de su padre y nada consiguió cerca del visir ni cerca de las mujeres, porque Alá había decidido el fin de su vida. Quiera Alá que le sirvan en el otro mundo sus buenas intenciones y la pureza de conducta con las clases superiores e inferiores del reino.

La noticia de la muerte de mi padre fué muy sentida por la población que había concebido la esperanza de que haría reinar la justicia. Las gentes se agitaron y proyectaron matar al judío. Esta agitación fué el signo precursor de su pérdida, que sólo retardó el temor al castigo del soberano. Continuó persiguiendo con odio a la familia de Awlad al-Qarawi y afirmó a Al-Muzaffar (Badis) que sus miembros habían alabado a su hijo el abuso continuo del vino, hasta el punto de que por ello había perdido la vida. Los Awlad al-Qarawi tuvieron que sufrir grandes males con motivo de tal acusación: fueron expulsados de los lugares que habitaban, les fueron tomados sus bienes y algunos de entre ellos, visires adictos a la persona de mi padre, fueron condenados a muerte. Y sin embargo el verdadero culpable permaneció al abrigo de toda sospecha.

Cuando Sayf Al-Dawla fué muerto, el judío procuró imitar a los ministros de los Abbasíes, los Barmecidas, y se esforzó en asegurar la sucesión de mi tío Maksan. Por entonces mi abuelo era ya viejo, y con ocasión de la edad y de la muerte de su hijo, dejó de continuar sus conquistas y abandonó al judío el cuidado de ocuparse, en su lugar, de los asuntos de Estado. El visir pudo entonces ejercer el poder a su gusto. El solo deseo de mi abuelo, el más vivo y al que consagró todos sus esfuerzos fué la toma de Málaga... Habiendo llegado al cabo a lograr sus ambiciones, con la entera sumisión de la ciudad, se juzgó satisfecho y no pensó sino en gozar de su poder. Esto fué causa de los disgustos que hubo de sufrir en seguida, porque concedió su entera confianza a sus visires y a los gobernadores de los territorios, como contaré a continuación... Comenzó entonces un período de paz señalado por sucesos felices, se llenaron las arcas del tesoro y pasaron muchos años sin que se oyera hablar de disturbios y sin que se conociera ningún desorden. Después, la situación llegó a ser mala: el judío —que Alá le maldiga— nos traicionó y Guadix con su territorio pasó al poder de Al-Mutasim ben Sumadih (rey de Almería). Los príncipes se lanzaron sobre nuestras posesiones hasta el punto de que no nos quedó sino Granada, Almuñécar, Priego y Cabra. Corrió pronto la noticia de que Badis, el Príncipe Excelente, había muerto (hacía tiempo, en efecto, que se sustraía a las miradas de sus súbditos), las plazas fuertes fueron entonces evacuadas por sus guarniciones y fueron ocupadas por sus habitantes, como contaré en seguida, si a Alá le agrada.

### Llegada del emigrado Al-Naya a Granada

Al-Naya vino a la corte de Al-Muzaffar en la época de mayor poderío y de mayor florecimiento de su reinado. Era un antiguo esclavo de Al-Mutadid ben Abbad —Alá tenga misericordia de él— que había formado parte del grupo de conjuradores que habían conspirado contra tal príncipe bajo la dirección de su hijo, cuya historia es bien conocida. Al-Naya llegó a Granada empujado por el destino, contra el que no hay refugio. Un cierto número de importantes *abid* (servidores de Badis) se ocuparon del mismo y pidieron gracia para él al soberano. El príncipe acogió favorablemente su ruego para conciliarse sus corazones y moverles a servirle con mayor fidelidad aún. "Este hombre, le dijeron, ha venido a tu encuentro después de haber hecho daño a otro y ha colocado su confianza en ti. Ha puesto en ti su esperanza. Lo que hagas por él no será sino la recompensa de sus buenos sentimientos hacia ti". Entró, pues, en Granada, lo que fué una suerte para él, pero un peligro para el gobierno. Al principio se portó con los funcionarios de manera excelente. Les testimonió tales muestras de respeto que alabaron su conducta y le ayudaron cerca del sultán, quien acabó por emplearle en uno de sus servicios y le confió un puesto en el comando militar.



Llevado de su deseo de vengarse de los Abbadíes, probó su talento en el curso de la guerra de Málaga y se atrajo la simpatía de algunos grupos del ejército en esta ciudad, donde ejercía mando a las órdenes del general Muqatil ben Yahya, que la regía. Muqatil cada vez que se realizaba una expedición militar en tierras de Ben Abbad, no dejaba de informar (al sultán) Al-Muzaffar de la capacidad de que había dado muestra Al-Naya, a tal punto que no estaba lejos de atribuirle todo el mérito del éxito. Tanto y tan bien le alabó que el soberano acabó por enviar una orden por la que asoció a los dos en el gobierno de Málaga, de la que Al-Naya fué en adelante caid como Muqatil. Al-Naya continuó desplegando una gran actividad y su reputación siguió creciendo. Al-Muzaffar aumentó las gracias que le dispensaba y cuando iba a Málaga se alojaba en su casa y bebía en su compañía. A medida que pasó el tiempo no cesó de aumentar sus honores y de mejorar su situación. Con ocasión de su intimidad con el sultán, aprovechaba Al-Naya los instantes que pasaba a solas con él y en que podía sacar partido de su ebriedad en su provecho, para dañar al judío en su concepto, y decirle: "Ha comido tu dinero, se ha convertido en dueño de la mayor parte de tu fortuna y ha hecho construir un palacio más hermoso que el tuyo! ¡Vamos, vamos, te es preciso apartarle del poder y, suprimiéndole, conseguir la gratitud de los musulmanes!" Al-Muzaffar le hacía entonces promesas y le decía: "Es necesario que llegue a hacer lo que me aconsejas y te encargaré a ti mismo de matarle". Tales conversaciones llegaron sin duda a oídos de los *abid* o servidores del soberano, a los que éste no prestaba atención. Con la esperanza de una gratificación, algunos de ellos fueron en el acto a referírselas al judío. Con ello aumentó la furia y el terror de este cerdo, que casi moría de inquietud y de irritación, sin contar el odio que sentía contra Al-Naya, por el rango considerable a que había llegado en su propio detrimento. Con todas sus fuerzas deseaba perderle a los ojos del sultán, pero éste no aceptaba sus quejas. Viendo que no cesaba de mejorar la posición de Al-Naya y temiendo que empujase al soberano a hacerle perecer, el judío se descorazonó y se dijo: "Sólo por la gloria del príncipe he tratado hasta aquí a las gentes con desprecio, creía que su protección y solicitud me colocarían al abrigo de sus violencias, pero ahora he perdido toda esperanza, porque no puedo fiarme del sultán puesto que se me persigue con odio cerca del mismo y el populacho desea mi muerte, aunque nosotros los judíos somos muy pocos y poca cosa sobre la tierra".

### Expulsión del príncipe Maksan ben Badis

Antes de esta época el judío había intentado atraerse a mi tío Maksan con la esperanza de que podría apoyarse en él. Pero Maksan le trataba con la mayor severidad. Nadie había a su lado para dirigirle y para aconsejarle que le diera pruebas de consideración, y había acabado por decir al judío

cara a cara: "¿Deseas matarme como has matado a mi hermano?" Estas palabras hicieron gran impresión en el judío. Maksan tenía, además, una conducta detestable, no tenía respeto por nadie y hablaba groseramente; lanzaba tales amenazas que acabó por ser odiado por las gentes de la corte de su padre; se le detestaba y se presentaron varias quejas contra él al soberano. Por su parte la madre de Maksan había cesado de mantener amistad con el visir, que había tratado de captar la voluntad de su hijo, y había mostrado su preferencia por su tío materno, un judío llamado Abu-l-Rabi ben al-Matuni, que era perceptor de las rentas de los arrendamientos de los dominios reales. Le escribía constantemente para pedirle dinero en préstamo. El visir tuvo celos de su tío y decidió perseguirle así como a la madre de Maksan y a quienes le rodeaban. Forjó contra ellos cerca del sultán una acusación mentirosa, para la que se procuró testigos entre las gentes de la corte que querían mal a Maksan. Se excitó de tal modo al soberano contra los acusados que éste, lleno de repulsión por el crimen de que se les acusaba, ordenó la ejecución de la madre de Maksan, de sus nodrizas y de un cierto número de mujeres de su servicio. En cuanto al tío del visir éste le asesinó traidoramente en su casa cuando se hallaba bajo el imperio del vino, por las pruebas que había dado en ésta y en otras ocasiones de su desacuerdo (con él). Evitó los reproches del príncipe por este asesinato enviándole una suma considerable. El soberano aceptó y hubiera deseado que matase un judío cada día, para recibir más dinero cada vez.

Algún tiempo después Al-Muzaffar ordenó la expulsión de su hijo de su reino. Una de las causas principales de tal orden fué la circunstancia siguiente: el sultán salió un día para pasar revista a las tropas regulares, con ocasión de las hostilidades contra Ben Sumadih (de Almería). Uno de los oficiales del ejército se presentó a él y le dijo: "No está bien que coloques a la cabeza del ejército a tus servidores y a otros personajes y que apartes del mando a tu hijo. Envíanosle para la expedición; le seguiremos cualquiera que sea la suerte de nuestras armas". Se refería a Maksan. Estas palabras atormentaron a Al-Muzzafar, por la irritación que le causaba la conducta de Maksan, tal como la veía o como se la contaban, y temió que detrás de tal ruego existiese el proyecto de apartarle del poder y de confiárselo a su hijo. Por su parte el judío sintió un gran pánico al escucharle y dijo más tarde: "Tuve ese día la convicción de que iba a ser asesinado". Comunicó sus sospechas al sultán y éste ordenó en el acto que su hijo fuese expulsado de sus estados. Le hizo partir con uno de sus servidores, que debía acompañarle hasta fuera del territorio. El judío —Alá le maldiga— recomendó a tal esclavo que le llevara a cierto lugar que le precisó, donde, lejos de todo el mundo, podría cortarle la cabeza. Mi hermano Al-Muizz había sido educado por mi abuelo; las princesas que habían sido muy consideradas por él, le tenían gran cariño en recuerdo de su padre. Todas se pusieron de acuerdo con el judío para hacer desaparecer a Maksan y hacer



designar a Al-Muizz como heredero presunto. Temían que Maksan (una vez en el poder) las tratase con violencia y las castigase de la afección que sentían por su soberano y del cuidado que habían puesto en su educación. El decreto de expulsión de Maksan vino, pues, a colmar sus esperanzas. Mi tío salió de Granada en las peores condiciones, lleno de angustia y de terror. Unos aconsejaban su muerte, otros se oponían a ella y encontraban que bastaba con prohibirle vivir en el reino. Acabó por irse por un camino conocido, pero la muerte del judío en la forma que voy a referir iba a librarle de sus tormentos.

## Complot del judío

En efecto, este cerdo —que Alá le maldiga—, ante la agitación de las mujeres de palacio, viendo que cada uno de los clanes que formaban deseaba el advenimiento de aquel de los hijos o nietos del sultán que unas u otras habían educado y dándose cuenta, de otra parte, del cambio de disposición de su señor para con él y de la constancia de Al-Naya en procurar su ruina y de atentar más y más contra su honor, no encontró en la tierra ningún medio de huída y no supo cómo salvarse. Consultó sobre el caso a los más sensatos de los doctores judíos que le rodeaban y uno de ellos le dijo: "Procura salvar tu cabeza y envía delante de ti el monto de tu fortuna al país que quieras, e irás a habitarle rico y en seguridad. —"Eso sería posible —respondió— si no supiera de antemano lo que entonces pasaría: no dejaría el Príncipe Excelente de enviar un mensajero al soberano del país donde me hubiera refugiado, para decirle: "Mi visir ha salido de mi reino llevándose mis riquezas; o me le entregas o te haré la guerra". ¿Crees que el otro tomaría partido por mí contra el rey de Granada? Es una solución por la que sólo podré decidirme en el caso en que pudiera dar a ese soberano una parte del territorio de mi amo, lo que haría estallar la lucha entre ambos. Entonces estaría seguro cerca de aquel a quien yo hubiera puesto en posesión de ese territorio, no podría entregarme puesto que gracias a mí habría conseguido a la vez un nuevo dominio y gran gloria". Se pusieron entonces de acuerdo para escribir a Ben Sumadih (de Almería), porque era con quien más convenía (tratar), vista la proximidad de sus estados (a Granada) y la facilidad con que podría obtenerse de él todo el concurso necesario.

El enviado de Ben Sumadih, Ben Arqam, que eligieron para tal misión, me ha contado lo que sigue: "Fuí recibido un día por Al-Muzaffar —Alá le sea misericordioso—. Fué en una de sus residencias de recreo, a la que se había trasladado. Estaba en compañía de Al-Naya y el judío estaba detrás de él. Al-Naya se apercibió de la presencia de un médico judío del cortejo del visir. Ordenó entonces que le hicieran una afrenta y que le obligaran a bajarse de su cabalgadura en presencia del príncipe. Al-Naya mostró en

esta circunstancia la mayor insolencia y ofendió gravemente al judío, que se irritó violentamente y dijo a Ben Arqam: "¿Qué piensas de estos malos tratamientos? No puedo soportarlos más. Si no podéis nada en mi favor, me va a ser necesario acudir a otros". Ben Arqam le dijo entonces: "Eres capaz de resistir con tesón en casos semejantes. ¿Qué necesidad te impulsa a dirigirte a nosotros cuando tienes bajo tu mano al pueblo y estás encargado de recaudar los impuestos? El sultán no ha cambiado nada de tu posición. Sólo pueden molestarte los aguijonazos que recibes de ese difamador. Arréglatelas para soportar las cosas con paciencia en espera del momento en que el señor (Badis) muera, tanto más cuando que ya es viejo. Entonces conseguirás ascendiente sobre su nieto Al-Muizz y gozarás a su lado de una situación análoga a la que has tenido cerca de su abuelo. Es para ti el medio más fácil de salvarte". El judío le respondió: "Haría con gusto lo que me dices, pero Al-Muizz es todavía muy joven y está bajo la influencia de las reinas madres y de las mujeres del palacio. ¿Cómo puedo aspirar a alcanzar éxito contra ellas? Mi misma situación sería en tal caso todavía más crítica, vista la oposición de sus intereses. Sé de otra parte, de fuente segura, que el joven príncipe no me estima, por la acusación de que soy objeto de haber envenenado a su padre. He reflexionado mucho sobre todas estas circunstancias y no me permiten otra solución que plegarme a Al-Mutasim".

Ben Arqam continuó así su relato: "Penetré cerca de Al-Muzaffar para referirle a medias palabras mi conversación con el visir y le dije: "Mantente en guardia, que Alá te asista, no eres todavía tan viejo, no tienes edad que te obligue a descuidar el gobierno". Esperaba con estas palabras moverle a pedirme explicaciones suplementarias, para poder contarle una parte de la historia. Pero llamó al judío y le dijo: "Ve a buscar a Ben Arqam, pregúntale la razón de que me haya dicho "Mantente en guardia" y hazte dar por él las explicaciones necesarias". Ben Arqam continuó: "El judío vino a verme y me puso al corriente del asunto. Quedé estupefacto y como muerto y no supe qué responderle. "El cerdo" concibió entonces sospechas sobre mí, escribió a Al-Mutasim y le aconsejó que me relevara de mi misión y que la confiara a alguien seguro, que pudiera enviar (cerca de Badis). Designó aquél al efecto a su hermano de leche y le ordenó que se entendiera con el judío. Mas era difícil encontrar una estratagema para apoderarse del poder en Granada, puesto que esta ciudad era un vivero de soldados y los Sinhacha que en ella se encontraban no podían aceptar que así ocurriera. Por ello el enviado de Mutasim dijo al judío: "No te metas ni metas a Mutasim en un asunto que no puede llevarse a cabo y no vayas a comprometerte frente a Al-Muzaffar, que es rico y que puede sostener la guerra. Corremos riesgo de que nos cubra de vergüenza; serás la causa de tu pérdida y de los daños que Al-Mutasim pueda sufrir". Ante este consejo, "el cerdo" juzgó que debía expulsar de Granada a todos aquellos de quienes podía temer la sedición.



Eligió, pues, un cierto número de personajes importantes entre los Sinhacha y los Abid cuya traición temía; aconsejó al sultán que los enviara a las principales plazas fuertes e hizo redactar los rescriptos en que se les nombraba. Les dijo bajo secreto: "Sois mis hermanos. Habéis sido humillados como yo lo he sido. Lo sabéis bien. Sé qué puntos desaprobáis del gobierno del sultán y lo que os interesa y lo que no os interesa. Su reinado será por siempre para vosotros motivo de vergüenza y deshonor. He dado consejos al soberano sobre la conducta que debía seguir, pero no los ha aceptado. No se puede, sin embargo, contrariar sus mandatos. Pero temo hoy que confíe los puestos de mando de este noble país y de sus magníficas fortalezas a gentes del partido de Al-Naya, de quienes todos habríamos de sufrir, cuya presencia nos impediría permanecer dueños del gobierno y que nos tendrían bajo sus botas. No podríamos entonces, aunque nos molestara, sino recurrir a Al-Naya. Pero si por el contrario nos mantenemos firmes en nuestras fortalezas, mientras los miembros de nuestras tribus continúan en la capital, no osará dispersaros. No tardará así en perder influencia y, si quiere cambiar el estado de las cosas, le mataremos. Si el sultán se muestra riguroso contra uno de nosotros y decreta su destierro, por consejo de Al-Naya, el perjudicado por tal orden no tendrá sino que refugiarse en la fortaleza de su aliado". Sus interlocutores aprobaron sus palabras tanto más cuanto que estaban ávidos de obtener puestos de gobernadores en el país, y se apresuraron a ocupar sus cargos. Por este medio hizo enviar a Yahya ben Ifran a la ciudad de Almuñécar, a Musakkan ben Habus al-Magrali a Jaén y a otros personajes a otras capitales. El judío manifestó al sultán que estos nombramientos eran excelentes para él y que la defensa de las ciudades importantes sólo podía estar asegurada por grandes personajes. En cuanto a los gobernadores destituídos, el soberano creyó firmemente que habían incurrido en negligencia e incuria, pues Badis tenía tal confianza en el judío que a nadie escuchaba sino a él, para asegurarse de lo que hubiera de verdad en las acusaciones falsas.

### Asesinato del visir

El judío escribió entonces a Ben Sumadih para avisarle que los sediciosos habían salido de Granada y que no quedaban en la ciudad sino personajes sin importancia, que su sable segaría (como espigas) al entrar en ella. Añadía que estaba pronto a abrirle las puertas de Granada cuando emprendiera su expedición y se pusiera en camino hacia ella. Se desinteresó de todas las plazas fuertes a excepción de las capitales de provincia; y ocultando su intervención, hizo que dejasen de ser enviados los aprovisionamientos y el armamento necesarios a las guarniciones de las primeras, a fin de que hubiesen de ser evacuadas. Al-Muzaffar, sin embargo, no sospechaba nada y se entregaba a la bebida y a la holganza. Los ocupantes de las plazas fuertes,

viendo que se desinteresaban de ellos y que el sultán no se mostraba más a sus ojos aceptaron como cierto el rumor de que había muerto. Entonces, comunicado entre ellos un santo y seña, abandonaron las fortalezas y las regiones que defendían. Los soldados de Ben Sumadih llegaron en aquel momento y se apoderaron de ellas y no quedó otra plaza fuerte en poder del rey que la de Cabrera, en las proximidades de Granada, en el camino de Guadix. El judío envió en el acto un mensaje a Ben Sumadih para urgirle a ponerse en marcha contra la capital y para advertirle de que nadie le impediría avanzar. Pero Ben Sumadih encontró un pretexto para no hacer nada y tuvo miedo de emprender una expedición contra una ciudad como Granada. Sin embargo, el foso abierto entre el judío y la población se ensanchaba y aumentaban los disturbios. El judío, por temor al populacho, abandonó su casa para ir a habitar en la Alcazaba, hasta el momento en que sus esperanzas se hubiesen realizado. Esto disgustó a los habitantes de Granada, como la construcción por su orden de la fortaleza de la Alhambra, a la que se proponía trasladarse con su familia, cuando Ben Sumadih penetrase en la ciudad, hasta que se restableciera el orden. Toda la población granadina, tanto la plebe como la aristocracia, acabó por indignarse de la perfidia del judío, con motivo de los cambios llevados a cabo por él en el antiguo orden de cosas y por su acaparamiento de puestos contra la tradición; esto coincidió con el decreto divino que había dispuesto su pérdida, el sábado 10 de Safar 459 [31 diciembre 1066]. En el curso de la noche precedente, el judío había convidado a beber a un cierto número de servidores de Al-Muzaffar, que eran sus aliados y estaban de acuerdo con él. Entre ellos había algunos que le detestaban en secreto. Les informó del asunto de Ben Sumadih, previniéndoles de que iba a llegar y que les donaría en plena propiedad éstas y las otras aldeas de la vega de Granada. Uno de esos Abid, que le odiaba ocultamente, avanzó entonces hacia él y le dijo: "Sabemos todo eso; en lugar de prometernos la propiedad de tales feudos es mejor que nos digas si nuestro señor está vivo o muerto". Gentes del séquito del judío le hicieron callar y le censuraron por haber hablado así. El esclavo se sintió mortificado por tales críticas y se fué. Borracho, al huír, llamó a la multitud con sus gritos diciendo: "¡Sabed que Al-Muzaffar ha sido asesinado por el judío y que Ben Sumadih va a entrar en Granada!" Tanto la plebe como la aristocracia dieron crédito a tales palabras y vinieron decididos a matar al judío. Este encontró medio de hacer salir a presencia del pueblo a Al-Muzaffar y dijo a las gentes: "Aquí está vuestro sultán en buena salud". El soberano intentó calmar al pueblo, pero fué impotente para lograrlo y la situación empeoró. El judío huyó al interior del palacio, pero la plebe le siguió, acabó por apoderarse de él y le mató. Mató en seguida a todos los judíos de la ciudad y se apoderó de grandes cantidades de sus riquezas. Los Sinhacha se enardecieron desde tal momento y mostraron su escasa sumisión respecto al príncipe. Tuvo éste que hacer frente a la revuelta que estalló por doquier, en instantes en que ellos mismos tenían los puestos de



visires y de consejeros. Al-Muzaffar estaba lleno de temor y no contaba gran cosa. Les guardaba rencor por la suerte que habían reservado a su visir, sin saber de qué delitos se había hecho culpable y sin creer lo que le decían de él. Pero se resignó a su presencia y procuró atraérseles y tener paciencia hasta el momento en que pudo recobrar su territorio por las armas y reducirlos a obediencia, en la forma que referiré en seguida.

De las *Memorias* de Abd Allah, último rey Ziri de Granada (Según versión francesa de Lévi-Provençal. Al-Andalus, 1935, III, 283, 291, 293, 295).

## BEN AMMAR Y AL-MUTAMID

*La vida real de muchos hombres públicos ha sido una fantástica novela de aventuras. Pocas de esas vidas peregrinas han alcanzado los contornos de la existencia del pobre joven del Algarbe que fué Ben Ammar. Nacido de obscuro linaje, en el extremo suroeste de Al-Andalus, que baten las olas del Atlántico, Ben Ammar fué primero estudiante y luego juglar. Conquistó después el amor de un príncipe. Gobernó en su nombre su país natal, con fantasía de poeta y con pompa de advenedizo. Ministro omnipotente y negociador sutil, alcanzó la amistad del gran enemigo de su pueblo: el rey cristiano. Ganó reinos, a punta de lanza, para su soberano. Ebrio de tanto medro fabuloso, quiso seguir subiendo y llegar a ser príncipe, también. Pero la fortuna caprichosa, que le había empujado hasta tal cima, con un guiño de ojos le dejó caer hasta la sima de la desgracia. Volvió a su juglaría. Fué vendido a su viejo monarca, conoció la befa y la prisión e intentó forzar los candados de su cárcel con bellas metáforas poéticas. A punto de lograrlo, su fe en su estrella le perdió, y en una trágica escena final le ejecutó, a hachazos, el príncipe mismo cuyo amor extraño le había elevado a las cumbres de la gloria y del poder. La novela de su vida, que la historia nos lanza al rostro como un mensaje pletórico de enseñanzas y de consejos, es, además, claro exponente para juzgar, no sólo de la Sevilla de su tiempo —y de siempre—, sino también de la turbada España musulmana de la segunda mitad del siglo XI, en que fueron posibles tantos milagros humanos y en que a la postre floreció el mayor de todos los tiempos: El Cid.*

### Poesía, amistad, ingenio, traición, desgracia y crueldad

Muhammad ben Ammar, llamado Ben Ammar, llevaba el prenombre de Abu Bakr y era originario de una aldea denominada Xannabus, que formaba parte del territorio de Silves, donde se habían establecido sus antepasados. Era de obscuro linaje y ni él ni ninguno de los suyos habían ejercido

funciones administrativas; a lo menos nunca se dijo que las ejerciera ningún miembro de su familia. Fué muy joven a Silves, donde fué instruído y donde estudió literatura bajo la dirección de varios maestros, entre otros de Abu-l-Hadchach Yusuf ben Isa al-Alam. De allí marchó a Córdoba donde continuó los mismos estudios y donde llegó a ser un hábil poeta, tanto que aprovechó su talento poético para ganar su sustento. Comenzó a recorrer Al-Andalus, en busca de las larguezas, no sólo de los príncipes sino de cualquiera que aceptara sus alabanzas, cuidándose muy poco de que la recompensa procediera de un rey o de un hombre vulgar.

Se cuenta sobre tal proceder una bella historia. En el curso de sus viajes, llegó a Silves sin poseer sino su cabalgadura y sin tener qué darle de comer. Dedicó entonces unos versos a uno de los principales mercaderes de la plaza y obtuvo bastante éxito en su intento, porque recibió de él un morral lleno de cebada, que pareció a Ben Ammar, en la situación en que se hallaba, el más espléndido regalo, el don más precioso. Con el tiempo, el destino favoreció de tal manera al poeta que alcanzó una alta situación y fué nombrado gobernador de Silves y de su distrito por Al-Mutamid al-Allah, apenas ocupó el trono. Ben Ammar hizo su entrada en la ciudad rodeado de un magnífico cortejo y de una multitud de esclavos y de cortesanos y desplegando más fausto que había mostrado Mutamid mientras gobernó la ciudad en nombre de su padre Mutadid. Lo primero que hizo el nuevo gobernador de Silves fué averiguar qué había sido de su antiguo bienhechor y ante todo si vivía todavía. Al recibir respuesta afirmativa le devolvió lleno de monedas de plata el mismo morral que el mercader le había antes enviado y le hizo decir, además: "Si le hubieses llenado de trigo, yo le habría llenado ahora de oro".

Los viajes de Ben Ammar por Al-Andalus a los fines que hemos señalado, es decir, para obtener regalos a cambio de sus poesías, no terminaron sino cuando llegó cerca de Abu Amr Mutadid Billah y cantó sus alabanzas en la célebre casida que comienza así:

"Haz circular la copa, porque el céfiro matinal comienza a hacerse sentir y las Pléyades han detenido su cabalgata nocturna; la aurora nos ha ofrecido su blancura y la noche ha alejado de nosotros su obscuridad".

En ella alaba a Mutadid en estos términos:

"Lo que toca la mano de Abbad reverdece, mientras la atmósfera se cubre de su manto fresco. El silex del yesquero de la gloria no deja extinguir el fuego de la guerra sino para encender el de la hospitalidad. Si regala una virgen, la escoge de senos abultados; si un caballo, es de noble raza; si una espada, está adornada con piedras preciosas".

En ella describe así una derrota infligida por Mutadid a los bereberes:

"Tu espada ha hecho caer la desgracia sobre un pueblo que mirabas como judío, aunque se llame bereber. Convencido de que el astil gusta de fructificar, has dado a tu lanza como frutos las cabezas de sus valientes; sabedor de que la belleza gusta vestirse de rojo, has teñido tu capa en sangre de sus cuellos".



Se lee en tal poema un verso que, a mi juicio, ningún poeta antiguo ni moderno ha igualado:

"La espada, cuando tu mano le sirve de tribuna, recibe la plegaria con más elocuencia que Ziyad".

Ese poema que recitó a Mutadid agradó mucho a tal príncipe, e hizo dar a su autor dinero, vestidos y una cabalgadura y ordenó que fuera inscrito entre los poetas pensionados. Ben Ammar se atrajo en seguida a Mutamid que era entonces joven. Su posición junto a él no cesó de aumentar, tanto que Mutamid le estimaba como a las niñas de sus ojos y no podía permanecer una hora separado de su amigo, ni de día ni de noche. Cuando Mutamid recibió de su padre la misión de administrar Silves, le nombró su visir y le confió el cuidado de todos los negocios. El visir ejercía sobre su señor la autoridad más absoluta y como circulasen rumores desagradables sobre uno y otro, Mutadid creyó deber separarlos y pronunció contra Ben Ammar una orden de destierro. El poeta recomenzó sus viajes y llegó hasta las comarcas más lejanas de Al-Andalus. Mutamid aprovechó la muerte de Mutadid para llamarle cerca de sí mismo y le recibió en su intimidad, de tal manera que llegó a asociarle a actos a los que ningún hombre asocia a su hermano ni a su padre.

He aquí un acontecimiento curioso que le ocurrió durante su estadía en Silves. Mutamid le había invitado un día, como de costumbre, a su velada literaria; pero ese día había exagerado los honores y las gracias que tenía la costumbre de hacerle, y en el momento de acostarse, el príncipe obtuvo de su amigo que compartiera su almohada. "Entonces, cuenta Ben Ammar, oí durante mi sueño una voz que decía: "Ten cuidado, desgraciado. ¡Este terminará un día por matarte!" Me desperté espantado, pero me dí cuenta de lo que pasaba, y me dormí; por segunda vez, fuí despertado por las mismas palabras, y me volví a dormir de nuevo; una tercera vez, se repitieron aquéllas y entonces, llevándome mis ropas, me envolví en una estera y fuí a esconderme en el pórtico del palacio. Estaba resuelto a salir furtivamente a la aurora, para alcanzar el litoral y embarcarme allí para Africa, con la intención de terminar en ella mis días en paz, escondido en alguna de las montañas de las bereberes. Pero habiéndose despertado Mutamid y habiéndome buscado en vano, hizo organizar en las diversas partes del palacio búsquedas en las que él mismo tomó parte, espada en mano y precedido de un servidor que llevaba una antorcha.

Al llegar al pórtico para asegurarse de si la puerta estaba abierta, encontró ante él la estera en que yo estaba acurrucado y advirtió un movimiento que yo hice. "¿Qué es esto que se agita bajo esta estera?" exclamó. La registraron y aparecí yo desnudo, sólo cubierto por mi calzón. Al verme sus ojos se llenaron de lágrimas. "Abu Bakr, me dijo, ¿por qué te has conducido así?" Como no tenía ninguna razón para ocultarle la verdad, le conté

al detalle lo ocurrido, lo que le hizo reír. "Esos sueños, dijo, son la consecuencia de la ebriedad. ¿Cómo podré matarte, a ti que eres mi vida misma? ¿Has visto jamás a nadie matar a quien constituye su existencia?" Ben Ammar le respondió algunas palabras de gratitud e hizo votos por su larga vida. Se esforzó por olvidar el sueño y lo logró; después, como veremos, tras un cierto lapso de tiempo, sucedió que se realizó el sueño de Ben Ammar y Mutamid dió muerte a lo que era su vida, como diríamos empleando sus mismas palabras.

Al advenimiento de Mutamid, Ben Ammar le pidió el gobierno de Silves, de donde era originario y donde había sido educado, como queda dicho. El príncipe se lo concedió con plenos poderes, tanto en los asuntos interiores como en los exteriores, y Ben Ammar lo ejerció hasta que Mutamid, atormentado por el deseo de verlo de nuevo e incapacitado de soportar por más tiempo su ausencia, le llamó a su lado, en calidad de visir. Ben Ammar se encontraba en una situación análoga a la de Chafar ben Yahya (Barmeki) cerca de (Harun) Al-Raxid. Mutamid le creía siempre a la altura de los más importantes negocios y le juzgaba digno de los puestos más elevados. De otra parte, Ben Ammar resolvía con acierto cuantos asuntos le eran encomendados y los marcaba con su sello, como el hierro enrojecido al fuego. Era bien conocido en España entera. Incluso el rey cristiano Alfonso (VI), cuando se pronunciaba delante de él el nombre de Ben Ammar, decía que era el más excelente hombre de la Península. Llegó, en efecto, a impedir la conquista por tal príncipe de las ciudades de Sevilla y Córdoba y de sus territorios. Alfonso, deseoso de apoderarse de los estados de Mutamid, avanzaba a la cabeza de un ejército considerable; el corazón de los musulmanes estaba lleno de terror, porque se sabían demasiado débiles para poder resistir; y entonces Ben Ammar recurrió a la astucia y empleó la más ingeniosa estratagema.

Mandó hacer un juego de ajedrez, tan magnífico bajo el punto de vista del arte y (de la finura de su) terminación que ningún rey poseía otro igual. Las piezas eran de ébano, de áloe y de sándalo, con incrustaciones de oro; y el tablero era también una maravilla de precisión. Provisto de este ajedrez y en calidad de enviado de Mutamid, se presentó a Alfonso, a quien encontró a la entrada del territorio musulmán. El rey cristiano le recibió de la manera más honrosa, y ordenó a sus cortesanos que frecuentasen la tienda del extranjero y velasen por que nada le faltara. Ben Ammar enseñó un día el ajedrez a uno de los cortesanos de Alfonso, quien habló de él a su señor, gran jugador de ajedrez. Cuando el príncipe recibió la visita de Ben Ammar, le preguntó si era fuerte en tal juego a lo que su interlocutor respondió afirmativamente y, en efecto, era un ajedrecista de primera calidad. —"Me han dicho, replicó el príncipe, que tienes un ajedrez muy hermoso. —Es exacto. —¿Y cómo podré verlo? —Te lo traeré", le hizo responder Ben Ammar por medio de su intérprete, "pero con la condición de que hagamos una partida juntos: si ganas, el ajedrez será para ti; si



pierdes, podré pedir lo que quiera. —"Tráelo que lo vea", dijo Alfonso. El visir mandó a buscarlo y lo presentó al cristiano, que exclamó santiguándose: "No hubiera creído jamás que un juego de ajedrez pudiera estar tan admirablemente hecho". Y añadió volviéndose hacia Ben Ammar: "¿Qué decías antes?" El musulmán repitió las condiciones que ya había propuesto: "No, dijo Alfonso, no puedo jugar; ignoro qué puedes pedirme, tal vez algo que no pueda darte". —"No jugaré en otras condiciones", respondió Ben Ammar, e hizo envolver de nuevo el ajedrez y llevarle (a su tienda). El visir, sin embargo, reveló, bajo palabra de guardar el secreto, a algunos cortesanos cristianos lo que hubiese exigido a Alfonso en el caso de haberle ganado la partida, y obtuvo su ayuda con la promesa de sumas importantes. Como además el recuerdo del ajedrez obsesionaba al príncipe, consultó a sus favoritos acerca de la condición que quería imponer Ben Ammar. "Es poca cosa, respondieron; si ganas, tendrás el ajedrez más hermoso que pueda poseer un rey; si pierdes, ¿qué puede pedir tu adversario que un rey como tú no pueda cumplir? Y si exige una cosa imposible ¿no estamos nosotros prontos a ponernos de tu lado para hacerle entrar en razón?" Insistieron con tanto éxito que Alfonso hizo venir a Ben Ammar con su ajedrez y le dijo que aceptaba sus condiciones. El visir pidió entonces que se llamara como testigos a algunos nobles, que designó. Alfonso les mandó venir y empezó la partida. Pero, lo hemos dicho ya, Ben Ammar era un jugador tal que nadie en Al-Andalus podía ganarle y ante los ojos de los cortesanos batió completamente a su adversario. Cuando el resultado de la partida no ofreció dudas, Ben Ammar dijo: "¿He ganado lo que habíamos acordado? —Sin duda, ¿qué pides? —Que salgas de esta tierra y entres en la tuya". Alfonso palideció, se sintió conmovido por una gran agitación y entre otras cosas dijo a sus favoritos: "He aquí lo que yo temía que este hombre me pidiera, y vosotros me tranquilizabais". Un instante se preguntó a sí mismo si cumpliría su palabra y no continuaría su campaña, pero las gentes de su séquito le hicieron ver la vergüenza que el traicionar su promesa implicaría para el mayor rey cristiano de la época e insistieron con tanto acierto que acabó calmándose. Exigió, sin embargo, que aquel año le pagasen doblado el tributo ordinario. Ben Ammar se apresuró a aceptar e hizo entregar la suma pedida para conseguir la retirada inmediata de Alfonso. Gracias a la prudente y hábil conducta del visir, Alá supo así poner a los musulmanes al abrigo de la violencia de los cristianos, y Ben Ammar volvió a Sevilla cerca de su señor, al que halló encantado de tan feliz suceso.

Mutamid sintió en seguida deseos de apoderarse de Murcia, antes llamada Tudmir, y de su territorio, que habían sido conquistados por Abu Abd al-Rahman Muhammad ben Tahir y eran por él gobernados. Equipó un considerable cuerpo de tropas y Ben Ammar se encargó de llevar a cabo la conquista y de expulsar a Ben Tahir. Su señor le prometió que le nombraría gobernador de la comarca que pudiese conquistar. El visir se apoderó en efecto de Murcia y arrojó de ella a Ben Tahir, que buscó refu-

gio en Valencia cerca de los Banu Abd al-Aziz y vivió en tal ciudad hasta su muerte.

Después de haberse apoderado de la capital de los Banu Tahir, Ben Ammar, arrastrado por su orgullo y cediendo a tentaciones diabólicas, soñó con conquistar su independencia y con llegar a ser dueño absoluto del país. Con perseverante astucia logró en parte sus propósitos y su autoridad fué reconocida en Murcia y en los cantones que dependían de ella. Pensaba intentar algo contra Valencia, cuando estalló una sublevación dirigida por el murciano Ben Raxiq, cuyo padre era oficial en el *chund*. Con ocasión de un viaje que había debido hacer Ben Ammar, Ben Raxiq se apoderó del poder supremo con el apoyo del pueblo y de una parte del *chund* (el ejército regular). En cuanto Ben Ammar fué informado, marchó precipitadamente contra la ciudad, cuyas puertas encontró cerradas. La sitió durante algún tiempo con las tropas que le seguían, pero no pudo penetrar en ella y quedó desconcertado sin saber qué hacer ni adónde ir, porque Mutamid conocía su rebelión contra él. No podía, pues, pensar sino en huír y se refugió en Zaragoza junto a los Banu Hud. Pero, al cabo de algún tiempo, su presencia resultó una carga para ellos, porque temían su mala índole y se hacía odiosa su conducta con su señor, autor de su fortuna. Le expulsaron y hubo de errar de una tierra a otra, arrojado de todas y perseguido por el odio de los príncipes, hasta que llegó a la plaza fuerte de Segura, que es casi inexpugnable. Ben Mubarak, que la señoreaba a la sazón, le recibió al principio muy bien, pero al cabo de algunos días cambió de actitud, se apoderó de él y le encarceló encadenado. Ben Ammar le dijo entonces: "No tienes nada que perder, si haces saber a los diversos príncipes de Al-Andalus que me tienes en tu poder y que estás presto a entregarme, como no hay uno que no desee poseerme, podrías enviarme a aquel cuyo deseo se traduzca por la oferta de la suma mayor". Ben Mubarak siguió su consejo, y en efecto de todos los príncipes, incluído entre ellos Mutamid, a quien ofreció su prisionero, no hubo uno que no mostrase deseo de tenerlo. Ben Ammar dijo en ocasión de tal suceso:

"Una mañana me han puesto en venta en el mercado y han estimado diversamente mi cabeza; pero, pongo a Alá por testigo, que quien me ha tomado por el precio más elevado no ha derrochado su dinero".

Mientras estaba en prisión, Ben Ammar pidió un día un depilatorio para hacer su "toilette", pero no pudieron procurárselo; pidió una navaja de afeitar y se la trajeron. Y dijo a propósito del incidente:

"Mi desgracia en Segura supera a todas las desgracias. Faltándome Harun he debido pedir Musa".

Mutamid envió dinero y caballos a Ben Mubarak y éste entregó al prisionero a gentes de confianza de aquél, quienes habían recibido orden de encadenarle y de vigilarle con el mayor cuidado. La pequeña tropa que le conducía llegó a Córdoba, en ocasión en que Mutamid se hallaba en la ciudad. Ben Ammar entró en ella del modo más humillante e incómodo,



puesto sobre un mulo entre dos sacos de paja y cargado de cadenas bien a la vista. Por orden del príncipe se había hecho salir a las calles a toda la población, desde los grandes hasta los humildes, para hacerles gozar del espectáculo. Otras veces su entrada causaba sensación en Córdoba; los jeques, los principales y los notables de la ciudad iban a recibirle y se juzgaba feliz quien podía besarle la mano o quien obtenía de él respuesta a su saludo, pues otros habían de contentarse con besar su estribo o los pliegues de su vestido y el resto con verle de lejos sin acercarse a su persona. ¡Gloria a quien cambia las posiciones de los hombres y hace que se sucedan éstos en el mando! Ben Ammar, después de haber gozado de un sólido poder y de una gran autoridad, entró entonces en Córdoba despreciado, temeroso y pobre, sin poseer más que el vestido que llevaba puesto. ¡Gloria a quien le despojó de los dones que le había otorgado y le privó de aquello cuyo disfrute le había concedido!

La noticia siguiente, contada por uno de los encargados de su guardia, prueba la fineza de su inteligencia y la vivacidad de su intuición: "Cuando, dijo tal hombre, estuvimos bastante cerca de Córdoba para ser vistos de la población, un jinete vino rápidamente hacia nosotros, y apenas le vió Ben Ammar, se quitó la muselina del turbante que cubría su cabeza. Al unírsenos, el caballero miró al prisionero y luego marchó con nosotros en nuestras filas. Le preguntamos a qué había venido y respondió: "Para hacer lo que ha hecho este hombre antes de que pudiera llegar hasta él", y por sus palabras supimos que había recibido orden de quitar su turbante a Ben Ammar.

El antiguo visir fué llevado en el estado que queda dicho y cargado de cadenas a presencia de Mutamid, que le enumeró todos los beneficios y favores de que le había colmado. Ben Ammar, con los ojos bajos, guardó silencio hasta que hubo terminado el príncipe y luego le respondió, entre otras cosas, las siguientes: "No niego nada de cuanto acaba de decir mi señor, que Alá guarde. Si me fuera posible negar, las cosas inanimadas unirían su testimonio al de los seres dotados de palabra y atestiguarían contra mí. He pecado, perdóname; he caído, concédeme tu gracia". —"No, no, exclamó Mutamid, tales faltas no se perdonan". Le hizo bajar por el río hasta Sevilla y el prisionero entró en ella en la misma forma ridícula que en Córdoba. Se le encerró en seguida en una cámara encima de la puerta del alcázar Mubarak, palacio de Mutamid que existe hoy aún. Como su cautividad se prolongara, escribió allí la casida que "dirigida al destino, hubiese aplacado sus rigores; dirigida a la bóveda celeste, hubiese detenido su rotación, pero que no fué sino sortilegio sin eficacia, invocación no escuchada, amuleto sin utilidad". He aquí su extracto:

"Si perdonas, tu carácter parecerá por ello más magnánimo y dulce; si castigas no dejarás de tener evidentes y serias excusas. Pero si una de las resoluciones encierra más mérito, te inclinarás por la que se acerca más a Alá. Ejerce conmigo toda la misericordia que te caracteriza, sin escuchar

a mis enemigos ni ceder a sus instancias reiteradas, porque tengo la esperanza de que hay en ti algo distinto de lo que puede constituir la satisfacción y el orgullo de mis enemigos. ¿Y por qué no? He sido un amante servidor y puedo, después del error de un día, volver a serlo y continuar siéndolo. Lo confieso, he cometido malas acciones, pero ¿no pueden repararse? En nombre de nuestros antiguos vínculos, ejerce para conmigo una indulgencia que te servirá de acceso para penetrar hasta Alá. Borra las huellas que he dejado en un mal camino, pronunciando una fórmula de perdón que las destruya. No escuches ni los relatos ni los consejos de los calumniadores, un vaso no puede exhalar sino el olor de lo que contiene. Después de las noticias mentirosas que te han dado sobre mí los hijos de Abd al-Aziz, más de otra llegará hasta ti. No hay en ellas nada que ignores; pero incluso cuando yo mejore, mi herida, aunque bien cuidada, subsistirá siempre. Quiero decir que deseo la maldición divina a quienes en mi cara me han dado a entender y han proclamado públicamente su maligna alegría. Serán retribuídas sus obras, dicen, según sus méritos. No, he respondido, se olvidará y se perdonará. Si es cierto que el protegido de Alá puede emplear la violencia, prefiere, sin embargo, la suavidad. ¿De qué crímenes pueden acusarme todavía mis delatores fuera del único verdadero, puesto que mi falta es patente y está bien comprobada? Pero esa falta resbalará y correrá sobre tu dulzura, tan lisa como la piedra de grano más fino. Salud para él. ¿La pasión le empujará hacia mí para llegar a un acercamiento o le excitará contra mí para alejarnos? Que si yo muero, pueda él guardar toda su libertad de espíritu; yo moriré conservando mi triste amor por él; el amor que siento por él me servirá de útil talismán, si la muerte se deja vencer".

Esta poesía fué dirigida a Mutamid y le fué leída en presencia de un hombre de Bagdad, que censuró el último verso: "el amor que siento por él, etc...." y preguntó qué quería decir eso. "Ah, respondió Mutamid. Alá le ha privado de todo sentimiento de generosidad y de fidelidad, pero le ha dejado toda su aguda y penetrante inteligencia. Ese verso es una alusión indirecta al de Hudzayli:

"Contra los abrazos de la muerte ningún talismán tiene poder".

Ben Ammar no salió más de su prisión, donde Mutamid le mató con su propia mano el año 479, en las circunstancias siguientes. Llevaba mucho tiempo encarcelado cuando escribió el poema que hemos transcrito, que despertó alguna piedad en Mutamid. Este hizo conducir encadenado al prisionero a su presencia durante un "sarao" literario y le enumeró todos los favores y todos los beneficios de que le había colmado. Sin intentar pronunciar una palabra de respuesta Ben Ammar se puso a llorar, se abrazó a las rodillas de su señor e intentó enternecerlo mediante halagos y con las frases que creyó más propicias a provocar su piedad. Tuvo en parte éxito, porque Mutamid, impresionado por el recuerdo de sus antiguos servicios y de su respeto de otras veces, pronunció palabras que implicaban un perdón indirecto, pero no expreso, porque le hizo volver a su prisión. Ben



Ammar escribió en seguida lo que acababa de ocurrir al hijo de Mutamid, Al-Radzi Billah, quien recibió la carta en momentos en que tenía junto a él varios de los más viejos enemigos del visir caído. Radzi, leído el billete de Ben Ammar, les anunció la próxima liberación del mismo. "¿Y cómo puedes saberlo, señor?" —"He aquí la carta en que Ben Ammar me anuncia la promesa que le ha hecho nuestro señor Mutamid". Los asistentes mostraron entonces una alegría que en ningún momento estaba en sus corazones y cuando salieron de casa de Radzi divulgaron con mala intención el relato de Ben Ammar, añadiendo infamias que me guardaré bien de traer aquí. Llegaron tales rumores a Mutamid, que hizo preguntar al prisionero si había informado a alguien de su entrevista de la víspera. La respuesta fué negativa. El príncipe volvió a enviarle su mensajero: "De dos hojas de papel que habías pedido, una te ha servido para escribir la casida que me has enviado, ¿qué ha sido de la otra?" Le había servido, respondió, para poner en limpio el poema. —Bien, replicó Mutamid, envíame el borrador". Ben Ammar, esta vez no supo qué decir. Mutamid furioso tomó entonces un hacha doble y corrió hacia la cámara donde estaba su antiguo amigo. Comprendió éste que había llegado su última hora; se arrastró con trabajo cargado de cadenas hasta los pies de Mutamid y los besó. Mas Mutamid no se dejó ablandar, lo golpeó con el hacha y no se detuvo sino cuando el cuerpo de su víctima estuvo frío. Sólo entonces se calmó Mutamid, hizo lavar y amortajar el cadáver, pronunció sobre él las últimas plegarias y le hizo enterrar en el Palacio Bendito (Qasr Mubarak).

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAQUXI (Según versión francesa de Fagnan, 97, 109).

## LA CIENCIA DEL SIGLO DE LOS TAIFAS

*Asombra el florecimiento cultural y científico alcanzado por la España mora en la época de los reinos de Taifas. En Granada trabajó un gran astrónomo, Ben Asamh (m. 1038); en Toledo realizaron innovadores trabajos matemáticos y astronómicos, Ben Said y Azarquiel, uno de los grandes cerebros que han brillado en la ciencia universal; hijo de un príncipe de Huelva fué el notable geógrafo Al-Bakri; el rey de Badajoz, Mudaffar, escribió una enciclopedia de cincuenta volúmenes, y en Badajoz vivió el filósofo Ben al-Sayyid; cultivaron la filosofía y la matemática los reyes zaragozanos Al-Muqtadir y Al-Mutamin de Zaragoza; en Córdoba escribió con alientos de modernidad el gran historiador Ben Hayyan, y el murciano Ben Sida y el cordobés Ben Hazm redactaron un* Diccionario de ideas afines *y una* Historia comparada de las religiones, *dos obras cuya realización sólo había de concebir después la madurez mental de la Europa del siglo XIX. En el Toledo de Al-Mamun vivió y trabajó a la sazón otro hombre de ciencia,*

*médico y botánico, llamado Ben Wafid (1008-1075), a quien el rey encargó del cuidado de su célebre granja experimental. De una de sus obras se hizo una versión castellana antes de finalizar la Edad Media. De ella han llegado varios fragmentos hasta hoy. He aquí algunas páginas de uno de ellos. El* Tratado de Agricultura, *de que proceden, no fué el único libro hispano-árabe vertido a una lengua romance. En la Escuela de Traductores de Toledo, durante la segunda mitad del siglo XII y las primeras décadas del siguiente, se vertieron al latín muchas de las obras científicas de los hispano-musulmanes, en unión de las producciones de los griegos y de los islamitas orientales. Y las traducciones de aquéllas contribuyeron, con las de estas últimas, a provocar el primer renacimiento europeo del siglo XIII.*

### De criar las palomas e de melesinarlas

E las palomas se deuen criar en sobrado o en lugar alto que les de el çierço. E que ayan la puerta e las finiestras contra oriente por tal que non pueda entrar en ella el rrayo del sol. E fagan las casas anchas e barranlas toda vía. E denles a comer alcarçena e lantejas e trigo e aruejas. E quando les dieren simiente de ameos buelta con lantejas, non fuyran e faran muchos fijos. E si tomaren el meollo de la milgrana en que estan los gusanos e los tajaren a pedaços de guisa que non lo puedan comer las palomas e lo rremojaren en vino e lo pusieren a las palomas, quantas palomas estrannas lo olieren todas se acojeran al palomar. E sy tomaren de los cominos e los rremojaren en agua e en miel e lo dieren a beuer a las palomas, nunca se quitaran del palomar e acoger se an con ellas todas las otras que lo olieren. E sy rremojaren los cominos frescos en buen vino que huela bien e los dieren a las palomas a beuer algunos días antes que salgan a paçer, todas las palomas que paçieren con ellas se acojeran con ellas al palomar e non se quitaran dellas. E si tomaren del ordio e lo... e lo molieren e de los figos majados e lo amasaren todo con miel e lo dieren a comer a las palomas algunos dias, aseguran se an en su palomar. E nunca se quitaran del. E deuen tener los palominos con pan mojado e deuen los poner en los tiestos del agua que beuan e de los cominos. E deuen colgar del palomar a todas partes ssennos façes de rruda e non llegaran al palomar los furones. E si colgaren en el palomar vna cabeça de lobo çerual, non llegaran a el los gatos nin los furones nin las gulpejas. E sy safumaren el palomar con las vnnas de la cabra e con los cuernos del çieruo e con la rruda con todo en vno, non llegaran a el los furones nin los malos vestiglos. E sy sembraren ante el palomar del alhomeme, non llegaran a el los gatos nin los furones nin las gulpejas. E si tomaren de la leche de la mujer primerisa de fija e la metieren en rredomilla e la soterraren a la puerta del palomar por do entran e por do salen las palomas, faser se han muchas e huiran mas por ello. E dixo Aifrimon en su libro que fiso en las sennales de las



palomas, que las palomas son de las aves que an muchas enfermedades ca son por natura calientes e secas. E las mayores enfermedades que les vienen son en el afogamiento e el mal del fijado e la tysica e los piojos e an menester logar frio e limpio e çeuo de simientes frias asy como lentejas e ordio a auena, e los granos del alfor son a las palomas asy como carne para la calentura e la natura que a en ella, e deuen barrer el palomar cada mes dos veses. E que sea el palomar a çerrar de los lugares senbrados. E si estouiere el palomar toda vía linpio, duraran en el las palomas mas e sseran mas ssanas. E ya diximos lo mejor en este menester a los que trabajan de labrar ña tierra por la pro que an en su estiercol a todas las tierras. E non lo puedan escusar sin entra otro estiercol en su lugar. E lo poco dello escusa mucho de lo otro.

En las palomas an muchas proes e por tanto touimos por byen de fablar dellas e de desir lo que dixeron los sabios e de como ssienten e de como sse amansan e de como se fasen a los omes e de como las enbian alexos e se tornan e de las grant pro que a en ellas e del gasajado que a omen con ellas. E por tal que sea este capitulo cunplido de todas quantas cosas an menester las palomas, semejante con el omme mas que todas las otras alimalias en falagar a su muger o en fabrar con ella a parodat e en lo que fasen quando se ayuntan e a lomme sabor dellas. E las mejores dellas para criar en las casas son las que an los vellosos e los cuerpos grandes e que son de buenas colores e de buen arrollar. E las que quieran dellas enbiar a mostrar las que se tornen de lexos non los pueden faser a todas fueras ende a las que son rresias e que pueden sofrir laserie e a las que non se espantan. Ca ay dellas que son rresias y dellas flacas e dellas liuianas que buelan ayna e dellas pesadas que buelan tarde e pueden entender las buenas e las rresias en quatro cosas en la figura que disen en arauigo atacertex en sentyr quel disen en arauifo axemeyrr. En la otra la muebda queldisen en arauigo alharaca. E la figura en que ayan los pescueços bien enfiestos e las cabeças rredondas e non muy grandes nin muy pequennas e las narises anchas e los picos cortos man non sean delgados. E los pechos anchos e llenos e los pescueços luengos e los onbros altos e las alas encogidas e las tyseras luengas mas non ademas e que alçen los cuchillos los vnos a los otros e que ayan los neruios duros e non ynchados nin secos. E que ayan los machos de las piernas grandes e que ayan las piernas cortas e los cuellos cortos e los ojos açendidos e la color clara.

E el sentyr es que sea de rresia fechura e que ayan la carne tiesta e los neruios tiestos. E ayan las pennolas blandas e non delgadas e que ayan los picos duros e non delgados. E la semejança es que ayan la uista clara e la catadura durable e las caras fuertes e la muebda buena e que se mueuan bien e que non sean antojadisas e ayan los coraçones ascendidos e que paresca en ellas el esfuerço e el asentamiento e el pujar e que non tieman quando oyeren el trueno e que se mueuan ayna. E las sennales de la mubda son que buelan mucho alto e que tiendan el pescueço e que non se debatan e

que ayunten sus alas en el ayre e que aturen el bolar esforçada mente. E esto es lo que dixeron los que fablaron en sennales de las palomas. Pues quando fallaren alguna paloma en que aya estas sennales, sera buena complida e (si) las non ouiere todas e ouiere alguna dellas, asi sera su bondat e a esa rrason misma. E non pueden escusar de non lo amostrar e del faser husar que vengan de lexos muchas veces a lo primero que conuiene de començar con ellas es que las saquen a una açotea alta e que pongan y sennales que conoscan a que vengan e pongan su ceuo en aquella açotea aderredor de la sennal a la mannana e a la tarde fasta que se fagan a aquel logar e quel conoscan e que tornen a el por que sean fechas a el e por el çeuo e por la su fenbra. E non conuiene que los dexen a amos bolar en uno, mas mesenles las alas a la fenbra e dexen al marido bolar e tornar se a mas ayna por sabor de la fenbra. E depues que conosca el logar e se tornare a el muchas veses e se fesiere a el meson (guarden) a el e fagan bolar a la fenbra e muestren la asi como fesieron a el. E quando ella supiere tanto como el, fagan los a amos bolar en vno e non los dexen posar si non quando fueren cansados e quando se ouieren de ceuar. En la noche quando ouieren de albergar fagan los benir por tierra o por mar de guisa que puedan conoscer su lugar. E depues que esto husaren bien, lieuen las mas alexos fasta que lleguen con ellas a logar do quesieren que tornen del. E toda vía quando enbiaren el vna que tornen al otra por tal que se amienbren e que tornen mas aina.

E sy temieren que a aborreçida su muger, casenlo con otra e que este con ella algunos dias antes quel enbien. E quando entendieren que della a grant sabor, partanla e lieuen la a el vna jornada, e por esto tornar se a mas ayna a dexenle con ella e depues partam la del vn dia, e muestrengela ante quel enbien. E quando ententieren que a della gran sabor e quel anda arredor, partan la del e lieuen la do quisieren, e tornar se a mucho ayna por amor della. E lo mas graue de las jornadas para ello son do non ay sennales ansí como son los canpos rrasos e la mar.

E las palomas son de diuersas naturas. E ay dellas fuertes e dellas flacas e dellas que buelan ayna e dellas tarde e dellas fardidas e dellas peresosas e dellas que sufren set e fanbre e dellas que non. E ya deximos antes las sennales de las buenas e conuiene que paren mientes a ellas de guisa que entiendan en ellas todas estas mannas que diximos de su fecho mismo. E las que vieren que non son buenas dexenlas. E sabed que las palomas que non son fechas ya de beuer en terrasos e comer en casas e de auer gasajado con los omes, quando se veen senneras espantanse e pesales con la tierra estranna e non se fasen si non en la tierra que conosçen e conuiene que les muestren beuer agua en todo logar. E sy non las mostraren quando vinieren por beuer agua en alguna fuente o pielago o en algunt rrio espantanse e dexan de beuer e mueren de sed. E por esto conuiene que las muestren beuer en las fuentes e en los rrios e en los pielagos por todo el camino desta guisa que les dexen catar el agua poco a poco toda



via mas fasta que huesen e que non se aparten della e que se fagan a ello. E quando ouieren a tornar de lexos e ouieren menester de beuer, beuer le an sin miedo. E toda cosa que emuestra omme a faser de lo que non es de su natura, quando lo dexaren vna pieça oluidar se le a.

E quando emostraren a las palomas venir de alexos de muchas jornadas non se seguren por eso fasta que las muestren a venir del logar que quesieren cuanto lexos quesieren que sea e amuestren les que sepan tornar de cada jornada por tal que conoscan de cada logar quando se tornasen muy lexos. E las palomas que quisieren para esto non las dexen estar sobre los hueuos, ca se danaran e se apesgarien e faser se les yen por ello las cabeças gordas e en grosarien e cresçer les ya mucha humildat.

E el que quisiere que fagan fijos, tomen sus hueuos e sennalenlos e ponganlos a otras palomas. E sy vieren que an miedo de las aues que caçan, non las enbien fasta que los fijos sean salidos. Ca non perdieren el miedo fasta que las ayan. E despues que perdieren el miedo, enbien las do quisieren.

E si ouieren afogamiento enbien las do quisieren e melesinen las desta guisa. E vnten las las lenguas vn dia o dos con olio violado e depues fruguen gelas diuso con sal o con çenisa fasta que se desuelle la cortesa de la lengua de parte de iuso. Despues vnten la con miel e olio rrosado cada dia fasta que guarescan. E sy ouiere flaquesa del figado, melesinenlas desta guisa: Tomen del açafran e del açucare e el çumo de las cerrajas e pongan lo en vn terraso e echegenlo en la garganta en ayuno e faser les a grrant (sic) pro. E si fueren tisicas, denles a comer vnos granos que les disen ames, descortesados e echen gelos en las gargantas con de la lecha e sangren las en las dos venas que an en las dos piernas contra las conjunturas de parte de dentro, e faser les a grant pro. E sy ouieren piojos melesinen las desta guisa. Tomen del argen biuo...

Del *Tratado de Agricultura* de Ben Wafid de Toledo (Trad. medieval anónima: Al-Andalus, VIII, 326. Ed. Millás Vallicrosa).

## LOS REYEZUELOS DE AL-ANDALUS SOMETIDOS A TRIBUTO POR ALFONSO VI

*Los reyes de Taifas de Al-Andalus habían sido ya sometidos a tributo por Fernando I (1037-1069). Alfonso VI († 1109) continuó la explotación de los príncipes musulmanes de España, mediante la exigencia de sumas cuantiosas. Ningún relato más puntual podríamos apetecer de los métodos que empleaba para forzarlos al pago de las parias ni de los fines de su política, que el trazado aquí por uno de esos soberanos, Abd Allah, último rey Zirí de Granada. En su narración destacan, además, las rivalidades entre los*

*sultanes de Al-Andalus, que hacían posible la acción de Alfonso VI, y se descubren las relaciones estrechas de éste con el ministro sevillano Ben Ammar, de trágico fin.*

Cuando Alfonso fué informado exactamente sobre estas dificultades interiores se dió cuenta de que era aquélla la mejor ocasión para pedir dinero. Me envió su embajador. Era la primera vez que entrábamos en negociaciones. Su enviado Pedro Ansurez vino, en efecto, a mi encuentro para exigirme que le pagase un tributo. Le opuse una negativa cortés, por juzgar que no era preciso hacer otra cosa y que nada había que temer de Alfonso, pues entre su territorio y el mío se hallaba el de Ben Dzi-l-Nun. No suponía yo que alguien de nuestra religión pudiera aliarse contra un musulmán. El embajador se fué, por tanto, sin haber obtenido ninguna suma.

Ben Ammar aprovechó la ocasión que mi negativa le brindó. Esperaba al embajador en Priego para saber el resultado de su gestión. Cuando supo que nada había conseguido, en el acto se puso a su disposición y le dijo: "Ha rehusado pagaros veinte mil dinares (éste era el monto del tributo que me pedía). Bien, os daremos cincuenta mil, pero a cambio de un tratado contra Granada. Nos daréis esa capital y tomaréis el dinero que allí haya". Trataron sobre tales bases y se pusieron de acuerdo para edificar en daño de Granada una fortaleza destinada a poner en aprieto a la ciudad, hasta el momento en que cayera. Un personaje de quien me he ocupado antes, Ben Adha, que Al-Naya había hecho expulsar de Granada, se unió a ellos para mostrarles los puntos débiles de la plaza y para indicarles los lugares desde donde sería más amenazada, si se construía allí un castillo y se colocaba en él una guarnición que pudiera hacer expediciones contra ella y hostigarla. Les indicó el emplazamiento de la fortaleza de Belillos. Ben Ammar emprendió activamente su construcción, gracias a un contingente de soldados de Alfonso, que tomó a su servicio ofreciéndoles importantes sumas, cuyo pago difirió a veces hasta la terminación de los trabajos, y mediante promesas y halagos. Al-Mutamid vino en persona a darse cuenta del estado de las obras y mientras estuvo allí hizo regularmente alardes militares hasta las cercanías de Granada, con la esperanza de que sus habitantes se sublevarían en su favor. Cuando la fortaleza estuvo terminada, puso en ella una guarnición con todos los víveres necesarios y le ordenó comenzar su empresa de hostigamiento. La situación era bastante grave como para hacerme olvidar el asunto de Alcalá.

Cuando se retiraron Al-Mutamid y las tropas cristianas, puse en pie de guerra un fuerte contingente de soldados para intentar apoderarme de Belillos. Pero nada pude contra tal plaza. Mis súbditos dieron entonces por agonizante mi reinado y los que deseaban mi caída hicieron causa común con el rey cristiano. Sentí entonces haber dejado de tratar con él y no haber



aceptado sus condiciones. Hubiera sido en verdad excelente que un príncipe musulmán, como yo, hubiese podido tomar una fortaleza por la fuerza. En casos parejos, el príncipe se presentaba ante la plaza, mas no podía penetrar en la misma, detenido por sus defensas y por sus defensores. No podía tampoco contar con poder combatirla hasta el agotamiento de sus reservas, porque no dejaba de recibir refuerzos. Era, pues, preciso renunciar a conquistarla, salvo si se era el más fuerte. Pero, en realidad, los príncipes musulmanes luchábamos con fuerzas iguales. Si uno de nosotros reclutaba tropas mediante el pago de una determinada soldada, el otro, si quería concluir con él, no tenía más que ofrecer una suma mayor y podía así librarse de los disgustos que hubiese podido causarle el primero.

La guarnición de Belillos continuaba sus estragos y sus expediciones en la vega de Granada, y como no viera salida a la situación, acabé por prometer a Alfonso el pago de las sumas que me había pedido antes, reconociendo que había sido culpa mía la ruptura de las negociaciones, con lo que rechazaba implícitamente lo que cabía temer de él, a saber: las continuas demandas de dinero. El intermediario en tales tratos fué Ben Dzi-l-Nun, que se esforzaba en procurar dinero al rey cristiano. Así, no solamente se atraía su amistad sino que esperaba la caída de mi reino, con el propósito de apoderarse del mismo o a lo menos de una parte. Como he dicho antes, aparentaba ser mi amigo, pero era secretamente mi enemigo. Hacía entonces propaganda en su favor en Córdoba, cuya posesión procuraba con gran esfuerzo. Alá acabó por decretar la toma de tal ciudad y Ben Dzi-l-Nun pudo apoderarse de ella por sorpresa, gracias a la connivencia de ciertos habitantes de la misma, sin fe ni ley. El hijo de Al-Mutamid, Abbad, fué allí muerto, así como su general Ben Martín. Cuando la noticia de estos trágicos sucesos ocurridos en Córdoba llegó a la guarnición de Belillos, evacuó en el acto la plaza. La ocuparon mis tropas y entró en mi posesión con sus construcciones intactas. Gracias a ellas pude darme cuenta de las mejores defensivas que debía introducir en la alcazaba de Granada. En el momento en que menos se esperaba, fué, pues, liberada del lazo que la ahogaba por la presencia del enemigo en el castillo de Belillos.

El gobernador de la plaza de Baza, Ben Malhan, era un hombre infatuado y ambicionaba el poder soberano. Al-Muzaffar (Badis) —que Alá le sea misericordioso— le había confiado el gobierno de la ciudad en sustitución de su padre. Tras mi advenimiento, cuando aumentó la influencia de los visires, cada uno de ellos le pidió dinero y regalos. Los que no recibieron nada de él procuraron perjudicarle y molestarle, aprovechándose de mi juventud. Como no encontró ninguna manera de defenderse ni de quejarse a quien pudiera protegerle, imploró el socorro de Ben Sumadih (de Almería). Acogióle éste bien y se apropió de Baza, sabiendo que no sería combatido mientras durasen las hostilidades entre Ben Abbad y yo. Después

llegó a apoderarse por sorpresa del castillo de Xilex, sin que pudiera yo devolverle el golpe, devastando su territorio. Acabamos por convenir un cambio; Xilex me fué restituído mediante la cesión de uno de sus castillos, entonces en mi poder, el de Sant Aflach, y firmé una tregua para ganar tiempo y ver qué podía hacer con Ben Abbad.

En cuanto a Ben Ammar tenía que hacer frente a las obligaciones que había contraído con Alfonso, cuando había tomado a su servicio tropas para la construcción de Belillos. Había prometido y tenía que pagar grandes censos e importantes sumas de dinero. Puso así en aprieto a su soberano (Ben Abbad), porque no quería dejarle tranquilo a fin de hacerse indispensable en el curso de este revuelto período, sin vacilar en perjudicar a los musulmanes. Cada vez que Al-Mutamid se esforzaba en allanar las cosas o que yo mismo deseaba hacer la paz con él o que había sido firmada una tregua, Ben Ammar no dejaba de romperla y de encender la guerra.

Fué a ver una segunda vez al rey Alfonso, le mostró las ventajas que obtendría de la toma de Granada y me pintó a sus ojos como incapaz, por mi debilidad y por mi juventud. Le garantizaba la posesión total de las riquezas de Granada, si se comprometía una vez tomada la ciudad a dársela en plena soberanía y a dejarle mi tesoro personal. Desplegó toda su habilidad para decidir a Alfonso a marchar contra Granada y le dió a tal fin sumas considerables. Y llegó a prometerle, para cuando terminara el asunto a su gusto, cincuenta mil mizcales a más del dinero que encontrase en la ciudad, si decidía ponerse en marcha en el acto.

Todas estas promesas despertaron la gran avidez del cristiano, que se dijo: "He aquí un asunto del que no dejaré de sacar partido, incluso si no se toma la ciudad. Pero ¿qué provecho obtendré de tomársela a uno para dársela a otro, suministrándole así medios contra mí? Cuanto más numerosos sean los revoltosos y más rivalicen entre sí, tanto mejor para mí". Vino, pues, con la intención de despojar tanto a su aliado como a aquel contra quien marchaba y de perder a uno con la ayuda del otro. No tenía de otra parte esperanza de tomar la ciudad por su propia cuenta. Razonaba así: "Soy de otra nación y todos allí me odian. ¿Por qué desear apoderarme de Granada? Es imposible que se someta sin combate. Me será, por tanto, necesario hacer la guerra, exponer mis soldados a la muerte, gastar dinero. Tendré más que perder de lo que espero ganar si cae en mi poder. Incluso en tal caso, no la conservaría más que en cuanto estuviera seguro —lo que no ocurriría— de la fidelidad de la población. No puedo, sin embargo, degollar a sus habitantes y poblar la ciudad con gentes de mi nación. No, lo que conviene hacer, en verdad, es lanzar a los príncipes musulmanes unos contra otros y tomarles continuamente dinero, a fin de debilitar sus recursos y agotarlos. Cuando llegue tal caso no tendrán otro remedio que someterse y vendrán a entregarse a mí espontáneamente. Eso es lo que ha pasado en Toledo, que voy a conseguir sin fatiga, gracias al empobrecimiento y a la dispersión de sus habitantes y a la huída de su soberano".



Sabía yo muy bien cuál era su línea de conducta, por lo que decía a sus ministros. Sisnando me dijo de viva voz en el curso de esta campaña lo siguiente: "Al-Andalus pertenecía a los cristianos hasta que fueron vencidos por los árabes, que los obligaron a refugiarse en Galicia, la región menos favorecida por la naturaleza. Pero ahora, que es posible, desean recobrar lo que les fué tomado por la fuerza. Para que los resultados sean definitivos, es necesario debilitarlos y desgastarlos con el transcurso del tiempo. Cuando no tengan dinero ni soldados, nos apoderaremos del país sin esfuerzo". Todos los príncipes musulmanes se resignaban a las circunstancias y dejaban correr los días diciéndose: "Antes de que se agote nuestro dinero y que nuestros súbditos sean arruinados, como ellos pretenden, Alá nos salvará y hará triunfar a los musulmanes".

En todo caso la venida de Alfonso en compañía de Ben Ammar me causó el mayor desasosiego. Adquirí la certidumbre de que el segundo no venía sino para desposeerme de mi reino, después de haber obtenido de Alfonso las promesas de que he hablado antes. El rey cristiano me envió en seguida un mensajero para advertirme de su llegada y para invitarme a ir a su encuentro, dejando entender que tenía por objeto renovar nuestro tratado y consultarme sobre cómo habría de conducirse con los otros sultanes. Pero yo no dudaba de que quería hacerme prisionero a fin de cumplir la promesa que había hecho a Ben Ammar. Reunidos mis consejeros en torno a mí, me dijeron: "¿Por qué (no) ir a visitarle? Es un enemigo que viene a provocarte y no tienes poder para resistirle. El resultado será el mismo si vas como si no vas. Pero si te quedas aquí, tendrás que sufrir las mayores calamidades. Romperás definitivamente con él, y cuantos te detestan encontrarán la manera de actuar contra ti. En tal caso nuestra situación será aún peor que la primera vez, cuando rehusamos la proposición de Pedro Ansurez y Ben Ammar obtuvo de Alfonso el poder fortificar contra nosotros la fortaleza de Belillos. No nos habríamos salvado de ese embarazo sino para caer en uno más cruel y más amargo. Si tus súbditos se aperciben de que hay en tu ejército algunas disensiones, no te obedecerán, porque han sido ya escarmentados una primera vez. Será entonces vana toda esperanza, estaremos todos perdidos y acabarán por apoderarse de tu persona sin que hayas obtenido ningún tratado de paz, y nos encontraremos sin ninguna garantía. Vale, pues, más que vayas a ver a Alfonso, por dos razones: Si obtienes la paz, alabarán tu discreción y tu poder se afirmará. Si ocurre lo contrario, podrás irte seguro y conseguir tu tranquilidad. ¡Ve por tanto a su encuentro, dile palabras amables y Alá decretará lo que ha de suceder!" Hice mis preparativos lo mejor que pude, me rodeé de mis gentes de confianza para reunir un cortejo decoroso y me entrevisté con Alfonso en las cercanías de Granada. Por necesidad le testimonié el mayor respeto. Se me mostró accesible y benévolo y me prometió defenderme como defendía su propio territorio.

Después comenzaron las negociaciones. Le envié embajadores y él me

los envió también, para ponerme al corriente de los compromisos que había mantenido y de los que había sido movido a tomar por diversas circunstancias, y me hizo decir: "He deseado arreglar este asunto y no he apresurado mi partida a fin de poder ser informado de tus intenciones. Si te portas bien conmigo y satisfaces mis exigencias, me iré en buenas relaciones contigo. Si no, aquí estoy con quienes han tratado conmigo". Y me pidió cincuenta mil mizcales. Me lamenté de los pocos recursos del país y le hice saber que tal suma constituía para él una carga imposible y cómo, a mi juicio, era evidente que, de pagar tal tributo, mi reino quedaría tan debilitado que Ben Abbad aprovecharía la primera ocasión para apoderarse de él; y añadí: "Si tal príncipe gana Granada, aumentarán sus posibilidades y no se te mostrará sumiso. Toma lo que puedo ofrecerte y déjame algo que me permita subsistir. Lo que me dejes lo encontrarás aquí cuando me lo pidas". No aceptó estas razones sino después de oponer muchas dificultades, y acabé por concertar un acuerdo mediante el pago de veinticinco mil mizcales, es decir, de la mitad de lo que me había pedido. Después, para premunirme contra su disgusto, hice preparar, para él, tapices, telas y vasos, que fueron reunidos en una gran tienda. Le invité a entrar en ella y cuando vió los tejidos no los encontró bastante hermosos. Nos pusimos de acuerdo acerca del aumento de cinco mil mizcales sobre la suma convenida, lo que elevó el monto total del tributo a treinta mil. Acepté llegar a tal cifra, para no arriesgar lo más por rehusar lo menos. Entonces me manifestó su agradecimiento y, satisfecho, se volvió hacia Ben Ammar y le dijo: "Me has mentido al hablarme de la debilidad de Granada y al afirmarme que su soberano, a causa de su juventud, carecía de reflexión. Lo que he visto de la organización y de la situación de esta ciudad está en contradicción con lo que me has dicho". Algo más tarde, Ben Ammar volvió a presencia de Alfonso y le pidió que se concluyese entre nosotros un acuerdo que fuese respetado, y él aconsejó que tomase de entre mis posesiones Estepa, una importante fortaleza situada en la raya del reino de Sevilla y de la que se había apoderado mi general Kabbab, en el curso de las hostilidades. Le pregunté qué pensaba hacer con Alcalá, y acabó por llegarse a un acuerdo, en virtud del cual Alcalá sería cambiada por Estepa.

Castro y Martos eran las dos plazas fuertes que dominaban Jaén. Con ocasión de las mismas, el señor de la ciudad, mi tío paterno (Maksan) se había encontrado aislado, porque Jaén no valía nada sin ellas. Ben Ammar insistió cerca de Alfonso para que yo le cediera las dos plazas. Prometió al rey cristiano gran cantidad de dinero por Martos, como si se tratase de una compra. Alfonso me comprometió entonces a abandonarla, movido por su avaricia. Me prometió, además, darme a cambio de Castro el castillo de Al-Matmar, que poseía Ben Dzi-l-Nun y que se hallaba situado en el límite de nuestros territorios respectivos. Me garantizó este cambio, que yo intenté rechazar como mejor pude, aunque en vano, como ocurre de ordinario cuando se trata de negociaciones entre un personaje importante y un



hombre débil. Se redactó, pues, un acuerdo en presencia de Alfonso. Tal pacto prohibía toda agresión de un príncipe musulmán contra otro. En él se estipuló el monto del tributo anual que habríamos de pagar. Para mí fué fijado en diez mil mizcales al año. Me habló con suavidad y me dijo: "Ben Ammar habría querido que yo no hubiera sido leal contigo. No permita Dios que se diga por el mundo que un hombre como yo, poderoso entre los cristianos, vino al encuentro de un personaje de tu raza, como tú eres, para traicionarte en seguida. Queda en paz. No te someteré sino al pago del tributo, que me enviarás cada año sin retraso. Si no eres puntual, recibirás la visita de mi embajador y su estada te ocasionará gastos. Será mejor para ti apresurarte a pagar el dinero". Acepté sus indicaciones, convencido de que el pago de diez mil mizcales por año, gracias al cual me colocaba al abrigo de sus fechorías, valía más que la pérdida de los musulmanes y la devastación del país, sobre todo no encontrándome en situación de hacerle frente en el campo de batalla y de vencerle, y sabiendo que no encontraría entre los sultanes de Al-Andalus, para ayudarme, sino gentes que me empujarían a perderme. Renació la tranquilidad y este período de paz, de tregua y de bienestar no fué obscurecido por ningún disturbio.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Ziri de Granada (Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Andalus, 1936, IV, 29).

## LOS BANU HUD Y LOS ARAGONESES

*La Frontera Superior, como llamaron los musulmanes españoles al valle del Ebro, había vivido en frecuente rebeldía frente a Córdoba. En el siglo IX dirigieron esa rebeldía los "Beni Casi" y en el X los Tuchibíes. Tras la caída del califato, se enseñorearon de Zaragoza los Banu Hud. Poblada de antiguo por fuertes vascones y bravos celtíberos y enfrentada con los cristianos del Pirineo, de Navarra y de Castilla, nunca perdieron los islamitas de la Frontera Superior el ímpetu guerrero. "Muza", el Tercer Rey de España, fué llamado para salvar Andalucía de los normandos. Sus acometidas y las de sus nietos contra la zona del alto Ebro entraron, por mucho, en el surgir de Castilla. Los Tuchibíes y los Banu Hud mantuvieron con tal vigor el Islam frente a la Cristiandad, que asfixiaron, para siempre, la expansión peninsular de Navarra, y retrasaron la reconquista aragonesa de tal modo, que Huesca fué conquistada después de Toledo. El apogeo cultural de Al-Andalus desbordó, naturalmente, hasta la Frontera Superior y en Zaragoza nació y se formó uno de los grandes filósofos arábigos "Avenpace". Pero todavía en el momento de máximo esplendor de la cultura hispanomusulmana y de máxima debilidad de su fuerza guerrera, los moros de Zaragoza fueron buenos soldados.*

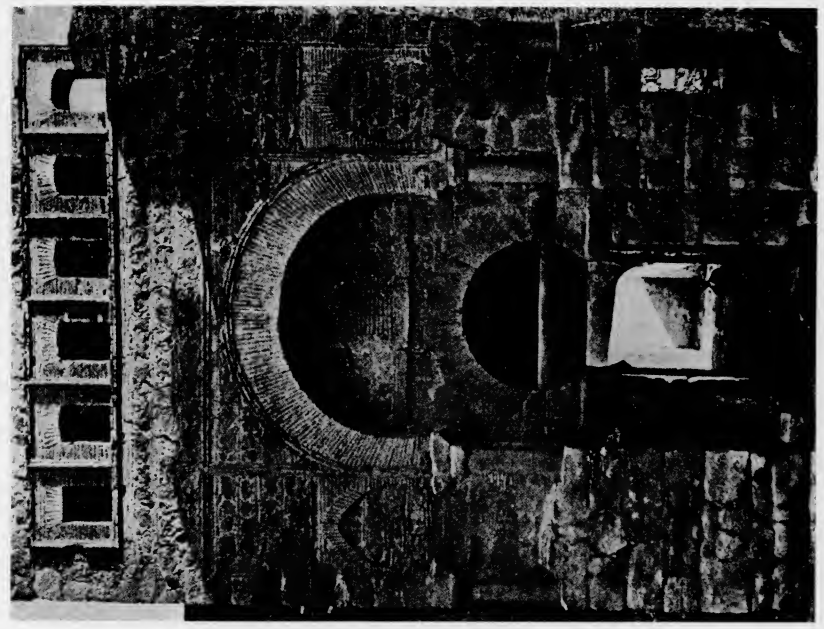
### Lucha entre campeones y victoria con boleadoras

Había en Zaragoza un caballero, llamado Ben Fatun, que era de mi familia, porque era tío de mi madre. Ningún árabe ni ningún bárbaro le igualaba en bravura. Mustain, el padre de Muqtadir, le estimaba mucho y le pagaba quinientos dinares de sueldo. Todos los cristianos conocían su valor y temían encontrarle en el campo de batalla. Se cuenta que cuando un cristiano abrevaba su caballo y el animal no quería beber, le decía: "Bebe, ¿has visto a Ben Fatun en el agua?" Sus camaradas le envidiaban por el gran sueldo que percibía y por las grandes consideraciones que tenía el sultán para con él. Supieron infamarle cerca de Mustain y éste le negó entrada en su palacio durante algunos días. Poco después Mustain hizo una incursión en país cristiano y, cuando los dos ejércitos estuvieron frente a frente, un infiel salió de las filas y se puso a gritar: —¿Hay un campeón? — Un caballero musulmán fué a su encuentro. Combatieron durante algún tiempo, pero el cristiano mató a su adversario, los politeístas lanzaron gritos de alegría y los musulmanes, al contrario, se dejaron descorazonar.

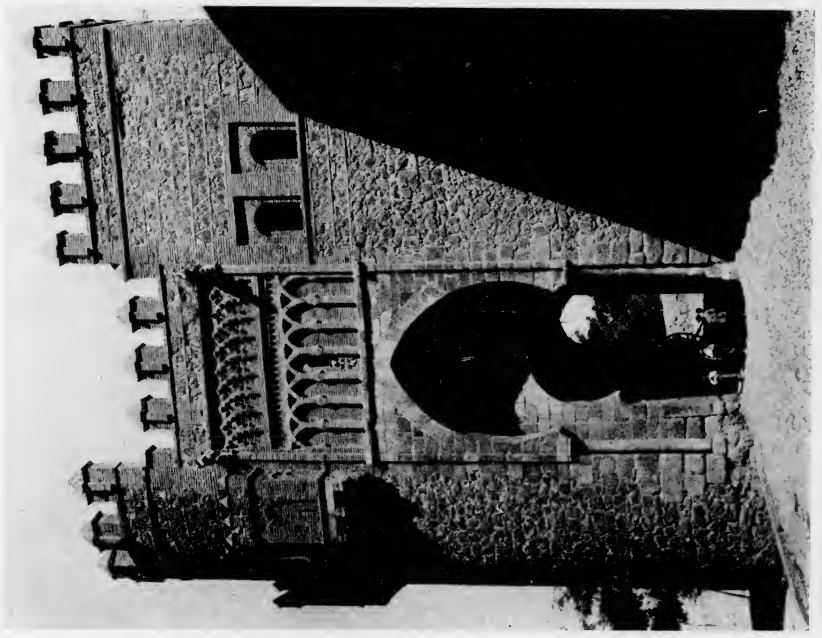
Entonces el cristiano se colocó entre los dos ejércitos y gritó: —¡Dos contra uno! — Un musulmán fué a atacarle, pero también perdió la vida. —¡Tres contra uno! — gritó entonces el cristiano, pero nadie se atrevió a ir a luchar contra él. "Sólo Abu-l-Walid ben Fatun puede servir aquí" — dijeron algunos. Mustain le llamó, le trató con gran bondad y le dijo: ¡No ves lo que ha hecho ese infiel? —Sí, lo veo —¿Qué cabe hacer? —¿Qué quieres que haga? —Que nos libres de ese hombre. —Lo haré al punto si Alá quiere. En seguida Ben Fatun se cubrió con una camisa de tela y montó a caballo, y sin empuñar ningún arma, tomó un látigo con una larga tralla que tenía un gran nudo y fué al encuentro del cristiano que le miraba con gran asombro. Los dos adversarios se precipitaron uno contra otro; el cristiano desmontó de un golpe de lanza a Ben Fatun, pero éste se agarró al cuello de su caballo, se desembarazó de sus estribos, saltó a tierra, montó otra vez, se lanzó contra su enemigo, y le dió un latigazo. La tralla se enrolló en el cuello del cristiano y de un tirón Ben Fatun le arrancó de la silla y le arrastró hacia Mustain. Entonces, éste reconoció que no había obrado bien con Ben Fatun, le agradeció calurosamente por su triunfo y le devolvió cuanto le había quitado.

### El ermitaño y el rey

En el país de los romanos que confina con Al-Andalus, había un cristiano que se había retirado del mundo. Vivía en medio de las montañas y hacía largas peregrinaciones. Ese hombre llegó un día junto a Mustain



Toledo. Puerta vieja de la Visagra.



Toledo. Puerta del Sol.

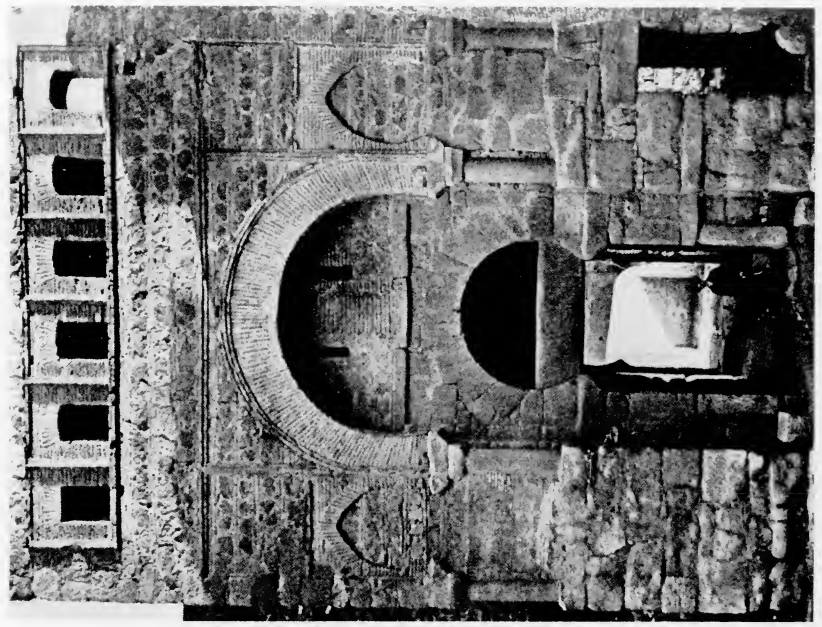
### Lucha entre campeones y victoria con boleadoras

Había en Zaragoza un caballero, llamado Ben Fatun, que era de mi familia, porque era tío de mi madre. Ningún árabe ni ningún bárbaro le igualaba en bravura. Mustain, el padre de Muqtadir, le estimaba mucho y le pagaba quinientos dinares de sueldo. Todos los cristianos conocían su valor y temían encontrarle en el campo de batalla. Se cuenta que cuando un cristiano abrevaba su caballo y el animal no quería beber, le decía: "Bebe, ¿has visto a Ben Fatun en el agua?" Sus camaradas le envidiaban por el gran sueldo que percibía y por las grandes consideraciones que tenía el sultán para con él. Supieron infamarle cerca de Mustain y éste le negó entrada en su palacio durante algunos días. Poco después Mustain hizo una incursión en país cristiano y, cuando los dos ejércitos estuvieron frente a frente, un infiel salió de las filas y se puso a gritar: —¿Hay un campeón? — Un caballero musulmán fué a su encuentro. Combatieron durante algún tiempo, pero el cristiano mató a su adversario, los politeístas lanzaron gritos de alegría y los musulmanes, al contrario, se dejaron descorazonar.

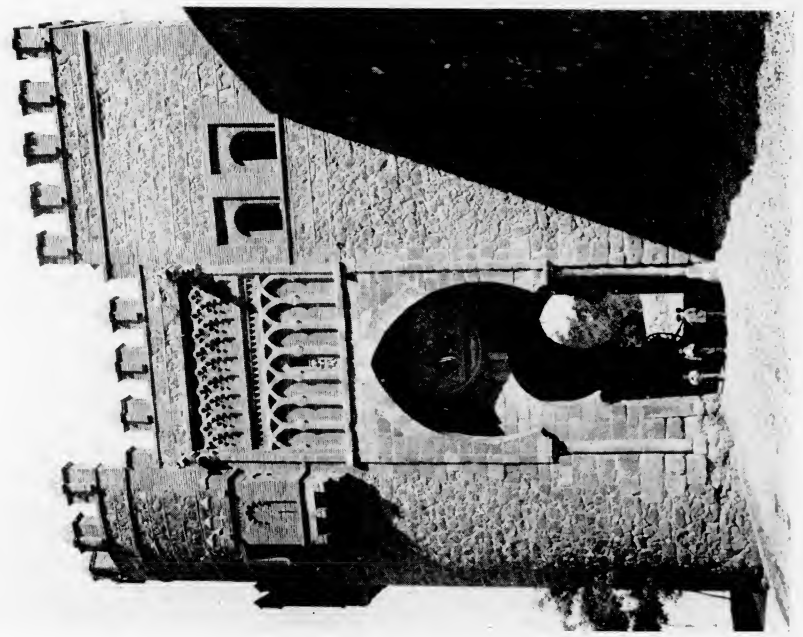
Entonces el cristiano se colocó entre los dos ejércitos y gritó: —¡Dos contra uno! — Un musulmán fué a atacarle, pero también perdió la vida. —¡Tres contra uno! — gritó entonces el cristiano, pero nadie se atrevió a ir a luchar contra él. "Sólo Abu-l-Walid ben Fatun puede servir aquí" — dijeron algunos. Mustain le llamó, le trató con gran bondad y le dijo: ¡No ves lo que ha hecho ese infiel? —Sí, lo veo —¿Qué cabe hacer? —¿Qué quieres que haga? —Que nos libres de ese hombre. —Lo haré al punto si Alá quiere. En seguida Ben Fatun se cubrió con una camisa de tela y montó a caballo, y sin empuñar ningún arma, tomó un látigo con una larga tralla que tenía un gran nudo y fué al encuentro del cristiano que le miraba con gran asombro. Los dos adversarios se precipitaron uno contra otro; el cristiano desmontó de un golpe de lanza a Ben Fatun, pero éste se agarró al cuello de su caballo, se desembarazó de sus estribos, saltó a tierra, montó otra vez, se lanzó contra su enemigo, y le dió un latigazo. La tralla se enrolló en el cuello del cristiano y de un tirón Ben Fatun le arrancó de la silla y le arrastró hacia Mustain. Entonces, éste reconoció que no había obrado bien con Ben Fatun, le agradeció calurosamente por su triunfo y le devolvió cuanto le había quitado.

### El ermitaño y el rey

En el país de los romanos que confina con Al-Andalus, había un cristiano que se había retirado del mundo. Vivía en medio de las montañas y hacía largas peregrinaciones. Ese hombre llegó un día junto a Mustain



Toledo. Puerta vieja de la Visagra.



Toledo. Puerta del Sol.

Toledo. Exterior e interior del Cristo de la Luz, antigua mezquita de Bib Mardum.

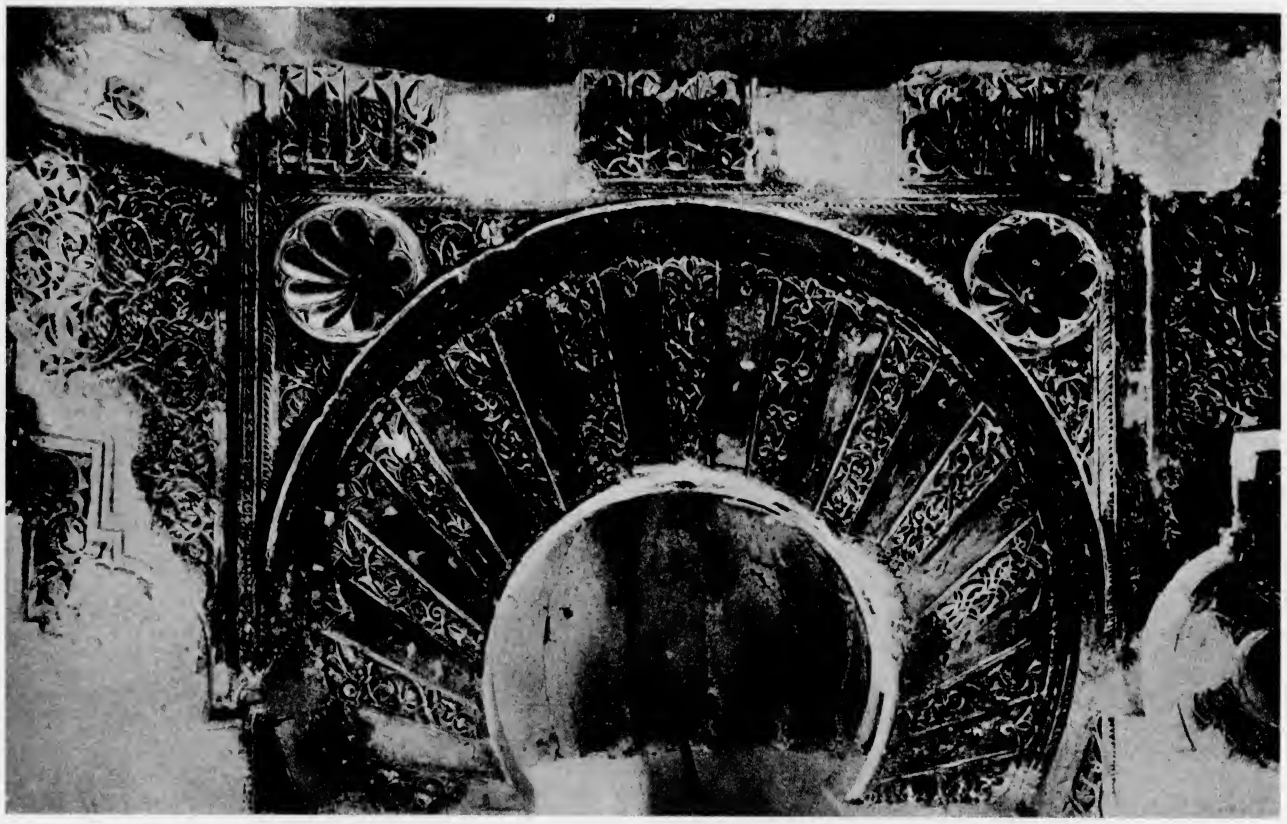
Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Pórtico sur del primer patio.

Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Arco del pórtico meridional.

Toledo. Exterior e interior del Cristo de la Luz, antigua mezquita de Bib Mardum.

Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Pórtico sur del primer patio.

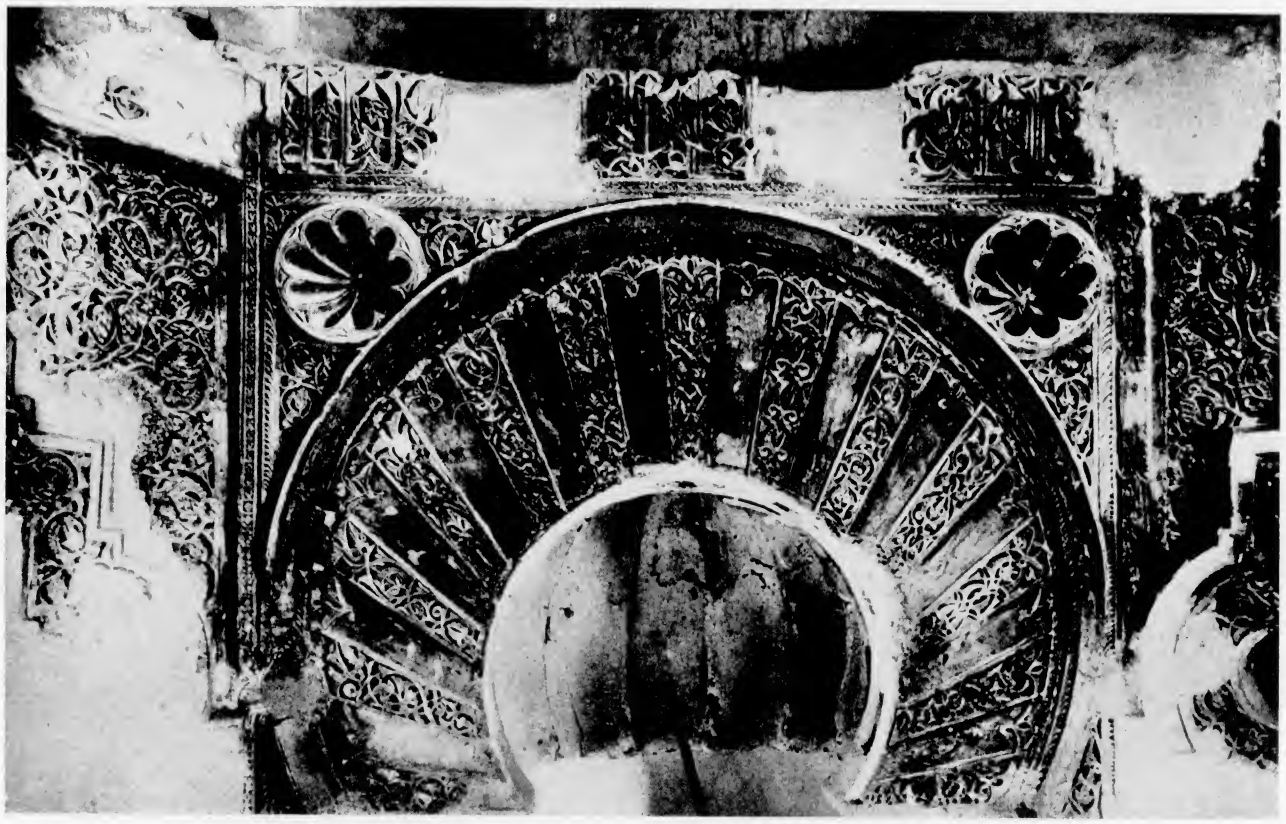
Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Arco del pórtico meridional.



Zaragoza. Arco del palacio de la Aljafería.

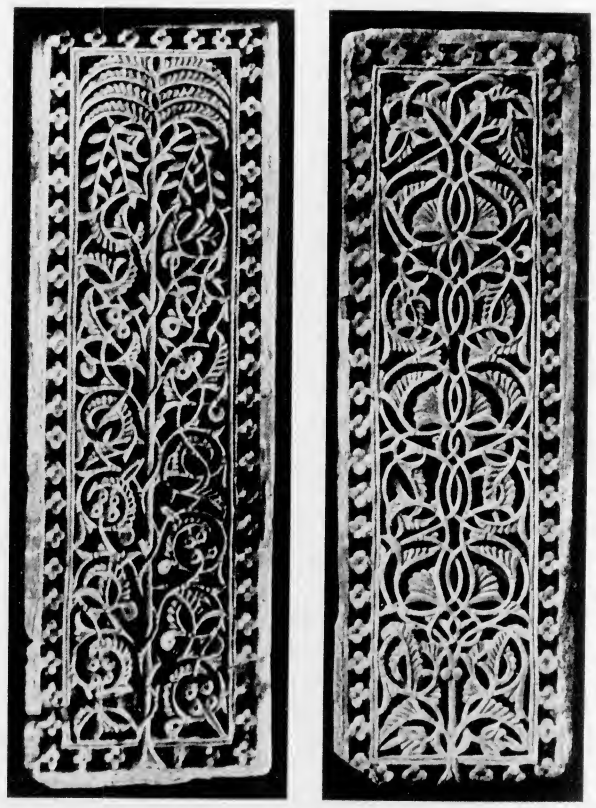
Zaragoza. Aljafería. Detalle de la decoración.

Zaragoza. Aljafería. Tableros decorativos.



Zaragoza. Arco del palacio de la Aljafería.

Zaragoza. Aljafería. Detalle de la decoración.

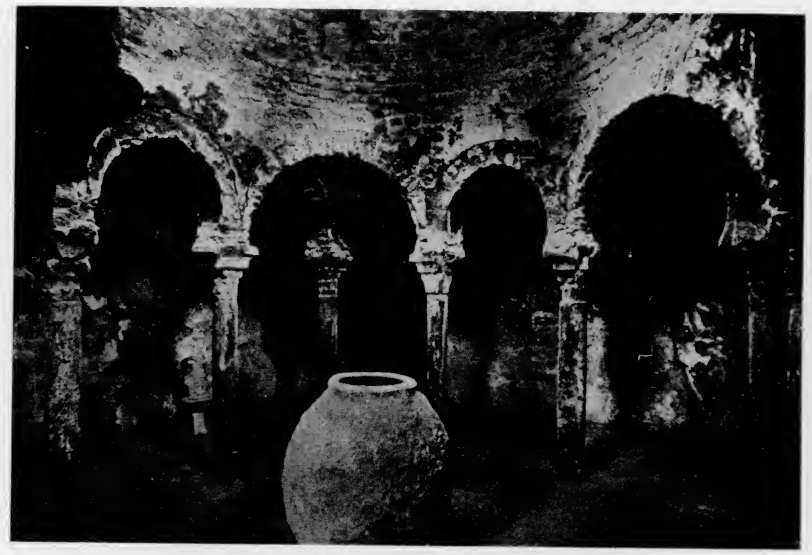


Zaragoza. Aljafería. Tableros decorativos.

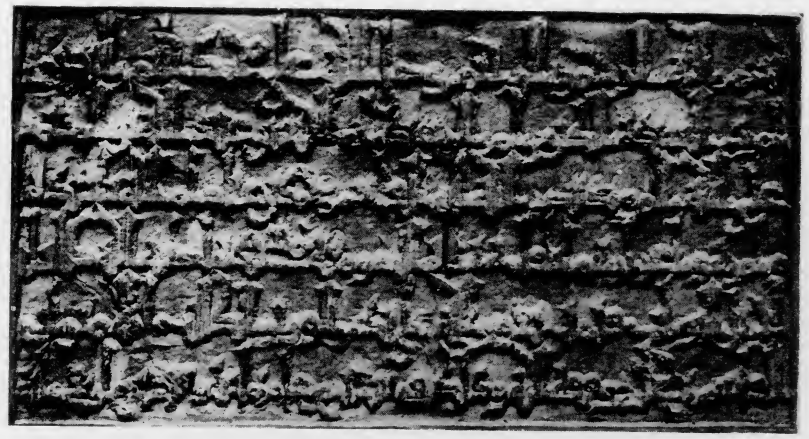
Zaragoza. Arcos del salón principal de la Aljafería.

Zaragoza. Arco y ataurique de la Aljafería.

Zaragoza. Detalle de la entrada de la Aljafería.



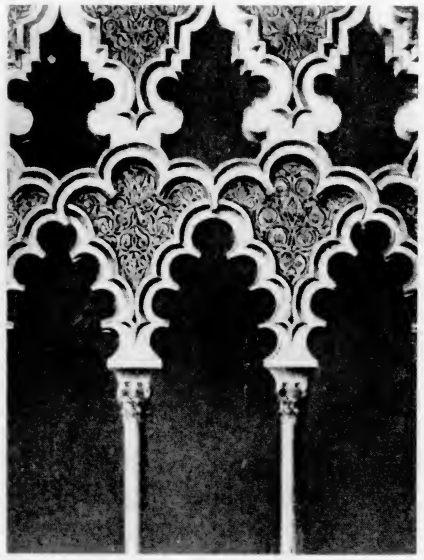
Palma de Mallorca. Baños árabes.



Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en la mezquita de Sevilla, por Timad.

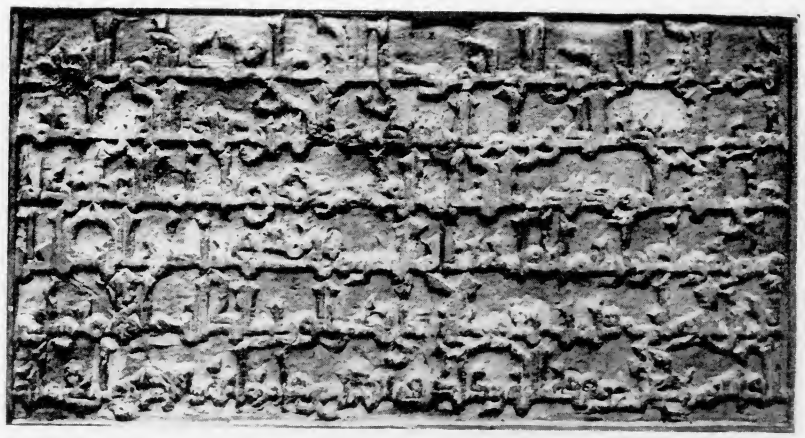
Zaragoza. Arcos del salón principal de la Aljafería.

Zaragoza. Arco y ataurique de la Aljafería.

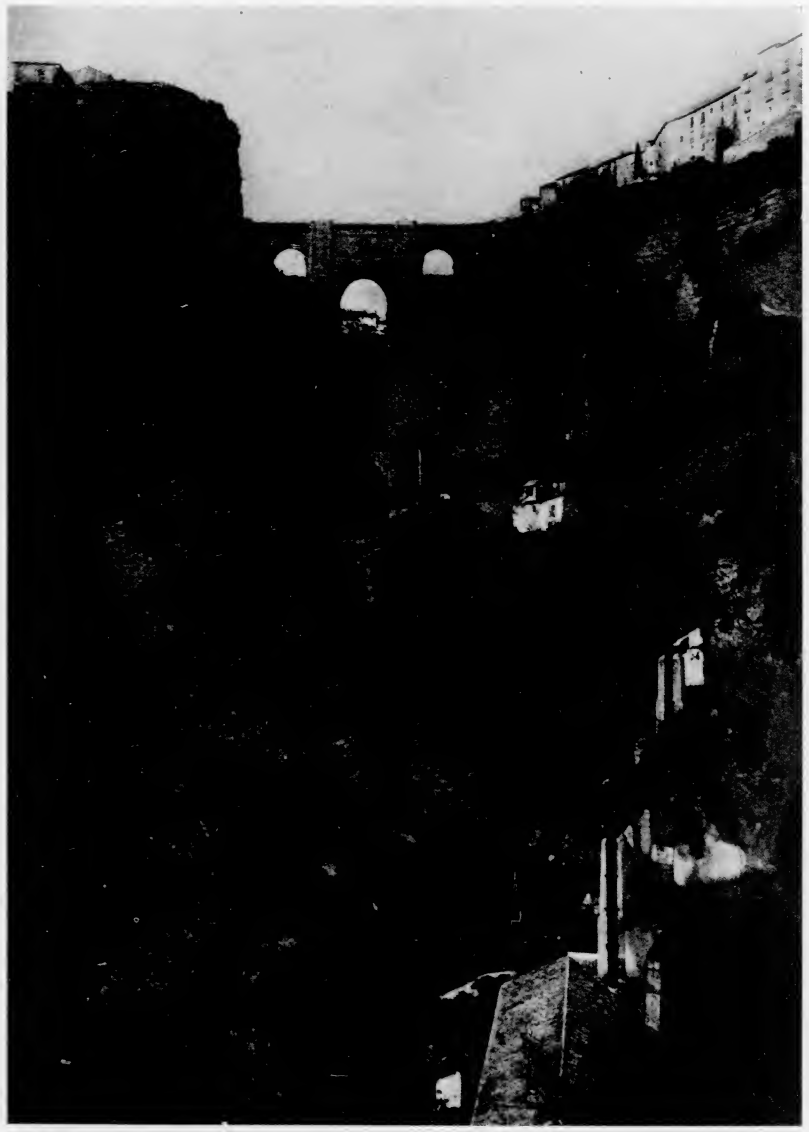


Zaragoza. Detalle de la entrada de la Aljafería.

Palma de Mallorca. Baños árabes.



Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en la mezquita de Sevilla, por Timad.



Ronda. El Tajo.



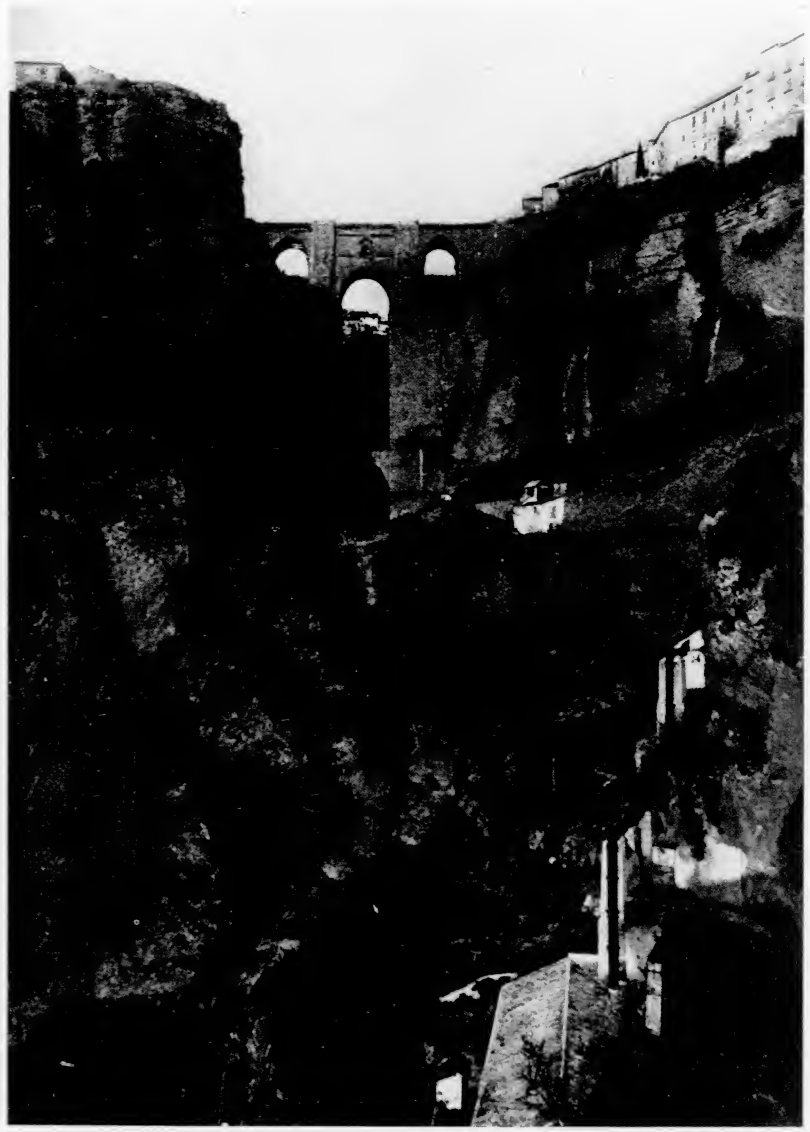
ben Hud que le trató con mucha consideración. Le tomó por la mano, le mostró los tesoros que poseía, es decir: su oro, su plata, sus perlas, sus rubíes, las muchachas de su harén, sus guardas, sus soldados, sus equipajes y sus armas. Algunos días después el rey le dijo: —¿Qué te parece mi reino? —Es muy hermoso, respondió el cristiano, sin embargo, le falta una cosa. Si pudierais añadirla a cuanto le ilustra, vuestro reino sería perfecto, si no, poseeréis la apariencia pero no la realidad. —¿De qué se trata? —Te sería necesario construir una especie de techo bastante grande para cubrir todo tu país y bastante fuerte para impedir al ángel de la muerte llegar hasta ti. —Por Alá, eso es imposible. —¿Por qué os alabáis, entonces, de poseer una cosa que mañana perderéis? Quien pone su gloria en algo perecedero se asemeja a quien cree poseer el fantasma que ve durante su sueño.

### Victoria de un musulmán bilingüe

Una vez Muqtadir ben Hud salió de Zaragoza, que se encuentra en las fronteras de la España (musulmana), para combatir al tirano Rademiro, príncipe de los cristianos. Uno y otro rey habían reunido todas las tropas que pudieron y, cuando los dos ejércitos se hallaron frente a frente, se colocaron en orden de batalla. El combate duró gran parte de la jornada, pero con gran dolor de Muqtadir, los musulmanes fueron vencidos y dispersados. Muqtadir llamó entonces a un musulmán que sobrepasaba a la sazón a todos los otros guerreros de la frontera en conocimientos militares y que se llamaba Sadada. —¿Qué piensas de esta jornada?, le preguntó. —Ha sido muy desdichada, respondió, pero queda un recurso. Y dicho esto se fué. Iba vestido como los cristianos, y como vivía en sus vecindades y tenía mucho trato con ellos, hablaba muy bien su lengua. Pudo, pues, penetrar en el ejército de los infieles y aproximarse a Ramiro que armado de pies a cabeza, tenía la visera bajada, de suerte que sólo dejaba ver sus ojos. Sadada esperó la ocasión de golpearle. Cuando la encontró se precipitó sobre él y le hirió en un ojo, de una lanzada. Ramiro cayó de bruces a tierra; Sadada se puso a gritar en romano: "¡El rey está muerto!" El rumor de la muerte de Ramiro se difundió entre sus soldados y éstos se dieron a la fuga y se dispersaron. Y tal fué, por disposición del Todopoderoso, la causa de la victoria que obtuvieron los musulmanes en tal ocasión.

### Campeadores en la toma de Huesca

Cuando Mustain II fué a combatir al tirano cristiano Ben Rademiro, cerca de la ciudad de Huesca, los dos ejércitos eran poco más o menos igualmente numerosos; los dos contaban alrededor de veinte mil hombres. Un soldado que estuvo presente en la acción me ha contado lo que sigue:



Ronda. El Tajo.



ben Hud que le trató con mucha consideración. Le tomó por la mano, le mostró los tesoros que poseía, es decir: su oro, su plata, sus perlas, sus rubíes, las muchachas de su harén, sus guardas, sus soldados, sus equipajes y sus armas. Algunos días después el rey le dijo: —¿Qué te parece mi reino? —Es muy hermoso, respondió el cristiano, sin embargo, le falta una cosa. Si pudierais añadirla a cuanto le ilustra, vuestro reino sería perfecto, si no, poseeréis la apariencia pero no la realidad. —¿De qué se trata? —Te sería necesario construir una especie de techo bastante grande para cubrir todo tu país y bastante fuerte para impedir al ángel de la muerte llegar hasta ti. —Por Alá, eso es imposible. —¿Por qué os alabáis, entonces, de poseer una cosa que mañana perderéis? Quien pone su gloria en algo perecedero se asemeja a quien cree poseer el fantasma que ve durante su sueño.

### Victoria de un musulmán bilingüe

Una vez Muqtadir ben Hud salió de Zaragoza, que se encuentra en las fronteras de la España (musulmana), para combatir al tirano Rademiro, príncipe de los cristianos. Uno y otro rey habían reunido todas las tropas que pudieron y, cuando los dos ejércitos se hallaron frente a frente, se colocaron en orden de batalla. El combate duró gran parte de la jornada, pero con gran dolor de Muqtadir, los musulmanes fueron vencidos y dispersados. Muqtadir llamó entonces a un musulmán que sobrepasaba a la sazón a todos los otros guerreros de la frontera en conocimientos militares y que se llamaba Sadada. —¿Qué piensas de esta jornada?, le preguntó. —Ha sido muy desdichada, respondió, pero queda un recurso. Y dicho esto se fué. Iba vestido como los cristianos, y como vivía en sus vecindades y tenía mucho trato con ellos, hablaba muy bien su lengua. Pudo, pues, penetrar en el ejército de los infieles y aproximarse a Ramiro que armado de pies a cabeza, tenía la visera bajada, de suerte que sólo dejaba ver sus ojos. Sadada esperó la ocasión de golpearle. Cuando la encontró se precipitó sobre él y le hirió en un ojo, de una lanzada. Ramiro cayó de bruces a tierra; Sadada se puso a gritar en romano: "¡El rey está muerto!" El rumor de la muerte de Ramiro se difundió entre sus soldados y éstos se dieron a la fuga y se dispersaron. Y tal fué, por disposición del Todopoderoso, la causa de la victoria que obtuvieron los musulmanes en tal ocasión.

### Campeadores en la toma de Huesca

Cuando Mustain II fué a combatir al tirano cristiano Ben Rademiro, cerca de la ciudad de Huesca, los dos ejércitos eran poco más o menos igualmente numerosos; los dos contaban alrededor de veinte mil hombres. Un soldado que estuvo presente en la acción me ha contado lo que sigue:

Cuando iba a entablarse el combate, el tirano Ben Rademiro dijo, dirigiéndose a uno de sus guerreros, del que hacía gran caso a causa de su sagacidad y de su larga experiencia de la guerra: "Quisiera saber cuántos bravos hay en el ejército musulmán; es decir, cuántos guerreros de los que conocemos, como ellos nos conocen. Pregúntaselo a quienes lo saben y vuelve a darme los nombres, tanto de los ausentes como de los presentes". Partió el cristiano y cuando regresó enumeró siete guerreros. "Bien, dijo Ben Rademiro, contemos ahora los nuestros". Contaron hasta ocho. Muy alegre y con la sonrisa en los labios el tirano Ben Rademiro exclamó: "Qué gran jornada ésta". Cuando los dos ejércitos vinieron a las manos, ambos combatieron con la misma obstinación, nadie volvió la espalda al enemigo, nadie abandonó su puesto y de las dos partes murieron la mayor parte sin que ningún soldado huyera. Pero hacia las cuatro de la tarde, los enemigos, que nos habían estado observando durante algún tiempo, cargaron todos a la vez y, habiendo forzado nuestras filas, rompieron nuestras líneas y nos separaron en dos cuerpos. No pudimos resistir más y después de un corto combate, que nos resultó desfavorable, nuestros capitanes aconsejaron al sultán que se pusiera en salvo. Nuestro ejército fué derrotado, fuimos dispersados y el enemigo se apoderó de Huesca.

Del *Sirach al-Muluk* del Turtuxi (Según versión francesa de Dozy: Recherches, II, 61, 240, 242, 246).

## COMIENZO DEL IMPERIO ALMORAVIDE

*Importa dar un salto en el espacio y en el tiempo y trasladarnos a Africa, para conocer sucesos que iban a influir decisivamente en la historia de Al-Andalus. Del Magrib al-Aqsa (el extremo Occidente) había venido el Islam a España. Pronto rompió ésta sus vinculaciones políticas con el califato oriental, y, por tanto, con Ifriqiya, la que, a su vez, se separó a la postre de Bagdad. Durante dos siglos, de las tierras del Sur del Estrecho sólo vinieron a la Península mercenarios para integrar los ejércitos pretorianos con que los emires de Córdoba se impusieron a la aristocracia árabe y tuvieron sometidos a sus súbditos españoles: musulmanes o cristianos. Durante el califato, Abd al-Rahman y Al-Hakam, primero, y el ministro Al-Mansur, después, extendieron por Marruecos la dominación de Al-Andalus. Pero a mediados del siglo XI comenzó a formarse en Africa la tormenta almorávide, que iba a descargar en España y a arrasar la brillante civilización arábigo-andaluza —fruto de cuatro centurias de esfuerzos y tanteos— y a detener la Reconquista, cuyo fin parecía acercarse en 1085. He aquí el relato de los orígenes del imperio que dominó muy pronto desde el Sahara a Toledo.*



Los almorávides, cuya dinastía comenzó en 448 [20 marzo 1056], se componían de diversas tribus que se hacían descender de Himyar. Las más célebres son las de Lamtuna, de las que forma parte el Príncipe de los Creyentes Ali ben Taxufin, los Chadala y los Lamtuna. Salidas del Yemen en tiempos de Abu Bakr Siddiq, que las envió a Siria, pasaron a Egipto y después se trasladaron al Magrib con Musa ben Nusayr. Siguieron en seguida a Tariq hasta Tánger, pero su gusto por el aislamiento les empujó hacia el interior y allí habitaron hasta la época de que vamos a tratar.

En la data señalada, es decir, en 448 [20 marzo 1056], un tal Chawhar, de los Chadala, que gustaba de la religión y de las gentes piadosas, pasó a Ifriqiya con intención de hacer la peregrinación a la Meca. Encontró en Qayrawan un legista rodeado de numerosos estudiantes, llamado, a lo que se cree generalmente, Abu Imran Fasi. Chawhar escuchó sus lecciones y a la vuelta de su peregrinación, dijo al legista: De todo lo que enseñas, en el desierto donde habito, sólo las dos *Xahada* (las dos profesiones de fe: No hay más dios que Alá y Mahoma es su enviado) y la plegaria son conocidas de algunos privilegiados; envía conmigo alguien que pueda enseñarnos las prácticas islámicas". Abd Allah ben Yasin Gazali, jurista virtuoso y hábil, fué designado a tal efecto. Cuando Chawhar llegó con su compañero a la tribu de Lamtuna, echó pie a tierra y tomó por la brida el camello de Abd Allah ben Yasin, para honrar al depositario de la ley musulmana. Vinieron a saludar a Chawhar y le preguntaron quién era su compañero. "Es, dijo, un hombre que conoce la tradición del Profeta y que viene a enseñarnos los preceptos obligatorios del Islam". Le acogieron bien, y le alojaron y después el alfaquí, a su petición, les expuso lo que el musulmán debía creer y practicar. "Por lo que concierne, le dijeron, a la oración y al diezmo *(zakat)* no hay dificultad; pero en cuanto a lo que dices de que el homicida debe ser muerto, el ladrón amputado y el fornicador flagelado o lapidado, ésas son reglas cuyo carácter obligatorio no admitimos; dirígete a otros". Los dos compañeros tuvieron entonces que retirarse, mientras un viejo de mucha edad decía al verles partir: "Si ese camello tiene algún éxito en el desierto, se hablará de él en el mundo".

Chawhar llevó entonces su compañero a los Chadala, sus contribulos, y el jurista les exhortó, como a las tribus vecinas, a reconocer la autoridad de la ley religiosa, pero no obtuvo un éxito completo, porque todo el mundo no reconoció la autoridad de sus predicaciones. Después, como los que habían permanecido incrédulos se reunieran con intenciones hostiles, Ben Yasin dijo a los neófitos: "Debéis combatir a los que resisten a la verdad y rehusan reconocer las leyes musulmanas. Como se preparan a la lucha, levantad vuestra bandera y elegid un jefe". —"Tú serás el jefe", le dijo Chawhar. —"No, lo serás tú, porque yo soy sólo el depositario de la ley". —"Pero, replicó Chawhar, si fuera así, mi tribu oprimiría al resto del pueblo y yo llevaría la carga". —"Entonces, dijo Ben Yasin, llamaremos a Abu Bakr ben Umar, jefe de los Lamtuna, pues es un personaje cuya conduc-

ta es elogiada y a quien los suyos prestan mucha obediencia. El gusto por el mando le hará aceptar nuestra oferta y su tribu, que le seguirá, nos prestará su ayuda". Abu Bakr aceptó, en efecto, las proposiciones que le hicieron los dos hombres, le prestaron juramento de fidelidad bajo el título que le dió Ben Yasin de *Emir Al-Muslimin* y luego volvieron a Chadala, donde los verdaderos musulmanes se unieron a él. Ben Yasin empezó entonces a predicar la guerra santa y les denominó Murabitun (Almorávides). Quienes les eran hostiles se reunieron para atacarles, pero los almorávides se mantuvieron tranquilos. Ben Yasin y Abu Bakr se limitaron a reclamar contra ellos el socorro de los pacificadores de las tribus a que pertenecían. Estos tales supieron atraer a los injustos perturbadores y llegaron a reunir en el mismo lugar hasta dos mil de ellos; se estableció guardia en torno a una trinchera que les rodeaba; después se les hizo salir por grupos pequeños, y fueron ahorcados unos tras otros. Y entonces la mayor parte de las tribus del desierto reconocieron, por temor, la autoridad de los almorávides, y su poder quedó consolidado.

Por su parte Abd Allah ben Yasin se ocupó (de predicar) la ciencia (religiosa) y algunos estudiantes se reunieron en torno a él para recibir sus lecciones. Pero toda la autoridad se concentró en sus manos y en las de Abu Bakr ben Umar, de suerte que Chawhar Chadali, dejado de lado, fué insensiblemente dominado por la envidia y comenzó bajo cuerda a suscitar desórdenes. Habiéndose descubierto su proceder, se celebró una reunión en que fueron probadas las maniobras que se le imputaban; y fué pronunciada contra él sentencia de muerte: por infracción de su juramento de fidelidad, por intrigas contra la autoridad y por tentativa de lucha contra los partidarios de la verdad. Fué ejecutado después de haber hecho una plegaria de dos *raqa* y mientras mostraba su alegría por hallarse pronto para ir a gozar de la vista de Alá. Y las tribus siguieron sometiéndose al nuevo poder y siguió castigándose con la muerte a los refractarios.

En 450 [27 febrero 1058], como consecuencia de una sequía que padeció la región, Ben Yasin envió los más miserables de entre ellos al Sus, para cobrar allí el diezmo *(zakat)*. Novecientos hombres avanzaron hacia Sichilmassa, hicieron una recaudación de cierta importancia y volvieron a sus casas.

Después, el desierto les pareció muy pequeño, y quisieron difundir la palabra de la verdad, pasar a España y allí combatir a los infieles. Penetraron en Sus Al-Aqsa, pero los habitantes se unieron para resistirles, con tanto éxito que los almorávides tuvieron que huir, y el jurista Abd Allah ben Yasin fué muerto. Abu Bakr ben Umar, obligado al principio a batirse en retirada, reunió luego un nuevo ejército y penetró en Sus con dos mil hombres montados; pero, cuando se vió en presencia de doce mil caballeros del Sus y de Zanata, les pidió que le dejaran pasar, para poder ir a España a combatir a los enemigos del Islam. Le negaron el paso y entonces rogó a Alá en estos términos: "Si poseemos la verdad, socórrenos, si no, haznos



salir de este mundo". Comenzó entonces con los suyos una furiosa lucha y en ella Alá les dió la victoria. Las gentes del Sus y sus aliados hubieron de huir, muchos de ellos fueron muertos y los almorávides recogieron un botín considerable. Enardecidos por tal éxito, marcharon contra Sichilmassa, junto a la cual acamparon. Reclamáronla el pago del diezmo *(zakat)*. Su petición fué denegada y el jefe de la ciudad marchó contra ellos; pero fué derrotado, sufrió serias pérdidas y los asaltantes entraron vencedores en Sichilmassa en el año 453 [25 enero 1061].

Después de la conquista de Sichilmassa, Abu Bakr confió su administración a uno de sus próximos parientes, a Yusuf ben Taxufin Lamtuni y él volvió al desierto. Yusuf trató con consideración a los habitantes de la ciudad, de los que no reclamó sino el diezmo y luego pasó algún tiempo en el desierto. Abu Bakr ben Umar volvió en seguida a Sichilmassa y allí residió un año, ejerciendo un poder absoluto y haciendo recitar la oración en su nombre. Se hizo reemplazar después por el hijo de su hermano, Abu Bakr ben Ibrahim ben Umar y, de concierto con Yusuf, equipó tropas almorávides para marchar contra el Sus; y éste fué conquistado por tal jefe, hombre piadoso, justo, resuelto, discreto y experimentado.

Tal situación duró hasta el 462 [19 octubre 1069], en que Abu Bakr ben Umar murió en el desierto. Entonces las tropas almorávides se agruparon en torno a Yusuf ben Taxufin, reconocieron su autoridad y le proclamaron Emir Al-Muslimin. Pertenecía a la sazón a los Zanata la supremacía en Occidente (Al-Garb). La habían alcanzado en el período de las revueltas, pero eran perversos, injustos e ignorantes de las artes del gobierno y de la religión. Por el contrario, el nuevo príncipe y los suyos respetaban las tradiciones y observaban la ley religiosa. Respondieron a la petición de socorros que les dirigieron los mogrebíes (occidentales) y conquistaron sucesivamente y casi sin esfuerzo las fortalezas y las ciudades. Sus nuevos súbditos vieron mejorada su situación y les recompensaron con su afecto.

Yusuf eligió en seguida el emplazamiento de Marraquex, lugar llano y entonces sin habitar, punto central del Magrib, como Qayrawan lo es de Ifriqiya. El lugar elegido se hallaba al pie de las montañas de los Masmudas, es decir, de la población más poderosa de aquellas regiones y la más indomable en sus guaridas. Fundó allí Marraquex y fijó allí su residencia para mejor aplastar las posibles revueltas de tales montañeses, pero no se produjo ningún levantamiento. Conquistó las comarcas vecinas del Estrecho, Ceuta, Tánger, Salé, etc. y sus ejércitos fueron cada vez más considerables. Toda la tribu de Lamtuna y las demás salieron entonces (de los lugares) que antes habitaban y acortaron su velo. Antes de sus conquistas, cuando habitaban en el desierto, se cubrían con un velo para protegerse contra el calor y el frío, como hacen también los árabes. Tenían la piel morena. Se da también otro origen al velo. Guerreros Lamtuna habían salido a combatir al enemigo. Se ocultó éste y penetró hasta sus tiendas, donde no quedaban sino los viejos, las mujeres y los niños. Cuando los

viejos tuvieron la certidumbre de que tenían enfrente al enemigo, ordenaron a las mujeres vestir trajes de hombre, que se cubrieran bien con sus velos, para no ser reconocidas, y que empuñaran las armas. Lo hicieron así y los viejos y los niños marcharon adelante, mientras las mujeres rodeaban el campamento. El enemigo, al acercarse, vió al conjunto que avanzaba, tomó a todos por hombres y se dijo: "Esas gentes están cerca de sus mujeres y van a combatir desesperadamente; más vale llevarnos el ganado y, si nos persiguen, les combatiremos lejos de sus mujeres". Pero mientras reunían el ganado llegaron los guerreros de la tribu y los asaltantes, tomados entre ellos y las mujeres, sufrieron pérdidas considerables que les causaron sobre todo los combatientes improvisados. Así comenzó el uso del velo, al que tales pueblos han permanecido fieles. No se lo quitan ni de día ni de noche y no se puede distinguir al viejo del joven.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según versión francesa de Fagnan, 42).

## EL BANDOLERO ANDALUZ BAZI AL-AXHAB

*Dispongámonos a asistir a dos escenas en que relampaguea el ingenio andaluz y la admiración andaluza por la bravura pícara. Toda la Andalucía de ayer y quizá de hoy —¿quién sabe cómo será la de mañana tan cargada de nuevos problemas?— palpita en esas dos anécdotas que parecen arrancadas de un relato romántico. No las hubiera imaginado más llenas de sal ningún autor contemporáneo puesto a inventar aventuras de bandoleros y de príncipes.*

En la época de Al-Mutamid vivió el famoso ladrón conocido por el Bazi al-Axhab (el Halcón Gris), en cuyo arte de hurtar todo era extraordinario. La gente del despoblado lo había tomado por caudillo.

Cuéntase (en la historia) de sus latrocinios, que una vez, a causa de un robo, fué atado en la cruz por orden de Ben Abbad, quien dispuso que lo colocaran en un sitio transitado por la gente del poblado, para que lo vieran.

Mientras se hallaba en su madero, en tal situación, llegaron su mujer y sus hijas, quienes se pusieron a llorar a su alrededor, diciendo: "¿En qué manos nos dejas, para que perezcamos después de ti?". Entonces apareció un beduíno sobre un mulo, llevando debajo un atado de ropa y de provisiones. (El bandolero) le gritó: "¡Señor! ¡mírame como estoy! Por ello necesito de ti algo que nos reportará provecho a ambos". — "¿Qué es?", le contestó. Díjole: "Mira aquel pozo: cuando me echaron mano los guardias arrojé en él cien dinares. Quizá te las arregles tú para sacarlos. Están aquí mi esposa y mis hijas para tenerte tu mulo mientras extraes los dinares".



Después de convenir con el bandolero que tomaría para sí la mitad del dinero, consiguió el beduíno una soga y se descolgó en el pozo; (pero) cuando llegó al fondo, la mujer del ladrón cortó la soga. Quedó el beduíno sorprendido y se puso a dar voces (mientras que) la mujer tomó con sus hijas lo que había sobre el mulo y huyeron, llevándoselo.

En momentos que esto sucedía hacía mucho calor y (he aquí) que Alá movió a alguien a que acudiera en ayuda del beduíno cuando las mujeres se habían perdido de vista y se habían puesto a salvo. Esa persona (que acudió en su auxilio) se ingenió con otra para sacarlo. Entonces le preguntaron lo que le había pasado; y (les) dijo: "Ese malhechor me ha engañado, dando (oportunidad y) tiempo para que su mujer y sus hijas se fueran con mis ropas y provisiones".

Esta querella fué llevada a Ben Abbad, que quedó sorprendido ante ella, mandó que se hiciera comparecer a Bazi al-Axhab, y le dijo: "¿Cómo has hecho esto, encontrándote ya en garras de la muerte?". Contestóle: "Mi Señor: si experimentaras la magnitud del placer que hallo en robar dejarías tu reino y te dedicarías a ello". (El príncipe) lo maldijo y se rió. En seguida le expresó: "¿Si te pusiera en libertad, te ayudase y te diera lo necesario para vivir, te arrepentirías de tu vituperable ocupación?" Le contestó: "¡Oh mi Señor! ¿Cómo no habré de aceptar tu oferta y de arrepentirme si me salvas de la muerte?" Entonces (Ben Abbad) lo tomó conforme a lo pactado y lo puso a la cabeza de (un grupo) de valientes, quedando (así) convertido (Bazi al-Axhab) en uno de los guardianes de los alfoces de la ciudad.

Del *Kitab Nafh al-tib* de AL-MAQQARI, ed. Dozy (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado, según el texto de la Crestomatía de Asín, 13).

## LA POESIA EN LOS REINOS DE TAIFAS

*En el siglo del califato —912 a 1009— Córdoba asimiló e hispanizó todo el conjunto de tendencias y modas diversas que la convivencia de muy diversas razas, regiones y culturas había acumulado en ella, durante el señorío de los Omeyas en Al-Andalus. En ese siglo califal viven y escriben poetas notables: Ben Abd Rabbihi, un rezagado del período anterior, cuyo* Libro del collar *constituye además una enciclopedia del saber de su época; Ben Farach, que emuló en su* Libro de los huertos *al oriental Ben Dawud de Ispahan; Al-Mushafi, el visir desposeído y perseguido por "Almanzor"; el complicado y gongorino Al-Qastalli, etc., etc. La poesía hispano-árabe ensaya en esa época todos los temas, desde los religiosos y los históricos hasta los floreales, muy en moda en la corte del omnipotente ministro de Hixam II. Unidos a los duros tiempos de la crisis del califato han quedado los nombres de dos grandes figuras de la cultura hispano-musulmana: Ben*

*Xuhayd (992-1035), cuya poesía tiene resonancias modernas y que en su* Risala *describe el viaje de un poeta al paraíso, dos siglos antes que Dante, y el gran Ben Hazm (994-1063), que aparte de sus otras obras literarias, escribe poesías, a veces cálidas y apasionadas, y en las que asciende, en ocasiones, "a las frías cimas de la abstracción intelectual". Pero el siglo de los reinos de Taifas es la época feliz de los poetas de Al-Andalus. "Los poetas —dice Al-Xaqundi— se balanceaban entre los reyes como los céfiros en los jardines y entraban a saco en sus tesoros con la vehemencia de Al-Barrad". Todos eran poetas a la sazón en la España mora. Según Al-Qazwini, cualquier labrador que guiaba su carreta de bueyes podía improvisar sobre el tema que se le propusiera. Los poetas cruzaban la Península, mimados por los príncipes. Reyes, visires, magnates, embajadores se invitaban, se excusaban, se insultaban y se regalaban en billetes poéticos, en los que solían compararse con los astros y las flores. Junto a dos figuras políticas que merecen atención especial: Al-Mutamid y su ministro Ben Ammar, destaca el más grande de los poetas neoclásicos de España, Ben Zaydun (1003-1070), cordobés al servicio de los Abbadíes sevillanos. Fué a la vez astro sin igual en la poesía amorosa y en el amor poético a la princesa poetisa Wallada. Junto a él deben citarse: Ben Al-Labana de Denia (m. 1113), alma dulce y suave con don de lágrimas; al terrible alfaquí de Elvira, Abu Ishaq (m. 1066); a los epicúreos melancólicos Qabturnuh, de Extremadura; al metafórico audaz Ben Sara, de Santarem, y a Ben Saraf, de Berja, de intención filosófica.*

*"En este inmenso orfeón —dice García Gómez al estudiarlos— suenan todas las voces: ásperos tonos de alfaquíes que evocan el terror; sátiras retorcidas y emponzoñadas; alambicadas cortesías; invitaciones a robar el placer cuando duerme la desgracia; descripciones del vino, de las flores, de las mujeres y de las fiestas; ditirambos falsos e hiperbólicos; cantos de guerra; lamentaciones ante la imposibilidad de luchar contra el destino, jactancias, discreteos, amores y elegías".*

### Reproche

Las noches son para mí más largas desde que te empeñaste en alejarme de tu lado,

¡oh gacela que demora la ejecución de la promesa y que no cumple la palabra que me dió!

¿Es que has olvidado el tiempo en que pasábamos la noche juntos, sobre un lecho de rosas,

mientras las estrellas del horizonte brillaban como perlas sobre lapislázuli?

Del califa Abd Al-Rahman V Mustadhir (m. 1024).



### La tormenta

Cada flor abría en la oscuridad su boca, buscando las ubres de la lluvia fecunda.

Y los ejércitos de las negras nubes, cargadas de agua, desfilaban majestuosamente, armadas con los sables dorados del relámpago.

De Ben Xuhayd, de Córdoba (992-1034).

### El pudor

Cuando ofreces a los circunstantes —como el copero que sirve en rueda los vasos— el vino de tus mejillas, encendidas de pudor, no me quedo atrás en beberlo;

que a este vino lo hacen generoso los ojos de los que al mirarte te hacen ruborizar, mientras que al otro lo hacen generoso los pies de los vendimiadores.

Del visir sevillano Abu-l-Walid Ismail Ben Muhammal, apodado Habib (m. hacia 1048).

### Quisiera rajar mi corazón

Quisiera rajar mi corazón con un cuchillo, meterte dentro, y luego volver a cerrar mi pecho.

Para que estuvieras en él y no habitaras en otro, hasta el día de la resurrección y del juicio final.

Así vivirías en él mientras yo existiera y, a mi muerte, morarías en las entretelas del corazón en las tinieblas del sepulcro.

De Ben Hazm, de Córdoba (m. 1064).

### La carrera de los poetas

Estoy reducido al silencio, porque mis corceles no toman parte en la carrera de los poetas;

Si yo llamara a las palabras, acudirían humildes, como el prisionero acude a la llamada del que lo cautivó.

Pero yo vi que nuestro Profeta censura a los poetas lenguaraces y charlatanes.

Por eso he guardado silencio, excepto para la piedad, aunque seguramente los mares de mi talento vomitarían perlas.

De Abu Ishaq, de Elvira (m. 1067).

### Ser asceta

Ser asceta en el mundo no es vivir oscuramente: príncipe serás en el mundo si eres asceta.

Si hubiera alguien en el mundo superior al príncipe en gloria y majestad, ése serías tú.

No es pura la vida de los reyes; tan sólo es pura y laudable la vida de los ascetas.

Del mismo.

### La lectura

Mi pupila rescata lo que está preso en la página: lo blanco a lo blanco y lo negro a lo negro.

Del célebre BEN AMMAR DE SILVES, visir de Mutamid de Sevilla (m. 1068).

### Del elogio de Mutamid de Sevilla

Copero, sirve el vaso, que el céfiro ya se ha levantado, y el lucero ha desviado ya las riendas del viaje nocturno.

El alba ya nos ha traído su blanco alcanfor, cuando la noche ha apartado de nosotros su negro ámbar.

El jardín es como una bella, vestida con la túnica de sus flores y adornada con el collar de perlas del rocío,

O bien, como un doncel, que enrojece con el pudor de las rosas y se envalentona con el bozo del mirto.

El jardín —donde el río parece una mano blanca extendida sobre una túnica verde—

está agitado por el céfiro: pensarías que es la espada de Ben Abbad. En la angustia, cuando el aire se reviste de una túnica cenicienta, la dádiva de su mano es fecunda,

y escoge, para hacer sus dones, la virgen ya núbil, el corcel desnudo y el sable adornado de pedrería.

Rey, que, cuando los reyes se dirigen en masa al abrevadero, no pueden abrevar hasta que él retorna;

más fresco sobre los corazones que el gotear del rocío, más placentero sobre los párpados que la dulce pesadez del sueño.

El hace chispear el eslabón de la gloria, y no se aparta del fuego de la lid más que para acercarse al fuego del hogar encendido para los huéspedes;



Rey que te admira en lo físico y en lo moral, como el jardín es bello, tanto visto de lejos cuanto visitado de cerca.

Cuando, estando a su lado, me escancia el Kautar de su generosidad, estoy cierto de hallarme en el paraíso.

¿Has hecho fructificar tu lanza con las cabezas de los reyes enemigos, porque viste que la rama place cuando está en fruto,

y has teñido tu cota con la sangre de sus héroes, porque viste que la bella se engalana de rojo?

Mi poema es, por ti, como un jardín que visitó el céfiro y sobre el cual se inclinó la escarcha hasta que floreció.

Con tu nombre le he vestido una túnica de oro; con tu alabanza he desmenuzado sobre él el mejor almizcle.

¿Quién se atreverá conmigo? Tu nombre es áloe que he quemado en el pebetero de mi genio.

Del mismo.

### Fragmento de la "Qasida en Nun"

Alejados uno de otro, mis costados están secos de pasión por ti, y en cambio no cesan mis lágrimas...

Al perderte, mis días se han cambiado y se han tornado negros, cuando contigo hasta mis noches eran blancas...

Diríase que no hemos pasado juntos la noche, sin más tercero que nuestra propia unión, mientras nuestra buena estrella hacía bajar los ojos de nuestros censores:

Eramos dos secretos en el corazón de las tinieblas, hasta que la lengua de la aurora estaba a punto de denunciarnos.

De BEN ZAYDUN, de Córdoba (1003-1070).

### El gallo

Para anunciar la muerte de las tinieblas se alzó el ave adornada con una amapola, y que hace girar para nosotros las centellas de sus ojos.

Cuando canta, él mismo presta oídos a su llamada a la oración, apresurándose a batir sus axilas con las grandes plumas de sus alas.

Parece que el emperador de Persia le ciñó su corona y que María la Copta, hermana de Moisés, le colgó, con su propia mano, las arracadas.

Arrebató al pavón la vestidura, que era el más bello de sus mantos, y, no bastándole todavía, robó al pato su contorneo.

De AL-ASAD IBRAHIM BEN BILLITA, poeta toledano del siglo XI.

### La Cigüeña

Es una emigrante de otras tierras, pero viene a anunciarnos el buen tiempo,

cuando despliega sus alas de ébano, descubriendo su cuerpo de marfil, y se ríe a carcajadas con su pico de sándalo.

De Galib Ben Ribah Al-Hachcham (el alfajeme), toledano del siglo XI.

### Los vasos

Eran pesados los vasos, cuando vinieron a nosotros; pero, cuando estuvieron llenos de vino puro,

se aligeraron y estuvieron a punto de volar con lo que contenían, del mismo modo que los cuerpos se aligeran con los espíritus.

De Idris Ben Al-Yaman, de Ibiza (siglo XI).

### El luto en Al-Andalus

Si es el blanco el color de los vestidos de luto en Al-Andalus, cosa justa es.

¿No me veis a mí, que me he vestido con el blanco de las canas, porque estoy de luto por la juventud?

De Auh-l-Hasan Al-Husri, el ciego (m. 1095).

### Los lunares

Levantó sus ojos hacia las estrellas, y las estrellas, admiradas de tanta hermosura, perdieron pie,

y se le fueron cayendo en la mejilla, donde con envidia las he visto ennegrecerse.

De Ben Al-Labbana, de Denia (m. 1113).

### La alcachofa

Hija del agua y de la tierra, su abundancia se ofrece a quien la espera encerrada en un castillo de avaricia.

Parece, por su blancura y por lo inaccesible de su refugio, una virgen griega escondida entre un velo de lanzas.

De Ben Al-Talla, de Mahdiya (siglo XI).



### Ausencia

Sin cesar recorro con mis ojos los cielos, por si viese la estrella que tú estás contemplando.

Pregunto a los viajeros de todas las tierras, por si encontrara alguno que hubiese aspirado tu fragancia.

Cuando los vientos soplan, hago que me den en el rostro, por si la brisa me trajese tus nuevas.

Voy errante por los caminos, sin meta ni rumbo: tal vez una canción me recuerde tu nombre.

Miro furtivamente, sin necesidad, a cuantos me encuentro, por si atisbara un rasgo de tu hermosura.

De Abu Bakr Al-Turtusi (1059-1126).

### En la batalla

Me acordé de Sulayma cuando el ardor de la lid era como el ardor de mi cuerpo cuando me separé de ella.

Creí ver entre las lanzas la esbeltez de su talle y, cuando se inclinaron hacia mí, las abracé.

De Abu-L-Hasan Ben Al-Qabturnuh, de Badajoz (siglo XII).

### El brasero

El brasero ha sido esta noche para nosotros triaca, cuando, bajo la sombra, nos picaban los escorpiones del frío.

Lleno de luz, cortó para nosotros cálidas mantas, bajo las cuales el frío no sabe dónde estamos.

Forma un incendio en un horno, al que rodeamos, como si fuese una gran copa de vino de la que bebemos todos.

Unos ratos nos consiente acercarnos y otros nos aleja, como una madre que a veces nos amamanta y otras nos quita el pecho.

De Ben Sara, de Santarén (m. 1123) (Trads. García Gómez: *Poemas arábigo-andaluces* y *Cinco poetas musulmanes*).

## LA INTERVENCION ALMORAVIDE EN AL-ANDALUS CONTADA POR LA PLUMA DEL REY DE GRANADA

*Alfonso VI había conquistado Toledo, los reyezuelos de Al-Andalus temieron por su suerte, volvieron sus ojos hacia los almorávides, que dominaban al otro lado del Estrecho, solicitaron la intervención del "Emir Al-Muslimin" Yusuf ben Taxufin, y éste vino a España y venció a Alfonso VI, en Zalaca, el 23 de octubre de 1086. El rey de Granada nos ofrece de estos hechos el testimonio de uno de los príncipes que intervinieron en ellos. Sus noticias no coinciden siempre con las que Dozy hizo clásicas y han solido pasar por exactas. Obsérvese, además, que Abd Allah no atribuye a la batalla en que los cristianos fueron vencidos, la importancia que los historiadores modernos le conceden. En todo caso, o porque la victoria no fuera tan decisiva como se ha pretendido, o porque Yusuf no supiera o no pudiera sacar partido de ella, Zalaca no puso término a la situación que la había provocado.*

Mi situación continuó siendo todo lo satisfactoria que cabía y había llegado al límite de mis esperanzas, hasta el momento de la primera intervención de los almorávides —¡que Alá los ilustre!—. Alfonso se había arrojado sobre la Península y había tomado Toledo. No se mostraba en modo alguno conciliador. Después de haberse saciado con los tributos que le pagábamos, sintió deseos de apoderarse de nuestras capitales. Habiendo tomado Toledo gracias a la debilidad de tal ciudad que había ido acentuándose de año en año, se proponía emplear el mismo procedimiento para conquistar el resto del país. Tenía por principio no cercar plaza fuerte alguna y no agotar sus tropas contra ninguna ciudad que, así como los enemigos de su nación que en ella habitaban, pudiera oponerle resistencia.

Se contentaba con exigir de ella cada año un tributo y con tratarla con dureza, usando a su capricho de todos los procedimientos de violencia (imaginables) hasta que se debilitaba y caía en su poder, como ocurió con Toledo. La noticia de la caída de esta ciudad tuvo en Al-Andalus una enorme resonancia, llenó de espanto a sus habitantes y les privó de la esperanza de poder continuar viviendo en el país. Se produjeron diversas causas de desacuerdo entre Al-Mutamid y Alfonso y éste le exigió que le cediera plazas fuertes, a cuyo abandono era preferible la muerte. Presa del mayor temor, Al-Mutamid sintió entonces deseos de vencerlo, llamando a las bandas de los almorávides. Tales fueron en su principio las condiciones fijadas por la providencia para la pérdida de nuestros Estados respectivos, porque cuando el hombre carece de la asistencia divina, de lo que más puede acusársele, después, es de los esfuerzos que ha realizado.



Ya antes, mi hermano, el príncipe de Málaga, en el período en que estábamos en guerra, había dirigido un requerimiento a los almorávides en demanda de socorros, con la esperanza de tomar venganza de mí, gracias a ellos, y de obtener una parte del reino de su abuelo, que no le había correspondido. Pensaba partir conmigo el tesoro (de nuestro abuelo) una vez victorioso. Todas estas disputas creaban una situación muy favorable para el Emir de los Musulmanes, que, ante nuestras disensiones, se daba cuenta de que no tendría ninguna dificultad en reducirnos los unos por los otros, cuando lo quisiera. El Emir, juzgando que no había llegado aún su tiempo, no respondió a mi hermano, mientras que éste, en su inexperiencia, no dejó de insistir en su ruego cerca de él.

Un poco antes de la época a que he llegado, Al-Mutamid había enviado embajadores al emir almorávide para informarle de que debía prepararse a hacer la guerra santa. Le prometió el abandono de Algeciras a su favor y le aconsejó que se apoderase de paso de la ciudad de Ceuta. Hechos los preparativos oportunos, el emir llegó con sus tropas delante de los muros de Ceuta y envió diputados a Al-Mutamid, y entre ellos, al cadí Abd al-Malik y a Ben al-Ahsan. El príncipe los retuvo largo tiempo en Sevilla, lo que impacientó al Emir de los Musulmanes. Les despidió después, con una embajada de jeques sevillanos encargados de decirle: "Permanece treinta días en Ceuta, a fin de permitir a nuestro amo evacuar Algeciras para que te instales en ella". Les comunicó su aceptación y ellos le pidieron un documento suscrito de su mano, en garantía de que esperaría el transcurso de tal plazo de tiempo. Pero se puso en guardia al emir contra tal exigencia. "Si Ben Abbad te obliga a esa espera, es porque quiere enviar un mensaje a Alfonso para advertirle de tu venida, con la esperanza de obtener de él lo que desea, sirviéndose de ti para intimidarle y para solicitar del mismo que le conceda un tratado, liberándole por varios años del pago del tributo. Si el otro acepta, Ben Abbad le pedirá refuerzos para acudir a Algeciras y te impedirá pasar el Estrecho. Anticípate a él en tal ciudad. Si no estuviera en connivencia con el rey cristiano, ya te habría dicho que pasaras el mar".

Los embajadores del rey de Sevilla se volvieron persuadidos de que el emir iba a esperar durante treinta días la evacuación de Algeciras; pero aquél puso en pie de guerra una tropa de vanguardia, compuesta de cerca de quinientos caballeros, y la hizo embarcar inmediatamente. Apenas habían llegado los embajadores a Algeciras al fin de la jornada, cuando los soldados almorávides habían atravesado el estrecho de Gibraltar, siguiendo sus huellas, y habían desembarcado en el arenal. La población se dió cuenta, de pronto, de que una tropa de caballería había levantado un campamento, sin saber cuándo había llegado. Al día siguiente, muy temprano, fué seguida de otro contingente. Después llegaron otros, hasta que todo el ejército almorávide fué concentrado delante de Algeciras, a las órdenes de Dawud ben Aixa. Rodeó la ciudad para vigilar lo que en ella ocurría. Dawud llamó

a Al-Radi y le dijo: "Nos habéis prometido Algeciras. Pero no venimos para tomar ciudades o para hacer entuertos a ningún sultán. No venimos sino a hacer la guerra santa. Vas a evacuar la plaza de aquí a mediodía, hoy mismo, si no, haz lo que puedas". Además el Emir de los Musulmanes escribió a Ben Abbad para informarle de lo que había hecho y decirle: "Te eximo del cuidado de aprovisionar mi flota y de enviar víveres a mis tropas, como me habías prometido". Al-Mutamid envió entonces a su hijo Al-Radi la orden de abandonar Algeciras a los almorávides. Dawud tomó posesión de ella. El emir llegó a la misma, entró en la plaza y la examinó con atención. Después volvió a Ceuta, donde permaneció hasta el momento en que retornó a España. Dió entonces órdenes a Dawud de marchar a Sevilla y las tropas todas tomaron el camino de tal ciudad.

Había enviado mis embajadores al Emir de los Musulmanes al mismo tiempo que Al-Mutamid. Nos habíamos puesto de acuerdo para esta diligencia, en vista de la situación. El Emir de los Musulmanes nos concedió un tratado por el cual habríamos de unir nuestros esfuerzos para combatir a los cristianos, con su ayuda, y él se comprometía a no inmiscuirse en los asuntos de nuestros principados y a no escuchar a los fautores de desórdenes. A su llegada a Sevilla convocó a todos los príncipes musulmanes. Ben Sumadih fué el único que no respondió a su convocatoria. Prefirió esperar qué sesgo tomaban las cosas y el resultado del encuentro con los cristianos. Alegó, para no acudir, su edad avanzada y su falta de fuerzas y envió su hijo a fin de presentarle sus excusas. En cuanto a mí, me apresuré a ir a su encuentro, satisfecho de la marcha de los acontecimientos y dedicando a la guerra santa cuanto dinero y cuantas tropas me fué posible reunir. Envié además regalos al Emir de los Musulmanes. Cuando recibí su carta anunciándome su llegada a Algeciras, hice tocar el tambor y ordené que se organizaran fiestas, por pensar que su llegada a Al-Andalus era una prueba de la bondad divina, tanto mayor por lo que me concernía por cuanto que estábamos unidos por vínculos de raza (los dos éramos bereberes). De otra parte se había extendido en el país la noticia de que los almorávides eran gentes virtuosas, que venían para asegurarse el paraíso en la vida futura y que amaban la justicia. Nos proponíamos contribuir cada uno con nuestras personas y nuestros bienes a la guerra santa junto al emir. Los que de entre nosotros sobreviviesen, se cubrirían de gloria a la sombra de su protección; los que sucumbieran, caerían como mártires de la fe. En el curso de esta campaña la sinceridad de nuestras intenciones y la pureza de nuestros sentimientos hicieron maravillas. Nuestros espíritus parecían tendidos hacia el único fin común. Encontré al Emir de los Musulmanes, cuando se dirigía hacia Badajoz, en Jerez de los Caballeros. Me testimonió tales consideraciones y me hizo tan buena acogida que con gusto hubiera dado por él, si hubiera podido, mi vida y con más razón mis bienes. Encontramos en seguida a Al-Mutawakkil ben al-Aftas, rodeado de sus tropas. Todos tenía-

# España en 1086

## Al ocurrir la invasión Almorávide

De la España del Cid de Menéndez Pidal

mos un solo deseo: hacer la guerra santa; a ello nos consagrábamos por entero y nos preparábamos para la muerte.

Nos detuvimos algunos días en Badajoz, hasta que supimos con certeza que Alfonso avanzaba a la cabeza de un ejército y que deseaba dar una batalla. Estaba persuadido de que derrotaría a las tropas musulmanas, tan mal informado estaba de su número. Empujado por el destino, avanzó profundamente en tierras musulmanas y se alejó de las suyas. Permanecimos a la expectativa delante de Badajoz. Si resultábamos victoriosos todo iría bien, y en el caso contrario tal ciudad nos serviría de abrigo y de punto de apoyo, hacia el cual nos batiríamos en retirada. Fué el Emir de los Musulmanes quien tomó tal decisión, con gran prudencia. Prefería esperar, para que el encuentro ocurriese cerca, sin que fuese necesario internarse en territorio enemigo, y ello era tanto más razonable cuanto que los suyos acababan de penetrar en Al-Andalus y no sabían distinguir todavía sus aliados de sus enemigos. Tenía esperanza de que el rey cristiano, no encontrando ninguna oposición en su camino, continuaría su avance y que Alá permitiría a los creyentes no entablar el combate sino en el momento favorable. Se hizo correr el rumor de que el emir permanecía a la expectativa, porque estaba inmovilizado por unos dolores y que, en otro caso, ya habría salido a conquistar el país cristiano. Sin embargo, Alfonso se acercaba lleno de arrogancia. Como no dudaba del éxito, no se daba cuenta de que en caso de derrota se encontraría alejado de sus territorios, que su ejército sería hecho pedazos en el curso de la retirada y que, incluso en el caso contrario, el camino que habría de recorrer y la distancia le serían muy perjudiciales.

Poco después, por intermedio de Ben al-Aftas, el rey cristiano envió el siguiente mensaje al Emir de los Musulmanes: "He venido con el deseo de encontrarte en el campo de batalla y tú continúas quieto, ocultándote en las inmediaciones de Badajoz". Fué preciso entonces mover el ejército musulmán para acercarle al ejército cristiano. Los dos soberanos convinieron en fijar el combate para un determinado día. Los campos enemigos sólo estaban a unas tres millas de distancia. En espera del día convenido, los musulmanes reanudaron su existencia normal y no estuvieron alerta. Lo que fué preferible, porque si las dos fuerzas hubieran marchado al encuentro una de otra, el combate no hubiera terminado sino con la muerte de la mayor parte de las tropas musulmanas, como ocurre siempre cuando se ha convenido de antemano el día de la batalla. Por el contrario, fueron los cristianos quienes vinieron a atacar de impoviso a los musulmanes, que no habían hecho sus preparativos de combate. Este ataque inesperado permitió a los cristianos llevar ventaja en la lucha al principio y arrojar su ponzoña en el campo musulmán, en el que perecieron un cierto número de los nuestros, que se encontraron imposibilitados de resistir. Pero pronto resonaron los gritos de alarma en el ejército y se montó a caballo, mientras los cristianos estaban ya fatigados por el peso de sus armas y por la distancia

que acababan de atravesar. Los musulmanes les cortaron el paso y los persiguieron luego a sablazos, causándoles pérdidas. Pronto el camino fué cubierto de cadáveres de soldados cristianos, que habían perecido de muerte violenta o natural, bajo el peso que les abrumaba. Si la batalla hubiera tenido lugar entre los dos ejércitos preparados de antemano para el choque, uno y otro hubieran perdido la mayor parte de los efectivos, como suele ocurrir. Pero Alá fué benévolo con sus esclavos y los musulmanes sólo tuvieron pérdidas mínimas. El Emir de los Musulmanes se puso en seguida en camino, para entrar en Sevilla salvo y vencedor.

Al terminar esta expedición, el emir nos reunió a los príncipes de Al-Andalus y a mí mismo en una audiencia, en el curso de la cual nos invitó a ponernos de acuerdo y a hacer causa común y nos dijo que, si los cristianos nos acechaban para arrojarse sobre nosotros, era porque estábamos divididos y porque los unos les llamaban en su ayuda contra los otros. Le respondimos todos que íbamos a tener en cuenta su recomendación y que gracias al éxito que acababa de obtener, todo el mundo le testimoniaría sumisión y se aplicaría a seguir el camino recto. Entonces mi hermano, el príncipe de Málaga, fué a su encuentro y, sin haber reflexionado, le dijo las siguientes palabras: "Estoy en una situación de inferioridad desde que mi hermano me ha usurpado mi territorio y la herencia que tengo de mi abuelo". Quería incitar así al Emir de los Musulmanes a tomar partido por él contra mí. Cuando hubo acabado de hablar, el Emir de los Musulmanes le dijo: "¿Has tenido una entrevista con tu hermano sobre este asunto y te has abierto a él antes de hablarme?". Respondió negativamente. Entonces el emir dijo: "No conviene que yo intervenga en vuestras diferencias, si no tengo su asentimiento". No pude en tal punto guardar silencio, porque necesitaba dar gracias al soberano y aprovechar la ocasión para exponerle mis argumentos y darle mis razones, para que en adelante no pudiera reprocharme ser el culpable de nuestras diferencias, y dije a mi hermano: "El Emir de los Musulmanes no tiene otro fin que la guerra santa, que está haciendo. No consentirá en modificar la partición que nuestros antepasados han hecho de su territorio entre sus descendientes. Ninguno de nosotros ha obtenido parte alguna de lo que posee por medios pérfidos; lo que tenemos lo debemos a la decisión de Alá, primero, y de nuestros ascendientes, después, y al consentimiento unánime testimoniado por los musulmanes al que han elegido para reinar sobre ellos. Fué el señor, nuestro abuelo —Alá tenga misericordia de él— quien organizó el actual estado de cosas. Juzgó que Málaga no podía ser separada de Granada y me transmitió la soberanía para después de su vida, como había sido ejercida por él. Tú no has tenido en cuenta lo que él decidió y te has separado de mí y has querido llegar a ser independiente, contra toda razón. Si tu abuelo hubiera juzgado provechoso lo que has hecho, te hubiese dado medios que te hubieran permitido prescindir de mí. Después de tus sucesivos actos de hostilidad he hecho lo posible por restablecer, en parte, la situación que nuestro antepasado había fijado. Pero no he podido obtener el resultado apetecido a consecuencia de tu agitación y de tu arrebato. Y ahora si el Emir de los Musulmanes quiere organizar las cosas de otra forma, haciendo tabla rasa de las disposiciones tomadas por el señor nuestro abuelo, considerémosle con la autoridad de éste e inclinémonos ante sus órdenes. Pero si juzga que nuestro abuelo obró con razón y prudencia ¿por qué vienes a importunarle sobre un asunto que no le interesa?" Siguió un silencio a estas palabras mías. El emir nos despidió y no se volvió a tratar ante él de tal cuestión, hasta la maldita campaña de Aledo.



El Emir de los Musulmanes se puso en camino para ganar su país. Se había dado cuenta de nuestro desacuerdo con sus propios ojos y sus propios oídos, de tal suerte que ninguna razón podía decidirle a mantenernos en la Península. Había hecho buena impresión sobre todos nosotros. No se detuvo en nuestro país para no suscitar la desconfianza de los sultanes, que temían ver a sus súbditos pedirle que fuese su soberano. A cuantos se quejaron a él en esta época, respondió: "No he venido aquí para eso. Vuestros príncipes sabrán lo que tienen que hacer en sus estados"; y esta actitud le valió un aumento de afección por nuestra parte; así como nuestra confianza y simpatía. Tras su marcha, cada uno de nosotros volvió a su reino.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Ziri de Granada (Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Andalus, 1934, IV, 71).

## LA CAMPAÑA DE ALEDO Y LAS DISCORDIAS ENTRE LOS PRINCIPES DE AL-ANDALUS

*En las sierras de Murcia, y en una posición inexpugnable, había Alfonso VI fortificado Aledo, para amenazar, desde él, el Sudeste de Al-Andalus. Al-Mutamid de Sevilla solicitó de Yusuf ben Taxufin que viniera a conquistarle. Abd Allah, de Granada, relata aquí los incidentes del asedio emprendido en 1089. Durante él se mostraron a plena luz las rivalidades entre los príncipes musulmanes españoles, y comenzaron las maquinaciones de los alfaquíes para levantar contra ellos a sus súbditos. El rey granadino las refiere al detalle y nos descubre el temor que inspiraba aún Alfonso VI a almorávides y a andaluces —inexplicable si hubiera sido vencido decisivamente en Zalaca—, cómo los españoles empezaban a ser explotados por los principales caudillos del "Emir Al-Muminin", y la posición de una parte de la población islamita de Levante, la de Murcia por ejemplo, que prefería la amistad del cristiano a la tiranía de sus correligionarios.*

Durante algún tiempo no se alteró la situación. La derrota había llenado de temor y de amargura a los cristianos y todo marchó bien hasta la cam-

paña de Aledo, que fué decidida en las circunstancias siguientes: Al-Mutamid ben Abbad, ante la actitud rebelde que Ben Raxiq había tomado para con él, y en su deseo de dar a su hijo Al-Radi el gobierno de Murcia en lugar del de Algeciras, fué a visitar al Emir de los Musulmanes. Atravesó el mar para demostrarle que confiaba en él plenamente y para convenir con él las decisiones que se proponía tomar sobre Murcia y sobre otras poblaciones. Al mismo tiempo le explicó la importancia que tendría para los musulmanes la posesión de Aledo. Esta plaza estaba situada en el corazón de su territorio y no gozaría éste de seguridad hasta que aquélla fuese arrebatada a los cristianos. Convino con él un tratado en virtud del cual el emir vendría en persona a sitiar la fortaleza. Los sultanes de Al-Andalus se prepararon para participar en la expedición suministrando material de guerra y contingentes. Quien les arrancase esta espina del pie estaría seguro de su reconocimiento. En consecuencia, recibimos cartas del emir en que nos exhortaba a hacer preparativos de campaña, en atención a su próxima venida. Hicimos con diligencia lo que solicitaba, en nuestro deseo de participar en la guerra santa y de testimoniarle nuestra afección y nuestra estima. Salí a su encuentro en el límite de mi territorio, llevándole regalos dignos de él, y decidimos dirigirnos contra Aledo. Pusimos sitio a la plaza con todas las tropas y el material de guerra necesarios. Cada príncipe participaba en las operaciones en la medida de sus medios, con todas sus posibilidades tácticas y de armamento. Todos los habitantes cristianos de la región se habían reunido en Aledo, donde habían acumulado cuanto podían necesitar. Tales precauciones eran normales, porque habían tenido espacio sobrado para tomarlas. Trataban de intimidarnos anunciándonos la venida de Alfonso y en su temor a nuestros subterfugios encendían fuegos todas las noches. Nuestros ataques se sucedían cada día sin reposo. Se alzaron construcciones en los lugares que podían molestarles. Se colocaron menganeles y ballestas frente a la plaza sitiada. Se utilizaron todas las máquinas de guerra que se usan en los sitios. Ben Sumadih trajo un elefante (de madera), que era en verdad un extraordinario artefacto. Pero un tizón encendido, lanzado desde lo alto del castillo, le tocó y le incendió. El sitio se prolongó sin éxito y los musulmanes no supieron encontrar ocasión para sorprender a sus adversarios, tal era el desacuerdo en que se hallaban entre sí, por la voluntad divina.

Fué en el curso de esta campaña, cuando se manifestó verdaderamente la saña de que eran objeto los sultanes de Al-Andalus. Sus súbditos venían en masa a deponer sus quejas sobre cualquier asunto, cerca de aquél en quien contaban hallar apoyo. Los menos malos trataban de obtener algún aumento de sueldo; los peores esperaban vengarse. Se servían para sus quejas de la mediación de los faquíes que venían a buscar. Entre ellos se encontraba el alfaquí Ben al-Qulayi, cuya tienda en el campamento se convirtió en atracción de todos los que llegaban, gracias a los cuales llegó a precipitar nuestro destino. Los sultanes de Al-Andalus advirtieron entonces cuán



irritados estaban contra ellos sus súbditos. Su negativa a pagar las gabelas feudales que les debían, cuando precisamente ellos tenían necesidad de dinero para continuar el sitio, les llenó de impaciencia y les entenebreció el alma. Había que poner en pie de guerra un ejército cada año; se imponía hacer continuamente a los almorávides numerosos obsequios y regalos, so pena de echar a perder las cosas, y en tal aprieto los súbditos rehusaban pagar las contribuciones exigidas por las circunstancias; tal era la situación para nosotros; y para remediarlo, no cabía sino esta alternativa: o armarse de paciencia y atraerse así la censura y el castigo correspondientes, o reaccionar y arriesgar la deposición, lo que ocurrió a la postre. Durante todo ese tiempo hubimos de escuchar las amenazas y las injurias de nuestros pueblos y tuvimos que manifestar la repugnancia que ellas nos causaban, con lo que llegaron a ser imposibles el ejercicio de la realeza y el acometer cualquier empresa. El citado Al-Qulayi, desde el campamento de Aledo, escribía a sus conciudadanos de mi capital para que rehusaran pagarme nada en adelante y les hacía entrever la inminencia del nuevo orden de cosas que iba a producirse; y los granadinos, cuando los agentes del fisco se presentaron a cobrar en sus casas, les encargaron que me comunicaran su negativa a pagarme. Tenía yo, sin embargo, la mayor necesidad de dinero, sobre todo porque en el campamento de Aledo no podía abastecer mis tropas sino mediante compras cotidianas.

Todo ello me causó los mayores perjuicios y el maldito sitio se prolongaba. Fué además como una piedra de toque que permitió distinguir el bueno del malo y que sacó a plena luz los defectos de cada uno. La desconfianza de los príncipes crecía, a la par que la excitación de los súbditos y que la avidez de los instigadores de desórdenes. Se dió la razón a éstos, como consecuencia de las desavenencias mutuas de los soberanos andaluces. Nos asemejábamos, en efecto, a gentes a punto de ahogarse. En su ceguera, uno de ellos pide auxilio a un compañero, que también tiene precisión de ser socorrido, se dificulta con él los movimientos y perecen los dos; y otro, con más discernimiento, permanece aislado, pero no encuentra quien venga en su ayuda y empujado al cabo por la marea alta, le arrastra una ola. Todo este período fué como la premisa de nuestra desgracia. La hora era crítica para los príncipes, mientras era cada vez más favorable a los almorávides.

Se nos unió por entonces Ben Raxiq, pretendiendo que iba a conseguir que fuera roto el compromiso concluído entre Ben Abbad y el emir a propósito de la posesión de Murcia. Distribuyó dinero a los almorávides, se apresuró a satisfacer sus deseos y por sus larguezas se atrajo la estima del emir Sir —que Alá le ilustre—, en quien puso toda su confianza y quien empezó, desde entonces, a testimoniarle consideraciones que nos parecían desproporcionadas a la importancia del personaje. Por su parte, Ben Abbad trataba de alcanzar la influencia de Garrur, depositó en él su amistad y le ofreció considerables sumas de dinero. Triunfó en definitiva quien dió más sobre quien dió menos, aunque la diferencia fuese muy pequeña. Fué con-

cedido el perdón a Ben Raxiq y llegó a un grado de familiaridad con los almorávides, que creyó que todo le era permitido. Trató a Ben Abbad con altivez y le hizo notorias su insumisión y su independencia, apelando ante el emir y apoyándose en él. Y acabó por ordenar que en Murcia se invocase el nombre del Emir de los Musulmanes y no el de Ben Abbad en la oración del viernes. Todo ello causó una violenta irritación a Al-Mutamid, y le afligió y le corroyó el corazón con justo motivo. No descuidando el asunto, lo comunicó con los alfaquíes e hizo alegar a su favor las reglas de la Sunna. Se aseguró así, entre otros, la ayuda de Ben al-Qulayi, que se glorió de ello conmigo y me dijo: "Ben Raxiq va a ver lo que le ocurre, porque he sido consultado sobre su caso. Y si nosotros los juristas somos reunidos de nuevo en consejo para discutir del caso de otros príncipes, les reservaremos la misma suerte". Tales palabras contribuyeron a hacerme odioso tal personaje, así como sus intentos de intimidación en el curso de esta campaña y las alusiones que hacía cuando citaba proverbios, la agudeza de sus razonamientos y su inclinación a la maledicencia. El Emir de los Musulmanes no sospechaba nada de todo esto y yo no podía quejarme del faquí sin aducir pruebas o argumentos, porque de lo contrario habría sido él quien se hubiera justificado a sus ojos y yo me hubiera atraído el desprecio del soberano, sobre todo dada la consideración que concedía a los hombres de ciencia.

Cuando el Emir de los Musulmanes se dió cuenta del estado de las relaciones de Ben Abbad y de Ben Raxiq, reflexionó sobre el caso, pesó el pro y el contra del asunto y se dijo: "No tengo interés en perder la amistad de Ben Abbad con motivo de Ben Raxiq, porque necesito de su ayuda para mi empresa actual, hallándome bajo la amenaza del rey cristiano. Debo, pues, esforzarme por tratar con miramiento a Ben Abbad, mientras veo el sesgo que toman los sucesos". Reprochó entonces a Ben Raxiq la actitud de revuelta que había tomado frente a su soberano y le dijo: "No era necesario que te convirtieras en campeón de mi causa, para sublevarte contra tu príncipe y para enemistarme con él", y se añadió para sí mismo: "No ha sido por simpatía ni por afección por mi persona por lo que Ben Raxiq ha obrado como lo ha hecho. Ha querido encender el fuego de mi odio contra su señor, para suscitarle dificultades por mi causa. Tanto más cuando que nadie ignora que ayuda a los cristianos de Aledo, persuadido de que se mantendrá en Murcia mientras ellos continúen siendo dueños de esta plaza". En efecto, Ben Raxiq avituallaba constantemente a los enemigos y les proporcionaba lo que no podían obtener de otra manera, a fin de conservarles un último soplo de vida, en su temor de ver caer sobre él grandes daños, si se veían obligados a rendirse. El emir tuvo pronto prueba concluyente de sus maniobras; pidió a los faquíes dictámenes jurídicos sobre su rebelión después de haberse sometido desde que tomó Murcia. Las cosas se volvieron entonces completamente contra Ben Raxiq y un consejo de juristas, reunido para el caso, decidió que debía ser apartado de la comunidad



musulmana y debía ser entregado a su sultán. Imploró entonces la asistencia del emir, quien le dijo: "Si se tratase de una falta que hubieras cometido contra mí, te la hubiera perdonado, pero puesto que se trata de las reglas de la Sunna, no puedo oponerme a su aplicación". Y ordenó su detención y le hizo entregar a Mutamid. Fué condenado y conoció las mayores humillaciones. Al-Mutamid dió orden a su hijo Al-Radi de guardarle cautivo en su campamento y así terminó su carrera. El emir envió un mensaje a los murcianos ordenándoles que reconocieran de nuevo la autoridad de su soberano y que se sometieran a él. Pero todos los habitantes que había en la ciudad rehusaron obedecer al hijo de Al-Mutamid y a las gentes de su cortejo, pusieron la ciudad en estado de defensa y expulsaron a quienes habían ido a ella, y la situación permaneció sin resolver, no obstante las muchas mediaciones sucesivas que se intentaron, pues nada se pudo contra ellos.

Sin embargo, el sitio de Aledo se eternizaba y nuestras tropas estaban fatigadas de permanecer tanto tiempo allí. Se supo que Alfonso venía en socorro de la plaza y ello causó una impresión muy desagradable. El Emir de los Musulmanes juzgó entonces que era preferible dar media vuelta y retirarse, no sólo por la duración del cerco y la lasitud de los soldados, sino porque tuvo noticias de que los cristianos que llegaban eran muy numerosos y porque sin duda encontrarían apoyo en los rebeldes de Murcia, quienes habían pedido a Alfonso que viniese en su ayuda, cuando se rebelaron. El emir abandonó el asedio desde entonces.

En esta época se habían producido querellas y disputas impropias entre Al-Mutamid y Al-Mutasim, soberano de Almería, a propósito de las plazas fuertes del distrito de la montaña y de Sorbas, y (tales querellas les) habían conducido a una reclamación cerca del emir. Pero se separaron sin haberse puesto de acuerdo y ése fué el comienzo de los acontecimientos nefastos que les aguardaban. Me ocurrió otro tanto con mi hermano, el príncipe de Málaga, quien renovó las pretensiones que había manifestado en la campaña de Badajoz. Se mostró dispuesto a comenzar las hostilidades contra mí, y en su poca experiencia me dijo: "El hecho de haber manifestado mis quejas en el momento en que el emir se ponía en marcha ha impedido que fueran tomadas en consideración en la primera campaña. No me comprendió y no conseguí nada. Pero ahora es preciso que me entreviste con él a mi placer y si el resultado es negativo, nos tocará a nosotros resolver nuestra querella". Sin tomar sus palabras a la ligera, no exageré su gravedad, porque sabía que el emir no concedería ninguna importancia a tal cuestión. Mi hermano le presentó muchas reclamaciones contra mí, y el soberano me envió a Garrur, que me dijo: "No te inquietes por la denuncia de tu hermano. No es posible al sultán intimarle la orden de poner fin a sus querellas. Pero no le dará ningún apoyo contra ti. Nos limitaremos a embrollar el asunto un poco más a cada etapa, hasta que termine por sí mismo. Granada tiene más importancia que Málaga para mi soberano. Hay que atravesarla para

salir en campaña y le ofrece a la par comodidades para su abastecimiento. En su camino de regreso va a pasar por ella; pon al instante manos a la obra y haz cuanto puedas para ofrecerle una hospitalidad digna de él".

Esta noticia me alegró. Tomé la delantera y partí para Guadix e hice preparar para él cuanto creí que merecía. Una vez llegado a Guadix, me acordé de que Garrur, en Aledo, se había mostrado duro conmigo, me había inspirado temor y me había hecho reproches de parte del emir, reproches que éste desconocía, pero que yo imaginaba procedentes de él, por estar al corriente de la influencia que sobre él ejercía Garrur. Todo ello me había llenado de temor. Mi inquietud creció cuando fuí testigo de la suerte de Ben Raxiq y al oír las amenazas con que me abrumaba Al-Qulayi, su dureza para conmigo y cómo rechazaba toda responsabilidad de lo que me ocurriera. Como además era yo inclinado a la inquietud y a la melancolía, estuve a punto de morir de abatimiento, aunque hasta allí no había jamás sufrido humillaciones ni sinsabores. Vi entonces todo negro e interpretaba en oposición a la realidad las consideraciones que el sultán había tenido conmigo durante la campaña de Badajoz. Sin embargo, Garrur no me ocultaba su hostilidad, promovió contra mí en mi territorio una campaña ofensiva y durante el cerco de Aledo me intimaba órdenes ridículas, para humillarme y para mostrarme su arrogancia y su tiranía. Tales habían sido hasta allí nuestras relaciones. Al llegar a mi reino, Garrur quiso mejorarlas, pero yo sabía que no le movían intenciones puras, sino que tenía necesidad de mí y que la precisión de cruzar a través de mi territorio le obligaba a ello. Por ello me comunicó, en nombre del emir, las palabras que he referido a propósito de mi hermano. Pero me dí cuenta de que si tales palabras hubieran provenido del emir mismo, Garrur no me hubiera reclamado albricias por la buena noticia que me daba. En efecto, no dejó de solicitar su entrega y me hizo comprender que sólo con esta condición no me atacaría mi hermano. Hube de darle mil dinares de cuño almorávide, a los que yo no me atreví jamás a referirme, mientras vivió, de miedo de que hablase mal de mí al emir. Apenas había pasado una hora de su partida, cuando volvió a pedirme quinientos dinares para su yerno. Se los dí, como todo lo que me exigió de una manera autoritaria y amenazadora".

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Ziri de Granada (Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Andalus, 1936, IV, 79).

## AMOR Y POESIA: MUTAMID Y RUMAIQIYA

*El tierno amigo y luego cruel verdugo de Ben Ammar, que supo batirse en Zalaca contra los cristianos y en Sevilla contra los generales almorávides, dejó, pues, escapar de sí, a las veces, relámpagos de crueldad y de energía,*



*de aquella energía cruel con que había levantado la grandeza del reino de Sevilla su padre Al-Mutadid. Esos relámpagos alteraron, sin embargo, rara vez el tranquilo cielo poético de Al-Mutamid, tachonado de metáforas y alumbrado por la brillante luna de su amor a una muchacha sevillana llamada Itimad y apodada Rumaiqiya. De esclava la hizo madre de sus hijos. La leyenda nos describe su encuentro con el príncipe y sus caprichos. La fría epigrafía sus construcciones piadosas.*

### Encuentro poético

Paseábase una tarde con su amigo en la Pradera del Plata, y aconteció que la brisa onduló el agua del río, y Mutamid improvisó este verso, rogando a Ben-Ammar que le añadiese otro:

"La brisa convierte el río
en una cota de malla..."

Y como Ben-Ammar no encontrase respuesta inmediatamente, una muchacha del pueblo la dió así:

"Mejor cota no se halla
como la congele el frío".

Maravillado de oír a una muchacha improvisar con más prontitud que Ben-Ammar —que en esto era famosísimo—, Mutamid la miró atentamente. Quedó impresionado de su belleza, y llamando en seguida a un eunuco que le seguía a alguna distancia, le mandó llevar a la improvisadora a su palacio, al cual se apresuró a volver.

Cuando le presentaron a la joven, le preguntó quién era.

—Me llamo Itimad —respondió—; pero ordinariamente me llaman Rumaiqiya, porque soy esclava de Rumaiq, y en cuanto a mi profesión, soy muletera.

—Dime, ¿estás casada?

—No, príncipe.

—Tanto mejor, porque voy a comprarte, y a casarme contigo.

### Caprichos de Rumaiqiya

Un día, en el mes de febrero, vió desde la ventana del palacio de Córdoba caer copos de nieve, espectáculo muy raro en un país donde apenas se conoce el invierno. De pronto rompió a llorar.

—¿Qué tienes, querida mía? — le preguntó su marido.

—¿Qué tengo? —respondió sollozando—. Lo que tengo es que eres un bárbaro, un tirano, un monstruo. Mira qué bonita es la nieve, qué her-

mosa, qué magnífica; qué graciosamente se adhieren estos blancos copos a las ramas de los árboles, y tú, ingrato, no te preocupas de proporcionarme este soberbio espectáculo todos los inviernos; nunca se te ha ocurrido llevarme a un país donde nieve siempre.

—No te desesperes así, vida mía, bien mío —respondió el príncipe, enjugándole las lágrimas que le surcaban las mejillas—, tendrás nieve todos los inviernos, y aquí mismo; te lo prometo.

Y mandó plantar almendros en toda la sierra de Córdoba, a fin de que las blancas flores de estos hermosos árboles, que florecen cuando pasan las heladas, reemplazasen para Rumaiqiya los copos de nieve que tanto la habían admirado.

En otra ocasión, vió a unas mujeres del pueblo que amasaban, con los pies desnudos, barro para hacer ladrillos, y como se echase a llorar, le preguntó su marido la causa de su pena.

—¡Ay, soy desgraciadísima —dijo—desde el día en que, arrancándome a la vida alegre y libre que llevaba en mi casucha, me has encerrado en este triste palacio ligándome con las pesadas cadenas de la etiqueta! Mira esas mujeres ahí abajo, a orillas del río. Querría amasar barro con ellas, con los pies desnudos; pero ¡ay! condenada por ti a ser sultana y rica, no lo puedo hacer.

—Sí que podrás — respondió el príncipe sonriendo.

Y en el mismo instante bajó al patio del palacio, hizo traer una enorme cantidad de azúcar, canela, jengibre y perfumes de todas clases, y después de cubrir todo el suelo del patio con tan preciosos ingredientes, los hizo regar con agua de rosas y amasar a brazo, tan bien, que formaron una especie de barro. Hecho esto, dijo el príncipe a Rumaiqiya:

—Baja al patio con tu séquito; el barro te espera.

Fué la sultana, y, descalzándose, lo mismo que sus acompañantes, hundieron todos los pies con loca alegría en aquel barro aromático.

De las textos reunidos por Dozy: *Scriptorum arabum loci* de Abbadidis, 151. (Según la versión de Fuentes de la Hist. de los musulm. de Esp.).

### Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en una mezquita sevillana por Itimad Al-Rumaikiya

... La muy alta señora, madre de al-Raxid abu-l-Husain Ubaid Allah, hijo de al-Mutamid ala llah al-Muiayad ni-nasri llah, Abu l-Qasim Muhammad ben Abbad —¡que Alá haga duradera para este último la asistencia (que le presta) y su poder, y (para los dos) su ilustración— ha ordenado la erección de este minarete en su mezquita —¡que Alá la guarde!— en busca de una hermosa recompensa. Y (este minarete) fué terminado con la ayuda de Alá, bajo la dirección del visir, del secretario, del intendente, Abu



l-Qasim ben Hachchach —¡que Alá favorezca!— y esto (ocurrió) en Xaban del año 478 [22 noviembre-20 diciembre 1085].

Según la versión francesa de Lévi-Provençal: Inscriptions arabes de l'Espagne. Ley de París, 1931, p. 41).

## PERVERSION

*La tradición del Oriente antiguo en alianza con el hastío de los goces de la sensualidad, que la poligamia procuraba a los muslimes, había hecho crónica la perversión sexual en el mundo islamita. No escapó a tal contagio la España mora, incluso en sus períodos de apogeo vital. Recuérdese el caso de Abd Al-Rahman III y el niño mártir San Pelayo, las acusaciones públicas contra un cadí de Hixam II, algunos pasajes del* Libro del amor *de Ben Hazm, etc. Pero en la crisis aguda de desvitalización que padeció Al-Andalus en la época de los reinos de Taifas, la perversión sexual alcanzó los límites extremos que nos describen la anécdota y las poesías que siguen.*

Vivía en Zaragoza un mancebo llamado Yahya ben Yatfut, de los Banu Yafran, que se había criado en casa del rey de la ciudad, Al-Muqtadir ben Hud. Aprendió equitación y bellas letras, y era tan hermoso, atractivo y agudo, que Ben Hud se prendó de él, y aunque ocultó algún tiempo su amor, no pudo al cabo reprimirse, y le escribió (mutatt):

¡Oh gacela! Dime, por Dios,
cuándo te veré presa en mis redes.
La vida se me pasa, y mi alma
languidece, por no lograr tu amor.

El mancebo le respondió al dorso del billete:

Si es verdad que soy gacela, tú eres
el león que quiere arrebatarme,
y nunca me había pasado por las mientes
el establecerme en tu selva.

Y añadió debajo de estos dos versos: "Esta contestación es la que exigen las leyes de la poesía. Pero, después, te digo: He puesto mi brida en mano de mi señor. ¡Ojalá me conduzca a lo que deseo y no a lo que aborrezco! Y lo que deseo es que exista entre nosotros un amor que entrañe un perdurable y puro afecto, pero seguro de que no ha de seguírseme vergüenza ni castigo divino".

De Al-Maqqari (Trad. García Gómez: Al-Andalus. V. 42).

### El lunar

En la mejilla de Ahmad hay un lunar que hechiza a todo hombre libre de amor:

Parece un jardín de rosas cuyo jardinero es un abisinio.

Del poeta granadino ABD AL-AZIZ BEN HABRA, apodado AL-MUNFANTIL (siglo XI).

### Deseos

Una casa bien abastecida, una puerta nunca cerrada, y el raque y la tinaja y el porrón y el vaso.

Y un amigo al que pueda besar en la noche, de natural dulce y en cuyo beso no haya mal.

Y si no es posible lograrlo o sus pretensiones son excesivas, pues la copa, la bolsa y el diablo.

Del médico BEN ZUHR (Avenzoar) m. 1162.

### El vello

Era barbilampiño, de un puro color de oro, capaz de hacer llorar de amor a una nube sin agua.

Cuando le salió el vello no lo podía soportar, como un potro es indócil a la incógnita brida.

Al verme, bajaba la cabeza desolado y se revestía de timidez.

Pensaba que el vello haría cesar en mí el cariño que por él sentía.

Mas yo no vi en el vello de sus mejillas más que tahalíes que ceñían los sables de su mirada.

De BEN RASIQ, de Masila (1000-1070).

### La margarita

Un airoso mancebo giraba en nuestro torno, llenando las copas y reavivándolas, a la hora en que el sol ya se había levantado y había ya brillado la aurora.

El jardín nos había mostrado sus anémonas y daba su perfume el mirto, oscuro como el ámbar.

"¿Dónde está la margarita?", dijimos, y el jardín nos contestó: "La he dejado en la boca de quien sirve los vasos".

Y el copero lo negaba, pero cuando sonrió se descubrió el secreto.

De BEN AL-ZAQQAQ, de Alcira (m. hacia 1135).



### El mancebo sastre

¡Hijos de Mujira! En vuestra tribu tengo un pequeño antílope, al que la sombra de vuestras lanzas dispensa de buscar escondite entre los espinos.

El caballo de su taburete está orgulloso de sustentar a este héroe, armado con sólo una aguja, que parece una pestaña de sus párpados;

aguja que, revoloteando sobre el vestido de seda que cose, parece una estrella fugaz, seguida del rastro de luz del hilo.

Toda lengua quisiera ser acerico de su aguja cuando termina de bordar los vestidos rayados.

Cuando tuerce el hilo, el hilo tuerce mi corazón. ¡Ojalá mi corazón pudiera seguirle como el hilo!

De BEN JARUF, de Córdoba (m. hacia 1220).

### El mancebo carpintero

Aprendió el oficio de carpintero, y yo me dije: "Quizá lo aprendió del aserrar de sus ojos en los corazones".

¡Desgraciadamente los troncos que se apresta a cortar, unas veces tallándolos y otras golpeándolos!

Ahora, que son maderos, comienzan a coger el fruto de su delito, de cuando, siendo ramas, se atrevieron a robar la esbeltez de su talle.

De MUHAMMAD BEN GALIB AL-RUSAFI, de la Ruzafa de Valencia (m. 1177).

### El mancebo tejedor

Me decían insistiendo en censurarme porque le amo: —"Si no te hubieras enamorado de un muchacho vil, de baja condición...".

Yo les contesté: —Si yo pudiera mandar en mi amor, tampoco le querría, pero ese poder no lo tengo.

Lo amo por sus dientes como burbujas, por lo perfumado de su aliento, porque sus labios son dulces y hechiceros sus párpados y sus ojos.

Es una pequeña gacela, cuyos dedos no cesan de moverse entre los hilos, como mi pensamiento, al verlo, se mueve siempre entre galanterías.

Sus dedos juguetean alegres con la lanzadera sobre el telar, como juegan los días con la esperanza oprimiendo la trama con sus manos o apretándola con sus pies, parece un gamo que se debate preso entre las redes.

Del mismo.

De los *Poemas arábigos andaluces* de García Gómez.

## IGNORANCIA DE LOS SULTANES ALMORAVIDES

*Como ya queda dicho, en la España musulmana había coincidido el fraccionamiento y la decadencia política con el apogeo cultural. Las cortes de aquellos borrachos y crueles reyes de Al-Andalus habían florecido a un tiempo en impiedad y en libertinaje, y en saber. Las poblaban poetas e historiadores, filósofos y hombres de ciencia, bibliófilos y artistas, y hasta los príncipes y sus ministros componían bellos versos, escribían buena prosa, cultivaban las matemáticas o la filosofía, reunían ricas bibliotecas y redactaban curiosas memorias. Nunca había alcanzado España un nivel tan alto de cultura. ¿Cómo no había de chocar tal refinamiento con la brusquedad y la rudeza de los sultanes almorávides?*

Y, por Dios, dime tú ahora de quién os gloriáis, antes de esta predicación del Mahdi. ¿Es de Saqut val-hayib, o de Salih al-Bargawati, o de Yusuf ben Taxufin?

En cuanto a este último, si no hubiese mediado Al-Mutamid ben Abbad con los poetas de Al-Andalus para que le alabaran, no le hubieran recompensado con la fama ni hubieran elevado el rango de su imperio. Y después de que le hubieron cantado por intervención de Al-Mutamid ben Abbad, díjole éste, terminada la recitación: "¿Ha entendido el Príncipe de los musulmanes lo que le han dicho?", y contestó: "No los he entendido, pero sé que piden pan".

Cuando se despidió de Al-Mutamid ben Abbad, para ir a la corte de su imperio, escribióle Al-Mutamid una carta en que le decía:

"Nos alejamos uno de otro y, a causa de la nostalgia, mis costados están ardientes y, en cambio, no cesan mis lágrimas.

Al perdernos, se han cambiado mis días y se han tornado negros, cuando contigo hasta mis noches eran blancas".

Y cuando le fueron leídos estos dos versos, dijo al lector: "Nos pide esclavas negras y blancas". —"¡Oh señor! —dijo el lector—, lo que quiere decir es que, al lado del príncipe de los musulmanes, su noche era como el día, porque las noches alegres son blancas, y que, con su alejamiento, su día se ha tornado noche, porque los días de duelo son como noches oscuras". Entonces dijo el sultán: "¡Por Dios, que es bonito! Escríbele en respuesta que nuestras lágrimas corren por él y que nuestra cabeza nos duele por su alejamiento". ¡Lástima que no hubiese vivido en este tiempo Al-Abbas ben al-Ahnaf para que hubiese aprendido de este hombre ilustre delicadezas de amor!

No te engañes cuantas veces veas que la mula va delante de los burros, pues allí hay parentesco.



Y callad, pues si no hubiera sido por esta dinastía, en verdad que no hubierais podido apoderaros de las gentes.

Aunque la rosa se coge del espino y el fuego se toma de la ceniza.

De la *Risala* de AL-XAQUNDI (Trad. de García Gómez, Revista de Occidente, 1933, XI, 342).

## RAZON Y FE EN LA ESPAÑA MUSULMANA

*El fecundo movimiento filosófico del Islam planteó muy pronto una oposición entre la razón y la fe. En ella, grandes pensadores trataron de buscar avenencia, defendiendo la necesidad de la revelación. En Oriente tal posición arranca de las especulaciones de Chabid de Basora (siglo VIII), seguidas por Al-Farabi, Ben Sina (Avicena), Ragnib de Ispahán y Al-Gazali. En Al-Andalus la adoptaron y la desenvolvieron, con brillo, cuatro grandes figuras de la filosofía peninsular: los musulmanes: Ben Hazm de Córdoba (994-1063), Ben Al-Sayyid de Badajoz (1050-1127), el cordobés Ben Ruxd o Averroes (1126-1198), y el judío Maimónides (1135-1204). Y por influencia directa de los dos últimos pasó a la escolástica cristiana y fué adoptada por Guillermo de Auvernia y por Santo Tomás. Asín, a quien se debe el estudio de estas relaciones, ha sacado a luz la personalidad del más desconocido de ellos, de Ben Al-Sayyid, quien, en las páginas que siguen, defiende a otro filósofo hispano-musulmán, Al-Waqqaxi, de la acusación de irreligiosidad, que pesaba sobre él, como había pesado y pesó después sobre otros pensadores islamitas de Al-Andalus, que habían adoptado, y que adoptaron luego, la misma postura ideológica.*

Dice el maestro (Abu Muhammad Abd Allah ben Muhammad ben al-Sayyid de Badajoz) (¡Dios esté satisfecho de él!):

—Penetró en mi casa uno de mis amigos, en la ciudad de Valencia (¡Dios la guarde!) cierta noche, después de la oración de la puesta del sol, y me dijo:

—Yo creía que el alfaquí Abu-l-Walid al-Waqqasi tenía fe religiosa, hasta que hoy me he convencido de que no la tuvo. ¡De Dios somos y a El hemos de volver!

—Y ¿por dónde te consta eso? (le pregunté).

El me respondió:

—Ben Masud al-Attar me ha recitado dos versos suyos (es decir, de Al-Waqqasi), en los cuales abiertamente manifiesta éste la infidelidad.

Se puso entonces a tratar de recordar los dos versos, pero no le venían a la memoria. Entonces yo le dije:

—Quizá sean dos versos que alguien me recitó, hace ya más de diez años, y que son éstos:

"Aflígeme (el pensar) que las ciencias de la humanidad son dos (tan sólo), que, si las aprendo, no tengo más (que aprender):

Una ciencia cuya comprobación real es imposible, y una ciencia cuya verdad de nada sirve".

Díjome:

—Efectivamente (ésos son los versos).

Y se puso en seguida a decir:

—Mira, pues, cómo da a entender ese malvado (en sus versos) que la ciencia de la revelación no es verdad y que la ciencia de la filosofía es la verdad.

Yo le respondí:

—¡Por vida mía que la poesía esa es bien oscura y anfibológico el sentido de lo que en ella quiso decir su autor! Cabe, sin embargo, tomarla en buen sentido e interpretarla de modo bien distinto.

El dijo:

—¿Pero es acaso posible interpretarla de otro modo?

Yo le respondí:

—Sí. Dice Al-Farabi que los filósofos griegos, todos ellos, tanto Aristóteles como los demás, pensaban que no hay diferencia alguna entre la filosofía y la revelación, en cuanto al fin que (una y otra) se proponen. Sólo que la filosofía establece las cosas por demostración apodíctica y representación intelectual, mientras que la revelación las establece por razonamiento persuasivo y representación imaginativa. Y eso es así, porque siendo los hombres tan diferentes unos de otros en sus talentos naturales y en sus facultades de comprensión, como lo son asimismo en sus formas físicas, en el color de su tez y en sus otras cualidades, dispuso el Creador (¡ensalzado sea!) dos métodos para adquirir la ciencia: el método de la demostración apodíctica y de la representación intelectual, para quienes poseen una facultad de comprender robusta y un entendimiento sólido, y el método de la persuasión, para aquellos otros cuyo talento comprensivo es débil y cuyo entendimiento carece de solidez. Por eso Al-Waqqasi, en esos versos suyos, dijo en este mismo sentido: "Aflígeme el advertir, cuando examino las ciencias humanas, que todas ellas se reducen a dos órdenes, sin duda alguna: una ciencia, cuyas pruebas apodícticas y cuyas causas consigo alcanzar y comprobar científicamente, pero que de nada me sirve, puesto que, antes por el contrario, todo el que a su estudio se consagra es acusado de hereje y de infiel, y esta ciencia es la filosofía; y otra ciencia, cuyos principios y causas no alcanzo y que, si la admito, es por mera persuasión y por sumisión ciega a la autoridad, siendo, en cambio, esta ciencia la que me aprovecha y sirve para lograr ventajas y utilidades (espirituales)".

Díjome entonces:

—¡De modo que resulta, según eso, que la ciencia de la revelación no se funda en demostración apodíctica alguna! ¡No has añadido, pues, nada a lo que yo decía!



Yo le respondí:

—¡No te precipites! ¡Guárdete Dios y reflexiona bien! No quieren decir los filósofos que la revelación no se funde en demostración apodíctica. ¡Maldito de Dios sea quien tal crea! Antes bien, la revelación posee la máxima demostración apodíctica. Lo único que quieren decir es que el profeta, cuando aparece en una época determinada, ostenta, como demostración apodíctica de la verdad de su misión profética, los milagros que aporta, superiores a la capacidad y potencia de los hombres. Y una vez que la verdad de su misión profética consta por las pruebas apodícticas de sus milagros, acéptanse ya sus prescripciones religiosas y todas sus leyes por simple persuasión y por sumisión ciega a su autoridad, sin investigar la razón apodíctica de ninguna de ellas, puesto que no se le pregunta por qué las oraciones rituales son cinco y no otro número cualquiera, o por qué es obligatorio el ayuno durante treinta días, y así en lo demás. Antes bien, todo cuanto el profeta ordena y preceptúa como obligatorio, acéptase por el criterio de autoridad y por mera persuasión. No es así, por el contrario, el conocimiento propio de la filosofía: al filósofo, en efecto, cuando dice que los tres ángulos de un triángulo rectilíneo son iguales a dos rectos, no se le acepta la verdad de su afirmación por simple persuasión ni por su autoridad, sino hasta tanto que funde sobre una demostración apodíctica la verdad de lo que dice. Y asimismo con todo lo que diga.

Cuando oyó esto, se calmó su extrañeza; pero luego me dijo:

—¡Si Al Waqqasi no hubiese estudiado nada de esas ciencias (filosóficas), es seguro que habría gozado de más prestigio a los ojos de la gente!

Yo le respondí:

—¿Qué es lo que entiendes por gente? Porque (¡guárdete Dios!) si por gente entiendes el vulgo, tienes razón; pero si por gente entiendes los selectos juntamente con el vulgo, no estás en lo cierto; antes bien, los hombres selectos creen que quien conoce a la perfección dos ciencias, sabe más que quien sólo conoce una, y asimismo creen que la excelencia del hombre aumenta a medida que aumenta el número de sus conocimientos. Ya dijo Ali (¡Dios esté satisfecho de él!): "La valía y precio de todo hombre estriba en lo que conoce. Todo hombre inteligente debe, por eso, estudiar toda ciencia y aprender de ella la parte que le sea posible, a fin de conocer la verdad para seguirla y el error para evitarlo". Y asimismo dijo Umar (¡Dios le haya perdonado!) que quien no conoce el mal, está más expuesto a caer en él.

Entonces me preguntó:

—Y ¿cómo pueden juntarse la fe y la incredulidad, la verdad y el error, en un mismo corazón?

Yo le respondí:

—No es el hombre moralmente responsable de todo lo que conoce, sino tan sólo de aquello que libremente elige y profesa. Si el hombre fuese infiel por razón de las tesis impías que, sin asentir a ellas, conoce, seguramente

habría sido el más incrédulo de los hombres (el teólogo) Al-Baqilani, que tú conoces, puesto que sabía de memoria las opiniones y doctrinas de (todos los infieles y herejes), y hasta tú mismo serías también incrédulo, puesto que sabes de memoria muchas de las doctrinas impías.

Entonces me dijo:

—No he visto jamás filósofo alguno que no fuese impío.

Yo le respondí:

—¡En verdad que es curioso lo que te pasa! Y ¿cuándo has visto jamás un filósofo?

El me replicó:

—Pero, ¿es que no son filósofos todos esos que vemos y tratamos? Y mencionó a unos cuantos.

Yo le respondí:

—No es filósofo todo el que se jacta de serlo, como no es tampoco jurista todo el que se tiene por conocedor del derecho. Los que pasan por filósofos son dos clases de hombres: el filósofo auténtico y el filósofo apócrifo. El filósofo auténtico es aquel que huye de los deleites sensuales, que ama el bien y a los que lo practican, que odia el mal y a los que lo hacen, que desprecia las cosas de acá abajo, que pone en la vida futura la meta de todos sus anhelos y se somete al cumplimiento de las leyes. El falso filósofo es el que hace todo lo contrario.

Después hícele ver lo que dicen Platón y Aristóteles acerca de las condiciones que debe reunir el filósofo. Un texto de Platón es éste: "Nosotros somos incapaces de comprender el contenido de las leyes reveladas: de él no conocemos sino muy poca cosa, y sabemos que de los misterios de la creación nos quedan por entender muchos más de los que alcanzamos". Otro texto de Platón es el siguiente: "El que quiera estudiar la filosofía, que se purifique antes el alma de toda clase de vicios, pues la sabiduría no habita en el alma perversa, como tampoco puede verse nadie el rostro en el agua turbia". Mostréle después este otro texto de Aristóteles: "¡Matad al hombre irreligioso!" Y este otro: "No es nuestro fin único el saber. Nuestro fin es saber y obrar, ser buenos y virtuosos y observadores de las leyes". Y este texto de Platón: "No hay cosa que más ayude al buen orden de la vida individual y social, que el conocer y creer tres verdades, ni hay cosa más perjudicial que el ignorarlas y creer sus contrarias: 1ª Conocer que las cosas tienen un solo Artífice o Autor. 2ª Conocer que este Artífice ni descuida cosa alguna ni se le escapa a su atención, sino que, antes bien, todas las cosas están bajo el dominio de su ciencia y bajo el imperio de su providencia y gobierno. 3ª Que a este Artífice no le place ni acepta de nadie sacrificio alguno que le ofrezcan, cuando el que se lo ofrece ha cometido un pecado, y, con el propósito deliberado de permanecer en él, espera que se lo perdone; antes bien, tan sólo acepta su ofrenda, cuando ha practicado una obra buena".

Después de esto le dije:



—Examina, pues, a esos que se las echan de filósofos, y si ves que se acomodan a esta descripción, serán filósofos, como ellos pretenden; mas si los ves (obrar y pensar) de manera opuesta a la que te he descrito, entonces será que se arrogan falsamente el título de la filosofía, sin conocer real y positivamente el método de esta ciencia. Has de partir de este principio: que todo hombre que, pretendiendo estar consagrado a la filosofía, niegue y menosprecie las leyes reveladas y deje de adquirir las virtudes, yerra el camino de la filosofía.

Del *Kitab al-Masail* de BEN AL-SAYYID, de Badajoz.
(Trad. Asín, Al-Andalus, II, 383).

## DOS OFICIALES DE LAS CIUDADES DE AL-ANDALUS

*¡Reinos de Taifas! Sensualidad y poesía, sangre y lujuria, perversión y crueldad; el vino alegrando las mentes de sultanes y magnates y la llama del saber alumbrando las almas de los hombres de letras y de ciencia; refinamiento espiritual y tolerancia y a la par desenfreno de las más torpes pasiones; crímenes principescos y explotación fiscal; cortes lujosas y brillantes que se mueven entre la arbitrariedad y la impotencia y pueblos agobiados por las cargas tributarias e indefensos frente a los malhechores. Sí, he aquí, en dos breves noticias sobre dos oficiales de la policía de las poblaciones andaluzas, el reverso de la medalla del brillo y del esplendor de las capitales de los Taifas. Consiguen éstos imponer su autoridad mientras el sol alumbra, y sus inspectores ponen entonces orden y paz en la ciudad. Pero son vanos sus esfuerzos para señorear también las tinieblas. Mientras reyes y visires beben y aman en palacios fastuosos o en huertos perfumados y mientras magnates y poetas improvisan versos, escuchan música o cantos, presencian bailes lúbricos o gozan de las caricias de sus amadas o de sus esclavas, los malhechores asaltan, roban y asesinan a los ciudadanos en sus casas. No logran impedir sus fechorías ni los vigilantes nocturnos ni la rigidez de los gobiernos, a veces extrema, en el reprimir el bandolerismo. Este y las raterías habían sido endémicos en Andalucía desde antes de Cristo y lo han sido hasta nuestros días.*

### El inspector de pesas y medidas (almotacén)

Respecto al oficio de atender al contraste de pesas y medidas, es encomendado entre ellos (los árabes de Al-Andalus) a hombres inteligentes y de estudio, como si el titular de un cargo fuera un juez.

Lo acostumbrado en esta materia es que dicho funcionario se traslade personalmente a los mercados, con sus auxiliares, munido de su balanza de contraste, en la que con uno de los ayudantes pesa el pan, pues el pan,

entre ellos, tiene pesos conocidos: a un cuarto de dírhem corresponde una pieza de determinado peso, y lo mismo por lo que hace al octavo de dírhem. Este proceder comporta la ventaja de que el adquirente pueda mandar a hacer su compra al pequeñuelo o a la débil esclava (con la tranquilidad de que éstos se hallan) en igualdad de condiciones respecto a la persona perita en el conocimiento de los pesos en cuanto a lo (que reciben por lo) que pagan en el mercado.

Otro tanto sucede con la carne, encima de la cual se coloca un papel con su precio, no atreviéndose el carnicero a vender en infracción de lo que le ha fijado el almotacén en el cartel. (Pero) apenas (se percibe) que encubre su fraude, el almotacén le envía secretamente un chico o una esclava y en seguida hace la verificación (del peso). Si halla una falta ajusta a su magnitud (el rigor de) su actitud; y no preguntes sobre lo que (suele) resultar.

Si el abuso (del infractor) ha sido grande y no se arrepiente después de haber sido flagelado y afrentado públicamente en los mercados, se lo expulsa de la ciudad.

Para realizar las operaciones del contraste (de las pesas y medidas) los almotacenes tienen que aplicar determinadas reglamentaciones que estudian como se estudian los preceptos jurídicos, porque en Al-Andalus dichas reglamentaciones rigen todas las transacciones y se diversifican de manera tal que es largo detallar aquí.

### El sereno de barrio en la España musulmana

Los guardianes nocturnos, cuyo oficio es el que en Occidente corresponde a los jefes de zona, son conocidos, en Al-Andalus, bajo el nombre de "porteros", lo que proviene de que en aquel país hay caminos con portales que se clausuran bajo cerrojo después de hacerse la noche.

En cada calle hay un vigilante, en cuyo puesto está colgado un farol. Tiene un perro guardián y armas preparadas; ello, a causa de la astucia de los habitantes (de Al-Andalus), de lo mucho de su malicia y de su arte de engañar en materia de fechorías, hasta el punto de que escalan los edificios elevados, abren los cerrojos difíciles y llegan a asesinar al dueño de casa por temor de que los denuncie y luego los persiga por la justicia.

Es raro que en Al-Andalus (pase un día) sin que se oiga que la casa de Fulano fué violada ayer o que a Fulano lo degollaron los ladrones en su lecho.

El auge o la disminución de estos hechos está en relación con la energía o la blandura del gobernante, pero aunque incurra en un exceso de violencia y su espada gotee sangre, no cesan tales actos, habiendo (por ello) llegado las cosas al extremo de que se ha ejecutado a una persona por



causa de un racimo de uvas que robó en una viña; y así por el estilo. Pero, no obstante, no se acaban los ladrones (en Al-Andalus).

Del *Kitab Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Trad. inédita de O. Machado, según los textos 33 y 7 de la Crestomatía de Asín).

## ENTRE ALFONSO Y YUSUF. ANGUSTIAS DEL REY DE GRANADA

*Si los teólogos y juristas y el pueblo de los reinos de Taifas vieron, en los almorávides, a los libertadores de la tiranía y de la explotación fiscal de sus príncipes, éstos adivinaron pronto el peligro que los africanos representaban para la perduración de la independencia de sus estados. Lo sabemos por la pluma del rey de Granada. Cuando Yusuf ben Taxufin regresó a Africa, tras la campaña de Aledo, Alfonso VI se decidió a continuar su vieja política y a someter de nuevo a tributo a los sultanes de Al-Andalus —nuevo testimonio contra la gravedad del desastre de Zalaca—, y los sultanes se hallaron, así, en una postura angustiosa entre los cristianos y los almorávides. El granadino Abd Allah intenta justificar sus tratos con Alfonso. Al-Mutamid resistió por la fuerza al leonés. El primero incurrió en la cólera de Yusuf y el segundo recibió tarde su auxilio. Pero a la postre su suerte fué pareja, pues los dos fueron despojados de sus reinos por los africanos.*

### Temores, esperanzas y fortificaciones

"...Me encontraba entonces en un estado que me valdría la desaprobación de mis súbditos y de mis tropas regulares. Tal solución tendría, pues, por objeto colocarme en una mala situación y ponerme en una postura crítica". Al-Qulayi me dijo entonces: "Si te indispones contra tu ejército, podrás hacer venir de Marruecos refuerzos que te permitirán prescindir de él. No te ocupes más de mí, ahora que estoy asociado con Ben Sahl y no te cuides del lugar de donde te vendrá el dinero". Me encontraba así frente a un asunto oscuro y que se proponía arreglar sin contar conmigo. A esto se añadían las amenazas e intimidaciones que lanzaba contra mí, continuamente, en presencia de sus amigos y de gentes que me las referían de su parte. Así supe que decía: "Por Alá, trataré al nieto de Badis como su abuelo nos ha tratado, a mí y a otros". Publicaba de tal modo su poca circunspección, su maledicencia, su desprecio por mí mismo y la necesidad que yo tenía de él. Todo ello no hizo sino aumentar la impaciencia de los soldados de las tropas regulares que proyectaban entonces irse. Habiéndome dado cuenta de esta situación, me dije: "Haciéndome odioso a mis tropas regulares, que son como mis dos alas, me expongo a permanecer

solo frente a los que desean mi destitución. Siendo así, en todo caso vale más atraerme a mis soldados y volverlos a mi causa y no incurrir sino en la cólera de Al-Qulayi, lo que dará satisfacción a mis *abid* y a mis tropas regulares". Les reuní en su presencia y les dije que volviendo sobre mi anterior línea de conducta les devolvía el derecho de *inzal* (¿alojamiento?). Todos se alzaron entonces contra Al-Qulayi y le hubieran arrancado de mi presencia, si yo no se lo hubiera impedido. Temía que le mataran, lo que habría constituído una prueba de mi falta de autoridad, cuyas consecuencias hubiesen sido lamentables. Por eso les dije: "Dejadme a mí solo decidir de su suerte". Después dí orden de retenerle prisionero, con todas las consideraciones posibles, en una cámara situada cerca del palacio, donde fué tratado de una manera honrosa. Iba a verle para excusarme de la sublevación popular y le prometía ponerle en libertad, cuando desapareciera la agitación. Así debía ocurrir además; cuando volvió la calma y se restableció la situación anterior, dispuse que fuese liberado y le ordené que retuviera la lengua y que fuera mesurado en sus palabras y en sus actos, salvo en las cosas que le concernieran personalmente y que dependieran sólo de él. Me respondió: "De acuerdo. Voy a retirarme a las rábidas (monasterios) para llevar una vida tranquila, si Alá lo quiere". Pero apenas puesto en libertad, corrió cerca del Emir de los Musulmanes para quejarse, y ello no hizo sino agravar la situación. Las tropas regulares me hicieron decir entonces: "Si le hubieses mantenido en prisión, no hubiera atizado el fuego contra ti. No tardarás en lamentar haberle liberado". Pero en su conjunto me demostraron una obediencia, una sumisión y una fidelidad tales que yo creía que si hubiera sido necesario habrían combatido por mí hasta al Antecristo. Estaba satisfecho y seguro y me dije: "He aquí gentes para quienes nadie podría reemplazarme, mientras les dé pruebas de equidad y facilidades de vida. Han podido ver cómo son tratadas las tropas de Marruecos y que el menor de los *abid* de entre ellos tiene más comodidades y lleva una existencia más grata que los soldados de los otros ejércitos. No es posible que cambien lo mejor por lo peor". Supe entonces lo que pensaban sobre mí los mogrebíes que guarnecían las fortalezas, y que se hallaban bien dispuestos, y no pensaba que ninguno de ellos fuese capaz de traicionarme. Sólo mis súbditos me preocupaban.

Deseaba vivamente la abolición de las gabelas llamadas *magarim* —impuesto extraordinario sobre los bienes raíces o sobre las ventas— y conocía las disposiciones tomadas por los almorávides sobre el *zakat* y el diezmo. Me dije: "Con las águilas que están sobre sus cabezas (es decir: con las guarniciones de mis fortalezas) no osarán hacer nada. Desde el momento en que las plazas se hallan en estado de defensa, me es fácil mantener en orden a mis súbditos. ¿Cómo un ejército invasor podrá invadir a la vez todo el territorio? Necesitará algún tiempo para ganar a su causa la guarnición de un castillo y para que su defección pueda provocar cambios". Puse por ello el mayor cuidado en levantar las fortalezas, en renovarlas y en ponerlas en situación de sostener un sitio. Tomé todas las decisiones necesarias y las hice ejecutar: establecimiento de cisternas y de molinos y depósitos de escudos, flechas, máquinas de proyectiles y de todo género de víveres, cosas todas que yo retiraba de las poblaciones. Hice llevar a cada castillo provisiones para más de un año, y me ocupé en particular de mi capital, pero los preparativos que hice en ella son demasiado conocidos para que pueda dispensarme de describirlos.



"No es posible, me decía, que el Emir de los Musulmanes venga a atacar a cualquiera de los príncipes islamitas de Al-Andalus, antes de haber terminado con el rey cristiano. Su disputa debe terminar de una u otra manera. Si es el almorávide el vencedor, no podremos dejar de aceptar su soberanía. No tomaremos contra él disposiciones cuyas consecuencias podrían sernos más nefastas que si consentimos en la ocupación de nuestros territorios e intentamos atraernos su benevolencia. "No habiendo caído el asno, el odre no se ha roto", dice el proverbio. Veo clara la situación. No me es preciso tender a los almorávides una mano hipócrita. Si vence el cristiano, estoy en guardia; la fortificación de mis castillos, su restauración y aprovisionamiento me serán muy útiles; me permitirán proteger a los musulmanes y esperar la marcha de los acontecimientos. Pero no puedo esperar sacar partido contra los almorávides de tal línea estatégica". Con esta intención hice hacer los preparativos de defensa de Almuñécar. Si el cristiano obtenía la victoria, yo podría ganar la costa al alcance de los musulmanes de Africa y rechazar desde allí los ataques lo mejor que pudiera, hasta que me viera obligado a atravesar el mar, para ponerme allí al abrigo, con mis allegados, los más cercanos, y con algunas migajas de mis riquezas.

Se hicieron, pues, en Almuñécar, por mi orden, los trabajos de fortificación que son bien conocidos. De lo que había provocado tal decisión y de lo que yo esperaba de su ejecución, las gentes no enteradas no podían comprender nada. Semejaban a ciegos debatiéndose en las tinieblas. Cada uno hablaba a su guisa. En cuanto a mí, por lo que se refería a los almorávides, no tenía —Alá me es testigo— en ninguna manera, la idea de disuadirles de hacer la guerra santa, ni la de aliarme con alguien contra ellos. No tenía para con ellos ninguna de las malas intenciones que me fueron atribuídas a la sazón. Todo se limitó al gran temor que me causaron los sucesos de que fuí testigo y que ya he referido: la desdicha de Ben Raxiq y la inquietud que me produjo, el abatimiento que se apoderó de mí y mi pesimismo, corroborado por una realidad tangible. Tuve para mí el siguiente razonamiento: "Mientras permanezcan frente a frente cristianos y musulmanes, podré temer un brusco ataque a mi capital, más vale, por tanto, ponerla en estado de defensa, lo que en todo caso, me sería útil. Si el Emir de los Musulmanes me pidiera que le proporcionase tropas, dinero o cualquier otra cosa semejante y que le prestase mi concurso y mi ayuda, me guardaría mucho de tergiversar las cosas, porque entonces le proporcionaría argumento en mi daño y atraería el mal sobre mí. Por el contrario,

si me pide que acuda a él en persona, alegaré algún impedimento y me esforzaré en no hacer nada; quizá me dejará entonces tranquilo y aceptará mis excusas. Pero si no hace tal, sabré que desea en verdad apoderarse de mis posesiones y encarnizarse conmigo, bajo la influencia de la maledicencia y de las mentiras de mis enemigos. Desde tal momento me será necesario velar por mi propia vida, ponerme en guardia y considerarle como a los otros príncipes musulmanes que desean expulsarme de mi casa. Tendré a Alá entonces a mi lado, puesto que no habré tenido ninguna mala intención para con el Emir ni habré prestado ayuda a nadie contra él, ni habré intentado estorbarle la práctica de la guerra santa. ¿Qué pretexto podrá alegar en mi daño, si desea alguno, sino el de una falsa acusación que su poder le permitirá tomar en cuenta? Seré impotente contra tal actitud y mi caso recordará el de quien fué a ver a un rey y había preparado de antemano las respuestas que daría a sus preguntas. Cuando le conducían a la cárcel, le preguntaron para qué le habían servido las contestaciones que pretendía haber tenido prestas. "Yo había encontrado, replicó, una respuesta para cada una de sus palabras, salvo para ésta: Apoderaos de su persona. No sabiendo cómo contestarla, me he abandonado al destino". En este período de mi reinado me dominaban alternativamente la esperanza y el temor. Por el contrario, estaba seguro de mi cortejo de militares y funcionarios y sabía que no me traicionarían. Esta seguridad y los preparativos que había hecho me devolvieron alguna confianza.

## Exigencias de Alvar Háñez

En el momento de nuestro abandono del cerco de Aledo, habíamos pedido al Emir de los Musulmanes que dejara tropas en Al-Andalus para conjurar una posible ofensiva del rey cristiano. Era de temer que éste intentase vengarse de nuestros éxitos en tal campaña y en la precedente, y él no estaría en el país con tropas suficientes para rechazarle. Pero el Emir nos respondió: "Uníos con sinceridad y rechazaréis al enemigo", y no nos dió tropas. Tuvimos la certeza de que Alfonso no dejaría escapar la ocasión de perseguirnos y así ocurrió, en efecto. No tardó en reunir sus tropas, en acudir y en exigirnos dinero, amenazándonos, si rehusábamos dárselo, con entrar a sangre y fuego en nuestros territorios. Concluyó un tratado con el soberano de Zaragoza y con los príncipes de los estados vecinos de Levante, que se pusieron así al abrigo de sus depredaciones y le pagaron el monto de los tributos precedentes. Cuando me llegó la noticia de tal pago, aumentó mi angustia y me di cuenta de que mi situación era tan peligrosa como la del que cabalga sobre un león. En efecto, si me veía obligado a entregar mi país a la guerra, no teniendo tropas a mi disposición, aquél sería asolado.

No podía recaudar un solo dirhem de impuestos, sin embargo de lo



cual no estaría al abrigo de las críticas. Mis detractores no dejarían de acusarme de haber hundido mi país en la miseria o de haber atraído al enemigo. Sus murmuraciones contra mí serían iguales a las que había escuchado sobre Ben Raxiq. Y además ello constituiría la ruina de mis estados. No podría encontrar el dinero necesario para emprender las expediciones de cada año y para pagar a los almorávides sumas de plata a título de *diyafa* (derecho de alojamiento). En tales condiciones sufriría un grave perjuicio. Y si por el contrario consentía en ser tributario de los cristianos, no faltaría quien dijera: "Ha concluído un tratado con el cristiano" y se me infamaría por un crimen que no había cometido. Y así ocurrió en realidad, porque no pude escapar a los peligros que temía, como resultado de los decretos del destino.

Era Alvar Háñez el jefe de los cristianos en los confines de los reinos de Granada y de Almería. Alfonso le había encomendado la misión de obrar en las dos regiones como más conviniere a sus intereses: hostilizando a los musulmanes que declaraban hallarse en la imposibilidad de someterse a sus exigencias; obteniendo dinero, e interviniendo en todos los asuntos que pudieran procurarle alguna utilidad. Comenzó por enviarme una diputación que vino, en su propio nombre, a advertirme de su intención de ocupar Guadix; sólo la entrega de una suma no menguada le decidiría a no llevar adelante sus propósitos. "¿Con qué medios, me dije entonces, podré premunirme contra sus designios? ¿Qué poder tengo para rechazarle? Los almorávides no me han dejado tropa para hacer frente a sus ataques. ¿El cautiverio de cuántos musulmanes va a acarrear este nuevo peligro? ¿Cuántas riquezas van a perderse que no disminuirán en nada, a la postre, el tributo que me he comprometido a pagar a los cristianos? ¡No permita Dios que pongan en ejecución su proyecto y que yo sepa que han sido cautivados musulmanes! ¿No vale más darle en seguida una prenda estimable? Estoy en condiciones de hacerlo, antes de que comiencen a devastar el país. Voy a hacerlo por amor de Alá altísimo, que sabe los pensamientos secretos de cada uno. Si tomara tal decisión con propósito deliberado y teniendo tropas que me permitieran rechazar al enemigo, proporcionaría evidentemente un gran argumento contra mí a quienes me quieren mal".

Tomé, pues, la resolución de satisfacer las exigencias de Alvar Háñez, a la menor costa, haciéndole prometer mediante tratado que no se acercaría a ninguna de mis ciudades, una vez que hubiese recibido las sumas que iba a pagarle. Se comprometió a ello, pero cuando fué hecho el pago me hizo decir: "Por lo que me concierne sólo tengo buenas intenciones para contigo. Pero lo que debe merecer tu atención, es que Alfonso se prepara a la guerra contra ti y contra los otros príncipes musulmanes. Quien de vosotros le pague lo que le debe no tendrá nada que temer, pero no quien se dispense de hacerlo: mi señor me encargará de tratarle con rigor. No soy sino su esclavo y debo cumplir sus deseos y ejecutar sus órdenes. Lo que acabas de darme no te será de ninguna utilidad, si no te entiendes con él. El

si me pide que acuda a él en persona, alegaré algún impedimento y me esforzaré en no hacer nada; quizá me dejará entonces tranquilo y aceptará mis excusas. Pero si no hace tal, sabré que desea en verdad apoderarse de mis posesiones y encarnizarse conmigo, bajo la influencia de la maledicencia y de las mentiras de mis enemigos. Desde tal momento me será necesario velar por mi propia vida, ponerme en guardia y considerarle como a los otros príncipes musulmanes que desean expulsarme de mi casa. Tendré a Alá entonces a mi lado, puesto que no habré tenido ninguna mala intención para con el Emir ni habré prestado ayuda a nadie contra él, ni habré intentado estorbarle la práctica de la guerra santa. ¿Qué pretexto podrá alegar en mi daño, si desea alguno, sino el de una falsa acusación que su poder le permitirá tomar en cuenta? Seré impotente contra tal actitud y mi caso recordará el de quien fué a ver a un rey y había preparado de antemano las respuestas que daría a sus preguntas. Cuando le conducían a la cárcel, le preguntaron para qué le habían servido las contestaciones que pretendía haber tenido prestas. "Yo había encontrado, replicó, una respuesta para cada una de sus palabras, salvo para ésta: Apoderaos de su persona. No sabiendo cómo contestarla, me he abandonado al destino". En este período de mi reinado me dominaban alternativamente la esperanza y el temor. Por el contrario, estaba seguro de mi cortejo de militares y funcionarios y sabía que no me traicionarían. Esta seguridad y los preparativos que había hecho me devolvieron alguna confianza.

## Exigencias de Alvar Háñez

En el momento de nuestro abandono del cerco de Aledo, habíamos pedido al Emir de los Musulmanes que dejara tropas en Al-Andalus para conjurar una posible ofensiva del rey cristiano. Era de temer que éste intentase vengarse de nuestros éxitos en tal campaña y en la precedente, y él no estaría en el país con tropas suficientes para rechazarle. Pero el Emir nos respondió: "Uníos con sinceridad y rechazaréis al enemigo", y no nos dió tropas. Tuvimos la certeza de que Alfonso no dejaría escapar la ocasión de perseguirnos y así ocurrió, en efecto. No tardó en reunir sus tropas, en acudir y en exigirnos dinero, amenazándonos, si rehusábamos dárselo, con entrar a sangre y fuego en nuestros territorios. Concluyó un tratado con el soberano de Zaragoza y con los príncipes de los estados vecinos de Levante, que se pusieron así al abrigo de sus depredaciones y le pagaron el monto de los tributos precedentes. Cuando me llegó la noticia de tal pago, aumentó mi angustia y me di cuenta de que mi situación era tan peligrosa como la del que cabalga sobre un león. En efecto, si me veía obligado a entregar mi país a la guerra, no teniendo tropas a mi disposición, aquél sería asolado.

No podía recaudar un solo dirhem de impuestos, sin embargo de lo



cual no estaría al abrigo de las críticas. Mis detractores no dejarían de acusarme de haber hundido mi país en la miseria o de haber atraído al enemigo. Sus murmuraciones contra mí serían iguales a las que había escuchado sobre Ben Raxiq. Y además ello constituiría la ruina de mis estados. No podría encontrar el dinero necesario para emprender las expediciones de cada año y para pagar a los almorávides sumas de plata a título de *diyafa* (derecho de alojamiento). En tales condiciones sufriría un grave perjuicio. Y si por el contrario consentía en ser tributario de los cristianos, no faltaría quien dijera: "Ha concluído un tratado con el cristiano" y se me infamaría por un crimen que no había cometido. Y así ocurrió en realidad, porque no pude escapar a los peligros que temía, como resultado de los decretos del destino.

Era Alvar Háñez el jefe de los cristianos en los confines de los reinos de Granada y de Almería. Alfonso le había encomendado la misión de obrar en las dos regiones como más conviniere a sus intereses: hostilizando a los musulmanes que declaraban hallarse en la imposibilidad de someterse a sus exigencias; obteniendo dinero, e interviniendo en todos los asuntos que pudieran procurarle alguna utilidad. Comenzó por enviarme una diputación que vino, en su propio nombre, a advertirme de su intención de ocupar Guadix; sólo la entrega de una suma no menguada le decidiría a no llevar adelante sus propósitos. "¿Con qué medios, me dije entonces, podré premunirme contra sus designios? ¿Qué poder tengo para rechazarle? Los almorávides no me han dejado tropa para hacer frente a sus ataques. ¿El cautiverio de cuántos musulmanes va a acarrear este nuevo peligro? ¿Cuántas riquezas van a perderse que no disminuirán en nada, a la postre, el tributo que me he comprometido a pagar a los cristianos? ¡No permita Dios que pongan en ejecución su proyecto y que yo sepa que han sido cautivados musulmanes! ¿No vale más darle en seguida una prenda estimable? Estoy en condiciones de hacerlo, antes de que comiencen a devastar el país. Voy a hacerlo por amor de Alá altísimo, que sabe los pensamientos secretos de cada uno. Si tomara tal decisión con propósito deliberado y teniendo tropas que me permitieran rechazar al enemigo, proporcionaría evidentemente un gran argumento contra mí a quienes me quieren mal".

Tomé, pues, la resolución de satisfacer las exigencias de Alvar Háñez, a la menor costa, haciéndole prometer mediante tratado que no se acercaría a ninguna de mis ciudades, una vez que hubiese recibido las sumas que iba a pagarle. Se comprometió a ello, pero cuando fué hecho el pago me hizo decir: "Por lo que me concierne sólo tengo buenas intenciones para contigo. Pero lo que debe merecer tu atención, es que Alfonso se prepara a la guerra contra ti y contra los otros príncipes musulmanes. Quien de vosotros le pague lo que le debe no tendrá nada que temer, pero no quien se dispense de hacerlo: mi señor me encargará de tratarle con rigor. No soy sino su esclavo y debo cumplir sus deseos y ejecutar sus órdenes. Lo que acabas de darme no te será de ninguna utilidad, si no te entiendes con él. El

único provecho que sacarás de tu donación será hallarte en buenos términos conmigo, pero sólo en la medida en que mi señor no me ordene lo contrario".

Dándome cuenta de la justicia de sus palabras y de que eran razonables, me dije: "No me es posible tomar la delantera y enviarle una diputación por mi propia iniciativa: con ello le impulsaría a tener constantes exigencias con nosotros. Pero cuando me envíe un mensaje, requiriéndome para que le pague un tributo, intentaré pretextar cualquier impedimento. Acaso acepte mi súplica, porque de darle la menor suma excitaría su avaricia. Procuraré hacer que las negociaciones se dilaten hasta que acaso vengan tropas almorávides que le derroten y no se hablará más de sus exigencias. Y si no llega ningún socorro, habré logrado a lo menos no indisponerme con él y no tendré que sufrir las consecuencias de tal enojo".

## Tratos con Alfonso VI

Las circunstancias me obligaron, pues, a ir al encuentro de Alvar Háñez para exponerle la imposibilidad en que me encontraba de entregar la menor suma a Alfonso, alegando las cargas que me había impuesto, la venida de los almorávides y los otros gastos a los que ellos me habían arrastrado. Pero el puerco no me respondió y, como era su deber, puesto que estaba a su servicio, escribió una carta a su señor rogándole que enviara un mensajero que viniese a exigirme el pago del tributo. Si el mensajero se iba con las manos vacías, él se encargaría de vengarle, invadiendo mi territorio. Alfonso comenzó sus preparativos para la expedición y se hizo preceder por un mensajero. La noticia de la inminente llegada de tropas cristianas me causó una viva emoción. No sabía qué me convenía hacer: abandonar el país y dejar que ejerciera en él sus violencias a la fuerza o ablandarle pagándole lo que pudiera. Mis súbditos fueron sacudidos por una angustia y por una agitación tan grande que yo no creía que Alfonso aceptase dinero sin ocupar permanentemente mi territorio, para vengarse de la irritación que le habían producido el sitio de Aledo y mi alianza con los almorávides. Intenté que su mensajero se contentara con poco; pero me dijo: "No he venido sino para hacerte saber que tienes que pagar a mi señor el monto del tributo ya vencido, es decir tres anualidades que se elevan a 30.000 mizcales. No se te hará ninguna rebaja. Si rehusas pagarlos continuará su avance contra tu territorio. Haz lo que puedas". Habiendo reflexionado sobre el asunto juzgué que una actitud arrogante sería una necedad inútil y me dije: "Si tomo a mis súbditos el total de tal tributo, no dejarán de agitarse y de lamentarse. Los principales de ellos irán a Marraquex para mostrar allí sus quejas y decir: "Nos ha tomado nuestros bienes y se los ha dado a los cristianos". No, en las circunstancias presentes, necesito acudir a mis reservas personales y servirme de ellas para conservar intactos mi reino y mi



honor. Tengo posibilidad de hacer tal entrega de mi propio tesoro. De este modo estará a salvo mi territorio y mis súbditos me quedarán agradecidos de haberles librado de su enemigo sin haberles puesto a contribución, y no seré cubierto de oprobio". Lo hice así y envié a Alfonso los 30.000 mizcales, sin expoliar a nadie ni un solo dirhem.

Juzgaba al mismo tiempo necesario concluir con Alfonso un nuevo tratado por el cual se comprometería a no atacar más ninguno de mis territorios y a no amenazarles en adelante, porque temía verle cambiar sus disposiciones en seguida. Aceptó mi oferta: "Puesto que es absolutamente necesario pagar tal suma, me decía a mí mismo, más vale que me sirva para obtener un tratado. Si las circunstancias me fuerzan a recurrir a tal tratado, allí estará y me será útil. Si puedo librarme de cumplirlo, será que tengo en cambio, por disposición divina, las lanzas morenas y las espadas de hojas finas de un ejército que podrá rechazar al enemigo. Porque la guerra no se hace sino a fuerza de expedientes y como suele decirse: "Si no puedes acabar con tu enemigo, acude a las zalamerías".

Alfonso aceptó tratar conmigo, porque estaba ávido de dinero. Por mi parte no podía dudar, me traicionaría o no me traicionaría, pero yo me encontraba en la situación de quien juega su existencia en caso de fuerza mayor. Su mensajero me dijo además: "Alfonso me ha encargado de decirte que si quieres añadir en vuestro tratado una cláusula de asistencia para la recuperación de la parte de tu territorio ocupada por Ben Abbad, se halla pronto a suscribirla y te prestará su ayuda efectiva en la expedición que está a punto de emprender". Yo le respondí: "No contribuiré con auxilio alguno a una campaña contra un príncipe musulmán. Es el deseo de preservar de todo mal a mi país y a mis correligionarios el que me ha movido a concluir este tratado. Veros mantener vuestra promesa a tal propósito es mi único fin".

Alfonso tenía, en efecto, la intención de suscitar hostilidades entre Ben Abbad y yo, a fin de poder invadir su territorio y de sostener la guerra con mi dinero, y de tener así pretexto para solicitar con frecuencia mis subsidios. Los 30.000 mizcales que le había entregado no constituían para él sino una deuda, precio de la paz acordada; hubiera querido comenzar nuevas negociaciones para una nueva petición de fondos. Por lo demás no concedió fe a mis palabras y creyó que se trataba de una treta. Cuando le hice decir: "Al pactar contigo como acabo de hacer, me he dejado guiar de una mala inspiración, cuyas consecuencias por parte de los almorávides voy a sufrir muy pronto", me respondió, para hacerme menos penoso el pago que le había hecho: "Cuando recibas de tu soberano una petición de subsidios, me correspondería a mí pagar la parte que incumba a tu ciudad". "No, repliqué yo, es él quien deberá apreciar en su justo valor las razones que me han forzado a tratar contigo. Espero más de su aprobación y de su benevolencia que de tu asistencia".

Las cosas quedaron así durante algún tiempo, después su embajador me

dijo: "Alfonso va a verse obligado a invadir todos los territorios del reino de Ben Abbad y de sus vecinos, si no paga". "Ese es un asunto, le contesté, del que Alá no me pedirá cuenta el día de la resurrección. Cada uno no es responsable sino de sus súbditos. Por lo que me concierne he buscado recursos en favor de aquellos a cuya cabeza me ha colocado Alá, he dado dinero para preservar sus personas y sus bienes. Si los otros sultanes desean conservar sus estados, que hagan frente a vuestras exigencias en la medida de sus posibilidades, pagándoos o combatiéndoos. Pero no tengo que opinar sobre el tema, no es asunto que me ataña. No estáis bajo mis órdenes, para que pueda prohibiros nada sobre tal cuestión. He llegado con gran trabajo a premunir mi propio reino y sois vos quien me ha forzado a realizar tales esfuerzos. Me considero fuera del problema y no deseo meterme para nada en el asunto, ni de palabra ni de obra". Para acudir en ayuda de mis hermanos musulmanes, no tuve otro recurso que el de escribir a Al-Mutamid, para avisarle del estado de mis relaciones con los cristianos y de su proyecto de llevar la guerra a su territorio. Le advertí de ello, para que tomara las enérgicas disposiciones que exigía la situación y se preparase a hacerle frente.

### Correspondencia con Yusuf ben Taxufin

Después escribí al Emir de los Musulmanes para exponerle al detalle lo que había ocurrido y lo que me había visto obligado a hacer por necesidad. Le señalé que quien está sobre el terreno ve mejor la situación que el ausente, y que si las circunstancias me hubieran permitido ofrecer alguna tabla de salvación a los musulmanes, retardando mi entrega de dinero a los cristianos tan sólo el tiempo necesario para que me hubiera podido llegar una carta suya dándome su opinión sobre el asunto, me habría guardado de tomar por mí mismo una decisión no agradable para él, como era mi deber; pero que la situación era demasiado apremiante para que yo pudiese soñar en exponer a su ruina a los musulmanes. Y añadía en fin que gracias a él y a la potencia divina podríamos pronto tomar revancha sobre nuestros enemigos. No dudaba de que la respuesta del Emir alabaría la decisión que había tomado con pleno conocimiento de la cuestión, sobre todo en atención a que la suma que había entregado era de mi propiedad personal y no había exigido ni un dirhem a los musulmanes para reunirla. Pero su contestación estuvo toda marcada de las murmuraciones y falsas acusaciones de que había sido objeto ante él, y con ello aumentó mi terror. "Sé bien, me decía en su carta, que estás en connivencia con los cristianos y que mientes. Pero pronto sabré si cuentas con la adhesión de tus súbditos y cuál es tu línea de conducta, puesto que pretendes cuidar de ellos. No creas que se trata de un porvenir lejano; no, está próximo".

Pero no me descorazoné por ello, y ante la realidad y sabiendo bien lo que había pasado, envié un mensajero para que le dijera de mi parte: "El



emir no debe prestar atención a las palabras de mis enemigos. He aquí el resultado de las calumnias de que soy objeto por parte de Al-Qulayi y de Abu Bakr ben Musakkan; en uno y en otro hablan sobre mí movidos de su pasión". Abu Bakr ben Musakkan había mostrado para conmigo una insolencia extremada y me había cubierto de insultos. Esperaba que el Emir de los Musulmanes le asignaría en feudo una parte de mi territorio, lo que le convertiría en mi igual o lo situaría próximo a mí. Se enorgullecía de una ascendencia ziri, se gloriaba de ella y se declaraba superior a todo el mundo. Se esforzaba en que no se cumplieran las decisiones de gobierno que yo tomaba y ponía así en discusión mi poder soberano. No había tardado en juzgarle tan criminal como Al-Qulayi, porque no dejaba de atizar el fuego de intrigas encendido por este último, en lugar de apagarle, como hubiera sido su deber si hubiera amado el bien, mientras por el contrario se mantenía deliberadamente hostil. Se unían así las preocupaciones que los dos me causaban. Acabé por dirigir a Ben Musakkan una severa advertencia y por ordenarle que cesara en sus maniobras. Se encendió en cólera y sin haber sido objeto de un decreto de expulsión, huyó y se dirigió derechamente a tierras almorávides para excitarles contra mí y para procurar, a fuerza de mentiras y de hipocresía, infamarme a sus ojos. Escribí entonces varias veces al Emir de los Musulmanes para explicarle lo que había pasado y para quejarme de la falta de escrúpulos de tales traidores para conmigo. Pero el Emir no me contestó, sino con cartas en que me trataba con desdén y me demostraba que tenía por verdaderas las maledicencias con que me abrumaban tales personajes. Me sentí muy desgraciado durante todo este período, no sabiendo cuál era el mejor partido que podía tomar, ni cómo salir de aquel mal paso.

Habiendo invadido el rey cristiano el territorio de Al-Mutamid y respetado el mío, el rey de Sevilla concibió sospechas con respecto a mí y creyó que me había puesto de acuerdo con su enemigo. Pero si hubiera habido un arreglo entre nosotros, me hubiera sido necesario pagar una suma de dinero a más del tributo. La verdad es que los sevillanos no disponían más que de mercenarios que no obedecían ninguna orden, y que el ejército almorávide no llegó a Sevilla sino cuando el país había sido ya asolado.

Alá, el altísimo, sabe, en todo caso, que en este desdichado asunto no dí a los cristianos ninguna ayuda financiera y El no me pedirá cuenta de ninguna mala palabra contra un musulmán. Sin embargo, los que expandían rumores contra mi persona estuvieron unánimes en reclamar contra mí un castigo ejemplar del Emir de los Musulmanes. Pero si yo hubiera tenido verdaderamente los deseos que me imputaban y si hubiera estado, como decían, enfeudado a Alfonso, el ejército almorávide no habría llegado a Ceuta cuando ya habría estado Granada llena de tropas cristianas. Me hubiera sido esto en efecto muy posible; hubiese así podido esperar los acontecimientos y gozar de un plazo suficiente; no, los actos deben juzgarse por

las intenciones. Fueron los maldicientes quienes motivaron la suerte que me esperaba. Pero si se hubiera intentado esclarecer mi conducta, nada se habría encontrado que se hubiera prestado a críticas o a habladurías; ni se habría hallado un testimonio contra mí, ni ningún trato secreto en detrimento de los musulmanes, ni participación alguna en un asunto desagradable para ellos.

¿Cómo hubiera podido confirmarse de otra parte tal acusación, si precisamente el primer sable desenvainado contra los cristianos lo fué por mi orden en la célebre batalla de Nivar, librada en mi territorio, cuando los cristianos atacaron tal plaza de improviso, justamente en el momento en que los almorávides acababan de llegar a Ceuta? En este momento Alfonso me había dirigido un embajador para intentar disculparse y yo le había despedido para cortar toda relación con él y mostrar mi preferencia por la causa del Emir de los Musulmanes. Se encontrarán delante de Alá acusadores y acusados.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Ziri de Granada (Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Andalus, 1936, IV, 99).

## LA ESPECULACION FILOSOFICA EN AL-ANDALUS

*El pensamiento filosófico floreció en Al-Andalus en el siglo XI. La caída del califato trajo consigo la crisis del foco intolerante de Córdoba y el auge cultural de las provincias; y la tolerancia y el apetito de saber de las cortes de Taifas favorecieron el libre vuelo de la especulación filosófica. Todas las escuelas se difundieron en aquel ambiente de libertad de pensamiento. Triunfó al cabo la filosofía peripatética. Dos grandes filósofos brillaron entonces: el judío Ben Gabirol (1021-1070), cuya* Fuente de la Vida *enlaza con el panteísmo de Ben Masarra, y el zaragozano Ben Bacha (Avempace) muerto en el primer tercio del siglo XII. Conocedor de los pensadores orientales Al-Farabi, Ben Sina (Avicena) y Al-Gazali. Ben Bacha comentó a Aristóteles, escribió numerosos tratados y aportó al acervo filosófico la idea fundamental de la unión del entendimiento activo con el hombre. De Ben Bacha se conserva un tratado de* Lógica, *la* Carta de despedida, *y versiones fragmentarias del* Régimen del solitario. *En la* Carta de despedida *procura rehabilitar la ciencia y la especulación filosófica, que pueden llevar al hombre al conocimiento de la naturaleza y, con socorros de lo alto, al conocimiento de sí mismo. Avempace fué superado por Ben al-Sayyid de Badajoz (1050-1127), que intentó armonizar la teología islámica y el pensamiento griego en su* Libro de los Cercos.



### Deleites de la ciencia

Dos son los deleites que produce la ciencia necesariamente. Uno de ellos es el que viene tras el deseo de saber, como consecuencia suya; ese deseo es el que nos mueve a estudiar, pues si estudiamos, es tan sólo con el deseo de saber; pero el deseo es un dolor, y por eso empleamos palabras que expresan aflicción y pena cuando sentimos dudas. Por eso mismo dice Abu Nasr (al-Farabi): "¡Oh, Señor! A Ti recurre el afligido y de Ti espera el auxilio para encontrar la verdad, cuando no encuentra el camino que le libre de la duda". Tal deleite se parece mucho al deleite corpóreo, si bien éste siempre lleva anejo *per se* algo que perfecciona al cuerpo, es decir, la salud, mientras que aquél, en cambio, lleva anejo lo que perfecciona a la potencia racional, es decir, la verdad. Además, el deleite corpóreo redunda algunas veces en daño del cuerpo, aunque esto sea *per accidens* y no *per se*, mientras que en el deleite científico no cabe tal cosa, y por eso resulta este deleite más excelente. Tú conoces muy bien por experiencia propia cuán vehemente es el deseo de saber y a qué extremos llega. Te acordarás seguramente de Dawud, el del país de Boltaña, que andaba vacilando entre las varias religiones, cuán grande era su deseo de saber. Y recordarás, cuando nos reunimos con él en Murcia, cómo derramaban lágrimas sus ojos y daba otras patentes muestras del ansia vehemente que aquel día experimentaba; pero como le faltaba la facultad del razonar apodíctico, no encontraba la verdad. Este deleite es pasión, y toda pasión es alteración; ahora bien, todo lo que se altera o cambia es divisible; y por eso no se da en nosotros este deleite, sino con este cuerpo.

La otra clase de deleite que experimenta el que sabe, es el deleite que siente todo el que conoce alguna cosa. Este deleite carece ya de nombre propio y es un placer perenne, que siempre acompaña al que conoce, aunque tan sólo mientras se da cuenta de que conoce tal o cual cosa, pero no va precedido de dolor alguno. Participan en común de este deleite cuatro de los sentidos corporales, y de todos cuatro el más evidente es el placer de la vista y el placer del oído. Cuando vemos un hermoso espectáculo, sentimos efectivamente placer en verlo, sin que a este placer le preceda dolor alguno, inspirado por la privación de lo que luego hemos visto. Asimismo sucede con el oído, si bien con este sentido cabe, a veces, que sintamos a la vez placer y dolor, como nos ocurre cuando escuchamos tristes canciones. Pero el análisis pormenorizado de este punto no corresponde al tema que estamos tratando.

A pesar de lo dicho, cuando buscamos el saber, no lo buscamos por este deleite, sino que este deleite es un lucro que con el saber ganamos, ya que va anejo al encuentro de la verdad. Todo deleite, en efecto, es siempre como la sombra de otra cosa; es siempre fruto de esa otra cosa; y como

se logra con el logro de esta cosa, viene a ser, respecto de esta cosa, como la sombra que inseparablemente le sigue. El que busca, pues, el saber por el placer que proporciona, es como quien busca en el comer y el beber deleitarse con los manjares y bebidas y no el conservar la salud de su cuerpo. Y así como los que esto hacen conservan la salud corporal *per accidens*, así también aquéllos logran sólo *per accidens* la perfección espiritual. Dígase lo mismo de los que buscan el saber por el prestigio social que proporciona, ya que lo buscan, no por su fin propio, sino por algo que accidentalmente acompaña al saber, como fruto o lucro suyo. Así resulta que, cuando por ventura les acaece a estos tales que en una ocasión determinada creen que no han de lograr deleite alguno, se abstienen de comer y beber, aunque el manjar o la bebida les sean necesarios para la salud del cuerpo, como lo hacen muchos enfermos débiles (?). Y eso mismo observamos que les pasa a quienes estudian las ciencias para lograr honores mundanos: que se dejan vencer por la pereza. Esta es cabalmente la causa de que muchos se aparten del estudio de la filosofía, porque creen que la filosofía es cosa de los tiempos de la incredulidad anterior al Islam.

En cuanto al otro placer, al segundo, es decir, el que va anejo al fin propuesto como fruto suyo, es muy difícil, por eso mismo, separarlo del conocimiento científico cierto. En efecto, si nosotros separamos, por hipótesis, de ese deleite el conocimiento especulativo cierto, no encontraremos razón alguna que reclame considerarlo como un fin digno de proponérnoslo. ¿Cómo, pues, habría de ser más noble que los otros fines vulgares y corrientes? Mejor diré: ¿cómo podría ser el fin último? Si por hipótesis separamos de nuestro conocimiento de que el cometa es la huella que dejan los rayos del sol en la atmósfera, el placer que nos produce ese conocimiento, no encontraremos que éste sea cosa alguna útil, sino que más bien nos parecerá algo así como si fuese únicamente un juego y tan sólo un fin *per accidens*. Por eso muchas gentes se dedican a las ciencias prácticas y las prefieren, porque creen que éstas ya tienen alguna utilidad, es a saber, que las aplicamos siempre que queremos, mientras que estas ciencias físicas especulativas no tienen más utilidad que la de producir uno de esos dos placeres.

Sin embargo, cuando para hacer frente a esta sospecha pensamos en lo que es conocernos a nosotros mismos, conocer la esencia de nuestras almas y, así también, conocer los cuerpos celestes y conocer a Dios —¡ensalzada sea su gloria!—, entonces, aunque separemos de todos estos conocimientos juntos el deleite que producen, habremos de confesar que no son cosa inútil y vana y que no deben ser desechados, y ello, cabalmente, por la importancia y grandeza de sus objetos y singularmente del conocimiento de Dios. La duda, no obstante, subsiste siempre, tanto cuando se trata de conocimientos tan sublimes, como cuando se trata de otros. Y la duda, que nos podemos objetar, consiste en decir: pero ¿qué utilidad hay en que conozcamos ese objeto de tan grande importancia y nobleza? Cabalmente



por eso es por lo que, según parece, Al-Gazali puso en el deleite espiritual del conocimiento el fin último (del hombre) y dijo las cosas que anteriormente hemos mencionado. Parece, en efecto, que tan sólo se preocupó de examinar la verdad de sus opiniones a la luz de este criterio, a saber: no encontrar en ellas resquicio alguno para la contradicción. Porque efectivamente, tan pronto como hayamos supuesto que el fin último es ese deleite, ya no podremos preguntar por qué nos deleitamos o por qué buscamos el deleite. Durante ciertos períodos de la vida, el placer es para nosotros efectivamente fin último: ello es en la edad del crecimiento, durante la cual así lo creemos naturalmente; pero pasada esa edad, ya no nos proponemos el placer, sino pensando en las consecuencias. Si alguien nos pregunta por qué nos deleitamos, creemos que lo que inquiere de nosotros el que nos pregunta es una cualquiera de las tres causas; pero si la pregunta (nos) la hace de modo que claramente dé a entender que lo que pide es la causa final y no más, diciendo, por ejemplo, qué utilidad buscamos en el placer, ya entonces tal pregunta es de las que merecen ser tomadas a risa, puesto que, (respecto) de todas las cosas humanas, si preguntamos por razón de qué existen, será forzoso llegar en definitiva al placer; y cuando a él llegamos, cesa ya de tener sentido la pregunta "para qué".

Sin embargo, tan pronto como examinemos a fondo la cuestión, encontraremos que la mayoría de los actos placenteros producen además otra cosa distinta del placer, la cual es evidentemente su fin, y aunque realicemos el acto sin sentir deleite, no por eso será el acto cosa inútil y vana, como lo es todo acto con el cual no se alcanza el fin propuesto. Por esta causa, y por otras muchas que han sido ya aducidas en varios lugares, resulta claro que el placer no es fin. ¿Cómo, pues, habría de ser fin último?

. . . . . .

A todas estas clases de deleites va aneja otra, que es el deleite producido por la consecución del objeto deseado. Ese deleite va precedido, como preparación, por el deseo del objeto. Por este deseo es por el que cabe que el animal se ponga en movimiento, cuando a ello se decide resueltamente, pues tal deseo vehemente es la "decisión" o "resolución" que se mencionó en el libro De Anima, o sea, el motor del animal. Por eso, los deleites producidos por las cosas con las que el cuerpo se sustenta, como son los de la comida, la bebida y los demás que son propios de los objetos tangibles, la naturaleza los reúne a unos con otros, y de aquí que todos ellos existan juntos en el animal, pues la naturaleza misma es la que los desea ardientemente, como necesarios para el sustento del cuerpo. Los otros deleites restantes difieren de éstos en muchas cosas: no necesitan *per se*, como ellos, de un deseo doloroso que los preceda, sino que unas veces puede precederles y otras veces puede no precederles; este deleite es, además, propio del móvil, en cuanto que es móvil, mientras que el otro deleite es propio del móvil, en cuanto que es percibido y reside en el alma. Este deseo afecta a los conocimientos intelectuales, a los fantásticos y a los sensitivos, pues

si no existe este deseo de conocer, no se da tampoco, en modo alguno, moción hacia el conocimiento. Mas este deleite es tan oculto en sí mismo, que el acto cognoscitivo no se da cuenta de él, sino que, antes bien, es el placer el que por sí sólo nace para el conocimiento; ni es el deleite que sigue a este conocimiento como efecto o resultado de la demostración apodíctica, sino el que queda permanente en el alma, a la vez que en ella existe el conocimiento. A este deleite se le da el nombre de "logro" y otros semejantes.

De la *Risala al-Wida* de AVENPACE (Trad. Asín, Al-Andalus, VIII, 55, 71).

### Especies de almas

Propiedades del alma vegetativa, que también se llama concupiscible.— Las propiedades de esta alma son apetecer el alimento, buscarlo, deleitarse con él cuando lo encuentra y sentir dolor cuando le falta, escoger los alimentos que le son convenientes y rechazar los que le son contrarios, y conservar a la cosa, así en cuanto al individuo, como en cuanto a su especie. La conservación del individuo se consigue con la nutrición, y la conservación de su especie mediante la generación. Esta (conservación) se llama la rectificación física. Esta alma tiene cuerpos que no son de carne, miembros, compuestos de partes semejantes entre sí, y tiene (varias potencias): atractiva, retentiva, digestiva, expulsiva, nutritiva, aumentativa y formativa. Del conocer y del sentir posee la facultad de distinguir los seis lados del espacio, enviar las venas en dirección a los lugares húmedos y dirigir las ramas y los nervios hacia los puntos que han de ser anchos y apartarse de los que han de ser estrechos.

Propiedades del alma animal, que se llama también irascible. — Las propiedades de esta alma son el apetito del coito, el de la venganza y el del señorío y dominio. Tiene cuerpos cárneos y sanguíneos, aunque también algunos de ellos carecen de sangre, y miembros orgánicos. Está dotada de movimiento electivo y de los cinco sentidos, aunque a algunas de estas almas animales le faltan algunos. Siente el placer y el dolor y algunas de ellas poseen imaginación y fantasía.

Propiedades del alma humana, que se llama también racional. — Las propiedades de esta alma son la inteligencia, la reflexión, el amor, la ciencia y la intuición. Tiene cuerpos erectos y obra con previsión.

Propiedades del alma sabia filosófica. — Las propiedades de esta alma son: el amor de los conocimientos filosóficos, que son aquellos que no aspiran a más que a informarse de las esencias; el deseo de conocer las causas ocasionales y eficientes de las cosas; el inducir, de las apariencias externas de las formas, sus realidades interiores; el conocer los grados de los entes en cuanto al ser y el modo cómo emanan todos del Creador (¡ensalzado



sea!) y cómo unos emanan luego de otros, cuando en ellos fluye la unicidad de Dios (¡ensalzado sea!), por virtud de la cual sobreviene a cada ente su esencia propia, se distingue cada una de la esencia de los demás entes y por la cual, en fin, existe el ser de las formas en la hyle y en el sujeto semejante a la hyle, es decir, en la sustancia a la cual le sobrevienen las formas de las esferas y los astros; (el conocer) si el mundo es eterno o es temporáneo y cuál sea la diferencia que hay entre las eternidad y el tiempo, entre la eternidad absoluta y la relativa, entre lo innovado y lo engendrado y cómo lo innovado es medio entre lo eterno y lo engendrado; (el conocer) si el Creador del mundo es uno solo o más de uno y el demostrar por pruebas apodícticas que no puede ser en verdad más que uno solo y que no se asemeja a cosa alguna ni cosa alguna se asemeja a El; cuál es la sabia finalidad de las existencia de las cosas, tal como ellas son entre sí; cuáles son engendradas y cuáles innovadas; qué diferencia hay entre el agente real, el agente metafórico y el agente absoluto; cuál es la sabia finalidad de la revolución de las esferas con movimiento circular y no rectilíneo, qué es el ser necesario, el ser contingente y el ser imposible y cómo pertenece a la esfera de ser necesario todo cuanto existe por encima de los cuatro elementos, y a la del ser contingente todo cuanto existe bajo las esferas celestes; cuáles son los entes a quienes se les ha dado su perfección, así en sus sustancias como en sus actos, y cuáles son aquellos a quienes no se les ha dado; ambas (categorías de entes) son los dos extremos, y la de los entes a quienes se les ha dado su perfección en sus sustancias, pero no en sus actos, es la categoría intermedia entre los dos extremos; de los tres, la primera no se mueve con movimiento alguno; pero sí las otras dos categorías; cuál es la sabia finalidad de la existencia de las leyes y de las revelaciones proféticas en el mundo de la generación y de la corrupción; cuál es la diferencia que existe entre la profecía, la magia, la adivinación y la filosofía; cómo se infunde la virtud de la inspiración sobre los profetas, y qué prefiere el hombre inspirado del que no lo es; por qué causa se le imponen al hombre preceptos y prohibiciones y no se le imponen a ningún otro ser; por qué se le llama al hombre "mundo pequeño" y al mundo se le llama "hombre grande"; qué es la política y cuántas son sus especies.

Propiedad del alma filosófica es conocer a fondo todas estas cosas; unas, por medio de formas o especies representativas; otras intuitivamente y sin especies; pero no a toda alma, consagrada al estudio de la filosofía y apta para ésta, le es dado conocer la totalidad de ellas, sino tan sólo una parte, pues para conocerlas todas a la perfección, únicamente es apta aquella alma que *per accidens* posea un ingenio natural e innato que implique preparación para recibir dicho conocimiento, y que además huya de los deleites sensuales, mortifique las pasiones, desprecie el dinero de oro y plata, ame el bien y a los buenos, odie el mal y a los malos, se someta a las leyes, adquiera las virtudes y evite los vicios, reuniendo en sí la ciencia y la prác-

tica. Este es el verdadero filósofo, según Aristóteles, Platón y los filósofos más reputados, y quienes no reúnan tales cualidades, no son filósofos. Por eso dice Aristóteles: "No es el fin conocer y no más, sino conocer y practicar, de modo que seáis buenos, virtuosos y sometidos a las leyes". Y dice también: "Matad al que no tenga religión". Y Platón dice: "El que desee estudiar la filosofía purifique de vicios sus hábitos morales, pues no aprenderá la pura filosofía el que (sea vicioso), como tamposo puede nadie ver su propio rostro en un agua sucia o en un espejo cubierto de orín".

Propiedades del alma profética. — Las propiedades de esta noble alma son: recibir la inspiración y la revelación divina; unirse con el entendimiento agente; enderezar a las demás almas apartadas de la verdad y dirigir al hombre para que haga lo que conviene, del modo que conviene, por la razón que conviene, con el fin que conviene y en el momento en que conviene; perfeccionar los talentos innatos imperfectos, dándoles normas de conducta, y además por medio de exhortaciones y avisos, promesas y amenzas; informar acerca de las cosas que no está en la potencia del alma filosófica el conocerlas, porque al alma filosófica le es dado tan sólo el especular sobre los universales. Y por eso dice Platón: "Nosotros somos incapaces de comprender lo que las leyes religiosas enseñan. Tan sólo conocemos de ello un poco e ignoramos mucho". Por eso también Aristóteles ordenaba someterse a los dictados de las leyes religiosas y mandaba castigar a quienes transgrediesen sus preceptos positivos y negativos y se entregasen al examen profundo de ellos. Esta alma es la más noble y la más elevada de las almas que existen en el mundo de los elementos. Esta es la que administra y rige el gobierno de las almas. No ocurre jamás que esta noble alma exista, sino en los hombres dotados de talento natural perfecto. No necesita esta alma, para adquirir las intuiciones y los conocimientos, servirse de silogismos y premisas, como lo necesitan las almas filosóficas, porque los silogismos científicos son tan sólo (medios) inventados por los hombres, dotados de talentos perfectos, para dirigir y guiar hacia el camino recto a los dotados de talentos imperfectos. Y así, cuando acaece que el hombre posee ya desde su nacimiento un talento innato perfecto, puede pasarse sin esos silogismos y encontrar las cosas inteligibles, como si ellas estuviesen ya impresas, a modo de formas, en su alma. Porque así como encontramos, entre los ingenios humanos, algunos que llegan al grado sumo de la perfección, próximos ya a los de los ángeles, y estos ingenios no necesitan regirse por los silogismos científicos, como tampoco los ángeles los necesitan, sino que, antes bien, les basta la más pequeña indicación y la más sencilla explicación. Dios (¡bendito y ensalzado sea!) ha perfeccionado a este ingenio, desde el origen de su creación, para gobernar por su medio al mundo. Y ésta es la razón que por necesidad exige que la profecía sea inspirada por Dios y no adquirida.

Propiedad del alma universal. — El grado de esta alma, para los filósofos que la admiten, está bajo el horizonte del entendimiento agente, el cual la



circunda por todos sus lados, así como ella circunda al globo de las esferas celestes. Tiene, según pretenden los filósofos, dos círculos y una línea recta. El círculo primero está contiguo a la esfera celeste circundante (de todas las otras) y es su límite superior. El círculo segundo es su límite inferior, cuyo lugar es el centro de la tierra, aunque esto se dice tan sólo de un modo aproximativo, ya que de las sustancias intelectuales no se predica el lugar ni los seis lados del espacio. Pretenden los filósofos que entre su límite superior y su límite inferior hay una línea que une a (ambos círculos), a la cual llaman "escala de las ascensiones": ella hace llegar la inspiración divina a las almas particulares puras, y por ella descienden los ángeles y ascienden los espíritus limpios hasta el mundo superior. Sobre esta alma hablan largamente los filósofos; pero nosotros nos hemos limitado a este resumen, porque nuestro propósito en este libro es otro.

Del *Kitab al-Hadaiq*, de BEN AL-SAYYID (Trad. Asín, Al-Andalus, V, 106).

## REBELION DE UNA CIUDAD JUDIA

*Los judíos, perseguidos por los godos, ayudaron a los musulmanes a la conquista de España. Gozaron después de libertad religiosa bajo el Islam hispano, aunque hubieron de sufrir como los mozárabes del desprecio de los dominadores. En Córdoba habitaban un barrio, que dió nombre a una de las puertas de la Medina. Eran en su mayoría comerciantes especializados en el tráfico de esclavos y de objetos de lujo, aquéllos y éstos de importación europea u oriental. Los rabinos unieron a su cultura hebraica, grandes conocimientos de la literatura árabe. Crearon en la capital del califato una escuela talmúdica famosa. Cultivaron la medicina, la filología, la geografía y otras ciencias. Hasday ben Xaprut fué médico dietético al servicio de Abd al-Rahman III, que le envió para hacer adelgazar a Sancho el Craso, de León. Ben Yaqub al-Turtuxi escribió por entonces una geografía que sirvió de fuente a Al-Bakri. Abu Zakarya redactó la primera gramática científica de la lengua hebrea; Ben Qanaj (995-1050) fué el creador de la sintaxis hebraica, y se debe a Ben Gabirol (1021-1070) la restauración de la poesía hebraica y una obra filosófica de gran envergadura,* Fuente de la Vida, *influída por las ideas seudoempedócleas y neoplatónicas. Las comunidades judías abundaban en Al-Andalus. Era particularmente importante la población hebrea de Granada. Y Lucena (entre Granada y Málaga) era una ciudad totalmente israelita, tenía su gobierno propio y osó alzarse incluso contra el rey granadino, que nos relata así la rebelión.*

Entretanto ocurrieron sucesos que acreditaron el cambio de mi fortuna y fueron como las premisas que anunciaban mi caída. Fué en primer lugar

la rebelión de los habitantes de Lucena. Bajo el pretexto que voy a referir y por un motivo fútil y sin importancia. He aquí lo que pasó: Cuando dí orden de construir la muralla contigua de la Alhambra, en vista de acontecimientos demasiado conocidos para que yo los comente, la suerte hizo descubrir una olla llena de oro a los albañiles que trabajaban en los cimientos. Fuí notificado del hallazgo y encontré allí tres mil mizcales chafaríes. Me alegré del suceso y lo juzgué buen augurio para la realización de mis deseos (pero este bajo mundo se burla de nosotros, como se ha burlado de quienes nos han precedido en él). Y me dije: "Este dinero hallado haciendo los cimientos va a servir para pagar la construcción. Además la casa del judío Abu-l-Rabi, tesorero durante el reinado de mi abuelo —Alá le perdone— se elevaba antes en el emplazamiento de los cimientos del muro. Supe así que el dinero descubierto procedía de sus riquezas, ocultas bajo tierra. Ben al-Marra me vino a ver para aconsejarme que enviara a buscar a los hijos de Abu-l-Rabi y que les ordenara que me hicieran conocer dónde se hallaba el resto de las riquezas enterradas por su padre. Le llamé a Granada con un pretexto cualquiera. De otra parte tal personaje era yerno de Ben Maymun, que yo había colocado en calidad de *amin*, a la cabeza de la población judía de Lucena, y que yo había llenado de favores para honrarle. Pero él había atraído a su servicio, a la ciudad, bandas de extranjeros, con cuya ayuda hacía pesar su yugo sobre sus correligionarios. Ben Maymun, que era muy suspicaz, sospechó el motivo por el que yo llamaba a su yerno, se alarmó y le impidió responder a mi convocatoria. El hijo de Abu-l-Rabi se inquietó, por su parte, y temió que, si venía, sería sometido a tortura, a propósito de los tesoros de su padre.

De otra parte antes, a mi regreso de Aledo, había yo impuesto a los habitantes de Lucena el pago de una considerable suma de oro, a título de contribución excepcional *(taqwiya)*, que no estaba prevista en su derecho consuetudinario *(ada)*, y yo les había invitado a pagarla como si se tratase de un impuesto obligatorio y normal. Su repugnancia a pagarme fué la ocasión aprovechada por Ben Maymun para empujarlos a la revuelta. Acataron bien su llamado y se reunieron armados, y Ben Maymun les habló así: "Sed enérgicos, hijos de Israel, en la defensa de vuestros bienes". Esta actitud de Ben Maymun me le hizo tanto más odioso cuanto que él tenía un crimen a su cargo, pues había en efecto matado a Ben Abi Laula, intendente de mis bienes personales *(mustajlas)*, para mostrar su ambición de mando y su hostilidad para conmigo. En fin de cuentas, Lucena se hallaba enteramente rebelada contra mi autoridad. Ante tal situación me pareció necesario arreglar el asunto sin emplear la violencia. Muammal se comprometió a llegar a Lucena y partió. Pero reflexioné tras su partida y juzgué que se encontraría en presencia de dos casos posibles: frente a una sumisión exterior y fingida de los habitantes de Lucena o frente a su rebelión pura y simple; y que, en cualquiera de las dos perspectivas, sería necesario el envío de tropas, para reducirles, atemorizarles y mostrarles la gravedad de



los crímenes de que se habían hecho culpables. Salí, pues, tras Muammal con tropas convocadas de propósito para el caso; pero encontré a mi enviado que volvía y me apartó de mi proyecto, diciéndome: "He arreglado las cosas con Ben Maymun y tu salida para Lucena excitaría aún más a la revuelta a sus habitantes; acaso solicitarían entonces la ayuda de las tropas de Ben Abbad, tanto más cuanto que se hallan ahora en Córdoba, y entonces no podrías tomar la plaza, ni sitiándola ni combatiendo". Sabía, sin embargo, que Ben Abbad durante tal período acogería mal su demanda y no la provocaría y que no había en el asunto sino chismes de los que se prevalía Ben Maymun para excitar a las gentes de Lucena. Aprobé, sin embargo, las palabras de Muammal y regresé (de mi expedición) para ir a acampar en las proximidades de mi capital. "Me es igual, me decía, estar instalado aquí o haber llegado allá. Deseaba aterrarlos y lo he logrado". Luego dije a Muammal que me contara lo ocurrido. "Ben Maymun, el jefe *(zaim)* de Lucena, me respondió, me ha enumerado diversas medidas tomadas por ti que desaprueba: la llamada de su yerno, la gran contribución que tú sabes y los otros impuestos obligatorios, cuya recaudación has ordenado en Lucena. He garantizado a los habitantes que tales medidas serían derogadas por cartas oficiales, y a Ben Maymun que serían respetados los bienes de su familia". Ordené la redacción de los documentos y su curso a Lucena y se restableció el orden. Pero Ben Maymun continuó causándome inquietudes por su rebelión, que hizo pública. Me dí cuenta que no había aceptado la tregua sino con la segunda intención de violarla; que no debía esperar su sumisión leal y que no deseaba sino nuevos pretextos para volver a tomar su actitud anterior.

Poco a poco hicieron llegar hasta mí sus quejas los judíos que habían sido eclipsados hasta allí por Ben Maymun. Les prometí tratarles bien. Ben Siqi nos sirvió varias veces de intermediario en tal ocasión y acabé por obtener el resultado que había deseado. La captura de Ben Maymun debía ser además fácil, porque no tenía partidarios y no sospechaba nada. Acudí igualmente a la intervención de Ben al-Marra y de Abu-l-Abbas el médico (al-hakim); pero tuve alejado del asunto a Muammal, que no me perdonaría mi conducta. Cuando los judíos de Lucena, siguiendo su costumbre, vinieron pronto de visita a Granada, di orden de detener a Ben Maymun y a su hijo, con asentimiento de sus jeques. Dí orden igualmente que no tuvieran en adelante jefe *(zaim)*, sino que todos se ocuparan de los intereses de Lucena, lo que no podía dejar de ser ventajoso para ellos. Me dieron las gracias y aceptaron mi proposición. Escribí a los habitantes de Lucena para avisarles de las ventajas que iban a obtener de tal decisión y nuestras relaciones fueron pacíficas y estables hasta el momento en que todo se perdió.

De las *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Ziri de Granada (Según versión francesa de Lévi-Provençal. Al-Andalus, IV, 1936, 113).

## VALENCIA COMBATIDA POR EL CID

*Conquistada Toledo por Alfonso VI en 1085, el último rey toledano Al-Qadir fué enseñoreado del reino de Valencia por las lanzas de Alvar Háñez. Cuando éste hubo de acorrer a su rey, al producirse la invasión almorávide, se disputaron Levante: el conde de Barcelona, Al-Mustain ben Hud de Zaragoza y el Cid. Rodrigo Díaz de Vivar logró imponer su protectorado en aquellas tierras. La victoria almorávide provocó la revolución en Valencia. El Cid combatió entonces la ciudad, hasta rendirla, al mismo tiempo que hizo frente a los africanos. Los redactores de la* Crónica General *tradujeron una historia árabe de la conquista de Valencia, obra de un moro valenciano, Ben Alkama. He aquí algunas páginas de la antigua versión de la misma, sobre un episodio del sitio de la ciudad levantina por el Cid, "milagro de los milagros del Señor", como los musulmanes le llamaron.*

Et en todo esto los almorauides tardauan, et vn dia dizian "ahelos aqui o vienen!", otro dia dizian "ya non vienen!"; et estauan atendiendolos. Et pasaron ya quantos dias. Et despues que fue aquedado el roydo de la yente que auia por aquella huerta, veno el Çid a sobreuienta et entro en ella, et apoderosse de todo el arraual que era de derredor della; et morauan los cristianos con los moros, et los moros biuian seguros con los cristianos, de guisa que se non enoiauan dellos. Dessy llego çierto mandado que la hueste de los almorauides que era en Lorca, et que se vinian para Murcia, et que non tardaran tanto fueras por enfermedat que ouo aquel que era cabdiello dellos, et que era ya sano, et que se vinian cuando pudían. Con estas nueuas orgulesçieron los fijos de Abuegib et todo el pueblo de los mas de la villa, assi que ouo miedo Abeniaf, et dixo a los de la villa por escusarse: que el Çid demandara aquella huerta por deportarse algun dia, et que se fincara en ella et que sela tenie; et dixoles que catassen su conseio, ca el partise querie del pleito del Çid, et que querie enbiar dezir al Çid que catasse quien cogiesse sus rentas, ca el non se querie ambargar dello et querie seer assy commo vno dellos. Et esto dizie el por apaziguar la gente et que non ouiesen querella del por quel diera aquella huerta. La gente entendieron su coraçon, et tornaronse pora Aboegib, et començaron a dar bozes, et dezien que con aquel querian tener, et lo que el mandasse et les conseiasse que esso farien; et ouieron su acuerdo de cerrar las puertas de la villa et de guardar las puertas et los muros. Quando esto uio Abeniaf, dexo de facer yaquanto de aquello que solie fazer, por miedo que serie el pueblo contra el con aquellos de Aboegib, et cresçio en tener mayor compañna por guardarse que non passassen a el. Et entonçe se renouo la guerra del Çid con los de Valencia commo de cabo, et fueron desabenidos con



el et desacordados. Et en todo esto lego mandado que la hueste de los almorauides que eran en Xatiua, et el rey que fincara dolient, mas que enbiaua su cabdiello. Et con esto plogo a los de Valencia, et alegraronse mucho, et tenien que eran salidos de la cuyta en que estauan. Et el Çid cuando oyo estas nueuas, sallio de aquella huerta et fue pora el lugar o estaua su hueste quel dizien la Rayosa, et finco y sus tiendas, et estaua en gran dubda si atendrie y o si se yria; pero acordo en todo esto de fincar fasta que viesse commo serie, et mando derribar las puentes, et fiso enchir toda la uega de agua por non auer y lugar por do pudiessen passar la hueste que viniesse, et que non pudiessen venir a el sinon por lugar estrecho. Et lego otro mandado que era ya la hueste de los almorauides en Algezira Xucar, et entonçe cresçio el alegria en los de Valencia, et sallieron todos a las torres et a los muros a otear commo vinien; et quando fue la noche, con la grant escoridat que fazie et con la gran lunbre de las fogueras, vieron la hueste commo estaua çerca de vn lugar que dizen Baçer; et començaron a fazer oracion et a rogar a Dios que los ayudasse; et auien acordado de cuando legassen los almorauides et ouiessen fazienda con el Çid, que salliessen ellos et que robassen las tiendas et todas las posadas del Çid. Mas Dios Nuestro Sennor dioles tal agua aquella noche, que nunca omme tan fuerte diluuio vio. Desi passo assy aquella noche. Et quando aluzio, oteauan commo venien las sennas o do posarien; desi non vieron ninguna cosa et fueron muy marridos et muy coytados et non sabien que se fazer, et estidieron assy commo la muger que esta de parto, bien fasta ora de tercia. Et vinoles mandado commo acordaran los almorauides de non venir a Valencia, et que se tornauan daquel lugar atras. Entonces se touieron por muertos, et andauan assy commo bebdos, de guisa que non entendie el vno al otro, et denegrescieron sus rostros assi como si fuessen cubiertos de pez, et perdieron toda la memoria assy commo el que cae en las ondas del mar. Entonçe se llegaron los cristianos a los muros de la villa dando grandes bozes, assy commo el trueno et sus amenazas de los relanpagos, et denostauanlos muy fuerte et dizienles: "Falsos traydores renegados, dat la villa al Çid Ruy Diaz, que non podedes escapar con ella". Et los moros estauan callando del grant pesar et de la grant cuyta que auien. Et valie entonçes en Valencia el cafiz de trigo XI marauedis de oro, et el cafiz de la ceuada VII marauedis, el cafiz del panizo IX marauedis, et de la legumbre otra V marauedis, et vna medida de azeyte que dizen los moros moron VII marauedis, et la aroua de la miel marauedi et medio, et el quintal de los figos V marauedis, et el arroua de las garroas tercia de marauedi, et el arroua del queso dos marauedis et medio, et la libra de la carne de carnero VII dineros de plata, et la libra de la uaca IIII dineros de plata. Et los moros que morauan en los arrauales estauan con el Çid nin seguros nin temerosos, pero tomauan de su auer lo mas ligero que quirien et metienlo en la villa, et lo al fincaua con sus mugeres en las casas. Et cuando fue al Çid seguro que los almorauides non vinien, tornosse a su posada de la huerta, et mando robar los arrauales de la villa;

et los moros metieronse en la villa con sus mugeres et con sus fijos et con aquello que pudieron leuar. Et quando los moros de la villa vieron que los cristianos robauan los arrauales, salieron et robaron ellos otrossi quanto estaua cerca del muro; et de guisa fue todo robado que non finco y cosa que le dixiessen auer nin que se pudiesse omne aprouechar dello. Et derribaron todas las casas, et allanaronlas, et non finco de derribar sinon lo que se podrie defender con saetas; et aquello que non osauan derriuar, yuan de noche et dauanle fuego; et quando vieron los moros que assy los astragauan, sallieron et tomaron toda la madera et metieronlo a la villa. Et quando fue todo allannado, tornaronse los cristianos a cauar los çimientos de las casas et los suelos, et fallauan y auer et mucha ropa et muchos silos de trigo; et quando esto vio el Çid, mando que lo catassen todo et que lo escrudinnassen todo. Et pues que fue todo allanado, allegosse mas el Çid a la villa, et cercola toda en derredor et lidiauala cada dia. Et los moros salien et lidiauan con el a mantenient, et dauanse grandes lançadas et grandes espadadas. Los moros de Valencia estando assy muy coytados, llegoles carta de Abenaxa, el adelantado de los almorauides, que enbiaua a los fijos de Aboegib con otras cartas que enbiauan ommes de Valencia que morauan en Denia; et dizie en las cartas commo sopiessen que se non tornaran de aquel lugar por miedo nin por couardia nin por fuyr, sinon porque non auien que comer et por las grandes aguas que fiziera; mas que tenien en voluntat de venir en todo acorrerlos et sacarlos de aquella premia en que estauan, et que ya se guisauan quanto podien; et ellos que esforçassen et non diessen la villa. Quando estas cartas vieron los moros de Valencia, esforçaronse todos et ayuntaronse con los fijos de Aboegib, et ouieron su acuerdo que se amparassen et que estudiessen firmes; et dizien que Abeniaf fiziera tornar a la hueste de los almorauides, porque los fiziera entender el desacuerdo que auien los de la villa. Et Abeniaf estaua apercebido con su companna et guardauan quanto podie atendiendo le que farien, et por veer en que se pornie este fecho et este pleito. Puio entonçe la vianda en Valencia: el cafiz de trigo XVIII marauedis de plata; el de la ceuada X marauedis, el cafiz de panizo XIV marauedis, et el cafiz de las otras legumbres IX marauedis, et el quintal de los figos VIII marauedis, et el arroua del olio X marauedis, et el arroua de la miel VII marauedis, et el arroua del queso III marauedis, et el arroua de las garrouas dos tercias de marauedi, et el arroua de las cebollas vn marauedi, et la libra de la carne del carnero VIII dineros de plata, et la libra de la uaca VI dineros; esto todo dineros de plata.

Entonce el Çid llegosse mas a la villa, de guisa que non podie ninguno sallir nin entrar, et mando labrar todos los heredamientos que eran en derredor de la villa, et que cogiesse su almoxerif las rentas de todos los heredamientos. Et aquella puebla que fizo el Çid en el Alcudia era ya assy commo villa, et los moros que y morauan estauan seguros que les non fazie ninguno tuerto nin les tomaua ninguna cosa de lo suyo nin de sus heredamientos. Et fizo y tiendas et mercados pora todas mercaduras; et y vinien de todos los lugares que eran aderredor a comprar et a vender; et enriqueçieron mucho los que morauan en aquella puebla. Et fazie tan grant justicia et tan grant derechura que nunca y ouo ninguno que ouiesse querella del nin del almoxerif nin de ningun omme suyo, et judgaualos segunt la ley de los moros, et non los sacaua de lo que solien judgar et husar, nin los apremiaua. Et con esto que el fazie, fizose aquel lugar muy rico et muy bueno. Desi llego mandado de Denia que los almorauides eran tornados pora su tierra, et que non ouiessen esperança ninguna en su venida. Et quando los moros fueron desesperados de los almorauides, vinieron todos los de los castiellos al Çid muy humildosos a confirmar su amor con el, et que fuessen suyos, et el que los amparasse; et el rescebiolos et segurolos, et seguro a quantos quisiessen andar por los caminos que andubiessen seguros. Et por esto cresçieron mucho las rentas de aquel lugar, et auie muy grant algo ende. Desi enbio dezir a los que tenian los castiellos quel enbiassen ballesteros et peones pora conbater a Valencia, et non ouo y ninguno que non fiziesse su mandado, et enbiaronle luego muchos ballesteros et muchos peones con su vianda et con sus armas; et finco Valencia sennera, apartada de toda la gente morisca, et lidiauanla cada dia muy fuerte, de guisa que non salie vno nin entraua otro, et estauan en las ondas de la muerte. Entonçe dizen que subio vn moro en la mas alta torre del muro de la villa —este moro era muy sabio et mucho entendido— et fizo unas razones en arauigo que dizen assy: "Valencia, Valencia, vinieron sobre ti muchos quebrantos et estas en ora de morir; pues si tu ventura fuer que tu escapes desto, sera grant marauilla a quienquier que te viere. Et si Dios fizo merced a algun lugar tenga por bien de lo fazer a ti que fueste siempre nobleza et alegria et solaz en que todos los moros folgauan et auien plazer. Et si Dios quisiere que en todo en todo te ayas de perder desta uez, sera por los tus grandes pecados et por los grandes atreuimientos que ouiste con tu soberuia. Las primeras quatro piedras cabdales sobre que tu fuste firmada quierense ajuntar por fazer grant duelo por ti, et non pueden. El tu muy noble muro, que sobre estas quatro piedras fue leuantado, ya se estremesçe todo et quier caer, ca perdio la fuerça que auie. Las tus muy altas torres et muy fermosas que de lexos parescian et confortauan los coraçones del tu pueblo, poco a poco se uan cayendo. Las tus muy blancas almenas que de lexos muy bien relunbrauan, perdida han su beltat con que bien paresçian al rayo del sol. El tu muy noble rio cabdal Guadalauiar con todas las otras aguas de que te tu muy bien seruies salido es de madre et ua o non deuie. Las tus açequias claras de que te mucho aprouechauas se tornaron turbias; et con la mengua del alinpiamiento, llenas uan de muy grant cieno. Las tus muy nobles et uiciosas huertas que en derredor de ti son, el lobo rauioso les cauo las rayzes et non pueden dar flor. Los tus muy nobles prados en que muy fermosas flores et muchas auie o tomaua el tu pueblo muy grant alegria, todos son ya secos. El tu muy noble puerto de mar, de que tu tomauas muy

gran onrra, ya menguado es de las noblezas que por el te solien venir amenudo. El tu muy grant termino, de que te llamauas sennora antigua, los fuegos lo han quemado et a ti legan ya los grandes fumos. Et a la tu grant onrra, ya menguado es de las noblezas que por el te solien venir desesperados de nunca te poder sanar. Valencia, Valencia, todas estas cosas que he dichas de ti, con muy grant quebranto que yo tengo en el mi coraçon las dixe et las razone. Et quiero departir todo esto entre la mi uolundad et que non lo sepa ninguno, sinon quando fuer mester de lo departir".

Et diz Abenalfarax en su arauigo, donde esta estoria fue sacada, que estando todo el pueblo de Valencia aiuntado por la muy grant cuyta en que eran, fablando en commo farien, dize que se leuanto Alhuacaxi el alfaqui, que auie fechas estas razones destos viessos, pues el començo a dezir en su arauigo todas estas razones segunt que las a contado la estoria. Et que lo ouo dicho todo et lo començo a departir, diz que ponien los moros las mangas de las aliubas ante los ojos et que conmençaron a llorar muy fuertemiente et que callauan todos, assy que fasta que el alfaqui ouo acabadas todas sus razones, non ouo y tal que fablasse, antes estauan todos muy callados et fazien muy grant duelo entre ssi; et por vna pieça non se fablaron los vnos a los otros, et estauan muy callados assy.

De la *Primera Crónica general* (Ed. Menéndez Pidal, 573).

## CAUTIVERIO Y FIN DE AL-MUTAMID

*En el choque entre la bárbara fortaleza de los africanos y la exquisita sensibilidad decadente de los musulmanes de Al-Andalus, no cabía esperar el triunfo de éstos. Al llamar contra Alfonso a Yusuf, los cultos y libertinos príncipes de la España mora firmaron su sentencia de cautiverio o de muerte. Como ha ocurrido muchas veces en la historia —¡ojalá no vuelva a ocurrir!— el poderoso aparentó, al principio, amistad para los débiles y se unió a ellos contra el enemigo común; pero, vencido éste, el más fuerte devoró, sin escrúpulos, a sus aliados de la víspera. Los generales del sultán almorávide conquistaron uno a uno los reinos de Taifas, con la única excepción del lejano de los Banu Hud, de Zaragoza, que salvó el Cid, resistiendo, en Valencia, el ímpetu guerrero de los africanos. El último Banu al-Aftas, de Badajoz, fué decapitado con su hijo; el rey historiador de Granada sufrió cautiverio; el príncipe de Almería pudo salvarse emigrando a Africa, y el rey poeta, Al-Mutamid, de Sevilla, sucumbió también por la fuerza. Los sevillanos le vieron marchar entre suspiros; Ben Al-Labbana le visitó en su cautiverio y cambió con él billetes poéticos. Murió en Agmat entre cadenas, a las que dedicó una hermosa poesía. Los poetas tejieron su leyenda y varios siglos después de su muerte, uno del gremio, a la par historiador y también de tristes destinos, Ben Al-Jatib, le recordó con emoción al visitar su tumba.*



### Yusuf ben Taxufin contra Al-Mutamid

Al-Mutamid ben Abbad supo que el Emir (de los Creyentes) poniendo en ejecución su amenaza, antes de que hubiese tiempo de defenderse contra él, acababa de entrar en Granada, de instalar en ella una guarnición de almorávides y de expulsar a los milicianos (*hazam*) que allí se encontraban y a todos los que deseaban permanecer en la ciudad. Fué entonces presa de una viva inquietud y temió ser el segundo objetivo del soberano (conquistador), en cuanto éste fuera informado de sus recientes actividades en el país y del llamamiento de tropas de socorros que había decretado. Pero el Emir, por temor de empañar su reputación, no podía atacarle sin prueba formal de su culpabilidad. Rechazó la propuesta de los almorávides, que le aconsejaban apoderarse de Ben Abbad y añadió que no lo haría en tanto no se le demostrase claramente que el príncipe de Sevilla había cometido alguna falta que justificase una sanción. Poco más tarde, Al-Mutamid se puso en camino y fué seguido por Garrur que le dijo: "El Emir tiene necesidad de hablar contigo sobre algunos asuntos". Pero el rey sevillano rehusó a acudir a la invitación, huyó de su lado y a dobles jornadas marchó a Córdoba. En el camino había dicho a Ben al-Aftas: "Escapa, porque ya has visto lo ocurrido al rey de Granada, y eso mismo nos sucederá mañana a nosotros".

Cuando el Emir se convenció de la disidencia de Ben Abbad, le envió un mensaje en que le decía: "Quisiera encontrarme contigo a propósito de algunos asuntos que me interesa resolver". Deseaba que Al-Mutamid le respondiera negativamente a fin de hallar un motivo válido para perseguirle, como hizo más tarde. Pero Ben Abbad le envió la siguiente respuesta: "Tales entrevistas tenían razón de ser cuando te encontrabas en este país en calidad de huésped y te proponías llevar la guerra (a tierra de infieles); era entonces para mí una obligación ayudarte con mi persona y con mis bienes. Pero ahora, no eres a mis ojos más que un vecino, como lo eran Badis y su nieto. Tienes mucha más fuerza que yo para combatir a tus adversarios con tus tropas. Me es imposible ponerme en peligro con la cabeza baja, ya que sin duda deseas apoderarte de mi capital, pues supongo que la posesión de Granada no tendrá valor a tus ojos sino en tanto poseas las regiones vecinas de Al-Andalus". El Emir le comunicó entonces sus condiciones: Debía consagrarse exclusivamente al *ribat* (guerra de fronteras) contra el infiel y abolir los impuestos ilegales y debía aceptar muchas obligaciones penosas, a las cuales sabía muy bien que no se sometería Ben Abbad.

Las cumpliera o no, de todas maneras el Emir le habría dado, además, el golpe de gracia. Ben Abbad se esforzó en organizar la resistencia y tomó el partido de la guerra. El almorávide comenzó a cercar las guarniciones de sus plazas fuertes, que cayeron una tras otra, como antes habían caído

gran onrra, ya menguado es de las noblezas que por el te solien venir amenudo. El tu muy grant termino, de que te llamauas sennora antigua, los fuegos lo han quemado et a ti legan ya los grandes fumos. Et a la tu grant onrra, ya menguado es de las noblezas que por el te solien venir desesperados de nunca te poder sanar. Valencia, Valencia, todas estas cosas que he dichas de ti, con muy grant quebranto que yo tengo en el mi coraçon las dixe et las razone. Et quiero departir todo esto entre la mi uolundad et que non lo sepa ninguno, sinon quando fuer mester de lo departir".

Et diz Abenalfarax en su arauigo, donde esta estoria fue sacada, que estando todo el pueblo de Valencia aiuntado por la muy grant cuyta en que eran, fablando en commo farien, dize que se leuanto Alhuacaxi el alfaqui, que auie fechas estas razones destos viessos, pues el començo a dezir en su arauigo todas estas razones segunt que las a contado la estoria. Et que lo ouo dicho todo et lo començo a departir, diz que ponien los moros las mangas de las aliubas ante los ojos et que conmençaron a llorar muy fuertemiente et que callauan todos, assy que fasta que el alfaqui ouo acabadas todas sus razones, non ouo y tal que fablasse, antes estauan todos muy callados et fazien muy grant duelo entre ssi; et por vna pieça non se fablaron los vnos a los otros, et estauan muy callados assy.

De la *Primera Crónica general* (Ed. Menéndez Pidal, 573).

## CAUTIVERIO Y FIN DE AL-MUTAMID

*En el choque entre la bárbara fortaleza de los africanos y la exquisita sensibilidad decadente de los musulmanes de Al-Andalus, no cabía esperar el triunfo de éstos. Al llamar contra Alfonso a Yusuf, los cultos y libertinos príncipes de la España mora firmaron su sentencia de cautiverio o de muerte. Como ha ocurrido muchas veces en la historia —¡ojalá no vuelva a ocurrir!— el poderoso aparentó, al principio, amistad para los débiles y se unió a ellos contra el enemigo común; pero, vencido éste, el más fuerte devoró, sin escrúpulos, a sus aliados de la víspera. Los generales del sultán almorávide conquistaron uno a uno los reinos de Taifas, con la única excepción del lejano de los Banu Hud, de Zaragoza, que salvó el Cid, resistiendo, en Valencia, el ímpetu guerrero de los africanos. El último Banu al-Aftas, de Badajoz, fué decapitado con su hijo; el rey historiador de Granada sufrió cautiverio; el príncipe de Almería pudo salvarse emigrando a Africa, y el rey poeta, Al-Mutamid, de Sevilla, sucumbió también por la fuerza. Los sevillanos le vieron marchar entre suspiros; Ben Al-Labbana le visitó en su cautiverio y cambió con él billetes poéticos. Murió en Agmat entre cadenas, a las que dedicó una hermosa poesía. Los poetas tejieron su leyenda y varios siglos después de su muerte, uno del gremio, a la par historiador y también de tristes destinos, Ben Al-Jatib, le recordó con emoción al visitar su tumba.*



### Yusuf ben Taxufin contra Al-Mutamid

Al-Mutamid ben Abbad supo que el Emir (de los Creyentes) poniendo en ejecución su amenaza, antes de que hubiese tiempo de defenderse contra él, acababa de entrar en Granada, de instalar en ella una guarnición de almorávides y de expulsar a los milicianos (*hazam*) que allí se encontraban y a todos los que deseaban permanecer en la ciudad. Fué entonces presa de una viva inquietud y temió ser el segundo objetivo del soberano (conquistador), en cuanto éste fuera informado de sus recientes actividades en el país y del llamamiento de tropas de socorros que había decretado. Pero el Emir, por temor de empañar su reputación, no podía atacarle sin prueba formal de su culpabilidad. Rechazó la propuesta de los almorávides, que le aconsejaban apoderarse de Ben Abbad y añadió que no lo haría en tanto no se le demostrase claramente que el príncipe de Sevilla había cometido alguna falta que justificase una sanción. Poco más tarde, Al-Mutamid se puso en camino y fué seguido por Garrur que le dijo: "El Emir tiene necesidad de hablar contigo sobre algunos asuntos". Pero el rey sevillano rehusó a acudir a la invitación, huyó de su lado y a dobles jornadas marchó a Córdoba. En el camino había dicho a Ben al-Aftas: "Escapa, porque ya has visto lo ocurrido al rey de Granada, y eso mismo nos sucederá mañana a nosotros".

Cuando el Emir se convenció de la disidencia de Ben Abbad, le envió un mensaje en que le decía: "Quisiera encontrarme contigo a propósito de algunos asuntos que me interesa resolver". Deseaba que Al-Mutamid le respondiera negativamente a fin de hallar un motivo válido para perseguirle, como hizo más tarde. Pero Ben Abbad le envió la siguiente respuesta: "Tales entrevistas tenían razón de ser cuando te encontrabas en este país en calidad de huésped y te proponías llevar la guerra (a tierra de infieles); era entonces para mí una obligación ayudarte con mi persona y con mis bienes. Pero ahora, no eres a mis ojos más que un vecino, como lo eran Badis y su nieto. Tienes mucha más fuerza que yo para combatir a tus adversarios con tus tropas. Me es imposible ponerme en peligro con la cabeza baja, ya que sin duda deseas apoderarte de mi capital, pues supongo que la posesión de Granada no tendrá valor a tus ojos sino en tanto poseas las regiones vecinas de Al-Andalus". El Emir le comunicó entonces sus condiciones: Debía consagrarse exclusivamente al *ribat* (guerra de fronteras) contra el infiel y abolir los impuestos ilegales y debía aceptar muchas obligaciones penosas, a las cuales sabía muy bien que no se sometería Ben Abbad.

Las cumpliera o no, de todas maneras el Emir le habría dado, además, el golpe de gracia. Ben Abbad se esforzó en organizar la resistencia y tomó el partido de la guerra. El almorávide comenzó a cercar las guarniciones de sus plazas fuertes, que cayeron una tras otra, como antes habían caído

las de los otros principados. En todas las comarcas de su reino sus súbditos se sublevaron contra Ben Abbad. Envió éste, entonces, una diputación al rey cristiano (Alfonso VI) para pedirle socorro. Pero el rey, que temía lanzarse a una aventutura peligrosa, le volvió la espalda. La petición de Ben Abbad iba, sin embargo, a procurar al Emir de los Musulmanes la prueba que buscaba contra él. Le hizo decir, en efecto: "He podido apoderarme de tu carta al rey cristiano, en que le pides que se una a ti". —"Si hubiera obrado de tal suerte alegremente, respondió Ben Abbad, antes de que mi territorio fuese conquistado, merecería tu censura; pero después de haberme dado cuenta de que quieres mi vida, la necesidad me ha forzado a hacer tal petición, a fin de intentar resistir, aunque no fuese sino un día más". Tal era la enfermedad que minaba entonces todos los principados; de ella iba a perecer Ben Al-Aftas (de Badajoz) y de ella iba a sucumbir por su parte Ben Abbad.

## Toma de Córdoba por los Almorávides

Cuando el Emir de los Creyentes se dió cuenta claramente de que Ben Abbad se rebelaba contra él y no hacía caso de sus demandas, pidió a los juristas un dictamen *(fatwa)* sobre la cuestión. Le aconsejaron hacerle la guerra. Colocada así a cubierto la responsabilidad del Emir, comenzó aquélla. Hasta allí había diferido el ataque a fin de poder condenar a muerte, apoyado en pruebas, a quienes debieran sufrir el supremo castigo y para poder desterrar a quien quisiera, de acuerdo con las formas legales, desde el momento en que dispusiera de una justificación. Ordenó, pues, al emir Sir que empezara el ataque contra Ben Abbad. Tal general se puso en camino estando yo (el rey de Granada) en Mequinez. Sitió durante largo tiempo a Ben Abbad en su capital. La mayor parte de sus plazas fuertes se habían rendido, entretanto, a los almorávides. El general se apoderó de Córdoba, donde el hijo de Mutamid, Al-Mamun, y sus dos visires, Ben Zaydun y Ben Bakr —Alá les sea misericordioso— perecieron como mártires. La ciudad cayó por obra de la connivencia de sus habitantes y por la dispersión de sus barrios. No se la podía defender eficazmente sin la ayuda de sus moradores. Al-Mutamid seguía con mucha atención la suerte de Córdoba, porque, a su juicio, dependía de la resistencia que ofreciera tal ciudad el éxito de la lucha general entablada. Por ello recomendó a su hijo que resistiera con tesón y le dijo: "No descorazones, porque la muerte es más fácil de soportar que la humillación. Un príncipe no debe abandonar su palacio, sino para ser llevado al sepulcro".

Del *Al-Tibyan an al-haditza al-Kaina* o *Memorias* de ABD ALLAH, último rey Ziri de Granada (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Al-Andalus, VI, 1941, 50).



## Resistencia de Sevilla

El 1 de Safar 484 [21 marzo 1091] el príncipe Abbad fué muerto después de haber cumplido con su deber y de haberse defendido con obstinación. En seguida aumentaron los odios y los males y continuaron la guerra y sus excesos. En Sevilla, un grupo de descontentos preparó una revuelta. Mutamid fué informado de lo que hacían y del fin que perseguían. Adquirió la certidumbre de la maldad de sus designios, le incitaron a descubrir su vergüenza y hacer correr su sangre y le apremiaron a entregar sus mujeres al deshonor y a descubrir los rostros de sus hijas. Pero el honor y la prudencia que tenía de nacimiento, y la nobleza ordinaria de su conducta no le permitieron ceder a tales consejos, no menos que la fe sincera, la sana razón y la verdadera religión que debía a la generosidad divina. En la aurora del 15 Rachab [2 septiembre] se sublevaron, con la ayuda de miserables abandonados de Dios, y los milanos pasaron por águilas no obstante su debilidad. El príncipe salió de su palacio espada en mano y cubierto por una simple túnica, sin escudo ni coraza. En Bab al-Farach, una de las puertas de la ciudad, encontró a uno de los asaltantes, jinete reputado por su bravura y su vigor, que le atacó con su lanza, de astil corto y nervado y de hierro largo y agudo; pero el arma se enrolló en la túnica (del príncipe) y le pasó bajo la axila gracias a la protección y al favor divinos. Entonces Mutamid golpeó con su espada el hombro de su enemigo y se la hendió hasta el costado con lo que le dejó muerto. Los enemigos fueron puestos en fuga; los que escalaban las murallas se retiraron y los sevillanos creyeron poder respirar. Pero el ataque se repitió en la tarde del mismo día y entonces la ciudad sucumbió del lado del río y no quedó esperanza de poder defenderse; sus envidiosos y sus detractores vieron realizarse sus deseos; el fuego que destruyó las galeras les hizo perder toda esperanza, redujo a todos al silencio y les privó de la fortaleza precisa para resistir. El compañero de Yusuf que atacaba la ciudad por tierra se llamaba Hudayr ben Wasnu y el que triunfó por el lado del río fué el caid Abu Hamama, cliente de los Banu Sudchut. La situación permaneció indecisa algunos días hasta la llegada de Sir ben Abu Bakr ben Taxufin, hijo del hermano de Yusuf, que trajo guerreros y tropas auxiliares en número considerable. En esos días la población, enloquecida y con el corazón lleno de inquietud, comenzó a huir por los caminos terrestres, a pasar el río a nado, a escapar por las alcantarillas o a arrojarse desde lo alto de las murallas, con la esperanza de sustraerse a la muerte. Pero quienes quisieron cumplir sus compromisos y mantuvieron firme su amor (por el príncipe) resistieron hasta el domingo 21 Rachab [8 septiembre] en que tuvo lugar el terrible acontecimiento, el gran cambio, cuando la gran brecha no pudo ser reparada. Penetraron en la ciudad por el lado del río, y en ella perecieron ciudadanos y campesinos, después de una

lucha encarnizada y de grandes esfuerzos por las dos partes. Mutamid se batió con una obstinación, un valor y un desprecio de la muerte que no pueden ser superados ni siquiera igualados.

### Al-Mutamid prisionero

La ciudad fué entregada al saqueo y las bereberes tomaron a los habitantes hasta sus más mínimos efectos; los palacios de Mutamid fueron víctimas de las más vergonzosas depredaciones, él mismo fué cautivado y se le obligó a escribir a sus hijos Mutadd Billah y Radi Billah, instalados en las dos plazas fuertes de Ronda y de Mertola, que si querían resistir, nadie se les uniría. Su vieja madre unió sus ruegos a los suyos, y los dos imploraron su piedad, no ocultándoles que la vida de toda la familia dependía de su sumisión. Comenzaron por rehusar humillarse así y por desdeñar reconocer ninguna autoridad después de la de su padre; luego se dejaron ablandar por la piedad y tomaron en consideración los derechos de sus padres, nacidos, a la vez, de Dios y de la naturaleza. Uno y otro, por obedecer a los preceptos divinos, salieron de las plazas fuertes que ocupaban, bajo la fe de los tratados más seguros y de las convenciones más firmes. Pero Mutadd fué en seguida despojado de todos sus bienes por el oficial a quien se entregó, mientras Radi fué traidoramente asesinado apenas salió de su fortaleza, tras lo cual se hizo desaparecer su cadáver. Mutamid y su familia fueron privados de todas sus riquezas e incluso sin la menor provisión (para su sustento) fueron trasladados a un barco, que les llevó a Africa como si se tratase de un convoy fúnebre. Fué (Mutamid) desembarcado en Tánger, donde le encontró, durante los pocos días que allí pasó, el poeta Al-Husri, quien incluso en tal sazón no renunció a su deplorable costumbre de mendigar y de importunar a los poderosos. Le presentó versos que había compuesto en otro tiempo en su alabanza y añadió una nueva *qasida* que había escrito en aquella ocasión. Mutamid no poseía entonces sino treinta y seis mizcales, a lo que me han dicho. Hizo con ellos un paquete, lo selló, añadió una breve poesía excusándose de la pobreza del regalo y se lo envió a Al-Husri. Este no respondió a tales versos, aunque versificaba fácil y rápidamente. Mutamid provocó su respuesta por una poesía que comenzaba así: "Dí al que ha adquirido la ciencia, pero no la verdadera manera de servirse de ella: Había en la bolsa una poesía a la que esperábamos una contestación. Te concedimos una recompensa; ¿nuestros versos no merecen otra?"

Al saber lo que Mutamid había hecho por Al-Husri, los poetas de alma vil y los mendigos inoportunos se precipitaron junto a él siguiéndole los pasos, y abandonaron sus valles retirados para venir a su encuentro. En esta ocasión el príncipe dijo: "Todos los poetas de Tánger y del Magrib se han reunido en la región del Oeste para pedir a un cautivo lo que le sería



muy difícil concederles, porque él mismo tiene más necesidad que ellos, ¿se ha visto jamás nada parecido?"

Mutamid estuvo algunos días en Tánger, en la situación relatada. De allí le llevaron a Mequinez, donde algunos meses más tarde llegó la orden de trasladarle a Agmat. Allí habitó con los suyos hasta su muerte el año 487 [1094-1095] ó 488, según otros. Tenía 51 años y fué enterrado en tal población, donde su tumba es muy conocida.

La situación de Mutamid en Agmat fué tal que sus mujeres preferidas y sus hijas más queridas hubieron de ponerse a hilar y llegaron a vender sus trabajos, a fin de mejorar un poco el estado a que habían sido reducidas. Trabajaban para un bajo oficial de la guardia de su padre.

Del *Kitab al-Muchib* de Abd Al-Wahid al Marrakuxi
(Según versión francesa de Fagnan, 119, 121, 124 y 131).

### Mutamid y su familia embarcan para el destierro

Todo lo olvidaré menos aquella madrugada junto al Guadalquivir, cuando estaban en las naves como muertos en sus fosas.

Las gentes se agolpaban en las dos orillas, mirando cómo flotaban aquellas perlas sobre las espumas del río.

Caían los velos porque las vírgenes no se cuidaban de cubrirse, y se desgarraban los rostros como, otras veces, los mantos.

Llegó el momento y ¡qué tumulto de adioses, qué clamor el que a porfía lanzaban las doncellas y los galanes!

Partieron los navíos, acompañados de sollozos, como una perezosa caravana que el camellero arrea con su canción.

¡Ay, cuántas lágrimas caían al agua! ¡Ay, cuántos corazones rotos se llevaban aquellas galeras insensibles!

De Ben Al-Labbana, de Denia (m. 1113).

### A su cadena, prisionero en Agmat

Cadena mía, ¿no sabes que me he entregado a ti? ¿Por qué, entonces, no te enterneces ni te apiadas?

Mi sangre fué tu bebida y ya te comiste mi carne. No aprietes los huesos.

Mi hijo Abu Hasim, al verme rodeado de ti, se aparta con el corazón lastimado.

Ten piedad de un niñito inocente que nunca temió tener que venir a implorarte.

Ten piedad de sus hermanitas, parecidas a él y a las que has hecho tragar veneno y coloquíntida.

Hay entre ellas algunas que ya se dan cuenta, y temo que el llanto las ciegue.

Pero las demás aún no comprenden nada y no abren la boca sino para mamar.

Del rey AL-MUTAMID, de Sevilla (Trad. García Gómez: Poemas arábigo-andaluces, 74, 152).

### El poeta Ben Al-Labbana visita a Al-Mutamid

Ben Al-Labbana, durante su estancia en Agmat cumplía asiduamente sus deberes con el príncipe y le mostraba su reconocimiento por las mercedes que de él había recibido. Cuando resolvió partir, Mutamid a quien habían procurado placer sus visitas agotó sus últimos recursos para enviarle veinte mizcales y dos piezas de seda y acompañó el envío con esta poesía:

—"La mano de un cautivo te dirige este insignificante obsequio, cuya aceptación será la mejor prueba de tu reconocimiento: recibe, pues, lo que él se avergüenza de ofrecerte, aunque tiene como excusa su pobreza. No te asombre la desgracia que le abruma, pues que también la luna sufre sus eclipses. Espera que al verse en mejor situación se manifestarán los efectos de su generosidad... La adversidad ha dirigido hacia él su mirada, y le ha arrebatado todas sus incomparables grandezas. A la felicidad ha sucedido el infortunio, según el orden de los decretos del Omnipotente..."

Pero Ben Al-Labbana rechazó el regalo y se lo devolvió al príncipe, al mismo tiempo que respondía así, a sus versos:

—"Tratas con un hombre de honor: déjame, pues, con las simpatías que hacia ti siente mi corazón. ¡Renunciaría al amor que por ti siento y que constituye la mitad de mi religión, si alguna vez los vestidos que llevo encubriesen a un traidor! ¡Quede yo para siempre víctima de la desgracia, si recibo algo de un cautivo! Yo viajo, pero no es con objeto interesado. ¡Dios me libre de tan vil proceder! Cuando la gratitud, por viva que sea, reconoce por causa un beneficio, ¿dónde está el mérito de mostrarse agradecido? Como a Chachima, la fortuna te ha engañado; pero yo no seré para ti menos que Qasir. Conozco mejor que tú mismo tu generosidad, pues (con frecuencia) me he puesto a su sombra para resguardarme de los ardores (de la adversa fortuna). A pesar de tus dadivosas disposiciones, tu precaria situación te ata las manos... ¡Ten paciencia! tú podrás colmarme de alegría, pues, (bien pronto) subirás al trono, y me conferirás las más encumbradas dignidades el día en que entres en tus palacios. Tu liberalidad superará entonces a la de Ben Marwan, y mi talento al de Charir. Disponte para recuperar tu rango, pues el eclipse no oscurece la luna para siempre".

Al-Mutamid respondió con estos versos:



—"Rebelde y agradecido para conmigo, ha rehusado mi obsequio; su injusto proceder merece a la vez el vituperio y el agradecimiento. El temor de empeorar mi suerte le ha hecho rehusar mi pobre regalo; mas merece ser tratado con dureza, por cuanto no consiente en aceptar cosas de ningún valor. Si por una parte le elogio, por otra no puedo menos de censurarle con el pensamiento y con la palabra. ¡Ojalá pueda yo, oh, Abu Bakr, no carecer jamás en mis desventuras de un amigo tan reservado como tú y de tan rara fidelidad! Pero ¿de qué utilidad pueden serme los cuidados de un amigo que se compadece de mi situación? Yo muero de miseria, y ya no tengo por qué temerla".

A lo que Ben Al-Labbana replicó:

—"¡Oh, príncipe ilustre, generoso como la lluvia bienhechora, sólo por respeto te he devuelto tu regalo! ¡No permita Dios que yo aumente las estrecheces, la penuria de un hombre generoso que alivió la suerte de tantos menesterosos, y que ahora mismo se compadece todavía de la pobreza! ¡No quiero yo aumentar sus penas con un comportamiento injusto: hágame traición el destino, si alguna vez llegase a engañar a nadie! ¿Por qué no tendré yo la fuerza necesaria, una pilastra sobre la cual pudiera apoyarme, para patentizarte mi fidelidad que hoy se oculta en la sombra? Tú eres quien me ha enseñado la manera de obrar de los grandes, hasta el punto que hoy la nobleza de mis sentimientos compite con las mismas estrellas. Así he hecho yo una compra bastante ventajosa, pudiendo renunciar a los vestidos que cubren mi cuerpo, para no vestirme sino de gloria. Me bastan tus amables palabras, tu dulce poesía; ¿por qué he de buscar oro cuando encuentro perlas? ¡Ojalá te perdonase la muerte y dejase así con vida todos los nobles sentimientos! ¡Ojalá Dios, después de tu muerte, niegue una sola gota de agua a la tierra!"

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Trad. de Pons de la versión francesa de Fagnan, II, 132).

### Ante la tumba de Al-Mutamid, en Agmat

Báculo de peregrino
Tomó con piadoso impulso;
Vengo a Agmat y reverente
Miro y beso tu sepulcro.
Sultán magnánimo, faro
Que dió clara luz al mundo,
En tus rayos, si vivieras,
Me bañaría con júbilo,
Y mis poesías mejores
Fueran el encomio tuyo;
Ora postrado de hinojos
Sólo la tumba saludo.

Egregiamente descuella
Entre circunstantes túmulos,
Cual tú de reyes y vates
Descollabas entre el vulgo.
Siglos ya sobre tu muerte
Pasaron y tu infortunio;
Pero guardas la corona,
No te la quita ninguno.
¡Oh Rey de muertos y vivos¡
Tu igual vanamente busco,
Que no ha nacido tu igual
Ni nacerá en lo futuro.

Composición poética de BEN AL-JATIB. (Trad. de Valera. Pons Boigues: Historiadores y geógrafos, 334).

# V

# DOMINACION ALMORAVIDE Y ALMOHADE

## INTENTO DE EXPLORACION DEL ATLANTICO

*En el confín del Occidente y cara al Atlántico, el Mar Verde de los cronistas árabes, la España Musulmana sintió ya la tentación de explorar el Océano. No hubo proyecto oficial ni se firmaron capitulaciones para acometer la aventura. Un grupo de jóvenes audaces, de la bella y aurífera Lisboa, eterno ojo de Hispania abierto hacia el misterioso más allá, se lanzó a navegar con viento Este. No soñaban siquiera en hallar un mundo nuevo al otro lado del mar, ni quisieron, como Colón, llegar a Oriente proa a Poniente. Pero la navecilla, que tripulada por musulmanes de Al-Andalus salió al Atlántico en el siglo XI, en el período de mayor apogeo cultural de la España islamita —el ansia de saber que movía a todo un pueblo la lanzó al Océano—, pudo encontrar América cinco siglos antes de que toparan con ella las naves castellanas.*

### Fallido descubrimiento de América

Lisboa está construída en la orilla septentrional del río llamado Tajo; sobre el que está situada Toledo. Su anchura en las cercanías de Lisboa es de 6 millas, y la marea se hace sentir allí violentamente. Esta bella ciudad, que se extiende a lo largo del río, está rodeada de muros y protegida por un castillo. En el centro de la misma hay fuentes de las que mana agua caliente en invierno y en verano.

Situada en la proximidad del Océano, Lisboa tiene frente a ella sobre la orilla opuesta el fuerte de Almada, llamado así porque, en efecto, el mar echa pepitas de oro sobre la costa. Durante el invierno los habitantes de la comarca salen del fuerte en busca de ese metal y se entregan a este trabajo mientras dura la estación rigurosa. Es éste un hecho curioso del cual hemos sido testigos.

Fué de Lisboa de donde partieron los aventureros cuya expedición tenía por objeto saber lo que encierra el Océano y cuáles son sus límites. Existe todavía en Lisboa, cerca de los baños calientes, una calle que lleva el nombre de los aventureros.

He aquí cómo las cosas ocurrieron: se reunieron en número de ocho, todos parientes próximos (literalmente, primos hermanos). Construyeron un barco mercante y llevaron a bordo agua y víveres en cantidad suficiente para una navegación de varios meses. Se hicieron a la mar al primer soplo de viento este. Después de navegar alrededor de once días, llegaron a un mar cuyas ondas espesas exhalaban un olor fétido, escondían numerosos arrecifes y no estaban iluminadas sino débilmente. Con el temor de perecer, cambiaron la dirección de sus velas, corrieron hacia el Sur durante doce días, y alcanzaron la isla de los Carneros, donde gran número de rebaños de carneros pastaban sin pastor y sin que nadie los cuidara.

Desembarcaron en tal isla, allí encontraron una fuente de agua corriente y cerca de ella una higuera salvaje. Tomaron y mataron algunos carneros, pero la carne era tan amarga que fué imposible comerla. Guardaron la piel, navegaron todavía doce días hacia el Sur, hallaron al fin una isla que parecía habitada y cultivada. Se acercaron a ella con el fin de saber de qué se trataba y poco tiempo después fueron rodeados de barcas, hechos prisioneros y conducidos a una ciudad situada a orillas del mar. Les albergaron en seguida en una casa donde vieron hombres de alta estatura y de color rojizo, casi lampiños y con largos cabellos lacios, y mujeres de una rara belleza. Durante tres días quedaron prisioneros en una habitación de tal casa. Al cuarto vieron venir a un hombre que, hablando lengua árabe, les preguntó quiénes eran, por qué habían venido y cuál era su patria. Le contaron toda su aventura; él les dió esperanzas y les hizo saber que era intérprete del rey. Al día siguiente fueron presentados al soberano, que les dirigió las mismas preguntas, y al que respondieron como habían respondido la víspera: que se habían lanzado al mar a la aventura, con el fin de saber lo que podía tener de singular y de curioso, y para averiguar sus límites extremos.

Cuando el rey les oyó hablar, se puso a reír y dijo al intérprete: "Explica a estas gentes que mi padre ordenó en otro tiempo a algunos de sus esclavos que embarcaran sobre este mar, lo recorrieron durante un mes, hasta que la claridad (de los cielos) les faltó y se vieron obligados a renunciar a esta vana empresa". El rey ordenó además al intérprete que asegurase de su benevolencia a los aventureros con el fin de que formaran una buena opinión de él, lo que aquél hizo al punto.

Retornaron luego a su prisión y allí quedaron hasta que, habiéndose levantado un viento oeste, se les vendaron los ojos, se les hizo entrar en una barca y se les obligó a remar durante algún tiempo. "Navegamos, dicen, cerca de tres días y tres noches, arribamos en seguida a una tierra donde se nos desembarcó, y con las manos atadas detrás de la espalda fuimos abandonados sobre una playa. Allí quedamos hasta la salida del sol en el más triste estado, por causa de las ligaduras que nos apretaban fuertemente y nos incomodaban mucho; al fin oímos ruido y voces humanas y nos pusimos a dar gritos. Entonces algunos habitantes de la comarca vinieron hacia nosotros y, viéndonos en condición tan miserable, nos desataron y nos dirigieron diversas preguntas, a las cuales respondimos con el relato de nuestra aventura. Eran bereberes. Uno de entre ellos nos dijo: ¿Sabéis cuál es la distancia que os separa de vuestro país?" Ante nuestra respuesta negativa, añadió: "Entre el punto donde os encontráis y vuestra patria hay dos meses de camino". El jefe de los aventureros dijo entonces: *Wa asafi* (¡Ay de mí!). He aquí por qué el nombre de este lugar es todavía hoy Asafi. Es el puerto del cual hemos ya hablado, situándolo al extremo de Occidente".



Del *Nuzhat al-Muxtaq* de AL-IDRISI (Según versión francesa de Dozy y De Goeje, 223).

## LA ROTA DE UCLES Y LAS OFENSIVAS ALMORAVIDES

*La batalla de Zalaca fué más funesta para los reyes de Taifas, en ella vencedores, que para el príncipe cristiano, en ella derrotado. Alfonso, vencedor, no habría podido arrebatarles sus estados conquistando España entera. Y el soberano de León y de Castilla, después de su revés, conservó poder sobrado para que al anuncio de su llegada se dispersara el ejército musulmán que sitiaba Aledo, para continuar la explotación fiscal de los sultanes de Al-Andalus y para conquistar la región conquense y buena parte de Portugal. Fué más decisiva la rota de Uclés. En frente estaba ya un imperio unificado, que iba del Sahara al Tajo. Los almorávides habían contagiado un nuevo ímpetu guerrero a la España musulmana. Alfonso era ya muy viejo para restaurar su poder militar, por tercera vez deshecho. Y la muerte en Uclés del príncipe don Sancho, al privar al reino de un heredero varón y al hacer recaer la corona en la versátil y liviana doña Urraca —que casaron con el duro y misógino rey de Aragón— lanzó a León y Castilla a la guerra civil, en el momento decisivo. Después de Uclés la crisis de la España cristiana se agudizó hasta extremos insospechables unos decenios antes. Sólo el heroísmo de los fronterizos la salvó, como veremos pronto.*

En 502 [1108] tuvo lugar la campaña de Uclés contra los cristianos. Tamin ben Yusuf era entonces general en jefe del ejército musulmán y gobernaba Granada. Partió de tal ciudad para correr las tierras enemigas. Llegó ante los muros de la fortaleza de Uclés, defendida por una importante guarnición cristiana, la sitió y penetró en ella. Los defensores se retiraron a la alcazaba y desde allí enviaron un correo a Alfonso, quien se puso en seguida en movimiento. En el momento de ponerse en marcha, su mujer le detuvo y le suplicó que enviase a su hijo en su lugar para luchar contra Tamin. "Observa, le dijo, que es más oportuno oponer a Tamin, hijo del Emir de los Musulmanes, tu hijo Sancho, hijo del Príncipe de los

Cristianos". Alfonso, aceptó el consejo y envió a Sancho a la cabeza de un gran ejército, que avanzó rápidamente hasta los muros de Uclés.

Al tener noticias de la llegada de los cristianos, Tamin mostró deseos de evitar el combate evacuando la plaza; pero Abd Allah ben Muhammad ben Fatima y Muhammad ben Aixa, y otros caídes de los Lamtuna le disuadieron de su propósito y renovaron su esperanza y su valor, afirmándole que el enemigo no traía más de tres mil jinetes y que estaba todavía lejos. Tamin les creyó, mas la misma tarde cayeron sobre él varios millares de cristianos. Quiso huir no sintiéndose capaz de combatir, pero era demasiado tarde, no podía ya avanzar ni retroceder cuando los caídes Lamtuna se precipitaron sobre el enemigo y entablaron con él una batalla desesperada, como nunca se había visto semejante. El Altísimo derrotó al enemigo y dió la victoria a los musulmanes. Perecieron el hijo de Alfonso y alrededor de veintitrés mil cristianos. Los islamitas entraron en Uclés por la fuerza de sus espadas, aunque cayeron en el asalto gran número de creyentes —Alá tenga misericordia de ellos—. Al saber el desastre, Alfonso experimentó tal pesar que cayó enfermo y murió veinte días después. Tamin envió un correo a su padre Ali para anunciarle la victoria.

En el mismo año Muhammad ben Hach salió de Valencia, fué a Zaragoza y se apoderó de ella, expulsando a los Banu Hud. Comunicó su conquista al Emir de los Musulmanes y no salió más de Zaragoza, sino para ir en expedición hacia Barcelona, donde fué muerto en 508 [1114]. Durante su gobierno en Valencia y en Zaragoza no cesó de inquietar a los cristianos y de tomarles sus tierras —Alá le sea misericordioso.

En su última expedición recorría los campos cristianos con sus caídes Lamtuna y como se apoderara de rebaños enteros, los enviaba por los caminos reales mientras él tomaba los senderos más cortos para volver al territorio musulmán. Un día, habiendo enviado la mayor parte de su gente con el ganado tomado al enemigo, avanzó por un camino muy arduo y estrecho, tanto que sólo podía ser cruzado por una persona tras otra. En la mitad del mismo el emir Ben al-Hach se halló en un paso enormemente difícil y rodeado de cristianos que le atacaban vigorosamente. No pudiendo retroceder, combatió hasta su último suspiro —Alá tenga misericordia—. Perecieron con él todos sus compañeros, con la única excepción del caíd Ben Muhammad ben Aixa, que a fuerza de astucia y de rodeos logró ganar los dominios musulmanes. La noticia del desastre consternó al Emir de los Muslimes. Le reemplazó por el gobernador de Murcia, Abu Bakr ben Brahim ben Tafalut, quien recibió así simultáneamente el regimiento de Valencia, Tortosa, Fraga y Zaragoza.

Abu Bakr salió de Murcia con su ejército, fué a Valencia, allí reunió todas las tropas de la provincia y de Zaragoza, se puso a su cabeza, marchó hacia los alrededores de Barcelona y los devastó durante veinticinco días; cortando los árboles, incendiando los campos y destruyendo las aldeas. Llegó entonces Ben Rademiro con un numeroso ejército, compuesto de



soldados de Vasconia (?), Barcelona y Narbona (?). Se libró una sangrienta batalla y en ella perecieron la mayor parte de los cristianos y alrededor de setecientos musulmanes.

En 503 [1109] el emir Alí ben Yusuf pasó a Andalucía para hacer la Guerra Santa. Embarcó en Ceuta el jueves 15 de Muharram [14 agosto 1109] llevando consigo más de cien mil jinetes y marchó directamente a Córdoba, donde se detuvo antes de comenzar la campaña. Empezó por apoderarse de la ciudad de Talavera (?) que tomó al asalto, así como veintisiete castillos de los alrededores de Toledo. Conquistó igualmente Madrid y Guadalajara. Llegó luego a Toledo, la sitió y devastó sus campos; durante un mes sembró en ellos la destrucción, y luego volvió a Córdoba.

En 504 [20 julio 1110] y en el mes de Dzu-l-qada [mayo-junio 1110] el emir Sir ben Abu Bakr conquistó las ciudades de Santarem, Badajoz, Oporto, Evora y toda la parte occidental de Al-Andalus y anunció sus victorias al Emir de los Musulmanes. Ese general murió y fué enterrado en Sevilla en el curso del año 507 [18 junio 1113-17 junio 1114]. Tuvo por sucesor a Muhammad ben Fatima, que gobernó Sevilla hasta su muerte en 510 [1116-1117].

En 507 [1113-1114] el emir Muzdali sitió Toledo... tomó al asalto la fortaleza de Aechina (?), dió muerte a la guarnición y redujo a cautiverio a las mujeres y a los niños... Ese emir murió —Alá tenga misericordia de él— en 510 en tierras de cristianos a los que combatía. El Emir de los Musulmanes le reemplazó en Córdoba por su hijo Muhammad ben Muzdali, que no gobernó sino tres meses, pues murió, como su padre, combatiendo por Alá.

En 509 [26 mayo 1115-15 mayo 1116] el emir Alí ben Yusuf conquistó las islas Baleares.

Del *Rawd al-Qirtas* de ABU MUHAMMAD SALAH BEN ABD AL-HALIM (Según versión francesa de Beaumier, 228).

## SEVILLA A COMIENZOS DEL SIGLO XII

*La crisis del califato hizo declinar la estrella de Córdoba y los triunfos de los abbadíes hicieron brillar la de Sevilla. Desde entonces, hasta su reconquista por Fernando III, Sevilla fué la principal ciudad de la España musulmana. Los almohades, en especial el califa Abu Yaqub Yusuf, la engrandecieron y embellecieron sobremanera. Se nos ha conservado una imagen preciosa de la vida sevillana a comienzos de la época almorávide. La debemos a alguien que ejerció alguna magistratura secundaria en su gobierno. Al trazar las normas de la administración de la ciudad nos ha legado una estampa pormenorizada de la Sevilla que tenía delante de los ojos. En ella aparecen las autoridades urbanas que nos son ya conocidas: el* Qadi *o juez;*

*el* Sahib al-madina *o gobernador; el* Muhtasib, *almotacén o prefecto del mercado, el* Hákim *o juez civil, etc., etc..., y todas ellas y los asesores, auxiliares, policías y guardias nocturnos que les secundaban en sus funciones se nos muestran con sus vicios y flaquezas, siempre prontos a la concusión y al abuso. Podremos entrar después, no en la gran mezquita, hoy catedral, edificada en 1171 y de la que se nos ha conservado la Giralda, sino en la construída por Abd al-Rahman II en 829, tras la invasión de los normandos; en la vieja mezquita ya pequeña para la gran ciudad que era Sevilla. Podremos en ella conocer a los dos imanes, a los numerosos* muezzines, *al arquitecto, a los aguadores y a los diversos servidores del santo edificio y le hallaremos rodeado y hasta invadido por mercaderes, mendigos y bestias de carga. Nos será posible luego recorrer las otras mezquitas menores y presenciar en ellas las enseñanzas de los maestros de primeras letras, no siempre sabios y celosos, y concurrir a los cementerios donde acaso nos sorprendan abusos escandalosos, intentos de seducción de las mujeres que acuden a ellos, charlatanes actuando de adivinos o zahoríes y hasta curtidores extendiendo sus pieles al sol sobre las sepulturas. Llegaremos al río y en él podremos asistir a los trabajos del puerto comercial y al tráfico de barcas que trasladan pasajeros y mercaderías entre sus dos orillas, todavía no unidas por ningún puente, y si nos remontamos un poco por el Guadalquivir veremos a los aguadores tomar agua del mismo para venderla en la ciudad, que careció de un acueducto hasta la época almohade. En las puertas de Sevilla asistiremos a la cobranza del odioso impuesto de consumos o aduanas locales y no sabremos si los transeúntes que por ellas pasan con la faz velada son auténticos almorávides, milicianos, esclavos o malhechores andaluces que se hacen pasar por africanos. Nos será dable también conocer la vida industrial y mercantil de la ciudad. En el mercado podremos comprar carne, verduras, frutas —hay muchos higos y melones—, aceite, especias, pescado frito, golosinas; y el pan, en las panaderías, si hemos dado a los panaderos previamente nuestra harina. Por doquier sorprenderemos en sus faenas a los obreros de los múltiples oficios que prosperaban en Sevilla: albañiles y carpinteros, ceramistas y vidrieros, herreros y herradores, cesteros, estereros y esparteros, tejedores y tintoreros, peleteros y curtidores, sastres y zapateros, pergamineros y fabricantes de papel, carpinteros de blanco y mueblistas, tejeros y fabricantes de ladrillos. Por doquier, también, tropezaremos con carniceros que llevan, a hombros, al mercado, las reses muertas en el matadero, con decidores de la buenaventura y con recitadores. No nos será difícil encontrar un médico o un boticario, y menos aún, una o muchas mujeres de las de mala vida. Podremos asimismo entrar en un baño público y hallar en él un barbero o un masajista y hasta nos será fácil penetrar en una iglesia cristiana, no siempre bien afamada entre los musulmanes. Ben Abdun al-Tuchibi, a quien debemos esta imagen de la Sevilla de principios del siglo XII, moja su pluma en las negruras de la sañuda crítica y da a su tratado carácter de panfleto, pero gracias a ella podemos hoy calar más hondo en la vida urbana sevillana. He aquí algunos pasajes del librito en cuestión que viene a completar el manual parejo del malagueño Al-Saqati.*



## El gobernador de la ciudad y sus auxiliares. — Los guardias de ronda e inspectores de policía

### *Los gobernadores de la ciudad*

Es necesario que sean, únicamente, andaluces, pues (éstos) se hallan mejor informados sobre las diferentes clases de gente y sus cosas. Son también más justos en sus decisiones y de mejor conducta que los demás. Por ello resultan de mayor utilidad para el sultán y son más merecedores de su confianza, porque el príncipe se abstiene de pedir cuentas de sus actos a un almorávide o de apercibirle por algo que le descubra en la función que le ha discernido.

Es necesario, asimismo, que sea gobernador de la ciudad sólo un hombre temperante, docto en la ley y viejo, porque está en una posición (propicia para) el cohecho y para tomar los bienes ajenos; y podría ser que prevaricara si fuera joven y bebedor.

El juez debe reemplazarlo de vez en cuando y ver sus decisiones y procedimientos.

(El gobernador) no debe disponer nada sobre asuntos importantes, sin informar de ello el juez y el sultán.

### *Los auxiliares del gobernador de la ciudad*

No se les debe escuchar sino con el testimonio de los vecinos, pues aman más el mal que el bien, dado que del primero comen, se visten y viven, por lo que no tienen ninguna propensión al segundo.

(Tratándose) de ellos, es menester que no salga más de uno para una misión en la ciudad, a fin de que no menudeen las exacciones, los tumultos, el daño y el despojo. En tal sentido debe instruir el juez al gobernador de la ciudad.

Tampoco debe haber más de diez auxiliares, pues con su mayor número se corrompen las cosas, con lo que se forma un ambiente que les resulta mejor para vivir y más ventajoso.

Respecto a los látigos para azotar, debe también cuidarse de que no sean muy largos ni delgados, pues así son más lacerantes y mortíferos; ni de fibras muy apretadas, ya que sólo (deben servir) para contener y corregir.

No se debe castigar con látigo a un peregrino ni a un hombre de consideración, porque son personalidades de almas delicadas.

Si se flagela a alguien, no se ponga al flagelador a sus pies para que lo

golpee de arriba a abajo el látigo, pues eso sólo se hace cuando se quiere matar al castigarlo.

Que no se perdone a nadie una falta de obediencia, salvo a los bien educados, pues son perdonados por el Hadiz, que dice: "Perdonad a los poseedores de buenos modales". Para ellos, la reprimenda es más aleccionadora que el castigo; de modo que cuando son reprendidos no reinciden. Pero si vuelven (a incurrir en infracción) se les debe castigar.

Que no entre ningún auxiliar en casas ajenas, ni de noche ni de día, salvo con orden del juez o del sultán; y si el infractor se halla ausente, que se clausure y se selle su casa, sin procederse a secuestrar sus bienes. Sin su presencia no se entre en la casa. No estando él no se toque nada de lo suyo hasta que se le capture y se le condene a lo que le corresponda, porque lo que se persigue no es su dinero, que no es el que ha delinquido: el delito pesa sobre su autor.

*Guardias de ronda e inspectores de policía*

No se les debe escuchar sino con el testimonio de los vecinos. Hay que establecer disposiciones contra quienes, de entre ellos, prevariquen o beban, pues no hay nada peor que el que se aparten arbitrariamente de las reglamentaciones; y ellos lo hacen.

Así se debe proceder con todos los auxiliares del prefecto de la ciudad cuando no pesquisan nada ni de noche ni de día, pues ello levanta velos.

Quien sea encontrado de noche, sin que sobre él pese sospecha ni recaiga desconfianza, debe ser conducido a su casa.

No se altere la traza de quien sea tomado de noche ni sea despojado de sus vestidos hasta que sea puesto delante del gobernador de la ciudad en la forma en que fué hallado, pues los guardias de ronda despojan de los vestidos, cambian las cosas e intimidan a las personas.

Si alguien es detenido por ellos y disponen encerrarlo, deben alojarlo en una fonda, bajo la custodia de los dueños de casa, hasta que amanezca.

Se le debe preceptuar al guardia de ronda que dé muchas vueltas, variando los recorridos, porque los ladrones, facinerosos y los delincuentes nocturnos espían el paso del guardia y luego se largan a cometer sus fechorías e iniquidades. Se debe proceder con rigor extraordinario en el juzgar y en el castigar a los ladrones y facinerosos, pues su objetivo consiste en quitar vidas y haciendas.

**La gran mezquita de Sevilla**

Debe haber un guardián que la cuide, pues es la casa de Alá altísimo, lugar del bien, de la observación de los preceptos religiosos, del mantenimiento de la ley suprema y campo de adoración. La adoración toda sólo se



realiza por medio de la oración que es debida a Alá poderoso y grande. Las otras acciones son para los hombres.

No hay licencia para descuidar la oración, mientras que se puede faltar a otros (preceptos) comprendidos en el culto divino, en caso de necesidad, como enfermedad, viaje o cualquier otro motivo a cuyo respecto se haya concedido dispensa.

Debe tener (la mezquita) un arquitecto permanente, que busque siempre lo que hay que arreglar, y que si se resiente la estructura, la repare.

Así, conciérnele al arquitecto permanente preocuparse de visitar con frecuencia la sala de abluciones al efecto de su reparación.

Debe haber en la mezquita *muezzines* en número igual al de sus puertas, con dos más, para que uno de ambos esté cerca del *imam* e indique con su voz a los hombres, en cada oración, el momento del *takbir*, de la genuflexión y de la prosternación. El segundo, ubicado al final de la nave central, guiará de viva voz a quienes oren lejos, en el patio o en las galerías altas, y no oigan la voz del primero, que está cerca del *imam*.

Esto se haría por turno entre ellos hasta el día viernes, en el cual se distribuirían uno en cada puerta de la mezquita para pronunciar ante el público el *takbir*, al mismo tiempo que el *imam* lo pronuncie para los que estén orando en las salas.

Haya en la mezquita seis *imames*, de acuerdo al (número) de los oficios.

---

(En toda mezquita), el número de servidores debe estar en relación con el tamaño de la misma.

Por lo que respecta a la mezquita de Sevilla, no (debe haber) menos de tres pares (de servidores) para el barrido y la iluminación. Además: un aguador para proveer el agua, al que se debe procurar una bestia de carga para que acarree dicho líquido diariamente. Quien emplee (el animal) debe ocuparse de lo relativo a las vasijas. Debe traer en ellas el agua desde la hora de la oración del mediodía hasta finalizar la oración de la tarde.

---

El tesoro de los musulmanes debe estar en la mezquita, guardado entre muros, y sus llaves deben depositarse en poder del juez.

---

Las esteras usadas que haya se deben emplear en acolchar las cárceles y en revestir los escabeles de la sala de abluciones, y si fuera posible, en instalar galerías para dar albergue nocturno a los forasteros, a fin de que

ello prestigie al príncipe y a la gente de la ciudad. Lo que sobre de tales esteras, se debe dar a los desvalidos.

---

El juez debe instalar en las galerías a un hombre docto y virtuoso que instruya a la gente en los asuntos de la religión y que los exhorte y les enseñe el bien, dándole el juez una participación en los testamentos que llegare a haber y en las limosnas legales, con lo que estará pago.

No se permitirá a ninguno que coma ni que duerma en la mezquita. No se proferirán voces altas, sino leyendo el Corán. Ni penetrará nadie a ella (a la mezquita) con armas, pues no entrará allí para combatir sino humildemente y sumiso, esperando la retribución de Alá.

En las naves sólo se permitirá leer el Corán, y en las galerías, la Sunna y ciencias (teológicas).

Se debe ordenar a los vendedores ambulantes que dejen limpio el atrio de la mezquita en la mañana del día viernes y que no lo ocupen con mercancías hasta que se termine la oración.

Se debe liberar de vendedores ambulantes el lugar en que se colocan los cadáveres para el funeral; y no se debe dejar a ninguno de ellos que se instale ahí hasta que se termine la oración de la tarde de cada día.

Hay que nivelar los lugares bajos del atrio de la mezquita con adoquines para que no se almacene el agua y el barro. Ello debe estar a cargo del cuidador de sus depósitos.

Debe el juez prohibir que alguien adopte los bancos adosados a los muros exteriores como puestos de venta y bazares, apropiándoselos e impidiendo a la gente, por tal causa, que oren en ellos.

Un *muezzin* permanente debe orar todos los días en la puerta destinada a los funerales, tanto para que predique en el rezo de funeral al finalizar la oración del mediodía y de la tarde como para que tome nota del número de decesos que se producen, con indicación del sexo, debiéndole ordenar el juez que así lo haga.

### El tráfico del río

Se debe ordenar a los bateleros que moderen las cargas, pues (su exceso) es causa de riesgo y hundimiento, sobre todo en los días de viento fuerte, por no haber sobre ellos una autoridad que (los vigile) en materia de carguíos. Ello da lugar al abuso y es motivo de exceso en la toma de cargamentos.

Debe haber en cada embarcadero de cruce a la ciudad dos almadías (barcas de travesía) o dos botes, para mayor comodidad de la gente, menos carga y más rapidez en el paso, sobre todo cuando hay viento fuerte.



Debe prohibirse a los bateleros que crucen a los esclavos bereberes, a los peones y a nadie de quien se sepa que echa mano de los productos ajenos en los días de las cosechas. Quien haya conseguido hacerlo y se lleve consigo algo (de lo robado) debe ser despojado, y si se resiste (a entregarlo), debe ser llevado ante el Prefecto de la ciudad. Sólo debe procederse en contrario por orden del sultán y del juez.

No se debe contratar viaje en un barco de quien se sabe que bebe vino en él por diversión, pues ello es fuente de abuso y causa de rencillas.

Se debe ordenar a los bateleros estacionados en los muelles que no crucen a nadie que esté intoxicado con vino u otra (bebida), bajo apercibimiento de castigo.

Debe prescribirse a los marineros que van a Sidonia que no tomen carguíos grandes y que no confíen los remos a la gente, sino que encomienden su barca a quien la lleve y la guíe, pues la barca es como una bestia (en manos) del encargado, sobre quien pesa la responsabilidad de sus movimientos, así como de su manutención, debiendo vigilar en todo momento lo que ella hace.

Debe cuidarse que en la costa del río, que es el puerto de la ciudad para las naves, no se venda nada ni se levanten edificios, pues dicho lugar es la entrada de la ciudad y punto de salida de las producciones que exportan los comerciantes, refugio de forasteros y sitio de reparación de las naves, de manera que no debe haber en él otra propiedad que no sea exclusivamente del sultán.

El juez debe cuidar de ello con todo celo, pues es un lugar en que se reúnen los traficantes, los viajeros y otras gentes; y corresponde prescribir al curador de herencias que no venda ahí ni un palmo (de tierra).

### Uso del *lidzam* por los almorávides

No debe usar *lidzam* sino el sanhachí o el lamtunés o lamtí, pues (sucede) que los milicianos profesionales (andaluces) así como los esclavos y quienes no deben colocarse tal prenda la emplean para andar entre el público e intimidar a la gente. Por causa del *lidzam* tienen ocasiones para mucho libertinaje.

Ellos... (sic) en eso con el sultán, pues son insolentes y por ello se diferencian de los almorávides susceptibles de ser agasajados, o respetados o atendidos en alguna necesidad.

Los esclavos y los milicianos, al cambiar su apariencia con el uso del *lidzam,* son tomados por personas distinguidas y uno se apresura a favorecerlos y a honrarlos sin que lo merezcan.

Nadie debe andar con armas por la ciudad, porque ello es motivo de desorden, sobre todo por parte de los bereberes, pues son hombres que cuando se irritan hieren o matan.

Los esclavos de los almorávides, si se ponen un *lidzam*, o si se cubren con un velo, o con un manto o algo parecido, adoptan un distintivo por el que son conocidos como tales. Que así hagan (también) los milicianos (andaluces) y los secundones para que su tocado sea diferente del de los almorávides. Si tal cosa pudiera conseguirse, sería mejor, dado que traería muchos beneficios.

Debe disponerse que en lugar de las armas que llevan en la mano (sólo puedan llevar), o bien rebenques para sus bestias o bien "qazales", que son unas lanzas cortas.

### La conducta de los sacerdotes cristianos

.....

Hay que prohibir a las mujeres musulmanas la entrada a las vergonzosas iglesias, porque los sacerdotes son unos libertinos, adúlteros y corruptos.

Se debe prohibir a las mujeres de los Francos que entren a la iglesia, salvo en día de oración colectiva o festividad religiosa, porque comen, beben y fornican con los sacerdotes, no habiendo ninguno de éstos que no tenga dos o más de aquéllas para pasar la noche.

Entre ellos, eso es de costumbre, porque han convertido en ilícito lo lícito y han encontrado lícito lo ilícito.

Se debe ordenar a los sacerdotes cristianos que se casen, como en las comarcas de Oriente, o autorizarlos para que si lo quieren lo hagan. Si rehusan casarse, no se debe permitir en la casa del sacerdote que haya mujer, ni vieja ni de ninguna edad.

Se los debe obligar a circuncidarse, como les impuso Al-Mutadid Abbad, porque ellos siguen, según propia aserción, las tradiciones de Jesús (¡ensalzado y preservado sea!), y Jesús se circuncidó. Tienen para el día de la circuncisión de éste una fiesta en que lo exaltan y (sin embargo) no lo imitan.

### Los cristianos, los judíos y los libros de los musulmanes

No se debe vender al judío ni al cristiano libros de ciencia sino los que sean de su propia ley, pues ellos traducen los libros de ciencias y los atribuyen a su gente y a sus obispos, siendo, como son, obras de los musulmanes.

Al-Hasan no permitía a ningún médico judío o cristiano que se pusiera a curar a los musulmanes, pues ellos no atienden consejo de ningún musulmán para curar a sus correligionarios; y a quien no toma en cuenta el consejo de un musulmán ¿cómo han de confiársele las vidas?

Del tratado de BEN ABDUN AL-TUCHIBI sobre la administración de Sevilla (Trad. inédita de Osvaldo Machado del texto árabe ed. Lévi-Provençal, Journal Asiatique, CCXXIV, 1934, págs. 206 a 211; 218, 239 y 248).



## LA MOZARABIA Y LOS ALMORAVIDES

*Varias décadas de persecuciones, cuatro siglos de opresión fiscal y política y otros tantos de continuas apostasías, para abrazar la fe de los dominadores y gozar de sus privilegios, no habían extinguido la mozarabía en Al-Andalus. Cuando Alfonso VI conquistó Toledo en 1085, halló en ella numerosos mozárabes muy arabizados sí —aljamiados, continuaron escribiendo durante más de un siglo en caracteres arábigos su lengua romance— pero muy fieles a sus viejas tradiciones. Y cómo en el centro de España, perduraban aún por toda ella, según acredita este testimonio del Idrisi (1100-1162), relativo a la famosa iglesia de los Cuervos, en el Algarbe. El colofón de una copia de los Evangelios fechada en Fez en 1137 nos presenta, sin embargo, a los mozárabes deportados en Marruecos. ¿Qué había pasado entretanto?*

### La iglesia de los cuervos

"Desde Tarf-algarab a la iglesia del Cuervo, hay siete millas. Esta iglesia no ha sufrido alteración alguna desde el tiempo de los Rumíes hasta hoy, poseyendo bienes de las limosnas que le hacen y de las ofrendas que le presentan los cristianos que allí acuden en peregrinación. Está situada sobre un promontorio que se interna en el mar. Sobre la cúspide de la iglesia hay (constantemente) diez cuervos, a los cuales jamás vió persona alguna ausentarse ni faltar de allí; los sacerdotes de la iglesia cuentan de dichos cuervos cosas maravillosas que harían sospechoso a quien las refiriese. Cuantos pasan por aquella iglesia se ven obligados a no salir hasta tomar la comida hospitalaria que allí se ofrece; siendo esto una obligación forzosa y un uso constante que no se altera jamás, y que, según es cosa sabida, ha venido perpetuándose sin interrupción de los antiguos a los modernos. La iglesia, con sus pertenencias, está servida por sacerdotes y monjes, y posee tesoros considerables y rentas copiosas, que en su mayor parte proceden de mandas y donativos recogidos en las comarcas y poblaciones del Algarbe, empleándose en las necesidades de la iglesia y de sus ministros y demás personas dedicadas a su servicio, así como también en dar hospitalidad a cuantos viajeros y peregrinos vienen a visitarla, ya sean pocos o ya sean muchos.

Del *Nuzhat al-Muxtaq* de AL-IDRISI (Trad. Simonet: Historia de los Mozárabes, 255).

### Los mozárabes españoles deportados a Africa

"Terminóse la copia en la mañana del día 19 de junio achemí del año 949 de la Natividad del Mesías, sacada de otra copia antigua escrita en

pergamino, a cuyo final estaba escrito este pasaje: acabóse la parte cuarta del Evangelio de Juan, hijo del Zebedeo, el Apóstol, que lo compuso a los cincuenta años de la Ascensión del Mesías a los cielos, y con su terminación concluyen los cuatro Santos Evangelios de Mateo, Marco, Lucas y Juan contenidos en este libro. Y muy alabado sea Dios.

"Escribiólo el siervo de los siervos del Mesías, Palabra de Dios Padre Eterno, Miguel, el Obispo, hijo de Abd al-Aziz, para Alí, hijo de Abd al-Aziz, hijo de Abd al-Rahman, el Docto (¡déle Dios fortuna y favor!), y se terminó por su diligencia el viernes 23 de julio del año 1175 de la Era española [1137 de Cristo] en la ciudad de Fez, del Algarbe del otro lado del mar, año undécimo de la traslación de los cristianos del Andalus allá (¡Dios los restaure!). Y lo escribió en el año 57 de su edad.

"El texto del original latino lo tradujo el presbítero Jerónimo, el sabio, el intérprete (¡Dios lo haya perdonado!)".

Transcripción de una copia árabe de los Evangelios (Trad. Simonet: Historia de los Mozárabes, 753).

## REVUELTA DE LOS CORDOBESES CONTRA LOS ALMORAVIDES

*Los reyes de Taifas habían sometido a sus súbditos a una explotación fiscal intensiva y les habían tratado con crueldad. Su libertinaje, su impiedad y su tolerancia frente a la filosofía heterodoxa, habían escandalizado a los teólogos andaluces. Los musulmanes de España acogieron, por ello, como libertadores a los piadosos y austeros hijos del desierto, a los almorávides. Pero pronto éstos les tiranizaron a su vez y sus guarniciones se portaron con ellos como tropas en país ocupado. Los españoles islamitas se arrepintieron tarde de su simpatía por sus conquistadores y, movidos por su vieja tradición de orgullo, se alzaron más de una vez contra sus nuevos dominadores. Conocemos el motín que los desafueros de éstos provocaron en la antigua capital del califato.*

En el año 513 [1119-20] o en el 514, según otros narradores, estalló en Córdoba una grave revuelta entre las fuerzas africanas del emir Ali ben Yusuf y los naturales de la ciudad. Estaba al frente del gobierno de la capital Abu Bakr Yahya ben Dawud. Llegado que fué el día de la Fiesta de los Sacrificios, el público salió de sus viviendas a los lugares de esparcimiento y recreación. Sucedió, que un esclavo de la guardia del gobernador Abu Bakr echó mano a una mujer, y ésta comenzó a chillar, llamando en su auxilio a los del país. Los cordobeses acudieron a socorrer a aquella mujer, y con este motivo sobrevino entre aquéllos y los esclavos de la



guarnición africana un choque sangriento, que continuó todo el resto de aquel día, hasta que la noche vino a separar a los dos bandos. Los doctores de la ley y personas notables de la ciudad se reunieron con Abu Bakr, el gobernador, y le dijeron que lo justo y conveniente era que condenase a muerte a uno de los soldados de la guardia, que habían producido aquella revuelta interior. El gobernador, lejos de aceptar el consejo de los doctores, aún se enfureció por ello y, al amanecer del día siguiente, celebró una demostración pública de sus armas y tropas, en actitud agresiva para los naturales del país. En vista de todo esto, los doctores, los hombres notables y mozos de la ciudad corrieron a sus caballos y armas y atacaron al gobernador y a su gente, poniéndoles en fuga y obligándoles a hacerse fuertes en el alcázar. Los cordobeses, sin embargo, rodearon dicho alcázar y lo escalaron. El gobernador logró escapar de la ciudad, después de vencer grandes dificultades. Los cordobeses saquearon el alcázar, incendiaron todos los aduares habitados por los almorávides, arrebatándoles sus bienes, y les expulsaron de la capital en la forma más humillante.

La noticia de los sucesos desarrollados en Córdoba llenó de inquietud y sobresalto al emir Ali ben Yusuf. Reunió fuertes contingentes de tropas de los Sanhacha, Zenetas, berberiscos y otros, y se presentó con ellas delante de Córdoba, en el año 515 [1121-2]. Los cordobeses le combatieron con el ardimiento propio del que lucha por defender su vida, su hacienda y su harén, hasta que viendo el emir la violencia encarnizada de la lucha, entabló negociaciones de paz, que llegaron a tener buen éxito. La paz quedó restablecida, sometiéndose los cordobeses a indemnizar a los almorávides por los bienes que a éstos habían arrebatado. Hechos firmes los capítulos de la paz bajo la condición expresada, cesaron las hostilidades.

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 196).

## LOS MOZARABES DE GRANADA LLAMAN A ALFONSO EL BATALLADOR

*La tolerancia religiosa de los reyes de Taifas, que había permitido medrar a los filósofos hispano-musulmanes y vivir en paz a los mozárabes, había excitado el celo, primero, y la ira, después, de los teólogos islamitas. La intolerancia y la barbarie almorávide respaldaron su cólera y muchos filósofos fueron ejecutados y una* fatwa *o dictamen de los faquíes decretó el derribo de las iglesias cristianas de Al-Andalus. Los mozárabes granadinos reaccionaron invitando a Alfonso el Batallador de Aragón a venir en su ayuda, brindándole como empresa fácil la conquista de Granada. El aragonés se dejó tentar por la aventura y realizó una de las más largas y arriesgadas expediciones de las muchas que moros y cristianos llevaron a cabo durante*

*los ocho siglos que duró su batallar. Llegó a Vélez Málaga en el Mediterráneo, atacó Granada, venció a los almorávides; pero, por la naturaleza misma de su empresa, no podía ésta ofrecer sino abundante cosecha de gloria guerrera. Los mozárabes comprendieron tarde su error, muchos volvieron a Aragón con El Batallador, pero los más, y con ellos los de otras regiones andaluzas, fueron deportados en masa a Marruecos y se extinguió la mozarabía de Al-Andalus.*

Cuando los musulmanes se establecieron en esta noble provincia y el emir Abu-l-Jattar hubo asignado moradas en ella a las tribus árabes de Siria, dándoles la tercera parte de los productos de la tierra de los aliados, esas tribus se fijaron allí en medio de los cristianos que cultivaban el campo y habitaban en las aldeas bajo jefes de su religión. Estos jefes eran hombres experimentados, inteligentes, tratables y que sabían lo que cada uno de sus correligionarios tenía que pagar como capitación. El último, que se llamaba Ben al-Qallas, era muy renombrado, y gozaba de gran consideración cerca de los gobernadores de la provincia.

Estos cristianos tenían una iglesia célebre, a dos tiros de flecha de la ciudad, frente a la puerta Elvira. Había sido construída por un gran señor de su religión, que cierto príncipe puso al frente de un numeroso ejército de Rumis. Era única por la belleza de su construcción y de sus ornamentos; pero el emir Yusuf ben-Taxufin, cediendo al ardiente deseo de los faquíes, que habían dado un dictamen en ese sentido, ordenó su destrucción. Ben al-Sairaifi escribió a este propósito: "Los granadinos fueron a destruirla el lunes, último día de Chumada II del año 492 [23 de mayo de 1099]. Fué demolida por completo, y cada uno de ellos llevó alguna cosa de sus despojos y de los objetos destinados al culto.

Todavía en nuestros días se conoce el lugar donde se encontraba este templo, y sus muros, que subsisten aún, atestiguan que había sido muy sólido. Una parte del terreno que ocupaba es al presente el cementerio bien conocido de Salh ben-Malik.

Bajo el gobierno de los almorávides, cuando las armas del rey Ben Rademiro, el enemigo de Dios, eran todavía victoriosas —El Eterno, como se sabe, aniquiló más tarde su poder en la batalla de Fraga— los aliados cristianos de esta provincia concibieron la esperanza de saciar su rencor y de erigirse en dueños del país. Se dirigieron a Ben Rademiro, le enviaron carta sobre carta y mensajero tras mensajero, para pedirle que se preparara y para excitarle a venir a Granada. Luego, viendo que dudaba, le presentaron un registro que contenía los nombres de 12.000 de sus mejores guerreros y en el que no habían inscripto a ningún viejo ni a ningún adolescente. Le informaron, también, que además de las personas que en él enumeraban y que conocían porque vivían en su vecindad, había muchas otras que no se habían podido registrar porque habitaban a gran distancia, pero que se



presentarían tan pronto como el rey se hiciera ver". Le inspiraron de esta manera el deseo de tentar la empresa, y trataron también de excitar su codicia describiéndole las cosas excelentes que se encuentran en Granada y que hacen de ella el país más bello del mundo. Le hablaron de su gran Vega, de sus producciones, de su trigo, de su cebada, de su lino, de su abundancia en seda, viñas, olivares y toda clase de frutos, de sus arroyos y ríos, de la fuerte posición de su capital, de la dulzura de sus aldeanos, de la cortesía de sus ciudadanos y de la belleza de sus praderas y colinas. Añadieron que una vez conquistada esta provincia bendita, le serviría de punto de partida para conquistar otras, y que, como se leía en sus historias, Granada había sido llamada por los reyes la mejor parte de España. En resumen, apuntaron tan bien a la meta que la alcanzaron. El rey juntó sus mejores tropas y se puso en marcha, acompañado de cuatro mil caballeros aragoneses, seguidos por sus gentes de armas, que habían jurado sobre el Evangelio no abandonarse unos a otros. El rey salió de Zaragoza a comienzos de Xaban del año 519 [a principios de septiembre 1125], ocultando el objeto de su empresa. Pasó cerca de Valencia, donde había una guarnición almorávide al mando del jeque Abu Muhammad ben Badr ben Warka. Mientras atacaba tal ciudad se le unió un gran número de cristianos aliados, ya para engrosar su ejército, ya para servirle de guías, ya para indicarle lo que debía hacer a fin de causar el mayor daño posible a los musulmanes y de tener éxito en su empresa. En seguida llegó cerca de Alcira, a la que atacó durante muchos días consecutivos; pero perdió mucha gente y no sacó ninguna ventaja del ataque. De allí se dirigió hacia Denia, que combatió en la noche de la fiesta de la ruptura del ayuno (31 de octubre) y recorrió todo el Este, de jornada en jornada y de etapa en etapa, saqueando los distritos que encontraba a su paso. Habiendo atravesado el desfiladero de Xativa, vino a Murcia, después a Vera, luego a Almanzora; en seguida se dirigió hacia Purchena y permaneció ocho días a orillas del río Tijola. Desde allí fué a Baza y viendo que tal ciudad estaba situada en una planicie y que la mayor parte de sus barrios no tenían murallas, quiso apoderarse de ella; pero Dios no le ayudó. El viernes, en el comienzo de Dzu-l-qada [4 de diciembre], fué a Guadix y la atacó por el lado del cementerio, hasta el lunes [7 de diciembre]. El martes [8 de diciembre] partió hacia Sened, donde estableció emboscadas. El miércoles [9 de diciembre] abandonó Sened, se estableció en el caserío de Gayana (hoy Graena) y combatió la ciudad de Guadix, por el lado Oeste. Luego habiendo acampado en la aldehuela que lleva el nombre de Alcázar, atacó de nuevo Guadix, pero sin obtener ninguna ventaja.

Permaneció cerca de un mes en los alrededores de Guadix.

El autor del libro titulado "Al-Anwar al-Chalia" se expresa en estos términos: "Entretanto, se descubrió el complot de los cristianos aliados granadinos y se pudo comprobar que el rey había sido llamado por ellos. El gobernador de España, Abu-l-Tahic Tamin ben Yusuf, que residía en Granada, quiso entonces hacerlos prisioneros; pero tuvo que renunciar a

tal idea. Los cristianos aprovecharon las circunstancias para reunirse, siguiendo rutas diferentes, en el campo del rey. Mientras las tropas musulmanas acudieron de todas partes para ponerse a las órdenes del gobernador, su hermano, el Comendador de los Creyentes, le envió desde Africa un gran ejército. De esta manera, las huestes musulmanas formaron un círculo, por así decirlo, en torno de Granada.

"Habiendo partido de Guadix, Ben Rademiro se estableció en el pueblo de Dachma (hoy Diezma). El día de la fiesta del sacrificio [10 Dzu-l-hicha = 7 enero 1126], los granadinos, armados de pies a cabeza, hicieron la plegaria que llaman del temor, y al día siguiente, casi a mediodía, distinguieron las tiendas de los rumíes en Al-Nibar, al Este de la ciudad. Se combatió algún tiempo a dos parasangas de Granada; el populacho había ya abandonado la plaza y los otros habitantes de la misma se agolpában en las calles.

"Al llegar a las cercanías de Granada, Ben Rademiro contaba 50.000 hombres bajo sus banderas. El día de la fiesta del sacrificio [7 de enero] se estableció sobre las orillas del Fardés. De allí se dirigió a ..... (nombre dudoso) y luego pasó a la aldea de Al-Nibar cerca de Granada, donde permaneció durante más de 10 días. Pero como llovía mucho y helaba con frecuencia, no pudo enviar tropas a los alrededores, y fueron los cristianos aliados quienes le suministraron víveres.

"Viendo que no lograba tomar la ciudad, levantó el campo el 26 Dzu-l-hicha del año 519 [23 enero de 1126], después de haber reprendido a quienes le habían llamado y sobre todo a su jefe Ben al-Qallas; pero ellos se excusaron diciendo que él mismo era el culpable del poco éxito de la expedición, porque por su lentitud y sus frecuentes detenciones había dado tiempo a que llegaran las tropas musulmanas. Añadieron que ellos lo habían sacrificado todo, no pudiendo esperar perdón de los musulmanes.

"De Maracena el rey se dirigió a Pinos. Al día siguiente llegó a Al-Siqqa, en el distrito de Qala-Yahsub (Alcalá la Real), después a Luque, luego a Baena y más tarde a Lucena, mientras las tropas musulmanas marchaban sobre sus rastros. Habiéndose detenido algunas horas en Cabra, fué a Polei, siempre seguido por las tropas islamitas, que de vez en cuando le combatían con éxito. En fin él y el emir Abu-l-Tahir hicieron alto en Arnisol, cerca de Lucena. Los musulmanes atacaron al enemigo al amanecer y le arrebataron gran número de tiendas. Hacia mediodía, Ben Rademiro vistió su armadura, y ordenando sus hombres en batalla, formó cuatro divisiones con una bandera en cada una. Los cristianos se lanzaron entonces contra los musulmanes, y como éstos, en lugar de mantenerse firmes, se dispersaron o se retiraron al campamento (lo que era una falta grave), los designios de Dios se cumplieron y los musulmanes sufrieron una vergonzosa derrota. Al llegar la noche el emir ordenó transportar su tienda a una altura desde el terreno bajo en que se hallaba, pero habiendo tal orden despertado sospecha, todo fué de mal en peor y cada uno buscó su salvación en la



fuga. El enemigo temió al principio entrar al campamento musulmán y no lo asaltó hasta hora avanzada de la noche, pero entonces lo saqueó.

"Al día siguiente Ben Rademiro marchó hacia la costa, atravesó la provincia de Moclim (?) y de las Alpujarras, donde los habitantes no esperaban nada parecido. Un jeque de esta parte del país asegura que cuando el rey pasó por el valle del río de Salobreña, que está estrechamente encerrado entre rocas muy escarpadas, dijo en su lengua a uno de sus principales caballeros: "¡Qué tumba si desde arriba alguno echase arena sobre nosotros!" Después tomó a la derecha, llegó a Vélez cerca del mar, mandó allí construir un pequeño barco, y ordenó que pescaran algunos peces, de los que se alimentó. ¿Hizo esto por cumplir un voto o solamente para que se hablara después de ello? Lo ignoro. Luego, volviendo a tomar el camino de Granada, acampó en el pueblo de Dilar, a tres parasangas al Sur de la ciudad. Dos días después, llegó a la aldea de Hemdin (Alhendin) y mientras se encontraba allá, los musulmanes libraron con él varios sangrientos combates. Una predicción anunciaba a los granadinos ciertos acontecimientos que debían cumplirse un día en tal lugar. Tal llanura, dice Ben al-Sairaifi, se encuentra indicada en algunos libros de adivinación por un signo que significa huérfanos y viudez; parecía que la predicción iba a cumplirse ese día; pero Dios protegió a los granadinos.

"Dos días más tarde, Ben Rademiro se trasladó a la Vega, que llenó con sus tropas, pero habiéndole forzado a abandonarla la caballería musulmana, se estableció cerca de la fuente de ..... (nombre incierto) rodeado de nuestras fuerzas. Pero se mantuvo siempre dispuesto a combatir y maniobró con tanta prudencia que era imposible sorprenderle.

"Pasando después por los distritos de Al-Barachila llegó primero a Alicún, luego a Guadix, pero entretanto, muchos de sus mejores soldados habían perdido la vida. Continuando su marcha hacia el Este, pasó cerca de Murcia y de Xátiva, seguido siempre y atacado a menudo por las tropas musulmanas. Se declaró, además, la peste en su ejército. Y a la postre regresó a su patria, donde se vanaglorió de haber derrotado a los musulmanes, de haber recorrido su país de un cabo al otro, y de haber hecho muchos prisioneros y botín. Sin embargo, no había tomado ninguna ciudad amurallada, ni grande ni pequeña, había destruído solamente en el campo las casas que sus habitantes habían dejado abandonadas a su llegada, mientras su ejército había tenido pérdidas inmensas sin haber combatido, y casi todos sus guerreros habían perecido. Entre ida y vuelta, pasó un año y tres meses en territorio musulmán".

Cuando los musulmanes se apercibieron de lo que había pasado, de la traición de sus vecinos, los aliados, se inquietaron tanto como se irritaron y al mismo tiempo que tomaban toda clase de precauciones, el cadí Abu-l-Walid ben Ruzd creyó hacer una obra meritoria encargándose de ir a Africa. Fué a Marruecos, y allí expuso al emir Ali ben Yusuf ben Taxufin, el estado de las cosas en España. Le contó las tribulaciones que habían te-

nido que pasar los musulmanes de ese país, como consecuencia del crimen de los cristianos aliados que habían llamado a los rumíes, y añadió que los tales cristianos habían roto así su antiguo tratado con los musulmanes, y que habían perdido el derecho de ser protegidos. Después dió un dictamen según el cual los culpables, en el caso de que se les quisiera aplicar la pena más benigna, debían ser exilados de su país. Su consejo fué adoptado y apareció en ese sentido un edicto del emir.

En el mes de Ramadan de ese año [septiembre-octubre de 1126], muchos cristianos fueron pues transportados al Africa. Unos, rechazados en todas partes, perecieron en el camino, otros se dispersaron por el país. Sin embargo, muchos cristianos quedaron en Granada, y gracias a la protección que les acordaron ciertos príncipes, volvieron a ser ricos y opulentos; pero en el año 557 [1162] se libró una batalla en la cual fueron exterminados casi todos. No queda hoy más que un pequeño grupo que está acostumbrado desde largos años al desprecio y a la humillación. Quiera Dios dar al fin el triunfo a sus servidores.

Del *Kitab Amal al-Alam* de BEN AL-JATIB y del *Hulal al-Mawchiyya* de autor anónimo (Según versión francesa de Dozy: Recherches, I. 350).

## CIENCIA BOTANICA ANDALUZA

*Desde los días de Abd al-Rahman II (822-858) hay noticias de médicos y botánicos de Al-Andalus: unos cristianos y musulmanes otros, y la mayor parte en contacto con sus colegas de Oriente y de Africa. La recepción en Córdoba del libro de Dioscorides:* Materia Médica, *enviado por Constantino VII a Abd al-Rahman III, y su traducción por el monje Nicolás y el judío Hasdai ben Xaprut, dió una gran impulsión a los estudios botánicos y farmacológicos en la España mora. Ya en los días de Hixam II, el médico Ben Chulchul redactó, en 982, su famoso comentario de Dioscorides; hacia la misma época el farmacéutico de Almanzor, Ben Samachun, escribió sobre plantas medicinales, y contemporáneo de ambos fué Al-Zahrawi, el Abulcasis de los latinos. Un médico judío de Zaragoza: Mar-Wan ben Chanah (m. 1040), y otro médico musulmán de Toledo: Ben al-Bagunix (m. 1052) prosiguieron los estudios botánicos en la España islamita durante las primeras décadas del siglo XI. Al amparo de Al-Mamun trabajaron, luego, tres médicos y botánicos toledanos: Ben Wafid (m. 1074), autor de un tratado de medicamentos simples y de un libro de agricultura, y sus discípulos Ben Bassal y Ben al-Luengo, ambos refugiados en Sevilla tras la conquista de Toledo por Alfonso VI. De los dos últimos aprendió un gran naturalista andaluz, de nombre desconocido, cuya obra acaba de publicar Asín. Conoció, además, la abundante bibliografía, sobre el tema, de*



*los estudiosos musulmanes de Oriente y de Al-Andalus y completó su saber erudito con sus experiencias personales. Rompiendo con la tradición clásica y oriental, se anticipó a Cuvier en su ensayo de clasificación de los vegetales en géneros, especies y variedades, y llegó a tener atisbos extraordinarios en la fijación de las categorías botánicas. Cinco siglos antes que los grandes precursores renacentistas del famoso Cuvier, un moro español ideó, pues, el sistema de clasificaciones botánicas más cercano al de hoy. Escribió su obra en forma de diccionario. Ninguno de los parejos, árabes o cristianos, de la Edad Media, le iguala en abundancia, seguridad y precisión de datos morfológicos, ni en la minuciosidad de sus registros. Podrían extraerse de su obra verdaderas y extensas monografías de carácter botánico y agronómico. El puro azar ha dictado la selección de los pobres pasajes que siguen. Su autor, un gran conocedor de los romances peninsulares, nos ha dejado, además, al reseñar los nombres que en ellos recibían las plantas por él registradas, datos preciosos para el estudio de la prehistoria de las lenguas románicas de España y de sus dialectos.*

MIROBALANO. — El sabio Abu-l-Hasan Ben al-Luengo me mostró tres semillas de mirobalano índico y me dijo que se las habían traído de la India a Al-Mamun a Toledo y que son difíciles de encontrar, porque se dan en la India Superior, que es la región más remota de la India.

De la especie de las ajedreas es el tomillo, que tiene dos especies: una del Hiyaz y otra de Al-Andalus... Esta descripción la he visto en casa del sabio Ben al-Luengo, nuestro maestro y profesor. ¡Dios le haya perdonado!

Así me lo refirió Abu-l-Hasan Ben al-Luengo, por el testimonio de sus maestros y porque él mismo topó con la planta y la vió.

Yo no he visto del mirobalano índico más que una sola semilla..., que poseía mi maestro, bajo cuya dirección leí el arte (de la medicina), es decir, Abu-l-Hasan Ben al-Luengo —¡Dios le haya perdonado!—, el cual me explicó que aquella semilla la había tomado de unas cuantas que tenía el sabio Ben Wafid —¡Dios le haya perdonado!—, y de ella se envanecía por su rareza.

☆

NENÚFAR. — Una variedad de nenúfar, llamada lirio y que tiene tres especies, según que su flor sea amarilla dorada, azul o roja, se cría en las ramblas y ofrece la particularidad de que no aparece durante el día, sino que tan sólo durante la noche va creciendo en la oscuridad y vegetando hasta florecer y dar su semilla, sin que aparezca a la vista con la luz del día, pues entonces se oculta en el polvo de la tierra. Una persona me refirió que había tomado en alquiler una casa en la ciudad de Silves para

habitarla. Cierta noche, estando sentado en el centro de su casa, sumida en la oscuridad, he aquí que le pareció ver como si una lámpara surgiese de repente en una parte de la casa; esto hízole sospechar en seguida que la casa estaba habitada por alguien, y sin tardar un momento abandonó aquel lugar, aunque sin decir nada a nadie. A la noche siguiente, vió aparecer por aquel mismo punto lo que había visto la noche anterior, y entonces ya no dudó de que la sospecha que había abrigado era cierta y que aquello que veía era de alguien que habitaba en la casa. Se fué a su cuarto y cerró las puertas de miedo, sin decir tampoco nada a nadie, y cuando amaneció, fué a mirar por aquel sitio, pero nada vió. Entonces se decidió a contar lo que le había sucedido a uno de sus amigos; éste creyó que era una ilusión; pero le dijo: "Llévame contigo esta noche". Llevólo consigo, y así que la oscuridad se hizo, aparecióseles a ambos lo mismo que él había contado a su amigo, y los dos, aterrados, huyeron y se metieron en el cuarto de aquél, cerrando las puertas. Al amanecer, se fueron uno y otro a contar a sus amigos la cosa, hasta que un grupo de éstos se pusieron de acuerdo para ir a pasar con ambos la noche en la casa y vigilar entre todos aquel lugar, y tan pronto como la oscuridad se hizo, aparecióseles a todos lo que había referido el amigo. Uno de ellos entonces, desenvainando su espada, se dirigió hacia donde brillaba la lámpara, y al llegar a aquel punto, llamó a gritos a los otros; éstos se levantaron, pero quedáronse de pie sin decidirse todavía a abandonarlo antes de saber lo que había sucedido; volvieron, pues, a sentarse esperando cerca de él en medio de la oscuridad, hasta que, próxima ya la aurora, comenzó a menguar y achicarse aquella flor poco a poco, hasta desaparecer por completo dentro de la tierra al romper el alba. Entonces, a la luz del día, registraron aquel lugar y no encontraron en él más que tierra húmeda y removida. Pusiéronse otra noche a examinar de nuevo aquel lugar todos juntos, hasta que lograron descubrir que de la tierra iba saliendo poco a poco la planta y aumentando de tamaño y creciendo hasta alcanzar la altura de un codo, y que al rayar el alba se volvía a enterrar en el suelo. Consultadas en vano muchas personas sobre el caso, consiguieron al fin saber que uno de los reyes de Taifas había hecho traer aquella planta desde Sicilia, a donde a su vez había sido llevada de otras tierras, y averiguaron también que tenía tres variedades, como antes dijimos. Yo creería ser falso este relato, si no fuera porque me lo hizo quien vió la cosa y además era persona fidedigna en lo que contaba. No me dijo que la planta tuviese hojas, sino tan sólo tallo con la flor. La cosa, por lo demás, está dentro de lo posible, puesto que vemos una clase de nenúfar que aparece de día y se sumerge de noche en el agua, es decir, lo contrario de lo que hemos referido; pero los contrarios se dan en la realidad.

☆



ORCOC. — Su nombre en griego es *armaniya*... Se le conoce (en árabe) con el nombre de *al-jawj* pequeño (prisco o pérsico). En *'ayamiyya* se llama *simsons* y en árabe *mismis*, que es nombre persa arabizado (el albaricoque). Tal es su nombre en todo el Oriente, desde Sicilia a la Meca. En Al-Andalus se le llama *borcoc* y también *al-tuffah* (la manzana del Yemen) y *al-luffah al-sini* (berenjena de la China).

☆

QINNAB *(Cáñamo)*. — Persona fidedigna me contó que en la región de Toledo hay una planta que los cazadores la arrancan y, después de macerarla en el agua, la machacan como se hace con el cáñamo, la hilan y fabrican de ese hilo redes para cazar la *calania* (?). Se le conoce allí (a esa planta) por *cannamil* y *cannam*; así se llama en *'ayamiyya* al *qinnab* (cáñamo).

☆

CHENTIANA. — La mayoría de los médicos dicen que el primero que conoció esta planta fué un rey llamado Yentin, que era rey de un pueblo al que se les decía los *Ladiyyun*, y que eran los confeccionadores del láudano. Sin embargo, también he visto en algunas copias que se les llamaba *Lauriyyun*. El nombre de este medicamento *(chentiana)* se derivó del de este rey... Tiene la planta una raíz larga, entre roja y amarilla, dentellada, húmeda y de sabor muy amargo... Esta especie es la *chentiana* griega, que en *'ayamiyya* se llama *baslisco*, en árabe andalusí, "ajo de serpiente" *(tum al-hayya)* y algunas gentes la llaman "medicamento de la serpiente y árbol de la serpiente".

☆

MARAGUN. — Esta planta se emplea para encender el fuego, pues tiene cierta viscosidad, aunque exigua, y cuando se le tuesta ligeramente y, molida luego, se impregna con ella un palo a cambio de mecha para la lámpara, alumbra sin necesidad de emplear otra lámpara... (Su nombre siríaco, *al-yaqum*) significa meloso, porque su viscosidad es semejante a la miel. Es una especie de la planta que se la conoce por la *melaira* y abunda en la región de Alcalá, distrito de Sevilla.

De la especie del *qayssum* (abrótano) es una planta que se la conoce por la MELAIRA: tiene muchas ramillas finas y agrupadas, como si fuesen las de una escoba, y en su parte superior una flor amarilla. La planta entera parece como si hubiese estado sumergida en miel, de modo que sus ramas y sus hojas se pegan a las manos.

El QAYSSUM (abrótano) rocoso es la *melaira*.

El árbol ABU-MALIK jabonoso es la *melaira*, así llamada porque en los cálices de sus flores hay una lágrima dulce.

Del *Umdat al-Tabib* de un botánico hispano-musulmán de principios del siglo XII (Trad. Asín, XV, XXIX, 41, 61, 91, 177).

## LA ULTIMA GRAN VICTORIA DE LOS ALMORAVIDES EN ESPAÑA

*Los almorávides habían visto aparecer a Alfonso el Batallador en Andalucía y no habían podido impedir sus conquistas en los valles del Jalón y del Jiloca. Las tropas del aragonés aparecieron ante Fraga en 1134. "Plaza sitiada, plaza tomada". Pero esta vez falló el adagio, porque los africanos organizaron una gran campaña en socorro de los sitiados. Los cronistas arábigos reducen la importancia de la hueste que marchó a combatirle. Si hubiera sido como ellos quieren, Alfonso no hubiera sucumbido. En Fraga vencieron por última vez los almorávides. Un dato de importancia ofrece el historiador musulmán sobre el temperamento misógino del Batallador, que no ha sido hasta ahora tenido en cuenta para explicar su fracaso matrimonial con la reina de Castilla.*

### La batalla de Fraga

En 529 [21 octubre 1134] fué sitiada Fraga en el Este de Al-Andalus por Ben Rudmir (Alfonso el Batallador, de Aragón). El emir Taxufin ben Ali ben Yusuf, que residía en Córdoba y gobernaba la Península en nombre de su padre, envió a Fraga una hueste de dos mil caballeros, mandados por Zubayr ben Amr el Lamtuni y bien provistos de víveres. Yahya ben Ganiya, el bien conocido (capitán) que administraba Valencia y Murcia, en el Este de Al-Andalus en nombre del Príncipe de los Creyentes, Ali ben Yusuf, armó quinientos caballeros. Y, por su parte, Abd Allah ben Izad, que gobernaba Lérida, equipó doscientos. Cada uno de tales grupos llevó consigo sus víveres y, después de reunirse, llegaron pronto a la vista de Fraga. Zubayr iba en la retaguardia tras el convoy de víveres y delante marchaba Ben Ganiya, a quien seguía Ben Iyad, cuya bravura, como la de sus hombres, era bien notoria.

Ben Rudmir, que se hallaba al frente de doce mil caballeros, no sintió sino desprecio al ver llegar la hueste musulmana y dijo a los suyos: "¡Id a recibir el regalo que nos traen esos infieles!" No obedeciendo sino a su orgullo, se limitó a enviar contra ellos un fuerte destacamento que, cuando estuvo distanciado del ejército, fué atacado por Ben Iyad y vió rotas sus



líneas y fuertemente revueltas sus fuerzas. Empezó en seguida la batalla. Ben Rudmir avanzó en persona con todas sus tropas, confiado plenamente en su número y en su bravura. Mas entonces Ben Ganiya cargó a su vez mientras resistía Ben Iyad y una lucha encarnizada costó la vida a muchos cristianos. En tal momento hicieron una salida en masa los habitantes de Fraga: hombres y mujeres, viejos y niños, y se arrojaron sobre el campamento cristiano. Los hombres mataron a cuantos hallaron en él y las mujeres se ocuparon de saquearle, y consiguieron llevar a la ciudad los víveres, aprovisionamientos y armas de que se apoderaron. Entretanto Zubayr se lanzó a su vez a la batalla con sus tropas. Ben Rudmir hubo de huir después de haber perdido la mayor parte de sus soldados y se acogió a Zaragoza, y veinte días después murió de pena y de la vergüenza de su derrota.

Ningún príncipe cristiano había tenido más valor que él, ni más ardor en combatir a los musulmanes, ni más fuerza de resistencia. Dormía con su coraza y sin colchones y como un día le preguntaron por qué no se acostaba con las hijas de los jefes islamitas que había hecho prisioneras, respondió: "Un verdadero soldado no debe vivir sino con los hombres y no con las mujeres". Con su muerte Alá permitió respirar a los fieles, no dejándoles expuestos a sus golpes.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según versión francesa de Fagnan, 553).

## CORTESIA DE LOS CAPITANES ALMORAVIDES

*Junto a las estampas de bárbara crueldad, que afloran con frecuencia en las fuentes hispano-árabes, se destaca ésta, de cortesanía romántica, que nos refiere un cristiano toledano. Las victorias almorávides de Zalaca, Uclés, Fraga, etc., habían dado gran audacia a los capitanes que gobernaban Al-Andalus en nombre de Ali ben Yusuf. Se atrevieron a atacar Toledo, la antigua capital del reino godo, primera ciudad entonces de Castilla. Alfonso VII sitiaba a Oreja, a algunas millas Tajo arriba. La emperatriz defendía la ciudad. Y unas palabras de reproche dirigidas en su nombre a los guerreros enemigos, desde lo alto de la torre del alcázar, dieron ocasión a la escena caballeresca —incomprensible en las guerras de hoy— que se relata a continuación. La historia medieval hispana nos envía aquí, desde los alrededores de Toledo, uno de los muchos relámpagos de luz que iluminan sus sombras crueles. Ellos nos obligan a decir que la Edad Media no fué ni empíreo ni mazmorra.*

Cuando los reyes Al-Zwil, de Córdoba, Ben Zata, de Sevilla, y Ben Ganiya, príncipe de la milicia de Valencia, supieron que el emperador

sitiaba Oreja, se entristecieron y turbaron mucho. Convocaron entonces a los otros reyes, príncipes y caudillos, a toda la caballería y a todos los infantes de la tierra agarena y a una gran muchedumbre de tropas de las islas del mar. Vino también en su auxilio otro gran ejército de moabitas y de árabes, que les envió el rey Taxufin, de Marruecos, y se les unieron una gran turba de peones llamados azecutos, que seguían a gran número de camellos cargados de arena y de todo género de viandas. Reunidos así casi treinta mil caballeros y un sinnúmero de peones, movieron su campo de Córdoba y caminando por la vía regia que lleva a Toledo vinieron a los pozos de Algodor, donde acamparon. Establecieron grandes y misteriosas celadas para atacar por sorpresa a los cristianos, y en ellas dejaron a Ben Ganiya, rey de Valencia, con toda su caballería, al que dijeron: "Si el emperador sale a nuestro encuentro para pelear, vosotros, por el otro lado, subid al campamento desde el que sitian a Oreja, o matad al filo de la espada a sus defensores, incendiadlo y fortificad el castillo atacado con caballeros, peones y armas, con toda clase de provisiones que están junto a nosotros en los camellos y con agua. Después venid a uniros con nosotros donde sepáis que estemos, pues vamos a Toledo y allí esperaremos para luchar con el emperador". Pero los espías o exploradores se presentaron al emperador en el campamento y le informaron de las resoluciones y hechos de los sarracenos en presencia de todos los magnates, príncipes y caudillos, y por consejo divino decidieron no ir a combatir a los sarracenos, sino esperarlos en el campamento.

Entretanto, el gran ejército de los moabitas y agarenos vinieron a Toledo y combatieron el castillo de San Servando; pero las grandes torres de él permanecieron ilesas, y sólo se perdió una torre frontera, donde perecieron cuatro cristianos. Los sarracenos fueron después a Azeca, donde nada lograron, y empezaron a destruir las viñas y los árboles. En Toledo se hallaba a la sazón la emperatriz doña Berenguela con una gran turba de caballeros, peones y ballesteros, que sentados sobre las puertas, las torres y los muros de la ciudad, la defendían vigilantes. Cuando la emperatriz vió los daños que los sarracenos hacían en los campos cercanos, envió mensajeros a los reyes moabitas, diciéndoles: "Esto os dice la empe-
" ratriz, mujer del emperador: ¿No veis que peleáis contra mí que soy
" mujer y que esto nada dice en vuestra honra? Si queréis batallar, id a
" Oreja y luchad con el emperador, que os espera con las armas y las haces
" preparadas". Al oír el mensaje los reyes, príncipes y jefes sarracenos y todo el ejército, levantaron la vista y vieron a la emperatriz sentada en el solio real, sobre la torre más alta del alcázar, adornada como correspondía a la emperatriz, y rodeada de un cortejo de honestas mujeres que cantaban acompañándose de tambores, cítaras, címbalos y salterios.

Los reyes, príncipes y jefes sarracenos, y aun el ejército, quedaron admirados al verla y se avergonzaron mucho, se inclinaron para saludar



a la emperatriz, y sin continuar sus depredaciones, recogidas las celadas, volvieron a su tierra.

De la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (Versión de la edición latina de Flórez: España Sagrada, XX, 376).

## LITERATOS Y JURISTAS ESPAÑOLES EN LA CORTE ALMORAVIDE: HISPANIZACION DEL MAGRIB

*Una vez más en la historia, los bárbaros conquistadores fueron conquistados por la cultura de los vencidos. Los ignorantes almorávides fueron, en efecto, seducidos por la brillante civilización de la España musulmana y se rindieron a los talentos de sus literatos y juristas. Y sus fervores culturales de neófitos les llevaron a dejarse gobernar por ellos, en especial por los jurisconsultos malequíes, cuyas doctrinas fueron reverenciadas, mientras duró su imperio, por cima de la misma ciencia teológica. Los intelectuales —llamémosles así— una vez más abusaron de su situación de privilegio, pero no desarmaron su saña contra los bárbaros africanos, al cabo sus amos. Escrita la historia de los almorávides en tiempos de sus enemigos vencedores, los almohades, importa poner sordina a los juicios acres con que les sentenciaron, sin defensa, los historiadores.*

Yusuf ben Taxufin se convirtió en el dueño absoluto de España tan pronto como se apoderó de Mutamid, que era el principal jefe del país, el príncipe más poderoso y la gruesa perla de ese collar. Las tropas del vencedor invadieron los diversos principados, unos tras otros, con tanto éxito que toda la Península reconoció su autoridad. En los primeros tiempos, mostraron en castigar a los enemigos, en defender a los musulmanes y en proteger las fronteras un celo tal que hizo creer en su sinceridad y llenó de alegría todos los corazones. El pueblo les amó por ello más y más y aumentó otro tanto el temor de los reyes cristianos. Sin embargo, Yusuf ben Taxufin enviaba sin cesar cuerpos de tropas de infantería y de caballería y no dejaba de repetir a todos, en sus audiencias, palabras como éstas u otras análogas: "Liberar la península de los cristianos, tal ha sido nuestro único fin, cuando hemos visto: de una parte que habían llegado casi a ser enteramente sus dueños, y, de otra, cuál era la incuria de los príncipes musulmanes, su poco entusiasmo por hacer la guerra, sus disensiones intestinas y su gusto por los placeres. Cada uno de ellos no tenía otra preocupación que vaciar sus copas, escuchar cantantes y divertirse. Por poco que yo viva, sabré devolver a los musulmanes todas las provincias que les han tomado los cristianos durante este calamitoso período; para combatir a nuestros enemigos las llenaré de caballeros y de peones, que ignoran el reposo, que no saben lo

que es vivir en la molicie, que no sueñan sino en domar y entrenar sus cabalgaduras, en cuidar sus armas y en precipitarse al combate a la primera orden". Estos dichos llegaron a oídos de los cristianos, que se llenaron de temor y perdieron la esperanza de conquistar los territorios musulmanes e incluso de conservar los que tenían. Cuando Yusuf hubo dominado la península hispánica y toda ella le obedeció sin discusión, se le incluyó en el número de los reyes y mereció el título de sultán; él y los suyos recibieron el nombre de *Murabitun* (Almorávides), y tal príncipe y su hijo fueron clasificados entre los soberanos más poderosos, porque Al-Andalus es la verdadera capital y el centro del Magrib al-Aqsa (Occidente Extremo) y la fuente de sus méritos. La generalidad de las gentes de talento de cualquier clase proceden de ella y son consideradas como hijos suyos: en ese país se elevan los soles y las lunas de las ciencias; es el centro y el pivote de los ingenios; ningún clima goza de temperatura más igual, de un aire más puro, de aguas mejores, de plantas más olorosas, de rocíos más abundantes, de mañanas más gratas, de noches más dulces.

"Mi corazón se me escapa del pecho, tanto desea ese país y el trato de sus moradores. Hablar de ellos es para mí tan dulce como tomar una rosa. ¿Será tan suave encontrarlos como coger un mirto?"

Los más notables sabios de todas las clases se trasladaron cerca del Príncipe de los Creyentes; de tal manera que su corte se asemejaba a la de los Abbasíes en sus comienzos; y Yusuf ben Taxufin y su hijo se hallaban rodeados de los más ilustres secretarios y literatos que jamás haya visto ningún siglo. Entre los secretarios estaba el que había ejercido tal oficio cerca de Mutamid al-Allah, es decir: Abu Bakr, llamado Ben al-Qasira, que era de los más elocuentes y maestro indiscutido en el arte de la retórica. Fiel a la tradición de los secretarios de antaño, buscaba las expresiones elegantes y el sentido exacto de la frase, sin caer en la moderna costumbre de la prosa rimada; a lo sumo la empleó tan rara vez que puede perdonársele sin trabajo. He visto diversas cartas suyas escritas en nombre de Mutamid que confirman lo que acabo de decir, pero no recuerdo ninguna de memoria.

A más de Abu Bakr, Yusuf o su hijo tuvieron también como secretario al ilustre visir Abu Muhammad Abd al-Machid ben Abdun, del que hemos hablado bastante para que nos sea necesario repetirnos aquí. Antes de ocupar el puesto de secretario cerca de uno o de otro de los dos príncipes, Ben Abdun había ejercido el mismo cargo con el emir Sir ben Abu Bakr ben Taxufin, que conquistó Sevilla contra Mutamid al-Allah, y no abandonó su servicio hasta que el Príncipe de los Musulmanes le atrajo al suyo.

☆



Como acabamos de decir, el Príncipe de los Musulmanes Yusuf no cesó de hacer la guerra a los infieles, ni de abatir a los reyes cristianos y de acometer cuanto podía ser útil a Al-Andalus, hasta el momento de su muerte, ocurrida en el curso del año 493 (léase 500). Tuvo por sucesor a su hijo Ali ben Yusuf ben Taxufin, que tomó, como su padre, el título de Príncipe de los Creyentes y llamó a sus partidarios *murabitun* (almorávides). A ejemplo de su padre se ocupó sobre todo de hacer la guerra santa, de aterrorizar al enemigo y de proteger su propio territorio. Obraba bien y sus pensamientos eran elevados; amigo de la continencia y enemigo de la injusticia, más mereció figurar entre los ascetas y los eremitas que entre los príncipes y los conquistadores y concedió todas sus preferencias a los que se ocupaban del estudio de las leyes y de la religión. Durante todo su reinado no resolvió un solo asunto sin consultar sobre él a los hombres de ley (alfaquíes). Cuando designaba un juez no dejaba de recomendarle que no decidiera nada ni diera ninguna sentencia, lo mismo en asuntos de importancia que en los que carecían de ella, sino en presencia de cuatro alfaquíes. Esta categoría de hombres adquirió así en su tiempo una importancia mucho mayor que la que nunca había tenido desde la conquista de España. Dependían de ellos todos los negocios de los musulmanes y sentenciaban todos los procesos grandes o mínimos. Tal situación duró todo el reinado de Ali y como les frecuentaban los hombres más considerados, los alfaquíes adquirieron grandes fortunas e hicieron ganancias considerables. A eso hace alusión Chafar Ahmad ben Muhammad, conocido por Ben al-Binni, originario de Jaén en España.

"Hipócritas, habéis ganado la consideración que os rodea como el lobo que avanza en las primeras tinieblas de la noche. La doctrina de Malik os ha hecho dueños de este mundo; os habéis servido del nombre de Ben al-Qasim para repartiros todos los bienes; gracias a Axhab montáis caballos blancos que por obra del nombre de Asbag han sido designados para serviros aquí abajo".

En estos versos Abu Chafar no ha querido aludir sino al cadí de Córdoba, Abu Abd Allah Muhammad ben Hamdin, al que ha aludido con tales palabras. Más tarde le designó nominalmente en la composición satírica que empieza así:

"Oh antecristo, he aquí el momento de la resurrección; sol, sal por Occidente. Ben Hamdin quisiera que le pidiera justicia; ¡justicia a él que está más alejado de la generosidad que del cielo! Cuando se le pide que aplique el derecho consuetudinario, se rasca el "derrière" para bien afirmar su pretensión taglibi".

El mismo poeta ha hecho otros versos semejantes. Es necesario saber que el cadí Abu Abd Allah ben Hamdin descendía de Taglib ben Wail.

Nadie tenía acceso cerca del Príncipe de los Creyentes ni lograba alguna influencia sobre él, si no poseía la ciencia de la práctica del derecho según la doctrina malequí. Los tratados de esta escuela gozaban entonces del favor

general y servían de guía, con exclusión de todos los demás, tanto que se llegó a desdeñar el estudio del Libro Santo y de los *hadices* (tradiciones del profeta). Ningún hombre célebre de tal época se ha consagrado, en efecto, por entero a esos estudios, y se llegó a tratar de impío a quien se dedicaba a una u otra forma de la filosofía escolástica. Los alfaquíes del séquito del príncipe vilipendiaban tal ciencia, afirmaban que habían sentido repugnancia por ella los primeros musulmanes y que habían puesto gran cuidado en evitar a quien tuviera algún conocimiento de la misma. Era, añadían, una novedad introducida en la religión, cuyos resultados habían provocado, de ordinario, para sus adeptos una gran confusión en asuntos de fe. Estos razonamientos y otros parecidos provocaron en el ánimo del príncipe el odio hacia la teología y hacia quienes se daban a su estudio, de modo que a cada instante publicaba en sus estados prohibiciones severas de consagrarse a él y amenazas de castigos para aquellos en cuyas casas se encontrara cualquier tratado sobre tal disciplina. Cuando las obras de Abu Hamid Gazzali penetraron en Occidente, el príncipe las hizo quemar y amenazó con pena de muerte y confiscación de sus bienes a quien se encontrase poseyendo algún fragmento de tales libros, y dió las órdenes más duras a tal propósito.

Desde el comienzo de su reinado Ali ben Yusuf no cesó de atraer junto a él a los principales secretarios de Al-Andalus y lo hizo con bastante cuidado, para que aparecieran en torno a él en mayor número que en rededor de ningún otro príncipe. Entre ellos figuraron Abu-l-Qasim ben Muhammad, conocido por Ahdab, a quien se cita entre los hombres más elocuentes; Abu Bakr Muhammad ben Muhammad, llamado Ben al-Qabturna; Abu Abd Allah Muhammad ben Abu-l-Jisal y su hermano Abu Marwan; Abu Muhammad Abd al-Machid ben Abdun y otros muchos hombres célebres que sería largo enumerar. Uno de los que tenían más influencia y autoridad cerca del príncipe era Abu Abd Allah Muhammad ben Abu-l-Jisal, y ello era justo, porque ha sido el último secretario digno de tal nombre y el hombre que ha conocido mejor la literatura, a más de poseer un gran dominio del Corán, de las tradiciones, la *Sunna* y las ramas anejas.

☆

El mismo Abu Abd Allah es autor de una colección de cartas que se halla entre las manos de todos los literatos españoles, quienes la consideran como modelo digno de ser imitado y como guía por la que deben dejarse conducir. Si no cito los extractos que he hecho de ella es por temor a incurrir en una enojosa prolijidad. El y su hermano continuaron siendo secretarios del Príncipe de los Musulmanes hasta el día en que éste se encolerizó contra Abu Marwan y le destituyó, he aquí cómo: Había dado órdenes a los dos hermanos de escribir al *chund* de Valencia, cuando tales



tropas acabaron dejándose derrotar vergonzosamente por el maldito Ben Rudmir (Alfonso I de Aragón) y sufrieron pérdidas considerables. La célebre epístola escrita por Abu Abd Allah, en la que puso todo su talento, fué aprendida de memoria por todos los españoles, pero no la copio por su extensión. Abu Marwan, por su parte, escribió sobre el mismo asunto una carta en que se expresó sobre las tropas almorávides en términos más groseros y más duros de lo que era razonable, según acredita este pasaje: Hijos de una mala madre, tan rápidos en la huída como el asno salvaje, ¿hasta cuándo el fiel contraste rechazará la mala ley de que estáis hechos y un solo caballero bastará a rechazarlos? ¡Quiera el cielo que en lugar de la parada de vuestros caballos, encontréis ovejas con el pastor pronto a ordeñarlas! Ha llegado el momento en que vamos a abrumaros de castigos, en que no podréis ya velaros la cara, en que os rechazaremos hacia vuestros desiertos y purgaremos la Península de vuestro sudor". Estas palabras y otras parecidas irritaron al Príncipe de los Creyentes, que destituyó a Abu Marwan y dijo a su hermano Abu Abd Allah: "Dudábamos del odio que Abu Marwan siente por los almorávides, pero ahora estamos seguros". Abu Abd Allah solicitó y obtuvo entonces permiso para retirarse. Cuando su hermano fué ejecutado en Marraquex, volvió a Córdoba y en ella vivió hasta el día en que sufrió la muerte del mártir en su propia casa, al comienzo de la sublevación contra los almorávides.

Después del año 500 la situación del Príncipe de los Musulmanes sufrió una caída sensible y ocurrieron muchos hechos deplorables en las regiones sometidas a su autoridad, porque los jefes almorávides mostraron pretensiones de independencia en los diversos territorios que gobernaban. Llegaron a declarar abiertamente el fin que perseguían y todos proclamaron su superioridad sobre Ali y pretendieron poseer títulos más serios que los suyos para ejercer el poder. Incluso las mujeres empezaron a mandar, y las que pertenecían a las familias principales de Lamtuna y de Masufa comenzaron a proteger a los pillos, los ladrones, los mercaderes de vino y los taberneros. La incuria del Príncipe de los Musulmanes aumentaba sin embargo, mientras crecía su debilidad. Se contentaba con ejercer una autoridad nominal y con percibir el producto de los impuestos. Sólo se preocupaba de cumplir las prácticas religiosas y espirituales y de pasar la noche en la oración y de ayunar durante el día, según es notorio, pero descuidaba en absoluto los intereses de sus súbditos. Como resultado de tal conducta numerosas provincias de España se vieron reducidas a una triste situación y poco faltó para que el país volviera a la situación de otrora, sobre todo a partir del día en que Ben Tummar comenzó su predicación en el Sur.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 137, 146 y 152).

## UN ALCAIDE TOLEDANO FRENTE A LOS ALMORAVIDES

*Toledo había sido conquistada por Alfonso VI en 1085, pero la victoria almorávide de Zalaca y la conquista toda de Al-Andalus por los capitanes de Yusuf ben Taxufin, impidió el avance de la Reconquista hacia el Sur, y Toledo se constituyó en la principal plaza fronteriza. A la muerte de Alfonso VI en 1109, tras la rota de Uclés, durante los revueltos días de doña Urraca y los primeros, difíciles, de Alfonso VII, Toledo fué el centro de la resistencia cristiana. Sus alcaides —los* principes militiae toletanae— *al frente de las huestes de los concejos de la frontera, se defendían atacando y llevando la guerra a tierras muslimes. El más famoso de esas capitanes fué Munio Alfonso. Los almorávides sufrieron la fuerza de su brazo muchas veces, sobre todo en la campaña de 1133, en que murieron los valíes de Sevilla y de Córdoba; pero al cabo lograron darle muerte y vengar sus desastres.*

### La victoria

Cuando los moabitas y agarenos que estaban en Alvalad supieron que había sido tomada Coria, se sobrecogieron de terror, y, huyendo, dejaron el castillo vacío. Vinieron entonces hombres de Avila y Salamanca y lo destruyeron hasta los cimientos. En el siguiente año, el incansable guerrero Munio Alfonso, que como hemos dicho era alcaide toledano, eligió novecientos caballeros de los más valerosos de Toledo y de las otras ciudades toledanas y de Avila y de Segovia, y con mil peones escogidos, como acostumbraba, subió a los campos de Córdoba, fijó allí sus tiendas, cogió mucho oro, plata y grandes riquezas e hizo muchos cautivos y muchas muertes por toda la tierra cordobesa.

Logró escapar un cautivo sarraceno de los apresados, huyó y se presentó al rey Al-Zwil, de Córdoba, y al rey Ben Zata, de Sevilla, que se hallaban reunidos y platicaban sobre cómo harían la guerra en tierra cristiana y vendrían a Toledo. No habían aún resuelto la manera de realizar sus planes cuando, de repente, llegó el cautivo que había huído de los cristianos y anunció en presencia de los reyes lo que aquéllos habían hecho en campos sarracenos. Oídas tales nuevas, ordenaron al punto que a gran prisa se hiciesen proclamas y pregones por toda la tierra de Córdoba, Carmona y Sevilla y se sonasen trompetas y tambores en las ciudades, pueblos y castillos. Se reunieron así muchos miles de peones, caballeros y ballesteros, y ellos persiguieron a los cristianos por el camino conocido por el que regresaban.

Pero como Munio Alfonso mirase hacia atrás en todas direcciones, vió una vez que venían a lo lejos numerosas huestes de peones y ballesteros y azecutos de la caballería moabita preparada para el combate y con los estandartes levantados, y con ellos grandes haces de peones, ballesteros y azecutos agarenos. Cuando Munio Alfonso los vió y conoció que eran los reyes Al-Zwil, de Córdoba, y Ben Zata, de Sevilla, dijo a sus compañeros: "Veo venir tras de nosotros los reyes de los moabitas con grandes huestes de caballeros y peones; apresurémonos y vayamos a la Mata de Montiel, para esperarles allí preparadas nuestras haces".



Llegaron los cristianos a Montiel, alzaron los pabellones de su campamento, cayeron después de rodillas y oraron al Señor, diciendo: "¡Oh Jesús Nazareno, que por nosotros fuiste colgado de un madero y por nosotros derramaste tu sangre; aquí vienen contra nosotros, para perdernos, los moabitas y agarenos, enemigos tuyos y nuestros; compadécete de nosotros y líbranos de ellos! ¡Oh Virgen de las vírgenes, intercede por nosotros cerca de tu hijo Nuestro Señor Jesucristo! Si nos libras de este peligro daremos a la iglesia, fundada en Toledo en honor tuyo, el diezmo de lo que nos has dado y nos dieres en adelante. ¡Oh Santiago, apóstol de Cristo, defiéndenos en la pelea para que no perezcamos en el tremendo juicio de los sarracenos!"

Dicha esta oración, Munio Alfonso ordenó dos fuertes haces de jinetes para resistir a los sarracenos, y dijo de nuevo: "Cristianos: Confortaos y pelead con audacia y varonilmente contra Ben Zata, rey de Sevilla, que es el más fuerte de todos los sarracenos, porque si Ben Zata fuere vencido o muerto, todos serán vencidos. Que ninguno de vosotros muera volviendo las espaldas al enemigo. Mejor nos es morir todos aquí en la lucha, que ser dispersados". Y añadió: "Acordaos, compañeros, de que en otra ocasión sesenta y dos caballeros que estaban conmigo, de los cuales hay aquí algunos presentes y otros han permanecido en nuestras ciudades, peleamos con el rey Taxufin y con toda la milicia de Córdoba y con muchos miles de peones en Almodóvar de Tiendas o del Campo, y el Señor les entregó en nuestras manos y fueron vencidos. Recordad que el rey Taxufin huyó, que fueron muertos sus príncipes y caudillos y muchos cientos de caballeros y peones, que escaparon los demás, que no cayó de los nuestros sino un caballero, que cogimos innumerables despojos y que volvimos en paz a nuestras ciudades. Tan fácil es a Dios entregar a pocos en manos de muchos como a muchos en manos de pocos. Hágase ahora como fuere la voluntad del cielo". Comulgaron luego por mano de los clérigos que llevaban consigo y se dispusieron a la pelea.

Llegaron al punto las mesnadas de los sarracenos a banderas desplegadas y prepararon grandes y fuertes haces frente a los cristianos. Cuando Ben Zata vió el escaso número de las tropas cristianas y no halló entre ellas ningún pendón real, sino sólo el de Munio Alfonso, alcaide de Toledo, dijo: "¡Oh insensatos cristianos, hijos de perros! ¿Cómo habéis venido a perder vuestras cabezas?" Mas, empezado el combate, en seguida fué herido

el rey de Sevilla, Ben Zata, por dos caballeros toledanos llamados Pedro Alguacil y Roberto de Mongomáriz, y murió de la herida y le cortaron la cabeza.

Al conocer lo ocurrido, Al-Zwil y los otros príncipes y caudillos y toda la caballería moabita y agarena y todos los peones, volvieron las espaldas y huyeron por las sendas de los montes, escondiéndose en las cavernas de las peñas. Persiguiéronles los cristianos, y, en la huída, Munio Alfonso derribó de un lanzazo al rey Al-Zwil, y al punto fué decapitado, y con él murieron muchos príncipes y jefes de los moabitas y de los agarenos y un sinnúmero de caballeros y de infantes. También fueron apresados muchos jefes y príncipes y muchos caballeros nobles y peones, cuantos pudo tomar cada cristiano según sus fuerzas.

Se cogió, asimismo, mucho oro y plata y las banderas reales; vestidos preciosos, muy buenas armas, lorigas, cascos y escudos, caballos magníficos con sus sillas y mulos, mulas y camellos cargados con muchas riquezas. Colocaron las cabezas de los reyes en las puntas de las astas de los pendones reales y las de los otros jefes y príncipes en diferentes lanzas. Munio Alfonso mandó envolver los cuerpos de los reyes en magníficos paños de seda, y los puso en un prado y dejó con ellos algunos sarracenos para que los custodiasen hasta que fueran llevados de allí, y los cristianos volvieron al campamento cantando y bendiciendo al Señor, que mostraba siempre su misericordia.

### Mudanzas de los tiempos

Mientras el emperador estaba en tierras de Córdoba, el adalid Farax, príncipe de Calatrava, y todos los otros príncipes y jefes de los moabitas y agarenos que gobernaban todas las ciudades y castillos hasta el Guadalquivir, se reunieron en consejo y acordaron venir a tierra de Toledo, fortificar el castillo de Mora y poner acechanzas para matar a Munio Alfonso, que estaba en el castillo de la Peña Negra.

El día primero de las Kalendas de agosto, antes de amanecer, salía Munio Alfonso con cuarenta caballeros toledanos del castillo indicado, cuya custodia confió a su compañero Martín Fernández. Llegaron Munio y sus compañeros al monte situado frente a Calatrava, y allí supieron lo que había ocurrido. Andaban, en efecto, los caballeros toledanos y su alcaide de aquí para allá, cuando encontraron a un sarraceno escondido en una caverna, le prendieron, le llevaron a presencia de Munio Alfonso y se entabló el siguiente diálogo: Preguntóle el caudillo cristiano: "¿De quién eres? ¿De dónde procedes? ¿A dónde vas?" El cautivo respondió: "Soy esclavo agareno de Farax, adalid de Calatrava, que me ha enviado a espiarte. —¿Dónde está el adalid Farax?, dijo Munio Alfonso. —Viene tras de mí, respondió el siervo; con gran multitud de caballeros y peones, trayendo consigo mulos, camellos y asnos cargados de harina y de toda clase de



provisiones para fortificar el castillo de Mora. Tras esa multitud viene el adalid Farax, con otra muchedumbre de moabitas y agarenos, caballeros, peones y ballesteros en número de casi cuatro mil. Vienen dispuestos a matarte a ti y a los tuyos si pueden encontrarte en algún sitio".

Y todavía estaba con la palabra en la boca el cautivo, cuando llegó la primera tropa de los enemigos. Munio Alfonso y los suyos pelearon con ellos, en un instante los vencieron y obligaron a volver las espaldas; muchos murieron en el combate y los demás huyeron, dejando en el campo un gran botín. Munio Alfonso regresó entonces a la Peña Negra y refirió a Martín Fernández todo lo hecho aquel día y cómo venía Farax con un gran ejército para luchar con ellos. Deliberaron sobre esto, comieron luego pan y vino, y después, Munio Alfonso y Martín Fernández y todos los caballeros que estaban con ellos, preparados para el combate, salieron al encuentro de los sarracenos y encontraron las haces enemigas dispuestas a la pelea en los pozos de Algodor. Comenzada la batalla, cayeron muchos de una y otra parte; fué herido Martín Fernández, los sarracenos se apartaron de los cristianos y éstos de aquéllos, y quedó un gran trecho de campo entre unos y otros.

Conociendo Munio Alfonso que no era propicio el momento, dijo a Martín Fernández: "Señor Martín; sepárate de mí con tu gente, ve a Peña Negra y guarda bien el castillo, para que no vayan quizá los sarracenos y lo tomen, lo que produciría grandes daños al emperador. Yo y los míos pelearemos con los sarracenos, y hágase la voluntad de Dios".

Marchó Martín Fernández con sus caballeros al castillo para defenderle, y entonces Munio Alfonso llamó a su hijastro, hijo de su mujer, a quien había armado caballero aquel año el día de Pascua, y le dijo: "Ve a Toledo, a casa de tu madre, y cuida de ella y de mis hijos, tus hermanos. No quiere Dios que tu madre nos pierda a los dos en un día. —No iré, sino que moriré contigo", contestó el caballero. Pero, enojado Munio Alfonso, le hirió con la punta de la lanza y aquél hubo de volver a Toledo contra su voluntad, llorando y quejándose.

En aquel punto los moabitas y agarenos acometieron a Munio Alfonso y a los suyos; pelearon éstos, y aun cayeron muchos heridos de ambos campos. Pero viéndose los cristianos en aprieto, subieron a cierta roca llamada Peña del Ciervo, mas les siguieron los saeteros y Munio Alfonso fué herido gravemente por una saeta y murió, y los caballeros que estaban con él fueron muertos a su alrededor, no sin matar a la mayor parte de los príncipes moabitas y agarenos.

Llegó entonces el adalid Farax y decapitó a Munio Alfonso, le cortó el brazo derecho y la tibia, le tomó sus armas y envolvió el cuerpo mutilado en lienzos limpios. Cortaron también la cabeza a muchos caballeros cristianos y colgaron el brazo y el pie de Munio Alfonso en la torre más alta de Calatrava, y enviaron su cabeza a Córdoba a casa de la mujer de Al-Zwil, a Sevilla a casa del rey Ben Zata y después al otro lado del mar

al rey Taxufin, para que se anunciase en toda la tierra de los agarenos y moabitas la muerte del jefe cristiano.

Conocedores los habitantes de Toledo de lo hecho por los sarracenos, vinieron y cogieron los cuerpos de Munio Alfonso y de sus compañeros y los sepultaron en el cementerio de Santa María. Durante muchos días, la mujer de Munio Alfonso, sus amigas y las demás viudas visitaban el sepulcro del caudillo y sobre él lloraban y decían: "¡Oh Munio Alfonso! Lloramos sobre tu tumba; como la mujer que ama a su único marido, así te quería Toledo. Tu escudo nunca se humilló en la batalla, ni tu lanza retrocedió jamás, ni tu espada volvió nunca vacía. No anunciéis la muerte de Munio Alfonso en Córdoba y Sevilla ni en casa del rey Taxufin, para que no se alegren las hijas de los moabitas, se regocijen las de los agarenos y se entristezcan las de los toledanos".

Murió Munio Alfonso, de quien tantos sucesos hemos referido mientras fué alcaide de Toledo, y murieron los guerreros que estaban allí con él, por el gran pecado que había cometido contra Dios matando a su hija, habida en legítimo matrimonio, porque jugaba con cierto joven. No se compadeció de su hija como Dios de él en todos los combates que emprendía. Ni se acordó de la mujer sorprendida en adulterio, a quien los escribas y fariseos quisieron apedrear en presencia del Señor, que les dijo: "El que esté libre de pecado, tire la primera piedra sobre ella". Munio Alfonso lloró este pecado todos los días de su vida y quiso peregrinar a Jerusalén para purgarle. Pero el arzobispo de Toledo, don Raimundo, y los otros obispos y clérigos, rogados por el emperador para que no peregrinase, le mandaron en penitencia que combatiese siempre a los sarracenos, como hizo hasta que fué muerto por ellos.

De la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (Versión de la edición latina de Flórez: España Sagrada, XXI, 381).

## COMO SURGIO EL IMPERIO ALMOHADE

*Aunque los sucesos que se refieren a continuación no ocurrieron en la España musulmana, tuvieron una enorme repercusión en ella. El imperio almohade, a cuyos remotos orígenes nos hace asistir el relato, dominó Al-Andalus durante más de medio siglo, luchó con vigor —y a veces con éxito— contra los reinos cristianos españoles, influyó de modo poco conocido, pero muy decisivo, en la historia institucional de Castilla —en el origen de las Cortes, por ejemplo—, y al ser vencido en las Navas de Tolosa dejó el paso franco para la conquista de Andalucía. Como se suceden en el mar las tempestades, así se siguieron en el extremo Nordeste de Africa los imperios musulmanes en el curso de los largos siglos de la Edad Media; y la vecindad del Magrib al-Aqsa (el Occidente extremo) con la Península,*



*hizo a ésta padecer siempre esa serie de tronadas, que en Marruecos se engendraron o que en él descargaron a la postre. A la formación del ciclón almohade contribuyeron las diferencias de presión que separaban las rígidas tradicionalistas del maliquismo jurídico y teológico almorávide, de las novedades del Islam Oriental, que un gran pensador, Al-Gazali, sintetizó en el título de su obra:* Revivificación de las ciencias de la religión. *La lucha contra esas tendencias dió ocasión al éxito del movimiento almohade, que empezó siendo una reforma moral y religiosa, pero que adquirió pronto fines políticos.*

El año 514 [1º abril 1120] presenció los comienzos de la autoridad de Mahdi Abu Abd Allah Muhammad ben Abd Allah ben Tumart, descendiente de Ali por Hasan. Pertenecía a la tribu Masmudi de Herga, en la montaña del Sus, en el Magrib, donde se habían establecido con ocasión de la conquista (del país) por Musa ben Nusayr. Vamos a narrar lo que se refiere a él y a Abd al-Mumin, hasta la ocupación del Magrib por el último.

En su juventud Ben Tumart había ido a Oriente a estudiar, era jurista, hombre de talento, conocía la ley religiosa y sabía de memoria las tradiciones, sentía pasión por el estudio de los principios fundamentales de la religión y del derecho, se hallaba al corriente de todas las sutilezas de la lengua árabe y estaba, además, dominado por el temor de Alá y vivía como un asceta. Alargó su viaje hasta el Iraq, donde visitó a Abu Hamid al-Gazali y a Al-Kiya (Al-Harrasi), y encontró a Abu Bakr al-Turtuxi en Alejandría. Se dice que en el curso de una conversación con Al-Gazali sobre lo que podría él hacer para conquistar el poder en el Magrib, el sabio (su interlocutor) le dijo: "Eso no tendría éxito en tales regiones, donde gentes como nosotros no dejarán pasar así las cosas". Eso cuentan los cronistas del Magrib, pero en realidad Ben Tumart no se encontró con Al-Gazali.

De allí marchó en peregrinación (a la Meca) y después se embarcó en Alejandría para volver al Magrib. En el curso de la travesía atrajo al buen camino a los pasajeros y les forzó a recitar la plegaria y a leer el Corán. Llegó a Medhiyya, donde reinaba Yahya ben Temin, en el año 509 [9 de julio de 1186]. Se instaló en una mezquita al Sur de Maschid al-Sabt, teniendo por todo equipaje un odre y un bastón. Los habitantes de la comarca vinieron a escucharle a porfía y recibieron las lecciones que les daba sobre las diversas ciencias y, cuando algún hecho censurable ocurría a su puerta, se levantaba e impedía que se repitiera. Como esto sucediese con frecuencia, el príncipe Yahya le hizo venir ante él, y con él a varios juristas, y después de haberse dado cuenta del camino que seguía y de haberle oído hablar le honró mucho y solicitó su bendición.

El santo hombre se trasladó desde allí a Monastir, en la que se detuvo algún tiempo en compañía de varios sujetos virtuosos. Pasó de allí a Bujía,

donde continuó el mismo género de vida. Expulsado de allí, se acogió a una aldea no lejana, llamada Mellala, donde encontró a Abd al-Mumin ben Ali, cuyo talento y ardor le permitieron pronosticar que adquiriría notoriedad y llegaría a alcanzar el poder. Al preguntarle su nombre y el de su tribu, supo que descendía de Qays Aylan y que pertenecía a la tribu de los Banu Sulaym. "Está bien, el profeta anunció que, en el fin de los tiempos, la religión encontraría un protector en un hombre descendiente de Qays y precisó su anuncio, ante una pregunta que le hicieron, añadiendo, de Qays y de los Banu Sulayman". Le agradó por ello haber encontrado a Abd Al-Mumin. Había éste nacido en la región de Tlemcen, en la tribu de los Abid, de los Kumiya, que se habían establecido allí en el año 180 [15 marzo 296].

En el curso de su caminar Al-Mahdi no cesaba de ocuparse de la reforma de las costumbres, y así llegó a Marraquex, capital del Príncipe de los Creyentes, Yusuf ben Ali ben Taxufin. Encontró en ella un relajamiento que sobrepasaba todo cuanto hasta allí había visto, y multiplicó, por ello, sus esfuerzos en la predicación del bien. Reunió numerosos partidarios y el pueblo formó de él una opinión favorable. Vió un día pasar de cerca el cortejo de una hermana del príncipe, acompañada de un gran número de muy bellas sirvientes, todas con la cara descubierta, porque tal era la costumbre entre los almorávides, donde sólo los hombres se velaban el rostro. Censuró tal práctica, les ordenó que se cubrieran la faz y empezó a golpear, con sus discípulos, las cabalgaduras de aquellas mujeres. Cayó de la suya la hermana del príncipe, se dió noticia de lo ocurrido a Ali ben Yusuf y éste ordenó la comparencia del perturbador y le hizo interrogar por sus legistas. Ben Tumart se atrevió a predicar al príncipe y a hacerle temer la cólera divina, y con tal éxito que hizo provocar sus lágrimas. Ninguno de los legistas con quienes Ali quiso hacerle discutir pudo refutar los argumentos invocados por el legislador para justificar su conducta. Uno de los visires de Ali, llamado Malik ben Wulayb, dijo a su señor que tal hombre no trataba de reformar las costumbres sino de provocar un levantamiento para ejercer el mando en alguna parte, y que debía imponérsele pena de muerte, cuya responsabilidad aceptaba ante Dios. Pero como el príncipe no consintiera en ella, el visir le aconsejó que condenara al agitador a prisión perpetua, para evitar así males irreparables. Ali estaba dispuesto a aceptar tal consejo cuando fué contradicho por Bayan ben Utzman, uno de los principales almorávides, y se limitó a expulsar a Ben Tumart de Marraquex. El exilado marchó a Agmat, vivió allí en la montaña y acabó en 514 [1º abril 1120] por llegar a Sus, donde habitaba la tribu de Harga y otras tribus masmudíes. Vinieron ellas a oír sus lecciones; la multitud de sus oyentes aumentó pronto y como llegaran a escucharle incluso los jefes, les amonestó, les habló del reino de Alá y les expuso, a la vista de los preceptos del Islam, los cambios que habían introducido en ellos, en forma de innovaciones injustas y corruptoras. "La ley no prescribe, prosiguió, obedecer a una de estas dinastías que siguen tales creencias, sino combatirlas



para impedirlas seguir tal camino". Estas predicaciones que duraron alrededor de un año, convirtieron en sus secuaces a los Harga sus contribulos, a quienes llamó Unitarios (Muwahhidun). Les dijo que el Profeta había anunciado la venida del Mahdi, que debía hacer reinar la justicia en toda la tierra y que debía manifestarse en el Magrib Al-Aqsa. Entonces se levantaron diez hombres, entre los que figuraba Abd al-Mumin, le dijeron que sólo él reunía tales condiciones, que era por tanto Al-Mahdi, y le prestaron juramento como a tal.

Habiendo llegado estos hechos a conocimiento del Príncipe de los Creyentes, provocaron el envío de un ejército almorávide hacia las montañas donde se encontraba Ben Tumart. Cuando éste supo que se acercaba, dijo a sus partidarios: "Me buscan a mí, temo que mi presencia os cause daño, conviene que abandone vuestro país y que no tengáis así nada que sufrir". Ben Tufiyan, uno de los jefes de los Harga, tomó a la sazón la palabra y dijo: "¿Temes algún mal del cielo? —Ciertamente, no, del cielo os vendrá socorro. —Entonces, pueden venir contra nosotros todos los hombres". La tribu toda entera aprobó tales palabras y el Mahdi dijo: "Anunciad a nuestra débil hueste la ayuda divina y la victoria: antes de poco habréis concluído con la dinastía y seréis dueños del país donde ahora reina". Descendiendo de sus montañas marcharon entonces contra las tropas almorávides, las vencieron y les tomaron botín. Tal victoria obtenida conforme a la predicción de Ben Tumart, reforzó su fe en la misión del Mahdi y vinieron a su encuentro bandas de los pueblos vecinos, tanto del Este como del Oeste, para jurarle fidelidad. Recibió así la adhesión de una de las más importantes tribus, los Hintata y se trasladó a ella y de ella hizo su principal apoyo. Pero a petición de los enviados venidos de Tinmalal para reconocer su autoridad, fué a establecerse en sus montañas y redactó, para uso de sus habitantes, un tratado sobre la unidad divina y otro sobre los artículos de la fe. Les prescribió comportarse bien los unos con los otros, no llevar sino vestidos cortos y de poco valor y les excitó, a la par, a combatir a sus enemigos y a expulsar de entre ellos a los perversos.

Se instaló en Tinmalal y construyó fuera de la ciudad una mezquita, donde iba con varios de sus partidarios a hacer las plegarias cotidianas, y entraba en la población después de la última oración de la tarde. Cuando se dió cuenta de la multitud de habitantes de la montaña y de la fuerte posición de la ciudad, temió ser abandonado por ellos y les hizo venir varios días sin armas; después, por su orden, sus partidarios les asaltaron y les mataron por traición en la mezquita misma. Penetró luego en Tinmalal e hizo allí una gran matanza, redujo las mujeres a la esclavitud y entregó la población al saqueo. Quince mil personas perdieron allí la vida. Habiendo entonces repartido entre sus compañeros las tierras y las casas de los muertos, rodeó a Tinmalal de una muralla y levantó una fortaleza sobre la cima de una alta roca. La montaña de Tinmalal era casi inaccesible y poseía aguas corrientes, árboles frutales y campos cultivados.

Se cuenta que temía a los habitantes de Tinmalal y que le llamó la atención el hecho de que muchos de sus hijos eran bermejos y tenían los ojos azules, mientras ellos eran generalmente morenos. En efecto, una tropa de siervos francos y rumíes, pertenecientes al Príncipe de los Musulmanes y que eran generalmente pelirrojos, entraban una vez por año en la montaña, tomaban allí lo que les correspondía de las sumas que les estaban asignadas en nombre del Príncipe de los Creyentes, y se instalaban además en las casas de los habitantes del país, después de expulsar a sus dueños. Habiendo el Mahdi preguntado a los padres por qué ellos eran morenos y sus hijos eran bermejos y tenían los ojos azules, le contaron lo que hacían los musulmanes del príncipe; y, como les reprochara su cobardía al sufrir tal indignidad le respondieron: "¿Cómo podemos escapar a tal daño, si ellos son los más fuertes? — La primera vez que vengan como de costumbre, les dijo, cuando estén dispersos en vuestras casas, cada uno de vosotros debe matar a su huésped y defender después vuestra montaña que es inexpugnable". Siguieron su consejo cuando la ocasión se presentó y asesinaron a los mamelucos, y luego, temerosos de la venganza del Príncipe de los Creyentes, se atrincheraron en sus montes y fortificaron sus entradas, con gran satisfacción del Mahdi. Fué enviado contra ellos un cuerpo del ejército almorávide, les sitió en la montaña y les impidió la recepción de víveres. El hambre llegó a ser tan grande entre los compañeros del Mahdi que acabó por faltarles el pan. Se preparaba por ello, cada día, una olla de gachas y cada uno hubo de sustentarse con la porción que podía tomar metiendo la mano una sola vez en el plato. Entonces, los notables de Tinmalal convinieron en pedir la paz al Príncipe de los Musulmanes, y Ben Tumart hubo de recurrir a la astucia.

Uno de sus confidentes, Abu Abd Allah Wanxerixi, fingía ser idiota y no saber nada del Corán ni de la ciencia (teológica), babeaba y tenía el aspecto de un alienado; pero el Mahdi le había tomado afecto y estima diciendo que Alá tenía sobre tal hombre intenciones secretas que se manifestarían algún día. En realidad Wanxerixi había estudiado asiduamente el Corán y la ciencia (teológica), lo que nadie sabía. En el año 519 [6 febrero 1125], el Mahdi al salir un día para recitar la oración del alba, vió en el mihrab un hombre bien vestido y perfumado que fingió no conocer. Terminada la plegaria, hizo aproximar a los asistentes y les dijo que comprobaran si tal hombre era en verdad Wanxerixi, como él pretendía ser. Al llegar el día reconocieron que era él en realidad y cuando Al-Mahdi le preguntó qué había pasado, le contestó: "Esta noche un ángel venido del cielo me ha lavado el corazón y Alá me ha enseñado el Corán, la Mawatta, las Tradiciones y otras ciencias". Al-Mahdi comenzó a llorar y declaró que deseaba someterle a prueba.

El otro comenzó a recitar muy bien todos los pasajes del Corán que le fueron preguntados, así como la Muwatta y otros tratados de derecho y de teología dogmática. Tal escena llenó de admiración a los asistentes y le



inspiró una gran estimación por aquel hombre. Entonces Wanxerixi les dijo: "El Altísimo me ha otorgado una virtud por la que puedo distinguir de los réprobos los predestinados al paraíso. Os ordena que ejecutéis a los primeros y dejéis en paz a los otros, y en prueba de mi veracidad, ha hecho descender a tal pozo ángeles que podrán atestiguar de ello". Todo el mundo se trasladó al pozo (citado), derramando lágrimas de arrepentimiento. Ben Tumart se colocó junto al brocal, hizo una oración y pronunció estas palabras: "Angeles de Alá, Abu Abd Allah Wanxerixi pretende esto y lo otro". Los individuos que había hecho descender en el pozo respondieron: "Sí, ha dicho la verdad". Recibido tal testimonio se volvió hacia los asistentes y les dijo: "Este pozo es puro y santo, porque los ángeles han descendido hasta él; hay que llenarle para evitar que caiga en él ninguna inmundicia que pueda ensuciarlo". Echaron en él piedras y tierra y fué pronto lleno.

Ben Tumart hizo entonces decir en la montaña que todos los habitantes de la misma debían reunirse cerca del pozo para ser allí clasificados. Cuando se hubo congregado allí todo el mundo, Wanxerixi señaló como réprobos a aquellos cuyas intenciones (en relación al Mahdi) temía y les hizo precipitar desde lo alto de la cima, y colocó a su diestra a los jóvenes sin experiencia y a los hombres que no eran peligrosos. Setenta mil individuos perecieron en tal día, cuyo resultado fué tranquilizar a Ben Tumart, tanto por lo que se refería a su persona como a sus compañeros, y afirmar su autoridad.

Tal es el relato del escrutinio que me han hecho muchos magribíes de gran mérito; pero otros me han contado el mismo suceso de otra manera. Según éstos, Ben Tumart habiendo observado que había gran número de malhechores y de perversos entre los montañeses, hizo venir a los jeques de las tribus y les dijo: "No podréis mantener la religión en su pureza y su fuerza sin obligar al pueblo a practicar el bien y a evitar el mal y sin expulsar de entre vosotros a los malos. Buscad, pues, todos los malhechores que se encuentran entre vosotros y prohibidles continuar sus crímenes, y si continúan obrando mal, dadme sus nombres y hacedles venir para que yo disponga lo que convenga sobre los mismos". Le suministraron una primera lista y pidió luego una segunda y una tercera. Comparó las tres listas, tomó nota de los nombres que en ellas se encontraban repetidos y colocó esta nueva lista entre las manos de Wanxerixi, llamado Al-Baxir. Convocó entonces una asamblea general de toda la población y ordenó a Wanxerixi pasar revista a las tribus y colocar a su izquierda a los perversos, mientras quedaban a su derecha los que no eran nombrados. Ben Tumart hizo atar a todos los colocados a la izquierda y ordenó su ejecución por sus propios contribulos. Tal fué la que suele llamarse *jornada del escrutinio*.

Después de realizada tal selección Ben Tumart, que vió a sus sobrevivientes animados de buenos sentimientos y dispuestos a obedecerle, formó con los principales de ellos un ejército, cuyo mando encomendó a Abu Abd Allah Wanxerixi y que envió hacia las montañas de Agmat donde se

encontraban las tropas almorávides; pero éstas resultaron victoriosas y mataron mucha gente. Umar ben Hintati, uno de los principales almohades, fué herido y como permaneciera insensible y sin pulso le creyeron muerto. "No, dijo Wanxerixi, no está muerto y no morirá sino después de haber conquistado este país". Al cabo de algún tiempo abrió, en efecto, los ojos y recobró sus fuerzas, pero tal suceso les perturbó y debieron retirarse hacia donde se hallaba Ben Tumart, que les dirigió la palabra y les alabó por su resistencia. Después dirigió continuas incursiones en país musulmán, mas cuando aparecía un ejército, sus guerreros permanecían en la montaña en la que se hallaban seguros.

Anteriormente había ya Al-Mahdi dividido en clases sus partidarios. La primera, constituída por los más nobles y por los íntimos de mayor confianza, se llamaba *Aytaxra* o los *Diez*, a la cabeza de los cuales figuraba Abd al-Mumin. La segunda, inferior a la primera y compuesta por los jefes de tribus, se llamaba *Aytjamsin* o los *Cincuenta*. La tercera, inferior a las otras dos, era la de los *Aytsabin* o los *Setenta*. Dió al conjunto de sus compañeros y de cuantos reconocían su autoridad el nombre de Almohades (Al-Muwahhidun). Pero en sus narraciones ese nombre no se aplicó sino a los compañeros del Mahdi y a los de su sucesor Abd al-Mumin.

Los asuntos de Ben Tumart prosperaron sin interrupción hasta 524 [14 diciembre 1129]. Organizó entonces un ejército de 40.000 hombres, en gran parte infantes, a la cabeza del cual colocó a Wanxerixi y en la que figuraba Abd Al-Mumin. Sus tropas marcharon contra Marraquex, donde estaba el Príncipe de los Musulmanes, Ali ben Yusuf, y la sitiaron, de cerca, durante veinte días. Ali ordenó entonces al gobernador de Sichilmassa traerle numerosos refuerzos. Cuando tal oficial se acercó al ejército del Mahdi, la guarnición de Marraquex hizo una vigorosa salida y atacó a los sitiadores por otro lado y muchos de ellos fueron muertos, entre ellos, Wanxerixi que les mandaba. Se unieron en torno a Abd Al-Mumin, con quien reemplazaron al que acababa de caer, y la lucha se encendió de nuevo y prosiguió todo el día, de tal forma que en lo más recio del combate Abd Al-Mumin, por primera vez en el Magrib, hubo de decir la "oración del temor" a las horas canónicas, mediodía y tres horas. Por su número y su vigor, los almorávides forzaron a los Masmuda (Almohades) a apoyar su espalda en un gran jardín —llamado entre ellos *buhayra*— que se encontraba cerca, por lo que se habla del *asunto del jardín* y del *año del jardín*. Gracias a esta maniobra no tuvieron que combatir sino de un lado. Pero al llegar la noche la mayor parte de los Masmudas habían mordido el polvo.

Abd Al-Mumin había hecho inhumar a Wanxerixi tan pronto como murió, y como los masmudas buscaron su cadáver y no le encontraran, se dijeron que los ángeles le habían llevado.

Al llegar la noche Abd Al-Mumin se refugió con los sobrevivientes en la montaña.



El Mahdi había caído gravemente enfermo después de la salida de las tropas lanzadas contra Marraquex y la noticia de su derrota agravó su estado. Pidió nuevas de Abd Al-Mumin y cuando supo que estaba sano y salvo, dijo: "Como si nadie hubiera muerto, nada se ha perdido, es a él a quien está reservada la conquista". La última recomendación que dirigió a sus partidarios fué que le tomaran por jefe y que le obedecieran enteramente y le llamó Príncipe de los Creyentes (Emir al-Muminin). Después murió a la edad de cincuenta y un años o, según otros, a la de cincuenta, tras un reinado de veinte años.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según la versión francesa de Fagnan, 526).

## NAUFRAGIO DE AL-IDRISI EN SICILIA

*Junto a la Biografía y la Historia, los musulmanes españoles cultivaron también la Geografía. Ya el gran Ahmad al-Razi, el "Rasis" de los autores cristianos, escribió en la primera mitad del siglo X una* Descripción geográfica de Al-Andalus, *de la que ha llegado hasta hoy una traducción castellana abreviada y deformada. En la segunda mitad de tal siglo, redactaron obras de geografía: los islamitas Al-Warraq y Ben Husayn, y el judío Ben Yaqub al-Turtuxi. En el XI, florecieron Said de Toledo (m. 1070), Al-Udri (1003-1085) y Al-Bakri (m. 1094), que aprovechó todas las producciones de sus precursores en su* Kitab al-Masaliq wa-l-Mamaliq *(Los caminos y los reinos). Les siguió muy de cerca Al-Idrisi (1010-1062) al escribir su* Nuzhat al-Muxtaq *(Recreo de quien desee recorrer el mundo). Nietos de reyes (de Silves y de Málaga), los dos geógrafos últimamente citados influyeron mucho en quienes se consagraron tras ellos a los estudios geográficos dentro y fuera de España: Ben Chubair [XII], Al-Abdari y Al-Nuxrisi [XIII] y Ben Batuta y los dos Himyari [XIV y XV], para no citar sino los de origen hispano. Debemos a la obra del Idrisi una descripción de la Península de valor inapreciable. Pero sus noticias no se concretan a Al-Andalus y a veces ofrecen trozos de interés dramático como el reproducido a continuación.*

"Mes del venerando Ramadan [del 580 = 6 diciembre de 1184 a 4 de enero de 1185]; que Dios nos haga conocer en El su bendición y su favor por su bondad y generosidad: no hay otro Señor fuera de El.

"Ocurrió la luna nueva de este mes en la noche del viernes séptimo (día) de diciembre, hallándonos nosotros en alta mar al frente de la tierra grande del continente. Favoreciónos Dios con su suave viento levantino, con el que avanzamos tranquilamente hasta que llegamos al lugar fronterizo

a la gran tierra ya citada; y vimos en ella caseríos y poblados en gran número, y supimos que pertenecían a la Calabria y que formaban parte de los dominios del Príncipe de Sicilia, los cuales alcanzan en la gran tierra (italiana) una extensión que necesita dos meses para recorrer su perímetro. Desembarcaron en este sitio muchos peregrinos (cristianos) a satisfacer el hambre (lit. a librarse del hambre) que había afligido a la gente de la nave por falta de provisiones (suficientes), y por haberse consumido aquello (poco que se había embarcado). Baste decirte que nos vimos reducidos a la porción de un ruthl (libra) de pan seco que partíamos entre cuatro de nosotros; lo remojábamos con un poco de agua, y así íbamos pasando. Mas todos aquellos peregrinos cristianos que saltaron a tierra compraron más provisiones de las que habían menester, y los musulmanes se aprovecharon de ello comprando lo que podían según lo exorbitante de los precios. Se llegó al extremo de que un pan (valiese) un dirhem de (plata) pura. Considera que habíamos estado dos meses a bordo en un viaje que creía la gente que podría hacerse en diez, o a lo sumo, en quince días; así que los más previsores o resueltos hicieron acopio para treinta días y los demás viajeros para veinte o quince.

"¡Cosa admirable y rarísima en los viajes de mar! Desde la nave pudimos observar tres lunas nuevas, las de los meses Rachab, Xaban y Ramadan [otoño 1184]. Al amanecer del primer día de este mes vimos delante de nosotros el monte de fuego, o sea el monte del famoso volcán de Sicilia y nos alegramos de ello. Así Dios nos conceda mayor recompensa por lo que hemos sufrido; nos otorgue al fin el más hermoso y grande de sus beneficios, y en toda ocasión nos inspire gratitud por los (favores) que nos concede por su bondad y generosidad.

"Un viento favorable nos movió luego de aquellos sitios, y por la tarde del sábado, segundo día del mes citado, aumentó considerablemente su fuerza y empujó la nave con ligereza, lanzándola a la boca del estrecho, cuando ya la noche se echaba encima. En este estrecho el mar se reduce tanto, que (la distancia) entre la tierra firme italiana y la costa de la isla de Sicilia es de seis, y en el punto más estrecho de tres millas. El mar en este estrecho se precipita en furiosa corriente parecida a la de la inundación de Al-Arim y hierve como una caldera puesta (sobre el fuego), a causa de su gran estrechez y de la presión de las aguas. El paso, pues, por este estrecho resulta asaz difícil para las embarcaciones. Continuaba la nuestra su derrotero, azotada reciamente por el viento meridional, entre la tierra firme italiana a la derecha y la costa de Sicilia a la izquierda, cuando hacia la medianoche del domingo, tercer día del mes bendito, llegado que hubimos a la altura de la ciudad de Mesina de la mencionada isla, oyéronse de improviso los gritos de los marineros; pues la fuerza del viento nos conducía a una de las dos costas, y la embarcación iba a quedar en seco. Mandó al punto el piloto retirar velas; mas no se pudo bajar la del árbol llamado ardimum (mesana): se puso en ello el mayor esfuerzo, pero no pudieron lograrlo



por la fuerza con que soplaba el viento. Viendo que los marineros no podían, púsose el piloto a cortarla con un cuchillo, haciéndola pedazos, empeñado en conseguir su intento. Mas en estas andanzas el barco dió en tierra con la quilla, y asimismo con sus dos timones, que son como las dos piernas, con los cuales se dirigen las naves. Entonces se promovió en la embarcación una gritería espantosa: se aproximaba la gran catástrofe, la avería que no podíamos reparar y el duro golpe contra el cual de nada servía el valor, la paciencia. Los cristianos se agitaban desesperadamente (lit. golpeándose la cara), mientras que los musulmanes se resignaban tranquilos al decreto de su Dios; pero no encontraban sino la cuerda de la esperanza (en una vida futura) para asirse a ella y ampararse de ella. Ya el viento y las olas atacaban el flanco de la nave, hasta el punto de hacer astillas un timón. Entonces el piloto echó una de las áncoras que tenía, confiando gobernarse con ella; pero no sirviéndole de nada, cortó el cable que la sujetaba y la abandonó en el mar. Persuadidos de que (la hora) había llegado, nos levantamos, preparamos nuestros ánimos (lit. pechos) para la muerte, fijamos nuestra mente en afrontarla con valor, y permanecimos esperando el amanecer o nuestra última hora. Entretanto los niños y las mujeres de los Rum levantaban gritos cada vez más estrepitosos en demanda de socorro; faltaba ya en todos éstos la resignación a la voluntad divina, y el asno silvestre o búfalo había perdido ya su impetuosidad. Mas nosotros estábamos viendo desde allí tan cercana la costa que vacilábamos si echarnos a nadar para llegar a ella, o esperar, pues acaso pudiera venir de Dios la salvación al despertar el día, y así habíamos fortalecido los ánimos. (Por otra parte) los marineros habían acercado a la nave la barcaza para sacar de ella lo más importante, sus hombres, mujeres y provisiones. Empujáronla hacia la costa una vez; pero ya luego no lograron que volviera a la nave, pues el oleaje la estrelló contra los bordes de la costa. Entonces sí que pareció perdida toda esperanza de salvar (nuestras) vidas. Sin embargo, tras la ansiedad de tantos peligros amaneció la aurora, y vino de Dios el auxilio y la bonanza. ¿Es o no cierto? (nos decíamos), viéndonos enfrente, a menos de media milla la ciudad de Mesina, de la cual (al anochecer) estábamos tan lejos. Admiramos entonces el poder del sumo Dios y cómo sabe realizar sus designios...

"Después que ya el sol se hubo elevado sobre el horizonte, vinieron en nuestro auxilio algunas barquichuelas; cundió por la ciudad el grito de nuestro peligro, y el rey de Sicilia, Guillermo (Segundo), salió en persona acompañado de muchos de sus cortesanos a adquirir noticias sobre aquel suceso (desastroso). Queríamos bajar apresuradamente a los botes; pero la furia de las olas no les permitía aproximarse a la embarcación, siendo el desembarco (lit. nuestra bajada a los botes) lo que puso el sello a tanto terror, pudiendo considerarse nuestro salvamento como el caso de Abu Nakr cuando se libró del destino. Perdióse alguna ropa (provisiones), pero la gente de a bordo dióse por satisfecha de esta pérdida con haber salvado sus personas.

Uno de los rasgos admirables de que se nos informó en esta ocasión es que el rey rumí antes citado vió que los musulmanes pobres esperaban desde la nave, no teniendo recursos con que efectuar el desembarco, pues los dueños de las lanchas habían elevado desmesuradamente los precios para transportar a la gente, sabiendo que se trataba de salvarles la vida, y cuando se hubo enterado de ello, mandóles cien rubai de su moneda, a fin de que con aquel socorro pudiesen desembarcar, salvándose todos los musulmanes, sin (recibir siquiera) un saludo. Ellos dijeron: "Loor a Dios, Señor de los mundos". Los cristianos sacaron de la nave todo lo que tenían en ella, y al segundo día el oleaje la hizo trizas, lanzándola en pedazos a la orilla. ¡Singular espectáculo, para los que lo contemplaron y milagro para los que reflexionan sobre él! Cosa maravillosa (en verdad) nos parece habernos salvado del naufragio, por lo cual repetimos nuestra gratitud al sumo Dios, por el favor que nos concedió por su benigna obra y graciosa voluntad, y también por habernos librado del otro peligro que a este accidente se hubiese seguido en el continente o en cualquiera otra isla habitada por los Rum, pues de habernos salvado, hubiésemos sido reducidos a perpetua esclavitud. ¡Que Dios, el sumo Dios nos ayude a darle gracias por este (nuevo acto) de su bondad y munificencia!...

"Entre el cúmulo de los beneficios y mercedes que el sumo Dios nos dispensó en esta ocasión, cuéntase la presencia del rey Rumí en ella; pues de lo contrario se hubiese saqueado cuanto había en la nave, y tal vez hubiésemos sido hechos cautivos cuantos musulmanes en ella íbamos, por la mala costumbre (del país). La llegada del rey a Mesina era motivada por la escuadra que estaba preparando, y así lo dispuso la misericordia divina en favor nuestro. ¡Alabanza a Dios por lo que nos protegió con la benéfica mirada que se dignó dirigirnos! ¡No hay más Dios que Él!"

Del *Nuzhat al-Muxtaq* de AL-IDRISI (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 270).

## DESTRUCCION DEL TEMPLO HERACLEO DE CADIZ

*Los musulmanes fueron los últimos de una larga serie de invasores llegados a España desde Africa, desde más allá del Pirineo o desde las lejanas o cercanas playas del mar Mediterráneo. Hallaron, por ello, en la Península muchos restos de las viejas culturas desarrolladas en ella, durante milenios, por sus predecesores y por los pueblos españoles con los que todos se mezclaron. El geógrafo hispano-islamita del siglo XI, Al-Bakri (m. 1094), sintió curiosidad por las huellas que esas civilizaciones habían dejado en Al-Andalus y fué dando noticia de las que más atraían la atención de los muslimes en las diversas ciudades hispanas: templos, teatros, termas, tumbas, estatuas o caminos. Los musulmanes las habían respetado, e incluso la imagen de la*



*Virgen se alzaba aún en vida del Bakri sobre lo alto de la Puerta del Puente, de Córdoba. Entre los más antiguos y famosos monumentos de la España preárabe figuraba el celebérrimo templo de Hércules, construído en Cádiz en fecha difícil de fijar. Le conocíamos por referencia de todos los autores clásicos. España había quedado unida a la leyenda heráclea desde su formación, y el mito de Hércules había a su vez echado raíces en la Península, acaso como confusa rememoración del impulso greco-oriental recibido por la cultura hispana en su más temprana aurora. Los musulmanes no pudieron sustraerse al hechizo de la remotísima tradición, y el templo al héroe griego alcanzó a perdurar lo bastante para convivir durante cuatro siglos con la mezquita de Córdoba, en que se adoraba a Alá, "el eterno y el único". Estaba llamado a sucumbir por obra de la barbarie africana, como tantas manifestaciones de la vieja y de la nueva cultura de Al-Andalus. Un almirante almorávide, Ben Maimun, se sublevó en Cádiz al morir Taxufin ben Ali y se declaró príncipe independiente de la bimilenaria ciudad, y ese bárbaro traidor, codicioso de oro, destruyó el templo heráclea en 1145. Del Bakri tomó, sin duda, el relato de la enorme profanación otro geógrafo de origen hispano-islamita, Al-Himyari.*

Cádiz, península de Al-Andalus, a alguna distancia de Itálica (Taliqa), ciudad de la región de Sevilla. De Norte a Sur tenía tal península doce millas de largo y su máxima anchura era de una milla. Está cubierta de cultivos de una rica vegetación; los animales que pastan en ella son en su mayoría cabras. En la zona boscosa de la península crecen pinos y retamas. Si las cabras vienen a la maleza a comer algarrobas en el momento en que crecen tales frutos, su leche emborracha a quien la bebe; no ocurre igual con la leche de las ovejas que han comido los mismos frutos. El autor del libro "Agricultura Nabatea" ha dicho: "Hay en la península de Cádiz plantas de retama; si vienen cabras a pastar allí su leche produce gran embriaguez a quien la bebe". Los habitantes (de Cádiz) están seguros de esa virtud particular de la leche.

Se ven todavía sobre el cabo que se encuentra al otro lado de la península las ruinas de un castillo antiguo. En el mismo cabo se alza la iglesia llamada de San Pedro. Crecen en gran cantidad en la península de Cádiz las plantas llamadas "paserinas". Crece también en ella un arbusto que se asemeja al retoño de la palmera. Brota de él una goma, que mezclada al vidrio produce una pasta viscosa que llega a ser dura como la piedra y de la que se hacen cubos de mosaico. Hay en la misma península muchos vestigios de la antigüedad.

De entre ellos el más asombroso es el templo que se llama de ordinario con el nombre de la Península. Fué construído por Hércules, es decir Heracles. Era este personaje de estirpe de los *rums* griegos. Fué un general y un gran personaje de los *rums*, de tiempos de Moisés. Se dice que fué

el primero de los reyes griegos. Reinó sobre una gran parte de la tierra. Guerreó con las gentes de Oriente, conquistó sus ciudades y llegó a la India. Salió también a conquistar los países de los hijos de Jafat y llegó, al cabo, a Al-Andalus. Cuando hubo llegado al litoral occidental del mar circundante (el Atlántico), preguntó qué había al otro lado. Le dijeron que la travesía de aquel brazo de mar permitía ir a Al-Andalus. Desembarcó en la península de Cádiz y edificó allí un alto e imponente edificio, sobre el que se alzaba una torre en cuya cima colocó una estatua de bronce a su propia imagen. Tal estatua, que miraba hacia Occidente, representaba un personaje cubierto por un manto que le cubría desde los hombros hasta media pierna y en el cual estaba envuelto. En la mano izquierda tenía una llave de hierro, tendida en dirección a Poniente, y en la derecha una tableta de plomo, en la que se hallaba grabado el relato de su propia historia. Esa tablilla recordaba que había conquistado las ciudades y los países situados detrás.

El templo de Cádiz está situado en medio de la Península, a una distancia de seis millas del castillo, del que hemos hablado antes. Era de planta cuadrangular y cada uno de sus lados tenía en la base cuarenta codos de largo. El edificio se alzaba sobre un bloque de mampostería que tenía esos cuarenta codos de lado y cuya plataforma superior soportaba un segundo bloque, igualmente cuadrangular, pero de base más pequeña. Sobre ese segundo bloque se alzaba un tercero, cuyos lados eran aún menos largos. A partir de la base del bloque que formaba el cuarto piso, la construcción se iba estrechando hacia la altura (en forma de tronco de pirámide), tanto que los dos pies de la estatua que se hallaba encima, descansaban sobre una sola piedra tallada, cuadrada, que a la vista podía tener cuatro codos de lado. El pie derecho de la estatua estaba delante y el izquierdo detrás, en la posición de un hombre que marcha. El templo, a partir del suelo hasta lo más alto de la estatua, tenía ciento veinticuatro codos de altura, de los cuales ocho codos —otros dicen seis— constituían la de la estatua. Estas dimensiones se dice que están calculadas en grandes codos, de los que cada uno tiene tres palmos y medio. Un larguero de cobre o de oro, cuya parte inferior penetraba entre los dos pies de la estatua, se elevaba a lo alto de ésta y sobrepasaba su cabeza alrededor de dos codos, a lo que parecía a los ojos.

Las gentes versadas en la ciencia de las predicciones en los tiempos antiguos decían: Es posible que una de las dos llaves caiga de la mano de la estatua; (al abrirse) esa mano se provocarán revueltas en Al-Andalus; después, cuando caiga también la segunda llave, ocurrirá en seguida la ruina del mismo. Además, las gentes de Cádiz cuentan que una de las llaves cayó el año 400 [1009-1010]. El objeto caído, que tenía en verdad la forma de una llave, fué llevado al señor de la ciudad de Ceuta; éste ordenó que fuera pesada y su peso era de ocho libras.

Se dice que el templo en cuestión fué construído el año 2451 después



del diluvio. Otros dicen que lo fué 2451 después de Adán. De lo que no cabe duda es de que fué edificado en tiempos de Moisés.

Musa ben Xuhais ha dicho, haciendo alusión a ese templo:

"(Nuestra barca avanzaba) como una mujer que balancea sus caderas al marchar, agitada por un movimiento de vaivén, de modo vacilante, y no era para nosotros una compañera agradable.

"Hasta que se vió la imagen reluciente en lo alto del templo que domina el mar de Cádiz.

"Cuando desembarcamos por bajo del edificio, mi compañero dijo: "¿Es una maravilla de los romanos o de Persia?"

"Pero nosotros le respondimos: "Pregunta en voz baja y busca tu salvación en este puerto que se abre sobre un mar de vientos contrarios".

Se cuenta que nunca pudo llegarse hasta el centro del Mar Occidental hasta el día en que cayó a tierra la llave que tenía en la mano el personaje representado en la estatua. A partir de entonces se pudo ir por mar hasta Salé, al Sus y a otros lugares. Así se admite de ordinario en el país.

Un autor que ha tratado de las predicciones curiosas ha referido que la estatua de Cádiz fué alzada para preservar (del mal) a Al-Andalus; cada una de sus partes y cada uno de sus miembros correspondía a una región del país; la cabeza a Toledo, el pecho a Córdoba, etc. Cada vez que sobrevenía un accidente a una de las partes de la estatua, padecía una calamidad la región correspondiente.

Se leía en cierta obra: "Cuando el templo de Cádiz sea demolido los cristianos se apoderarán del país de Al-Andalus". En verdad, puede comprobarse que coincidió su destrucción por Abu-l-Hasan Ali ben Isa ben Maimun con la época en que se vió a los cristianos entrar en Córdoba y apoderarse de ella. El informador del que he tomado lo que precede añade: Sevilla había llegado a ser entonces tributaria de la cristiandad. El marqués cristiano conocido por el "Sultancillo" (Alfonso VII), al adueñarse de tal ciudad, había establecido allí a Abu Zakariya Yahya ben Ali ben Taixxa, con misión de velar por los intereses conservados por los almorávides en ella y fuera de ella. Pero en Sevilla prevalecía la autoridad del "Sultancillo". Además el año 540 [1145-46] surgió una disputa entre dos personajes almorávides a propósito del derecho de disfrutar de un jardín situado en una aldea de los alrededores de Sevilla. Una de las partes reivindicaba tal jardín en virtud de la concesión que le había conferido sobre él Ben Ganiya y alegaba un documento oficial de tal príncipe. El otro producía un documento análogo, emanado del "Sultancillo". El gobernador de Sevilla resolvió la diferencia después de haber tomado consejo de Yahya ben Ali. El almorávide que poseía un rescripto del "Sultancillo" lo había obtenido de éste en Toledo, cuando había ido cerca del mismo en misión, de parte de Yahya ben Ali.

He aquí en qué condiciones Ali ben Isa (Ben Maimun) demolió el templo de Cádiz. Se le había hecho creer que estaba construído encima de

enormes tesoros y que estaba lleno en su interior de polvo de oro. Hizo entonces venir braceros y albañiles que empezaron a sacar las piedras del aparejo de mampostería (que servía de base al templo). Cada vez que era cortada una, se apuntalaba con vigas el hueco que había dejado. La masa enorme del templo llegó así a estar sólo sostenida por rodrigones. Se prendió fuego en seguida al armazón, después de haber unido a las vigas entre sí por medio de pedazos de madera. Se derrumbó entonces todo en medio de un estrépito espantoso. No se pudo extraer de los escombros sino el plomo que unía las piedras unas a otras y el cobre de que estaba hecha la estatua, que era cobre dorado. Se demostró entonces claramente toda la inutilidad de la empresa de Ben Maimun. Se decía que quien demoliera el templo de Cádiz moriría de muerte violenta, y eso ocurrió.

Las gentes de la península de Cádiz pretenden haber siempre oído decir que los navegantes que se lanzaban al Océano y se dirigían hacia alta mar, cuando el templo de Cádiz no era ya visible para ellos, veían aparecer otro parejo. Al llegar a él y pasar más allá y perderle de vista, se presentaba a sus ojos un tercer templo. Cuando habían dejado atrás así siete templos, habían llegado a la India. Esa tradición es generalmente admitida en la población de Cádiz, que la conoce y propaga, transmitiéndola de generación en generación.

Se dice también que cuando Hércules construyó el monumento se dirigió hacia el país de los bereberes. Llegó primero a la ciudad de Ceuta en el Estrecho que sale del mar circundante (el Atlántico). Conquistó sin detenerse ciudad tras ciudad y acabó por llegar a Libia, y después a Tracia. Allí cayó enfermo y sufrió dolores corporales. Como éstos aumentaron encendió una hoguera y se arrojó a ella y el fuego le consumió enteramente, a pesar de que no se proponía sino quemar los dolores de su cuerpo. Tal acto prueba que era un adorador del fuego. A su muerte sus tropas se dispersaron y los magos hicieron de él un ídolo al que rindieron culto.

Del *Kitab al-Rawd al-Mitar* de ABD AL-MUN'IM AL-HIMYARI (Según versión francesa de Lévi-Provençal: La Péninsule Ibérique au Moyen Age, 173).

## ARQUETAS DE MARFIL DE LOS SIGLOS XII Y XIII

*Así como cambiaron los detentadores del poder, las instituciones, las ideas motoras de la vida cultural, las normas del arte, el gusto literario y las modas, así también se renovaron, durante la época de señorío africano de almorávides y almohades, las labores y las inscripciones de las arquetas de marfil hispano-musulmanas. La comparación de las que nos brindan aún —en el sagrado de los templos o en el sagrado también de los museos o de las colecciones privadas— los bellos y afiligranados marfiles de los nue-*



*vos tiempos, nos ayudan a diferenciar la nueva sociedad de la sociedad de los días del Califato.*

"Obra de Muhammad ben Al-Siraf... (en ninguna) de las partes (que reciben fama) de los artífices, ni en el Edén de Allah (habrá) quien trabaje más ventajosamente que Abu-l-Hasan (cuando lo hace) por mandato del Emir. Me deseó el Emir Muhammad, para su esposa segunda Al-Badir (la luna) nuncio de la luz del Edén".

"En el nombre de Allah, clemente y misericordioso. Bendiga Allah a Mahoma y los suyos, y concédale la paz. Allah es el mejor guardián y el más misericordioso de los misericordiosos,... gloria eterna y beneficio completo y prosperidad continuada y aceptada y felicidad y ayuda de Allah y protección y gracia y victoria y auxilio y poder para su dueño".

"La protección de Allah y una victoria próxima y completa para los creyentes. Lo que prodiguéis en limosnas os será devuelto, porque El (Allah) es el mejor de los dispensadores.

Allah es el mejor custodio y el más misericordioso entre los misericordiosos.

No reprochará a vosotros en el día de hoy; perdonará Allah vuestras faltas, porque es el más misericordioso entre los misericordiosos".

"Por lo interior bien adaptado, cajita redonda es mi nombre y me hicieron saber que la seguridad es mi dote.

No dejé perder mi depósito en la duración de mi vida y por esta buena acción ensalzó el nombre elocuente mi fama.

¿A quién serviré yo sino a un elegante?"

"En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso; la protección de Allah y su victoria próxima para el siervo de Allah —y su valí Maad Abu Tamin— el Imán Al-Muaz... príncipe de los creyentes (las bendiciones de Allah sean con él y sobre sus hijos los buenos). (Esto es) de lo que mandó se hiciere para la victoria venturosa. Lo labró... Al Jurasani".

"Salud a aquel cuyo igual yo nunca encontré sobre el cual yo descanso más que en ningún otro; ese hombre generoso al cual siempre que fuí con una súplica nunca volví sino con lo que deseaba y con semblante feliz".

Inscripciones reproducidas por Ferrandis: *Marfiles y azabaches españoles,* 97 y siguientes.

## SEGUNDAS TAIFAS DE AL-ANDALUS

*Como durante la crisis del poder central, en los días del emir Abd Allah, se repartieron el señorío de Al-Andalus docenas de rebeldes y, tras las revoluciones cordobesas que siguieron a la caída de los Amiríes, diversos caudi-*

*llos árabes, bereberes y eslavos se tallaron en la Península varios reinecillos independientes, al hundirse el imperio almorávide, a la muerte de Ali ben Yusuf, surgieron en la España musulmana varios principados soberanos. Los rebeldes del siglo IX fueron sometidos por Abd al-Rahman III tras algunas décadas de dominar en sus castillos y provincias; los reyes de Taifas reinaron unos tres cuartos de siglo, hasta ser conquistados por los capitanes de Yusuf ben Taxufin; los reyezuelos del siglo XII cayeron pronto bajo el imperio de los nuevos señores de Africa, los almohades, con la única excepción del reino de Murcia.*

Después del reinado del Príncipe de los Musulmanes Abu-l-Hasan Ali ben Yusuf la situación de la Península Hispánica llegó a ser muy agitada, porque los almorávides se abandonaban los unos a los otros, cedieron a su gusto por el reposo y la tranquilidad y cayeron bajo la autoridad de las mujeres. Llegaron a ser objeto del desdén y del desprecio de los habitantes de Al-Andalus, provocaron la audacia de los enemigos, y los cristianos se apoderaron de numerosas plazas fuertes vecinas de sus fronteras. A tales causas de desórdenes hay que añadir la revuelta de Ben Tumart en el Sur, que apartó de los asuntos de España la atención de Ali ben Yusuf. Enardecidos por el estado de debilidad en que veían a la dinastía almorávide, los notables españoles expulsaron a los gobernadores que los regían, cada uno pretendió ser dueño de su propio territorio y faltó poco para que el país recayera en el mismo estado en que se halló a la caída de los Omeyas. Fraga fué reconquistada por el rey de Aragón (¡que Alá le maldiga!), se hizo también dueño de Zaragoza (¡que Alá la devuelva a los musulmanes!) y de numerosos distritos de la misma región. Los habitantes de Valencia, Murcia y la España Oriental se pusieron de acuerdo para reconocer la autoridad de uno de los principales oficiales del *chund*, Abd al-Rahman ben Iyad, que figuraba entre los más puros y entre los mejores del pueblo de Mahoma. Sé por muchos de sus compañeros que sus plegarias eran siempre escuchadas. Entre otros trazos notables de su carácter se cuenta que era el más compasivo de los hombres y el más pronto a las lágrimas, pero cuando tomaba sus armas y montaba a caballo nadie osaba enfrentársele y ningún héroe podía resistirle. Los cristianos juzgaban su empuje equivalente al de cien caballeros y, en viendo su bandera, exclamaban: "He ahí a Ben Iyad, he ahí cien jinetes". Gracias a ese hombre bueno, la protección divina no permitió al enemigo conquistar las regiones que regía, tal era el terror que inspiraba a los cristianos, que se mantuvieron alejados. Ben Iyad aseguró así la tranquilidad de la España musulmana hasta el momento de la muerte (¡Alá tenga piedad de él; ilumine su rostro y recompense sus esfuerzos!), cuya data exacta ignoro.

Tuvo por sucesor en el gobierno del país a Muhammad ben Saad, llamado ben Mardanix, que había estado agregado a su persona en calidad de escudero y de intendente. Cuando Ben Iyad estuvo en trance de muerte, el ejército y los principales habitantes que le rodearon le pidieron que designara quién debía regirles en adelante e hicieron alusión a su hijo: "Es poco a propósito para tal cargo —dijo el moribundo—, porque he oído decir que bebe vino y descuida la oración. Si le queréis como jefe, nada puedo yo hacer, pero tomad mejor a este hombre —añadió, señalando a Ben Saad—, tiene energía y es muy rico, es posible que por su intermedio Alá extienda su favor sobre los musulmanes". Y Ben Saad rigió, en efecto, el país hasta su muerte, en 568.



Los habitantes de Almería, después de haber expulsado también a los almorávides y de haber discutido sobre quién elegirían, decidieron otorgar el poder al caíd Abu Abd Allah ben Maymun, que no era de la ciudad, sino de Denia. Pero él rehusó la oferta, diciendo: "No soy uno de los vuestros, mi elemento es el mar, donde he adquirido mi reputación, en él seré vuestro amigo y os defenderé contra quienquiera que os ataque, pero elegid a otro para que os gobierne". Tomaron entonces por jefe a uno de entre ellos, Abd Allah ben Muhammad, llamado Ben al-Ramimi, cuya autoridad duró en Almería hasta el día en que los cristianos penetraron en la ciudad por tierra y por mar, ejecutaron a sus habitantes, redujeron a cautividad a sus mujeres e hijos y entregaron todo al saqueo, lo que sería largo de describir.

En cuanto a Jaén y su territorio, hasta el fuerte de Segura, y a las plazas fronterizas vecinas, fueron gobernados por un tal Abd Allah, cuyo padre ignoro y que era llamado Ben Hammuxk. Parece que reinó también algunos días en Córdoba.

Granada y Sevilla continuaron obedeciendo a los almorávides.

Tal era la situación de Al-Andalus, vista en conjunto a la caída de la dinastía almorávide, pero dejo de lado muchos detalles concernientes a castillos, fortalezas y pequeñas ciudades, por temor a extenderme demasiado y porque son poco conocidos.

El Oeste de España vió surgir una serie de fautores de desórdenes y de jefes de partidos, que perturbaron a los ignorantes y se atrajeron los corazones de la masa. Uno de ellos fué Ahmad ben Qasi, que comenzó por mostrar pretensiones al gobierno. Era maestro de ardides y de juegos de manos, sin contar que cultivaba la retórica y se hacía pasar por Mahdi, según noticias que tengo de fuente segura. Pero no alcanzó éxito en ninguno de sus proyectos y sus partidarios se volvieron contra él. Se sublevó en la fortaleza de Mertola, ya citada en la historia de la dinastía Abbadí. De ella le hicieron salir sus partidarios, mediante una estratagema por intermedio de mensajeros que le enviaron secretamente. Los almohades se apoderaron entonces de su persona y le enviaron a la costa de Africa, donde le presentaron a Abd al-Mumin. "Sé, le dijo, que pretendías ser el Mahdi —¿No hay dos auroras, respondió entre otras cosas el prisionero, la falsa y la verdadera? Bueno, yo era la falsa". Abd al-Mumin se echó a reír y le perdonó. El

vencido permaneció en su corte hasta que fué asesinado por algunos de los que habían abrazado su partido en España. De este Ben Qasi se cuentan hechos vergonzosos que acreditan su impiedad y el desprecio de todo principio de gobierno, hechos que paso en silencio para ocuparme de cuestiones más importantes.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 179).

## INVITACION AL JEFE ALMORAVIDE BEN GANIYA A SOMETERSE A LOS ALMOHADES

*Hemos visto a Ben Ganiya vencer en Fraga a Alfonso el Batallador y retirarse caballerosamente de Toledo por no luchar con la emperatriz. La derrota y muerte de Ben Zwel y de Ben Zata por los toledanos, le convirtió en el único gran caudillo almorávide de la última hora. Cercado en la Medina de Córdoba por Alfonso VII, se convirtió en su vasallo, en 1146, pero en seguida pesó en él más la comunidad religiosa con los almohades y pactó con ellos. El califa Abd al-Mumin le felicitó por su inclinación hacia su causa y le invitó a entrar, por adopción, en las filas de los nuevos dominadores del Magrib. No sabemos si antes o después de tal misiva, en todo caso en el mismo año 1148, Ben Ganiya intentó apoderarse de la persona del emperador Alfonso VII, ofreciendo entregarle Jaén, y cautivó y mató, en verdad, al conde Manrique, que cayó en la celada. La muerte le impidió poco después continuar sus traiciones y proseguir sus triunfos.*

Del Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin) al eminente jefe Abu Zakarariya Yahya ben Ali (Ben Ganiya).

En Maraquex, 9 Rabí II, 543 [27 agosto 1148].

El soberano declara que ha recibido carta de los talibs que están en Al-Andalus, donde se le da noticia de que el destinatario ha manifestado su inclinación por el régimen almohade y de que mantiene con ellos las mejores relaciones; les ha procurado ayuda efectiva y les da sin cesar pruebas de afección y de buena fe. El soberano ha recibido en seguida confirmación oral de tales noticias a la llegada del jeque Abu X, quien no ha ahorrado los elogios sobre él. Estas disposiciones de espíritu de su corresponsal han causado al soberano la más viva satisfacción y se alegra de que, por medio de la adopción fraternal, podrá convertirse en uno de los mejores colaboradores del partido almohade, conforme a las directivas dejadas por el Mahdi. Por lo demás, adhiriéndose al movimiento, el destinatario no hará sino seguir el ejemplo de sus contribulos, los Mussufa, que han dado ya



muestras de su sincera adhesión al régimen. Le cito entre ellos al jeque Abu Zakariya Yahya ben Ishaq ben Ibrahim, sus hijos y sus parientes; han recibido después de su adhesión al movimiento altos cargos del Estado y gozan de una gran consideración. El no será peor tratado que ellos, al contrario, si la luz de la prudencia quiere iluminar su corazón.

De *Un recueil de lettres oficielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 23).

## DESCRIPCION DE ALMERIA

*El Islam había interrumpido el tráfico entre las orillas cristiana y musulmana del mar Mediterráneo, y había provocado la territorialización de Europa. Pero, incluída España en la órbita económica islámica, prosiguieron sus milenarios contactos mercantiles con Oriente. Uno de los extremos del eje de la vida comercial del mundo arábigo se apoyó, durante siglos, en el puerto más occidental de Andalucía, en Pechina, situado junto a Almería. Por las tierras de Almería habían entrado en España viejísimas culturas prehistóricas y había penetrado el cristianismo; y la lógica de la geografía económica exigía que su principal fondeadero siguiera siendo llave del tráfico de Al-Andalus con Africa y Oriente. Almería sucedió a Pechina en ese papel fundamental. Al-Idrisi nos la pinta aquí como emporio mercantil. Lo fué hasta que se trocó en centro de la piratería musulmana del Mediterráneo Occidental. Su nueva actividad provocó su asedio y su conquista por Alfonso VII y por las naves italianas, rivales de las andaluzas. Había resucitado ya el comercio marítimo europeo y el eje de la vida económica de Europa iba ya de la Lombardía a Flandes. Y por ello la España cristiana quedó provisionalmente en mala postura frente a la economía de Occidente, hasta el descubrimiento y la conquista de América.*

La ciudad de Almería en los días de Al-Mulattam (época almorávide) era la ciudad del Islam; y se encontraba en ella todo lo extraordinario de todas las industrias: había 800 talleres de tejidos de seda, en los cuales se confeccionaban los trajes y las telas de seda dibujadas, así como el brocado, el "hispahanés", el "jorgiano", los velos floreados, los vestidos "ojeados" (con adornos parecidos a ojos), las alfombras, la tela "attabí", de seda y algodón de varios colores, la tela de seda "miyar" y (diversas otras) especies (de tejidos) de seda.

Antes, fabricábanse en Almería (distintas) clases de instrumentos de cobre y de hierro para todas las industrias, en cantidades y tipos imposibles de enumerar y describir.

(La ciudad) tenía, procedentes del valle de su río, gran acopio de frutas

baratas. Entre este río, que toma su nombre de Pechina, y Almería, hay cuatro millas. En la vecindad del mismo existían huertas, jardines y molinos. Todas sus producciones y frutas se transportaban a Almería, a donde se dirigían barcos de Constantinopla y de toda Siria.

No había en Al-Andalus población de mayor desahogo económico que la suya, ni más dada a las actividades industriales y al tráfico mercantil, tanto de exportación como de importación.

En Almería hay dos montes, entre los cuales existe un barranco que se hallaba poblado. Sobre uno de los montes estaba emplazada su alcazaba, conocida por "La fortaleza"; en el segundo monte estaba su arrabal llamado "Monte Laham".

La ciudad y el arrabal se encontraban rodeados de murallas, las que estaban provistas de varias puertas.

Hacia el lado del Poniente Almería poseía (otro) arrabal grande y próspero que se llamaba "El arrabal del estanque". Se hallaba amurallado y contaba con numerosos mercados, edificios, hospederías y baños públicos.

La ciudad en sí era grande, con abundancia de negocios. Eran muchos los viajeros que afluían a ella. Sus habitantes eran ricos: no (había) entre todas las ciudades andaluzas otra cuya gente fuera más pronta en sus pagos ni de posición más holgada.

El número de sus hospederías, según el censo levantado por el Registro de Aduana con motivo del consumo de vino, alcanzaba a la cifra de 970 establecimientos. Había en la ciudad una gran cantidad de talleres de tejidos, a los que antes nos hemos referido.

El lugar en que estaba ubicada Almería se halla rodeado en todas direcciones por rocas amontonadas y piedras duras y puntiagudas, sin nada de tierra, como si se hubiera buscado una parte pedregosa para emplazarla y su suelo hubiera sido (previamente) despejado de polvo por cribamiento.

En la fecha en que escribimos este libro Almería acaba de pasar al poder de los cristianos, quienes han destruído sus bellezas, han reducido a cautiverio a sus pobladores, han arruinado sus casas y arrasado sus construcciones altas, no dejando nada de la ciudad.

Del *Kitab nuzhat al-mustaq* de AL-IDRISI, ed. Dozy y de Goye (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado, según el texto de la Crestomatía de Asín, pág. 26).

## LOS ALMOHADES PONEN PIE EN ESPAÑA: RECONQUISTA DE ALMERIA

*El rey de León y Castilla, Alfonso VII el Emperador, de quien se reconocían vasallos los reyes de Navarra y Aragón, el conde de Barcelona, muchos grandes señores del Sur de Francia y algunos reyezuelos musulmanes —el califa almohade le llama, sin embargo, el sultancillo, despectivamente— había sabido aprovechar la crisis del poder almorávide en Africa y España, para extender su reino a tierras andaluzas. En 1146 entró en Córdoba y la cedió al último caudillo del imperio caído, Ben Ganiya, que hizo también acto de vasallaje. El mismo año obtuvo, del mismo, Baeza y Ubeda, llaves de Andalucía, al Sur de los puertos de Sierra Morena. Y en 1147 conquistó Almería, en el confín S. E. de España, con ayuda de naves italianas y en una expedición que movió a un vate de su reino a escribir uno de los últimos poemas latinos medievales. Pero el año antes los almohades habían puesto pie en España y el mismo de 1147 habían ocupado Sevilla. Ganan al siguiente la voluntad de Ben Ganiya y empiezan a recibir embajadas de los musulmanes de Al-Andalus. La conquista de éste les interesa cada día más. Antes de 1153 realizan la atrevida incursión marítima contra Almería que refiere Abd al-Mumin en su carta a la población de Ceuta, en 1153 conquistan Málaga, en 1154 Granada y en 1157 logran reconquistar para el Islam el puerto y la plaza almerienses. Y como de regreso del frustrado intento de socorrer a la lejana fortaleza, muriese cerca de Baeza el "Sultancillo", Alfonso VII, los almohades llevaron en seguida la raya de sus dominios hasta Sierra Morena. No faltaba razón, por ello, a su califa para enorgullecerse de sus triunfos, como lo hizo en efecto, en la misiva donde los refirió a los habitantes de Bugía.*



Del Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin) a los talibs de Ceuta.

En Marraquex, sin data [1147-1153].

El soberano acusa recepción, punto por punto, de una carta que le han dirigido los representantes de la autoridad almohade en Ceuta. Esta carta daba cuenta en primer término de los resultados de un desembarco realizado en Almería, entonces bajo el dominio cristiano, por marinos almohades del puerto de Ceuta. La respuesta recuerda lo esencial de la comunicación con los detalles que siguen:

Abu Muhammad Abd Allah ben Sulaiman había salido con algunos compañeros para realizar una expedición marítima. Estas fuerzas, embarcadas sobre las galeras (*qatan*), fueron favorecidas por la ayuda divina en su navegación. La escuadra almohade fué primero a reconocer los puertos de Málaga y Almuñécar; pero las defensas de los dos puertos, que todavía no habían pasado a poder de los almohades, no permitieron atacarlos a la escuadra. Puso ésta entonces rumbo sobre Almería, ocupada por los cristianos enemigos y se presentó ante la plaza una mañana, al alba. La guarnición, probablemente advertida de su llegada, se mantenía alerta; pero no había tenido tiempo de descargar los numerosos barcos de transporte (*xaqatir*) anclados en el puerto. A la llegada de las naves almohades, los cristianos de Almería organizaron su defensa a bordo de sus barcos de

transporte, que llenaron de armas y soldados. Pero varios almohades se precipitaron para cortar los cables que los amarraban a la orilla, y los que ocupaban aquéllos se arrojaron al agua para salvarse. Los almohades les persiguieron e hicieron en ellos gran matanza. Pudieron desembarcar en seguida, y en seguida atravesaron la puerta de la ciudad y entraron en el interior. Realizaron en él una marcha rápida, sembrando a su paso la devastación y el incendio, hasta que llegaron a la altura donde se alzaba la mezquita mayor. Después volvieron a bordo de sus galeras, se apoderaron de las naves y corbetas (*gurab*) que se hallaban en el puerto, quemaron las que no pudieron llevarse, se apoderaron de muchas máquinas de guerra y en seguida se dieron a la vela, victoriosos y cargados de botín.

El soberano comunica a sus corresponsales el interés con que ha leído su mensaje y la noticia que le dan de la llegada a Ceuta de Ben Miqdam y de las promesas que les ha hecho tal jefe andaluz sobre la ayuda que está dispuesto a suministrar a los almohades en caso de un ataque a Almería por sus tropas.

Les pide por fin que procuren detener el tráfico oculto que, según sus propias declaraciones, se mantiene entre Ceuta y los puertos andaluces todavía no sometidos a la autoridad almohade, en particular con Málaga. Se da orden de castigar con todo rigor a todos los que sean tomados en flagrante delito de relaciones comerciales con esos puertos.

Del Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin) a los jeqes, talibs, notables y al conjunto de la población de Bugía.

En Marraquex, en la primera década de Xaban 552 [8-17 septiembre 1157].

En el curso del período recientemente transcurrido, Al-Andalus había solicitado que se prestase atención a su situación, porque, en sus fronteras, el enemigo cristiano había aumentado su apetito y sus intenciones sobre él, e imaginaba que la fortuna acompañaría a sus banderas si intentase el ataque. El soberano, habiendo tomado la decisión de llevar la guerra santa contra los infieles, estimó que el primero y más importante objetivo de la misma era Almería, por hallarse tal ciudad en el punto de enlace de las zonas oriental y occidental de Al-Andalus y por formar el centro de unión entre las regiones continental y marítima del país. Entonces, los talibs encargados de la administración de la tierra de Granada fueron enviados (desde Marraquex) al lugar de su residencia, y apenas llegados a Granada reunieron sus tropas y salieron para atacar a Almería. Una parte de la guarnición cristiana de tal plaza había tomado posiciones en las alturas y los llanos de los alrededores, pero los almohades vencieron tales contingentes y éstos no pudieron impedirles llegar hasta las puertas de Almería, forzarlas y penetrar en el interior de la ciudad. El resto de la guarnición cristiana de la misma se refugió entonces en la alcazaba.



Cuando Ben Mardanix tuvo noticia de la toma de Almería, decidió marchar en socorro de los sitiados en la alcazaba y solicitó el auxilio del rey cristiano Al-Sulaitin (el Sultancillo = Alfonso VII). Sus huestes respectivas marcharon en dirección a Almería con efectivos considerables. Pero los almohades, sin abandonar el sitio de la ciudadela, hicieron frente a las tropas que venían para liberar la plaza y las forzaron a batirse en retirada.

Los talibs que dirigían la expedición habían advertido al soberano de la reunión de un ejército infiel y tal noticia le decidió a marchar en persona en su ayuda con una hueste. Mas apenas había caminado una jornada desde Marraquex, cuando recibió un mensaje avisándole de la retirada de los cristianos. El soberano volvió a su capital.

En cuanto al cuerpo expedicionario de Almería, después de la marcha de las tropas cristianas, sitió todavía más estrechamente la alcazaba y acabó por tomarla a viva fuerza. El ejército cristiano, batiéndose en retirada, se había dirigido hacia la llanura de Granada. El monarca cristiano había resuelto unirse a él allí, pero muy afligido y desmoralizado por su fracaso, murió al llegar a las proximidades de Baeza.

Tomada Almería, los talibs almohades partieron en persecución del enemigo y llegaron frente a Baeza. La población de tal plaza les acogió como liberadores y les abrió las puertas. Sólo una parte de la guarnición se había fortificado en la ciudadela con intención de resistir, pero ante la actitud de la población se apresuró a marchar hacia Ubeda. Después de haber dejado contingentes en Baeza, los talibs se dirigieron contra Ubeda, y se apoderaron de ella rápidamente así como de otros castillos de la región.

Baeza y Ubeda se encuentran las dos en el centro de una región muy rica que comprende extensos pastos y campos de labor. Además Baeza había constituído el punto de partida de las expediciones cristianas contra las tierras musulmanas. Había sido notablemente fortificada, dotada de numerosas máquinas de guerra y de considerables aprovisionamientos. Desde ella se domina la región más accesible que separa la España cristiana de Al-Andalus. Su conquista permitirá en adelante a los musulmanes hallarse en condiciones de atacar al enemigo.

El soberano termina su carta declarando que en adelante Al-Andalus encontrará la calma y la curación. Los talibs le han dado cuenta al detalle de tal expedición victoriosa: a su vez, avisa a sus corresponsales subrayándoles el auxilio divino que les fué acordado e invitándoles a dar gracias a Alá.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 25 y 39).

## FUNDACION DE GIBRALTAR

*En la antigua montaña de Calpe que con la de Avila (Ceuta) cerraban el Estrecho, había desembarcado Tariq el 27 de abril del 711. Conquistada España por los musulmanes, el peñón por donde el Islam había entrado en ella recibió el nombre de su conquistador y se llamó Chabal Tariq. Pero hubieron de transcurrir más de cuatro siglos hasta que el primer califa almohade Abd -al-Mumin ordenó la edificación de una ciudad en Gibraltar. Poseemos el texto de la carta dirigida a los jefes granadinos para que concurrieran, con los sevillanos y con los caudillos almohades, a marcar el solar de la nueva población. Y conocemos, por tanto, la fecha precisa en que entró en la historia una plaza cuyos fastos han influído e influirán aún en los destinos de España.*

Del Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin) a los talibs y a los almohades de Granada.

Desde el campo de los almohades en Al-Mahdiya el 20 Dzu-l-qada 554 [4 diciembre 1159].

El soberano hace saber a sus corresponsales que, aunque ocupado en hacer el *chihad* o guerra santa en la parte oriental del Africa del Norte, no ha perdido de vista los asuntos de Al-Andalus y ha resuelto la construcción de una ciudad en el Chabal Tariq, lugar en que se unen el Mediterráneo y el Atlántico y que constituye el eje de las regiones situadas a un lado y otro del Estrecho; se propone dotar a tal fundación de adelantos de todas clases y hacerla inexpugnable. Ha enviado a tal propósito al jeque Abu Ishaq Barraz ben Muhammad y al Hachch Yais.

Prescribe a los destinatarios de ir ellos mismos a Chabal Tariq acompañados de los jeques de los territorios de ellos dependientes. Encontrarán allí a los talibs de Sevilla y a los dos delegados del soberano. Y unos y otros determinarán el emplazamiento que les parezca más oportuno para la fundación urbana en proyecto.

El soberano añade que ha escrito al jeque eminente Abu Hafs para que acudiera si le fuera posible a la reunión en el solar de la nueva ciudad: y también al jeque, el caíd Abu Allah Ben Qiyar. El jeque Abu Ishaq Barraz y Al-Hachch Yais tienen las instrucciones necesarias.

Post Scriptum. En el momento en que el soberano se disponía a enviar el presente mensaje a sus destinatarios ha sido favorecido por Alá con la toma de Gafsa, acompañada de una petición de amán de los árabes que se habían refugiado en Gabes. La relación de este suceso será objeto de una misiva especial, que sus corresponsales recibirán al mismo tiempo. En tales condiciones, el soberano ha decidido volver a la parte occidental de sus dominios. Que se preparen a recibirlo y a informar a todos los almohades.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 44).



## EL PRIMER SOBERANO ALMOHADE EN GIBRALTAR

*He aquí la primera página de la historia de Gibraltar. Es una página cortesana y poética. El califa almohade que dió vida a la nueva ciudad y que la embelleció, tuvo en ella su primera audiencia literaria. Otra vez la barbarie africana se dejó adular para ser luego conquistada por la poesía y el ingenio andaluces. En el primer contacto entre el guerrero y los poetas no dejó el bárbaro de mostrar su desdén por las flores retóricas de los recitadores. Su frase "Me aburres, poeta, siéntate" tiene a lo menos el encanto de su feroz y primitiva sinceridad. ¡Cuántos príncipes no la habrían repetido si no se lo hubieran impedido las cadenas de las buenas maneras! Pero hubo algo más que fiestas literarias en el Gibraltar recién nacido. No podía Marte estar ausente de la fortaleza llave del Estrecho y Abd al-Mumin se ocupó durante su estadía en ella de establecer colonias militares en Córdoba, Sevilla y Jerez, que constituyeron el último aporte sanguíneo oriental al complejo étnico hispano.*

El crecimiento del poder de los Masmudas en el Magrib al-Aqsa, atrajo las miradas de los notables del Occidente de Al-Andalus, que de día en día fueron reuniéndoseles en mayor número y procedieron a porfía a un verdadero éxodo. De tal modo numerosas regiones de la Península reconocieron la autoridad de tal dinastía; primero Algeciras y Ronda, después Sevilla, Córdoba y Granada. Fué el jeque Abu Hafs Umar Inti, ya citado como miembro de la Comunidad (almohade), quien procedió a tales conquistas. Así se sometió al nuevo poder la España occidental.

En esta situación Abd al-Mumin reunió un cuerpo numeroso de tropas y se embarcó en Ceuta rumbo a la Península. Desembarcó en el lugar llamado montaña de Tariq (Gibraltar), que él denominó Monte de la Victoria. Allí, durante una estada de varios meses, construyó vastos palacios y fundó una ciudad, que existe todavía. A ella acudieron los notables del país para prestar juramento; entre otros, gentes de Málaga, Granada, Ronda, Córdoba, Sevilla... y de los lugares vecinos y que dependían de ellas. El príncipe tuvo en tal lugar una gran audiencia, en la que vió reunidos, alrededor de su persona, personajes, jefes, notables y príncipes, tanto del país como del Africa septentrional, y en tan gran número que ningún otro príncipe había antes congregado tantos. Fué la primera vez que invitó a

los poetas, que antes sólo había recibido a petición de los mismos. Entre los que se hallaron allí, la mayor parte hombres distinguidos, figuró Muhammad ben Habbus, habitante de Fez, que versificaba poco más o menos conforme al estilo de Muhammad ben Hani al-Andalusi, es decir, que buscaba las expresiones sonoras, palabras pomposas y trágicas pero vacías; claro que el último de los citados tenía más talento natural y más suavidad en su estilo. Ben Habbus declamó ese día una casida, en que se mostró magnífico y de la que sólo recuerdo estos dos versos: "La fortuna, gracias a vuestra dirección, ha alcanzado la meta que esperaba y esta época ha llegado a conocer tu justicia, contaba con que un día revestiría forma visible y ello se ha realizado".

Ben Habbus, que es autor de numerosas casidas, gozó de consideración cerca del príncipe, bajo el cual llegó a la opulencia, así como cerca de su hijo Abu Yaqub. Bajo los príncipes de Lamtuna había sido uno de los poetas favoritos, pero en virtud de alguna inconsecuencia del mismo, que llegó a noticia de aquéllos, hubo de huir a España y en ella permaneció oculto, sin fijarse en ninguna parte, hasta la caída de la dinastía.

☆

Alguien que era Xarif por su madre y que descendía del Xarif al-Taliq Marwani recitó en tal día a Abd al-Mumin los versos siguientes:

"El enemigo no tiene escudo más seguro que su huída".

¿La huída; a dónde, a dónde?, exclamó Abd al-Mumin, elevando la voz, y el poeta continuó:

..."¿Pero a dónde huir cuando la caballería de Dios le persigue? ¿Pero dónde irán los que son sobre las cimas, allí donde el cielo lanza contra ellos las estrellas como dardos? ¿Quién osa hablar de cristianos en España cuando de un mar a otro todo el país está lleno de árabes?"

Cuando hubo acabado su poema: "Así se alaba a los califas", dijo Abd al-Mumin. Atribuyéndose de tal suerte el título de califa.

El Xarif Taliq, abuelo del poeta, era Taliq al-Naama, así llamado a causa del hecho siguiente. Estaba encarcelado por orden de Abu Amir Muhammad, por sobrenombre Al-Mansur, que gobernó Al-Andalus bajo Hixam al-Muayyad, y gemía ya en una prisión subterránea desde hacía muchos años cuando escribió al ministro un memorial donde le describía el miserable estado a que había sido reducido por el rigor de su encarcelamiento. Ben Abi Amir recibió tal súplica con otras muchas y volvió a su casa, donde se divirtió en arrojárselas a un avestruz doméstico que tenía. El animal tragaba las unas y rechazaba las otras. El visir lanzó al montón general la del Xarif, que no había leído. El animal la tomó, se volvió y la arrojó a las rodillas de su amo, que se la envió otra vez. El avestruz la tomó de nuevo, dió la vuelta al palacio y volvió a devolverla a Al-Mansur.



Se la arrojó éste por tercera vez y el animal hizo varias veces lo mismo. Ben Abi Amir, asombrado, se puso a leer el memorial e hizo libertar al prisionero, que fué llamado a consecuencia de tal suceso Taliq al-Naama (libertado por el avestruz).

También en tal audiencia un sevillano, llamado Ben Sayyid, por sobrenombre Al-Lass, recitó lo que sigue:

"Vuelve tu vista al sol, convéncete que Saturno está demasiado cerca; mira una montaña fijada sólidamente sobre otra, se sostenga por su mole o la otra la soporte, ¿cómo podrá mirar siempre su noble persona?"

Abd al-Mumin le interrumpió: "Me aburres, poeta; siéntate". El poema era, sin embargo, uno de los más hermosos redactados en su elogio, pero el comienzo le afeaba.

También en tal audiencia fué recitado un poema por el visir y secretario Abu Abd Allah Muhammad ben Galib, de Valencia, llamado Rusafi y que vivía en Málaga.

...Rusafi, que no tenía veinte años cuando recitó tal poema, figura entre los más ilustres poetas de su tiempo, sobre todo como autor de poesías de cinco versos a lo sumo.

☆

Durante su estancia en Gibraltar, Abd al-Mumin se ocupó en organizar la administración de Al-Andalus, mientras que los notables del país acudían junto a él, y logró acabar tal organización en la parte de la Península sometida a su obediencia. Estableció como gobernador de Sevilla y de su distrito a su hijo Yusuf, que más tarde le sucedió, y le adjuntó viejos almohades y consejeros prudentes y hábiles, cerca de los cuales pudiera encontrar la dirección y ayuda necesarias. Como gobernador de Córdoba y de su provincia nombró a Abu Hafs Umar Inti, y en Granada y en su circunscripción estableció a Abu Said Utzman ben Abd al-Mumin, que figuraba entre los que poseían más inteligencia, talento y energía. Utzman gustaba además de la literatura y protegía a los literatos, sentía la poesía y sabía recompensar a sus autores, por lo que se formó en torno a él un grupo de poetas y de secretarios de Estado de gran mérito: tal que yo no sé de ningún otro príncipe de la misma dinastía que le reuniera parecido.

Después de haber llenado la parte de la Península que dominaba, de caballeros y de peones masmudas, árabes y de otra procedencia, Abd al-Mumin volvió a Marraquex. En el momento en que se preparaba para pasar a España, tal príncipe había llamado a las armas todas las poblaciones del Magrib y entre ellas a los árabes descendientes de Hilal Ben Amir, que habitaba los estados de Yahya ben al-Aziz (de Bugía)...

Numerosos árabes respondieron a tal llamamiento y cuando Abd al-Mumin se disponía a abandonar la Península, los estableció: unos en los alrededores de Córdoba, otros, en los de Sevilla, hacia Jerez y sus territorios.

Allí están todavía en el presente año 621 constituyendo un grupo importante, porque aumentó su número por su natural multiplicación y por nuevos envíos que han hecho Abu Yaqub y Abu Yusuf, y en tal forma que al presente hay en Al-Andalus, sin contar los peones, 5.000 caballeros árabes, descendientes de Zigba, de Riyah, de Chuxam ben Bakr, etc.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 185, 191, 193).

## RETRATOS DE LOS SULTANES ALMOHADES

*Otra vez Al-Andalus iba a formar parte de un imperio africano. Los sultanes almohades —ellos se hicieron llamar califas— conquistaron la España musulmana y la rigieron hasta no mucho después de la batalla de las Navas de Tolosa. He aquí sus retratos. Obsérvese cómo se había afinado el espíritu y cómo había adquirido gran cultura el segundo de ellos, durante su gobierno de España en nombre de su padre.*

ABD AL-MUMIN. — Tenía la piel blanca y los cabellos negros, su cuerpo robusto, pero de talla mediana, era de color encendido. Tenía el rostro bello y la voz clara, se expresaba con elegancia y de la manera más persuasiva. Era muy simpático y nadie podía tratarle sin llegar a ser su amigo. Tuvo 16 hijos.

ABU YAQUB. — Tenía la tez clara, tirando a rojiza, los cabellos muy negros y el rostro redondo, la boca y los ojos grandes, la estatura más bien alta, la voz clara; era afable y cortés, hablaba bien y tenía un trato muy agradable; conocía mejor que nadie las expresiones antiguas de la lengua, las hazañas y gestas de los árabes, su historia anterior y posterior a Mahoma. Se había aplicado con celo a estos conocimientos, mientras había gobernado Sevilla en vida de su padre y había frecuentado en esta ciudad a filólogos, gramáticos y exégetas del Corán.

ABU YUSUF YAQUB. — De color moreno claro, más bien alto; hermoso de rostro, tenía los ojos y la boca grandes, la nariz aquilina, las cejas muy negras, la barba redondeada, los miembros robustos, la voz sonora, la palabra abundante y de lo más precisa y elegante. Sus previsiones, de una rara justeza, se realizaban casi siempre; tenía experiencia de los negocios y conocía por igual las causas y los efectos del bien y del mal; la práctica del visirato, que había ejercido en vida de su padre, le había hecho conocer las cualidades de los recaudadores, gobernadores, caídes y demás autoridades, así como los detalles de la administración. Sus principios de gobierno



estaban inspirados en este conocimiento, que le permitía ser tan recto y equitativo como lo exigía la época y el lugar.

ABU ABD ALLAH. — Tenía la tez clara, la barba rojiza, los ojos azul oscuro, la cara llena y magnífica estatura. Era muy silencioso y permanecía frecuentemente con los ojos bajos, debido sobre todo a un vicio de pronunciación que tenía; era impenetrable, valiente, muy dulce, poco inclinado a derramar sangre y dispuesto sólo a realizar las cosas que previamente había estudiado; pero se le acusaba de avaricia. Sus hijos fueron poco numerosos; no le conozco más hijos que Yusuf, su presunto heredero, Yahya e Isaaq. Tuvo también dos hijas.

ABU YAQUB YUSUF. — No sé que haya tenido hijos; en efecto, murió joven, puesto que yo lo supe en el transcurso del año 621; su reinado había comenzado el 610, y fué, por consiguiente, de diez años y dos meses. Tenía la tez morena clara, el rostro redondeado, los párpados muy morenos; se le compara con frecuencia a su abuelo Abu Yusuf, tanto por sus maneras exteriores como por su carácter.

Del *Kitab al-Muchib* de ABD AL-WAHID AL-MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 172, 204, 226, 268, 282).

## LAS HUESTES DE BEN MARDANIX DE MURCIA SORPRENDEN GRANADA

*Ben Mardanix —Hijo de Martínez— se llamaba el caudillo musulmán, de origen hispano que logró reinar, en el Levante español, a la caída de los almorávides. No sólo no aceptó la soberanía de los almohades, que tenía por intrusos en España, sino que se atrevió a tomar la iniciativa contra ellos. Su suegro, el bravo Ben Hamuxk —Ben Mardanix tuvo buenos auxiliares— se apoderó de Granada en 1162, con la ayuda de fuerzas cristianas españolas. Aunque musulmán, el rey de Murcia buscó el apoyo de los peninsulares no islamitas, contra los nuevos bárbaros de Africa y derrotó al príncipe Abu Said. El califa almohade envió entonces contra Ben Mardanix a su hijo Abu Yaqub con un gran ejército, que logró, al cabo, reconquistar Granada.*

Narración de la sorpresa de Granada por Ibrahim, hijo de Ben Hamuxk, a consecuencia de la traición de Ben Idzahri y de los judíos de dicha ciudad, los cuales habían fingido hacerse musulmanes.

"Luego que recibimos, dice, la feliz nueva del retorno de nuestro sultán (Abd al-Mumin), su llegada a Gibraltar y en seguida su vuelta hacia

Marruecos, las tropas almohades apretaron con mayor vigor el sitio puesto a Carmona y acabaron por apoderarse de ella, con gran contrariedad para Ben Hamuxk, que había fijado su residencia en Jaén. A fin de desquitarse de la pérdida de Carmona, concibió el culpable deseo de sorprender a Granada, de la cual se hallaba tan próximo, y, al efecto, entabló relaciones con los judíos conversos de la ciudad y con el aliado de éstos, Ben Idzahri, un traidor infame que había emparentado, por matrimonio, con Ben Zayd, el antiguo almojarife de la ciudad. El príncipe Abu Said, hijo del califa, había partido de Granada, a fin de hacer una visita a su padre en Marruecos. Ben Idzahri se concertó secretamente con Ben Hamuxk, y entre ambos quedó fijada la noche en que el último de ellos se presentaría ante la puerta del arrabal, cuyas cerraduras serían rotas inmediatamente. Este proyecto se ejecutó con toda puntualidad, y Ben Hamuxk llegó durante la noche, el día... del mes... del año 557 [diciembre de 1161 a diciembre de 1162]. Afortunadamente, la alcazaba se hallaba guarnecida por bravos soldados almohades y bien provista de víveres e instrumentos de guerra. Al llegar Ben Hamuxk a las puertas de Granada, se hallaban ya reunidos todos los infieles. En seguida rompieron éstos las cerraduras y hasta la puerta y comenzaron a gritar: "¡A las armas, compañeros!" Al oír este grito los habitantes juiciosos de la ciudad, atemorizados por el ruido de las armas, corrieron precipitadamente hacia la alcazaba, a fin de llevar socorros a sus queridos hermanos, los almohades.

"Al amanecer del siguiente día, dueño ya Ben Hamuxk de la ciudad, envió un aviso a su emir Ben Mardanix, que se hallaba en Murcia, notificándole todo lo sucedido y haciéndole entrever la esperanza de que, si él llegaba con sus tropas, no tardarían mucho en entregarse los almohades de la alcazaba: Ben Mardanix reunió en sus estados todas las fuerzas posibles, llamó en su ayuda a los cristianos, sus amigos, y habiendo llegado éstos, se puso en marcha hacia Granada.

"Entretanto Ben Hamuxk se había establecido desde el principio de su llegada en la fortaleza roja (Alhambra), situada sobre la montaña llamada la Sabica, frente por frente a la alcazaba, y allí comenzó a disponer las catapultas destinadas a lanzar piedras sobre los almohades fortificados en dicha alcazaba, martirizando atrozmente a los que de aquéllos caían en su poder y arrojándolos en los planos de las susodichas catapultas, con lo cual mostraba su desprecio al Creador cuyos seres mutilaba. No obstante, Dios prestó su socorro a los almohades de la alcazaba, los cuales se mantuvieron firmes en la resistencia, provistos de víveres y todo lo necesario. Temiendo que el enemigo pudiese atacarles atravesando el pasaje abovedado que ponía en comunicación la alcazaba con la fortaleza roja, lo obstruyeron y pidieron auxilio al Emir de los Creyentes e igualmente al gobernador de Sevilla, Abu Muhammad Abd Allah, hijo de Abu Hafs. La nueva de estos sucesos corrió por todas partes, y los mensajeros enviados para pedir auxilios se hallaban en camino de día y noche.



"Tan tristes nuevas llegaron a conocimiento del Emir de los Creyentes, hallándose en Wadiqasa a dos jornadas de Ribat al-Fath, cerca de Salé, e inmediatamente regresó a este último lugar. Entonces el príncipe Abu Said, adelantándose con sus propias fuerzas, caminó de día y de noche en dirección a España, con la esperanza de poder penetrar en la alcazaba de Granada y arrojar a Ben Hamuxk de su fortaleza. Suponía que éste no contase más que con sus fuerzas propias; mas no era así. Ben Mardanix le había enviado dos mil jinetes cristianos con muchos más infantes, a las órdenes del infiel Calvo, el nieto de Alvar Háñez.

"En seguida de llegar a Qasar Masmuda, el príncipe atravesó el Estrecho y se dirigió a Málaga, de donde envió al gobernador de Sevilla, Abu Muhammad Abd Allah, hijo de Abu Hafs, hijo de Ali, orden de venir a reunirse con él con todas sus tropas disponibles. Obedecida prontamente la orden por el gobernador de Sevilla, pusiéronse ambos en marcha hacia Granada; pero ya estaban en ella los cristianos enviados en auxilio de su suegro por Ben Mardanix. El príncipe Abu Said avanzó con sus almohades y los musulmanes españoles y penetró en la vega de Granada por la parte en que más abundan sus acequias de riego, hasta un lugar llamado Marcharocat, a cuatro millas de la ciudad, donde fué atacado por Ben Hamuxk y los cristianos. Atemorizados los soldados del príncipe almohade por la vista de los cristianos, que eran numerosos y muy bien equipados, y por la de otros que se habían mantenido ocultos en emboscada, buscaron su salvación en la fuga; mas cayeron con sus caballos en las acequias, y ésta fué una de las principales causas del desastre. El príncipe Abu Said tuvo la fortuna de escapar ileso y se retiró a Málaga, mas no el gobernador de Sevilla, que perdió la vida con muchos almohades y musulmanes españoles. Este desastre fué una gran calamidad; mas, por fortuna, Dios continuó favoreciendo a los almohades sitiados en la alcazaba, los cuales desde lo alto de sus muros fueron testigos de las crueldades cometidas por Ben Hamuxk (que se había vuelto a la fortaleza roja con sus aliados cristianos) en sus prisioneros.

"Cuando el califa, a cuyo alrededor se habían reunido los almohades, los beduínos y las tropas regulares, recibió en Ribat al-Fath, cerca de Salé, la nueva de la batalla perdida, reunió un escogido ejército de unos veinte mil hombres, entre jinetes y peones; les exhortó a batirse valientemente, recordándoles las recompensas ofrecidas por Dios a los que hacen la guerra santa, y les dió por jefe a su hijo, Abu Yaqub Yusuf, asociando a éste al jefe de los almohades, su íntimo amigo, Ben Yaqub Yusuf, hijo de Sulayman, en quien era reconocida la experiencia en los asuntos de la guerra y la bravura bien probada. Las tropas marcharon rápidamente, atravesaron unas tras otras el Estrecho y llegaron en un principio a Algeciras y después por la costa a Málaga, reuniéndose en esta ciudad con las de Ben Said. Bien provistas las tropas de todo lo necesario para su nutrición y la de sus caballos y pagadas con largueza, marcharon contra el enemigo; pero en cortas jornadas, según la orden dada por el jeque Ben Yaqub Yusuf, el cual,

de acuerdo con sus guías, quería que llegasen a Granada aun los más flojos.

"Entretanto Ben Mardanix había acudido también a Granada con sus tropas y los cristianos y había fijado su campo en la montaña inmediata a la alcazaba; Ben Hamuxk continuaba sobre la otra montaña contigua, llamada la Sabica, con los cristianos mandados por el Calvo, el nieto de Alvar Háñez, y por los dos hijos del conde de Urgel. El número de estos cristianas ascendía a más de ocho mil jinetes, sin contar las tropas de Ben Hamuxk. Las que mandaba Ben Mardanix eran aún más numerosas. Las dos divisiones del ejército enemigo (de Ben Mardanix y Ben Hamuxk) se hallaban separadas por el Darro, que corre entre Granada y su alcazaba, circunstancia que fué muy feliz para los almohades, como se verá, porque ese río vino a ser fatal a sus enemigos durante la batalla. De un día a otro se esperaba ver llegar a los almohades; pero éstos avanzaban lentamente, hasta que, por fin, vinieron a hacer alto en Dilar, cerca de Alhendin. Después de descansar en dicho lugar, reanudaron su avance hasta el río Genil, cerca ya de Granada. Envanecidos los infieles, creían que aún no se hallaban los almohades tan cerca y que continuaban su lenta marcha.

"El jueves 27 de Rachab del año 557 [12 de julio de 1162] el jeque Ben Yaqub reunió cerca de sí a todos los jefes de banda y les arengó. Después de la oración del mediodía se dió pienso a los caballos y se resolvió avanzar, luego que comenzase la noche; y, en efecto, terminada la oración de la tarde, todo el mundo se puso en marcha. Se envió por delante a los guías y a la brava infantería de los Masmudas, que pronto coronaron la montaña que domina al Genil y que se halla pegada a la Sabica y a la de la fortaleza roja, en la cual se hallaba la división de los cristianos de Ben Hamuxk. Toda la noche se invirtió en la subida a dicha montaña, que hubo de hacerse lentamente por ser muy escarpada; mas Dios la convirtió en llana, y como en la segunda mitad de la noche brilló la luna, se pudo ver bien dónde poner el pie.

"Al despuntar la aurora del día 13 de julio, pusiéronse los almohades en contacto con el campo de los infieles, cayendo sobre éstos, que todavía se hallaban dormidos. No habían montado sobre sus caballos, cuando experimentaron que Dios había resuelto su derrota. No obstante, dieron ellos algunas cargas contra sus enemigos, conforme a su táctica, mientras venía el día claro y permitía distinguir al amigo del enemigo; pero al mismo tiempo se había oscurecido el cielo por el polvo; no se oía más que el ruido de los sables y un griterío ininteligible. Dios había privado de memoria a los cristianos y a Ben Hamuxk; ellos creían que el terreno comprendido entre la montaña Sabica y el campo de Ben Mardanix era una planicie continuada, siendo así que se encontraba cortado por el Darro, y cuando emprendieron la fuga, cegados por el polvo, se precipitaron en el río, de suerte que sus escuadrones quedaron aniquilados. Esto fué obra de Dios, que así da la victoria a sus elegidos. El cristiano Calvo, el nieto de Alvar



Háñez, había sido muerto en el combate; su cabeza fué transportada a Córdoba y suspendida en la puerta del puente a los pocos días. Entre los que perecieron en el río, se contó a Ben Ubayd, unido a Ben Mardanix por parentesco de afinidad y uno de sus capitanes de más renombre. Desde la montaña de su campo había sido el mismo Ben Mardanix testigo de la muerte de sus compañeros y de sus infieles, sin que pudiese hacer otra cosa que deplorar su suerte.

"No obstante la persecución continuó; los almohades mataron a sus enemigos en las llanuras y sobre las montañas y al mediodía entraron vencedores en la ciudad. Sus compañeros, que guarnecían la alcazaba, salieron inmediatamente matando a los habitantes de aquélla que les eran sospechosos de infidelidad.

"En cuanto a Ben Mardanix, abandonó con el resto de sus tropas la posición que ocupaban, dejando sus tiendas y una gran parte de sus bagajes, de la propia forma que había dejado a sus compañeros entregados a su suerte. Persiguiéronle los almohades, matando a los que pudieron coger de sus soldados. ¡El se escapó por aquellas montañas; pero preguntadle cómo lo consiguió!

"Los bienes de los traidores fueron confiscados, como era justo".

De la historia de SAHIB AL-SALA (Trad. de Gaspar y Remiro: Historia de la Murcia Musulmana, 210).

## LOS SOBERANOS ALMOHADES INVITAN A SOMETERSE A BEN MARDANIX

*En los comienzos de la intervención y de las conquistas almohades en España el primer soberano almohade había procurado atraerse a Ben Mardanix mediante una carta insinuante y promisoria en la que no faltaban, sin embargo, más o menos desveladas amenazas. Después del fracasado socorro del reyezuelo hispano a Almería y del choque de Granada, el nuevo califa Yusuf Abu Yaqub reiteró la invitación en tono más conminatorio pero todavía amistoso. Ben Mardanix no se dejó seducir por las ofertas ni amedrentar por las palabras duras. Y siguió su camino, indiferente a halagos y amenazas; su camino que era el de la heroica resistencia al invasor africano de su patria española; para él, patria común de musulmanes y cristianos.*

Del Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin) al jeque Abu Abd Allah Muhammad ben Saad.

En Marraquex, el 16 Chumada II 548 [9 septiembre 1153].

El soberano expone al emir andaluz que estima útil escribirle a fin de sugerirle el unirse al movimiento almohade y de ganar así su salvación.

Si responde favorablemente a su invitación, sin duda ha de ganar mucho. Le exhorta a no dejarse seducir ni extraviar lejos de la vía del Madhi, y le asegura que es por el bien común de los musulmanes, por lo que desea obtener el arrepentimiento y la sumisión de los que no han adherido aún a la nueva causa.

Le pide en seguida que reflexione sobre los ejemplos dados por los grandes personajes y jefes de la Península Ibérica: unos han obtenido de su adhesión los mayores beneficios, otros han perdido todo por haber permanecido hostiles. ¡Que el mismo a su vez, elija en conciencia, y sin tergiversar las cosas por más tiempo!

El soberano almohade recuerda al fin a su corresponsal la manera poco loable como se ha comportado con la población de Valencia, cuando se sometió a los almohades, y después con la de Lorca. Es necesario que no se renueven tales intervenciones. Espera en todo caso que su corresponsal no tardará en sentirse atraído hacia el movimiento almohade y en unirse a él.

El Emir de los Creyentes (Yusuf), hijo del Emir de los Creyentes (Abd al-Munim), al emir del Levante de España (Xarq al-Andalus), Abu Abd Allah Muhammad ben Saad ben Mardanix.

En Marraquex, después de la plegaria del viernes, primer día de Ramadan 564 [29 mayo 1169].

El soberano invita a su corresponsal a unirse al gobierno almohade y a ocupar en el régimen el lugar escogido que le corresponde. Le quiere bien y le aconseja lo mejor para sus propios intereses morales y materiales. Alegando los habituales argumentos sobre la ortodoxia de la doctrina almohade espera que esta gestión, que renueva la de su padre el Emir de los Creyentes, tendrá éxito esta vez.

En la segunda parte de la carta el tono llega a ser sensiblemente más enérgico. El soberano comunica al destinatario que el jeque eminente Abu Hafs se ha puesto en camino para la península de Al-Andalus en el curso del año, para emprender la *chihad* o guerra santa contra los cristianos y para combatir a los musulmanes no sometidos aún. El soberano acaba de enviar un mensaje a Abu Hafs para advertirle de la gestión (objeto de la misiva) y para ordenarle marchar en dirección al territorio del emir Ben Mardanix a fin de aguardar allí su respuesta que espera favorable y pronta.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 51).

## EL REY LOBO DE MURCIA

*El Hijo de Martínez, que osó combatir a los almohades, fué maltratado por los cronistas a sueldo de los conquistadores africanos. La historia islamita hizo, al cabo, justicia a su valor y a sus talentos políticos, y los*



*cristianos españoles guardaron buen recuerdo del rey Lope, de Murcia. Pero Ben Mardanix no pudo resistir, a la postre, la oleada almohade y, aunque murió insumiso, en el lecho de muerte aconsejó a sus hijos que se sometieran a los recién venidos. Lo que el astuto y valeroso murciano no logró por las armas, lo alcanzaron sus hijas —por su belleza, sin duda—, pues dos de ellas se casaron con los califas almohades: Abu Yaqub y Abu Yusuf. Y otra vez las mujeres españolas conquistaron a los conquistadores.*

Abu Abd Allah Ben Mardanix era tan valeroso, que se lanzaba en medio de los escuadrones enemigos y se abría paso entre ellos haciéndoles retroceder a derecha e izquierda, a la vez que recitaba la siguiente estrofa:

"Me lanzo sobre un escuadrón, sin atender el peligro; lo mismo por su flanco que por su centro marcho cargando a pie desnudo".

Cierto día que se había lanzado en medio de un escuadrón de cristianos, derribando y matando a muchos de sus caballeros, de tal suerte que él mismo llegó a maravillarse de su hazaña, decía luego a uno de sus capitanes, muy aguerrido y famoso en la pelea: "¿Qué te ha parecido mi proeza?" Y respondióle este último: " Si te hubiera contemplado el sultán, seguramente te llegaba a ofrecer mayores riquezas que las que posees en tu tesoro y mayor dignidad de la que hoy disfrutas. ¿Por ventura hay algún jefe del ejército que dé a la cabeza de sus soldados la carga que tú has realizado, ofreciendo su vida por la de los demás?" A lo cual replicó Ben Mardanix: "¡Déjame estar. Una vez he de morir, y muerto yo, no habrá quien pueda sostenerse!"

"Para sus oficiales tenía además otras cualidades apreciables; los lunes y jueves de todas las semanas los convidaba, lo mismo que a los altos dignatarios, a un banquete, que se celebraba en uno de los salones de su palacio; mientras los convidados bebían, sus esclavas bailaban y cantaban, y al terminar la fiesta, muchas veces distribuía entre los convidados los vasos de plata que habían servido en el convite, y hasta los tapices que adornaban la estancia; siendo esto así, nada tiene de extraño que tal capitán fuese el ídolo de sus guerreros; la mancha de su carácter, aun para los mismos musulmanes, era su gran lujuria".

Tal era el enemigo que tanta oposición iba a hacer al entronizamiento de los almohades en la España musulmana. Durante algunos años, los primeros del reinado de Ben Mardanix, nada intentaron los almohades contra éste, bien porque, embarazados en extender sus conquistas por el Africa y acrecentar su dominación en el centro y occidente de la Península, no contasen con fuerzas para ello, o bien por el respeto que les infundiese después la situación favorable del valeroso régulo del Oriente de España. Es más, llegaron a romper las hostilidades contra Ben Mardanix, cuando éste, en su propósito de arrojarles de la Península, entró con sus tropas por las regiones que ya les obedecían, y logró arrebatarles algunas de las sujetas

a su dominio; y aun así, en un principio los sides o príncipes almohades dirigieron sus poderosos ejércitos a las comarcas de Andalucía en las cuales había conseguido Ben Mardanix imponer su autoridad, sin atreverse de primeras a penetrar en el corazón de su reino. En esto no hicieron dichos príncipes más que seguir las instrucciones que, respecto del particular, les diera su padre Abd al-Mumin; pues éste, al morir, si hemos de creer a Ben Jaldun, recomendó, entre otros asuntos, a sus hijos que dejasen en paz a Ben Mardanix en tanto no se opusiera a las empresas de ellos, y que, para atacarle en su reino, esperasen a que la fortuna le fuese adversa. "Echad, díjoles también, de la región de Túnez y Trípoli a los árabes y transportadles al Mugrib; en éste os servirán de cuerpos de reserva para cuando vayáis a combatir a Ben Mardanix".

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Trad. Gaspar y Remiro: Murcia Musulmana, 191).

Cuando su autoridad fué permanentemente establecida Abu Yaqub se instaló en Marraquex y allí permaneció sin salir de la ciudad hasta el año 567.

Decidió entonces pasar a la Península, en apariencia para combatir a los cristianos, pero en realidad para acabar su conquista y apoderarse del territorio que detentaba Muhammad ben Saad, conocido por Ben Mardanix, es decir: desde el comienzo del distrito de Murcia hasta el límite oriental del país actualmente en manos de los musulmanes. Hemos expuesto antes los orígenes del poder y de su conquista por tal jefe. Para ejecutar su propósito, el Príncipe de los Creyentes reunió fuerzas considerables, tanto de las tribus almohades como del ejército *(chund)* y se trasladó a Ceuta, donde construyó una morada, todavía existente, en la que se instaló para esperar la concentración de sus huestes y la llegada de los rezagados. Atravesó en seguida el Estrecho, se estableció en Sevilla, y de allí envió tropas contra Muhammad Ben Saad. Al mismo tiempo que ordenaba a Utzman ben Abd al-Mumin, su hermano, gobernador de Granada, que atacase Murcia, capital de Ben Mardanix.

Utzman, obedeciendo el mandato, avanzó hasta un lugar llamado Al-Challab, próximo a Murcia, mientras su adversario marchaba contra él a la cabeza de fuerzas numerosísimas, compuestas en su mayor parte de francos (cristianos). Ben Mardanix, en efecto, había recurrido a ellos y los había organizado en divisiones *(chund)* y en cuerpos auxiliares, a causa de la oposición que advertía en sus principales oficiales y de la desafección de la mayor parte de sus súbditos, por lo que había ordenado la ejecución, mediante diversos suplicios, de varios de los capitanes contra los que tenía sospechas. Me han contado que entre otras torturas que les infligió, hizo enterrar algunos en construcciones de mampostería y los dejó morir de hambre y de sed. Por ello había reclutado cristianos, les había organizado



en divisiones y les había dado en feudo las propiedades de los oficiales condenados a muerte. Había, además, desterrado a numerosos habitantes de Murcia y había instalado a los cristianos en sus casas. El choque entre su ejército, cristiano en su mayoría, y el de los almohades tuvo lugar en Al-Challab, a cuatro millas de Murcia. Fué vergonzosamente derrotado y cayeron muertos muchos de sus jefes cristianos. Se refugió en Murcia y resistió en ella el cerco de los almohades, hasta que murió de muerte natural. Se mantuvo su muerte en secreto hasta la llegada de su hermano Abu-l-Hachchach Yusuf ben Saad, llamado Al-Rais, que acudió de Valencia, por él gobernada en nombre de su hermano. Después de haber vacilado y de haber empleado toda clase de ardides, Yusuf y los hijos de más edad de Muhammad ben Saad, se pusieron de acuerdo para entenderse con Abu Yaqub y entregarle el país.

Se cuenta que cuando estuvo en trance de muerte, Ben Abd Allah Muhammad ben Saad reunió a sus hijos e hizo sus últimas recomendaciones al mayor, Abu-l-Qamar Hilal. Que yo sepa, este príncipe tenía ocho hijos: Hilal, Ganim, Zubayr, Aziz, Nusayr, Badr, Arqam, Askar, a más de otros pequeños, cuyos nombres ignoro, y de varias hijas, una de las cuales se casó con el príncipe de los creyentes Abu Yaqub y otra con el príncipe de los creyentes Abu Yusuf Yaqub. "Hijos míos, dijo entre otras cosas el moribundo, veo que esos recién venidos, sostenidos por numerosos partidarios, se extienden por todas partes y que las diversas comarcas reconocen su autoridad. Como creo que no podéis resistirles, os aconsejo que reconozcáis de buen grado su soberanía, a fin de gozar de alguna influencia cerca de ellos; no aguardéis a sufrir la misma suerte que han sufrido otros antes que vosotros, porque no ignoráis cómo han tratado a las comarcas conquistadas de viva fuerza", y ellos continuaron el consejo de su padre.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 214).

## UN MILAGRO CRISTIANO CONTADO POR LOS SARRACENOS

*El califa almohade Abu Yaqub, después de sometido Al-Andalus, quiso acometer a los cristianos y emprendió una gran campaña en que llegó hasta Huete. El asedio fué largo y duro y los cristianos se hallaban prontos a rendirse, cuando un aguacero providencial les salvó del apuro. He aquí cómo cuenta el milagroso suceso un historiador musulmán y africano.*

### El sitio de Huete

Abu Yaqub salió de Sevilla para combatir a Alfonso, ¡que Dios maldiga!, y vino a acampar cerca de una gran ciudad llamada Huete, que formaba

parte de los estados de su enemigo, y en la cual, por lo que había sabido, se encontraban los grandes de la corte de Alfonso, así como los jefes de sus tropas. Sitió la ciudad y mantuvo el cerco durante varios meses, con tal rigor, que los sitiados querían rendirse. Yo sé por muchos jefes, con los cuales he estado en relación, que los habitantes, agotados por la sed, pidieron cuartel al Príncipe de los Creyentes, prometiéndole abandonar la ciudad, pero él rehusó aceptar la oferta, llevado de la esperanza que le inspiraban las noticias sobre la miseria ocasionada por la falta de agua y por el número de bajas.

Los sitiados no tenían nada que esperar de él, cuando una noche los sitiadores oyeron en la plaza un gran ruido acompañado de clamores; los cercados estaban paseando sus libros santos, rodeados de los sacerdotes y de los frailes, que dirigían súplicas al cielo mientras el resto del pueblo respondía amén.

La lluvia empezó entonces a caer a torrentes y tan en abundancia que pudieron llenar sus vasijas y beber cuanto quisieron. Esto les permitió continuar su resistencia, y el sitiador volvió a Sevilla después de haber pactado con Alfonso una tregua de siete años. Continuó viviendo en la Península durante el resto del año 567 y los dos años siguientes, y después regresó a Marraquex a fines del 569.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 216).

## AVERROES

*Ben Tufail (1110-1185) y Ben Ruxd —Averroes— (1126-1198) continuaron en el siglo XII la tradición filosófica hispano-musulmana. El primero fué un neoplatónico; su obra más famosa es "El Filósofo Autodidacto". En Averroes culmina el pensamiento filosófico arábigo-español. Defiende la inteligencia de las esferas, la eternidad y la potencialidad de la materia, el monismo del intelecto humano, la negación de la inmortalidad personal y la interpretación alegórica del Corán y de la filosofía. La influencia de Averroes en el pensamiento europeo fué enorme. El judío cordobés Maimónides se apoderó de su tesis y, siguiéndole, trató de conciliar la doctrina peripatética y la religión mosaica; y los filósofos hebraicos de los siglos medios figuran en la escuela averroísta. Mayor aún fué la eficacia de las concepciones de Averroes en la Escolástica. Miguel Escoto y Hermann el Alemán, hicieron traducir sus obras a los traductores de Toledo y las dieron a conocer allende el Pirineo. Le citan ya Alejandro de Halles y Guillermo de Auvernia; Alberto Magno recibe, a su pesar, algunas de sus tesis; Santo Tomás es su primer discípulo y su más serio adversario; la escuela dominicana (Raimundo Martín) y la franciscana (Rogerio Bacon) le combaten y le siguen a las veces; la Universidad de París (Siger de Brabante) le estudia, y Dante le coloca en la región del más allá reservada a los hombres de gran mérito. Sobre el averroísmo de Santo Tomás, de que habló ya Renan, debe consultarse a Asín.*



### Averroes y la interpretación alegórica del Corán

Réstanos solamente examinar, según hemos prometido, en qué materia y a qué personas sea lícita la interpretación alegórica del texto revelado, y en qué materias no lo es. Con este examen se terminará el presente libro.

Todas las ideas expresadas en el texto revelado pueden reducirse a cinco clases, mejor diré, a dos: la primera de ellas indivisible, y la otra divisible en cuatro.

La primera, o sea la indivisible, comprende todos aquellos casos en que la idea significada literalmente por el texto es idéntica a la que éste intenta expresar.

La clase divisible en cuatro comprende todos los casos restantes en la que la idea significada literalmente por el texto revelado no es la misma que se intenta expresar, sino otra distinta tomada tropológicamente por modo de semejanza. Las cuatro subespecies de esta clase tienen lugar en los siguientes casos:

1º Cuando la idea que se quiere expresar por medio de su semejante no puede ser vislumbrada sino en virtud de remotas y complicadas analogías, que exigen largo espacio de tiempo y muchos estudios, no pudiendo, además, ser apreciadas sino por entendimientos muy vivos y despiertos; e iguales dificultades ofrece, además, el percibir que la idea, literalmente expresada, es distinta de la significada por el símil metafórico.

2º Caso opuesto al anterior: cuando con gran facilidad se aprenden ambas cosas, a saber, que el texto es un símil y cuál es la idea por éste significada.

3º Que sea fácil ver que se trata de un símil; pero difícil averiguar la idea significada por él.

4º Caso inverso al anterior; que sea fácil vislumbrar la idea significada por el símil, pero difícil sospechar que el texto sea un símil.

Esto sentado, es indudablemente un error el interpretar alegóricamente los textos de la primera clase de las cinco enumeradas. En los de la segunda clase (caso primero), cabe la interpretación, pero debe reservarse tan sólo a los hombres muy sabios, siendo ilícito a éstos el manifestarla a los demás. En cambio, en los textos de la tercera clase (caso segundo), la interpretación alegórica es la que debe proponerse y hay que manifestarla a todos sin excepción. Por lo que toca a los textos de la cuarta clase (caso tercero), la solución ya no es la misma; en ellos se emplea el sentido metafórico, no porque las ideas que se intenta expresar sean abstractas para la inteligencia

del vulgo, sino con el fin de mover más los corazones. Así ocurre, v. gr. con aquellas palabras de Mahoma: "La piedra negra es la diestra de Dios en la tierra" y con otros textos semejantes, en los cuales directamente o con facilidad se advierte que son metáforas, pero es difícil adivinar lo que significan. Lo que debe hacerse con estos textos es lo siguiente: interpretarlos alegóricamente, pero sólo los hombres escogidos por su saber; y en cuanto a los demás hombres que sospechan que allí hay metáfora, aunque no son capaces de adivinar su sentido, una de dos, o decirles que se trata de textos cuyo sentido oscuro y dudoso los sabios sólo conocen, o acomodar la explicación al sentido metafórico que se les haga más fácil de imaginar. Esto último será lo más conveniente para disipar las dudas que el texto les haya sugerido. Y la regla para esto es la misma que siguió Abu Hamid (Al-Gazali) en el libro de la Separación (Faysal), y que consiste en hacer ver a tales personas que una misma realidad puede tener cinco maneras de existencia, que Abu Hamid llama esencial, sensible, fantástica, intelectual y alegórica. Cuando surja la cuestión antedicha sobre un texto, examínese cuál de estas cuatro últimas maneras de existencia parece más aceptable a esas personas que creen imposible la existencia esencial de las cosas significadas por el texto, es decir, su existencia real *extra mentem*, y hágaseles una explicación metafórica conforme a esa manera de existencia que ellos tienen por posible. A esta especie pertenece aquel dicho de Mahoma: "No ha habido profeta a quien no haya yo visto, sin que lo haya visto en este mi puesto", hasta las palabras "los jardines y fuego". Y aquel otro: "Mi estanque y mi asiento son uno de los jardines del paraíso y mi trono sobre el estanque". Y aquel otro: "A todo hijo de Adán se lo come la tierra, con excepción del coccigys". Inmediatamente se percibe que todo eso es metáfora; pero no se percibe más mediatamente la cosa que es metáfora. Esta manera de interpretación alegórica es lícita cuando el texto revelado reúne las condiciones apuntadas, y conforme a las normas dichas. Abu Hamid no distingue en esta cuestión lo necesario, pues su regla es general, aun para el caso en que sea difícil apreciar que el texto es un símil y lo que significa; de modo que en estos casos, aunque ocurran sospechas de primera intención sobre que el texto es un símil, siendo vanas y sin ningún fundamento aquellas sospechas, es preciso desecharlas y no aplicar al texto la interpretación alegórica como lo hemos hecho ver en este nuestro libro (Kaxf), en muchos pasajes en que se les ocurre eso a los mutakallimun, esto es, a los ascaries y muqtaziles.

Los textos de la quinta clase (cuarto caso), son aquellos en que es difícil sospechar si son metáforas, pero, que una vez advertido esto, es también discutible si se deben o no interpretar alegóricamente por aquellas personas que dudan si hay allí o no símil, aunque son capaces de adivinar su sentido metafórico, caso de que vean que hay allí símil, y adviértase que no es poco esto, tratándose de hombres que no son sabios profundos. Con estos tales puede seguirse un doble procedimiento: o decirles que lo más



seguro es no interpretar alegóricamente el texto revelado, sino desechar como vanos los motivos en que ellos creían fundarse para decir que el texto es metafórico (y ésta sería la conducta más prudente), o también explicarlo mediante una interpretación alegórica acomodada al grado de duda en que se encuentran.

No obstante eso, la interpretación alegórica, cuando se permite a estas dos últimas clases de personas, engendra opiniones peregrinas y muy apartadas de la letra de la revelación, las cuales pueden llegar a propagarse y ser rechazadas por el vulgo. Esto es lo que les ha pasado a los sufíes y a cuantos sabios han seguido el mismo método. Y así, cuando alguien ha atacado la interpretación alegórica sin distinguir ente textos y textos, entre personas a quienes es y a quienes no es lícita, se ha producido gran confusión en el asunto y se han originado sectas, que mutuamente se excluyen y anatematizan como infieles. Todo lo cual no es más que ignorancia del fin de la revelación e injusticia contra ella.

Por este tratado (Kaxf) se puede ya conocer el conjunto de errores que en nuestra religión se ha ido engendrando con las interpretaciones alegóricas. Nuestro deseo sería alcanzar esta finalidad en todos los tratados sobre la religión, esto es, que atendamos a si es necesario o no interpretar el texto revelado. Con esto no me refiero solamente a las dificultades todas que hay en el Alcorán, sino también a las que hay en la Sunna o Tradición. Ya mostramos que todas han de resolverse según una de las cuatro especies dichas.

Del *Kaxf* de Averroes (Trad. Manuel Alonso, Al-Andalus, VII, 144).

## DE HUETE A CUENCA

*Todo Al-Andalus está ya en poder de los almohades, después de la muerte del rey de Murcia, Ben Mardanix. En Castilla reina Alfonso VIII, el Niño, según le llamaban a la sazón los musulmanes. El nuevo imperio africano se halla en el ápice de su grandeza. El segundo de sus soberanos decide hacer una expedición por tierras conquenses, que había conquistado Alfonso VI y que habían recuperado los almorávides. Abu Yaqub sitia a Huete. La plaza resiste. Una lluvia providencial la salva. El sultán levanta el asedio. La retirada se hace desordenadamente. El ejército visita Cuenca. Se anuncia la llegada de la hueste cristiana. No se llega a pelear y los almohades vuelven a sus bases. He aquí el relato de la segunda parte de la campaña, obra de un contemporáneo que nos informa al detalle de cómo se realizaban por entonces tales empresas.*

## Campaña del sultán almohade Abu Yaqub Yusuf

Al amanecer del domingo 29 del mes de Dzul-l-qada del citado año 567, [1172], un soldado de la hueste manifestó ya que la retirada se verificaría en este mismo día, y en efecto, redobló el timbal grande, notificándoselo a las tropas, y se originó el natural desconcierto, pues había quien estaba perplejo sin saber qué hacer, mientras que el de firme resolución obraba en conformidad de lo que había oído y en perspectiva de lo que ocurriera.

Cuando los cristianos observaron el movimiento de las tropas, oyeron el redoblar del timbal y comprendieron que los enemigos emprendían la retirada, salieron inmediatamente con sus caballos e infantes, llegaron al río, de cuyas aguas les habían impedido beber desde el día en que formalizaron el cerco, y trabaron combate con las tropas. Las casas y los establos fueron incendiados, mientras el ejército tuvo que luchar y huir precipitadamente, sin que el hermano se cuidara de su hermano, a causa del estado de azoramiento en que se encontraba. Los cristianos llegaron al mercado situado en las inmediaciones del campamento, dieron muerte a los débiles y enfermos y sostuvieron con los musulmanes encarnizado combate. Ordenó el califa a todas sus tropas que se detuvieran hasta levantar las tiendas, fueron éstas recogidas y llevadas por delante, quedando sólo en su sitio el pabellón real hasta la evacuación de todo el ejército. Una vez preparados con sus respectivas huestes, el príncipe Abu Hafs, revestido de su coraza y a caballo, al frente de la cabila de Tinmallal, los jeques de los almohades, al frente de las suyas, las de los españoles, con sus soldados, y los árabes, con sus tribus, mandó el califa desplazar su tienda, montado a caballo y acompañado de sus milicias, y que redoblaran los timbales y se iniciara la marcha. Las tropas guardaban sus puestos, mientras los cristianos avanzaban y luego retrocedían.

Avanzaron los estandartes por el camino de Cuenca (devuélvala Alá al Islam) despacio y con felicidad; el califa hizo tres millas de camino, yendo a acampar con sus huestes al lugar del salto de agua contiguo al monte de la citada ciudad de Huete, y a tres millas de distancia de ella. No inició el califa este movimiento de retirada, sino después de dejar a sus hermanos los príncipes, con grueso contingente de soldados de guardia en la ciudad de los cristianos, para impedir que éstos persiguieran a los guerreros débiles y enfermos, y junto con los príncipes dejó a Yusuf ben Mardanix, a Ibrahim ben Hamuxk y a Abu-l-Ala ben Garun con las tropas de los *chund* españoles. Entre los citados almohades y los infieles hubo, a orillas del río de la mencionada ciudad, defensas, combates y luchas; allí fueron muertos sesenta cristianos y hechos prisioneros diez; la victoria en aquel día fué para los musulmanes a quienes Dios otorgó auxilio; de regreso



al anochecer en el campamento, se mostraron agradecidos a Dios por el éxito de su ataque y de su combate.

La hueste pernoctó en el lugar donde había acampado, con la debida precaución y buena vigilancia, y al amanecer del lunes, último día del mes de Dzu-l-qada, partió el califa con las tropas, del manantial citado, bien ordenadas las huestes, con guerreros esforzados y arqueros en vanguardia y retaguardia. Recorridas cerca de diez millas, hizo alto en un poblado de abundantes cosechas, pero abandonado, y después de apoderarse de cuanto trigo y cebada pudieron llevar, destruyeron el poblado, borraron sus huellas y talaron sus árboles frutales. Aquella noche apareció la luna nueva del mes de Dzu-l-hicha del año citado y la pasaron las tropas mejor que de costumbre.

Al día siguiente, de madrugada, abandonó el califa el poblado, tomando el camino que conduce a la ciudad de Cuenca, con el mismo orden del día anterior, redoblando los timbales en cada altozano que encontraban en el camino que llenaban las tropas a lo largo y a lo ancho, hasta que llegó al río Júcar, a dos millas de Cuenca, por su montaña occidental, donde acampó con su gente. Hicieron éstos una salida por los sembrados que los cristianos tenían allí por concesión otorgada por Muhammad ben Mardanix de usufructuar la tierra de los musulmanes y el convenio con ellos celebrado, por el cual venían obligados a pagar a aquéllos el impuesto territorial correspondiente.

Después de la oración de la tarde del día mencionado, cabalgó el califa en compañía de su hermano el príncipe Abu Hafs y todos sus hermanos los príncipes, su ministro Idris ben Abu Ishaq, los primates de los almohades, el hafiz Abu Bakr ben al-Chadd, su juez Isa Ben Amran, el faqih Abu Muhammad al-Malaqi, jeque de los tolbas al-hadar, los jefes de los *chund*, de los árabes y de cada una de las tribus, y llegaron en su compañía a la ciudad de Cuenca para contemplarla; también asistí yo a esta gran excursión.

El califa se puso en marcha hasta entrar en la ciudad y en su alcazaba alta, inexpugnable, cuya elevación llega hasta tocar las nubes, que muestra aún huellas de la prosperidad que alcanzó en tiempo de los reyes del Islam y del cuidado que éstos pusieron en hacer de ella un fortísimo baluarte para las vicisitudes de los tiempos. La envuelve, por la parte occidental, el río Júcar con bordes escarpados y precipicios que impiden el acceso a ella; y por la parte oriental, corre otro río, en iguales condiciones para la inexpugnabilidad de la plaza; ambos vierten sus aguas en una gran buhayra o lago que provee de agua a sus habitantes, y que está contigua a la muralla. Se entra a la ciudad por un gran puente, flanqueado en sus dos extremos por dos fuertes torreones protectores, sobre ambos ríos, en jurisdicción de la ciudad. En la parte septentrional tiene un foso labrado en piedra dura, de profundidad equivalente a la estatura de dos hombres aproximadamente, encima va un fuerte parapeto. Este foso tiene escalones construídos bajo

tierra, por los cuales se baja al río, para la provisión de agua y para moler los alimentos en los molinos que hay sobre el río, y se vuelve por los escalones con seguridad. Sobre el parapeto, que hay encima del foso, se levanta un gran torreón, de construcción primitiva, y en la parte inferior de los escalones, junto al agua del río, hay una puerta guarnecida con chapas de hierro, que es considerada como la dueña exclusiva de la alcazaba. No hay sitio por donde se pueda atacar esta ciudad más que por el dicho foso y por la al-buhayra, que está bajo la defensa de la ciudad, así como lo están las viñas, nogales y otras plantas (los nogales en su mayor parte), y además los sembrados y la tierra que se extiende por los valles y las llanuras.

Al acercarse el califa a la ciudad y a la alcazaba, salieron a recibirle los exhaustos árabes que la habitaban, con sus familias e hijos, grandes y chicos; el enemigo les había tenido cercados desde hacía cinco meses hasta que, enterado del movimiento de las tropas vencedoras, abandonó el cerco y los dejó como si acabaran de despojarse del sudario y de salir de la tumba. Saludaron al príncipe de los creyentes, y éste les preguntó a su vez cómo se encontraban, rogó a Dios por ellos, les prometió favor, protección, ayuda y aprovisionamiento de víveres, y al efecto ordenó inmediatamente a su tesorero Abu Musa Isa ben Majluf de Chadmiwa que escribiera los nombres de todos los varones, hembras, muchachos y niños que había en la ciudad y que los contara; resultaron ser 700 personas, entre hombres de guerra, mujeres, chicos y niños. Mandó el califa dar a cada jinete doce dinares, ocho al hombre, cuatro a la mujer y esta misma cantidad al niño; les donó además setenta cabezas de ganado vacuno, todas las que tenía en el campamento, les proveyó en abundancia de lanzas, arcos, flechas, escudos y armas; e impuso a todos los soldados la obligación de contribuir con un almud menos un cuarto de grano de trigo o de cebada, en calidad de limosna legal para socorrerlos, cantidad que se apresuraron a entregar los individuos del ejército. Contribuyeron asimismo con su limosna los primates de los almohades y los jefes de las tropas: el jeque Abu Abad Allah ben Abu Ibrahim les dió una carga de camello de trigo, y otra de hafiz ben Yuqub Yusuf ben Abu Abd Allah ben Tichit; el ministro Idris ben Abu Ishaq y su hijo Yahya hicieron para ellos una compra de granos, por valor de cien dinares cada uno; y de los jefes del ejército recibieron igualmente limosnas, dones y regalos.

Terminada la visita y distribuídas las donaciones, partió el califa al anochecer de aquel mismo día, yendo a pernoctar toda la hueste al lugar donde acamparon. Al amanecer del miércoles, dos del mes de Dzu-l-hicha ordenó a las tropas que salieran a recoger la cosecha y traerla de los sembrados de los cristianos. Salieron, pues, en cumplimiento de la orden recibida, y al llegar al Burt o Puerto, próximo a Cuenca, se encontraron, en unos tupidos matorrales que había en este lugar, con un gran número de cristianos (con quienes estaban), según los informes, el niño Alfonso y su



conde Nuño, en vista de ello se volvieron y contaron al sultán Yusuf lo que pasaba. Fué éste de parecer que para presentar combate había que levantar el campo de aquel lugar y atravesar el Júcar, e inmediatamente montó a caballo en compañía de su hermano, atravesó dicho río, acampó en el monte contiguo a la ciudad de Cuenca, por la buena fortificación y defensa que ofrecía, y dió orden a las tropas de que levantaran el campamento y abandonaran el lugar. Se produjo con este motivo en las huestes un terror pánico semejante al de la retirada de Huete. Empezaron los soldados a marchar precipitadamente hacia el río, pero se encontraron con que no podían atravesarlo más que por un solo vado, e iba muy crecido a causa de los aluviones. La crecida del río y el terror que causaba atravesarlo hacía que los soldados, que ocupaban ambas orillas, gritaran desaforadamente, pues la corriente se había llevado la mayor parte de los vestidos de los que la vadeaban, sin que el hermano se ocupara de su hermano ni el padre esperara a su hijo. Hasta la tarde del citado día duró la terrorífica travesía, y fueron las huestes a reunirse en el lugar arriba indicado.

Los cristianos avanzaron sin interrupción hasta situarse en las cercanías del campamento, ocupado el día anterior por nuestras tropas, en un monte llamado Monte Tumbos, cubierto de espeso bosque y de terreno accidentado. Ambos campamentos estaban a la vista de los beligerantes, separados por el río, que ninguno de los dos ejércitos se decidía a atravesar. Las tropas pasaron la noche que precede al jueves en guardia y cuidado para no ser sorprendidas por cualquier estratagema que se le ocurriera al enemigo; y al amanecer reunió el sultán los jeques de los almohades y las diversas clases de consejeros de cada cabila, y les pidió su parecer: el voto unánime de los almohades fué que debían atacar a los cristianos la mañana del viernes; los árabes, en cambio, optaron por abstenerse de ir al combate, fundados en que, según decían, su hueste necesitaba esparcimiento por tierra donde cobrara alientos y disfrutara a sus anchas, pues se encontraban exhaustos de fuerzas y daban claras muestras de flojedad; por otra parte, añadían, los cristianos se han instalado en una escarpada montaña y procurado su seguridad, fortificándose y preparando estratagemas contra sus enemigos. Purificáronse, sin embargo, más y más los propósitos de los almohades y de los *chund* de Al-Andalus y cumplieron la promesa hecha a Dios acerca de la guerra santa. Con este propósito y pura intención pasaron la noche, y al amanecer del viernes, se dispusieron a llevarlo a cabo y se ocuparon en prepararse para el combate. Un buen contingente de almohades y de las tropas, más la hueste acaudillada por Abu-l-Ala ben Garrun, se pusieron en marcha y llegaron ante el campamento de los cristianos; entre éstos y los musulmanes se desarrolló una lucha de ataques y defensas, de la que resultó victorioso el Islam y convencidos los enemigos que habían incurrido en error al presentarles batalla. La hueste bendita regresó al anochecer a su base, salva y victoriosa, y allí pasó la noche.

Al amanecer del día siguiente, quinto del mes de Dzu-l-hicha, ordenó

el Príncipe de los Creyentes que se hicieran preparativos para el combate, y que todo soldado almohade, así como los de todas las cabilas, cada uno con la suya, estuvieran listos para el ataque con la lanza y con la espada. Cabalgaron los guerreros vestidos con corazas, armados y dispuestos en orden de batalla; pero no emprendieron la marcha sin esperar noticias del enemigo, pues el califa había enviado a Abu-l-Ala ben Garrun con una compañía de tropas regulares, al romper la aurora de aquel día, a informarse, según era costumbre, de lo que pasaba en el campamento de los cristianos.

Las tropas permanecieron en su sitio, por orden de categorías y de cabilas, hasta entrada la mañana que llegó Abu-l-Ala con su compañía y manifestó que los cristianos habían levantado el campo y regresado a su país con sus contingentes; entonces el sultán emprendió la retirada, redoblaron los timbales y los jefes tomaron a su cargo la inspección general, según costumbre.

Fué esta retirada de los dos ejércitos enemigos como la despedida que sigue a una cita, a pesar de la oposición que entre ambos había en religión y costumbres. Con el mismo orden y disposición continuaron las tropas su marcha hasta llegar a la montaña que lleva el nombre de Monte de Saumuxa, a diez millas de Cuenca, donde hicieron alto, teniendo a su disposición buena agua y abundantes pastos. Durante esta noche subió el precio de los comestibles: el almud marroquí de cebada alcanzó el precio de dos dirhemes, lo mismo que el de trigo, y el ratl de harina un dirhem.

De la Historia de los almohades de Sahib Al-Sala (Trad. M. Antuña, Religión y Cultura, Escorial, 1935, aparte 29).

## ELOGIO DE SEVILLA

*La fecunda influencia cultural de Al-Andalus en el imperio almorávide había provocado un renacimiento en el Magrib, es decir, en el Noroeste de Africa. Durante el período almohade los literatos africanos llegaron a sentirse superiores a los de España y a proclamar la superioridad de su país sobre el de allende el Estrecho. El Xaqundi les humilló en su* Risala, *al parangonar los dos pueblos. En tal epístola hizo el elogio de Al-Andalus. He aquí sus palabras sobre Sevilla. Sobre la Sevilla que sirvió de capital a la España almohade y que los príncipes de tal dinastía amaron e ilustraron con monumentos todavía en pie: la Giralda y la Torre del Oro, entre otros.*

Sevilla cuenta entre sus excelencias lo templado de su clima, la magnificencia de sus edificios, el ornato tanto de su recinto como de sus alrededores, y ese tan alto grado de refinamiento que hace que el vulgo diga: "Si en Sevilla se pidiese leche de pájaro, se encontraría".



Por su gran río sube la marea hasta setenta y dos millas tierra adentro, para después bajar, acerca de lo cual dijo Ben Safar:

"El céfiro rasgó la túnica del río, al volar sobre él, y el río se desbordó por sus márgenes para perseguirle y tomar venganza.

"Pero las palomas se rieron de él, burlándose al abrigo de la espesura, y el río, avergonzado, tornó a meterse en su cauce y a ocultarse en su velo".

Supera este río a todos los demás en que sus riberas están bordeadas de quintas y de jardines, de viñedos y de álamos, que se suceden sin interrupción, con una continuidad que no se encuentra en ningún otro río. Me contó una persona culta, que había visitado El Cairo y a quien yo pregunté por el Nilo, que los jardines y las quintas no se suceden en sus márgenes con la continuidad con que se suceden en el río de Sevilla. Del mismo modo, otra persona, que había estado en Bagdad, ponderaba este río porque en él no falta nunca la alegría y porque no están prohibidos en él los instrumentos músicos y el beber vino, cosas que no hay nadie que repruebe o critique, mientras la borrachera no degenere en querellas y pendencias. Algunos de sus gobernadores, celosos en materia de religión, intentaron suprimir ese estado de cosas, pero no pudieron lograrlo.

Los sevillanos son las gentes más ligeras de cascos, más espontáneas para el chiste y más dadas a la burla, aun empleando las más feas injurias; y de tal suerte están habituados a esto y lo tienen por hábito, que entre ellos es considerado odioso y cargante el que no se dedica a tales cosas y no da y acepta esta clase de bromas.

Acerca del Aljarafe de Sevilla, ya has oído lo que dijo uno de los autores de muwassahas, en una, compuesta en alabanza de Al-Mutadid ben Abbad:

Sevilla es una novia
cuyo esposo es Abbad:
el Aljarafe es su corona;
su collar es el río.

Es decir, que el Aljarafe (xaraf) ha reunido toda la excelsitud (al-xaraf) que quiso. Sus productos cubren las regiones de la tierra y el aceite que se prensa en sus olivares es exportado hasta la propia Alejandría. Sus aldeas superan a todas las otras aldeas por el primor de sus construcciones y por el celo con que sus habitantes las cuidan por dentro y por fuera, hasta el punto de que parecen, de encaladas que las tienen, estrellas blancas en un cielo de olvidos. A uno que había visto el Cairo y Damasco le dijeron: "¿Qué te gusto más: esas dos ciudades o Sevilla?", y contestó, después de preferir a Sevilla: "Su Aljarafe es un bosque sin leones y su río es un Nilo sin cocodrilos".

Habrás oído hablar de los Yibal al-rahma, en el exterior de la ciudad, y de la abundancia que hay en ellos de higos cotíes y xaharíes, especies

ambas que, según la opinión unánime de los que han recorrido las comarcas de la tierra, no tienen par fuera de Sevilla.

También habrás oído las especies de instrumentos músicos que hay en esta tierra, tales como aljayal, al-kariy, al-'ud (laúd), al ruta, al rabab (rabel), al-qanun, al-munis, al-kanira, al-qitar (guitarra), al-zulami, al-sugra y al-mura (que son dos flautas, una barítona y otra tiple), y al-buq (albogue). Aunque todos estos instrumentos existan en otras ciudades de Al-Andalus, en Sevilla es donde hay más y más a la mano. En cuanto a Berbería no hay nada de esto, fuera de lo que ha sido llevado de Al-Andalus. Sus instrumentos propios son al-duff (adufe), aqwal, al-yara, abu-qarun, la dabdaba de los dudaneses y el hamaqi de los berberiscos.

Sus mujeres, sus vehículos (tanto terrestres como marítimos), sus guisos y sus frutos (lo mismo frescos que secos), son especies que en el reparto del mérito han cogido la parte más copiosa. En cuanto a sus casas, ya tienes noticias de su perfección y del celo con que las cuidan sus propietarios. En la mayoría de ellas no falta agua corriente, ni árboles frondosos, tales como el naranjo, el limero, el limonero, el cidro y otros.

Sus sabios en toda rama de saber, elevada o humilde, seria o jocosa, son muchos para que puedan contarse y muy célebres para que tengan que ser citados.

Tocante a los poetas que hay en ella, así como compositores de muwassahas y zéjeles, son tantos, que, si se distribuyesen por Berbería, sería ésta estrecha para contenerlos, y, sin embargo, todos alcanzan la gracia y los regalos de los magnates de la ciudad.

Mi único propósito, al mencionar cuanto he citado respecto a esta noble población, ha sido dar con ello una idea representativa de las excelencias de todo Al-Andalus, pues, aunque ninguna de sus ciudades está falta de nada de eso, sin embargo, he puesto a Sevilla, mejor dicho, la ha puesto Dios, como madre de todas sus ciudades y centro de su gloria y de su excelsitud, puesto que es la mayor de sus poblaciones y la más grande de sus capitales.

De la *Risala* de AL-XAQUNDI (Trad. García Gómez: Revista de Occidente, XI, 1933, 347).

## CAMPAÑA DE LOS ALMOHADES CONTRA LAS MILICIAS DE AVILA

*Como durante las guerras civiles que padecieron León y Castilla en el reinado de doña Urraca (1109-1126) y en los comienzos del de su hijo Alfonso VII, a lo largo de la turbulenta minoría de Alfonso VIII —empezó en 1159—, los concejos de la frontera, nacidos al Norte y al Sur de las Sierras de Guadarrama y Gredos, tomaron a su cargo la lucha contra los*



*musulmanes. Les tocó pelear contra el gran ejército almohade que había conquistado la Península. Sus milicias resistieron y atacaron, llevando la guerra al corazón del país enemigo. Entre las huestes concejiles, que más se habían distinguido en la pelea contra los almorávides, habían figurado las de Avila. La mesnada abulense continuó constituyendo pesadilla torturadora para los almohades. Su califa Abu Yaqub decidió, a la postre, hacer un esfuerzo supremo para acabar con los de Avila, y envió a su hermano, contra ellos, al frente de un poderoso ejército. Con ardides lograron vencerles y la recepción solemne con que fué celebrada la victoria en la corte musulmana, descubre la trascendencia concedida en ella al triunfo alcanzado sobre los caballeros abulenses.*

En el mes bendito de Xaban del mismo año [de 1175], salió de la ciudad de Avila el conde viejo, el condenado Xanmanis, conocido entre los habitantes de la frontera y entre los musulmanes por "el Giboso", jefe de los cristianos de Avila y encargado de la dirección de la guerra, en tiempo de la rebelión, contra los musulmanes en Al-Andalus. ¡Cuántos estragos causó al Islam en la época de sus expediciones al frente de su mesnada, y aun después cuando ya estaba cascado, viejo y cargado de años, lanzando algaras contra los musulmanes por Oriente y Occidente, por el Sur y por el Centro, con huestes formadas por sus hermanos los cristianos, a quienes llevó hasta la península de Tarifa y hasta Algeciras, obligando a los musulmanes a beber el cáliz amargo de sus estragos, sin que le arredrara la lluvia, ni el frío persistente ni el calor ni contrariedad alguna de esta naturaleza que le sobreviniera! Ahuyentaba los ejércitos de musulmanes enviados contra él y destruía los poblados de los creyentes, hasta que Dios permitió que fuera muerto y aniquiladas sus milicias abulenses, en esta fecha, para dicha de nuestro señor el Príncipe de los Creyentes.

Salió pues de Avila, en el mes citado, con dirección a la provincia de Sevilla contra aquellas comarcas que él visitara en su tiempo, durante la rebelión, llegó con su mesnada al Guadalquivir, lo atravesó con sus tropas por el vado que se encuentra entre el castillo de Balma y el de Al-Charf, sobre la tumba denominada Sepulcro del Sahid al-Garib, hizo incursiones por territorio de Ecija, que atravesó, dirigiéndose al mediodía de Córdoba, a la Qanbaniya, donde se apoderó de rebaños de ovejas que pastaban, en número aproximado de cincuenta mil cabezas, y de ganado vacuno, como unas doscientas cabezas; hizo prisioneros a más de ciento cincuenta musulmanes y se dirigió infatuado al vado que hay por encima de Córdoba, por nombre Balyaras, junto a Al-Qusayr, por donde hizo pasar su presa y los cautivos musulmanes que llevaba prisioneros con las manos atadas a la espalda, pidiendo a Dios viniera en su auxilio.

El califa había tenido ya noticia de este tirano, de su salida y de sus preparativos, así que tenía dada orden a sus victoriosas tropas que se prepa-

raran para la lucha y le esperaran con los medios de que podía el sultán disponer.

Cuando tuvieron lugar los hechos que arriba dejamos expuestos, salió el ejército de Sevilla, el jueves trece del mes bendito de Xaban, al frente del cual puso el califa a su hermano el príncipe Abu Zakariyya Yahya, acompañado de su hermano Abu Ibrahim Ismail, de los Banu-al-Yamaa, como Abu Abd Allah ben Abi Ibrahim y Abu Yaqub Yusuf ben Abi Abd Allah ben Tichit, de los jeques de los almohades y de los árabes con una selección de sus cabilas y de sus valientes jinetes e infantes; se apresuraron a partir para la guerra santa y seguir de cerca a los enemigos de Dios, los cristianos, atravesando el Guadalquivir por el vado del río de Córdoba de Qatanyana, se encaminaron por la orilla del río a Córdoba, donde llegaron la mañana del domingo diecisiete del citado mes.

Los cristianos habían atravesado el río por el vado de Al-Qusayr la tarde anterior a la llegada de los almohades, según hemos indicado. Se reunieron éstos con el jeque Abu Afs ben Yahya y trataron con él del plan que habían de seguir y convinieron todos en que lo que procedía era seguir a los cristianos a donde éstos fueran, aunque tuvieran que llegar a la ciudad de Avila para lograrlo. Purificaron sus almas los musulmanes para la campaña, dirigieron a Dios sus intenciones, enmendaron sus faltas mediante la obediencia a sus mandatos y formaron una resolución inquebrantable. Desde el primer momento formó con ellos el jeque Abu Hafs, al frente de todas las tropas almohades de Córdoba; y después de hacer acopio de provisiones de forraje y alimentos, en cantidad suficiente para la campaña, se fueron a combatir a los enemigos de Dios, al anochecer del citado domingo continuaron la marcha, con precaución, hasta que llegaron al castillo de Patruch, que estaba desierto, sin un alma. A causa de la rapidez de la marcha enfermaron algunos soldados, y se decidió que todo el que se sintiera indispuesto se quedara en este castillo, encomendando la persecución del enemigo a los más fuertes y valerosos de los almohades, de los *chund* y de los árabes: así se hizo, y continuaron el avance, precedidos de un explorador del gremio de los adalides, el hafiz Abu Umram Musa ben Hammu al-Sinhachi, señor de Evora antes, a quien designaron por sus dotes de sagacidad y conocimiento de lo que pasaba en las fronteras, para tenerles al corriente, a cada instante, de las marchas y paradas de los cristianos, así como de los lugares donde se alojaban y del orden que seguían en sus excursiones, y además para sorprender sus secretos. No hacían jornada alguna que no fuera objeto de su observación, y daba cuenta al citado jeque y a los almohades, de lo que pasaba en el campo enemigo.

Al amanecer el miércoles 19 de Xaban, los cristianos y su jefe el condenado tirano, aplazaron la partida del lugar donde estaban alojados, que era el llamado Vega de Karkawai, en las cercanías de Calatrava; el hafiz Abu Umram dió parte de este aplazamiento por él observado, el mismo día; los almohades atribuyeron la actitud del enemigo a que se había enterado de



que era por ellos perseguido y que se proponía presentarles batalla en este amplio lugar, así que todas las tropas musulmanas se dispusieron para el combate, se vistieron sus cotas de malla, se calaron los cascos, brillantes como el sol, y empuñaron sus armas. Mientras tanto el infiel descansaba en las delicias de la despreocupación y de su vanidad, con sus huestes, persuadido de que no había quien le atacara ni quien se le pusiera delante, a lo cual estaba acostumbrado desde muy antiguo, muy lejos de creer que el decreto de Dios ya le tenía cercado y reducido a trizas.

Informado Abu Umram de que todas las tropas enemigas continuaban en el mismo estado, decidieron los musulmanes inmediatamente atacarlas y salir a su encuentro para trabar combate, pero el cristiano emprendió entonces la marcha: los dos ejércitos se veían cuando pasaban por un desfiladero o atravesaban un riachuelo. Dios desenvainó su espada contra ellos: sobrecogidos de terror y espanto, huyeron a un monte elevado que no se puede escalar más que por un solo camino y éste cubierto de espeso bosque, persuadidos de que allí encontrarían su salvación, y no sabían que en aquella ruta les esperaba su lecho de muerte, el lugar de la derrota y el fin de la vida y que sus carnes servirían de pasto a las fieras y a los hambrientos pájaros. Subieron consigo a aquel monte los prisioneros y el botín.

Los almohades, una vez dispuestos en orden de batalla, avanzaron por delante de sus banderas, juntáronse con los enemigos y subieron por el monte con verdadero predominio sobre el enemigo. Había reunido con anterioridad "el Giboso" Abu Barda sus soldados, a los cuales excitó a combatir con denuedo y les dijo: "Yo estaré sentado en mi tienda en la cumbre de este monte, desde donde os veré y contemplaré vuestra faena". Trabaron combate los almohades con los cristianos en aquel monte abrupto, cubierto de boscaje y de piedras, hasta el punto de que a ningún jinete se le podía mandar recorrerlo; y después de medio día de herir con la lanza y con la espada, de combatir y luchar, Dios derrotó a los infieles y los exterminó hasta el último. Llegaron los almohades a la tienda donde estaba sentado el maldito "Giboso" y allí mismo fué asesinado y decapitado, y además ejecutados cuantos estaban en su compañía.

Continuó en aquel monte, y en la vega contigua, la matanza de cristianos hasta que las sombras de la noche se interpusieron entre ambos enemigos. Fueron muy pocos los cristianos que se salvaron, como unos doscientos jinetes solamente... que se ocultaron de noche en la selva, sin cabalgadura. Perecieron en esta derrota los adalides de los cristianos y lo peorcito de la gente de Avila, que se vió privada después de jefe que los acaudillara en sus campañas, ni tuvieron mancebo alguno que se levantara, erigiéndose en caudillo, hasta esta fecha. Dios concedió a los musulmanes en calidad de botín, las armas y víveres que los cristianos tenían preparados para el tiempo que durara su campaña por tierras del Islam, persuadidos de que no se verían obligados tan pronto a abandonarlas, así como todo ello pasó a manos de los musulmanes, mientras los enemigos de Dios se vieron preci-

sados a huir, después de haber recibido el castigo, la derrota, y de haber experimentado la pena de su tremendo fracaso, sin que el hermano se ocupara del hermano, ni el hijo de su padre.

Fueron rescatados todos los cautivos musulmanes y recuperado todo el ganado, el vacuno y el lanar, que pasó a poder de sus legítimos dueños y señores: y los almohades se apoderaron de gran copia de adargas, cascos, caballos, mulos y jumentos; no sólo alcanzaron el mérito de la obra de la guerra santa, sino también botín y recompensas.

Reunidas las cabezas de los cristianos, fueron llevadas a presencia del jeque Abu Hafs y de los príncipes Abu Zakariyya y Abu Ibrahim. Se mandó traer un cautivo cristiano que distinguiera las cabezas, y éste vió entre ellas las del infiel "Giboso", que mandaron llevar inmediatamente a presencia del sultán en Sevilla; el encargado de esta misión fué Yahya ben Abi-l-Ula ben Abu ben Ishaq ben Yamic, quien partió al momento aquel día, no cesó de caminar día y noche, llegando a Córdoba al amanecer, allí encontró al príncipe Abu Said Utman, hijo del califa, que vino de Granada a continuar esta campaña; estuvo Yahya con él, pero nada le dijo de la misión que llevaba; salió sin tardanza de Córdoba, caminó todo aquel día y llegó a Sevilla al anochecer ¡que ya es caminar! Yo presencié su llegada: no se tenía de cansancio, se tambaleaba, por falta de sueño, como un beodo. Tanto él como sus compañeros de viaje entraron inmediatamente a visitar al Príncipe de los Creyentes. Fué Yahya ben Abi-l-Ula, por su especial condición, quien hizo el relato de la conquista y expuso de un modo acabado la ayuda que Dios prestó a los musulmanes.

En la descripción de esta jornada victoriosa para el Islam estuvo Yahya más elocuente que Araz, cuando Al-Hachchach le mandó llevar a Abd al-Malik ben Marwan la cabeza de Abd al-Rahman ben Muhammad ben al-Axat.

Resonaron los timbales y concurrió la gente a felicitar al califa, rendirle pleito homenaje y besar su mano por el éxito obtenido, resultando aquel día glorioso y bendito. Pronunció un discurso Abu Bakr ben al-Chadd, que estuvo admirable, habló a continuación al cadí Abu Musa ben Umram, siguiendo a aquel orador o... y atribuyó esta gran victoria y excelente nueva al jeque Abu Hafs, pues a su presencia fué debida la derrota de los infieles y merced a sus planes exaltó Dios su religión, con esta victoria, mediante las largas lanzas y las espadas de cortantes filos. ¡Cuánta sangre de hijos ilegítimos vertió, y a cuántos malhechores aniquiló! El fué el consejero del califa antiguamente, y ejerció éste el gobierno con rectitud.

Llegó la nueva de la victoria, que produjo esta grandísima alegría, el viernes 21 del bendito mes de Xaban, tres días después del suceso, y el sábado 22, dió audiencia al califa, que se sentó con su hermano el príncipe Abu Hafs en el salón de la derecha de su alcázar, situado dentro de la alcazaba de Sevilla, donde se celebró la recepción con motivo de las felicitaciones por el triunfo obtenido. Allí se presentaron por orden riguroso de categoría, los almohades, los jeques de los tolbas, Al-Hadzar; los jurisconsultos, secretarios y predicadores; se dió permiso para entrar, con el debido orden, a los literatos y poetas que estaban a la puerta, para felicitar al califa: fué su introductor el ministro Abu-l-Ula Idris ben Chami, a quien acompañaba el jurisconsulto Abu Muhammad al-Maliqi, Xayi de los Tolbas. Pronunció el discurso el asceta Abu Muhammad Abd al-Wahid ben Umar, primero en berberisco, sirviéndose, en la exposición de sus conceptos, de la lengua y estilo de los almohades, después expuso estas mismas ideas en árabe, para inteligencia de los individuos que hablaban esta lengua. Hicieron uso de la palabra a continuación Abu Bakr ben al-Chadd, Abu Musa ben Umram y Abu Muhammad al-Maliqi. Recitaron los poetas sus poemas compuestos ad hoc, siendo el primero Abu Ali ben al-Axri, cuyos versos agradaron mucho y se le recordó con elogio, a éste siguieron otros poetas marroquíes y sevillanos, invirtiendo bastante tiempo en el recitado; por fin, se levantó Abu Muhammad al-Maliqi, recogió las cuartillas de las composiciones poéticas de los demás vates y las puso en manos del Príncipe de los Creyentes, quien dió orden de que inmediatamente se les entregaran regalos; y recibieron los de primera categoría cincuenta dinares, y los de segunda y tercera, cuarenta y cincuenta, respectivamente. Todos los presentes rindieron pleito homenaje al califa y besaron su bendita mano. Con este acto se acabaron los festejos y desde entonces continuaron las victorias.



La noticia de la derrota sufrida por los habitantes de Avila y de la muerte de su adelantado y jefe "el Giboso" se propagó por todas las comarcas. Los supervivientes referían en las iglesias a sus sacerdotes y condes cómo sus correligionarios habían sido muertos en aquella funesta jornada, lo cual les produjo terror y miedo, y sus corazones se partían de dolor a causa de la muerte de los suyos. A raíz de estos sucesos fué dirigida contra ellos una nueva expedición, compuesta de tropas de a pie y de a caballo y sucedió lo que vamos a referir.

De la Historia de los almohades de SAHIB AL-SALA (Trad. M. Antuña, Religión y Cultura, El Escorial, 1935, aparte 46).

## ABU YAQUB MUERE EN ESPAÑA

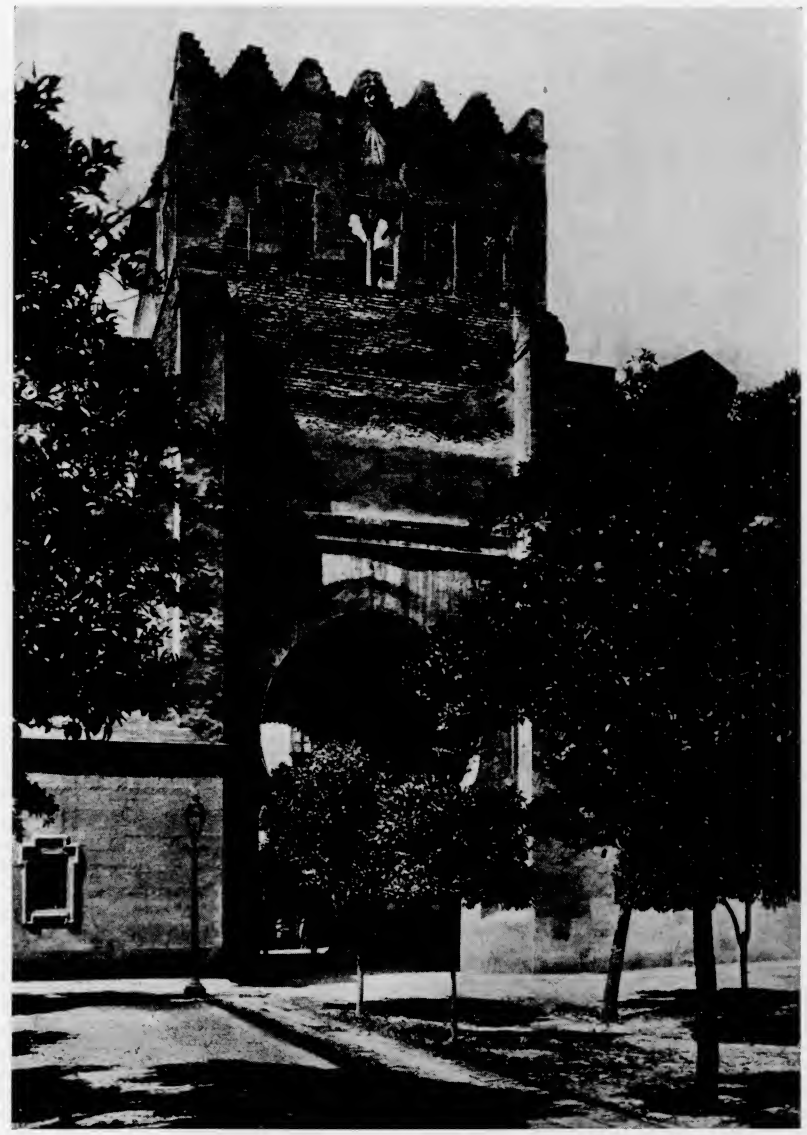
*Abu Yaqub había gobernado Al-Andalus en nombre de su padre, Abd al-Mumin. En Sevilla, donde residió, había tratado a los filósofos, juristas y escritores andaluces, y con ellos se había formado culturalmente. Prendado de España, en ella residió con frecuencia, a ella consagró atención especial y en ella peleó: con los musulmanes insumisos al poder almohade y con los reyes cristianos del Norte. En una de esas campañas, en el*

*sitio de Santarem contra Alfonso Enríquez, fué herido de muerte. Falleció de regreso a Sevilla, quedando así su nombre vinculado a la tierra española. A pesar de su enorme poderío y del fraccionamiento de la cristiandad en los cinco reinos de España —Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón—, el ímpetu guerrero de éstos suplía, a veces, a la flaqueza de sus fuerzas y ocasionaba, de vez en vez, graves contrariedades a los africanos.*

En 579 [1184-1185] Abu Yaqub se dispuso a hacer la guerra a los cristianos y convocó a tal efecto a los habitantes de las montañas y de las llanuras, masmudas, árabes y los otros. Se dirigió con sus tropas hacia la Península, atravesó el mar con su ejército y marchó a Sevilla, porque allí se encontraba su morada, y la de aquel de sus hijos encargado del gobierno del país cuando estaba en él. Permaneció en Sevilla el tiempo necesario para que sus huestes reparasen sus efectos y cargaran municiones y se dirigió desde ella a Santarem —quiera Alá devolverla a los musulmanes—. Se halla esta ciudad en el Occidente de la Península y es de las más fuertes; pertenece, como las regiones vecinas y otras muchas tierras, a un rey cristiano llamado Ben al-Riq (Alfonso Enríquez). El Príncipe de los Creyentes fué a sitiar la ciudad y la cercó muy estrechamente; cortando los árboles de los alrededores, devastando los campos y haciendo incursiones en las vecindades. Cuando Ben al-Riq supo de manera positiva que Abu Yaqub marchaba contra él, se dió cuenta de que no podría rechazarle ni resistirle, no tuvo otro cuidado que el de reunir los grandes de su corte, los jefes de sus tropas, sus principales oficiales y sus secuaces, para retirarse con ellos en Santarem, porque confiaba en la fuerte posición y en la inexpugnabilidad de tal ciudad. Procuró llenarla de víveres, de armas y de todo lo necesario. Guarneció las sólidas murallas con guerreros provistos de escudos, arcos y lanzas, y Abu Yaqub encontró por ello la plaza bien preparada y defendida con todo lo preciso. La ciudad se hallaba además situada sobre el Tajo, uno de los ríos más grandes y famosos de Al-Andalus.

El sitio riguroso que la hizo sufrir, la interrupción de su aprovisionamiento en víveres y de todo socorro, no produjeron otro efecto que aumentar la bravura y el espíritu de resistencia de sus habitantes, tanto que los musulmanes temieron ser sorprendidos por el frío, porque estaban a fines de otoño, y temieron también, en caso de crecida del río, no poder atravesarle ni reunir socorros.

Ante tales consideraciones el príncipe recibió el consejo de regresar a Sevilla. Se volvería contra Santarem cuando la estación fuese favorable o se enviaría a alguien para tomar posesión de la ciudad, porque se le dijo que estaba virtualmente en sus manos y nada podría impedir su caída. Abu Yaqub aceptó tal opinión y, de acuerdo con sus consejeros, decidió partir al día siguiente. Pero tal orden, adoptada en consejo privado, no



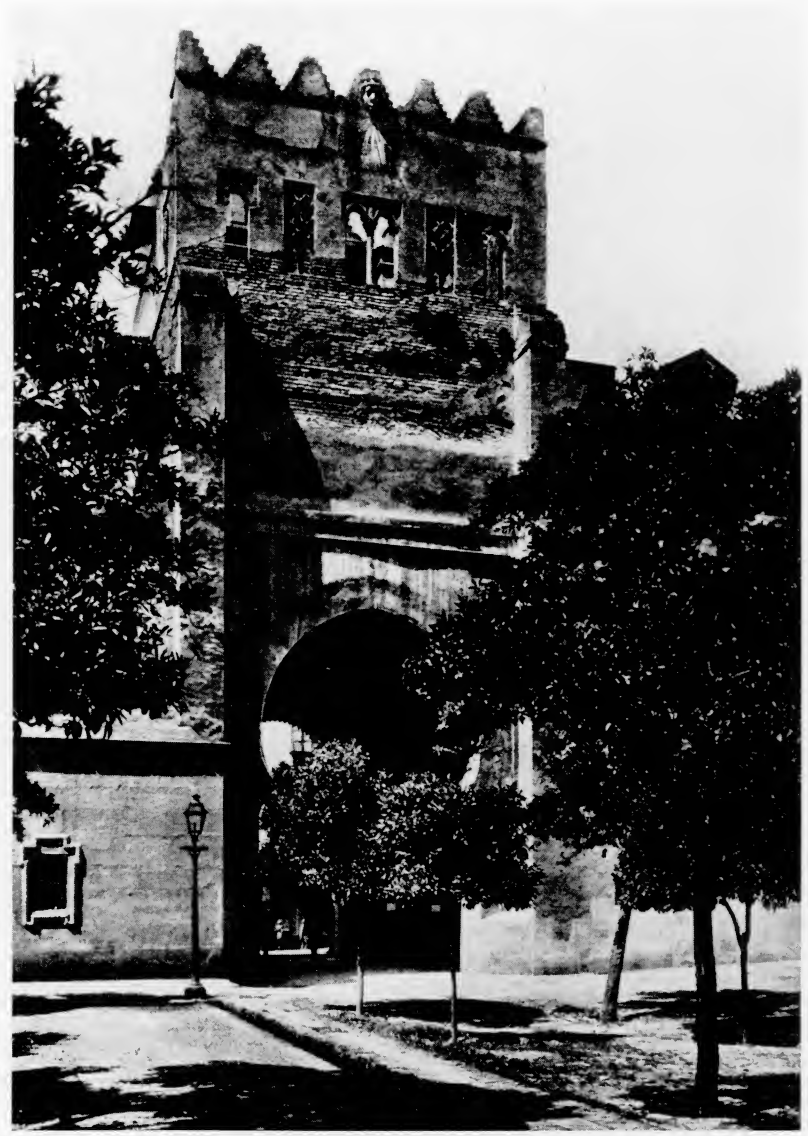
Sevilla. Patio de los Naranjos y Puerta del Perdón.

*sitio de Santarem contra Alfonso Enríquez, fué herido de muerte. Falleció de regreso a Sevilla, quedando así su nombre vinculado a la tierra española. A pesar de su enorme poderío y del fraccionamiento de la cristiandad en los cinco reinos de España —Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón—, el ímpetu guerrero de éstos suplía, a veces, a la flaqueza de sus fuerzas y ocasionaba, de vez en vez, graves contrariedades a los africanos.*

En 579 [1184-1185] Abu Yaqub se dispuso a hacer la guerra a los cristianos y convocó a tal efecto a los habitantes de las montañas y de las llanuras, masmudas, árabes y los otros. Se dirigió con sus tropas hacia la Península, atravesó el mar con su ejército y marchó a Sevilla, porque allí se encontraba su morada, y la de aquel de sus hijos encargado del gobierno del país cuando estaba en él. Permaneció en Sevilla el tiempo necesario para que sus huestes reparasen sus efectos y cargaran municiones y se dirigió desde ella a Santarem —quiera Alá devolverla a los musulmanes—. Se halla esta ciudad en el Occidente de la Península y es de las más fuertes; pertenece, como las regiones vecinas y otras muchas tierras, a un rey cristiano llamado Ben al-Riq (Alfonso Enríquez). El Príncipe de los Creyentes fué a sitiar la ciudad y la cercó muy estrechamente; cortando los árboles de los alrededores, devastando los campos y haciendo incursiones en las vecindades. Cuando Ben al-Riq supo de manera positiva que Abu Yaqub marchaba contra él, se dió cuenta de que no podría rechazarle ni resistirle, no tuvo otro cuidado que el de reunir los grandes de su corte, los jefes de sus tropas, sus principales oficiales y sus secuaces, para retirarse con ellos en Santarem, porque confiaba en la fuerte posición y en la inexpugnabilidad de tal ciudad. Procuró llenarla de víveres, de armas y de todo lo necesario. Guarneció las sólidas murallas con guerreros provistos de escudos, arcos y lanzas, y Abu Yaqub encontró por ello la plaza bien preparada y defendida con todo lo preciso. La ciudad se hallaba además situada sobre el Tajo, uno de los ríos más grandes y famosos de Al-Andalus.

El sitio riguroso que la hizo sufrir, la interrupción de su aprovisionamiento en víveres y de todo socorro, no produjeron otro efecto que aumentar la bravura y el espíritu de resistencia de sus habitantes, tanto que los musulmanes temieron ser sorprendidos por el frío, porque estaban a fines de otoño, y temieron también, en caso de crecida del río, no poder atravesarle ni reunir socorros.

Ante tales consideraciones el príncipe recibió el consejo de regresar a Sevilla. Se volvería contra Santarem cuando la estación fuese favorable o se enviaría a alguien para tomar posesión de la ciudad, porque se le dijo que estaba virtualmente en sus manos y nada podría impedir su caída. Abu Yaqub aceptó tal opinión y, de acuerdo con sus consejeros, decidió partir al día siguiente. Pero tal orden, adoptada en consejo privado, no



Sevilla. Patio de los Naranjos y Puerta del Perdón.

Sevilla. La Giralda y la Gran Mezquita.

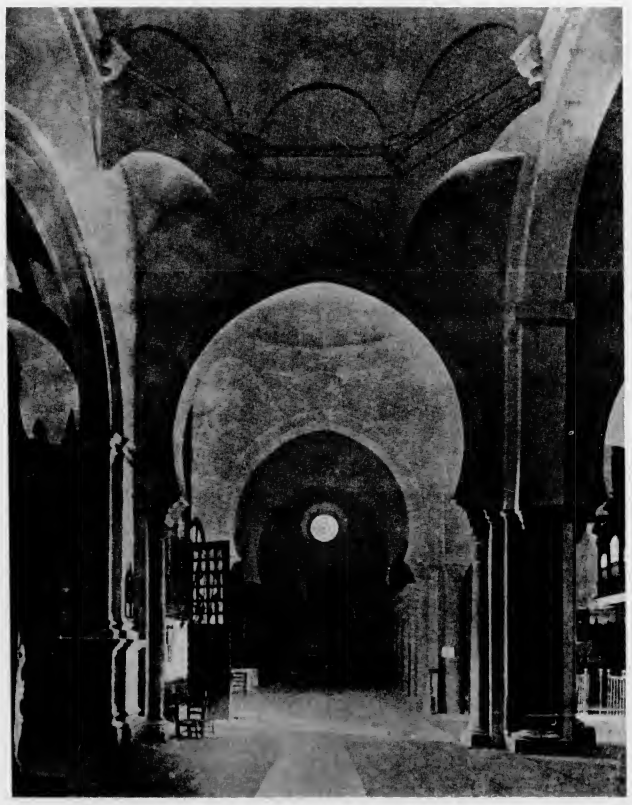
Sevilla. La torre de la Giralda, vista por el frente norte.

Sevilla. La Giralda y la Gran Mezquita.

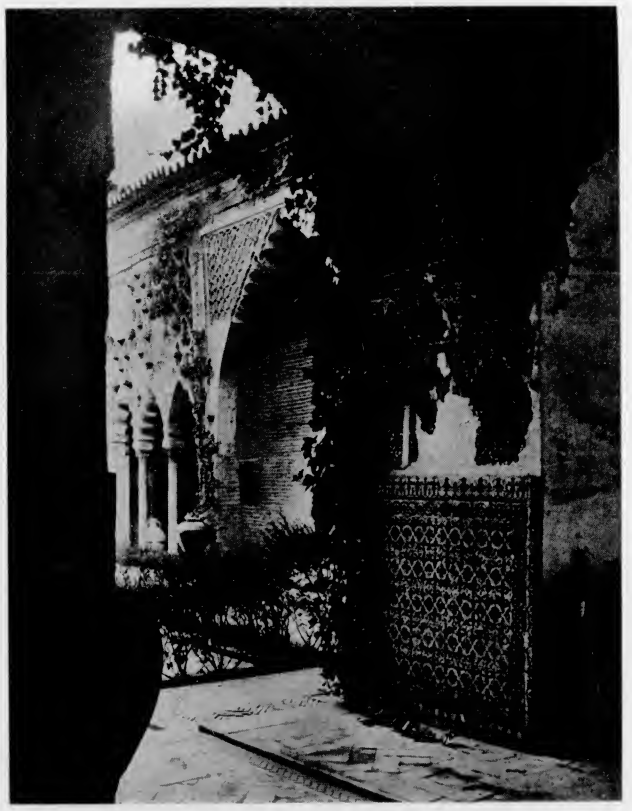
Sevilla. La torre de la Giralda, vista por el frente norte.

Sevilla. Torre del Oro.

Jerez. Torre del Alcázar.

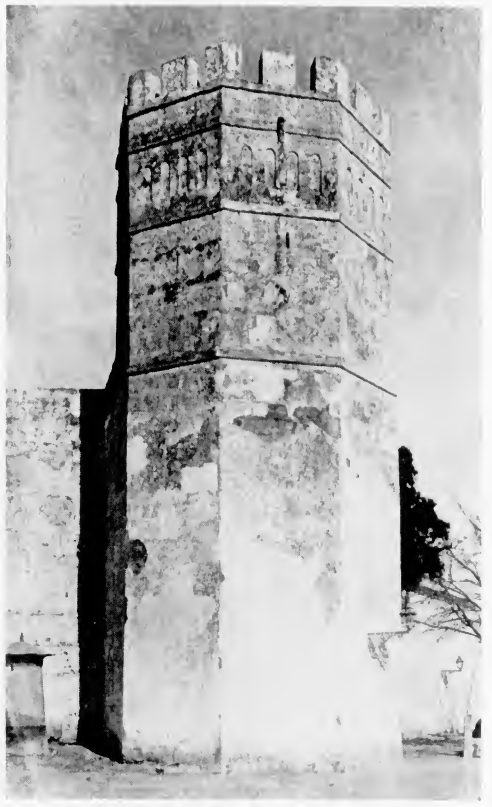


Iglesia mayor de Lebrija.



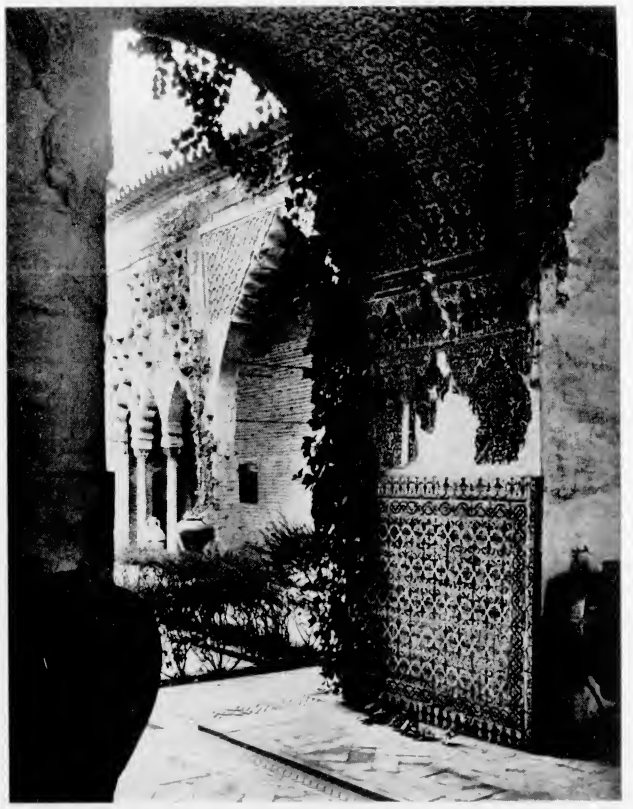
Sevilla. Alcázar. Patio del Yeso.

Sevilla. Torre del Oro.



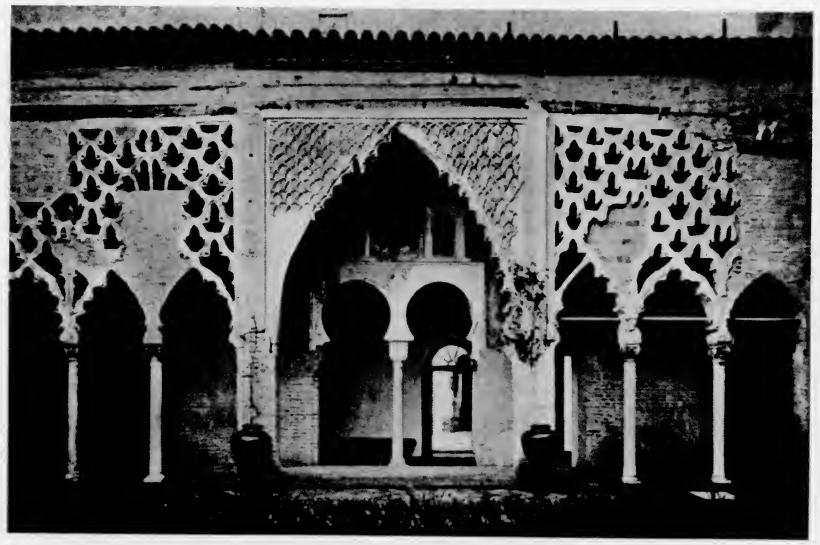
Jerez. Torre del Alcázar.

Iglesia mayor de Lebrija.



Sevilla. Alcázar. Patio del Yeso.

Murallas árabes de Sevilla.

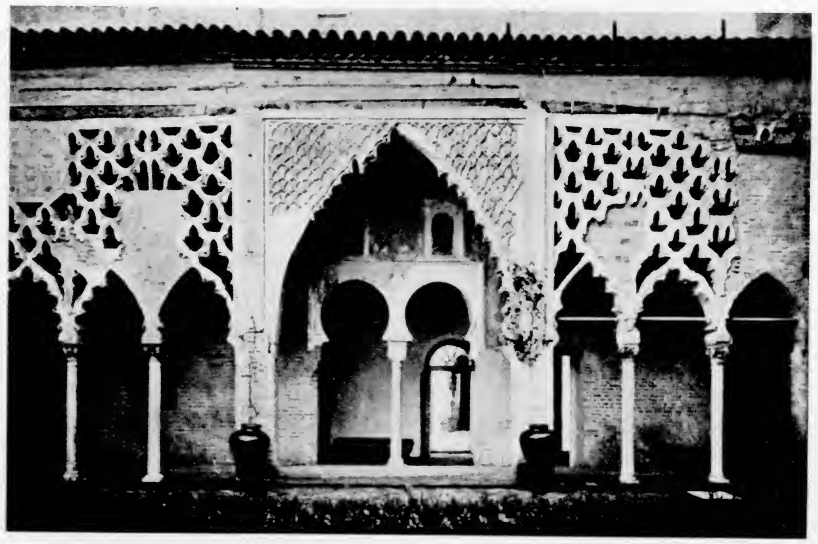


Palacio del Yeso en el Alcázar de Sevilla.

Arqueta de la Catedral de Gerona.

Inscripciones árabes de Almería de 1131 y 1133.

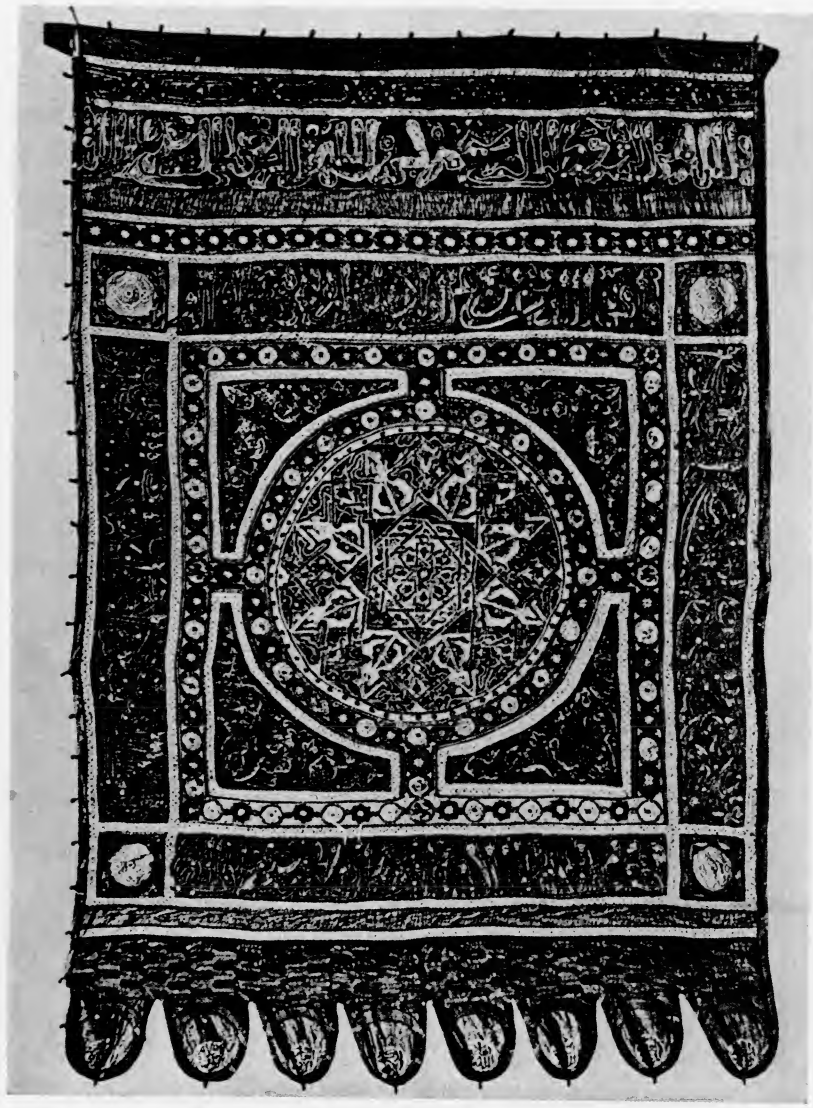
Murallas árabes de Sevilla.



Palacio del Yeso en el Alcázar de Sevilla.

Arqueta de la Catedral de Gerona.

Inscripciones árabes de Almería de 1131 y 1133.

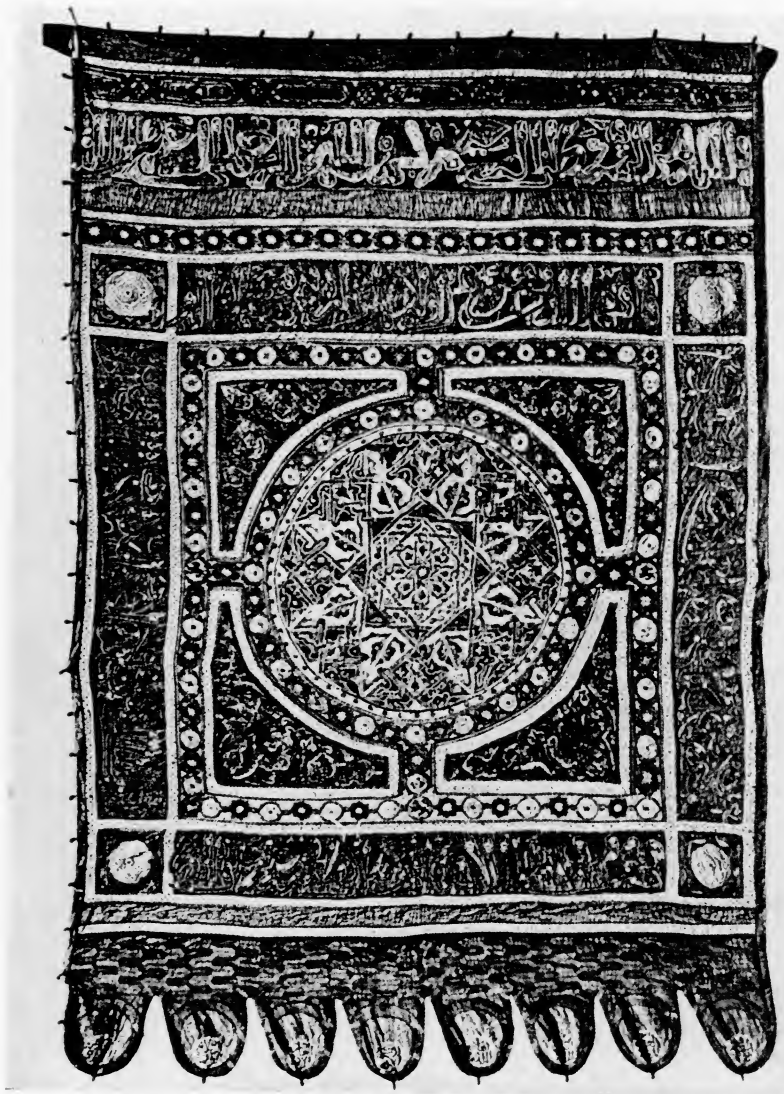


Tapiz llamado Bandera de las Navas. Las Huelgas. Burgos.



obtuvo la publicidad suficiente. El primero que levantó su tienda fué Abu-l-Hasan Ali ben Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Malaki, cuyo padre había sido cadí de Abd al-Mumin. Abu-l-Hasan era bien conocido y era llamado, en atención a sus funciones, predicador del califato. Era versado en derecho, sabía bien las tradiciones, era buen poeta y escritor distinguido. Cuando se vió su tienda recogida, se imitó su ejemplo, por confiar en la seguridad de sus informaciones, vista su posición en la corte. La tarde misma la mayor parte de las tropas atravesó el río, porque todos querían tomar la delantera, a fin de evitar los apremios de última hora, y a fin de elegir el mejor lugar para acampar. No permanecieron en su puesto sino los que se encontraban en las cercanías de la tienda real. Los demás, sin que el príncipe supiera nada, se dedicaron durante toda la noche a atravesar el río. Los cristianos cuando vieron (a los enemigos cruzar el Tajo), informados además por los espías que tenían en el campo musulmán, de la marcha de Abu Yaqub y de su ejército, ante el desorden que reinaba en éste y la dispersión de la mayor parte de las tropas enemigas, aprovecharon la oportunidad que se les brindaba. Numerosos jinetes cargaron contra los que encontraron al paso, los empujaron delante de sus caballos, llegaron hasta la tienda real, y a su puerta dieron muerte a gran número de oficiales del *chund*, la mayor parte naturales de Al-Andalus. Alcanzaron hasta el príncipe mismo que recibió una lanzada en el bajo vientre, de la que murió algunos días después. Sin embargo, tras el choque, los cristianos fueron forzados a retroceder y a volver a la ciudad, pero no sin haber obtenido algún éxito. Se transportó al príncipe al otro lado del río y después de haberle instalado en una litera de mujer se comenzó la marcha. Cuando inquirió la causa que había provocado el movimiento de las tropas motivo del desastre y supo lo que había hecho Abu-l-Hasan al-Malik, dijo que recogería los frutos de su conducta. El predicador, informado de tal amenaza, para salvar la cabeza, huyó a Santarem cerca del rey cristiano Ben al-Riq, que le recibió con honor y le asignó una hermosa morada, así como una pensión considerable.

La herida de Abu Yaqub se agravó después que le transportaron al otro lado del río; y no habían hecho dos o tres jornadas cuando murió. Sé, por alguien que tomó parte en tal expedición, que entre la plegaria del mediodía y la de la tarde corrieron por todo el campo musulmán estas palabras: "¡Las últimas plegarias, las últimas plegarias por un personaje de importancia!" Todo el mundo las recitó, pero nadie supo, salvo los íntimos de la corte, de quién se trataba. Se llegó así a Sevilla, donde se detuvo el ejército; fué embalsamado el cadáver, se le colocó en un ataúd y fué enviado bajo la custodia del chambelán Kafur, liberto del difunto, a Tinmalal, donde fué enterrado junto a Abd al-Mumin y a Ben Tumart. Su muerte había tenido lugar un sábado, poco antes de la puesta del sol, el 7 de Rachab del 580. Su hijo Abu Zakariyya Yahya me ha contado que poco antes de su muerte repetía frecuentemente este verso:



Tapiz llamado Bandera de las Navas. Las Huelgas. Burgos.



obtuvo la publicidad suficiente. El primero que levantó su tienda fué Abu-l-Hasan Ali ben Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Malaki, cuyo padre había sido cadí de Abd al-Mumin. Abu-l-Hasan era bien conocido y era llamado, en atención a sus funciones, predicador del califato. Era versado en derecho, sabía bien las tradiciones, era buen poeta y escritor distinguido. Cuando se vió su tienda recogida, se imitó su ejemplo, por confiar en la seguridad de sus informaciones, vista su posición en la corte. La tarde misma la mayor parte de las tropas atravesó el río, porque todos querían tomar la delantera, a fin de evitar los apremios de última hora, y a fin de elegir el mejor lugar para acampar. No permanecieron en su puesto sino los que se encontraban en las cercanías de la tienda real. Los demás, sin que el príncipe supiera nada, se dedicaron durante toda la noche a atravesar el río. Los cristianos cuando vieron (a los enemigos cruzar el Tajo), informados además por los espías que tenían en el campo musulmán, de la marcha de Abu Yaqub y de su ejército, ante el desorden que reinaba en éste y la dispersión de la mayor parte de las tropas enemigas, aprovecharon la oportunidad que se les brindaba. Numerosos jinetes cargaron contra los que encontraron al paso, los empujaron delante de sus caballos, llegaron hasta la tienda real, y a su puerta dieron muerte a gran número de oficiales del *chund*, la mayor parte naturales de Al-Andalus. Alcanzaron hasta el príncipe mismo que recibió una lanzada en el bajo vientre, de la que murió algunos días después. Sin embargo, tras el choque, los cristianos fueron forzados a retroceder y a volver a la ciudad, pero no sin haber obtenido algún éxito. Se transportó al príncipe al otro lado del río y después de haberle instalado en una litera de mujer se comenzó la marcha. Cuando inquirió la causa que había provocado el movimiento de las tropas motivo del desastre y supo lo que había hecho Abu-l-Hasan al-Malik, dijo que recogería los frutos de su conducta. El predicador, informado de tal amenaza, para salvar la cabeza, huyó a Santarem cerca del rey cristiano Ben al-Riq, que le recibió con honor y le asignó una hermosa morada, así como una pensión considerable.

La herida de Abu Yaqub se agravó después que le transportaron al otro lado del río; y no habían hecho dos o tres jornadas cuando murió. Sé, por alguien que tomó parte en tal expedición, que entre la plegaria del mediodía y la de la tarde corrieron por todo el campo musulmán estas palabras: "¡Las últimas plegarias, las últimas plegarias por un personaje de importancia!" Todo el mundo las recitó, pero nadie supo, salvo los íntimos de la corte, de quién se trataba. Se llegó así a Sevilla, donde se detuvo el ejército; fué embalsamado el cadáver, se le colocó en un ataúd y fué enviado bajo la custodia del chambelán Kafur, liberto del difunto, a Tinmalal, donde fué enterrado junto a Abd al-Mumin y a Ben Tumart. Su muerte había tenido lugar un sábado, poco antes de la puesta del sol, el 7 de Rachab del 580. Su hijo Abu Zakariyya Yahya me ha contado que poco antes de su muerte repetía frecuentemente este verso:

"El día y la noche han arrollado lo que yo había desplegado y las vírgenes de ojos grandes han dejado de reconocerme".

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 222).

## LA POESIA EN LA ESPAÑA ALMORAVIDE Y ALMOHADE

*La poesía hispano-árabe sobrevivió al huracán de barbarie que la invasión almorávide desencadenó sobre España. Por el momento se replegó en sí misma y espíritus cuidadosos se ocuparon de salvar sus viejas esencias, mediante antologías como la* Dajira, *de Ben Bassam (m. 1147), y los* Collares de Oro, *de Ben Jaqan (m. 1134). Después, los sucesores de Yusuf ben Taxufin sucumbieron al embrujo de la cultura andaluza, llegaron a ser más españoles que africanos y protegieron a los escritores y poetas hispanos: ya en su corte misma, ya en las capitales de sus gobernadores de Al-Andalus. Entre todos esos poetas se destacan dos levantinos: Ben Jafacha (1058-1138), y su sobrino Ben al-Zaqqaq (m. 1134). El primero gustó de describir paisajes y jardines, y el segundo revolucionó las gastadas metáforas de la poesía andaluza. Pero ambos representan, como Góngora en las letras castellanas, la cima de la lírica neoclásica. En ciertos medios de la sociedad hispano-almorávide surge al mismo tiempo un gusto por lo vulgar que mueve a los poetas a acudir a las formas populares del "zéjel" y la "muwassaha" y les lleva a hacer sonar la lira satírica y hasta la lira obscena. El rey de los zejeleros y libertinos andaluces fué Ben Quzman (m. 1160). Sus poemas eran juguetones y desvergonzados, como baladas callejeras o como destinados para tertulias de mozos elegantes y depravados. La dominación almohade da empleo a muchos talentos andaluces. Mas el Islam andaluz se iba agotando, se extingue la influencia oriental y la España mora vive de su pasado. Las ciencias españolas llegan a su apogeo, pero la poesía no remonta su vuelo muy alto. Sigue habiendo pléyade de poetas, la escuela levantina se sobrevive a sí misma y las banderas almohades tienen un cantor español. Mas vence la poesía popular y el zéjel sonriente y burlón triunfa en las callejas sevillanas; y allí canta el más famoso poeta de la época: un judío converso, Ben Sahl (m. 1251). La decadencia de Al-Andalus y los triunfos cristianos mueven a muchos de sus ingenios a expatriarse. La España musulmana devuelve entonces a Oriente la influencia de él recibida durante siglos. Y los poetas andaluces llenan las ciudades orientales y africanas con sus inquietudes místicas y sus soñadas fantasmagorías. Un nombre debe destacarse entre ellos: el del murciano Ben Arabi (1165-1240), precursor del Dante.*



### POESIA CULTA

#### Los vasos

Eran deseados los vasos cuando vinieron a nosotros; pero, cuando estuvieron llenos de vino puro,

se aligeraron y estuvieron a punto de volar con lo que contenían, del mismo modo que los cuerpos se aligeran con los espíritus.

De IDRIS BEN ALYAMAN, de Ibiza (Siglo XI).

#### Las rosas

Las rosas se han esparcido en el río, y los vientos, al pasar, las han escalonado con su soplo,

como si el río fuese la coraza de un héroe, desgarrada por la lanza, y en la que corre la sangre de las heridas.

De BEN AL-ZAQQAQ, de Alcira (m. hacia 1135).

#### Escena báquica

Escancia en rueda el vino en el jardín cubierto de escarcha. La sentencia de la aurora se cumple ya sobre las tinieblas.

El vaso de vino nos mira con las pupilas de sus burbujas, que substituyen para nosotros a los ojos lánguidos.

No es que se hayan ocultado las estrellas del horizonte, sino que se han trasladado de los cielos a los jardines.

De BEN AL-ZAQQAQ, de Alcira (m. hacia 1135).

#### El arco

Me maravillo de la ingratitud del arco, porque no es leal con las palomas del boscaje.

Cuando era rama fué su amigo, y, ahora que es arco, las persigue. ¡Así son las vicisitudes de los tiempos!

De AHMAD BEN WADDAH, apodado AL BUQAYRA, de Murcia (m. hacia 1135).

#### El caballo alazán

Era un caballo alazán con el cual se encendía la batalla con un tizón de coraje.

Su pelo era del color de la flor del granado; su oreja, de la forma de una hoja de mirto.

Y, en medio de su color bermejo, surgía en su frente una estrella blanca, como las níveas burbujas que ríen en el vaso de rojo vino.

De Ben Jafacha, de Alcira (1058-1138).

### Escena de amor

Cuando la noche arrastraba su cola de sombra, le di a beber vino oscuro y espeso como el almizcle en polvo que se sorbe por las narices.

La estreché como estrecha el valiente su espada, y sus trenzas eran como tahalíes que pendían desde mis hombros.

Hasta que, cuando la rindió la dulce pesadez del sueño, la aparté de mí, a quien estaba abrazada.

¡La alejé del costado que amaba, para que no durmiese sobre una almohada palpitante!

De Ben Baqi, de Córdoba (m. 1145).

### Las mieses

Mira el campo sembrado, donde las mieses parecen, al inclinarse ante el viento,

escuadrones de caballería que huyen derrotados, sangrando por las heridas de las amapolas.

Del Qadi Iyad (1083-1149).

### El dedal

Dedal brillante como los rayos del sol: si le da el reflejo de una estrella del cielo, se ilumina.

El orfebre se esmeró en su labor, hasta verter oro en sus extremos.

Parece un pequeño casco, agujereado por las lanzas, y al que un tajo de espada arrancó la cimera.

Del poeta sevillano Abu-L-Abbas Ahmad Ben Sid, conocido por Al-Liss, "el ladrón" (Siglo XII).

### Escena báquica

Una tarde serena, la pasamos bebiendo vino.

El sol, al declinar, apoyaba en la tierra la mejilla, para el descanso.

El céfiro levantaba la cola de la túnica de las colinas; la faz del cielo parecía la lisa superficie del río.



¡Bien por nuestra morada, donde se bebe por la noche, en un sitio en que no nos deleita más que el zureo de las palomas!

Gorjean las aves, languidecen los ramos, y la tiniebla se bebe el rojo licor del crepúsculo.

De Muhammad Ben Galib Al-Rusafi, de la Ruzafa de Valencia (m. 1177).

### Después de la orgía

Apoyadas las mejillas en las palmas de las manos, nos sorprendió a ellos y a mí la luz de la aurora.

En toda la noche había cesado de escanciarles el vino y de beber yo mismo lo que quedaba en su propia copa, hasta que me embriagué al igual que ellos.

Pero el vino ha tomado bien su venganza: Yo le hice caer en mi boca y él me ha hecho caer a mí.

Del médico sevillano Abu Bakr Muhammad Ben Abd Al-Malik Avenzoar (1113-1199).

### La marea en el Guadalquivir

El céfiro rasgó la túnica del río, al volar sobre él, y el río se desbordó por sus márgenes para perseguirlo y tomar venganza.

Pero las palomas se rieron de él, burlándose al abrigo de la espesura, y el río, avergonzado, tornó a meterse en su cauce y a ocultarse en su velo.

De Ben Safar Al-Marini, de Almería (Siglo XII).

### La botella negra

Yo elevo a los comensales mis quejas en este asunto de la botella, que se ha vestido con una túnica de color negro espeso.

Había expuesto en ella el sol del vino entre nosotros; mas este sol se ha ocultado en un ala de la noche tenebrosa.

La botella niega con su color las luces del vino, como el corazón del envidioso niega la mano del que le favorece.

De Ben Muchbar, de Murcia (m. 1191).

### Insomnio

Cuando el pájaro del sueño pensó hacer su nido en mi pupila, vió las pestañas y se espantó, por miedo de las redes.

De Abu Amir Ben Al-Hammara (Siglo XII).

### La bella de los lunares

Era tan blanca, que la juzgarías una perla que se fundía, o estaba a punto de fundirse, con sólo nombrarla.

Pero tenía las dos mejillas —blancas como el alcanfor— puntuadas de almizcle. ¡Encerraba toda la beldad y aún algo más!

Una vez que sus lunares se hubieron metido en mi corazón, tan hondo como yo me sé, le dije:

"¿Es que toda esa blancura representa todos tus favores, y esos puntos negros algunos de tus desdenes?"

Me contestó: "Mi padre es escribano de los reyes y, cuando me he acercado a él para demostrarle mi amor filial,

temió que descubriese el secreto de lo que escribía, y sacudió la pluma, rociándome el rostro de tinta".

Del sevillano ABU AHMAD BEN HAYUN, que vivió en tiempos de Yusuf ben Abd al-Mumin (Siglo XII).

### Disculpa

No me tachéis de inconsecuente porque mi corazón haya sido apresado por una voz que canta:

Hay que estar serio unas veces y otras dejarse emocionar, como la madera, de la que sale lo mismo el arco del guerrero que el laúd del cantor.

Del alfaquí cordobés IBRAHIM BEN UTZMAN (Siglo XII).

### Las burbujas

El vaso, cuando lo llenaron de vino, se inflamó y se vistió una túnica de llamas.

Y, cuando subieron encima las burbujas, no vieron los ojos maravilla como ésta:

Encima de unas brasas encendidas, granizos, que existían por ellas y que de ellas procedían.

Del rey africano ABU ZAQARIYA (Siglo XIII).

### El surtidor

¡Qué bello el surtidor, que apedrea al cielo con estrellas fugaces, que saltan como ágiles acróbatas!

De él se deslizaban a borbotones sierpes de agua, que corren hacia la taza como amedrentadas víboras.



Y es que el agua, acostumbrada a correr furtivamente debajo de la tierra, al ver un espacio abierto aprieta a huir.

Mas luego, al reposarse, satisfecha de su nueva morada, sonríe orgullosamente mostrando sus dientes de burbujas.

Y entonces, cuando la sonrisa ha descubierto su deliciosa dentadura, inclínanse las ramas enamoradas a besarla.

Del poeta sevillano BEN RAIA (Siglo XIII).

### Regalando un espejo

Te envío un espejo precioso: Haz surgir en su alto horizonte tu rostro, luna de buen agüero.

Así apreciarás con justeza tu hermosura y disculparás la pasión que me consume.

¡Ay, con ser fugitiva, tu imagen es más accesible que tú, más benévola y mejor cumplidora de promesas!

Del poeta sevillano BEN AL-SABUNI (Siglo XIII).

### Orillas del Guadalquivir

Los olmos que descuellan en los jardines son como lanzas llenas de banderolas de seda.

No es de extrañar que estas tropas se alzaran contra el río, cuando le vieron vestido con la cota de mallas que le forjan los vientos al arrugar sus aguas.

El río rechazó a las tropas una y otra vez con sus ondas, pero se inclinaron sobre él y hubo de someterse, lamentándose con su murmullo.

De BEN SAHL, judío de Sevilla (m. 1251).

### La batalla

¡Oh Dios! Los estandartes de los caballeros se cernían como pájaros en torno a tus enemigos.

Las lanzas puntuaban lo que escribían las espadas; el polvo del combate era la arenilla que secaba el escrito, y la sangre lo perfumaba.

De BEN SAID AL-MAGRIBI (1214-1274).

### El viento

No hay mayor alcahuete que el viento, pues levanta los vestidos y descubre las partes ocultas del cuerpo,

y ablanda la resistencia de las ramas, haciendo que se inclinen a besar la faz de los estanques.

Por eso los amantes lo emplean como tercero que lleva mensajes a sus amigos y enamorados.

De Ben Said Al-Magribi (1214-1274).

### La amada

Cuantos miran sus ojos, quedan prendados: que el vino bebe la razón del que lo bebe.

Todos temen su mirada, menos ella, pues ¿acaso hace temblar la espada el corazón del que la empuña?

Alzóse hacia ella mi vista, mientras lloraba, y vió desatarse las nubes bajo el sol de su frente.

Recordando su talle, gimo de amor, como las palomas que lloran sobre las ramas.

Su separación ha dejado en mi pecho una negra tristeza, como las tinieblas vienen, cuando se pone el sol.

Del alfaquí cordobés Umar Ben Umar, cadí de Córdoba y Sevilla en tiempo de los almohades.

### Fiesta en el río

Mira, ¡por vida mía! los barcos que se lanzan a la carrera, como corceles que vienen uno tras otro.

El cuello del río estaba antes desnudo; mas ahora, en la tiniebla de la noche, está lleno de alhajas.

Las luces de las candelas brillan como luceros, y sus reflejos parecen lanzas hundidas en el río.

Los barquitos huyen, con los pies de sus remos, de los bajeles que avanzan, con el ala de sus velas, como escapa la liebre temerosa del halcón.

Del cadí de Jerez Ben Lubbal (m. 1284).
(Trad. García Gómez: Poemas arábigo-andaluces).

## POESIA POPULAR: BEN GUZMAN

### Zéjeles varios

Mi excelente zéjel
se oye en el Iraq.
¡Qué genial es esto!
Otros versos no valen,
junto a este donaire.



Comencé componiendo a lo que salga
y me vino un zéjel que parece miel.

El mundo se adorna para que lo pises.
Al par que tú saltas de la cama,
se iluminan la alcoba y la comarca.

Las mujeres, como sabes, se ganan huyendo de ellas.
Mientras las haya en el mundo, ninguna ha de valer nada.
Todas son para mí iguales: las jóvenes y las viejas,
las lejanas y las próximas, las gordas y las delgadas.

Hirió con sus ojos mi corazón sensible
y la gente vió la huella que allí dejó.
Dicen unos: era un puñal, y otros: una navaja;
éstos: era un cuchillo, y aquéllos: una flecha.

Cuando muera, éstas son mis instrucciones para el entierro:
dormiré con una viña entre los párpados;
que me envuelvan entre sus hojas como mortaja
y me pongan en la cabeza un turbante de pámpanos.

Aben Quzmán se arrepintió. Bueno será para él, si persevera.
Sus días pasados eran fiestas entre los días.
Pero después del sonar de atabales y adufes, y de arremangarse para el baile
ahora sube y baja por la torre del almuédano.
Se ha hecho imán en la mezquita y reza, prosternándose e inclinándose.

### El zéjel de los diminutivos

Ahora te amo a ti, estrellita.

¿Quién te ama y se muere por ti?
Si me matan, sólo por ti será
Si mi corazón pudiera dejarte,
no compondría esta cancioncilla.

Madre mía, me veo despreciado.
Tu hijo está triste y con pena.
Lo ves que durante todo el día
no prueba más que un bocadito.

Yo les digo: ¡Dios es grande!
No puedo ya sufrir más esto:
Si me voy a la Mezquita Verde,
ella se va al Pozo del Alamillo.

¡Oh tú, ornato de las reuniones,
hermosa, sí, e inteligente!
¡Qué piedrecillas, en vez de mizcales,
te tiraría, leprosilla!

Todos tus enamorados están ardiendo.
El hechizo de Babilonia se cifra en ti
De ti se oye todo lo precioso.
en cuanto dices una palabrita.

Como manzanas son tus pechitos,
como harina blanca son tus mejillitas,
como puro cristal son tus dientecillos,
como azúcar es tu boquita.

Si prohibieras ayunar a los hombres
y dijeras: ¡Sed infieles, oh gentes!,
no quedaría hoy la Aljama
más que cerrada por una soguilla.

Eres más dulce que el alfeñique.
Yo soy tu esclavo, tú eres mi señor.
Mi señor, sí, y a quien diga que no,
le daré un cachetillo en el pescuezo.

¿Hasta cuando me tendrás ese desvío?
¿Hasta cuándo tendrás de mí esas sospechas?
¡Que Dios haga de ti y de mí
en una casa vacía, un hacecillo de flores!

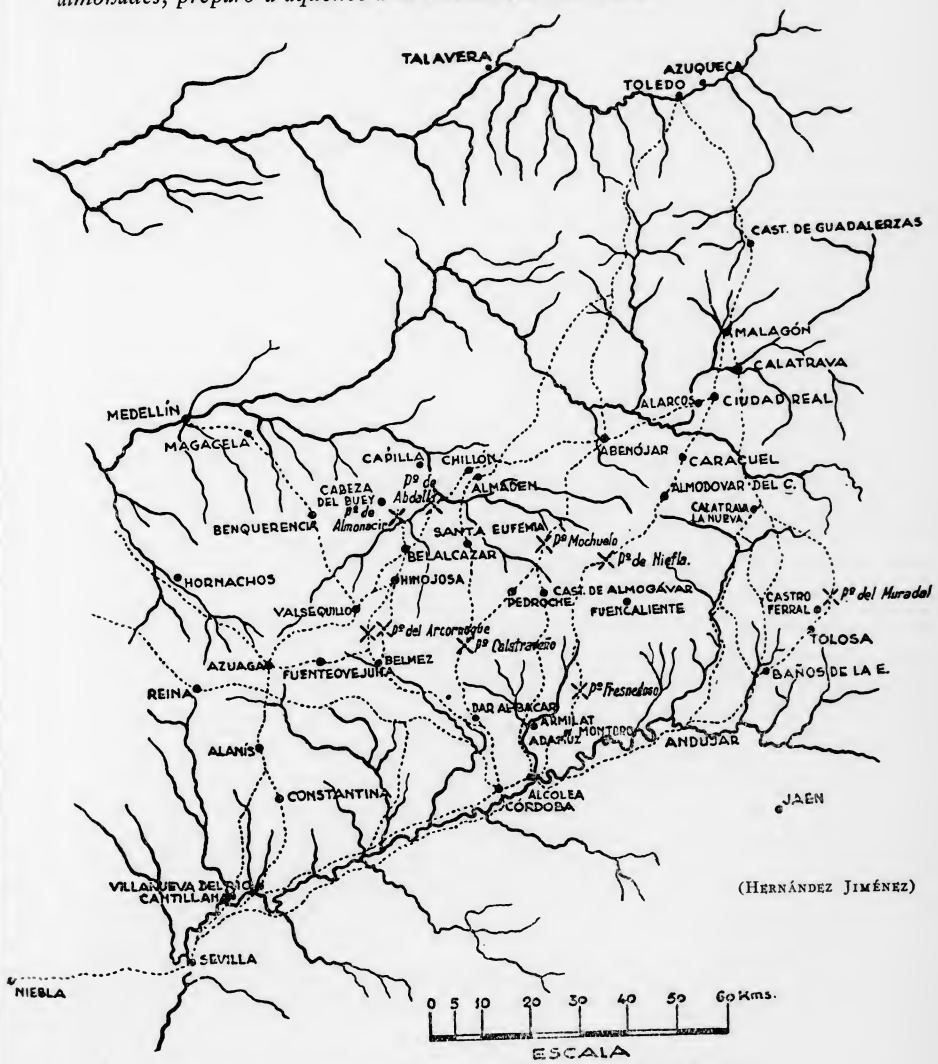
Del *Cancionero* de BEN QUZMAN (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 123, 125, 131 y 153).

## ULTIMA GRAN VICTORIA AFRICANA EN ESPAÑA

*Alfonso VIII, después de restablecer la autoridad regia en Castilla y de recuperar, de Navarra, la Rioja, perdida en su menor edad, volvió sus armas contra los musulmanes. En 1177 conquistó la gran plaza de Cuenca, en años sucesivos se apoderó de una serie de fortalezas de la España mora y en una gran algara llegó hasta el Aljarafe de Sevilla y hasta el mar. La coalición formada contra él por los reyes cristianos le obliga, entonces, a pactar con el califa almohade; pero en 1193 rompe las treguas con una expedición que inicia el arzobispo de Toledo. Abu Yusuf Yaqub pasa el Estrecho con un gran ejército y vence a Alfonso en Alarcos, el 19 de julio de 1195. El castellano había peleado con solas sus fuerzas contra todo el poder de su enemigo. En dos campañas sucesivas los africanos devastan el valle del Tajo; pero no logran tomar Toledo, ni cruzar los puertos de*



*Avila, desde los que oteaban sus empresas los reyes de Castilla y Aragón. No ocultan las crónicas cristianas la derrota. La abultan las historias árabes. Fué grave en verdad, pero no alteró la situación militar de España decisivamente, y al afirmar la unión guerrera de Alfonso VIII y del aragonés Pedro II, y al hacer temer a los cristianos la importancia de las fuerzas almohades, preparó a aquéllos a la revancha de las Navas.*




(HERNÁNDEZ JIMÉNEZ)

Mapa de caminos de Córdoba a Toledo en la Edad Media.

### Versión cristiana

Cventa aun ell arçobispo en razon deste noble don Alffonsso, rey de Castiella, et dize: sossanno el rey don Alffonsso la balsemia de Affrica, esto es los falsos denuestos et escarnios quel dizien los moros; et assannosse la yra de los alaraues. Et regnaua entonçes en Affrica Josep Mazemut, et ell llinnage de los almohades la cabesça de la su yent. Et leuantosse esse prinçep con grand muchadumbre, et enlleno las campinnas dell Andaluzia con uozes de muchas guisas: et las yentes eran turcos, alaraues, affricanos et eziopianos de amas las Eziopias, et almohat que es ya otra yent et de los Montes Claros uinieron en la hueste de aquel Mazemut, et ell andaluç de tierra de Guadalqueuir a su mandado ueno alli. Et passo ell el mar Terreno et ell Estrecho de Seuilla. Et a los sus nauios daquel Mazemut llama el arçobispo en el latin trieres; et trieres quiere dezir: "nauios que se gouiernan por tres rimos". Et en estos nauios tales passo aquel moro Mazemut et su yent de Affrica por ell estrecho de Seuilla a Espanna. Dize el arçobispo empos esto: la su yent daquel moro non se podrie contar, tanta era la muchadumbre della; assi era como ell arena de la mar: La llegança dell, a la çipdad de Seuilla; et la uenida del, a las campinnas de Cordoua. Firmaron la su cara contra Alarcos et la faz de la su sanna contral regno de Toledo. Los llanos de Tolosa despoio de sus pastos, et enssancho el los senderos de los pennedos con hunnas de cauallos, et con la grand muchadumbre seco los ryos. La fama que corrie del, uolaua como uuela dell aue, et esparziosse por las tierras et sono por todo logar, et la neua ligera mouio a ssanna; et en la oyda del messaie muchos fueron alegres, et otrossi la ueuida de los enemigos asanno a muchos. Non sabe omne la carrera del muy alto nin saben los fijos de Adam los consseios del. Et desque se ayuntaron amas las huestes, lidiaron, et fue uençuda la hueste de los cristianos, et el noble rey don Alffonsso sacado de la batalla por fuerça de los suyos, et por la noble sabiduria de los suyos fue el saluo et libre de muerte et de prision aquel dia. Aun gano el moro despues de la batalla unos castiellos. Et esta fue la batalla de Alarcos, que fue fecha en la era de mill et dozientos et XXXIII annos, et andaua otrossi entonces ell anno de la Encarnaçion del Sennor en mill et cient et nouanta et V. Et fue esto en dia sennalado XV dias antes de las calendas de Agosto, esto es XV dias por andar del mes de julio; seyendo entonçes en ell apostoligado Celestino papa el terçero. Aun se siguen las razones de la estoria de los fechos del noble don Alffonsso rey de Castiella.

De la *Historia de España que mandó componer Alfonso el Sabio* (Ed. Menéndez Pidal, 681, § 1002).



### Versión islamita

En 590 [1194] fué roto el tratado que unía (a Abu Yusuf) con Alfonso y la caballería enemiga invadió el país y se extendió por todas partes, por lo que Al-Andalus tuvo que sufrir grandes daños. El Príncipe de los Creyentes atravesó el mar a la cabeza de un ejército considerable, en Chumada 591 [13 mayo 1195] y llegó a Sevilla, donde se detuvo sólo el tiempo necesario para pasar revista a sus tropas y para hacer las distribuciones de dinero, y en seguida marchó hacia el país cristiano. Alfonso, tan pronto como tuvo noticia de la expedición, reunió igualmente un ejército considerable, y los dos enemigos se encontraron en un lugar llamado Fahs al-Chadid. Alfonso tenía a sus órdenes más soldados que había reunido jamás, de suerte que el temor cundió entre los musulmanes y les agitaron funestos presentimientos. El Príncipe de los Creyentes en medio del desconcierto universal no tenía otros sostenes que la oración y el auxilio, de igual naturaleza, que pedía a los hombres piadosos de cuya virtud estaba seguro. El miércoles 3 Xaban [13 julio] se libró la batalla (fué dada en verdad el 18 de julio) y gracias a la protección divina, que descendió sobre los almohades, sostuvo su energía y les concedió el triunfo, la suerte de las armas se volcó contra Alfonso y los suyos, y sólo pudo salvarse éste con una treintena de sus oficiales. Del ejército musulmán encontraron la muerte de los mártires un cierto número (de guerreros), tanto de los principales almohades como de los otros. Se cita entre ellos al visir: Abu Yahya (llamado también Abu Bakr ben Abd Allah) hijo del jeque Abu Hafs, antes citado entre los visires de Abu Yusuf. El Príncipe de los Creyentes avanzó en persona hasta Qalat Ribah (Calatrava) cuyos habitantes habían huído y en la que penetró. Hizo transformar la iglesia en mezquita y los musulmanes recitaron en ella la oración. Después de haber conquistado las diversas fortalezas que rodean Toledo volvió a Sevilla ornado con la aureola de la victoria. Esta brillante victoria se iguala con la de Zallaqa, de que hemos hablado en tiempo de Yusuf ben Taxufin, emir de los almorávides.

Del *Kitab al-Muchib* del MARRAKUXI (Según versión francesa de Fagnan, 245).

### Razzias almohades después de Alarcos

Del Emir de los Creyentes (Yaqub), hijo del Emir de los Creyentes (Yusuf), hijo de Emir de los Creyentes (Abd al-Mumin), a los talibs, a los almohades, a los jeques y al conjunto de la población de Fez y de su territorio.

En Sevilla, el 9 Ramadan 592 [6 agosto 1196].

El soberano comienza por informar a sus corresponsales que, después

de la sangrienta derrota sufrida (en Alarcos), el rey de los *rum* se había retirado hacia Castilla y había enviado mensajeros tras mensajeros, para obtener la paz de los musulmanes. No sólo rechazó su petición el Emir de los Creyentes sino que resolvió llevar la guerra a su territorio.

Los almohades se pusieron en camino a las órdenes del soberano. Llegada a tierras enemigas, la hueste se acercó al castillo de Montanchez y se apoderó de él. Fué en seguida a sitiar Trujillo, la capital de la Frontera del Norte (Al Tzagr al-Xamah); los habitantes de tal plaza huyeron, pero fueron perseguidos muy de cerca por los guerreros musulmanes y sólo muy pocos pudieron escapar. Siguiendo su ejemplo, los habitantes de Santa Cruz buscaron su salvación en la huída y su población cayó en poder de los almohades.

Estos atravesaron en seguida el Tajo y avanzaron a través del país de los *rum* hasta la ciudad de Plasencia, a cuya construcción se había consagrado el rey cristiano durante muchos años y que había poblado con gentes del Norte. Todos los combatientes se refugiaron en la ciudadela de la plaza, con sus jefes, que eran guerreros famosos. Los almohades se apoderaron de Plasencia, la arrasaron hasta los cimientos y acabaron entrando por la fuerza en la alcazaba. Los sitiados se refugiaron en una sólida torre, de anchos fosos y de altos merlones. No pudieron mantenerse en ella sino una noche y se entregaron al día siguiente a los almohades, que les llevaron cautivos.

La columna se dirigió en seguida hacia el territorio de la villa de Talavera y le devastó a hierro y a fuego. Se aproximó luego a Toledo, después de atravesar los puertos de acceso a Castilla, y acampó al Norte de tal capital. Al día siguiente tuvo lugar un encuentro entre musulmanes y cristianos, y los almohades mantuvieron diversas escaramuzas fructuosas. Volvieron a atravesar el Tajo y saquearon de paso la huerta del rey cristiano.

Mientras se desarrollaban tales operaciones, el rey de León comunicó al soberano almohade, de quien era tributario, que se hallaba en guerra con su primo el rey de Castilla y le pidió una hueste musulmana para invadir su territorio. Se accedió a su ruego y así los cristianos tuvieron que sufrir de otra manera el peso de las armas almohades.

Conseguido el fin que se había propuesto al emprender la expedición, el soberano resolvió volver al territorio musulmán. En su marcha, el ejército, a una jornada de Toledo tomó por la fuerza el castillo de Dar al-gara y el de Piedrabuena, defendido por una numerosa guarnición de cristianos y de freires de las órdenes militares. Se instalaron guarniciones en las dos plazas.

Termina invitando a sus corresponsales a alegrarse de tales nuevas. Aquellos de sus conciudadanos que han tomado parte en la expedición podrán darles más detalles.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 66).



## SOBRE TEMAS AGRARIOS

*Es habitual atribuir a los árabes la introducción en España de grandes novedades agrarias: nuevos cultivos y nuevos métodos. Se ha llegado a suponer importadas por ellos las más de las plantas y de los sistemas característicos de la agricultura hispana de hoy. Es hora de rechazar tan gratuita teoría. Quienes la han ideado ignoran la variedad de explotaciones agrícolas que conoció la España romana y lo avanzado de la técnica de las mismas en ella. La mayor parte de los cultivos y de los métodos agrarios peninsulares —incluso los de regadío más complicados— existían ya en Hispania muchos siglos antes de la invasión árabe y buena parte de ellos son anteriores a la conquista de Roma. Sería injusto, sin embargo, negar que mientras vivimos dentro de la órbita islámica no se produjeron muchos avances y cambios en la vida agraria española. Al acervo tradicional se añadieron las novedades orientales y el resultado de la propia experimentación y de los propios hallazgos de los españoles, que no por haber abrazado el Islam habían cambiado de raza ni de mentalidad. En esa triple vena —las obras de griegos y romanos, la "Agricultura Nabatea" que resume los conocimientos agrarios de persas e hindúes y la especial acción científica de los alquimistas, los botánicos y los geopónicos hispano-musulmanes— bebió su saber el más famoso de los tratadistas de agronomía de Al-Andalus, Abu Zakariyya ben Al-Awwam, agricultor sevillano de fines del siglo XII.*

### *Conservación de la uva*

Es necesario que, para almacenar frutas y otras cosas, se escojan sitios frescos, ventilados, limpios y sin malos olores. Ninguna fruta se conservará cerca de los membrillos, pues, almacenándola con ellos, se pierde por su humedad...

Dice Qastus: "Si deseas conservar las uvas colgando en la cepa hasta el mes de Dimah (marzo) o más allá, fíjate en un sarmiento que lleve mucha fruta, para que te sea posible atarlo, doblándolo; mételo en un hoyo de un par de varas de profundidad, cerca de la raíz de esa vid; tapiza el hoyo con arena fina y pura, y dirige el sarmiento hacia él, tendiéndolo de suerte que las uvas bajen al hoyo sin que lleguen a tocar lo hondo del hoyo ni tampoco sus lados. Atalo en una estaca o algo parecido, a fin de que no pueda salir, y tapa el hoyo con hojas de azucena, esparciendo sobre ellas polvo tan fino como la harina, hasta que (las uvas) se hagan tupidas y (los jugos) fluyan hacia el racimo, hasta Dimah o más allá. Y verdaderamente encontrarás (al racimo) fragante y fresco, si Alá quiere".

### *Dos observaciones sobre el puerro*

Les conviene la tierra húmeda y fuerte, que esté mezclada con arena, pues en ella se crían evidentemente sanos, y les conviene también la tierra estercolada (o grasa).

Y dicen: "Si quieres que sean grandes, toma un producto cerámico (arcilla), tamízalo y colócalo en la raíz de cada uno, pues así se agrandan, y estercólalos con estiércol fino, y riégalos con agua dulce".

*Conservación de las cebollas*

Se dice que las cebollas, si se arrancan en agosto y se meten en agua templada y se ponen a secar al sol para quitarles su humedad, extendiéndolas sobre paja de cebada, de tal manera que las unas no estén encima de las otras, se conservarán largo tiempo.

Dice Qastus: "Métanse las cebollas en (agua) salada y pónganse al sol hasta que se haya secado la humedad de esta agua. Tiéndanse luego separadas sobre paja de cebada, y así se prolongará su conservación".

*Sobre las rosas (conservación, disecación y destilación)*

Las rosas se almacenan secas, y el modo de secarlas es el siguiente: "Se desprenden del cáliz y se esparcen al sol, sin que queden muy juntas ni unas encima de otras, y si se remueven hasta que estén secas, y se secan en un día son mejores, más aromáticas y de color más hermoso. Guárdense luego en vasos nuevos de alfarería, tapándoles las bocas con barro, y así conservan su color rojo y su olor. El peso de la rosa, sin cáliz en estado seco, viene a ser, aproximadamente, la décima parte de su peso en estado verde.

"La rosa llamada "doble", que es la especie mejor, se despliega sin abrirse del todo. Es de color blanco mezclado con un rojo más fuerte que el de la rosa silvestre. Cada una de las rosas reúne hasta cincuenta pétalos, o cuarenta a lo menos. No le alcanza daño alguno, y es la mejor especie de rosas para el agua rosada, por ser la de mejor aroma".

*De los cohombros (cohombros sin pepitas, siembra de éstas con la punta hacia abajo y dulcificación de cucurbitáceas)*

Dice Macario: "Si deseas cohombros y cucurbitáceas sin pepitas, entierra un ramo según la manera ya dicha, cavando un hoyo en forma de sepulcro, un poco más corto que de costumbre, y depositando en él la cucurbitácea, con tal que quede fuera su extremo, y luego, encima de ella, vuelve a echar tierra en el hoyo. Cuando después de esto, se haya alargado la cucurbitácea cerca de una vara, entiérrala por segunda vez, dejando fuera su extremo. Más adelante, cuando vuelva a extenderse aproximadamente una vara, vuélvela a enterrar por tercera vez, y, dejándola crecer un poco, córtala cerca de la raíz y así el extremo saliente del tercer hoyo tendrá cohombros sin pepitas".

Se dice que, sembrando las pepitas de cohombros, pepinos, badeas y calabazas con la punta hacia abajo, llevarán mucha fruta... Y, antes de



sembrar las pepitas de los cohombros, pónganse a remojo en agua dulce un día y una noche, y hágase lo mismo con badeas, pepinos, calabazas y sus análogos.

Se dice que estas pepitas puestas a remojo en agua rosada o en agua con otro perfume, darán al fruto el mismo aroma, y que lo mismo sucede remojándolas en agua y miel, agua azucarada y leche fresca. Se dice también que remojen la simiente en leche fresca, sacándola antes que la leche se torne agria, y la cambien a agua y miel, sembrándola luego.

Dice Qastus: "Remojando la simiente tres días en leche de vacas, su fruta vendrá dulce".

*Influencias y cambios misteriosos*

Se dice que esparciendo unos granos de cebada con el piñón, o en la raíz (del pino), al trasplantarlo, se acelerará su crecimiento y fructificación, y crecerá en altura lo que otro sin cebada no crece en tres años.

Dicen que la semilla de berza, cuando se siembra teniendo cuatro años o más se cambia en nabo, y, si se siembra la semilla de tales nabos, nacerán berzas. Añade (el autor citado por Ben al-Awwam): "Después de haberlo experimentado nosotros, lo hallamos cierto". Y dicen lo mismo de las semillas de las acelgas. En la "Agricultura Nabatea" se dice que, mezclando semilla de berza con semilla de nabo y conservándolas juntas tres meses o más, sembradas luego, de todas ellas sólo nacerán nabos.

Del *Kitab al-falaha* de ABU ZAKARIYYA (Trad. Banquerí-Doubler, Al-Andalus, VI, 1941).

## TARDIA CONQUISTA DE LAS BALEARES POR LOS ALMOHADES

*A la caída del califato, las Baleares habían formado parte del reino de Denia. En 1114 Mallorca fué conquistada por Ramón Berenguer III, de Barcelona. Cayeron en seguida en poder de los almorávides. Al hundirse el imperio de los Banu Taxufin en 1140, el gobernador de las islas, hijo de Ali Ben Ganiya, se declaró independiente. Murió a manos del juez Ishaq, que alcanzó gran poder en el Mediterráneo. Toda la España musulmana había caído en poder de los almohades y el reino mallorquín permanecía insumiso. E incluso, tras la gran victoria de Alarcos, los hijos de Ishaq, de la estirpe de Ben Ganiya, prosiguieron resistiendo. Hasta que al cabo, a principios del siglo XIII, cercana ya la crisis de los nuevos señores africanos, las Baleares fueron por ellos conquistadas. Pocos años después, en 1229, Jaime I desembarcaba a su vez en Mallorca.*

### Carta del califa Al-Nasir

En Marraquex, sin data [600-1204].

El soberano comienza por recordar a los destinatarios que han sido informados de cómo los dos Magribs fueron desembarazados y purificados de la suciedad con que les había manchado la presencia de rebeldes, gentes del *litzam,* que no se mantenían sino en las islas de Mallorca y en las vecinas de Ibiza y Menorca. La población de las mismas había sido invitada muchas veces a someterse por los tres primeros soberanos almohades (al-qulafa al-Raxidum), pero tales invitaciones no habían sido escuchadas. Sometidas al cabo Ibiza y Menorca al poder almohade, se decidió emprender una expedición contra Mallorca y, realizada, ha conducido a la conquista de la isla, en las siguientes condiciones.

Se embarcaron en las naves de la flota dos cuerpos de tropas, uno terrestre y otro marítimo, y, después de una feliz travesía, tomaron tierra en la isla. Sólo transcurrieron siete días entre su desembarco en Mallorca y su completa victoria. Los almohades atacaron a los rebeldes en la sólida fortaleza donde se habían refugiado y les redujeron a la situación más apurada. El jefe de los mallorquines fué muerto y su familia cayó entre las manos de los vencedores. Los estandartes almohades fueron izados en lo alto de las murallas. La cabeza del miserable jefe rebelde ha sido traída a la capital, así como sus banderas.

El soberano pide a los corresponsales que se alegren del éxito alcanzado, que debe interpretarse igualmente como una victoria contra los cristianos y sus principados del litoral mediterráneo. La toma de Mallorca constituye, en efecto, una verdadera catástrofe para el rey de Aragón y de Barcelona. En cuanto al otro rebelde almorávide, continúa vagando por los confines de Ifriqiya y no puede ahora recibir el menor socorro de sus parientes de Baleares.

De *Un recueil de lettres officielles almohades* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Hespéris, XXVIII, 1941, 67).

## DOS SANTONES ANDALUCES

*El místico murciano Ben Arabi (1165-1240) en cuyas* Futuhat al-Makkiyya *o Revelaciones de la Meca ha encontrado Asín antecedentes de la Escatología dantesca traza en su* Risalat al quds *o Epístola de la Santidad, las biografías de sus maestros del espíritu. Además de suministrarnos preciosas noticias sobre su formación religiosa, nos presenta en ellas un panorama de extraordinario interés de la vida espiritual de Andalucía durante los decenios postreros al siglo XII. En él se nos brinda una visión anticipada*



*de la secta de los* Alumbrados *que se extendió por Andalucía desde principios del siglo XVI. Asín ve en las doctrinas y prácticas de los* iluminados *islamitas andaluces de la época de Ben Arabi un precedente explicativo de los citados místicos cristianos del gran siglo español.*

### Abu Chafar Al-Uryani

De entre todos mis maestros, el primero a quien encontré en el camino de Dios fué Abu Chafar Al-Uryani. Llegó a Sevilla, donde vivíamos, cuando yo comenzaba a iniciarme en el conocimiento de este sublime método de perfección espiritual, y fuí uno de los que se apresuraron a acercarse a él. Entré, pues, a visitarle y me encontré con un hombre completamente entregado a la práctica de la oración mental. Le di mi nombre, y así que hubo conocido lo que de él deseaba, me dijo: —"¿Estás firmemente decidido a seguir el camino de Dios?" Yo le respondí: —"El siervo, decidido está; pero Dios es quien otorga la firmeza". Entonces me dijo: —"Cierra, pues, la puerta, corta los lazos de las cosas de acá abajo y siéntate a esperar que el Dador generoso de todo bien te hable tras de los velos que lo ocultan". Puse en práctica seguidamente sus consejos hasta que Dios se me reveló.

Era este maestro un campesino iletrado que no sabía ni escribir ni contar; pero cuando hablaba de la ciencia de la unificación, no había ya más que oír. Con su sola intención fijaba las ideas como si las consignara por escrito, y con su palabra ponía al descubierto la realidad positiva de los seres. Jamás lo verías sino haciendo oración mental, previamente purificado con la ablución ritual y orientado en dirección al templo de la Kaaba. La mayor parte de su tiempo lo pasaba ayunando.

Cogiéronlo cautivo los cristianos, tal y como él lo había previsto, pues a las gentes de la caravana con la cual iba de viaje, les dijo: "Mañana nos cogerán cautivos a todos". Y, en efecto, al amanecer se les presentó de improviso el enemigo y los cogió cautivos sin dejar uno. Hospedáronle honrosamente durante su cautiverio, destinándole una habitación limpia y hermosa, en la cual trabajaba. Luego concertó su rescate con el infiel a quien pertenecía, por la suma, creo, de quinientos dinares. Vino, pues, a nuestra tierra [para procurarse la suma] y la gente le dijo: —"Te la reuniremos tomándola de dos o tres personas". Pero él respondió: —"No quiero tomarla si no es recogiéndola de muchas personas. Si me fuese posible reunirla tomando de cada hombre un solo céntimo, lo haría, porque Dios me ha asegurado que hasta un simple aliento con el cual se pague algo que sirva de rescate del fuego del infierno, es cosa que aprovecha a todo el pueblo de Mahoma".

Otro de los hechos que le sucedieron fué que, estando en Sevilla, en nuestra casa, Dios le dijo: "Los habitantes de Qasr Kutama están necesitados de lluvia. ¡Anda, pues, a ellos y hazles la oración *ad petendam pluviam*, a

fin de que Yo les dé el agua que necesitan!" Nos contó esta revelación y salió de Sevilla con dicho objeto, acompañado de Muhammad, uno de sus discípulos. Como entre nosotros y los habitantes de Qasr mediaba el mar y una distancia de ocho días, alguien le dijo: —"Ruega a Dios por ellos desde aquí". Pero él replicó: —"Se me ha mandado que salga para ir a ellos". Salió, pues, de Sevilla, y cuando ya llegaba a Qasr Kutama y dominaba la población desde una altura, se vió imposibilitado de entrar en ella e hizo desde allí la oración *ad pretendam pluviam*, sin que los habitantes se enterasen, y Dios, en el mismo instante, les dió el agua. Regresó seguidamente desde aquel lugar, sin entrar en el pueblo, y al llegar a Sevilla nos dijo su fámulo Muhammad, el que había ido con él: —"Cuando Dios les envió el agua, y la lluvia caía a raudales, el turbión nos envolvía por la derecha y la izquierda, por delante y por detrás; pero nosotros íbamos andando, sin que nos tocase ni una gota. Díjele entonces al maestro: —"¡Refúgiate [si puedes] adonde la misericordia de Dios "no te alcance!" El dió un grito y exclamó: —"¡Por ella soy conducido, oh Muhammad ben Arabí! ¡Qué lástima! ¡Si de ella me hubiese acordado allí [en Sevilla]!".

Entró a visitarle un hombre acompañado de su hijo. Yo estaba sentado a su vera. Saludó el hombre y dijo a su hijo: —"¡Salúdale!" El maestro, a la sazón, había ya perdido la vista. El hombre aquel dijo entonces al maestro: —"¡Señor!, este hijo mío lleva el Alcorán y lo conserva de memoria". Demudóse el maestro, y dando un grito cayó en éxtasis, y dijo: —"¡El Ser Eterno es el que lleva al ser temporal! El Alcorán es el que sustenta a tu hijo y nos sustenta a nosotros. El es quien conserva a tu hijo y nos conserva a nosotros". Y esto dijo era indicio de cómo andaba siempre en la presencia de Dios.

Era hombre de tan sólida piedad, que no le hacía mella reproche alguno, viniera de quien viniera. Cuando yo entraba a visitarle, decíame a menudo: —"¡Bien venido seas, hijo piadoso! Todos mis hijos me contradicen y reniegan de mis beneficios, excepto tú, pues sólo tú los confiesas y reconoces y sólo tú me colmas de honores. ¡Plegue a Dios que jamás te los borre de la memoria!"

Preguntéle una vez qué le había ocurrido con Dios en el comienzo de su iniciación, y me contestó: —"Todo lo que yo necesitaba ganar para el sustento de mi familia y mío durante el año eran ocho costales de higos secos, de a cien libras cada uno. Cuando yo, pues, dejé de trabajar para consagrarme al trato con Dios en la soledad, mi mujer comenzó a gritarme y a injuriarme, diciendo: —"Levántate de ahí y trabaja y trae a casa lo necesario para mantener a tus hijos durante este año!" Con estas palabras mi mujer me turbó en mi propósito, y dije en mi interior: "¡Oh, Señor!, esta mujer va a ser un obstáculo que se alce entre mí y tú, pues no dejará de perseguirme sin cesar. Si, pues, Tú quieres que yo me consagre a tu trato, líbrame de la preocupación de mi mujer. Y si no me quieres para Ti, dámelo a conocer". Dios, entonces, me comunicó en lo más íntimo de mi



espíritu esta respuesta: "¡Oh, Ahmad!, siéntate tranquilo, pues no pasará este día, sin que yo te traiga veinte costales de higos, lo bastante para mantener a tu familia dos años y medio, y más y más todavía. ¡Siéntate, pues, a conversar con Nos y no ceses!" Apenas habría pasado una hora, cuando he aquí que un hombre llamaba a la puerta, trayendo al hombro un costal de higos de regalo. Díjome entonces Dios: "Este es uno de los veinte". Aún no se había puesto el sol, y ya tenía en casa los veinte costales completos. Mi mujer y los niños se llenaron de alegría, y además mi mujer me dió las gracias, completamente contenta de mí".

Era hombre de mucha meditación y lleno siempre de alegría en todos los estados de su trato espiritual con Dios. En la última visita que le hice, acompañado de un grupo de hermanos en religión, nos lo encontramos sentado. Después que lo saludamos, uno de los del grupo quiso hacerle una consulta; pero antes que se la hiciera, he aquí que el maestro, levantando la cabeza, dijo: —"Toma, ahí tienes un problema que te propongo a ti, Abu Bakr —y me señaló a mí—: No acabo nunca de maravillarme de aquel dicho de Abu-l-Abbas ben al-Arif: "Hasta que se aniquile el que no existió, y subsista el que no dejó de existir". Porque nosotros sabemos que el que no existió es un ser aniquilado, y el que no dejó de existir es un ser subsistente. ¿Qué es, pues, lo que quiso decir Abu-l-Abbas? Respóndeme". Entre todos los del grupo no hubo uno que le respondiera. A mí, en cambio, se me ofreció la respuesta que convenía dar, y estuve ya a punto de resolver el problema; pero no llegué a pronunciar palabra, porque me era muy violento el hablar; y como el maestro sabía muy bien que yo era así, no insistió.

Para dormir, jamás se despojaba de sus vestidos. En el ejercicio del canto religioso no se conmovía; en cambio, cuando oía recitar el Alcorán, sentíase tan contrito y emocionado, como si sus entrañas estuviesen en ebullición. Yo hice una vez la oración del alba en su compañía, en la casa de mi querido y sincero amigo Abu Abd Allah al-Jayyat [el sastre], conocido por el sobrenombre de "el segador", y de su hermano Abu-l-Abbas Ahmad al-Hariri. Leía, el que oficiaba, el principio del Cap. LXXVIII del Alcorán, y cuando llegó al versículo 6º, en que dice Dios: "¿Acaso no hemos establecido a la tierra como un lecho y a las montañas como pilares?", me distraje y no seguí la lectura del oficiante ni oí ya nada de lo que decía; pero vi al maestro Abu Chafar que estaba, en tanto, diciendo: "El lecho es el mundo, y los pilares son los creyentes. El lecho son los creyentes, y los pilares son los iluminados. El lecho son los iluminados, y los pilares son los profetas. El lecho son los profetas, y los pilares son los enviados o apóstoles. El lecho son los enviados... ¡Veamos! ¿Qué?" Y siguió citando, de las sentencias esotéricas primarias, cuantas quiso. En esto volví en mí, cuando el oficiante leía (versículos 38-39): "Y dijo lo justo. Aquel día es de la verdad". Cuando, luego, hubimos terminado la oración, yo le interrogué y me encontré con que a él también le había venido a las mientes,

durante la lectura del versículo aquél, lo mismo que yo había experimentado en mi visión extática.

En cierta ocasión un hombre le echó al suelo para degollarlo con el cuchillo que en la mano tenía. El maestro tendióle su cuello; pero sus discípulos trataron de sujetarlo. Entonces les dijo el maestro: "¡Dejadle que haga lo que le han mandado!" Y diciendo esto, tomó el cuchillo con el objeto de pasarse él mismo su filo por su propia garganta. Dios, sin embargo, hizo que el cuchillo se le cruzase en la mano y se le cayese al suelo. El asesino entonces se arrojó a sus pies arrepentido.

Si no fuera por evitar la prolijidad, mostraríamos todavía muchas otras maravillas de este maestro y de otros que, por la misma razón, ni mencionaremos siquiera. De sus frases, llenas de alusiones simbólicas, algunas las profirió con ocasión de ciertas conferencias que con nosotros tuvo sobre cuestiones de teología mística, relativas a las estancias o moradas del camino de la perfección y a otros temas. También compuse acerca de este maestro unas estrofas, que ahora no he de citar.

### Abu Abd Allah Muhammad ben Qassum

Fué discípulo de Ben al-Muchahid (bajo cuyo magisterio estudió lecturas alcoránicas) hasta que murió éste y fué por él designado para desempeñar su mismo cargo. Ben Qassum, efectivamente, siguió el mismo género de vida que su maestro, y hasta le aventajó, reuniendo la ciencia y la virtud. Fué jurista de la escuela maliki y elocuente defensor de la nobleza y altos méritos de la ciencia.

Yo fuí discípulo suyo, estudiando bajo su dirección las lecciones que me tocaron en suerte relativas a la ablución y oración rituales. También aprendí de él tradiciones proféticas. Al terminar la clase, su oración era siempre ésta: "¡Oh, Dios mío! ¡Haznos oír el bien; inspíranos el bien; danos la paz del alma, ¡oh, Dios mío!, y consérvanosla; concilia nuestros corazones en tu santo temor; ayúdanos con tu gracia para que hagamos lo que sea de tu voluntad y beneplácito!" Luego añadía los últimos versículos del capítulo II del Alcorán. Esta misma oración es la que nosotros hemos recitado siempre al terminar nuestras clases. Estando durmiendo una vez en el santo templo de la Meca, yo ví en sueños al Profeta y a un lector que bajo su magisterio leía el Sahib del Bujari, y cuando hubo acabado, recitó esta misma oración, lo cual me llenó de gozo.

Era Ben Qassum hombre de mucho fervor en los ejercicios de piedad. Su estatura era mediana. Voluntariamente se impuso una distribución minuciosa del tiempo con determinadas prácticas devotas para cada hora, y esta distribución la observó constantemente y al minuto. Tenía un cuaderno en el cual anotaba cada día cuanto había hecho hasta la noche y del cual se servía para examinar su conciencia, sin echarse a dormir antes de haber



hecho este examen. Si encontraba que había obrado bien, daba gracias a Dios. Si lo contrario, enmendaba la falta cometida según lo exigía su gravedad, bien pidiendo perdón a Dios, bien imponiéndose una penitencia o cosa semejante. Y así lo hacía todas las noches.

Se ganaba la vida cosiendo gorros. Cierto día en que estaba sentado y se le había acabado todo el dinero necesario para su subsistencia, tomó las tijeras y los demás útiles de su oficio, cuando oyó que la puerta se abría y luego se cerraba. Salió y no encontró a nadie, pero vió que le habían echado allí seis dinares. Los tomó, volvió a entrar, y cogiendo las tijeras las tiró al pozo diciendo: "Si Dios provee a mi sustento, ¿voy yo a preocuparme de una cosa de la cual Dios mismo me sale garante, puesto que el sustento te viene a buscar, en vez de que lo busques tú?" Y desde entonces hasta la fecha, abandonó el oficio y se dedicó a vivir de limosna.

Distribuía el día y la noche en la forma que voy a decir: Cuando ya había hecho la oración ritual del alba, se ponía a hacer oración mental hasta que salía el sol. Hacía entonces dos reverencias y entraba a su casa a coger los libros, para salir de nuevo a dar lección a los estudiantes que bajo su dirección aprendían las ciencias religiosas, hasta que la mañana promediaba. Entonces volvía a entrar en su casa y, si no ayunaba aquel día, tomaba algún alimento y hacía la oración ritual de media mañana, y dormía un poco. Levantábase después y hacía la ablución litúrgica. Si tenía algo que escribir, lo escribía, y si no, hacía oración mental. Cuando llegaba la hora del mediodía, abría la mezquita, llamaba a la oración desde el alminar y se metía de nuevo en casa a seguir meditando y recitando sin cesar preces supererogatorias, hasta tanto que llegaba el momento de la oración ritual, en que salía para la mezquita a dirigir la oración. Hacíala fijo en un punto del mihrab, sin cambiar de sitio, pero balanceándose como si estuviera ebrio, por la intensidad de la emoción religiosa que en su interior provocaba la palabra de Dios.

Acabada la oración ritual de mediodía, salía de la mezquita y se ponía a recitar la porción del Alcorán que, como devoción supererogatoria, le tocaba leer a esa hora: tomaba el libro santo, abríalo sobre sus rodillas, y con los ojos fijos en el texto y pasando las manos sobre las letras iba salmodiando el Alcorán con atención reflexiva y devoción sensible, hasta que acababa de leer cinco sexagésimas partes del libro santo, con lo cual daba siempre tiempo a que llegase la hora de la oración ritual de media tarde. Salía entonces de casa, llamaba a la oración y se volvía a entrar para estarse rezando preces supererogatorias mientras se reunía el pueblo en la mezquita. Hacía la oración con la gente y se metía otra vez en casa a meditar hasta que llegaba la puesta del sol. Salía entonces, llamaba a la oración, hacíala y se volvía a meter en su cuarto. Entre el crepúsculo y la noche, cuando ya se acercaba la hora de la oración nocturna, iba a encender las lámparas en la mezquita, llamaba a la oración, se metía en su cuarto a rezar hasta que se reunía la gente y salía a hacer la oración con ellos. Des-

pués cerraba la puerta de la mezquita y entrando en su cuarto, sacaba su cuaderno y examinaba su conciencia, exigiéndole cuenta de todos sus movimientos y palabras y, en general, de cuanto él sabía que el ángel de la guarda habría tomado nota; y conforme a lo que en las páginas de su cuaderno encontraba, así también eran los afectos a que él mismo se excitaba.

En seguida se echaba en la cama y dormía; pero cuando había transcurrido una parte de la noche, se levantaba, y si por acaso había tenido trato sexual con su mujer, se purificaba y entraba a su oratorio para salmodiar en voz baja el Alcorán, mientras su alma se deleitaba meditando, unas veces, acerca de la majestad de la divina esencia, contemplada en su unidad simplísima; otras acerca de la gloria del paraíso; otras en la nada de las cosas de acá abajo, otras en los inescrutables juicios de la providencia, según se lo sugería la materia del versículo recitado. Así seguía hasta la hora del amanecer, en que salía de su oración, después de haber recibido de Dios en ella muchedumbre copiosa de ilustraciones acerca de misterios del Alcorán, que antes de la oración no entendía y que Dios mismo le revelaba, según el mismo Dios lo promete (Alcorán, II, 282): "Temed a Dios y El os instruirá".

Cuando ya la aurora apuntaba, abría la mezquita, llamaba a la oración, encendía las lámparas y se metía en casa para esperar a que amaneciese. Entretanto, hacía la plegaria de dos inclinaciones, que se acostumbra por devoción antes de la oración del alba, y se sentaba a meditar. Así que había amanecido, salía y hacía la oración ritual con el pueblo. Esta fué siempre su regla habitual y constante de vida. En toda la semana, tan sólo dos veces dormía la noche entera: en la noche del lunes y en la del viernes.

Hombre contemplativo, en todos los estados místicos, así transitorios como permanentes, de su vida interior, se conformó siempre con la ortodoxia tradicional. Pocos verás que se le parezcan. En cierta ocasión le presenté a mi discípulo Abd Allah Badr el Abisinio, e hizo la oración ritual poniéndose detrás de éste.

De la *Risala al-quds* de Ben Arabí (Trad. Asín, págs. 52 y 85).

## LA GRAN DERROTA ALMOHADE DE LAS NAVAS

*Los almohades habían vencido en Alarcos a Alfonso VIII en 1195, y durante dos años habían razziado, a su sabor, el reino de Toledo. El rey castellano y su fiel amigo Pedro II de Aragón vigilaban, desde la Paramera de Avila, los pagos de la vieja Castilla. Cuando pasó el peligro, Alfonso IX de León, aliado con los musulmanes en las horas de la crisis, fué combatido hasta en las cercanías de su capital por Alfonso VIII y Pedro II. Sancho VII de Navarra solicitó la amistad almohade y esperó, en vano, en Cartagena,*



*un barco para pasar a Africa, a rendir pleitesía al sultán Abu Yusuf, mientras el rey de Castilla le arrebataba las Vascongadas. Se acercaba el fin de las treguas que el castellano había solicitado del africano después de su derrota. La división de los reinos cristianos ponía en peligro la cristiandad hispana. Inocencio III anuncia, entonces, la cruzada en su socorro. Abu Yusuf al-Nasir atraviesa el Estrecho. Vienen en auxilio de los cristianos españoles 60.000 ultramontanos de allende el Pirineo. Con ellos salen de Toledo los reyes de Castilla y Aragón. El ejército cristiano toma Calatrava. Los cruzados quieren pasar a cuchillo a los cautivos moros. Se niega a tal crimen Alfonso VIII, movido por la tradicional tolerancia —única en Europa a la sazón— de los príncipes y de los pueblos españoles. Los ultramontanos abandonan la empresa y, de paso para sus países, tratan de asesinar a los judíos de Toledo; pero los caballeros toledanos se arman y defienden a los hebreos, sus vecinos. El rey de Navarra se une a los otros soberanos. Los almohades ocupan los pasos principales de Sierra Morena, mas la vanguardia cristiana descubre uno no defendido por los africanos. Por él suben los ejércitos de los tres reyes de España, y el 16 de julio de 1212, tras una lucha muy recia y difícil, los musulmanes son vencidos y perseguidos hasta Ubeda. El imperio almohade se hunde no muchos años después, y en seguida la Reconquista arrebata al Islam la mayor parte de la España todavía musulmana.*

*Han relatado la batalla tres cristianos que pelearon en Las Navas: Alfonso VIII y los arzobispos de Toledo y de Narbona. Todos los autores islamitas lo hacen también. He aquí la noticia de un musulmán contemporáneo que trata, como es de rigor, de explicar la derrota como fruto de la traición, pero que no oculta el desastre, aunque calle sus pormenores; la narración del único prelado ultramontano que no abandonó a los cristianos españoles en la jornada decisiva y la inspirada en el relato del Toledano.*

### Según los musulmanes

Una vez que [Al-Nasir] ordenó los asuntos del imperio y aseguró su autoridad, salió de Marraquex el sábado 20 de Xaban [5 febrero 1211]; dirigióse a Rabat-al-fatah con próspero viaje y se detuvo en ella para arreglar los negocios más importantes y decidir lo que debía hacerse en los dos países (el Magrib y Al-Andalus), conforme a sus planes. Pasó en tanto el mes de marzo, llegó el de abril, mejoró el tiempo y quedaron buenos los caminos y puntos de parada.

Salió de Rabat-al-fatah el lunes 18 de Xawwal [4 abril 1211] y expidió desde el sitio donde acampaba, llamado March-hamam, comunicaciones a Al-Andalus, en las que exhortaba a los grandes a la guerra santa y a hacer los preparativos convenientes; los gobernadores del Andalus obedecieron a estos mandatos, prepararon los instrumentos de guerra que conocían, dieron los mejores consejos y obraron con diligencia; la expedición se encaminó

a Qasr Kutama, y entretanto los precios estaban muy altos, los gastos eran continuos y el país no podía sobrellevar las cargas que se imponían.

La causa de que se mostrase riguroso este año con sus gobernadores fué que la gente encontróse en este viaje con toda clase de dificultades y falta de provisiones y de las cosas más necesarias. Al-Nasir, además, procedía con lentitud en sus marchas, para mayor trabajo de sus tropas, y el común de los soldados llegó a sufrir tal escasez, que aquello equivalía a una derrota completa. Al-Nasir no hacía caso de las fatigas de que se le daba cuenta, hasta que llegaron a un punto en que se acabó el amor y nació el aborrecimiento; se agotaron las provisiones estables y las pasajeras, y la amistad se secó con la prolongación del odio. No quedó en los grandes almacenes del sultán ni resto de provisiones, ni tuvo su intendente guía ni consejo previsor; se puso a ración tasada al vulgo del ejército, lo cual produjo el efecto de un desastre irremediable; la grandeza de las cargas fué superior al esfuerzo de la gente, que no pudo buscarse medios de vida en tan gran estrechez.

Al-Nasir irritóse por lo que veía de la carestía y de la gran negligencia de los encargados de la administración; descargó su cólera sobre todos los culpables de aquel mal e impuso penas a los causantes de la agitación, como a rebeldes vencidos. Dió órdenes al jeque Abu Muhammad ben Abu Ali ben Mizna, encargado de los negocios del Majzen, para que apresase al gobernador de Fez, Abd al-Haq ben Abu Daud, que era el mayor de sus gobernadores, pues tenía muchos secuaces y su puesto era el más eminente cabe el Sultán; dejó Abu Muhammad pasar tres días después de su llegada a la ciudad de Fez, para que arraigase la confianza en el ánimo de los comprometidos y se curasen sus sospechas acerca de la venida del ministro en tal ocasión.

Entonces decretó el encarcelamiento de Abd al-Haq desde la casa de los jerifes y envió quien fuese a su morada y lo cargase de cadenas; abrió luego una amplia información sobre sus cosas y extendió la mano para poner en prisión a todos sus amigos y subordinados; además escribió a todas partes para que apresasen a quien había servido en su tiempo y había intervenido en sus negocios, y en todas partes los sometió a examen.

Cuando Al-Nasir llegó, como queda dicho, a Qasr Kutama redobló sus amonestaciones por la continua resistencia que veía en sus jeques, y sus recelos se confirmaron ante la evidencia de la pereza y mala voluntad; su gobernador en Qasr Kutama. Muhammad ben Yahya ben Takaga el Maxuqi, que mandaba también en Ceuta, tuvo la misma suerte que sus iguales; fueron detenidos él y sus amigos y enviados todos al encargado de los negocios del Majzen en Fez.

Al-Nasir en esta expedición acortaba las jornadas y prolongaba las paradas, apartando a su gente de la playa de embarque; reunió luego embarcaciones de los demás puertos, dispuso el pasaje y mandó acelerar las operaciones; cuando él llegó al puerto ya había pasado la mayor parte



de las tropas y quedaban muy pocas; detúvose en Qasr Kutama el resto de Dzu-l-qada hasta que pasase su zaga, bagajes y séquito; él se embarcó el lunes primero de Dzu-l-hicha [16 mayo 1211], el sábado [21 mayo] fué a Hay Ibrahim, continuó su marcha hasta llegar al llano de Sevilla y acampó en los castillos de Buhaira bab Yuhur el lunes 15 de Dzu-l-hicha [30 de mayo]. Después de instalarse él en la ciudad, mandó entrar a sus soldados por cuerpos y ordenados; quedóse en Sevilla el resto de aquel año.

El año 608 [comienza 15 junio 1211] mandó Al-Nasir congregar las tropas andaluzas, hacer instrumentos de guerra, obligar a las gentes de las diversas provincias a presentar las armas que tuvieran y a venir con sus jefes y gobernadores, hasta que se reunieron en buen orden y se fortificaron sus ánimos; cuando acabaron de llegar soldados de todas las regiones y se completó el número de las tropas y socorros, emprendió Al-Nasir la expedición y la guerra santa.

Movióse de Sevilla en el mejor orden, con gran poder y concierto, llevando numerosas tropas de almohades, árabes, soldados de las divisiones militares (chuns) y otras clases de combatientes, y dirigió su marcha, con el propósito de atacar a los infieles, contra el castillo de Salvatierra, que ganó después de porfiado cerco; es éste un castillo de gran importancia y que hace grandes daños al enemigo.

Escribió a las ciudades dando cuenta de su conquista el 2 de Rabi II [10 de septiembre] de este año.

Capítulo de la carta que envió Al-Nasir notificando la toma de Salvatierra, escrita por Ben Aiax. — Asístaos Dios, y concédaos sus favores. Los cristianos, como se prolongaba el tiempo sin combates y casi se habían olvidado de las incursiones de la caballería en sus montes y sus llanos, merced al tratado de paz, cuando las treguas existentes entre los almohades y el rey de Castilla estaban para expirar, se dispusieron, según supimos, a encender el fuego de la guerra, que estaba oculto; los almohades, después de regresar del Oriente (expediciones a Túnez y Argelia), no cesaron de estar dispuestos para la guerra santa; así que vinieron en número sólo de Dios conocido, como las olas del mar; con el resplandor de tales tropas no se retarda el que viaja de noche; y Dios, su recompensador, les concede la victoria.

Al pueblo infiel, que no tiene fe ni pruebas de lo que invoca, llegó de Roma, de su..., a quien adoran y veneran, que les mandaba ponerse de acuerdo y a algunos de ellos rechazar lo que quedaba sobre sus cervices de pactos hechos con los almohades; pero el que viola una promesa, contra sí la viola, y los pactos de Dios son los más seguros, y la espada de la secta hanefí la más afilada y más cierta. Mientras ellos maquinaban sus engaños, hacían alarde de arrogancia y preparaban lo que no se había de realizar, ni había de obtener el auxilio divino, tuvieron noticia de nuestra llegada, que ellos creían lejana y que Dios les mostraba cercana, y de nues-

tro desembarco en Al-Andalus, con el cual Dios iba a dar victoria al rito hanefí.

Vieron que la guerra volvía a encenderse y que suprimía todo intervalo; a principios de junio, cuando suele salir el enemigo a guerrearnos, aunque habíamos desembarcado, cuando ya había pasado la estación de las expediciones militares y no quedaba sino poco tiempo..., nos habían retrasado las dificultades que encontró la gente en el camino por las lluvias torrenciales, el fango que se pegaba a los pies de los hombres y a los cascos de los caballos, los torrentes que se desbordaban por las tierras firmes, como ríos crecidos que van espumosos, tanto, que arrastraron los puentes y dejaron infranqueables la mayor parte de ellos; pero la firmeza de voluntad que brilló en medio de estas dificultades y trabajos, sólo es conocida de Dios, que conoce los corazones.

A pesar de la escasez del tiempo y de correr parejas lo que quedaba de la estación con la falta de medios materiales, no quisimos que terminase el año sin invadir el país de los infieles y hacerles renovar los pactos por la espada, para que no volviesen a quebrantarlos. En la fortaleza de Salvatierra se habían tendido las redes de la cruz y con ella era atormentado el corazón de la tierra musulmana; habían hecho de ella los cristianos como unas alas para ir a todas partes, y la habían dispuesto para que fuese la llave de las puertas de las ciudades y humillase a los amigos de Dios, con sus grandes torres y fosos. Estaba por todas partes rodeada de tierras musulmanas y la tenían los infieles como un lugar de peregrinación y de guerra santa; servíanla sus reyes y sus frailes, sus tierras y sus dineros y la miraban todos como la defensa de sus casas y el lugar de expiación de sus pecados. Pero lo que sucedió fué que los almohades la hicieron en una de sus expediciones escalón de sus pies y techo bajo el cual se recogiesen; no se había formado el proyecto, cuando ya los infieles se vieron obligados a cesar en sus incursiones; los almohades los desalojaron, en un abrir y cerrar de ojos, del castillo y lo poseyeron hasta el día de hoy: todo está sujeto al juicio de Dios. Aumentó con esto la desgracia de los infieles, y si no fuera por su hábito de sufrir males, inútiles les hubieran sido las armas y los arqueros; no sabía aquel pueblo que la obra de Dios iba en aumento y que sus buenos auspicios se iban renovando y que ellos habían venido en un tiempo en que habían de salir mentirosas sus presunciones y habían de ver sus ojos lo que no esperaban.

Invocamos a Dios en nuestro campamento, hicimos todo lo necesario para merecer su apoyo y dijimos: "Esta es la mano diestra del señor de Castilla; si la cortamos, ahorraremos a ese infame el moverse con ella, y será ésta la mejor prueba de su impotencia".

Luego enviamos contra ella bandas de caballos árabes, una tras otra, y los dirigimos un poco delante de nosotros contra sus defensores; aparecieron en la explanada del castillo 400 orgullosos caballeros que combatieron a los nuestros. Luego avanzamos en pos de ellos con nuestro ejército, y antes



de descabalgar y de echar mano a los aceros y a las lanzas, los saludó nuestra gente con un ataque rápido y mortífero, se apoderó de sus arrabales, que estaban en una pendiente, y les dió fuego por todas partes; luego mandamos disponer las máquinas, que se acercaron a la fortaleza, arrojando piedras como montañas, al mismo tiempo que caía sobre sus defensores una espesa nube de flechas, en la que unos hierros chocaban contra otros, y el que se libraba de las piedras como montañas, no se libraba de las flechas como nubes; columnas volantes fueron a los pocos días por Toledo y su comarca; el temor llenó todo el país y los cristianos temieron por su capital y desearon buscar descanso, aunque fuera en la muerte.

La gente del castillo de Salvatierra salió, abandonólo a los que tienen el cielo por recompensa; apenas salieron, purificó al castillo de sus inmundicias y cambió las campanas por almuédanos; la iglesia se transformó en mezquita donde se honrase a Dios y los musulmanes tuvieron una consolación, cual no la habían tenido desde hacía tiempo, y quedó Salvatierra en poder de los musulmanes con la fecha citada".

El año 609 [comenzó 3 junio 1212] se difundió la nueva en Al-Andalus, entre los jeques almohades, de que habían sido ejecutados los presos de Fez, que eran el gobernador de Ceuta y el de Fez. Recibió Ben Mizna la orden de matarlos a fines del año anterior, y fueron ejecutados, según se dice, a últimos de Dzu-l-hicha o, según otros, a principios de Muharram de este año [mayo o junio de 1212]. Sacáronlos un viernes, después de la oración, ante millares de personas, y los decapitaron, para escarmiento de los cuerdos y memoria de los irreflexivos. Este año fué la batalla del Uqab (las Navas), que causó la ruina de Al-Andalus; dirigióse el Emir al-Muminin Al-Nasir al país enemigo del maldito Alfonso con un gran ejército musulmán. Preparáronse los infieles y toda la gente de Castilla y de otros distintos reinos de la cristiandad, próximos a ella; encontráronse los dos ejércitos en el sitio llamado Al-Uqab y la victoria se declaró primero por los musulmanes, sólo que los almohades no se esforzaron, ni se portaron bien en esta expedición, por causa del castigo que Al-Nasir impuso a los jeques almohades y por haberlos condenado a muerte y despojado por mano de Ben Mizna. El Barcelonés (Rey de Aragón) acudió a Alfonso con tres mil caballos...; volvieron la espalda los musulmanes y extendióse entre ellos la derrota. Permaneció Al-Nasir con tal constancia, que casi se apoderó de su persona el enemigo, y ya llegaban a su lado las lanzas cristianas cuando buscó la salvación en la huída. Fué esta batalla el lunes 8 (sic) de Safar del citado año. Cuéntase que algunos decían: "Esta inundación, dí a Ben Mizna que la resista", aludiendo con esto al ministro que ejecutó a los jeques almohades. Al-Nasir, disculpándose del resultado de esta batalla, escribió a Marraquex y a otras partes; citaré aquí algunos de sus capítulos. La carta es de Ben Aiax.

"Hasta ahora os ha protegido Dios y os ha ayudado según su voluntad. El rey de Castilla, viéndose el año pasado impotente para triunfar, se ocultó

en su país hasta de la vista de los hombres y se decidió a implorar el auxilio de los reyes de su religión, para que le socorriesen a precio de dones y regalos, por ver si en ellos encontraba remedio a su impotencia. Fueron sus frailes y sacerdotes desde Portugal hasta Constantinopla, gritando desde el mar de los griegos hasta el mar verde: "¡Socorro, socorro; misericordia, misericordia!" Llegaron los siervos de la Cruz, de todo desfiladero profundo y de todo país lejano, acudiendo día y noche de las cumbres de las montañas y de las playas de los mares; fueron los primeros en acudir los francos, que se extienden por las regiones del Este y del Norte; siguiólos el Barcelonés con lo que disponía de hombres y socorros; el rey de Navarra estaba sometido a la protección de los almohades y recibía socorros pecuniarios de ellos con gran largueza; pero maldíjolo el señor de Roma, si no guerreaba al lado de su gente y se unía a los príncipes de su religión; unióse, pues, a este ejército con ardor y se metió en aquel mar revuelto en el que todos invocaban la Cruz.

"Nosotros invocamos al que oye y responde...; cuando nos movimos con los almohades y demás musulmanes, vimos que el pueblo... y que había afilado en el camino de Dios sus espadas; supimos que la nación que no tiene igual en el mundo y que la sociedad que gobierna Dios y San Gabriel y los mejores creyentes y los ángeles..., después de esto, manifestó... el partido de Dios por el cual se ha honrado siempre el polvo y se ha glorificado la religión extraña en tiempo de la unidad y del extrañamiento.

"Pedimos a Dios que nos guiara por el buen camino y que nos colocase en su mejor servicio, y le suplicamos que nos iluminase para bien del Islam. Llegamos delante de Jaén y nos establecimos allí por algunos días, esperando a que decreciese el Guadalquivir, cuya corriente iba muy hinchada y con su crecida por la parte del Norte había borrado los vados..., con lo que cuidábamos de la buena administración y del tesoro, que es lo más importante.

"Los infieles entretanto se reunían en Toledo, como langostas, por su número y por los daños que habían de hacer; el señor de Castilla los trataba con afecto y paciencia, permitiéndoles devastar sus tierras y comprándolos con los bienes de sus súbitos y soldados. Nosotros supimos con certeza que reunió...; cuando decreció el Guadalquivir, entramos en campaña con nuestras tropas; movióse también con rapidez el infiel y destruyó los castillos fronteros que hallaba en su camino. Luego los dos ejércitos se batieron en el sitio llamado..., entre los musulmanes y sus enemigos en un día de estrellas aciagas. Esperamos que lo tenga Dios en cuenta y que reciba nuestras obras; apretó el combate y no tuvieron valor las vidas, pero quiso Dios purificar a los creyentes y afligir a los infieles; así que la amargura de aquel día fué sobre todo para los seguidores de la Cruz y el buen resultado sólo para la gente del Islam...; separáronse los dos ejércitos; los flancos de los musulmanes quedaron bien guardados por el poder de Dios... el



libro de ellos; no hiere la guerra a ninguno ni falta a su número nadie... En estas luchas ha querido Dios que haya alternativas y que sean como un circo para las naciones... los soldados numerosos, los estandartes desplegados, persiste la constancia y las recompensas de Dios están preparadas.

"No temáis; mirad nuestra mayoría sobre los infieles y el auxilio contra ellos de los ángeles de Dios, que son los mejores auxiliadores. No dejará Dios a los creyentes hasta tomar venganza de sus enemigos, ni abrirá camino a los infieles sobre los musulmanes. Os hemos hecho saber esto para que conozcáis la batalla tal como ha sido y los hechos en su realidad, para que veáis que no han tenido muertos los almohades y que no han sido alcanzados ni muchos ni pocos. Dado a fines de Safar de 609 [31 de julio de 1212]".

El año 610 [1213] murió Al-Nasir: sucedió que, después de esta gran derrota, tomó la vuelta del Magrib y se instaló en Marraquex y ya no hizo ninguna expedición, hasta que murió en su capital, el martes 10 de Xaban de este año. Dícese que algunos de sus visires sobornaron a uno para que lo envenenase, porque temieron que los matase en pago de sus malas obras.

Del *Anónimo de Copenhague* (Trad. de Huici: La campaña de los Navas de Tolosa, 115).

## Noticia del arzobispo de Narbona

A los venerables y muy amados en Cristo Arnaldo, abad del Císter, y a los demás abades reunidos en Capítulo general, desea salud y sincero amor en el Señor, Fray Arnaldo, por la gracia de Dios, arzobispo de Narbona.

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, porque en nuestros días se ha mostrado magnífico el Señor con su pueblo, concediéndole de sus enemigos una victoria, por la que merece tanto mayores alabanzas, cuanto más poderoso es el enemigo de que ha triunfado. Os anunciamos una nueva de gran alegría, porque el Miramamolín, rey de Marruecos, que, según hemos oído a muchos, había declarado la guerra a todos los que adoran la Cruz, ha sido vencido y puesto en fuga en batalla campal por los adoradores de la Cruz.

Por las indulgencias que el Papa, Vicario de Jesucristo, concedió a todos los que acudiesen a la guerra en socorro de la cristiandad española, concurrieron de todas las partes del mundo fieles cristianos a Toledo, donde por edicto de los Reyes de Castilla y Aragón debían reunirse en la octava de Pentecostés. Halláronse entre los concurrentes el venerable Padre Guillermo, arzobispo de Burdeos, y otros prelados, barones y caballeros del Poitou, Andeg, Bretaña, Limoges, Perigord, Saintonges y Burdeos, con algunos ultramontanos de otras partes. Nos, con acompañamiento bastante honroso

de caballeros e infantes bien armados de las diócesis de Lyon, Viena y Valentinois, llegamos a Toledo el tres de marzo (léase junio), después de la octava de Pentecostés, y tratamos con los Reyes del bien de la república cristiana y de la venida del Rey de Navarra, que entonces estaba enemistado con el Rey de Castilla; porque en nuestro viaje nos habíamos detenido en la residencia del Rey de Navarra para inducirle a venir en socorro del pueblo cristiano.

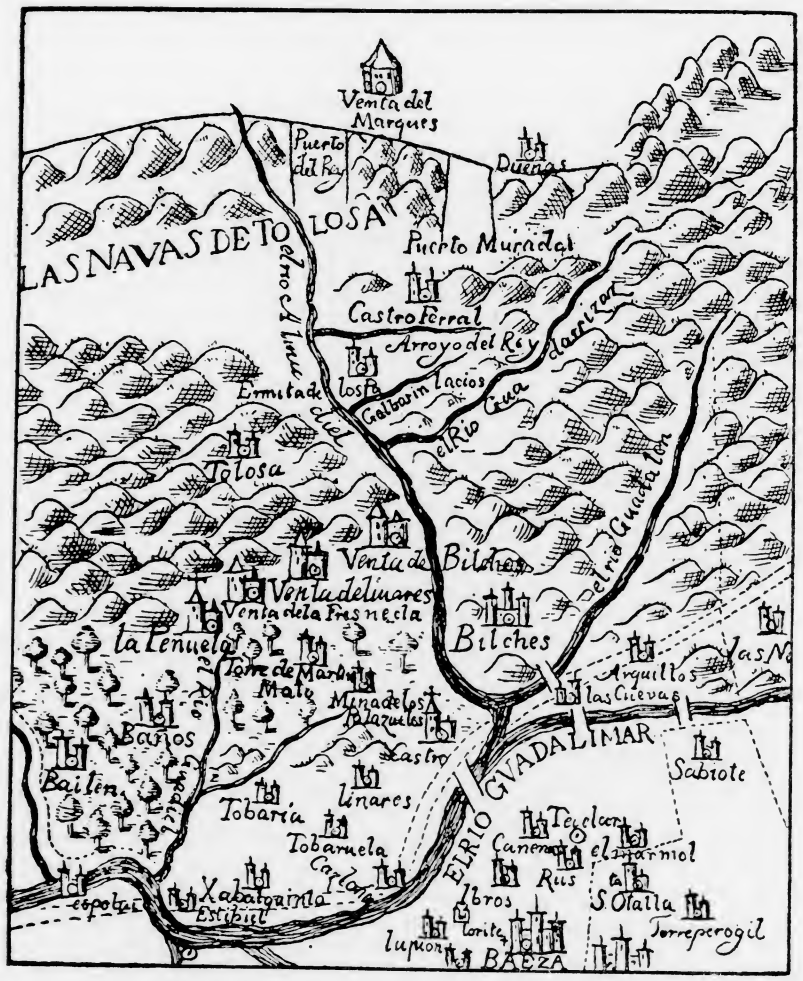
Cuando ya llevaba el ejército cuatro semanas de estancia en Toledo y fatigado con el tedio de la tardanza ardía en deseo de ir contra los sarracenos, un martes, a los quince días de nuestra llegada a Toledo, levantamos el campo todos los ultramontanos, llevando por guía y compañero de camino al noble Diego López de Haro, de orden del Rey de Castilla; el domingo siguiente, fiesta de San Juan, llegamos a un castillo de moros llamado Malagón, y al punto, antes de plantar las tiendas, lo atacaron los ultramontanos. Antes de una hora, según creemos, ganaron todo lo que estaba alrededor de la cabeza del castillo. Luego atacaron sin descanso durante todo el día y la noche, con saetas y piedras, la cabeza del castillo, minando al mismo tiempo los muros con picos. Era una torre cuadrada de piedra y cal, que llevaba en cada lado otra torre unida a ella, cuyos parapetos estaban bien guarnecidos de tablados. Ganáronse por asalto las cuatro torres laterales y se llegó, minando, hasta los cimientos de la torre mayor. Defendíanse todavía, como podían, los sarracenos que estaban en la parte alta de la torre y no podían aún los nuestros llegar libremente hasta ellos, porque estaban protegidos por unas bóvedas fortísimas de ladrillo y cal o yeso. Tratóse, pues, de la entrega de la fortaleza: los moros querían entregarse como esclavos, pero no agradó esto a los nuestros y se recibió el castillo a condición de que, dejando la vida salva al alcaide y a sus dos hijos, quedasen los demás a la merced de los extranjeros. Dióse muerte a todos los que se encontraron, excepto unos pocos. Al día siguiente, lunes, llegaron los reyes de Aragón y de Castilla, y el martes descansamos todos junto al castillo conquistado; el miércoles avanzamos dos leguas y llegamos a Calatrava. Era ésta una fortaleza bien defendida con fuertes y gruesas torres, en muchas de las cuales había manganelos. El sábado, día de la conmemoración de San Pablo [30 de junio] atacó todo el ejército la fortaleza, y con la ayuda de Dios, la parte más exterior hacia el río, que era la más débil y por donde atacaban el Rey de Aragón, nuestros vieneses y los caballeros de Calatrava, fué ocupada muy en breve aquel mismo día, y en dos torres que había por aquella parte se enarbolaron nuestros estandartes. Al día siguiente, comenzaron los sarracenos a tratar de la paz, y como la parte ganada era débil y lo que quedaba por tomar muy fuerte, plugo a los Reyes, para evitar dilaciones y la muerte de cristianos, recibir el castillo a condición de que saliesen las personas libres y vestidas y de los caballos que allí tenían sacasen consigo treinta y cinco. El siguiente martes [3 de julio 1212] algunos prelados ultramontanos, acompañados de gran muchedumbre de caballeros, retiráronse del ejército y se volvieron a sus tierras; créese que serían los que se volvieron con los Obispos más de cincuenta mil. El domingo siguiente [8 de julio] salimos de Calatrava, dejando allí al Rey de Aragón, que repartía a sus soldados las vituallas encontradas en el castillo, y llegamos al castillo de Alarcos, junto al cual tuvo lugar tiempo antes la batalla en que, por exigirlo sus pecados, fueron los cristianos vencidos por el Rey de Marruecos. Aquel mismo día llegó el Rey de Navarra; luego en dos jornadas llegamos al pie del monte llamado Puerto de Muradal, y algunos de los nuestros, subiendo a la cumbre del monte, vieron como a una legua o dos las tiendas de los sarracenos, algunos de los cuales pelearon con los nuestros en la misma cumbre. Díjose entonces en el ejército que estaba en aquellas tiendas el Rey de Valencia, tío de Miramamolín, con los sarracenos o caballeros del lado de acá del mar, a quienes llaman andaluces, para impedir el paso a los nuestros. Era muy arduo y estrecho el sitio por el que se proponía pasar el ejército; así es que para estorbárnoslo acamparon allí los moros. El Miramamolín en persona llegó al día siguiente, que era viernes, con el resto del ejército y nosotros subimos aquel mismo día a la cumbre del monte, sin pasar más adelante. Los moros abandonaron al punto un castillo que había en aquel monte. Aquel día atacaron los sarracenos a unos cristianos que se adelantaron un poco de las tiendas, los pusieron en fuga y mataron a algunos; a muchos más hubieran matado, si no es por los de Viena y el Poitou, que estaban presentes y, aunque pocos, se opusieron con tal valor a los sarracenos, que los persiguieron más allá del agua de que nos querían privar; así, el ímpetu de los nuestros desbarató a los sarracenos.



Al siguiente día, que fué sábado, no pudiendo seguir el camino que nos habíamos propuesto, tanto por la altura y aspereza del sitio, cuanto por los sarracenos que colocados en frente nos impedían el paso, dimos como un rodeo por otra parte, pasando por sitios arduos y abruptos; al llegar al punto en que habíamos de poner nuestras tiendas, nos encontramos con que las haces de los moros estaban ordenadas en frente, y al poco rato saltaron delante de las mismas las haces árabes y flecheros, provocando a los nuestros con sus lanzas y saetas. Los nuestros se ocuparon tan sólo de plantar sus tiendas, dejando por aquel día la batalla campal. Al día siguiente, al amanecer, volvieron también los sarracenos con sus haces ordenadas del mismo modo que el día anterior. Los nuestros no aceptaron tampoco aquel día la batalla, sólo los flecheros y algunos pocos más discurrieron de un lado para otro; los árabes por su parte torneaban con los nuestros, no al modo de los franceses, sino según su costumbre de tornear con lanzas o cañas. Aquel día el Miramamolín demostró su poder más plenamente que el sábado.

Llegaba el tercer día, día de alegría, día que hizo el Señor, día por muchos siglos memorable. De mañana, antes que calentase el sol, la primera haz de moros y los árabes que estaban a un lado, como en otra colina (gente

de la que se dice que nunca se acercan, sino que pelean corriendo sin orden fuera de filas), huyeron sin aguardar al enemigo, lo cual se demuestra porque en aquel sitio no se encontró ningún sarraceno muerto. Siguieron los




Las Navas de Tolosa, según un mapa del siglo XVI (Huici).

nuestros a los fugitivos, y bajando del otro lado de aquella colina a un valle, encontraron una haz de muchos moros y los exterminaron. Los moros que huyeron, al llegar a la cumbre del monte más alto, se detienen porque



estaba allí ordenada un haz fortísima, según ellos creían, y en la que se dice estaba el mismo Miramamolín. Suenan con estrépito los intrumentos de los moros, que los españoles llaman tambores, detienen el paso los sarracenos, y no sólo resisten a los nuestros, sino que los atacan con tal vigor que los serranos, cierta gente del reino de Castilla, vuelven la espalda, lo mismo jinetes que peones, de modo que casi todo el ejército que estaba antes de la última haz, excepto algunos nobles españoles y ultramontanos, parecía huir. Grande fué el temor de muchos de los nuestros, no defraudase el Señor aquel día nuestras esperanzas; pero es de creer que esto sucedió para reprimir la soberbia de los nuestros y para que al ver a nuestros soldados armados no nos atribuyésemos la victoria a nosotros, o a nuestras armas y caballos, que abundaban en nuestro ejército y escaseaban mucho en el de los sarracenos, sino que la atribuyésemos a Nuestro Señor Jesucristo y a la Cruz, que ellos habían escarnecido y que los nuestros llevaban en el pecho para ser, como dice el Apóstol, portadores de su improperio fuera del campamento; improperio con el cual no hay duda que luego vencieron los nuestros. Nosotros al ver a los cristianos en fuga comenzamos a recorrer el ejército y a exhortar a los fugitivos a detenerse.

Mas aunque los serranos y acaso muchos otros huían, como la última haz estaba firme y los reyes, cada uno con su acompañamiento, atacaban con gran ardor a los sarracenos, que seguían a los cristianos, detuviéronse algunos por nuestros ruegos, otros hasta volvieron a la pelea, y no sólo fueron rechazados los sarracenos, que seguían a los cristianos, sino que además los que estaban en aquella haz tan fuerte fueron vencidos y muertos. Desde aquel momento huyó irreparablemente el ejército de los sarracenos en pos de su rey, el Miramamolín, que ya antes había huído y que además, según se dice y se cree, la noche anterior, presintiendo que iba a ser vencido, envió de noche por delante en mulos y camellos las riquezas inestimables que tenía. Los nuestros siguieron a los sarracenos fugitivos por medio de su campamento; al llegar a él encontráronse con la mayor parte de las tiendas echadas por tierra. Fueron en su alcance por cuatro leguas largas, y tantos mataron en la batalla y después de ella, que fueron los muertos sesenta mil y aun más, según se piensa. ¡Y cosa admirable: según creemos, de los nuestros no murieron cincuenta! En tres o cuatro sitios se encontraron tantas lanzas, aunque ya rotas, que todos los que vieron se admiraban grandemente. Encontráronse también en tres o cuatro sitios tantas arquillas llenas de saetas y cuadrillos que, como muchos pretenden, dos mil acémilas no bastarían a llevarlas.

Bendito sea por todo Nuestro Señor Jesucristo, que por su misericordia ha concedido en nuestros tiempos, bajo el feliz apostolado del Papa Inocencio, la victoria a los católicos cristianos sobre tres clases de hombres petulantes y enemigos de su Santa Iglesia: los cismáticos orientales, los herejes occidentales y los sarracenos meridionales. Por tantos bienes y dones como se nos han concedido, demos al que todo lo da con abundancia y sin echarlo

en cara, las gracias, que a él le pedimos, si no dignas de él, por lo menos cuantas y cuales podamos. Fué esta batalla el año del Señor 1212, a 16 de julio, día de Santa Magdalena, en el sitio llamado Navas de Tolosa, porque había allí cerca un castillo de moros que se llama Tolosa y que ahora está en poder de los cristianos por la gracia de Dios; para que entiendan y teman otro tanto, si no se arrepienten, los herejes tolosanos. Al tercer día después de la batalla, el miércoles (18 de julio), dejamos el sitio aquel donde estaban las tiendas de los moros y donde habíamos pernoctado por dos noches y llegamos a cierta agua, que llaman Gualién. ¿Quién podrá explicar cuántos cadáveres, de los muertos hechos por los cristianos en el alcance, encontramos al avanzar hasta cierto castillo llamado Vilches, que había en el camino? Volvió el castillo aquel día a poder del Rey de Castilla y había en él algunos sarracenos que huyendo de la batalla se habían refugiado allí. Descansó el ejército junto a la dicha agua de Gualién por dos días; el viernes llegamos a Baeza, que encontramos del todo abandonada por sus moradores, pues la mayoría se había refugiado en la vecina ciudad de Ubeda. La mayor parte del ejército fué a Ubeda aquel mismo día; nosotros, con el resto, llegamos al día siguiente. Al otro día, que era domingo, cuando ya se había armado la mayor parte del ejército para atacar la ciudad, plugo a los Reyes volverse al campamento y diferir el ataque por aquel día. El lunes dióse el asalto, y cuando ya los nuestros después de persistir muchas horas sin gran provecho, casi desesperados, se habían vuelto en su mayoría a las tiendas, de pronto por la parte que atacaba el Rey de Aragón, media torre, que habían minado, cayó, y entrando por aquel portillo los aragoneses, comenzaron los sarracenos a abandonar los muros; entonces asaltando la muralla por diversos puntos, los sarracenos abandonaron dos partes de la ciudad y se refugiaron a toda prisa en la tercera, que era algo más fuerte. Luego se trató de concierto en esta forma: que los sarracenos de Ubeda diesen a los Reyes un millón de mazmutinas y que ellos se quedasen en la ciudad con todas sus cosas. Pero como este trato era contrario a la ley de Dios, por venderse a los sarracenos, no sólo armas y víveres, cosa prohibida con excomunión por los cánones, sino además la tierra que se iba a adquirir y aun la ya ganada, pues una parte de la ciudad había sido tomada y había esperanzas certísimas de tomar el resto; por ello comenzaron algunos de los obispos de los que había en el ejército a reclamar contra tal concierto. No es de nuestro caso decir por consejo de qué cristianos se hacía este pacto. Por fin, volviendo en su acuerdo los Reyes, se hizo este otro ajuste: que los moros diesen la cantidad de dinero prometida y además dejasen la ciudad para arrasarla, saliendo ellos libres con todas sus cosas. Pero sucedió por disposición divina que no pudieron cumplir los moros sus compromisos y en consecuencia fueron reducidos a esclavitud por los cristianos y los muros de la ciudad fueron derruídos.

Bendigamos, pues, todos al Señor, alabémosle y confesémosle porque ha usado con nosotros de su gran misericordia. Por ello rogamos a vuestra



santa discreción que deis gracias a Dios todos juntos e insistáis en la oración hasta que el Señor con plena victoria glorifique a su Hijo Nuestro Señor Jesucristo, con quien vive y reina en unión del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Carta de Arnaldo Amalarico, arzobispo de Narbona. (Trad. de Huici: La campaña de los Navas de Tolosa, 170).

## El relato castellano

Salió de la çipdad real de Toledo de yda pora la batalla la hueste del sennor Dios; et fué esto XII días ante de las calendas de julio, esto es XII días por andar del mes de yunno. Et yuan allí por si los vltramontanos, esto es los de alend de los montes de fuera de Espanna, et fueles dado por cabdiello Diago López de Faro. Et yua empos ellos el noble rey don Pedro de los aragoneses, con los suyos. Et empos el, ese noble rey don Alffonsso de Castiella, con los suyos. Et pero que apartados yuan, segunt cuenta ell arçobispo don Rodrigo de Toledo que yua y, poco departimiento auien entre los unos et los otros en su yda. Et el primero día que salieron de Toledo, fincaron las tiendas çercal calze de Guaxaraç; el segundo, çerca de Guadaçalet. El terçero día posaron çerca Algodor; mas los vltramontanos fueron et fincaron sus tiendas çerca Guadalfezra, et yndo dallí, çercaron el castiello de Malagon, que fue signo de bien por la graçia de Dios que lo fazie: et maguer que los que eran en el castiello se deffendien assaç como varones, pero tanto fué grand el combatimiento de combater los vltramontanos que firuien con ligereza, desseando uençer o morir por el nombre de Cristo, que minguo del poder de los enemigos et la fortaleza del castiello, assí que en el nombre de Dios prisieron a Malagon et mataron todos los moros que y eran. Otro día ueno y la hueste del rey, et fincaron y un día; et fallesçiéronles las uiandas yaquanto, mas acorrió y la noble sabiduría et el poder del rey don Alffonsso, et fízoles allí parar delant viandas muchas a grand abondo.

### Toma de Calatrava

Los cristianos por çierto saliendo daquellos logares do dixiemos que posaran, dize ell arçobispo, uenimos todos en uno a Calatraua. Et los moros que y reuellauan et guerreauan deffendiéndosse, assacaron de fazer unos estrumentos de fierro que sembrauan por la tierra, a danno de los cristianos, et eran fechos a manera de abroios, et llamales la estoria "cardos de fierro", et sembráronlos et echáronlos por todas las passadas del río de Guadiana: et auie en ellos III aguijones, et como quier que aquel cardo de fierro, que dezimos o abroio, caesse en tierra, el uno daquellos aguijones siempre se paraua derecho a arriba, et fincaua en los pies a los omnes et en las vnnas a los cauallos. Mas porque las arterias de los omnes non

ualen nada, quan engannosas et sotiles quier que sean, contra lo que Dios faze et quiere guardar, muy pocos o fascas ningunos fueron dannados daquellos cardos o abroios de los moros. Et puso Dios la su mano sobrellos, et passamos nos en saluo el ryo de Guadiana, et fincamos las tiendas aderredor de Calatraua. Mas los moros assí guarnesçieron de armas e de sennas et de algarradas, segund cuenta la estoria, las torres en somo, que assaç paresçie grieue de guerrear Calatraua a aquellos que la uinien combater. Demas maguer que aquel castiello es en llano, pero de la una parte ell muro dell ua por somo de la ribera de aquell río de Guadiana, de guisa que non podrie omne llegar a el; et de las otras partes de guisa es essa villa guarnida de muro et de baruacana et de carcauas et de torres et de logares pora lidiar, que, sin guerrearla luengo tiempo con engennos, semeia que se non podrie combater. Et era entonçes y un moro que auie nombre Abencalez, usado de armas de muchos días, argudo et prouado espessamientre en fecho de tanto que de la sabiduría deste moro conffiauan los desse pueblo del castiello de Calatraua, más que de ssi mismos: aunque auie y maguer que en esse castiello de Calatraua otro moro que dizien Almohat, que era alcayde et adelantado en la guarda del logar. Et porque auien ya tardado algunos días en aquella çerca los de la hueste, los reyes et los otros prínçipes dubdauan como serie del combatimiento daquel castiello. Pues que ouieron departido en ello luengamientre, plogo a Dios que non dexassen por enssayar el castiello, maguer que semeiaua grieue de combater: et los unos dizien et departien que era meior de yr su carrera que auien començada pora la batalla que non tardar en combater castiello en la carrera, mayormientre que en tales fechos peligran a las ueces los omnes que uan libres pora la batalla, et canssarie la hueste, et como la fuerça de la conquista de tales logares et la ganançia dellos et el cabo de la su batalla sea aun en dubda. Et pero que esto fué et esto judgauan algunos de la hueste, tomaron todos sus armas, et el rey don Alffonsso et los omnes buenos partieron los logares, et dieron sennaladamientre a las yentes de cada tierra et a sos prínçipes los suyos que combatiessen; et en ell nombre de Dios, començaron a combater el castiello. Et combatiéronle de guisa que, por la gracia de Dios, en el domingo, después de la fiesta de san Paulo, echaron del castiello a los alaraues; et fué entergado de Calatraua ell noble rey don Alffonsso, et dióla el luego a los freyres que dizen de Calatraua, et entergógela tornada al nombre de Jhesu Cristo, guarnida de armas et de uiandas. Et el noble rey don Alffonsso de todas quantas cosas y fallo, non tomó ende nada pora sí; mas todo lo dió a los vltramontanos et al rey de Aragón.

### Retirada de los ultramontanos

Entre tod esto, porque ell enemigo dell humanal llinnage, esto es ell enemigo de los omnes, et este es el diablo, que nunca queda de enuidiar los buenos fechos de los omnes, metiósse en la hueste de los fieles de Cristo



et de la su caridad, et conturuió los coraçones de los enuidiosos que se auien guisado pora yr a esta batalla. Et fízolos arredrar de yr, et fízoles desuiar de la buena postura que auien fecha: ca por la mayor parte todos los trasmontanos de comunal postura establesçieron que tolliessen las sennales de la cruç que auien tomadas de que se cruçaran pora esta batalla, et que dexassen los trabaios de su lit, et se tornassen pora sus tierras. Mas el noble rey don Alffonsso, esforçando et non dando nada por todo aquello, partió entonçes sus viandas, et dió a todos aquellos que fincauan todo quanto les era mester, et él, por tod aquello, non se dexó de la buena postura que auie començada. Mas essos vltramontanos, esto es los de alend de los montes, demudados de la buena entençión et de la buena carrera, començáronse de tornar, cada uno assí como eran sennas yentes, et fuéronse todos; fueras ende ell onrrado don Arnalt arçobispo de Narbona, que fincó con todos los que él pudo auer et con muchos de los fijos dalgo de la prouinçia de Viena; et estos estidieron siempre en la buena postura et leal, et fincaron; et assí como diz ell arçobispo, eran cient et XXX caualleros de los fijos dalgo, et de los omnes a pie algunos que fincaron y de los dessa tierra. Et fincaron y otrossí don Teoualdo de Blaçón con los suyos, de tierra de Piteo, omne noble et libre, et natural de Espanna et castellano de llinnage. Et fincó otrossí el rey de Aragón et todos los suyos, fasta que la batalla fué toda librada, assí como auie su amor atado con el noble rey don Alffonsso et lo auien puesto con él; et fizo como manda Salomón que diz: "si mantouieres al amigo ell amiçdad quando non ouiere contienda, manténgela quando la ouiere"; et aquí pudo prouar cada uno comol amaua ell otro. Mas porque "los que aman a Dios todas las cosas se les obran en bien", maguer que esta discordia fué temuda que serie peligrosa por aquellos que se fueran, pero todas las cosas començaron de darse a meior, de día en día, et darse a bien andança.

### Llega el rey de Navarra

Onde ydos aquellos que la cruç del sennor aduxieran et la desecharon en ell angostura, los espannoles solos que fincaron con pocos de los vltramontanos —et aquellos fueron los que dixiemos suso— començaron a yrse pora la batalla muy esforçados et muy enfeuziados en Dios. Et partiéndose de Calatraua, fueron luego primeramientre a Alarcos et fincaron y sus tiendas, et prisieron la fortaleza et otros castiellos y aderredor. Et en quanto allí fincó el rey don Alffonsso, llegol y el rey Don Sancho de Nauarra, que maguer que de comienço fiziera semeiança que non querie y uenir, pero pues que y ueno, cuando llegaron al día de la batalla et del peligro, non quiso apartar del seruiçio de Dios el prez de la su ualentía nin del su coraçón. Et fué fecha allí cuenta desta guisa de tres reyes ayuntados en uno. Et salieron todos tres en el nombre de la Trinidad; et el primero día salieron dallí et andidieron tanto que llegaron a Saluatierra, et fincaron y

sus tiendas et çercáronla et prisiéronla. Ell otro día, que fué domingo, Saluatierra dexada en recabdo, touieron los reyes et los otros príncipes por bien que se armasse toda la huest et ordenassen todas sus cosas, como si fuessen de entrar luego en la batalla; et fiziéronlo assí. . . . Et dize ell arçobispo: et speramos allí aun otro día, et después salimos dallí et uiniemos otro día a posar allí do dizen la Fresneda. Después all otra posada uiniemos a otro logar que a otrossí esse nombre mismo: la Freysneda; ca son dos logares uno çerca a otro a que dixen las Freysnedas. Et al terçero día adelant, fuemos posar a rayç del mont de Muradal que a nombre Guadalfaiar. Agora, de que la estoria a contado desta hueste de como ueno a aquel logar, ca la ueste de los moros estaua ya açerca de la otra parte, cuenta de como mouió dallí pora la batalla, et diz:

### La hueste de Miramamelín

Entre tanto, mientre se fazien las cosas que dichas son, Mahomat, aquel Miramamelín rey de los moros, auie ayuntadas ya en las montannas de çerca Jahén sus yentes, et allí esperaua ell la hueste de los cristianos, segunt dize ell arzobispo. Et cuenta que non auie ell a coraçón de lidiar, ca diz que dubdaua sil uernien ayudas de cristianos que esperaua que pusieran con él de uenirle; mas su hardiment era et su cuedado de saltar a los cristianos en su torno, que por uentura los cristianos cansados por las lazerías et desmayados por las muertes que ell en ellos faríe, que non se le ternien. Mas Nuestro Sennor Dios dió y consseio desta guisa contra otros que se fizieron agenos de los de la hueste de los cristianos, et yniçiados al diablo, fuéronse furtando de la nuestra hueste, et fuxieron a ascuso et passáronse a los moros; et descrubiéronles luego ell estado de la hueste de los cristianos et de la mingua que auien. Pero dize la estoria que la mingua que era de las uiandas, et fuera ante de la conquista de Calatraua; mas luego que los cristianos ganaron Calatraua, assí lo guiso Nuestro Sennor Dios que la mingua se tollió luego, et ueno abondo de viandas, et assí lo ordenó Dios, que dallí adelant la hueste del rey don Alffonsso que non ouo mingua ninguna. Et quando aquellos falsos cristianos, que Dios coffonda, fueron dezir a los moros que la hueste de los cristianos non auie vianda, grand abondo auie ya y della. Et este es el consseio que la estoria dize que Nuestro Sennor Dios dió contra la trayçión daquellos falssos cristianos yniçiados del diablo. En tod esto, fué allí assí fecho que los moros, por aquella sabiduría que ouieron daquellos falsos renegados, mudaron el consseio que auien auido dantes, et tomaron atrouençia por ganar preç, et mouieron de parte de Jahén apriessa contra nos. Et ueno este rey moro con su poder fasta Baesça, et enuió dend algunos a mano a las Nauas de Tolosa que se parassen en ell angostura de la passada, allí do es la penna sin carrera, et en la canal dell agua que por allí passa otrossí: et allí era el logar de embargar la passada a los cristianos, et que allí gela embargassen, de guisa que la non ouiessen nin passassen; et si los cristianos non ouiessen aún tomado el somo de los montes, mandó que se assentasse nellos en somo de la sobreçeia dessos montes: et esta assentada dallí porque estoruassen la sobida de los cristianos. Et aquellos moros que el Miramomelín enuió allí, cuenta la estoria que fueron después presos en la batalla, et contaron a los cristianos este hardiment porque fueran allí enuidados, et que a esta entençión guardauan ellos la passada, porque al cabo, fallesçiendo a nos las viandas, et nos lazrados por ell enoyo et por la fambre, que nos tornariemos.



### Al pie de los montes

Mas fízolo la piadad de Dios de otra guisa, ca Diago López de Faro que tenie la delantera et la guiaua et yua en ella yl fuera comendada, enuió delante a su fijo Lop Díaz et dos sus sobrinos dell: Sancho Fernández et Martin Munnoç, et mandóles que se cogiessen, et fuessen delant quanto pudiessen, et tomassen las altezas del mont, ante que los moros uiniessen. Et ellos, confiando de su ligereza, ca eran caualleros muy nobles, et en los cauallos que tenien buenos, trabaiáronse de fazer como don Diago les mandara; et yéndose pora sobir priuado all alteza del mont, non se guardando de al, fallaron ya en somo desse mont, çercal castiello que dizen el Ferral, una companna de moros alaraues que dieron salto en ellos, et por poco fué que los non ouieron maltrechos; sinon por que los ayudó Dios, ca tomaron estonçes Lop Díaz et Sancho Fernández et Martin Munnoç, et los otros que con ellos yuan, sus armas muy de coraçón et muy endereçadamientre, et sostouieron a los alaraues muy atestadamientre como uarones, et fueron ferir en ellos muy de rrezio, assí que los desuiaron yaquanto et tomáronles la cuesta: et por la gracia de Dios, subiéronles ellos de suso et ganáronles la cabesça del mont, et libraron de los moros el logar et ffincaron ellos y sus tiendas et estidieron y muy fuertes. En la quinta feria adelant, que era el yueues, cerca ora de nona, dize ell arçobispo, uiniemos al pie del mont. Et en esse día mismo, muchos de los nuestros subieron a somo de las altezas desse mont, mas la mayor parte fincaron yuso, çerca la canal dell arroyo que dizen Guadalffaiar. Et en la sesta feria adelant, que era el día del viernes, tomáronse en la mannana los tres reyes: don Alffonsso el noble de Castiella, et don Pedro de Aragon, et don Sancho de Nauarra, et llamando el nombre del sennor Dios, subieron y en una cuesta del mont, en un grand llano que se fazie y, et fincaron y sus tiendas et assentáronse y. Et en esse día mismo fué tomado de los nuestros el castiello Ferral, so que a unas pedraias peligrosas, et en la ribera yuso dell arroyo unos logares de pennedos cercal puerto de la Losa, logares muy guisados de caer omnes et bestias en priessa; et tanta era y ell angostura de la passada, que la su graueza aun a los desembargados enbargarie. Et alli estauan unas compannas de moros que aquel dia todo, et aun una parte dell otro dia, guardaron alli la passada de los cristianos, et alli esse dia espessamiente firiendose

entre los nuestros et los moros, fizieron alli dantes unos enssayos de batalla, assi que de amas las partes murieron y, pero diçe la estoria que non muchos. Et demientre que estas cosas se yuan assí librando de comiençó, fablaron los reyes por o podrien yr que fuesse sin periglo, ca la passada de la Losa non era logar que passarsse pudiesse sin danno de omnes et de bestias; et dize ell arçobispo: era ya la hueste del moro más açerca del logar que nos, et demás que la su tienda del era ya fincada, et paresçia, como era uermeia. Allí fueron entre los nuestros departidas las sentençias de los departidos sentidos dellos, como serie de la sobida de la hueste: et los unos, catando a la graueza de la passada et que non podie seer, consseiuauan tornarse atrás pora passar por más ligero lograr a las compannas de los moros. A esto fizo assí el noble don Alffonsso rey de Castiella, et dixo: "Si este consseio fuere tenido por bueno et tomado en buena parte, pero trae periglo conssigo: ca el pueblo et los otros que lo non ouieren prouado, quando nos uieren tornar atrás, non judgarán que batalla ymos uuscar, mas que foymos de la batalla; et fazerse a desacuerdo en la hueste, et yrse an, que los non podremos tener. Mas pues que de çerca ueemos los enemigos, mester es que uayamos a ellos; et como la uoluntad fuere en el çielo, assí se libre et se faga la cosa acá". Et como el consseio del noble rey don Alffonsso de Castiella ualió allí más que lo al, assí Dios omnipotent, por cuya gracia spirital se enderesçaua el fecho, e enuió allí entonçes al rey don Alffonsso un omne de pueblo, assaz uil de uestido et de persona, que auie andado de tiempo antes curiando ganado en aquellas montannas et tomado coneios et liebres; et aquel pastor mostró al rey don Alffonsso la carrera assaz ligera de tod en tod, pora sobir por una cuesta del costado desse mont; et aun dixol quel non conuinie de tirarse nin de asconderse de la uista de los enemigos mas aún que ueyéndolo ellos et non nos podiendo embargar nin estoruar nin nos tener danno, que podriemos uenir al logar conuinient a la batalla.

### Subida a las Navas

Sobre la razón daquel pastor cuenta aquí la estoria et diz: mas porque en tan grand periglo como aquel, adur podrie omne creer atal perssona, como aquel pastor paresçie a la uista de los omnes, el rey don Alffonsso creyol; mas pero queriendo prouar la cosa, enuió adelant con ell dos prínçipes: don Diago de Faro et don Garci Romero de Aragón, et mandóles que fuessen, et si en uerdat fallassen lo que aquel pastor le dixiera, que subiessen et fallarien ençima del mont una llana, et que la tomassen et que se trabaiassen de deffenderla muy bien. Et por la graçia de Dios, fízosse la cosa assí toda, ca aquel omne que al rey don Alffonsso uiniera, como menssaiero de Dios qui escoie las flaquezas del mundo, fué fallado que dexeira uerdad de tod en todo; et los sobredichos prínçipes subieron et fallaron la llana que les el rey dixiera por la palabra del pastor; et don fueron en ella, en somo del mont, tomáronla et deffendiéronla mui bien,



et touieronla muy bien guardada. Et desdel día del sábado, ca en esse día del sábbado fué ya esto, gran mannana, los tres reyes, tomada la bendición dell arçobispo et la graçia del sagramiento del cuerpo de Nuestro Sennor Dios, mouieron et uinieron con sus compannas al sobredicho mont. Et aquel castiello del Ferral fué luego de tod en todo dexado, como por sin pro; et los moros creyendo que nos desuiáuamos de la batalla, porque non guardáuamos la passada de la Losa, fueron et tomaron con grand alegría el castiello de Ferral. Et los nuestros reyes guardauan la çaga de la hueste, et uinieron con toda su companna a aquellos dos prínçipes que enuiaron delant. Et los moros quando esto cataron, uieron que aquello non era foyr, mas yr adelant, et doliéronse dend muy grieuemientre; et ueyendo las tiendas que en ell alteza del sobredicho mont fincauan, enuiaron una companna de caualleros que de aquel fincar de las tiendas que los cristianos allí fazien que tirassen ende los primeros por fuerça, diziéndoles que mala sennal era pora ellos aquello que nos por las angosturas de la passada non dexáramos de yr nuestra carrera derecha. Et aquella cauallería de los moros que el su rey enuiaua, ueno a los nuestros, et assí como llegaron, cometiéronlos de lid et lidiaron con los nuestros una piesça de tiempo; et por la uertud de Dios que lo fazie todo, pudieron más los nuestros et echaron de la plaça et del campo a los moros, por fuerça de muchas buenas lançadas que dieron en ellos, matando ende los más que podíen. Et los nuestros tomaron entonçes toda la llana del mont, et por la gracia de Dios assentáronsse y, et fincaron y luego sus tiendas como bienandantes.

### En espera de la batalla

Et las tiendas apenas fincadas, el rey de los moros ueyendo que en la guarda de la passada do el tenie la feuzia quel non yazie ningún pro, nin en las çeladas nin en los engannos que él tenie parados a furto a los cristianos, quel non ayudauan en nada, ordenó sus azes esse día, et salió al campo. Et su aç mayor, que era dada a él a guardar, assentóla el noblemientre sobre un monte a que se fazie grieue la sobida; et las otras sus azes fueron otrossí ordenadas a diestro et a siniestro, muy sabiamientre. Et allí esperaron de la ora de siesta fasta la uíspera, cuedando ellos que nos esse día yriemos a la batalla. Mas los nuestros reyes en su consseio que ouieron, fué assí librado que la batalla fuesse allongada de aquel sábado fasta terçer día, segunda feria, que era el lunes adelant, porque los omnes de la nuestra hueste eran canssados en la graueza de sobir el monte, et enoyados todos, et las bestias yaque canssadas otrossí; et en este medio, que podriemos mesurar et uer ell su estado de los moros et el de su andamio. Et sobresto entendiendo el moro que nos non yuamos a la batalla, parósse muy loçano et touo que auie ganada gloria: et sobresto crouo que non por la su arteria que él nos guisara de que se cuedara ayudar, mas por el miedo quel nos auiemos. Onde enuió sus letras a Baesça et a Jahén: que çercara III reyes et tenielos

çercados, et auiensele a dar terçer dia. Pero algunos de los sus grandes moros que cuedauan la cosa más altamientre en seso de grand entendimiento, diz que dixeron: "vemoslos nos assentados sabiamientre et con grand entendimiento, et más semeia que se guisan pora darnos batalla que non pora foyr". Otro día, domingo grand mannana, salió de cabo ell moro al campo, assí como el día dantes que fuera sábbado; et y estido esse domingo, sus azes paradas et ordenadas, fasta medio día; et pora desuiarle la calentura, aduxiéronle y la su tienda uermeia, pora fazerle sombra. Et seyendo allí en contenent mayor que non deuie nin cumplie, esperaua la batalla et combaterse él en ella con loçanía de rey. Mas nos fiziemos como el día dantes, et atendiendo allí la su hueste, nos, nuestras tiendas et todo lo nuestro guardado, delibramos como deuriemos salir otro día. Et ell arçobispo de Toledo, et los otros obispos que y eran, andidieron por las posadas de las compannas de cada unas de las çipdades que allí eran, et por cada unas de las posadas otrossí de los prínçipes, predigándoles et auiuándolos et esforçándolos a la batalla, et perdonándoles todos sus peccados muy omillosamientre et muy con Dios. En esse día mismo, fizo el rey noble de los aragoneses cauallero a su sobrino Nunno Sánchez. Et los moros entre tod esto, como a manera de algarrada, feriendo sus estrumentos et sus roydos, que ellos fazen contra los cristianos quando tiempo ueen, enssayaron de uenir fastal cabo de las nuestras tiendas, cometiendo sus enssayos de ante de la batalla. Mas al cabo, entre la ora sesta et la nona, pues que ouieron assaz esperado allí et uieron que nos non faziemos contenente pora salir et yr a ellos, leuantáronsse dallí donde estauan, et tornáronse pora sus tiendas, allí do las tenían fincadas.

### Se ordenan las haces

Otro día, çerca la media noche, se leuantó uoç de Nuestro Sennor Dios de exaltamiento et de confessión, et sono por todas las tiendas de los cristianos; et fué llamado essa noche, como por uoç de pregonero: que se leuantassen todos en nombre de Dios, et que se armassen pora la batalla dell Sennor. Onde andando y onrrados et guisados como pora aquel officio por çierto los maestros de la passión del Sennor, confessáronsse todos et, tomado ell conssagrado cuerpo de Nuestro Sennor Jhesu Cristo, guisáronsse todos et guarnesçiéronsse de todas sus armas, como era mester. Et salieron a la batalla, ordenadas sus azes assí como lo auíen departido dantes —et diremos agora aquí de cómo— entre los prínçipes castellanos: Don Diago López de Haro, con los suyos, ouo la delantera et los primeros colpes; ell az de medio, et esta era la de la una costanera, ouo ell conde don Gonçalo Nunnez con los freyres del Temple et dell Ospital et de Vcles et de Calatraua ell az de la otra costanera ouo Roy Díaz de los Cameros et Aluar Díaç, su hermano, et Johan Gonçález, et otros nobles omnes con ellos; en la postremera az fué el noble don Alffonsso rey de Castiella, et



don Rodrigo arçobispo de Toledo con ell, et los otros obispos sobredichos, et ricos omnes: don Gonçaluo Royç Girón et sus hermanos, et don Roy Pérez de Villalobos, don Suer Téllez, don Fernand Garçía et otros. Et por cada unas destas azes eran partidos los comunes de las nobles çipdades: Segouia et Auila et Medina del Campo. Pues ordenadas las azes con Dios en esta hueste, como es dicho, alçadas las manos a los cielos, endereçados los oios a Dios et auiuados et leuantados los coraçones a martirio, et tendudas las sennas de la fe et de los fieles de Cristo, uinieron todos, según la ordenaçión dicha, assessegados en uno ygualmientre, a los peligros et al departimiento de la batalla. Et los primeros que las primeras feridas fueron dar dell az de Diago López de Faro fueron su fijo et sus sobrinos, los nombrados suso, caualleros libres en armas et muy atreuudos. Los moros de la otra parte fizieron otrossí lo suyo: guisaron en somo del mont una fortaleza a semeiança de corral, a poder de saetas et de otras armas, et de dentro daquel corral assentados los sus peones rezios et que algo ualíen; et allí souo otrossí el su rey dellos, teniendo çerca ssí una espada, et él, uestido una capa negra que fuera de Abdelmon que fué comienço de los almohades, como es dicho, et otrossí, esse su rey çerca si el libro de la descumulgada secta de Mahomat, et este es el libro a que ellos agora dizen Alcorán. De parte de fuera daquel corral eran paradas otras azes de peones de que los vnos, también de los de fuera como los de dentro, tenien atadas las coxas los unos a los otros a reuezes, como que desesperassen de ayuda de foyr —ca de guisa estauan atados, que maguer que lo mester ouiessen et lo quisiessen fazer, non podríen foyr— ca suffrien ellos otrossí fuertemientre la priessa et ell affruenta del affincamiento de la batalla. Et delante aquel corral, de la parte de fuera, estaua ell az de los almohades, caualleros buenos guarnidos de cauallos et de armas, et una muchedumbre dellos que non auíe cuenta, et companna espantosa de uista. Et de diestro dellos et de siniestro, estauan los alaraues, omnes ligeros, et que se ayudauan de lanças et de azagayas, et fazien danno en los que non sabíen qué armas eran aquellas: ca ellos en fuyendo, enbargan al otro, et desque son sagudados, tornan, si ueen guisado; et fázenlo peor en llano et en ell angostura non tienen danno a la cosa pora reboluerse, son fallados, estos alaraues de las lanças et de las azagayas, más dannosos; éstos semeian a Turcos: con fechos de saetas lidian, et en las medidas de las porras traen unos como uasos que rebueluen, et los unos et los otros destos moros guerreros, andan a unas et a otras partes como uagueando et fuera de orden de lid, et non guardan de orden de az, et, corriendo, turuian et desbaratan a los otros, et los suyos uiniendo ordenadament a las feridas, et dánles guisado de fazer mal, si se ellos aperçiben. Mas la muchedumbre destos et daquellos non podríen auer cuenta, nin creo que ninguno de los nuestros asmarlos pudiesse con uerdad; sinon que después, oymos de sus moros mismos que eran LXXX uezes mill caualleros, et las compannas de sus peones que non podríen seer contadas. A esto dizien, unos moros de tierra de Azcore, que es çerca los Marruecos,

que fueran en esto, que non era pagado dellos el su rey; et estos moros, dexados los cauallos, por ganar la graçia del su rey, fiziéronse a pie et uinieron a lidiar daquella guisa; et lidiaron et fizieron grand danno en los cristianos, mas pero non creen los omnes que ninguno destos ende escapó. Aun estaua y, delante su rey, mucha companna además, et muy guarnida de nobles sennales de armas et de cauallos. Et desta guisa que es dicho estaua aquel corral de los moros çercado et guarnido, et su rey dentro.

### La batalla

Los moros que estauan atados, como es dicho, et que se non podíen mouer daquel logar do estauan, començaron a desuiar las primeras feridas de los nuestros que subíen por logares assaç desguisados pora combaterse. Et en estas contiendas, algunos de los nuestros que subíen a cometer los moros, essos canssados por las grauezas de las sobidas, paráronsse et estidieron quedos yaquanto. Estonçes algunos de medio de las azes de Castiella et de Aragón, fiziéronsse una companna et uinieron a las primeras azes, et fué grand la muebda que se y fizo, et la cosa muy peligrosa et en dubda; assí que algunos, pero non de los grandes, semeiaua que queríen foyr; mas los primeros et los de medio de Aragón et de Castiella ayuntados en uno, combatien a los enemigos, et requedáuanlos de yr adelant, et esto fazien ellos quanto podíen. En tod esto, las azes de las costaneras lidiauan muy fuerte con las azes de los moros, et las feridas eran muchas et muy fuertes della et della parte; mas las de los moros eran tantas et tan fuertes et la su muchedumbre tan grand, que unos de los nuestros començaron a couardar, et tornando las espaldas, semeiaua que fuyen ya. Et ueyendo esto el muy noble rey don Alffonsso, a unos de los uiles del pueblo menudo que non auien cuedado de catar lo que estaua mal, dixo all arçobispo de Toledo, oyéndolo todos: "arçobispo, yo et uos aquí morremos". Et respondiol essa ora ell arçobispo: "sennor, fiemos en Dios, et mejor será; ca nos podremos más que nuestros enemigos, et uos los uençeredes oy". El noble rey don Alffonsso, nunqua uençudo de coraçón, dixo: "uayamos apriessa a acorrer a los primeros que están en peligro". Estonçes Gonçaluo Royz et sus hermanos fueron contra los primeros en acorro; mas Fernant Garçía, varón libre et enssennado en cauallería, tardó al rey, consseiandol que guardase ell gouernamiento de la hueste, et de guisa fuesse en ell acorro daquellos, que la hueste non se desordenasse porque fuesse desbaratada. Estonçes dixo el noble rey de cabo al arçobispo: "arçobispo, aquí muéramos, ca tal muerte conuiene a nos, et tomarla en tal artículo et en tal angosura por la ley de Cristo: et muéramos en él". Respondió el arçobispo: "sennor, si a Dios plaze esso, corona nos uiene de victoria, esto es de uençer nos; et non de muerte nin morir, mas ueuir; pero si de otra guisa ploguiere a Dios, todos comunalmientre somos parados pora morir conuusco, et esto ante todos lo testigo yo, pora ante Dios". Estonçes el noble rey don Alffonsso, non



demudada por ello la cara nin el su loçano gesto, nin el su muy noble et apuesto contenent que él solíe traer, nin demudada la palabra, parósse esforçado et firme, como fuerte uarón armado, et como león sin espanto; ca pora morir o pora uencer firme estaua él. Et dallí adelante, non queriendo más soffrir el peligro de los primeros, uénose dallí apriessa, fasta que llegó al corral del moro; et enderesçólo Dios que lo fazie todo, et uinieron y con el alegremientre las noblezas de las sus sennas et los suyos. Et la cruç del Sennor que delant ell arçobispo de Toledo auíe en costumbre de uenir, aduziéndola aquella hora Domingo Pascual de Almoguera, conónigo de Toledo, entró con ella por ell az de los moros, et passó por todos marauillosamientre, et non tomando y ningún pesar esse don Domingo que la cruç traye, nin ninguna lisión, sin los suyos, ca non uinien y con él; et assí fué en su yda sin todo periglo, fasta que llegó all otro cabo de la batalla: et fué assí como plogo a Dios. Et en las sennas de los tres reyes uinie la ymaien de sancta María uirgen madre de Dios, la que de la prouinçia de Toledo et de toda Espanna estido et fué siempre uençedora et padrona, en cuya uenida marauillosa, aquella az de los moros de marauillar et companna que non auíe cuenta et que fasta allí estidieran et estauan firmes que se non mouíen, et rebeldes que contrallaran a los nuestros, muerta essa companna marauillosa a espada et segudada a lanças et uençuda a feridas, tornó las espaldas a foyr. Entonçes yua el rey moro por la priesa de la batalla, et más por affincamiento de su hermano a quien llamauan Zeyt Abozecri por nombre, quel affincaua que se saliesse de la batalla et se fuesse, subió esse rey Almiramomelín en una bestia de muchos colores, et por guarir que non muriesse allí o fuese preso —ca uió el que lo uno al desto que lo seríe si y fincasse— cogiósse a foyr, sintiendo que aquello era lo más seguro pora lo que ell auíe mester. El fuxó con tres caualleros que ouo por companneros en aquel perigro, et ueno assí fuyendo a Baesça; et los de Baesça, ueyendol daquella guisa uenir, entendieron que el mal era et que uençudo uinie, et demandáronle que qué faríen; et diz que les respondió: "non puedo consseiar a mí nin a uos"; et camió allí la bestia, et ueno a Jahén aquella noche. Entonçes los aragoneses de la su parte, et los castellanos de la suya, et los nauarros otrossí de la suya, desboluieron apriessa las manos entre los moros, et mataron allí muchos dellos, et muchos en los alcanços que fizieron empos ellos a muchas partes, por o yuan fuyendo, et ellos empos ellos matando.

### Te Deum Laudamus

Oyendo esto ell arçobispo, et ueyéndolo, dixo estas palauras al noble rey don Alffonsso: "sennor, menbraduos todauía de la graçia de Dios que cumplió en uos todas las faltas, et yaquanto el denuesto de Toledo, et oy uos lo emendó; et menbraduos otrossí de uuestros caualleros, por cuya ayuda uiniestes a tan grand gloria et tanto prez entre los reyes de Espanna:

et en más tierras suena el uuestro prez, ca por más tierras suena et sonará más el uuestro nombre et la uuestra grand fama". Estas razones et otras tales como estas acabadas de dezir en esta manera, el arçobispo et los obispos, que y eran con ell, et los abades et frayres et la otra clerezia, que y eran con ellos, alçadas las manos et las uozes al çielo, con lágrimas de sanctidad et con cántico de alabança, salieron en esta razón, cantando con gran alegría aquel cántico que dizen en la eglesia: *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur*, et quiere esto assí dezir en el castellano: "A ti, Dios, alabamos, a ti, Sennor, confessamos", et dixieron este cántico todo, cantandol fasta cabo. Et eran y don Tello obispo de Palençia, don Rodrigo obispo de Siguença, don Melendo obispo de Osma, don Domingo obispo de Plazençia, don Pero obispo de Auila, et muchos otros clérigos onrrados que eran y con ellos, cantando cánticos et alabanças a Nuestro Sennor Dios, por quanto crebanto fiziera en aquell día en los paganos enemigos de la cruç, et quanta uertud et exaltamiento mostrara en los cristianos fieles de Cristo et mantenedores de la su ley. Aun dize ell arçobispo en esta estoria adelante: ell campo de la batalla tan lleno fincaua de moros muertos et tanto era y la su mortandat que, aun yndo nos en buenos cauallos, apenas podiemos passar sobre los cuerpos dellos. Et eran los moros que fueron fallados çercal sobredicho corral muy luengos de cuerpos et muy gruessos omnes; et lo que es marauilla pora dezirlo: maguer que yazien destorpados de todos sus cuerpos et de todos sus miembros, et despoiados todos, que los despoiaran los pobres, pero que por tod eso, en tod el campo de la batalla ninguna sennal de sangre non pudo seer fallada. Et acabadas estas cosas como dichas son, los nuestros non queriendo poner término nin destaio a la graçia de Dios, fueron sin toda canssedad a todas partes, fasta la hueste empos los moros que fuyen; et segundo ell asmança de los nuestros era, mataron y dellos fasta dozientas uezes mill moros. Más de los nuestros según ende podimos saber la uerdad, adur se pudieron seer fasta XX et V omnes. Agora acabada la batalla et deliberada, loado a Dios, como es dicho, cuenta aún la estoria adelant de los grandes fechos que los cristianos y fizieron.

De la *Estoria de España* que mandó componer Alfonso el Sabio (Ed. Menéndez Pidal, pág. 694).

## UN PRECURSOR DE DANTE

*Ya en el siglo IX aparece divulgada en el mundo musulmán la leyenda del viaje nocturno de Mahoma al infierno* (isra) *y de su ascensión al cielo* (mirach). *En Al-Andalus esa leyenda adquirió forma poética, lo más tarde, en el siglo XI. La recogió a principios del XIII un místico poeta murciano, Muhidin ben Arabí (1164-1240). El Islam le debe dos obras de*



*mística poesía amorosa: el* Intérprete de los amores *y el* Tesoro de los amantes, *y otras varias obras filosóficas resumidas en su* Futuhat *o* Revelaciones, *que le consiguen una posición cumbre en la filosofía y en el misticismo islámicos. Las leyendas escatológicas, que él acoge, transforma y desenvuelve, pasaron pronto a conocimiento de los cristianos por los varios portillos que comunicaron en España las culturas arábiga y latina. Ya en el siglo XIII fueron referidas por el arzobispo Ximénez de Rada y por San Pedro Pascual, y no fueron ignoradas en la corte literaria, transida de arabismo, de Alfonso X, puesto que las llevó a su* Crónica General. *Como embajador cerca del Rey Sabio, vino a España, en 1260, Bruneto Latini, que para su* Tesoro *y su* Tesoreto, *enciclopedias del saber medieval, utilizó fuentes árabes. Y San Pedro Pascual estuvo en Roma entre 1288 y 1292. Por cualquiera de los dos caminos o por el ancho cauce de la arabizada corte siciliana, pudieron llegar a ser conocidas de los cultos italianos de la generación de Dante las tradiciones islámicas sobre el viaje de ultratumba de Mahoma. En todo caso el maestro Asín ha demostrado las grandes analogías que existen entre las leyendas escatológicas musulmanas y las bellísimas páginas de la* Divina Comedia, *las claras aproximaciones que acercan el iluminismo de Dante a las doctrinas de los ixraquíes hispano-árabes, recogidas por los escolásticos de la escuela agustiniana, las semejanzas que enlazan la lírica italiana del* dolce stil nuovo *con la poesía místicoamorosa de Ben Arabí y las que vinculan el* Cancionero *y el* Convivio *del poeta florentino con el* Tesoro de los amantes *del sufí murciano. Dante se habría levantado así en la encrucijada de las edades y de las culturas: entre el mundo antiguo y el moderno, y entre Oriente y Occidente, y Al-Andalus habría, una vez más, contribuído a la soldadura de las civilizaciones islámica y cristiana. He aquí uno de los primitivos relatos de la bajada de Mahoma al infierno y unas páginas de Ben Arabí sobre su concepción filosófica del cielo.*

### Visión islámica del infierno

Después subimos al tercer cielo y Gabriel llamó a la puerta. Le respondieron: "¿Quién es?" Dijo: "Gabriel". Le preguntaron: "¿Y quién está contigo?" Dijo: "Mahoma". Dijéronle: "Pero, ¿acaso se le ha enviado ya?" Respondió: 'Sí". Dijeron: "¡Bienvenido sea el profeta honorable a quien Dios vivifique!"

Y he aquí que nos (encontramos) con un ángel, enorme de volumen, creado de fuego, sentado sobre un escabel ígneo y dedicado a cortar cables, corazas, zapatos y túnicas de fuego. Dije: "¡Oh, Gabriel! ¿Quién es éste?" Respondió: "El Angel guardián del infierno. Acércate y salúdale". Me aproximé y le saludé. Yo no había visto jamás, entre los ángeles, ninguno de tamaño más enorme; era de feísimo rostro; su rostro denotaba una terrible violencia y cólera tan manifiesta que, si asomase por ese mundo, la

humanidad entera moriría de terror. Cuando lo hube saludado me contestó al saludo, pero con aire tan colérico, que yo me asusté de él, viendo que no se sonreía. Entonces me dijo Gabriel: "No le temas: este ángel ha sido creado de la ira del Omnipotente. Desde que Dios lo creó, no se ha reído ni sonreído jamás. Cada día aumenta su cólera contra los que no tienen misericordia en sus corazones. El se venga de todos ellos castigando a los rebeldes contra Dios, a los orgullosos tiranos y a los reos de pecados mortales". Díjele yo: "¡Oh ángel! Descúbreme los pisos del infierno para que yo pueda verlos". Respondió: "Tú no puedes mirarlos". Pero una voz se oyó que le gritó: "Oh ángel, no le contradigas en cosa alguna". E inmediatamente se le abrió la puerta del infierno (tan sólo) en cantidad del ojo de una aguja, y salió por la abertura tal fuego y humo, que, si hubiese continuado saliendo un rato, los cielos y la tierra se habrían cubierto de tinieblas. Y miró (Mahoma) a él (es decir, al infierno) y he aquí que era de siete pisos, uno sobre otros; y no me fué posible contemplarlos (todos) a causa de lo terrible del suplicio de los infieles y politeístas.

Y miré hacia el primer piso de ellos (de los siete) y he aquí que era el piso de los reos de pecados mortales. Y vi en él setenta mares de fuego, y en cada una de sus playas una ciudad de fuego, y en cada ciudad setenta mil habitaciones ígneas, conteniendo cada una setenta mil cajas de fuego, en las que estaban encarcelados hombres y mujeres, atormentados por serpientes y alacranes y lanzando gritos. Dije: "¡Oh ángel! (del infierno): ¿cuál fué el pecado de éstos en el mundo?" Respondió: "Cometieron injustas violencias contra las gentes y devoraron sus riquezas sin derecho, y se enorgullecieron y obraron tiránicamente, siendo así que sólo a Dios compete el dominio y la fuerza".

Miré después y vi a algunas gentes cuyos labios eran como los belfos de los perros y los camellos. Los demonios los sujetaban con arpones de fuego, y las serpientes penetraban por sus bocas, rompían sus intestinos y salían por sus anos. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que se comen los bienes de los huérfanos injustamente. Ahora comen sólo en sus vientres fuego y serán luego asados en la llama viva".

Miré después y he aquí que vi unas gentes cuyos vientres (hinchados) como montañas, bullían de serpientes y alacranes. Cada vez que cualquiera de ellos pretendía ponerse de pie, caía de bruces, por lo enorme de su vientre. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que comen la usura".

Después miré y vi a unas mujeres colgadas de sus cabellos. Dije: "¿Quiénes son éstas?" Respondió: "Las mujeres que no ocultaron sus rostros y sus cabelleras a las miradas de los hombres extraños".

Después vi a unos hombres y mujeres colgados de sus lenguas a unos garfios de fuego, y que con sus propias uñas de cobre se desgarraban sus rostros. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que atestiguan en falso y andan con la maledicencia y siembran la discordia entre las gentes atacando su honra".



Después miré y he aquí que vi unas gentes cuyos cuerpos eran como cuerpos de cerdos y sus rostros como rostros de perros. De su suplicio estaban encargados serpientes y alacranes que picaban sus carnes. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que no purifican por la ablución sus manchas rituales ni ponen atención cuando oran".

Después miré y vi unas gentes que a gritos pedían alivio contra la sed. Los demonios les traían unas copas de fuego; y así que las tomaban, caía la carne de sus rostros por causa del calor; y así que las bebían, rompíanse sus intestinos y se les salían por los anos. Dije: "Quiénes son éstos?" Respondió: "Los bebedores de vino".

Después vi unas mujeres colgadas de sus pies con las cabezas hacia abajo, y los demonios cortábanles las lenguas con tijeras de fuego, mientras ellas rebuznaban como burros y ladraban como perros. Dije: "¿Quiénes son éstas?" Respondió: "Las plañideras, que lloran y se lamentan, a sueldo, por los difuntos, y las cantatrices".

Después miré y vi unos hombres y unas mujeres en unos hornos, y el fuego encendíase sobre ellos y la llama subía hasta sus caras y sus cabezas. Gritaban y de sus vergüenzas fluíales el pus y exhalaban un olor tan repugnante, que los demás condenados los maldecían. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Las adúlteras y los adúlteros".

Después miré y vi unas mujeres colgadas de sus tetas y con las manos atadas al cuello. Dije: "¿Quiénes son éstas?" Respondió: "Las que hacen traición a sus maridos".

Después vi unos hombres y mujeres que eran atormentados en el fuego. Unos demonios, encargados de su suplicio, los sujetaban con unos garfios de hierro. Cada vez que pedían socorro los enganchaban y con unas lanzas de fuego los alanceaban en el vientre y los azotaban con azotes ígneos. No vi a otros reos de pecados mortales más fuertemente atormentados que a éstos. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que odian a sus padres".

Después vi a unas gentes con argollas de fuego, como montañas, puestas en sus cuellos. Dije: "Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que no cumplen fielmente sus compromisos con sus prójimos".

Después vi unas gentes que los demonios degollaban con cuchillos ígneos. Cada vez que morían, volvían a resucitar como eran antes. Dije: "¿Quiénes son éstos?" Respondió: "Los que matan injustamente a la persona que Dios prohibe".

Después vi unas gentes que eran atormentadas en unas cavernas de fuego, con varias clases de suplicios, en lo más profundo del primer piso. En todos los tormentos que antes había contemplado no vi gentes más desgraciadas que éstas: crucificadas sobre columnas ígneas, la carne acababa por desprenderse de los huesos y quedaba el espíritu adherido a los huesos y los huesos colgando de cadenas ígneas. Dije: "¿Quiénes son éstos?, ¡oh ángel!" Respondió: "Los que dejan de cumplir la obligación de la oración, a pesar de estar sanos sus cuerpos".

Dije: "¡Oh, ángel! Echa la cubierta sobre ellos, pues he estado a punto de desmayarme por el terrible espectáculo de este suplicio". Respondió: "¡Oh Mahoma! ya has visto y has presenciado. Ahora que el presente informe al ausente. Amonesta a tu pueblo y hazle que evite los terrores del infierno, pues el castigo de Dios es terrible. Siete puertas y siete pisos de éstos tiene el infierno, y cada uno es de más suplicio que el otro".

Fragmento de un *Haditz* sobre el viaje nocturno de Mahoma a las regiones de ultratumba (Trad. Asín: La escatología musulmana en la Divina Comedia, 434).

## Filosófica concepción musulmana del paraíso

"Dios ha pintado el paraíso acomodándose a las graduales diferencias de los entendimientos de los hombres. El Mesías estuvo bien explícito al describir estos deleites meramente espirituales del paraíso a que aludimos, cuando, al terminar los encargos que hizo a sus apóstoles en su testamento, les dijo: "Y si hiciereis cuanto os he mandado, estaréis mañana conmigo en el reino de los cielos, junto a mi Señor y a vuestro Señor, y veréis a los ángeles en derredor de su trono, cantando sus alabanzas y glorificando su santidad. Y vosotros gozaréis allí todo género de deleites, sin comer ni beber". Si el Mesías fué tan explícito en ese punto, sin servirse de alegorías como lo hace nuestro Libro, fué únicamente porque sus palabras se dirigían a un pueblo instruído ya por la Tora y la lectura de los libros de los profetas, dispuesto y apto para formarse idea de las palabras de aquél y para aceptarlas. Al revés nuestro profeta Mahoma, cuya misión divina cayó en un pueblo de gentes incultas, habitantes de desiertos y de montañas, faltas de toda disciplina científica, que no creían en la resurrección ni en la vida futura, que ni siquiera conocían los placeres de los príncipes de este mundo, ¡cuánto menos los deleites de los reyes de la vida futura! Por eso, la mayoría de las descripciones del paraíso que para ellos puso en su Libro, son corpóreas, para que se acomodasen a la inteligencia del pueblo y sirviesen de incentivo a sus corazones".

☆

"Reunidos los bienaventurados en derredor de la cándida colina en cuya cumbre ha de tener lugar la epifanía de la divinidad, y después de ocupar ya cada grupo de elegidos su grado propio, puestos de pie en sus respectivos asientos y vestidos de gloriosas túnicas de incomparable belleza, "he aquí que una hermosa luz les ofusca y les hace caer postrados. Esa luz se propaga rápida a través de sus ojos exteriormente y a través de sus inteligencias interiormente, penetrando las partículas todas de sus cuerpos y los más sutiles repliegues de sus almas, de tal modo, que cada uno de los bienaventurados tórnase y se transforma todo él en ojo y oído, viendo con su esencia entera, sin que la visión se restrinja a una parte determinada de su ser, y oyendo igualmente con toda su esencia. Esta es la virtud que por aquella luz les es otorgada: con ella son ya capaces de experimentar la presencia de Dios y quedan aptos para recibir la visión beatífica, que es un grado de conocimiento más perfecto que aquella experiencia. Viene en seguida el Profeta y les dice: Preparaos para la visión de vuestro Señor, pues he aquí que se os va a manifestar. Prepárense los elegidos, y el Señor, la Verdad, se les manifiesta. Tres velos lo ocultan a las miradas de las criaturas: el velo de la gloria, el de la majestad y el de la grandeza. Los bienaventurados no pueden verle, porque sus miradas tropiezan con esos velos. Dios ordena que se descorran, para hacérseles visible, y una vez descorridos, muéstraseles la Verdad como única y simple, aunque manifiesta bajo la doble epifanía de sus dos nombres, *El Hermoso* y *El Bueno*. Todos los elegidos lo ven, como si todos fuesen una sola vista, un solo ojo. El relámpago de aquella luz difúndese sobre todos ellos y circula a través de sus esencias. La hermosura del Señor los deja estupefactos y aturdidos, y el brillo de aquella santísima belleza comunica su esplendor a las esencias de todos los elegidos".



Esta visión, una y la misma en sí para todos, tiene, sin embargo, diferentes grados accidentales: "Cada uno de los profetas, que no adquirieron el conocimiento que de Dios poseen sino por medio de la fe recibida de Dios mismo, sin acrecer aquel conocimiento mediante la especulación racional, experimentará entonces la presencia de su Señor, viéndolo con el mismo ojo de su fe. El santo que siguió en el mundo las huellas del profeta en su fe acerca de Dios, lo verá entonces en el espejo de su profeta. Si, además, adquirió en el mundo un conocimiento especulativo de Dios mediante la razón, empleando el estudio racional como obra meritoria en ayuda de su fe, tendrá entonces dos modos de visión beatífica: visión de ciencia y visión de fe. Esto mismo le sucederá al profeta, si poseyó en vida algún conocimiento reflexivo de Dios: tendrá dos visiones, correspondientes a su fe y a su ciencia. Igualmente si el santo vivió en épocas o pueblos privados de toda revelación profética positiva acerca de Dios, de modo que sus conocimientos teológicos los adquirió bien por estudio personal de su propia razón, bien por ilustración sobrenatural comunicada directamente por Dios a su corazón, bien por ambos medios, entonces ese santo ocupará en la visión beatífica el rango mismo de los hombres de ciencia, en cuanto a los conocimientos teológicos que adquirió por este medio, y el de los hombres de simple fe en cuanto a los que obtuvo por ilustración divina. Los que en vida obtuvieron de Dios solamente la intuición mística ocuparán en la gloria un rango aislado y aparte de todos los otros elegidos. En suma, pues, hay que concluir en general que la visión beatífica será como una secuela o consecuencia de las creencias o convicciones dogmáticas profesadas en la vida terrena. De modo que aquel elegido cuyas ideas teológicas procedan, a

la vez, de la pura razón especulativa, de la ilustración mística y de la ciega sumisión a la autoridad del profeta, verá a Dios bajo cada uno de los tres aspectos correspondientes a las formas varias en que a Dios conoció en el mundo. Habrá, pues, para ese elegido tres manifestaciones divinas en un mismo instante, correspondientes a sus tres facultades de visión. Y cosa análoga sucederá al que poseyó exclusivamente una tan sólo de las tres facultades cognoscitivas, sea la razón filosófica, sea la ilustración mística, sea la fe teológica. Por lo que toca a la perfección relativa de visión en estas tres categorías de elegidos, los profetas que recibieron de Dios la inspiración sobrenatural superarán a los santos que recibieron esas mismas enseñanzas de esos mismos profetas; para los que ni fueron profetas ni seguidores suyos, sino simplemente santos, amigos de Dios, no cabe establecer a *priori* una gradación fija, respecto de la totalidad de los elegidos, en cuanto a la visión beatífica; puede sí asegurarse que, si fueron hombres de especulación racional, serán inferiores en la visión beatífica a los místicos o contemplativos, porque el razonamiento, a guisa de velo, se interpondrá entre ellos y la Verdad divina, y cada vez que intenten levantarlo, se sentirán impotentes para conseguirlo. Cosa análoga les ocurrirá a los seguidores de los profetas: que no podrán levantar el velo de la revelación profética, a través del cual ven a Dios, cuando pretendan contemplar a su Señor sin la ayuda de este medio. De modo que la visión beatífica, pura de toda mezcla extraña, será patrimonio exclusivo de los profetas y de los místicos, que gozaron, como ellos, en el mundo, de una ilustración sobrenatural. Claro es que, si estos últimos fueron, además, o seguidores de los profetas o filósofos, sumarán a esa visión pura la correspondiente a ambas categorías".

A cada grado de visión, más o menos perfecta y pura, corresponderá un grado proporcional de goce, deleite o fruición. Así por ejemplo, "habrá santos, para los que ese goce será puramente ideal o intelectual; para otros, será anímico, es decir, emocional, acompañado de un movimiento de la sensibilidad afectiva o interna; para otros, será físicamente sensible; para otros, imaginativo; para otros, modal, es decir, dotado de varios modos o cualidades varias; para otros, privado de toda modalidad, etc. Por lo que atañe al vulgo de los fieles, el deleite o fruición, derivado de su visión beatífica, será también proporcional a lo que cada cual fué capaz de comprender de los dogmas teológicos que les enseñaron los doctores a cuyas doctrinas se sometieron. Mas dicha capacidad individual depende del respectivo temperamento psicológico, de su mentalidad; y como la mentalidad del vulgo es principalmente imaginativa, resultará que, no habiendo podido despejar o abstraer de la materia las representaciones mentales que en esta vida se formaron acerca de Dios, tampoco lograrán otro deleite que el imaginativo, en su visión beatífica. Es más: análoga suerte cabrá a la mayoría de los hombres de ciencia racional, superiores al vulgo, pues son pocos los que puedan concebir, acá abajo, la abstracción absoluta o universal de toda materia. Y de aquí cabalmente nace que la mayor parte de las



verdades reveladas por Dios en la ley religiosa lo han sido en forma apta para la comprensión del vulgo, aunque siempre vayan acompañadas de algunas vagas alusiones, inteligibles sólo a la minoría selecta de los que no son vulgo".

Del *Futuhat* de Ben Arabi *de Murcia* (Trad. Asín, La escatología musulmana de la Divina Comedia, 216 y 247).

## ESPAÑA Y LA CRISIS ALMOHADE

*Las legiones de Hispania proclamaron a Galba, en el año de los cuatro emperadores. Doce siglos después las tropas almohades, de Murcia primero, de Baeza luego y de Sevilla más tarde, designaron tres califas en Al-Andalus, en el curso de unos meses. España había conquistado dos veces, durante el siglo XII, a los señores de los dos imperios africanos, que sucesivamente la habían ocupado. Hemos visto a los escritores, poetas y alfaquíes andaluces, triunfando en la capital de los sultanes almorávides; y a los príncipes almohades casados con las hijas de Ben Mardanix, enamorados de Sevilla, embelleciéndola con grandes monumentos y rodeándose en ella de una corte de sabios, juristas y poetas, entre los que la historia ha destacado la gran figura de Averroes. De España la luz y de España también la sombra, es decir, la decadencia o mejor dicho la caída vertical. Tras la derrota de Al-Uqab o las Navas de Tolosa, el califa vencido ahogó en vino la amargura del desastre. Su hijo gustaba de los toros bravos andaluces, los importó para que pacieran en libertad en sus jardines de Marraquex, y la acometida de una vaca de Al-Andalus le quitó la vida. Después, los príncipes que gobernaban las provincias españolas se alzaron, por tres veces, contra los califas proclamados en la capital del imperio; y los jeques almohades; secundándoles, asesinaron a dos de los soberanos por ellos mismos elegidos antes. Los príncipes sublevados en Andalucía hicieron intervenir a los cristianos en sus discordias intestinas y pagaron con fortalezas, como otrora los caudillos de las revoluciones cordobesas, la ayuda castellana. Sus contiendas minaron el poder almohade en España. Cuando, tres quinquenios después de la batalla de las Navas, se embarcó en Algeciras para tomar posesión del califato, el emir Al-Mamun, que había ya gobernado Sevilla y que desde ella se había rebelado, los musulmanes de la Península se alzaron contra sus dominadores africanos. En 1230 el tambaleante imperio almohade había perdido todas sus provincias españolas. Entretanto, León había conquistado Extremadura hasta más abajo del Guadiana, y Castilla había desbordado los pasos de Sierra Morena y había empezado la ocupación de Andalucía. Y en el mismo año de 1230 se unieron en Fernando III las coronas castellana y leonesa, mientras se extinguía el poder magrebí al Norte del Estrecho y comenzaba la lenta agonía de tres siglos del Islam español.*

A su regreso a Marruecos después del desastre de Al-Uqab (las Navas de Tolosa) Al-Nasir designó para sucederle a su hijo Said Abu Yaqub Yusuf, titulado Al-Mustansir, que fué proclamado por todos los almohades y cuyo nombre fué celebrado en todas las oraciones en la primera década del mes de Dzu-l-hicha del 609 [mayo 1213]. Después se retiró a su palacio, donde se entregó enteramente a los placeres, emborrachándose noche y día hasta su muerte. Fué envenenado por sus ministros, a quienes tenía la intención de hacer matar, pero que se le anticiparon. Hicieron que una de sus mujeres le diera una copa de vino que le mató súbitamente, el martes 11 de Xaban del 610 [24 diciembre 1214] en su palacio de Marraquex.

### Yusuf Abu Yaqub

El Emir de los Musulmanes Yusuf ben Abu Abd Allah al-Nasir ben Yaqub al-Mansur ben Yusuf ben Abd al-Mumin ben Ali, titulado Abu Yaqub, conservó los secretarios de su padre y tuvo por ministros sus propios tíos. Tomaron éstos las riendas del gobierno con los jeques almohades, porque cuando fué proclamado era apenas púber, imberbe, ignorante y sin experiencia. Fueron los jeques almohades y sus tíos quienes le conservaron el califato, durante el cual no hizo ninguna expedición, ni sostuvo ninguna guerra, ni tuvo ningún poder. Su gobernadores y sus funcionarios obraron a su antojo y dejaron decaer el prestigio de los almohades, cuya decadencia fué aumentando, no obstante la tranquilidad y la paz de que gozaron durante su reinado.

Cuando fué mayor quiso gobernar por sí mismo, apartó a sus tíos y a los jeques almohades que le habían conservado el trono, para reemplazarlos por extranjeros indignos de su confianza. Envió a Abu Muhammad Abd Allah ben Al-Mansur a gobernar Valencia y Játiva en Al-Andalus. Confió a su primo Abu Muhammad ben Abd Allah ben Al-Mansur los gobiernos de Murcia, Denia y sus dependencias, adjuntándole al jeque Abu Zayd ben Yurchan (uno de los más nobles almohades). Y despachó a su primo mayor Abu Al-Ala a Africa, para expulsar de ella al Mayorki. Este Abu Al-Ala fué el que construyó la torre situada a la puerta de la Mahdia y la fortificó y el que hizo edificar la Torre del Oro en Sevilla, mientras gobernó tal ciudad en vida de su padre.

En 614 [1217] los musulmanes fueron vencidos en Al-Qasar Abu Danys (Alcáçar do Sal) y fué ésta una de sus mayores derrotas, acercándose (por la magnitud del desastre) a la de Al-Uqab...

En 620 el Emir de los Musulmanes, Yusuf, murió en Marraquex en un accidente. Fué herido en el corazón por una vaca y expiró rápidamente. Gustaba mucho de los toros y de los caballos; se hacía enviar toros de Andalucía, para dejarlos libres en su gran jardín de Marraquex. Una tarde salió a verlos, estaba a caballo en medio de ellos, cuando una vaca brava



se abrió camino entre los toros y le hirió mortalmente. Eso ocurrió el sábado 12 de Dzu-l-hicha del 620 [6 enero 1224]. Murió sin hijos y sin dejar sino una concubina encinta. No salió de Marraquex durante su vida. Su poder fué muy precario y su juventud en unión de la breve duración de su reinado no le permitieron desenvolverlo. Reinó tres mil seiscientos veinticinco días, que representan diez años, cuatro meses y diez días.

### Abu Muhammad Abd al-Wahid

El Emir de los Musulmanes Abu Muhammad Abd Al-Wahid hijo del emir Yusuf ben Abd al-Mumin ben Ali... fué proclamado por los jeques almohades como único descendiente de Al-Mansur en la alcazaba de Marraquex, en la mañana del domingo 13 de Dzu-l-hicha. Era un viejo apacible y virtuoso. Durante dos meses se recitó la oración en su nombre en todo el país sometido a los almohades, excepto en Murcia, que era gobernada por su sobrino Sid Abu Muhammad Al-Adal (el justo). Tenía éste como ministros al jeque Abu Zayd ben Yurchan llamado Al-Asfar (el amarillo), el más astuto de los almohades... Cuando llegó a Murcia la noticia de la proclamación del Emir de los Musulmanes Abu Muhammad Abd al-Wahid, Abu Zayd ben Yurchan dijo a Abu Muhammad ben Abd Allah ben Mensur: "Guardaos de reconocer a Abd al-Wahid, porque os pertenece el califato; sois el más próximo pariente (de Yusuf Abu Yaqub), pues sois hijo de Al-Mansur, hermano de Al-Nasir y tío de Al-Mustansir; además sois capaz, juicioso, generoso y hombre de experiencia. Debéis ordenar a los almohades que os proclaman y no rehusarán hacerlo. Aun es tiempo, apresuraos a hacerlo antes de que se consolide el nuevo gobierno!" Tras escucharle, Abu Muhammad marchó de prisa a la sala de audiencias y mandó a buscar en Murcia y sus alrededores a los jeques y a los doctores almohades que se encontrasen en el país; y por su mandato fué por ellos proclamado califa. Envió entonces un mensaje a su hermano Abu Al-Ala, gobernador de Sevilla, invitándole a reconocerle, lo que él hizo al frente del pueblo sevillano y de los almohades de la región.

Abu Muhammad al-Adal, escribió después a los jeques almohades que estaban en Marraquex, quienes habían proclamado a Abd Al-Wahid, invitándoles a reconocerle y a obligar a que abdicase al emir Abd Al-Wahid y prometiéndoles grandes sumas de dinero, altos empleos y buenas situaciones. Los jeques se dejaron seducir, visitaron a Abd Al-Wahid y le amenazaron de muerte si no abdicaba y no reconocía la soberanía de Al-Adal. El viejo emir consintió en todo y los jeques salieron de palacio dejando en él gentes encargadas de aumentar su espanto. Esta escena tuvo lugar el 11 de Xaban de 621 [29 agosto 1224]. Al día siguiente, domingo, volvieron al palacio con el cadí, los doctores y los jeques, ante los cuales Abd Al-Wahid suscribió su abdicación y proclamó a Al-Adal. Trece días después volvieron

a verle y le ahorcaron y tras su muerte saquearon su palacio y su tesoro e invadieron su harén. Fué el primero de los descendientes de Abd Al-Mumin que fué destronado y muerto. Nunca había ello ocurrido antes y los jeques almohades llegaron a ser, de tal modo, para la dinastía de Abd Al-Mumin lo que habían sido los turcos para la de los Abbasíes: fueron la causa de su decadencia y de su caída. Con los asesinatos de sus príncipes abrieron la puerta a la guerra civil y a las sediciones de los pueblos contra su autoridad. Abd Al-Wahid el destronado, murió en la noche 5 de Ramadan de 621 [21 septiembre 1224]. Su reinado había durado en total doscientos cuarenta y cinco días, o sea ocho meses y cinco días.

### Abu Muhammad Al-Adal

Abd Allah ben Yaqub Al-Mansur ben Yusuf ben Abd Al-Mumin ben Ali Al-Kumi, titulado: Al-Adal Hakam Allah (El Justo en la justicia de Dios) y Abu Muhammad, era hijo de una cautiva cristiana apresada en Santarem, Mansada Syr Al-Hassan (Beldad perfecta). Era blanco, de alta estatura, de tez amarillenta, ojos castaños, nariz recta y barba rala, juicioso y prudente, y muy religioso. Fué proclamado en Murcia a mediados de Safar del 621 [marzo 1224]. Fué reconocido por todos los almohades, excepto por los de Ifriqiya; y después de la abdicación de Abd Al-Wahid se hizo la oración en su nombre en todas las mezquitas de Al-Andalus y del Magrib, a partir del domingo 22 de Xaban de 621 [9 septiembre 1222]. Rehusaron reconocerle Sid Abu Zaid, hijo de Sid Abu Abd Allah ben Yusuf ben Abd al-Mumin, gobernador de Valencia, de Játiva y de Denia, y los gobernadores de Africa y los Hafsíes, que eran todopoderosos. Por ellos no se consolidó su poder. Sid Abu Muhammad ben Al-Sid Abu Abd Allah ben Yusuf, al saber que su hermano Sid Abu Zaid se negaba a reconocer la soberanía de Al-Adal, siguió su ejemplo en Baeza que gobernaba y, predicando en su propio interés, fué proclamado por la población de tal ciudad y por las de Córdoba, Jaén y Quesada y de las fortalezas del interior. Tomó el título de Al-Baezi, con motivo de su proclamación en Baeza, y así surgieron las revueltas entre los descendientes de Abd Al-Mumin, que no les trajeron sino desdichas. Al-Adal envió a su hermano Abu Al-Ala, con un gran ejército, a sitiar Baeza. Al-Baezi sintiéndose muy apretado acabó por solicitar la paz, que le fué generosamente concedida, y proclamó a Al-Adal. Pero apenas había salido de Baeza Abu Al-Ala, cuando se sublevó otra vez y pidió socorro a Alfonso [Fernando III] ofreciendo cederle en cambio las plazas de Baeza y Quesada. Fué el primero que entregó tierras a los cristianos. Alfonso [Fernando III] le envió una hueste de setenta mil caballeros. Unido tal refuerzo a sus jinetes y a sus legiones, avanzó desde Córdoba contra Sevilla. Al acercarse a ella salió a su encuentro Abu Al-Ala con un ejército. La batalla fué sangrienta y el hermano de Al-Adal, Sid



Abu Al-Ala, fué completamente derrotado. Al-Baezi y los cristianos saquearon su campamento y tomaron cuanto hallaron en él: armas, animales y botín. Al-Adal, al conocer la derrota de Abu Al-Ala y de su ejército, temió que Al-Baezi, victorioso, le arrebatase el califato y, después de confiar el gobierno de Al-Andalus a su hermano Sid Abu Al-Ala, pasó al Magrib, vino a Marraquex y se encerró en el palacio de los emires.

Abu Al-Ala gobernó Al-Andalus en nombre de su hermano Al-Adal hasta Xawwal del 622 [septiembre-octubre 1227], fecha en que se sublevó para tomar las riendas del gobierno. Fué proclamado por el pueblo de Sevilla y por todos los musulmanes de Al-Andalus y, en seguida, escribió a los almohades del Magrib para comunicarles la adhesión general de los andaluces y de los almohades que se hallaban en España, quienes al proclamarle habían decidido la destitución de Al-Adal. Les invitaba en consecuencia a conformarse con los cambios ocurridos y les prometía presentes y empleos. Los almohades recelaron al principio, pero se reunieron en consejo y pronto decidieron unánimemente destronar a Al-Adal. Fueron a su palacio y le intimaron para que abdicara. Se negó y entonces le metieron la cabeza en un estanque y le dijeron: "No te soltaremos hasta que hayas abdicado y proclamado a tu hermano Al-Mamun". —"Haced lo que queráis, respondió, moriré Emir de los Musulmanes". Entonces le pasaron el turbante en torno al cuello, le estrangularon y le tuvieron con la cabeza dentro del agua hasta su último suspiro. Ocurrió tal suceso el 21 de Xawwal del 624 [22 septiembre 1227]. Enviaron después su sumisión escrita a Al-Mamun, pero en seguida cambiaron de opinión y, renegando de su reconocimiento al mismo, proclamaron a Yahya ben Al-Nasir. El reinado de Al-Adal desde el día de su advenimiento en Murcia hasta el día de su muerte había durado tres años, siete meses y nueve días.

### Yahya Ben Nasir

El Emir de los Musulmanes Yahya ben Abu Abd Allah Al-Nasir ben Al-Mansur ben Yusuf ben Abd al Mumin ben Ali, llamado Abu Zaqariya y según otros Abu Sulayman, se titulaba Al-Mutasim Billah. Era muy joven, tenía buena estatura y hermoso rostro; la piel roja, la barba rala, las cejas unidas y los cabellos rubios. Los jeques almohades se reunieron para proclamarle en cuanto mataron a Al-Adal y reconocieron a Al-Mamun. Su cambio fué provocado por el terror que se apoderó de ellos después de enviar su sumisión a Al-Mamun, ante la idea de que tal emir, cuya severidad y energía conocían, tomase venganza de ellos por los asesinatos que habían cometido en sus familiares: con su tío Abd al-Wahid Al-Majalu y después con su hermano Al-Adal. Se volvieron entonces hacia Yahya, cuya extrema juventud no les inspiraba temor. Ese príncipe no tenía más que dieciséis años cuando fué proclamado en la alcazaba de Marraquex en la mezquita

de Al-Mansur, después de la plegaria de la tarde el 28 de Xawwal del 624 [29 septiembre 1228]. Los árabes de Jalutz y las cábilas de Haskuri rehusaron someterse diciendo: "Hemos reconocido ya a Al-Mamun y no violaremos jamás nuestros juramentos". Yahya envió contra ellos un ejército de almohades y de tropas regulares, pero fué vencido y los Jalutz y los Haskuri, fieles a Al-Mamun, les persiguieron, destrozándoles, hasta Marraquex. Las tropas de Yahya fueron siempre vencidas durante su reinado. Después de su proclamación envió a buscar al jeque Abu Zayd ben Yurchan y a su hijo Abd Allah y les condenó a muerte. Sus cabezas fueron colgadas en Bab al-Kahul y sus cadáveres fueron arrastrados por la ciudad. Al día después de su advenimiento todo el país estaba en revolución; por todas partes triunfaba la revuelta y el hambre, y los caminos estaban infestados de bandidos, y por doquier se extendieron los disturbios, las desdichas y los vicios, consecuencias naturales de las revoluciones. Los jeques almohades recomenzaron sus disputas en torno a los descendientes de Abd al-Mumin, tan pronto proclamados como destronados, hoy nombrados califas y al día siguiente asesinados. El emir Yahya presintiendo que los almohades, de los que la mayor parte volvía a la obediencia de Al-Mamun, le matarían a su vez, salió de Marraquex y huyó a Tinmalal, en el mes de Chumada 626 [abril-mayo 1230]. Su huída fué la señal para el estallido de la anarquía entre los habitantes de Marraquex. Acabaron por nombrar un gobernador en nombre de Al-Mamun, le proclamaron, le hicieron saber la huída de Yahya a las montañas y le llamaron para que viniera a ellos. Pero cuatro meses después, Yahya volvió a Marraquex con nuevas fuerzas, entró en ella y mató al gobernador de Al-Mamun. No permaneció en la ciudad sino siete días, marchó de prisa a Chabal Chaliz y allí se estableció, esperando sorprender o encontrar a Al-Mamun a su llegada, para combatir con él.

El emir Yahya no cesó de pelear contra Al-Mamun y su hijo Raxid hasta su muerte. Fué asesinado por los árabes en el Valle de Abd Allah, en los alrededores de Rabat Taza, el lunes 22 de Ramadán del 633 [28 mayo 1237]. Su cabeza fué llevada a Radix a Marraquex. Su reinado había durado tres mil ciento noventa y siete días, desde el miércoles de su proclamación hasta el domingo, pues fué asesinado el lunes, es decir: nueve años y nueve días, durante los cuales estuvo constantemente en guerra con Al-Mamun y su hijo Al Raxid.

### Abu Al Ala Al-Mamun

El emir de los Musulmanes, Idris Al-Mamun ben Yaqub al-Mansur ben Yusuf ben Abd Abd al-Mumin ben Ali, era llamado Abu Al-Ala y titulado Al-Mamun. Su madre era blanca, se llamaba Safia, era hija del emir Abu Abd Allah ben Mardanix. De estatura mediana y de hermoso rostro, era Abu Al-Ala blanco, de ojos negros, elocuente, sabio, versado en el conocimiento de los hadices o tradiciones del Profeta —el Señor le colme de



bendiciones— y de fe intensa. Había leído mucho, estaba dotado de una excelente dicción, conocía muy bien la lengua árabe y la política y la historia; fué autor de varios escritos admirables, era muy instruído en los comentarios (jurídicos) y no cesó durante su califato de estudiar las Al-Mawata (de Malik ben Anas), la obra del Bujari y la Sunna de Abu Dawad. Doctor en ciencias religiosas y profanas, era enérgico, rígido, déspota, pronto a emprender grandes cosas, sanguinario y expeditivo en su justicia. Nació en Málaga en 580 [1185]. Apenas fué califa todo el país ardió en guerras y revueltas y hubo carestía, hambre e inseguridad en los caminos. Los enemigos cristianos habían invadido las tierras musulmanas de Al-Andalus mientras los Hafsíes se apoderaban de Ifriqiya y los Banu Marin irrumpían en el Magrib, se apoderaban de sus territorios y daban su gobierno a sus parientes y a sus familiares, de tal suerte que nadie sabía a quién convenía unirse. Estos versos contemporáneos resumen tal situación. "Los corzos se presentaban en tan gran número delante de los mastines que éstos no sabían cuál debían apresar".

La primera proclamación de Al-Mamun tuvo lugar en Sevilla el jueves 2 de Xawwal del 624 [15 septiembre 1227] y fué reconocido por todas las provincias de Al-Andalus y por las de Tánger y Ceuta en el Adua. En seguida envió su mensaje a los almohades de Marraquex invitándoles a reconocer su soberanía y a destronar a su hermano Al-Adal. Sus órdenes fueron inmediatamente ejecutadas. Al-Adal fué asesinado y los jeques le enviaron su sumisión e hicieron la oración en su nombre en la mezquita de Al-Mansur, pero cambiando pronto de opinión, como hemos dicho, por el temor que les inspiraba Al-Mamun, proclamaron por la tarde a su sobrino Yahya. Abu Al-Ala recibió en Sevilla el acta de su proclamación por los almohades de Marraquex y la hizo publicar en todo Al-Andalus. En el acto se puso en movimiento para venir a Marraquex capital de los reyes de su dinastía y llegó a Algeciras para embarcarse. Pero allí conoció la defección de los almohades en favor de su sobrino Yahya. Salió en seguida lleno de cólera, recitando las palabras de Hassan, cuando fué muerto el Emir de los Musulmanes Utzman ben Ufan: "¿Oís los gritos que salen de su casa?. En marcha, acudid a vengar a Utzman". Envió un correo al rey de Castilla para solicitar su ayuda contra los almohades. Le rogó que le enviase un ejército cristiano para pasar con él al Adua, contra Yahya y los almohades. El rey de Castilla le respondió:

"Te daré el ejército que me pides con la condición de que me entregues diez plazas fuertes, las que yo elija entre las más próximas a mis fronteras. Además, si Dios te ayuda y entras en Marraquex, harás construir una iglesia cristiana en la ciudad, donde podrán practicar su religión los soldados que te hayan acompañado y en la que sonarán las campanas en las horas de sus oraciones. Si algún cristiano quiere hacerse musulmán, no aceptarás su conversión y le entregarás a sus hermanos que le juzgarán según sus leyes; pero si algún musulmán desea abrazar el cristianismo, nadie se opondrá a ello".

Aceptadas todas estas condiciones el rey de Castilla le envió un gran ejército de doce mil caballeros cristianos, para servir bajo sus órdenes y pasar al Adua. Tal ejército llegó cerca de Al-Mamun en Ramadán del 626 [julio-agosto 1230] y en seguida marchó aquél al Adua.

Pero apenas se alejó de Al-Andalus, éste se sublevó y la mayor parte de sus provincias proclamaron la soberanía de Ben-Hud, emir de la España Oriental.

Al-Mamun se embarcó en Algeciras y desembarcó en Ceuta en el mes de Dzu-l-qada [septiembre-octubre 1230]. Después de haber pasado en tal plaza algunos días, se puso en marcha hacia Marraquex y en los alrededores de la misma encontró a Yahya con el ejército almohade el sábado 25 de Rabí del 627 [febrero-marzo 1231] a la hora de la plegaria de Assir. Yahya fué derrotado y huyó a las montañas y la mayor parte de sus soldados fueron muertos. Al-Mamun entró en Marraquex, fué reconocido por los almohades, subió al púlpito de la mezquita de Al-Mansur y, después de haber recitado al pueblo la oración, maldijo al Mahdi y su conducta. "¡Hombres, exclamó, no digáis que Al-Mahdi es impecable; llamadle miserable seductor, porque no hay otro Mahdi que Jesús, hijo de María —Alá le salve—. Yo os digo que toda la historia del Mahdi es una impostura"...

Al-Mamun permaneció unos meses en Marraquex y salió en Ramadan del 627 para ir a atacar en la montaña a Yahya y sus almohades... En 628 [1231-1232] Al-Mamun dió órdenes en todo su reino de reemplazar las prácticas habituales, y de castigar los abusos. Durante ese año Andalucía entera sacudió el yugo de los almohades para someterse a Ben Hud.

Del *Rawd al-Kirtas* de BEN ABI ZARA (Según versión francesa de Beaumier, 343).

## EN AFRICA SE FORMA UNA TERCERA NUBE CONTRA LA CRISTIANDAD HISPANA

*Por tercera vez en el curso de dos siglos se había formado en los desiertos africanos una amenazadora y negra nube que iba a descargar en España. Otra vez ocuparon el primer plano de la escena política, en el Magrib, fuerzas juveniles, venidas del lejano y bárbaro Sur. Un nuevo imperio sustituyó al mediodía del Estrecho, en la primera mitad del siglo XIII, al de los almohades. Después de la catástrofe de las Navas de Tolosa, había el último rodado, rápido, la aguda pendiente de la decadencia, sacudido por sangrientas convulsiones internas, cuyos primeros chispazos brotaron en tierras españolas. Acabó siendo arrollado por una rama de los bereberes Zenetas, los "Beni Merines". Pastores y jinetes del desierto, supieron aprovechar la crisis del califato almohade. Había sido la razzia su profesión tradicional, como era común entre las gentes nómadas de Arabia y de Africa.*



*Una, más afortunada y de mayor envergadura, les llevó al solar del imperio fundado por el Mahdi. No surgió su dominio del Noroeste africano a impulsos de un movimiento de vivificación del Islam, como había surgido el por ellos derrocado. Fué un salto predatorio más, de los que, de vez en vez, habían solido triunfar, y han seguido triunfando, en el movible complejo humano —recordemos la frase de Salustio sobre los bereberes: "genus hominum mobile"— del Magrib vecino de Al-Andalus. No conocemos bien el proceso inicial del movimiento que llevó a los Banu Marin a la conquista de su imperio. He aquí cómo lo refiere un autor muy devoto de la dinastía que hubo de regirlo.*

### La leyenda de los Banu Marin

La familia de los Marin es la primera y la más noble de las que descienden de la tribu de los Zenetas, entre los cuales se distinguieron por su carácter y sus virtudes. De costumbres muy suaves, guerreros valerosos y profundamente religiosos, no faltaron jamás a su palabra. Muy numerosos y poderosos, defendían a sus vecinos y daban refugio a los desdichados. El fuego de la hospitalidad no se extinguió jamás entre ellos; eran incapaces de una cobardía o de una traición; modestos y caritativos, ayudaban a los doctores y a los santos. No se apartaban jamás de la antigua Sunna y de los ejemplos transmitidos de padres a hijos. Célebres en el pasado, lo son todavía. ¡Que Alá conserve su dinastía y les dé la victoria! ¡Que por la gracia y el poder de Alá su espada y su bandera sean siempre el terror de sus enemigos!

He copiado las siguientes notas de las que dejó escritas de su mano el alfaquí Abu Ali Al-Miliani: "Los Banu Marin son una fracción de los Zeneta, hijos de los Ben Urtachan... A partir de los Zeneta Ben Chana, se formó la tribu de los Zenetas que son árabes puros. La causa del cambio de su lengua árabe en lengua bereber es así referida por los escritores más conocedores de la historia de las razas. ...Los bereberes Machulí, que habitaban en Siria, se comunicaban con los árabes en las aldeas y en los mercados, y frecuentemente se asociaban con ellos para el disfrute de los pastos, las aguas, los campos y los huertos. Además Baha hija de Duhman ben Gilan, era la mujer más perfecta de su tiempo, en belleza y en calidades. De todas las tribus árabes se presentaban pretendientes numerosos (solicitándola en matrimonio). Pero los hijos de su tío Kis, sus primos Said, Umar, Hafsa y Baz, declararon que no saldría de la familia y que no se casaría sino con uno de ellos. Invitada a elegir entre los cuatro, prefirió a Baz, que era el más joven y el mejor de todos, y se casó con él a despecho de sus hermanos, que concibieron la intención de matarle. Su madre Bariga, que era una mujer bereber, temblando por su hijo, hizo prevenir a Baha de lo que pasaba y convino con ella en escapar al país de los

hermanos bereberes, a donde llevaría también a su hijo Baz. Envió después a buscar secretamente a sus padres y marchó con ellos, llevando consigo a su hijo Baz y a su nuera Baha. Llegados entre los bereberes, estableció a Baz en su familia y allí casó con toda seguridad con su prima Baha y llegó a ser poderoso y capaz de resistir a sus enemigos. Baha le dió dos hijos —Alwan y Madgis. Alwan murió joven y sin hijos, pero Madgis, llamado Al-Abtar, fué padre de los bereberes Al-Butiry, de los que los Zenetas hacen descender su linaje.

Baz murió entre los bereberes y dejó allí a su hijo Madgis, cuyos hijos y descendientes fueron innumerables. Hablaron éstos la lengua del país, aprendieron sus usos y costumbres, pasaron su vida corriendo los campos sobre sus caballos y sus dromedarios y conservaron siempre tales hábitos.

## Los Banu Marin en el Magrib

Abd al-Aziz al Maluzy, autor del poema "Collar de los hilos de la historia de los hechos de los reyes del Magrib", dice: Los Zenetas eran vecinos de los bereberes, aprendieron su lengua, pero no han cambiado nada de sus costumbres árabes, que han seguido y siguen siendo las mismas. Sólo han olvidado la lengua árabe; no la hablan ni la entienden. Así son todavía y así eran los primeros Banu Marin.

Cuando el altísimo Alá quiso hacer resplandecer el reinado dichoso y bendito de los Banu Marin, hijos de Abd al-Hakk, su dinastía victoriosa se afirmó por Su omnipotencia y los decretos de Su justicia se cumplieron. Los almohades permanecieron fuertes y grandes hasta el desastre de Al-Uqab, que fué el comienzo de su decadencia. Al-Nasir volvió vencido a Marraquex, pero su gobierno fué de mal en peor, hasta su muerte en 610 [1213], fecha en que fué destronado y reemplazado por su hijo Al-Mustansir, joven impúber todavía. Incapaz de dirigir los negocios públicos y dado a los placeres y al libertinaje, dejó las riendas del gobierno a sus tíos y a sus parientes, a sus ministros y a sus jeques. Estos entablaron entre sí luchas tras luchas, disputándose el mando y nombrándose y destituyéndose los unos a los otros, hasta el punto de asombrar al mundo. Todo se halló pronto revuelto, la anarquía fué general, se debilitaron sus fuerzas, los vicios invadieron el país, la religión decayó y no hubo en adelante en el imperio sino discordias civiles, que Alá hizo estallar para aniquilarlos y elevar el gobierno y la dinastía de los Banu Marin.

Los Banu Marin eran un pueblo selecto, devoto de la verdadera fe. Vivían en las tierras situadas al Sur del Zab africano hasta Sichilmasa. Nómadas, se habían extendido entre los bereberes y en los lugares desiertos. Carecían de dinero y de todo género de moneda. No eran regidos por un emir. Altivos y desdeñosos, no soportaban ataques ni alianzas. No conocían ni la agricultura ni el comercio. Su única ocupación era la caza, el caballo



y las razzias. Todos sus bienes consistían en caballos, camellos y negros. Se alimentaban de carne, frutas, lacticinios y miel. Una fracción de ellos entraba anualmente en el Magrib, para hacer pacer y abrevar a sus ganados. Tales eran sus hábitos desde antiguo. En el año 613 [1216] vinieron como de costumbre, pero encontraron todo revuelto en el Magrib, y sus fuerzas debilitadas o dispersas. Supieron que el ejército almohade había perecido en Al-Uqab y encontraron por doquier lugares desiertos o frecuentados sólo por leones o chacales. Se establecieron entonces sobre las tierras abandonadas y enviaron en el acto a prevenir a sus hermanos de la nueva situación. "Venid, les dijeron, hay aquí abundancia de todo, hierba y cereales excelentes; los pastos son extensos y están bien regados por el agua de los arroyos; los árboles son magníficos y los frutos exquisitos; por todas partes hay fuentes y ríos. Venid sin temor, nadie se os opondrá ni os arrojará de aquí". Ante estas noticias, los Banu Marin se pusieron en seguida en movimiento y emprendieron el camino del Magrib, después de haberse confiado a Alá, muy amado. Montados en sus caballos o en sus camellos, vinieron de etapa en etapa hasta Wad Talag que fué la puerta por donde entraron en el Magrib con sus animales, sus bagajes y sus tiendas. Llegaron en número tan considerable que sus huestes eran comparables a la lluvia o a las estrellas de la noche o a legiones de hormigas o langostas: y ello por la omnipotencia de Alá, cuya intención nadie conoce, porque Alá no deja ver sino las cosas cuyos destinos están decretados.

Abu Faras ha dicho en su poema: "Fué en el año 610 cuando los Banu Marin vinieron al Magrib desde sus bárbaros países, después de haber atravesado el desierto y la llanura de arena a lomos de sus camellos y de sus caballos, como lo habían hecho antes los Lamtuna". Encontraron ya a los reyes almohades apartados de sus negocios y de sus deberes, dados al vino, a la lujuria y a la molicie; entraron por ello sin trabajo y comenzaron en seguida a apoderarse de las fortalezas. La voluntad de Alá les había llamado para reinar en el Magrib y como nubes de langosta invadieron el país, por todo el cual se extendieron. Activos y francos guerreros, no cesaron de propagarse por doquier y de afirmarse más y más, apoderándose trozo a trozo del país, hasta que derrotaron al ejército almohade en Al-Maxaala, el año 613.

El autor de este libro —Dios le sea propicio— continúa su relato. Sé por su historiador en quien tengo gran confianza, que cuando los Banu Marin entraron en el Magrib, se extendieron por él y en él se afirmaron, perdonando a los que se les sometían y matando, sin piedad, a quienes les resistían. Las poblaciones huían ante ellos a diestra y siniestra y se iban a las montañas más escarpadas, donde se fortificaban. Al conocer su invasión se inquietó Yusuf al-Mustansir y, como no supiera qué partido tomar frente a ellos, reunió en consejo a los funcionarios, visires y jeques almohades, para conocer su opinión. Sus consejeros le dijeron: "¡Emir de los musulmanes! No te ocupes de ellos y no temas, son muy rústicos y poco numerosos. Para

poner término a su avance bastará con enviar contra ellos un jeque almohade, quien matará los hombres y se apoderará de sus mujeres y de sus bienes, después de perseguirles y de dispersarles". El emir envió entonces un ejército de veinte mil almohades a las órdenes del jeque Abu Ali ben Wandin, con orden de atacar a los Banu Marin y de dar muerte a todos, padres e hijos, hasta el último de ellos. La expedición salió de Marraquex y ante la noticia de su aproximación, los Banu Marin hicieron sus preparativos para enfrentar y derrotar al enemigo. Reunieron sus tropas, y, habiéndose reunido sus jefes en consejo, decidieron poner sus harenes y sus bienes al abrigo de las fortalezas de Tazut. Después de tomar esta precaución avanzaron resueltamente contra el ejército almohade. Ocurrió el encuentro en los alrededores del Nacor, del país de Badés (en el Rif). Fué una sangrienta y memorable batalla. Los Banu Marin, asistidos por el Altísimo, obtuvieron la victoria y dieron muerte a la mayor parte de los almohades, cuyos restos huyeron derrotados y presa de espanto. Saquearon su campo, y cuanto hallaron en él: plata, armas, bagajes, caballos y mulos, sirvió para aumentar su fuerza. Dieron gracias a Alá por el magnífico socorro recibido de El y la noticia de tan gran éxito se extendió por el Magrib entero. Los restos de los almohades entraron en Fez y en Rabat-Taza aterrados, descalzos, aplastados, sin otras vestiduras que hojas de Maxaala. Cubiertos de sangre y de polvo, desesperados y humillados, lloraban con los corazones rotos. Se llamó al año del desastre: "año de maxaala" y desde entonces los Banu Marin se engrandecieron más y más, mientras que los almohades se debilitaron por completo. Sus tierras quedaron desiertas; no salieron más a campaña y su decadencia fué total. Alá alumbró entre ellos el fuego de la guerra civil y sus jefes murieron asesinados. Los jeques hacían y deshacían los sultanes; les nombraban y les mataban, en seguida, para designar otros, robando cada vez sus tesoros y dividiéndose sus mujeres...

### El primer caudillo Banu Marin

El emir Abu Muhammad era hijo del emir Abu Jalid Mayu ben Abu Bakr ben Hamama ben Muhammad al-Zeneta, Al-Marin. Su padre, Abu Jalid Mayu había asistido a la campaña de Alarcos junto al Emir de los Musulmanes Al-Mansur, que el día de la batalla le había confiado el mando de todos los Zenetas, con los que se cubrió de gloria. Murió —Alá sea con él misericordioso— en 592 [1196] en su país, en el Zab africano, a su regreso de la mencionada campaña de Alarcos y como consecuencia de las heridas recibidas en ella, lo que le valió la muerte del mártir. Su hijo Abu Muhammad Abd al-Hakk le sucedió y tomó la dirección de sus negocios. Era ya famoso entre los Banu Marin por sus virtudes, su religión, su piedad y su santidad; humilde y caritativo, tomó la justicia y el derecho como base de su gobierno; generoso y bienhechor era el refugio de los huérfanos



y la providencia de los pobres. Su bendición y su mano eran benéficas; su gorra y sus bragas hacían milagros, y todo el mundo recurría a ellas entre los Zenetas; se las llevaba a las mujeres cuyo parto era difícil y en seguida, vinendo Alá en su ayuda, facilitaban su alumbramiento. Era muy austero. Ayunaba tanto en invierno como en los más fuertes calores, y jamás se le vió comer de día sino en las fiestas. Rogaba y alababa a Alá sin cesar, recitaba su rosario e invocaba a Alá en todas partes, cualesquiera que fuesen sus ocupaciones. No comía sino las cosas permitidas provenientes de sus propiedades, carne de sus camellos o de sus rebaños, la leche de los mismos y el producto de su propia caza. En la tribu de Marin era conocido como sabio y como emir. Cuidaba con gran celo de los asuntos de sus compatriotas, que no hacían absolutamente nada sin consultarle. Tuvo sólo algunos hijos. Una noche, después de haber hecho sus abluciones y sus largas plegarias, tuvo mientras dormía un sueño feliz, que le anunció el poder de rey y de imán para él y para sus descendientes. Vió salir de su miembro viril un fuego que se elevaba por los aires y que se extendía por los cuatro puntos cardinales; después sus rayos se concentraron y su llama cubrió todo el Magrib. Contó su sueño a algunos santos y le dijeron: "Alegraos y no temáis: esa visión es un augurio de felicidad para vos y para vuestros descendientes; seréis nobles y grandes, seréis rey poderoso e ilustre, y vuestros hijos llenarán el Magrib con su fama. Cuatro de entre ellos reinarán y transmitirán su trono en herencia a sus descendientes". Todo ello ocurrió como le dijeron y el emir pudo verlo antes de morir. Gobernó los Banu Marin y a su muerte sus cuatro hijos heredaron su gobierno.

En el mes de Dzu-l-Hicha del año 613 [marzo-abril 1216] Muhammad Abd al-Hakk marchó con el ejército de los Banu Marin a Rabat-Taza, y estableció su campamento en sus alrededores en medio de los olivares. El gobernador de la ciudad salió para atacarles con una numerosa hueste de almohades, de árabes y de fracciones de Tzul, Mequinez y otros. El emir Abu Muhammad le venció y puso en fuga a todo su ejército: se apoderó de un rico botín, de armas, bagajes y caballos, distribuyó todo a sus soldados sin guardar nada para sí y dijo a sus hijos: "Cuidado, no toquéis este botín, la victoria y la fama deben bastaros". En Chumada de 614 [agosto-septiembre 1217] los Banu Marin tuvieron un encuentro con los árabes Riah y otros. Los Riah eran la tribu árabe más fuerte y más guerrera del Magrib; ninguna tenía tan gran número de jinetes y de peones, ni poseía sus inmensas riquezas. Cuando se pusieron en campaña contra los Banu Marin, éstos se unieron todos en torno a Abu Muhammad y le dijeron: "Eres nuestro emir y nuestro capitán, ¿qué piensas de esos árabes que vienen contra nosotros?" El emir les respondió: "Compañeros míos Marin, si estáis dispuestos, resueltos y unidos, prestos a ayudaros unos a otros y a sosteneros recíprocamente contra el enemigo, si sois hermanos ligados entre vosotros por el amor al Altísimo, no tengo ningún temor de conduciros contra ellos ni de entablar combate con los pueblos todos del Magrib; pero

si estáis desunidos, si vuestras opiniones no están acordes, estad seguros de que vuestros enemigos os vencerán y os dispersarán". Entonces todos exclamaron: "Estamos prontos, sometidos y obedientes; no nos abandonéis y no os abandonaremos; moriremos todos a vuestra vista si es preciso. Vamos, pues, alzaos y conducidnos con la voluntad de Alá".

Los ejércitos se encontraron en los alrededores del río Sebu a algunas millas de Taferthast. La batalla fué sangrienta y en ella murió el emir Abd al-Hakk y su hijo Idris. A la vista del cadáver de su emir, los Mariníes, locos de dolor y de rabia se convirtieron en leones furiosos, ávidos de sangre. Alzando la mano diestra, juraron no enterrar los cadáveres de sus jefes antes de haberlos vengado; se lanzaron contra los Riah como leones hambrientos que saltan sobre un rebaño de zorros y cayeron sobre ellos como águilas que se precipitan sobre perdices. La batalla fué cada vez más mortífera. Los Riah tuvieron que mostrar gran resignación, fueron muertos casi todos y los que escaparon a la carnicería huyeron derrotados. Los Mariníes saquearon su campamento, tomando cuanto encontraron en él: plata, bagajes, vestiduras, caballos, camellos y bestias de carga. Y eligieron a Utzman, hijo del emir Abu Muhammad, para sucederle y ponerse a su cabeza.

Del *Rawd al-Qirtas* de BEN ABI ZARA (Según versión francesa de Beaumier, 396).

# VI

## DECADENCIA, AGONIA Y MUERTE DE LA ESPAÑA MUSULMANA

## TERCERAS TAIFAS DE AL-ANDALUS

*Por cuarta vez la crisis del poder estatal, que regía la España musulmana, dió origen al caudillaje y acarreó el fraccionamiento del país en pequeños principados independientes. El levantamiento se hizo ahora contra los almohades, cuyo imperio se desmoronó, como queda relatado, tras la batalla de las Navas. Los métodos de la rebelión no fueron demasiado originales: un aventurero levantaba una partida, entraba en negociaciones con algunos amigos de una ciudad importante, organizaban éstos un motín contra el gobernador almohade, desprovisto de tropas y sin esperanzas de socorro, abandonaba éste la plaza, se instalaba en ella el jefe de la banda, desde ella negociaba la rendición de otras en que metía al cabo gentes de confianza, y las nuevas poblaciones ocupadas le servían de puntos de apoyo para conquistas ulteriores. El primero que se alzó ahora fué Ben Hud, descendiente de los reyes de Zaragoza, que se sublevó en Ricote. En Valencia se rebeló Zayan, nieto de Ben Mardanix, y en Arjona y Jaén, Ben Al-Ahmar, de vieja estirpe árabe. Lucharon entre sí por el dominio de la España musulmana. Pero los dos primeros reinos cayeron pronto en manos de Jaime I y de Fernando III.*

En esos dias del rey don Fernando, leuantose en el castiello Ricot, en término de Murçia, vn moro que dizien Abenhut; et començo de guerrear contra los almohades, et apremiauan a los alaraues de aquen mar con tal cruel sennorio, que de ligero conseio se dieron et otorgaron lo que aquel moro Abenhut traye puesto en su coraçon. Onde ganada Murçia et las otras uillas et los castiellos todos de cerca Murçia, descabeço el todos los almohades que auer pudo; et dando por suzias, ante los almohades, todas las sus mesquitas, fizolas alinpiar a los sus saçerdotes et lauarlas con agua; et fizoles otrosi tennir negras las entrannas et nobles sennales de las sus armas, que ellos aduzien delante si en las batallas et en otros logares; et segunt cuenta la estoria mostraua esto sennal de lloro et de duelo et de destroymiento de la su yente; et fue esto uerdat, ca se cunplio en Murçia et en otros logares a poco tienpo, ca estonçes en medio desde tienpo, gano

del Andalozia el rey don Fernando lo que era antes de los cristianos espannoles, sinon a Valençia et sus terminos de aderredor, en que estaua vn moro que dizien Zaen et era del linaie de los reyes, et este moro guerreaua et anparaua la tierra. Et era Abenhut del linaie de Abohayed, que fuera en su tiempo rey de Saragoça; et seyendo el sennero sennor hascas de todo el Andalozia et de toda la tierra de los moros daquen mar —et mas poderoso et mas valiente de cuerpo que todos los otros, por atrauençia et por franqueza et iustiçia et verdat, pero asi commo la deslealdat et la suziedat de aquella yente desleal lo sufre seer entre si— mas vno de los suyos a que dizien Abenarramimi, conuidol vn dia a comer et a sus annazehas de solaz et de amizdat que fazen los moros, las que el deleyte de aquella yente vsa mucho et las onrran ellos mucho; et Abenhut en aquel conbit, con enganno daquel su huesped Abenarramimi et su vasallo, metieronle por arteria en vna camara del castiello de Almaria, et mataronle y. Et estonçes se apodero de la tierra vn alaraue que dizien Mahomad Auenalahmar, que poco antes era quintero, que non auie otro mester sinon seguir los bueys et el aradro, et fue dalli adelante sennor de Ariona et de Jahen et de Granada et de Accio, esto es de Eçija; et segunt diz la estoria, aun era ende sennor en dias del rey don Fernando et del arçobispo don Rodrigo, et esto asi lo quiere dezir el arçobispo que era, segunt aquellas palabras por las que el lo dize por su latin en la estoria; mas agora, grado a Dios, de otra guisa es. Et despues de la muerte de Abenhut, partiose aquella tierra en muchos pequennos reys, et apartada de los moros almohades, que fue pro et bien a lo que los cristianos tenien en los coraçones; esto es, ganar dellos la tierra; et esto complido es ya oy, loado sea el nombre de Nuestro Sennor Dios, que lo dio a los cristianos, et benditos los nuestros reyes que la ganaron.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio*. (Ed. Menéndez Pidal, 721, § 1037).

## COMO SE PERDIO CORDOBA

*La crisis de la España musulmana se precipitaba. La batalla de las Navas de Tolosa había dado a Castilla el dominio de los puertos de Sierra Morena, llave de Andalucía. Cuando un nuevo rey, joven y enérgico, Fernando III, reunió en sus sienes las coronas castellana y leonesa, emprendió la conquista del Sur de Al-Andalus, mientras Jaime I de Aragón acometía la de Levante. Fué muy difícil a los musulmanes resistir el empuje reconquistador de los dos soberanos. Por un golpe de mano de algunos caballeros de la frontera —la iniciativa individual ha desempeñado siempre papel decisivo en el pasado de España, desde los lejanos tiempos de la prehistoria hasta nuestros días y lo mismo en la Península que en tierras de América— cayó en manos de los cristianos un barrio de Córdoba. Fernando el Santo vino*



*en su ayuda para asegurar la conquista de la plaza. Y al cabo logró incorporar, para siempre, a la cristiandad hispana, la antigua capital del califato español, un día la ciudad más grande, más rica y más culta de la Europa occidental. Y la cruz de Cristo ondeó en adelante sobre el minarete de la bellísima mezquita y las campanas compostelanas, que servían en ella de lámparas desde los días de Almanzor, volvieron a Santiago.*

Pues que a contado la estoria de los otros grandes fechos del rey don Fernando de Castiella et de Leon, pasa agora a contar de commo priso a Cordoua et diz: Este rrey don Fernando, desque priso a Vbeda dos annos depues de la muerte de su padre don Alfonso rey de Leon, fué muy apoderado et echose sobre Cordoua et çercola; et fue esto en la era de mill et dozientos et setenta et quatro annos, et andaua el anno de la Encarnacion del Sennor en mill et dozientos et treynta et seys annos. Et cuenta la estoria que es Cordoua çipdat rreal et commo madre de las otras çipdades del Andalozia. Et vino el rey don Fernando a la çerca desa çipdat desta guisa, segunt que cuenta la estoria:

### Sorpresa y asalto de la Axarquía

Seyendo el rey don Fernando en el regno de Leon, andando por y faziendo iusticia et bien parando el regno, ouo de venir a la uilla de Benauente. Et en aquel tienpo, cristianos que auie en la frontera —caualleros fijos dalgo et adaliles et almogauares a cauallo et de pie— ayuntaronse en Anduiar, que era de cristianos, et fezieron su caualgada contra Cordoua; et catiuaron moros que auien guareçido con sus maiores, et de aquellos ouieron lengua cierta en como la çipdat de Cordoua estaua muy asegurada, que se non velaua nin se aguardaua por miedo que ouiesen de cristianos, et que les farien auer vn andamio en el muro, et asmaron commo furtarian el arraualde que dizen en arauigo *el Axarquia:* ca tienen que si aquello podiesen auer, que por aquello podrian auer todo lo al, bien commo se acaecio. Et ellos acordaron de lo fazer; et desi fablaron commo feziesen sus escaleras, et asmaron de qual manera para las torres et para el muro; et cataron vna noche en que feziese fuerte tienpo et que fuese escura por o mas encobiertamiente lo podiesen fazer. Et esta fabla asesegada de commo se feziese, metieron en ella a Pero Royz Tafur et a Martin Roiz dArgot; et enbiaron con su mandado del acuerdo que auien tomado a don Pero Royz, et a don Aluar Perez su hermano, que estauan en Martos, et enbiaronle dezir qual noche auian acordado de lo fazer, et el, que estodiese presto con su companna, para acorrerlos quando mester fuese.

Et entretanto que don Pero Martines yua a don Aluar Perez su hermano, llegaron ellos quanta gente podieron auer, et guisaron sus escaleras

aquella noche que posieron, et llegaron al pie del muro —et esto fue ocho dias por andar del mes de enero— et catauan si uelauan los moros las torres et el muro, et non oyeron boz ninguna de velar ca dormien todos et tenielos presos la fortaleza del suenno, et andodieron aderredor de las torres et del muro. Et estando los cristianos asi, fablaronse et dixieron: "¿que faremos?" Et Domingo Munnoz, el adalit, les dixo: "el mio conseio es este: que pues que aqui estamos que fagamos la sennal de la cruz et que nos acomendemos a Dios et a sancta Maria et al apostol Sanctiago et que punemos de acabar esto por que aqui venimos en seruicio de Dios et sy non podieremos echar las escaleras de cuerda, pongamos estas de fuste, et punemos de sobir por ellas, et suban los meiores algarauiados que fueren entre nos et vayan uestidos como moros, por tal que si se fablaren con los moros, que los non conoscan et que cuyden que son moros commo ellos: et estos punen de se apoderar de la primera torre que fallaren, fasta que la otra gente suba".

Este conseio que Domingo Munnoz les dio, touieronlo por bueno, et prouaron tres escaleras de fuste, et fallaronlas cortas, et desi ataronlas la vna con la otra et echaronlas a vna torre, et los primeros cristianos algarauiados que por ella sobieron fueron Aluar Colodro et Benito de Bannos, et despues los otros que yuan con ellos; estos yuan uestidos et entocados commo moros. Et tomaron vna torre a la qual llaman oy en dia "la torre de Aluar Colodro", et fallaron en ella quatro moros que yazien dormiendo, et el vno dellos era de los que fueron en el conseio; et despertaron, et dixieronles que andauan buscando; et ellos le resposieron en su algarauia que eran las sobreguardas et que andauan catando las velas. Et aquel moro de que uos ya diximos, conosçio en la palabra a Aluar Colodro, et apretol la mano con la suya, et dixol a la oreia: "yo so de aquellos que tu sabes, puna de te uengar destos otros, et yo te ayudare". Desi tomaronlos et ataparonles las bocas et echaronlos de la torre ayuso; et los cristianos que estauan yuso, mataronles.

Et en esto començaron los cristianos a sobir a grant priesa, et desque vieron que era la mayor partida dellos en la torre, fueronse por el muro ayuso ganando quantas torres y auie contra la puerta de Martos, fata que ganaron esa puerta; et quanto vino el alua del dia, todos los cristianos eran ya apoderados de las torres et del muro et del arraualde a que dixen el Axarquia, con aquella puerta; et entro por ella Pero Roiz Tafur con otros de cauallo que y estauan. Los moros, deque los vieron asi apoderados de aquel arraualde del Axarquia, ouieron a desanparar las casas et a foyr con quanto tenien para dentro a la uilla; et los cristianos fazian sus espolonadas con ellos por las calles en pos ellos, et matauan muchos de los alaraues; et los cristianos barrearon todas las calles del arraualde del Axarquia, saluo la cal mayor que ua derecha, que dexaron por o podiesen yr en pos los alaraues. Desque los moros ouieron metido dentro en la uilla aquellas cosas que podieron, derramaron con los cristianos, et los moros del otro andamio



de la uilla les tirauan saetas et dardos et piedras, et tres uezes los vençieron et los leuaron fasta el muro.

### Socorros

Los cristianos, veyendose mucho apremiados por el grant poder de los moros que eran muchos, ouieron su acuerdo et enbiaron dos omnes con su mandado: el vno al rey don Fernando su sennor que los viniese acorrer, et el otro a don Aluar Perez que era en Martos, que era vno de los grandes omnes del reyno de Castiella, poderoso et noble, et a un cauallero que dizien Ordon Aluarez que era de la mesnada del rey, que vino y luego, et lo enbio dezir al rey don Fernando. Et mandaron aquel que yua a don Aluar Perez que lo dixiese por todos aquellos logares que eran de cristianos en la frontera, et el mandadero fizolo asi. Et el que fue al rey andido a grant andar de dia et de noche, fasta que llego a Benauente o era el rey; et en asentandose el rey a la mesa, diol las cartas et dixol el mandado por que yua. Et el rey mouio lugo ende, que non se quiso detener vna ora, et mando que mouiesen sus uasallos enpos el, et enbio luego por los de las çipdades et de los castiellos que fuesen con el a la frontera apriesa, ca tal mandado le llegara della; et enbioles dezir esto, et no les espero, et salio el lugo apenas con çient caualleros. Mas fazie entonçe fuerte tiempo de aguas, et las lluuias muchas, et los rios yuan muy creçidos; et enbargaronle yaquantos dias que non pudo acorrer a la çerca de Cordoua tan ayna commo el quisiera. Pero vino en tienpo conueniente et meiorado ya de las aguas. Et el su camino fue este: de Benauente endereço para Çibdat Rrodrigo, et de Çiptat para Alcantara, paso Guadiana a la barca de Medelin, et de Medelin endereço a Magazela et a Bienquerençia, que era de moros.

Et auie y vn alcayde moro que era buen cauallero et buen omne, et quando sopo que el rey don Fernando fincara su tienda en vn campo, çerca vna fuente cabo del castiello, salio a el et leuol sus presentes, pan et vino et carne et çeuada. Et el rey rreçibiol muy bien et fizol muchas onrras, et en fablando con el pediol el castiello; et el moro le respondio: "tu uas agora a ganar Cordoua; et fasta que tu ayas acabado aquello, non te cunple este castiello; mas desque lo acabares, yo te dare el castiello et te seruire con quanto he". Et esto dezie el commo en manera de escarnio, teniendo que se non podia acabar aquello que el rey querie. Et quanto el rey paso por alli non leuaua mas de treynta pares de armas; et, de los que yuan con el, era el vno don Fernant Rroyz Cabeça de Uaca, et el otro don Diego Lopez de Uayas, que era entonce escudero, et el otro Martin Gonçalez de Miiancas, et el otro Sancho Lopez dAellos, et el otro don Johan Arias Mexia, et otros de qui non sabemos aqui çiertos los nonbres. Et de alli mouio el rey et fué a Dos Hermanas et a Daralbaçar, et dexo Cordoua a man derecha, et fue para la puente de Alcolea, et alli finco sus tiendas con aquellos pocos que leuaua consigo.

Quando el rey don Fernando llego a esa çerca de Cordoua, pieça auie que don Aluar Perez yazie dentro en el Axarquia en ayuda de los cristianos, et don Pero Martines su hermano, a quien los moros llamauan *alaftaç*, porque era romo, et otra gente de la frontera, de pie et de cauallo, et de las otras tierras de Castiella et de Leon et de Estremadura que venieron y a aquella uoz por seruir a Dios et al rey, et por ganar algo et por ayudar a sus cristianos, et otrosi freyres de las ordenes que eran y a seruiçio de Dios. Et quando los cristianos que yazian en el Axarquia sopieron commo el rey don Fernando su sennor era allí llegado, plogoles mucho, et oluidaron quanto mal et quanta lazeria auian pasado fasta alli, et cobraron coraçones et ouieron en si grant esfuerço para acabar lo que auian començado.

## Entrevista nocturna

Et el rey don Fernando posando alli do uos ya dixiemos, era estonces Abenhut, rey de los moros de aquen mar, en Eçija con muy grant gente de cauallo et de pie; et era y con el rey Llorenço Suarez, el qual auie el rey don Fernando echado de tierra por malfetrias que feziera, et andaua con Abenhut. Et el rey don Fernando estando sobre la çerca de Cordoua, yuasele llegando todauia mas gente que se uenia para el; pero con todo esto, era aun muy poca. Et Abenhut, estando en Eçija, sopo commo el rey don Fernando era alli con poca gente, et quisiera venir con todo su poder a leuantarle de alli o yazie sobre Cordoua; mas acorrio Dios al rey don Fernando en commo agora oyredes: Aquel rey Abenhut rreçelaua sienpre de cometer grandes fechos, porque las mas uegadas que los cometie era uençido et se fallaua ende mal, et por esta rrazon, commo quier que a el dixieran que el rey don Fernando tenie poca gente consigo, no lo pudo creer, ca tenie que tal omne commo el rey don Fernando et tan poderoso que non vernie alli con poca gente. Et Abenhut fiauase mucho en don Llorenço Suarez, et porque coydaua que don Llorenço Suarez querie mal al rey don Fernando et que auie querella del, por esta razon llamol et dixol: "Llorenço, ¿que me conseias que faga sobre tal fecho que quiero fazer?" Et don Llorenço le dixo: "sennor, pues que me demandades conseio, fazet asi: dexat a mi yr con tres omnes de cauallo de cristianos, que yo leuare conmigo; et yre de noche a la hueste del rey don Fernando, et entrare a la hueste et llegare a la su tienda muy encobiertamente, que ninguno non me vea nin me conosca; desi tornare a uos con todo lo çierto, porque vos uayades depues a cosa çierta; mas prometedme que fata que yo a uos torne, que non mouades daqui uos nin vuestra gente". Deste conseio fue muy pagado Abenhut, el otorgol de lo fazer asi.

Et don Llorenço fuese para la hueste del rey don Fernando con aquellos tres caualleros consigo; et quando llego a los uisos altos que son allende de la puente, descendio con el vno de aquellos que leuaua, et los otros et las



bestias dexolos alli et mandoles que le esperasen alli en aquel logar; et entro por la hueste que ninguno nol fizo pesar, fasta que llego a la tienda del rey, et quando fue çerca de la tienda del rey, fallo vn montero que uelaua, et dixo: "amigo, llamadme vn omne destos del rey et dezilde que esta aqui vn omne que le quiere ver a grant priesa". Et el montero entro a la tienda del rey do el yazie, et llamo a Martin dOtiella, et leuantose et salio a el. Et don Llorenço, quando lo uio, dixol commo querie fablar con el, et apartol a vna parte, et dixol: "¿Non me connoçedes? yo so Llorenço Suarez. Entrad al rey et dezitle que yo esto aqui et que quiero fablar con el: et que non me atreui a llegar a el, menos de su mandado". Et Martin dOtiella entro al rey, et despertol et dixogelo; et el rey mandol entrar, et quando entro antel, dixol el rey: "¿aqui eres, Llorençio Suarez? ¿commo oseste venir ante mi?" Et el le dixo: "sennor, uos me echastes a tierra de moros por mio mal, et aquel mal tornose en bien para uos et para mi"; desi contol toda la manera de como era alli venido. Et el rey gradeçiogelo mucho; desi dixol: "¿que me aconseiades que fagamos?" Et don Llorençio respondio: "Sennor, el mi conseio es este: que estedes quedo en este logar en que estades, et punnad de guardar vuestra hueste meior de quanto se guarda. Et sabet que gente tenedes en el Axarquia; et si fuere tanta que fincando el logar en rrecabdo que se pueda guardar, et la demas mandat que se venga para uos. Et yo tornare he para Abenhut, et punare en desbaratarle las nueuas quel dixieron, porque derrame su gente. Et de dos cosas fare la vna: o partire uuestro danno que el querra fazer, o si aquello non podiere partir, prometouos que con el mio cuerpo et con quantos cristianos tengo con Abenhut que lugo me uenga para uos; et qualquier destas que yo pueda acabar, de aqui a otro dia de cras por noche a tal ora commo esta, auredes aqui mi carta et mi mandado con este escudero que aqui trayo comigo". Et el rey don Fernando gradeçiol mucho lo que dezie, et perdonol et recibiol por su uasallo, et en yendose don Llorençio, torno al rey et dixol: "sennor, vengo a uos por vna cosa que se oluido de uos dezir: mandat agora vnas tres noches o quatro fazer muchos fuegos aqui en vuestra hueste, porque si Abenhut diere algunos veedores que vengan de noche a uer la hueste, que por los fuegos que y vieren entiendan que es la vuestra hueste muy mayor de quanto es". Et el rey dixo que lo farie.

Don Llorenço fuese, et desque llego alli o dexara sus bestias caualgo et andido, et amanesciol en Castro, et dende fuese para Eçija, et llego y al primer suenno. Desi fuese para Abenhut; et Abenhut le dixo: "¿que as uisto, Llorenço Suarez?" Et le respondió: "Sennor, yo non uollo oso dezir, porque he miedo que me non creeredes; mas enbiad y quien lo uea, et fallaran al rey don Fernando con muy grant gente et muy buena. Mas ayna fuera yo conbusco, sinon que me detoue alla por tal de uos venir con lo çierto". Et Abenhut le dixo: "pues ¿que me conseiades que faga". Et Llorenço Suarez le dixo: "sennor non me cae a mi de uos conseiar, mas

euos a seruir et conplir uuestro mandado, et mandatme lo que faga". Et Abenhut dexo el conseio para otro dia.

Et otro dia de mannana llegaron y dos moros a cauallo del rey de Valençia con quien enbiaua dezir a Abenhut de commo sopiese por çierto que el rey don Jaymes de Aragon venia con todo su poder sobre Valençia, et quel enbiaua rogar quel acorriese. Et Abenhut quando uio estas cartas, llamo a sus aguaziles et a Don Llorenço Suarez con ellos, et demandoles conseio; et el conseio quel dieron fue este: que commo quier que cristianos auian ganado el Axarquia de Cordoua que la uilla non la podrien ganar ni tomar tan ayna, et que fuese lidiar con el rey de Aragon; et sil uençiese, que podria depues acorrer a Cordoua; et aquel tienpo que seria menguada la hueste del rey don Fernando, et que lo auria de meior mercado con el. Et este conseio touo por bueno Abenhut, et mouio luego con toda su hueste, et fuese derechamiente para Almaria, por tal de mouer sus nauios que y tenia para leuarlos por guardia del puerto de Valençia.

Et el estando en Almaria, vn moro su priuado, que auia nonbre Abenarramimi, conuidol et enbeudol et afogol en vna pila de agua que estaua en su casa. Desque las huestes que Abenhud leuaua sopieron commo era muerto, derramaron cada vnos para sus logares; et don Llorenço Suarez tornose para el rey don Fernando con quantos cristianos traya consigo, et gradeçiol mucho el rey el seruiçio quel feziera. Et uos deuedes a saber que pues Abenhut fue muerto, fue el sennorio de los moros daquen mar partido en muchas partes, et non ouieron y vn rey sennalado sobre si, commo fasta alli ouieran. Asi quiso Dios guardar al rey don Fernando porque el conpliese et acabase el sseruiçio de Dios que auie començado.

### Rendición de Córdoba

Et en aquel tienpo vino el rey de Aragon don Jaymes a çercar Valençia, et ganola, segunt que oyredes en la su estoria. Et el rey don Fernando yaziendo en la çerca de Cordoua, fuese llegando cada dia su gente que venie de cada parte. Los moros, desque sopieron que Abenhut era muerto et que el sennorio era partido en muchas partes, tomaron ende grant pesar et ouieron gran quebranto en sus coraçones; otrosi veyendo commo la gente del rey don Fernando creçie cada dia et su fecho yua adelante, mouieronle pleytesia. Et de alli adelante cada dia, tanbien de Castiella commo de Leon, le uenien grandes conpannas de caualleros de los fijos dalgo et de los comunes de las çipdades, et fue çercada Cordoua muy fuertemiente et con grant agrauiamiento de los de la çipdat; et al cabo, aquexados los moradores de la çipdat por lides et por conbatimientos que les fazian, et vençidos por fanbre et por mingua de viandas, mager que non quisiesen, dieronse por fuerça al rey don Ferrando. Et los alaraues, que yazien ençerrados en la çipdat, salieron los cuerpos saluos, et no mas, a uida. Et en la



fiesta de los apostoles sant Pedro et sant Pablo, la çipdat de Cordoua, a que la estoria llama patriçia de los otras çipdades, esto es padrona et enxienplo de las otras pueblas del Andalozia, fue aquel dia alinpiada de las suziedades de Mahomad, et fue dada al rey don Fernando, et el entregado della et el rey don Fernando mando luego poner la cruz en la mayor torre o el nonbre del falso Mahomad solie ser llamado et alabado, et començaron luego los cristianos todos con gozo et alegria a llamar: "¡Dios, ayuda!" Et el rey luego man a mano, mando poner la su senna real çerca la cruz de Nuestro Sennor Dios, et començo lugo boz de gozo et de alegria a sonar et seer oyda en las tiendas de los iustos, esto es de los fieles de Cristo; et aquellas bozes fazien los obispos con toda la clerezia, cantando et diziendo: "*Te Deum laudamus*", con el muy noble rey don Fernando et con la yglesia et la fe del rey del çielo que entraua alli aquella ora con el rey don Fernando et con ellos. Agora la estoria ua contando las nobles conquistas del rey don Fernando, et cuenta de las obras de piedat que este don Fernando fizo.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio.* (Ed. Menéndez Pidal, 729, § 1046).

## VALENCIA SITIADA

*Llegó su turno a Valencia, fué cercada por Jaime I el Conquistador, reinaba en ella Zayan ben Mardanix, que había depuesto a Sid Abu Zaid, y tenía éste por secretario a una de las últimas figuras de las letras hispanomusulmanas, a quien sacudía aún el antiguo vigor de los árabes. Ben al-Abbar había servido también a su predecesor y le había abandonado cuando el gobernante derrocado fué a entrevistarse con el rey de Aragón. Poeta e historiador, debemos a Ben al-Abbar el* Hullatu al-Siyara *(Túnica recamada de oro) —absurdos y poéticos títulos los de las obras árabes— y otros varios magníficos diccionarios bibliográficos en los que, como en el* Hullatu, *traza, en realidad, la historia de los primeros siglos del señorío musulmán en Al-Andalus. En nombre de Valencia fué a Túnez a solicitar el auxilio de Abu Zakariya Abu Hafs, para la ciudad sitiada, y lo pidió en una hermosa casida en que se llora ya la ruina del Islam español. El socorro africano no impidió la caída de la perla de Levante en 1238. Ben al-Abbar hubo de emigrar a Túnez. Sus desgracias agriaron su carácter, escribió libremente y con alguna acritud y fué encarcelado, flagelado y ejecutado en la prisión (1260), mientras sus obras se quemaban, en público, en la plaza.*

### Poética petición de auxilio al rey de Túnez

Abierto está el camino, a tus guerreros guía,
¡Oh de los oprimidos constante valedor!

Auxilio te demanda la bella Andalucía;
La libertad espera de tu heroico valor.
De penas abrumada, herida ya de muerte,
Un cáliz de amargura el destino le da;
Se marchitó su gloria, y sin duda la suerte
A sus hijos por víctimas ha designado ya.
Aliento a tus contrarios infunde desde el cielo,
Y a ti pesar ¡oh patria!, del alba el arrebol;
Tu gozo cambia en llanto, tu esperanza en recelo
Cuando a ocultarse baja en Occidente el sol.
¡Oh vergüenza y oprobio! juraron los cristianos
Robarte tu amoroso y más preciado bien,
Y repartir por suerte a sus besos profanos
Las mujeres veladas, tesoro del harén.
La desdicha de Córdoba los corazones parte;
Valencia aguarda, en tanto, más negro porvenir;
En mil ciudades flota de Cristo el estandarte;
Espantado el creyente, no puede resistir.
Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas
En conventos, llevando doquier la destrucción,
Y doquiera suceden las campanas malditas
A la voz del almuédano, que llama a la oración.
¿Cuándo volverá España a su beldad primera?
Aljamas suntuosas do se leyó el Corán,
Huertos en que sus galas vertió la primavera,
Y prados y jardines arrasados están.
Las florestas umbrosas, que alegraban la vista,
Ya pierden su frescura, su pompa y su verdor;
El suelo se despuebla después de la conquista:
Hasta los extranjeros le miran con dolor.
Cual nube de langostas, cual hambrientos leones,
Destruyen los cristianos nuestro rico vergel;
De Valencia los límites traspasan sus pendones,
Y talan nuestros campos con deleite cruel.
Los frutos deliciosos que nuestro afán cultiva,
El tirano destroza y consume al pasar:
Incendia los palacios; las mujeres cautiva;
Ni reposa, ni duerme ni sabe perdonar.
Ya nadie se le opone; ya extiende hacia Valencia
La mano, para el robo que ha tiempo meditó;
El error de tres dioses difunde su insolencia;
Por él en todas partes a sangre y fuego entró.
Mas huirá cuando mire al aire desplegado
El pendón del Dios único ¡oh príncipe! por ti;
Salva de España, salva, el bajel destrozado;
No permitas que todos perezcamos allí.
Por ti renazca España de entre tanta ruina,
Cual renacer hiciste la verdadera fe;



Ella, como una antorcha, tus noches ilumina;
En pro de Dios, tu acero terrible siempre fué.
Eres como la nube que envía la abundancia;
La tiniebla disipas como rayo de sol;
De los almoravides la herética ignorancia
Ante tu noble esfuerzo amedrentada huyó.
De ti los angustiados aguardan todavía
Que les abras caminos de paz y de salud;
Valencia, por mi medio, estas cartas te envía:
Socorro te demanda, espera en tu virtud.
Llegamos a tu puerto en nave bien guiada
Y escollos y bajíos pudimos evitar,
Por los furiosos vientos la nave contrastada,
Temí que nos tragasen los abismos del mar.
Cual por tocar la meta reconcentra su brío
Y hace el último esfuerzo fatigado corcel,
Luchó con las tormentas y con el mar bravío
Y en puerto tuyo al cabo, se refugió el bajel.
El trono a besar vengo do santo resplandece
El noble Abu Zacaria, hijo de Abd-al-Wahid:
Mil reinos este príncipe magnánimo merece;
El manto de su gracia los sabe bien cubrir.
Su mano besan todos con respeto profundo;
De él espera el cuitado el fin de su dolor;
Sus órdenes alcanzan al límite del mundo,
Y a los remotos astros su dardo volador.
Al alba sus mejillas dan color purpurino;
Su frente presta al día despejo y claridad;
Siempre lleva en la mano su estandarte el Destino;
Aterra a los contrarios su inmensa potestad.
Entre lanzas fulgura como luna entre estrellas;
Resplandores de gloria coronan su dosel,
Y es rey de todo el mundo, y por besar sus huellas,
Se humillan las montañas y postran ante él.
¡Oh rey más que las pléyadas benéfico y sublime!
De España en el Oriente, con brillo y majestad,
Alzate como un astro, y castiga y reprime
Del infiel la pujanza y bárbara maldad.
Lava con sangre el rastro de su invasión profana;
Harta con sangre, oh príncipe, de los campos la sed.
Riégalos y fecúndalos con la sangre cristiana;
Venga a España tu ejército esta sangre a verter.
Las huestes enemigas intrépido destruye;
Caiga mordiendo el polvo el cristiano en la lid;
A tus siervos la dicha y la paz restituye;
Impacientes te aguardan como noble adalid.
Fuerza será que al punto a defendernos vueles;
España con tu auxilio valor recobrará

Y con lucientes armas y rápidos corceles,
El combate a sus hijos heroicos mandará.
Dínos cuándo tu ejército libertador envías:
Esto, señor, tan sólo anhelamos saber,
Del cristiano enemigo para contar los días,
Y su total derrota y pérdida prever.

*Qasida* de Ben Al-Abbar reproducida por Al-Maqqari en su *Nafh al-tib* (Trad. Schack-Valera: Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia, Buenos Aires, 1944, 112).

## EL REY DE GRANADA SE DECLARA VASALLO DEL REY DE CASTILLA

*Fernando III sitiaba Jaén, que pertenecía a Ben al-Ahmar, de Arjona, cuando éste apareció en el campamento del rey de Castilla, le cedió la plaza, se entregó a él, le besó la mano y se tornó su vasallo, y el castellano le aceptó como tal y fijó las condiciones de tal vasallaje. No es posible precisar si hubo o no previas negociaciones. Ese reconocimiento de señorío del rey moro aseguró a éste sus dominios. Fernando III fué, así, el creador del reino de Granada. Le movieron a ello quizás: la dificultad de poblar la gran extensión de tierras conquistadas a los infieles y por ellos abandonadas, el temor de empujar a la desesperación a tales musulmanes refugiados en la montañosa región granadina y lo abrupto de ésta, que podía facilitar una enconada resistencia. Pero, en todo caso, la infeudación a Castilla del último reino musulmán es claro síntoma de que Al-Andalus había entrado en su crisis final.*

Mas veyendo este rey de Ariona, que se llamaua ya rey de Granada, tan afincadamiente al rey don Fernando estar sobre Jahen, et temiendose —de lo que se tenie por çierto— que nunca ende se leuantaria fasta que la tomase, et veyendo otrosi los de dentro estar tan aquexados de fanbre et tan afrontados de todas lazerias que se non sabien dar conseio nin confuerço vnos a otros nin se sabian ya que fazer nin podian ya entrar vno nin salir otro, et veyendo otrosi que el non los podia acorrer nin pudia aprouechar en ninguna cosa nin defender la uilla, acordose de traer pleytesia con el rey don Fernando et de la dar, et de se meter en su poder con la tierra et con quanto ouiese, ca non touo y otramiente guarda ninguna que podiese auer contra el nin contra su poderio.

Auiendo acordado ese rey de Granada con sus moros en esto que dicho auemos, et ueyendo que otra carrera y non auie tan buena para poder fincar en su onrra et en su sennorio et para librar sus moros et su tierra



de destroymiento, vinose meter derechamiente en su poder del rey don Fernando et en la su merçed, et besol la mano et tornose su uasallo en esta guisa, que feziese del et de la su tierra lo que fazer quisiese; et entregol luego Jahen. Et el rey don Fernando, llenno de piadamiento et de toda mesura, veyendo en commo ese rey moro venia con grant humildat et tan paçiente a plazimiento de quanto el de la tierra et del quisiese fazer, nol forçando cobdicia maligna, la qual el nunca ouo, et guiandol mesuramiento et piadança natural, lo que sienpre en el fue fallado contra quantos obedeçialmente lo quisieron leuar, reçibiol muy bien et fizol mucha onrra, et non quiso del otra cosa saluo que fincase por su uasallo con toda su tierra, et se la touiese commo se la ante tenie con todo su sennorio, et quel diese della tributo çierto: cada anno çient et çinquenta mill morauedis, et le feziese della gerra et paz, et le veniese cada anno a cortes; saluo Jahen que se tenie el ganada quel entrego el luego commo dicho es; et fue este el paramiento que entramos estos reys ouo. Jahen, segunt que la estoria cuenta, es villa real et de grant pueblo et bien enfortalesçida et bien encastellada de muy fuerte et de muy tenduda çerca et bien asentada et de muchas et muy fuertes torres, et de muchas et buenas aguas et muy frias dentro de la villa, et abondada de todos abondamientos que a noble et a rica uilla conuien auer. Et fue sienpre villa de muy grant gerra et muy reçelada, et donde venie sienpre mucho danno a cristianos et quantos enpeesçemientos auien a sofrir, mas desde que ella en poder de los cristianos fué et entrada en el sennorio del noble rey don Fernando, que la gano con guiamiento de la su ventura buena, fue sienpre después la frontera bien parada et segura, et los cristianos que y eran, sennores de lo que auien.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio* (Ed. Menéndez Pidal, 746, § 1069-1070).

## CAPITULACION DE SEVILLA

*Desde la caída del califato, Sevilla había reemplazado a Córdoba en la primacía de Al-Andalus. Ya con los Abbadíes fué la primera ciudad de España; en ella fijaron su capital los dominadores africanos; la embellecieron con grandes monumentos los almohades, que le fueron muy aficionados, y llegó a ser una población inmensa de medio millón de almas. Su asedio por Fernando III duró largos meses, costó gran esfuerzo y fué fértil en grandes hazañas. La intervención de la flota castellana fué decisiva para la caída de la plaza y al cabo ésta capituló ante el Rey Santo. Sus moradores hubieron de dejarla vacía. Con los orientales y con los africanos establecidos en Sevilla en el curso de los largos siglos de señorío musulmán, abandonaron, entonces, las orillas del Guadalquivir, los últimos descendientes de los hispano-romanos y de los godos que habían encontrado en ella los conquis-*

*tadores islamitas, poco a poco convertidos al Islam. Vinieron a poblarla, como a toda Andalucía, castellanos, leoneses y sobre todo gallegos, y sus nuevos pobladores, con el transcurso de los siglos, por influencia del medio, acabaron por adquirir el genio de los primitivos sevillanos.*

Desque esa gente pagana desos moros que en Triana estauan se vieron asi presos de todos cabos et desesperados de todas guaridas et de todos acorros que gentes auer deuiesen, non sabiendo ya dar conseio, ca nin podien a la uilla tornar nin a otra parte, nin fincar y —ca mager fincar y quisiesen non auien que comer— et quando se vieron tan aquexados et en tan grant coyta, et que de parte ninguna non podien auer ayuda nin acorrimiento ninguno, demandaron fabla et ssalieron, et fueronsse veyer con el rey don Fernando.

En la era de mill et dozientos et ochenta annos et seys mas, quando andaua la Encarnaçion del Sennor en mill et dozientos et quarenta et ocho, pues Orias et esos otros moros onrrados, que salieran de Triana a la fabla, ouieron fablado con el rey don Fernando, et uistose con el, pasaron veer los de la otra parte, et entraron a la uilla. Et la primera pleytesia en que trauaron al rey don Fernando, de parte de Axataf et del arraez et de los moros de Seuilla, fue esta: quel darian el alcaçar de la uilla, et que lo touiese el, et que ouiese las rendas todas della, asy commo las auie el Miramomelin quando era ende sennor; et nol querien ende minguar ninguna cosa de quanto el solia y auer, nin que les diese ende al fueras la merçed que quisiese el fazer a aquellos que el touiese por bien. A esto eran acordados estos moros desa çipdat; mas grant cosa serie de lo poder acabar con ese rey don Fernando, que los ya tan en su poder tenia que sol non gelo quiso oyr. Quando los moros vieron que esto non queria el rey don Fernando, mouieron otro pleteamiento: que el tercio de la villa le darian con su alcaçar et con todos los derechos del sennorio, segunt dicho es. Nin aun el rey don Fernando esto non quiso fazer. Et después le enbiaron otro pleyteyamiento: que darian la meytad et que farian muro entre los cristianos et ellos porque estodiesen todos mas en saluo. Et algunos de los cristianos plazie desta pleytesia et tenien que era buena, et conseiauan al rey que lo feziese; mas el rey nunca se quiso acoger a ello nin otorgar, ante dixo que toda ge la dexarian libre et quita.

En la era que desuso es dicha de mill et dozientos et ochenta et seys, quando andaua el anno de la Encarnaçion del Sennor en mill et dozientos et quarenta et ocho annos, pues que los moros vieron que ninguna otra cosa non podian pasar de quanto ellos asmauan nin querien, saluo a lo que el rey don Fernando querie, pesandoles mucho, ouieronse acoier a fazer voluntad del rey: quel uaziasen la uilla et que gela dexauan libre et quita; et el rey que diese Axataf et al arraez Abenxueb Solucar et Aznalfarax et Niebra quando la ganase; et los moros que sacasen sus aueres et sus armas



et todas sus cosas; et desta guisa que dexasen Seuilla. Et desque el pleteyamiento fue afirmado de todas partes, los moros entregaron el alcaçar de Seuilla al rey don Fernando; et mando poner luego el rey don Fernando de su sennaençima de la torre, faziendo todos los cristianos "Dios ayuda", et dando gracias al Nuestro Sennor. Esto fue en dia de Sante Clemeynte, en la era de suso dicha, quando ese alcaçar desa noble çipdat de Seuilla fue dado al dey don Fernando et entregado.

Libradas todas las pleytesias de suso dichas que en razon del entregamiento de la noble cipdat de Seuilla fueron traydas, et el rey apoderado, ya en el alcaçar della, commo dichos auemos, los moros demandaron plazo al rey para vender sus cosas las que non podian leuar; et fue vn mes el que ellos demandaron, et el rey ge lo dio. El plazo conplido, los moros auien vendido todas las cosas que vender quisieron; et entregados de su auer, entregaron las llaues de la uilla al rey don Fernando. Et el rey, a los que por mar quisieron yr, dioles çinco naues et ocho galeas; et a los que por tierra, dioles bestias et quien los guiase et los posiese en saluo. Et desta guisa los enbio este rey don Fernando a esos moros desa çipdat de Seuilla desque la ouo ganada et puesta en sennorio. Et los que yuan por mar et querien pasar a Çebta, eran çient vezes mill por cuenta; et los que por tierra, que yuan para Xerez, eran trezientas uezes mill, et con estos enbio al maestre de Calatraua que los guio et los puso en saluo, fasta dentro a Xerez.

Dia era de la traslaçion de san Esidro de Leon, arçobispo que fue de Seuilla —en la era de mill et dozientos et ochenta et seys, quando andaua el anno de la Encarnaçion del Nuestro Sennor Jeshu Cristo en mill et dozientos et quarenta et ocho— quando ese noble et bienauenturado rey don Fernando, de que la estoria tantos bienes a contado, entro en esa dicha çipdat de Seuilla, capital de todo ese sennorio del Andalozia, o fue reçebido con muy grant proçesion de obispos et de toda la clerizia et de todas las otras gentes, con muy grandes alegrias et con muy grandes bozes, loando et bendiziendo et dando graçias a Dios, et alabando los fechos del rey don Fernando; et entro asi desta gisa ese bienauenturado rey don Fernando dentro de la yglesia de Sancta Maria. Et esa proçesion fezo ese dia con toda la clerizia don Gutierre, vn noble perlado que era eleyto de Toledo; et canto y misa a ese noble rey don Fernando et a todo el otro pueblo de los cristianos que eran y.

De la *Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio.* (Ed. Menéndez Pidal, 766, § 1121-1125).

## DESTIERRO Y NOSTALGIA

*La conquista del Levante y de buena parte de Andalucía, por los cristianos, movió a emigrar a Africa o a Oriente a muchos musulmanes españoles y decidió a no regresar a España a otros que viajaban, trabajaban o*

*peregrinaban a la sazón, lejos de ella. En efecto, murieron fuera de la Península, durante el siglo XIII: en Damasco (1240), el gran filósofo y poeta precursor de Dante, Ben Arabi; en Túnez (1260), el gran historiador y también poeta, Ben al-Abbar, y en la Meca (1284), otro famoso historiador andaluz, Ben Said. Y hacia esa época salieron, también, de Al-Andalus varios epígonos de la cultura hispano-musulmana: Al-Qartachani, Ben Abi-l-Husayn, Abu-l-Hachchach, y muchas familias de las que, andando el tiempo, nacieron más o menos ilustres figuras de las letras árabes del siglo XIV, por ejemplo: los abuelos de los Al-Himyari, geógrafos nacidos en Ceuta, y los Banu Jaldun, de la más vieja nobleza sevillana, de cuya estirpe tunecina procedía el más genial de los historiadores musulmanes. Lejos de su patria española, los más se dejaron ganar por la tristeza y la nostalgia del exilio. He aquí cómo lloró y cantó a un tiempo las bellezas de su perdido Al-Andalus, el granadino Ben Said.*

Este es Egipto; pero, ¿do está la patria mía?
Lágrima de recuerdos me arranca sin cesar:
Locura fué dejarte, ¡oh bella Andalucía!
Tu bien, perdido ahora, acierto a ponderar.
¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso
que yo moraba en ella, lo que es gozar no sé.
¡Qué apacible deleite cuando, al son melodioso
del laúd, por su río, cantando navegué!
Gemían las palomas en el bosque, a la orilla,
músicas resonaban en el vecino alcor...
Cuando pienso en la vida alegre de Sevilla,
lo demás de mi vida me parece dolor.
¡Y aquellas gratas horas en el prado florido!
¡Y aquélla en los placeres süave libertad!
Recordando mi dulce paraíso perdido,
cuanto en torno me cerca es yermo y soledad.
Hasta el eco monótono de la movible rueda
que el agua de la fuente obligaba a subir,
cual si cerca estuviese, en mis oídos queda;
toda impresión de entonces, en mí, vuelve a vivir.
No eran por la censura mis goces perturbados:
la ciudad es tan linda, que se allana el Señor
a perdonar en ella los mayores pecados;
allí hasta el fin del mundo puedes ser pecador.
La soberana pompa del caudaloso Nilo
se eclipsa ante la gloria del gran Guadalquivir.
¡Cuántas ligeras barcas en su espejo tranquilo
se ven, al son de músicas alegres, discurrir!
Y los oídos gozan, y gozan más los ojos
con las bellas muchachas que en las barquillas van
y cuya tersa frente, y cuyos labios rojos



el fulgor de la luna avergonzando están.
Con su sonar los vasos, las flores con su aroma,
dicha en el alma infunden y lánguido placer;
en noches de verano hasta que el alba asoma,
es grato las orillas en barca recorrer.
En pos deja la barca su luminosa estela,
sueltos hilos de perlas sobre ondulante chal;
es la barca, adornada por su cándida vela,
cisne que se columpia en líquido cristal.
También con sus memorias Algeciras me abruma
y su enriscada costa recuerdo con amor;
en ella el mar bramando alza montes de espuma,
que estremecen los árboles de angustia y de terror.
En los labios el vino y en brazos de mi amada,
allí de mil auroras me sorprendió la luz,
mientras que, por la luna con oro recamada,
tendía el mar la fimbra de su túnica azul.
En tu valle ¡oh Granada! fructífero y umbrío,
y en ti pienso con lágrimas, ¡oh fecundo Genil!
Como desnuda espada reluce el claro río,
brinca en sus verdes márgenes la gacela gentil.
Con el fuego amoroso de sus tiernas miradas
hacen las granadinas una herida mortal,
y disparan sus ojos mil flechas inflamadas,
y sus pestañas matan como mata un puñal.
A Málaga tampoco mi corazón olvida;
no apaga en mí la ausencia la llama del amor.
¿Dónde están tus almenas, ¡oh Málaga querida!,
tus torres, azoteas y excelso mirador?
Allí la copa llena de vino generoso
hacia los puros astros mil veces elevé,
y en la enramada verde, del céfiro amoroso,
sobre mi frente, el plácido susurrar escuché.
Las ramas agitaba con un leve rüido,
y doblándolas ora, o elevándolas ya,
prevenir parecía el seguro descuido,
y advertirnos si alguien nos venía a espiar.
Y también, Murcia mía, con tu recuerdo lloro,
¡oh, entre fértiles huertas, deleitosa mansión!
Allí se alzó a mi vista el sol a quien adoro,
y cuyos vivos rayos aún guarda el corazón.
Pasaron estas dichas, pasaron como un sueño;
nada en pos ha venido que las haga olvidar;
cuanto Egipto me ofrece menosprecio y desdeño;
de este mal de la ausencia no consigo sanar.

*Qasida* de BEN SAID reproducida por Al-Maqqari en su *Nafh al-tib* (Trad. Schack-Valera: Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia, Buenos Aires, 1944, 145).

## GRANADA CASTELLANIZADA

*Como vasallos de los reyes de Castilla, los Nazaríes tenían el deber de hacer guerra y paz con ellos y de acudir a Cortes; y les vemos, en efecto, concurriendo en persona o enviando huestes o delegaciones más o menos nutridas a diversas campañas emprendidas por los monarcas castellanos, y a más de una ceremonia cortesana. Si a esos obligados contactos con las gentes de Castilla se une lo inevitable de la influencia que el poderoso reino, reciente conquistador de Andalucía, había de ejercer en el pequeño sultanato granadino, no sorprenderá la castellanización de las costumbres, las modas y, en parte, hasta de la psicología, de los moros de Granada, en los comienzos de su vida independiente. He aquí varios pasajes que la acreditan a las claras.*

### Imitación de las costumbres castellanas

Tampoco empleaba el turbante Ben al-Ahmar, en cuyo poder está ahora la mayor parte de Al-Andalus. Los sultanes y las tropas suelen adoptar los trajes de los cristianos sus vecinos: sus armas son iguales, y lo mismo sus capas, tanto las de escarlata como las otras. Asimismo son idénticas sus banderas, sus sillas de montar y su manera de hacer la guerra con escudos y lanzas largas para alancear. No conocen las mazas ni los arcos de los árabes; antes, emplean los arcos cristianos para los asedios de ciudades, y los infantes los utilizan en los lances de guerra.

De la *Ihata* de Ben Al-Jatib (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 142).

"Los vestidos de los andaluces eran antiguamente (o sea en los comienzos de la dinastía nazarí) como los de sus vecinos y émulos los cristianos: lorigas cumplidas, escudos colgados, cascos gruesos, lanzas de hierro ancho, arzones de sillas disformes y bandera sujeta tras la silla. Cada uno llevaba un emblema que distinguía sus armas y un blasón por el que era conocido".

Del *Mugrib* de Ben Said, reproducida por Al-Maqqari en el *Nafh al-Tib* (Trad. García Gómez: Cinco poetas, 143).

"Estos árabes de España —dice— han perdido el espíritu de cuerpo y de mutua asistencia (asabiyya) que produce el poder político. No conservan más que sus genealogías... Sometidos por la fuerza y ahitos de humillación, se imaginan que con el linaje y un empleo en el gobierno se llega fácilmente a conquistar un reino y a gobernar a los hombres".

De los *Prolegómenos históricos* de Ben Jaldun (Versión francesa de Slane I, 63, trad. por García Gómez: Cinco poetas, 139).



### El caballero Magrebí y su equipo de guerra

Ha dicho Ben Saíd: ...y la mayoría de los soldados entre nosotros, en Al-Andalus, debe tener, cada uno, un caballo para montarlo él y otro para quien le lleva sus armas, mientras que en el territorio del norte de Africa la cosa es más sencilla: la mayor parte de los soldados de Ifriqiya, del Magrib Medio y del Magrib Extremo, sólo lleva un caballo.

El caballero del Andalus va cubierto con cota de mallas, y si se trata de alguien de importancia y poder, su cabalgadura también lleva cota. Se defiende con una lanza gruesa y larga y con el escudo, de acuerdo a la costumbre de los cristianos que los combaten. (En cambio) entre los caballeros bereberes sólo usan cota de malla los que gozan de prestigio y de poder; y no combaten con escudo ni lanza larga y gruesa sino con sables y lanzas livianas, con las cuales golpean admirablemente, casi sin errar. Tienen, en lugar de los escudos, una adarga que en el Magrib se hace del cuero de un animal conocido por "ante", adarga en la que rebotan los sables, las lanzas y la mayor parte de las flechas.

Los caballeros de la campiña bereber del Magrib se conducen mejor en la cabalgadura que los caballeros de la campiña andaluza, porque al andaluz le pesan el escudo, la larga y pesada lanza y la cota de mallas, de modo que no puede moverse libremente, prefiriendo mantenerse firme y estarse como una coraza sobre su caballo. A veces tiene en la montura unos ganchos que lo sujetan en el centro de aquélla, para que no caiga si es lanceado.

Las monturas de los guerreros de Al-Andalus son altas de arzón trasero, para preservar de los lanzazos [al jinete], no siendo de esa forma las monturas de los bereberes.

El estribo andaluz es largo, mientras que el bereber es corto.

Del *Kitab al-Mugrib* de Ben Said (Trad. inédita de O. Machado, según el texto Nº 26 de la Crestomatía de Asín).

## REBELION GENERAL DE LA MORISMA CONTRA ALFONSO EL SABIO

*La ocupación de Murcia y la reconquista del valle del Guadalquivir incorporaron grandes masas de musulmanes a la corona de Castilla, pues aunque muchos fueron forzados a abandonar las grandes ciudades que ocupaban, otros, especialmente en el Sureste murciano y en la orilla derecha del Guadalete, habían permanecido en sus viejas sedes. Así como el caballo nervioso, acostumbrado al buen caballista, se encabrita al advertir*

*las flaquezas del torpe jinete, así también aquellas masas islamitas, al darse cuenta de que habían cambiado de mano las riendas del poder en la monarquía castellana, se alzaron en armas contra el rey Alfonso el Sabio. Detrás de ellos se hallaba el granadino Ben Al-Ahmar. El soberano de Castilla, en quien se daba la eterna funesta oposición del intelectual empujado por el azar a la vida política, se vió en apuros frente a la rebelión de la morisma. La ayuda del aragonés y su valor y decisión personales, le dieron, al cabo, la victoria, y los moros de Andalucía y Murcia se sosegaron y se sometieron.*

En la era de mill e doscientos e sesenta e cuatro años, después que fué muerto Aben-Hud, fué alzado rey en Arjona Mohamad-Aben-Alhamar, e después que el rey don Ferrando ovo ganado la cibdad de Córdoba e las cibdades e villas del obispado de Jaén, ayudó a este Mahomad-Aben-Alhamar por que cobrase el reyno de Granada e de Almería. E en este tiempo los de Murcia non queriendo aver por señor aquel Aben-Alahmar, alzaron por rey a Boaquez. E rescelando que se non podría defender de Aben-Alhamar, pues le ayudaba el rey don Ferrando, enviaron sus mensajeros a este rey don Alfonso su fijo, seyendo infante, con quien le enviaron decir que le darían la cibdad de Murcia e todos los castillos que son desde Alicante fasta Lorca e fasta Chinchilla. E este rey don Alfonso, seyendo infante, desque ovo esta mandería de los moros de Murcia, fué allá con mandado e voluntad del rey don Ferrando, su padre, e rescibiéronlo por señor e entregándole la cibdad e todos los castillos, e fincaron todas las fortalezas en poder de los cristianos, e la cibdad de Murcia e todos los otros lugares fincaron poblados de moros. E fué en esta manera, que el rey don Ferrando e el infante don Alfonso su fijo por él oviese la mitad de las rentas, e Alboaquez oviese la otra mitad. E este Alboaquez que fuese vasallo del rey don Ferrando en toda su vida, e después, del infante don Alfonso, desque regnase en Castilla e en León. E este rey don Alfonso, seyendo en Castilla en este noveno año de su reynado, los reyes moros del reyno de Murcia e de todos los otros lugares que él avía ganado, ovieron fabla de consuno, e enviaron sus mandaderos a Aben-Alhamar, e pusieron postura que en un día se alzasen todos al rey don Alfonso, e en aquel día comenzase el rey de Granada la más fuerte guerra que pudiese facer, e cada uno de los otros eso mesmo. E el consejo avido en esto, el rey Alboaquez e todos los otros que habían fincado en el reyno de Murcia alzáronse contra el rey don Alfonso e cobraron algunos de los castillos que tenían los cristianos. E otrosí los moros que avían fincado en Xerez e en Arcos, e en Lebrixa e en Utrera, alzáronse contra el rey don Alfonso, e el rey de Granada comenzó a facer la guerra mucho afincada. E en este tiempo tenía el alcázar de Xerez aquel caballero que decían Garci Gómez Carrillo, e tenía la torre de Utrera un caballero freile de la orden de Calatrava que decían don



Aliman. E veyendo los moros de Xerez que avía tiempo en que el rey non les podría facer estorbo para lo que ellos tenían pensado de facer, cercaron el alcázar de aquella villa, e a Garci Gómez Carrillo, e a los que estaban y con él, e combatiéronlos mucho afincadamente también la noche como el día, así que en ningund tiempo non les daban vagar. E vinieron en su ayuda destos moros otras gentes de moros de Aljecira e de Tarifa, e commo quier que los cristianos facían mucho por se defender, pero los moros entráronles el alcázar. E Garci Gómez e otros cinco o seis escuderos que estaban con él acogiéronse a la torre mayor del alcázar, e todos los otros cristianos fueron muertos. E los moros fueron a la torre que tenía Garci Gómez, e tan afincadamente la combatieron, que quemaron las puertas e mataron los homes que estaban con él en la torre. E él defendía la puerta cuanto podía para que gela non entrasen, e non lo queriendo matar por la grand bondat que en él avía, trujeron garfios de fierro para con que lo prendiesen, e trabábanle con aquellos garfios en algunos lugares de la carne, e él dejábase rasgar por non se dar a prisión. Pero tanto ficieron los moros, que lo tomaron con aquellos garfios preso a vida, e apoderáronse en el alcázar e fueron los moros apoderados en todo. E otrosí los moros de Utrera cuidaron de prender al freyle don Aliman que tenía la torre de Utrera sobre seguranza, e estando con él fablando, entendiólos bien lo que querían facer, e acogióse con algunos de los suyos a la torre. E los moros toviéronlo cercado grand tiempo, e combatiéronle la torre, e él defendióla tan bien, que gela non pudieron tomar. E eso mesmo ficieron los moros de cada uno de los otros lugares a los alcaydes que estaban por el rey don Alfonso en los castillos, señaladamente en el regno de Murcia. E en esta misma manera se perdió el castillo de Arcos, que era estonce de los cristianos. E agora de aquí adelante contaremos lo que el rey don Alfonso fizo desque esto sopo.

☆

En el décimo año del reynado deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trescientos años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e sesenta e dos años, estando el rey en Segovia llegáronle los nuevas de cómmo el rey de Granada le avía quebrantado las treguas que con él avía, e otrosí que en el regno de Murcia que se le avía alzado Alboaquez, rey que era su vasallo. E otrosí que los moros de Xerez que le avían tomado el alcázar e que avían preso a Garci Gómez Carrillo, e commo avían cercado a don Aliman que tenía la torre de Utrera e otros alcaydes que avía dejado en algunos otros lugares e castillos del regno de Murcia. E envió él llamar por sus cartas los infantes e los ricos homes e todos los concejos de su reyno que se fuesen luego para él a la frontera. E partió de Segovia, e fué a Toledo, e dende a la frontera, e pasando por un lugar que dicien el Pozuelo de don Gil, que era en término de Alcaraz, entre tanto,

que llegaban las compañías por que avía enviado, mandó venir gentes de su comarca, e ordenó en cual manera se poblase allí una villa, e mandó que la dijesen Villa Real, e ordenó luego las calles e señaló los lugares por do fuese la cerca. E fizo facer luego una puerta labrada de piedra, e ésta es la que está en el camino que viene de Toledo, e mandó a los del lugar como ficiesen la cerca. E partió dende, e fuese para Córdoba, e dende a Sevilla, e mandó facer la guerra contra los moros, e envió a poner recabdo en los castillos que estavan froneros. E en este año non se falla otra cosa que de contar sea que a la estoria pertenezca.

☆

En el onceno año del reynado deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trescientos e un años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e sesenta e tres años, e este rey don Alfonso aviendo la guerra tanto afincada con los moros e seyendo con él todos los infantes e los ricos homes e los caballeros e los concejos por que avía enviado, ovo su acuerdo en cuál manera faría guerra a los moros. E todos le aconsejaron que fuese luego talar la tierra del rey de Granada e que le ficiese el mayor daño que pudiese, e salió luego el rey de Sevilla con todas estas compañas, e fué a Córdoba e dende entró en tierra de moros, e dende llegó a Alcalá de Benzayde, e dende fué por tierra de moros talándoles e quemándoles e faciéndoles mucho mal e mucho daño, e a la salida vino a Sevilla. E dende envió a don Nuño e a don Juan González, maestre de Calatrava, con pieza de compañas en acorro de don Aliman que estaba cercado en la torre de Utrera, e los moros que y eran fuéronse dende, que no osaron esperar, e basteciéronla de homes e de viandas, e la torre e el cortijo fincó en poder de los cristianos. E el rey Don Alfonso partió estas compañas que estudiesen en todos los lugares e castillos fronteros faciendo guerra a los moros. E otrosí el rey de Granada facía guerra la más fuerte que podía a los cristianos, e mandaba a los suyos que cuando más non pudiesen facer a sus enemigos, sinon que les follasen la tierra, ca decía que gran parte de la guerra era en "aquí son los enemigos, o por aquí pasaron los enemigos". E veyendo este rey don Alfonso esta guerra que tenía comenzada con los moros en que se gastaban muchos caballos, e otrosí cómmo muchos de las villas se excusaban de lo servir por el llamamiento que les facía de cada año para la frontera, e en aquel tiempo iva cada uno a servir tres meses por lo que avía, ca el Rey non les daba nada de las fonsaderas, e porque de las Extremaduras avía más gente para su servicio que de las otras villas del su reino e porque oviesen razón de mantener e criar los caballos e estudiesen prestos cada que los él llamase, ordenó que oviesen los alcaides en toda la Extremadura en esta manera: que cualquier home que mantoviese caballo e armas, que fuese excusado de la



martiniega e fonsadera, e que oviese excusados sus amos e molineros e hortelanos e yugueros e mayordomos e apaniaguados, e por esto que fuese tenudo de ir servir a la frontera cada que el Rey le llamase sin le dar el Rey otra cosa ninguna por los tres meses del servicio. Este ordenamiento fizo el Rey con acuerdo de los de las Extremaduras que eran y con él, e envióle a las cibdades e villas e logares de la Extremadura: e este ordenamiento fué fecho por los labradores e caballeros o por otros cualesquier que quisieren mantener los caballos e aver la franqueza para sí e para sus excusados. E agora dejaremos de contar desto, e diremos lo que el rey de Granada fizo para se ayudar en esta guerra en que estaba.

☆

El rey de Granada, veyendo el gran afincamiento de la guerra en que estaba, envió rogar a Aben Yuzaf que le enviase alguna gente en su ayuda, e envióle mil caballeros, e vino por cabdillo dellos un moro que era tuerto de un ojo, e decían que era de los más poderosos que había allén mar. E segund lo que se falló en escripto, dicen que éstos fueron los primeros caballeros jinetes que pasaron aquén la mar después que el Miramamolín fué vencido. E commo quier que luego en el comienzo de su venida destos caballeros fué grand esfuerzo para los moros de aquen la mar, e otrosí pusieron gran miedo a los cristianos diciendo que eran muchos más, pero grand daño se siguió de la su venida al rey de Granada, ca él por los honrar aventajábalos en todas las cosas, e por los tener más pagados dábales muy grandes soldadas, e lo que avía de dar a los suyos dábalo a ellos. E el arrayaz de Málaga e el arrayaz de Guadix, veyendo esto, fablaron con el Rey que non quisiese perder los suyos por los extraños, e el Rey dióles mala respuesta, de que ellos fueron muy despagados. E por esto buscaron manera commo los destruyesen, segund que adelante la estoria lo contará. E agora dejaremos de contar desto, e tornaremos a contar lo que el rey don Alfonso fizo en esta guerra.

☆

En el doceno año deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trecientos e dos años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e doscientos e sesenta e cuatro años. E estando el rey don Alfonso en el Andalucía en esta guerra, e teniendo y consigo todos los del su regno e del su señorío, e viniéndosele en miente de cómmo los moros de Xerez seyendo en él su señorío se alzaron e tomaron el alcázar, salió de Sevilla con su hueste e fué cercar la villa de Xerez. E desque y llegó mandó poner muchos engenios derredor de la villa, que tiraban a las torres e al muro e facían grand daño, e duró la cerca desta villa cinco meses. E los moros, sintiéndose

mucho apremiados de los de la hueste por los muchos males que les facían con los muchos engenios que les tiraban, enviaron decir al rey don Alfonso que toviese por bien de les asegurar los cuerpos e que le darían la villa e el alcázar. E commo quier que el Rey tenía dellos muy grand saña por lo que ficieron por la grand guerra que tenía comenzada con el rey de Granada e con los moros de aquende la mar, otrosí que avía nuevas de Jacob Aben Yuzaf, rey de Marruecos, que se apercebía para pasar aquende la mar con todo su poder, e por cobrar esta villa antes que aquello fuese, tovo por bien de tomarla e dejar salir los moros a salvo, e desque fué entregada poblóla de caballeros e homes fijos dalgo e de otras buenas compañas, e dende fué a Vejer e Medina Sidonia e a Rota e a Sant Lúcar, e los moros que las tenían entregárongelas, e pobló el puerto de Santa María. E dende vino por Arcos e por Lebrija, que se le avían alzado, e envió dende los moros, e entregáronle el castillo de Arcos, e poblólos de cristianos e bastecióls de armas e de viandas e de las otras cosas que ovieron menester. E tornó a Sevilla a acordar cómmo faría sobre la guerra que tenía comenzada, e por cuanto era cerca del invierno, mandó que se fuesen algunas compañas para sus tierras, e que viniesen todos a él el mes de abril porque pudiese continuar la guerra que tenía comenzada con los moros.

☆

En el treceno año del regnado deste rey don Alfonso, que fué en la era de mill e trecientos e tres años, e andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e sesenta e cinco años, este rey don Alfonso, queriendo poner grant acucia en la guerra que tenía comenzada con los moros, desque llegó el mes de febrero envió llamar por sus cartas todos sus vasallos, e ante que llegasen vinieron mandaderos de los arrayaces de Málaga e Guadix, que eran en el reyno de Granada muy poderosos, e dijeron al Rey que fuese la su merced de ayudar e amparar aquellos arrayaces, e que ellos avían villas e castillos e muchos caballeros con que farían servicio al rey don Alfonso contra el rey de Granada. E al Rey plúgole mucho con esta mandadería, e envióles su respuesta muy buena, en la cual les envió decir que los ampararía e los defendería, e si el rey de Granada les cercase alguna villa o castillo de los que tenían, que él por su cuerpo iría a los acorrer e a los descercar. E sobre esto envió luego en su ayuda a don Nuño con mill caballeros, e envióles con él sus cartas de aseguramiento porque los arrayaces fuesen ende ciertos. E seyendo llegados con el Rey las gentes por que había enviado, e queriendo entrar a talar e facer guerra e mal e daño a los moros, el rey de Granada, veyéndose en afincamiento de la guerra con los cristianos, e otrosí veyendo el mal e el daño que le facían en la tierra los arrayaces que eran contra él, envió sus mandaderos al rey don Alfonso, con quien le envió decir que toviese por bien



de le dar tregua, e que desamparase los arrayaces, e él que desampararía los moros del reino de Murcia que se le habían alzado, e Alboaquiz su rey, e que le ayudaría contra ellos porque se cobrase la tierra para el su señorío. E el rey don Alfonso fízolo saber a los infantes e ricos homes e caballeros que eran allí con él, e mandó llamar a esta fabla algunos de los concejos. E sobresto fué tratado que se viese el rey don Alfonso con el rey viejo de Granada e vino con él Alamir, su fijo, que había de reinar después dél. E amos estos reyes ovieron las vistas cerca de Alcalá de Benzayde, e pusieron sus treguas de postura e avenencia sobre estos fechos. E la avenencia fué que Aben Alhamar e su fijo, después que reinase, diesen al Rey de cada año docientos e cincuenta mill maravedís de la moneda de Castilla, e el rey de Granada que fuese luego en ayuda del rey don Alfonso porque cobrase el reino de Murcia, e el rey don Alfonso que desamparase los arrayaces. E seyendo los pleitos firmados, el rey de Granada pidió merced al rey don Alfonso mucho afincadamente, que desque cobrase el reino de Murcia, que non matase a Alboaquiz. E como quiera que el rey oviese grand pesar desto quel rey de Granada le pidió, pero non pudo excusar de gelo otorgar. E el rey don Alfonso pidió tregua al rey de Granada para los arrayaces por un año, si en este tiempo los pudiese avenir, e si non, que de allí adelante que non los ayudaría. E el rey de Granada otorgó la tregua, e partiéronse destas vistas, e el rey don Alfonso tornó a Jahen e movió con toda su hueste para el reino de Murcia. E Alboaquiz, que era rey de Murcia, desque sopo que el rey de Granada le avía desamparado e que amos los reyes venían con grandes huestes contra él, e otrosí porque sopo que el rey don Alfonso lo había segurado de muerte, vino se para él a ponerse en la su merced, e llegó a él a Sant Esteban del Puerto, e el rey don Alfonso fué a la cibdad de Murcia. E este Alboaquiz e los moros que estaban en ella entregárongela, e dejó el alcázar al infante don Manuel, su hermano, e dende fué a todos los otros logares que se habían alzado, e entregárongelos. E el Rey puso alcaydes en todos los castillos e dió vecindad a muchos cristianos que la vinieron tomar; pero porque la tierra era grande e non pudo haber luego tantas gentes que la poblasen, dejó y muchos moros de aquellos que ante y moraban, e despuso del rey Alboaquiz, e non lo quiso matar por el prometimiento que se avía fecho, e mandó que morase entre los cristianos, e dióle rentas ciertas en que se mantoviese. E porque este rey don Alfonso avía voluntad de aver reyes por vasallos, fizo regnar en Murcia a Mahomad, hermano de Aben Jud, e mandóle dar la tercia parte de las rentas del reyno de Murcia. E de las cosas que en este año pasaron non se falla en escripto otras cosas que a la estoria pertenezca de contar.

De la *Crónica del rey don Alfonso X* (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, págs. 8 y siguientes).

## LA PRIMERA CUESTION NOBILIARIA EN GRANADA

*Desde muy temprano sufrió Granada del morbo del siglo: la pugna entre la monarquía y la nobleza. Le padecieron todos los reinos peninsulares. Costó la corona a Sancho II de Portugal; provocó los movimientos aragoneses que llevaron a la concesión del Privilegio General y del Privilegio de la Unión, y llenó la historia de los postreros años del Rey Sabio y todos los reinados de sus sucesores. En Granada comenzaron las discordias con la disputa entre los soberanos Nazaríes y los Banu Axqilula —los Ecayuelas de las crónicas castellanas—, hijos y nietos de un cuñado del primer Ben al-Ahmar, fundador del reino granadino. Los rebeldes de cada monarquía buscaban refugio cerca del enemigo de su rey, y más de una vez lucharon junto al soberano que les daba asilo, frente a los magnates alzados contra él. Ello ocurrió con los Ricos-Hombres castellanos y con los Escayuelas, aquéllos exilados en Granada y éstos acogidos en Castilla. La guerra entre los sultanes Nazaríes y los Banu Axqilula duró mucho y tuvo complejas consecuencias internacionales. El reino granadino se hallaba, sí, en el confín de la España cristiana, pero tenía, al otro lado del mar, al Africa islamita, y los Banu Axqilula, o Escayuelas, solicitaron contra sus soberanos, alternativamente, la ayuda castellana y marroquí. En la pugna entre los Banu Axqilula y los Banu al-Ahmar se puso ya de manifiesto lo encontrado de los intereses del sultanato de Granada y del imperio de los "Beni Merines" africanos, y comenzó el doble juego granadino, que consistió en apoyarse sucesivamente en Castilla contra Marruecos y en Marruecos contra Castilla. Al cabo los Banu Axqilula hubieron de cruzar el Estrecho y se establecieron en Alcazalquivir. En el trimilenario cruce racial entre Africa y España, que la islamización de la Península había activado, otra vez gotas de sangre española se mezclaban en el complejo sanguíneo africano.*

Se cuenta que Al-Galib Billah tenía un cuñado de su misma condición, llamado Ben Axqilula. Le había éste prestado apoyo (en su levantamiento) y habían convenido entre los dos que se repartirían el reino que consiguiesen fundar. Se pretende que cuando el sultán Nasari se estableció en Granada, le ofreció el poder, diciéndole: "Soy un hombre del pueblo, un iletrado. Tu autoridad será la mía, tu reino será el mío". Le hizo habitar en la alcazaba (de Granada) y le dió el mando del ejército, que conservó hasta su muerte. Abu-l-Hasan dejó dos hijos: (Abu Ishaq) Ibrahim, que era el primogénito, y el *rais* Abu Muhammad (Abd Allah), su hermano menor. El sultán, cerca del cual habían quedado en Granada, les dió en matrimonio sus dos hijas, Munina y Xams. El *rais* Abu Ishaq (Ibrahim) sucedió a su padre, por ser el mayor. Tuvo dos hijos con la hija del sultán:



Ali y Abd Allah, que recibieron el gobierno de Guadix y de su territorio. El *rais* Abu Muhammad tuvo cuatro hijos: Ali, Muhammad, Yusuf y Farach. Sucedió como gobernador de Málaga al hermano del sultán Ismail ben Yusuf ben Nasr, padre del *rais* Abu Said, que murió sin dejar hijo en edad de reemplazarle. En ese momento, en efecto, Abu Said era un niño todavía muy joven.

Vivieron como buenos súbditos bajo la benévola autoridad de su abuelo, hasta que el heredero presunto, ya hombre, intrigó contra ellos y soportó difícilmente su influencia cerca del sultán. Le reprocharon su conducta para con ellos y se indignaron por la hostilidad que les mostraba. Se declararon independientes en Guadix y Málaga, incluso ya en vida de su abuelo, aunque continuaron considerándole como su soberano y se abstuvieron, hasta su muerte, de acuñar moneda con sus nombres y de designar cadíes. Cuando el hijo (del primer sultán de Granada) subió al trono, se envenenó la vieja querella, el mal empeoró y el conflicto se agravó. Fué el nuevo príncipe a sitiarlos en las ciudades que ocupaban y entonces solicitaron la ayuda de los cristianos, se sublevaron abiertamente y suscitaron revueltas en Comares, Antequera y Loja. Pero el sultán, gracias a su energía, a su inteligencia y a su riqueza, terminó por acabar con ella. Cuando el Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf, pasó a España para hacer en ella la Guerra Santa, los *rais* citados buscaron asilo junto a él y se colocaron bajo su protección. Se apresuraron a entrar a su servicio con sus caballeros y sus infantes. Se encontraron en presencia del sultán nasari, su enemigo, en las reuniones que tuvo con Abu Yusuf en Algeciras y se le mostraron hostiles. Cuando no pudieron soportar más tal situación y le pidieron una entrevista para permitir a los dos partidos exponer sus puntos de vista, se reconoció que habían sido lesionados en sus derechos, pero ello originó en el acto la frialdad de los dos sultanes.

Después, en el curso de las operaciones, Muhammad II tuvo varias ocasiones de entrevistarse con Abu Yusuf y le expuso sus quejas y el daño que podría resultar para el país de la hostilidad de los Banu Axqilula y el soberano Marini cambió totalmente de actitud frente a los últimos y les aconsejó que entregaran Málaga a Muhammad II y que entraran a su servicio. Pero ya se había empeñado la lucha entre ellos y su tío, y uno de ellos, Farach, fué muerto. Su madre, hermana del sultán, se enojó con éste y nunca quiso reconciliarse con él. Los Banu Axqilula resolvieron, entonces, ceder Málaga a un tercero que no fuese el sultán, seguros de que le causarían así gran contrariedad. Se trasladaron a Córdoba y abandonaron Málaga al Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf. Este se trasladó a ella y quedó maravillado de la misma, porque ninguna ciudad en el mundo podía compararsele por su gracia y su esplendor. Practicó en Málaga las ceremonias de la fiesta del sacrificio del año 675 [1276]. Jamás se ha hablado de una fiesta más bella. Entró en la ciudad el 6 del mes de Xawwal de tal año. Después salió de ella, dejando para guardarla a Umar ben Mahalli al Butui,

cuyo hermano estaba al servicio del sultán nasarí, cerca del cual gozaba de gran influencia. Tal hermano de Umar entró secretamente en negociaciones con él y le propuso ceder Málaga al príncipe nasari, a cambio de Almuñécar y de Salobreña. Coronó el éxito sus esfuerzos y Umar se apresuró a hacer apresar a los servidores del soberano mariní y entre ellos al *rais* Abu Abd Allah (Muhammad) ben Axqilula, de quien logró apoderarse usando de la astucia. Envió el acta de la sumisión de la ciudad al soberano andaluz el 27 de Ramadan del año 677 [febrero 1279]. Se apresuró aquél a acudir a Málaga y a fortificarla sólidamente. Umar tomó posesión de Almuñécar, pero el sultán, siempre en acecho, le vigilaba sin cesar y ora firmaba la paz con él, ora le combatía. La situación llegó a ser tan difícil para Umar que aparentó querer rendirse, y pidió que enviaran a alguien para tomar posesión de la plaza. El sultán le despachó a uno de sus primos, con un banderín que debía plantarse en lo alto del castillo. Umar le detuvo prisionero y juró que le arrojaría desde lo alto de la muralla, si eran lanzadas contra él más piedras. Después suplicó al sultán que le dejara en paz. Este tuvo piedad (de su primo) y viendo que no podía concluir con Umar, levantó el sitio. Intentó entonces atraérsele y estimular su ambición. Le ofreció su hija en matrimonio y le invitó a ir a Granada para consumar el matrimonio. Cuando estaba a punto de llegar a la capital, el sultán excitó contra él a los enemigos de sus tíos, los Banu Rahhu ben Abd Allah. Fueron éstos a su encuentro y le mataron. Y así le desembarazó Alá de Umar ben Mahalli, que era uno de los hombres más valientes y más enérgicos. Es conocida su historia y son famosas sus hazañas.

El sultán nasarí Abu Abd Allah procuró entonces hacer cerrar el Estrecho de Gibraltar por los cristianos, a los que invitó a ocupar Algeciras. Desembarcaron en ella el 8 del Xawwal del mismo año; pero las flotas del Magrib y Ceuta, reunidas, les infligieron una gran derrota marítima. Desmoralizados (los castellanos) abandonaron Algeciras a comienzos del mes siguiente. Tales acontecimientos motivaron una grave desavenencia entre los dos soberanos. El Emir de los Musulmanes equipó un ejército; confió su mando a su hijo y le ordenó que atacase el territorio nasarí. Tal ejército sitió estrechamente Marbella y la bombardeó con catapultas. Después, el mismo emir cruzó el Estrecho y vino a embestir Málaga, cuyo gobierno había sido confiado a Abu Said, que era un muchacho. Se entabló un violento combate entre los dos adversarios en los alrededores de la plaza. Los jinetes mariníes llegaron en sus cargas hasta el pie de las murallas, que alcanzaron a tocar las cabezas de sus caballos. Pero luego de tenerla cercada cincuenta días (los magribíes) tuvieron que levantar el sitio y volver a Algeciras. Los días pasaron con alternativas de paz y de guerra, de engaños y de sumisión.

El sultán Abu Abd Allah se esforzó entonces por extirpar las raíces de los Banu Axqilula, para desembarazar de ellas su territorio, de una vez para siempre. El *rais* Abu Ishaq era su jefe y se había unido a los miembros



de su familia que estaban en Málaga. Le dieron la fortaleza de Comares y llegó a ser único amo y señor de la misma. Tal fortaleza era la más inaccesible de toda Andalucía. Los Banu Hammud y otros la habían apreciado en su justo valor y habían construído en ella moradas principescas, dignas de su jerarquía. El *rais* Abu Ishaq la ocupó hasta su muerte. La plaza cayó entonces en posesión de sus hijos, que eran señores de Guadix. Entregaron su custodia a uno de sus hombres de confianza, llamado Ben al-Rami. El sultán nasarí llegó a engañarle, entendiéndose secretamente con cincuenta guardias de la fortaleza. Recibieron cada uno cincuenta monedas de oro para sublevarse contra Ben al-Rami a fin de permitir al ejército nasarí intervenir y apoderarse fácilmente de la plaza. Así ocurrió, y el sultán, luego de conquistarla, la fortificó como puede verse todavía hoy. Con los Banu Axqilula de Guadix, acudió a la astucia. Se mostró con ellos más suave y más conciliador y los colmó de favores, hasta que llegó a atraérselos y a hacerles creer en la sinceridad de sus buenos sentimientos, al mismo tiempo que renovaba el tratado de paz que había firmado con el rey de Castilla. Se establecieron excelentes relaciones entre los Axqilula y el sultán, su tío; firmó éste la paz con ellos y los admitió en su corte, lo que les llenó de alegría y les hizo rechazar toda duda sobre su sinceridad. Pero cuando logró arreglar todo, les comunicó su intención de hacer proclamar a su hijo y les pidió que abandonasen su ciudad y vinieran a Granada, prometiéndoles que obtendrían grandes ventajas de su generosidad y de su protección. Comprendiendo entonces que habían caído en una celada, se apresuraron a solicitar el apoyo del rey de Castilla y le pidieron que aceptara ser otra vez su soberano. Pero (el castellano) les respondió que ello era difícil, porque la suerte de su país había sido regulada en el tratado firmado con el sultán y que al darles asilo provocaría la ruptura de tal tratado. Su despecho fué tanto mayor cuanto que no podían prescindir de los subsidios que recibían del sultán, para mantener su jerarquía. Enviaron por ello un mensajero al rey de Aragón, que se excusó también alegando su lejanía y el hecho de que sus dos países se hallaban separados por Castilla. Como el sultán nasarí hubiera, entretanto, reunido sus guerreros para combatirles, se volvieron hacia el sultán del Magrib, que estaba en Marraquex en tal momento, y redactaron un acta de vasallaje que le enviaron mediante un mensajero. Se entablaron entonces negociaciones entre los dos sultanes nasarí y mariní y (tras ellas) llegaron a un acuerdo, en virtud del cual los Banu Axqilula debían abandonar Guadix (al Mariní) y recibir en compensación el castillo de Ketamia (Alcazarquivir), a donde se trasladaron con sus bienes, con sus guerreros y sus familias, a principios del 687 [1288]. Cuando el sultán mariní tomó posesión de la ciudad (de Guadix) confió su custodia a uno de sus hombres de confianza. Pero poco después fué engañado y la perdió. Debió volver cerca de su señor y éste le hizo cortar la cabeza por sospechar que se había dejado engañar a sabiendas.

Cuando los Banu Axqilula se establecieron en el Magrib, el sultán nasarí

les prohibió poner los pies en Andalucía, y temiendo que el soberano mariní les excitase contra él, invitó al rey de Castilla a ocupar Tarifa, para hacer imposible el cruce del Estrecho. El rey cristiano desembarcó en Tarifa a comienzos de Chumada del año 691 [1292]. Y el enemigo (del Islam) se apoderó de ella, como se sabe, por tal causa. Tal desdicha afligió mucho a los musulmanes, que temieron graves daños de tal pérdida y los poetas la lloraron.

Del *Kitab A'mal al-A'lam* de BEN AL-JATIB (Trad. I. S. Allouche Hespéris, XXV, 1938, 4).

## PACTO ENTRE EL REY DE GRANADA Y LOS RICOS HOMBRES DE CASTILLA

*Si la prudencia de Fernando III, el Santo, contribuyó eficazmente al nacimiento del reino de Granada, su consolidación fué, en gran parte, obra de las guerras civiles castellanas. Aunque la monarquía tuvo en los reinos de León y Castilla una fuerza incomparablemente superior a la que poseyó la realeza en las sociedades feudales europeas, muchas veces hubo de resistir las dentelladas de la aristocracia señorial. La potencia política de ésta aumentó sobremanera en el curso de los siglos XII y XIII. En las discordias civiles de los días de doña Urraca, de Alfonso VII y de la menor edad de Alfonso VIII, se habían engrandecido sobremanera algunas familias castellanas. La colonización de la Mancha y Extremadura por las Ordenes Militares y los grandes heredamientos que en ambas, y en Andalucía, adquirieron los nobles, acrecentó extraordinariamente su poder en el equilibrio de las fuerzas sociales del reino. El Rey Santo y el Rey Sabio dejaron buen número de hijos que fueron cabeza de fortísimos linajes. Y la monarquía se halló al cabo, por ello, frente a una aristocracia tan poderosa como ambiciosa y turbulenta. Cuando murió Fernando III y ocupó el trono un intelectual, de clara mente pero de voluntad vacilante, Alfonso el Sabio, al acabarse el botín territorial con que acallar los apetitos nobiliarios, estalló la dramática pugna entre el rey y la nobleza. Los Ricos Hombres de Castilla, ejercitando sus derechos de "salirse del reino", paralelos a los del monarca de "airarlos", se desterraron voluntariamente a Granada. Allí fueron, naturalmente, bien acogidos por Ben al-Ahmar, que vió en ellos un instrumento de gran utilidad en su resistencia contra la potente monarquía castellana vecina. Y he aquí cómo las discordias, que turbaron el reinado del Rey Sabio, contribuyeron a consolidar el reino granadino.*

"Sepan cuantos esta carta vieren commo nos Alamir Abboadille Mahomad Avenyuzaf Abenasar, rey de Granada, e Amir Amus Lemin, e nuestro



fijo e nuestro heredero Alamir Abboadille, facemos este pleyto con el infante honrado don Felipe, fijo del rey don Ferrando e con el rico ome don Nuño González, fijo del conde don Gonzalo, e con el rico ome don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, e con el rico ome don Esteban Fernández, e con el rico ome don Fernand Ruiz de Castro, e con el rico ome don Juan Núñez, fijo del rico ome don Nuño González, e con el rico ome don Diego López, hermano del rico ome don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, el sobre dicho, e con el rico ome don Alvar Díaz de Asturias, e con el rico ome don Gil Gómez de Roa, e con el rico ome don Ferrand Ruiz, fijo de Rodrigo Alvarez, e con el rico ome Lope de Mendoza. E yo el infante don Felipe, el sobre dicho, e estos ricos omes sobre dichos, somos ayuntados sobre esto, que vos facemos a vos, Rey de Granada e Amir Amus Lemin, e a vuestro fijo Alamir Abboadille, pleito omenaje a buena fe, sin mal engaño que vos lo tengamos, e cuando non vos lo toviésemos, que valiésemos por ello menos contra Dios e contra todos los omes del mundo, commo quien falsa pleito omenaje. E sobresto es el pleito e omenaje que vos facemos, que vos fagades a don Alfonso, rey de Castilla, que vos tenga los pleitos e las posturas que vos fizo en Alcalá de Benzaide, e si vos las non toviere, que nos los sobre dichos que vos ayudemos con nuestros cuerpos e con nuestros omes e con nuestro poder en la guerra que oviéredes con él. E si sobre esto, don Alfonso, rey de Castilla, vos toviere los pleitos sobre dichos que fueron entre vos e él en Alcalá de Benzaide, que vos el Rey de Granada e vuestro fijo Alamir Abboadille, que le tengades aquellas posturas que posistes con él en Alcalá de Benzaide, sin acrescentamiento ninguno. E yo el infante don Felipe e estos omes buenos sobre dichos otorgamos que non fagamos paz nin avenencia ninguna con el Rey de Castilla a menos de vos, e esta avenencia que sea en días de don Alfonso, rey de Castilla. E yo el infante don Felipe, el sobre dicho, otorgo por mí que tenga este pleito omenaje en días del rey don Alonso e del infante don Fernando e del que fuere su heredero, así commo es nombrado, e el previllegio que fué fecho en Alcalá de Benzaide. E yo el infante don Felipe e estos omes buenos sobre dichos otorgamos que vos ayudemos contra todos los omes del mundo, cristianos e moros, en guerra o en paz. E nos, el rey de Granada, Amir Amus Lemin, e nuestro fijo Alamir Abboadille otorgamos que cuando oviéremos menester vuestra ayuda, que vos enviemos con quien podades venir a nuestra ayuda. E yo el infante don Felipe, e estos omes buenos sobre dichos, otorgamos todos e somos tenudos que fagamos por vos, rey de Granada, Amir Amus Lemin e por vuestro fijo Alamir Abboadille, así commo fecimos por el Rey de Castilla cuando éramos sus vasallos en todas las cosas del mundo que vos ayades menester mientra fuéremos convusco. E yo el infante don Felipe e estos omes buenos sobre dichos, otorgamos que vos seamos amigos para siempre jamás, e a vuestros fijos e a vuestros nietos e a los que de vos vinieren. E nos Alamir Abboadille Abenyuzaf Abenasar, rey de Granada, e Amir Amus

Lemin, e nuestro fijo Alamir Abboadille, otorgamos a vos el mucho honrado infante don Felipe e a los ricos omes sobre dichos, sobre esto que somos tenudos, e vos facemos pleito omenaje a buena fe, sin mal engaño, si vos tomare el rey de Castilla la tierra que tenedes dél, o vuestras heredades, o vos desaforare, que seamos tenudos de vos ayudar con nuestras tierras, e con nuestros omes o con nuestro poder a guerrealle. E si viniéredes a nos, que sea la nuestra guerra una, e si fincáredes en vuestra tierra, que guerreedes vos de vuestro cabo e nos del nuestro, e si acaesciere que vengades a nos, que fagamos contra vos segund ficimos en aquel tiempo cuando venistes a nos. E este pleito e este omenaje tenervos lo emos, e si non vos lo toviéramos, que valgamos menos por ello contra Dios e contra todos los omes del mundo, así commo quien falsa pleito omenaje. E nos el Rey de Granada Amir Amus Lemin, e nuestro fijo Alamir Abboadille otorgamos a vos, infante don Felipe e a los ricos omes sobre dichos que non fagamos con el rey de Castilla paz nin postura a menos de vos. E otrosí otorgamos nos el rey de Granada e nuestro fijo que si tomáremos a don Alfonso, rey de Castilla, villas e castillos de hoy adelante, que seamos tenudos de gelo tornar cuando fuere la paz con él. E yo el infante don Felipe e estos ricos omes sobre dichos somos tenudos que si el Rey de Castilla vos tomare villas o castillos de hoy adelante, que fagamos que vos los dé cuando fuere la paz. E nos el Rey de Granada e nuestro fijo vos otorgamos que cuando quier que ayamos guerra con el Rey de Castilla e viniéredes a nos, que fagamos contra vos así como ficimos este tiempo; e más otorgamos a vos el dicho infante e ricos omes que vos seamos siempre amigos a vos e a vuestros fijos e a vuestros nietos e a los que de vos vinieren. E nos Rey de Granada Amir Amus Lemin e nuestro fijo Alamir Abboadille, porque sea firme e non venga en dubda, escrebimos en esta carta letra de nuestras manos. E yo, el infante don Felipe e los ricos omes sobre dichos, posimos en ella nuestros sellos colgados". Después que estas posturas fueron firmadas entre el Infante e los ricos omes con el rey de Granada; fueron a Granada, e el Rey e sus fijos saliéronlos a rescebir con muchas compañas, e entraron todos en la cibdad, e diéronles posadas e viandas e los otras cosas que ovieron menester muy complidamente, e moraron y pocos días. E luego el rey de Granada rogóles que fuesen facer mal e daño al arrayaz de Guadix. E el Infante e los ricos omes e los caballeros que fueron y con ellos, tomaron viandas e las otras cosas que ovieron menester, e fueron facer guerra al arrayaz, e llegaron a la villa de Guadix e moraron y un mes talando las huertas e faciéndoles mal e daño. E el arrayaz e los que estaban con él defendíanse cuanto ellos podían; así que el mal no era tanto de que el arrayaz se sintiese mucho apremiado; e luego que y llegaron aquellas compañías, el arrayaz se envió querellar desto al rey don Alfonso, e el Rey envió a los ricos omes su mandadero, con quien les envió decir que cuanto dapño ficiesen al arrayaz su vasallo, que de los sus bienes gelo entregaría; e esto excusó gran parte del mal que pudieran facer al arrayaz. E porque el rey de Granada era



muy viejo e estaba flaco de dolencia, envióles decir e rogar que se viniesen para Granada, e a pocos días que allí llegaron, finó el rey Abboadille. E los ricos omes de Castilla e de León que eran en Granada ficiéronle mucha honra, ca ellos le levaron a soterrar, e algunos de los moros non quisieron tomar por rey a Alamir Abboadille su fijo, ca tenían muchos dellos con otro su hermano. E algunos querían tomar uno de los arrayaces de Málaga o de Guadix por los tirar del vasallaje del rey don Alfonso, e los ricos omes de Castilla e de León tomaron su voz de Alamir Abboadille, e ficieron que fuese Rey.

De la *Crónica del rey don Alfonso X* (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, 32).

## OTROS ZARPAZOS DEL CHACAL AFRICANO

*Ni las conquistas de Fernando III, ni las de Alfonso X, ni la sumisión de la morisma andaluza y murciana rebelada contra él, ni el vencimiento del rey de Granada, pusieron fin al peligro islamita, ni interrumpieron el multisecular batallar de musulmanes y cristianos. Por tercera vez en el curso de dos siglos, la zarpa del chacal africano iba a desgarrar a la cristiandad española. Un nuevo imperio había sustituído en el Magrib al imperio almohade. Como sus predecesores en el dominio del Noroeste de Africa, y como los almorávides antes y los árabes primero, los nuevos señores de las playas marroquíes, al llegar hasta ellas y conquistar las fortalezas del Estrecho, sintieron el formidable tirón que, desde el otro lado del mar, daba, de continuo, el poderoso imán hispano. Las riquezas de Al-Andalus se brindaban allí al alcance de su fuerte y codiciosa garra como una sabrosa fruta madura. Por el camino de todos los invasores africanos, los Banu Marin entraron en España y empezaron su acometida contra ella. Pero esta vez no hallaron en tierras españolas, como Tariq y Muza en 711, un imperio desgarrado por la discordia civil. No se enfrentaron, como Yusuf ben Taxufin, en 1086, con una serie de reyezuelos desvitalizados por su exquisito refinamiento, divididos por sus querellas y explotados por unos pequeños estados septentrionales que acababan de salir de las sombras de la impotencia. Ni siquiera hallaron, como los almohades, una España musulmana acostumbrada al señorío magrebí y una España cristiana fraccionada en cinco reinos hostiles, a cuya cabeza se hallaba Castilla que iba a sufrir en seguida la turbulenta minoría de Alfonso VIII. En el siglo XIII, los nuevos conquistadores africanos toparon con el reino moro de Granada que, atento a los mensajes de la historia, no olvidaba la suerte corrida por los otros estados islamitas peninsulares a manos de almorávides y almohades, y con una Castilla poderosa que se extendía desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo. El zarpazo sorprendió a la cristiandad desprevenida, ensangrentó los nuevos*

*dominios castellanos al Sur de Sierra Morena y ocasionó dos graves bajas en las minorías directivas de Castilla. El chacal marroquí se precipitó hasta cinco veces sobre Al-Andalus. Ora fueron sus víctimas los cristianos, ora los musulmanes españoles. Causó grandes heridas y destrozos, pero Granada y Castilla, ya unidas, ya enemigas, pudieron resistir y salvaron la crisis. Y esta tercera acometida de Africa no produjo los frutos perdurables que las tres anteriores.*

### La versión africana

El autor (¡que Dios le conceda misericordia!) dijo: Luego de haber recibido varios correos de Ben al-Ahmar, requiriendo socorro para Andalucía, el Emir de los Musulmanes partió de Fez el 1º de Xawwal del año 673 [31 marzo 1275] y llegó a Tánger. Estando allí, mandó llamar al alfaquí Abu Qasim al-Azfi y le ordenó reunir tropas para hacer la Guerra Santa contra los trinitarios, armar naves para atravesar el mar y hacer un llamamiento al celo de todos los creyentes. En seguida dió a su hijo, el emir Abu Zayan, el mando de cinco mil jinetes de entre los principales mariníes y árabes y, confiándole la enseña imperial, le recomendó que temiera a Dios en su intimidad y a los ojos de todos. Después le dijo adiós y le envió para Al Qasr al-Muchaz, donde el alfaquí Abu al-Qasim al-Azfi había ya preparado veinte navíos para la travesía de los guerreros santos. El emir Abu Zayan embarcó, pues, en Al-Qasr al-Muchaz con toda su tropa y desembarcó el 16 de Dzu-l-qada del año 673 [14 mayo 1275] en Tarifa, donde permaneció tres días para dar tiempo, a sus hombres y a sus caballos, de reponerse de las sacudidas del mar, y se dirigió a Bahyra, que saqueó y cuyo botín envió a Algeciras. Desde allí continuó su marcha, asesinando, pillando y destruyendo castillos y aldeas, incendiando las cosechas, arrasando los árboles y trastornándolo todo, en dirección a Jerez, sin que ningún cristiano fuese capaz de detenerle, ni aun osase ponerse en su presencia. Envió a Algeciras su botín y los prisioneros encadenados, y la población dió muestras de gran regocijo, pues se trataba de la primera victoria que los musulmanes obtenían después de la derrota de Al-Uqab, en 609 [1212], en la que los cristianos destrozaron a los almohades. Habiéndoles Alá colmado de temor por este desastre, los musulmanes no osaron más combatir ni oponerse a los cristianos, que se apoderaron de sus tierras, de sus fuertes y de sus castillos, yendo de victoria en victoria, hasta el momento en que el estandarte victorioso del Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf, atravesó el mar bajo la protección de Alá, para liberar el Islam y confundir a los adoradores de imágenes.

Después de haber enviado a Andalucía a su hijo, el emir Abu Zayan, con sus enseñas imperiales, el Emir de los Musulmanes envió a su nieto, el emir Taxufin ben al-Wahid, para pactar la paz y aliarse con Yagmurasin ben Zayan, en nombre de la defensa del islamismo, para que no hubiese



nada que temer con respecto a sus fronteras durante la Guerra Santa. En efecto, la paz se firmó en Tlemcen por la voluntad y omnipotencia de Alá, y el pueblo del Islam se halló, así, unido, y latió como un solo corazón. El Emir de los Musulmanes, colmado de felicidad, dió abundantes limosnas, en acción de gracias al Altísimo, y escribió en seguida a los jeques mariníes y a las tribus árabes: Masmuda, Sanhacha, Gumara, Waraba, Miqanasa y otras del Magrib, llamándoles a la Guerra Santa. Al mismo tiempo se trasladó en persona a Al-Qasr al-Chuaz y comenzó el embarco de su ejército, hombres, caballos y bagajes, con destino a Andalucía, a donde cada día enviaba una parte de los santos guerreros, acompañados de un cuerpo de los Banu Marin. Los creyentes pasaron de este modo, sin interrupción, en navíos que se sucedían unos tras otros, y, una vez que estuvieron todos desembarcados en las riberas andaluzas, su campamento cubría por completo el lugar, desde Tarifa a Algeciras. El Emir de los Musulmanes llegó en persona, siguiendo las huellas de sus tropas, que no lo aguardaban, y desembarcó en la playa de Tarifa. Su travesía tuvo lugar la mañana del 21 de Safar del año 674 [17 agosto 1275]. Pronunció la oración del Duur en Tarifa y a continuación se puso en marcha para Algeciras, en donde halló a Ben al-Ahmar y a Ben Axqilula, emires de Andalucía, que le aguardaban con sus soldados y sus enseñas. Tras de saludarlos y conversar con ellos algunos instantes, dió fin al desacuerdo existente entre ambos reyes, quienes hicieron la paz y unieron sus corazones por la gracia de Alá y para ventaja de los musulmanes. El emir les consultó sobre la manera de llevar la guerra contra los trinitarios y les dió licencia para regresar a sus tierras; Ben al-Ahmar regresó a Granada y Ben Axqilula a Málaga. El Emir de los Musulmanes comenzó, entonces, su expedición con todo su santo ejército, y marchó sin tregua ni reposo, sin preocuparse de las bajas ni de los rezagados, sin dormir ni comer hasta su llegada a las orillas del Guadalquivir, y todo esto para no dar tiempo a los cristianos de informarse de su arribo. Dió el mando de la vanguardia, compuesta de cinco mil jinetes, a su hijo el emir Abu Yacub a quien confió el tambor y las enseñas, y el ejército estableció su campamento a orillas del Guadalquivir, sobre el que cayó como lluvia o como nubes de langostas; los soldados no dejaron árbol en pie, ni aldea sin destruir, ni botín sin tomar, ni cosecha sin incendiar, y devastaron toda aquella parte del país cristiano, asesinando hombres, y raptando mujeres y niños. De este modo llegaron hasta la plaza fuerte de Almodóvar, matando, pillando, destruyendo, saqueando e incendiando todo a su paso en las campiñas de Córdoba, Abra y Baeza. Los cristianos fueron muertos por millares innumerables, y sus mujeres e hijos fueron aprisionados en igual proporción. Los musulmanes entraron en asalto en la fortaleza de Huelma, y se apoderaron de todos los tesoros que guardaba. Las manos de los Banu Marin se llenaron así de botín. Habiendo ordenado el Emir de los Musulmanes reunir todas las presas, se reunieron bueyes, caballos, animales de carga, prisioneros, hombres y niños, bagajes y vestimentas, en tal cantidad, que las llanuras y las

colinas se hallaban cubiertas por el botín y los cautivos, sin que se pudiesen contar. Entonces el emir dió orden de llevar por delante el botín, y se marchó siempre devastando e incendiando todo, al punto que el país entero parecía estar iluminado por los arreboles de la aurora; el botín aumentó más todavía y las tropas circulaban como las aguas de un río. El emir avanzó de este modo hasta llegar a la ciudad de Ecija. Allí recibió un correo que le informó de que todos los cristianos, reunidos en torno de sus jefes, se adelantaban a las órdenes de Dun Nuna (Don Nuño de Lara), en persecución de los musulmanes, y que ese mismo día debían llegar para atacarle y apoderarse del botín que tenía en su poder.

Al llegar a Ecija, el Emir de los Musulmanes rodeó la plaza con su ejército victorioso y con el botín que Dios le había concedido. En esos momentos un mensajero vino a anunciarle que se acercaba Don Nuño a la cabeza del ejército cristiano. Reunió en seguida a los jeques de los Banu Marin para deliberar acerca de las disposiciones que se deberían tomar contra los infieles. Bien pronto se vió aparecer la caballería y la infantería de los cristianos, alineados y por millares, conducidos por el general Don Nuño, ubicado en el centro. Alfonso —¡que Dios lo maldiga!— había confiado el mando del ejército y el cuidado de sus estados y de sus asuntos a este general, bajo cuyo mando los cristianos no habían sido jamás vencidos y habían prosperado siempre, apoderándose de la mayor parte de los países musulmanes.

Infatigable, Don Nuño había hecho inmensas conquistas, y no cesaba jamás de recorrer e inquietar día y noche la comarca. El maldito avanzó, pues, para atacar al Emir de los Musulmanes, a la sombra de sus enseñas, y al son de los clarines, marchando a la cabeza de su ejército, negro como la noche, cuyas filas se movían como las olas del mar. Tras ellos llegó, a continuación, la caballería y la infantería con paso acelerado, los unos tras los otros, prontos para el ataque y para el combate, blandiendo sus armas y con los caballos guarnecidos de arneses y con corazas de hierro. En cuanto el emir los divisó y notó su maniobra, hizo que todo el botín partiese escoltado por mil de los más valientes caballeros de los Banu Marin, y se aprestó a la lucha con todos sus santos guerreros. Descendió de su caballo y, después de haber hecho sus abluciones y de haber recitado la raqa levantó sus manos y pronunció una invocación que llenó de confianza a los musulmanes, pues era semejante a la que el Profeta —¡que Alá lo bendiga!— recitaba cuando llevaba a sus compañeros al combate: "¡Oh, Alá, torna victorioso este ejército, concédele fuerza y tu ayuda poderosa para combatir a tus enemigos!" Tras la oración, el Emir de los Musulmanes volvió a montar sobre su caballo y dispuso su ejército en orden de batalla. En la vanguardia situó a su hijo, el emir Abu Yacub, y recorrió las filas de los jeques Banu Marin, de los emires árabes y de los jefes de las tribus, diciéndoles: "¡Oh, compañeros míos musulmanes, ejército de santos guerreros, es éste un gran día, y este lugar va a ofreceros la muerte gloriosa de los



mártires! Las puertas del Paraíso están ya abiertas, y las avenidas del cielo están dispuestas para recibiros; estad prestos a subir, *pues el Altísimo ha comprado sus bienes y sus personas a los creyentes, para darles en cambio el paraíso*. Valor, compañeros musulmanes, y mantened la lucha contra los trinitarios. Aquel de vosotros que muera, morirá testimoniando (mártir), y aquel que sobreviva, sobrevivirá con un rico botín y será recompensado y honrado. *¡Sed pacientes, competid en paciencia los unos contra los otros, sed firmes y temed a Dios. Seréis dichosos!*" Cuando los creyentes oyeron estas palabras, se pusieron a desear el testimonio (la muerte); con el corazón angustiado, se dijeron adiós y se arrojaron los unos en brazos de los otros, resignados a morir con la esperanza del paraíso. Repitieron sus profesiones de fe con entusiasmo, y, llenos de ardor, exclamaron: "¡Adelante, servidores de Dios! ¡Que nadie retroceda!" De este modo se adelantaron al ataque de los cristianos y se precipitaron sobre el ejército enemigo. La batalla se volvió cada vez más encarnizada, y en el desorden se veía caer a los cristianos como si el fuego del Cielo los azotase. Los enemigos de Dios fueron destrozados; la sangre corría sobre las hojas de los sables que separaban sus cabezas de sus cuerpos. Los héroes Banu Marin se precipitaban sobre ellos como leones embravecidos y los mataban con placer. Tuvieron también que hacer uso ellos mismos de la enorme paciencia que el Misericordioso recomienda en los combates; y así Alá concedió la victoria a su ejército y la fama a sus jefes, y prestó socorro a sus soldados. El general infiel, Don Nuño, fué muerto, sus legiones destrozadas, y todo su ejército aniquilado en un abrir y cerrar de ojos, de tal suerte, que no quedó lanza sin quebrar, ni coraza sin destruir, ni hombre alguno para narrar la destrucción (total del ejército). El Emir de los Musulmanes dió orden de cortar la cabeza a todos los cristianos caídos en el campo de batalla y de contar las (que hubiera). Se reunieron, de este modo, diez y ocho mil, en una pila que parecía una montaña, hasta cuya cima subieron los muezzines para llamar a los creyentes a la oración. Los musulmanes recitaron las plegarias de Duur y de Assir, sobre el campo de batalla, en medio de los cadáveres bañados de sangre. El Emir de los Musulmanes se informó entonces sobre quienes habían hecho su profesión de fe durante la batalla y para quienes, de este modo, Dios había adelantado la hora de las grandes recompensas. Sumaban treinta y dos, de los cuales nueve eran de los Banu Marin, quince árabes y andaluces, y ocho voluntarios. Les hizo dar sepultura, acompañando esto con cantos de loa al Altísimo y con acciones de gracias.

Esta sagrada batalla, en la que Dios recompensó al Islam con un magnífico botín y destruyó a los adoradores de imágenes, tuvo lugar el 15 de Rabi I (mes del nacimiento de nuestro señor Mahoma, ¡qué Dios colme de bendiciones!) del año 674 [9 septiembre 1275]. El Emir de los Musulmanes envió inmediatamente correos en todas direcciones, a Andalucía y al Adua. Sus cartas se leyeron en todas las mezquitas y en todos los lugares se dieron muestras de gran regocijo: se distribuyeron limosnas en abundancia y se

libertó a los esclavos, en testimonio de reconocimiento al Altísimo. Entonces el emir regresó, con el botín y con los prisioneros, a Algeciras, en donde hizo su entrada triunfal, el 25 del ya mencionado mes de Rabi I, precedido por los jefes cristianos y sus familias, arrastrando sus cadenas. Envió a Ben al-Ahmar la cabeza de Don Nuño, como testimonio de la protección dada por el Altísimo a sus servidores los Banu Marin. Ben al-Ahmar hizo embalsamar esta cabeza con almizcle y alcanfor, y la envió a Alfonso, para serle agradable y atraerse su simpatía.

El emir emprendió, entonces, la partición del botín con que Alá había colmado a los musulmanes; reservó el quinto para sí y dividió lo restante entre los santos guerreros; había ciento veinticuatro mil bueyes; en cuanto a los otros animales, su número era tan considerable, que se hizo imposible contarlos y fué posible comprar, en el mercado, una oveja por un dirhem. Los prisioneros, hombres, mujeres y niños, alcanzaban la cifra de siete mil ochocientos treinta y se contaron catorce mil seiscientas bestias, entre caballos, mulas y asnos; las armaduras, armas y equipajes eran innumerables y todos los musulmanes se enriquecieron. Tras de hacer la distribución entre ricos y pobres, entre las gentes del pueblo y los nobles, sin predilecciones, el emir dió fin a su estadía en Algeciras, en el mes de Rabi II y se puso en marcha en dirección a Sevilla el 1º de Chumada I [24 octubre 1275].

El autor del libro (¡Que Dios le sea propicio!) ha dicho: Abu Yusuf salió de Algeciras el 1º de Chumada I del año 674, para hacer su segunda campaña; se dirigió a Sevilla, acampó ante sus muros con el ejército musulmán, en el lugar llamado Ma-l-Fruch, y comenzó a arrasar los alrededores, enviando en todas direcciones destacamentos que saqueaban todo lo que encontraban al paso. Al segundo día montó a caballo y se aproximó a las puertas de la ciudad y retó a sus defensores a tambor batiente y con las banderas desplegadas. Los cristianos se precipitaron en dirección a los muros para resistir el ataque; pero no hubo uno solo de sus emires o de sus guerreros que osase aproximarse al emir y aceptar su desafío. Después de haber combatido las murallas, de asolar los alrededores, de incendiar las aldeas y de haberlo saqueado todo, el emir levantó campamento y se dirigió a Jerez, que trató del mismo modo que a Sevilla; luego regresó a Algeciras, en donde entró el 27 de Chumada I. [19 noviembre 1275], y procedió a la repartición del botín y de los prisioneros, cuyo número era tan considerable, que una cristiana no se vendía a más de un dinar y medio. Se estaba entonces a comienzos del invierno y el emir permaneció, con todas sus tropas, acampando a orillas del Wad al-Nisa, en las cercanías de Algeciras, durante toda la época del mal tiempo. No habiendo podido los cristianos sembrar, en ese año, los alimentos escasearon y estuvieron a muy alto precio, y, muy pronto, hubo hambre en todo el país. Por otra parte, los Banu Marin, fatigados de su estada en Andalucía, ansiaban con vehemencia volver a ver a sus familiares y a sus hijos y también el emir se resolvió a regresar



al Magrib. Desembarcó en Al-Qasr al-Muchaz, el 30 del mes de Rachab [20 enero 1276].

Del *Rawd al-Qirtas* de BEN ABI ZARA (Según versión francesa de Beaumier, 448).

## Versión castellana

Grand pesar avía el rey de Granada por la tregua que dió a los arrayaces estando él en Sevilla, que avía dado al Rey grand algo, e avía roto la carta del pleito que los ricos-omes avían con él; todo esto avía fecho cuidando que los arrayaces [los Escayuelas] fincarían en manera que los pudiese conquerir e tomarles la tierra que teníen. E entendió, que pues fincaban en tregua con él por aquel año, que después de aquel tiempo el rey de Castilla querría tornar a los defender, e así fincaba él deste pleito con daño, e los arrayaces fincaban señores en la tierra. E por tomar venga desto, luego que partió de Sevilla envió sus mandaderos a Aben-Yuzaf, rey de allén mar, con que le envió decir los males que avía rescibido de aquellos arrayaces, que le tenían la tierra por fuerza, que fué de su padre, e en commo el rey don Alfonso ge lo avía defendido fasta entonce, e que oviera avenencia con el rey don Alfonso, e que fuera a él a Sevilla e le diera grand algo de lo suyo; e otrosí que soltara a los ricos-omes los pleitos e posturas que avían con el rey de Granada, su padre, e con él, e que les diera a romper la carta que era entrellos. E aviendo todo esto fecho porque le desamparasen los arrayaces, que ficieron que les diese tregua por un año, e que cuidaba que desque el tiempo del año fuese cumplido, que el rey de Castilla los querría amparar, e ellos que le farán perder el reino; e por esto que se quería avenir con los arrayaces e dejarles la tierra que tenían e que le sirviesen con ella. E luego envió sus mensajeros que trojesen avenencia entre ellos; e los arrayaces, sabiendo commo el rey don Alfonso se iba al Imperio, e rescelando que si el rey de Granada les ficiese guerra, que non seríen acorridos, firmaron sus amistades con el rey de Granada; e que le facía saber que la tierra de los cristianos estaba agora en manera, que si Aben Yuzaf acá pasase, que podría conquerir grand parte della con el ayuda que él le faría; ca el rey don Alfonso era fuera del reino, yendo al Imperio, e las otras gentes todas estaban en seguranza, e así que podría en poco tiempo tomar grand parte de la tierra de los cristianos. E porque él pudiese pasar mejor, e lo oviese más a voluntad, que le daba los puertos de Algecira e de Tarifa, en que pudiese poner las viandas, e las armas, e las otras cosas que él trojiese de allén la mar, e par en que morase de que él fuese pasado aquende. E Aben Yuzaf después que ovo oída la mensajería del rey de Granada, envióle su respuesta muy buena, en que le envió decir que oyera lo que le dijeran sus mandaderos, e que le pluguiera mucho de saber su facienda, e que quería pasar aquende, e que ficiese entregar aquellas

villas de Algecira e de Tarifa a las sus gentes, que él y enviaba, e que luego pasaría aquende con todas las más gentes que pudiese aver. E luego que el rey de Granada ovo esta respuesta, envió mandar que entregasen a Aben Yuzaf las villas de Algecira e de Tarifa. E Aben Yuzaf pasó luego a Algecira con pocas compañas, e envió por otras muchas gentes, que pasaron después que él, e así los que pasaron fueron diez e siete mill caballeros. E después que estas gentes fueron llegadas a él, salieron de Algecira, e vinieron luego a tierra de Málaga, ca el rey de Granada le envió rogar que fuese por y, e que asegurase por él a los arrayaces que le guardasen los pleitos e las posturas que entrellos eran firmados. E los arrayaces de Málaga e de Guadix vinieron a Aben-Yuzaf, e fueron con él fasta que el rey de Granada vino a verse con Aben-Yuzaf; e los pleitos e posturas tratados entre el rey de Granada e los arrayaces, firmáronlos ante Aben-Yuzaf, en manera que los arrayaces fueron avenidos con el rey de Granada e en su servicio, e allí acordaron cómmo ficiesen la guerra en esta manera: Que fuese Aben-Yuzaf a correr la tierra del reino de Sevilla e que comenzase por Ecija, e que el rey de Granada que fuese a facer guerra por el obispado de Jahén. E Aben-Yuzaf envió con el rey de Granada dos moros que avían pasado con él, los más poderosos que él traía, e eran hermanos, e decían al mayor Havojava Talí e al otro decían Uzmen. E pues que avemos contado de cómmo estos moros ordenaron de facer guerra, contaremos lo que fizo don Nuño, adelantado de la frontera, que estava en Córdoba.

Dicho avemos en cómmo el rey don Alfonso, cuando fué al Imperio, dejó por adelantado de la frontera a don Nuño; e estando en Córdoba, supo de cómmo Aben-Yuzaf era pasado, e todos aquellos caballeros con él, e enviólo luego a decir al infante don Fernando, que estaba en Burgos. E don Fernando envió luego sus cartas a los infantes e a todos los ricos omes e caballeros e a todos los otros del reino, en que les envió a decir de cómmo Aben-Yuzaf era pasado aquende la mar, e que facía guerra e mal e daño en la tierra, e que les mandaba que enviase a él, e que les faría dar luego sus soldadas, que se apercibiesen para ir con él a la guerra de los moros. E don Nuño, después que ovo enviado estas cartas don Fernando, envió llamar a todos los de la frontera que viniesen a él a Ecija, porque supo que Aben-Yuzaf venía a correr la tierra de los cristianos por aquella parte, e llegáronle y algunas gentes de la frontera, e otrosí sus vasallos que eran y con él. E estando él allí, Aben-Yuzaf vino con toda su hueste cerca de Ecija, e don Nuño e todos los que eran con él salieron fuera de la villa e pusieron sus haces contra los moros. E, segund dicen algunos, don Nuño quisiera ese día excusar la pelea, ca sabía que el rey Aben-Yuzaf traía muy grandes poderes de gentes, e él non tenía sino pocos; e algunos de los que estaban con él dijéronle que, pues las haces estaban tan cerca, e los peones se veían a ojo unos a otros, que sería muy grand mengua a don Nuño partir la pelea, e que parescería que iba fuyendo. E esto dicen algunos que



fué ansí dicho, mas non se falla en escripto si fué la pelea por esto o non; pero es cierto que don Nuño e los que estavan con él palearon con los moros que venían con Aben-Yuzaf, e fueron vencidos los cristianos, e murió y don Nuño en la pelea e muchos de los que iban con él, e murieran más, si non que tenían la villa de Ecija cerca a do se acoger. E fállase por escripto que don Nuño e los que eran con él fueron tan fuertes caballeros, que lidiaron tanto, que Aben-Yuzaf resceló que sus moros serían vencidos; ca él estaba en lugar donde veía la pelea. E desque don Nuño fué muerto, e los cristianos fuídos del campo, Aben-Yuzaf fué ver qué gentes de los cristianos murieron en aquella pelea, e fallaron a don Nuño muerto en el campo, e yacían derredor dél muertos muchos caballeros, e cuatrocientos escuderos de pie que le guardaban, e otras muchas gentes de cristianos e de moros que murieron allí. E Aben-Yuzaf mostraba que le pesaba de la muerte de don Nuño, ca dicía que lo quisiera tomar vivo, e mandóle cortar la cabeza e envióla al rey de Granada, e envióle decir que tomase su parte de aquella cabalgada. E el rey de Granada envióle decir que era pagado con aquella parte que le enviaba; pero que le pesaba por la muerte de don Nuño, ca éste fizo mucho porque él fuese rey. E esta cabeza envióla a Córdoba, e envió a decir que la enterrasen con el cuerpo. E el día que don Nuño murió fué sábado, en el mes de mayo de la era de mill e trecientos e trece años. E el rey Aben-Yuzaf, desque ovo vencido esta pelea, supo de algunos cristianos que cativaron aquel día, que en la villa de Ecija avían fincado muy pocas gentes, e por esto fincó allí aquella noche cerca de la villa, cuidando que otro día la podría tomar. E en aquella noche llegó don Gil Gómez de Villalobos, abad de Valladolid, a Ecija, e de sus compañas e de otras gentes que venían a don Nuño, entró el abad aquella noche en Ecija con trescientos omes de caballo. E desque supo el vencimiento de los cristianos e la muerte de don Nuño, e que Aben-Yuzaf estaba allí tan cerca con su hueste, sospechó que otro día querría combatir la villa. E en aquella noche el abad e los que entraron con él velaron e pusieron recabdo en las puertas, e partieron por cuadrillas el defendimiento de la villa, e otrosí requirieron las ballestas que y avían e el almacén de las saetas que tenían. E otro día Aben-Yuzaf mandó combatir la villa, e porque la defendieron muy bien los que estaban dentro e le firieron y muchas gentes, mandólos redrar dende, e fué posar con su hueste más redrado de la villa. E desde allí envió pieza de sus compañas por tierra de la frontera, que la corriesen e la robasen, e mandóles que recudiesen a él entre Ecija e Palma, que allí estaría fasta que recudiesen. E desta vez las sus algaras pasaron el río de Guadalquevir, e robaron todos los ganados que los cristianos avían pasado el río por miedo de los moros. E agora dejamos aquí de contar de Aben-Yuzaf, e contaremos de cómmo los moros mataron al arzobispo de Toledo.

Por todas las partes del reino de Castilla e de León ivan las nuevas de la muchedumbre de los moros que pasaron con Aben-Yuzaf, e de los

muchos males que ficieron en la tierra de los cristianos, e por esto todos se apercibieron a ir a la frontera. E el infante don Sancho, arzobispo de Toledo, fijo de don Jaimes de Aragón, desque supo esto, fizo llamar todos los caballeros vasallos del Rey que moraban en Toledo, e en Talavera, e en Guadalajara, e en Madrid, para que fuesen con él. E estos caballeros, por el mandamiento que ovieron de don Fernando, en que les envió mandar que fuesen luego a la frontera, e por el llamamiento del Arzobispo, fueron todos con él. E con éstos e con todas las otras gentes que el Arzobispo pudo aver de los suyos, fué al obispado de Jahén, e estando esperando algunos caballeros, que no eran aún todos llegados, vino a él un caballero freyle de Calatrava, comendador de Martos, e dicíenle Alfonso Garcí, e díjole de cómmo los moros eran llegados a Martos, e levaban muy grand presa de ganados e de omes e de mujeres cativos, e cómo venían cansados de muy grand tierra que avían andado; que si el Arzobispo fuese allá con las gentes que allí tenía, que les tomaría la presa e matarían muchos dellos, e que faría muy gran servicio a Dios. E estos moros eran los que avía enviado el rey de Granada que corriesen la tierra por parte del obispado de Jahén, e viníen allí aquellos dos caballeros hermanos que avían pasado de allén mar, que decían al uno Havojavatali, e al otro Uzmen. E del reino de Granade viníe y el arrayaz de Ascayuela, e el arrayaz Aben-Macar, e los arrayaces de Málaga e de Guadix, e traían muy grandes compañías. E el arzobispo mandó que cabalgasen todos los que eran allí con él, e los de la villa eso mismo; e él salió luego dende, e fué esa noche a la Torre del Campo; e seyendo allí llegado, vino a él un caballero que venía con él que decían Sandúcar, e díjole cómmo don López Díaz, señor de Vizcaya, venía esa noche, e que sería bien de lo esperar. E Alonso Garcí, el freyle, le dijo al Arzobispo: "El mal escantador con la mano ajena saca la culebra del forado, e don Lope Díaz viene agora con más compañas, e aún non le son llegadas, e vos tenedes aquí toda esta compaña; e si lo esperades, e vos e los vuestros vencéredes los moros, él avrá el nombre, e esta honra tomadla para vos". E Sandúcar dijo al Arzobispo: "Señor, por dicho de un ome non vos devedes mover". E tanto le dijo el Comendador, que el Arzobispo non quiso esperar, e partió de allí otro día, e los que ivan con él en la delantera fallaron el poder de los moros que ivan con el robo que avían fecho de muchos ganados e omes e mujeres que levaban cativos. E el Arzobispo e los que ivan con él, cuidando que les podrían tirar aquel robo, fueron palear con ellos, e tanta fué la priesa que el Arzobispo tomó por alcanzar los moros, que non llegaron con él todos los suyos, e los moros tornaron al Arzobispo e pelearon con él. E commo los moros eran muchos, fueron vencidos el Arzobispo e los que iban con él, e fué preso el Arzobispo e muertos muchos de los cristianos; e teniéndolo desnudo de las armas e de las otras vestiduras que levaba, aquellos moros que eran los mayorales, dijeron que lo levarían al rey de Granada. E Havojavatali e Uzmen dijeron que ellos lo levarían a Aben-Yuzaf, ca, fasta que ellos pasaron aquende la



mar, nunca el rey de Granada nin los suyos supieron por cuáles partes pasaba el río de Guadalquevir, e sobre esto fueron los moros en tiempo de aver muy grand pelea entre sí. E cuando esto vido el arrayaz Aben-Macar, dió de las espuelas al caballo, e fué al Arzobispo donde estaba desnudo, e dióle con una azagaya por encima del ombro, que le entró al cuerpo, e matólo. E dijo: "non quiera Alá que por un perro se maten tantos buenos commo aquí están"; e cortáronle la cabeza e la mano en que tiníe el anillo, e movieron ende con su presa, e fuéronse. E en este día que prendieron e mataron al Arzobispo, murieron en la pelea aquel Sandúcar, que era su vasallo, e Juan Ferrández de Veleña, e Lorenzo Venegas de Talavera, e Rui López de Hita, e otros caballeros que avían llegado con él. E don Lope Díaz, desque llegó a Jahén, supo cómmo el Arzobispo era en aquella entrada, e con las gentes que allí tenía salió de Jahén otro día que salió el Arzobispo, e en el día que los moros le mataron, llegó don Lope Díaz a aquel lugar donde ovieron la pelea, e acogiéronse a él muchos de los que escaparon de la pelea, que venían fuyendo. E los moros que avían vencido la pelea, desque vieron venir a don Lope Díaz, esperáronle, e traían la cruz que avían tomado al Arzobispo; e don Lope Díaz comenzó la pelea con los moros, e por cobrar la cruz que traían fué tan grande la priesa de cada parte, que don Lope Díaz cobró la cruz, e los moros mataron al alférez e leváronle el pendón. E estando en la pelea por cobrar el pendón, vino la noche, e los moros pusiéronse encima de un cabezo, e los cristianos encima de otro, e cuando fué la mañana, cada uno de ellos estavan tan redrados, que se non veían, porque en aquella noche fueron cada uno dellos a su parte. E desque fué el día esclarescido, don Lope Díaz fué al lugar do mataron al Arzobispo, e trujo el cuerpo dél sin cabeza e sin la mano, e los moros levaron el robo que avían tomado. E después desto, don Gonzalo Romero, comendador mayor de Calatrava, envió demandar a los moros la cabeza e la mano del Arzobispo, e diérongelo e leváronlo con el cuerpo a Toledo a enterrar.

De la *Crónica del rey don Alfonso X* (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, 48).

## OTRA VEZ HUMILLADA LA CRISTIANDAD HISPANA

*El chacal africano no logró esta vez conquistar la España musulmana, ni hizo retroceder las fronteras de Castilla, como lo habían logrado los almorávides al apoderarse de las tierras conquenses y portuguesas, ganadas por Alfonso VI, o como lo habían conseguido los almohades al empujar la raya fronteriza de los reinos cristianos hasta el valle del Tajo, con pérdida de Almería, Córdoba y la Mancha. Pero los zarpazos de la fiera musulmana no sólo paralizaron por tercera vez la Reconquista, sino que sembraron la*

*desolación hasta muy en la entraña del reino de Castilla. En las cinco entradas en España que hizo el sultán Abu Yusuf, no sólo fué devastado el valle del Guadalete y el del Guadalquivir, sino que las huestes "Beni Merines", a creer al Rawd al Qirtas, llegaron, en más de una campaña, a pasar Sierra Morena y una vez, a lo menos, avanzaron hasta el mismo ombligo de España: Madrid. Para dificultar el cruce del Estrecho a los ejércitos africanos, Alfonso X, de acuerdo con Ben Al-Ahmar de Granada, sitió un día Algeciras; pero la escuadra castellana sufrió una grave derrota y se frustró la empresa. Después el alzamiento de Sancho IV contra su padre empujó al Rey Sabio en brazos de Abu Yusuf; el hijo de Fernando III pignoró su corona al sultán "Beni Merin" y éste asoló a su placer las tierras de Castilla. Y por último, las discordias civiles de los tiempos de Sancho el Bravo, al facilitar las razzias y asonadas africanas, obligaron al rey castellano a humillarse ante el Emir de los Creyentes, en términos quizá no tan indignos como al-Rawd al-Qirtas refiere, pero en todo caso sintomáticos de la hondura de los golpes asestados por el Islam marroquí a la cristiandad peninsular. En las trece cargas de manuscritos que Sancho IV hubo de remitir a Abu-Yusuf —por éste enviados a la Escuela de Fez y ahora descubiertos— iba una parte del secreto de la historia hispano-musulmana.*

## Desastre naval de Algeciras

Contado avemos de cómo el rey don Alfonso estava en Sevilla mientra estudo cercada la cibdad de Algecira. E el infante don Pedro e los que estavan en aquella cerca apremiaban los moros que estavan en aquella cibdad lo más que podían, lo uno aviendo con ellos muchas peleas, e lo otro faciéndoles tirar con los engeños, e lo otro guardándoles que les non entrasen viandas por la mar nin por la tierra. E los de la hueste cumplieron el tiempo que eran pagados en sus libramientos. E otrosí, los de la mar que estudieron con la flota en la guarda de la mar todo el invierno, pasaron muchos días que les non dieron la paga, e todos los de la mar e de la tierra enviaron decir al Rey que les enviase con que pudiesen estar allí. E el Rey, que cuidaba que les enviaría acorro del aver que recabdaban en Castilla e en León don Zag de la Malea e los que andaban con él, e supo cómmo este aver avía tomado el infante don Sancho e avíele dado a la reina doña Violante, pesóle ende mucho, ca non tovo de qué enviar pagas a los que estavan en la hueste de Algecira nin a los que estavan en la flota en la guarda de la mar, pero cató en Sevilla lo emprestado que le ficieron algunos mercaderes e algunos otros de la cibdad, e envióles el acorro que pudo. E porque los de la flota avían estado en la guarda de la mar todo el invierno e non les avían fecho sus pagas como devían, nin avía avido ningund refrescamiento de vestidos nin de viandas, así commo lo avían menester, e el Rey les envió muy pequeño acorro de las pagas que les devían, por esto los omes de la



flota adolescieron de muy grandes dolencias. Ca a muchos dellos, estando en las galeas e non aviendo las viandas, cayéronseles los dientes e ovieron otras muchas dolencias que les recrescieron porque oviesen a salir de la mar e desamparar las galeas; e estavan todas las gentes dellas en casas e en chozas que tenían fechas en aquel lugar do fué poblada después Algecira la nueva. E otrosí estavan muchas destas gentes dolientes en la isla de la mar que es cerca de Algecira, e todas las galeas e las naves estavan desamparadas, que non avía en ellas gentes sinon muy pocas en cada una, e éstos dolientes e muy lacerados. E commo quier que los de la hueste e los de la flota estavan muy lacerados de dolencia, e avían menguamiento de pagas e de viandas, pero los moros que estavan en la cibdad de Algecira avían gastado e comido todo el pan que tenían, e eran llegados a tan grand queja de fambre, que caían muertos por las calles de la cibdad. E Aben Yuzaf por este tiempo era en la villa de Tanjar, e eran con él Garcí Martínez de Gallegos e otros cristianos que vivían allén la mar e servían a Aben Yuzaf, e supo la queja en que estavan los de la cibdad de Algecira; e commo quier que le decían algunos que la flota de los cristianos estava desbaratada, non lo creía, porque veía que estavan y muchas galeas e muchas naves, e non cuidaba que él con catorce galeas que tenía pudiese acorrer a los de la cibdad. E ovo consejo con los cómitres de aquellas sus galeas, que llaman los moros arrayaces, e con los otros que eran allí con él, en qué manera podría acorrer a Algecira, e que catasen cómmo levasen y algunas viandas. E los arrayaces dijéronle que non sabían ellos manera commo lo pudiesen facer, porque veían allí muchas galeas e non sabían en qué manera estavan; pero que tuviese por bien Aben Yuzaf de enviar sus mensajeros al mayoral de aquella hueste con alguna avenencia, e estos arrayaces que irían con los mensajeros, así commo marineros, porque non fuesen conoscidos, e que verían la flota de los cristianos, e de lo que viesen que el Rey podría facer, que gelo dirían. E Aben Yuzaf tovo que le daban buen consejo, e mandó luego armar una galea de gentes, e fué con ella Abdalhaque el Rujaman e Garcí Martínez de Gallegos con mensajería de Aben Yuzaf, e entraron en esta galea con ellos los arrayaces fijos de Rudahe Abenpachon e otros caballeros con vestiduras de marineros. El desque llegaron acerca de Algecira, ficieron señales de paz e enviaron adelante una zabra, e el infante don Pedro mandó que viniesen seguros; e los mensajeros salieron de la galea, e fueron fablar con el infante don Pedro e con los otros ricos-omes que estavan con él en aquella hueste, e dijéronle que Aben Yuzaf le enviaba a decir que daría al rey don Alfonso docientas mill doblas e que se levantase de sobre Algecira, e Aben Yuzaf que tomaría esta villa e la entregaría a Ben Alhamar que gela diera porque ge non perdiese en su tenencia de Aben Yuzaf, nin los moros oviesen qué le decir; e después que la oviese entregada a Aben Alhamar, que la cercase, e que él que no le ayudaría a gela defender, e que así cobraría la cibdad e el aver. E el infante don Pedro respondióles que desto non faría ninguna cosa fasta que lo sopiese el Rey su padre, e que

gelo enviaría decir, e que viniesen a día cierto por la respuesta. E entre tanto que los mensajeros de Aben Yuzaf estavan con el infante don Pedro en esta fabla, los arrayaces fijos de Rudahe andudieron veyendo la flota de los cristianos, e vieron las galeas desamparadas e las gentes dellas dolientes, e partieron de allí e fueron a Tanjar; e desque fueron llegados a Aben Yuzaf los mensajeros, dijéronle la respuesta que les diera el infante don Pedro; e otrosí los arrayaces de la mar dijéronle que mandase armar aquellas catorce galeas de buenas gentes e bien armadas, e que desbaratarían toda aquella flota; e si la mar fuese desembargada, que podrían levar después a Algecira vianda cuanta quisiesen. E luego el rey Aben Yuzaf mandó que todas las gentes de la mar entrasen luego en las galeas, e puso y muchos caballeros de los mejores que él tenía e muy bien armados de todas sus armas; e tan grand acucia dieron en esto, que en este día y en otro, fasta hora de tercia, fueron armadas, e partieron luego de Tanjar e llegaron a Algecira; e destas catorce galeas, las cuatro fueron a las galeas que estaban cerca de la isla, e las diez vinieron a la mayor parte do estaba poblada la villa nueva. E los de las cuatro galeas que fueron a la isla mataron cuantos fallaron, dolientes e sanos, e quemaron todas las galeas que y estavan; e las otras diez galeas de los moros llegaron a las otras galeas de los cristianos, e tan poca era la gente que estava en aquellas e tan lacerados, que ome dellos non cató por se defender, nin pudieron mover ningunas de aquellas galeas donde estavan trabadas con las áncoras, e los moros quemáronlas todas e mataron los que estavan en ellas. E aun se falla más en escripto, que los caballeros moros que iban en las diez galeas descendieron a tierra, e llegaron a aquel lugar do poblaron después la villa nueva, e que mataron y muchos de los que yacían dolientes. E commo quier que paresce que los de la hueste devían defender a aquéllos, la estoria de lo que se falló en escripto de este fecho es que después que los cristianos que estavan en las naves vieron que eran desbaratadas e quemadas las galeas, e ellos non eran tantos que se pudiesen defender, nin les facía viento con que las pudiesen mover, las más dellas foradáronlas e anegáronlas en la mar, e ellos fuyeron al real de los bateles; e todo esto acaesció ante que se acabase aquel día. E en las tres naves de aquellas acogiéronse Pero Martínez, almirante, en la una, e Gonzalo Morante en la otra, e don Guillén de Savanaque en la otra. E las seis galeas de los moros luego en esta noche pasaron allén la mar por viandas, e vinieron otro día, e pusiéronlo en Algecira. E las otras galeas que fincaron para pelear otro día con las tres naves, en la mañana fueron a la pelea, e los de las naves estavan en la mar alta por si les viniese viento con que pudiesen fuir o que pudiesen pelear. E los moros de las galeas llegaron a las naves a las combatir, e los cristianos que estavan en las naves defendíense muy bien; e andando en esta pelea, el curso del agua llevólos fasta que llegaron en derecho de Tanjar e los de las galeas siguiéndolos. E el rey Aben Yuzaf, que estaba en Tanjar, avia sabido de cómmo la flota de los cristianos era perdida, e vió aquella pelea, e envió mandar a los de las



su galeas que diesen tregua a los de las naves, e los mayorales de aquellas naves que viniesen a él sobre seguranza, que quería fablar con ellos. E los moros ficiéronlo ansí, e salieron de las naves Pedro Martínez de Fe e Gonzalo Morante e don Guillén de Savanaque, e dejaron las naves ancoradas, e llegaron al rey Aben Yuzat, que estava en la ribera de la mar. E estando fablando con él, levantóse un viento e tormenta muy grande, e arrancaron las áncoras de las naves e los que estavan en ellas por las non perder en la tierra con aquella tormenta, alzaron las velas e corrieron fasta Cartagena, e Pero Martínez e Gregorio Morante e don Guillén fincaron en aquella fabla con el Rey. E Aben Yuzaf, desque vido que eran idas las naves, mandólos prender, e fincaron en cativerio dos años, e después fuyeron con ellos moros que los trajeron a Sevilla. E el infante don Pedro e los que estavan con él, desque vieron que la flota era perdida, e los moros metían vianda a la villa e todas las otras cosas que eran menester, ovieron su acuerdo cómmo se fuesen de allí, e dejaron allí los engeños, e las armas e otras cosas muchas que non pudieron levar, e los moros salieron, e leváronlo todo, e metiéronlo a la cibdad. E Aben Yuzaf pasó luego de Tanjar a la cibdad de Algecira, e falló muchas cosas que los cristianos dejaron fechas; e porque falló que aquel lugar do es agora poblada la villa nueva de Algecira, era muy dañoso si otra vez fuese cercada, e dijéronle que por allí se podría perder, por esto mandó facer allí aquella puebla, que dicen la nueva villa de Algecira, e poblóla de las casas que los cristianos avían fecho en los reales, e moró desta vez en Algecira pieza de días. E el infante don Pedro e los de la hueste fueron a Sevilla, e el rey don Alfonso desque supo el desbarato de la su flota e vió y venir las sus gentes en aquella guisa, tomó ende muy grand pesar, e veyendo que non podía conseguir aquella villa nin echar aquende la mar el poder de Aben Yuzaf, cató manera cómmo se aviniese con este Aben Yuzaf, e que pudiese facer guerra al rey de Granada. E el rey don Alfonso e el rey Aben Yuzaf pusieron su avenencia de consuno e fincaron en tregua e en paz un tiempo.

Después que la hueste que el rey don Alfonso tenía sobre Algecira, de que era cabdillo don Pedro, su fijo, fincó desbaratada por el poder de Aben Yuzaf, e otrosí fué desbaratada la su flota, del cual desbaratamiento tomó el rey don Alfonso, que era en Sevilla, muy grand pesar, creyendo que non pedría conquerir aquella villa, porque el poder que avía Aben Yuzaf era aquende la mar, cató manera cómmo se aviniese con este rey Aben Yuzaf por que ficiese guerra al rey de Granada. E el rey don Alfonso e el rey Aben Yuzaf pusieron su avenencia en la era de mill e trecientos e diez e siete años.

De la *Crónica del rey don Alfonso X* (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp. LXVI, 55).

### Alfonso X solicita ayuda de Abu Yusuf y le empeña su corona

[Abu Yusuf] recibió allí (en Marraquex) un mensaje de Alfonso, lleno de cumplimientos y en el que le decía: "Oh rey victorioso, los cristianos sublevados contra mí quieren destronarme para proclamar a mi hijo don Sancho en mi lugar, con el pretexto de que soy viejo, sin cabeza y sin fuerzas. ¿Puedo vencerles contigo?" El emir respondió: "Estoy presto, acudo". Partió, en efecto, de Marraquex, en Rabi I de 681 [junio 1282] y marchó de prisa, sin detención y sin reposo hasta Al-Qasr al-Muchad, desde donde pasó a Algeciras en Rabi II [julio]. Encontró a los cristianos en un estado de total agotamiento y desorganización. Los príncipes y los jefes españoles se presentaron a él y le saludaron. Se puso en camino y llegó Sajrat al-Abad. Alfonso vino allí a verle, humilde y débil. El emir le acogió generosamente y reanimó su valor. Alfonso se quejó de la miseria en que había caído y añadió: "No espero otros subsidios que los que me concedas, ni confío en otras victorias que las que tú consigas. No me quedan otros bienes que mi corona. Es la de mi padre y la de mis abuelos. Tómala en prenda y dame el dinero necesario para reponer mi hacienda". El emir le entregó 100.000 dinares y comenzaron a hacer razzias sobre tierras cristianas hasta los muros de Córdoba, establecieron allí su campamento y combatieron algún tiempo al hijo de Alfonso en ella refugiado. El emir envió tropas hacia Jaén para destruir las cosechas; y él mismo llegó hasta los alrededores de Toledo y avanzó hasta Madrid, saqueando todo a su paso. Las manos de los musulmanes se llenaron de despojos y de botín. El emir volvió a Algeciras en Xaban y permaneció allí hasta fines de Dzu-l-hicha. Salió de Algeciras el 1º de Muharran 682 [abril 1283] para sitiar Málaga y conquistó gran número de plazas fuertes de los alrededores; entre otras, los castillos de Kartima, Dajuan y Suhil. Durante el mismo año el hijo de Alfonso se alió con Ben al-Ahmar para contrabalancear la alianza de su padre con el Emir de los Musulmanes Abu Yusuf —Alá tenga de él misericordia—. El fuego de la guerra abrasó toda Andalucía. Ben al-Ahmar, viendo inminente la pérdida de su reino, envió mensajeros al emir Abu Yaqub, al-Adua, suplicándole que viniera a poner orden en Andalucía. Abu Yaqub pasó el Estrecho en el mes de Safar del 682 [mayo-junio 1283] y después de largas y terribles discusiones, el Altísimo Alá hizo renacer la paz entre los musulmanes, y su bendición realzó las insignias de la religión y unió la palabra del Islam. Las razzias contra los adoradores de las imágenes recomenzaron y el Emir de los Musulmanes entró otra vez en tierras infieles para hacer botín y tomar prisioneros. Partió de Algeciras para Córdoba y realizó la expedición de Al-Bira (¿Talavera?).

El emir salió de Algeciras el 3 de Rabi II del año 682 [2 junio 1283] y avanzó hasta Córdoba, cuyos alrededores arrasó y cuyos castillos saqueó,



después marchó sobre Al-Bira tras dejar su campamento y su botín en Baeza custodiado por cinco mil jinetes de los más valerosos, con lo que dió prueba de buen juicio y de prudencia. Caminó de prisa hacia Al-Bira, recorriendo durante dos días una comarca desierta, antes de encontrar lugares habitados. Los jinetes que llevaba consigo no cesaron de galopar y no se detuvieron sino cerca de Toledo, a una jornada de Al-Bira. Son incalculables el botín que consiguieron los musulmanes en tal campaña y el número de millares de cristianos a que dieron muerte. El emir, cambiando la dirección de su marcha, se dirigió sobre Ubeda, destrozando, saqueando e incendiando cuanto encontraba a su paso. Llegado ante los muros de la plaza, comenzó en seguida el ataque; pero un instante después, un bárbaro, apostado sobre la muralla, le envió una flecha que mató a su caballo. El emir fué protegido por la gracia de Alá. Sin embargo, tal accidente le decidió a retirarse, volvió al campamento de Baeza, donde permaneció tres días para dejar reposar sus tropas, y después, no obstante las ventajas conseguidas, volvió a Algeciras con los tesoros y los despojos de que se había apoderado y entró en tal ciudad, en Rachab del 682 [26 septiembre 1283]. Distribuyó el botín a los musulmanes y pasó al Adua el 1º de Xaban [26 octubre 1283].

Del *Rawd al-Qirtas* de Ben Abi Zara (Según versión francesa de Beaumier, 485).

### Sancho IV capitula ante Abu Yusuf

El Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf, hizo la Guerra Santa desde el sábado 7 de Safar del 684 [15 abril 1285], día de su desembarco en Tarifa y del establecimiento de su campamento en Ain al-Xams, hasta el 28 Chumada I de dicho año [4 agosto 1285], día de su partida. No cesó de asolar el país enemigo hacia Levante y hacia Poniente; marchó frecuentemente de noche, multiplicó los combates y las razzias, y envió sucesivamente a sus hijos y a sus nietos a recorrer las tierras cristianas con tropas magníficas. Durante el sitio de Jerez, cada mañana, apenas había terminado la plegaria, llamaba a uno de sus hijos, de sus nietos o de los jeques Banu Marin y le encomendaba un destacamento de doscientos jinetes con orden de marchar sobre el punto que deseaba arrasar. Hizo eso hasta que fueron destrozadas todas las zonas vecinas o lejanas. Los lugares más devastados fueron Niebla, Sevilla, Carmona, Ecija, Jaén y Monte Xaraf. Cuando el país entero fué destrozado, y se apoderaron de todas las cosechas y fueron cortados los árboles y saqueadas las casas y nada útil quedó a los cristianos, como además se acercaba el invierno y los alimentos llegaron a ser cada vez más escasos y más caros en el campamento, el Emir de los Musulmanes decidió volver a su país. Estaba en camino cuando supo que los cristianos —Alá los confunda— habían armado una flota para impedirle el paso del Estrecho. Apresuró su marcha para llegar en seguida a Tarifa y allí ordenó

que se equiparan navíos inmediatamente; lo que se hizo en Ceuta, Tánger y Rabat al-Fath, en la costa del Rif y en Algeciras, Tarifa y Almuñécar. Reunió treinta y seis barcos armados y completamente equipados, guarnecidos por ballesteros y por otros hombres de armas. Cuando los cristianos conocieron tales preparativos y se aseguraron del número y de la fuerza de los navíos de los creyentes, temieron ser aplastados y huyeron sin esperar la llegada de la flota musulmana, la cual acudió a Algeciras junto al Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf. Los barcos se ordenaron en la rada, ante él, e hicieron ejercicios y simulacros de combate mientras se hallaba en la sala de consejos de su palacio de la ciudad nueva. El emir felicitó a cada uno de los jefes, les hizo diversos presentes y les ordenó que esperaran a que tuviera precisión de ellos.

Sin embargo, Sancho, rey de los cristianos, viendo su país arruinado, muertos sus guerreros y sus mujeres cautivas, al saber que las naves enviadas para interceptar el paso del Estrecho habían huído derrotadas, envió su sumisión y entró en el camino de la paz y la humildad.

El autor del libro —Dios tenga de él misericordia— ha dicho: Cuando el Emir de los Musulmanes, obligado por el invierno, decidió volver a su tierra, Sancho, rey de los cristianos, salió de Sevilla para ir a Jerez y, a la vista de los destrozos que los santos guerreros habían hecho en el país y a éste asolado por la matanza, el incendio, el cautiverio y la destrucción de sus principales súbditos, sintió el fuego calcinar su hígado y perdió el sueño. Envió entonces una embajada de confianza integrada por sacerdotes, religiosos y jefes de importancia, al campamento del Emir de los Musulmanes. Llegaron a él humildes, temerosos y sumisos, para impolar la paz. Pero el emir no quiso oír sus discursos ni quiso dirigirles una sola palabra y volvieron humillados cerca de su rey. Sancho, sin embargo, les ordenó renovar su embajada con la esperanza de tener mayor éxito. Volvieron junto al emir y le dijeron: "Oh rey victorioso, escucha nuestros ruegos, henos aquí, con el corazón sangrando, implorando tu clemencia. Te pedimos el perdón y la paz, que es tan excelente cosa. No nos rechaces y no nos despidas sin haber escuchado nuestras súplicas". El emir Abu Yusuf les respondió: "No haré la paz con vuestro rey sino en las condiciones que he de fijarle en el tratado que le enviaré por uno de mis oficiales. Si las acepta, le concederé la salvación, si no continuaré la guerra". Entonces llamó al jeque Abu Muhammad Abd al-Hakk, el intérprete, y le dijo: "Ve junto a ese maldito y díle que no le concederé paz ni reposo sino en las condiciones siguientes: No se opondrá ningún obstáculo a los negocios de los musulmanes en el país cristiano, ni a su navegación en todos sus puertos. Ningún musulmán será inquietado por tierra o por mar, ya sea alguno de mis súbditos o cualquiera otro mahometano. El rey Sancho estará bajo mi soberanía y sometido a mis órdenes sin restricción. Los musulmanes viajarán y comerciarán libremente, de día y de noche, por todas partes, sin ser molestados, detenidos ni sometidos a ningún impuesto ni



gabela, ni al pago de un solo dinar ni de un solo dirhem. El rey Sancho no se mezclará, ni de palabra, en los asuntos de los musulmanes y no hará la guerra a ninguno de ellos".

Abu Muhammad Abd al-Hakk salió para transmitir el mensaje del Emir de los Musulmanes y encontró a Sancho de regreso a Sevilla —Alá Altísimo la devuelva al Islam—, le saludó y le comunicó las palabras del emir y sus condiciones, que aprobó y aceptó. Abu Muhammad Abd al-Hakk dijo entonces: "Rey, te has sometido al tratado, pero escucha mis consejos". "Habla, respondió Sancho, díme lo que desees". Abd al-Hakk continuó: "Rey, es notorio, y lo saben muy bien los confesores de las dos religiones, que el Emir de los Musulmanes, Abu Yusuf —Alá le sea propicio—, es amigo de la religión y del perdón, que es fiel a su palabra, que cumple lo que promete y que olvida generosamente las injurias pasadas. Nadie te conoce a ti sino por tu conducta con tu padre, conducta indigna y que te ha hecho sospechoso a todo el mundo. Sancho le respondió: "Si hubiera sabido que el rey Abu Yusuf habría aceptado mis servicios, hace tiempo que se los hubiese ofrecido". Abu Muhammad prosiguió: "Por Alá, si sirves fielmente al Emir de los Musulmanes, te prometo que obtendrás de él cuanto desees". "Bien, le dijo Sancho, ¿qué debo hacer, en adelante, para satisfacerle?" "Lo primero es no mezclarte, ni con una sola palabra, en los asuntos de los musulmanes y evitar que surjan discusiones entre ellos. Déjales viajar y comerciar por donde bien les plazca. Si Ben al-Ahmar te propone su alianza, rechaza su propuesta y aléjate de él, y si te envía mensajes no los recibas; así serás grato al Emir de los Musulmanes, se mantendrá en paz contigo y te ayudará a defender tus fronteras". Justamente, Ben al-Ahmar acababa de enviar embajadores cerca de Sancho para concluir con él una alianza contra el Emir de los Musulmanes, y la flota de Sancho estaba ya armada en el río y pronta para salir. Al escuchar las últimas recomendaciones de Abu Muhammad, Sancho le respondió: "Hasta mañana y ya verás lo que hago".

En efecto, al día siguiente Sancho marchó a caballo a orillas del río y allí se detuvo; se le unieron un instante después los mensajeros de Ben al-Ahmar, envió a buscar a Abu Muhammad, le saludó y le hizo sentar a su lado. Luego empezó la conversación y la continuó hasta que la flota llegó delante de ellos. A su vista los embajadores de Ben al-Ahmar le dijeron: "Rey, ¿qué barcos son esos que llegan?" Sancho les contestó: "Hemos armado esos navíos al servicio del emir Abu Yusuf y para ponerlos a sus órdenes, cualesquiera que sean". Al oír tales palabras, los enviados de Ben al-Ahmar golpearon coléricos sus manos y cambiaron miradas desesperadas. Rompieron al fin su silencio y dijeron: "Bien, ¿qué vamos a responder [a nuestro soberano] al regresar de tu reino?" Sancho replicó: "Responded que no he comprendido vuestras proposiciones de alianza con Ben al-Ahmar. ¿Por qué habría yo de aliarme con él y someterme a sus condiciones? ¿Es mi pariente? ¿Es mi igual, para que yo consienta en

ello? Este no ha venido sino para proponerme servir a su señor, como deben hacerlo todos, grandes y pequeños, porque es el soberano Abu Yusuf, Emir de los Musulmanes en las dos Aduas de Fez y Marraquex, gobierna a los creyentes del Magrib, es el más ilustre de los sultanes y sobrepasa a todos por su carácter, por su fuerza y por el número de sus ejércitos. Ha aniquilado la dinastía de Abd al-Mumin y derrocado el gobierno de los almohades. No hay sobre la tierra rey más poderoso. No ignoráis que me ha vencido y que ha vencido a mi padre antes que a mí, que ha conquistado mis estados, destrozado a mis súbditos y a mis soldados, entrado en mis harenes y robado mis bienes. No somos, pues, capaces de vencerle ni aun de hacerle la guerra y, cuando todos los reyes cristianos le escriben para pedirle la paz y la tranquilidad, ¿cómo podría yo rechazar sus condiciones para aliarme con su enemigo, que me es inferior en fuerza y en valor? Repetid mis palabras a Ben al-Ahmar y decidle que en adelante no pueden existir relaciones entre nosotros, porque esas relaciones no serían beneficiosas ni para mi país ni para mis súbditos. Decidle que no habiendo podido resistir al Emir de los Musulmanes por mi propia cuenta, menos podría hacerlo en provecho de otros y en fin que el dinero que me envió ha sido gastado en la lucha contra el emir Abu Yusuf o me ha sido tomado por su espada contra mi voluntad". Los enviados de Ben al-Ahmar se retiraron convencidos de que no podían esperar nada del hijo de Alfonso, y Abu Muhammad Abd al-Hakk dijo entonces: "Bien, ya han sido éstos despedidos, ¿cómo me envías a mí cerca de mi señor?" Sancho le respondió: "Consiento en consagrarle mis servicios y en obedecer sus órdenes". "Deberías empezar, respondió Abd al-Hakk, por ir a visitarle". "En seguida iré", le replicó Sancho".

Cuando terminaron los preparativos para la marcha (de Sancho al campamento del emir), los cristianos de Sevilla se sublevaron y cerraron las puertas (de la ciudad) a fin de oponerse a su salida, porque temían por su suerte. Pero Sancho les dijo que estaba decidido a acudir junto al Emir de los Musulmanes para conocerle y firmar la paz. (Al oírle) le dejaron marchar, diciendo: "Haz lo que quieras y que él haga igual". Sancho salió entonces de Sevilla; mas apenas había hecho la primera jornada cuando también se apoderaron de él las dudas y el temor, y dijo a Abu Muhammad Abd al-Hakk, el intérprete: "No sé en verdad cuál será la consecuencia de mi sumisión; es preciso que me tranquilices jurando que voy habiendo ya recibido el amán y que en ningún caso seré retenido prisionero". Abd al-Hakk prestó el juramento exigido sobre el Corán que llevaba consigo y tranquilizó a Sancho. Llegaron a Jerez, pero entonces recomenzaron los temores de Sancho y dijo a Abd al-Hakk: "Decididamente no iré a visitar al Emir de los Musulmanes, si su hijo, el emir Abu Yaqub, no viene a buscarme y a darme el amán, para conducirme junto a su padre bajo su salvaguardia". Estas palabras desagradaron mucho a Abd al-Hakk, temeroso sobre todo de que lo pedido por Sancho fuese humillante para los musulmanes y le respondió: "Está bien, Abu Yaqub vendrá a buscarte; pero ya sabes que es rey grande y sultán magnífico y si llega a tus estados con su ejército, para disponer su padre a tu favor, convendrá que le entregues la plaza si quieres conservar tu gobierno; no puedes conservar Jerez si entra en ella; si no se la entregas faltarás a lo que le debes y menospreciarás su poder. Reflexiona, que nadie puede prever lo que ocurrirá, si le llamas". Al escucharle, Sancho renunció a sus pretensiones y dijo: "Está bien, iré yo mismo ante él". Salieron de la ciudad y Abd al-Hakk, tomando la delantera marchó junto a Abu Yaqub, para comunicarle los deseos de Sancho, su sumisión y su petición de ser presentado al Emir de los Musulmanes. El emir Abu Yaqub, respondió: "Bien", y salió con Abd al-Hakk y con una soberbia hueste de guerreros Banu Marin para ir al encuentro de Sancho, al que hallaron a varias millas de Jerez y que les manifestó su alegría por la buena acogida y suministró provisiones para todos. El emir Abu Yaqub —Alá tenga con él misericordia— ordenó establecer su campamento fuera de los límites de Jerez, hizo alzar su tienda y llevó a ella a Sancho. Este le dijo: "Venturoso emir, sultán bendito y magnífico, me coloco bajo tu protección hasta que me hayas presentado a tu padre, el Emir de los Musulmanes". Abu Yaqub le dió el amán y le tranquilizó sobre las disposiciones de su padre, prometiéndole que le haría concederle cuanto le demandase. Sancho le respondió: "Estoy tranquilo ahora y he recobrado mi confianza". Por la tarde, el emir Abu Yaqub montó a caballo y salió del campamento. Todos los habitantes de Jerez acudieron a verle y los guerreros Banu Marin vinieron cabalgando para ejecutar diversos juegos ante él. Sancho permanecía a caballo junto al emir y le dijo: "Estoy muy satisfecho de lo que el amado Dios ha hecho por mí, al concederme esta recepción por vuestra parte, que me asegura la paz y la tranquilidad de las que yo gozo el primero". Entonces tomó la lanza y el escudo y comenzó a realizar también diversos juegos con sus guerreros, delante del emir Abu Yaqub, y la fiesta duró hasta la puesta del sol.



Al día siguiente Abu Yaqub y Sancho marcharon a visitar al Emir de los Musulmanes, que encontraron en el fuerte de Al-Sajra junto al Wadi-lakka (Guadalete). Se dispuso a recibirlos el mismo día: dió orden a todas las tropas de que se vistieran de blanco, y la tierra se cubrió de la blancura de los musulmanes, mientras Sancho y sus trinitarios avanzaban vestidos de negro, lo que formaba un contraste sorprendente. Llegado ante el Emir de los Musulmanes, Sancho se prosternó y, cuando recibió el amán, se colocó a su lado y le dijo: "Emir de los Musulmanes, el Altísimo Dios que me ha concedido la gracia de encontrarte, me ha ennoblecido hoy al verte. Espero que me concederás una parte de tu felicidad para que pueda vencer a los reyes cristianos. No creas que he venido por gusto a hacer acto de sumisión; por Dios, no he venido junto a ti sino contra mi voluntad, porque has arruinado mis estados, has tomado nuestros harenes y nuestros hijos y has dado muerte a nuestros soldados y porque carezco de

fuerzas y de poder para combatirte y medir mis tropas con las tuyas. Ahora obedeceré tus órdenes y acepto todas tus condiciones, con la esperanza de conseguir la paz para mí y para mis súbditos". Entonces le hizo ofrecer ricos y extraños presentes y ofreció otros tantos al emir Abu Yaqub. El Emir de los Musulmanes le dió otros regalos igualmente valiosos y se cimentó así la paz entre ellos, el domingo 20 de Xaban [22 octubre]. El emir envió a Sancho a su país, dándole orden —Alá le sea misericordioso— de enviarle todos los libros árabes que se hallasen en sus estados en manos de cristianos y judíos; y Sancho le remitió trece cargas de coranes, de comentarios como los de Ben Atta al-Talabi y otros, de hadices y de sus explicaciones por Al-Tahdib, Al-Istidkar y otros, y de obras diversas de filología, gramática, literatura árabe, etc. El Emir de los Musulmanes —Alá tenga de él misericordia— las envió a Fez y las hizo depositar, para su uso por los estudiantes, en la escuela que había hecho construir allí por la gracia de Alá y su generosidad".

Del *Rawd al-Qirtas* de BEN ABI ZARA (Según versión francesa de Beaumier, 514).

## LOS SUCESORES DE BEN AL-AHMAR

*Cuando la supremacía política de España perteneció a los musulmanes, sus cronistas se ocupaban de vez en vez de los sucesos ocurridos en los reinos cristianos. Ahora se habían vuelto las tornas y eran los historiadores castellanos quienes dedicaban algunas páginas a relatar los acontecimientos que tenían lugar en Granada. Estas páginas nos descubren los rasgos generales de la historia granadina: guerras con los fronterizos de Castilla, asaltos, victorias y fracasos, e íntimas y grandes discordias civiles.*

Muerto aquel Rey Abenalhamar, regnó empos él su fijo Don Mahomad Alamir Aboabdille, et por lo del padre dixiéronle Abenalhamar, et fué el segundo Rey de Granada: et éste regnó en el tiempo del Rey Don Alfonso el Sabio, et feciéronlo regnar el Infante Don Felipe, et Don Nuño, et los otros Ricos-omes que estaban en Granada: et veno a Sevilla ser vasallo del Rey Don Alfonso, et rescebió y caballería del. Et en el su tiempo deste alzóse contra él su hermano, et los Ricos-omes que estaban en Granada, que eran de Castiella, ovieron una lid muy grande con él, et con los arrayaces de Málaga et de Guadiex en un logar que dicen Sanctiago de Verven que es cerca de Antiquera. Et fué vencido el hermano del Rey de Granada, et morieron y muchos Moros, et los Ricos-omes de Castiella salieron con toda su honra. Et este Rey dió a Boyuzaf a Algecira et a Tarifa, porque pasase en tiempo del Rey Don Sancho aquen mar, al tiempo quel Rey Don Alfonso fué al Imperio. Et después desto el Rey de Granada veno cercar a



Alcaudete, que era de la Orden de Calatrava, et tomóla en muy poco tiempo. Et otrosí veno a cercar a Baena, et entróla fasta la meitad de la villa. Et en este tiempo estaban y caballeros de Córdoba Fernán Alfonso fijo de Don Alfonso Ferrández, et Alfonso Pérez de Saavedra, que tenía el Alcázar del dicho logar, et Joan Martínez Argote, et Pay Arias, et otros caballeros et escuderos de la dicha ciubdat de Córdoba. Et seyendo entrados muy grand poder de los Moros en la villa, los caballeros de Córdoba pelearon con ellos, et ayudándolos las gentes de la villa de Baena, echaron los Moros fuera, et fincó la villa de Christianos, et defendiéronla que se non perdiese. Et este Rey Don Mahomad Abenalahmar tornóse para Granada, et sacó su hueste para ir contra tierra de Christianos: et porque le dixieron que la ciubdat de Jaén estaba muy mal labrada, et el muro derribado, fué allá et combatióla. En este tiempo era en aquella ciubdat Anrique Pérez de Arana, hombre de grand solar, et avía grandes campañas. Et este Anrique Pérez por defender la villa peleó con los Moros; pero los Moros eran tantos, et combatían tan de recio, que ovieron a entrar en el arrabal de la ciubdat de Jaén, et mataron y a Anrique Pérez, et la ciubdat defendióse. Et el Rey de Granada partió dende con su hueste, et fué cercar a Quesada, et tomóla, et tornó a Granada. Et a este Rey Don Mahomad Abenalahmar, el segundo Rey de Granada, dió el rey Abeacob la villa de Algecira, la qual este Rey de Granada ovo dado a Boyuzaf, padre de Abeacob. Et esto fizo rescelando que la cercaría el rey Don Sancho, et que la tomaría así como a Tarifa, et diógela en el año de mill et trecientos et treinta et dos años. Et regnó este Rey treinta años; et finó en la era de mill et trecientos et quarenta años.

Este Rey dexó dos fijos et una fija, al uno decían Don Mahomad Abenalahmar, et cegó; et al otro decían Nazar. Et este Don Mahomad regnó después del padre seyendo ciego, et fué el tercero Rey de Granada; et casó la hermana con el Arrayaz de Málaga, et por su mandado deste tomó el Arrayaz de Málaga a Cepta. Et en el tiempo deste rey don Mahomad el tercero Rey de Granada fué el Rey Don Fernando de Castiella et de León cercar Algecira, que era deste Rey de Granada, et tóvola cercada siete meses. Et en este tiempo el Rey Don Jaymes de Aragón tenía cercada a Almaria. Et estos Reyes de Castiella et de Aragón non tomaron ningunos de aquellos logares, como quier que ganó el Rey Don Fernando de aquella vez el Castiello de Gibraltar: et diéronle los Moros, porque se partiese de aquella cerca de Algecira, el castiello de Quesada, et todos los castiellos et logares de Valde Bedmar, et Quadros, et Chugini. Et otrosí en su tiempo deste Rey veno el Infante Don Pedro con grand poder de Castiella cercar a Alcaudete por mandado del Rey Don Fernando su hermano, et tomóla. Et este Don Mahomad regnó siete años: et alzóse con la tierra contra él su hermano Nazar, et priso a este Don Mahomad, et envióle preso a Almuñécar, et él fincó Rey en el regno de Granada.

Este Rey Nazar, que se alzó con el regno, et priso a su hermano, comenzó a regnar su regnado en el año de la era de mill et trecientos et quarenta et siete años, et fué el quarto Rey de Granada. Et desque fué apoderado en el regno, envió por su hermano que estaba preso por su mandado en Almuñécar, et fízolo traer a Granada, et matólo. Et seyendo este Rey en sosiego con toda su tierra, levantóse contra él Granada, et Ysmael, fijo de Farachen Arrayaz de Málaga, et fijo de su hermana deste rey Nazar, et lidió con él, et venciólo, et encerrólo en el Alhambra de Granada con el ayuda de Ozmin: et Nazar tenía consigo a Abdalhaqui Abenatume. Et después ovieron avenencia que Nazar non se llamase Rey de Granada nin de otro logar, et que le diesen a Guadiex; et que fuese Rey de Granada Ysmael, fijo de Farachen Arrayaz de Málaga. Et regnó en Granada aqueste Nazar cinco años et siete meses.

Depuesto aquel rey Nazar, et seyendo rescebido por Rey de Granada Ysmael, que fué el quinto Rey de Granada, en el tiempo deste el Infante Don Pedro, que era tutor del Rey Don Alfonso de Castiella, venció a Ozmin et a todo el poder de Granada cerca de Alecum en una lid muy grande que ovo este Infante con los Moros, en la qual morieron todos los mejores hombres, et los mejores caudiellos de Granada: et fué martes cinco días de Mayo, en la era de mill et trecientos et cincuenta et un años. Et otrosí en el tiempo deste Rey Ysmael ganó el Infante Don Pedro los castiellos de Cambil et de Alamar, et los castiellos de Bexar et de Tiscar, et el castiello de Rute, et el castiello de Tempul, que es en la comarca de Xerez. Et este rey Ysmael, por aver en su ayuda al Rey de allen mar, dióle a Algecira, et a Ronda, et a Castellar, et a Ximena, et a Estepona, et a Marbella, et los otros castiellos que son desde Ronda fasta Algecira. Et otrosí en el tiempo deste Ysmael Rey de Granada morieron en la Vega el Infante Don Pedro, et el Infante Don Joan, que eran tutores del Rey Don Alfonso de Castiella. Et fué la muerte destos dos Infantes a veinte et seis días andados del mes de Junio, era de mill et trecientos et cincuenta et cinco años. Et este Ysmael Rey de Granada fué a Huesca, et a Ores, et a Galera, logares que eran de la Orden de Sanctiago, que son en el regno de Murcia, et tomólos. Et dende veno a Martos et combatióla, et entróla por fuerza, et mató quantos y falló omes et mujeres; salvo alguna poca de la gente que se defendió en la peña, et non la pudo cobrar. Et acaesció que en el combatimiento desta villa mataron los Christianos un nieto de Ozmin: et por esto Ozmin ovo grand saña contra el Rey, porque mandaba que los caballeros combatiesen. Et otrosí acaesció que Mahomad, fijo del Arrayaz de Algecira, primo del Rey, sacó una Christiana de Martos, et el Rey enviógela demandar; et porque ge la non quiso dar, denostóle muy mal: et Ozmin ovo fabla con aquel don Mahomad primo del Rey, et con su hermana, et con su fijo deste Mahomad, que matasen al Rey porque lo denostara, et que él sería en su ayuda. Et el Rey tornado a Granada trece



días pasados después que entró a Martos, et estando en el Alhambra, venieron y Mahomad, fijo del Arrayaz de Algecira, et su hermano, et su fijo, et llevaron sendos cuchiellos en las mangas de las aljubas, et dixieron al Rey que querían aver fabla con él. Et apartándose con ellos, et su Alguacil con él, et pasando de una morada a otra, en la entrada avía una calleja angosta, et pasaron delante del Rey los dos, et fincó empos él el uno dellos, et el Alguacil que venía a las espaldas del Rey. Et en esta calleja volvióse Mahomad et su fijo contra el Rey, los cuchiellos en las manos, et diéronle sendos golpes en la cabeza: et el Alguacil sacó la espada, et comenzó a defender al Rey, dando algunas feridas a aquellos que querían matar al Rey. Et el fijo del Arrayaz de Algecira hermano de Mahomad, que avía fincado empos del Rey, firió al Alguacil de quatro feridas; pero el Alguacil, sentiéndose mucho de su Señor el Rey que lo mataban Mahomad et su fijo, non catóo por tornar al que le avía ferido, et pasó delante del Rey por le desviar los golpes que le daban Mahomad et su fijo; et con el espada echólos de la calleja, et cerróles la puerta. Et entretanto el hermano de Mahomad llegó al Rey et abrazóse con él, et dióle un golpe con el cuchiello de punta por el hombro contra el cuerpo, de que el Rey morió después. Et quando tornó el Alguacil al Rey, fallólo ferido; et enderezó con la espada por dar aquel que lo habia ferido, et fuyóle, et metióse en una casa: et el Alguacil cerróle la puerta; et tornó al Rey, et fallólo muy desmayado de las feridas, señaladamiente de aquella que le avía dado en el hombro. Et tomólo en los brazos, et esforzándole, levólo a un palacio do estaba su madre del Rey, et fízole atar las feridas, et envió por Cerurjanos. Et díxole que se esforzase, et que iría él a facer justicia de los traydores que aquello fecieran. Et salió luego al corral del Alhambra, et falló y gentes alborotadas, ca algunos avía y dellos que eran en consejo de la muerte del Rey. Et preguntáronle qué era del Rey, et él díxoles que era vivo et sano. Et llamó algunos de los que él entendió que serían de su ayuda que entrasen en el Alhambra; et con aquellos que iban con él, fué a las casas do estaban aquellos que ferieron al Rey, et cortóles las cabezas. Et tornó al Rey su señor, et fallólo que lo cataban los cerurjanos, et viólo muy enflaquecido. Et salió a la puerta del Alhambra, et falló y a Ozmin et a todos los caballeros. Et Ozmin preguntóle qué era del Rey. Et el Alguacil díxole que era vivo et sano, et que le mandaba que le fuese ayudar a prender algunos que avían seido en consejo de quererle matar. Et Ozmin, por mostrar que él non fuera en aquel consejo, et otrosí porque le dixo que el Rey era vivo et sano, dixo que iría con él, et que le ayudaría. Et el Alguacil dexó recabdo en el Alhambra, porque lo acogiesen quando veniese: et fué por la villa, et Ozmin con él, et otros caballeros, et priso todos los caballeros parientes de Mahomad fijo del Arrayaz de Algecira et de su hermano, et todos sus amigos, aquellos que él sospechó que eran en aquel consejo. Et tornó al Alhambra, et matólos todos; et entró al palacio do estaba el Rey su señor, et fallólo que se finaba: et estovo con él esforzándolo fasta que se finó.

Et desque el Rey Ysmael fué finado, el Alguacil envió decir a Ozmin et a toda la caballería, que veniesen allí, ca el Rey quería fablar con ellos. Et Ozmin ovo rescelo quel Rey era vivo, et que sabía de cómo era en el consejo de su muerte; et llamó a todos sus fijos et sus nietos et sus parientes, et a todos sus amigos; et venieron todos armados a la puerta del Alhambra. Et desque fueron todos ayuntados, el Alguacil salió a ellos, et de tres fijos quel Rey tenía, levaba en brazos el mayor dellos, ca era niño, et decíanle aquel mozo Mahomad. Et el Alguacil dixo a Ozmin et a toda la caballería, que el Rey era muerto, et que mandara que tomasen por Rey aquel su fijo. Et Ozmin, por el rescelo que tenía, et otrosí veyendo que pasaría mejor con el Rey niño, que non lo pasaba con su padre, plógole ende mucho, et comenzó a decir a grandes voces: *Rey avemos*. Et todas las gentes que eran allí llegadas decían aquello mesmo; et andidieron por la villa diciendo: *Rey avemos, Mahomad fijo del Rey Ysmael nuestro señor*. Et regnó este Ysmael once años et nueve meses; et fué muerto en la era de mill et trecientos et cincuenta et ocho años. Et regnó empos él este Mahomad su fijo.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXVI, págs. 204-207).

## UN CIRUJANO GRANADINO DEL SIGLO XIII

*Ya en el período califal se consagraron al estudio de la medicina diversos estudiosos de Al-Andalus. Les debemos el hallazgo de varios métodos para el tratamiento de las fiebres (Said ben Abd Rabbihi), para la operación de la catarata por medio de aguja (Umar ben Yunus) y para la preparación de los medicamentos simples (Ahmad ben Yunus); algunos tratados: de medicina general (Yahya ben Ishaq), de partos y puericultura (Arib ben Sad) y sobre la tríaca (Ben Chulchul); una enciclopedia médica (Abul-l-Qasim al-Zahrawi) y una historia de los médicos de Hixam II (Ben Chulchul). Fué Al-Zahrawi, el Abulcasis de la Edad Media, el más famoso de todos, y su* Tasrif *mereció ser traducido al latín y al hebreo, y que la primera de sus versiones se imprimiera más de una vez desde los albores de la imprenta. Hubo en el siglo XI, en Al-Andalus, muchos médicos célebres —he aludido antes a ellos—, pero el XII marca el apogeo de la medicina hispano-musulmana. Le consagraron atención grandes figuras filosóficas como "Avenpace" y "Averroes", mas la cultivó también el sevillano Abu Marwan Abd al-Malik ben Zuhr (. 1161-62), el Avenzoar del vulgo, que ha conseguido un lugar preeminente entre los médicos de todos los tiempos. Redactó dos obras celebérrimas —las mejores escritas en lengua arábiga— el* Iqtisad *y el* Taisir. *La crisis del islam español se dejó sentir en la ciencia médica no menos que en las otras ramas del saber. Sin embargo, no hace*



*muchos años se ha descubierto un estudio sobre el tratamiento de llagas, inflamaciones y tumores de un médico natural de Crevillente (Alicante), que sirvió en la corte provincial de Guadix, de un rey destronado de Granada (m. 1322). He aquí algunos pasajes de tal obra.*

### Traumatismo con herida

Había entrado en este burgo con el rais Abu Abd-Allah ben Hudayr, señor de Crevillente, en el país de Murcia. Uno de nuestros hombres bebió con uno de los suyos; se pelearon y nuestro hombre le dió un golpe en la espalda y le hizo sangrar abundantemente. El herido, conducido por sus hombres, fué llevado al rais, que me dijo: "Ve lo que puedes hacer por él". Entonces llené la herida de un polvo que llevaba y que estaba compuesto de: balausta, incienso, mirra, tierra de Armenia, alpes, sarcocolle, cal viva y pelo de liebre; del cual hice una pasta con clara de huevo. Después lo curé, inmovilicé sólidamente el miembro, e hice tomar al paciente un cuarto de dracma de opio y un medio gramo de apio silvestre; se durmió desde la caída del sol hasta la mañana siguiente. Entonces lo hicimos montar a caballo y lo llevamos con nosotros. No cambié la curación hasta el cuarto día; el remedio se conservaba en su sitio y no estaba húmedo. Lo dejé hasta la aparición del icor que humedecí con vinagre y la saqué con precaución. El herido curó y volvió perfectamente sano a su país.

### Perforación intestinal

He visto a un hombre que había recibido un golpe en la región umbilical con perforación del colon ascendente; vivió años llevando un recipiente de vidrio, donde se reunía su bolo intestinal.

### Rotura del húmero

El jeque Ben Susan —Alá tenga de él misericordia— me envió un bereber acompañado de su hijo, que se había roto el húmero del lado derecho. El curandero le había estropeado por su ignorancia y el brazo estaba suspendido por la carne del músculo llamado biceps. Invitado a practicar la sección, respondí que si se amputaba por allí sobrevendría una hemorragia que ocasionaría la muerte del niño. "Pero toma tres crines de cola de caballo —añadí— retuércelos y ata el músculo con la parte posterior de la cabeza del hueso, dividiendo el lazo en dos para facilitar su separación. Desátalo todos los días y átalo luego más fuerte. Lo hizo así. La carne del músculo se cortó por encima de la fractura (no consolidada), se ennegreció y cayó (sola).

### Fractura de pierna

Puse el hueso en buena posición y extendí el miembro en línea recta; después coloqué sobre la tibia un pedazo de lino doblado en cinco partes, con el cual levanté la pierna y la hice colocar en un teja de madera, ante la cual había colocado una plancha parada sobre la altura del pie. Fijé éste a ella sólidamente, por medio de cuerdas, y llené con compresas blandas de lino deshilachado el espacio comprendido entre la pierna y los lados de la teja, hasta que el miembro quedó inmovilizado. Había cubierto la fractura con momia [betún, resina y aromas diversos], almáciga y aceite de rosas; traté la herida con el emplasto de Galeno hasta la curación y dejé la pierna en la teja durante cuarenta días y la saqué después; el miembro estaba bien derecho y no tuve necesidad de aparatos.

Del *Kitab al-istiqsa wa-l-ibram fi ilach al-chirahat wa-l-awran* de AL XAFRA (Según versión francesa de Renaud, Hespéris, XX, 1935, págs. 10 y siguientes).

## EL SITIO DE ALMERIA POR JAIME II DE ARAGON

*El reino de Granada se hallaba sometido al doble tirón de las dos potencias vecinas, Castilla y Marruecos. Su comunidad de fe con el imperio de los "Beni-Merines" le acercaba más a los africanos. Pero las ambiciones imperialistas de los mismos y su dominio de algunas plazas en tierra española obligaban, a veces, a los soberanos granadinos, a buscar la alianza de los reyes castellanos. Estos no habían renunciado, sin embargo, a proseguir la Reconquista y, en 1308, Fernando IV de Castilla pactó con Jaime II de Aragón el reparto del reino de Granada. Era preciso empezar por conquistarlo y, para ello, en 1309 el castellano sitió Algeciras, mientras el aragonés asediaba Almería. Fracasó la doble acometida. He aquí un relato de la empresa del rey de Aragón, que tiene el interés de descubrirnos el arte militar de la época.*

En este año (709), el martes 3 de Rabí I, correspondiente al mes de agosto [11 agosto 1309] del calendario cristiano, al principio del reinado de Abul-l-Chuyux, el Barcelonés sitió la ciudad de Almería. El general que la gobernaba, en nombre de Abu-l-Chuyux era el caid Abu Maydan Xuaib. Mandaba la flota el caid Abu-l-Hasan Ali al-Randahi. El Barcelonés, rey de Aragón, que Dios lo traicione, llegó a mediodía del lunes del segundo día del citado mes, al cabo de Al-Funt, sobre la costa este de Almería, a la



cabeza de trescientos navíos, pequeños y grandes, de guerra y de comercio. Hizo echar el ancla en tal lugar y pasó la noche en el mar. Al día siguiente, hizo desembarcar los caballos, equipaje y víveres, junto a Al-Funt, en un lugar llamado Birkat al-Safar. Los caballeros y los soldados se extendieron por los arrabales de Almería y por los alrededores de la ciudad. En seguida el caid Abu Maydan dió orden de destruir todas las construcciones que estuviesen demasiado próximas a las fortificaciones. Fueron arrasadas; las puertas de la ciudad fueron cerradas con mampostería, con excepción de aquellas que era necesario dejar sin tapiar; las murallas fueron puestas en estado de sostener el sitio y fueron guarnecidas permanentemente por arqueros y peones.

El miércoles, segundo día de su desembarco, los cristianos, cubiertos con hermosos trajes, avanzaron al son de clarines y tambores, hasta el pie de la ciudad, y allí libraron un violento y encarnizado combate. Los musulmanes, en la ignorancia de las fuerzas enemigas, salieron de la plaza con el objeto de combatirles, sin haber dispuesto los soldados para la batalla. Tuvieron que huir delante del enemigo hasta la ciudad, y se refugiaron en las murallas, desde donde rechazaron a los asaltantes combatiéndoles y lanzándoles flechas. Dios vino en su ayuda; ¡qué excelente auxiliar! El jueves 5 del mes en curso, los dos jeques Abu-l-Abbas ben Ahmad ben Talha y Abu Abd Allah Muhammad ben Abu Bakr, llegaron a la vista de Almería, donde estaban sus hijos, a la cabeza de 150 caballeros. En cuanto los cristianos los vieron fueron a su encuentro con su caballería y su infantería, y con su rey al frente. Los guerreros que avanzaban dieron prueba de gran coraje y mucha energía. Se precipitaron en medio de sus adversarios, y a pesar de los esfuerzos de éstos y de su gran número, lograron entrar en la ciudad, sin perder sino nueve jinetes. Este acontecimiento menguó el entusiasmo de los cristianos y les causó vivo disgusto mientras que alentó a los musulmanes.

En el transcurso de esta misma jornada llegó tan gran número de tropas cristianas de infantería y caballería que cubrieron valles y montañas. Rodearon la ciudad como el halo rodea a la luna y la espata a la flor de la palmera. A principios del asedio las gentes de Almería se desmoralizaron. Pero cuando comenzaron a atacar los cristianos y libraron con ellos varios combates, cuando vieron que la guerra tenía alternativas de éxitos y derrotas, recobraron el valor y se lanzaron atrevidamente a la lucha. Sus arqueros se tornaron más audaces; sus defensores, animados por los triunfos, atacaban y no temían a las lanzadas ni a los sablazos. Los mismos cristianos dieron pruebas a comienzos del sitio de una gran perseverancia y soportaron la lucha con valor. Rara vez pasaba un día entero sin que se hubiese librado un nuevo combate. Desplegaron sus hombres en círculo alrededor de la ciudad, vigilaron estrechamente los caminos, y guardaron con celo sus puestos. En cuanto descubrían un lugar por donde la ciudad podía hallar algún respiro, o un pasaje por el que se pudiera entrar o salir de ella, se

apresuraban a cerrarlo. Levantaron máquinas, estrecharon el sitio y recurrieron a todos los procedimientos de la guerra.

El domingo 8 del mes de Rabi I, el rey de Aragón, a la cabeza de sus cortesanos y de sus tropas, con estandartes y banderas desplegadas, avanzó hacia la ciudad con un ejército numeroso y llegó a la puerta de Pechina. Fué en tal lugar donde los cristianos libraron mayor número de combates y atacaron más a menudo. Multiplicaron los asaltos, pero los musulmanes les opusieron una resistencia encarnizada y la lucha prosiguió así todos los días.

El sábado 14 del mismo mes, el ejército musulmán salió de la capital de Granada con objeto de socorrer la ciudad (sitiada) y de obligar al enemigo a levantar el sitio. Los musulmanes sufrieron una gran derrota y gran número de sus infantes y de sus caballeros fueron muertos. Entretanto un grupo de gentes de Almería hizo una salida hacia el campamento cristiano y se apoderó en él de cuanto pudo.

El sábado 21 los cristianos hicieron sonar una gran campana, que no tocan sino cuando su rey monta a caballo. Se armaron todos y avanzaron, en círculo, alrededor de la ciudad. Dispusieron para el combate altas torres de madera, cargadas sobre carros para poder cambiarlas de lugar. Las guarnecieron con soldados y prepararon largas escaleras que apoyaron contra las murallas. Luego avanzaron los peones y los arqueros, precediendo a los caballeros. Todos los soldados fueron repartidos alrededor de la plaza. Los musulmanes les opusieron una viva resistencia, echaron sobre ellos desde lo alto de las murallas aceite y resina hirviendo y otras materias inflamables, y les obligaron a batirse en retirada e hicieron entre ellos gran número de prisioneros. Fué un gran día para los sitiados.

Al comienzo del mes de Rabi II, llegó un ejército desde la capital de Granada, a Marchena, para establecerse allí. Fueron así estorbados los movimientos de los cristianos. Estos salían todas las mañanas de su campo con tropas numerosas, para traer del valle, en sus bestias, cargas de uva y de las otras frutas de otoño. Y con ellas traían también vigas para sus construcciones y madera para alimentar sus fuegos.

El miércoles 10 de Rabi II, salieron en busca de provisiones según su costumbre. Cuando llegaron al valle, los musulmanes, que les habían tendido una emboscada, los atacaron, los pusieron en fuga, mataron un gran número y se apoderaron de sus bestias de carga y de sus armas. Fué para los cristianos un gran desastre.

El viernes 12 de Rabi II, un ejército de musulmanes al mando del jeque Abu Said Utzman ben Abi-l-Ala hizo una salida. El ejército cristiano marchó al encuentro de sus adversarios y (las dos huestes) se trabaron en combate fuera de la ciudad. Los cristianos sufrieron una gran derrota y gran número de sus jefes fueron muertos. El jeque Abu Said perdió su caballo en la batalla, pero Alá le hizo a él escapar de la muerte.

Cuando los cristianos comenzaron a perder la paciencia y vieron que muchos de entre ellos habían perecido, decidieron acudir a la astucia.



Un grupo de caballeros salió durante la noche y se alejó del campo. Al día siguiente, 14 de Rabi II, aparecieron vestidos con albornoces que les daban aspecto de musulmanes. Cuando les divisaron, los caballeros cristianos montaron a caballo y fueron a su encuentro, fingiendo precipitación y dejando sus tiendas sin guardia, para incitar a los musulmanes a salir a saquearlas. De otra parte, cerca de sus tiendas habían tendido emboscadas, apostado soldados y colocado trampas. Los musulmanes se dejaron mover por la apariencia de las cosas y, no sospechando el engaño, hicieron dar en los mercados la señal para el ataque; y los caballeros salieron de la plaza, con el jefe de la flota y un cierto número de notables de la ciudad a su cabeza, y se dirigieron hacia las tiendas de los cristianos para saquearlas. Pero Alá les alejó de ellas. Marcharon primero hacia el monte de Almería, para comenzar el pillaje por las tiendas que se encontraban en tal lugar, porque los cristianos que las ocupaban eran sus más encarnizados enemigos. Cuando los soldados que estaban emboscados vieron marchar a los musulmanes creyeron que habían descubierto la trampa que les habían tendido y que se apartaban del camino que conducía a las tiendas, para huir y escapar del peligro. Salieron entonces de sus puestos, y quisieron cortar a los musulmanes el camino de la ciudad. Deploraron éstos su falta de perspicacia. Pero felizmente había sido abierta la víspera una puerta en aquel lado. Se precipitaron por ella. Los que quedaron aislados se escondieron al pie de los muros. Los sitiados los defendieron tirando flechas sobre el enemigo. Y les lanzaron planchas de madera, para que se guarecieran hasta que, terminado el combate, pudieran ganar la ciudad. Alá desbarató así la astucia de los cristianos.

El martes 16 Rabi II, los cristianos acudieron a una nueva estratagema. Levantaron una empalizada con muy largas planchas de madera sujetas por clavos de hierro, y detrás de ella se pusieron a construir, en un lugar llamado Al-Asbad, en las proximidades de la ciudad. La situación se tornó crítica para los musulmanes. Trataron éstos de incendiar la empalizada, y Alá les permitió lograr su propósito tras largo esfuerzo.

El sábado 20 del mismo mes, se trabó una batalla general por tierra y por mar. El rey se embarcó sobre uno de los barcos de su flota y dispuso sus tropas alrededor de la ciudad, tanto del lado del mar como del lado de tierra. Los cristianos habían preparado tantas torres y escaleras que ninguna astucia en combate descubierto hubiera podido dar razón de ellas. La situación se agravó para los musulmanes y se cerró la puerta a sus subterfugios. Fué entonces cuando alguien se puso a gritar: "Echad sobre ellos el contenido de los fosos de las letrinas. Nada puede humillarlos tanto". Las gentes se apresuraron a retirar de los fosos las materias fecales que contenían y a transportarlas sobre las murallas, desde donde las echaban sobre los asaltantes. Tuvieron gran acierto al hacerlo, porque, de tal modo, reunieron dos cosas que van juntas: los españoles y los excrementos. Se es siempre víctima de esa treta. Los caballeros, vestidos con hermosos trajes, se encontraron

cubiertos de porquería, y fueron objeto de burla para sus camaradas. El ardid fué más ingenioso que combatir y Alá concedió así tregua a los musulmanes.

El miércoles 10 Chumada I, llegó de la capital el ejército musulmán compuesto de caballeros y de numerosa infantería. La caballería desembocó por el lado de los observatorios (Al-Manadhir) y la infantería por el lado de la montaña.

Los peones llegaron los primeros. En seguida un grupo de caballeros cristianos salió a su encuentro. Los musulmanes no pudieron sostener la lucha, se batieron en retirada, y se hicieron acuchillar. Pero, por obra de la voluntad divina, los sitiados salieron en ese momento de la ciudad y aprovechando que los cristianos, acampados frente a ellos, se habían lanzado a la persecución de los fugitivos, pusieron fuego a un cierto número de tiendas del campamento. El humo que se elevó hacia el cielo hizo creer a los cristianos que ardía todo su campo y volvieron sobre sus pasos rápidamente y los fugitivos pudieron así escapar a sus sables.

Cuando la caballería musulmana llegó al foso que los cristianos habían cavado alrededor de su campamento, foso que defendía ese día el mismo rey al frente de su ejército, se abstuvo de atacarle; y al cabo la noche separó a los adversarios sin que llegaran a luchar. Después de fortificar Marchena, los musulmanes atacaban casi todos los días el campamento cristiano, hostigándole con escaramuzas y golpes de mano. Como consecuencia de tales ataques, el sitio fué menos duro para la ciudad, pues no fué combatida por los cristianos mientras duró la lucha contra los musulmanes del exterior.

En la mañana del viernes 3 Chumada II, los cristianos quisieron sorprender la ciudad por el lado de la montaña. Vinieron en gran número con grandes escaleras, las aplicaron contra los muros y treparon por ellas. Por casualidad, no había allí más que un musulmán. Se puso a gritar para prevenir a las gentes, y éstas llegaron en su auxilio dando voces y, en tal número, que al cubrir los parapetos parecían éstos más pequeños. Se batieron contra los asaltantes. Fué abierta una puerta que había en aquella parte de la muralla. Salieron por ella tropas musulmanas y rechazaron a los cristianos, matando entre otros a uno de sus jefes.

En la tarde del jueves 9 del mismo mes, los cristianos quisieron sorprender la ciudad, por segunda vez y por el mismo sitio, aprovechando las alturas que la dominan por allí. Creyeron que tal lugar estaría desierto. Pero la primera tentativa puso en guardia a quienes la defendían. Descubrieron fácilmente la añagaza y gritaron pidiendo socorro. Los guerreros se apresuraron a acudir. Abrieron la puerta situada en aquella parte. Los asaltantes fueron rechazados y un buen número de ellos fué hecho prisionero.

El lunes 22 Rachab se desplomó una parte del parapeto. Los asaltantes se precipitaron hacia tal lugar y allí entablaron con los sitiados un duro combate que prosiguió durante toda la jornada. Y éste fué el último encuentro que hubo entre ellos y las tropas de la ciudad, hasta su partida.



He relatado despaciosamente el asedio por la lección que contiene para quienes son perspicaces y saben observar.

Tomaron parte en el cerco tres mil caballeros cristianos, de los cuales mil llevaban cotas de malla y cuatrocientos tenían caballos protegidos con armaduras.

Es incalculable el número de los peones enemigos. Perecieron en el sitio ochenta mil soldados cristianos. Las gentes de Almería mataron catorce mil oficiales, setecientos caballeros y veinte mil infantes. Los otros fueron muertos por el ejército musulmán de Granada. Los cristianos alzaron trescientas grandes tiendas y gran número de tiendas pequeñas. Levantaron en torno a la ciudad once catapultas y máquinas para bombardear la plaza. Se podían transportar de un lado a otro. Unas lanzaban piedras sobre las fortificaciones, otras en el interior de la ciudad y otras incluso sobre la fortaleza. Los cristianos dirigieron sus mayores esfuerzos contra las murallas de la colina que domina la ciudad, encarnizándose en su ataque. Las catapultas lanzaron durante todo el sitio 22.000 piedras. Considera, lector, lo que es la sabiduría divina: el número de sus muertos fué varias veces el doble del número de piedras lanzadas por ellos, que pesaban de veinticinco a treinta libras.

Las gentes de la ciudad no poseían más que una bombarda con la que lanzaban piedras tanto hacia tierra como hacia el mar, según era preciso. Como fué dañada por una piedra, procedente del campo cristiano, fabricaron otras tres.

Una de las muestras de la protección que Alá acordó a las gentes de la ciudad fué la gran cantidad de cebada que se encontró al comenzar el sitio en los almacenes de reserva de la fortaleza. Fué distribuída a razón de una libra por persona, sin distinción de clases, mediante el pago de un qirat por libra. El precio máximo alcanzado por la libra de trigo fué de tres dirhems y las 10 onzas de pan de trigo valieron dos dirhems. Durante el cerco tuvieron los musulmanes ciento cincuenta y nueve víctimas, de las cuales dos fueron mujeres. Luego Alá envió durante dos meses el viento oeste, que impidió navegar a las naves cristianas e interrumpió su abastecimiento hasta el punto de que todos sufrieron hambre. Aceptaron negociar el fin del asedio mediante la promesa del pago de una suma de dinero que los musulmanes se comprometieron a entregar. Una paloma mensajera llevó la buena noticia a Almería, el domingo 21 Rachab del mismo año. Las tropas de Castilla quedaron profundamente descontentas. Los cristianos transportaron sus equipajes sobre sus naves y prendieron fuego a lo que no pudieron llevar. Por no hallar sitio en los barcos, un cierto número de ellos tuvo que quedar bajo la protección de los musulmanes. El ejército se puso en camino con su rey humillado, acompañado de la cólera de Dios, hacia su maldición, a su peor destino, el jueves 22 Xaban. El sitio había durado seis meses menos algunos días. En el mes de Ramadan del mismo

año, las gentes de los arrabales de Almería se reunieron para hacer desaparecer los vestigios del asedio, muros y construcciones, ante el rumor que corrió de un posible retorno del rey de Aragón.

La ciudad fué sitiada una segunda vez y pudo todavía expulsar al enemigo hasta que Dios decretó su toma. Toda cosa es decretada por El. Pero nosotros lo hemos recordado sólo para que sirva de ejemplo de Su Poder.

De la *Durrat al-hichal* de AHMAD BEN AL-QADI (Según versión francesa de I. S. Allouche. Hespéris, 1933, XVI, 131).

## BATALLAS POR EL DOMINIO DEL ESTRECHO

*A los almorávides y almohades sucedieron los "Beni Merines" en el imperio del actual Marruecos. Ya en el reinado de Alfonso X el Sabio pasaron el mar y atacaron las fronteras de Castilla. El arzobispo de Toledo, don Sancho de Aragón, pereció combatiendo con ellos. Después, como queda dicho antes, Granada jugó alternativamente la carta africana contra Castilla y la castellana contra Africa, a fin de poder conservar su independencia. Los "Beni Merines" consiguieron adueñarse de algunas zonas granadinas y establecer así una cabeza de puente en España. Los sucesores de Alfonso X, para defenderse del peligro marroquí, procuraron con gran tesón y esfuerzo conquistar las plazas extremas de la punta meridional de la Península. Sancho IV tomó Tarifa y Fernando IV Gibraltar y se esforzaron en crear una flota que patrullase el Estrecho e impidiera el paso de los africanos a la Península. La escuadra de Castilla consiguió no pocos triunfos, pero fué vencida en los días de Alfonso XI. Los "Beni Merines" pasaron el mar y cercaron Gibraltar. Alfonso XI organizó un ejército en socorro de la plaza llave de España, pero su defensor no resistió con heroísmo, capituló muy pronto y se perdió la fortaleza decisiva para impedir el acceso a la Península.*

### Los musulmanes pierden Tarifa

En el mes de abril en que comenzó el noveno año del reinado deste rey don Sancho, que fué en la era de mill e trecientos e treinta años, andaba el año de la nascencia de Jesu Cristo en mill e docientos e noventa e dos años. Pues que el rey don Sancho supo en commo don Juan Núñez se iva para el rey de Francia, mandó al arzobispo de Toledo don Gonzalo e a otros omes buenos que fuesen con su mandadería al rey de Francia, por quien envió contar por cuál razón pusiera el pleito con el rey don Jaimes de Aragón e non lo pudiera escusar segund los fechos estavan, pero que su voluntad era de guardar el amor e el pleito que avía puesto con él. E desque el rey de Francia oyó la mandadería que levó el Arzobispo e los



otros omes buenos, tovo que el rey don Sancho non errara el pleito que avía puesto con él, pues que el rey don Alfonso de Aragón era muerto, e díjoles que le placía, e que fincasen las posturas e amistades entre ellos amos segund que antes estavan. E aviendo el rey don Sancho esta respuesta, llególe mandado en commo el rey Aben Yacob era en Tánger, e que tenía y doce mill caballeros para pasar aquende, e que tenía veinte e siete galeas muy bien armadas, e ellos querían pasar, e que llegó Micer Benito Zacarías, el ginovés, con doce galeas muy bien armadas, e estando el rey Aben Yacob con toda su hueste en la ribera de allen mar, lidió este Micer Benito Zacarías con aquellas veinte e siete galeas de los moros, e venciólos, e prisió dellas las trece, e fugieron las otras, veyéndolo el rey Aben Yacob e toda su hueste que estavan delante; e albergó y esa noche Micer Benito Zacarías, e estudo y otro día trayendo aquellas trece galeas, jorrándolas con sogas ante el rey Aben Yacob e ante toda su hueste. E cuando el rey Aben Yacob vió esto, tóvose por muy quebrantado e muy deshonrado, e luego movió con toda su hueste e se tornó para Fez. E cuando estas nuevas ovo el rey don Sancho, plúgole ende mucho, e mandó mover toda su hueste para Sevilla, e él tomó su camino para Cibdad Rodrigo, e fuese ver con el rey de Portogal, e rogóle que le prestase algund aver con que pudiese continuar aquella cerca que quería facer. E el rey de Portogal non aviendo voluntad de lo facer, escusósele con buenas razones; e desque el Rey vió que non tenía con él ninguna ayuda, envió a todos los de los sus reinos que le diesen tres servicios para mantenimiento de la costa de aquella cerca que montaba muy grand algo, e los de la tierra diérongelos luego muy de buena mente; e el Rey punó de se ir, e llegó a Sevilla en el mes de Mayo, víspera de cincuesma. E dende a cuatro días que y llegó, encaesció la reina de un fijo varón, que dijeron el infante don Felipe, e atendió y toda su hueste e tovo y el día de Sant Juan. E desque las gentes fueron y llegadas, e la flota que en Castilla e en Asturias e en Galicia armaran, en que iban once engeños que mandara él facer, llegó a Tarifa; como quier que llevaba en talante de ir a cercar a Algecira, consejáronle que cercase a Tarifa, por razón que era la mar más estrecha allí, e que avían allí mejor salida para los caballos cuando los moros pasasen aquende, que en otro lugar ninguno. E el Rey acogióse a este consejo, e mandó los engeños e combatirla muy fuerte por mar e por tierra por muchas veces fasta que la ovo de entrar por fuerza, e tomóla en el mes de Setiembre, el día de Sant Mateo apóstol e evangelista, e el Rey tomó y tan grand afán e tanta lacería, que fué comienzo de la dolencia que él ovo después, de que ovo de morir. E desque la ovo tomada, fué muy cara de mantener, e fincó y don Rodrigo, maestre de Calatrava, e puso el Rey con él de le dar por la tenencia de un año dos cuentos, e demás que toviese el Rey siempre galeas armadas en la mar porque fuese guardada.

De la *Crónica de Don Sancho Cuarto.* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, págs. 86-87).

### Gibraltar cristiano

E el Rey envió luego su mandado al rey de Aragón commo lo avía otorgado así, e que se iva de camino para Algecira, e él que se fuese cercar á Almería. E desque el Rey se fué de Córdoba para Sevilla, tomaron en Sevilla talegas e cargáronlas en naves e en barcas para ir a la cerca de Algecira; e la hueste movió de Sevilla e andudieron de guisa, que llegaron a Algecira a veinte e siete días del mes de julio. E otrosí el rey de Aragón cercó luego a Almería en el mes de agosto e luego que la cercó fizo un palenque en derredor de su hueste e una cava tan fuerte, que non avía que rescelar por grand hueste que a él viniese, e tóvole grand pro. E desque los moros sopieron que el Rey tenía cercada la villa de Algecira, pesóles mucho, e toviéronlo por grand deshonra de cercar el rey de Aragón a ninguna su villa, e vinieron a él algunas veces, e como quier que dos veces los venció, si non fuera por aquella barrera que tenía en que se defendía, fuera preso o muerto. Mas el rey don Fernando non tenía en la cerca de Algecira barrera ninguna, ca la non avía menester, nin fué nunca costumbre de los castellanos facer barreras cuando cercaron algunas villas, e ante lo ovieron por grand mengua; e cuanto estudo el rey don Fernando en esta cerca, nunca se atrevieron los moros de venir a aquella parte do él estava nin lo tenían por derecho. E decían ellos que en cercarles el Rey de Castilla las sus villas que era derecho, mas que lo del rey de Aragón teníanlo por tuerto e por deshonra. E luego a pocos de días desque el rey don Fernando ovo cercado a Algecira, envió a don Juan Núñez e a don Alonso Pérez de Guzmán e al arzobispo de Sevilla e al concejo de Sevilla a cercar a Gibraltar, e pusieron dos engeños e combatiéronla muy fuerte a la redonda con ellos, en guisa que lo non pudieron sufrir los moros, e ovieron de pleitear con el Rey que fué y, e diéronle la villa en tal que los mandase poner en salvo allende la mar; e el Rey fízolo así, e fallaron por cuenta que salieron mill ciento veinte e cinco moros, e estonce le dijo un moro de aquellos que se ivan de la villa, que era viejo: "Señor, ¿qué oviste conmigo en me echar de aquí? ca tu bisabuelo el rey don Fernando cuando tomó a Sevilla me echó dende, e vine morar a Xerez, e después el rey don Alfonso tu abuelo cuando tomó a Xerez echóme dende, e yo vine morar a Tarifa, e, cuidando que estava en lugar salvo, vino el rey don Sancho tu padre e tomó a Tarifa, e echóme dende, e yo vine morar aquí a Gibraltar, teniendo que en ningund lugar non estaría tan en salvo en toda la tierra de los moros de aquende la mar commo aquí; e pues veo que en ningund lugar destos non puedo fincar, yo iré allende la mar, e me porné en lugar do viva en salvo e acabe mis días". E luego el Rey entró en la villa, e fizo su oración alzando las manos al cielo e dando gracias a Dios del bien e de la merced que le ficiera, e mandó labrar los



muros de la villa que derribaron los engeños, e otrosí mandó labrar una torre encima del recuesto de la villa, e otrosí mandó labrar una tarazana desde la villa fasta la mar, porque estudiesen las galeas en salvo, e tornóse el rey don Fernando para su hueste de Algecira que tenía cercada.

. . . . . .

E andando el pleito desta manera, oviéronse a desavenir el Rey e el infante don Juan, e luego se fué el infante don Juan del real e non quiso y fincar.

E desque el Rey sopo . . . . . que se avría a levantar de aquella cerca, consintió en aquel pleito, e fué éste: Que le diesen los moros las villas de Quesada e Belmar con sus castillos todos, así commo los avía ante que se perdiesen, e demás que le diesen cincuenta mill doblas, e para complir esto diéronle luego en arrehenes muy buenos omes e muy honrados de los que estavan y en Algecira.

De la *Crónica de don Fernando Cuarto.* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, págs. 163-164).

### Derrota naval granadina

Ante que el Rey fuese a facer esta conquista, avía enviado desde Sevilla a Alfonso Jufre de Tenorio, su Almirante mayor de la mar, con seis galeas et ocho naves et seis leños, para que guardase la pasada de la mar con esta flota, et que feciese á los Moros guerra et mal et daño lo más que podiese. Et el Rey de Granada ovo ayuda de galeas de los Moros de allen mar, et con las suyas ayuntó vente et dos galeas, et enviólas que peleasen con la flota del Rey de Castiella. Et el Almirante Alfonso Jufre desque sopo que la flota de los Moros venía a pelear con él, salió a lo largo en la mar, porque se podiese fallar con ellos. Et estando allí, los Moros venieron a la pelea, et Dios tovo por bien de ayudar a los Christianos. Et fueron vencidos los de la flota de los Moros; et los Christianos tomaron tres galeas de las de los Moros, et anegaron otras quatro so el agua, et fueron y muertos et cativos fasta mill et doscientas personas de Moros. Et desque el Rey fué a Sevilla, según que la estoria ha contado, llegó y el Almirante Alfonso Jufre con la flota del Rey, et traxo las galeas que avía tomado a los Moros: et otrosí traxo trecientos Moros cativos en sogas, que entraron todos en la ciubdat delante dél. Et el Rey, por le facer honra, salió fuera de la ciubdat a lo acoger, gradesciendo a Dios la merced que le facía, aviendo ende grand placer.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno.* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, pág. 209).

### Triunfo naval africano

Contado ha la historia de cómo el Rey de Granada pasó allen mar, et de cómo Albohacen Rey de Marruecos le prometió de le enviar ayuda así como lo prometió. Et púsolo luego por obra, et mandó armar galeas, et otros navíos los más que pudo, et envió un su fijo que decían Abomelique, que pasó aquen mar: et este Abomelique era tuerto, et envió con él siete mill caballeros, et estos pasaron a Algecira. Et aquel Rey Albohacen de Benamarin envióles allí mucho pan, et muchas armas et caballos, et las otras cosas que avían menester. Et los que tenían por el Rey Don Alfonso los castiellos de Tarifa et de Gibraltar, et vieron pasar aquellas gentes, et aquellos navíos a Algecira, enviáronlo a decir al Rey Don Alfonso de Castiella. Et el Rey envió luego mandar a Alfonso Jufre de Tenorio, su Almirante mayor de la mar, que estaba en Sevilla, que armase la su flota, et que fuese guardar el estrecho de la mar. Et el Almirante et los otros que lo avían a facer por el Rey, acuciáronlo todo lo más que podieron, pero el acucia non fué tanta que los Moros non pasaron todos ante que la flota del Rey de Castiella saliese del río de Guadalquivir. Et el Rey de Granada, desque sopo que este Abomelique era pasado en su ayuda, comenzó luego a facer la guerra al Rey de Castiella.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno.*
(Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, pág. 238).

### Otra vez Africa conquista Gibraltar

Desque el Rey fué llegado a su hueste, et ovo comido, mandó llamar los Ricos-omes, et Maestres, et Caballeros, et algunos de las villas que eran y con él, para acordar con ellos en quál manera avían a facer otro día. Et después que fueron llegados, dixiéronle que desde allí fasta Gibraltar avía cuatro jornadas para la hueste, et que avía menester que otro día estidiesen allí en aquel logar, porque los omes podiesen tomar talegas de vianda para aquellos días, et para otros dos o tres días más, con que se podiesen mantener, sinon fuese llegado lo que levaban por la mar. Et el Rey veyendo que esto non se podía escusar, tóvolo por bien. Et otro día, estando en aquel logar el Rey acudiendo la ida cuanto podía, llegáronle cartas del Almirante, en que le enviaba decir, que él avía enviado a Vasco Pérez las cartas quel Rey le enviara, et que non avía avido respuesta ninguna dellas según solía; et demás que avía visto que los Moros non combatían el castiello, nin le tiraban con los engeños: otrosí que veían entrar los Moros en la villa et en el castiello: et otrosí que veían que los Christianos del castiello salían al real; et él por saber esto qué era, envió una galea que se llegase bien cerca de la villa, por ver qué era esto; et que un Moro ladino dixo a los de la galea que dixiesen al Almirante que se fuese de allí; ca



Vasco Pérez era salido del castiello, et que estaba con el Infante Abomelique en la su tienda, et que ese día le avía de entregar el castiello de Gibraltar. Et desque el Rey ovo leidas las cartas, et oyó lo que los mandaderos le dixieron sobre esto, tomó ende muy grand pesar, et mandó llamar a todos los que allí eran con él para aver su consejo en quál manera farían. Et desque fueron yuntados, et ovieron oído lo quel Rey les dixo que avía sabido, algunos dellos consejábanle que si él era cierto quel castiello avían cobrado los Moros, que lo mejor era tornarse desde allí: et otros algunos le decían, que pues allí era llegado, que era más su honra llegar al castiello:

Estrecho de Gibraltar.

et parecía que non fincaba por él de le ir acorrer. Et desque el Rey ovo oído lo que le dixieron cada uno de los que estaban y sobre esto, dixo, que él quería ir al castiello de Gibraltar; et si lo fallase en poder de los Christianos, o que tan solamente toviesen una almena, que lo podría acorrer; et si el castiello fallase en poder de los Moros, que bien coydaba que lo non podían bastecer en tan poco tiempo, ca por la mar non lo podrían facer, pues el Almirante et la su flota estaba allí; et por tierra non podrían y poner bastecimiento sinon para muy poco tiempo: et así que fiaba de Dios de poder cobrar aquel castiello. Et todos tovieron que lo que decía el Rey era lo mejor, et acordáronlo así; pero que por este acuerdo dixieron que era manester que llevasen vianda la más que podiesen, et que fincasen y otro día. Et el acuerdo avido, et partidos de la fabla, llegó al Rey un ome que le envió el Almirante, con quien le envió decir, que los Moros estaban en el castiello, et que avian puesto encima de las torres sus

pendones, et traían pan de Algecira por tierra para la bastecer: et otrosí que viniera a él un ome de los que salieran de la villa, et que le dixo, que los Moros dexaran salir todos los Christianos de la villa a salvo, et a Vasco Pérez que lo enviaran allén mar. Et el Rey, por el acuerdo que avía avido, mandó a todos los de la hueste que acuciasen la ida quanto podiesen; et dexó a Don Alfonso fijo del Infante Don Fernando en Xerez, porque era muy viejo, et fué con el Rey Don Joan su fijo. Et agora la estoria dexa de contar desto, et contará lo que pasaron en Gibraltar los que y estaban mientras que fueron cercados.

Oído avedes cómo la estoria ha contado, que Vasco Pérez tenía el castiello de Gibraltar sin bastecimiento, et si non fuera por la barca cargada de trigo que traxo la tormenta, non tovieran mantenimiento para un mes. Et como quiera que por esto cayó en muy grand culpa, et después en muy mayor, por cuanto entregó el castiello a los Moros, ca él tenudo era de entregar el castiello a su señor, o morir en él; pero mucho trabajo et mucho mal pasaron los Christianos que estaban en el castiello de Gibraltar. Ca Vasco Pérez avía postura con el Rey de tener y tantas compañas que lo podiesen defender; et él, con cobdicia de ganar los dineros que le daba para esto, tenía y pocos pobladores, et pocos defendedores. Et estidieron cercados cinco meses: et en este tiempo avían a velar cada noche, et avían a pelear de día cada que los combatían; et demás avían a labrar alguna cosa de lo que derribaban los engeños: et Vasco Pérez dábales muy poca vianda, et con esto pasaban grand premia et mucho trabajo. Et Vasco Pérez coydando salir de allí con su honra, facía mucho por mantener los omes de su casa, et unos Moros que tenía cativos, que eran de grand redención; et a los otros de la villa duró un mes que les non dió pan ninguno: et por esto llegaron a tan grand quexa de hambre, que comían los cueros de los escudos cocidos, et otrosí las cintas de cueros que tenían, et las piezas de los zapatos cocidas: ca non tenían al de que se podiesen mantener. Et el Almirante que sabía algo desto, quisiéralos acorrer con vianda: et fizo poner dos trabucos en dos naves, et con aquellos trabucos lanzábanle las talegas de la farina; et como quier que algo caía dentro en el castiello, pero lo más caía fuera, et tomábanlo los Moros: et por esto el Almirante non dexaba de les mandar lanzar farina con aquellos trabucos. Et los Moros, por tirar que los del castiello non oviesen aquel acorro, posieron dos engeños con que tiraban aquellas dos naves en que estaban los trabucos: et los marineros de las naves oviéronles arredrar, por rescelos que ge las quebrarían; et non podieron alcanzar los trabucos a echar la farina en el castiello. Et Vasco Pérez, veyendo que le non acorrían con vianda, et aquellas gentes laceraban tanto, salió el Infante Abomelique et entrególe el castiello, et pedióle que le dexase salir los Christianos a salvo. Et el Infante otorgógelo, et pedióle los Moros que él tenía de quien coydaba aver grand rendición, et diógelos. Et los Moros, desque cobraron el castiello,



metieron toda la su flota en el atarazana de la villa de Gibraltar: et Vasco Pérez fué de mala ventura en facer esto, ca el día que él entregó el castiello a los Moros, fallaron farina et vianda en el apartamiento et en la torre que él tenía en el castiello, que les podiera abondar cinco días. Et si él posiera en el talante de facer lo que era tenido, que era entregar el castiello a su señor o morir en él, non moriera; ca podiera partir aquella vianda a las gentes, et oviera y cinco días, et a los quatro días los acorriera el Rey; et así non fincara él de tan mala ventura como fincó, nin cobraran los Moros el castiello. Et maguer que en esto fizo él grand maldad, pero grand daño traxo a este fecho el detardamiento quel Rey fizo en quanto el castiello estido cercado: ca Vasco Pérez ovo desafuciamiento, porque pasaba el tiempo quel Rey le enviara decir que era llegado a Sevilla, et que le acorrería; como quier que por esto non debiera él facer lo que hizo. Et agora la estoria deja de contar de esto, et tornará a contar de cómo el Rey veno a Gibraltar.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno*. (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, págs. 248-249).

## GRANADA Y LA CORONA DE ARAGON

*En los momentos más difíciles o en los días de paz y amistad entre Aragón y Castilla, los dos grandes reinos cristianos de España unían sus armas contra los moros de Granada y de Africa. Pero desde la muerte del Rey Sabio hasta el Compromiso de Caspe, que llevó una dinastía castellana a la corona aragonesa, fueron frecuentes las pugnas, las enemistades, los choques pasajeros y aún, a veces, las ásperas guerras entre los soberanos de las dos monarquías. Durante esos períodos de enemistad, la eterna ley de las alianzas entre los enemigos del adversario común, acercaba a Granada a Aragón contra Castilla. Los Nazaríes granadinos jugaban pues con triple baraja: ora acercándose a los castellanos contra los marroquíes, ora combatiendo a aquéllos junto a los "Beni Merines", ora aliándose con los Jaimes o los Pedros de Aragón contra los Fernandos, los Alfonsos o los Pedros de Castilla. He aquí dos tratados de alianza que descubren el último y sutil juego de la diplomacia de Granada.*

### I

*Tratado de paz y alianza entre Muhammad II de Granada y Jaime II de Aragón contra Castilla.*

Ultimo día de Rabi segundo de 701 [31 de diciembre de 1301, ó 1º de enero de 1302].

Sepa todo aquel que leyere el presente escrito, que Nos el Príncipe, siervo de Dios, Muhammad, hijo del Príncipe de los musulmanes Abu Abd

Allah ben Nasr, Sultán de Granada y Málaga y sus dependencias, y Príncipe de los Musulmanes, accedemos, augusto soberano D. Jaime, Rey de Aragón, Valencia y Murcia, y Conde de Barcelona, a ser vuestro fiel amigo y a que haya entre Nos y Vos paz firme y leal amistad, en virtud de la cual, vuestros amigos lo serán nuestros, y vuestros enemigos, las gentes de Castilla, enemigos para nosotros. Haremos cesar los daños y las correrías de que vuestras tierras y lugares pudieran ser objeto por parte de los nuestros, y no daremos ocasión ni permiso para que ningún vasallo nuestro los lleve a cabo, o los realice, ni por tierra ni por mar.

Y si aconteciera que a alguno de vuestros vasallos, o de vuestros lugares, le sobreviniera cualquier daño de parte de alguien que se halle sometido a nuestra autoridad, nosotros procuraremos que aquel daño sea reparado con toda justicia.

Y Vos, por vuestra parte, seréis igualmente fiel aliado nuestro, según manifestáis en vuestra carta, y os obligáis a mantener con Nos una alianza leal y una paz duradera, siendo amigo de quien lo sea de Nos y enemigo de todo enemigo nuestro, ya sea éste musulmán, o de la gente de Castilla; haréis cesar los daños y depredaciones contra todos nuestros territorios y vasallos, en el mar y en la tierra.

Si ocurriera que alguna comarca de allende el mar, o gentes de aquel país, quedaran bajo nuestra obediencia, observaréis con respecto a ellos las mismas normas seguidas con nuestros restantes territorios de Al-Andalus.

Si sobreviniera algún daño de parte de vuestros súbditos, o de los habitantes de vuestras villas, a alguno de nuestros vasallos, o habitantes de nuestros lugares de Al-Andalus, o de los situados en el país de allende el mar, Vos habéis de procurar la reparación de aquel daño en el acto, en el mismo instante, tal como en vuestra carta ofrecéis hacerlo.

Accedemos, igualmente, a que vengan a nuestro país todos los que deseen comerciar en cualquier clase de mercaderías de vuestro país, que tengan por conveniente. Se les permitirá exportar cuantos artículos deseen, y se hallarán en completa seguridad sus personas y sus bienes, sin más que satisfacer los obligados derechos, con arreglo a la tasa acostumbrada, y a ellos les serán liquidados en las aduanas los derechos que les correspondan con arreglo a la costumbre.

Y asimismo, todos los negociantes que desde nuestro país se dirijan al vuestro, gozarán de absoluta seguridad para sus personas y sus bienes, y les será permitido exportar de vuestro territorio toda clase de mercancías que deseen. Pagarán los derechos establecidos, según la costumbre, sin añadir ningún nuevo aumento a los ya establecidos, y les serán liquidados los derechos que les correspondan, conforme proponéis en vuestra carta.

Accedemos, asimismo, a prestaros nuestra ayuda contra la gente de Castilla en las guerras contra Vos. Y si acaeciese que el actual Señor de Castilla, o sus fuerzas, vinieran contra Vos por la parte de Murcia, en el



acto os ayudaríamos con todo nuestro poder. Y no concertaremos con ellos paz ni tregua, si no es de acuerdo con vuestra opinión y con ventaja para Nos y para Vos.

Por vuestra parte, Vos os comprometéis, igual que nosotros, a hacerles la guerra y a realizar incursiones contra todos sus territorios, y no haréis con ellos paz ni tregua, si no es con nuestra conformidad y con provecho vuestro y nuestro al mismo tiempo, para que nuestra mutua situación (con respecto a ellos) sea una misma, tanto en caso de avenencia, como de hostilidad.

Y nos ayudaréis contra ellos, cuando necesitemos de vuestros auxilios, con todo vuestro poder, conforme proponéis en vuestra carta.

Accedemos, asimismo, a ayudaros en tierras de Murcia con jinetes de nuestro país... si de ello tenéis necesidad, a condición de que se les organice en vuestra tierra... la comida y el pienso, desde el día de su salida de nuestros dominios hasta el de su regreso. Dispondréis, además, que se les indemnice el importe de las cabalgaduras que mueran en vuestro servicio, desde el día que salgan de nuestro territorio hasta el de su regreso al mismo.

Accedemos, asimismo, a que si... Murcia, os lo devolveremos inmediatamente. Y si fuera cualquier otro sitio del territorio de Castilla, no tendréis nada que oponer a ello. Y si cayere en vuestro poder algún lugar del reino de Castilla, tampoco hemos de hacer nosotros ninguna oposición, a no ser que se trate de alguno de los lugares que nos pertenecen, como son Tarifa... y Quastal, porque si ocurriera que estos lugares, o algunos de ellos, quedaran en vuestro poder, nos lo habréis de restituir en el acto, sin dilación alguna y sin necesidad de ulterior reclamación. En el caso de que dichos lugares, o algunos de ellos, quedara en poder del Rey D. Alfonso, o de su hermano el Infante D. Fernando, nos habréis de apoyar para que se cumplan debidamente los conciertos que con ambos tenemos establecidos, con vuestro testimonio y con vuestra garantía de que los lugares en cuestión nos serán devueltos en el mismo instante, sin dilación alguna y sin necesidad de pedirlo.

También prohibiréis a vuestros súbditos que se dirijan a Sevilla, o a cualquier otra localidad situada en territorio de nuestros enemigos, por mar o por tierra, para negociar en ellas. Y si alguno entrara en cualquiera de las plazas referidas, se le aplicará la misma ley que a los enemigos con quienes se halla.

Y para que así conste y quedéis bien persuadido de ello, mandamos escribir el presente documento, en el cual ponemos nuestra signatura y nuestro sello, el último día de Rabi, segundo del año setecientos uno.

Ha sido escrito en la fecha indicada. — Fin.

## II

*Carta de Muhammad V de Granada a Pedro IV de Aragón, en que le pide naves para resistir los ataques de Marruecos y Castilla, coaligados.*

3 de Dzu-l-qada de 762 [4 septiembre 1361]

Del Príncipe, siervo de Dios, el vencedor por la ayuda de Dios, el que pone en El su confianza, Muhammad, hijo de Ismacil, hijo de Muhammad, hijo de Farach, hijo de Nasr, Sultán de Granada, Málaga, Almería, Guadix y sus respectivas comarcas y Príncipe de los Creyentes.

Al egregio, excelso, honorable, magnífico, denodado, fidelísimo, famoso, caballeroso, altamente reputado, digno de gratitud, amadísimo, de elevados sentimientos, el Monarca D. Pedro, Rey de Aragón, Señor de Valencia, Cerdeña, Córcega y Rosellón y Conde de Barcelona. ¡Dios le dé una felicidad constante por su acatamiento a la divina voluntad, y préstele su asistencia para aquello que El ama y a El complace, por haberse sometido a su obediencia!

Después (de lo dicho) os escribimos la presente desde la Alhambra de Granada. ¡Dios vele por ella!

Por la merced de Dios, nada ha ocurrido de nuevo que no sean bienes de todo género y beneficios de la mayor importancia. ¡Gracias le sean dadas! Vuestra Majestad goza de la consideración más elevada, es objeto de la inquebrantable fidelidad que se merece, y no puede por menos de reconocerse el excelente proceder por ella seguido en cumplimiento leal de sus promesas.

A más de lo expuesto —¡Dios conserve incesantemente vuestra grandeza por la sumisión a su obediencia!—, motiva el envío de la presente, ¡oh magnífico Soberano!, el informaros del contento que nos produce la buena relación con Vos y el haber logrado vuestra amistad; en atención a esto, os hacemos saber lo que en estos días ha ocurrido. Sucede que el interés con que nos esforzamos por que fuera concertada la paz entre Vos y el señor de Marruecos, y nuestra participación en el asunto de los cautivos naturales de su país, no han sido debidamente correspondidos, sino que el último ha prestado ayuda a gentes de Al-Andalus que se hallaban en sus estados, para que vengan a hacer armas contra nosotros, les ha equipado seis barcos de guerra y, a más, ha recurrido al Rey de Castilla con el mismo objeto, hasta conseguir que le ayude con otros cinco navíos de guerra; todos los cuales andan alrededor de las costas, atacando a las gentes que se encuentran en aquellos parajes.

Pero, gracias a Dios, las citadas embarcaciones van quedando muy mal paradas por todos los sitios donde se presentan, y parte de sus gentes han huído, viniendo a nuestro lado, y a otros nos los han traído



prisioneros; pero hemos sido generosos con ellos y les hemos dejado ir libres.

Claramente se advierte que están en situación apurada, pues se les han agotado las provisiones y se ha apoderado de ellos el desaliento. Hemos dado órdenes a nuestros funcionarios de las regiones marítimas para que les impidan hacer aguada y los ataquen en todos los puntos dondequiera que desembarquen, con los arqueros y la caballería, acosándolos sin tregua.

Con todo esto, cuantos tripulantes de las naves pertenecientes al Sultán de Marruecos que allí llegan, nos dan a entender que ninguno de ellos se ha embarcado sino a la fuerza, y ha sido obligado a hacerlo así en contra de su voluntad y de su gusto.

Nosotros damos gracias a Dios por no haber dado ocasión a que se nos aluda en forma tan denigrante, debido a la firme confianza que en El hemos puesto, por la diligente lealtad que, según nos consta con toda evidencia, despliegan nuestros vasallos en nuestro servicio, y por haber visto palpablemente en lo ocurrido cómo el Señor impone su merecido a quien procede inicuamente, y hace justicia a costa suya.

Y estimando que estos excesos pasan ya del justo límite, antes de hacer nada, os escribimos solicitando de Vos que nos prestéis ayuda con diez naves de guerra, o las que sea posible para que ataquen a las naves del señor del Magrib, corriendo a cargo de las nuestras atacar a las del señor de Castilla.

Nosotros esperamos confiadamente de Vos, ¡oh magnífico Monarca!, que se cumplirán nuestros deseos, y procederéis como es propio que lo hagan los grandes Reyes y Monarcas como Vos, accediendo a nuestra demanda. Para casos como éste tiene el amigo dispuesto al amigo; y si se pusiera de manifiesto que Vos tenéis deseo de prestar tal auxilio, por nuestra parte, contra cualquiera que se os oponga, haríamos aquello a que estamos obligados, en pago de vuestro generoso favor.

Esta es ocasión para ofrecernos una muestra del contento que recibís con nuestra amistad y del respeto que ella os merece. Esperamos que, si Dios quiere, satisfaréis rápidamente este deseo.

Dios os dé una felicidad incesante por vuestro acatamiento a su voluntad, y os preste su asistencia para aquello que a El complace.

El saludo corresponde al vuestro, efusiva y cordialmente.

Ha sido escrita el día tres del mes de Dzu-l-qada del año setecientos sesenta y dos. ¡Haga Dios manifiestos sus bienes!

Esto es válido.

De *Los documentos árabes diplomáticos del Archivo de la Corona de Aragón* (M. Alarcón y García Linares, 8 y 144).

## PIRATERIAS

*Arrinconados en las serranías granadinas, los musulmanes españoles tuvieron que volver sus ojos al mar para buscar, en él, caminos que les unieran a los otros pueblos islamitas de Africa. Pero esos caminos marítimos no ofrecían seguridad. La Corona Aragonesa había creado un imperio mediterráneo que saltaba de las Baleares a Cerdeña y a Sicilia, y llegaba hasta los ducados de Atenas y Neopatria. Para mantener ese imperio había armado una flota que dominaba el mar y protegía un activo comercio; un comercio del que no eran excluídos los puertos de los sultanatos africanos. Las naves granadinas tropezaron más de una vez con los navíos mercantiles y guerreros de los reyes de Aragón, y hubieron de sufrir no pocos daños como consecuencia de tales encuentros. Las pacíficas relaciones de los soberanos de Granada con los aragoneses permitieron a aquéllos reclamar ante ellos contra tales piraterías.*

### I

*Carta de Yusuf I de Granada a Alfonso IV de Aragón, en que se excusa de no haber sabido que eran súbditos de Aragón unos individuos vendidos en Almería por genoveses, y dice hacer gestiones para que sean recuperados.*

30 Chumada II de 735 [24 febrero 1335]

Al egregio, excelso, honorable, altamente reputado, digno de gratitud y fidelísimo Monarca, D. Alfonso, Rey de Aragón, Soberano de Valencia, Señor de Cerdeña y Córcega y Conde de Barcelona. ¡Dios, con su poder, conserve incesantemente en él la fortaleza que le presta su divino apoyo, y otórguele su asistencia para aquello que El ama y a El complace!

El que mucho estima a Su Realeza, el agradecido a su cordialidad de sentimientos, el que encuentra satisfacción en su amistad, el muy devoto de Su Majestad, el que conoce los designios que abriga y el proceder que observa con los monarcas leales, el Príncipe, siervo de Dios, Yusuf, hijo del Príncipe de los Creyentes Abu-l-Walid Ismail, hijo de Farach, hijo de Nasr.

Después de lo dicho, escribimos a Vos ésta desde la Alhambra de Granada. ¡Dios vele por ella!

Por merced de Dios —¡glorificado sea!—, nada ocurre que no sean bienes de todo género y dichas que a todo se extienden —¡gracias innúmeras la sean dadas! Vuestra Majestad es altamente reputada; la lealtad de vuestro proceder, profundamente agradecida, y vuestro rango entre los reyes, conocido y notorio.



Sigue a esto que ha llegado vuestra respetable carta, referente a los individuos que han vendido los genoveses en Almería y que, según manifestáis, son naturales de vuestro país.

Tened entendido que si nosotros llegamos a saber que eran naturales de vuestras tierras, no se habría tolerado su venta y os los habríamos enviado, procediendo de acuerdo con las exigencias de la lealtad a las promesas, pues nosotros respetamos fielmente los compromisos con Vos contraídos. No obstante, en el momento de llegar vuestra carta, enviamos a Almería una relación con los nombres de esas personas, ordenando que las busquen y las recuperen de manos de aquellos en cuyo poder se hallaren. Nosotros, con el poder de Dios, procederemos en el caso presente tal como lo exige la lealtad y tal como lo requiere la gran estima en que tenemos vuestra amistad.

Sabedlo así y Dios —¡glorificado sea!—, con su poder, mantenga incesantemente la fortaleza que os presta su divino apoyo, y os conceda la dicha de serle obediente y de merecer su divina complacencia.

El saludo corresponde al vuestro, reiterada y efusivamente.

Ha sido escrita en el día que cumple los treinta del mes de Chumada, postrero del año setecientos treinta y cinco.

Esto es válido.

### II

*Carta de Yusuf I de Granada a Alfonso IV de Aragón, en que reclama la devolución de un musulmán de Almería cautivado por los cristianos en el plazo en que ya regían las paces entre ambos países.*

3 de Muharram de 736 [23 agosto 1335]

Al magnífico, egregio, honorable, altamente reputado, fidelísimo, digno de gratitud, famoso, de elevados sentimientos, el Monarca D. Alfonso, Rey de Aragón, Señor de Valencia y Cerdeña y Conde de Barcelona. ¡Dios, con su poder, le permita gozar de una dicha incesante y engrandézcalo con el don de someterse a su divina obediencia y acatar sus designios!

El que mucho estima a Su Majestad, el que alaba la lealtad de su proceder, el que le guarda inconmovible fidelidad, el que agradece sus amistosos propósitos y designios, el Príncipe, siervo de Dios, Yusuf, hijo del Príncipe de los Creyentes Abu-l-Walid Ismail, hijo de Farach, hijo de Nasr.

Os escribimos la presente desde la Alhambra de Granada. ¡Dios vele por ella!

Merced a la generosidad de Dios —¡ensalzado sea!— y después, a la bendición de nuestro Señor y Soberano Mahoma, cuyos prodigios son tan evidentes, no hay otra cosa que bienes de todo género y dichas que a todo se extienden. ¡Muchas gracias le sean dadas! Vuestra Real Majestad es

considerada y respetada; vuestros leales designios, conocidos y agradecidos, y vuestro rango entre los Reyes de la Cristiandad, es bien sabido y notorio.

Sigue a lo dicho que el vecino de Almería Ibrahim al-Qassar ha sido cautivado dentro del plazo de la paz que existe entre Nos y Vos. El portador de la presente va en busca de dicho cautivo, y deseamos de Vos que ordenéis prestarle la ayuda necesaria para llegar hasta donde aquél se encuentra; pues, según él dice, le es conocido el lugar de vuestro país donde el cautivo reside.

Es de esperar que en el caso presente procedáis como ya es sabido de vuestra leal condición y sentimientos de justicia, lo cual os será profundamente agradecido por nuestra parte.

Dios —¡glorificado sea!—, con su poder os preste incesantemente su protección y os conceda su asistencia para aquello que El ama y a El complace.

El saludo corresponde al vuestro, reiterada y efusivamente.

Ha sido escrita el miércoles, tres del mes de Dios Muharram, el que comienza el año setecientos treinta y seis.

Esto es válido.

## III

*Carta de Yusuf I de Granada a Pedro IV de Aragón, en que reclama la libertad de unos cautivos musulmanes presos por un navío de guerra aragonés*

15 de Rachab de 739 [27 enero 1339]

Al egregio, excelso, magnífico, de leal proceder, altamente reputado, digno de gratitud, de elevados sentimientos, el Monarca D. Pedro, Rey de Aragón, Señor de Valencia, Cerdeña y Córcega y Conde de Barcelona. ¡Dios, con su poder, le preste incesantemente la protección que lo enaltece y concédale la dicha de serle obediente y merecer su divina complacencia!

El que mucho estima a su Real Majestad, el que aplaude la lealtad de su proceder y la sinceridad de su amistad, el Príncipe, siervo de Dios, Yusuf, hijo del Príncipe de los Creyentes Abu-l-Walid Ismail, hijo de Farach, hijo de Nasr. ¡Dios consolide su poder y haga feliz su reinado!

Después de lo dicho, os escribimos la presente desde la Alhambra de Granada —¡Dios vele por ella!—, hallándonos rodeados de bienes de todo género y de dichas en todos sentidos. ¡Muchas gracias a Dios! Es Vuestra Majestad realzada y altamente reputada, vuestra lealtad, renombrada, y el rango que ocupáis entre los Reyes de la Cristiandad, por todos proclamado.

A más de lo dicho, hemos de haceros saber que estos días ha tenido lugar en las costas de Gata, pertenecientes al distrito de Almería, el naufragio de una carraca que salió de Almería, con rumbo a la costa de Africa. Cuando Dios dispuso que naufragara, se hallaba próxima a la costa, y los



que se salvaron del naufragio arribaron a ella. Casualmente se tropezaron con dos navíos de guerra, los cuales, así como su tripulación, sabemos que son de gentes naturales de vuestro país, por haberlo así declarado los cristianos que fueron a reunirse con el personal de aquellos navíos y los conocieron.

Los cristianos de los dos barcos cogieron a todos los musulmanes y cristianos que escaparon del naufragio, pusieron en libertad a los últimos, después de haberlos despojado completamente, y se llevaron cautivos a los musulmanes. Todos los musulmanes apresados en esta ocasión son procedentes de nuestras localidades de Málaga, Almería y otras.

Seguidamente llegará a Vos, con este motivo, un emisario de nuestra parte, portador de unos documentos fehacientes; pero nos ha parecido oportuno enviar antes la presente, para que os enteréis de lo ocurrido y procedáis en este caso con vuestra reconocida lealtad, pues, verdaderamente, no existe en la cristiandad casa más renombrada por su fidelidad que la casa del Rey de Aragón. Por nuestra parte, estamos bien persuadidos de que vuestro fiel proceder no necesita estímulo de ningún género en el caso que nos ocupa.

El Señor —¡glorificado sea!—, con su poder, os conceda dichas continuas y, con su liberalidad y su generosidad, os preste su asistencia para aquello que El ama y a El complace.

Nuestro saludo corresponde al vuestro, reiterada y cordialmente.

Ha sido escrita el quince de Rachab el único del año setecientos treinta y nueve. ¡Dios haga presente su bendición!

Esto es válido.

## IV

*Carta de Yusuf I de Granada a Pedro IV de Aragón, enviándole la lista de la cantidad de trigo apresado a unos súbditos del Rey Nazar, en una nave valenciana.*

10 de Xaban de 745 [17 diciembre 1344]

Dios conceda al excelso Monarca D. Pedro, Rey de Aragón, una felicidad constante, ajustada a su divina complacencia, y duplíquele, merced a ésta, los favores de su generosidad.

Esta relación contiene lo que nos consta, en virtud de documentos debidamente autorizados, que fué cogido a los naturales de nuestros dominios, en la nave de ¿Bonanat Bosch?, vecino de Valencia, según va indicado.

Ali, hijo de Ibrahim, hijo de Qasim, vecino de Málaga. Le cogieron dos cahices de trigo de la medida de Anfa, cada uno de los cuales contiene ciento veintiuna copas de trigo de las usadas en Al-Andalus. Resultan, por tanto, para los dos cahices doscientas cuarenta y dos copas. — Fin en lo referente al trigo.

Qasim, hijo de Abd Allah al-Saqqa, vecino de Málaga. Le tomaron en aquella partida de trigo seiscientas catorce copas del mismo.

Musa, hijo de Muhammad al-Kawab, vecino de Málaga. Le cogieron trescientas cincuenta y cuatro copas.

Muhammad, hijo de Yahya, hijo de Humayd al-Amih. Le cogieron mil seiscientas ochenta y una copas de aquel trigo.

Nos consta que los cinco individuos nombrados son naturales de nuestros dominios, y que la cantidad que se les cogió es la que va detallada, con cada uno de sus nombres.

El saludo corresponde al vuestro, repetida y cordialmente.

Ha sido escrita por orden del Príncipe, siervo de Dios, Yusuf, hijo del Príncipe de los Creyentes Abu-l-Walid Ismail, hijo de Farach, hijo de Nasr —¡Dios le fortalezca con su apoyo!—, el décimo del venerado Xaban del año 745.

Esto es válido.

## V

*Lista de personas apresadas en la nave de Berenguer Ladón, de Barcelona.*

Lista de nombres de los individuos, naturales de Al-Andalus, que fueron cautivados, y cuyos bienes les fueron tomados en la nave Berenguer Ladón, de Barcelona, y de los otros cristianos que junto con él se mencionan en la carta:

Muhammad, hijo de Hasan el de Orán, vecino de Almería. Se apoderó de su dinero el patrón de la nave, y él fué cautivado. Luego se rescató por cuarenta dinares, en moneda de oro. Sus efectos fueron cogidos por la marinería y los corsarios. — Fin.

Muhammad, hijo de Saad, el conocido por Juraysa, vecino de Almería. Se apoderó de su dinero el patrón de la nave, y él fué cautivado. Se rescató por cuarenta y cinco dinares, en moneda de oro. — Fin.

Al-Hachch al-Saqqa, vecino de Málaga. Le cogieron el dinero y él quedó prisionero. Aún permanece en cautividad. — Fin.

Muhammad, hijo de Ali al-Rumi. Le tomaron el dinero y lo hicieron cautivo. Se rescató por treinta dinares, en moneda de oro. — Fin.

Ibrahim el de Guadix. Le quitaron el dinero y lo hicieron cautivo. Aún permanece en cautividad. — Fin.

Muhammad al-Marini. Le tomaron el dinero y lo cautivaron.

Fin de la relación.

De *Los documentos árabes diplomáticos del Archivo de la Corona de Aragón* (M. Alarcón y García Linares, 80, 86, 106, 116 y 121).



# EL SALADO: AFRICA EXPULSADA DE ESPAÑA

*Dueños de Gibraltar y de la costa que se extendía, hacia Levante, hasta tierras de Ronda, los marroquíes se sintieron con fuerza para emprender en España una gran aventura conquistadora. La flota de los "Beni Merines" venció a la castellana. Grandes huestes africanas cruzaron el Estrecho y sitiaron Tarifa. Granada hubo de plegarse a ellos. El peligro para la cristiandad hispana era enorme. Las discordias civiles de Castilla, provocadas por la levantisca aristocracia, poderosa después de la crisis dinástica, dejaban abiertas grandes brechas en la fortaleza militar castellana. Pero Alfonso XI era monarca de gran energía y bravura, y, si en las Navas de Tolosa, Aragón y Navarra ayudaron a Alfonso VIII, ahora Portugal vino en socorro de Castilla; los musulmanes fueron vencidos en las orillas del Salado, en la punta meridional de España, por donde el Islam había entrado en la Península, y Africa fué para siempre expulsada de la tierra hispana.*

Otro día lunes veinte et ocho días andados del mes de Octubre, este muy noble Rey Don Alfonso de Castiella et de León levantóse ante que amanesciese. Et como quiera que ante que allí llegase avía confesado, et traía consigo siempre el su confesor, pero en aquella mañana confesó: et Don Gil Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, que fué después Cardenal de España, díxole la Misa, et comulgólo: et el Rey rescibió el cuerpo de Dios con grande devoción, et muy humildosamiente, como fiel et verdadero Christiano: et todos los más de aquella hueste fecieron aquello mismo. Et en todas las huestes los Christianos armáronse de sus armas, et los ricos-homes, et muchos de los caballeros armaron los caballos. Et todos armados salieron del Real, et el pendón de la Cruzada cerca del pendón del Rey: et dexaron allí el real asentado. Et las gentes de pie fueron con Don Pedro Núñez, según que el Rey ge lo avía mandado, como quiera que grand parte dellos fincaron encima de la sierra de la Peña del Ciervo, et éstos eran labradores et omes de poca valía, que fueron en la hueste. Et otrosí los que el Rey de Castilla envió antenoche a Tarifa, salieron todos, et con ellos los que estaban en la villa et en la flota, et pusieron sus hazes ante la villa de Tarifa. Et Albohacen Rey de Marruecos desque vió aquellas gentes cerca de Tarifa, llamó a aquel... Moro que avía aquella noche guardado el Salado, et díxole: que cómo le avía dicho que aquella noche non pasaron Christianos: et ovo desto muy grand pesar. Et el Rey Don Alfonso de Castiella et de León, et el Rey de Portugal que iba con él, desque ovieron pasado de la Peña del Ciervo, vieron a los Reyes Moros cómo estaban sus hazes puestas, et tenían grandes compañas de Moros consigo; et muchos dellos estaban a los vados del río del Salado, porque

los Christianos non podiesen pasar. Et el Rey de Castiella tomó su camino a la parte derecha orilla de la mar, contra do estaba Albohacen Rey de Marruecos: et mandó que los pendones et los vasallos de Don Fadrique et de Don Fernando sus hijos, et Garcilaso de la Vega, et Gonzalo Ruiz, su hermano, que eran sus Mayordomos, fuesen delante dél. Et otrosí mandó a Garci Meléndez de Soto mayor, et a Joan Ruiz de Baeza, et a los Donceles de su casa, que andaban a la gineta, et algunos otros de la frontera, que aguardasen a Don Alvar Pérez de Guzmán, et que fuesen con él cerca del tropel del Rey para acorrer do les el Rey enviase mandar. Et el Rey de Portogal tomó su camino a la parte ezquierda cerca de la sierra, contra do estaba el Rey de Granada, et amos estos Reyes fueron a entrar en la sancta et muy bienaventurada batalla que ovieron este día con los Moros. Et desque llegaron al Salado los que iban en la delantera del Rey de Castiella, fallaron que los Moros estaban a los vados por do avían a pasar; et detoviéronse un rato que non pasaron: et dos escuderos entraron por el río, et pasaron allende peleando con los Moros, et matáronlos, que non fueron acorridos. Et cuando el Rey llegó, los de la delantera non eran pasados. Et Don Gil Arzobispo de Toledo, que iba con el Rey, díxole: "Señor, vedes cómo están los de la vuestra delantera que non pasan el río del Salado". Entonce el Rey envió decir a Don Joan fijo del infante Don Manuel con un caballero, que por qué non pasaban él et los de la delantera el río. Et un escudero que decían Garci Jufre Tenoryo, fijo del Almirante que mataron los Moros en la flota, et era vasallo del Rey, et iba en la delantera, dixo a este Don Joan, que la su espada lobera, que él decía que era de virtud, que más debía a hacer en aquel día. Et por lo que el Rey le envió decir, nin por lo que le dixo aquel escudero, Don Joan no quiso facer ninguna cosa, nin acució la pasada: et el su alférez deste Don Joan desque oyó lo que el Rey le enviara decir, et otrosí lo que aquel escudero le dixo, quisiera mover con el pendón para pasar el río: et Don Joan dióle una mazada que lo oviera a derribar del caballo. Et por esto los de la delantera estidieron que non pasaron el río; et muchos de los que esto vieron, toviéronlo por mal, ca rescelaron que este Don Joan non quería servir verdaderamiente al Rey en aquel fecho. Et como quiera que el Rey avía mandado que los pendones de Don Fadrique et de Don Fernando sus fijos que fuesen delante dél, aqueste Gonzalo Ruiz, Mayordomo de Don Fadrique, coydando que facía lo mejor, llegó a una puente muy estrecha, que estaba en aquel río del Salado, et con él algunos vasallos de Don Fadrique; et por acorrer unos omes de pie que estaban allende el río, Gonzalo Ruiz, et aquellas compañas de Don Fadrique pasaron aquella puente: et Garcilaso desque vió que Gonzalo Ruiz su hermano avía pasado la puente, él, con algunos vasallos de Don Fernando, pasó luego. Et éstos fueron los primeros que en aquel día pasaron el río del Salado. Et los Moros eran en aquel lugar mas que dos mill et quinientos caballeros, et los Christianos eran fasta ochocientos. Et luego que estas gentes pasaron, fueron



ferir en los Moros que guardaban la pasada de la puente: et los Moros redráronse dellos fuyendo contra las hazes mayores, pero tornaron a ellos. Et estos caballeros estidieron muy firmes sufriendo muchas azagalladas et espadadas, et dando muchos golpes en los Moros; pero los Moros eran muchos, et los Christianos pocos, et estaban en grand afincamiento. Et como quier que aquellos caballeros ficieron esto a buena intención, el Rey quisiera que ovieran fecho según que lo él avía mandado. Pero porque los vió estar en aquel afincamiento, envió mandar a Don Alvar Pérez de Guzmán que los fuese acorrer, et Don Alvar Pérez, et con él aquellos que el Rey le avía dado que le guardasen, pasó la puente, et fué ayudar a Garcilaso, et a Gonzalo Ruiz, et a los vasallos de Don Fadrique et de Don Fernando que estaban en grand afincamiento. Pero cuando llegó Don Alvar Pérez, los Moros avían ferido a Garcilaso: pero todos en uno pelearon en aquel logar con los Moros mucho afincadamente, en manera que los Moros fueron vencidos. Et Don Joan Núñez de Lara, et Don Alfonso Méndez Maestre de Santiago, que iban en la delantera, desque sopieron lo que el Rey envió decir a Don Joan fijo del Infante Don Manuel, et veyendo cómo el Rey era llegado al río, et estaba en par de ellos, et ellos non lo avían pasado, tomaron sus pendones delante de sí, et pasaron el río del Salado, aviendo grand pelea con los Moros. Et luego que pasaron ellos et sus compañas, los Moros que guardaban aquella pasada, que eran muy grand compaña dellos, venieron ferir muy bravamiente en los Christianos: et allí mataron dos escuderos de Mallorcas que venieron cruzados a esta lid. Et Don Joan Núñez et el Maestre fueron con todos los suyos, et con otras compañas de los de la delantera, que avían pasado con ellos, ferir en los Moros. Et yendo los Moros fuyendo delante dellos, los que levaban los pendones de Don Joan Núñez et del Maestre subieron por un otero, que tenía desde la cerca de la pasada del Salado fasta el alfaneque del Rey Albohacen. Et por esto todos los que guardaban aquellos pendones, fueron en pos ellos. Et Don Joan Núñez et el Maestre quisieran ir en pos los Moros, así como lo avían comenzado; mas desque vieron que los suyos iban todos con los pendones por aquel otero, ovieron a ir en pos los sus pendones: et fueron ferir en una grand compaña de Moros que guardaban el real, et la Tunecia, muger del Rey Albohacen, et las otras sus mugeres que y estaban. Et los Moros venciéronse en aquel logar: et dellos comenzaron a fuir contra Algecira, et dellos descendieron fuyendo al valle do estaba el Rey Albohacen. Et luego en esta hora los pendones et los vasallos de Don Enrique, et de Don Tello, et Don Pero Ponce, et Don Anrique Anríquez, que avían ido a Tarifa, et los caballeros que estaban en esta villa, et los de la flota de Castiella, movieron donde tenían sus hazes puestas, et fueron ferir en una grand campaña de moros que guardaban el Real, que podía ser fasta tres mill omes a caballo, et ocho mill peones, en que avía muchos ballesteros. Et estos Moros otrosí venciéronse luego, et fueron fuyendo de ellos contra la mar, et dellos contra Algecira. Et el muy noble

Rey Don Alfonso de Castiella et de León pasó el río del Salado, para ir ferir en las hazes de los Moros, et vió que Don Joan fijo del Infante Don Manuel, et Don Joan fijo de Don Alfonso, et los sus pendones con ellos que fincaban a pos él contra Tarifa encima del otero, et non iban con los otros en la delantera. Et desque el Rey, et todos los que iban con él, ovieron pasado el río, Pero Ruiz Carriello, que levaba el pendón del Rey, sobió al otero, et todas las más de las gentes que iban con el Rey, guiaron en pos él su pendón. Et Pero Ruiz desque vió que el Rey non iba a pos él, tornóse do el Rey estaba; pero las gentes fueron por cima de aquel otero. Et este muy noble Rey Don Alfonso de Castiella et de León fincó con muy pocas compañas en el valle do estaba la grand muchedumbre de los Moros: et venieron los Moros a él lanzando muchas saetas de arcos en el tropel de la gente que estaba con él, et diéronle una saetada en el arzón delantero de la siella del caballo en que estaba. Et el Rey esforzó los suyos como ome et Señor de grand corazón, diciendo: *Feridlos, que yo so el Rey Don Alfonso de Castiella et de León: ca el día de hoy veré yo quáles son mis vasallos, et verán ellos quién soy*. Et así como lo dixo, avivó el caballo en que estaba, et quiso ir ferir en los Moros. Et Don Gil Arzobispo de Toledo, que se non partió aquel día todo de cabo del Rey, trabóle de la rienda, et dixo: *Señor, estad quedo, et non pongades en aventura a Castiella et León: ca los Moros son vencidos, et fío en Dios que vos sodes hoy vencedor*. Et como quiera que los que avían fincado con el Rey eran pocos, tomaron muy grand esfuerzo con las palabras que el Rey les decía. Et aquestas pocas de compañas que avían fincado con el Rey eran caballeros et escuderos, et otros que el Rey avía criado en la su casa et en la su merced; pero eran todos omes que amaban al Rey, et eran omes de buenos corazones, et en quien avía vergüenza. Et porque el Rey fizo merced a algunos destos que vió en aquel tiempo delante sí, el Estoriador escribió aquí los nombres dellos, que eran Sancho Sánchez de Roxas, et Garci García de Grijalva, et Yeñego López de Orozco, et Joan Estevañez de Castellanos. Et estando el muy noble Rey Don Alfonso en aquel tiempo en que avía menester servicio et acorro de los suyos; et porque él avía mandado de ante día a Pero Núñez de Guzmán, cabdiello de las gentes de pie, que fuesen allí cerca dél, en aquella hora cató el Rey si le podría ver para lo mandar llamar: et vió como iba muy redrado por la otra parte cerca de la sierra, por do iba el Rey de Portogal, en manera que se non pudo acorrer de él, nin de las gentes de pie, de que le fizo cabdiello. Et llegaron luego al Rey Don Ruiz Pérez Ponce de León, et con él el Consejo de Zamora, et Don Alvaro, Obispo de Mendoñedo, que fué después Obispo de Orense, et Ruy Páez de Biedma su hermano, que podían ser éstos fasta quatrocientos omes a caballo. Et otrosí llegaron y Don Gonzalo de Aguilar, et con él el Concejo de Córdoba, que venían a las espaldas del Rey: et con estas compañas acrecentóse el tropel de la gente do estaba el Rey. Et los Moros que estaban en el valle, desque vieron



que estas gentes llegaron al Rey, et que los que salieron de Tarifa, et las otras gentes que sobieron al otero, do estaba el Alfaneque, avían vencido los Moros que guardaban los reales, et descendían el rescuesto ayuso matando et feriendo en los Moros, comenzaron a ir fuyendo contra Algecira. Et el Rey de Castiella et los suyos iban matando et feriendo en ellos: et Don Alvar Pérez, et Gonzalo Ruiz, et los vasallos de Don Fadrique et de Don Fernando iban por otra parte en pos los Moros que avían vencidos, Et el Rey de Portogal con los que el Rey de Castiella le avía dado de los suyos que fuesen con él yendo contra la parte do estaba el Rey de Granada, llegaron al vado, et pasáronlo: ca non estaban y Moros que ge lo defendiesen, por quanto aquel vado estaba muy redrado de las hazes de los Moros. Et desque el Rey de Portogal, et los que iban con él allegaron do estaba el Rey de Granada, los Moros comenzaron la pelea con ellos. Et luego aquel Don Pero Núñez de Guzmán con las gentes de pie del Rey de Castiella. Et los Moros non los esperaron, et comenzaron a fuir: et si non por aquellas gentes de pie, mas porfiaran los Moros la pelea en aquel logar. Et yendo estos Moros fuyendo, juntáronse con los del Rey de Marruecos que iban fuyendo delante del Rey de Castiella. Et el Rey de Castiella iba en pos el Rey Albohacen, et en pos los sus Moros que iban vencidos. Et el Rey de Portogal con las gentes de Castiella, que estaban con él, iban en pos el Rey de Granada. Et amos estos Reyes llegaron fasta el río que dicen Guadamecil siguiendo el alcance, et las sus gentes mataban en los Moros quantos podían alcanzar; et algunos de los Christianos siguieron el alcance mucho más adelante de aquel logar do llegaron los Reyes. Et como quiera que en esta lid rescibieron los Moros grand daño; pero mucho mayor lo rescibieran, si non fuera porque muchos Christianos se pararon en los reales de los Moros a matar et a cativar los Moros del Rey Albohacen, et las mugeres, et los mozos pequeños, et a robar grandes averes de oro et de plata que y fueron fallados. Et en aquellas mugeres fué muerta aquella Tunecia Hatima fija del Rey de Túnez, et muger de aquel Rey Albohacen, la más honrada que él avía, et una su hermana que dicían Homalfat, et otras tres mugeres horras de aquel Rey: et otrosí fueron y muertas otras Moras, et tomadas et presas, et otras Moras y Christianas mugeres de aquel Rey Albohacen. Et Dios que fué vencedor en esta sancta lid tovo por bien que non moriesen y más de quince a veinte Christianos de los de caballo, que morieron en el comienzo de la pelea; et de los Moros fueron y muertos et cativos muchos dellos; et fué y cativo Abohamar fijo del Rey Albohacen de Marruecos, et matáronle y otros dos fijos que eran mozos pequeños. Et otrosí fué y cativo otro Moro sobrino deste Rey Albohacen, fijo de su hermano Abohali, que fué Rey de Sujulmenza: et fueron y muertos et cativos otros muchos moros de grandes solares et muy poderosos. Et el Rey Albohacen, et el Rey de Granada, que iban huyendo del campo, llegaron a Algecira, et el día era pasado, et la noche venía cerca. Et luego en aquella noche salieron dende,

ca rescelaron que los Christianos vernían luego a los cercar: et el Rey Albohacen fué a Gibraltar, et el Rey de Granada fué a Marbella. Et desque aquel Rey Albohacen fué en Gibraltar, pensó que si fuese sabido allende la mar cómo era vencido, que Abderramen su fijo que se le alzaría con el regno de Marruecos: et por esto quisiera luego pasar allende, et ovo rescelo de la flota de los Christianos que vernían aquella noche guardar el estrecho de la mar. Et por esto esperó allí fasta que fué pasada una grand parte de la noche; et cada hora enviaba zabras et bateles armados, que sopiesen si allí era venida la flota de los Christianos. Et porque sopo que non veniera, entró en una galea, et pasó en aquella noche allende la mar; et pasó consigo todo el aver que le avía fincado en Algecira, et una de las horras que avía dexado en Algecira. Et el Rey Don Alfonso de Castiella desque ovo vencida aquella batalla, pensó que el Rey Albohacen en aquella noche querría pasar allende de la mar, et por esto envió rogar a Don Pero de Moncada, Almirante del Rey de Aragón, que fuese guardar aquella noche el estrecho de la mar en derecho de Algecira et de Gibraltar con las galeas que allí tenía el Rey de Aragón: et non lo quiso facer, magüer que aquella flota venía armada de los dineros del Rey de Castiella: et por esto ovo la pasada desembargada el Rey Albohacen; et el Rey de Granada fuése para su tierra. Et non tan solamente fué este Almirante desmandado en esto al Rey de Castiella, mas aún en aquel día desta sancta batalla non salió de la galea, nin consintió a ninguno de los que y venían que saliesen en ayuda de los Christianos. Et el Rey de Castiella et el Rey de Portogal aquella noche tornáronse a sus reales, donde avían salido cerca de la Peña del Ciervo. Et como quiera que en aquel tiempo non podieron ser contados los Moros muertos, porque morieron muchos en la mar: et otrosí el alcance fué por muchas partes, et la mortandad dellos fué y muy grande: et algunos omes ovo y que dixieron, que podían ser los muertos más que docientas veces mill personas sin los cativos que fueron muchos; pero la mayor certidumbre que desto se pudo aver fué, que el Rey Albohacen desque fué allende la mar, envió un ginoés que sopiese de sus fijos et de sus mujeres, si eran cativos o muertos, et de otros grandes omes del su regno que morieron et cativaron en esta batalla. Et éste dixo, que luego que el Rey Albohacen pasó allende la mar, que fizo requerir los alcamices, que es así como dicen, los alardes, en que fueron escriptos los nombres de todos aquellos que pasaron la mar, et que por aquella cuenta fallaron, que de la gente que pasó aquende, que menguaban quatrocientas veces mill personas. Et otrosí después algunos Moros venieron al Rey et dixiéronle de aquella gente de los Moros, que pasaron aquende la mar en cinco meses cada día en sesenta galeas, et que los que fincaron, tornaron después en doce galeas en quince días. Et veyendo los que allí eran aquel vencimiento que Dios tovo por bien que los Moros oviesen, entendieron, que si el Rey de Castiella fuera entonces cercar la ciubdat de Algecira, que la pudiera muy aína tomar, et aun el Rey así lo quisiera: pero porque en la hueste



de los Christianos non avía viandas para más de quatro días, et que la avía menester para con que tornasen fasta Xerez, por esto moraron allí otro día martes, que fueron ver la villa de Tarifa: et el Rey de Castiella mandóla reparar, ca estaban muy derribadas las almenas de aquella torre que dicían de Don Joan, et estaba derribada grand parte della. Et otro día en la mañana ante que partiese de la Peña del Ciervo, armó el Rey dos caballeros que dicían al uno Gonzalo Ruiz de la Vega, et al otro Garci Garcías de Grijalva, porque le sirvieran muy bien en aquella lid, et dióles heredades. Et los Reyes fuéronse dende para Sevilla: et ante que ende partiesen, fabló con Don Pero de Moncada Almirante del Rey de Aragón, et rogóle, que pues aquellas galeas venían armadas de sus dineros, que estidiesen en la guarda de la mar por algún tiempo. Et agora la estoria dexa de contar lo que ficieron estos Reyes desque llegaron a Sevilla, para lo contar adelante: et diremos agora desta batalla et de la de Ubeda quál dellas es más de loar. A Dios demos gracias.

De la *Crónica de Don Alfonso el Onceno.*
(Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp., LXVI, pág. 325).

## CODIGO DE YUSUF

*La crisis de la potencia militar de Castilla, como inevitable corolario de las guerras civiles que consumieron sus energías durante los reinados de Sancho IV y de Fernando IV y durante la minoría de Alfonso XI, se reflejó en el debilitamiento de su influencia en Granada. Y cuando el reino granadino se liberó, temporalmente, de las discordias intestinas, los sultanes Nazaríes, sintiéndose seguros, se preocuparon de la organización de su monarquía y del embellecimiento de sus ciudades. Dos largos reinados facilitaron, además, la realización de esas tareas. Al primero de los dos soberanos que gobernaron Granada en los decenios centrales del siglo XI, a Abu-l-Hachchach Yusuf I [1332-1354], al vencido en el Salado, debemos unas leyes que reglamentan la vida religiosa, administrativa, militar y judicial del reino.*

"Todos los pueblos del reino establecerán escuelas gratuitas y uniformes en su enseñanza".

"En las ciudades dotadas de *aljama* (mezquita) principal habrá sermón y lectura los días festivos; y en los arrabales que consten de doce vecinos se establecerá mezquita con alfaquí y alim, que expliquen la ley a los creyentes y les obliguen a concurrir tanto en invierno como en verano a las cinco oraciones".

"Los habitantes en despoblado acudirán a la oración de los días festivos,

saliendo de sus caseríos cuando alumbre el sol, y regresando antes de la noche".

"Se prohibe a todo creyente establecer su morada en sierras ásperas, o en soledades tan apartadas que no le permitan asistir con puntualidad a la mezquita: la población más cercana podrá distar dos leguas".

"Para evitar los perjuicios que puedan resultar a la gente agricultora con las anteriores prohibiciones, se edificarán oratorios en las cortijadas que tengan doce casas".

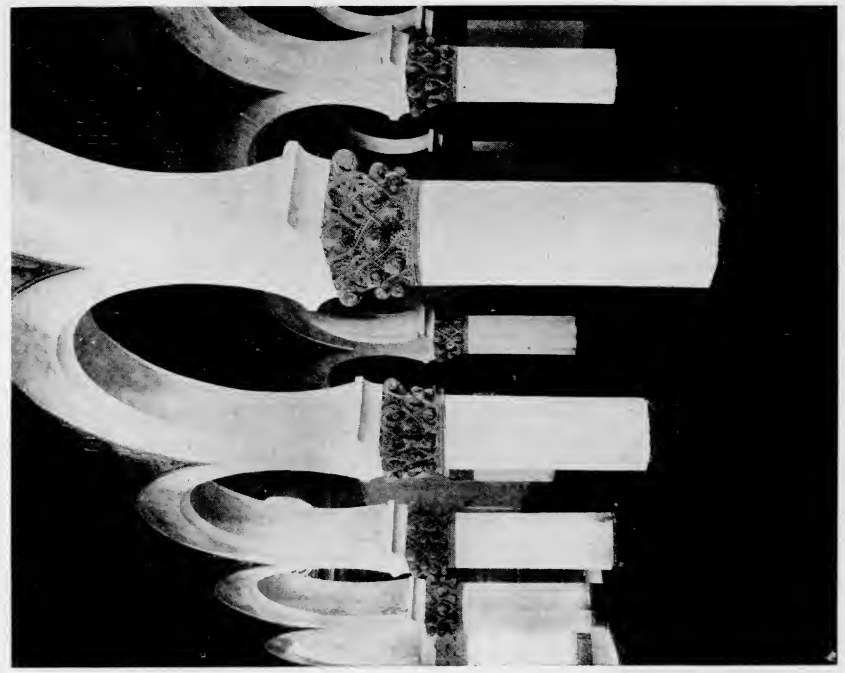
"Para conservar la reverencia de los templos, se prohibe la reunión de personas de diferentes sexos y edades: los ancianos ocuparán la parte más avanzada del templo; los muchachos se colocarán detrás, y en último término las mujeres: los primeros y los segundos permanecerán hasta que hayan salido todas éstas: se reservará un lugar apartado para las niñas y doncellas, las cuales concurrirán encubiertas con sus velos y con la debida compostura".

"Todo creyente usará en los días festivos sus mejores vestidos, para que su limpieza exterior corresponda a la pureza de su corazón; y se ocupará en visitar y dar limosna a los pobres, en tratar con hombres sabios y prudentes, o en conversar con amigos sobre leyendas apacibles y virtuosas".

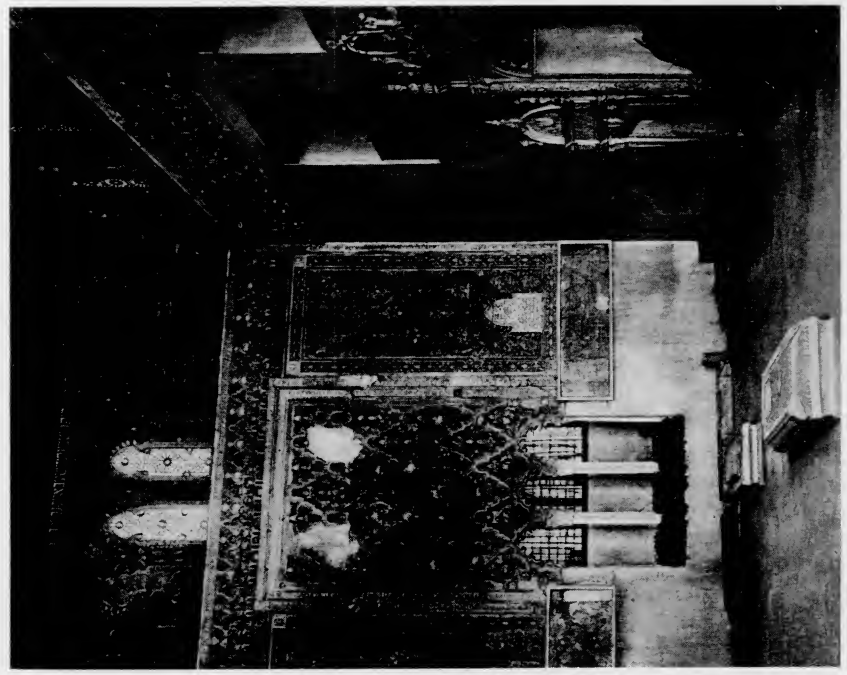
"Las fiestas para celebrar las pascuas de Alfitra y de las Víctimas han sido causa de alborotos y de escándalos, y en ellas las loables alegrías de nuestros mayores han degenerado en locuras mundanas. Cuadrillas de hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose agua de olor, y persiguiéndose con tiros de naranjas, de limones dulces y de manojos de flores, mientras tropas de bailarines y juglares turban el reposo de la gente piadosa con zambras de guitarras y de dulzainas, de canciones y gritos: se prohiben tales excesos, y se previene el exacto cumplimiento de las costumbres primitivas".

"Las limosnas y donativos que las gentes ricas de las ciudades y aldeas hacen en estos días en dinero, en pan, en granos y en frutos, se repartirán a los pobres por dos o más personas que merezcan absoluta confianza: en caso de que la limosna fuese excesiva, se formará un depósito para ocurrir a las necesidades de los ancianos, inválidos, enfermos y huérfanos: el sobrante se aplicará al rescate de cautivas y a la reparación de mezquitas, fuentes públicas, caminos, puentes, acueductos y sendas peligrosas en las montañas".

"Siendo las calles y plazas lugares impropios para rogar a Dios, se prohibe hacer en ellas procesiones ni rogativas en tiempo de seca: en tal conflicto deberán los devotos salir al campo, y postrándose en tierra invocarán a Dios con la siguiente plegaria: *Señor piadoso; tú que nos criaste de la nada, que conoces nuestros errores, y que no necesitas nuestros servicios, prodiga los tesoros de tu clemencia, ten piedad de las criaturas inocentes que te imploran, de los sencillos animales, de las aves del cielo que mueren de consunción, y de la tierra cuyas yerbas están ya mustias por falta de agua.*



Toledo. Sinagoga de Santa María la Blanca.



Toledo. Sinagoga del Tránsito.

saliendo de sus caseríos cuando alumbre el sol, y regresando antes de la noche".

"Se prohibe a todo creyente establecer su morada en sierras ásperas, o en soledades tan apartadas que no le permitan asistir con puntualidad a la mezquita: la población más cercana podrá distar dos leguas".

"Para evitar los perjuicios que puedan resultar a la gente agricultora con las anteriores prohibiciones, se edificarán oratorios en las cortijadas que tengan doce casas".

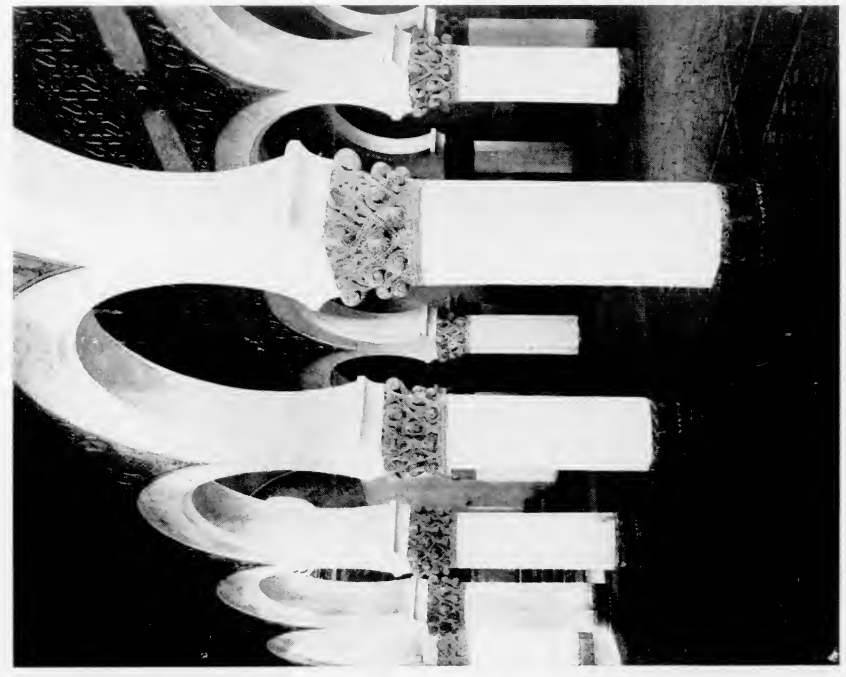
"Para conservar la reverencia de los templos, se prohibe la reunión de personas de diferentes sexos y edades: los ancianos ocuparán la parte más avanzada del templo; los muchachos se colocarán detrás, y en último término las mujeres: los primeros y los segundos permanecerán hasta que hayan salido todas éstas: se reservará un lugar apartado para las niñas y doncellas, las cuales concurrirán encubiertas con sus velos y con la debida compostura".

"Todo creyente usará en los días festivos sus mejores vestidos, para que su limpieza exterior corresponda a la pureza de su corazón; y se ocupará en visitar y dar limosna a los pobres, en tratar con hombres sabios y prudentes, o en conversar con amigos sobre leyendas apacibles y virtuosas".

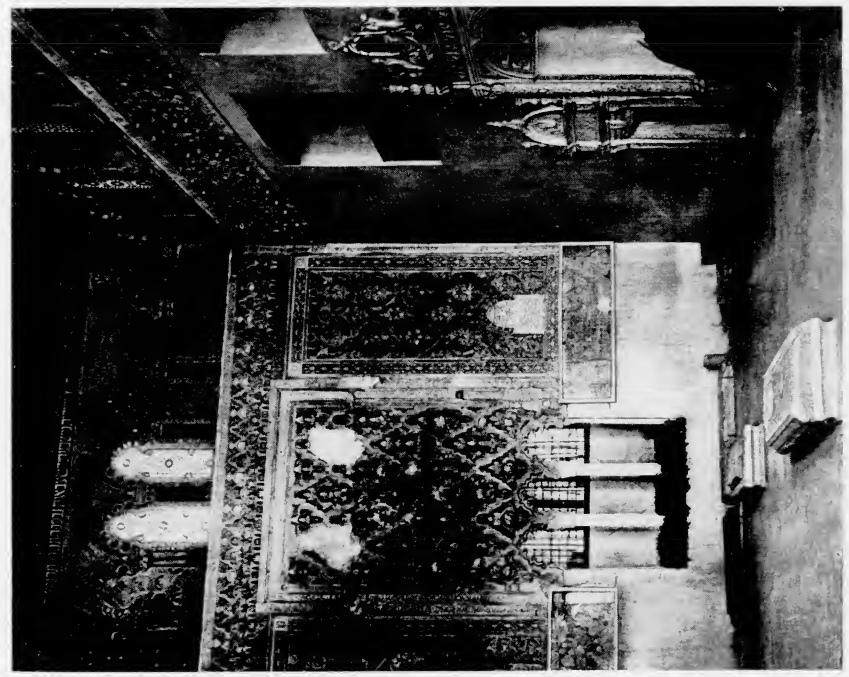
"Las fiestas para celebrar las pascuas de Alfitra y de las Víctimas han sido causa de alborotos y de escándalos, y en ellas las loables alegrías de nuestros mayores han degenerado en locuras mundanas. Cuadrillas de hombres y mujeres circulan por las calles arrojándose agua de olor, y persiguiéndose con tiros de naranjas, de limones dulces y de manojos de flores, mientras tropas de bailarines y juglares turban el reposo de la gente piadosa con zambras de guitarras y de dulzainas, de canciones y gritos: se prohiben tales excesos, y se previene el exacto cumplimiento de las costumbres primitivas".

"Las limosnas y donativos que las gentes ricas de las ciudades y aldeas hacen en estos días en dinero, en pan, en granos y en frutos, se repartirán a los pobres por dos o más personas que merezcan absoluta confianza: en caso de que la limosna fuese excesiva, se formará un depósito para ocurrir a las necesidades de los ancianos, inválidos, enfermos y huérfanos: el sobrante se aplicará al rescate de cautivas y a la reparación de mezquitas, fuentes públicas, caminos, puentes, acueductos y sendas peligrosas en las montañas".

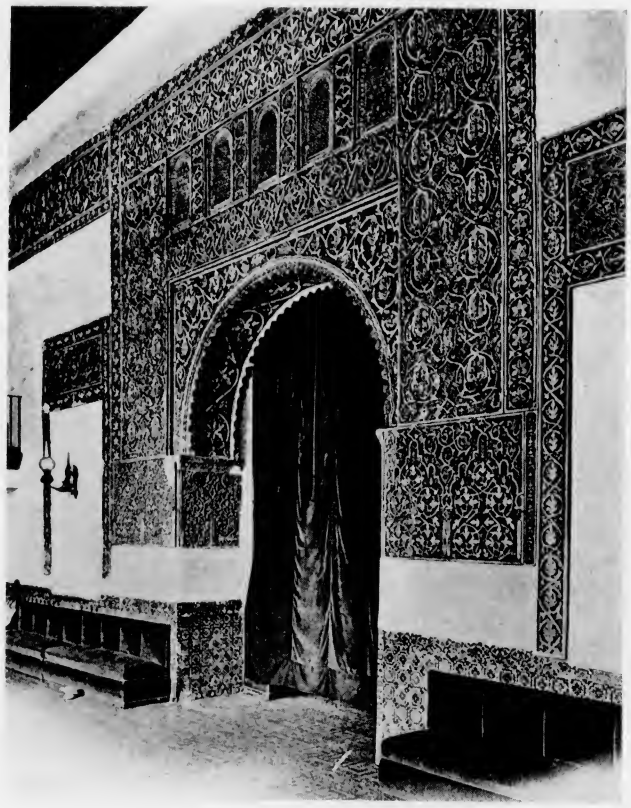
"Siendo las calles y plazas lugares impropios para rogar a Dios, se prohibe hacer en ellas procesiones ni rogativas en tiempo de seca: en tal conflicto deberán los devotos salir al campo, y postrándose en tierra invocarán a Dios con la siguiente plegaria: *Señor piadoso; tú que nos criaste de la nada, que conoces nuestros errores, y que no necesitas nuestros servicios, prodiga los tesoros de tu clemencia, ten piedad de las criaturas inocentes que te imploran, de los sencillos animales, de las aves del cielo que mueren de consunción, y de la tierra cuyas yerbas están ya mustias por falta de agua.*



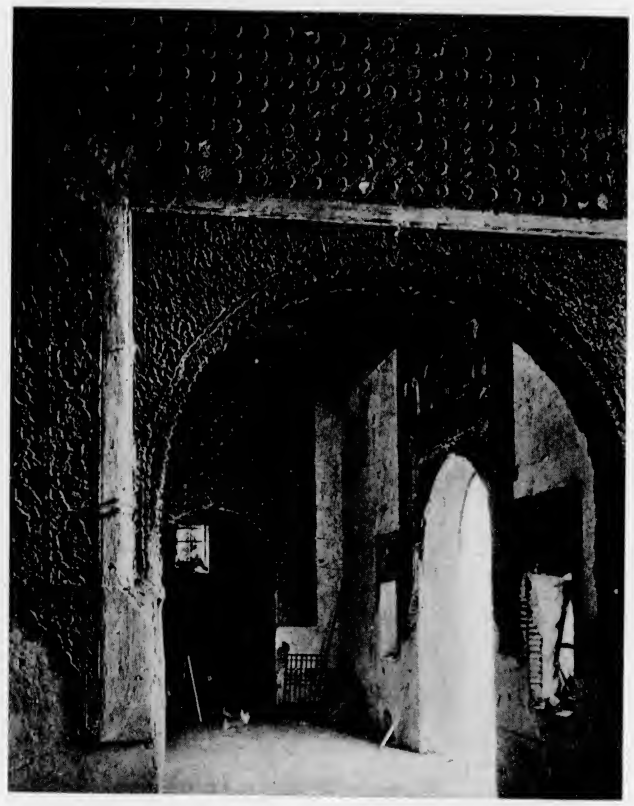
Toledo. Sinagoga de Santa María la Blanca.



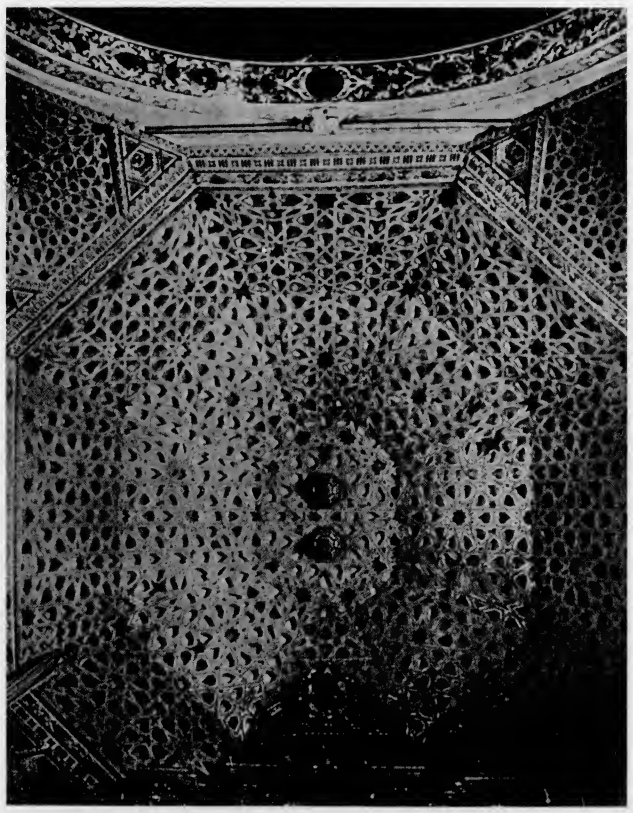
Toledo. Sinagoga del Tránsito.



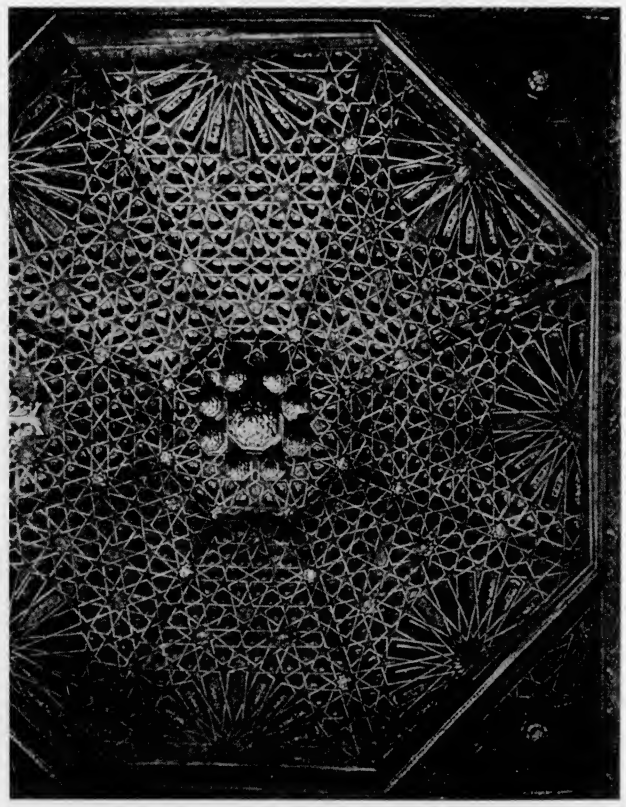
Toledo. Taller del Moro.



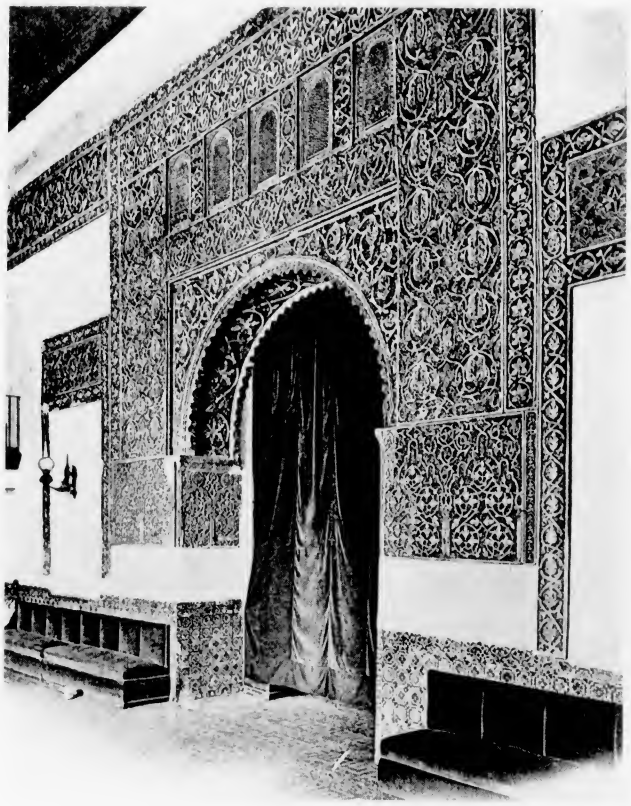
Toledo. Salón de la Casa de la Mesa.



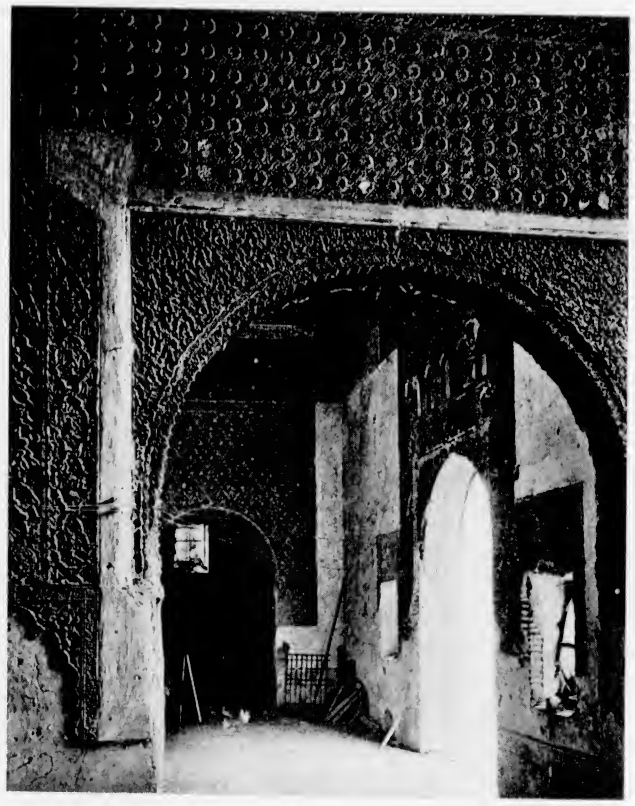
Baena. Artesonado de los Dominicos.



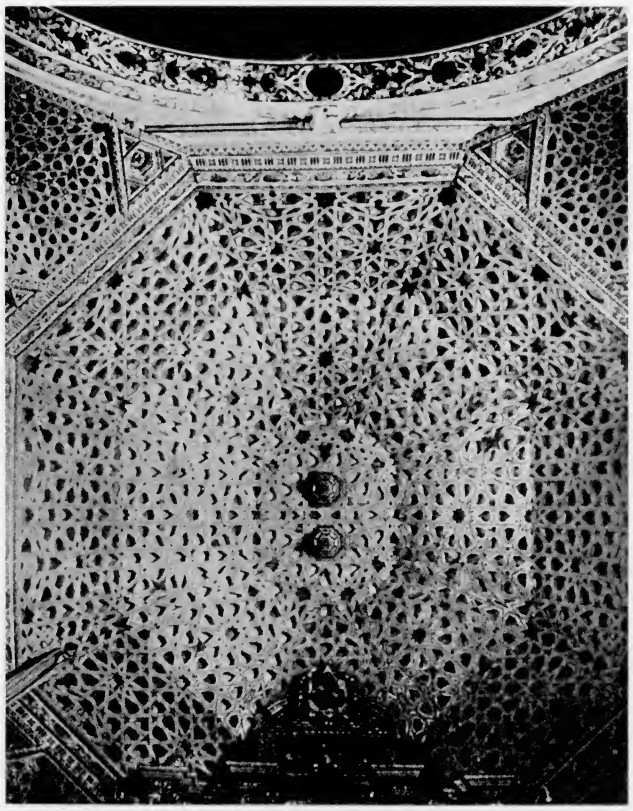
Sevilla. La Madre de Dios. Artesonado.



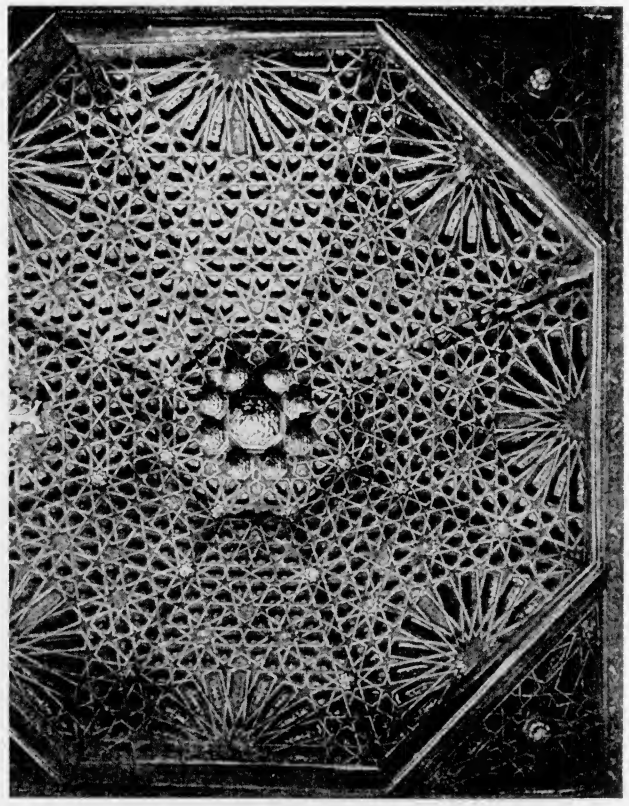
Toledo. Taller del Moro.



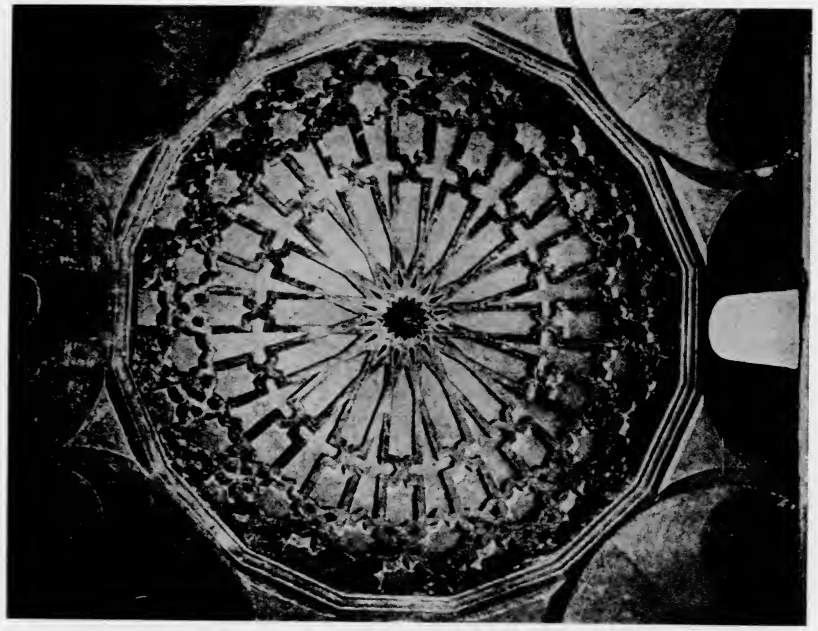
Toledo. Salón de la Casa de la Mesa.



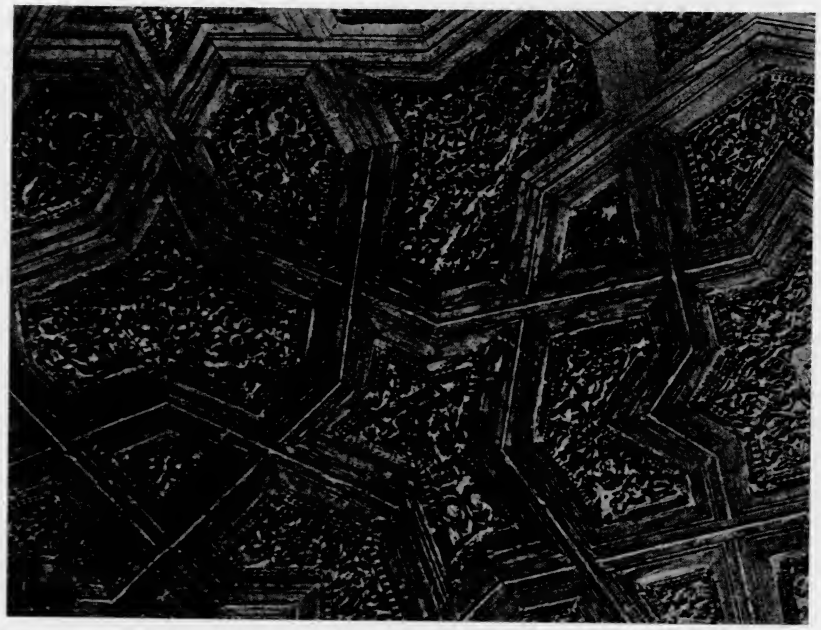
Baena. Artesonado de los Dominicos.



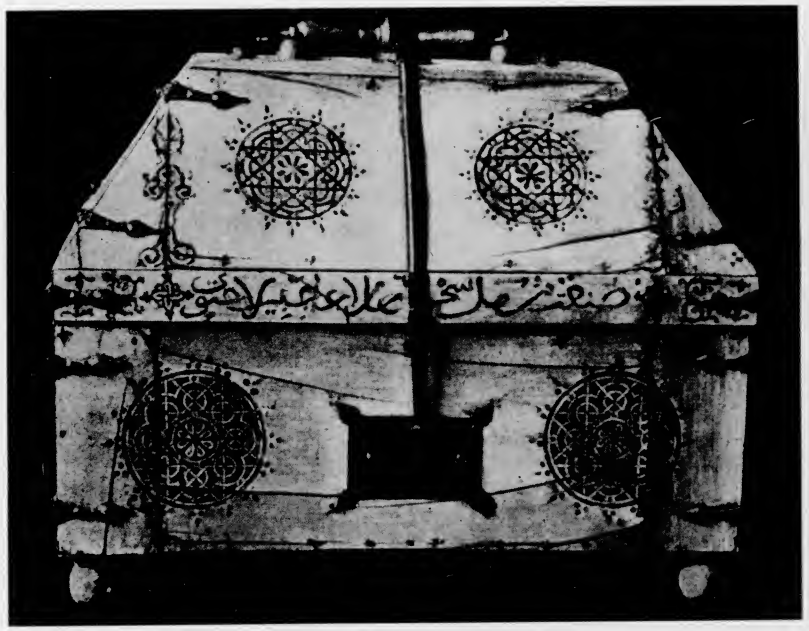
Sevilla. La Madre de Dios. Artesonado.



Tordesillas. Santa Clara. Cúpula.

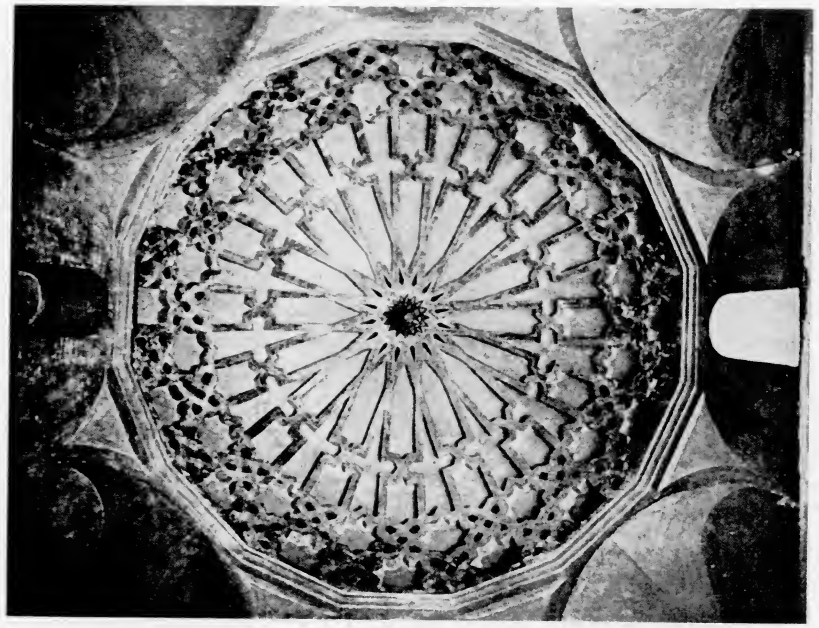


Puerta del Monasterio de las Huelgas.

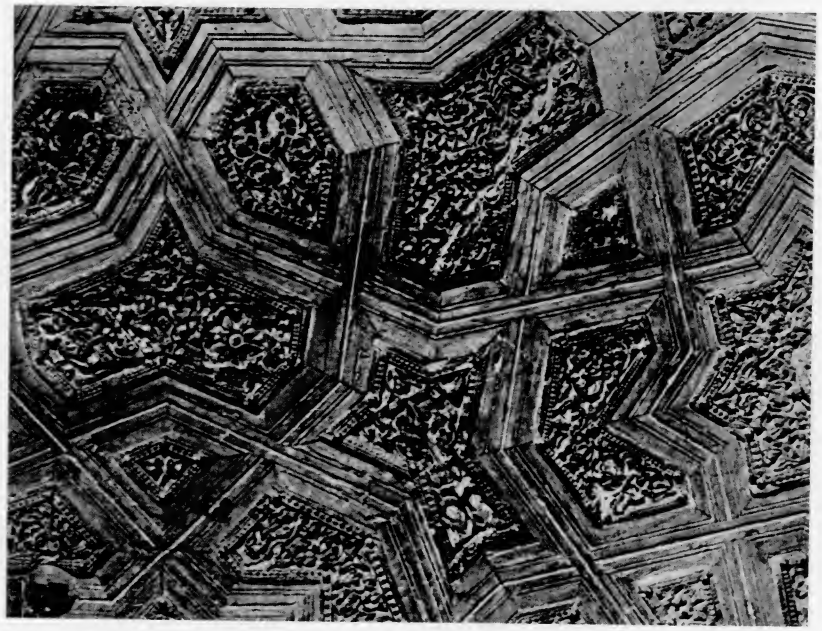


Arqueta del Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.

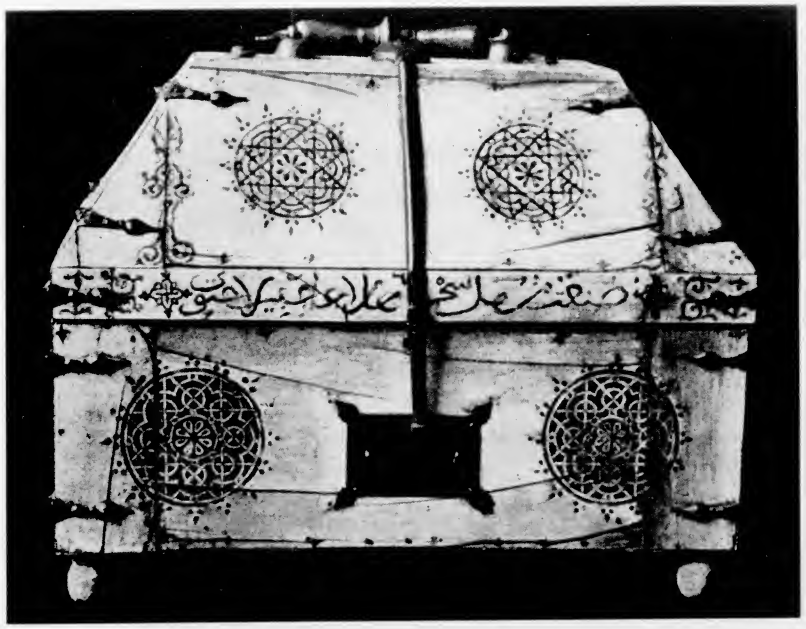
Arqueta de la Catedral de Valencia. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.



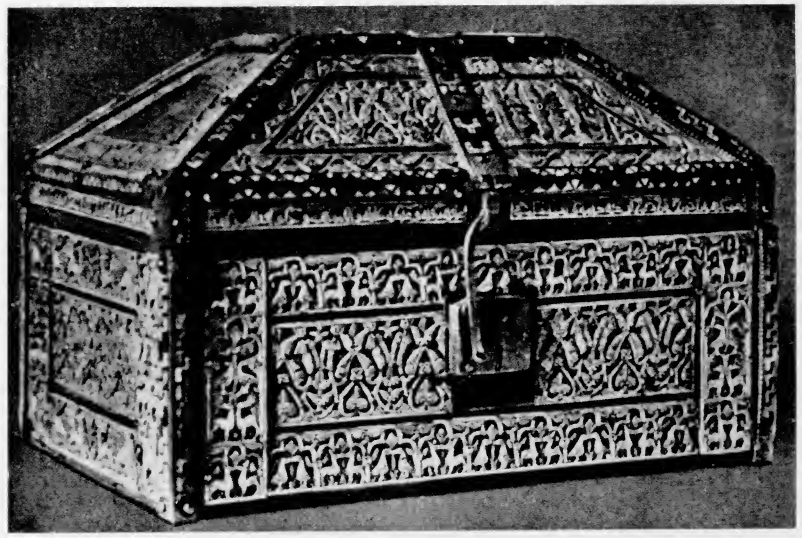
Tordesillas. Santa Clara. Cúpula.



Puerta del Monasterio de las Huelgas.

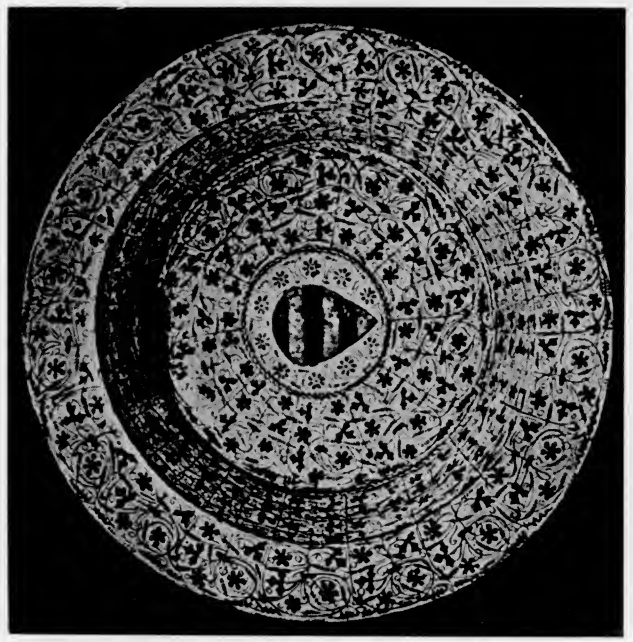


Arqueta del Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.

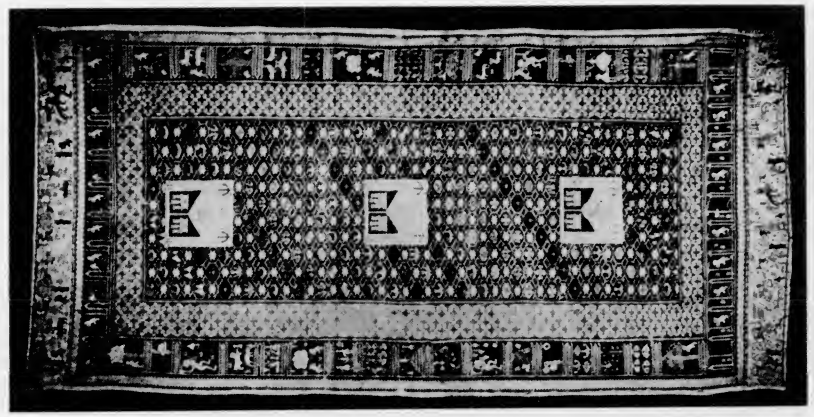


Arqueta de la Catedral de Valencia. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

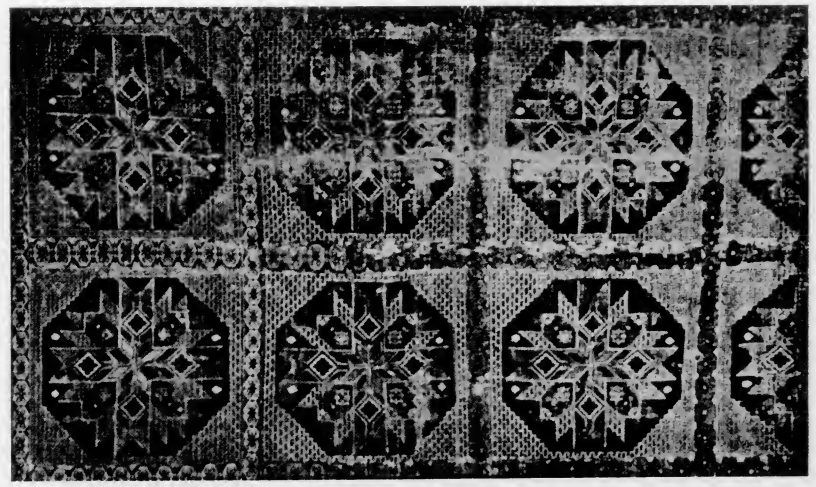
Orza de Teruel. Barcelona.



Lebrillo de loza de Manises.

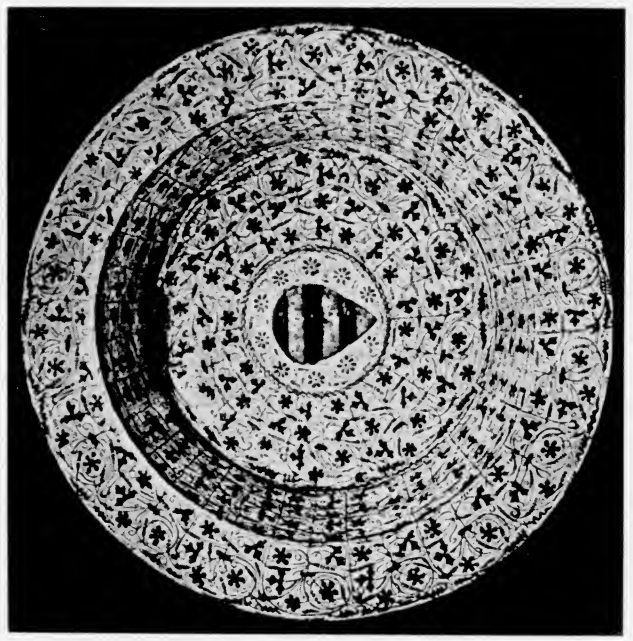


Alfombra del almirante de Castilla.

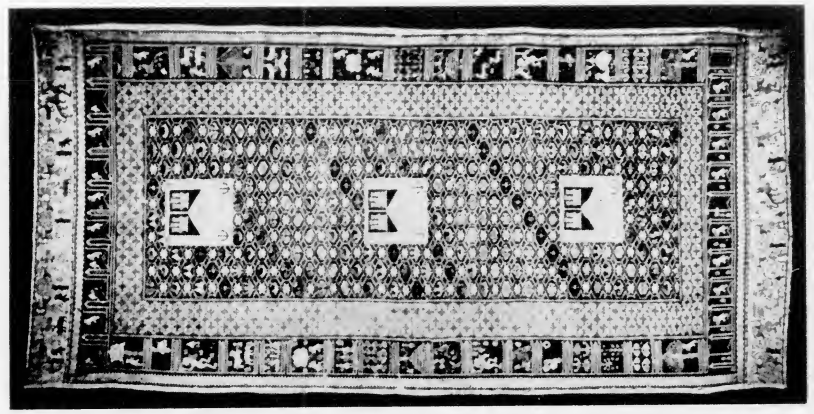


Alfombra morisca de Alcaraz.

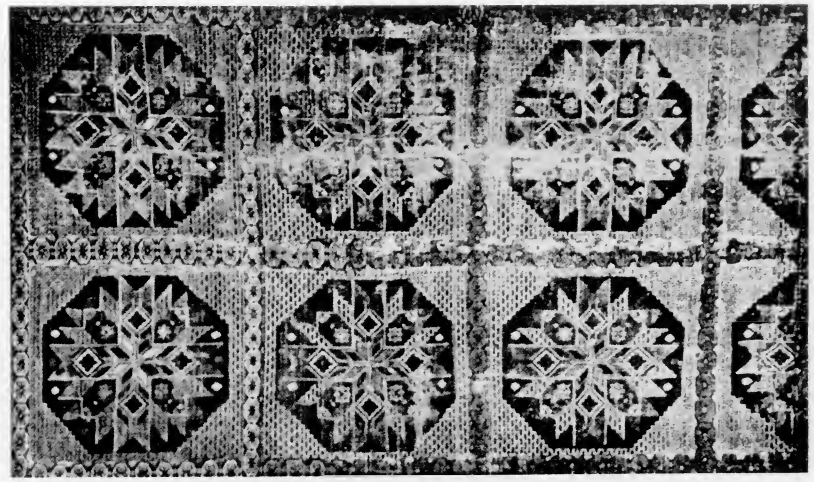
Orza de Teruel. Barcelona.



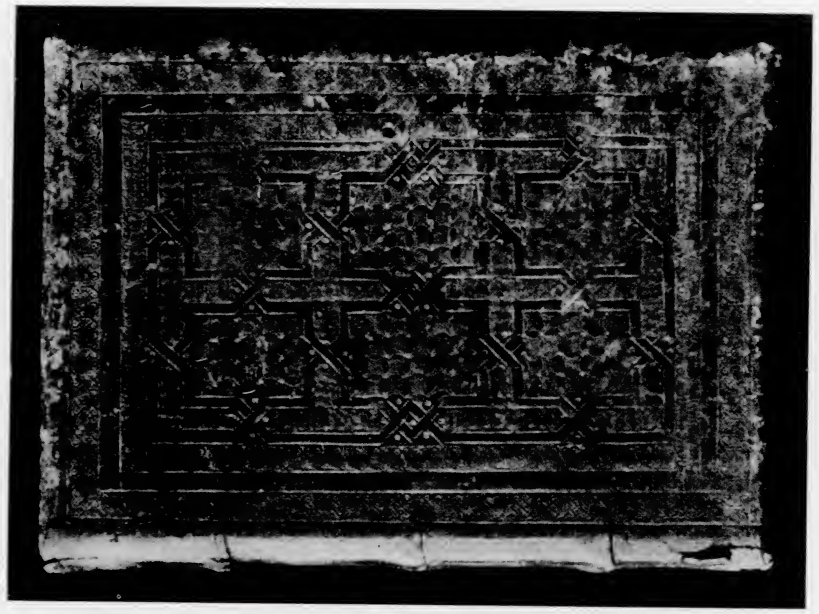
Ladrillo de loza de Manises.

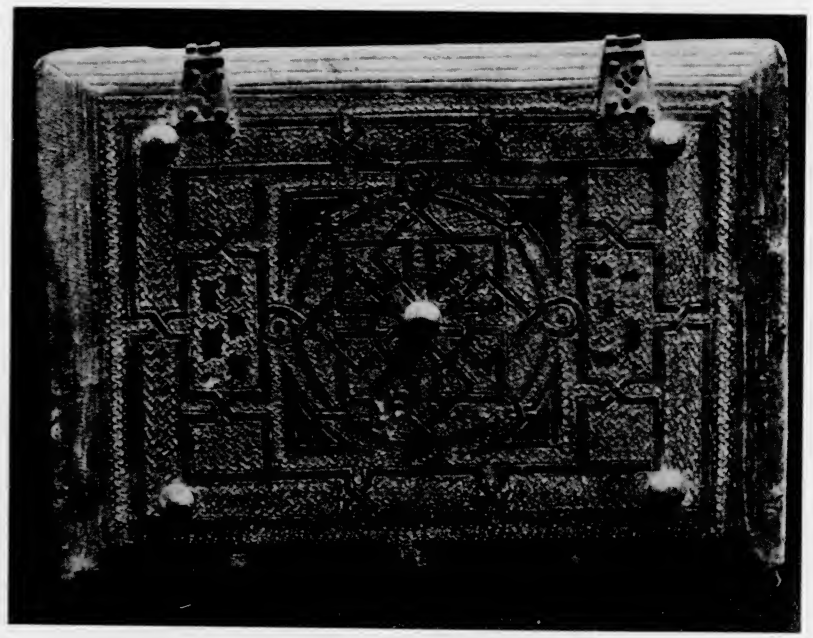


Alfombra del almirante de Castilla.



Alfombra morisca de Alcaraz.





Encuadernaciones labradas. Biblioteca de la Universidad. Salamanca.



*Señor; abre tu cielo, vuelve las nubes, desata los aires, envía tus piedades para que vivifiquen la tierra y sus yerbas agostadas que dan mantenimiento a las criaturas: ten piedad, Señor, para que los infieles no digan que desoyes a los verdaderos creyentes*".

"En los regocijos de bodas, en los que se celebran para poner a los recién nacidos bajo el auspicio de las buenas hadas, y en reuniones familiares, sea lícito divertirse con zambras y convites espléndidos; pero obsérvese el mayor decoro, reine la discreción, y no incurra convidado alguno en el abuso de la embriaguez".

"Granada se dividirá en barrios sometidos a la vigilancia de un cadí respectivo: uno de estos asistirá a los mercados para mantener el orden".

"Cada barrio tendrá una demarcación exacta, y una ronda nocturna que vigile y abra y cierre las puertas de sus murallas, como asimismo las principales de la ciudad".

"El caballero o soldado que huya del enemigo, a no verse acometido por fuerzas duplicadas, o sin recibir la orden de los caudillos, únicos a quienes compete decidir el ataque o retirada y saber los secretos y estratagemas de la guerra, será condenado a muerte".

"Se prohibe a los campeadores o almogawares y a los demás individuos del ejército asesinar a los niños, a las mujeres, a los ancianos, a los inválidos, a los enfermos, a los ermitaños o frailes cristianos, a no sorprenderlos armados o en ayuda directa del enemigo".

"Los despojos y presas se repartirán en la forma siguiente: después de deducir el quinto para el rey, cada individuo puede tomar cuanto necesite para satisfacer su hambre, aplicando lo restante al acervo común. El jinete recibirá dos partes; el infante una; el que preste cualquier trabajo en la hueste o arrostre peligro no siendo soldado, será remunerado debidamente, previos los informes de los cabos y generales".

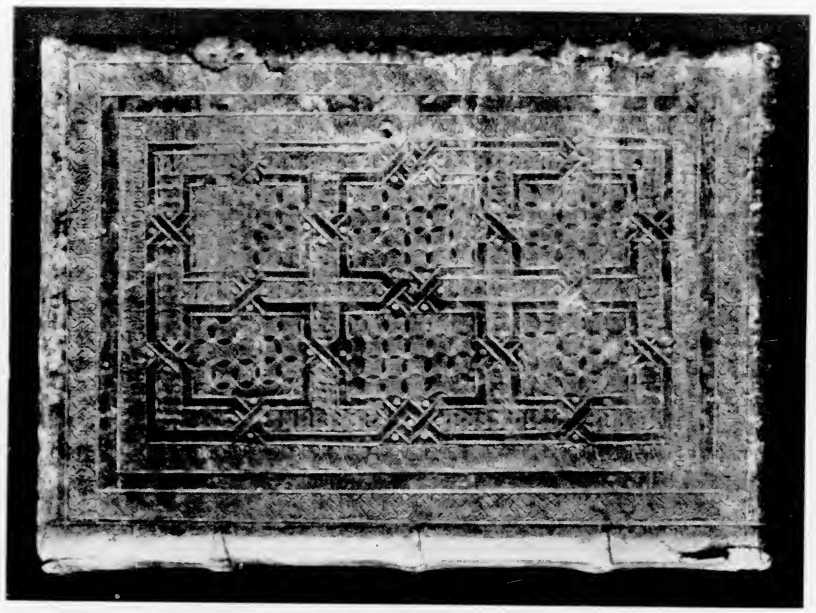
"El judío o cristiano que se convierta al islamismo en villa o fortaleza conquistada, recobrará sus bienes, y si estuviesen ya repartidos, recibirá una indemnización por justiprecio".

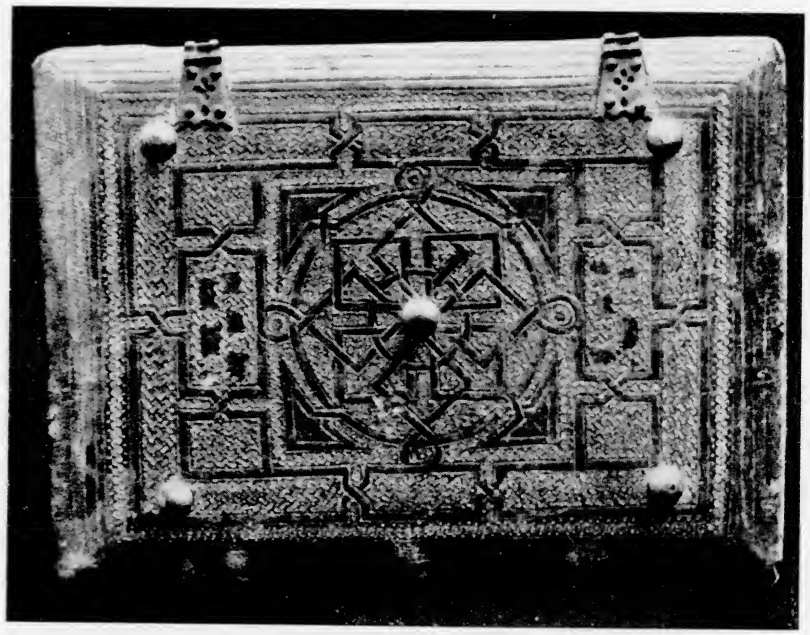
"Se prohibe que los hijos de familia salgan en cabalgadas o correrías sin beneplácito de sus padres, a no ser en caso de suma necesidad; como asimismo que partan en peregrinación a la Meca sin licencia expresa de su padre, madre, abuelos o tutores".

"El adulterio, el homicidio y otros delitos que producen pena de muerte, necesitan prueba de cuatro testigos presenciales y uniformes; el adúltero morirá apedreado; el soltero que infrinja las leyes de la castidad, sufrirá cien azotes y un año de destierro, si no consiente en dar su mano a la estuprada".

"El juez puede agravar o disminuir la pena del ladrón según las pruebas, pero mitigando la dureza de los castigos usados hasta el día".

Trad. Lafuente Alcántara: *Historia de Granada,* III, 165.





Encuadernaciones labradas. Biblioteca de la Universidad. Salamanca.



*Señor; abre tu cielo, vuelve las nubes, desata los aires, envía tus piedades para que vivifiquen la tierra y sus yerbas agostadas que dan mantenimiento a las criaturas: ten piedad, Señor, para que los infieles no digan que desoyes a los verdaderos creyentes*".

"En los regocijos de bodas, en los que se celebran para poner a los recién nacidos bajo el auspicio de las buenas hadas, y en reuniones familiares, sea lícito divertirse con zambras y convites espléndidos; pero obsérvese el mayor decoro, reine la discreción, y no incurra convidado alguno en el abuso de la embriaguez".

"Granada se dividirá en barrios sometidos a la vigilancia de un cadí respectivo: uno de estos asistirá a los mercados para mantener el orden".

"Cada barrio tendrá una demarcación exacta, y una ronda nocturna que vigile y abra y cierre las puertas de sus murallas, como asimismo las principales de la ciudad".

"El caballero o soldado que huya del enemigo, a no verse acometido por fuerzas duplicadas, o sin recibir la orden de los caudillos, únicos a quienes compete decidir el ataque o retirada y saber los secretos y estratagemas de la guerra, será condenado a muerte".

"Se prohibe a los campeadores o almogawares y a los demás individuos del ejército asesinar a los niños, a las mujeres, a los ancianos, a los inválidos, a los enfermos, a los ermitaños o frailes cristianos, a no sorprenderlos armados o en ayuda directa del enemigo".

"Los despojos y presas se repartirán en la forma siguiente: después de deducir el quinto para el rey, cada individuo puede tomar cuanto necesite para satisfacer su hambre, aplicando lo restante al acervo común. El jinete recibirá dos partes; el infante una; el que preste cualquier trabajo en la hueste o arrostre peligro no siendo soldado, será remunerado debidamente, previos los informes de los cabos y generales".

"El judío o cristiano que se convierta al islamismo en villa o fortaleza conquistada, recobrará sus bienes, y si estuviesen ya repartidos, recibirá una indemnización por justiprecio".

"Se prohibe que los hijos de familia salgan en cabalgadas o correrías sin beneplácito de sus padres, a no ser en caso de suma necesidad; como asimismo que partan en peregrinación a la Meca sin licencia expresa de su padre, madre, abuelos o tutores".

"El adulterio, el homicidio y otros delitos que producen pena de muerte, necesitan prueba de cuatro testigos presenciales y uniformes; el adúltero morirá apedreado; el soltero que infrinja las leyes de la castidad, sufrirá cien azotes y un año de destierro, si no consiente en dar su mano a la estuprada".

"El juez puede agravar o disminuir la pena del ladrón según las pruebas, pero mitigando la dureza de los castigos usados hasta el día".

Trad. Lafuente Alcántara: *Historia de Granada,* III, 165.

## TRAGICA MUERTE DEL REY BERMEJO

*Las discordias civiles ensangrentaron con frecuencia el reino de Granada. Una de ellas arrojó del trono a Muhammad V y llevó a él a su homónimo, llamado el Rey Bermejo. El sultán desposeído huyó a Africa y de allí volvió, con tropas de los "Beni Merines", para recobrar su reino. Ya en España, se alió con don Pedro el Cruel, y el sultán usurpador fué poco a poco abandonado por sus gentes. Vencido, el Rey Bermejo se acogió a la postre a la corte castellana, pero no contaba con la loca crueldad del monarca de Castilla y pereció trágicamente, en Sevilla, alanceado por el castellano.*

### Cómo el Rey entró otra vez en el Regno de Granada, e ganó algunos logares: e cómo se vino el Rey Bermejo a Sevilla a la merced del Rey

El Rey Don Pedro tornó otra vez a entrar en el Regno de Granada, e ganó estos logares: el Burgo, e Hardales, e Cañete, e Turón, e las Cuevas, e otros castillos; e dende tornóse para Sevilla. E acaesció así, que por quanto el Rey ganaba mucha tierra de los Moros, por lo qual todos ellos se quexaban, e decían al Rey Bermejo, que estonce estaba por Rey en Granada, que por la contienda que él avía con el Rey Mahomad se perdía la tierra de los Moros e el Regno de Granada, el Rey Bermejo ovo grand miedo de estas palabras que se decían por todo el Regno de Granada, e pensó que non lo podrían sofrir, nin él mantener lo que avía comenzado: e ovo su consejo con un Caballero muy grande que era con él e tenía su partida, e era del Regno de Benamarin, e decíanle Don Edriz Abenbulula, e era fijo de Don Hozmin, el que venciera a los Infantes Don Juan e Don Pedro en la vega de Granada, e fuera después vencido de Don Juan, fijo del Infante Don Manuel, en la pelea de Guadalherce. E este Rey Bermejo, e Don Edriz Abenbulula con él, e otros Caballeros de su casa, en quien él se fiaba, e fueron al comienzo con él en consejo que tomase el Regno al Rey Mahomad, e después acá siempre tovieran con él, agora desque vieron que las cosas se ponían de cada día peor, e que non podía el Rey Bermejo mantener guerra contra el Rey de Castilla, e otrosí por la división que era entre los Moros, acordaron que el Rey Bermejo se viniese poner en la merced del Rey de Castilla, e en su poder, diciendo que el Rey desque le viese avría piedad dél, e aun por ventura que le amaría más que al otro Rey Mahomad, por quanto este Rey Bermejo era buen Caballero por su cuerpo, e podría bien servir al Rey do le él mandase ir en qualquier guerra. E acordó el Rey Bermejo de se ir para el Rey Don Pedro, e de levar las mejores e más ricas joyas que tenía, que fueran de la casa de Granada para se aprovechar dellas si tal caso le contesciese. E puso luego por obra



todo el consejo que oviera con los suyos, e partió de Granada con trecientos de caballo, e docientos de pie, e vínose luego para una villa del Rey que dicen Baena, do estaba por frontero el Prior de Sant Juan, que decían Don Gutier Gómez de Toledo, e Caballeros del Rey. E ellos le rescibieron muy bien, e le preguntaron cómo venía: e él les dixo que se venía a la merced del Rey, e ponerse en su poder, e que les rogaba que le pusiesen delante del Rey. E el Prior de Sant Juan, e los Caballeros que eran en Baena dixieron al Rey Bermejo que les placía de ir con él al Rey; e fuéronse para Sevilla do el Rey estaba.

### Cómo el Rey Bermejo, e Don Edriz fablaron con el Rey

Llegaron a Sevilla el Rey Bermejo, e Don Edriz, e los otros Caballeros Moros que con ellos venían, e fueron do el Rey estaba en el su Alcázar, e ficiéronle grand reverencia; e el Rey los rescibió muy bien: e luego un Moro que venía con el Rey Bermejo, que sabía fablar lenguage christianiego, dixo al Rey así: "Señor: el Rey de Granada mi Señor, que aquí está delante " la tu merced, conosce e sabe que los Reyes de Granada son e fueron " siempre vasallos de los Reyes de Castilla cada vez que han treguas Chris- " tianos e Moros, e dieron parias e presentes muy grandes en señal de seño- " río a los Reyes de Castilla, e los tovieron por señores en todos sus fechos: " e por ende tiene mi Señor el Rey, que pues él ha pleyto con Mahomad, " Rey que se llama de Granada, que tú debes ser juez deste fecho: e por " ende viene a la tu merced. E este Rey de Granada mi Señor, que está " delante la tu merced ha pleyto con el dicho Mahomad porque usa mal " contra los Moros del Regno de Granada, por lo qual todos le aborrescie- " ron, e le quieren grand mal, e todos tomaron a mi Señor, el Rey que está " delante la tu merced, por su Rey e su Señor, ca viene de linage de Reyes, " e lo debe ser. E, Señor, quanto a la guerra que el dicho Mahomad le " podría facer, él non la temería; empero non puede defenderse de ti, que " eres su Rey, e su Señor, a cuya obediencia él debe estar. E para esto ovo " su consejo e acuerdo con Don Edriz, que aquí está con él delante la tu " merced, que es Caballero de grand linage, e otrosí con muchos Caballeros " Moros de la casa de Granada de quien se fía, e quieren la honra e servicio " de la casa de Granada, cómo faría, o cómo debía facer en tal priesa como " esta; e todos le consejaron que se viniese poner en la tu merced e en tu " poder: e su acuerdo dél e de los Moros que con él vienen, es poner todos " sus fechos e contiendas que han con el dicho Mahomad por el Regno " de Granada en la tu mano e en el tu juicio. E por ende, Señor, en la tu " merced es él, e todos los que aquí vienen con él; e muestra, Señor, en " esto agora tu grandeza, e la nobleza de la Corona de Castilla, e aved piedad " del que se pone en la tu misericordia, e ayúdale a su derecho". E dixo estonce Don Edriz Abenbulula al trujamán que esto decía, que dixese al

Rey Don Pedro, que si su merced era de tomar este pleyto en su mano, que faría en ello obra de Rey e de Príncipe muy grande e piadoso, e que él lo podría muy bien librar entre el dicho Mahomad e este su Señor que a su merced veniera; e si su voluntad era en otra guisa, que fuese su merced de poner al Rey su señor que allí veniera, e a los que con él venieron, allén la mar en tierra de Moros. E el Rey Don Pedro, desque ovo oído todas estas razones que aquel Moro trujamán del Rey Bermejo le dixo, e lo que decía Don Edriz, respondióles, que a él placía mucho con la venida del Rey, e de Don Edriz, e de todos los otros que en su compañía venían: e que quanto era en la contienda que era entre él, e el Rey Mahomad, que entendía tener en ello tales maneras como se librase bien. E el Rey Bermejo, e Don Edriz, e los otros Caballeros que con ellos venían, desque sopieron por el trujamán la respuesta que el Rey diera, fueron muy alegres, e abaxaron sus cabezas, e dixeron en su arábigo todos: "Señor, Dios te mantenga: ca en esta fiuza de la tu noble respuesta e grand defendimiento vino nuestro señor el Rey, e nosotros con él a la tu merced". E el Rey mandó dar posadas al Rey Bermejo, e a Don Edriz, e a los que con ellos venieron, en la judería de Sevilla: e ellos se fueron luego para allá, e aseguraron todos en sus posadas, e estaban muy alegres, teniendo que sus fechos estaban en bien, pues que tal respuesta avían del Rey.

### Cómo fué preso el Rey Bermejo, e Don Edriz, e los otros que venieran con él

Porque la cobdicia es raíz de todos los males del mundo, puso al Rey Don Pedro en corazón todo lo que adelante oiredes que se fizo; como quier que todo esto que él fizo decía que lo ficiera sin carga ninguna suya, ca el Rey Bermejo veniera a él sin ser asegurado; e otrosí que lo facía faciendo justicia del Rey Bermejo, por quanto él se levantara e alzara contra el Rey Mahomad, que era su Señor. Empero pesó dello a todos los que amaban servicio del Rey: e la manera como esto se fizo dañó mucho en la su fama. El Rey sopo luego cómo el Rey Bermejo traía muchas joyas ricas de aljófar e piedras preciosas, e ovo grand cobdicia dellas, e mandó al Maestre de Santiago Don García Alvarez de Toledo que convidase otro día a cenar al Rey Bermejo, e a todos los mayores e más honrados que con él venieron: e el Maestre fízolo así, e el Rey Bermejo, e Don Edriz, e fasta cincuenta Caballeros de los mejores que con él venían, fueron otro día a cenar con él a su posada. E después que ovieron cenado, estando asosegados a las mesas, que ninguno non era levantado, entró Martín López de Córdoba, Camarero del Rey, e su Repostero mayor, e con él omes de armas, e llegó do estaba el Rey Bermejo asentado a la mesa, e tomóle preso, e eso mesmo prendió a Don Edriz, e otrosí prendieron todos los otros Moros que cenaban con el dicho Rey Bermejo; e otros omes de armas



fueron por mandado del Rey a la judería, e prendieron todos los otros Moros que y fallaron. E luego que el Rey Bermejo fué preso, fué catado a parte si tenía algunas joyas consigo, e falláronle tres piedras balaxes muy nobles e muy grandes, e fallaron a un Moro pequeño que venía con él un correón en que traía sietecientas e treinta piedras balaxes; e fallaron a otro Moro pequeño, que era su Page, aljófar tan grueso como avellanas mondadas cien granos; e a otro Moro pequeño fallaron otra partida de aljófar tan grande como granos de garvanzos, que podía aver un celemín; e a los otros Moros fallaron a cada uno a qual aljófar, a qual piedras, e levárongelo luego todo al Rey. E a los Moros que fueron presos en la judería fueron falladas doblas e joyas, e todas las ovo el Rey.

### De cómo fué muerto el Rey Bermejo, e otros Caballeros con él

El Rey Bermejo, después que fué preso aquella noche, fué levado él, e Don Edriz, e los Caballeros que con él fueron presos, a la Tarazana: e dende a dos días el Rey Don Pedro fizo sacar al Rey Bermejo a un campo grande que es en Sevilla de la parte del Alcázar, que dicen Tablada, montado en un asno, e vestida una saya de escarlata que él tenía, e con él de los sus Moros treinta e siete, e fízolos todos matar. E el Rey Don Pedro le firió primero de una lanza, e díxole así: "Toma esto, por cuanto me fecistes facer mala pleytesía con el Rey de Aragón, e perder el castillo de Ariza". E el Rey Bermejo, desque se vió ferido, dixo al Rey en su arábigo: "¡Oh qué pequeña caballería feciste!" E fueron allí ese día muertos con el Rey Bermejo en Tablada los treinta e siete Caballeros moros de los que con él venían; e los otros Caballeros, e los de pie, que serían fasta trescientos fueron todos presos, e puestos en la Tarazana. E fué preso aquel Moro muy honrado que venía y, que era de allén mar, de quien avemos dicho que avía nombre Don Edriz Abenbulula, fijo de Don Hozmín. E decía el pregonero por mandado del Rey Don Pedro así: "Esta justicia manda facer nuestro señor el Rey a estos traydores, que fueron en la muerte del Rey Ismael su Rey e su señor". E la razón era ésta. Este Rey Bermejo, e otros Caballeros mataron al Rey Ismael de Granada, hermano del Rey Mahomad, en otro tiempo, cuydando que los del Regno tomarían por su Rey a este Rey Bermejo, que era Arraez estonce; e non se fizo así, ca los del Regno, después de la muerte de Ismael, tomaron por su Rey a Mahomad su hermano, que agora era Rey. E este Arraez Bermejo, e los que con él fueron en la muerte del Rey Ismael, fuyeron por miedo: e después por tiempo falló muchos que tovieron con él, e apoderóse del Alhambra de Granada, e llamóse Rey; e el Rey Mahomad fuyó a algunos castillos del Rey de Benamarin, así como Ronda, e Zahara, e otros, e defendióse allí. E el Rey Bermejo, que tenía ya apoderado el Regno, fizo su tregua con el Rey Don Pedro, magüer al dicho Rey Don Pedro non plogo dello; mas

ovo rescelo que si la non ficiera, que el Rey Bermejo de Granada toviera e ayudara a la parte del Rey de Aragón. E aún después de la tregua fecha, que el Rey Don Pedro estaba en las partidas de Almazan faciendo guerra a Aragón, le dixeron que el dicho Rey Bermejo trataba con el Rey de Benamarin, que ellos amos a dos se ayudasen contra los Christianos, e señaladamente contra el Rey Don Pedro, e que ficiesen sus ligas con el Rey de Aragon; é non quiso el Rey de Benamarin, antes los fizo saber al Rey Don Pedro, por quanto le ficiera ser Rey, e le enviara allá en una galea suya: e llamaban a este Rey de Benamarin Abu Salem, fijo del Rey Abulhacen. E el Rey Don Pedro con este rescelo fizo sus paces con el Rey de Aragón, e tornóle los castillos que tenía cobrados de Aragón, entre los quales le dió a Ariza, que es un buen castillo; donde el Rey Don Pedro se tovo por muy quexado; e por estas razones, e por la cobdicia de las joyas que el Rey Bermejo trajo, fué su muerte. E decía el Rey Don Pedro que él los ficiera matar porque se alzaran e fueran rebeldes a su señor el Rey Mahomad, e porque fueran en matar al Rey Ismael su señor; empero todos lo tovieron por non bien fecho, e les ploguiera que el Rey non lo ficiera así. E el Rey Mahomad, luego que sopo que el Rey Bermejo era preso, e después muerto, fuése para Granada, e recibiéronle allí por Rey e por su señor, e todo el Regno le obedesció. E el Rey Don Pedro le envió las cabezas del Rey Bermejo, e de los otros Caballeros que mataron con él: e el Rey Mahomad envió al Rey Don Pedro algunos captivos de los que fueron tomados en la pelea de Guadix.

De la *Crónica del rey Don Pedro* del Canciller Ayala. (Ed. Rosell: Bib. Aut. Esp., LXVI, 517).

## BEN JALDUN ANTE PEDRO EL CRUEL

*El mayor de los historiadores árabes, Ben Jaldun (1332-1404), descendía de una familia sevillana. Su vida fué una dramática novela de aventuras, en la que se mezclaron: el heroísmo y la traición, la ambición y la astucia, la elegancia del aristócrata y los talentos del político, la sagacidad del diplomático y el espíritu adulador del cortesano. Sirvió a todas las dinastías musulmanas de Africa y a los Nazaríes granadinos. Como embajador visitó en Sevilla a Pedro el Cruel. Lástima que no conozcamos al pormenor el encuentro entre esos dos hombres extraordinarios.*

"El año siguiente (1363), dice, este monarca me envió en embajada cerca de Pedro (D. Pedro el Cruel), hijo de Alfonso (XI) y rey de Castilla. Era yo el encargado de ratificar el tratado de paz que este príncipe había concluído con los soberanos de la costa africana, y con tal objeto



había de ofrecerle yo un regalo, compuesto de hermosas telas de seda y de muchos caballos de raza con sillas de oro. Así que llegué a Sevilla, donde pude observar muchos monumentos que atestiguaban el poderío de mis antepasados, fuí presentado al rey cristiano. Este me recibió con grandes muestras de honor, y me aseguró que experimentaba al verme una viva satisfacción. Su médico judío Ibrahim ben Zarzar, le había hecho ya mi elogio y le había dado noticias sobre la alta ilustración de mis antepasados. Quiso entonces el rey retenerme a su lado, prometiéndome que me serían devueltos los bienes que mis mayores habían poseído en Sevilla, y que se encontraban entonces en poder de uno de los magnates de su reino. Agradeciéndole como se merecía su ofrecimiento, le supliqué que me excusase de aceptarlo, continuando yo conservando sus buenas gracias. Al tiempo de partir me proveyó de bestias de carga y provisiones de viaje, así como también de una bellísima mula, equipada con silla y brida guarnecidas de oro, que debía yo presentar al sultán de Granada".

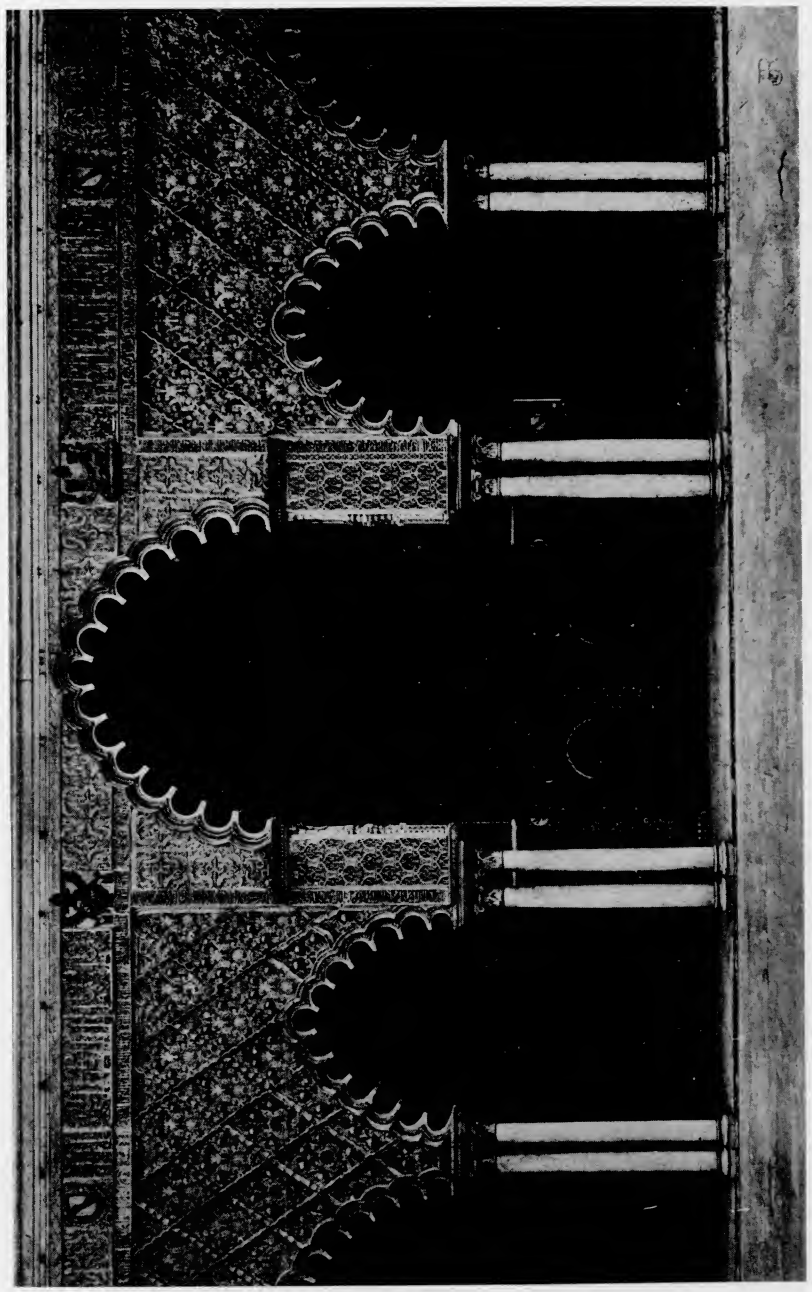
Del *Kitab al-Ibar* de Ben Jaldun. (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 353).

## ULTIMAS JORNADAS DE LA GUERRA SANTA CONTRA LOS CRISTIANOS ESPAÑOLES

*Drama en Castilla y en Granada. Mientras la vesania de don Pedro el Cruel, la ambición de sus hermanos y el odio de sus víctimas manchaba de sangre alcázares, palacios, jardines y caminos, Yusuf I había muerto asesinado en la mezquita y Muhammad había perdido su trono por una revuelta palatina. Para desembarazarle de un enemigo, el castellano había alanceado en Tablada a su rival, acogido a su amparo tras su vencimiento. Después, cuando el Cruel estuvo en aprieto, al correrse por todo su reino las lenguas de fuego de la guerra civil, el granadino le devolvió su ayuda y con él entró en Andalucía. Pero su entrada no fué sólo dictada por la gratitud. El odio a los cristianos movió, sobre todo, la espada de Muhammad V. Jaén fué arrasada, Córdoba estuvo en peligro y Castilla perdió durante la querella fratricida —recordemos el profundo pensamiento de Ben Hazam: "la flor de la guerra civil es infecunda"— buena parte de las conquistas realizadas contra Granada desde los días de Alfonso el Sabio. Fueron las últimas dentelladas de la pantera islamita.*

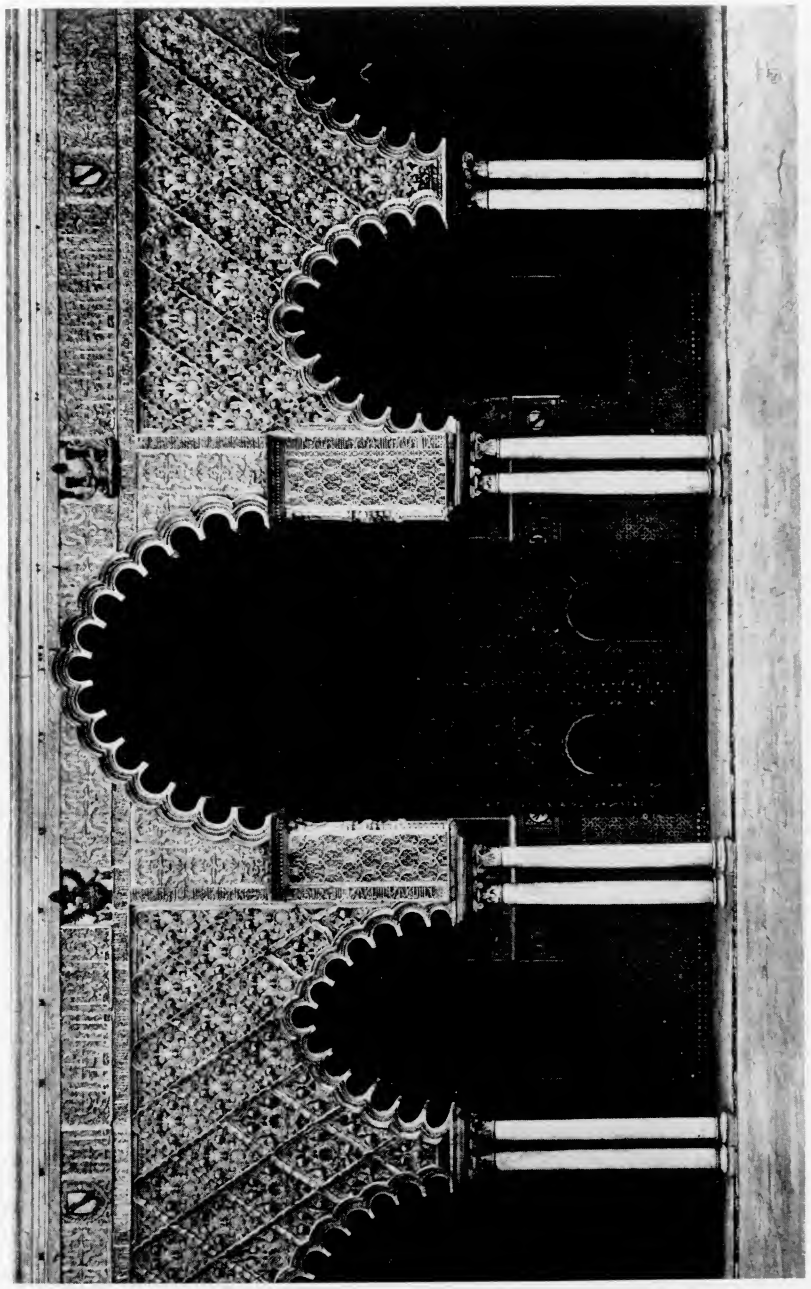
Desque vió el Rey Don Pedro que la cibdad de Toledo estaba cercada, trató con el Rey Mahomad de Granada que le quisiese ayudar e venir a se juntar con él para ir sobre la cibdad de Córdoba. E el Rey de Granada fízolo así, e vino con mucha gente, que eran siete mil de caballo ginetes, e

de pie ochenta mil, los doce mil Ballesteros. E el Rey Don Pedro tenía mil e quinientos de caballo, e seis mil omes de pie. E el Rey Don Pedro e el Rey de Granada juntáronse en uno, e vinieron sobre Córdoba: e estaban en Córdoba Don Gonzalo Mexía, Maestre de Santiago, e Don Pedro Moñiz, Maestre de Calatrava, e Don Juan Alfonso de Guzmán, que fué después Conde de Niebla: e de la cibdad de Córdoba estaban Caballeros Don Alfonso Ferrández de Montemayor, Adelantado mayor de la Frontera, e Don Gonzalo Ferrández de Córdoba, que fué después Señor de Aguilar, e Diego Ferrández su hermano, Alguacil mayor de Córdoba, e otros muchos buenos. E Don Alfonso Pérez de Guzmán, fijo de Don Alvar Pérez de Guzmán estaba en un castillo cerca de Córdoba, que dicen Hornachuelos, e facía grand guerra de aquel logar a todos los que tenían la parte del Rey Don Pedro; e cuando sopo que los Moros tenían su Real con el Rey Don Pedro sobre la cibdad de Córdoba, partió de Hornachuelos, e fuese para allá: e los Moros, cuidando que eran de sus gentes, non cataron por ellos e él con muy grand peligro se puso dentro en la cibdad por la ayudar a defender. E el Rey Don Pedro, e el Rey de Granada llegaron cerca de Córdoba; e los de la cibdad, que eran muchos e buenos, teniendo que pelearían con ellos por las barreras, non estaban apercebidos de poner recabdo en los muros. E los Moros eran muchos, e llegaron muy fuertemente a la cibdad, en guisa que un Señor de Moros que y venía, que le decían Abenfaluz, que fué después Rey de Marruecos, con la grand ballestería que traía llegaron a una coracha que dicen la Calahorra, e tan de recio la combatieron que la tomaron, e cobraron; e al alcázar viejo ficieron seis portillos, e subieron suso pieza dellos con sus pendones. E ovo tan grand desmayo en los de la cibdad, que cuidaron que eran entrados: e las Dueñas e Doncellas que y eran, que eran muchas e muy buenas, salieron a andar por las calles todas en cabello, pidiendo merced a los Señores e Caballeros e Omes de armas que eran en la cibdad, que oviesen duelo dellas, e non quisiesen que fuesen ellos e ellas en cativerio de los Moros enemigos de la Fe de Jesu-Christo: e tales lágrimas e palabras e cosas facían e decían, que todos los que lo oían cobraron grand esfuerzo, e luego adereszaron para las torres e el muro del alcázar viejo que los Moros avían entrado, e pelearon con ellos muy de recio como buenos, en guisa que mataron pieza dellos, e a los otros ficiéronlos salir fuera de la cibdad, e dellos saltaron por encima de las torres: e tomáronles sus pendones que avían puesto, e salieron con ellos por las barreras matando e firiendo en ellos, en tal manera que los arredraron dende grand pieza. E en tanto que los Moros se tiraron a fuera, los Maestres e los otros Señores e Caballeros ficieron adereszar los muros muy ordenadamente, porque sabían bien que otro día los Moros provarían lo que pudiesen facer por cobrar aquella cibdad. E toda aquella noche fueron fechas por la cibdad muchas danzas e alegrías, e todos tenían gran esfuerzo, ca fiaban en la merced de Dios que darían buena cuenta de la cibdad en guisa que los enemigos de la Fe non los podrían empescer.

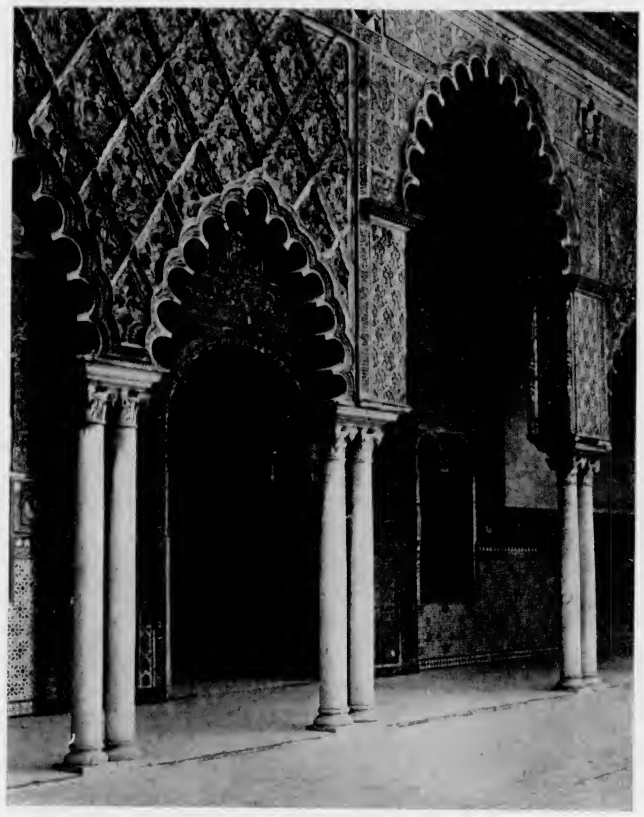


Sevilla. Alcázar. Fachada del Salón de Carlos V.

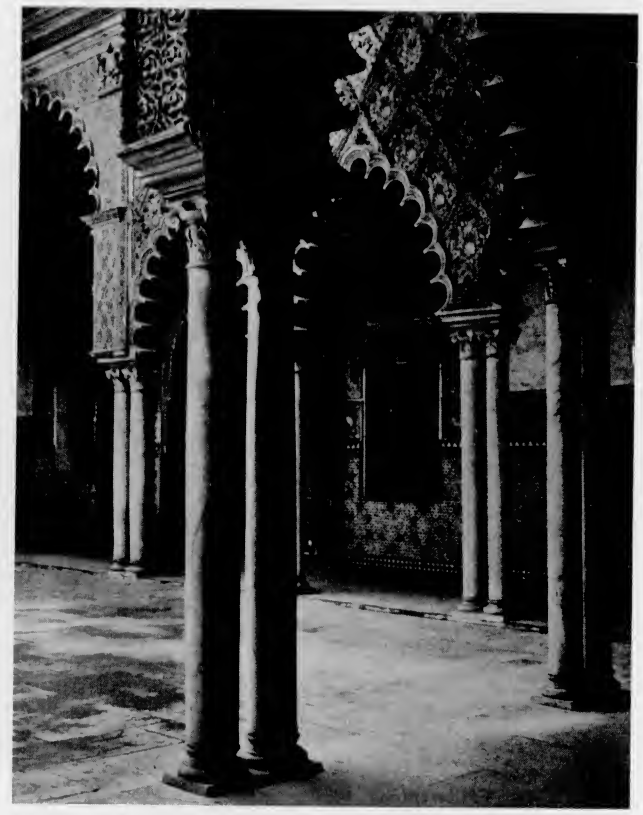
de pie ochenta mil, los doce mil Ballesteros. E el Rey Don Pedro tenía mil e quinientos de caballo, e seis mil omes de pie. E el Rey Don Pedro e el Rey de Granada juntáronse en uno, e vinieron sobre Córdoba: e estaban en Córdoba Don Gonzalo Mexía, Maestre de Santiago, e Don Pedro Moñiz, Maestre de Calatrava, e Don Juan Alfonso de Guzmán, que fué después Conde de Niebla: e de la cibdad de Córdoba estaban Caballeros Don Alfonso Ferrández de Montemayor, Adelantado mayor de la Frontera, e Don Gonzalo Ferrández de Córdoba, que fué después Señor de Aguilar, e Diego Ferrández su hermano, Alguacil mayor de Córdoba, e otros muchos buenos. E Don Alfonso Pérez de Guzmán, fijo de Don Alvar Pérez de Guzmán estaba en un castillo cerca de Córdoba, que dicen Hornachuelos, e facía grand guerra de aquel logar a todos los que tenían la parte del Rey Don Pedro; e cuando sopo que los Moros tenían su Real con el Rey Don Pedro sobre la cibdad de Córdoba, partió de Hornachuelos, e fuese para allá: e los Moros, cuidando que eran de sus gentes, non cataron por ellos e él con muy grand peligro se puso dentro en la cibdad por la ayudar a defender. E el Rey Don Pedro, e el Rey de Granada llegaron cerca de Córdoba; e los de la cibdad, que eran muchos e buenos, teniendo que pelearían con ellos por las barreras, non estaban apercebidos de poner recabdo en los muros. E los Moros eran muchos, e llegaron muy fuertemente a la cibdad, en guisa que un Señor de Moros que y venía, que le decían Abenfaluz, que fué después Rey de Marruecos, con la grand ballestería que traía llegaron a una coracha que dicen la Calahorra, e tan de recio la combatieron que la tomaron, e cobraron; e al alcázar viejo ficieron seis portillos, e subieron suso pieza dellos con sus pendones. E ovo tan grand desmayo en los de la cibdad, que cuidaron que eran entrados: e las Dueñas e Doncellas que y eran, que eran muchas e muy buenas, salieron a andar por las calles todas en cabello, pidiendo merced a los Señores e Caballeros e Omes de armas que eran en la cibdad, que oviesen duelo dellas, e non quisiesen que fuesen ellos e ellas en cativerio de los Moros enemigos de la Fe de Jesu-Christo: e tales lágrimas e palabras e cosas facían e decían, que todos los que lo oían cobraron grand esfuerzo, e luego adereszaron para las torres e el muro del alcázar viejo que los Moros avían entrado, e pelearon con ellos muy de recio como buenos, en guisa que mataron pieza dellos, e a los otros ficiéronlos salir fuera de la cibdad, e dellos saltaron por encima de las torres: e tomáronles sus pendones que avían puesto, e salieron con ellos por las barreras matando e firiendo en ellos, en tal manera que los arredraron dende grand pieza. E en tanto que los Moros se tiraron a fuera, los Maestres e los otros Señores e Caballeros ficieron adereszar los muros muy ordenadamente, porque sabían bien que otro día los Moros provarían lo que pudiesen facer por cobrar aquella cibdad. E toda aquella noche fueron fechas por la cibdad muchas danzas e alegrías, e todos tenían gran esfuerzo, ca fiaban en la merced de Dios que darían buena cuenta de la cibdad en guisa que los enemigos de la Fe non los podrían empescer



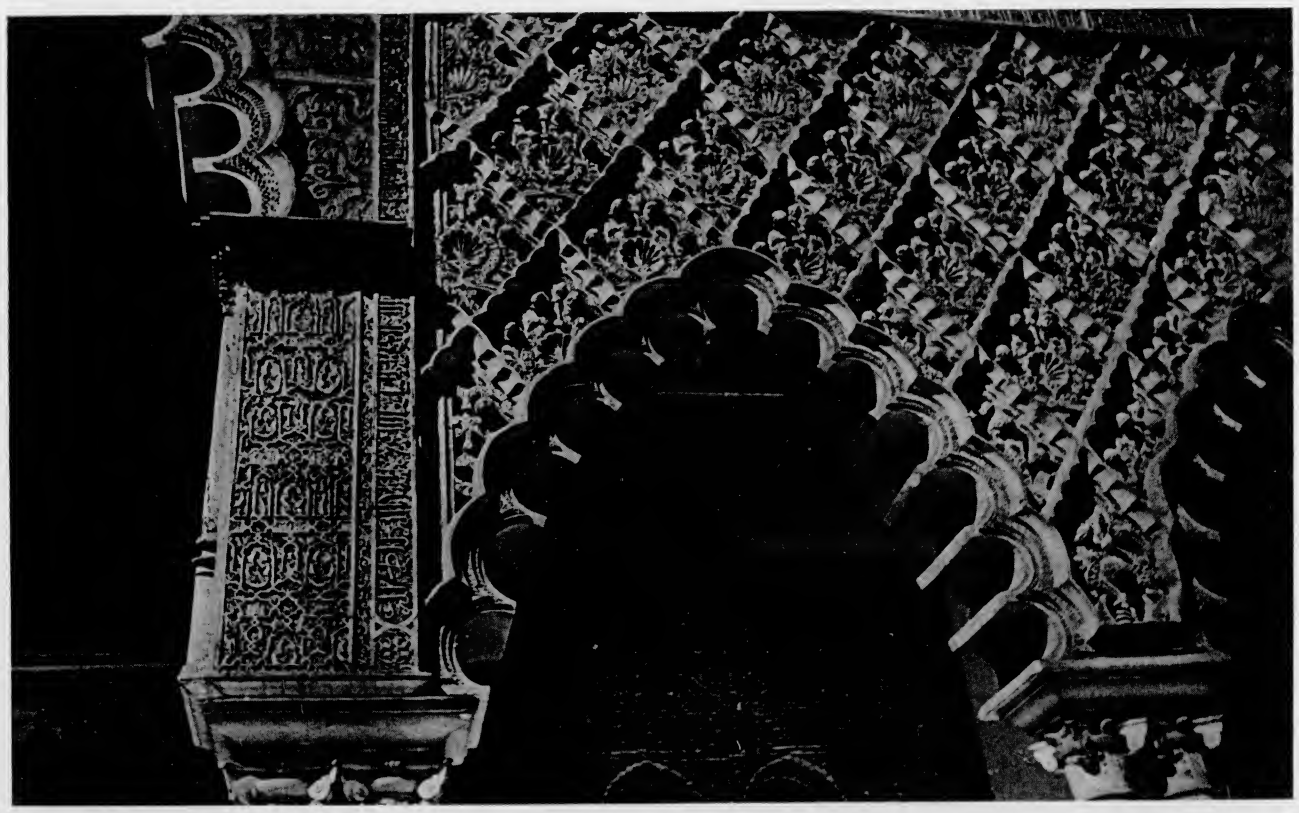
Sevilla. Alcázar. Fachada del Salón de Carlos V.



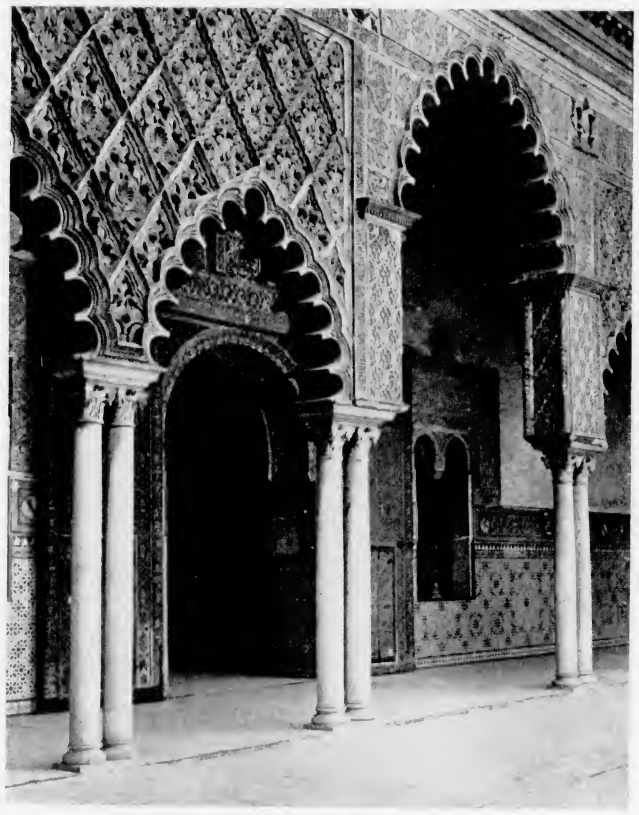
Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.



Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.

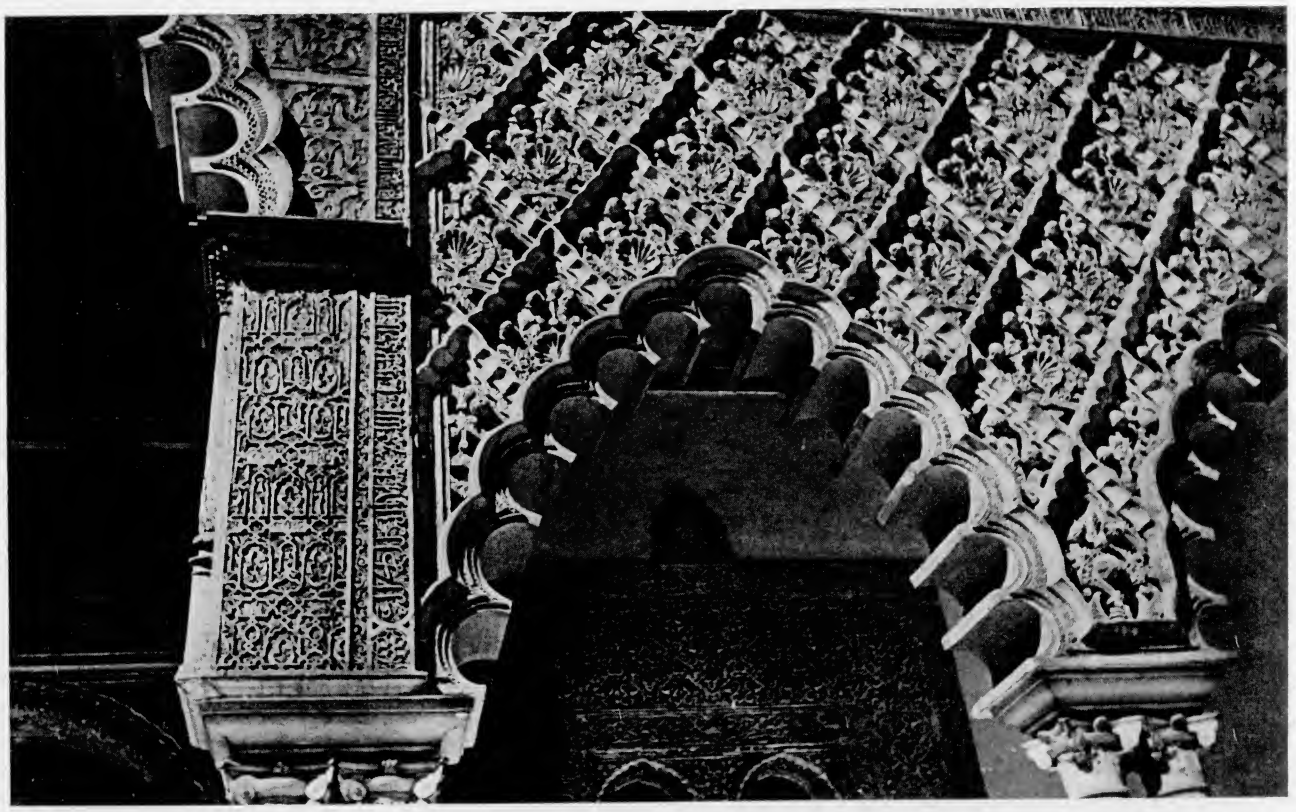


Sevilla. Alcázar. Detalle de los arcos del Patio de las Doncellas.

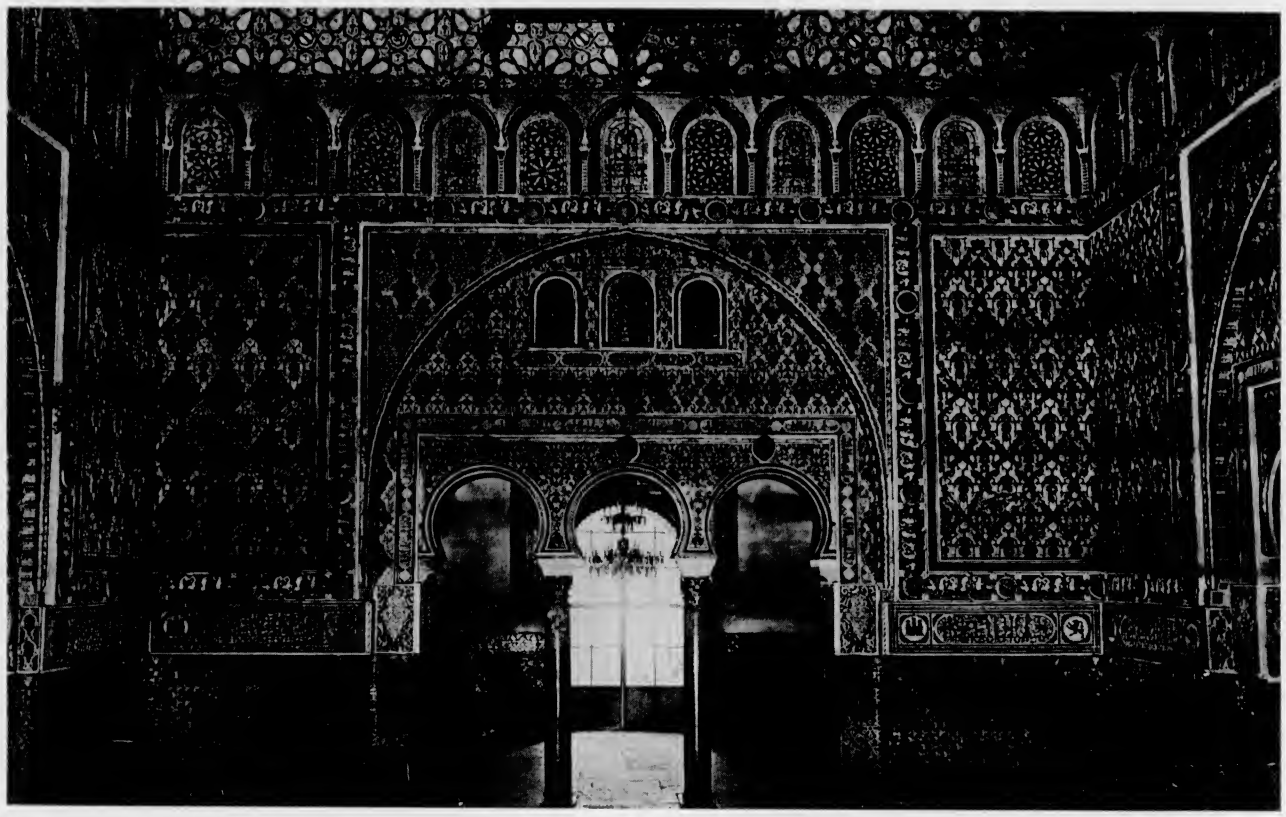


Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.

Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.

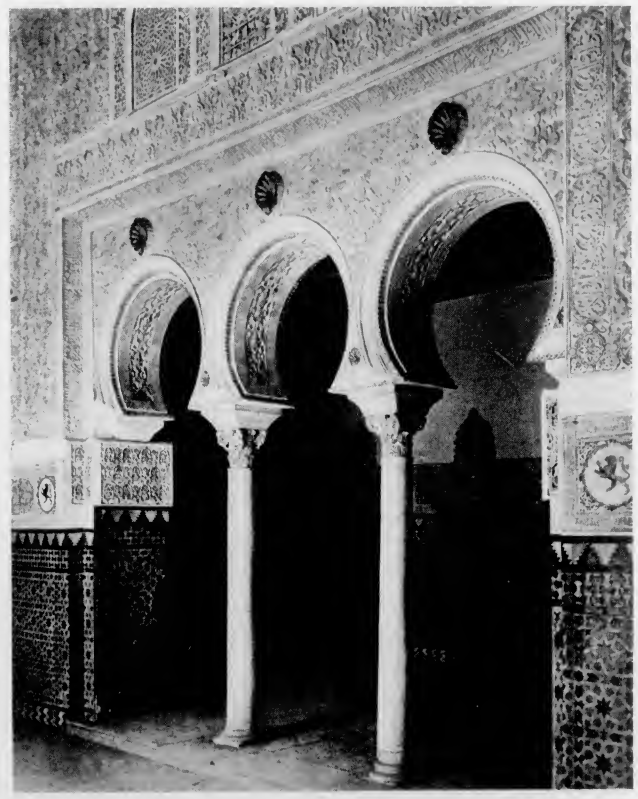


Sevilla. Alcázar. Detalle de los arcos del Patio de las Doncellas.

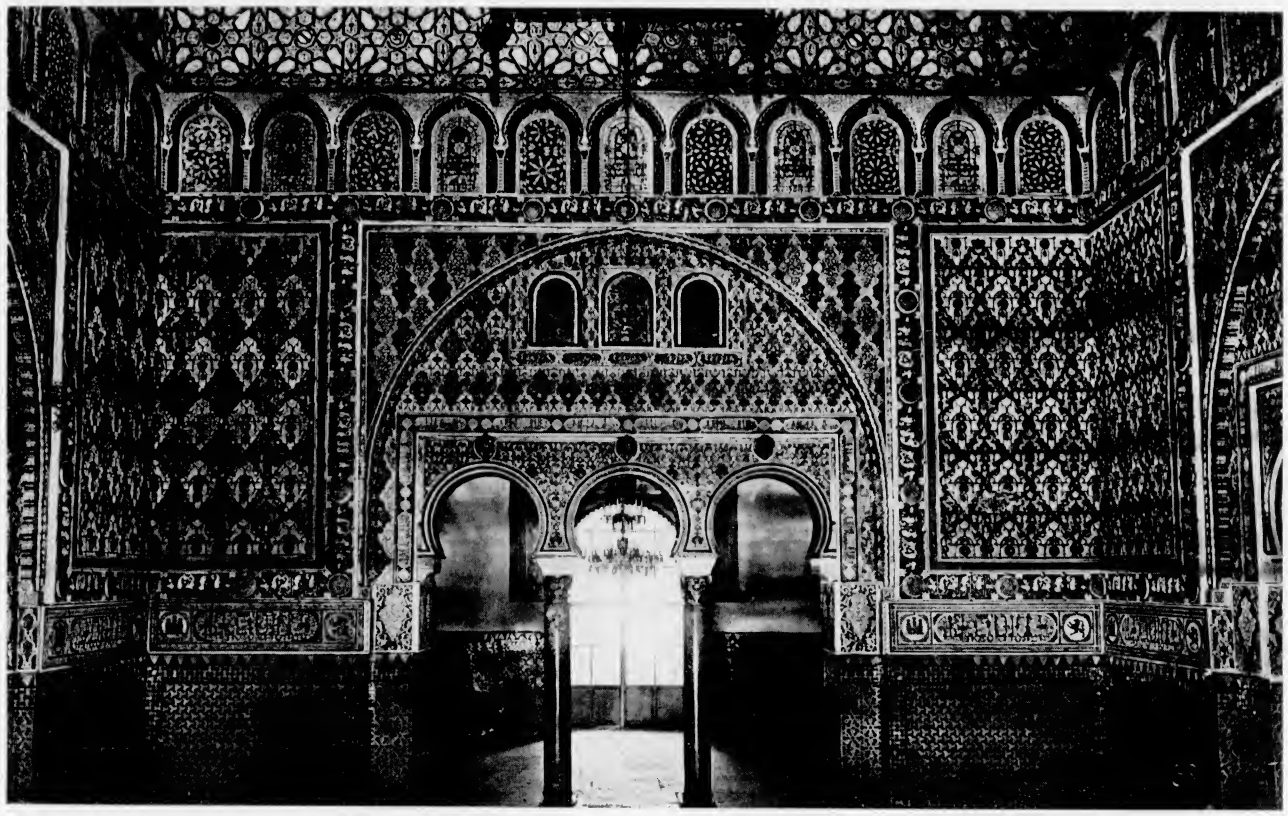


Sevilla. Alcázar. Fondo del Salón de Embajadores.

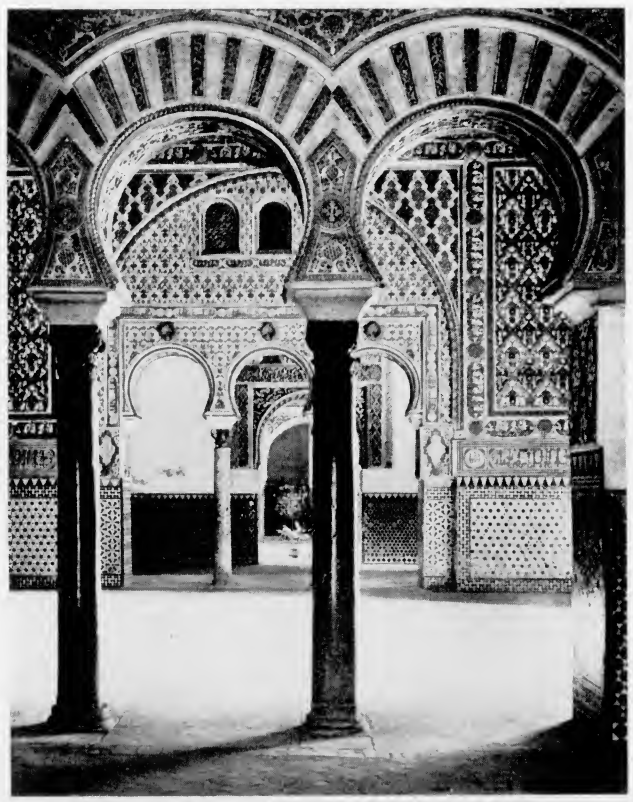
Sevilla. Alcázar. Arcos del Salón de Embajadores.



Sevilla. Alcázar. Dormitorio de los Reyes Moros.

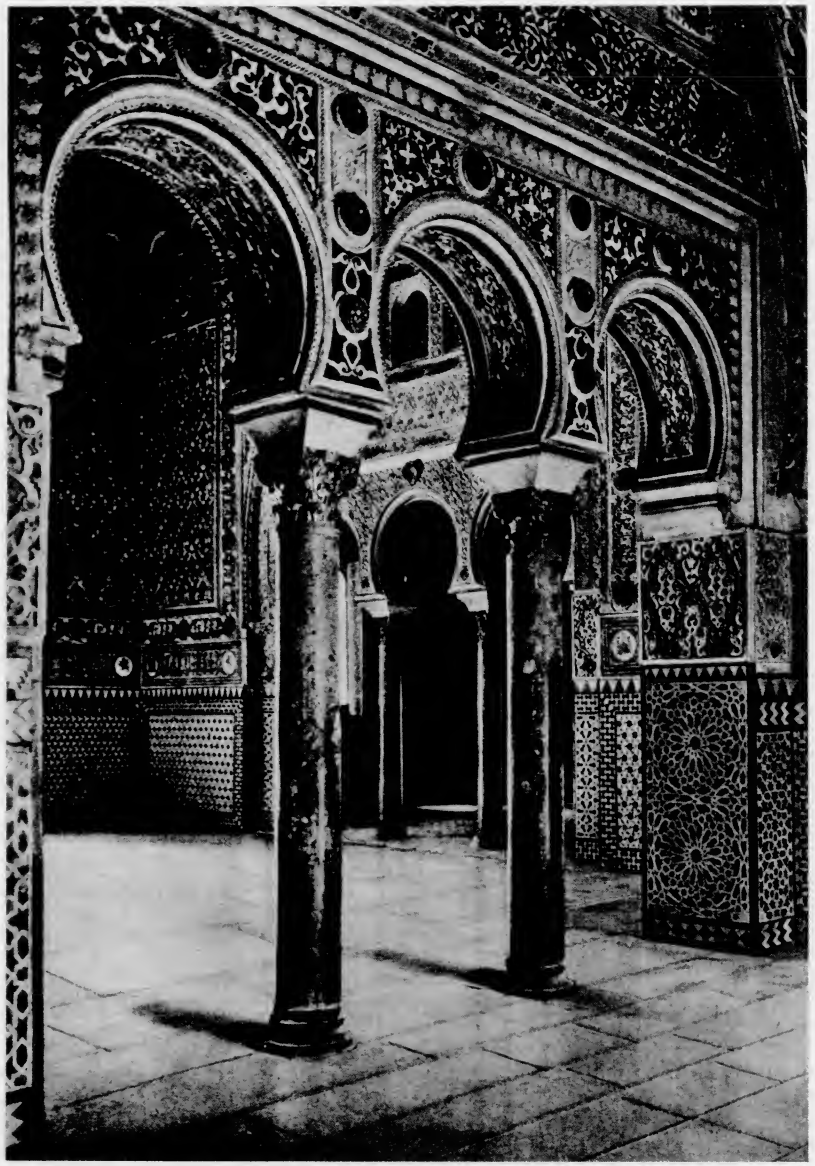


Sevilla. Alcázar. Fondo del Salón de Embajadores.

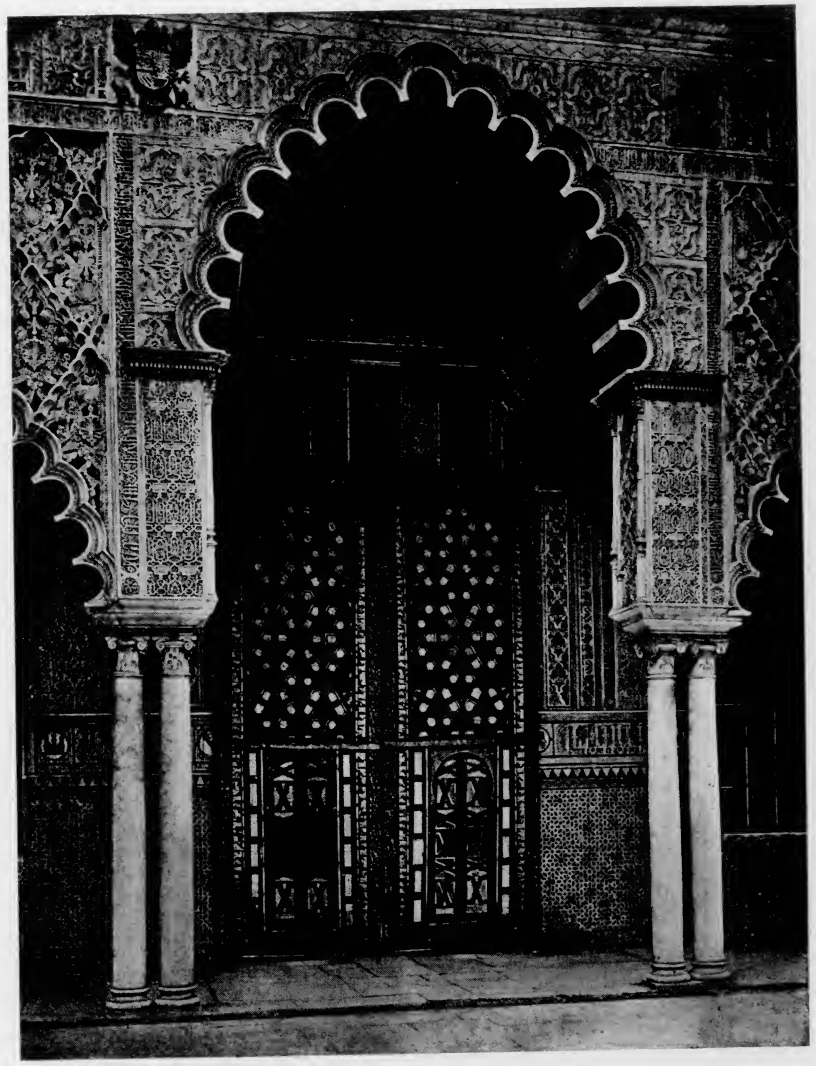


Sevilla. Alcázar. Arcos del Salón de Embajadores.

Sevilla. Alcázar. Dormitorio de los Reyes Moros.

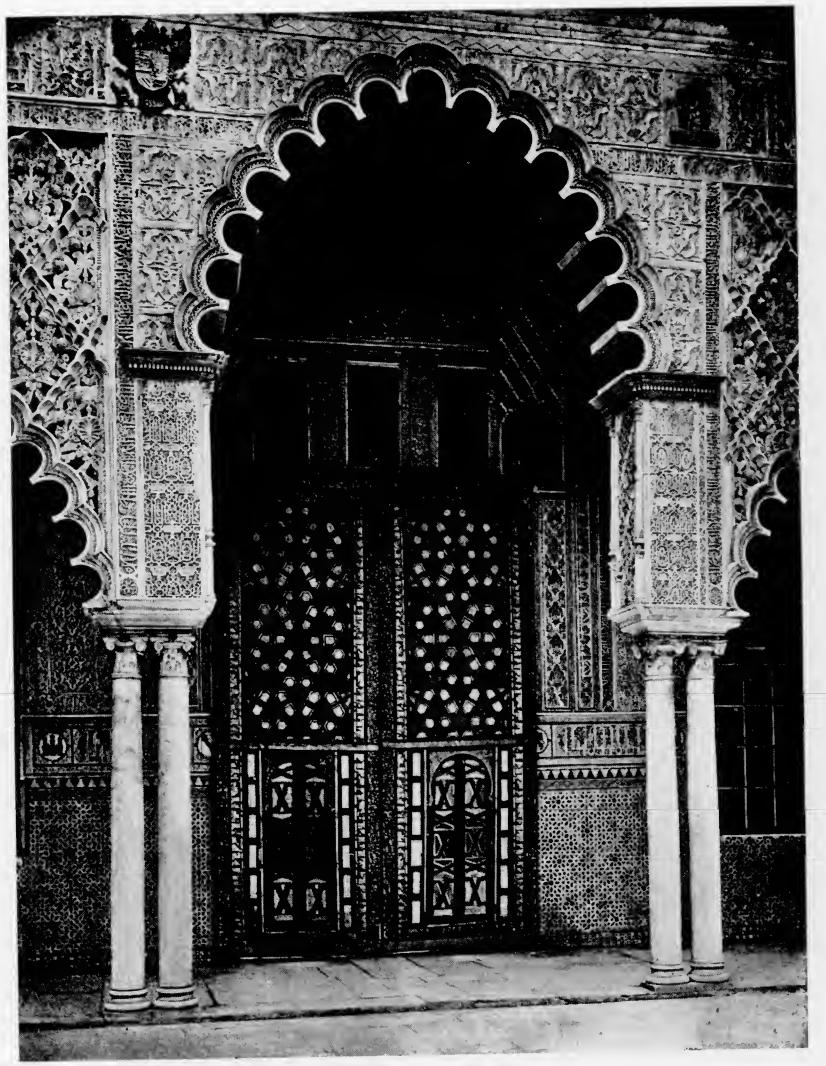


Sevilla. Alcázar. Salón de Embajadores.

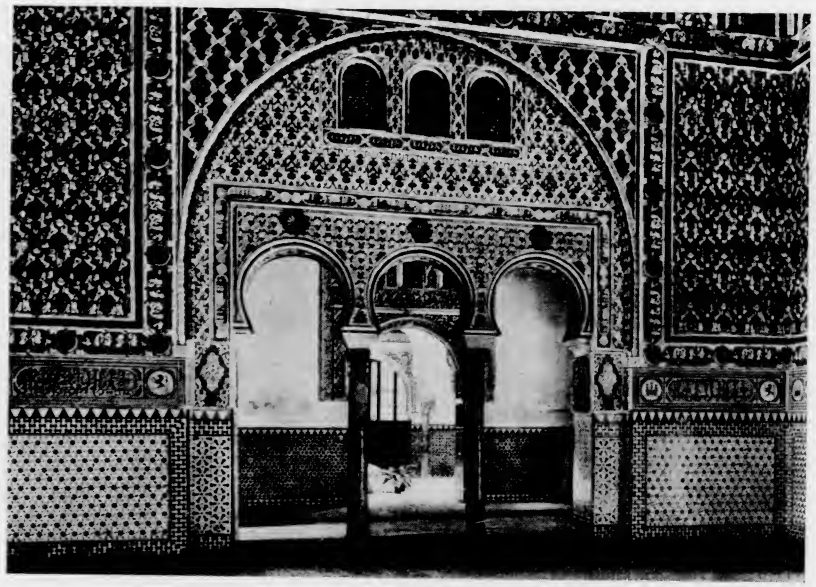


Sevilla. Alcázar. Puerta del dormitorio y Salón de los Reyes Moros.

Sevilla. Alcázar. Salón de Embajadores.

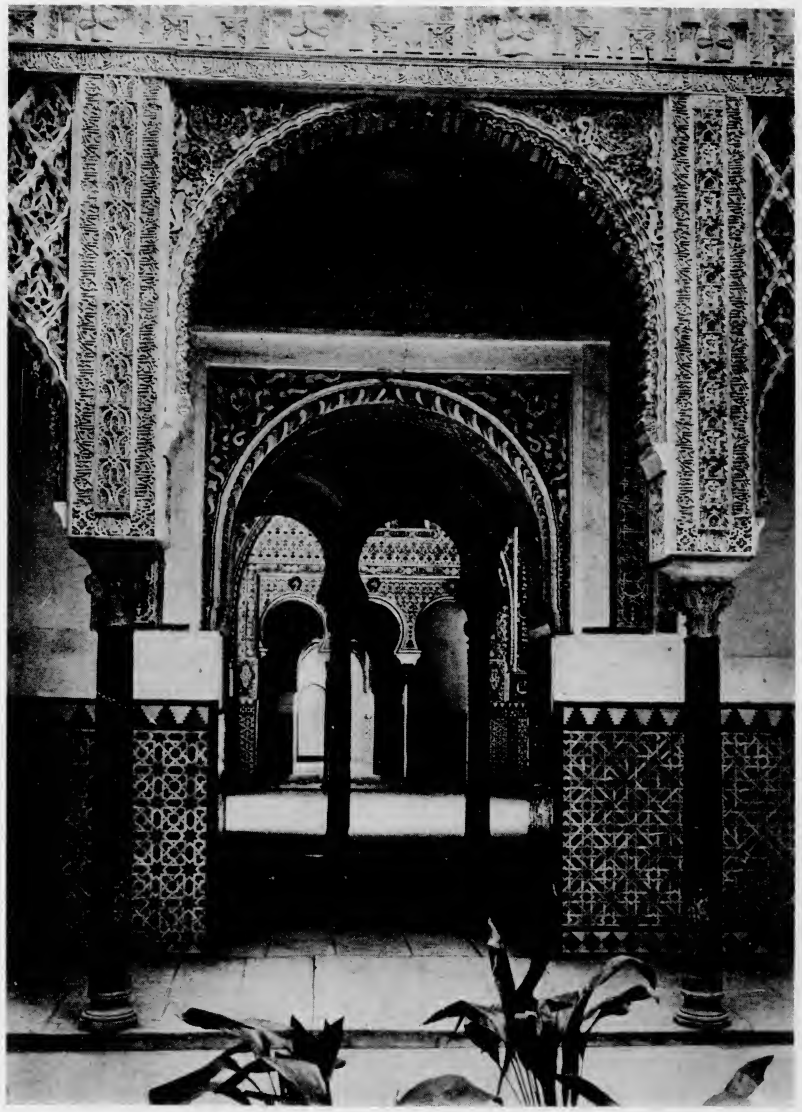


Sevilla. Alcázar. Puerta del dormitorio y Salón de los Reyes Moros.

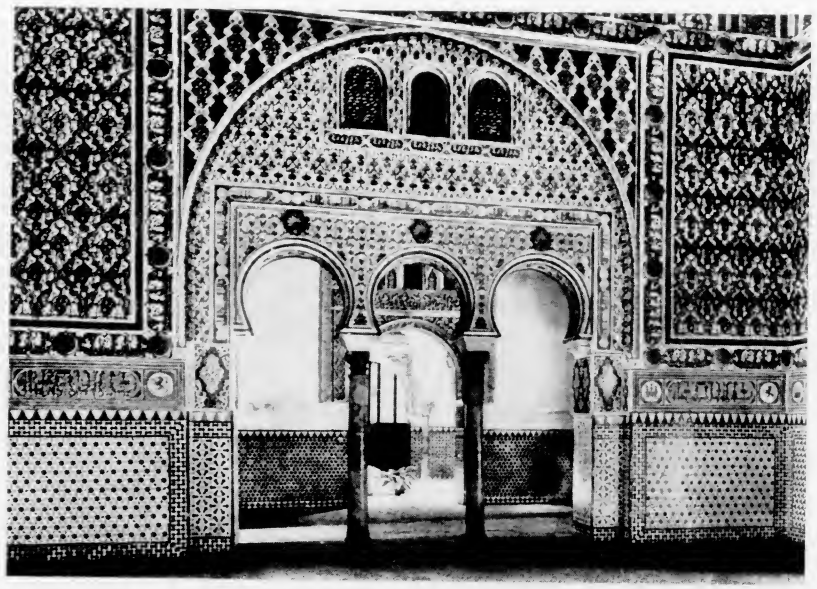


Sevilla. Alcázar. Puerta del Salón de Embajadores.

Sevilla. Alcázar. Jardines árabes.

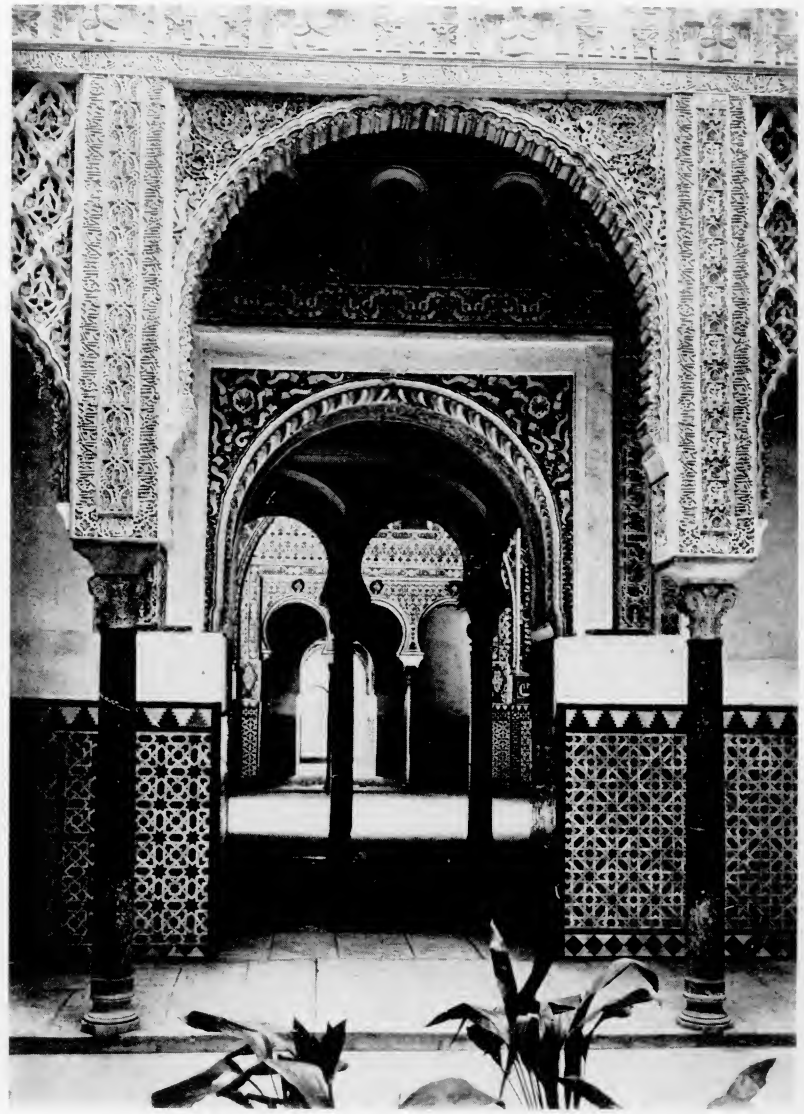


Sevilla. Alcázar. Arco del Patio de las Muñecas.

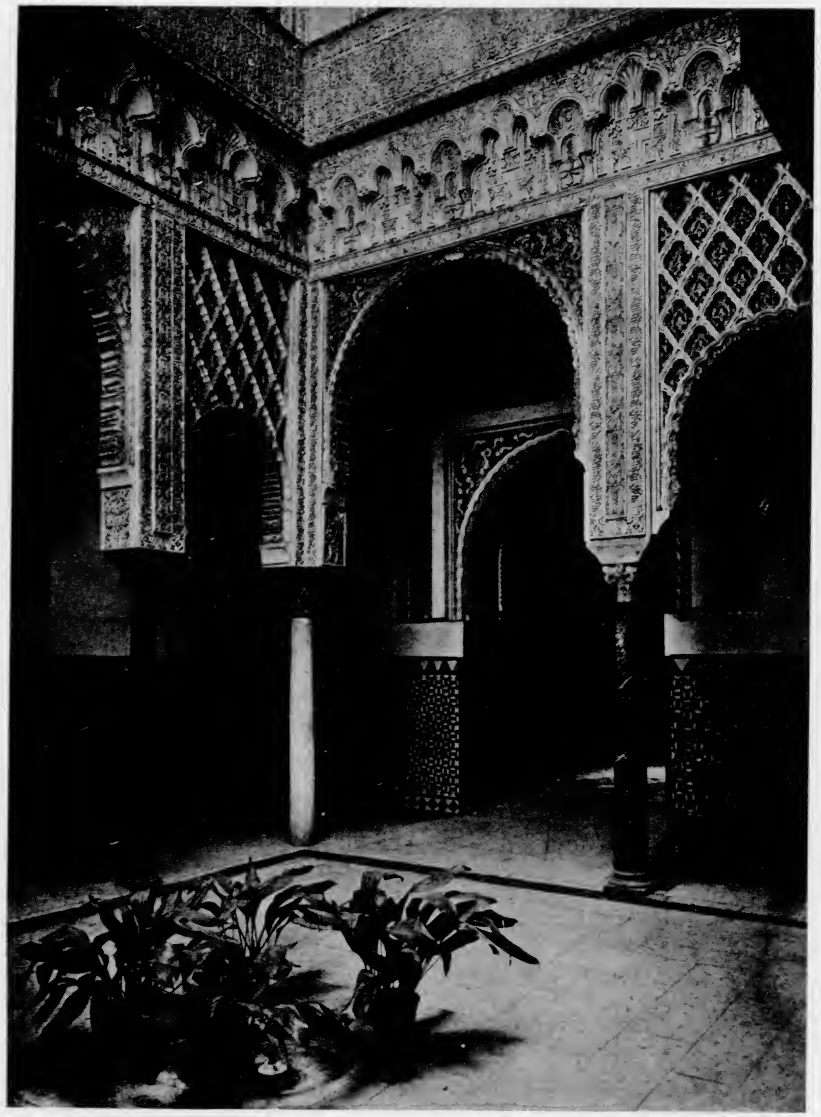


Sevilla. Alcázar. Puerta del Salón de Embajadores.

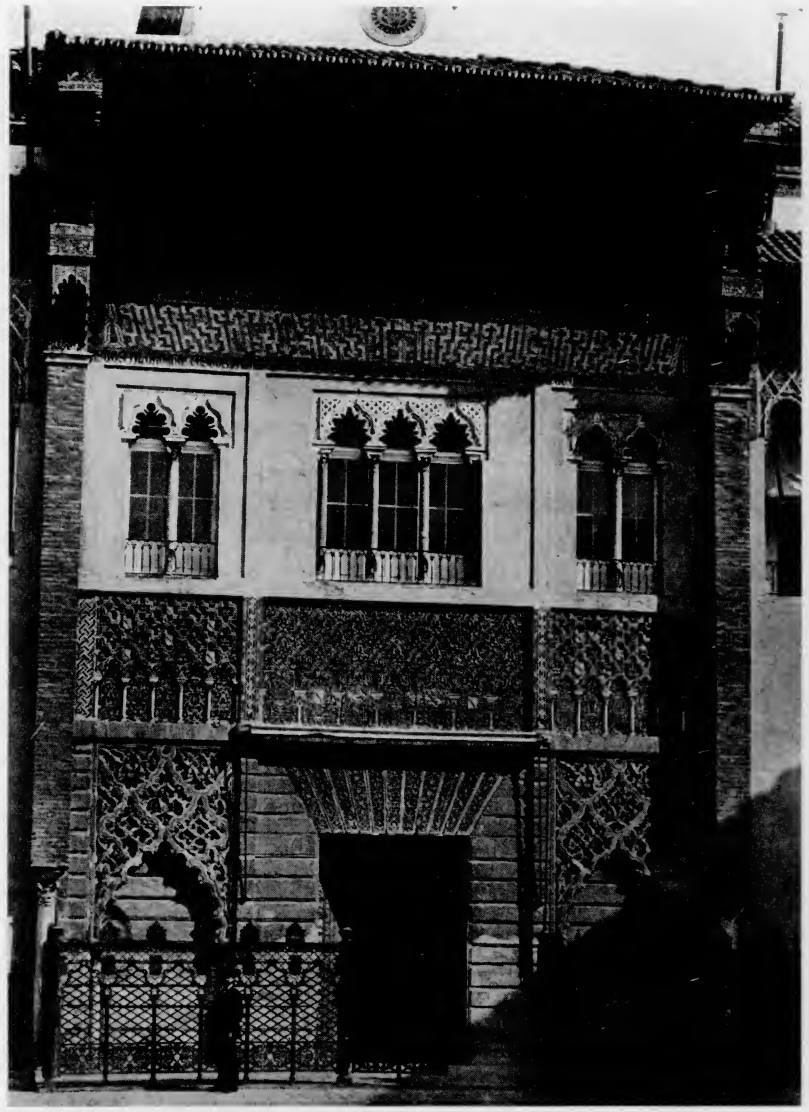
Sevilla. Alcázar. Jardines árabes.



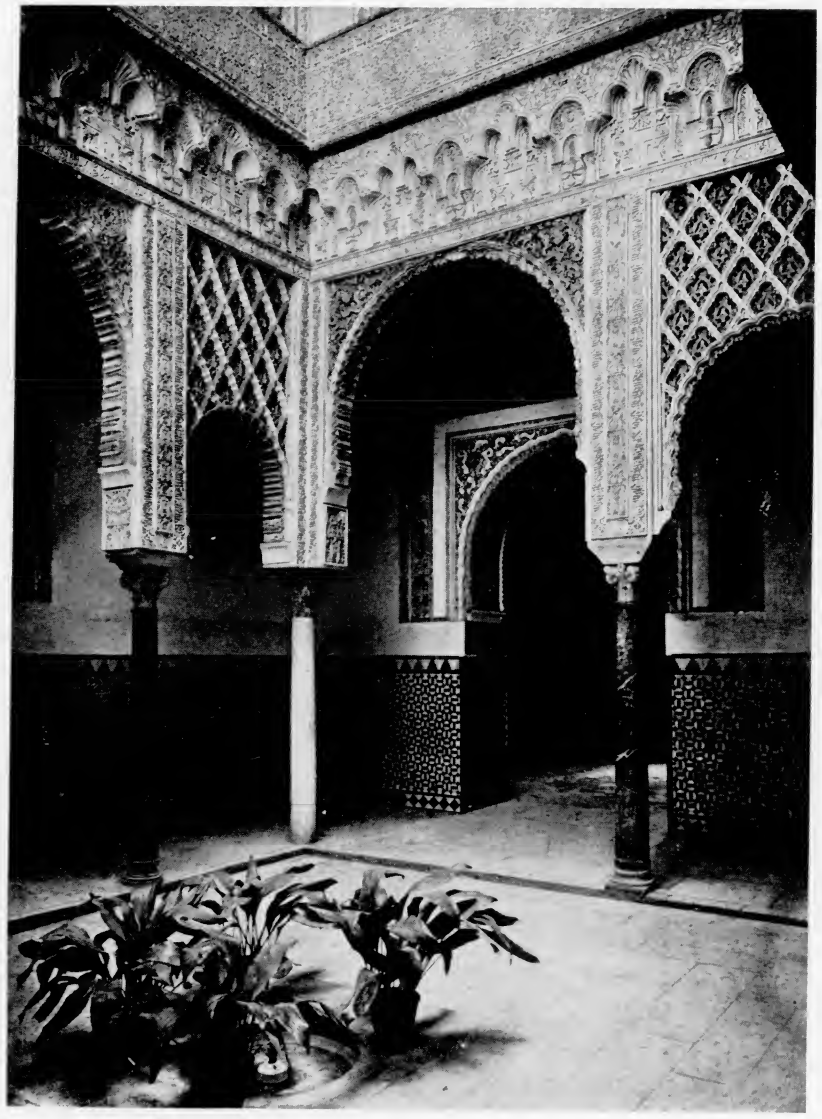
Sevilla. Alcázar. Arco del Patio de las Muñecas.



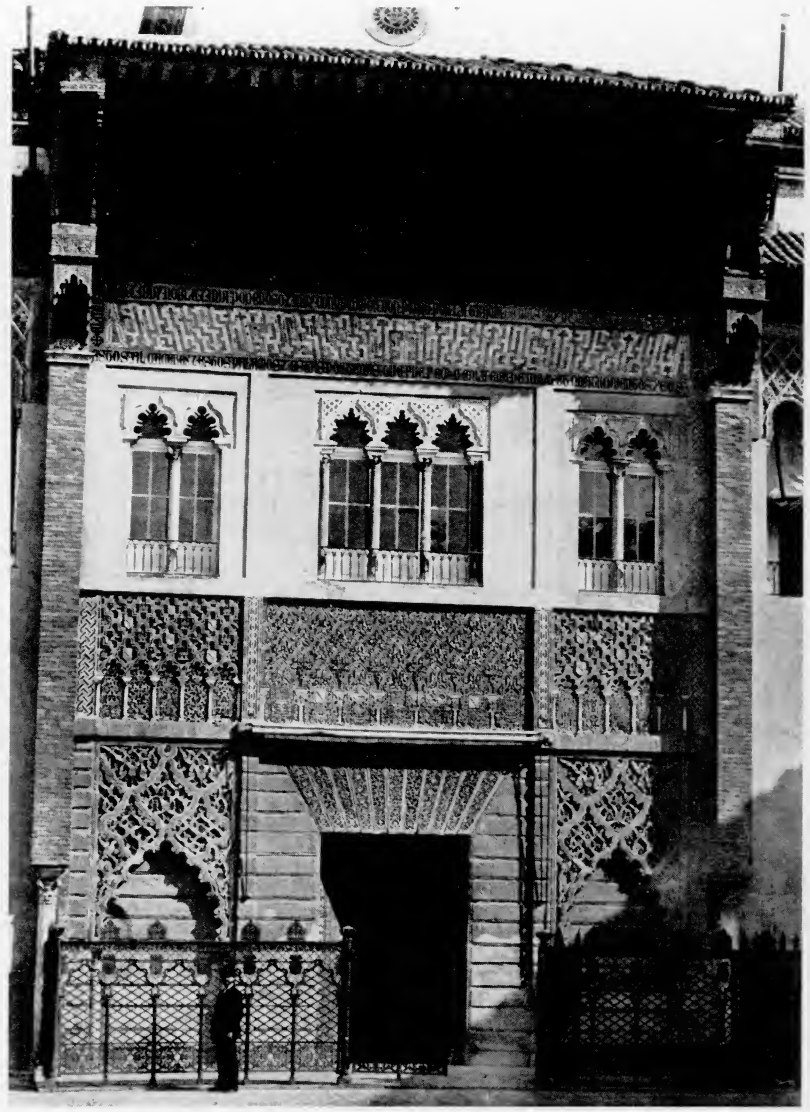
Sevilla. Alcázar. Patio de las Muñecas.



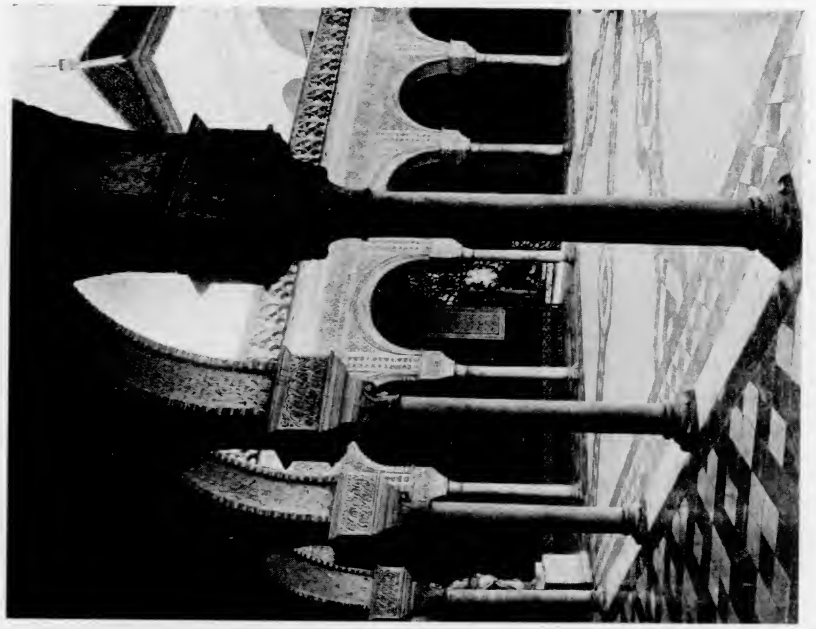
Sevilla. Fachada principal del Alcázar.



Sevilla. Alcázar. Patio de las Muñecas.



Sevilla. Fachada principal del Alcázar.



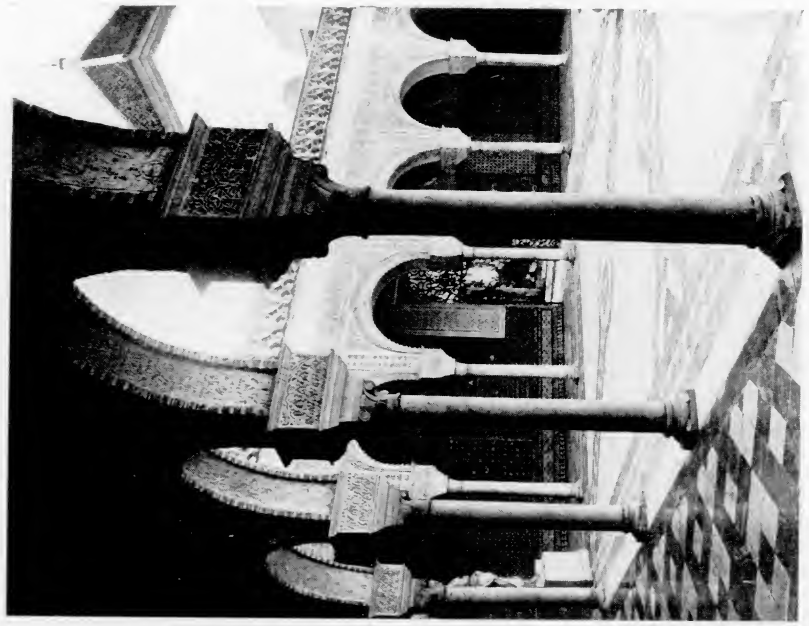
Sevilla. Casa de Pilatos.

Sevilla. Casa de las Dueñas.



E el Rey de Granada, e todos los Moros tenían que esta cibdad de Córdoba e la su Iglesia mayor fueran la cabeza de toda su ley, por quanto aquélla es la más fermosa Iglesia, que en su tiempo fué mezquita, que ellos tenían, e siempre la razonaban por lugar sancto. Otrosí el Rey Don Pedro tenía grand saña de esta cibdad, por quanto estaban en ella muchos de los que le avían fecho e facían guerra. Otrosí tenía grand quexa de los Caballeros de la cibdad, porque se partieran del: e en todas guisas le placía que los Moros cobrasen la cibdad, e la destruyesen; empero Dios quiso acorrer a los de su Fe. E otro día llegaron los Moros e los que eran con el Rey a la cibdad; mas fallaron la ordenanza de otra manera que non el primero día, e non la pudieron empescer, e tiráronse a fuera.

Después desto estovieron el Rey Don Pedro e el Rey de Granada en sus Reales cerca de Córdoba algunos días, e dende tornóse el Rey de Granada para su tierra, e el Rey Don Pedro para Sevilla. E después otra vez tornó el Rey de Granada, con muy grand poder, e fué para Jaén; e desque llegó a la cibdad, los que estaban dentro salieron a pelear en las barreras con los Moros, e oviéronse de retraer a la cibdad, e los Moros entraron empos de ellos en las barreras, e cobraron la cibdad toda en su poder. E los Christianos que pudieron acogiéronse al alcázar de la dicha cibdad; e los otros fueron muertos e cativos. E aún después los Moros cercaron el alcázar: e los Christianos non tenían viandas ningunas para tantos omes como allí se acogieron; e despue se vieron en tal afincamiento que del todo eran perdidos, ficieron su pleytesía de dar al Rey de Granada cierta quantía de doblas, e que los descercase: e de esto dieron en arrehenes personas ciertas. E los Moros pusieron fuego a toda la cibdad, e a las Iglesias, e derribaron las puertas mayores de la cibdad, e grand parte de los muros, donde fué estragada, e rescibió mucho daño e grand deshonra la dicha cibdad de Jaén, que es una de las mejores de aquella tierra, do siempre ovo muy buenos guerreros. E otra vez entró el Rey Don Pedro e el Rey de Granada con grandes Compañas, e llegaron a la cibdad de Córdoba; pero fallaron a los de la cibdad en guisa de buenos guerreros muy bien apercibidos, e non probaron de llegar a ellos. E partió el Rey de Granada, e fué por el Obispado de Jaén, e tomó la cibdad de Ubeda, ca non era muy bien cercada, e entróla, e robóla, e fízola quemar, e los Christianos recogiéronse a una fortaleza que es en la dicha cibdad, que dicen el castillo, e allí escaparon. E combatió a Andújar, e non la pudo tomar. E después por tiempo estas dos cibdades de Jaén e de Ubeda, que así fueron destruídas, el Rey Don Enrique las fizo muy bien reparar de muros, e privilegiólas, en guisa que se poblaron. E eso mesmo en estos tiempos entró el Rey de Granada en ayuda del Rey Don Pedro las villas de Marchena e Utrera, e levó cuantos y falló cativos a Granada, e perdióse mucha gente: e fué cierto que del logar de Utrera solo, que es de Sevilla, levaron los Moros once mil personas omes e mugeres, pequeños e grandes. Otrosí los castillos



Sevilla. Casa de Pilatos.

Sevilla. Casa de las Dueñas.



E el Rey de Granada, e todos los Moros tenían que esta cibdad de Córdoba e la su Iglesia mayor fueran la cabeza de toda su ley, por quanto aquélla es la más fermosa Iglesia, que en su tiempo fué mezquita, que ellos tenían, e siempre la razonaban por lugar sancto. Otrosí el Rey Don Pedro tenía grand saña de esta cibdad, por quanto estaban en ella muchos de los que le avían fecho e facían guerra. Otrosí tenía grand quexa de los Caballeros de la cibdad, porque se partieran del: e en todas guisas le placía que los Moros cobrasen la cibdad, e la destruyesen; empero Dios quiso acorrer a los de su Fe. E otro día llegaron los Moros e los que eran con el Rey a la cibdad; mas fallaron la ordenanza de otra manera que non el primero día, e non la pudieron empescer, e tiráronse a fuera.

Después desto estovieron el Rey Don Pedro e el Rey de Granada en sus Reales cerca de Córdoba algunos días, e dende tornóse el Rey de Granada para su tierra, e el Rey Don Pedro para Sevilla. E después otra vez tornó el Rey de Granada, con muy grand poder, e fué para Jaén; e desque llegó a la cibdad, los que estaban dentro salieron a pelear en las barreras con los Moros, e oviéronse de retraer a la cibdad, e los Moros entraron empos de ellos en las barreras, e cobraron la cibdad toda en su poder. E los Christianos que pudieron acogiéronse al alcázar de la dicha cibdad; e los otros fueron muertos e cativos. E aún después los Moros cercaron el alcázar: e los Christianos non tenían viandas ningunas para tantos omes como allí se acogieron; e despue se vieron en tal afincamiento que del todo eran perdidos, ficieron su pleytesía de dar al Rey de Granada cierta quantía de doblas, e que los descercase: e de esto dieron en arrehenes personas ciertas. E los Moros pusieron fuego a toda la cibdad, e a las Iglesias, e derribaron las puertas mayores de la cibdad, e grand parte de los muros, donde fué estragada, e rescibió mucho daño e grand deshonra la dicha cibdad de Jaén, que es una de las mejores de aquella tierra, do siempre ovo muy buenos guerreros. E otra vez entró el Rey Don Pedro e el Rey de Granada con grandes Compañas, e llegaron a la cibdad de Córdoba; pero fallaron a los de la cibdad en guisa de buenos guerreros muy bien apercibidos, e non probaron de llegar a ellos. E partió el Rey de Granada, e fué por el Obispado de Jaén, e tomó la cibdad de Ubeda, ca non era muy bien cercada, e entróla, e robóla, e fízola quemar, e los Christianos recogiéronse a una fortaleza que es en la dicha cibdad, que dicen el castillo, e allí escaparon. E combatió a Andújar, e non la pudo tomar. E después por tiempo estas dos cibdades de Jaén e de Ubeda, que así fueron destruídas, el Rey Don Enrique las fizo muy bien reparar de muros, e privilegiólas, en guisa que se poblaron. E eso mesmo en estos tiempos entró el Rey de Granada en ayuda del Rey Don Pedro las villas de Marchena e Utrera, e levó cuantos y falló cativos a Granada, e perdióse mucha gente: e fué cierto que del logar de Utrera solo, que es de Sevilla, levaron los Moros once mil personas omes e mugeres, pequeños e grandes. Otrosí los castillos

que el Rey Don Pedro ganara del Regno de Granada quando ayudaba al Rey Mahomad contra el Rey Bermejo, todos los cobraron los Moros, e más otros algunos, ca cobraron nuevamente los Moros en esta guerra a Belmes, e los castillos de Cambil e Alhavar, los quales ganara el Infante Don Pedro, fijo de Rey Don Sancho, en tiempo de las tutorías del Rey Don Alfonso; e otrosí los castillos que el Rey Don Pedro ganara, como dicho es, que eran Turón, Hardales, el Burgo, Cañete, e las Cuevas, los cobraron los Moros en esta guerra, e ficieron mucho daño en tierra de Christianos por la división que avía entre ellos. E esto fecho, el Rey Don Pedro tornó a Sevilla, e siempre facía bastecer la villa de Carmona, que es a seis leguas dende, ca siempre se rescelaba que se avía de ver en algún grand peligro.

De la *Crónica del rey don Pedro* [el Cruel] *del canciller Ayala* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVI, 581).

## ELOGIO POETICO DE GRANADA Y DE LAS CONSTRUCCIONES DE MUHAMMAD V

*Muhammad V al-Gani Billah (1354-1390) sobrevivió muchos años a su amigo don Pedro el Cruel (m. 1369). Pero la guerra civil que terminó con el regio fratricidio de Montiel, guerra que había acarreado la doble intervención del Príncipe Negro de Inglaterra y del francés Beltrán Duguesclin, dejó postrada a Castilla, y la nueva dinastía bastarda no pudo restaurar las fuerzas castellanas, porque se sentía insegura y débil, y porque, pronto, la aventura de Portugal llevó a la catástrofe de Aljubarrota (1385). El granadino pudo, pues, vivir libre de la eterna amenaza cristiana y pudo consagrar su dinero y su tiempo a satisfacer su gusto por las construcciones y las fiestas. En una de las colinas donde se alzó la vieja ciudad ibero-romana Iliberri y junto a la alcazaba de los Ziríes granadinos, el segundo visir judío de Granada, José, empezó a edificar la Alhambra, cuando se sintió en peligro, poco antes de su asesinato en 1067. Tras establecer su capital en la ciudad del Darro, los Banu al-Ahmar engrandecieron el viejo palacio, durante la segunda mitad del siglo XIII y la primera del XIV. Muhammad V construyó "el cuarto de los leones". Cantó sus palacios y sus jardines el último de los grandes poetas hispano-musulmanes, Ben Zamrak.*

### Elogio de Granada

Detente en la explanada de la Sabika y mira a tu alrededor:
la ciudad es una dama cuyo marido es el monte.
Está ceñida por el cinturón del río y las flores
sonríen como alhajas en su garganta...



Mira las arboledas rodeadas por los arroyos:
son como invitados a quienes escancian las acequias...
La Sabika es una corona sobre la frente de Granada,
en la que querrían incrustarse los astros.
Y la Alhambra (¡Dios vele por ella!)
es un rubí en lo alto de esa corona.

[Granada] es una desposada cuya corona es la Sabika,
y cuyas alhajas y vestiduras son las flores...
Su trono es el Generalife;
su espejo la faz de los estanques;
sus arracadas los aljófares de la escarcha.

### Elogio de Alcázar Genil

¡Qué bella es tu alberca! El céfiro teje en ella
cotas de malla, bajo los gallardetes de los árboles.
La murta la rodea con su oscuro bozo,
y todo el que ama el bozo la excusará.
Besa con la boca de las flores la mano de un califa,
con cuya fluyente generosidad no le hará falta lluvia.
Pon, como tapiz, bajo su sandalia las mejillas de la rosa...
Ensarta el canto de los pájaros como loas suyas,
y esparce con tus flores dracmas y perlas.

### Elogio de un palacio de Málaga

¡Bien por tu edificio, honor de los palacios!
Sus torres sobrepasan a las del cielo.
No hay otro como él en las pasadas épocas,
ni siquiera los que construyó Ben Ma-al-Sama.

Tienes cúpulas rojas levantadas para ser teatro de generosidad,
bajo las cuales los turbantes son como luceros.
Arde allí el incienso, como si su humo formase
escuadrones de nubes en una atmósfera entoldada.

### Elogio del Maswar de la Alhambra

Enhorabuena por tu feliz construcción,
asilo para días de consejo y de dádiva;
bello halo de tu luna, convertido
en refugio de pedigüeños y lugar en que son derribados los enemigos.
Se suceden allí los pájaros de la esperanza, y cosechan
el fruto de los deseos en el bosque de la liberalidad.

¡Qué bella su cúpula, más alta que los cielos,
que rebasa la vista del espectador!
Las maravillas de su tisú admiran
como el tisú de la primavera cuando cae la lluvia.

De las *Qasidas y Muwassahas* de BEN ZAMRAK *de Granada* (1333-1392) (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 198 y 214).

## ELOGIO DE MALAGA

*La competencia entre Al-Andalus y Al-Mugrib, entre los dos países que separan el Estrecho de Gibraltar y los dos mares por él comunicados, databa de la época en que vivieron sometidos a un mismo imperio, bajo el señorío almorávide, primero, y el almohade, luego. Los literatos andaluces trazaron varios paralelos en defensa de su tierra. En el siglo XIV continuaba la pugna. El polígrafo granadino Ben Al-Jatib, gran escritor y gran poeta, terció en el debate con un parangón entre la Málaga española y la africana Salé. En su elogio de la primera nos descubre el florecimiento, la riqueza industrial y mercantil, y la belleza de la ciudad andaluza, bajo los reyes de Granada.*

Me has pedido —¡que Dios te dé a conocer los beneficios de la felicidad perdurable y nos conduzca a ti y a mí por el recto camino!— que establezca un parangón entre las ciudades de Málaga y Salé —¡que Dios preserve a sus habitantes del error y les otorgue la más pingüe parte de sus favores!—. Lo haces porque estás satisfecho de mi imparcialidad como juez y de cómo zanjo los litigios cual espada cortante, y porque conoces la circunstancia de que he vivido en ambas tierras, y en las dos he dejado huellas visibles.

Sólo puede establecerse parangón entre aquellas cosas que se asemejan y aproximan o que se parecen y corresponden; pues, naturalmente, ¿cómo van a compararse el hombre y el monstruo, el ángel y el diablo, el mono de los montes y la gacela del cubil?

Málaga tiene tanta importancia, tan notoria fama, tan alta condición, tan ilustre rango, tan nobles habitantes y está, en suma, tan sobradamente alta, que no tiene por qué rivalizar o disputar, ni exponerse a contradicciones ni ataques, ni a ser traída o llevada. Pero a pesar de ello, voy a satisfacer tu deseo, a esclarecer tu hipótesis y a distinguir en ella lo esencial de lo accidental, diciéndote en qué aspectos pueden parangonarse ambas ciudades; cosas todas de que disputan los amigos y que conocen hasta las esclavas y los pajes.

Estas cosas son: la inexpugnabilidad, las industrias, la fertilidad, el re-



nombre, los edificios, la prosperidad, la población, la vida económica y el esplendor.

En punto a inexpugnabilidad, Málaga —¡Dios la proteja!— tiene la ventaja de la elevación y el privilegio de la inmunidad. Su alcazaba se asienta en el monte como en un trono, y Dios la ha colocado en un lugar excelso. Sus muros y sus recintos son dobles; su almenara se alza sobre la cima del bendito monte; sus torres están próximas unas de otras; sus escaleras son altas, y sus puertas bien defendidas. La ciudad está ceñida por la muralla, por los puentes y por el foso. Sus torres albarranas son como pequeñas ciudades por su distribución y por sus puertas cubiertas de adornos, que atestiguan la pericia de sus constructores y la energía de sus gobernadores y príncipes. Parece que se ha revestido de la aurora, como de una túnica, o que, de bella y hermosa que resulta, se ha sumergido en el río del alba. Por la parte de la marina está libre de todo temor, y por el lado de tierra la guarnecen el foso y los baluartes. Los ojos no encuentran en ella punto vulnerable, ni brecha por la que se pueda subir a los dos arrabales, cada uno de los cuales es una ciudad perfecta, como dama que se pavonea entre los adornos de sus encantos.

Salé, en cambio, es notorio que tiene una muralla débil y un recinto pobre para la defensa y la resistencia. Sus fortines son débiles y necesitan ser restaurados. Su alcazaba está unida a la ciudad y lejana de las exigencias del buen arte militar. Su muralla es simple, sin baluartes que la protejan; y su puerta, abordable, sin parapeto que la defienda. Falta en ella el agua: no tiene aljibe conocido ni pozo acreditado por su agua dulce. En época bien cercana la destruyeron los cristianos, en pleno día, sin que pudieran rechazar el ataque del sitiador (a pesar de que no se emplearon máquinas de guerra y de que en el interior de la plaza no había facciones que se disputasen la corona) la escasez de armas, la falta de valor, la debilidad del muro y el desorden de los negocios.

Una vez desechadas las pretensiones de (el parangón en cuanto a) inexpugnabilidad, pasemos al capítulo de las industrias.

Y diremos que Málaga —¡Dios la proteja!— es tiraz de tisú de oro; taller en que se elaboran pieles selectas; fábrica de cerámica que se exporta a diversas regiones; batán de muselina para tocas y turbantes; lugar en que se tornean los grandes platos; Sanca' en cuanto a la confección de vestidos; lugar de peregrinación donde confluyen los mercaderes para llenar sus sacos, como lo atestigua la simple percepción y lo reconocen hombres y genios, pues nadie puede negar la luz del sol.

En cambio, ¿qué industria hay en Salé de la que pueda echar mano, o en la que pueda confiar, para presentarse con ella en un país extranjero o para adornarse con ella en una fiesta?

Una vez desechado el privilegio (de Salé) en cuanto a las industrias, pasemos a ver si lo tiene en lo referente a la fertilidad de su suelo.

Y diremos que Dios distinguió especialmente a Málaga, dándole en junto

lo que repartió entre las demás ciudades y desplegando en ella los encantos que (en otros sitios) plegó. En Málaga se encuentran reunidas la lisura de los arenales, la amenidad de los montes y la fertilidad de los cultivos, que la convierten en granero perfectamente nivelado con las necesidades, a más de las ventajas del mar, cuya costa, exenta de escollos, presenta puertos fáciles para atracar y desatracar y ofrece pesca de general provecho. Sus montañas son todas almendros e higueras; su llanura, alcázares y jardines; su costa, peces que en toda estación sirven de alimento. Sus terrenos cultivados dan cosechas hasta en los malos años: basta ver su extenso Campo de Cámara para tener la prueba evidente. Su gran río es de agua dulce y fina. Sus alamedas están en fruto. Toda su campiña es como un animado hipódromo entre mar y jardines.

Salé, en cambio, es tierra de arenales, pasto de camellos, torrentera que no engendra espigas, aunque reciba benéficas lluvias. Está falta de buenas salidas, pues orlan su costa obstáculos y bajíos. Su río es de gusto salobre, de agua amarga y poco potable, lleno de revueltas que interrumpen el horizonte, producen grandes gastos y hacen frecuentes los naufragios. Su sábalo está limitado a una sola estación del año, y, en cambio, está muy afilado el aguijón de los escorpiones. Es ciudad falta de árboles frutales y de lugares de placer célebres.

Aclarada la superioridad de Málaga en cuanto a la fertilidad del suelo, parémonos en la cuestión de la fama.

Es éste un punto en que no cabe discusión, a menos que uno cierre los ojos y se tapone los oídos. Málaga fué en los tiempos romanos cabeza de reino y sede de príncipes y magnates, como lo atestiguan las conocidas historias de la conquista. Después, bajo el Islam, ha sido también cabeza de un imperio de abundantes ejércitos y tremolantes enseñas, cuya celebridad excusa de mayores esclarecimientos. En ella tuvieron su corte, primero, los nobles reyes Idrisíes, luego los jefes de Sanhaya, y, por último, los Banu Nasr, defensores del Islam. Su ejército es hoy célebre por su arrojo y está sólidamente aprestado contra las vicisitudes de los tiempos. (Málaga es, además, un emporio mercantil): sus comerciantes alzan enseña tremolante, instalan mercado concurrido, donde galopan en competencia como corceles veloces, y laboran con la esperanza de hacer, además, con Dios el negocio ganancioso (de la salvación). Aparte de eso, le basta a Málaga ser centro de aprovisionamiento de fronteras, castillos y plazas fuertes, como tronco que nutre abundantes ramas y renuevos. Es, en suma, ciudadela excelsa, tierra que se defiende con jinetes e infantes, valle abrigado donde se encierra un reino orgulloso y en que se enfilan (como perlas) para el Sultán glorias infinitas.

¡Qué lejos está Salé de este privilegio y de esta elevada fama! ¿Dónde están en ella las tropas y las banderas y los castillos de donde desbordan las embajadas? Si bien es cierto que un rey quiso adoptarla por corte y escogerla como morada, por miedo de Al-Andalus, no lo es menos que se lo



propuso y no lo llevó a cabo, como lo proclaman las ruinas que en ella se ven.

Hablemos ahora de la prosperidad de Málaga, apoyados en escogidas pruebas, y ningunas sirven mejor para el caso que las alhajas, los perfumes, las túnicas de brocados, las chilabas, los jardines de aspecto maravilloso, los alcázares construídos en las faldas de las montañas, las huertas de espesa sombra, las albercas que murmuran con su agua dulce y límpida, los trajes llevados con elegancia por cuerpos bellos y flexibles como ramas, las bodas de rumbo que denotan el desahogo de las situaciones y los ajuares de novia valorados en miles.

En Salé, por el contrario, las fortunas son medianas; los trajes, en la mayoría de los casos, correspondientes a ellas; el crédito, bajo; los gastos, frenados por la avaricia; las mezquitas, pobres; la alcaicería, ruin; los vestidos, traídos de fuera; los adornos, ni conocidos ni reputados. Su mezquita está llena sólo de alquiceles, pero faltan en ella, o al menos escasean, los taylasanes y los ricos mantos; (se ven en ella muchas alpargatas, pero) son raras las sandalias de cuero. Las voces y las lenguas, los dichos y los hechos revelan el carácter bereber.

Tocante a población, ¿adónde ha de ir el que la busca y en cuál pondrá su confianza el que la ve?

Todo el interior de Málaga, contenido entre la muralla, está apretado y aglomerado. La ciudad entera está trabada y, a la vez, simétricamente distribuída, como una tela de araña. Sus paradores son muchos, y sus mezquitas, notables. Sus arrabales animados se muestran orgullosos entre las túnicas de las alamedas. Las calles están ahogadas de gente, y en los zocos se apretujan los comercios. ¡Juro por Dios que uno cualquiera de sus arrabales está más poblado que toda la ciudad de Salé, con más diferencia que la que separa la existencia del vacío! Más lleno está, cuanto más se menciona la plenitud.

(Salé, por el contrario) es una ciudad inorgánica, dispersa y mal trabada. Un tercio lo ocupa un cementerio vacío, y otro tercio, ruinas abandonadas. Parte de ella son chozas de caña, gallineros, corrales y lodazales, establos de vacas de leche y rediles de animales de pasto.

Tocante a la vida económica, Málaga tiene la flecha mucalla y la corona adornada, pues de cualquier modo que se mire, lleva notable ventaja, a causa de los ingresos considerables de sus tierras comunales y del excedente de los productos de su vega.

Salé come de la harina que se trae de fuera, y no del cultivo de sus labradores, en tanto que Málaga se basta a sí misma en lo principal, y puede satisfacer cualquier demanda sin recurrir a sus vecinos de Oriente u Occidente.

Si hablamos de esplendor, aquel que pretenda que no hay en el mundo ciudad más espléndida que Málaga en punto a majestad, ni más abundante en plantaciones y viñedos, ni de flores más olorosas, ni de días más claros,

puede hacerlo sin miedo de que sea desmentida su opinión o de que tenga que sonrojarse por su preferencia. Toda ella es un puro vergel, pila y abrevadero; jardines recamados por los arroyos y en los que gorjean los pájaros.

Salé, en cambio, es una ciudad desprovista de sombra y desnuda de colinas. En cuanto se va la primavera y la fertilidad de los pastos, se queda marchita, sus aguas se tornan hirvientes y la temperatura se convierte en un doloroso suplicio.

En punto a edificios, para dar idea de los blancos alcázares y de las extensas fincas que hay en Málaga, bastará citar la Huerta del Sayyid. ¡Qué primor de jardín, que promete una próxima cosecha, y de casa de altos techos, cuyo mérito y excelencia salta a la vista! Además, (en días más recientes), hasta esta misma época, se han levantado tantas otras, que no pueden contarse: huertos que llenan la llanura y el monte y sobrepasan cualquier exigencia, donde no hay leones que impidan las largas caminatas, por la mañana o por la tarde, ni ladrón que obligue a las gentes a ocultarse en las casas.

En cambio, Salé, aunque los reyes tengan en ella casas y alcázares y posea edificios notables para los servicios públicos, es, en junto, poca cosa, que no hay manera de multiplicar.

Tocante a hijos ilustres, Málaga cuenta, entre los que aún están atados por las cadenas de la vida y los que ya se trasladaron desde sus jardines a los vergeles del Paraíso, con tantos y tan grandes, que no se puede rivalizar con ellos, ni disputar acerca de su fama, ni hay necesidad de defenderlos. La mejor prueba la constituyen las Silas en las que han quedado permanentemente inscritos y las Historias en que aparecen ordenadamente registrados. Consulta para ello el Mugrib al-bayan, el Tarij de Ben Hayyan, el Tarif alzaman, el libro de Ben Zubayr, con los hombres ilustres que en ella se mencionan, la Sila de Ben al-Abbar y el Tarij de Ben Askar, con las noticias que en él se refieren. Corre, además, a levantar el velo que cubre la faz de la Ihata, y encontrarás sabios eminentes, tupidos bosques de personajes y figuras relevantes. Tantos son, que el ancho circo es estrecho para contenerlos.

Salé, por el contrario, no espera, la pobre, que le haga compañía más que su Ben Isra, falta de celebridad y de elogio, desprovista de los ornamentos de tan grandes señores. Y, si bien es verdad que hay en ella gentes devotas, que se encaminan por el sendero de la vida ascética, ¡cuántos santos no hay también en Málaga de gran categoría, como el Tanyali y el Sahili!

Cuanto queda dicho son pruebas irrebatibles y argumentos que no se pueden negar. Pero ahora, el que quiera (aceptarlos), que escoja el ser tenido por justo, y el que, por el contrario, quiera (rechazarlos), que escoja libremente el camino de llevar la contraria y mantener la oposición.

En cuanto a mí, Dios sabe que he sido imparcial en mi sentencia y elevado de miras en mis censuras; que he callado muchas cosas y he dejado



de aducir méritos excelentes, porque la ineludible gloria y la evidente superioridad de Málaga no lo necesitan. A quererlo, hubiera aportado otros argumentos de superioridad, que no pueden rebatirse ni están sometidos a crítica; pero Dios me ha hecho pasar sin ellos. Con lo dicho basta, como exposición para el que la pida y como indicio de la superioridad que el rey tiene sobre el esclavo. ¡Dios cubre a todos con sus beneficios y acoge en su misericordia al vivo y al muerto!

La sentencia del pleito es que Málaga lleva la ventaja por su hermosura y perfección, por la belleza de su aspecto y la copia de su riqueza, por sus trémulas umbrías y sus hijos ilustres, y, en fin, por la exquisitez de sus industrias y labores; y que Salé tiene también superioridad, pero es sobre las análogas, parecidas y semejantes poblaciones del Magrib, pues nadie niega el mérito de su discreción y la seguridad en que está de discordias civiles y de sus estragos, cuando ocurren tales disturbios, ni desconoce la importancia de las tumbas de nobles reyes que hay en sus montañas.

Málaga es uno de los países dotados de poder y majestad y que han logrado los fines a que aspiraban. Salé, en cambio, es encharcamiento de lluvias y pasto de recuas; desierto, en fin de cuentas.

Y con esto soltaremos el báculo de esta jornada y estiraremos las riendas para no incurrir en exceso. Dios nos basta: El es un excelente protector.

Del *Mufajarat Malaqa wa Sala* de BEN AL-JATIB.
(Trad. García Gómez, Al-Andalus, II, 185).

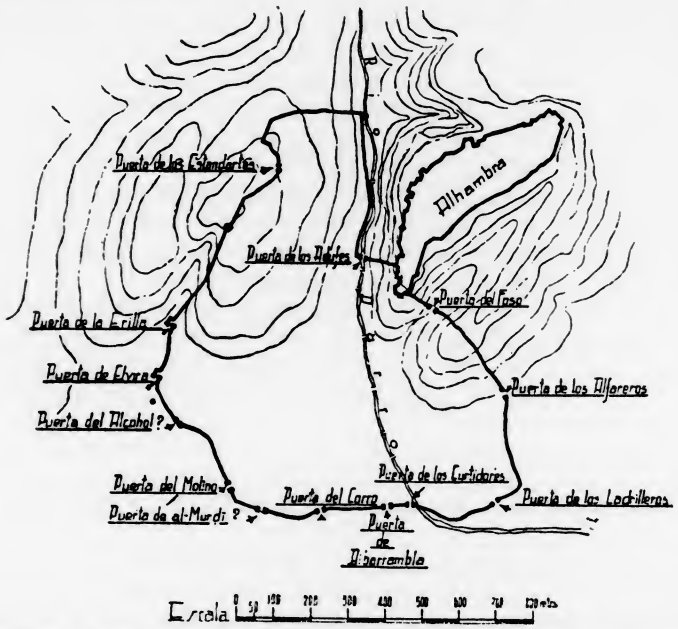
## DESCRIPCION DE GRANADA POR BEN AL-JATIB

*He aquí una página de la postrer gran figura literaria de la España musulmana sobre la ciudad y el reino de Granada. Nacido en Loja, Ben Al-Jatib consagró atención preferente a la historia del último hogar del Islam español. Su* Ihata fi-l-tarij Garnata *es un magnífico diccionario biográfico de los personajes nacidos en tal ciudad o que por alguna causa se vincularon a su recuerdo. La obra que tituló:* Resplandor de la luna llena acerca de la dinastía Nazarí *contiene una descripción de Granada, del reino granadino y de sus instituciones y costumbres, y una historia de sus reyes. Escrita con pluma filial, sus elogios no sobrepasan, sin embargo, a los de autores no españoles. Ben al-Jatib vivió las últimas horas brillantes de la monarquía nazarí y pudo gozar en todo su esplendor de la ciudad que guarda todavía en su seno las reliquias de un arte decadente pero seductor y el recuerdo romántico de la agonía de la multisecular civilización hispano-arábiga.*

"La ciudad de Granada, dice, de extraño y peregrino nombre, la Damasco española, es una ciudad de Elvira, cuya población se alzaba flore-

ciente en otro tiempo a cuatro millas de distancia. Constituída en corte en el siglo IV de la hégira, creció rápidamente en grandeza y poderío".

"Granada es hoy la metrópoli de las ciudades marítimas, capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marinos, albergue de viajeros de todas las naciones, vergel perpetuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celebérrima por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas




*Granada.* — Plano de la cerca y puertas en el siglo XIV, según al 'Umari.

legumbres y manantial inagotable de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen cumbres altísimas (Sierra Nevada), admirables por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas. A esto se le agregan aires saludables, muchos y amenísimos huertos, varias yerbas y aromas exquisitos; siendo la más singular de sus excelencias que en todos los días del año hay sembrados y lucen verdes y risueñas praderas. Su comarca abunda en oro, plata, plomo, hierro, atucia, margaritas y zafiros. Sus montes y lagos crían peucedano o yerbatum genciana y espliego; por último, produce cochinilla, y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo, y sobra para el comercio; con la singularidad de que estas ropas de seda (se puede asegurar sin reparo) en suavidad, delicadeza y duración aventajan con mucho a las de Siria".



"El campo es amenísimo y rival del valle de Damasco; y tan llano y suave, que con la misma comodidad se viaja por él de día o de noche, a pie o a caballo. La naturaleza ha dotado con toda su lozanía a esta vega, y la ha refrescado con raudales copiosos. En ella se elevan risueñas aldeas, caseríos, jardines, y crecen espesas y deleitosas alamedas; una serie de colinas y montañas termina su horizonte, y abraza en ancho semicírculo un espacio de muchas millas. La gran ciudad de Granada se extiende con sus arrabales sobre colinas, y está como recostada parte en éstas y parte en llano; y no es fácil describir cuántas comodidades y bellezas proporcionan la lenidad de sus brisas, la clemencia de sus aires, la solidez de sus puentes, la magnificencia de sus templos y la anchura de sus plazas. El célebre río Darro nace en sus términos orientales, corre por la población, divide sus barrios, tuerce luego su curso, y se abraza con el Genil, que después de lamer sus muros lleva sus ondas por la espaciosa vega, y enriquecido con los tributos de otros arroyuelos y torrentes, crece a semejanza del Nilo, y se dirige soberbio hacia Sevilla".

"La regia estancia de la Alhambra sobresale con admirable perspectiva, cual otra segunda ciudad. Altísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes hermosean aquel recinto y le embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos se despeñan, se convierten en mansos arroyos, y se deslizan murmurando entre bosques sombríos. A semejanza de Granada, huertos y graciosos vergeles dan tal amenidad a la Alhambra, que las almenas de los palacios asoman entre las bóvedas de verdura, como el cielo sembrado de estrellas en noche oscura. Por do quiera se enlazan las parras con árboles cargados de pomas y de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas producen tantos cereales y hortalizas, que sólo un príncipe pudiera satisfacer sus precios con ricos tesoros. La renta anual de cada huerta asciende a cincuenta áureos, y cada una de ellas reditúa al soberano treinta libras. Este campo, cubierto incesantemente de frutos, da al cultivo un carácter de perpetuidad, y sus productos se calculan en nuestros días en veinticinco mil áureos. El rey posee suntuosas casas de recreo y de incomparable deleite por sus bosques y variedad de plantas y jardines".

"A do quiera que se dirija la vista se admiran torres de hermoso aspecto; las aguas corren en opuestas direcciones, ya para uso de los baños, ya para impulso de los molinos, cuyos réditos se aplican a restaurar los muros de la ciudad. Estas posesiones se extienden por espacio de algunas millas, y en su cultivo y limpieza se ocupan muchos honrados colonos y muchos animales útiles: en casi todas hay fabricados castillos y capillas sacrosantas. La feracidad de la tierra facilita los trabajos y da impulso a las labores. Se elevan en estas fincas aldeas tan alegres en sus recintos como en sus campos; y es tal la anchura de la vega, que hay tierra de abundante esquilmo, y sobre mucha para pastos, realengos, abrevaderos, granjas y ejidos. Los lugares del radio de Granada ascienden a trescientos; los colegios y templos

de su recinto son cincuenta, y los molinos de agua en torno de ella ciento treinta".

"Los granadinos son ortodoxos en religión, y sectarios malequíes, sin que la herejía haya inficionado sus espíritus; amantes de sus reyes, sufridos y muy generosos, esbeltos y proporcionados, por lo común de cabello negro, y medianos de estatura. Su dicción es la arábiga más elegante, exornada de sentencias, y a veces demasiado metafísica; en disputas y réplicas suelen ser tenaces y vehementes. Visten, al uso de los persas, finísimas telas de lana, seda y algodón, rayadas de colores con sutil artificio: en invierno usan para abrigo la capa africana, o albornoz tunecino; en la estación calurosa lienzo blanco. De aquí es que al ver a los fieles congregados en el templo, y los diversos colores de sus trajes, nos parece admirar la diversidad de flores extendidas en los amenos prados de primavera".

"El ejército se compone de dos linajes, uno de guerreros granadinos y otro de reclutas africanos: los granadinos no consienten ser acaudillados sino por algún príncipe de la dinastía, o por alto dignatario del estado. En otro tiempo usaban corazas, anchas lorigas, escudos, viseras, en calidad de armas defensivas; como ofensivas, lanzas larguísimas de dos hierros, cimitarras y venablos; y cabalgaban en sillas de poca firmeza. Cada escuadrón o compañía llevaba un alférez, que tremolaba su estandarte. Con el tiempo se han mejorado (*sic*) la disciplina militar y la calidad de las armas, adoptando corazas ligeras, celadas o morriones más airosos, sillas a la jineta, adargas de cueros y lanzas más agudas".

"Las cohortes africanas constan de varias gentes, como son los Mariníes, Zayaníes, Tagianíes, Agaisíes y árabes africanos: se dividen en varias cohortes, acaudilladas por sus propios capitanes; mas éstos quedan sometidos a la autoridad de un jefe superior, que por lo común es alto caballero de la noble tribu de los Mariníes y cercano pariente de los reyes de Fez. Muy pocos de éstos usan el turbante persa, imitando en esto al pueblo granadino, entre el cual, los sacerdotes, magistrados y doctores son los únicos que le conservan. Su arma favorita es un venablo armado de varias cuchillas, que disparan al enemigo con singular destreza: habitan en cuarteles de fábrica poco elevada, y en los días festivos visten con lujo deslumbrador, y pueblan las hosterías dando ejemplo pernicioso a la juventud con sus zambras ruidosas y sus cantares impúdicos".

"El alimento cotidiano de los granadinos es el pan de trigo: las familias pobres y los jornaleros lo consumen de cebada en el rigor del invierno. En sus mercados abunda todo género de fruta, y principalmente las uvas vendimiadas en los fértiles pagos de Granada; y es tal la granjería de este fruto, que sus rentas están computadas hoy en catorce mil áureos. Es también copioso el surtido de otras frutas, como higos, pasas, manzanas, granadas, castañas, bellotas, nueces, almendras y otras muchas, sin que escaseen en ninguna época. Además hay uvas conservadas al abrigo de la corrupción de un año para otro".



"La moneda granadina, labrada de plata y oro purísimo, se distingue por su cuño primoroso. Los ciudadanos aplicados a sus labores se alejan del ruído cortesano en la estación de las cosechas, y pasan el estío en sus granjas deleitosas. Otros, inducidos de un ardor belicoso, viven en las fronteras, para molestar al cristiano con excursiones audaces, y servir de presidio y antemural a sus conciudadanos".

"Entre los adornos recomendados por el buen gusto de las princesas y damas granadinas, merecen especial mención los cinturones, bandas, ligas y cofias, labradas de plata y oro abrillantado con primoroso artificio. El jacinto, el crisóliti, la esmeralda y otras muchas piedras preciosas brillan en sus atavíos. Las granadinas son graciosas, elegantes, y de estatura tan esbelta, que es muy raro encontrarlas desproporcionadas. Nimiamente pulcras, cuidan con esmero sus largas cabelleras, y hacen gala de su dentadura de marfil, el aliento de sus labios es dulce como el perfume de las flores. Dan mayor realce a sus encantos la gracia de los modales, la discreción exquisita y los donaires en su conversación. Es lamentable sin embargo que alcancemos un tiempo en que las granadinas hayan elevado sus vestidos y adornos a una altura de lujo y magnificencia que raya en delirio".

Del *Lamhat al badriya fi-l-dawla al-nasriya* de BEN AL-JATIB
(Trad. Lafuente Alcántara: Historia de Granada, III, 113).

## TRISTE FIN DE UN HISTORIADOR POLITICO

*El último de los grandes historiadores hispano-árabes, y uno de los mayores de todos los siglos del señorío del Islam en España, fué el granadino Ben Al-Jatib. La serie variada de sus escritos le hacen acreedor al título de polígrafo. Intervino activamente en la vida política del reino de Granada. Fué secretario de Yusuf I y embajador y ministro de Muhammad V. Con él emigró a Africa y con él regresó a Andalucía. Arbitro del gobierno durante la segunda parte del reinado de su amigo y protector, cayó al cabo en desgracia y, aunque logró salvarse y pasar el Estrecho, fué pronto detenido por orden del sultán marroquí Abu-l-Abbas, y pereció estrangulado en prisión, perseguido por la saña del rey de Granada.*

"A principios del año 776 [1374] el sultán Abu-l-Abbas llegó a apoderarse de la Villa-Nueva, capital del imperio, y se dejó gobernar por su visir, Muhammad ben Utzman, que tenía por lugarteniente a Sulayman ben Dawud. Proclamado sultán en Tánger, se había comprometido con Ben al-Ahmar (Muhammad V) á entregar a Ben al-Jatib, ministro tránsfuga que había excitado á Abd al-Aziz á intentar la conquista de España.

"Después de haber abandonado la ciudad de Tánger, el sultán Abu-l-

Abbas tuvo un encuentro con las tropas de Abu Bakr ben Gazi bajo los muros de la Villa-Nueva, tras de cuyas murallas habíanse refugiado, viéndose obligadas a sostener un sitio. Ben al-Jatib comprendió entonces el peligro que le amenazaba y se encerró en la ciudad con el visir. El sultán, habiéndose posesionado de la plaza, dejó tranquilo a Ben al-Jatib por algunos días; mas luego mandó arrestarle por consejos de Sulayman ben Dawud. Este ministro profesaba a Ben al-Jatib un odio mortal: cuando Ben al-Ahmar (Muhammad V) estuvo refugiado en Africa, había conseguido de él la promesa formal de que, una vez restablecido en el trono, nombraría a Sulayman comandante de los voluntarios de la fe. Sentado nuevamente en su trono este Ben al-Ahmar, Sulayman solicitó de él el cumplimiento de lo ofrecido; pero Ben al-Jatib se opuso a ello, razón por la cual Sulayman regresó a Africa abrigando contra Ben al-Jatib un odio secreto que suspiraba continuamente por la revancha.

"Cuando el sultán de Granada tuvo noticia de que había sido arrestado Ben al-Jatib, envió una comisión presidida por Abu Abd Allah ben Zamruk, con objeto de conseguir el castigo del ex ministro. A petición de éste Ben Zamruk, que le había sucedido en el cargo, el sultán de Marruecos mandó que Ben al-Jatib compareciera ante una comisión compuesta de altos dignatarios y consejeros de Estado. Acusado de haber insertado en sus escritos algunas proposiciones mal sonantes, fué encarcelado después de haber sido sometido a la tortura. El jurado deliberó luego si procedía además imponer la pena capital por las dichas proposiciones. Algunos jurisconsultos votaron por la muerte, dando así ocasión a Sulayman de saciar su sed de venganza. Por órdenes secretas de éste, algunos miserables que tenía a su servicio reunieron por la noche una gavilla de gente asalariada, a la cual se unieron los enviados españoles: forzaron las puertas de la prisión y estrangularon a Ben al-Jatib. Al día siguiente se le enterró en el cementerio de la Puerta de Mahruc, y al otro día se descubrió que el cadáver había sido sacado de su tumba para hacerle desaparecer por el fuego: hallábase extendido al borde de la fosa, con los cabellos consumidos y la cara ennegrecida por la acción del fuego. Se le enterró nuevamente, y así terminaron las desdichas de Ben al-Jatib. El público se indignó por tal infamia, y no vaciló en atribuir esta escandalosa profanación a Sulayman ben Dawud, a sus criados y demás dependientes de su administración.

"Durante los días de su prisión, el desventurado Ben al-Jatib se preparaba a bien morir; aún tuvo el valor suficiente para coordinar sus ideas y componer muchas elegías sobre el triste fin que le esperaba. En una de estas composiciones se expresa así:

"¡Aunque estamos cerca de la parada (terrestre), nos hallamos ahora alejados de ella! Habiendo llegado al lugar de la cita (sepulcro), guardamos silencio (para siempre).

"Nuestros suspiros se han detenido repentinamente, bien así como se detiene la recitación de la oración cuando se ha pronunciado el Kunut.



"Aunque éramos antes poderosos, ya no somos más que osamentas; en otro tiempo dábamos festines, hoy somos el festín (de los gusanos).

"Eramos el sol de la gloria; pero ahora este sol ha desaparecido, y todo el horizonte se conduele de nosotros.

"¡Cuántas veces la lanza ha derribado al que lleva la espada! ¡Cuántas veces la desgracia ha abatido al hombre feliz!

"¡Cuántas veces se ha enterrado en un miserable harapo al hombre cuyas vestiduras llenaban numerosos cofres!

"Dí a mis enemigos: —¡Ben al Jatib ha partido! ¡Ya no existe! ¿Y quién es el que no ha de morir?

"Dí a los que se regocijan de ella: —¡Alegraos si sois inmortales!"

Del *Kitab al-Ibar* de BEN JALDUN. (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 339).

## NOCHE OBSCURA DEL ALMA. — SOLO DIOS BASTA

*El Islam sufrió pronto una honda influencia del cristianismo. Profundamente cristiana fué la actitud de muchos sufíes de la escuela xadilí. Hay que buscar el origen de su postura mística en la doctrina paulina de los padres del yermo y del monacato oriental. Su propagación dentro del islamismo se debió, probablemente, al sufí persa Hallach. Otro sufí de Almería, Abu-l-Abbas ben al-Ariz, la adopta en Al-Andalus en el siglo XI. Le siguen, en el XII, dos grandes contemplativos hispano-musulmanes: Abu Madin de Sevilla y Ben Arabi de Murcia, cuyas páginas sobre la* escatología *musulmana habían de influir en la Divina Comedia. De ellos pasa el misticismo a todo el Occidente islámico. La escuela se propaga luego a Oriente. Y en el siglo XIV un místico andaluz, Ben Abbad de Ronda (m. 1394), escribe unos "Comentarios a las sentencias de Ben Ata Allah de Alejandría". En la mística del Rondí aparece una tabla de preferencias y un léxico, análogos a los que había de mostrar San Juan de la Cruz, y la misma renuncia a los carismas o favores divinos y el mismo amor a las tribulaciones de los místicos carmelitanos. Esas extrañas coincidencias han permitido a Asín establecer el enlace entre los dos grupos contemplativos hispanos: entre el musulmán de los siglos XIV y XV y el cristiano del XVI.*

(Sentencia 204: Utilidad de la noche del alma).

"A menudo caen sobre ti las tinieblas, para hacerte conocer el valor de las gracias con que Dios te favorece".

Las tinieblas son lo contrario de las luces: no hay luz, sin que exista enfrente de ella una oscuridad; toda oscuridad es proporcional a su luz correspondiente; se conoce lo que las cosas valen, por sus contrarias, como

lo dice el proverbio: "Por sus contrarias se conocen las cosas". Por eso, las tinieblas de sus velos y ausencias, que Dios deja caer sobre ti en las noches del abandono y de la separación, no te las envía sino para hacerte así conocer mejor el valor de las gracias con que te favorece, es decir, de las luces de la iluminación y de la presencia, en los días de la aproximación y de la unión, pues todas ellas son gracias que Dios derrama copiosamente sobre ti, sin que tú mismo te des cuenta de ellas. (II, 31, 1ª 8).

(Sentencia 226: Sólo Dios basta).

"No desees ni busques que las inspiraciones divinas continúen todavía, después que Dios haya derramado ya mediante ellas en tu alma sus luces y depositado sus misterios, pues, teniendo a Dios ya no necesitas de ninguna cosa, y, en cambio, ninguna cosa te sirve de nada sin El".

Las luces de las inspiraciones derramadas por Dios sobre su siervo modifican su exterior y su interior revistiéndolo con las cualidades de la servidumbre, y los misterios que mediante ellas deposita Dios en el corazón hácenle contemplar la majestad de su soberanía. Cuando, pues, la divina inspiración te produzca estos místicos efectos, no desees ya que Dios te conserve más tiempo en aquel estado, ni te desesperes y aflijas por tu pérdida si lo pierdes, pues con Dios tienes bastante para no necesitar ya aquella inspiración u otra cualquiera, mientras que sin El ninguna cosa te bastará ni servirá de nada, como dijo el poeta:

> "Toda cosa, si la pierdes, tiene su compensación;
> pero si pierdes a Dios, no hay cosa que lo compense".

Por eso decía Abu Abd Allah ben Ata Allah: "Guárdate de poner tus ojos en cosa criada, mientras encuentres camino de poner tus ojos en Dios". Y en la idea expresada por Ben Ata Allah con la palabra "cosa criada" entran todos los seres que no son Dios, incluso las luces divinas, las moradas y estados místicos, los premios de la vida futura, igual que los bienes de la vida presente, las gracias interiores, como las exteriores. No pongas, pues, tus ojos en cosa alguna de ésas, ni en ellas reposes ni te apoyes, tanto si duran, como si desaparecen, pues eso destruirá la pureza de intención con que debes servir a Dios tan sólo.

Dice el autor en su libro titulado Tanwir: "Ten presente que Dios, si te introduce en un estado místico, es tan sólo para que de ese estado saques provecho y no para que de ti mismo pretendas sacarlo. Ese estado no te ha sido otorgado más que para traerte de parte de Dios una contemplación intuitiva de El. Recíbelo, pues, en nombre de Dios que es el iniciador de toda cosa. El es quien inicia tu estado y El es quien te lo conserva, hasta hacerte llegar a la meta que en tal estado te corresponde. Y cuando ya te haya llegado la seguridad, recíbela en nombre de Dios que es el repetidor de toda cosa. El es quien repite tu estado y El es quien lo ultima y completa. No busques, pues, ni desees que continúe allí el mensajero, después de



haberte traído ya tu mensaje, ni el fiador, después de haberte traído ya su fianza. Los que vanamente presumen de perfectos son los únicos que se avergüenzan al verse privados de sus estados místicos y depuestos de los grados de la divina comunicación. Entonces es cuando el vicio oculto se manifiesta y los velos se descorren. ¡Cuántos hay que presumen de estar contentos con sólo Dios, y todo su contento se cifra, sin embargo, en sus virtudes, en sus iluminaciones y en sus revelaciones! Y ¡cuántos hay que presumen de no buscar más que la gloria de Dios, y únicamente aman su propia glorificación por el prestigio de que gozan entre las gentes, basado precisamente en la fama que tienen de contemplativos! Sé, pues, esclavo de Dios y no de las causas creadas. Así como Dios es para ti Señor, sin causa, sé tú para El siervo, sin causa, a fin de que así seas para El, tal y como El es para ti".

Y mi señor Abu-l-Abbas de Murcia decía: "Dos clases hay de siervos: el que, en el estado místico, está con su estado, y el que está con Dios que se lo otorga. El primero es siervo de su estado, y el segundo es siervo de Dios que se lo otorga. La señal distintiva del primero es ésta: que se aflige cuando pierde su estado y se alegra cuando lo logra. La señal característica del segundo es ésta: que ni se alegra cuando lo logra ni se entristece cuando lo pierde..." (II, 38, 1ª 4).

(Sentencia 227: Sólo Dios basta).

"Si pones empeño en conservar algo que no es Dios, señal es de que no lo encontraste aún. Y si te entristeces de perder algo que no es Dios, señal es de que todavía no llegaste a unirte con El".

El encuentro de su Señor y la unión con El es el colmo de las aspiraciones del siervo, el objeto y el fin de sus esperanzas y anhelos, por el cual logra su felicidad, que está en gozar de la gracia del Rey de la Majestad. Entonces olvida todo otro objeto, digno de ser amado, y se desentiende de todo otro ser, digno de ser con alegría gozado y deseado. Esta es la condición propia de los místicos que viven solos con Dios, apartados de cuanto no es El y escondidos tras el velo del recuerdo de su glorioso Señor. (II, 38, 1ª 6 infra).

(Sentencia 239: La adversidad nos lleva a Dios).

"Dios permite que los hombres te dañen, para que en ellos no te apoyes, pues El quiere desprenderte de toda cosa, para que ninguna te impida apoyarte tan sólo en El".

El daño que el siervo de Dios recibe de los hombres es una inmensa gracia con que le favorece, singularmente cuando el daño le viene de aquellas personas que debía esperar le tratasen con benevolencia y piedad, con respeto y veneración, pues esos malos tratos hacen que el siervo de Dios no descanse ya en los hombres, ni en ellos ponga su apoyo, y así deje de familiarizarse con ellos para poner todo su empeño en realizar cumplidamente su condición de siervo de su Señor.

Decía mi señor Abu-l-Hasan al-Sadili: Una vez me infirió un daño cierta persona y no pude soportarlo; pero me dormí luego y en sueños oí una voz que me decía: "La señal característica de los sinceros amigos de Dios es ésta: que tengan muchos enemigos y que, sin embargo, de ello no se preocupen".

Decía un místico contemplativo: "El grito de dolor por el ataque injusto de parte de un enemigo es el azote con que Dios golpea los corazones. cuando éstos buscan su descanso en algo que no es El. Sin ese azote, el siervo de Dios dormiría confiado, a la sombra de los honores y de la gloria mundana, que son velos que le impiden llegar al Dios de la majestad".

Y mi señor Abu Muhammad Abd al-Sallam, maestro de mi señor Abu-l-Hasan al-Sadili, decía en una de sus plegarias: "¡Oh Dios mío! Hay gentes que te piden que sometas tus criaturas a sus órdenes y Tú les concedes lo que te piden y con eso se quedan satisfechas. ¡Oh Dios mío! Yo, en cambio, te pido que me sometas a la tiranía de tus criaturas, a fin de que yo no tenga más refugio sino Tú".

Del *Xarh Ibn Abbad al-Rondí li-l-Hikam al-Ataiya*
(Trad. Asín, Al-Andalus, I, 71, 74).

## GUERRA DE MOROS Y CRISTIANOS

*La pugna entre la aristocracia, tardíamente poderosa, y la realeza, que se aseguraba en la tradición jurídica nacional y en las concepciones políticas del derecho romano triunfante, había hundido a Castilla en la guerra civil casi permanente. La gran extensión del reino castellano y la lejanía de muchas de sus regiones de los confines de Granada habían desinteresado de la Reconquista a la mayor parte de sus habitantes. Sólo los fronterizos sentían el peligro musulmán —a veces aparecían por sus tierras las huestes granadinas y razziaban sus campos o cautivaban a sus familiares— y la necesidad de combatir a los islamitas. Sin la ayuda de la realeza, las gentes de la frontera no podían, sin embargo, emprender ninguna aventura reconquistadora. Como tampoco era dable a los Banu al-Ahmar, también aquejados del morbo de las discordias intestinas, acometer grandes campañas. La pugna multisecular entre el Islam y la Cristiandad se convirtió, por ello, en una continuada serie de golpes de mano recíprocos: en la guerra de moros y cristianos que nos describen las crónicas castellanas y nos cantan los romances.*

### Asaltos y sorpresas

Estando allí, vinieron las nuevas cómo estando en la villa de Lorca Mosén Pero Malladas, caballero del Reyno de Aragón, que era venido por



su voluntad a hacer la guerra a los Moros, y estando ende Martín Fernández Piñeyro, vasallo del Rey, hubieron sabiduría que un castillo de los Moros que se llama Hurtal, cerca de Lorca, estaba de tal manera que se podría escalar; e acordaron de allegar la gente que pudieren, e fueron por lo hurtar, e llevaron escalas, e los pertrechos que menester habían, e fueron escalar el castillo, e escaláronlo e tomaron, e prendieron todos los que ende hallaron, e apoderáronse dél, y embiáronlo luego hacer saber al Mariscal Fernán García de Herrera pidiéndole por merced que les mandase luego embiar recua con viandas, porque tuviesen con que le defender; el qual embió mandar a Rodrigo Rodríguez de Avilés que fuese meter una recua de viandas, el qual lo puso luego en obra, e llevó con ella hasta setenta de caballo, e puso la recua dentro del castillo en salvo, e habló con esa gente que llevaba, e díxoles que sería bien que pues estaban en tierra de Moros, que otro día corriesen por les hacer algún daño, e a todos plugo dello. E otro día viernes, veinte e nueve días del dicho mes de Abril, partió el dicho Rodrigo Rodríguez a correr tierra de Moros. E yendo así un poco por su camino, oyeron gran ruido de Moros que venían sobre el castillo; e los Christianos se detuvieron, e los Moros hubieron vista dellos, e comenzaron de los seguir. E Juan Rodríguez embió luego a lo hacer saber al Mariscal, y él se metió en el castillo para lo ayudar a defender a los Caballeros que en él estaban. Y el día siguiente en amaneciendo llegaron sobrel castillo el Alcayde de Mofarres e otros cabdillos Moros con hasta tres mil de caballo, e treinta mil peones lanceros e vallesteros; e luego llegaron algunos dellos a combatir el castillo, y los Christianos salieron a ellos, e hiciéronlos retraer un recuesto abaxo, e mataron quatorce de los Moros, e hirieron muchos más. E los Christianos desque vieron la muchedumbre de los Moros, volviéronse quanto pudieron, e fueron dellos heridos algunos ante que entrasen en el castillo. Los Moros asentaron su Real cerca del castillo, y embiaron a un soto que cerca dende estaba, del qual truxeron muchos maderos, e con las mantas que traían arrimáronlos al muro por tal manera, que lo cavaban sin ge lo poder escusar los Christianos; e tan reciamente combatieron, e tan presto cavaron los Moros, que cayó un gran lienzo sobre los Moros que cavaban, donde murieron todos los Christianos que en aquella parte estaban para lo defender. E los Moros entraron en el castillo, e los Christianos se acogieron a dos torres asaz buenas que en el castillo estaban, e allí se defendieron hasta que la mayor parte dellas fué cavada de tal manera que cayó gran parte de la una; e los Christianos que se vieron sin socorro e tan cercanos de la muerte, demandaron habla al Alcayde Mofarres, al qual plugo de los oír, e diéronsele porque les asegurase la vida e los llevase presos; y el Alcayde, temiendo que no los podría defender de los Moros, mandó apartar el combate, e mandóles que estuviesen hasta la noche, e que los recibiría; e desque fué anochecido, tomólos en su poder, e fueron allí presos ciento e veinte y cinco Christianos, entre los quales fueron Mosén Pero Malladas, e Rodrigo Rodríguez de Avilés, e Martín Fernández Piñey-

ro, e Diego Gómez de Avalos, e Juan de Salazar, e Diego Hurtado de Mendoza, de Baeza, e otros Escuderos Hijos-dalgo del Mariscal Fernán García; e a los susodichos mandó llevar el Alcayde de Monfarres honradamente, cavalgando en sus caballos, y todos los otros a pie atados en sogas; e así los presentó al Rey de Granada, el qual mandó bien reparar el castillo, e púsolos en gran recabdo. E murieron en el combate deste castillo hasta treinta hombres de armas e quarenta peones.

En este tiempo salieron de Carmona e Marchena e Olvera quarenta y dos de caballo e veinte y ocho peones, e fueron correr a la torre de Alhaquen e Ayamonte y Montecorto; e yendo cerca de la sierra de Agrazalema fueron descubiertos, e salieron a ellos de Ronda y de Setenil hasta doscientos y quarenta de caballo. E como los Christianos los vieron venir, trabajaron por tomar un recuesto alto donde los peones Christianos estaban; e como los Moros subieron el recuesto, los Christianos se vinieron para ellos tan denodadamente, que de los Moros cayeron quarenta de la primera espolonada; e como volvieron sobrellos, los Moros comenzaron de fuir, e los Christianos siguieron el alcance, matando e hiriendo en ellos hasta los encerrar en la torre del Alhaquen; e murieron en esta pelea setenta caballeros Moros, entre los quales murió el Alguacil de Ronda, y un hermano del Cabecera de Ronda, e fueron presos ocho caballeros de los mejores de Ronda e Setenil, e hubieron ende los Christianos ochenta caballos e otro muy gran despojo; e así se volvieron victoriosos e alegres a la villa de Olvera. E yendo por el camino, preguntaron a un Moro de los que llevaban presos, que por qué tanta gente se había dexado vencer de tan pocos Christianos, y el Moro respondió quél juraba por su ley e por Mahomat, que los Christianos que con ellos pelearon habían seydo más de quatrocientos de caballo; que conocida cosa era que quarenta y dos de caballo no habían de vencer a doscientos y quarenta; y que era cierto que Dios había embiado socorro a los Christianos, y el Apóstol Santiago les había venido ayudar. E llevaron los Christianos dos pendones que ganaron en esta pelea, el uno blanco y el otro colorado, e pusiéronlos en la Iglesia de Olvera, los quales acabdillaron muy bien la gente e dieron causa al vencimiento. E fueron en esta pelea muertos de los Christianos seis hombres de pie e uno de caballo.

E después desto, estando el Maestre de Santiago de Ecija, se vino para él un Moro, el que le dixo que quería ser Christiano, e quería tanto servir a Dios, que entendía de darle el castillo de Pruna; y el Maestre le tornó Christiano, e quiso saber si decía verdad, y embiólo decir al Comendador mayor de Alcántara que estaba en Morón, y embióle el Moro que era ya Christiano, para que dél supiese si era verdad lo que decía. Y el Comendador mayor conoció según la habla que el Moro traía verdad. E luego el Comendador mayor se partió de Morón con toda la gente que pudo, e



fuése a Olvera, que es una legua de Pruna, y tuvo ende día, y ante que amaneciese fué sobre Pruna, y en quebrando el alva, el Moro que era tornado Christiano les mostró dónde echasen las escalas, e la villa fué luego tomada, e los Moros que en ella estaban fueron todos muertos y presos. Lo qual acaeció sábado de mañana, quatro días de Junio de mil e quatrocientos e siete años. E luego el Comendador mayor lo hizo saber a los Maestres de Santiago e Alcántara que estaban en Ecija, pidiéndoles por merced la embiasen recua con viandas, e luego los Maestres embiaron docientas lanzas con la recua; e así Pruna quedó por los Christianos. Las quales nuevas llegaron al Infante veniendo por el camino que iba para Córdova, de lo qual él fué mucho alegre, especialmente porque de aquella villa salían siempre Almogavares, e hacían gran daño en la tierra de los Christianos. E luego el Infante, recelando que por ventura el Rey de Granada vernía sobre Pruna, escribió sus cartas a Córdoba e a Sevilla que todos estuviesen prestos, si lo tal acaeciese, para ir socorrer a Pruna, e que él entendía de ir luego en persona a le dar la batalla.

☆

En este tiempo se ayuntaron en Teba hasta docientos de caballo, e ochocientos peones de Carmona e de Ecija e de Osuna, los quales fueron con Garciméndez, Señor del Carpio, por correr la tierra de los Moros, el qual puso sus peones encima del puerto que es cerca de Cazarabonela, y embió hasta sesenta de caballo a robar la tierra, y él quedó cerca de Cazarabonela, e sus corredores truxieron quiñientos vacas e bueyes, e hasta dos mil cabras y ovejas. E los Moros de la tierra, como sintieron la entrada de los Christianos, apellidáronse todos, e fueron siguiendo a los Christianos que llevaban su cavalgadura. E como quiera que los Christianos los veían no curaban de al, salvo el andar a buen paso. E, los Moros los siguieron tanto, hasta que los Christianos hubieron de volver a ellos, e los Moros volvieron huyendo; e los Christianos fueron empos dellos hasta los meter en las huertas de Cazarabonela. Y en este alcance murieron doce Moros, e ganaron los Christianos ocho caballos e una yegua de silla. Y en este tiempo se juntaron hasta seis cientos Moros de pie, e fuéronse por tomar el puerto a los Christianos; e los Christianos de pie que en él estaban defendiérongelo muy bien, e pelearon con los Moros, e mataron e hirieron algunos dellos; e los Christianos pasaron el puerto con su cavalgada, e fuéronse a Teba donde estuvieron dos días. E los Moros de Málaga e de Val de Cártama e de Ronda, el Domingo en la noche viniéronse poner en celada en el camino de Teba que va a Osuna, que podían ser los de caballo seis cientos, y peones ochocientos, con tres pendones, los dos blancos y el uno colorado; y estuvieron así atendiendo a los Christianos quando habían de pasar a sus tierras cada uno con su cavalgada, y estuvieron así el domingo y el lunes; e desque vieron que no venían, volviéronse por el almarjal de

Teba, e como fueron sentidos hicieron rebate. E Garciméndez cavalgó con todos los que ende estaban, e salió a pelear con los Moros, los quales se pusieron en dos tropeles, e después se juntaron en uno, e se pusieron todos juntos en un cerro; e los Christianos se pusieron en otro, donde bien se veían los unos a los otros. E luego Garciméndez comenzó a esforzar su gente, diciéndoles: *Señores, hoy habréis muy buena ventura, que Dios y el Apóstol Santiago es en nuestra ayuda, e sin temor alguno vamos a ellos, que no son nada.* E a todos los que con él estaban plugo mucho. E así Garciméndez con todos los suyos fué muy denodadamente a ferir en los Moros, e los Moros se vinieron para ellos, e así se volvió la pelea muy grande entrellos; e allí fueron muertos muchos caballos de los Christianos e de los Moros, e murieron allí hasta treinta Moros de los mejores que ende venían, e los otros se dexaron vencer; e los Christianos fueron empos dellos en alcance más de una legua, en que murieron ciento e sesenta Moros de caballo, e hubieron dellos muy gran despojo, e ganaron dellos sesenta caballos; e de los Christianos ninguno murió, aunque fueron muchos heridos, e perdieron veinte caballos.

De la *Crónica de Don Juan Segundo.* (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVIII, págs. 286-288 y 289-90).

## Romances fronterizos

### Del Cerco de Baeza

I

Moricos, los mi moricos,
los que ganáis mi soldada,
derribédesme a Baeza,
esa ciudad torreada,
y a los viejos y las viejas
los meted todos a espada,
y a los mozos y las mozas
los traé en la cabalgada,
y la hija de Pero Díaz
para ser mi enamorada,
y a su hermana Leonor,
de quien sea acompañada.
Id vos, capitán Vanegas,
porque venga más honrada,
porque enviándoos a vos
no recelo en la tornada,
que recibiréis afrenta
ni cosa desaguisada.



II

Cercada tiene a Baeza
ese arráez Andalla Mir
con ochenta mil peones,
caballeros cinco mil.
Con él va ese traidor,
el traidor de Pero Gil.
Por la puerta de Bedmar
la empieza de combatir;
ponen escalas al muro,
comienzan le a conquerir;
ganada tiene una torre,
non le pueden resistir,
cuando de la de Calonge
escuderos vi salir.
Ruy Fernández va delante,
aquese caudillo ardil;
arremete con Andalla,
comienza de le ferir,
cortado le ha la cabeza;
los demás dan a fuir.

### Los moros de Moclín hacen una correría por tierras de Alcalá

Caballeros de Moclín,
peones de Colomera,
entre sí han hecho un concierto
de Alcalá robar la tierra;
allá van hacer el salto
a los molinos de Huelma.
Quebrantado han los molinos,
los molineros se llevan.
Allí habló un moro viejo
que es muy ardid en la guerra:
—¡Para tanto caballero
chica cabalgada es ésta!
Soltemos un prisionero
que a Alcalá lleve la nueva,
y démosle tantas heridas
que en llegando luego muera,
y si dellas no muriere
no valga para la guerra;
lanzadas por las espaldas,

cuchillada en la cabeza,
manquémosle de una mano,
cortémosle la derecha.
Ellos en aquesto estando,
un prisionero se suelta,
que corría más que un gamo,
saltaba más que una cebra.
Por las calles de Alcalá
a grandes voces dijera:
—¡Caballeros de Alcalá,
no os alabarédes désta!
Que los Moros de Moclín
corrido os han la ribera,
atalados os han el campo,
no dejan vaca ni yegua.
Oído lo ha Pero Hernández,
Pero Hernández de Cabrera,
que está con su padre a misa,
salido se ha de la iglesia,
y ármase de todas armas
y cabalga en Bocanegra.
Su padre que ir le vido,
tras él sale de la iglesia:
—Si no vais allá, mi hijo,
la mi bendición os venga;
y si allá fuérades, hijo,
de vos haya mala nueva;
que moros que a tal hora corren,
la celada dejan cerca.
Que si hoy ha sido la suya,
mañana será la nuestra.
—No voy yo allá, mi padre,
que aquí voy hasta la cuesta,
a tomar mis caballeros
que se van sin mi licencia—.
Por las calles de Alcalá
corriendo va a media rienda
y en saliendo de Alcalá,
corriendo va a rienda suelta.
A la pasada de un río
y al saltar de una acequia,
del arnés que iba vestido
caído se le ha una pieza.
Allí hablara un alcaide,



que alcaide era de Cabrera:
—Vuelta, vuelta Pero Hernández,
que no es buena señal ésta,
yendo vos tan bien armado
caérseos ahora una pieza—.
Allí habló Pero Hernández,
de esta manera dijera:
—Adelante, caballeros,
nadie vuelva la cabeza—.
Pasan primera celada,
la segunda y la tercera,
y al pasar de la cuarta
cristianos dellos no queda,
si no fuera el su alcaide,
el su alcaide de Cabrera,
que escapó a rienda suelta
y el caballo le valiera.
Por las calles de Alcalá
a grandes voces dijera:
—Socorred, don Diego Hernández,
que vuestro hijo allá queda—.
Desque esto oyó don Diego
al alcaide arremetiera,
y dióle de puñaladas,
que muy bien lo meresciera.

Santullano: *Romancero Español,* págs. 625 y 641.

## EL ULTIMO GRAN POETA HISPANO-ARABE

*Había nacido Ben Zamrak en el gitano Albaicín, en 1333. Sus talentos merecieron el estímulo y la protección del polígrafo Ben Al-Jatib. Con él emigró a Marruecos, formando parte de la cancillería del sultán destronado; con él regresó a Granada y, a la sombra de su grandeza política y literaria, siguió medrando. Le tocó presidir la comisión enviada por Muhammad V a Fez, para arrancar al soberano marroquí la sentencia de muerte de Ben Al-Jatib. Su traición le valió el cargo de primer ministro en Granada (1374). Pero en aquellas horas crueles el capricho de los príncipes tan pronto elevaba hasta el poder como arrastraba a la prisión y al patíbulo; y una noche, los esbirros de un nieto de Muhammad asesinaron en su casa a Ben Zamrak, que pagó, así, al destino, con su propia tragedia, la de su maestro y protector. Fué el último gran poeta musulmán-español. Usó todos los recursos de la lengua como quien los conocía a fondo. Nada se le*

*rebeló. Musicalmente era impecable. Pero su poesía, tan insincera como toda la poesía árabe, y con frecuencia falta de originalidad, se convierte a veces en un álgebra intelectual. Cultivó el panegírico y gustó de describir jardines, palacios y fiestas. Sus composiciones poéticas alcanzaron especial eternidad, porque se perpetuaron en las yeserías bellísimas de la Alhambra. "Con él agoniza, cansada de siglos, la admirable poesía andaluza... Trabajada por infinitas manos con tanta gracia, y tan fina ingeniosidad era un globo que flotaba en el aire... Cargado de sensualidad, hinchado y tenso de imágenes, de perfumes y de músicas... Cuando ya no pudo ocupar los pensamientos ni impresionar los oídos, estalló como una irisada burbuja contra las paredes y deleitó... los ojos... acostada sobre arabescos y atauriques... La brillantez y... la debilidad del arte poética arábigo-andaluza radicaban precisamente en su enorme sentido decorativo. Debía morir realmente así: sobre los muros".*

### Las manchas de la jirafa

Parece tener los flancos de tisú e ir cuajada de alhajas
recamó sus maravillas la mano del destino.
Su piel deslumbra los ojos, como si fuera
un jardín, donde los junquillos se abren entre anémonas;
mezcla de blanco y amarillo intenso,
como plata que corre entremedias del oro.
Semeja arriates de narcisos
plantados en altos ribazos donde corren las víboras de los arroyos.

### Después de una cacería real

Eran amarillas y blancas, y el montón en que yacían
me pareció un jardín donde los junquillos se abrían entre anémonas.
Tenían la piel como de tisú y listada;
recamó sus maravillas la mano del destino.
Lo blanco se mezclaba con lo amarillo, como si vieses
plata en aleación con oro fundido...
Estaban tendidas en un jardín verde y floreciente
donde corrían las víboras de los arroyos.

### Carreras de caballos

En el jardín nos hiciste ver todo género de maravillas,
que no existen ni aún se sospechan en el paraíso eterno.
Soltaste veloces corceles que parecían
bandadas de pájaros revoloteando en el desierto.
Iban más rápidos que la sorpresa del relámpago:



casi escapaban a la visión del observador.
Los ojos llegaban a dudar de la existencia real del corcel:
diríase una conjetura que cruza un instante por la mente.

### Ditirambo

El que compare tu mano con la nube
ignora, sin deber hacerlo, las leyes de la analogía,
porque la nube, cuando es generosa, frunce el oscuro ceño,
además, la nube sólo da agua, mientras que tu mano
da oro que enriquece a los opulentos.
Si alguien compara tu rostro con el sol luciente,
se aparta de la equidad en su sentencia:
¿Cuándo habló el sol luciente como tú hablas
repartiendo ordenadamente las perlas del discurso?
¿Y cuándo tuvo el sol luciente una mano
que es generosa en la avaricia del tiempo estéril?
Si alguien compara tu perfección con la luciente luna,
sepa que la luna mengua y el califa es siempre perfecto.
¿Cuándo tuvo la luciente luna unas prendas
cuyo aroma difunden el céfiro y el aquilón?
¿Cuándo recorrió la luciente luna desfiladeros
de guerra, que extenúan a la montura más dócil?

### Ansias de amor

Aumentó mi pasión y aguijoneó mi anhelo
una candela embozada en mantos de sombra.
Entre la oscuridad me hacía señas, como un dedo blanco
teñido de rojo en la punta, y perteneciente a una mano escondida.
Si no soplaba la brisa, brillaba su llama como un hierro de lanza;
si la brisa lo torcía, se achataba como una pulsera de luz.
Me distrajo una noche en que me desazonaba el deseo,
porque lucía unas veces y otras se apagaba.
Si yo decía: "No luce", me sacaba la lengua;
si yo decía: "No se apaga", retiraba su luz.
Así hasta que el alba salió del golfo de negrura,
y el céfiro del jardín nos destapó su pomo de aroma.
¡Dios te guarde, candela, porque pareces mi alma,
que también se consume en las ansias del amor!

### Inscripción poética de la sala de "Las dos hermanas de la Alhambra"

Jardín yo soy que la belleza adorna:
sabrás mi ser si mi hermosura miras.

Por Muhammad, mi rey, a par me pongo
de lo más noble que será o ha sido.
Obra sublime, la Fortuna quiere
que a todo monumento sobrepase.
¡Cuánto recreo aquí para los ojos!
sus anhelos el noble aquí renueva.
Las Pléyades le sirven de amuleto;
la brisa le defiende con su magia.
Sin par luce una cúpula brillante,
de hermosuras patentes y escondidas.
Rendido le da Géminis la mano;
viene con ella a conversar la luna.
Incrustarse los astros allí quieren,
sin más girar en la celeste rueda,
y en ambos patios aguardar sumisos,
y servirle a porfía como esclavas:
No es maravilla que los astros yerren
y el señalado límite traspasen,
para servir a mi señor dispuestos,
que quien sirve al glorioso gloria alcanza.
El pórtico es tan bello que el palacio
con la celeste bóveda compite.
Con tan bello tisú lo aderezaste,
que olvido pones del telar del Yemen.
¡Cuántos arcos se elevan en su cima,
sobre columnas por la luz ornadas,
como esferas celestes que voltean
sobre el pilar luciente de la aurora!
Las columnas en todo son tan bellas,
que en lenguas corredora anda su fama:
lanza el mármol su clara luz, que invade
la negra esquina que tiznó la sombra;
irisan sus reflejos, y dirías
son, a pesar de su tamaño, perlas.
Jamás vimos alcázar más excelso,
de contornos más claros y espaciosos.
Jamás vimos jardín más floreciente,
de cosecha más dulce y más aroma.
Por permisión del juez de la hermosura
paga, doble, el impuesto en dos monedas,
pues si, al alba, del céfiro en las manos
deja dracmas de luz, que bastarían,
tira luego en lo espeso, entre los troncos,
doblas de oro de sol, que lo engalanan.
[Le enlaza el parentesco a la victoria:
Sólo al rey este linaje cede].

De las *Qasidas* y *Muwassahas* de BEN ZAMRAK (Trad. García Gómez: Cinco poetas musulmanes, 186, 193, 195 y 201).



## INSCRIPCIONES SEPULCRALES GRANADINAS

*Para conocer la vida integral de un pueblo hay que leer las inscripciones que campean sobre los sepulcros de sus jefes. Ellas suelen descubrirnos las ideas básicas de su orgullo y su concepto sobre la vida de ultratumba. He aquí por qué he reproducido las de dos guerreros granadinos.*

### En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso. — Bendiga Dios a nuestro señor y dueño Mahoma y a su familia

Esta es la tumba del jeque, el alcaide, el visir, el excelso, el combatiente por la fe; el ejecutivo, el feliz, el elevado; el generoso, el meritorio, el perfecto; el reverenciado, el respetado; el adornado de altaneros designios y purísimas prendas; el que se elevó por sus nobles acciones y su buena conducta a las más altas dignidades; el santificado y llorado Abu Ishaq, hijo del jeque, el visir, el excelso, el reverenciado, el glorioso, el noble, el linajudo; el generoso, el meritorio, el piadoso, el llorado Abu Abd Allah ben al-Sarrach (¡Dios santifique su espíritu y refresque su tumba!)

Era (¡Dios se apiade de él!) ilustre entre los alcaides ilustres, siempre dispuesto para la guerra santa con corceles de relevo. Así continuó siempre hasta que Dios lo tomó para Sí y prefirió tenerlo a su lado, en la ciudad de *Ronda* (¡Dios la guarde!), siendo alcaide de su alcazaba y defensor de su término fronterizo, el día 13 de Muharram del año 766 [9 octubre 1364]. Fué trasladado a la gran corte de *Granada* (¡Dios el Alto la guarde!), lugar de su ordinaria residencia y sede de su linaje, y enterrado en este cementerio de sus afueras (¡Dios lo acoja con satisfacción y beneplácito, y le renueve su misericordia en todo momento!)

Todo lo que hay sobre ella (la tierra) es perecedero. Gloria al Heredero de la tierra y del que hay sobre ella. El es el mejor de los herederos.

Bendiga Dios a nuestro señor y dueño Mahoma, y a la familia de Mahoma y sus compañeros, con bendición completa y abundante.

### En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso. — Bendiga Dios a Mahoma y a su familia

Toda alma gustará la muerte. Sólo recibiréis vuestras recompensas el día de la resurrección. El que haya sido alejado del fuego e introducido en el paraíso, ése será el bienaventurado, pues la vida terrenal no es más que un deleite mendaz.

Esta es la tumba del jeque, el virtuoso, el devoto, el asceta, el murabit;

el combatiente por la fe Abu Muhammad al-Hayy Hasan ben Salih ben Ali, conocido por Habhabi al-Bu'Dat (?) (¡la misericordia de Dios sea sobre él!)

Vino a este país deseoso de hacer la guerra santa, de tratar a los hombres virtuosos y de visitar a los reyes afortunados. Era de un linaje notorio por sus virtudes, y de unas gentes a quienes Dios guió al éxito; jalifa de Sayydi Ahmad al-Rifa, el que recibió de Dios, sin intermediarios, revelaciones dignas de ser obedecidas por árabes y no árabes. Uniéronse en él conocimiento de la Ley religiosa y el método sufí. Educó a los profesos, y los condujo por el buen camino. Hizo la guerra santa en el nombre de Dios, y por amor de Dios gastó cuanto poseía. Se beneficiaron de su virtud asambleas y salones, y con él estuvieron defendidas guarniciones y fronteras. Era una de las maravillas de la época, y de las antorchas de los creyentes.

Pasó a gozar de la misericordia de Dios el Alto el martes 25 de Xawwal del año 833 [17 julio 1430]. ¡Dios lo acoja en su misericordia!

Epitafios de dos Abencerrajes. (Trad. García Gómez, Al-Andalus, VII, 284, 295).

## LAS DOS ULTIMAS BATALLAS DE MOROS Y CRISTIANOS

*Sólo dos veces vieron los reyes granadinos, en la primera mitad del siglo XV, avanzar contra ellos dos grandes ejércitos cristianos. Uno, muy al comienzo de la última centuria del Islam hispano, puso sitio a Antequera; otro, años más tarde, llegó hasta Elbira, la vieja capital de la región en los primeros tiempos del señorío musulmán en España. Mandaba el primero, el infante don Fernando, regente de Castilla durante la minoría de su sobrino Juan II. Este y su valido, el condestable don Alvaro de Luna, dirigieron la hueste que llegó, después, hasta la vega de Granada. Los reyes moros fueron en socorro de la plaza sitiada por el futuro rey de Aragón y salieron luego a pelear con el monarca castellano junto a la capital de su país. En Antequera y en la Higueruela los muslimes fueron vencidos. Las dos últimas batallas, que precedieron a la etapa final de la Reconquista, no tuvieron, sin embargo, consecuencias decisivas. Antequera cayó, sí, en manos del infante, pero tras largo y porfiado cerco, que no acarreó la pérdida de ninguna otra plaza musulmana; y ningún corolario territorial ni político importante tuvo la victoria de don Juan II. No pudo ocurrir nada distinto, porque, probablemente, las dos empresas se acometieron más en busca de prestigio personal y con miras a problemas interiores de los reinos cristianos, que por verdadero ímpetu reconquistador. La muerte sin sucesión del rey de Aragón podía preverse cuando el infante don Fernando emprendió el*



*cerco de Antequera, tal vez a la conquista de un nombre y de la fama que pudiera llevarle a ceñirse la corona aragonesa. Y don Alvaro de Luna necesitaba de una victoria contra el moro, para distraer la opinión pública, que le era ya adversa, y para asegurar su posición en el reino de Castilla.*

### En el cerco de Antequera

El Rey de Granada como supo que el Infante estaba sobre Antequera, mandó a dos Infantes, sus hermanos, que con todo su poder se fuesen a la villa de Archidona, e mandó pregonar que todos los moros de Granada así de caballo como de pie, de todas sus cibdades e villas, se fuesen a Archidona para sus hermanos los Infantes por ir decercar la villa de Antequera, que tenía cercada el Infante Don Fernando; e allí fueron juntos hasta cinco mil de caballo e ochenta mil peones. E como el Infante tenía sus guardas y escuchas en el campo, supo deste ayuntamiento, e pensó que le vinían a dar la batalla, de que el Infante hubo muy gran placer, esperando en Dios de haber la victoria, e que habiéndola, la guerra del Reyno se acabaría más presto. E los Infantes Moros llegaron a Archidona, domingo en la tarde, quatro días de Mayo; e luego otro día lunes movieron su Real los peones por la sierra, e los caballeros por la falda della, e fueron asentar su Real en una sierra que llaman la Boca del Asna, que es a una legua de Antequera, donde los Reales así de los Christianos como de los Moros, se veían bien los unos a los otros.

E desque los Moros tuvieron asentado su Real, descendieron algunos dellos de la sierra para ver mejor el Real de los Christianos, e habían salido asimesmo del Real del Obispo de Palencia hasta ciento de caballo por mirar el Real de los Moros; e desque se vieron cerca, travóse entre ellos escaramuza, e murieron en ella tres Caballeros Moros, el uno era de Cabecera de Ronda, e los otros Capitanes, e prendieron un Caballero del qual el Infante supo cómo los Moros eran dos Infantes hermanos del Rey, que traían cinco mil de caballo e ochenta mil peones; en la qual escaramuza se mostraron mucho Rui Díaz de Mendoza, hijo del Comendador de Estepa, e Juan Carrillo de Ormaza, e Antón García Gallego.

Desque el Infante vido que los Moros se acercaban e se vinían por las sierras más altas, receló que vernían a tomar una sierra muy alta que estaba detrás del castillo de la villa; e porque los Moros no la tomasen, mandó a Alvaro Camarero, e a Rodrigo de Narbáez, e a Pero Alonso Descalante que la fuesen tomar con quiñientas lanzas, y embió mandar a Martín Hernández, Alcayde de los Donceles, e a López Ortiz de Estúñiga, que asimismo fuesen allá con la gente que tenían, e no quisieron ir. E Alvaro Camarero, e Rodrigo de Narbáez, e Peralonso partieron muy noche del Real, e

tomaron la sierra, de donde oían muy claro el ruido que los Moros tenían en su Real, y estuvieron toda la noche armados por recelo de los Moros, porque tenían muy poca gente. E otro día de mañana mandó embiar por ellos, porque fué certificado que los Moros venían a la batalla.

Otro día martes, seis días de Mayo, día de San Juan del dicho año, embió el Infante a Don Pero Ponce de León, Señor de Marchena, e a Carlos de Arellano, Señor de los Cameros, e a Garcifernández Manrique, e a Don Lorenzo Suárez de Figueroa (Comendador mayor de León), e a Fray Juan de Sotomayor, Governador de Alcántara, e a Ramiro de Guzmán con hasta ochocientas lanzas e hasta trescientos peones que con ellos fueron por ver el Real de los Moros cómo estaba asentado; los quales llegaron muy cerca, e vieron que la gente de peones era tanta, que se no podía bien numerar, e la de caballo les parecía, según el asentamiento de las tiendas, que podían ser cinco mil de caballo poco más o menos. E los Moros peones de la sierra desque vieron los Christianos tan cerca de su Real, descendieron algunos dellos por escaramuzar, e travaron su pelea con los peones christianos e con algunos ginetes que se les acercaron. E Don Pero Ponce entró en otra escaramuza e sacó la gente della, donde murieron algunos pocos, así de los Christianos como de los Moros, e fuese volviendo su paso a paso para el Real del Infante; e como ellos se iban así, los Moros los siguían pensando que los Christianos fuían. E Don Pero Ponce embió decir al Infante que mandase aparejar sus gentes, que los Moros iban a pelear con él. E quando el mensajero llegó toda la gente del Real estaba sosegada; y el Infante mandó tocar las trompetas e armar la gente. Entonces los Moros tomaron su camino para la sierra Rabita, donde estaba Don Sancho, Obispo de Palencia, e otros Caballeros que el Infante había allí embiado. Y en esto Don Pero Ponce, e Carlos de Arellano, e los otros Caballeros quel Infante habían embiado a ver el Real de los Moros, llegaron al Infante e dixéronle cómo los Moros venían contra el Real do estaba el Obispo de Palencia; y estos Caballeros se fueron a dar cebada, que traían los caballos muy cansados, e luego el Infante los embió a llamar. E como los Moros vieron que Don Pero Ponce e los otros Caballeros iban a otra parte e no a la sierra donde estaba el Obispo, donde los Moros creían que estaba todo el Real del Infante, creyeron sin dubda que los Christianos fuían; e como la sierra por donde los Moros veínan era más alta que la Rabita, parecía del Real del Obispo que venía toda la sierra cubierta de Moros, e traían todos quezotes vermejos, y las barbas y cabellos alfeñados, parecían que eran vacas. E como el Obispo los vido mandó armar toda su gente, el qual tenía en derredor de su Real hasta una tapia de tierra, y en algunos lugares cercado de piedra seca, e tenía ordenado cada Caballero por donde guardase su lugar. E desque los Caballeros fueron puestos cada uno donde debía estar, fallecía a una parte donde había de guardar Pero Núñez de Guzmán el Mozo, Merino mayor de las Beetrías, al qual fué mandado que fuese al



Real del Obispo de Palencia, e no había ido; por eso el Obispo puso quien guardase aquel portillo donde él fallecía; e como tuvo toda la gente ordenada, e vido que los Moros venían contra él, embió demandar socorro al Infante, el qual embió a Juan de Velasco, Camarero Mayor del Rey, e a su mariscal Diego de Sandoval, e a Pedro de Estúñiga, hijo de Diego López de Estúñiga, Justicia mayor; los quales como llegaron, hallaron que la pelea era comenzada entre los Christianos que estaban en la Rabita con los Moros, y ellos todos comenzaron la pelea. Y el Infante mandó salir toda la gente de su Real, e ordenó sus batallas, y en su batalla estaban todos los pendones, y en medio dellos una Cruz con el Crucifixo, la qual Cruz llevaba un Frayle del Cístel, e así movió el Infante sus batallas ordenadas. E a este tiempo llegó Diego López de Estúñiga con hasta doscientas lanzas que venía de Osuna, donde había quedado, e venía con él Fernán Vázquez, Chanciller del Infante, los quales venían de gran prisa por se hallar en la batalla. E Diego López de Estúñiga vino a esta guerra a su costa por servicio de Dios, e por ganar la Indulgencia que el Papa daba a los que en aquella guerra a su costa sirviesen, absolviéndolos a culpa e a pena.

E como los batallas del Infante comenzaron a mover, el Infante mandó ir adelante a Gómez Manrique, Adelantado de Castilla, e a Pero Manrique, Adelantado de León, e a Don Pero Ponce, e a Carlos de Arellano, e a Garcí Hernández Manrique, e a Martín Hernández, Alcayde de los Donceles, e a López Ortiz de Estúñiga, Alcalde mayor de Sevilla. E como los Moros llegaron al palenque donde el Obispo estaba, llegó un Moro que era un Alfaquí a la parte donde estaba Juan Hurtado de Mendoza, diciendo a grandes voces; *dadvos mezquinos, e no morredes;* el qual Moro fué luego muerto, e muchos otros que llegaron ende. E como las batallas del Infante venían ordenadas, e la muchedumbre de los Moros que estaba en la sierra las vieron así venir, parecióles que todos los Christianos del mundo venían allí; e como los vieron llegar así por todas partes, hubieron muy gran miedo, e comenzáronse vencer. Y Entonces cavalgaron algunos hombres darmas de Diego Hernández de Quiñones, e don García Hernández de Villa García, Comendador Mayor de Castilla, e Juan Hurtado de Mendoza, e del Governador de Alcántara, e salieron del palenque a pelear con los Moros; e ante que los Moros se comenzasen a vencer, López Ortiz de Estúñiga vido un gran tropel de caballeros Moros que peleaban en la sierra Rabita con los Christianos, e travó pelea con ellos, que iba cerca; e con él ni iban, salvo seis de caballo de ochenta suyos que llevaba, e fué herido de una lanzada de que cayó del caballo, e fué muerto por mengua de socorro de los suyos e del Alcayde de los Donceles, e de Diego de Ribera, que iban cerca dél, e murió como muy buen caballero peleando con el espada cuanto la vida le duró. E así los que el Infante de su Real embió, como los que estaban en el Real del Obispo de Palencia, cavalgaron e siguieron el alcance de los Moros, matando e hiriendo en

ellos hasta que llegaron a la boca del Asna, donde los Moros tenían su Real asentado. E como en el Real de los Moros habían quedado para le guardar asaz peones y caballeros, e vieron venir sus Moros huyendo, comenzaron a pelear con los Christianos que venían en el alcance; e como vieron el grande esfuerzo de los Christianos desampararon su Real, e comenzaron a fuir. E los Christianos seguían el alcance media legua allende de su Real, donde hay dos caminos, uno que va a Málaga, y el otro a Coche, camino de Granada. E de los Moros que iban huyendo, los unos tomaron el camino de Málaga, los otros el de Coche e siguieron el alcance por el camino de Coche Don Pero Ponce de León, Señor de Marchena, e Diego de Ribera, e Alonso Martínez de Angulo, e Alonso Alvarez de Ecija, e otros muchos Caballeros; e siguieron el alcance camino de Málaga Gómez Manrique, Adelantado de Castilla, e Pero Manrique, Adelantado de León, e Carlos de Arellano, Señor de los Cameros, e Garcifernández Manrique, Señor de Aguilar de Castañeda; e los unos siguieron el alcance hasta que llegaron a Coche, e los otros, tanto, hasta que los caballos no los podían llevar. En el qual alcance murieron tantos Moros, que no se podieron contar. Y el Infante como vido que los Moros iban desbaratados, movió sus batallas regladas, e fuése por el camino contra la Boca del Asna donde los Moros tenían su Real; e mandó a Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Comendador mayor de León, que quedase en guarda de su Real, porque los Moros de Antequera no saliesen a hacer daño en él, ni en los pertrechos que en él estaban. Y el Infante recogió toda la gente que era ida en el alcance de los Moros, e volvióse a su Real dando muy grandes gracias a Dios e a Nuestra Señora Virgen María, por la buena andanza que Dios había dado a él e a los Christianos; e llegó muy tarde al Real por recoger todos los que eran idos en el alcance, e fué robado la mayor parte del Real de los Moros; e aunque en él se hallaron muy grandes cosas, el Infante ninguna cosa quiso, salvo la honra de la victoria, e un caballo vayo muy bueno que se halló en una tienda de los Infantes. Y en esta batalla fueron tantos presos e muertos, que no se pudo haber certidumbre dello; mas de quanto algunos días después se supo que el Rey de Granada había mandado saber qué gente había entrado de Moros, e hallóse por las nóminas de los lugares donde vinieron que fallecían más de quince mil Moros; e de los Christianos mandó saber el Infante quántos fallecían, e hallóse que serían muertos hasta ciento e veinte.

De la *Crónica de Don Juan Segundo*. (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVIII, págs. 318-20).

### Batalla de la Higueruela

Entrando el Rey en tierra de Moros, ordenáronse sus haces en esta guisa. El Condestable con los Condes e Caballeros de su casa iban en el



avanguarda con hasta dos mil e quiñientas lanzas de hombres de armas. Después iban ciertos tropeles.

. . . . . .

y estos tropeles se hicieron dos batallas gruesas, de las quales la una iba por ala de la batalla del Rey a la mano derecha, e la otra a la izquierda. Y en la batalla del Rey iban Don Gutiérrez Gómez de Toledo, Obispo de Palencia, el Conde de Benavente, Don Rodrigo Alonso Pimentel, e don García Fernández Manrique, Conde de Castañeda, e Diego Pérez Sarmiento, Repostero mayor del Rey, e Fernán Alvarez de Toledo, Señor de Valdecorneja, e iban otros muchos Caballeros e Doctores e Donceles e otros Oficiales de la casa del Rey, e iban delante de toda la hueste Diego de Ribera, Adelantado de la frontera, e Juan Ramírez de Guzmán, Comendador mayor de Calatrava con mil ginetes de la casa del Condestable, para escaramuzar si menester fuese con los Moros que se creían que salerían de la cibdad de Granada, e ordenóse quel Real se asentase al pie de la sierra de Elvira, e dióse la guarda de la yerva de aquel día a Don Pero Fernández de Velasco, conde de Haro. E yendo como dicho es el Adelantado Diego de Ribera, y el Comendador mayor de Calatrava delante de la hueste algo apartados del Rey, salieron a ellos de la cibdad de Granada asaz gente de caballo e mucha gente de pie, e llegáronse tan cerca, que no había entre los unos e los otros salvo un gran barranco, el qual el Adelantado y el Comendador mayor pasaron con su gente e comenzaron a escaramuzar con los Moros, e desque lo supo el Condestable embió alguna gente de armas para que le hiciesen espaldas, e luego el Conde de Haro vino en su socorro con toda su gente, porque se halló más delante en el Real que estaba la guarda de la yerva, e los Moros íbanse trayendo, aunque no dexaban de escaramuzar. E sabido por el Rey que estaba poco más de una legua de Granada, donde todavía la gente de los Moros cargaba, e se creía que todavía cargara más por estar tan cerca, mandó sacar sus pendones e movió para allá e con el Condestable en sus batallas ordenadas con toda la hueste, y embió mandar al Conde de Haro e a los otros Caballeros que se viniesen retrayendo para él, y ellos hiciéronlo así. E puestas las guardas que se requerían todavía más adelante, volvió el Rey al Real que estaba asentado al pie de la sierra de Elvira, donde estuvo ese día que era miércoles, veinte y siete días de Junio. En esta escaramuza, que dicha es, murieron algunos Moros así de caballo como de pie, e no se supo quantos, porque la muchedumbre de los Moros era grande, e luego llevaban los feridos a la Cibdad.

Estando el Rey en el Real cerca de Granada deseando mucho la batalla con los Moros, el domingo primero día de Julio, estando el Maestre de Calatrava haciendo allanar las acequias e barrancos que el Rey le había mandado que allanase, salieron de Granada gran muchedumbre de Moros a caballo e a pie por defender las acequias no se allanasen, e vinieron a las viñas e olivares, e asentaron ende su Real, e algunos comenzaron luego a pelear

con el Maestre, y el Maestre comenzó a pelear con ellos pensando que no eran más de los que otros días solían salir, e salieron tantos, que ya el Maestre no los podía sofrir, y embiólo hacer saber al Rey e al Condestable. El Rey embió luego mandar a Don Enrique de Guzmán, Conde de Niebla, e a Don Pedro Destúñiga, Conde de Ledesma, e a Don Garcifernández, Conde de Castañeda, que luego fuesen en socorro del Maestre, los quales estaban comiendo al tiempo quel mandado les llegó, a cabalgaron lo más presto que pudieron e fueron para allá, e luego comenzaron a pelear con los Moros como quiera que los Moros eran muchos más que ellos; y esto sabido por muchos Caballeros de la hueste, embiaron demandar licencia al Condestable para ir a pelear, por quanto pensaban que no era tanta la gente de los Moros, e que bastaban los que eran idos, e por eso dubdaba de la dar. En esto, estando como a hora de medio día, fué dicho al Rey como todo el poder de Granada era venido y estaba para pelear con los Condes e Maestres; e como quiera que eran más de dos mil de caballo los que allá estaban, la muchedumbre de los Moros era tanta, que estuvieron en punto de se perder, y embiaron a más andar al Rey que los mandase acorrer; e como el Rey no tuviese acordado ni pensado aquel día haber batalla, no estaba aparejado para ella, e mandó al Condestable que tenía el avanguarda que los fuese luego socorrer, e que los mandase retraer al Real, porque más con tiempo e con mejor orden se diese la batalla; pero con todo eso el Rey no se dejó de aparejar con los Caballeros e Condes e gentes que con él quedaban para ir luego al socorro si menester fuese; e mandó luego llamar a todos los que en su batalla habían de ir, y él armado de todo arnés salió del palenque, y estuvo a una puerta esperando la gente y esperando la nueva que le vernía. Ya cuando el Condestable llegó donde el Maestre e los Condes estaban, hallólos de tal manera, que no se pudieran retraer sin parescer que venían fuyendo, de lo qual se pudiera seguir daño general en todos, porque los Moros eran tantos, que se estimaban en cinco mil de caballo e doscientos mil peones, los quales estaban derramados en ciertos tropeles, y la cosa estaba en tal punto e los Moros mostraban tan gran soberbia, que al Condestable paresció que en todo caso convenía pelear, e luego embió a decir a todos los Caballeros que convenía darse la batalla; por eso que como él moviese contra los enemigos, todos cada uno por su parte moviesen sus batallas e fuesen a ferir en ellos con toda osadía; y embió decir al Rey que le pedía por merced que anduviese lo más presto que pudiese con toda la gente que con él era, que lo que deseaba era haber batalla, que en las manos la tenía, de la qual esperaba mediante la gracia de Dios que Su Señoría habría la victoria. El Rey con grande ánimo mandó mover sus pendones e ordenadas sus batallas, comenzó a andar ordenadamente, e llevaba su pendón real Juan Alvarez Delgadillo de Avellaneda, que era Alférez mayor del Real, y el estandarte de la vanda Pedro de Ayala, hijo de Pero López de Ayala, su Aposentador mayor, e llevaba el pendón de la Cruzada Alonso Destúñiga, que era de la casa del Condestable...



E así los moros fueron cometidos por muchas partes, en tal manera, que todos se hubieron tan animosamente e con tanto esfuerzo, que los Moros no lo pudieron sofrir, en tal forma, que por la gracia de Nuestro Señor e buena ventura del Rey, en poco espacio los Moros volvieron las espaldas, e fueron vencidos e desbaratados e arrancados de los lugares donde estaban, e fueron fuyendo para la cibdad con el mayor ahinco que pudieron; e siguióse el escaramuza por muchas partes, porque los Moros estaban en muchos tropeles, e unos fuyeron hasta unas huertas muy espesas e bravas, e otros hacia unas montañas grandes, e otros hacia la cibdad de Granada. E como quiera que los lugares por donde fuían eran muy ásperos, con la voluntad que los Christianos los siguían todo les parescía llano, e iban matando e firiendo unos por unas partes e otros por otras, e venidos los Christianos del alcance donde infinitos Moros fueron muertos, el Condestable mandó que buscasen por todos aquellos lugares ásperos e montañosos, donde halló muchos Moros escondidos que fueron todos presos. Y el Real que los Moros habían puesto bien fuerte entre los olivares e viñas, fué desbaratado e robado por Don Juan de Cerezuela, hermano del Condestable Don Alvaro de Luna, e por Alonso Telles Girón, Señor de Belmonte, e por Rodrigo de Avellaneda, los quales el Condestable había mandado que aguardasen a su hermano el Obispo de Osma; e si la noche no fuera tan cerca, la matanza en los Moros fuera mucho mayor, porque se siguiera el alcance hasta las puertas de Granada. Venida la noche, el Rey se volvió a su Real, e con él el Condestable e todos los otros caballeros e gentes con mucha alegría de la victoria habida; e ante quel rey entrase en el palenque, saliéronlo a rescebir sus Capellanes e Religiosos e Clérigos que en el Real estaban, todos en procesión e las cruces altas, cantando en alta voz: *Te Deum laudamus*. El Rey descavalgó e adoró la cruz, dando muy grandes gracias a Dios por la victoria que le había dado. E así se fué aposentar en sus tiendas, e luego el Rey embió sus cartas por todas las cibdades e villas del Reyno, haciéndoles saber la victoria que Dios le había dado, mandándoles que hiciesen procesiones dando por ello gracias a Nuestro Señor.

De la *Crónica de Don Juan Segundo*. (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXVIII, págs. 497-99).

## POSTRERAS JORNADAS DE LA GUERRA FRONTERIZA

*"Esta es Castilla que hace los hombres y los gasta", exclamó, en duro trance, don Alvaro de Luna. Ese hacer y gastar de sus hombres por Castilla, durante las guerras entre la monarquía y la nobleza, que llenaron los decenios centrales del siglo XV, prolongaron la vida del reino de Granada. Todas las energías castellanas se derrochaban en batallas civiles. En ellas*

*los grandes peleaban no por derrocar a un privado o a un monarca —recordemos el patíbulo de Valladolid, donde murió el de Luna, y el tablado de las eras de Avila, donde fué depuesto el impotente Enrique IV—, sino por encaramarse todos sobre la monarquía, para explotar mejor al pueblo, prolongando y aumentando sus privilegios señoriales. Entretanto, como siempre, sólo los fronterizos se cuidaban de mantener encendida la llama de la lucha con el moro. En el siglo XII, en horas parecidas, habían combatido con almorávides y almohades los concejos de entre Duero y Tajo. En el XIV pelearon con Granada los nobles y los concejos de Andalucía y Murcia, los nobles y los concejos, porque las tierras del Guadalquivir y del Segura fueron pobladas por las masas populares que habitualmente se desplazaban hacia las fronteras, y por nuevos y poderosos magnates. Y como en el siglo XV juntos pueblo y nobleza siguieron sintiéndose en peligro, juntos continuaron la batalla. El condestable Iranzo les dirigió en una de sus últimas aventuras de talas, asaltos, saqueos y cautiverios.*

Con aquel odio natural en que dicho señor Condestable pareçía que estaua ençendido contra la gente agarena, y con el continuo deseo que tenía de acreçentar su gloria ȝ su fama, dende a poco que esto ovo fecho, domingo a honce días de jullio, partió de Jahén con toda la gente de cauallo ȝ de pie de su casa ȝ de aquella çibdad ȝ fué a dormir a çerca de Ximena. E otro día, lunes, fué a sentar su real en los Picos de Guadiana, ȝ allí recogió la gente de las çibdades de Baeça ȝ Vbeda ȝ Andújar, ȝ del Adelantamiento de Caçorla, por quien avía enbiado; que podrían ser todos fasta mill ȝ doscientos de cauallo ȝ tres mill onbres de pie, de muy noble gente de caualleros ȝ fidalgos, do toda la flor de aquel obispado ȝ adelantamiento concurrió.

A los quales resçibió con muy alegre cara, faciéndoles muchas onrras ȝ fiestas; e otrosí muy grandes gastos con ellos. E todos con tamaño placer ȝ alegría, que verdaderamente parescía que yva en son de conquistar ȝ ganar todo el reyno de Granada.

Otro día, martes, dos oras después de medio día, mouio con su hueste, ȝ andovo aquel día con toda la noche por vn camino el más estrecho ȝ fragoso del mundo, que se llama el puerto del Celemín, a fin de furtar las guardas de Alicún, que estonçes era de moros. E otro día, miércoles, a ora de misas, llegó a vna ribera que se llama Alhama, do reposó, descansando ȝ ordenando sus gentes, en esta manera:

Puso en la delantera Avendaño, con fasta docientos roçines del Adelantamiento de Caçorla, para que fuesen correr vnas sierras que están arriba de Guadix. E luego en pos dél yva el dicho Condestable, con quinientos caualleros; y detrás dél, en otra batalla, yva Fernando de Villafañe, corregidor de Baeça ȝ Andújar, con quatroçientos de cauallo, y a sus espaldas yva todo el fardaje y la gente de pie. Y detrás del fardaje, en la reguarda de



todo, mandó yr a Pedro Escauias, alcayde de Andújar, con fasta çiento ȝ cinquen roçines.

Y en esta ordenança partió del dicho lugar Alhama, el dicho día, vn poco después de ora de biésperas, ȝ andouo toda la noche, fasta que subió ençima de las dos grandes çibdades que llaman Baça e Guadix, a vnos lugares que son al pié de vna sierra llamada El Çenet, çinco léguas arriba; el nonbre de los quales es el vno Aldeyra ȝ el otro La Calahorra: muy poblados de gentes, ȝ muy ricos de todas alhajas e joyas de oro ȝ de plata, ȝ de seda, ȝ de lanas, ȝ linos, por aventura más que otros lugares semejantes de todo el reyno de Granada.

Y la cabsa de su abundançia ȝ riqueza era porque de todas las guerras pasadas fueron ȝ estouieron sienpre seguros ȝ guardados, porque allí nunca llegaron cristianos; como quiera que después quel dicho señor rey en estos sus reynos reynó ȝ començó facer guerra á los moros, así su alteza como otros grandes capitanes que por su mandado en aquella frontera estouieron, deseauan correr aquellos lugares, y algunas veces dieron orden a ello, ȝ lo pusieron por obra, mas tornáronse del camino dubdando ȝ temiendo poderlo facer sin grande peligro, por estar mucho dentro en el çentro de su defensa.

Y por esta razón estauan de todo asalto descuydados, aunque aquella noche de las guardas los cristianos fueron sentidos ȝ en toda la tierra se facían almenaras. Finalmente, el dicho señor Condestable, quando ya el alua se muestra, jueues por la mañana, dió sobre los dichos lugares, con vna grand bocería y estruendo de muchos atabales y tronpetas, que no paresçía sino que todo el mundo daua sobrellos.

E no enbargante que los moros estauan barreados ȝ casi aperçebidos ȝ alterados por las almenaras de la noche pasada, los dichos lugares fueron todo entrados ȝ robados y estruydos, ȝ metidos a fuego y a sangre; do muchos moros y moras fueron muertos y presos, en tal manera que los moros fueron muy quebrantados. Y el robo y despojo de tantas ȝ tan ricas joyas ȝ alfajas que de allí se sacaron, sin las quemas ȝ talas de paruas ȝ huertas, avmentó e aprouechó tanto aquellas quatro çibdades del obispado de Jahén ȝ villas ȝ logares dél ȝ del Adelantamiento de Caçorla, que no sé cómo lo diga o estime por yncredulidad de los que no lo vieron ni saben.

En todo lo qual el dicho señor Condestable se ovo asi varonil e graçiosamente, ȝ con tanta liberalidad ȝ franqueza, que mandó que cada vno oviese libremente lo que allí avía ganado. Lo qual era tanto, que apenas la gente ȝ fardaje que ally estaua era bastante de lo poder traer, diciendo generalmente a todos, con grande alegría:

—Seyendo Dios seruido, y el rey mi señor, mía sea la onrra ȝ de vosotros el despojo.

Pues ¡quántas ánimas de los moros ynfieles, varones ȝ fenbras, este día, sin los muertos, se catiuaron! Avnque segund dicho es ya eran algún tanto avisados ȝ puestos en toda defensa, y segúnd la multitud dellos, de razón

deuieran más ofender de sus gentes; mas plugo a nuestro señor Dios, por su santa piedad y clemençia, que sin ninguna pérdida dellas lo fizo y acabó, mirando y acatando quanto el dicho señor Condestable era temeroso dél y deuoto suyo.

Ya los dichos lugares entrados y robados, y puestos a fuego con todo lo que en los canpos estaua, que no paresçía el çielo ni el ayre de las grandes quemas e fumos, el dicho señor Condestable mandó recoger su caualgada, de muchos moros y moras catiuos, ȝ asaz ganados de diuersas maneras. Y poco más de mediodía mouió sus batallas ȝ fardaje, en buena ordenanç, ȝ tomó la vía camino derecho de la çibdad de Guadix, do llegó dos oras antes quel sol se pusiese.

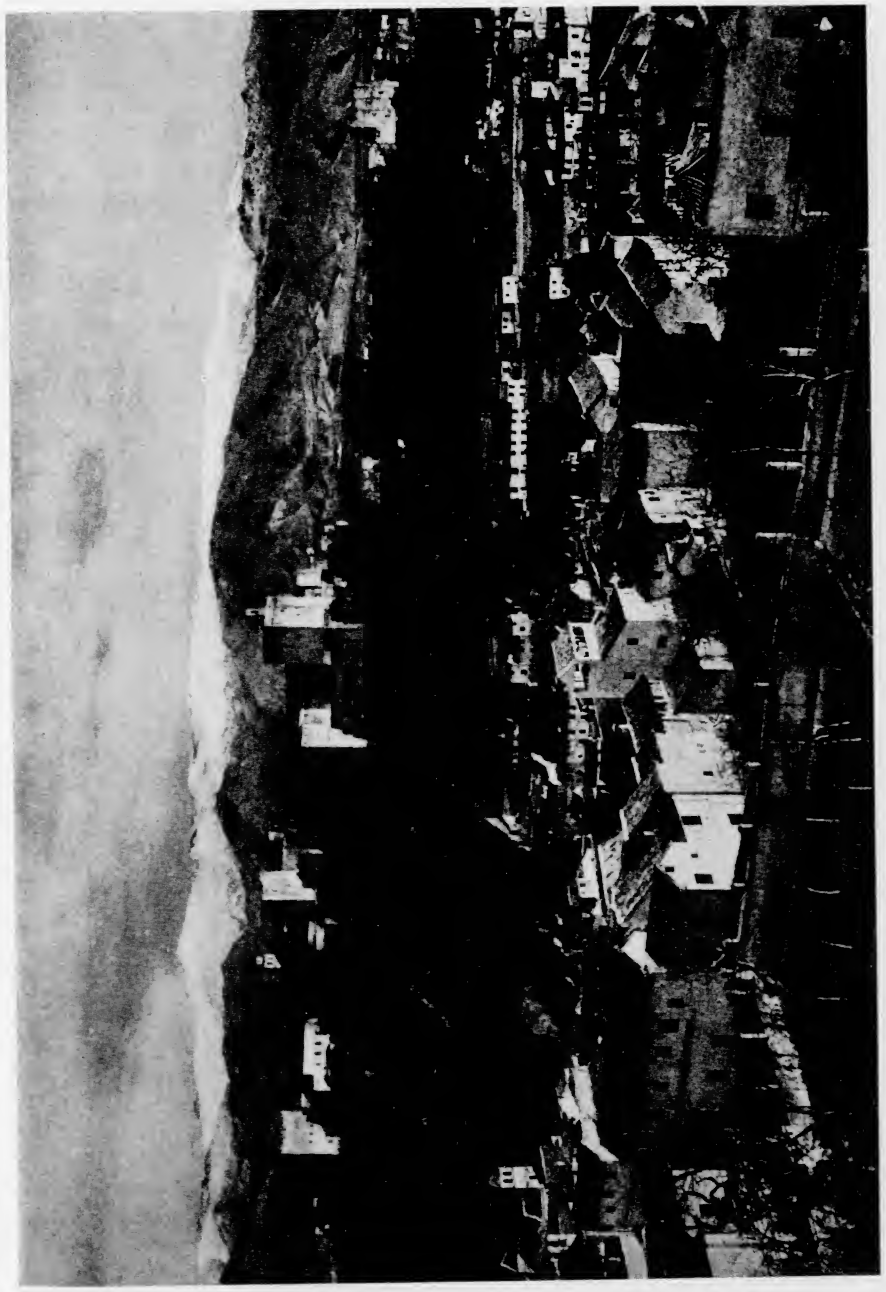
E bien çerca de los muros de la dicha çibdad mandó poner sus batallas; do pasaron algunas escaramuças con los caualleros de la dicha çibdad de Guadix. Por capitán de los quales estaua el Alatar, vn buen cauallero de Loxa, que allí era venido por mandato del rey de Granada, a fin de guardar aquella çibdad ȝ su tierra.

Y en tanto que la caualgada y todo el fardaje pasó, los peones talaron muchos panes ȝ huertas ȝ viñas. Y es çierto que des que vieron tan grant caualgada de moros y moras ȝ despojos ȝ ganados pasar por delante las puertas de Guadix, ȝ vieron las quemas ȝ fumos, ȝ supieron el grande estrago y destruyçión quel dicho señor Condestable en aquellos lugares ȝ en toda la tierra avía fecho, ovieron tanto dolor ȝ cobraron tan grande desmayo qual nunca jamás reçibieron.

E así la caualgada ȝ todo el fardaje pasado, mouió de allí en su ordenança, ȝ vino a dormir ȝ reposar esa noche a la torre de Xeque, légua ȝ media de la dicha çibdad de Guadix. Y otro día, viernes, partió de allí ȝ fué dormir al Sotogordo, que es çerca de los Picos de Guadiana.

Y así de las grandes jornadas como por cabsa de la sed, que es tierra muy seca, ȝ de la grant calentura del tiempo, ca era en la mayor fuerça de los canicolares, la gente padesció en este camino ȝ viaje muy grandísimo afán y trabajo; y del poco dormir, muchas personas perdieron el seso y estouieron locos de todo punto por algunos días. E así el señor Condestable continuó su camino, fasta quel domingo por la mañana entró por las puertas de la çibdad de Jahén, con muchos moros y moras catiuos, atados en cuerdas, ȝ asaz ganados vacunos, cabríos ȝ ovejunos, ȝ grandes despojos, ȝ mucha ȝ ricas joyas ȝ alfajas.

Donde así del estado de la clerecía e religión como del pueblo plebeo fué reçebido con grant solepnidad; solepnidad ȝ alegría, ȝ todos llorando de placer ȝ cantando Te Deum laudamus. Así como aquellos que, por los grandes desastres ȝ desauenturas que aquella çibdad avíen ocurrido en los tiempos pasados, tenían oluidado 2 ya no sabíen qué cosa era meter caualgada



Granada. La Alhambra y Sierra Nevada.

deuieran más ofender de sus gentes; mas plugo a nuestro señor Dios, por su santa piedad y clemençia, que sin ninguna pérdida dellas lo fizo y acabó, mirando y acatando quanto el dicho señor Condestable era temeroso dél y deuoto suyo.

Ya los dichos lugares entrados y robados, y puestos a fuego con todo lo que en los canpos estaua, que no paresçía el çielo ni el ayre de las grandes quemas e fumos, el dicho señor Condestable mandó recoger su caualgada, de muchos moros y moras catiuos, ȝ asaz ganados de diuersas maneras. Y poco más de mediodía mouió sus batallas ȝ fardaje, en buena ordenanç, ȝ tomó la vía camino derecho de la çibdad de Guadix, do llegó dos oras antes quel sol se pusiese.

E bien çerca de los muros de la dicha çibdad mandó poner sus batallas; do pasaron algunas escaramuças con los caualleros de la dicha çibdad de Guadix. Por capitán de los quales estaua el Alatar, vn buen cauallero de Loxa, que allí era venido por mandato del rey de Granada, a fin de guardar aquella çibdad ȝ su tierra.

Y en tanto que la caualgada y todo el fardaje pasó, los peones talaron muchos panes ȝ huertas ȝ viñas. Y es çierto que des que vieron tan grant caualgada de moros y moras ȝ despojos ȝ ganados pasar por delante las puertas de Guadix, ȝ vieron las quemas ȝ fumos, ȝ supieron el grande estrago y destruyçión quel dicho señor Condestable en aquellos lugares ȝ en toda la tierra avía fecho, ovieron tanto dolor ȝ cobraron tan grande desmayo qual nunca jamás reçibieron.

E así la caualgada ȝ todo el fardaje pasado, mouió de allí en su ordenança, ȝ vino a dormir ȝ reposar esa noche a la torre de Xeque, légua ȝ media de la dicha çibdad de Guadix. Y otro día, viernes, partió de allí ȝ fué dormir al Sotogordo, que es çerca de los Picos de Guadiana.

Y así de las grandes jornadas como por cabsa de la sed, que es tierra muy seca, ȝ de la grant calentura del tiempo, ca era en la mayor fuerça de los canicolares, la gente padesció en este camino ȝ viaje muy grandísimo afán y trabajo; y del poco dormir, muchas personas perdieron el seso y estouieron locos de todo punto por algunos días. E así el señor Condestable continuó su camino, fasta quel domingo por la mañana entró por las puertas de la çibdad de Jahén, con muchos moros y moras catiuos, atados en cuerdas, ȝ asaz ganados vacunos, cabríos ȝ ovejunos, ȝ grandes despojos, ȝ mucha ȝ ricas joyas ȝ alfajas.

Donde así del estado de la clerecía e religión como del pueblo plebeo fué reçebido con grant solepnidad; solepnidad ȝ alegría, ȝ todos llorando de placer ȝ cantando Te Deum laudamus. Así como aquellos que, por los grandes desastres ȝ desauenturas que aquella çibdad avíen ocurrido en los tiempos pasados, tenían oluidado 2 ya no sabíen qué cosa era meter caualgada

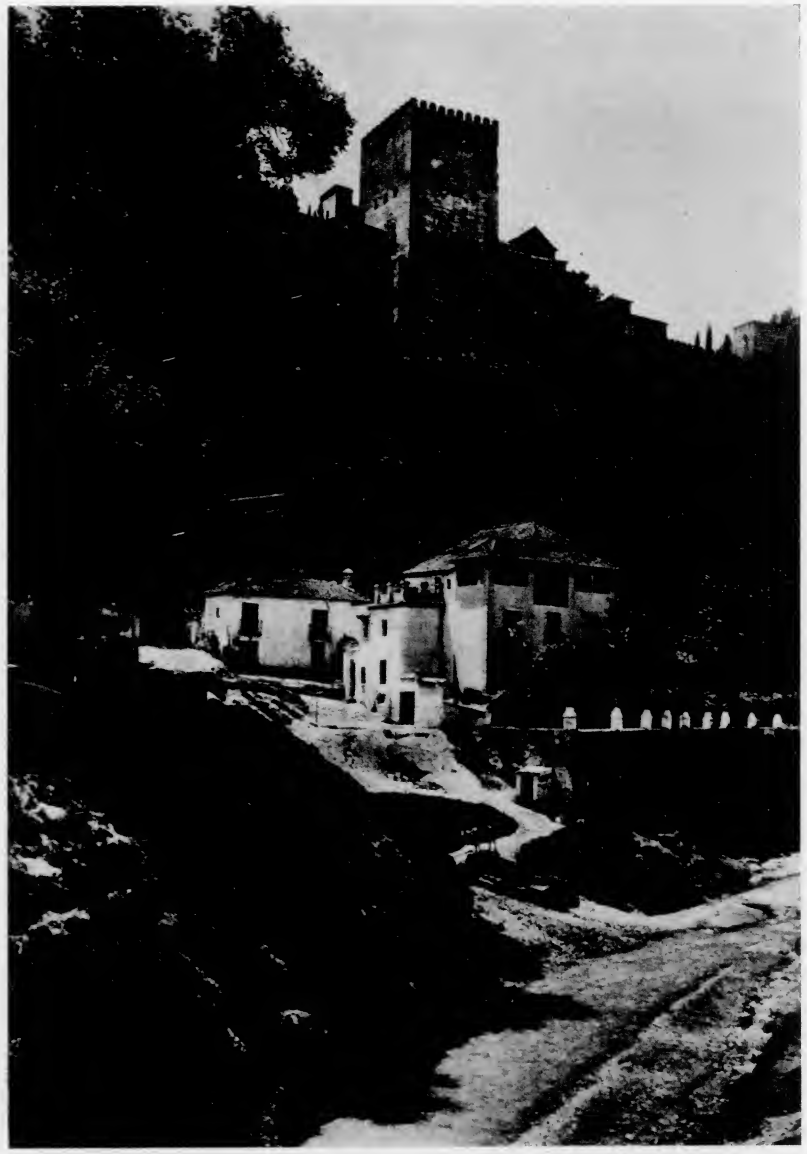
Granada. La Alhambra y Sierra Nevada.

Granada. La Alhambra desde el Generalife.

Granada. Las Torres Bermejas desde los adarves.

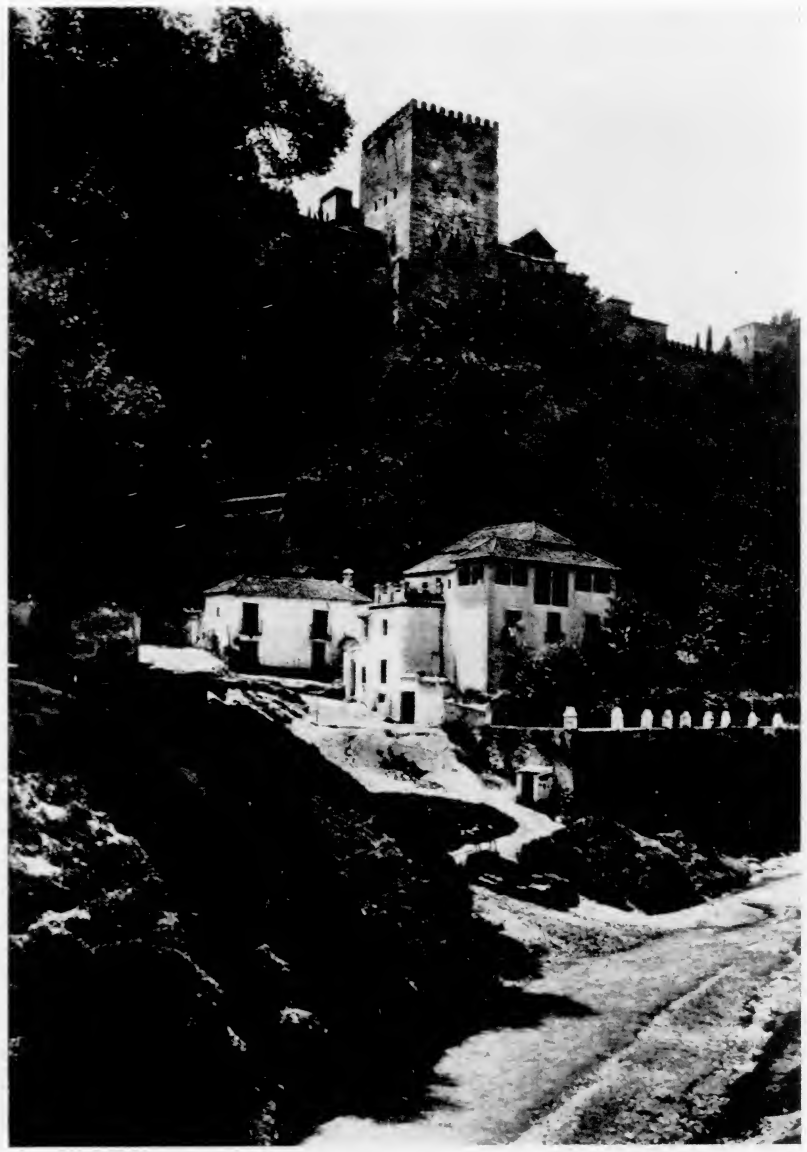
Granada. La Alhambra desde el Generalife.

Granada. Las Torres Bermejas desde los adarves.



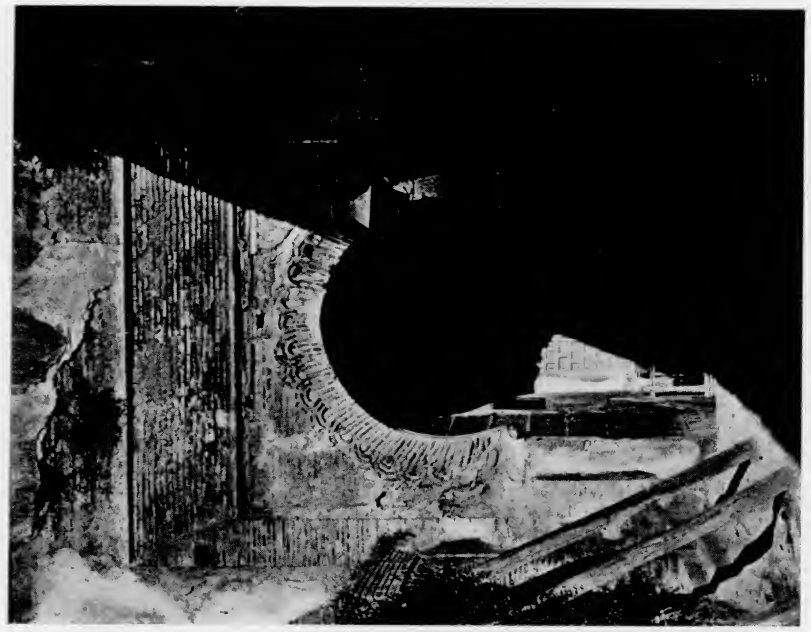
Granada. La Alhambra desde el Genil.

Granada. La torre de Los Picos, desde el camino interior.

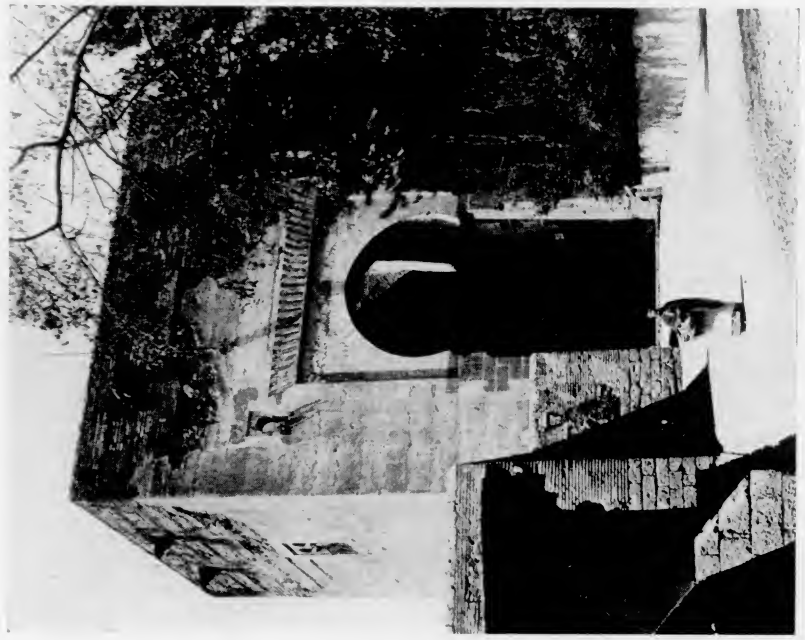


Granada. La Alhambra desde el Genil.

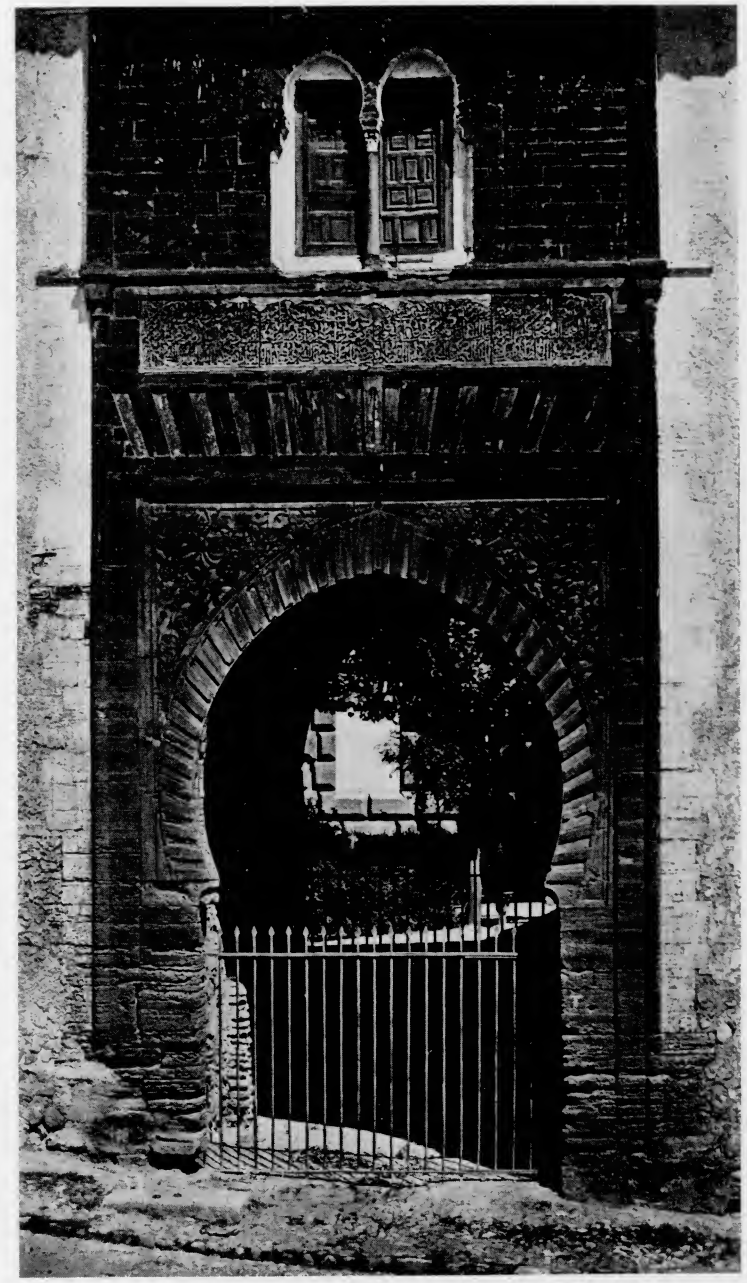
Granada. La torre de Los Picos, desde el camino interior.



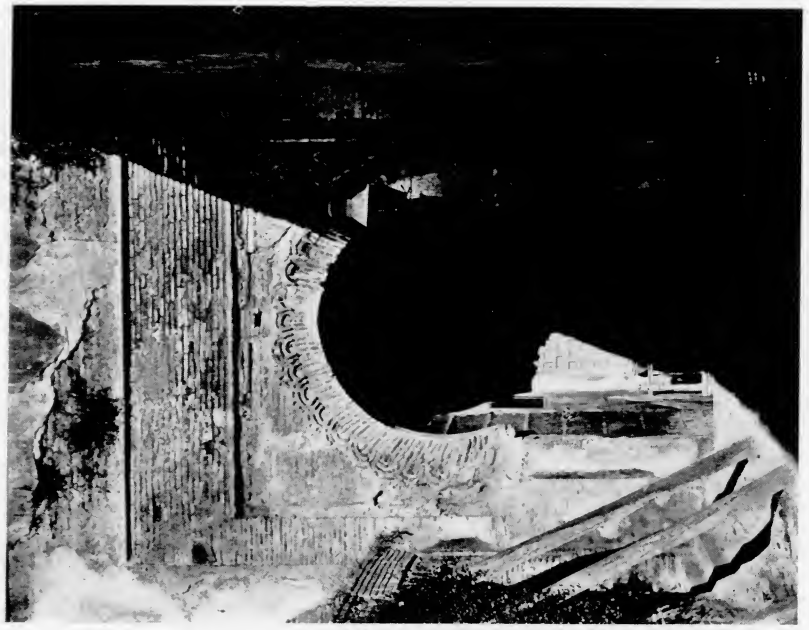
Granada. Puerta interior de la Torre de la Justicia.



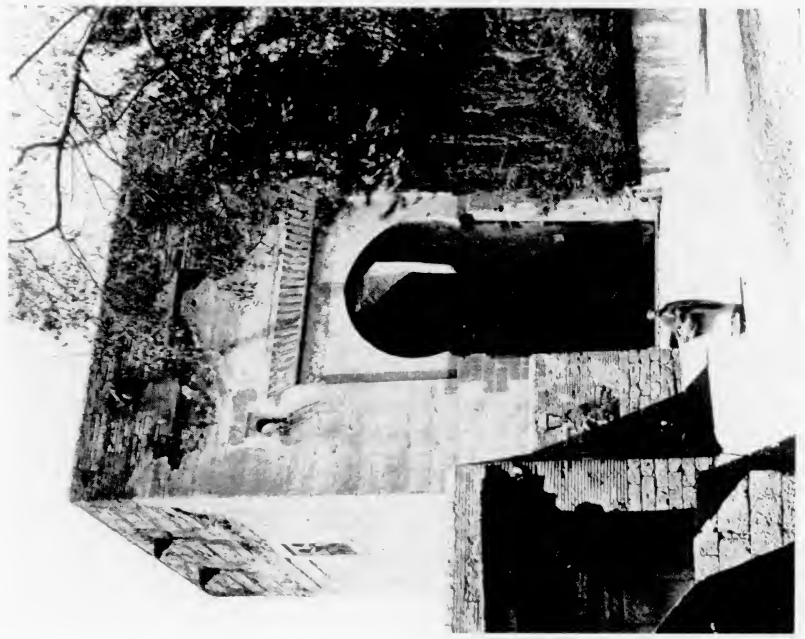
Granada. Puerta exterior de la Torre de la Justicia.



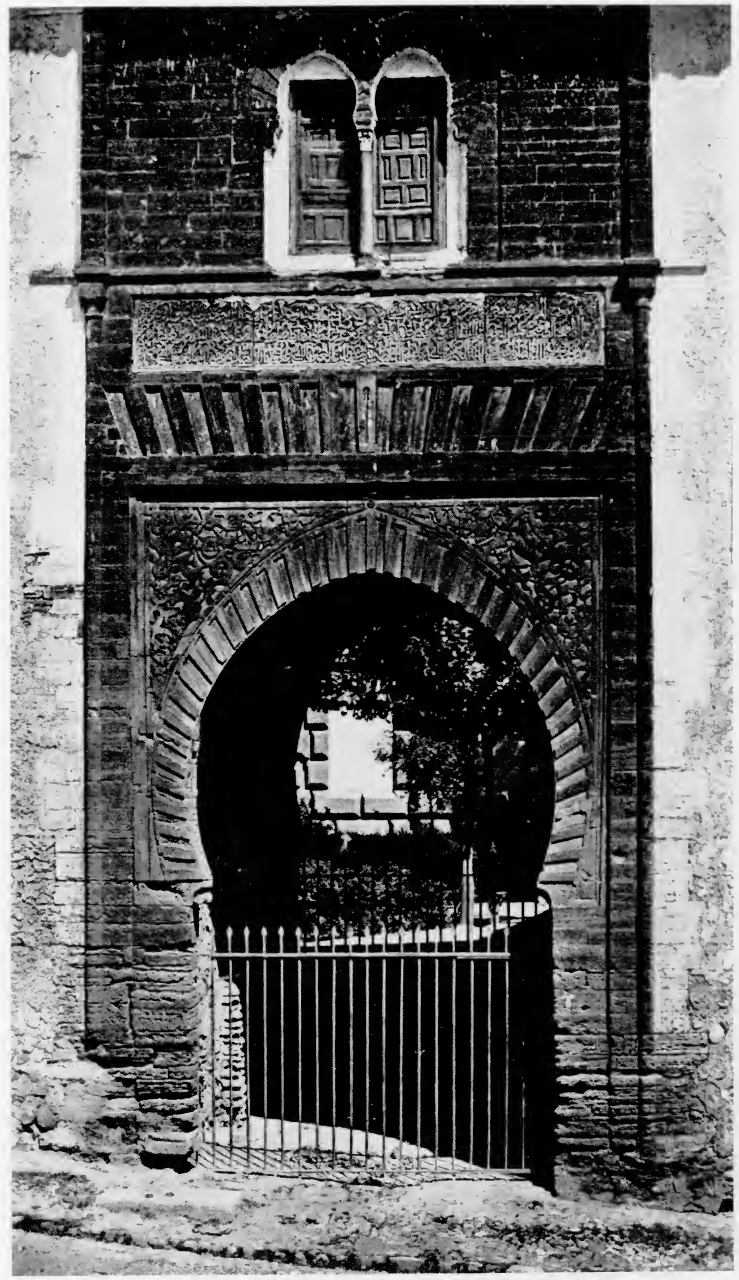
Granada. Puerta del Vino por la parte de Poniente.



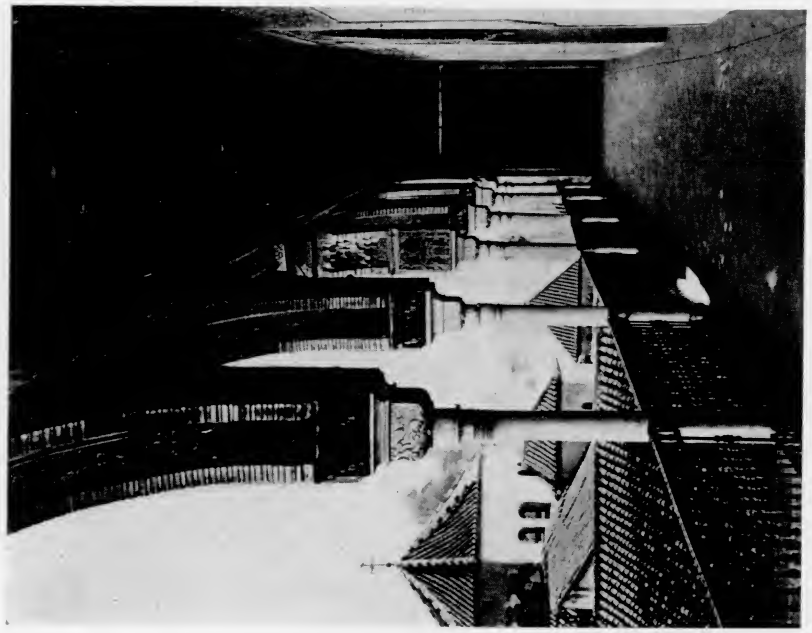
Granada. Puerta interior de la Torre de la Justicia.



Granada. Puerta exterior de la Torre de la Justicia.

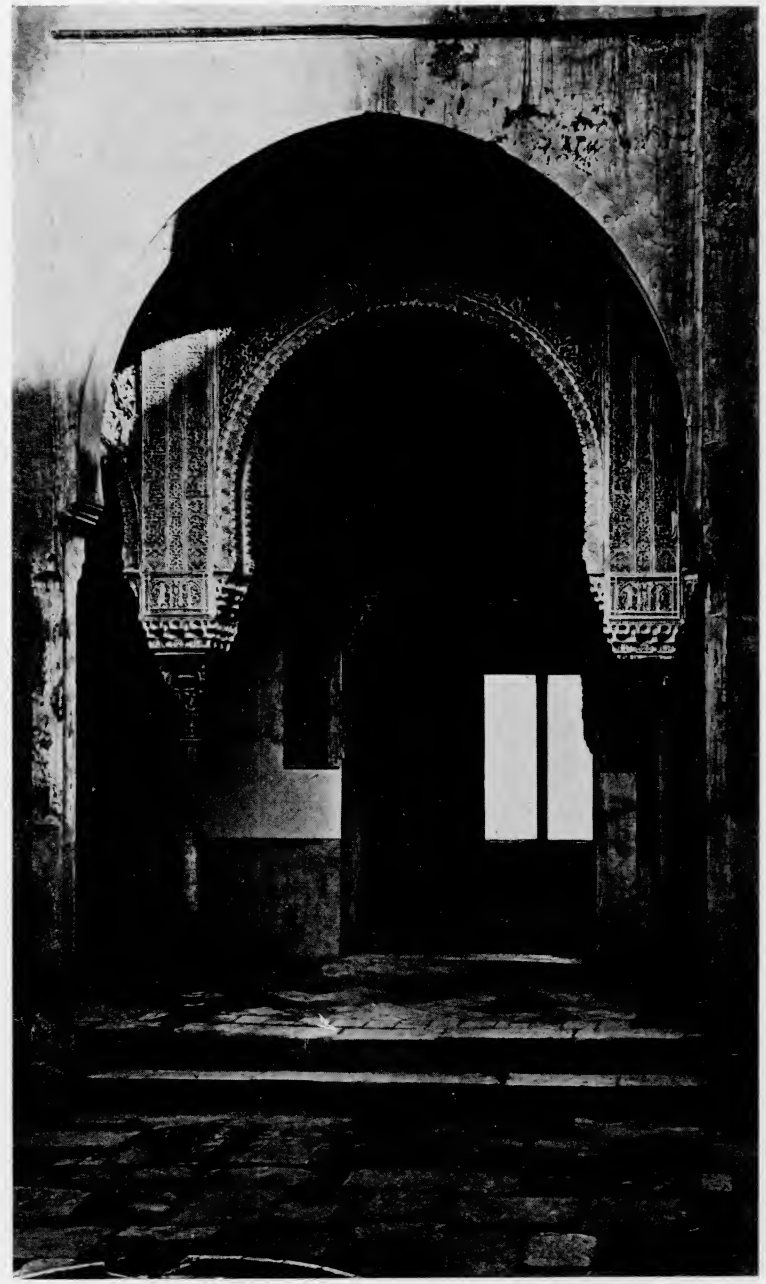


Granada. Puerta del Vino por la parte de Poniente.

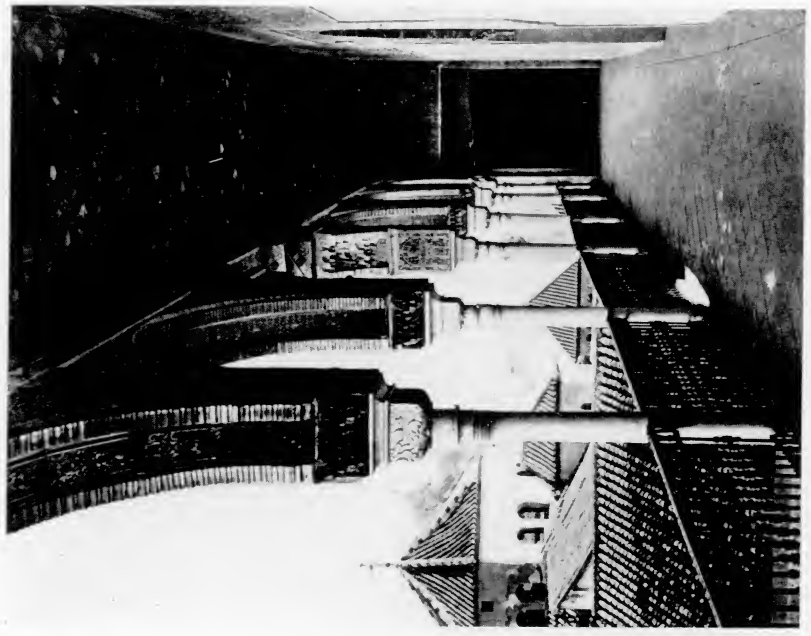


Granada. Alhambra. Mirador de la Reina.

Granada. Alhambra. Jardín de Lindaraja.



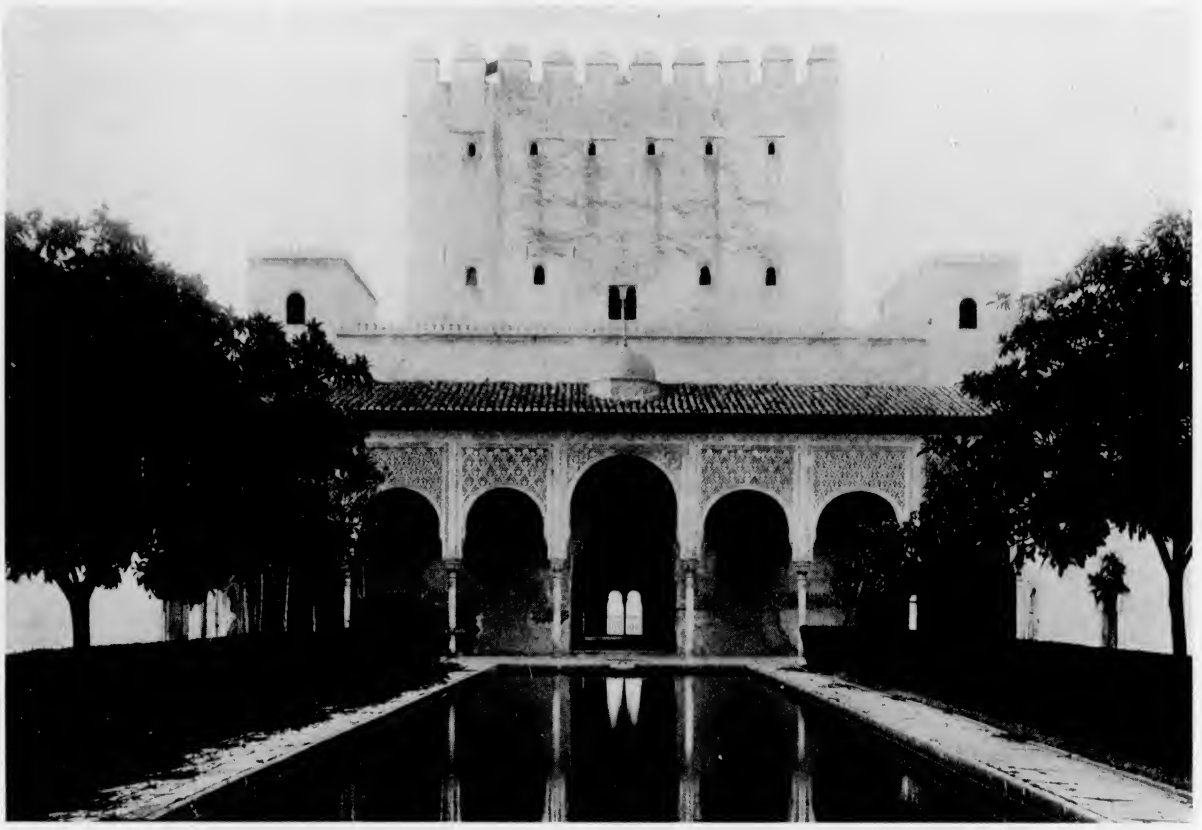
Granada. Alhambra. Puerta del Patio de Machuca.



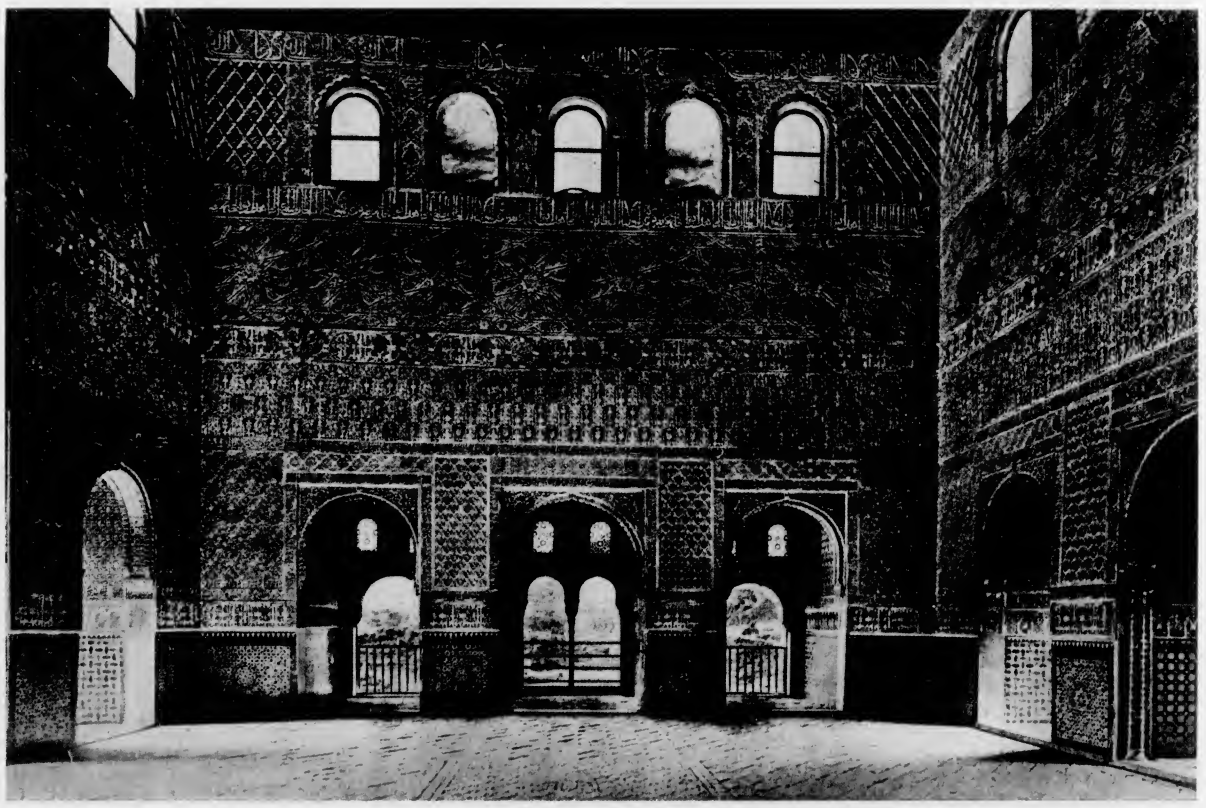
Granada. Alhambra. Mirador de la Reina.

Granada. Alhambra. Jardín de Lindaraja.

Granada. Alhambra. Puerta del Patio de Machuca.

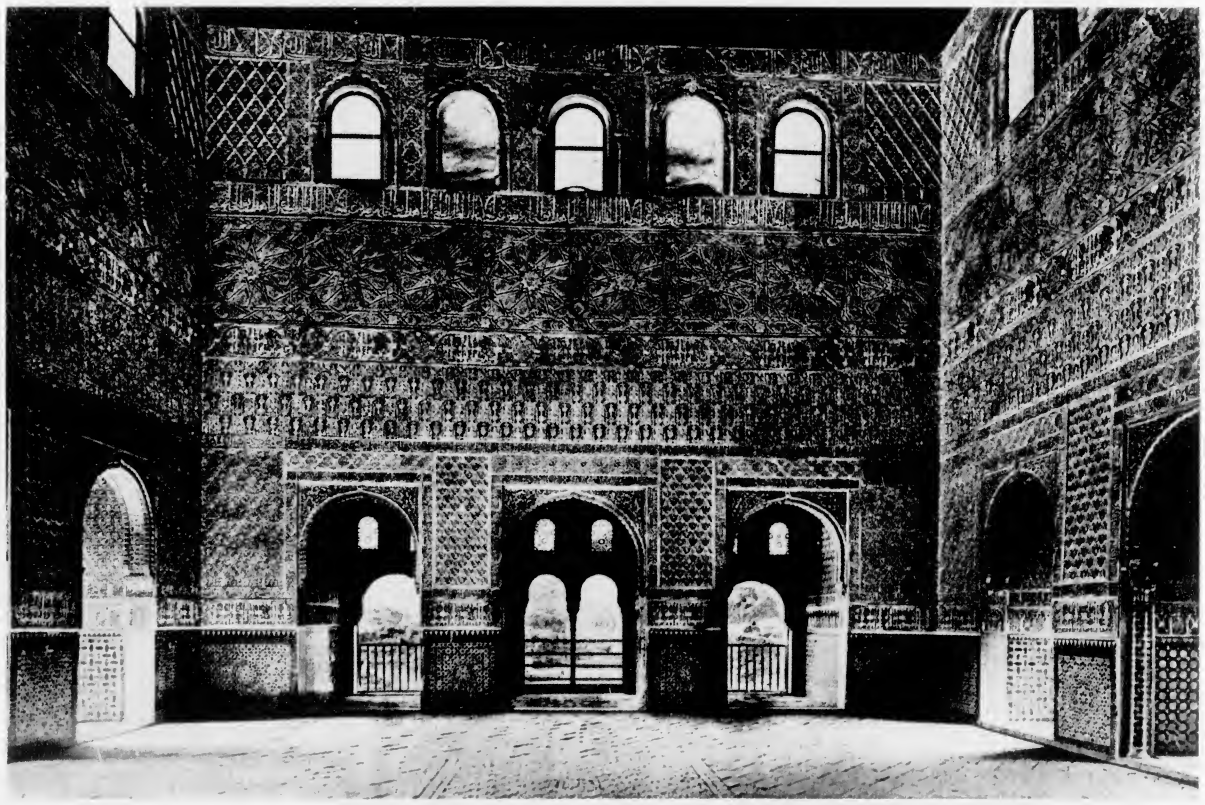


Granada. Alhambra. Patio de los Arrayanes y Torre de Comares.

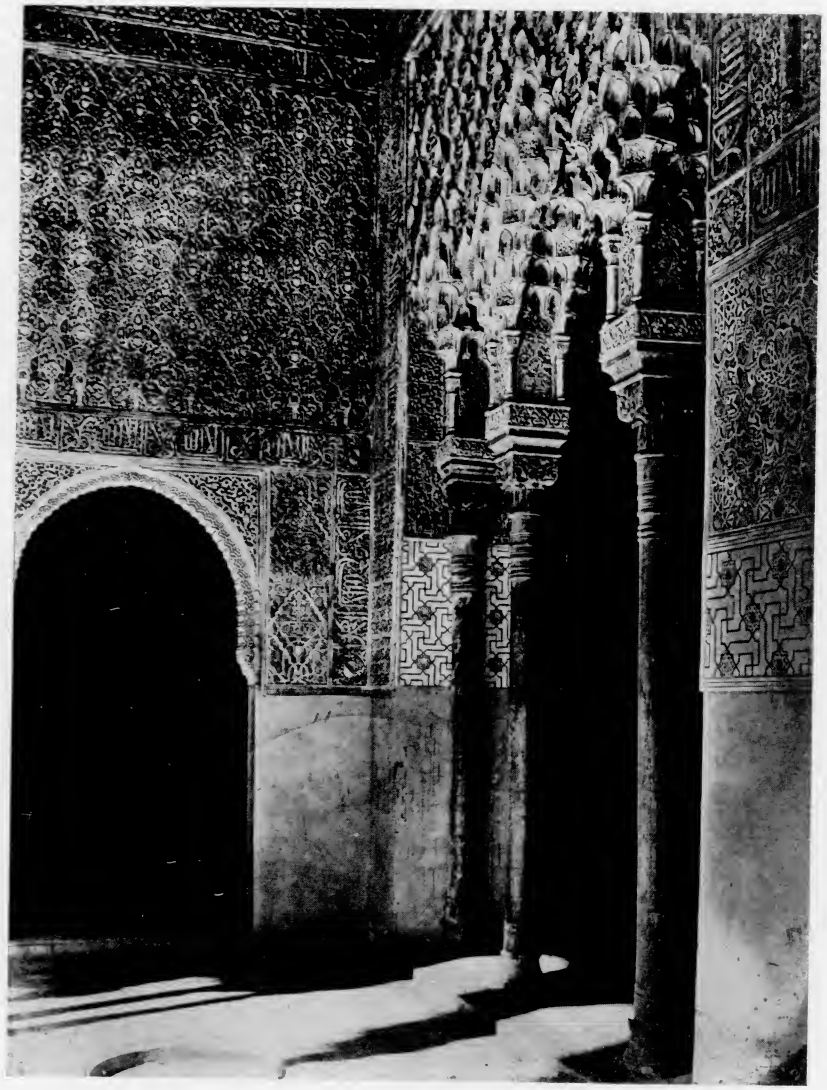


Granada. Alhambra. Salón de Comares o Embajadores.

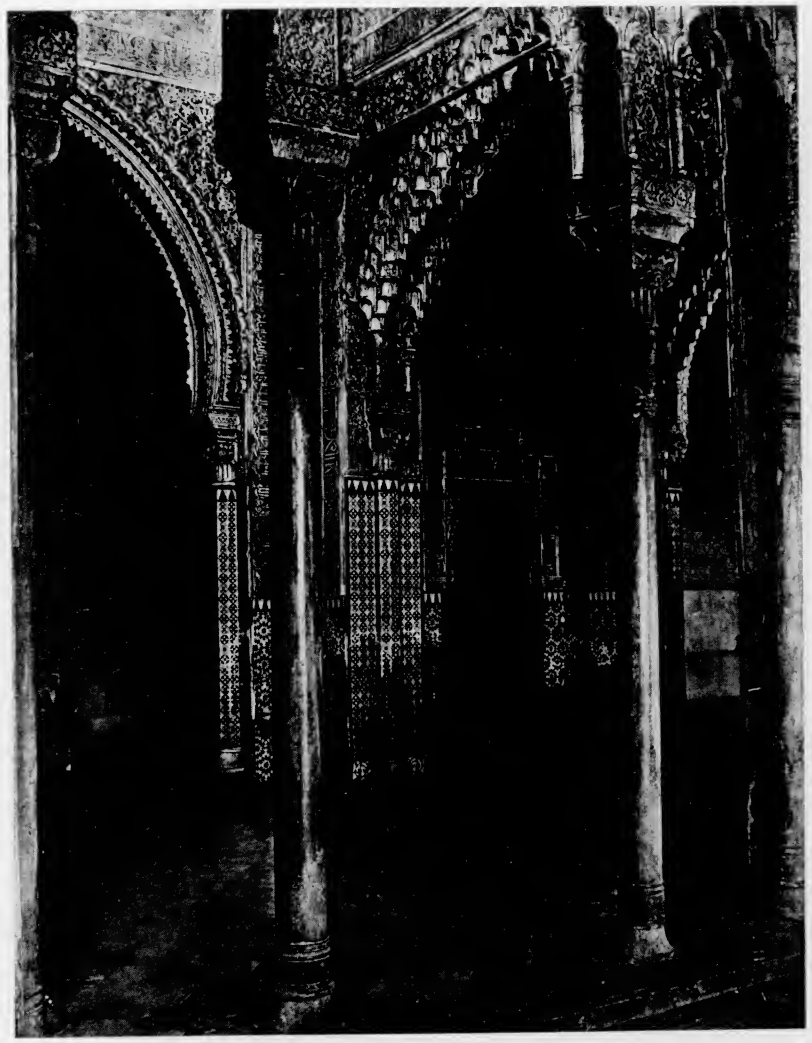
Granada. Alhambra. Patio de los Arrayanes y Torre de Comares.



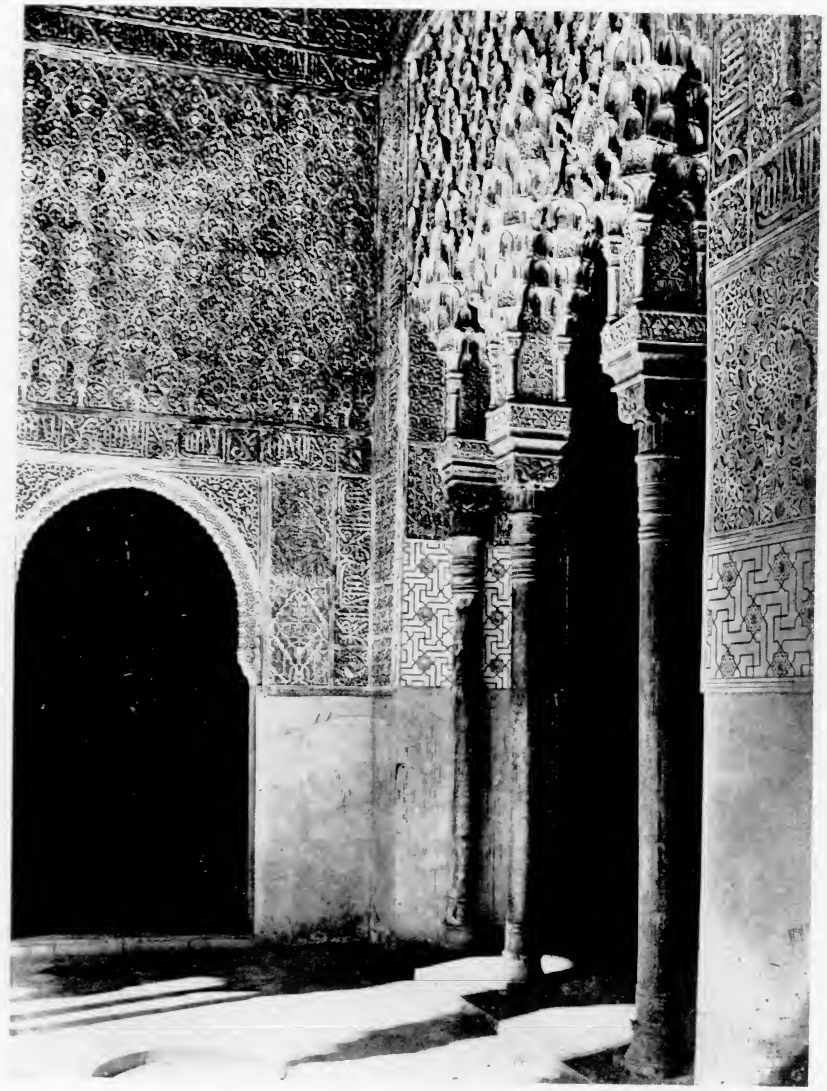
Granada. Alhambra. Salón de Comares o Embajadores.



Granada. Alhambra. Entrada a la Sala de la Justicia.



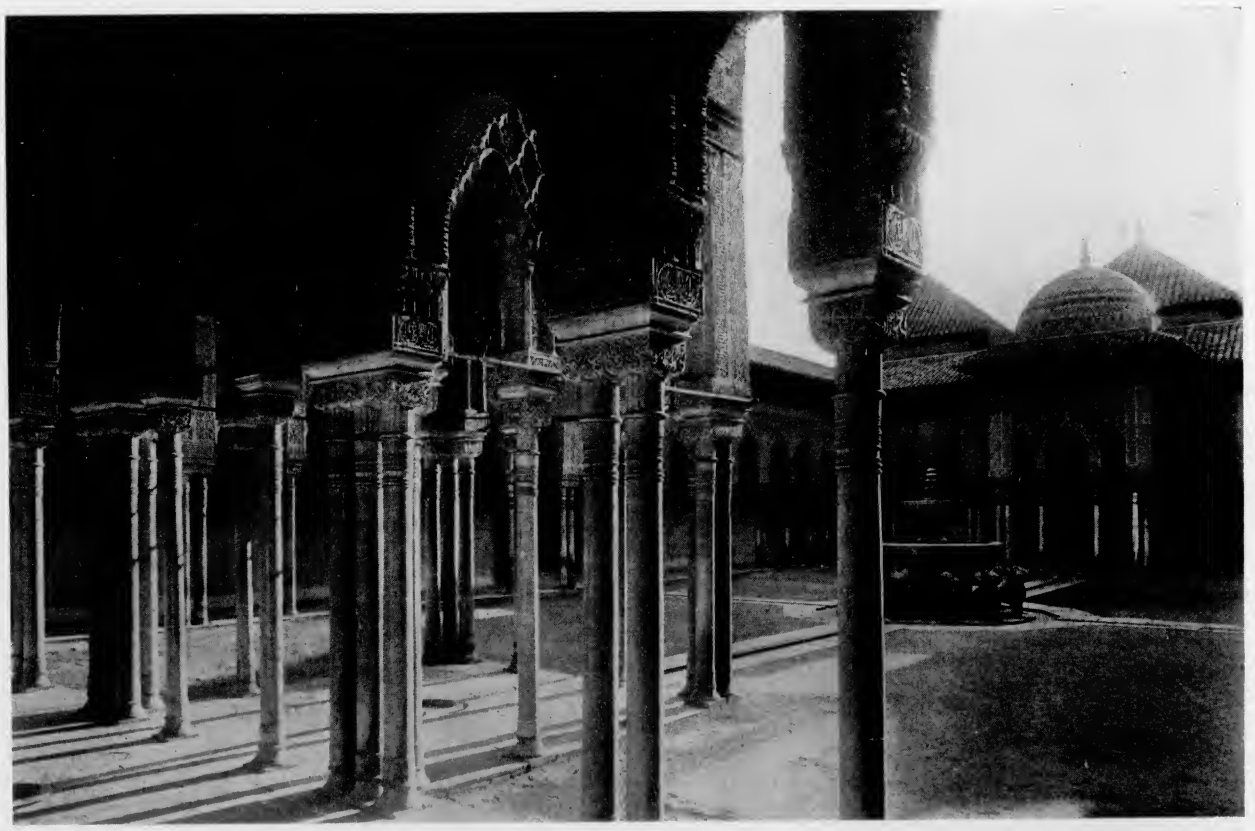
Granada. Alhambra. Sala de la Justicia desde la galería.



Granada. Alhambra. Entrada a la Sala de la Justicia.

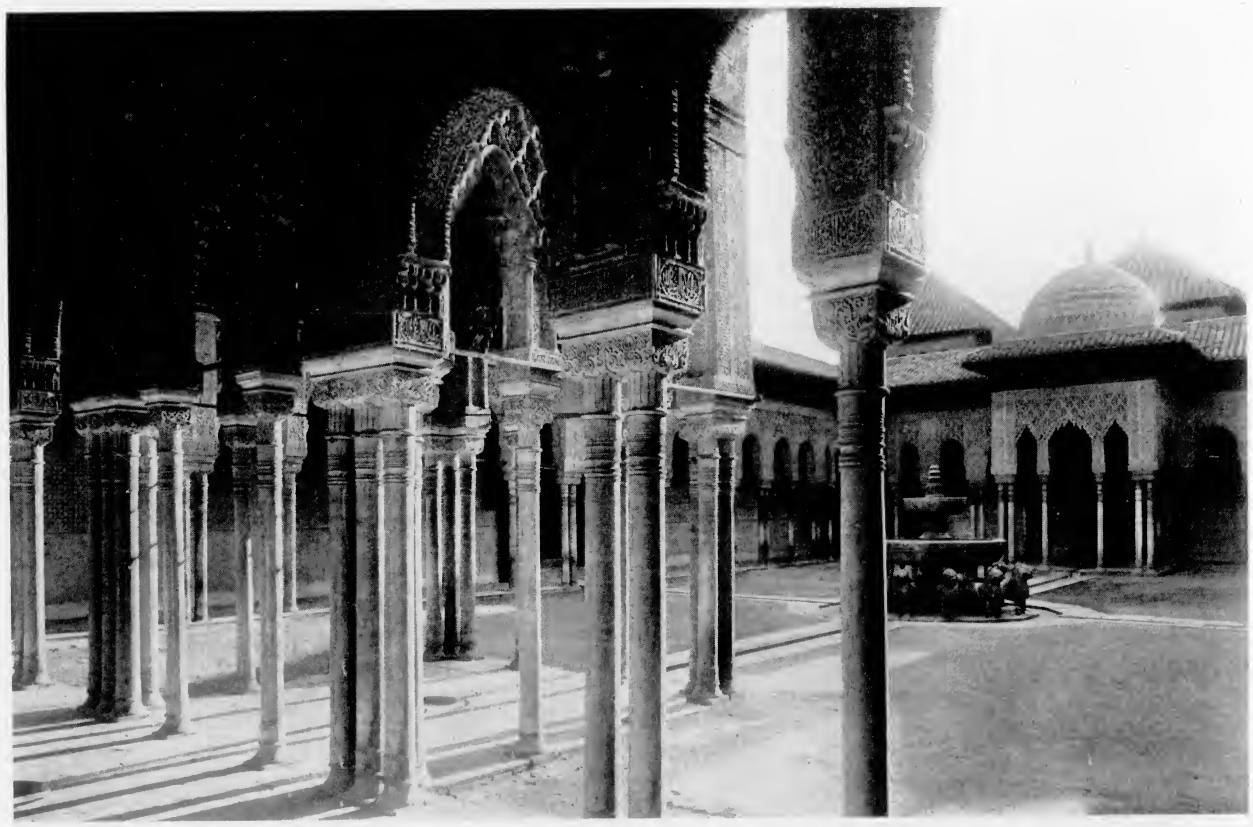
Granada. Alhambra. Sala de la Justicia desde la galería.

Granada. Alhambra. Vista general del Patio de los Leones.

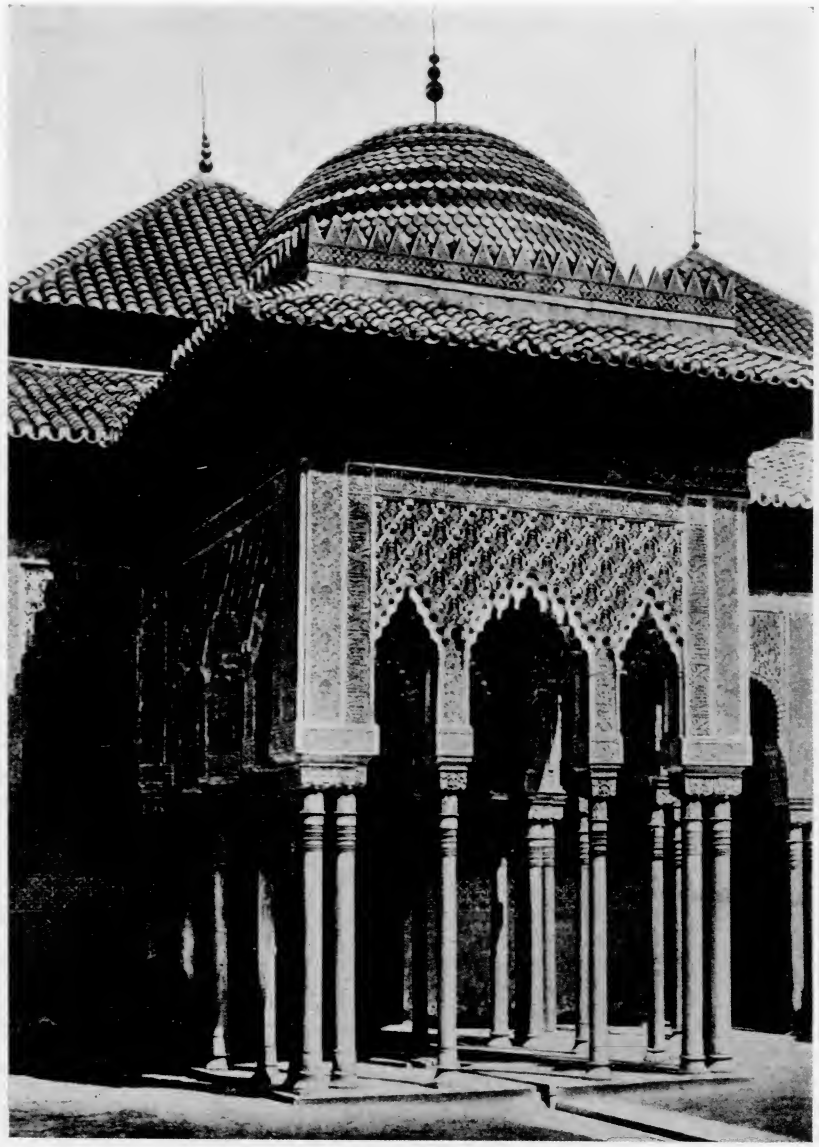


Granada. Alhambra. El Patio de los Leones visto desde Poniente.

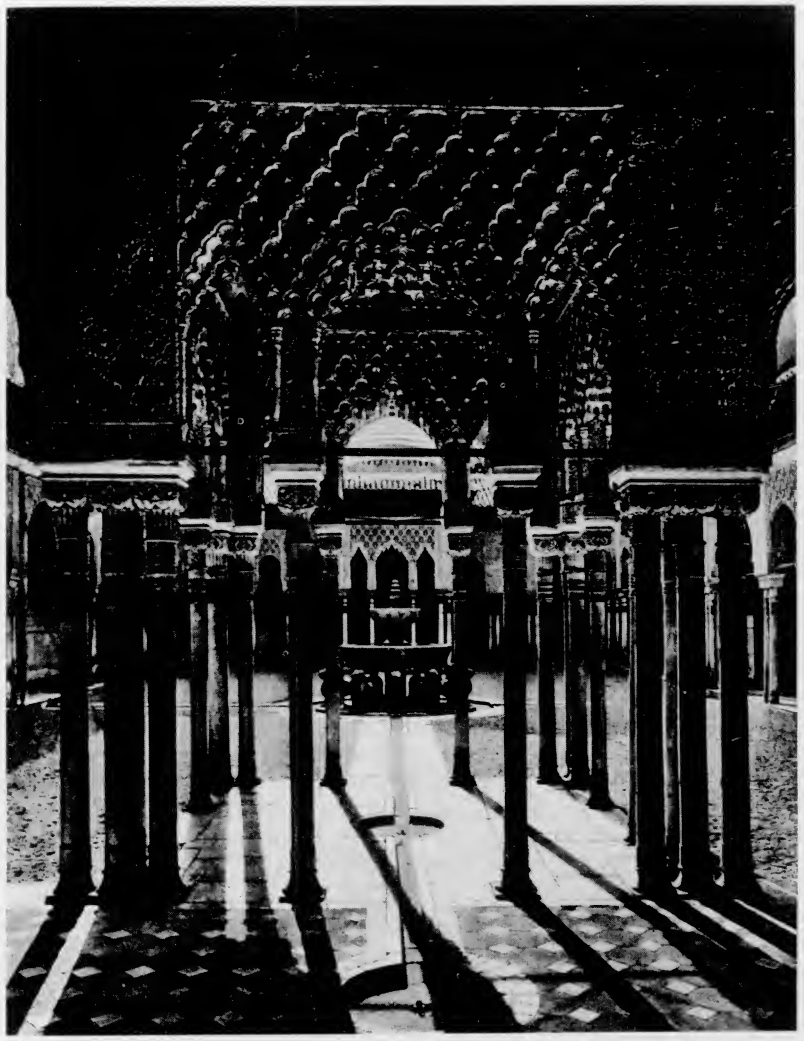
Granada. Alhambra. Vista general del Patio de los Leones.



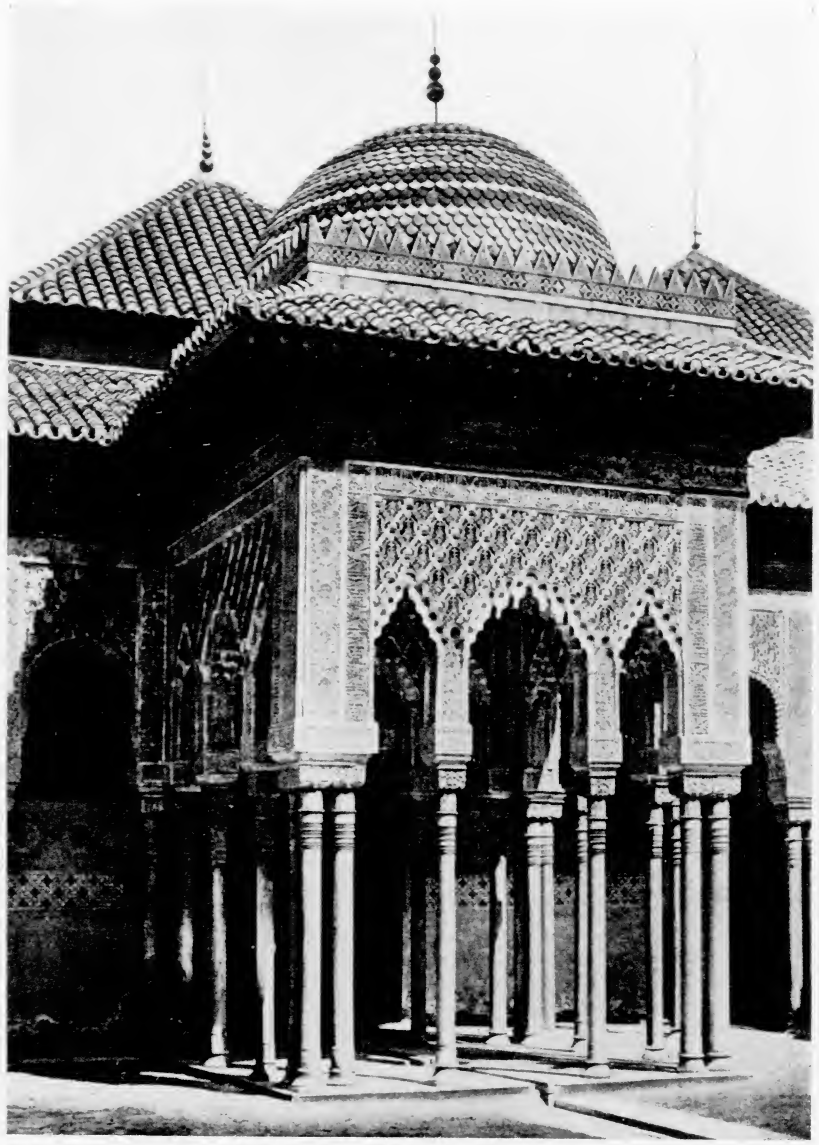
Granada. Alhambra. El Patio de los Leones visto desde Poniente.



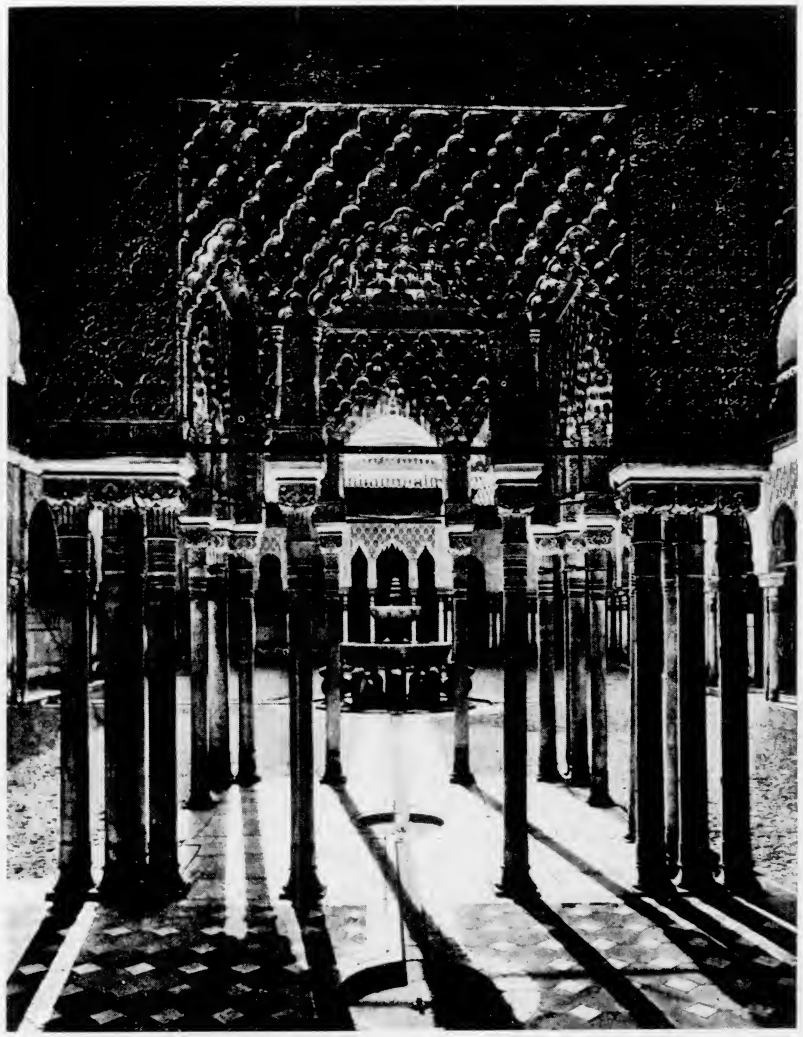
Granada. Alhambra. Pabellón del Patio de los Leones.



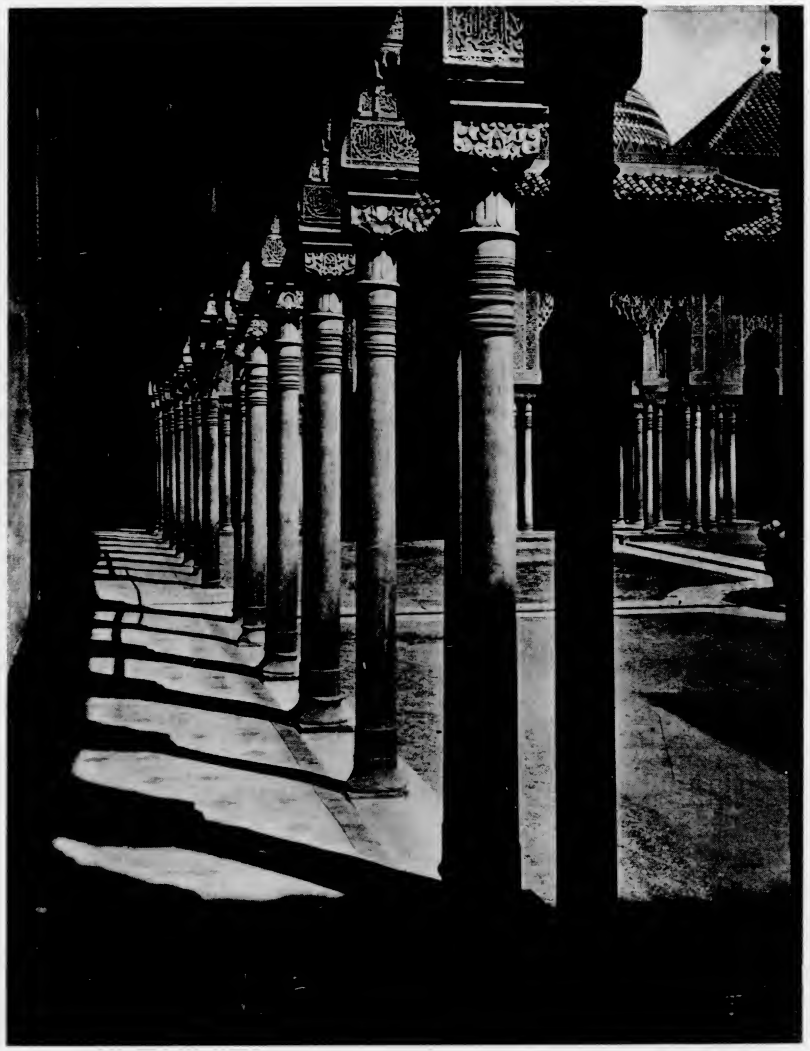
Granada. Alhambra. El Patio de los Leones visto desde el peristilo.



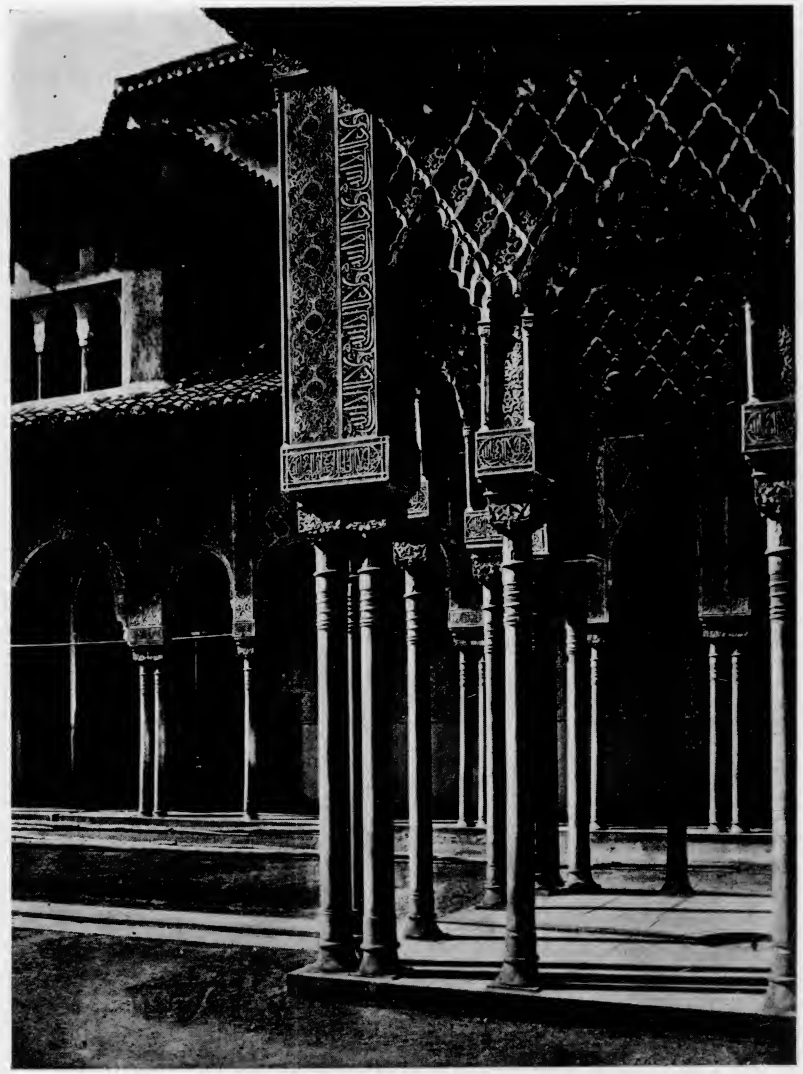
Granada. Alhambra. Pabellón del Patio de los Leones.



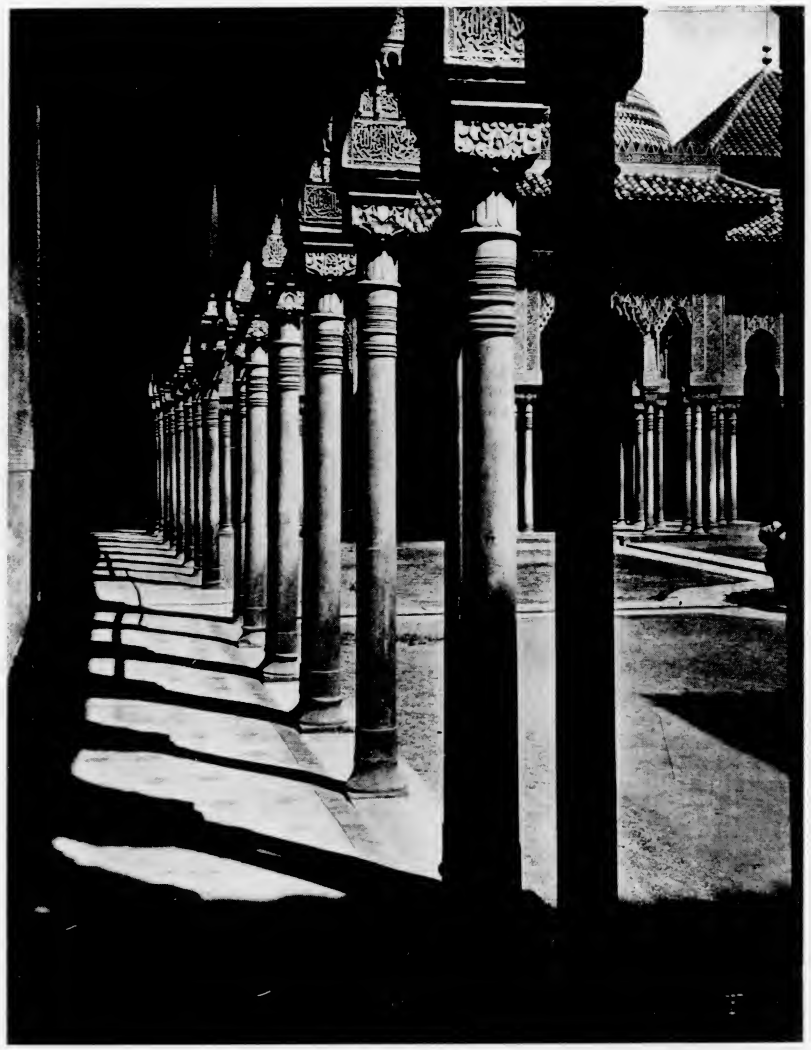
Granada. Alhambra. El Patio de los Leones visto desde el peristilo.



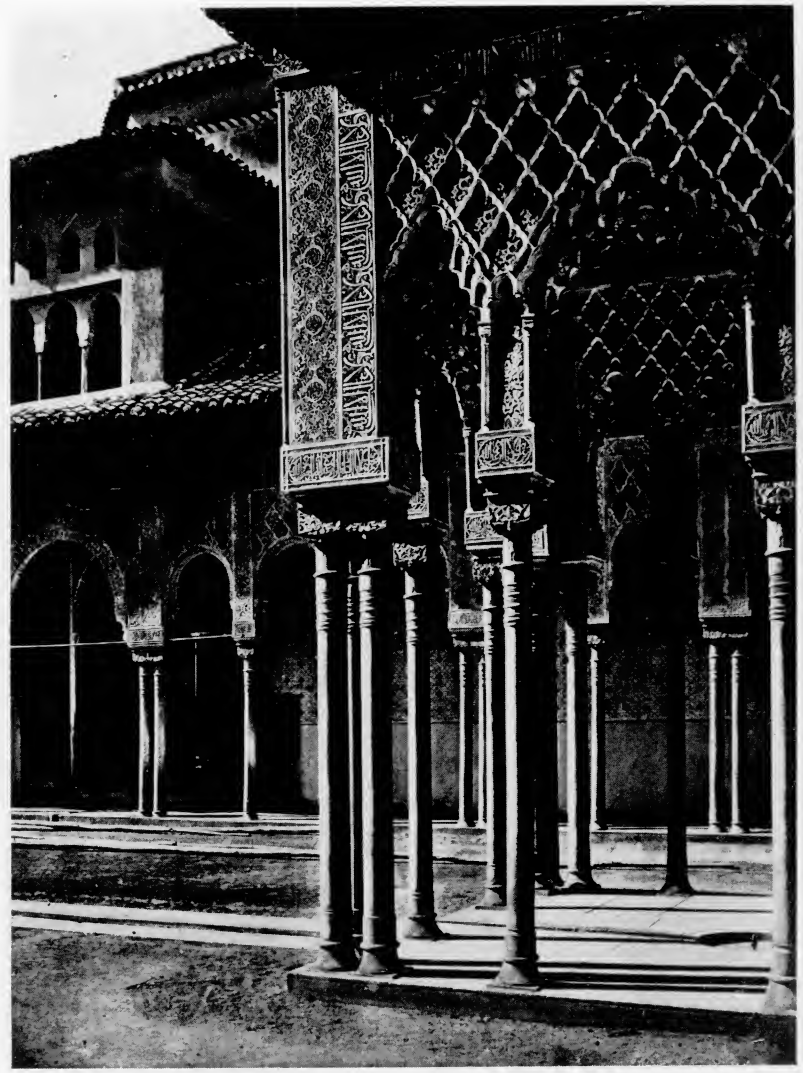
Granada. Alhambra. Galería lateral del Patio de los Leones.



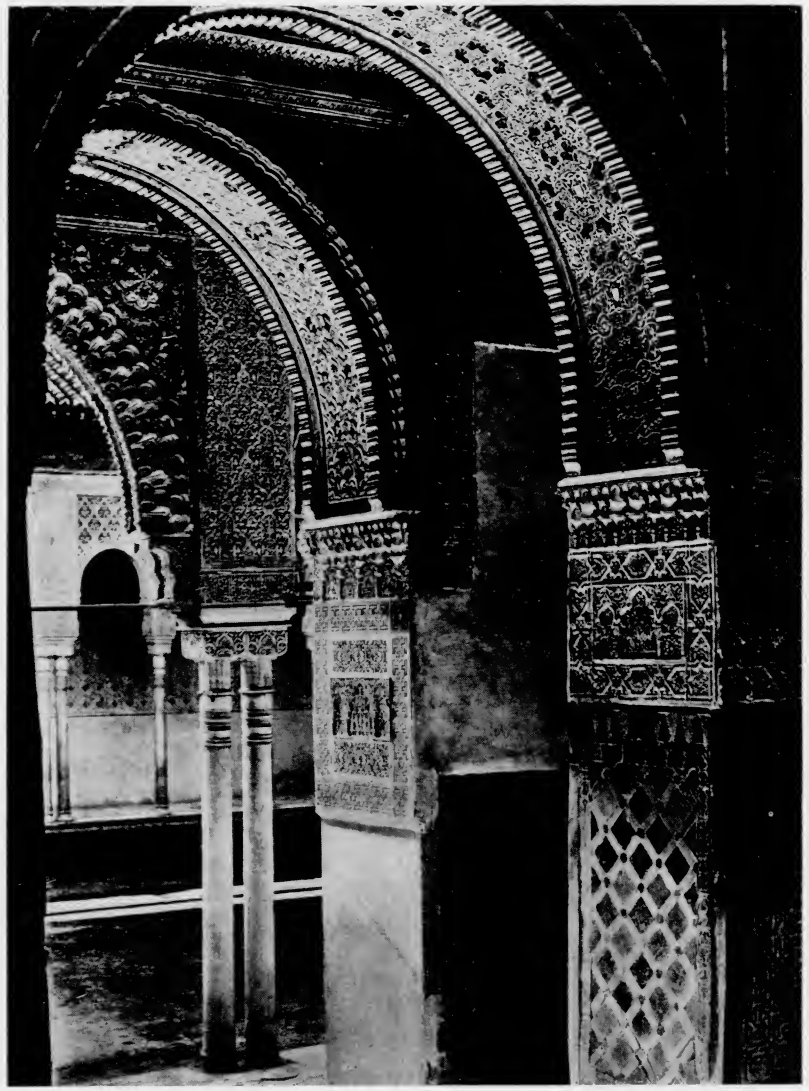
Granada. Alhambra. Puerta de la Sala de las Dos Hermanas.



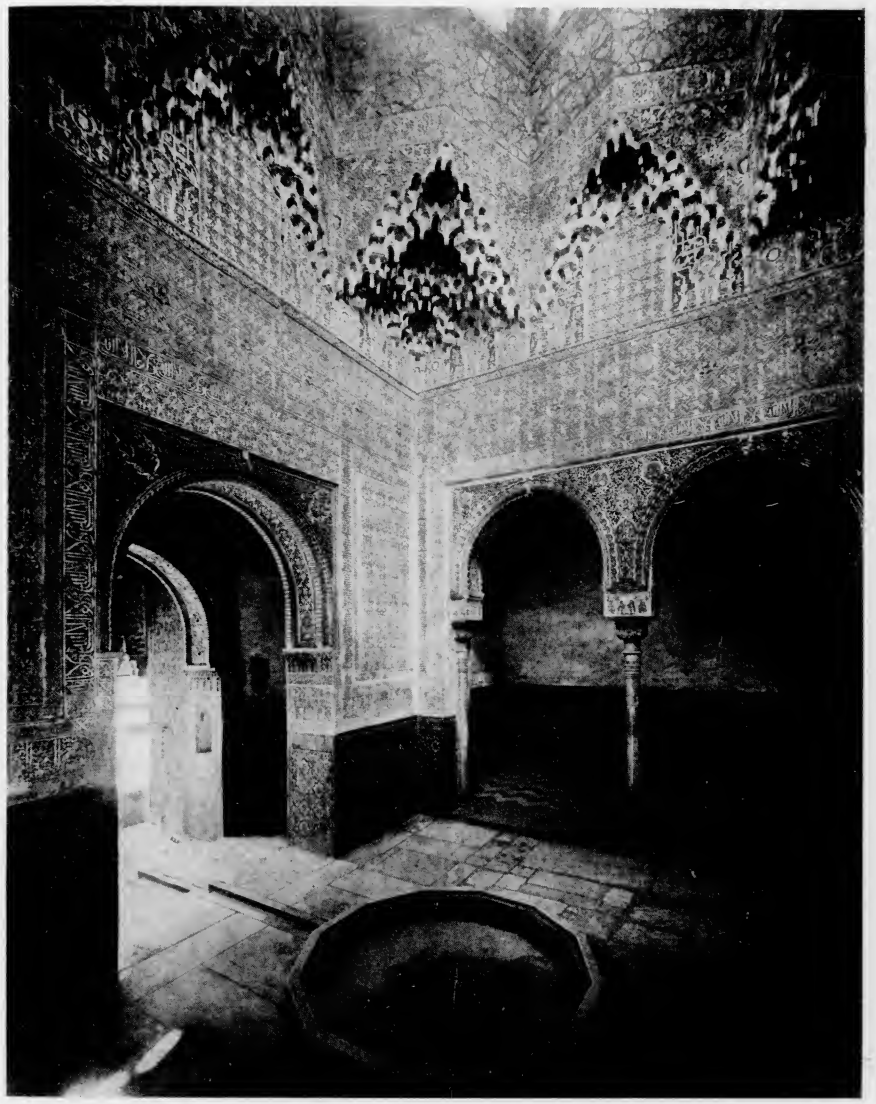
Granada. Alhambra. Galería lateral del Patio de los Leones.



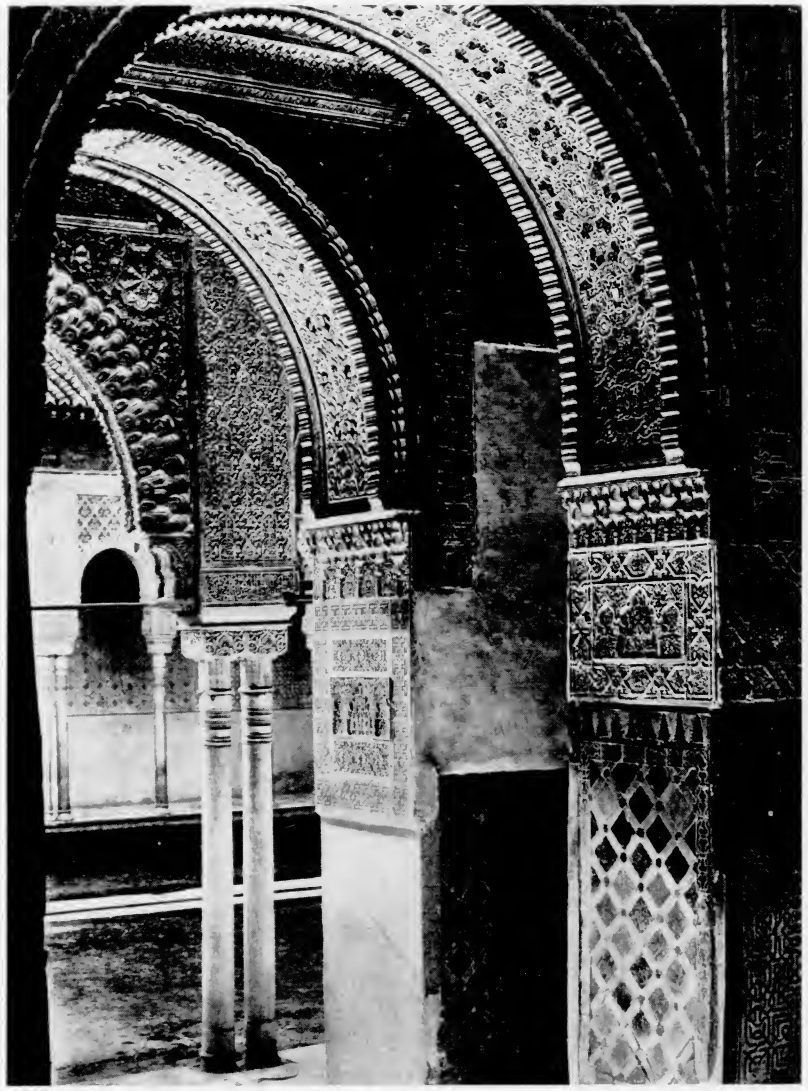
Granada. Alhambra. Puerta de la Saia de las Dos Hermanas.



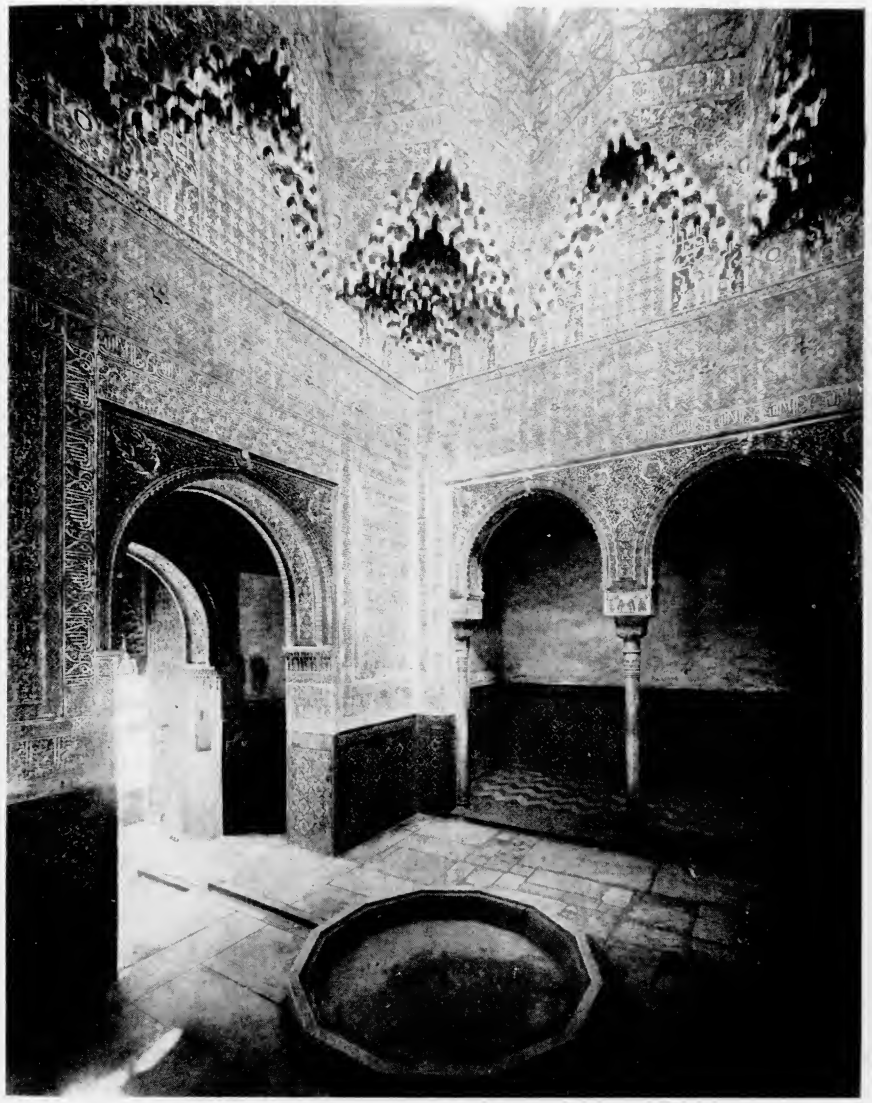
Granada. Alhambra. Interior de la puerta de las Dos Hermanas.



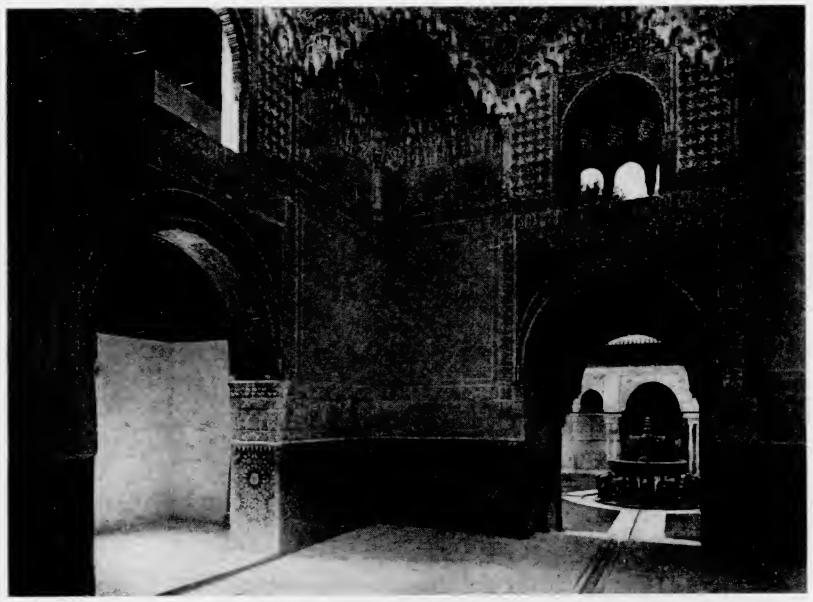
Granada. Alhambra. Sala de los Abencerrajes.



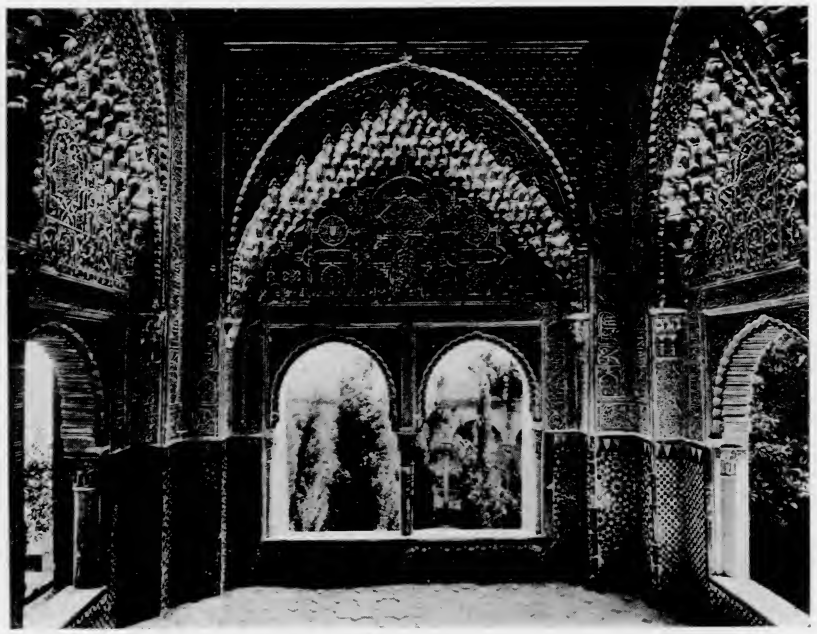
Granada. Alhambra. Interior de la puerta de las Dos Hermanas.



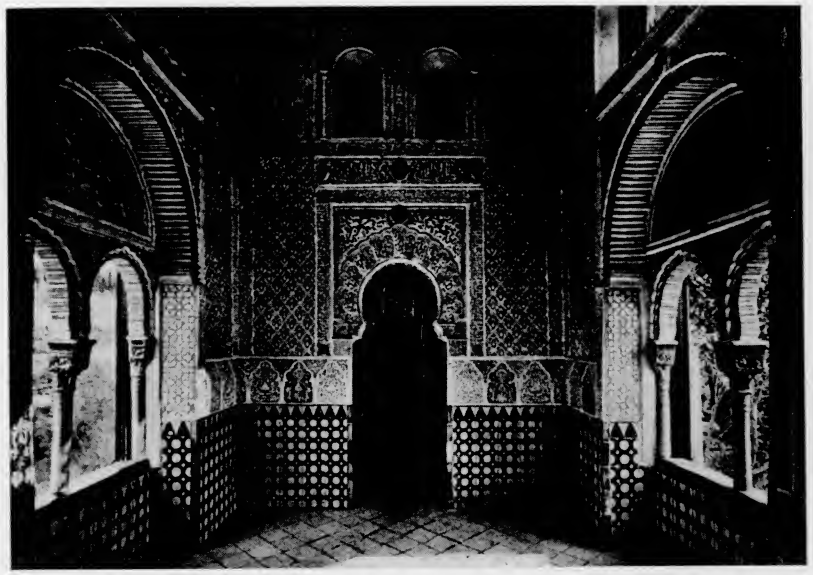
Granada. Alhambra. Sala de los Abencerrajes.



Granada. Alhambra. Sala de las Dos Hermanas desde el Mirador.

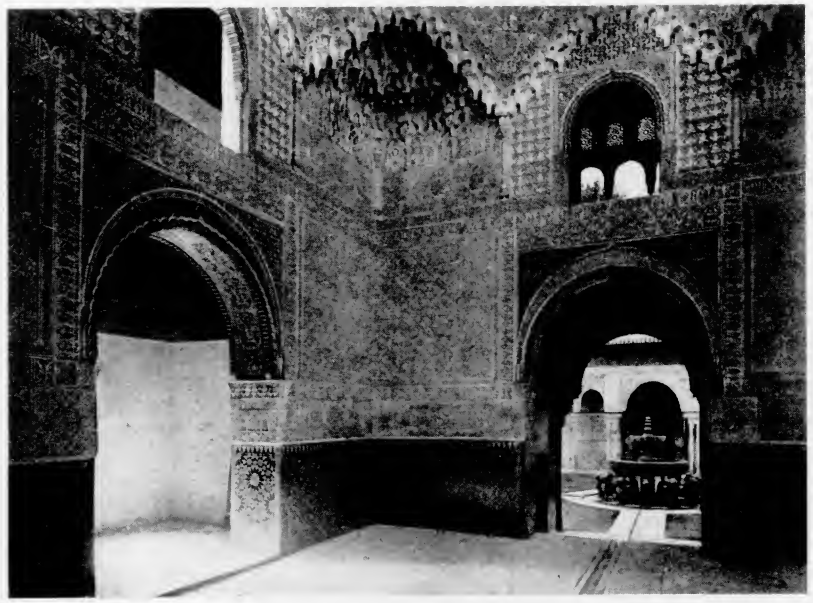


Granada. Alhambra. Mirador de Lindaraja.

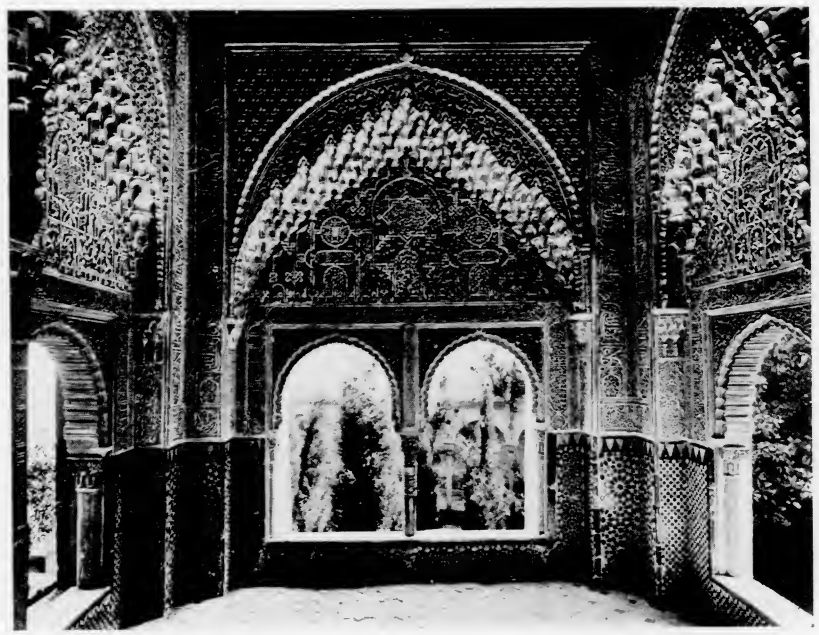


Granada. Alhambra. Interior del Oratorio.

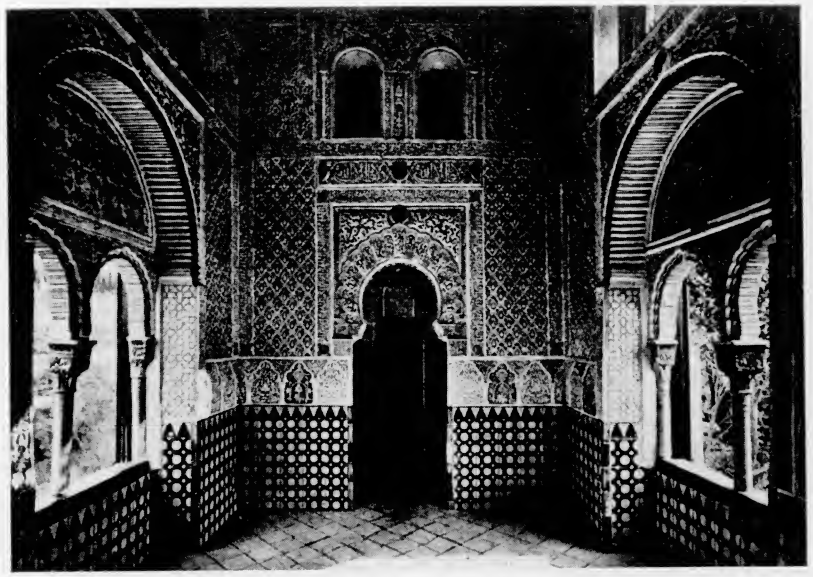
Granada. Alhambra. Baños del Sultán.



Granada. Alhambra. Sala de las Dos Hermanas desde el Mirador.

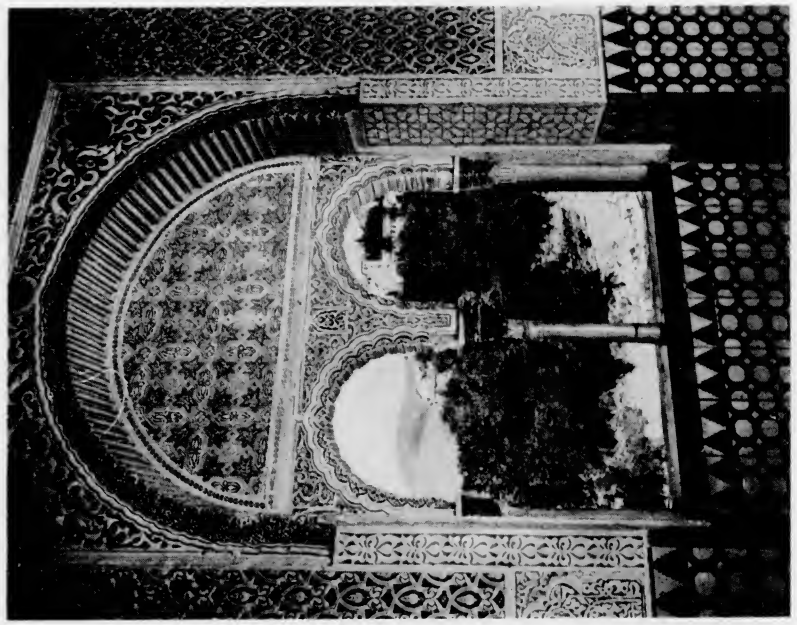


Granada. Alhambra. Mirador de Lindaraja.

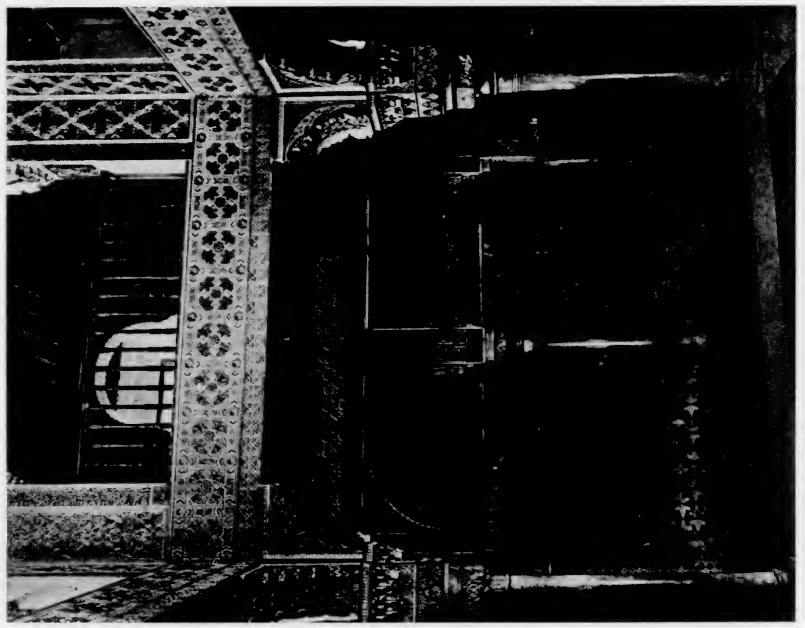


Granada. Alhambra. Interior del Oratorio.

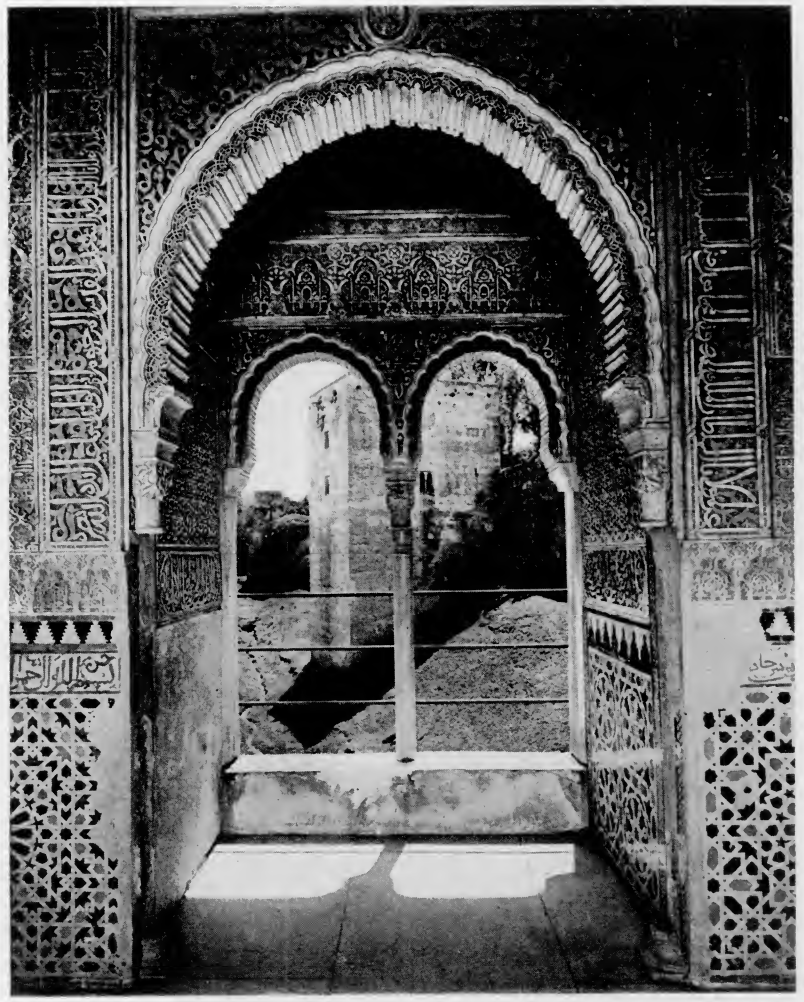
Granada. Alhambra. Baños del Sultán.



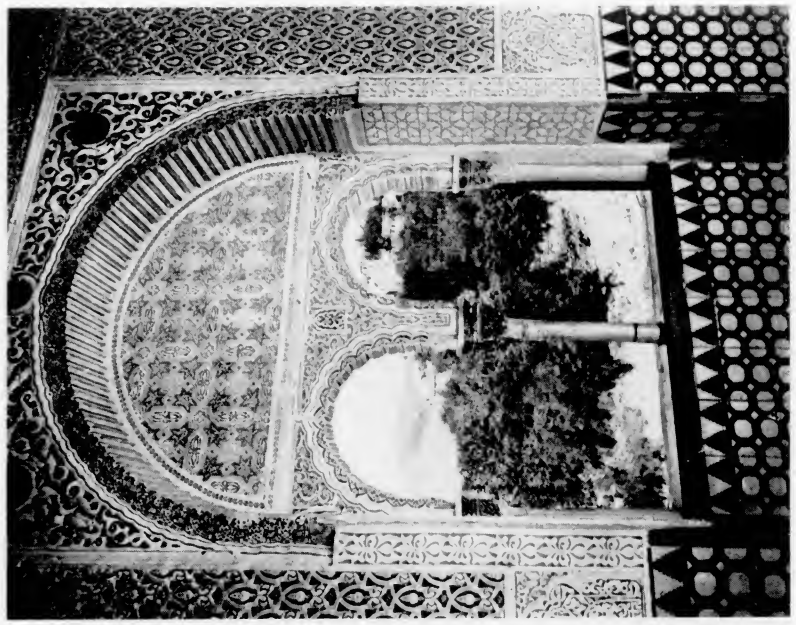
Granada. Alhambra. Ajimez de la Mezquita.



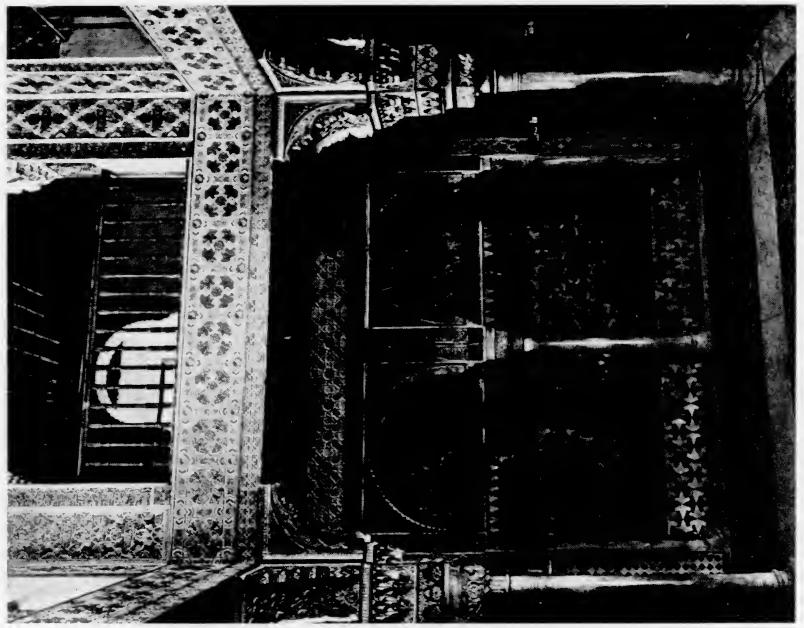
Granada. Alhambra. Sala de los Divanes.



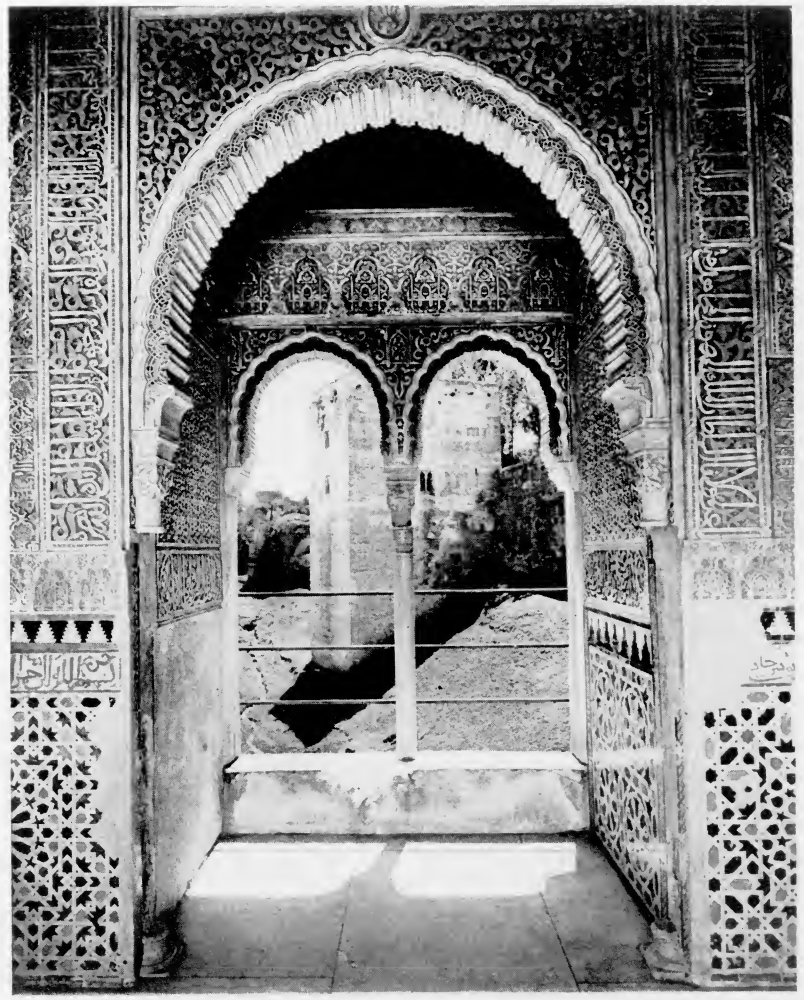
Granada. Alhambra. Ajimez de la Torre de la Cautiva.



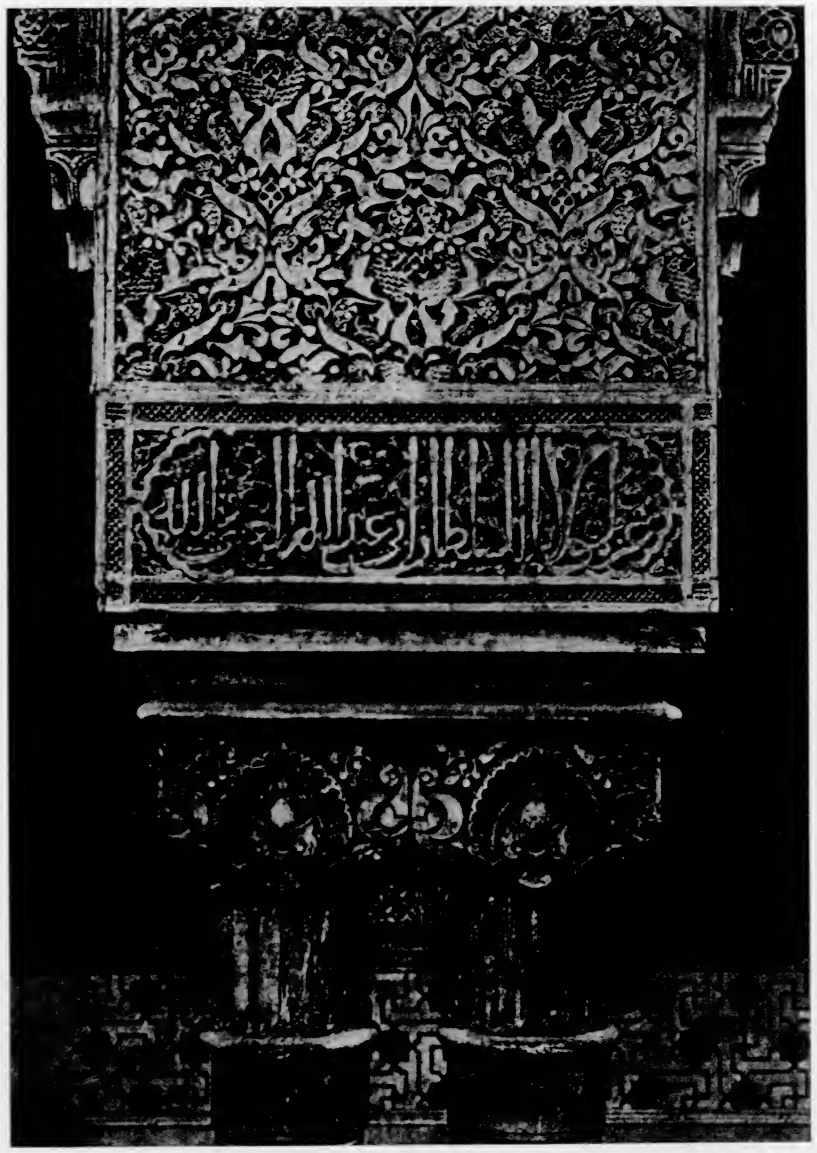
Granada. Alhambra. Ajimez de la Mezquita.



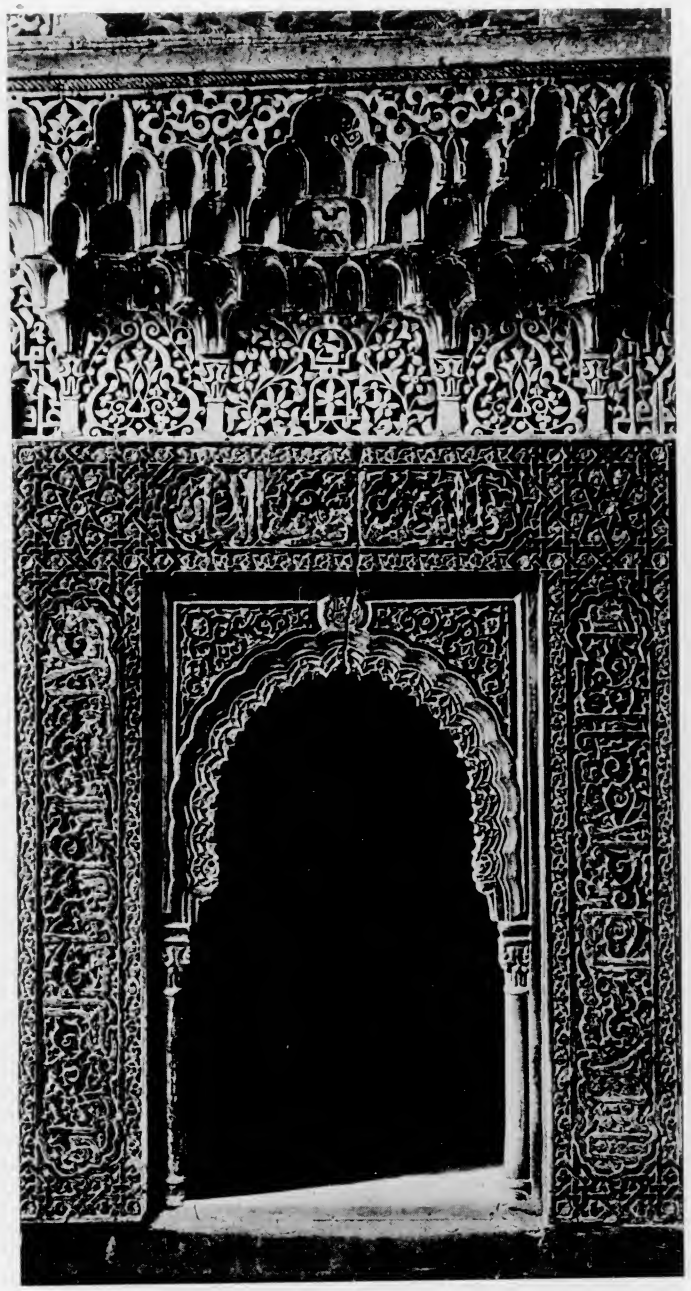
Granada. Alhambra. Sala de los Divanes.



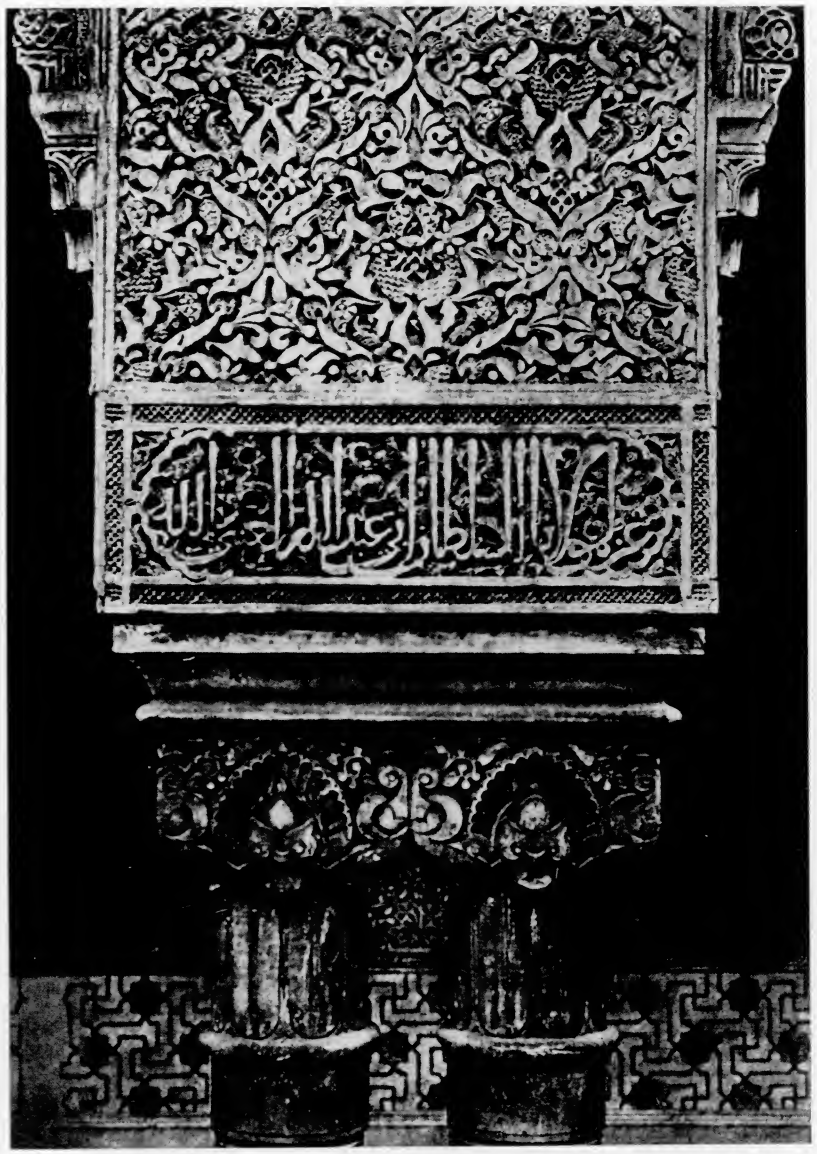
Granada. Alhambra. Ajimez de la Torre de la Cautiva.



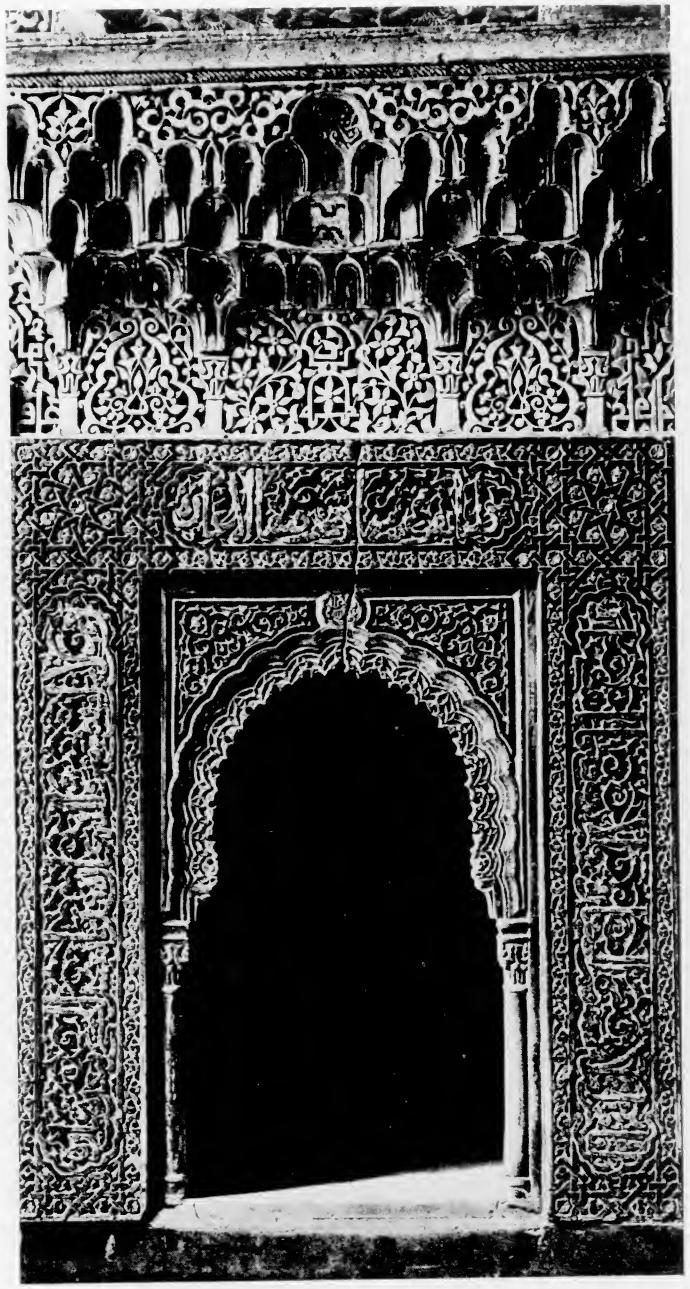
Granada. Alhambra. Capitel del Patio de los Leones.



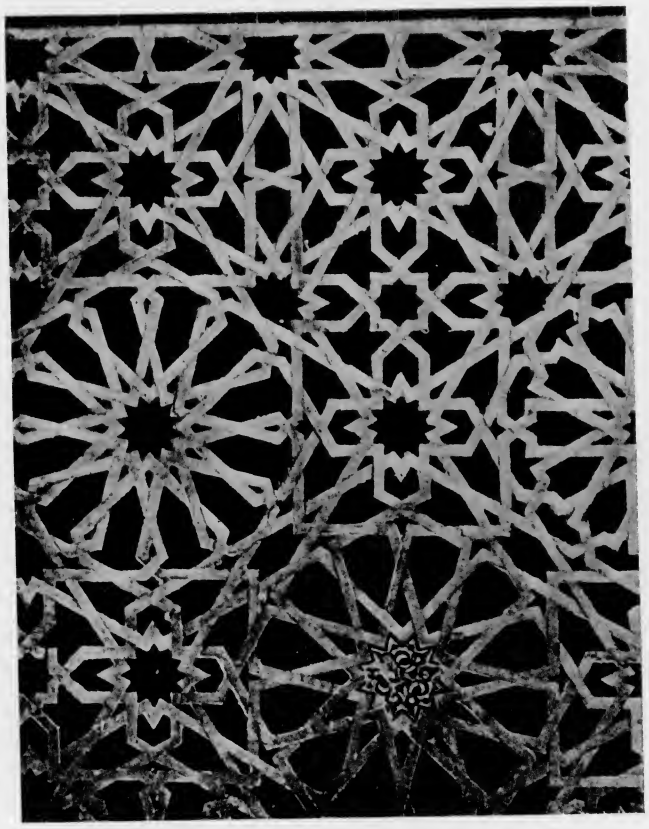
Granada. Alhambra. Babuchero de la Sala de la Barca.



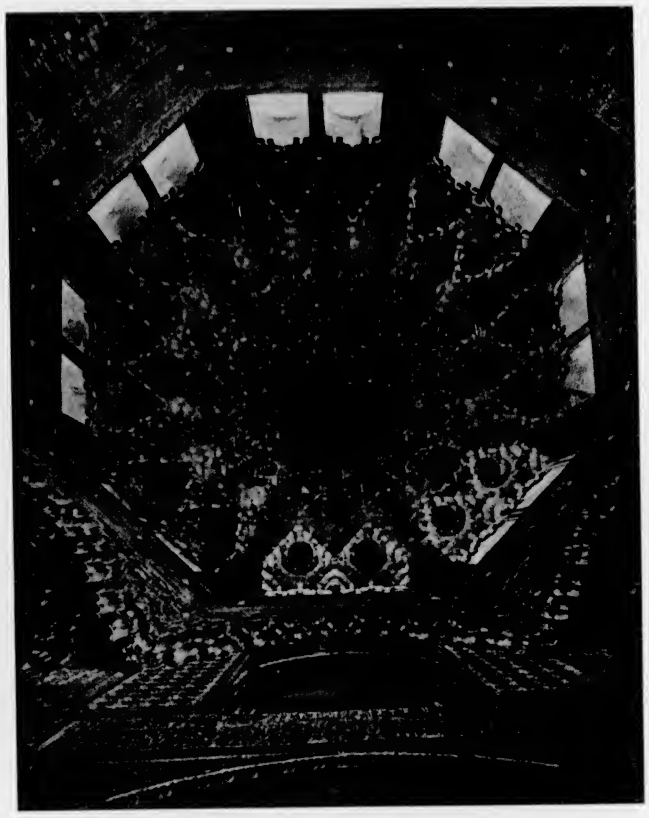
Granada. Alhambra. Capitel del Patio de los Leones.



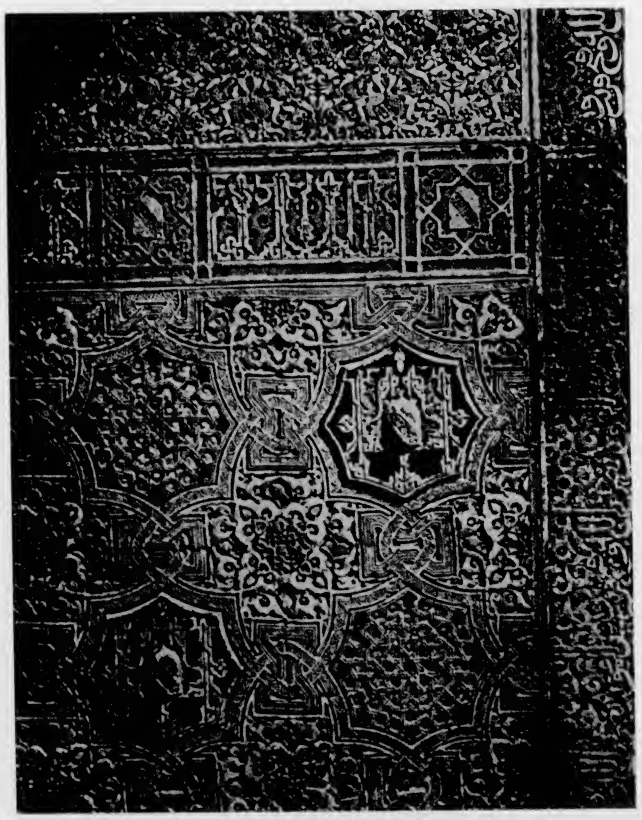
Granada. Alhambra. Babuchero de la Sala de la Barca.



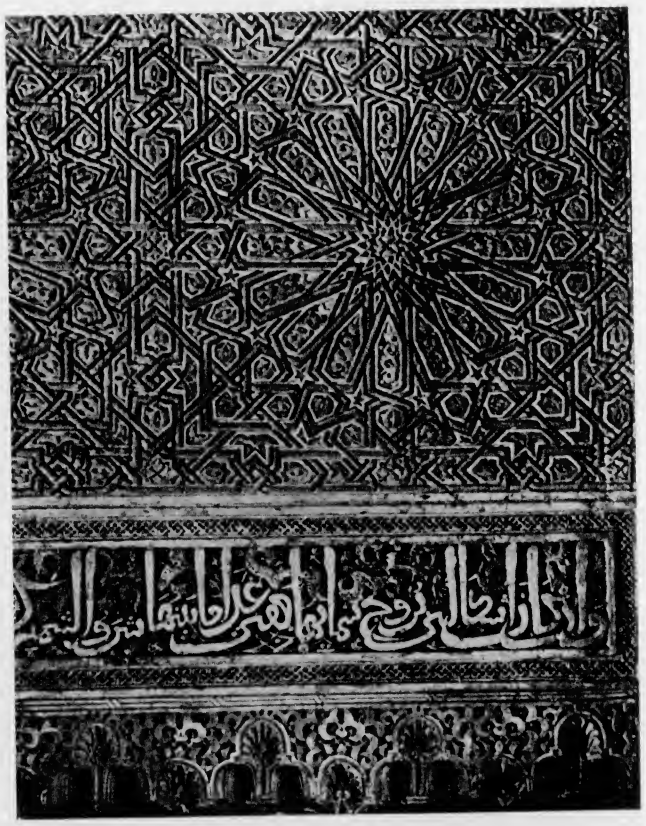
Granada. Alhambra. Alicatado del Salón de Comares.



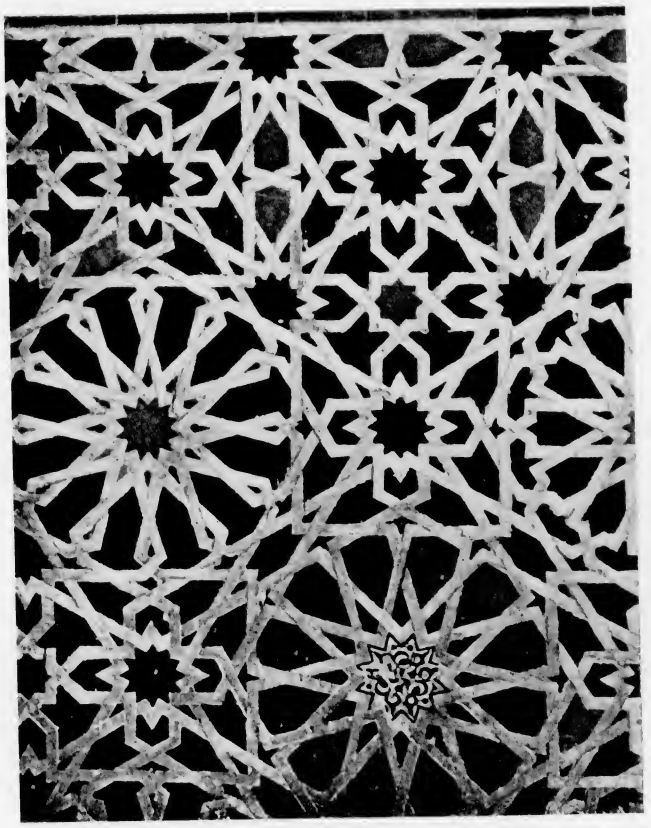
Granada. Alhambra. Cúpula de la Sala de las Dos Hermanas.



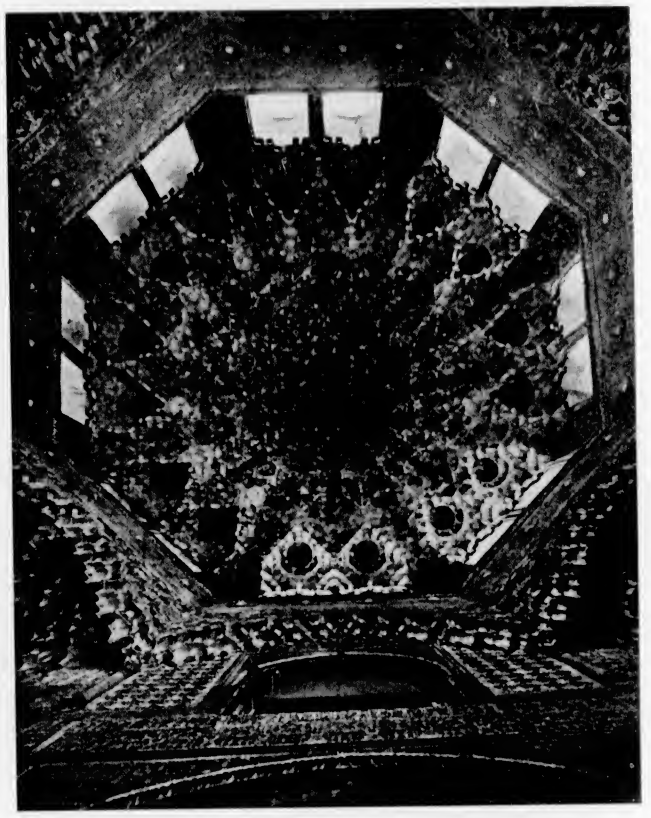
Granada. Alhambra. Yeserías del Salón de la Barca.



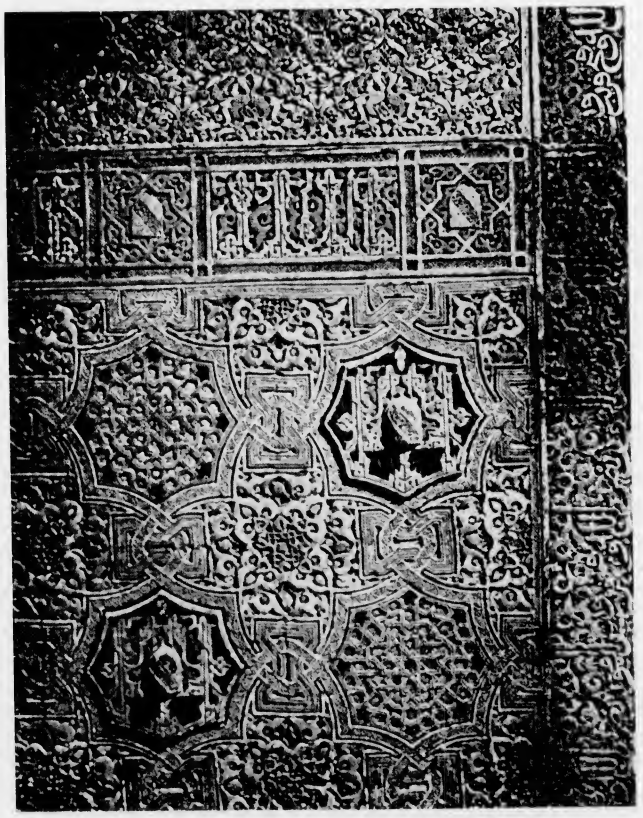
Granada. Alhambra. Decoración del Salón de Comares.



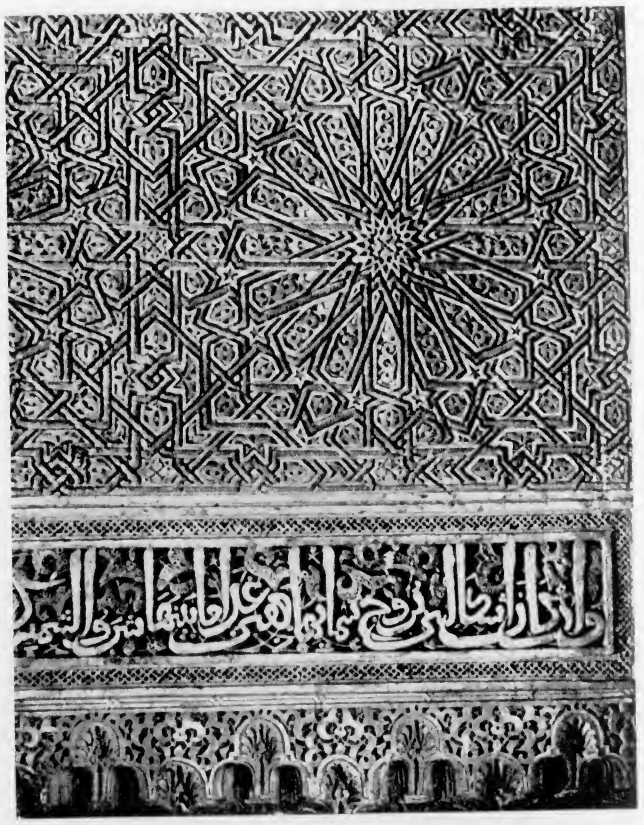
Granada. Alhambra. Alicatado del Salón de Comares.



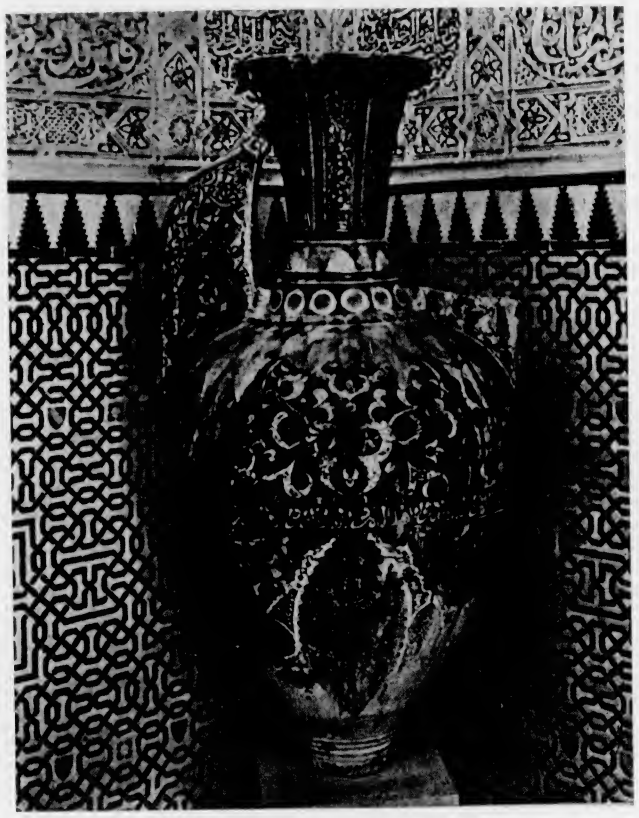
Granada. Alhambra. Cúpula de la Sala de las Dos Hermanas.



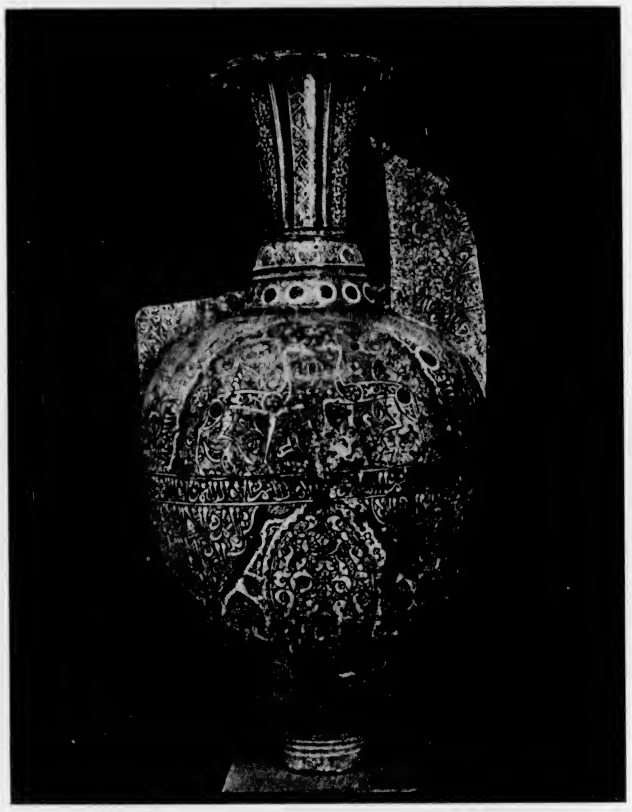
Granada. Alhambra. Yeserías del Salón de la Barca.



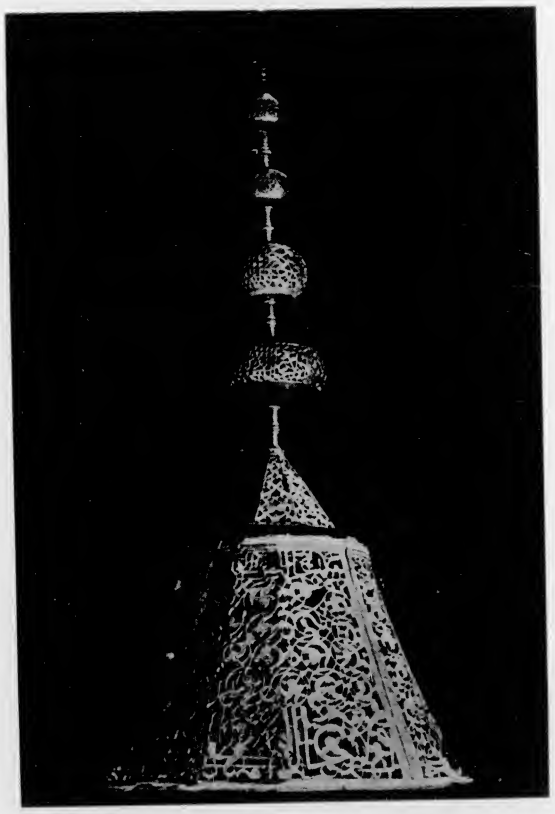
Granada. Alhambra. Decoración del Salón de Comares.



Jarrón de la Alhambra. Reverso.



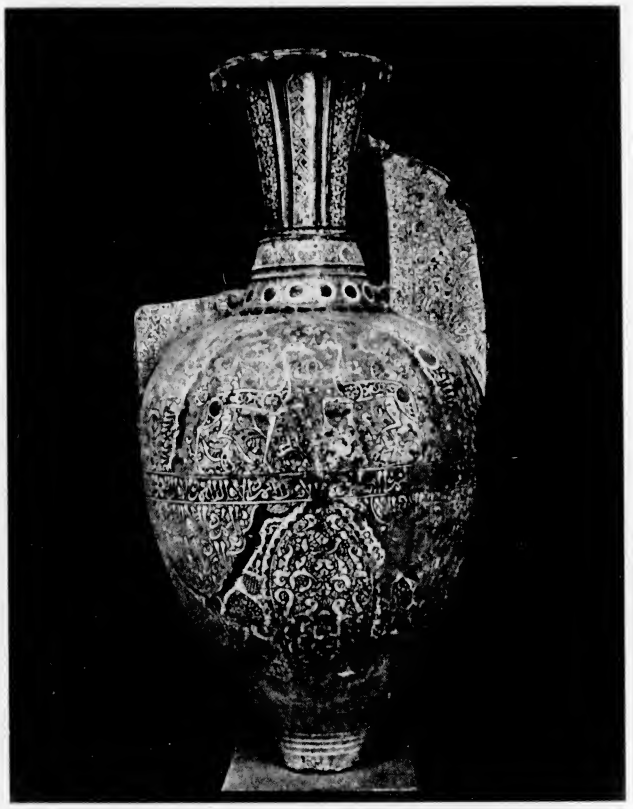
Jarrón de la Alhambra. Frente.



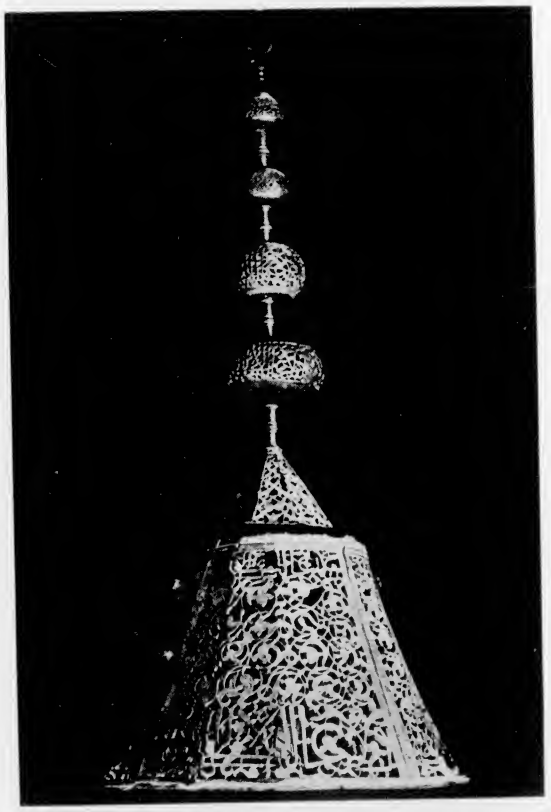
Lámpara de la Mezquita de la Alhambra.

León procedente de la Zeca; hoy en la Alhambra.

Jarrón de la Alhambra. Reverso.

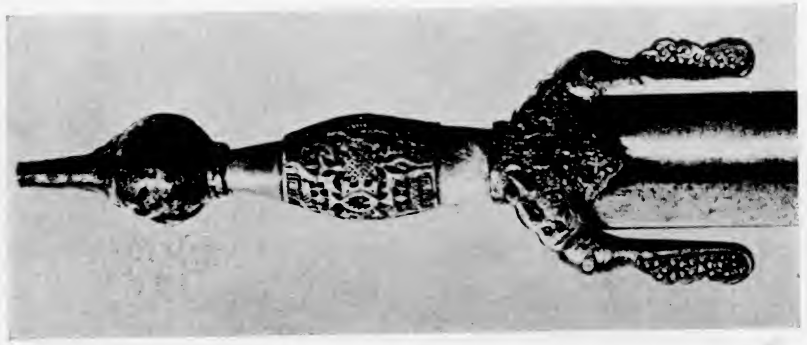


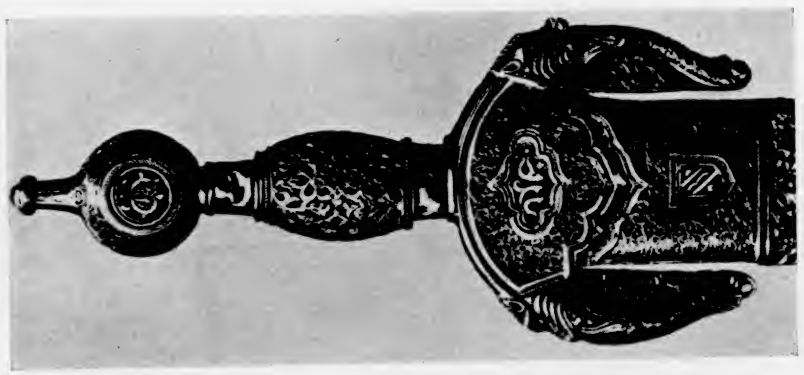
Jarrón de la Alhambra. Frente.

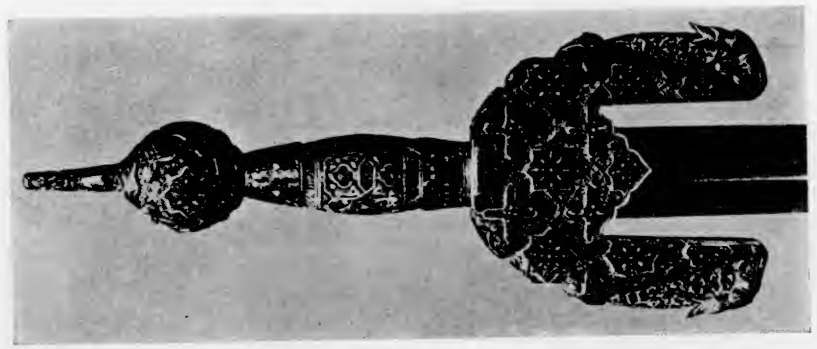


Lámpara de la Mezquita de la Alhambra.

León procedente de la Zeca; hoy en la Alhambra.







Espadas granadinas con empuñaduras de marfil.



de moros ℨ moras atados por la çibdad de Jahén; quanto más en tan grant cantidad como vieron traer.

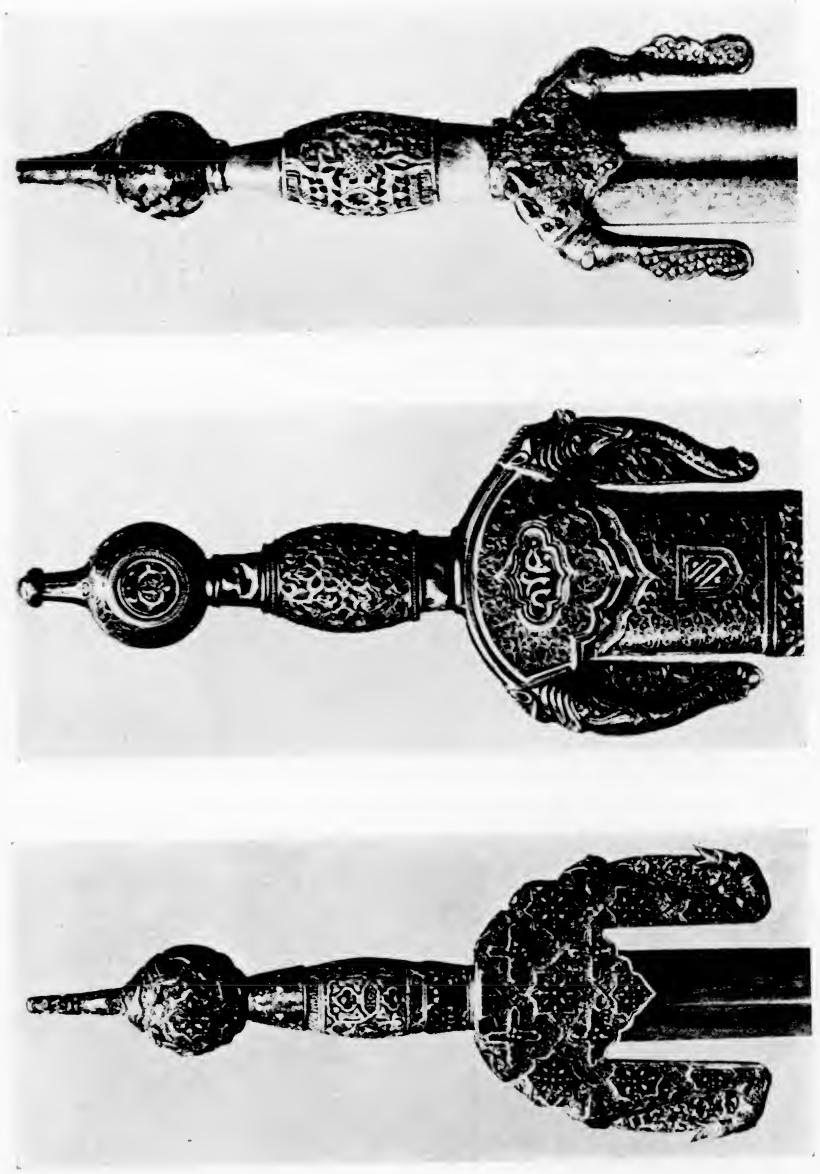
De los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo* (Ed. Carriazo, 78).

## ULTIMO VIAJERO ORIENTAL EN LA GRANADA, YA SENTENCIADA POR EL DESTINO

*Con el asesinato de Ben Al-Jatib se apagaron las luces de la historia de Granada. Ben Jaldun fué el último en dedicarle atención. Después, sabemos de la vida granadina del siglo XV por los cronistas castellanos contemporáneos. Un viajero oriental nos ha legado, sin embargo, un relato de su estada en el reino de Granada, sólo tres quinquenios antes de que comenzara su agonía. Oriente hace con él su última visita al Islam occidental, le rinde la última pleitesía y le dirige sus últimos elogios barrocos. Los hados habían ya decretado el próximo fin del postrer hogar musulmán de Andalucía, cuando el egipcio Abd al-Basit ben Jalil ben Xuhin desembarcaba en Málaga, que sufría, a la sazón, un asedio de la flota portuguesa, casi desconocido para nosotros. Es difícil leer sin emoción la descripción del viaje por tierras granadinas del último de los visitantes que vino hasta ellas desde las mismas lejanas comarcas de donde el Islam había venido a España. Sus palabras son como el encendido requiebro final que arranca a una madre el subconsciente presentimiento de la pérdida cercana de su hija.*

Hacia la mitad de este mes, 15 Rabi II 870 [15 diciembre 1465], emprendí viaje hacia Al-Andalus, atravesando el Mediterráneo en una gran nave genovesa, con numerosa compañía de mercaderes del Andalus, de Tlemcen, Orán y otros países. Mi concubina quedó en casa del jeque imán, docto, ilustre, piadoso, devoto, ascético Sidi Abu Abd-Allah Muhammad, llamado Ben al-Qassar al-Tilimsani, predicador en la mezquita de Al-Baytar de Orán y uno de los discípulos más insignes de nuestro señor el jeque santo y teósofo Sidi Ibrahim al-Tazi, cuya biografía trazamos antes; hice mención además de Ben al-Qassar a propósito de los versos del susodicho Sidi al-Tazi, que he referido por haberlos aprendido de él. Este Sidi Muhammad prestó asistencia primorosa a mi familia —Alá le dé la mejor recompensa por cuanto nos ha hecho y tenga con él la más amplia misericordia— y más tarde, en el año 874 [1469-70], vino a visitarme a El Cairo, mientras cumplía la peregrinación y se recogió en la Meca; se estableció allá y murió en el 876 [1471-72]. Daré su biografía, si a Dios agrada, cuando me refiera a este año.

El viernes 23 [13 diciembre 1465] llegamos a la ciudad de Málaga en



Espadas granadinas con empuñaduras de marfil.



de moros ℨ moras atados por la çibdad de Jahén; quanto más en tan grant cantidad como vieron traer.

De los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo* (Ed. Carriazo, 78).

## ULTIMO VIAJERO ORIENTAL EN LA GRANADA, YA SENTENCIADA POR EL DESTINO

*Con el asesinato de Ben Al-Jatib se apagaron las luces de la historia de Granada. Ben Jaldun fué el último en dedicarle atención. Después, sabemos de la vida granadina del siglo XV por los cronistas castellanos contemporáneos. Un viajero oriental nos ha legado, sin embargo, un relato de su estada en el reino de Granada, sólo tres quinquenios antes de que comenzara su agonía. Oriente hace con él su última visita al Islam occidental, le rinde la última pleitesía y le dirige sus últimos elogios barrocos. Los hados habían ya decretado el próximo fin del postrer hogar musulmán de Andalucía, cuando el egipcio Abd al-Basit ben Jalil ben Xuhin desembarcaba en Málaga, que sufría, a la sazón, un asedio de la flota portuguesa, casi desconocido para nosotros. Es difícil leer sin emoción la descripción del viaje por tierras granadinas del último de los visitantes que vino hasta ellas desde las mismas lejanas comarcas de donde el Islam había venido a España. Sus palabras son como el encendido requiebro final que arranca a una madre el subconsciente presentimiento de la pérdida cercana de su hija.*

Hacia la mitad de este mes, 15 Rabi II 870 [15 diciembre 1465], emprendí viaje hacia Al-Andalus, atravesando el Mediterráneo en una gran nave genovesa, con numerosa compañía de mercaderes del Andalus, de Tlemcen, Orán y otros países. Mi concubina quedó en casa del jeque imán, docto, ilustre, piadoso, devoto, ascético Sidi Abu Abd-Allah Muhammad, llamado Ben al-Qassar al-Tilimsani, predicador en la mezquita de Al-Baytar de Orán y uno de los discípulos más insignes de nuestro señor el jeque santo y teósofo Sidi Ibrahim al-Tazi, cuya biografía trazamos antes; hice mención además de Ben al-Qassar a propósito de los versos del susodicho Sidi al-Tazi, que he referido por haberlos aprendido de él. Este Sidi Muhammad prestó asistencia primorosa a mi familia —Alá le dé la mejor recompensa por cuanto nos ha hecho y tenga con él la más amplia misericordia— y más tarde, en el año 874 [1469-70], vino a visitarme a El Cairo, mientras cumplía la peregrinación y se recogió en la Meca; se estableció allá y murió en el 876 [1471-72]. Daré su biografía, si a Dios agrada, cuando me refiera a este año.

El viernes 23 [13 diciembre 1465] llegamos a la ciudad de Málaga en

Al-Andalus, donde nos detuvimos, y trabamos conocimiento con el jeque doctísimo e imán sumo Sidi Abu-l-Abbas Ahmad al-Sayyid al-Sarif al-Tilimsani, uno de los más doctos maestros del Andalus, ex cadí principal en Granada y también el primer sabio del Magrib en su tiempo. Nos acogió amistosamente y escuchamos de él muchas nociones de ciencia. Daremos su biografía, si a Alá agrada. En Málaga conocí también al jeque docto e ilustre Sidi Abu Abd Allah Muhammad ben al-Quraa, cadí y predicador de Málaga, quien me interrogó acerca de la biografía de Jalil, el malaqí, contándome que había enseñado el comentario de su *Mujtasar*, pero que no tenía todavía ninguna noticia de su vida y que deseaba ardientemente conocer su biografía. Tenía yo conmigo los apuntes tomados de las *Durar* del *hafiz* de Ben Hayar y se los hice leer, con grandísima satisfacción para él. Después asistí a muchas lecciones suyas, por mi deseo de estrechar amistad con él, y aprendí de él muchas nociones, especialmente de lingüística árabe, en la que era incomparable. Era un hombre excelente, de afable y cordial acogida, de rostro risueño; había hecho vastas lecturas y recogido la enseñanza de muchos doctos contemporáneos suyos, entre los cuales el sarif (Abu-l-Abbas Ahmad) al-Tilimsani, arriba recordado, y el cadí principal de aquel tiempo, el jeque doctísimo, inteligentísimo, eminentísimo Sidi Abu Abd Allah Muhammad ben Manzur, cuya biografía daremos, si a Alá agrada, al ocuparnos del año 88... Ben al-Quraa conquistó fama, y se distinguió y fué nombrado cadí y predicador de la mezquita catedral de Málaga, en cuya ciudad dió numerosos dictámenes; y resultó de gran utilidad a los estudiosos que en ella se encontraban.

En aquellos tiempos era todavía joven, de alrededor de cuarenta años y aun menos; actualmente me llega la noticia de que se encuentra en Málaga en la cumbre de la fama y la consideración y tiene una posición altísima: ¡quiera Alá que su ciencia sea útil a los demás y le haga prosperar!

El día domingo 24 del mismo mes, mientras estábamos detenidos en Málaga junto a la puerta del mar, apareció un hombre huyendo a toda marcha con gran temor y corriendo a más no poder. Pasó ante nosotros como un rayo; y pisándole los talones la gente que lo perseguía con gran empeño y se esforzaba por alcanzarle. Pero no lograron apoderarse de él, y en su fuga se dirigió hacia el territorio de los francos infieles. Indagamos sobre él, y se nos dijo que se había trabado en riña con otro y lo había matado hacía un momento. En seguida volví a preguntar por él y me dijeron que había ganado el territorio de los infieles y había entrado bajo su protección en jurisdicción de los franco-portugueses. ¡No hay fuerza ni poder en nadie sino en Alá!

El martes 26 del dicho mes [17 diciembre 1465] algunos franco-portugueses asaltaron un molino en las afueras de Málaga e hicieron prisioneros a un buen número de hombres que allí se encontraban; más tarde se supo que un prisionero infiel que se había convertido al Islam en Málaga y después había huído, había sido quien, luego de haber tornado al cristianismo, había servido de guía a aquellos infieles y quien con ellos había cumplido aquella funesta empresa contra dicho molino. ¡Alá ordena!...



El mismo día [28 de Rabi II = 19 diciembre 1465] salí a la alcazaba de Málaga o sea a su ciudadela, sede del gobierno. En aquellos tiempos, no había en ella habitantes, como no había entonces gobernador. Me pareció una ciudadela estupenda, con grandiosos monumentos surgidos de la restauración cumplida por el gran sultán mariní Abu-l-Hasan, rey del Magrib, de Fez, aquel que reinó sobre todo el Magrib y sobre Al-Andalus, el antes nombrado Al-Mansur. En esta alcazaba vi una construcción para el agua en la que había tres grandes ánforas de porcelana de Málaga. No he visto nunca ninguna igual, ni nunca he oído hablar de nada semejante. Estas tres ánforas estaban dispuestas una al lado de la otra en la construcción destinada al agua potable, en el vestíbulo de aquella alcazaba, y cada ánfora tenía las dimensiones de un *tigar*, la embocadura larga, más bien estrecha, con un cuello del género de las ánforas, no de las *jabia;* y estaban maravillosamente fabricadas y estupendamente adornadas de admirables y raras labores en relieve. Las hay de este género en nuestro país, pero no en la misma medida de grandeza y belleza artística, por ejemplo: el ánfora de la fuente que se halla frente a la Birkat al-Nairiyya en las vecindades de la *zawiya* de Abu Sama; y en Harat Zuwayla está la fuente de Ben Yulud, que se encuentra junto a la puerta de su casa; pero hay una inmensa diferencia entre ambas construcciones, o sea, entre la de Málaga y la de nuestro país; ¡aquélla es obra de sultanes!...

En Chumada I, el día domingo 3 [22 diciembre 1465], soplaron vientos impetuosos y terriblemente fuertes en la ciudad de Málaga, tanto que muchos árboles enormes fueron arrancados de cuajo: ¡figurémonos los otros! Muchas naves fueron hundidas, y tuve luego la noticia de que aquel viento había hecho huir a algunos barcos de los franco-portugueses que se habían hecho a la mar para emprender una expedición contra los musulmanes; pero Alá altísimo las dispersó y las destruyó. Aquel viento continuó soplando desde la tarde hasta el alba del lunes, y fué una cosa terrible, especialmente durante la noche.

El 10 de Chumada I [29 diciembre 1465] partimos de Málaga a lomo de mula hacia Granada y durante nuestro viaje pasamos por una localidad llamada Ballis (Vélez), magnífica ciudad, rica en mercancías y frutas; hay higos secos, pasas y almendras en abundancia, y muchos de sus habitantes me contaron que naves de gran porte se acercan a la playa en las proximidades de Vélez y embarcan grandes cantidades de higos y almendras y las llevan a casi todos los países lejanos; y con todo esto (decían) no se advierte ninguna disminución de tales productos en nuestro país. Llegamos luego a otro lugar llamado Al-Hamma (Alhama), que es uno de los más amenos y bellos. En sus alrededores hay dos edificios construídos sobre dos manantiales, de los cuales mana un venero, y de él ha tomado el país el nombre de Alhama; uno de los dos edificios está destinado a los hombres

y el otro a las mujeres; y hay, a más de esos dos, otros baños alimentados por corrientes naturales; y allí se entra para lavarse y para tomar baños calientes, sin pagar nada. He visto la construcción, admirable, bien terminada, agradable; luego entré al baño reservado a los hombres y me bañé. Pasamos la noche en tal lugar, que está defendido por un muro fortificado, y a la mañana siguiente emprendimos el camino de Granada, adonde llegamos al día siguiente al amanecer; y esto fué hacia el fin del mes.

Granada me pareció un país delicioso y amplio, entre los más extensos del Andalus; allí está la capital del rey musulmán del Andalus y su residencia real; tiene una posición maravillosa, edificios espléndidos, es graciosa, agradable, admirablemente situada. Hay en ella toda clase de artífices y se asemeja a Damasco de Siria; hay aguas corrientes, huertos, jardines y viñas. Es punto de reunión de personajes ilustres, de poetas, de sabios y de artistas; están en ello los mejores hombres de nuestro tiempo, hay monumentos grandiosos y lugares amenos. Su recinto tiene las dimensiones del de Damasco, pero es de población mucho más densa y sus habitantes figuran entre los mejores y más valerosos hombres; se dice que hay allí 80.000 tiradores de ballesta. Aquellos reyes que han alcanzado el favor popular han visto prosperar sus fortunas; aquellos a quienes el pueblo ha querido elevar al gobierno, se han sostenido en él, y el pueblo ha arrojado del poder a los que no gozaron de su afecto. Se encuentran en ella congregaciones religiosas, cultura literaria y habilidad técnica maravillosas; en suma, Granada es una de las más grandes y más hermosas ciudades de Occidente. Encontré muchos personajes doctos y eminentes, y entre ellos a nuestro jeque Sidna Mawlana, imán doctísimo, Abu Abd Allah Muhammad ben Mansur, cadí principal de Granada, hombre entre los primeros por su doctrina y eminencia insignes, dotado de elevada jerarquía, de costumbres y conducta íntegras, de maduro juicio religioso, honesto, culto, afable, piadoso y puro. Asistí muchas veces a sus lecciones y aprendí de él muchas nociones —¡ayude Alá al Islam con hombres semejantes a él!— He oído decir que vive todavía y conserva su cargo de juez y su rango, en razón de su fe, pureza, integridad de vida, seriedad, y por la gratitud que suscitan su imparcialidad y sus juicios justos y equitativos —¡qué Alá altísimo lo conserve y mantenga y escuche sus plegarias!...

El día 28 de Chumada I [16 enero 1466] salí para dirigirme a los jardines y a los huertos de Granada y vi un espectáculo maravilloso por la cantidad y abundancia de frutas y hortalizas. Luego, el último día del mes [18 enero 1466], fuimos a pasear por los viñedos de Granada, situados en la parte opuesta a los jardines y vi vides e higueras que eran cosa espectacular. El viernes 29 [17 enero 1466] me dirigí a visitar al sultán de Granada, Abu-l-Hasan, de quien hemos hablado antes. Reside en su castillo, sede del gobierno, llamado la Alhambra de Granada. Me acogió amablemente; me había hecho llamar para que le informara de los sucesos ocurridos entre los soberanos de Tlemcen y de Túnez; yo le conté lo que sabía. Luego me



interrogó sobre la Siria y sus condiciones, sobre el Cairo y su reino, y a todo cuanto me preguntó contesté y mis respuestas le placieron. Después me fué librado un diploma suyo en el que estaba escrito de su mano que no se me debía exigir ninguna de las tasas impuestas a los mercaderes; me hizo gran honor y me trató muy generosamente. El día 10 de Chumada II [28 enero 1466] salí de Granada para ir al suburbio llamado Rabad al-Bayyazin (Albaicín), que visitamos. Visitamos, también, la mezquita catedral, que es maravillosa entre las más hermosas mezquitas, por su construcción con bellas columnatas de mármol blanco, y pasamos delante de la misma sobre cuyo minarete en lugar de la media luna hay un gallo con las alas abiertas, al que aquellas gentes han dado el nombre de "gallo de los vientos" (*farruch al-ruwah*). Alguien me contó que aquel gallo había sido colocado como talismán para entretener al viento fuerte y dicen que si no fuese por eso los vientos soplarían sobre Granada y dañarían el paraje, y aun la destuirían. Luego retrocedimos y fuimos a visitar la Alhambra, que es la sede del gobierno, la ciudadela del sultán y su residencia real, como hemos dicho antes. Es de forma maravillosa, de construcción armónica, muy agradable y graciosa. Se halla situada sobre una colina, uno de cuyos lados mira hacia la llanura de Granada, llanura vasta, regada por un río llamado Sannil (Genil), uno de los más estupendos y bellos ríos que existen, en el cual se encuentra un pez de admirable virtud, llamado *radradi,* que los médicos prescriben para combatir la fiebre. El otro lado de la Alhambra mira a la parte del Wadi-Hadarro (Darro), donde están los huertos y jardines de Granada, que efunden por ambos lados un efluvio suave y agradable. Esta ciudadela sobre la cual fué construído este palacio insigne es una grandiosa fortaleza defendida por torres estupendas y por un muro maravilloso. Constituye la cumbre de un monte de color rojizo. A sus pies, del lado de la llanura,encuéntrase un lugar de donde se extrae una tierra color rojo vivo, que por su tinte se asemeja al "bolo" de Armenia; es llamada en el Andalus "tierra de *inyibar* mineral"; con ella se fabrican las botellas en las cuales se bebe el agua en ese país: son unas botellas muy finas, fabricadas con excelente arte, que refrescan naturalmente el agua y poseen varias otras ventajas; se dice, y es afirmación generalmente reconocida, que conviene beberla para purificar la sangre. Después vimos una cantidad de edificios admirables y patios de construcciones extrañas y agradables, con decoraciones de yeso esculpido tales que ahora no nos sentimos capaces de describirlas, ni siquiera de imaginarlas. En suma, Granada con su Alhambra es una de las más grandiosas y bellas ciudades del Islam. Los infieles están en las vecindades de aquellas regiones y han capturado la mayor parte del Andalus y muchas ciudades del Islam que eran famosas, especialmente cuando reinaban los Omeyas, como Murcia, Valencia, Córdoba, Toledo, Zaragoza, Jaén; y varios castillos fortificados de Xátiva y otros países semejantes que pertenecían al Islam ahora han pasado a los cristianos. ¡No hay fuerza ni poder sino en Alá! Ya había

decidido yo partir para visitar Córdoba, que está en la vecindad de Granada —reinaba una paz estable entre los musulmanes y los infieles de aquellas regiones, a tal punto que los mercaderes tanto musulmanes como infieles iban y venían los unos al país de los otros— cuando me sobrevino un accidente que me impidió cumplir mi propósito.

Al fin de este mes (Chumada II) [febrero 1466] regresé de Granada a Málaga, ya algo curado de la herida recibida; el sumo Alá me sanó luego de haber estado a las puertas de la muerte; ¡alabado sea Alá por su indulgencia!...

El 1º Rachab [17 febrero 1466] nos embarcamos de regreso a Orán, adonde llegamos el 4 Rachab.

Del *Rawd al-basim fi hawadit* de ABD AL-BASIT BEN JALIL BEN XAHIN (Según versión italiana de Levi Della Vida: Al-Andalus, I, 1933, 315).

## MIENTRAS EL FIN SE ACERCA LOS MOROS SIGUEN SU VIDA DIARIA

*Estaban contadas las horas del reino de Granada. En Valladolid se habían ya casado, en 1469, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Se acercaba la muerte de Enrique IV (1474) y la unión de las dos coronas, premisa del esfuerzo decisivo para terminar la Reconquista. Pero los hombres de la época no podían adivinar el porvenir y proseguían su vida diaria, con todas sus disputas, placeres y problemas. He aquí el fin de un litigio judicial en el distrito de Guadix, que pocos años después iba a caer en poder de los cristianos.*

Pleitearon los vecinos del castillo de Jerez y Alcázar y los del castillo de Al-Yantaira, del Cenete de la ciudad de Guadix, la guardada por Dios, acerca de los dos montes de Jerez y Alcázar; se prolongó el pleito, y tanto se agravó la enemistad que llegó a haber temor de derramamiento de sangre y de muertes entre ambos bandos. Hubo alguien que los invitó a la paz que Dios (¡ensalzado sea!) dice que es lo mejor en su honrado Libro, y el cadí de la ciudad de Guadix y su Cenete en aquella fecha, Ahmad ben Muhammad ben Ahmad al-Tuchibi al-Sarani (¡Dios le conserve su honra y afirme su alteza!), en unión de un grupo de gentes buenas, religiosas y nobles de la ciudad de Guadix, la guardada por Dios, se dirigió a los dos montes citados. Los recorrieron completamente, los examinaron con cuidado, y les pareció, después de poner toda su atención y todos sus esfuerzos para acertar, que los dos montes citados pertenecen de derecho al castillo de Jerez y a Alcázar, y que los vecinos de Al-Yantaira no tienen otros derechos en los dichos Jerez y Alcázar que el de entrada por el camino



que pasa a sus propiedades por los lugares establecidos para ellos especialmente.

Entonces pidieron los citados vecinos de Al-Yantaira a los de Jerez y Alcázar que les dejen pastar los pastos en los dos montes mencionados. Los allí presentes de Jerez y de Alcázar aceptaron esta petición de que sus pastos fueran, según se dice, por razón de generosidad y de buena vecindad y proximidad, para quien se los pidiera: con la condición de que el citado cadí diera testimonio por sí mismo de que esto no era por obligación de justicia, sino solamente por causa de generosidad, según se ha dicho, y que ellos, los de Jerez y Alcázar, podrían impedir tal pasto cuando quisieran.

El cadí dió testimonio por su persona de la condición citada, dió testimonio de ello y también lo dieron los allí presentes del castillo de Jérez y de Al-Yantaira, por lo que a ellos respecta en el asunto.

También da testimonio el señor cadí de la aljama y predicador de la corte suprema de Granada (¡aumente Dios su honra y guarde a la ciudad!) de haber puesto en el original delante de él la señal perfecta, de orden que a él llega (del Sultán) (¡hágale durar Dios, ensalzado sea!), estando él en el lugar de su jurisdicción y en la sala de su justicia, según se ha dicho.

Con éste se extendió su testimonio en los principios del mes de Dzu-l-hicha bendito que completa el año 877 [principios de mayo de 1472].

(Interlineado: vale).

Abd Allah ben Muhammad ben Yust, dió testimonio. Muhammad ben Muhammad ben Ahmad ben Qutiyya, dió testimonio.

Dió conocimiento de la firmeza de esto Muhammad ben Mub ben Muhammad ben Manzur al-Qaysi (¡ayúdele Dios —ensalzado sea— y le sea benévolo!). — Fin.

Copiado al lado lo que dice así:

¡Gloria a Dios y a la oración y la paz sobre Muhammad, el Profeta de Dios!

Se me pidió que pusiera mi firma en el documento escrito, éste ¿de al-lado?; y es documento firme, que nadie puede reformar o corregir, ni dudar acerca de él, porque el cadí mismo dió testimonio de su exactitud y firmó. Muhammad al-Muwwaq (¡ayúdele Dios!). — Fin.

Escrito al pie del original lo que sigue:

¡Gloria a Dios! Entre los que dan testimonio está el señor mufti en la capital de Granada el jeque, el predicador ¿al-Magribi?, el muy puro Abu Abd Allah Muhammad al Muwwaq (¡Dios haga perdurable la gracia de que goza!), que es el citado en el margen derecho, que atestigua la autenticidad del documento transcrito más arriba y aprueba la decisión dada de acuerdo con el contenido de tal documento, diciendo que no debe ser motivo de duda acerca de su autenticidad la falta de los nombres de los testigos, que dieron fe de parte del cadí en la ciudad de Guadix, la bien guardada, con la citada condición, y que el testimonio del cadí en la corte

(¡ensálcelo Dios y proteja la ciudad!) sobre la autenticidad del documento arriba mencionado, es completo por lo que se refiere a la autenticidad, y esto lo sabe de parte del citado mufti (¡hágale Dios perdurar!); y Abu Abd Allah está con perfecta capacidad para dar testimonio.

En el 30 de Dzu-l-hicha fin del año 877 [20 de mayo de 1472].

Ahmad ben Ali ben Abd al-Yalil al-Lajmi, dió testimonio. Muhammad ben Muh ben Ahmad al-Umawi, dió testimonio.

Declaró que era firme Muhammad ben Muhammad ben Manzur al-Qaysi (¡ayúdelo Dios y sea benévolo con él!). — Fin.

De los *Documentos árabes del Cenete.* (Trad. González Palencia, Al-Andalus, V, 347).

## ¡AY DE MI ALHAMA!

### Comienza la agonía de la España mora

*Un incidente fronterizo de los que de vez en vez trababan a moros y cristianos, quebró la paz con Granada en 1481. El reino granadino había pagado de ordinario parias a Castilla. Hasta el débil Enrique IV, el impotente, las había cobrado. Pero en la Navidad del año mencionado, los moros tomaron Zahara por asalto y el marqués de Cádiz respondió al ataque apoderándose de Alhama, el último día del mes de febrero. Pero esta vez había llegado su hora postrera al Islam español y la doble acometida no fué una nueva batalla de la guerra de fronteras, que duraba ya más de dos siglos. Castilla y Aragón se habían unido. Fernando e Isabel iban poco a poco restaurando la paz interior de sus estados e imponiendo su autoridad soberana a los díscolos y anárquicos magnates de su reino. Para sosegar a sus pueblos, distrayendo su atención de las querellas intestinas, la lucha con Granada les brindaba una ocasión óptima, y supieron aprovecharla. Se lanzaron a la aventura con entusiasmo y constancia. No les descorazonaron algunos reveses ni la obstinada resistencia musulmana. Y una década después de la pérdida de Zahara, el último rey granadino firmaba las capitulaciones de Granada y concluía la Reconquista.*

[El Rey e la Reyna, después que por la gracia de Dios reynaron en los reynos de Castilla e de León, conosciendo que ninguna guerra se debía principiar salvo por la fe e por la seguridad, siempre tovieron en el ánimo pensamiento grande de conquistar el reyno de Granada, e lanzar de todas las Españas el señorío de los moros y el nombre de Mahoma. Pero el negocio era grande, y ellos estovieron tan ocupados en la guerra que tovieron con el rey de Portogal, y en poner orden en las cosas de Castilla, que no



pudieron luego complir su deseo. E según en la segunda parte desta Historia avemos recontado, dieron tregua a los moros por algunos años].

Estando el Rey e la Reyna en la villa de Medina del Campo, vínoles nueva cómo los moros avían tomado el castillo y la villa de Çaara, que tenía en tenençia Gonçalo de Sayauedra, vn cauallero de la çibdad de Sevilla; la cual fué tomada por la mala diligençia del alcayde ȝ de los que tenían cargo de la velar. E los moros, que fueron avisados de la mala guarda de aquel castillo, vna noche escura del mes de enero deste año escalaron el castillo ȝ entráronle; ȝ antes que fueren sentidos dentro en la fortaleza, prendieron al alcayde e a su muger, e mataron los que fallaron en la fortaleza, ȝ no fueron sentidos en la villa fasta el alua del día.

Los moros, que estauan ya apoderados del castillo, salieron dél con grande alarido, segúnd su costumbre, e prendieron ȝ tomaron catiuos todos quantos onbres e mugeres morauan en la villa. E del castillo ȝ desde aquella villa, questá a seys leguas de Utrera ȝ onze leguas de Seuilla, facían guerra continua a tierra de cristianos, donde reçebían muy grandes daños e robos e catiuerios.

De la toma desta villa pesó mucho al Rey e a la Reyna, espeçialmente por ser tomada por el mal recabdo que en ella tuvo aquel que la tenía en cargo, e porque della, según el lugar do estava asentada, se esperaua que los moros harían grandes robos y daños en la tierra. E luego se habló en su Consejo de facer guerra a los moros ȝ poner fronteros en los lugares neçesarios. E diputaron por vno de los capitanes de la frontera al maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas, para que estouiese en la çibdad de Ecija, ȝ a don Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatraua, en la parte de Jaén. Escriuieron al adelantado de Murçia, don Pedro Yáñez Fajardo, que con la gente de Murcia ȝ de aquel reyno pusyese recaudo en aquella frontera de Lorca. Otrosy, escriuieron a don Enrrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, ȝ al marqués de Cáliz, don Rodrigo Ponçe de León, ȝ a don Diego Fernández de Córdova, conde de Cabra, e a don Alonso de Aguilar, e a todos los otros cavalleros que moran ȝ tienen sus tierras en la provinçia del Andaluzía, que pusiesen recabdo en aquellas partes do ellos estauan comarcanos de los moros, porque no fiziesen daño en la tierra.

Asimismo escriuieron a Diego de Merlo, aquel cauallero que hemos dicho quel Rey e la Reyna pusieron por asistente en la çibdad de Seuilla, que pusiese buen recabdo en aquellas partes; y enbiaron vn capitán con la gente de su guarda que estouiese en la villa de Utrera, para resistir a los moros el daño que podrían hazer los que estauan en Zahara.

[Aquel rey moro, que se llamaua Alí Muley Abenhazan, tenía entonces mayor número de gente a caballo e artillería, e las otras cosas necesarias a la guerra, que tovo ningún rey de los que fueron en Granada todos los tiempos pasados; e confiando en sus fuerzas, entraba a facer guerra en la tierra de los christianos. E la gente de armas que estaban fronteros entraban a facer guerra en la tierra de los moros. E tan bien los unos como los

otros facían robos de ganados, e prisioneros, e talas e otros daños, especialmente trabajaban de haber por furto cibdades e fortalezas, para se apoderar más adelante de la tierra.

Pasados algunos días después que los moros tomaron la villa de Zahara, aquel cauallero Diego de Merlo avía días que hazía trato con algunos adalides escaladores de aver por furto alguna villa de tierra de moros. E fué avisado que podría tomar la çibdad de Málaga, ȝ otros le ofrecieron la çibdad de Loxa, e Alhama, e a Illora, e algunas otras villas. E los adalides escaladores fueron a tentar, e hallauan que no se guardauan bien por algunos lugares, por los quales syn peligro se podrían escalar.

Avidos estos avisos, aquel cauallero Diego de Merlo juntó gentes algunas vezes para entrar a furtar alguna de aquellas villas, pero dexaua de proseguir la enpresa por recelo de ser sentido, e por otros algunos ynpedimentos que se ofreçían. Por la toma que los moros fizieron de la villa ȝ castillo de Zahara, le dispuso a poner mayor diligençia por aver la çibdad de Málaga, que le dezían que podían bien entrar, por los lugares que los adalides avían tentado. O quando aquella no pudiesen aver, les çertificaron que podían tomar la çibdad de Alhama.

Este aviso que ovo habló secretamente con don Rodrigo Ponçe de León, marqués de Cáliz, ȝ con don Pedro de Stúñiga, conde de Miranda, ȝ con el adelantado mayor del Andaluzía don Pero Enrríquez, ȝ con los alcaydes de Xérez [Juan de Robles] ȝ de Carmona [Sancho de Avila] ȝ de Morón, ȝ de Archidona ȝ de Antequera, e con don Martín de Córdoua, fijo del conde de Cabra. E por algunas diferencias que Diego de Merlo tenía con el duque de Medina Sidonia, no se lo fizo saber. E asymismo por la enemistad que por entonçes avía entre él y el marqués de Cáliz.

Los caualleros ȝ alcaydes que avemos dicho, con voluntad de facer notable façaña por ensalçamiento de la Fe cristiana, ȝ seruir al Rey e a la Reyna, juntaron sus gentes para vn día que acordaron, ȝ ynformados del estado ȝ guarda de la çibdad de Alhama e de Málaga, acordaron de entrar en tierra de moros ȝ seguir la vía de Alhama, porque según la ynformaçión que ovieron de la poca guarda que tenía, entendieron que se podía tomar con menor trabajo ȝ peligro. E todos armados, fasta en número de dos mill e quinientos onbres a cauallo ȝ tres mill peones, siguieron su camino de noche e de día, poniendo sus guardas, porque no fuesen sentidos. Con grandes trabajos llegaron fasta el canpo del Cantaril de Archidona, e de allí fueron adelante, ȝ pasaron todas las sierras que dizen del Arriçafe, fasta que llegaron a media legua de la çibdad de Alhama (postrero día de hebrero deste año).

E como allí fueron, el marqués de Cáliz ȝ Diego de Merlo mandaron que se apeasen fasta dozientos escuderos, e fuesen vno en pos de otro, aviendo apartamiento del vno al otro fasta dos lanças de armas; e estos seguían al escalador e a los adalides, que yvan delante ȝ llevauan los troços de las escalas. E como fueron çerca del muro de la çibdad, por la parte



de la fortaleza, ynformados de sus escuchas e guardas que tenían puestas cómo no se guardaua por aquella parte, pusieron sus escalas; ȝ aquel escalador que se llamaua Juan de Ortega, vecino de Carrión, subió primero, y en pos dél otros quinze escuderos, vno de los quales era Martín Galindo, fijo de Juan Fernández Galindo, onbre muy esforçado. E entraron en la baruacana, e puestas las escalas a la çerca subieron encima del muro prinçipal de la fortaleza, ȝ fallaron vn onbre que guardaua el muro, al qual mataron luego, ȝ a otro onbre que fallaron en el castillo dormiendo; e andovieron por la fortaleza, e prendieron a la muger del alcayde, e a otras mugeres que estauan con ella. El alcayde no estaua en la çibdad aquel día (que era ido a unas bodas a Vélez Málaga, e aquel caballero Martín Galindo, peleando con los moros, fué ferido de una cuchillada en la cabeza). Esto fecho, estos quinze onbres abrieron la puerta de la fortaleza que sale al campo, por la qual entró el marqués y el adelantado, e el conde ȝ Diego de Merlo, e con ellos toda la gente que en el castillo pudo caber, ȝ apoderándose dél.

Los moros, que no ponían diligençia en la guarda de la çibdat, marauilláronse quando syntieron que los cristianos avían osado entrar tanto dentro de aquel reyno a tomar aquella fortaleza, que estaua rrodeada de villas ȝ castillos del reyno de Granada. E luego se pusieron en armas, e guardaron las puertas de la çibdat, ȝ apoderándose de las torres más fuertes ȝ prinçipales del muro, con propósito de se defender fasta ser socorridos del rey de Granada, a quien esperauan que los socorrería con grand multitud de moros a pie e a cauallo; el qual estaua en la çibdad de Granada, que es ocho leguas de Alhama. Asimismo barrearon las puertas y las bocas de las calles de la çibdat que salían a la fortaleza, ȝ pusieron en ellas ballesteros ȝ espingarderos, los quales tirauan a la puerta de la fortaleza tantos tiros, que los cristianos que estauan dentro no podían salir por la puerta del castillo, a pelear con los moros, sino a gran peligro, por ser muy estrecha la salida, lo cual los puso en gran trabajo ȝ confusión, y no sabían qué consejo tomar.

Acaesçió que vn alcaide de los alcáçares de Carmona, que llamauan Sancho de Avila, ȝ otro alcayde de Arcos [Nicolás de Roxas, muy esforçado], quisieron salir por aquella puerta, a fin que saliesen en pos dellos algunos otros, e en saliendo ellos ȝ otros algunos escuderos que los siguieron, fueron muertos de los tiros de las ballestas e espingardas que los moros les tiraron; [lo qual fué primero día de marzo deste año]. Ecomo los cristianos vieron aquellos caualleros muertos, e el peligro grande que avía; por el angostura de la salida, todos se retraxeron a la fortaleza. E algunos capitanes decían que la deuían quemar ȝ dexar, porque segúnd el peligro grande que avía en la salida de la fortaleza a la villa, e segúnd el socorro que los moros esperauan tan presto, por lo tener tan çerca, era cosa peligrosa esperarlos con tan poca gente.

El marqués de Cáliz e el adelantado ȝ Diego de Merlo decían que [pues

a Dios había placido que aquella fortaleza fuese en poder de cristianos], era mengua de tantos caualleros e capitanes como allí eran desanparar aquella fortaleza, avida con tanto trabajo. E en esta diuersidad de votos estovieron en grande confusión los vnos contra los otros por espacio de çinco oras; [porque de la una parte les oprimía el cansancio de las noches e días pasados, el miedo del rey moro que esperaban venir presto, la entrada peligrosa en la cibdad, y el poco mantenimiento que tenían para se sostener; de la otra parte les requería la virtud de la constancia, que en tales fechos el caballero debe tener, e como ningún fructo consiguían de sus trabajos pasados, si de presente no alcanzaban el fin que deseaban].

Al fin, por el gran esfuerço de aquellos quatro prinçipales, no se desanparó la fortaleza. E acordaron que todos peleasen fasta aver la çibdad, e pensaron de ronper vn pedaço del lienço de la fortaleza por donde pudiese salir grand golpe de gente junta; e otrosí que fuesen algunos a pelear por la çerca, ȝ otros subiesen por los tejados; de manera que fuesen los moros tan apretados de todas partes, que por fuerça desanparasen las calles ȝ las torres. E porque con mayor voluntad la gente se dispusiese al peligro, mandaron que todos pusiesen la çibdad a sacomano; e que cualquier cosa que se tomase, así de prisioneros como de hazienda, fuese del que lo tomase.

Avido este acuerdo, luego ronpieron vn pedaço de la çerca de la fortaleza, e salieron juntos por aquel lugar que derribaron gran número de gente de armas, con los quales salió por capitán el marqués de Cáliz; los otros capitanes salieron, dellos por la puerta, otros por los tejados, otros por el muro que va de la fortaleza a la çibdad. E pelearon con los moros por las calles, desde la mañana fasta la noche, por muchas de las partes de la çibdat, en las quales peleas murieron muchos moros, ȝ algunos de los cristianos. Porque los moros pelearon aquel día con tanta fuerça de cuerpo e de coraçón que se requiere pelear a todo ome esforçado por la defensión de la vida suya ȝ de sus mugeres ȝ fijos, que vían matar e catiuar, e por conseruación de su libertad, por la cual no dudauan andar peleando sobre los cuerpos de sus fijos ȝ hermanos ȝ propincos que cayan muertos delante dellos, a fin de saluar si pudieran algunos de los biuos; [y esperando cada hora que les vernía socorro de Granada. Los cristianos, recelando que todos serían perdidos si la cibdad fuese socorrida, peleaban con grand ánimo por la ganar antes que el rey de Granada viniese a socorrerlos].

Pero los cristianos eran tantos ȝ tan bien armados, que los moros, aviendo peleado todo el día ȝ no podiendo más sufrir la fuerça de los cristianos, se recogieron todos a vna mezquita [grande, que estaba cercana al muro de la cibdad, e de allí tiraban tantos tiros de espingardas e ballestas, que los christianos no podían llegar a los combatir, salvo con gran peligro; pero recelando que los moros serían socorridos, cobraron mayores fuerzas, e con mantas e otras defensas que ficieron, llegaron a poner fuego a las puertas de la mezquita]. Los moros, como sintieron el fuego [como gente desesperada], salieron a pelear por muchas partes, ȝ murieron la mayor



parte dellos, e al fin fueron vençidos e puestos en prisión. E los cristianos se apoderaron de la çibdat e de algunas torres della, de las cuales los moros al prinçipio se avían apoderado, e no las pudieron defender de los conbates que los cristianos allí les dieron.

Fueron allí tomados ȝ captivos fasta en número de quatro mill ánimas de mugeres ȝ niños. Fueron muertos peleando por las calles, de los que se pudieron contar, más de mill moros; e asymismo fueron robados muchos bienes muebles, oro e plata e ganados, lo cual fué en grand cantidad, porque aquella çibdat era muy rica ȝ de grand trato. Otrosy, algunos caualleros y peones, pensando que no se podría sostener la çibdat, ȝ que la avían de desanparar, quebraron muchas tinajas de aceite ȝ de miel, ȝ derramaron gran cantidad de harina ȝ de trigo que el rey de Granada allegaua de sus rentas en aquella çibdad. Otrosí, sacaron todos los cristianos que los moros tenían cativos, que dormían todas las noches en mazmorras.

Otro día por la mañana [como se sopo la toma de la çibdad de Alhama], vinieron de la çibdad de Granada fasta mill moros a cavallo, ȝ llegaron bien çerca de Alhama, por ver si la podrían socorrer. E como sopieron que los cristianos eran tantos, ȝ que estauan ya apoderados en todas las torres e puertas de la çibdad, acordaron de se boluer. Pasados quatro días después que aquella çibdad se tomó, porque los cristianos padeçían gran pena del mal olor de los cuerpos de los moros muertos, que estauan por las calles e por las casas, acordaron de echarlos fuera de la çibdat, en el campo; e allí al canpo salían los perros de la çibdat a los comer.

El Rey de Granada, sabido cómo la çibdat de Alhama, que era la cámara donde recogía el pan de sus rentas que tenía en aquellas partes, era tomada e destruyda, vino con muchos moros a cauallo ȝ a pie, por ver sy la pudiera recobrar antes quel marqués de Cáliz ȝ los otros capitanes ȝ caualleros que estauan dentro se basteçiesen. E puso sitio en el canpo, do estauan los moros muertos que avían echado los cristianos fuera de la çibdad. E visto por los moros que los perros los comían, tiraron con las ballestas ȝ mataron todos los perros; de manera que ni avn los perros de la çibdad quedaron biuos.

Cosa fué, por çierto, marauillosa a los biuientes que vieron la destruyçión de aquella çibdat, en pocas oras fecha, que no quedó en ella alma biua, dellos muertos ȝ comidos de perros, e los que quedaron biuos llevados cativos a tierra de cristianos, ȝ los ganados robados ȝ llevados a muchas partes; e aun fasta en los perros de aquel lugar quiso Dios mostrar su punición que no quedasen biuos. E porque hallamos en la Sagrada Escritura quando Dios se indignaua contra algund pueblo los amenaçaua con destruyçión total, fasta los perros, plógonos ynquirir la manera de biuir de la gente de aquella çibdat, porqué plugo a Dios mostrar su yra tan súpita ȝ tan cruel contra ellos. E fallamos qve bien çerca della ay vños baños en un hedifiçio muy hermoso, donde ay agua manantial caliente de su natura. A estos baños venían onbres ȝ mugeres se bañar, así de la çibdad como de otras partes de moros. Estos baños eran causa de algunas mollesas

de los cuerpos ȝ deleytes demasiados, do proçedía oçio, ȝ del oçio luxurias malas ȝ feas, ȝ otros engaños ȝ malos tratos que facían vnos a otros, por sostener la oçiosidat en que estauan acostunbrados.

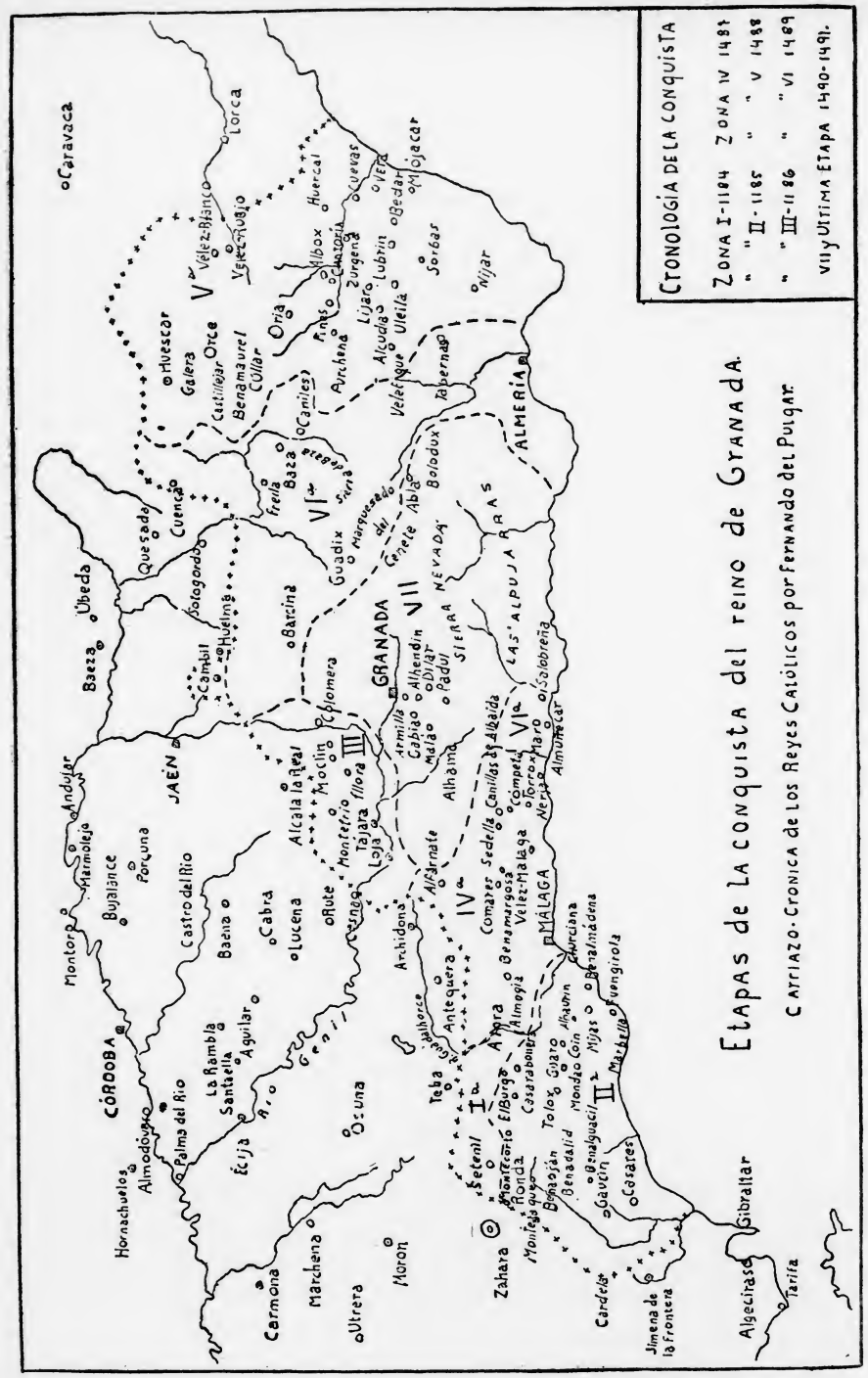
Esto considerado, creemos que plugo a la justicia de Dios darles tal pugnición, que avn fasta los perros de aquella çibdat no quedasen biuos; porque fuese enxenplo para los que lo oyesen, e temiesen de perseverar en los pecados por no yncurrir en la yra diuina.

El rey de Granada, como vino a la çibdat ȝ puso su real çerca della, pensó de la tomar antes que los cristianos que estauan dentro se proveyesen de defensas ni fuesen socorridos; porque entendían que eran tantos en número los de dentro que no ternían prouisión de mantenimientos ni de otras cosas neçesarias para se sostener diez días, ni menos para se defender. E fízola conbatir, ȝ con la rrauia que los moros tenían por la pérdida de aquella çibdat, porque estaua casy en el medio de su reyno, a fin de la recobrar, llegauan al muro, ȝ ponían las escalas por todas las partes, ȝ subían por ella yndiscretamente. De manera que en estos conbates ni guardauan ora ni atendían petrechos, mas todas horas, ȝ con qualesquier defensas, llegauan al muro, pensando que la grande muchedumbre dellos, llegando por muchas partes, confundirían a los cristianos e los vençerían. El marqués de Cáliz, ȝ el conde, e el adelantado, e Diego de Merlo, ȝ los otros caualleros ȝ alcaydes que estauan dentro, repartieron sus gentes por el muro, ȝ defendíanlo; e algunas veces salían fuera a escaramuçar con los moros.

En estos conbates ȝ escaramuças murieron muchos de los moros, porque según avemos dicho, con la grand voluntad que tenían de recobrar aquella çibdat, llegaua con loca osadía a los conbates, por lugares peligrosos. Al fin, no podiendo por conbate ganar el muro, viendo asymismo cómo cayan ȝ murían muchos dellos en aquella manera de conbatir, acordaron de se rretraer ȝ no tentar más de tomar la çibdat por conbate. E pensaron de quitar el agua, ȝ de echar el río que yva fuera de la çibdat por otra parte. Los cristianos, visto que los moros quitavan el agua, salieron muchos dellos a pelear con los moros; pero no pudieron resistir que los moros no quitasen gran parte del agua, e lo que dexaron no se podía aver saluo con grand trabajo, porque convenía que peleasen los vnos entretanto que otros cogían agua para ellos ȝ para sus caballos, por vna mina que salía de la çibdat al río. E por esta mengua del agua, todas las oras del día e de la noche peleavan, ȝ morían muchos de los vnos y de los otros.

El marqués ȝ el adelantado, como se vieron puestos en aquella neçesidad, escriuieron a las çibdades de Seuilla ȝ de Córdoua, ȝ a los caualleros de las comarcas, que les socorriesen ȝ librasen del peligro en que estauan. Otrosí, enbiaron facer saber al Rey ȝ a la Reyna, que estauan en Medina del Canpo, cómo avían tomado la çibdad de Alhama, e la sostenían contra el rey de Granada que los tenía çercados.

El luego como en las çibdades de Seuilla ȝ Córdoua, e en las comarcas,



se sopo que aquellos caualleros avían tomado la çibdad de Alhama, ȝ la neçesidad en que estauan, el duque de Medina Çidonia, como quier que tenían debates con el marqués de Cáliz, pero en aquella ora olvidando el odio, se dispuso a lo socorrer; e juntó luego toda la más gente de cauallo ȝ de pie que pudo aver de su casa e de otras partes. E otrosí el conde de Cabra, e don Alonso, señor de la casa de Aguilar, e otros caualleros e capitanes e alcaydes ȝ gente que estauan por fronteros, los que más presto se pudieron juntar, fueron camino de Alhama, para socorrer a aquellos caualleros ȝ gentes que la defendían.

De la *Crónica de los Reyes Católicos,* de Fernando del Pulgar (Ed. Carriazo, 3).

## GUERRAS CIVILES DE GRANADA

*Ni en el momento decisivo de su historia, se libró Granada de las luchas dinásticas. Durante el reinado de Enrique IV había tenido lugar la matanza de los Abencerrajes que la leyenda ilustró después. Al regresar a la capital de su reino sin haber logrado reconquistar Alhama, "Muley Hacem" fué víctima de una de las muchas revoluciones palatinas que durante dos largos siglos habían debilitado el poder granadino. Las discordias civiles no terminaron con su deposición; prosiguieron durante los años de la lucha final con los ejércitos cristianos. Las refieren los cronistas castellanos al socaire de sus relatos de las campañas de los Reyes Católicos. A través de todo el señorío del Islam en España y de toda la Reconquista, las guerras civiles que padecieron, con frecuencia, las dos sociedades en contacto pugnaz, fueron los mejores aliados del reino o de los reinos enemigos. Las curvas ascensionales de la discordia intestina o de la anarquía secesionista en cualquiera de las dos Españas, coincidieron siempre con las descendentes de sus crisis militares y con los triunfos de la España rival. En las postrimerías de la vida del reino granadino se repite la misma ley histórica peninsular, y las luchas civiles de la Granada agonizante favorecieron, no poco, el triunfo de la cristiandad.*

¡O glorioso Dios!, ¿qué se dirá de tus marauillas? ¿Quién es aquel que agora podría pensar ni creer que por esta entrada queste muy católico y virtuoso señor fizo a estos lugares que son entre Baça e Guadix fuese cabsa ȝ ocasión que los moros perdiesen a Gibraltar, que es a cinquenta leguas de allí, e los christianos la ouiesen de ganar ȝ cobrar? Por çierto no es ninguno al presente que tal pudiese creer.

Onde como la nueua de la destruyçión ȝ grandes males ȝ daños quel dicho señor Condestable fizo en tierra de moros, segund dicho es, llegase



a la çibdad de Granada, todo el común de la dicha çibdad se alborotó ȝ levantó contra su rey Çidi-Çaha, diciendo que no tenían ellos rey sino para los despechar y robar, mas no para los defender y anparar de los cristianos, que les corrían ȝ robauan ȝ quemauan la tierra, ȝ les matauan ȝ leuauan sus parientes catiuos. Y demás desto, que avían pechado las parias que avían de dar al rey de Castilla y se las avía tomado ȝ conido, ȝ no las avía pagado; por cabsa de lo qual los cristianos les facían por todas partes la guerra, y la tierra de los moros de cada día se despoblaua y perdía.

Y como el rey de Granada, visto el mouimiento grande del pueblo contra él leuantado, de aquestas palabras terreçió ȝ ovo grant miedo, respondióles así:

—Amigos, yo no soy rey de Granada, saluo el alcayde Mofarrás, que es alguacil mayor, ȝ los Abençerrajes. Estos son reyes de Granada, y éstos han tomado ȝ comido las doblas que pechastes para las parias, que a mí no dieron lugar que las pudiese pagar al rey de Castilla; ni me dexaron llegar a ellas, ni me quieren ayudar a defender la tierra.

Estonçes los moros le dixieron:

—Pues tú ¿para qué eres rey? Si esos caualleros toman las parias, ȝ las gastan, ȝ quieren mandar más que tú, y son cabsa de tan grandes males y daños como los moros reçiben, ¿por qué no los deguellas?

A lo que el rey respondió:

—Si vosotros me days fauor para ello, así lo faré.

Y como dellos fuese çertificado que le darían toda ayuda y fauor, por obuiar el grant peligro en que estaua ȝ por contentar ȝ sosegar el común de aquella tan populosa çibdad, quando oportunidad ovo para ello, so color de tener consejo, enbió por el alcayde Mofarrás, su alguacil mayor, ȝ por Çidi Yuçaf Abençerraje, dos caualleros los más poderosos del reyno de Granada.

E como entraron en el Alhanbra, do el rey estaua ya proueydo de gente secreta, luego los mandó degollar. E avn así ficieran a otros, saluo por quel ynfante su fijo rogara por ellos. Y como la nueua sonase por la çibdad de Granada, luego Mahomad Abençerraje, ȝ Aly Abençerraje, ȝ el Valençi, y el Cabçaní, ȝ el Alatar, ȝ otros caualleros asaz, que eran casi todo el cabdal de la casa de Granada, partieron de allí con asaz caualleros, ȝ fuéronse a Málaga.

Y como desde allí se quisiesen más apoderar y esforçar contra el rey de Granada, enbiaron por todos sus valedores ȝ amigos que en el reyno tenían, que se viniesen juntar con ellos. Entre los quales vinieron, por grant debdo ȝ amistad que con ellos tenían, todos los caualleros ȝ peones de Gibraltar. Y como las cosas que ya eran o son ordenadas por la diuinal Prouidençia es neçesario y de fuerça que vengan al fin determinado, acaeçió que a aquella sazón los cristianos de aquella frontera, entrando a correr a tierra de moros, tomaron lengua ȝ fueron certificados ȝ supieron cómo

Gibraltar quedaua sola ȝ sin gente. Caualgaron ȝ fueron allá, ȝ luego conbatieron la villa ȝ la entraron.

E los moros retrayéronse al castillo, do no mucho tardaron en mouer pleytesía; en esta manera: quel duque de Medina viniese, y que a él se darían ȝ no a otro ninguno, con tal que les pusiese los cuerpos en saluo. El qual luego vino, y le entregaron la fortaleza, y enbiólos en saluo. Y desta manera se ganó Gibraltar.

¡O marauillosos misterios ȝ secretos de Dios! ¡O çiegos desauenturados de aquellos que con su liuiandad presumen de dar sentençia en sus altos y escondidos juycios! Por çierto bien es loco y de poco seso quien por fuerça ni maneras ni artes piensa mudar ni forçar la voluntad de Dios, ni sus ordenados juycios; que al fin todavía se ha de conplir lo que él ya tiene ordenado ȝ dispuesto. E así se concluye que, después de Dios, el dicho señor Condestable fué cabsa que Gibraltar se ganase por los cristianos ȝ la perdiesen los moros.

De los *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo* (Ed. Carriazo, 82).

☆

División ovo en Granada entre los moros sobre elegir Rey, e fué en el tiempo de la prosperidad de este Rey Don Enrique; e fueron dos parcialidades, una que quería a Cadiadiz, que era hijo de su Rey natural, e otra, la mayor, eligieron a uno de los Abenzerraxes.

Cadiadiz, e su hijo Muley-Hacen, que ambos reynaron después, se vinieron huyendo en Castilla al Rey Don Enrique con docientos de a caballo o más, el qual les recibió y trujo consigo más de un año en la Corte, e les facía muchas honras, e les daba tanta suelta que las gentes mormuraron del Rey, porque enojaban a los christianos por donde andaban.

El dicho Cadiadiz tenía mucha parte en Málaga, e en la Sierra de Ronda, e Casarabonela, e trató con el Rey Don Enrique que le daría a Málaga, y que le diese favor para reynar en Granada. El Rey Don Enrique sacó muy grande hueste de gente, e fué sobre Málaga, e sabido en Granada mataron al Rey que habían alzado, e enviaron secretamente a llamar a Cadiadiz, que fuese a reynar sobre ellos; e llegando el Real ya cerca de Málaga, Cadiadiz se fué con los suyos del Real de noche, dejando al Rey Don Enrique sobre Málaga, e recibiéronlo luego por Rey en Granada; e desque el Rey Don Enrique esto vido, salió de tierra de moros por la ciudad de Gibraltar y tomó a Estepona la qual algun tiempo se tuvo e después por los grandes gastos e daños que de ella se seguían, la mandó derribar; y tomó a Ximena que siempre se tuvo, de la que fizo merced a Beltrán de la Cueva, criado suyo, que después fué Duque de Alburquerque; en su tiempo se tomó Archidona a los moros, y dió un moro llamado



el Zurro a Gibraltar, y se tomaron otros lugares de moros del dicho Reyno de Granada, a quien le dieron parias algunos años porque no les ficiese guerras.

De la *Crónica de los Reyes Católicos* de Andrés Bernáldez, Cura de los Palacios (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXX, 570).

☆

Allende de los trabajos ȝ mengua de mantenimientos que padeçían los moros, ovo entre ellos gran diuisión; porque la mayor parte de los alcaydes e cabeçeras de aquel reyno, en espeçial el linage de los Abençerrajes, dexaron al rey, porque avía degollado a çiertos caualleros sus parientes, ȝ tomaron a vn su fijo, ȝ alçáronlo por rey. El qual juntó gente contra su padre, ȝ apoderóse de la çibdad de Granada, e del Alhambra, ȝ de otras fuerças de la çibdad; e el rey su padre se retruxo a la çibdad de Baça, Y entre el padre ȝ el fijo ovieron algunas batallas, donde murieron muchos moros.

E vn día el rey viejo juntó la más gente que podo aver, e vino a la çibdad de Granada, e vn escalador que traya, cristiano, escaló el Alhambra, ȝ entraron en ella fasta quinientos moros, ȝ mataron los moros que podieron aver de los que la guardauan. E vn cabeçera moro que estaua en ella por alcayde, que se llamaua Abencomixar, retrúxose a vna torre de la fortaleza con los que con él podieron escapar.

E luego aquel rey viejo, dexados algunos en la fortaleza, salió a la çibdad de Granada, e por las calles començó a pelear con los que fallaua. E los de la çibdad e los de Albaycín, que estauan por el rey su fijo, se juntaron ȝ pelearon contra él e contra la gente que traya; e echáronle de la çibdat, e retrúxose a vna fortaleza que estaua por él, çerca de la çibdat de Granada, e aquel capitán Abencomixar tornó a recobrar el Alhambra. Pero ni por esta diuisión, ni por la enemiga grande que avía entre el padre y el fijo, y los caballeros de la vna parte e de la otra, ninguna de las partes quiso reçebir ayuda de los cristianos, e antes querían padeçer la hambre ȝ muertes que reçebían que meter cristianos en su reyno.

De la *Crónica de los Reyes Católicos,* de Fernando del Pulgar (Ed. Carriazo, 39).

☆

Después que el Rey moro Muley Hacen volvió de Alhama en Granada sin la tomar, luego fué gran división entre los moros, e alzaron por Rey a Muley Baudili su fijo en Granada los grandes de la ciudad. Y alzóse también su hermano Muley Bulahaique; e fuése de Granada e tomó contra su Padre a Almería, e el otro quedó Rey en Granada; y desque esto vido el Rey

viejo Muley Hacen fuése a Málaga e con toda su casa e tesoros; e la mayor parte de este daño le vino al Rey viejo por envidia que habían los caballeros de Granada, por la gran privanza que con él tenía Ibocacim Venegas, Alguacil de Guarda, que mandaba a Granada e todo el Reyno mucho mejor que el Rey. Este Alguacil, era de linaje de christianos de los Venegas de Córdoba, e su padre e abuelos fueron christianos e él nació en tierra de moros, e era muy gran servidor del Rey.

En el dicho año de 1483, luego como los moros de Granada vieron perdido a el Rey, e vieron que era tanta gente con él estragada e perdida, enviaron por el viejo a Málaga que volviese a reynar, e vino luego e apoderóse en Granada como antes estaba, y tuvo la ciudad fasta San Juan del año de 1485 que fueron tres años, en su honra y prosperidad; y en aquel tiempo todo, tenía la ciudad de Almería contra él, su fijo Muley Baudili Agije el Infante, por su hermano, el que se había perdido cerca de Lucena, e en este tiempo el Rey cautivo se deliberó por rehenes e ciertos partidos secretos, de poder del Rey Don Fernando, e fué a Granada, e no le quisieron recibir, e fuése a Guadix, e allí lo recibieron, e allí estuvo algún tiempo fasta que salió de allí para ir a Vera, e desque salió de Guadix, nunca más lo quisieron acoger en ella, e estuvo en Vera fasta que mataron a su hermano el Infante en Almería, e estonce huyó él e vínose a Castilla, e estuvo acá algunos días, e después volvióse a Vera, e estuvo allá fasta que se tomó Loxa, que se vino a Granada, e lo acogieron en el Albaicín, e en todo este tiempo había división entre los moros como adelante se dirá.

En el dicho año en el tiempo que el Rey Don Fernando ganó a Ronda, acaeció que salió de Granada el Infante Muley Baudili Alzagal a socorrer a Málaga, dicen que el cerco se enderezaba a ella; e después, volviéndose a Granada con más de seiscientos de a caballo e muchos peones, encontró cerca de Alhama con Juan de Angulo, capitán del Rey que estaba en Alhama por frontero, que traía una cabalgada de cerca en Granada con ciento veinte de a caballo; e el Infante moro le fizo un engaño, púsose en celada, y echó veinte de a caballo delante, e armóle de tal manera que le quitó la cabalgadura, e mató, e llevó cautivos a muchos, e los que se escaparon fué a uña de caballo, e fuése con la cabalgada a los lugares cerca de Granada fasta que lo alzaron Rey de ella; e como los moros vieron que fizo aquello aficionáronse a él, e él tuvo tal manera con ellos que lo alzaron por Rey de Granada, e depuso a su hermano y despojólo del reyno diciendo que era viejo, e ciego, e que no era para defender el reyno.

De la *Crónica de los Reyes Católicos,* de Bernáldez, Cura de los Palacios (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXX, 607, 611 y 621.



## DIEZ AÑOS DE GUERRA CABALLERESCA

*La guerra de Granada duró diez años como la de Troya. Como en ésta, también chocaron en la granadina, Oriente y Occidente. En las serranías del extremo occidental del mar Mediterráneo no pelearon, junto a los mortales, los dioses vengativos y concupiscentes, como en las orillas orientales del mismo mar interior. Porque nada tenían que hacer en una contienda entre cristianos y moros, sacudidos por un mismo ímpetu heroico difícilmente igualable, y, a las veces, transidos de cortesanía poética La bisecular guerra fronteriza entre granadinos y castellanos, la guerra de talas, incendios, acechos, ardides, sorpresas, asaltos y cautiverios derivó al cabo hacia una justa caballeresca perfumada de poesía. La fortuna otorgó a cada bando lances y lanzadas favorables. Muchos adalides cristinos perecieron en la Axarquía y Boabdil cayó prisionero en Lucena. La leyenda idealizó después el gran "paso honroso". No tuvo éste, como la contienda troyana, un cantor de la talla de Homero, pero pronto le exaltó la fantasía y le cantó la literatura de un pueblo en su Siglo de Oro. Como la de Troya, la guerra de Granada derramó dolor, miseria, sangre, hambre y servidumbre; esclavizó a un pueblo y apagó una civilización. ¡Doloroso alumbramiento el de la unificación de España con la expulsión del Islam de su solar peninsular postrero! No lo fué más, sin embargo, que el alumbramiento parejo de cualquier hombre, pueblo, nación o cultura. Y el pueblo, la cultura y la nación que nacieron al morir Granada, por la huella profunda que han dejado en la historia, consiguen pronto hacer secar las lágrimas que pudiera suscitar la extinción del mundo hispano-musulmán y de la civilización arábigo-hispana, ya agotados y caducos desde hacía un siglo, en 1492.*

### Desastre de la Axarquía

El maestre de Santiago, don Alonso de Cárdenas, a quien el Rey e la Reyna dieron cargo de la frontera de los moros por la parte de Eçija, ȝ don Rodrigo Ponçe de León, marqués de Cáliz, fueron ynformados por algunos adalides que podrían facer guerra a los moros que biuían en vnas grandes sierras çercanas al mar, que se dizen el Axarquía, e que avía lugar çercano de la çibdad de Málaga por donde las batallas de la gente que llevasen podían entrar ȝ salir seguramente, sin reçelo de reçebir daño de los moros. E porque sabían que en Málaga avía por entonçes pocos onbres a cauallo, como estos caualleros fueron avisados del estado de la tierra, acordaron de juntar sus gentes. E fiçiéronlo saber a don Juan de Silua, conde de Çifuentes, que estaua por guarda ȝ asistente de la çibdad de Seuilla,

ȝ a don Alonso, señor de la casa de Aguilar, ȝ a don Pero Enrríquez, adelantado del Andalucía; los quales con sus gentes se juntaron con el maestre e con el marqués de Cádiz para facer aquella entrada.

Juntáronse asymismo con estos caualleros Bernaldino Manrrique, fijo de Garci Fernández Manrrique, que tenía la guarda e la justiçia de la çibdad de Córdoua, ȝ Juan de Robres, alcaide e corregidor de la çibdad de Xerez, con las gentes de aquellas çibdades, e los alcaides de Antequera ȝ Morón ȝ Archidona, e de otras fortalezas çercanas de tierra de moros; e asimismo Juan de Almaraz ȝ Bernal Francés, capitanes de çierta gente de armas de las Hermandades, a quien el Rey e la Reyna mandaron que estouiesen en aquella frontera, a la gouernaçión del maestre de Santiago. Estos caualleros juntaron sus gentes de cauallo ȝ de pie; e porque tantos ȝ tales caualleros, e con tanta gente, facían entrada en tierra de moros, otros algunos de las çibdades de Seuilla, ȝ de Córdoua, ȝ de Eçija, e de aquellas comarcas, dellos movidos por seruicio de Dios, otros por ganar honrra, e otros por aver robos, se movieron de su voluntad a yr con ellos. Porque creyan, segúnd la mengua de gentes e de cauallos e las otras fatigas que los moros de cada día avían reçebido, que no tenían fuerças para resistir al poder que estos caualleros llevauan.

Todos estos capitanes, con sus gentes, se juntaron en la çibdad de Antequera, donde ovieron diuersos consejos. El voto de algunos era que entrasen a algunas partes; otros a otras. Otros caualleros que sabían aquella tierra dixeron que la aspereza de aquellas montañas era defensa de las gentes que las morauan; e que quando los vençiesen avrían poco prouecho, porque eran pobres de ganados, e ellos se defenderían en las syerras e en los lugares ásperos. E decían que en las guerras no se devía aventurar lo mucho por [haber] lo poco.

Al fin, por aviso de aquellos adalides, acordaron de entrar en aquellas partes, ȝ hordenaron sus batallas en esta manera: don Alonso, señor de la casa de Aguilar, e el adelantado del Andalucía tomaron cargo de lleuar el avanguarda, e con estos yvan por guiadores los adalides. Después de aquella batalla yva el conde de Çifuentes, do yvan algunos onbres prinçipales de la çibdad de Seuilla. El marqués de Cáliz yva después desta batalla con la gente de su casa ȝ otros algunos caualleros de Andalucía. La reguarda llevaua el maestre de Santiago, con los caballeros de la Orden de Santiago ȝ de la çibdad de Eçija. Estos caualleros ȝ gentes llevauan gran recuaje de açémilas e bestias, en que yvan prouisiones para los días que en tierra de moros estuiesen.

Las batallas hordenadas en esta manera, partieron de la çibdat de Antequera vn día, miércoles, del mes de março, ȝ andouieron todo aquel día ȝ la noche siguiente. E como aquella tierra adonde avían acordada de yr es metida en tierra de los moros, no pudieron llegar a ella fasta otro día, jueves. Aquel día, ya bien tarde, llegaron a algunas aldeas que son en aquella tierra del Axarquía; ȝ por ser mucha la gente de los cristianos,



ȝ aver tardado tanto en la entrada, fueron sentidos antes que entrasen; ȝ los moros ovieron lugar de alçar sus ganados ȝ bienes, ȝ se retraer a las torres ȝ sierras ȝ otros lugares fuertes que estauan en aquella tierra. E por esta causa los cristianos no pudieron tomar saluo pocos ganados ȝ prisioneros, pero quemaron algunas aldeas que hallaron despobladas.

Aquellos caualleros ȝ capitanes que lleuauan la delantera, ȝ algunos otros, se derramaron por todas partes a buscar robos de ganados y prisioneros; e el maestre, que yva en la retaguardia, lleuaua su gente junta. E pasando por vna aldea de las quemadas, que se llamaua Moclinete, salieron los moros que estauan recogidos en el castillo; ȝ como vieron a la gente de cauallo que el maestre llevaua metida en vnas grandes ranblas ȝ barrancos, donde los caualleros no se podían bien rodear con los cauallos, salieron de la fortaleza, ȝ pelearon con ellos. E en aquella facienda reçibió el maestre daño en los suyos, que los veya ferir e matar syn los poder socorrer, así porque estaua defendiéndose de los moros, como por la mala dispusición de los lugares; ȝ enbió a llamar la gente que yva adelante, que le viniesen a socorrer.

El marqués de Cáliz, quando sopo que los moros peleauan con el maestre, ȝ que le facían daño en su batalla, tornó a le socorrer con la gente de cauallo e con algunos peones que pudo recoger. E con el socorro que el marqués fizo, los moros se retruxeron, e el maestre e su gente pudieron salir de aquellos malos pasos en que estauan metidos. Los otros caualleros ȝ capitanes que yvan en la delantera, avían quemado algunas aldeas, ȝ andauan derramados buscando ganados ȝ prisioneros. E porque no sabían los malos pasos que en aquella tierra avía, metíanse en tales valles ȝ angosturas, que reçibían algunos daños de los moros que salían a ellos, de vnas partes e de otras, veyéndolos abarrancados.

El conde e don Alonso ȝ el adelantado, como supieron que los moros peleavan con el maestre ȝ con el marqués, recogiéronse ȝ vinieron donde el maestre ȝ el marqués estauan; los quales estauan juntos, porque conoçieron que la dispusición de aquella tierra era más para reçebir daño que para lo facer, espeçialmente porque todos los onbres e mugeres eran retraydos con sus bienes, e acordaron de dexar la presa de algunos ganados que avían tomado, porque les ynpedía la salida, ȝ boluer a tierra segura. E mandaron a los adalides que los guiasen para salir de aquellas ranblas e lugares ásperos. Los adalides a quien cometieron la guía, pensando llevar la gente por lugar más seguro, tomaron camino de una sierra tan alta ȝ tan fragosa, por donde el peón podía andar a gran pena.

Los moros todo aquel día e la noche pasada, segund su costumbre, ficieron grandes fuegos por muchas partes en las cumbres de las sierras, ȝ en otros lugares altos; ȝ juntáronse muchos de los que morauan en aquella serranía, e tomaron la delantera por donde yvan los cristianos, ȝ dende aquellos lugares facían en ellos grandes daños, con piedras y saetas que tirauan por los lados e en la reguarda, que lleuaua el maestre. E los cristianos

trabajando por salir de los malos pasos donde estauan metidos, sobreuino la noche. E reçelando que en aquel camino por do eran guiados no reçibiesen más daños, boluieron a pasar vn rrío fondo, debaxo de vna sierra fragosa, que los moros avían ya subido.

E quando los moros vieron a los cristianos metidos en aquel valle angosto, desde las alturas tirauan piedras ȝ esquinas, ȝ matavan muchos cristianos; e algunos de los que se aventuravan a subir la sierra por escapar, morían cayendo de los barrancos altos, porque la escuridad de la noche les ynpedía, de manera que ni veyan ni sabían el tino por do avían de subir. E oyendo los alaridos de los moros, e turbados con la escuridad de la noche, ȝ con la aspereza del lugar, enflaquezían, e no sabían qué remedio diesen a la perdición que veyan; ȝ sufriendo esta pena estouieron fasta la media noche.

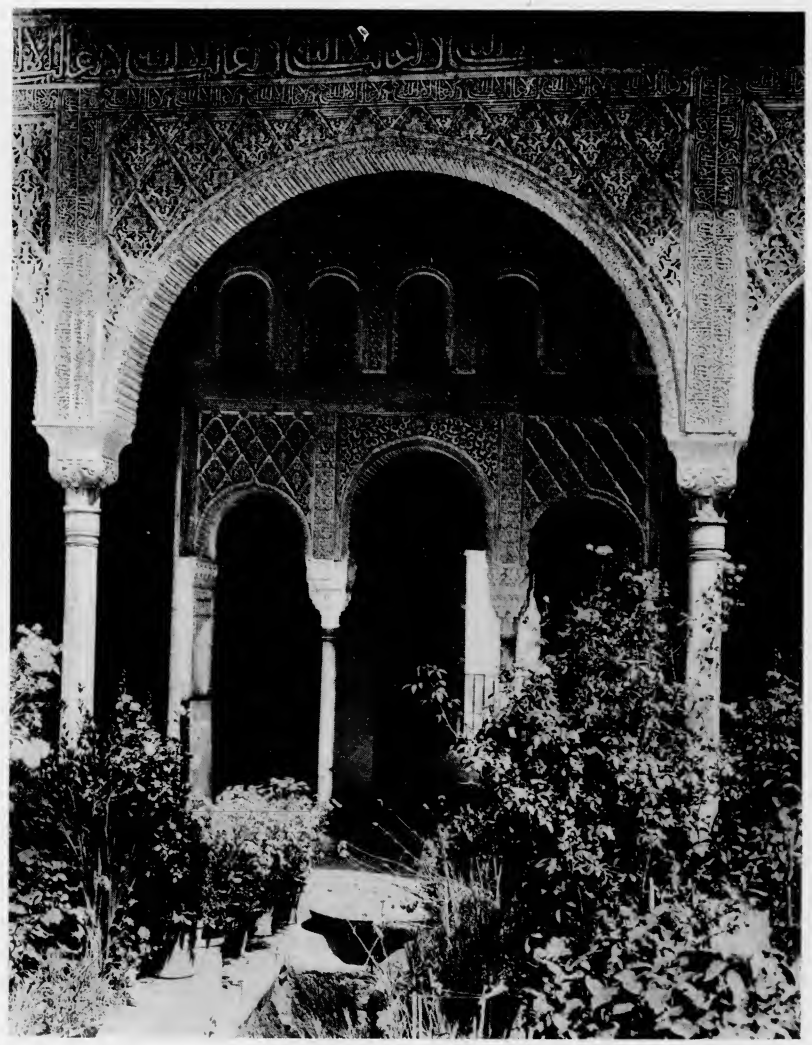
El maestre ȝ aquellos caualleros ȝ capitanes, veyendo a sus parientes e criados e a las otras gentes de sus capitanías, a vnos caer muertos, e a otros llorar sus feridas, otros gemir sus flaquezas; e cómo no tenían fuerças para pelear, ni con el cansançio de la noche e de los días pasados podían salir de aquella fondura, do estauan señoreados de los moros:

—Muramos —dixo el maestre— muramos haziendo camino con el corazón; pues no lo podemos hazer con las armas, e no muramos aquí muerte tan torpe. Subamos a esta sierra como onbres, ȝ no estemos abarrancados esperando la muerte, e veyendo morir nuestras gentes, no les pudiendo valer.

E diziendo estas palabras, dellos a cauallo, dellos a pie, acordaron de se poner al peligro que pudían reçebir en la sobida de la syerra, e no al que veían estando en aquel valle. E defendiéndose como mejor pudieron, subieron fasta donde estavan los moros. En aquella subida se perdió el alférez del maestre [que se llamaba el comendador Diego Becerra, cuya era Torre Mexía], con su seña; e murió peleando un cavallero primo del maestre, que se llamaua Juan Osorio, e Juan de Bazán, señor de La Granja. E otros muchos de sus parientes e criados, ȝ de los otros caualleros que trabajaron por subir a lo alto, cayan con la fuerça de las esquinas e piedras grandes que los moros derribauan.

El marqués, que subió por otra parte, guiándole vn adalid, pasó adelante de aquella sierra con la gente que le avía quedado de su batalla. El maestre y el conde de Çifuentes, ȝ don Alonso de Aguilar, y el adelantado, y los otros capitanes, que avían de seguir la vía que el marqués llevaua, así porque quedaron peleando con los moros como porque fueron ynpedidos por la escuridad de la noche, ȝ turbados veyéndose rodeados de los moros por todas partes, no pudieron seguir el camino que el marqués avía llevado, e fuéles neçesario desçender a otro valle.

E los moros ovieron lugar de se poner entre la batalla del marqués y del maestre e de los otros caualleros, de manera que no podían socorrer los vnos a los otros, ni menos los que estauan juntos se podían ayudar. Porque cada vno trabajaua lo que podía en se salvar de los tiros de piedras ȝ saetas



Granada. Generalife. Entrada a la Galería de Retratos.

trabajando por salir de los malos pasos donde estauan metidos, sobreuino la noche. E reçelando que en aquel camino por do eran guiados no reçibiesen más daños, boluieron a pasar vn rrío fondo, debaxo de vna sierra fragosa, que los moros avían ya subido.

E quando los moros vieron a los cristianos metidos en aquel valle angosto, desde las alturas tirauan piedras ȝ esquinas, ȝ matavan muchos cristianos; e algunos de los que se aventuravan a subir la sierra por escapar, morían cayendo de los barrancos altos, porque la escuridad de la noche les ynpedía, de manera que ni veyan ni sabían el tino por do avían de subir. E oyendo los alaridos de los moros, e turbados con la escuridad de la noche, ȝ con la aspereza del lugar, enflaquezían, e no sabían qué remedio diesen a la perdición que veyan; ȝ sufriendo esta pena estouieron fasta la media noche.

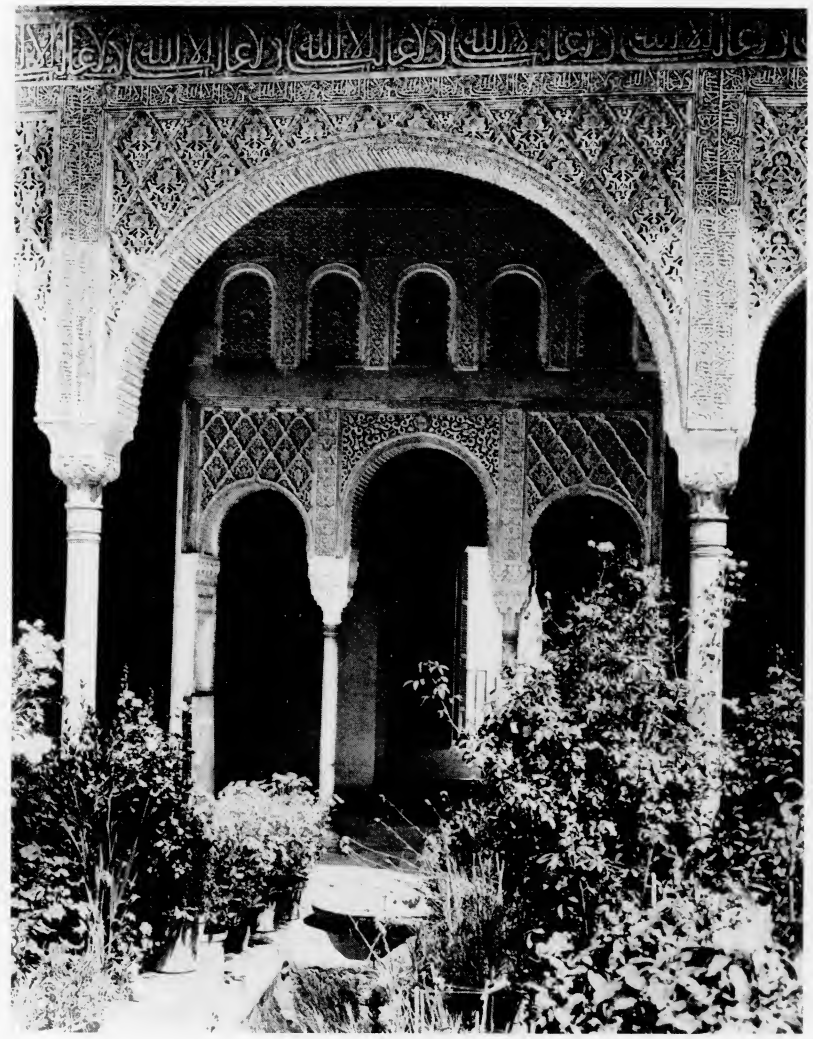
El maestre ȝ aquellos caualleros ȝ capitanes, veyendo a sus parientes e criados e a las otras gentes de sus capitanías, a vnos caer muertos, e a otros llorar sus feridas, otros gemir sus flaquezas; e cómo no tenían fuerças para pelear, ni con el cansançio de la noche e de los días pasados podían salir de aquella fondura, do estauan señoreados de los moros:

—Muramos —dixo el maestre— muramos haziendo camino con el corazón; pues no lo podemos hazer con las armas, e no muramos aquí muerte tan torpe. Subamos a esta sierra como onbres, ȝ no estemos abarrancados esperando la muerte, e veyendo morir nuestras gentes, no les pudiendo valer.

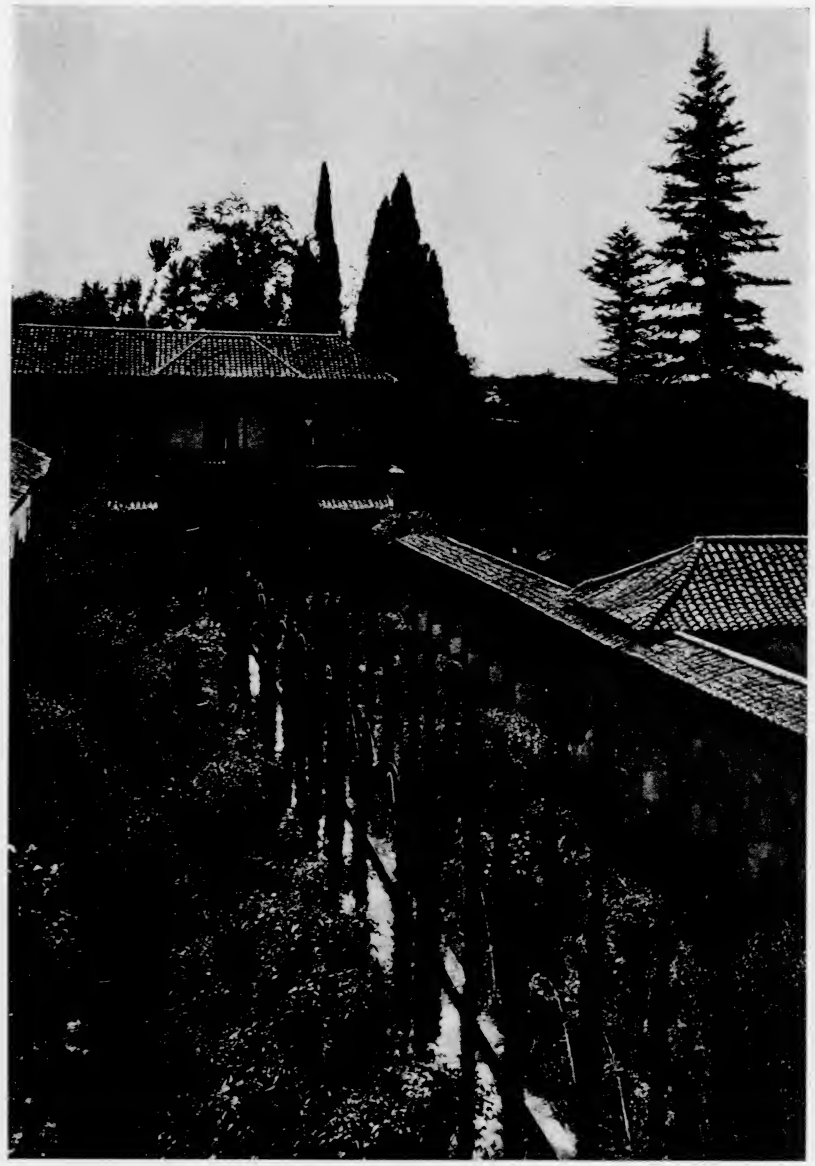
E diziendo estas palabras, dellos a cauallo, dellos a pie, acordaron de se poner al peligro que pudían reçebir en la sobida de la syerra, e no al que veían estando en aquel valle. E defendiéndose como mejor pudieron, subieron fasta donde estavan los moros. En aquella subida se perdió el alférez del maestre [que se llamaba el comendador Diego Becerra, cuya era Torre Mexía], con su seña; e murió peleando un cavallero primo del maestre, que se llamaua Juan Osorio, e Juan de Bazán, señor de La Granja. E otros muchos de sus parientes e criados, ȝ de los otros caualleros que trabajaron por subir a lo alto, cayan con la fuerça de las esquinas e piedras grandes que los moros derribauan.

El marqués, que subió por otra parte, guiándole vn adalid, pasó adelante de aquella sierra con la gente que le avía quedado de su batalla. El maestre y el conde de Çifuentes, ȝ don Alonso de Aguilar, y el adelantado, y los otros capitanes, que avían de seguir la vía que el marqués llevaua, así porque quedaron peleando con los moros como porque fueron ynpedidos por la escuridad de la noche, ȝ turbados veyéndose rodeados de los moros por todas partes, no pudieron seguir el camino que el marqués avía llevado, e fuéles neçesario desçender a otro valle.

E los moros ovieron lugar de se poner entre la batalla del marqués y del maestre e de los otros caualleros, de manera que no podían socorrer los vnos a los otros, ni menos los que estauan juntos se podían ayudar. Porque cada vno trabajaua lo que podía en se salvar de los tiros de piedras ȝ saetas

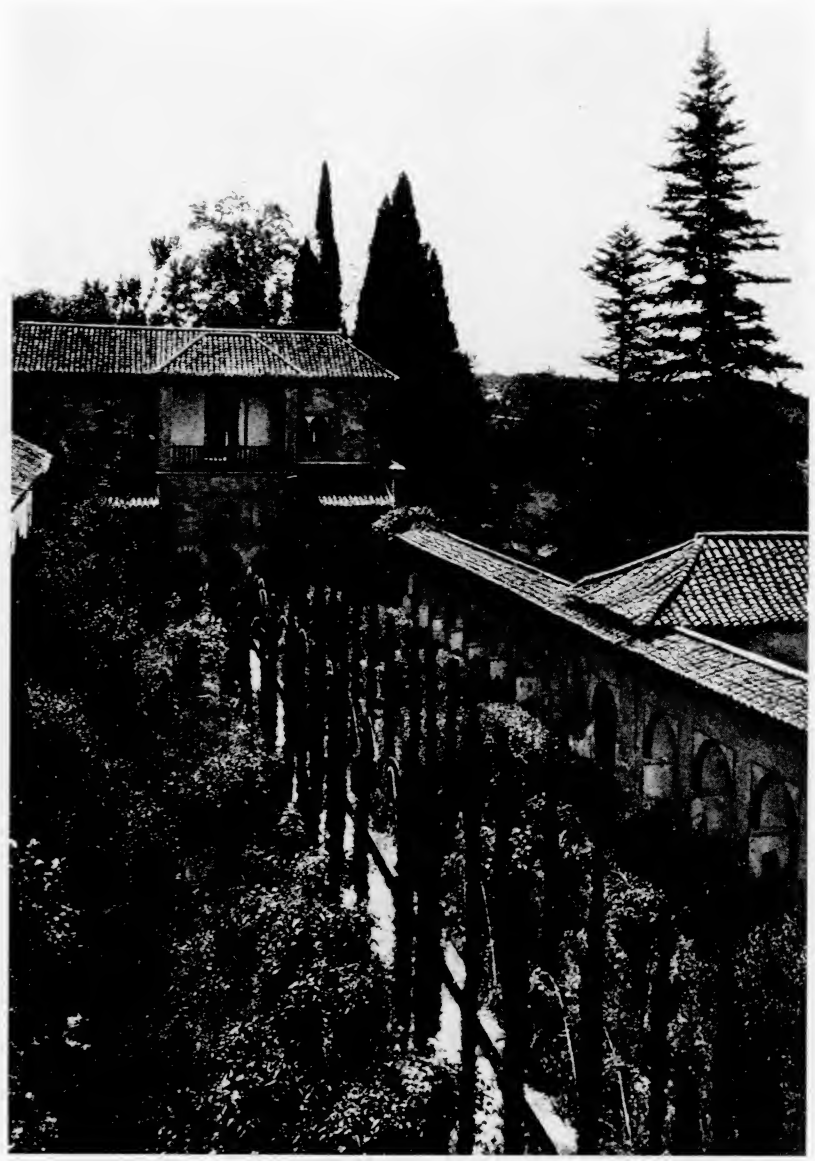


Granada. Generalife. Entrada a la Galería de Retratos.



Granada. Jardines del Generalife.

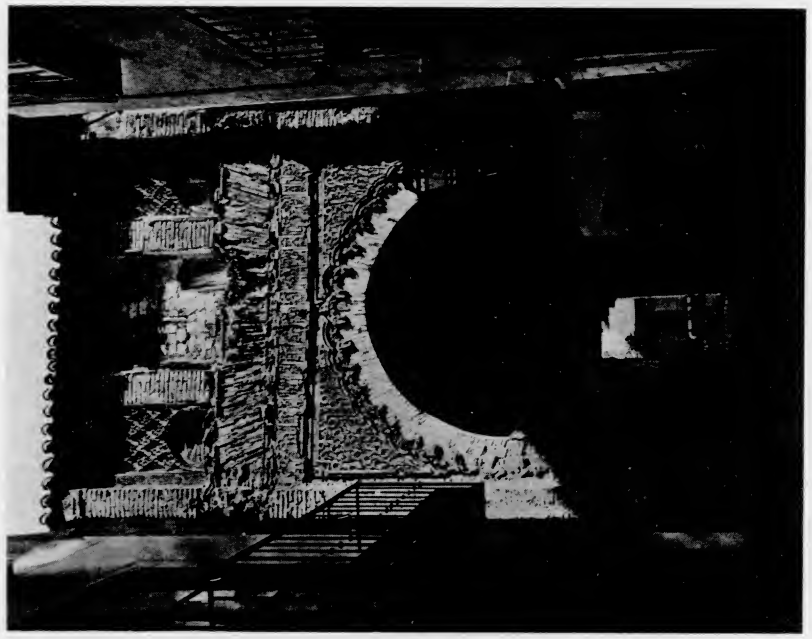
Los jardines del Generalife desde la Galería de Retratos.



Granada. Jardines del Generalife.

Los jardines del Generalife desde la Galería de Retratos.

Granada. Alcaicería.



Granada. Antigua Alhóndiga. Casa del Carbón.



que por todas partes tirauan los moros, que sabían bien aquella tierra e los malos lugares donde la fortuna metió los cristianos.

El marqués de Cáliz, que pasó adelante, metióse con la gente que le quedó en vn valle, pensando en él estar más seguro, e recoger las otras gentes que venían en la reçaga. E alguna parte de los moros, que tenían tomada la delantera, salieron al encuentro, ȝ pelearon con él e con la otra gente que le pudo acompañar. E como quier que fizo rostro a los moros ȝ peleó con ellos, pero como su gente estaua cansada del trabajo que avían pasado en subir aquellas syerras, e muchos dellos feridos, e los moros salían todauía más de refresco, ȝ sabían los pasos donde pedían pelear a su saluo, los que estauan con el marqués, no pudiendo sufrir las fuerças de los moros, que entrauan ya por ellos, fueron desbaratados. E los que tovieron fuerças para fuyr se pusieron en fuída, e todos los otros fueron muertos ȝ presos.

El marqués, visto el destroço de los suyos, tomó otro cauallo, porque el suyo estaua mal ferido, ȝ guiándole un adalid, por vna syerra alta que duraua quatro leguas, se pudo saluar. E los moros siguieron el alcançe fasta media legua, matando ȝ captiuando muchos de los cristianos. Allí en aquel destroço mataron los moros a don Diego ȝ a don Lope, e a don Beltrán, hermanos del marqués, e a don Lorenço, ȝ don Manuel, sus sobrinos, e otros muchos de sus parientes e criados, e de los otros que se llegaron a su compañía. El maestre de Santiago ȝ el conde de Cifuentes e el adelantado, ȝ don Alonso de Aguilar, e los otros capitanes, con las otras gentes que quedaron en vna ladera de aquella sierra, como estavan muy cansados ȝ enflaqueçidos de los trabajos de la noche ȝ de los días pasados, e no sabían los pasos de aquella sierra, cayan muchos al fondo del valle. Otros se metían en poder de los enemigos, porque elegían antes perder la libertad que la vida, pues no podían pelear.

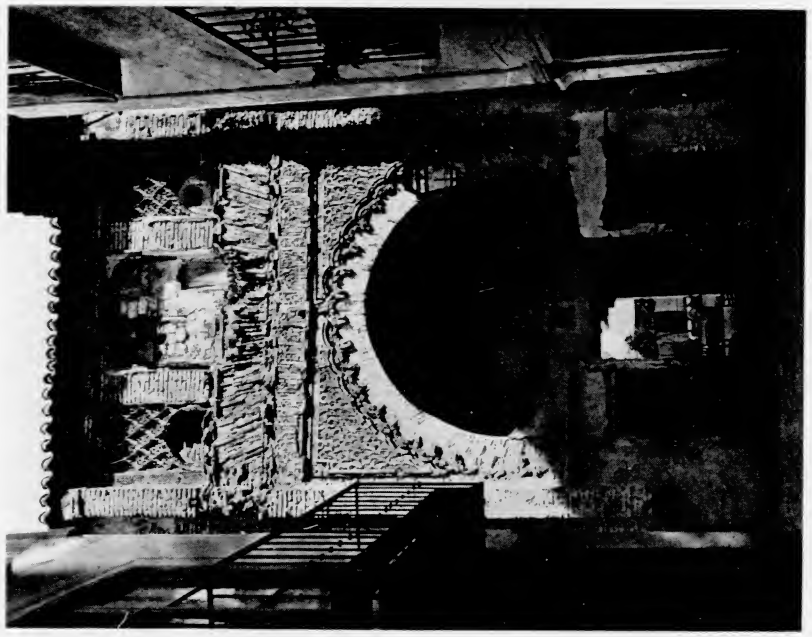
Los moros davan grandes alaridos, con el orgullo del vençimiento; e los cristianos gemían las muertes que veían de los suyos, ȝ las que ellos esperauan. Los caualleros ȝ capitanes prinçipales, puestos en angustia ȝ no veyendo reparo, estauan turbados, e falleçíales el consejo, porque todas sus gentes estauan derramadas por aquellas sierras, ȝ tan grande era el temor que tenían, que ninguno sabía de su compañero ni le podía ayudar. A tal estado vinieron los cristianos en aquella ora, que ni oían señal de tronpeta, ni veyan seña que guardasen, ni donde se acaudillasen. El maestre de Santiago, visto el perdimiento de aquello hueste:

—¡O Dios bueno, —dixo él— grande es por çierto la tu ira, que el día de oy as querido mostrar contra los tuyos, pues vemos que la desesperaçión que estos moros tenían se les a convertido en tal osadía, para que sin armas ayan victoria de nosotros armados!

Algunos de sus parientes e criados que con él estauan dixeron:

—Ya vedes, señor, este perdimiento; dexa el esfuerço para pelear, e aved consejo para escapar, pues vedes que no ay otro remedio sino poneros en saluo, porque no perescáys vos, y con vos todos vuestros parientes

Granada. Alcaicería.



Granada. Antigua Alhóndiga. Casa del Carbón.



que por todas partes tirauan los moros, que sabían bien aquella tierra e los malos lugares donde la fortuna metió los cristianos.

El marqués de Cáliz, que pasó adelante, metióse con la gente que le quedó en vn valle, pensando en él estar más seguro, e recoger las otras gentes que venían en la reçaga. E alguna parte de los moros, que tenían tomada la delantera, salieron al encuentro, ȝ pelearon con él e con la otra gente que le pudo acompañar. E como quier que fizo rostro a los moros ȝ peleó con ellos, pero como su gente estaua cansada del trabajo que avían pasado en subir aquellas syerras, e muchos dellos feridos, e los moros salían todauía más de refresco, ȝ sabían los pasos donde pedían pelear a su saluo, los que estauan con el marqués, no pudiendo sufrir las fuerças de los moros, que entrauan ya por ellos, fueron desbaratados. E los que tovieron fuerças para fuyr se pusieron en fuída, e todos los otros fueron muertos ȝ presos.

El marqués, visto el destroço de los suyos, tomó otro cauallo, porque el suyo estaua mal ferido, ȝ guiándole un adalid, por vna syerra alta que duraua quatro leguas, se pudo saluar. E los moros siguieron el alcançe fasta media legua, matando ȝ captiuando muchos de los cristianos. Allí en aquel destroço mataron los moros a don Diego ȝ a don Lope, e a don Beltrán, hermanos del marqués, e a don Lorenço, ȝ don Manuel, sus sobrinos, e otros muchos de sus parientes e criados, e de los otros que se llegaron a su compañía. El maestre de Santiago ȝ el conde de Cifuentes e el adelantado, ȝ don Alonso de Aguilar, e los otros capitanes, con las otras gentes que quedaron en vna ladera de aquella sierra, como estavan muy cansados ȝ enflaqueçidos de los trabajos de la noche ȝ de los días pasados, e no sabían los pasos de aquella sierra, cayan muchos al fondo del valle. Otros se metían en poder de los enemigos, porque elegían antes perder la libertad que la vida, pues no podían pelear.

Los moros davan grandes alaridos, con el orgullo del vençimiento; e los cristianos gemían las muertes que veían de los suyos, ȝ las que ellos esperauan. Los caualleros ȝ capitanes prinçipales, puestos en angustia ȝ no veyendo reparo, estauan turbados, e falleçíales el consejo, porque todas sus gentes estauan derramadas por aquellas sierras, ȝ tan grande era el temor que tenían, que ninguno sabía de su compañero ni le podía ayudar. A tal estado vinieron los cristianos en aquella ora, que ni oían señal de tronpeta, ni veyan seña que guardasen, ni donde se acaudillasen. El maestre de Santiago, visto el perdimiento de aquello hueste:

—¡O Dios bueno, —dixo él— grande es por çierto la tu ira, que el día de oy as querido mostrar contra los tuyos, pues vemos que la desesperaçión que estos moros tenían se les a convertido en tal osadía, para que sin armas ayan victoria de nosotros armados!

Algunos de sus parientes e criados que con él estauan dixeron:

—Ya vedes, señor, este perdimiento; dexa el esfuerço para pelear, e aved consejo para escapar, pues vedes que no ay otro remedio sino poneros en saluo, porque no perescáys vos, y con vos todos vuestros parientes

criados, e las otras gentes que a placido a Dios que queden biuas; porque vuestra estada aquí no sea causa de perdición de todos.

Esto mismo decían sus parientes ȝ criados a cada vno de los otros caualleros. El maestre, porque no veía lugar de pelear, ȝ conoçía que todos pereçerían sy él allí esperase, dixo:

—No bueluo por çierto las espaldas a estos moros, pero huyo la tu ira, Señor, que se a mostrado oy contra nosotros, por nuestros pecados, que te a plazido castigar con las manos de esta gente ynfiele.

E luego le dieron vn cauallo, porque estaua a pie; e guiándole vn adalid, por lugares muy ásperos, se saluó. Salieron asimismo el adelantado e don Alonso de Aguilar, cada vno por su parte, subiendo aquellas sierras por lugares fragosos, porque los moros no los siguiesen. Muchos de los onbres que estauan a cauallo fueron muertos e presos en aquel desbarato; porque huyendo por las cuestas altas, los que estauan a pie se asían a las colas de los cauallos, por aver más fuerça para subir; e los cavallos, no pudiendo sufrir el trabajo de la subida, cayan, e quedauan en el camino el cauallero y el peón. El conde de Çifuentes, con algunos pocos de los suyos que se fallaron con él en vn lugar muy estrecho, viéndose cercado por todas partes, e que no podía escapar peleando, por la multitud de las piedras ȝ saetas que le tiravan, se dió a prisión, ȝ fué lleuado él e otro su hermano, que se llamaua don Pedro de Sylua, a la çibdad de Granada, con otros algunos de los suyos que pelearon con él.

Los moros siguieron el alçance por todas partes donde yvan los cristianos huyendo, e prendieron muchos dellos, e otros algunos que tiraron por diuersas partes se saluaron. Perdieron allí los cristianos todas las armas que lleuaban, ȝ la mayor parte de los cauallos, ȝ todo el fardaje, que era en grand cantidad. E fueron presos los alcaides de Antequera e de Morón, ȝ Juan de Robles, ȝ Bernaldino Manrrique, ȝ Juan de Monsalve, ȝ Juan de Pineda, e otros muchos caualleros prinçipales que fueron en aquella entrada.

E la victoria de los moros fué tan grande, e el esfuerço de los cristianos tan pequeño, que dos moros desarmados prendían çinco o seys cristianos de los que andavan perdidos por aquellas sierras, e los llevauan a la çibdad de Málaga, que era çerca de aquel lugar donde fué este desbarato. E algunas mugeres moras salían de la çibdad de Málaga, e prendían los cristianos que fallavan derramados ȝ perdidos por los campos. Falláronse allí mill cautivos e más cristianos, que fueron llevados a otras partes.

Este desbarato que ovieron los cristianos fué grande, lo qual en lo público pareçió aver sydo por la mala guía de los adalides; lo secreto ninguno lo puede conocer, sino sólo Dios, en cuya mano son los vençimientos de las batallas. Pero segúnd el juyzio de los onbres, bien se mostró aver acaescido por el orgullo e soberuia que touieron los cristianos, teniendo en poco las fuerças del enemigo; e porque, oluidada la confiança que devían tener en Dios, la pusieron en la fuerça de la gente.



## Prisión del Rey Chico

Contado avemos la división que avía entre los moros, e cómo la mayor parte de los prinçipales de aquel reyno de Granada dexaron al rey que tenían, ȝ se juntaron con su fijo mayor, e le alçaron por rey; e cómo durante esta diuisión los moros tenían entre sy guerra, allende de la que los cristianos les facían. El rey moro, que se llamaua Alí Muley Bahabdili, veyendo que su poder era mayor que el de su padre, e conoçiendo que los moros tienen afición con aquel rey que mayor guerra faze a los cristianos, juntó la más gente de moros a pie ȝ a cauallo que pudo aver en el reyno de Granada; e considerando que la frontera de Córdoua, e de Eçija, e de todas aquellas partes, por el desbarato que los cristianos ovieron en el mes de março pasado, estaría menguada de gente, e que no fallaría resistençia acordó de entrar en tierra de cristianos, ȝ puso real sobre la villa de Luçena, ques del alcayde de los donzeles, ȝ taló los panes ȝ viñas de aquella villa, ȝ de la villa de Aguilar, e de otros lugares de la comarca.

La nueva desta entrada vino a don Diego Hernández de Córdoua, conde de Cabra, que estaua en la su villa de Baena; e luego juntó la más gente que pudo, ȝ fué para la villa de Luçena, donde supo que estaua el rey de Granada con toda su gente, e allí se juntó con él el alcayde de los donzeles. Como los moros sopieron que el conde venía contra ellos, ovieron su acuerdo de alçar el real, e de boluer con toda la caualgada que llevauan para la çibdad de Loxa. El conde de Cabra y el alcayde de los donzeles, teniendo menor número de gente a cauallo e a pie que tenía el rey de Granada, movidos más por alguna ynspiración diuina que por ninguna razón vmana, acordaron de seguir a los moros. E pusieron tal diligençia, que los alcançaron fasta legua e media de Luçena, en vn lugar que se llama el arroyo de Martín Gonçález.

E como fueron a vista dellos, pusieron toda su gente en vna batalla, y esperaron los peones que trayan, e amenestáronles que fiziesen lo que buenos cristianos ȝ onbres esforçados deven fazer; e que esperauan en la misericordia de Dios y en la Virgen gloriosa su madre, que les darían victoria de aquella gente ynfiel. Algunos, veyendo que los moros eran en número mucho mayor que los cristiainos, fueron turbados, ȝ decían que con mejor deliberación devieran salir al campo, ȝ con más gente devieran seguir los enemigos, e ponerse en aquel lugar do estavan; ȝ quisieran facer por su voluntad lo que la vergüença les ynpidía. El conde, cuando vido los ánimos de aquellos dudosos y algo enflaquecidos, esforçándoles dixo cómo la vida, que en poco tiempo se pasaua, e con pequeña dolencia se atajaua, devían aventurar por aver fama loable si vençiesen, y gloria si allí muriesen, y que en tal lugar estauan puestos donde toda esperança de la vida estaua puesta en el esfuerço, y no en la huyda. Y esforçando toda su gente con semejantes razones, fueron contra los moros.

Los moros venían en tres batallas: en la vna venía el rey de Granada, y en la otra venía el alguacil mayor, y en la otra venía por capitán un cauallero que se llamaua el Alatar de Loxa. El rey de Granada y estos capitanes moros, quando vieron que el conde de Cabra y el alcayde de los donzeles, con sus gentes, venían contra ellos en batalla, juntaron las tres batallas que trayan en vna. E los peones moros siguieron delante su camino con la caualgada que llevauan. E los moros, con gran alarido ȝ muy gran denuedo, vinieron contra el conde e contra el alcayde, pensando, según su costumbre de pelear, que los cristianos, no podiendo sufrir su arrebatado acometimiento, vençidos súbitamente de miedo, se pornían en huyda. E plugo a Dios ȝ la Virgen su madre de les dar esfuerço para sufrir aquel riguroso acometimiento de los moros.

E como los vnos estauan ya çerca de los otros para se encontrar, cuan grande fué el arrebatamiento que ovieron los moros para acometer, tan grande e mayor fué para boluer las espaldas; e luego, syn esperar los primeros encuentros, se pusieron en huyda. Y el conde y el alcayde de los donzeles fueron contra ellos, matando ȝ catiuando, fasta vn lugar que se llama Çexna, que es çinco leguas de Luçena; e tomaron toda la caualgada que los moros desanpararon. La nueva deste desbarato vino a don Alonso de Aguilar, que estaua en la çibdad de Antequera, e caualgó luego con la gente de cavallo que pudo aver, e pósose en el atajo de los moros que yvan huyendo, e cativó ȝ mató muchos dellos.

En aquel lugar se fallaron muertos fasta mill moros, allende de los que murieron en otras partes; e fué preso el rey de Granada, [e murieron algunos alcaydes e cabeceras del reyno de Granada], en espeçial murió el Alatar, que era alcayde e capitán de Loxa; ȝ fué tomado el recuaje que trayan, ȝ fueron traídos presos a las villas de Luçena ȝ de Aguilar muchos dellos. E fueron tomadas nueve vanderas, las quales, con la cabeça de vn rey puesta en una cadena, el Rey e la Reyna dieron facultad quel conde truxese en el escudo de sus armas, e en las orlas que están en çircuyto del escudo.

Cogido el despojo, ȝ traydo el rey moro ante el conde de Cabra, visto como poco antes la fortuna le dió poder de rey, y el ynfortunio le puso tan presto en estado de subjeto, por le consolar, le dixo que si como ome discreto consyderase el presuroso mouimiento de las cosas vmanas, ni la prosperidat que poco antes tovo le devía alterar, ni la aduersidat que tan presto le vino le devía entristeçer. Porque asy como el bien pasado no tuvo firmeza, así el mal presente se puede mudar. E con estas ȝ semejantes palabras consolándole, ȝ guardándole la honrra que devía como a rey, lo llevó preso a la su villa de Baena.

Sabido por los moros este desbarato, ȝ cómo su rey era preso, algunos caualleros de aquel reyno que le obedeçían por rey se tornaron a la obidiençia del rey su padre.

De la *Crónica de los Reyes Católicos,* de Fernando del Pulgar (Ed. Carriazo, 61 y 69).



## CAPITULACION PARA LA ENTREGA DE GRANADA

*La España mora ha quedado reducida a la ciudad de Granada y a las Alpujarras. El último reducto del Islam en la Península sufre un largo asedio. Los musulmanes se defienden con heroísmo. Es posible prolongar la resistencia, pero no cabe ya torcer el destino. Ninguna fuerza humana puede ya liberarles, y capitulan. Lo hacen en tan honrosas condiciones que salvan su fe, sus mezquitas, sus bienes, sus justicias, sus derechos y sus libertades, y conservan la potestad de emigrar al otro lado del mar, con sus hermanos de religión, cuando mejor les pluguiera. De haberse cumplido esas capitulaciones, Granada hubiera continuado siendo un hogar islámico en la Andalucía cristiana. Esa situación era incompatible con la unidad suprema de España; de una España que la lucha con el Islam había dividido en reinos diversos, separados por ocho siglos de vida independiente, por intereses, por tradiciones, por instituciones y por políticas internacionales encontradas. Antes o después, los reyes españoles habrían incumplido, sin remedio, tales capitulaciones; como los emires cordobeses desconocieron, al cabo, las que firmaron los conquistadores islamitas del reino godo y como han incumplido e incumplirán aún los jefes de Estado de todos los tiempos y países cuantos pactos parejos a los granadinos se han firmado en el pasado o se firmarán en el porvenir. Las capitulaciones de Granada dejaron de cumplirse muy pronto, porque los Reyes Católicos, ante la débil trabazón que su unión personal daba a sus reinos, a falta de otro fundente más activo, buscaron en la unidad religiosa el reactivo necesario para provocar la fusión de los diversos pueblos españoles. No cabe, por ello, tomarles estrecha cuenta de su conducta. Ni a España misma, que apoyó tal política, porque ella y ellos obraban al dictado de fuerzas que la pugna con el Islam había acumulado y porque se movían guiados por el instinto vital que reclamaba, como tarea inaplazable, el cuajar de la nación hispana.*

### Fecha en el Real de la Vega de Granada a 25 días del mes de noviembre de 1491 años

Las cosas que por mandado de los muy altos e muy poderosos e muy esclarecidos príncipes el rey e la reina nuestros señores fueron asentadas con el alcaide Bulcacin el Muley, en nombre de Muley Baaudili, rey de Granada, e por virtud de su poder que del dicho rey mostró firmado de su nombre e sellado con su sello son las siguientes:

Primeramente es asentado quel dicho rey de Granada e los alcaldes e alfaquíes, alcadis, alguaciles, sabios, moftíes, viejos e buenos hombres y comunidad, chicos e grandes de la dicha cibdad de Granada, e del Albaicín

e sus arrabales, hayan de entregar e entreguen a sus Altezas o a su cierto mandado pacíficamente y en concordia realmente y con efecto dentro de sesenta días primeros siempre que se cuenten desde veinte y cinco días del mes de noviembre que es el día del asiento de esta capitulación las fortalezas del Alhambra, e del Alhaizan e puertas e torres de la dicha Alhambra e Alhaizan, e las puertas de la dicha cibdad e del Albaicín, e de sus arrabales e las torres de dichas puertas e las otras puertas de la dicha cibdad apoderando a sus Altezas o sus capitanes o gentes a cierto mandado en lo alto e bajo de todo ello a toda su libre e entera e real voluntad. E que sus Altezas manden a sus justicias que non consientan nin den lugar que cristiano alguno suba en el muro que es entre el Alcazaba y el Albaicín, porque non descubran las casas de los moros e que si subieren sean castigados. E así mismo que dentro del dicho término darán e prestarán a sus Altezas aquella obediencia de lealtad e fidelidad e farán e cumplirán todo lo que buenos e leales vasallos deben e son obligados a rey e reina e señores naturales, e por la seguridad de la dicha entrega entregará el dicho rey Muley Baaudili e los dichos alcaides e otras personas susodichas a sus Altezas un día antes de la entrega de la dicha Alhambra, en este real, en poder de sus Altezas quinientas personas con el alguacil Yuzaf ben Cominja, de los hijos e hermanos de los principales de la dicha cibdad e su Albaicín e arrabales, para que estén en rehenes en poder de sus Altezas por término de diez días, en tanto que las dichas fortalezas del Alhambra e Alhaizan se reparan e proven e fortalecen. E cumplido el dicho término que sus Altezas hayan de entregar e entreguen libremente los dichos rehenes al dicho rey de Granada, e a la dicha cibdad e su Albaicín e arrabales. E que durante el tiempo que los dichos rehenes estuvieren en poder de sus Altezas los mandaran tratar muy bien, y los mandaran dar todas las cosas que para su mantenimiento hobiesen menester. E que cumpliéndose las cosas susodichas e cada una dellas según e en la manera que aquí se contienen, que sus Altezas e el señor príncipe don Juan, su hijo, e sus descendientes tomarán e recibirán al dicho rey Muley Baaudili e a los dichos alcaides etc. machos e hembras e vecinos de la dicha cibdad de Granada e del dicho Albaicín e sus arrabales e villas e logares de su tierra e de las Alpujarras e de las otras tierras que entran en este asiento e capitulación de cualquier estado o condición que sean, por sus vasallos e súbditos e naturales e de su amparo e seguro e defendemiento real; e les dejarán e mandarán dejar en sus casas e faciendas e bienes muebles e raíces agora e en todo tiempo para siempre jamás, sin que les sea fecho mal nin daño sin desaguisado alguno contra justicia, nin les sea tomado cosa alguna de lo suyo, antes serán de sus Altezas e de sus gentes honrados e favorescidos e bien tratados como servidores e vasallos suyos.

2º Item, es asentado e concordado que al tiempo que sus Altezas mandaren recibir e recibieren la dicha Alhambra, manden que sus gentes entren por las puertas de Bib Alachar e por Bignedi e por el campo fuera de la



dicha cibdad por donde paresciere a sus Altezas, e que non entren por de dentro de la dicha cibdad la gente que ha de ir a recibir la dicha Alhambra al tiempo de la dicha entrega.

3º Item, es asentado y concordado quel día que fueron entregadas a sus Altezas la dicha Alhambra e Alhaizan, e puertas e torres de la dicha Alhambra y Albaicín, e de sus arrabales e las torres de las dichas puertas e las otras puertas de la tierra de la dicha cibdad, segund dicho es, que sus Altezas mandarán entregar su hijo que está en poder de sus Altezas en Moclin, y el dicho día pornán en toda su libertad en poder del dicho rey a los otros rehenes moros que con el dicho infante entregaron, que están en poder de sus Altezas e a las personas de sus servidores e servidoras que con ellos entraron, que non se hayan tornado cristianos.

4º Item, es asentado e concordado que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás dejarán vivir al dicho rey Muley Baaudili e a los dichos alcaides etc. chicos e grandes e estar en su ley e non les mandarán quitar sus algimas, o zumaas e almuédanos, e torres de los dichos almuédanos para que llamen a sus azalaes, e mandarán dejar a las dichas algimas sus propios e rentas como agora los tienen e que sean juzgados por su ley xarazina con consejo de sus alcadís, segun costumbre de los moros, e les guardarán e mandarán guardar sus buenos usos y costumbres.

5º Item, es asentado e concordado que non les tomarán nin mandarán tomar sus armas e caballos, nin otra cosa alguna agora nin en tiempo alguno para siempre jamás, escepto todos los tiros de pólvora grandes y pequeños que han de dar y entregar luego a sus Altezas.

6º Item, es asentado y concordado que todas las dichas personas, hombres, mugeres, chicos e grandes de la dicha cibdad e del dicho Albaicín e sus arrabales e tierras de las dichas Alpujarras e de las otras tierras que entrasen en este partido e asiento que se quisieren ir a vivir a allende e a otras partes que quisieren, que puedan vender sus faciendas y bienes muebles e raíces a quien quisieren; e que sus Altezas e sus descendientees agora e en tiempo alguno para siempre jamás non puedan vedar nin vieden a persona alguna que los quieran comprar: e que si sus Altezas los quisieren que ge los den pagándolos y comprándolos por su dinero antes que a otro.

7º Item, es asentado e concordado que a las dichas personas que así quisieren ir a vivir allende les manden fletar de aquí a setenta días primeros siguientes diez navíos grandes en los puertos de sus Altezas que los pidieren para que los que desde luego quisieren pasar, e que los harán llevar libre e seguramente a los puertos de allende donde acostumbran a desembarcar los mercaderes sus mercaderías, e que desde en adelante por término de tres años primeros siguientes les mandaren dar a los que durante el dicho término se quisieren pasar allende, navíos en que pasen, los cuales les mandarán dar puestos en los puertos de sus Altezas que los pidieren; cada e cuando que durante el dicho término de los dichos tres años se quisieren pasar, siendo primeramente requeridos sus Altezas para que den los dichos

navíos cincuenta días antes del término en que hayan de pasar. E que así mismo los harán llevar a los dichos puertos seguros donde acostumbran a desembarcar los dichos mercaderes, e que por el término de los dichos tres años sus Altezas no les mandarán llevar ni lleven por el dicho pasage o flete de los dichos navíos, derechos nin otra cosa alguna. E que si después de cumplidos los dichos tres años en cualquier tiempo para siempre jamás se quisiesen pasar allende, que sus Altezas les dejen pasar e que por el pasage no les hayan de llevar nin lleven más de una dobla por cabeza; e que si los dichos bienes que así tienen en la dicha cibdad de Granada e su Albaicín e arrabales e tierras e en las dichas Alpujarras o en las otras tierras que entraren en este partido e asiento, non los pudieren vender que puedan poner e pongan sus curadores por sí en los dichos bienes o los pongan en poder de algunas personas que cojan e reciban los justos o rentas dellos; e lo que ansí rindieren, que lo puedan enviar e envíen allende o donde quiera questuviesen sin embargo alguno.

8º Item, es asentado e concordado que agora, nin en tiempo alguno sus Altezas nin el dicho señor Príncipe, ni sus descendientes non hayan de apremiar, nin apremien a los dichos moros, así a los que hoy son vivos como los que de ellos sucedieren a que traigan señales.

9º Item, es asentado e concordado que sus Altezas por facer bien e merced al dicho rey Muley Baaudili e a los vecinos de la dicha cibdad de Granada e del Albaicín e de sus arrabales, les harán merced por tres años primeros siguientes que comiencen desde el día de la fecha deste asiento e capitulación, de todos los derechos que solían pagar por sus casas e heredades, con tanto que hayan de dar e pagar e den e paguen a sus Altezas los diezmos del pan e panizo, e ansí mismo el diezmo de los ganados que hobieren al tiempo de diezma en los meses de abril e mayo.

10. Item, es asentado y concordado quel dicho rey Muley Baaudili e las otras susodichas personas de la dicha cibdad e Albaicín e sus arrabales e tierras e Alpujarras e de las otras tierras que entran en este dicho asiento e partido, hayan de entregar e dar e den e entreguen a sus Altezas luego al tiempo de la dicha entrega libremente sin costa alguna todos los captivos e captivas cristianas que tienen en su poder o en otros países.

11. Item, es asentado e concordado que sus Altezas non les hayan de tomar nin tomen al dicho rey Muley Baaudili e a las otras dichas personas sus hombres nin bestias para ningún servicio, salvo a los que querrán ir a su voluntad, pagándoles su justo jornal e salario.

12. Item, es asentado e concordado que ningún cristiano sea osado de entrar en casa de oración de los dichos moros, sin licencia de los alfaquíes, e que si entrare sea castigado por sus Altezas.

13. Item, es asentado e concordado que ningun judío non sea recabdador, nin receptor nin tenga mando con jurisdiccion sobre ellos.

14. Item, es asentado e concordado quel dicho rey Muley Baaudili e los dichos alcaides, etc., de la dicha cibdad de Granada e de dicho Albaicín



e sus arrabales e tierras e de las dichas Alpujarras e de las otras partes que entraron en este partido e asiento, que serán honrados e mirados de sus Altezas, e sus dichos oídos e guardados sus buenos usos e costumbres e que sean pagados a los alcaides e alfaquíes sus quitaciones e derechos e franquezas e todas las otras cosas e cada una de ellas segund e en la manera que lo que hoy tienen e gozan e deben gozar.

15. Item, es asentado e concordado que si debate o cuestión hobiere entre los dichos moros, que sean juzgados por su ley xaracina, e por sus alcadis segund costumbre de los moros.

16. Item, es asentado e concordado que sus Altezas non manden echar huéspedes, nin sacar ropas, nin aves, nin bestias, de las casas de los dichos moros, nin tomar dellos sus Altezas, nin sus gentes contra su voluntad, salas, nin convites, nin yantares, nin otros desafueros ningunos.

17. Item, es asentado e concordado que si algún cristiano entrare por fuerza en casa de algún moro, que sus Altezas manden a las justicias que procedan contra él.

18. Item, es asentado y concordado que en lo de las herencias de los dichos moros, se guarde la orden o se juzguen por sus alcadis segund la costumbre de los dichos moros.

19. Item, es asentado e concordado que todos los vecinos e moradores de las villas e logares de la tierra de dicha cibdad e de las dichas Alpujarras e de las otras tierras que entraren en este dicho asiento e capitulación, e de las otras tierras que vinieren a servicio e obediencia de sus Altezas treinta días después de la dicha entrega gozen deste asiento e capitulación ecepto de los dichos tres años de franqueza.

20. Item, que las rentas de las dichas algimas o cofradías e otras cosas dadas para limosnas e las rentas de las escuelas de abezar mochachos queden a la gobernación de los alfaquíes; e que las dichas limosnas las puedan gastar e distribuir como los dichos alfaquíes vieren que conviene o es menester, e que sus Altezas non se entremetan en cosa alguna de las dichas limosnas nin gelas puedan tomar nin embargar agora nin en tiempo alguno para siempre jamás.

21. Item, que ninguna justicia non pueda proceder contra la persona de ningund moro por el mal que otro hobiere fecho e que non padezca padre por hijo, nin hijo por padre, nin hermano por hermano, nin primo por primo, salvos quien ficiere el mal quelo pague.

22. Item, que sus Altezas manden perdonar e perdonen a los moros de los logares que fueron en prender alcaide de Hamete Aboali los cristianos e moros que allí mataron; e todas las cosas que allí tomaron que non les sean demandadas en tiempo alguno.

23. Item, que sus Altezas manden perdonar a los moros de Alcabtyl todas las cosas que han hecho o cometido contra el servicio de sus Altezas tan de menester de hombres como en otra cualquier manera.

24. Item, que si algund moro estoviere captivo y se fuyere a la dicha

cibdad de Granada e su Albaicín e arrabales, e a las otras partes del dicho asiento, que sean libres e que las justicias nin sus dueños non puedan proceder contra dellos non seyendo de las islas, nin Canarios.

25. Item, que los dichos moros non hayan de dar nin den nin paguen a sus Altezas más derechos de aquellos que acostumbraban dar e pagar a los reyes moros.

26. Item, que si cualquier de los vecinos naturales de la dicha cibdad e su Albaicín e sus arrabales e tierras e de las Alpujarras e de las otras dichas partes que estovieren allende que tengan término de tres años primeros siguientes para venir e gozar de todo lo convenido en este asiento e capitulación.

27. Item, que si algunos cativos cristianos hobieren pasado o vendido a allende que estén fuera de su poder, que non sean obligados a los tomar nin menos a volver lo que por ellos les hobieren dado.

28. Item, que si el dicho Muley Baaudili o los dichos sus alcaides o algunos de los dichos vecinos naturales de la dicha cibdad de Granada o Albaicín e sus arrabales e de las Alpujarras e de las otras dichas partes que se pasaron allende no les agradare la estada allá, que tengan término de tres años para se volver e gozar de todo lo capitulado.

29. Item, que todos los mercaderes de la dicha cibdad y su Albaicín e arrabales e tierras de las dichas Alpujarras de las otras partes que entraren en este asiento e capitulación puedan ir e venir allende e contratar sus mercaderías salvos e seguros, e puedan andar e tratar por todas las tierras e señoríos de sus Altezas e que non paguen mas derechos, nin rodas, nin castillerías de las que pagan los cristianos.

30. Item, que si algund moro toviere alguna cristiana por muger que se haya tornado mora, que non la puedan tornar cristiana sin voluntad della; e que sea preguntada si quiere ser cristiana en presencia de cristianos e moros; e que en lo de los hijos e hijas nacidos de las romias se guarden los terminos del derecho.

31. Item, que si algund cristiano o cristiana se hobieren tornada moro e mora en los tiempos pasados, ninguna persona sea osada de los amenguar sin baldonar en cosa alguna, y que si lo hicieren sean castigados por sus Altezas.

32. Item, que a ningún moro nin mora non fagan fuerza a que se torne cristiano nin cristiana.

33. Item, que si alguna mora casada o viuda o doncella se quisiere tornar cristiana por amores, que non sea recibida hasta que sea preguntada e amonestada por los dichos términos del derecho, e que si algunas joyas e otras cosas sacare fortiblemente de casa de su padre, o de sus parientes, o de otras personas, que sean vueltas e restituídas a poder de cuyas fueren, e que las justicias procedan contra quien las hurtare como de justicia deben.

34. Item, que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás non pedirán nin consentirán que se pida, no mandarán tomar ni volver a dicho



rey Muley Baaudili, nin a sus servidores e criados, nin a las otras dichas personas de la dicha cibdad e su Albaicín e arrabales e villas e logares de su tierra e de las dichas Alpujarras e de las otras partes que entraren en este dicho asiento todo lo que tomaron en tiempo de las guerras, de caballos, e bestias, e ropa, e ganado mayor e menor, e plata, e oro, e otras cualesquier cosas, ansí a cristianos como a moros mudéjares o a otros cualesquier moros, nin las heredades que de los dichos moros han tomado; e puesto que al que conozca cualquier cosa de lo que le ha sido tomado, que no tenga poder para lo pedir e que si lo pidiere que sea castigado por ello.

35. Item, que si fasta aquí algund moro hobiere amenguedo o ferido o denostado a algund captivo o captiva cristiano teniéndolo en su poder, que non les sea demandado agora nin en ningund tiempo.

36. Item, que de las hazas e tierras realengas non paguen más derechos después de cumplidos los tres años de la dicha franqueza de aquellos que segund su valor justa e derechamente debieren pagar segund las tierras comunes.

37. Item, que esta misma orden se tenga en las heredades de los caballeros e alcaides moros para que non hayan de pagar nin paguen más derechos de aquellos que justa e derechamente deban pagar segund las dichas tierras comunes.

38. Item, que a los judíos naturales de la dicha cibdad de Granada e del Albaicín e sus arrabales e de las otras dichas tierras que entraren en este partido o asiento, gocen deste mismo asiento o capitulación, e que los judíos que antes eran cristianos que tengan término de un mes para se pasar allende.

39. Item, que los gobernadores e alcaides e justicias que sus Altezas mandaren poner en la dicha cibdad e Albaicín e en las otras tierras que entraren en este asiento e capitulación, sean tales que los sepan bien honrar e tratar e les guarden todo lo capitulado. E si alguno de ellos ficiere cosa non debida, que sus Altezas los manden castigar y poner otros en su lugar que los traten bien y como deben.

40. Item, que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás non podrán nin demandarán al dicho rey Muley Baaudili nin a ninguno de los dichos moros cosa alguna que hobiesen fecho en cualquier manera hasta el día del cumplimiento del dicho término de la dicha entrega de la dicha Alhambra que es durante el dicho término de los dichos sesenta días en que la dicha Alhambra e otras fuerzas han de ser entregadas.

41. Item, que ningund caballero nin alcaide nin criado de los que fueron del rey que fué de Guadix non tengan gobernación nin mando sobre ellos.

42. Item, que si hobiere algund debate entre cristiano o cristiana con moro o mora quel dicho debate sea determinado teniendo presente un alcaide cristiano e otro alcadi moro, porque ninguno non se queje de lo que fuere juzgado e determinado entre ellos.

43. Item, que de todo lo que dicho es les manda dar sus Altezas al

dicho rey Muley Baaudili a la dicha cibdad de Granada el dia que entregaren a sus Altezas la dicha Alhambra e Alhaizan e puertas e torres como dicho es sus cartas de privileyos fuertes e firmes rodados e sellados con su sello de plomo, pendientes en filos de seda, e confirmado del dicho señor Príncipe su hijo e del reverendísimo cardenal España e de los maestres de los órdenes e de los perlados, arzobispos e obispos e Grandes e Duques e Marqueses e Condes e adelantados e notarios mayores de todas las cosas aquí contenidas, para que valan e sean firmes e valederas agora e en todo siempre para siempre jamás segund en la manera que aquí se contiene.

44. Item, que sus Altezas por facer bien e merced al dicho rey Muley Baaudili e a las otras dichas personas vecinos e moradores de la dicha cibdad de Granada e su Albaicín e arrabales, e de las alcanias de su tierra que están en estos reinos, libremente sin costa alguna e sin pagar derechos por los dichos captivos e captivas de alhaquería, nin otros derechos en los puertos, nin en otras partes, los cuales sus Altezas manden entregar en esta manera: los captivos e captivas moros e moras de la dicha cibdad e del dicho Albaicín e sus arrabales e de las dichas alcanias de su tierra, que están en el Andalucía dentro de cinco meses primeros siguientes, y los captivos moros e moras que están en Castilla de aquí a ocho meses primeros siguientes, e que dos días después de haber entregado los captivos cristianos a sus Altezas les hayan de entregar doscientos captivos moros e moras, los ciento de los que están por rehenes e los otros ciento de los que no están por rehenes.

45. Item, que al tiempo que sus Altezas mandaren entregar a la dicha cibdad e Albaicín los cien captivos e los cien rehenes moros que sus Altezas manden entregar a su hijo de Albadramyn que está en poder de Gonzalo Fernández, y a Hormin que está en poder del conde de Tendilla, y a Ben Reduan, que está en poder del conde de Cabra, y a su hijo del Modim e a su hijo del alaquí Hadem, y a los cinco escuderos que se perdieron de Abraen Abencerraje sabiendo donde están.

46. Item, que cualquier lugar de las Alpujarras que se levantaren por sus Altezas hayan de entregar y entreguen a sus Altezas todos los cativos e cativas cristianos que tienen sin que sus Altezas les den por ellos cosa alguna quince días después que se levantaren por sus Altezas; e que si algunos cativos cristianos tovieren por rehenes, que los den e entreguen al dicho término, y que sus Altezas les manden dar sus cartas de justicia para que les sean dados sus rehenes moros que tales cristianos tienen.

47. Item, que sus Altezas manden dar y den seguro para todos los navíos de allende que agora están en los puertos del reino de Granada, para que se puedan ir seguramente, non llevando nin enviando desde agora ningún cativo, ni cativa cristianos; e que persona alguna non les faga mal nin daño nin desaguisado alguno, nin les tomen cosa alguna de lo suyo; e que si pasaren e enviaren los dichos cativos cristianos e cristianas, quel



dicho seguro non les valga; e que al tiempo que pasaren sus Altezas puedan mandar y manden a uno o dos cristianos, que entren en cada navío a requerir si llevan algund cristiano o cristiana.

Nos el rey e la reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, etc., por la presente seguramos e prometemos de tener e guardar, e cumplir todo lo contenido en esta capitulación, en lo que a Nos toca e incumbre realmente e con efecto a los plazos e términos, e segund en la manera que en esta capitulación se contiene, e cada cosa e parte dello sin fraude alguno. E por seguridad dello mandamos dar la presente firmada de nuestros nombres e sellada con nuestro sello. Fecha en nuestro Real de la Vega de Granada a 25 días del mes de noviembre, año 1491. Yo el rey. = Yo la reina. = Yo Fernando de Zafra, secretario del Rey e de la reina nuestros señores la fice escribir por su mandato.

## CAPITULACION SECRETA

### Fecha en el Real de la Vega de Granada a 25 días de noviembre de 1491

Las cosas que por mandado de los muy altos e muy poderosos e muy esclarecidos príncipes el rey e la reina nuestros señores, fueron asentadas e concordadas con el alcaide Bulcacin el Muleh, en nombre de Muley Baaudili rey de Granada, e por virtud de su poder que del dicho rey mostró, firmado de su nombre e sellado de su sello, demás de las cosas que fueron asentadas e concordadas por el escriptura de asiento e capitulación de la cibdad de Granada, son las siguientes:

Primeramente es asentado e concordado quel dicho rey de Granada e los alcaides e alfaquíes e alcadis, e alguaciles, moftíes, viejos e buenos hombres e comunidad, chicos e grandes de la cibdad de Granada e del Albaicín e sus arrabales hayan de entregar e entreguen a sus Altezas o a su cierto mandado pacíficamente y en concordia, realmente e con efeto, dentro de sesenta y cinco días primeros siguientes que se cuenten desde 25 días deste mes de noviembre, que es el día del asiento desta escriptura e capitulación, las fortalezas del Alhambra e Elhaizan e puertas e torres, e otras puertas de la dicha cibdad o de la tierra della, e de las otras puertas que sus Altezas han de haber, e entran en este dicho asiento e capitulación, apoderando a sus Altezas o a sus capitanes e gentes e cierto mandado, en lo alto e en lo bajo de todo ello, a toda su libre e entera e real voluntad. E darán e prestarán a sus Altezas aquella obediencia de lealtad e fidelidad, e farán e cumplirán todo lo que buenos o leales vasallos deben e son obligados a su rey

e reina e señores naturales. E para la seguridad de la dicha entrega, entregará e dicho rey Muley Baaudili e los dichos alcaides e otras personas susodichas a sus Altezas un día antes de la entrega de dicha Alhambra, en este real en poder de sus Altezas quinientas personas con el alguacil Yuzaf Aben Cominja, de los hijos o hermanos de los principales de dicha cibdad, e su Albaicín e arrabales, para que estén en rehenes en poder de sus Altezas por término de diez días en tanto que las dichas fortalezas del Alhambra e Alhaizan se reparen e proveen e fortalecen: e cumplido el dicho término que sus Altezas hayan de entregar e entreguen libremente los dichos rehenes al dicho rey de Granada, e a la dicha cibdad, e su Albaicín e arrabales, e que durante el tiempo que los dichos rehenes estovieren en poder de sus Altezas, les mandarán tratar muy bien e les mandarán dar todas las cosas que para su mantenimiento hobieren menester; e que cumpliéndose las cosas susodichas e cada una de ellas segund en la manera que aquí se contienen, que sus Altezas e el señor príncipe don Juan su fijo e sus descendientes tomarán e recibirán al dicho rey Muley Baaudili, e a los dichos alcaides, alcadis, alfaquíes, sabios, moftíes, alguaciles y caballeros, e escuderos e comunidad chicos e grandes, machos e hembras, vecinos de la cibdad de Granada, e del dicho Albaicín, e de sus arrabales e villas e logares de su tierra e de las Alpujarras e de las otras tierras que entraren en este asiento e capitulación de cualquier estado o condición que sean, por sus vasallos, e súbditos, e naturales e so su amparo e seguro e defendimiento Real, e les dejarán e mandarán dejar e sus casas e faciendas e bienes muebles e raíces agora e en todo tiempo para siempre jamás, sin que les sea fecho mal nin daño nin desaguisado alguno contra justicia, nin le será tomada cosa alguna de lo suyo; antes serán de sus Altezas e de sus gentes honrados e favorescidos e bien tratados como servidores e vasallos suyos.

2º Item, es asentado e concordado quel día que fuesen entregadas a sus Altezas la dicha Alhambra e Alhaizan e otras fuerzas e puertas segund dicho es, que sus Altezas mandarán entregar al dicho rey Muley Baaudili libremente al infante su fijo que está en poder de sus Altezas e a las personas de sus servidores e servidoras que con ellos entraron que non se hayan tornado cristianos.

3º Item, es asentado e concordado que cumpliendo el dicho rey Muley Baaudili las cosas susodichas segund que aquí se contienen, que sus Altezas hayan de facer e fagan merced al dicho rey Muley Baaudili por juro de heredad para siempre jamás, para él e para sus fijos e nietos e viznietos e herederos e subcesores, de las villas e logares de las tahas de Verja, e Dalia, e Marxena, e el Bolloduf e Luchar, e Andrax e Subilis, e Uxixar e Orgiba e el Jubeyel e Poqueyra, e de todos los pechos e derechos e otras rentas en cualquier manera a sus Altezas pertenescientes en las dichas tahas así poblado como despoblado, e de todas las herencias en las dichas villas e lugares de las dichas tahas a sus Altezas pertenecientes, para que sea todo suyo e de los dichos sus fijos e nietos e viznietos e herederos e subcesores,



por juro de heredad para siempre jamás, e para que pueda gozar e goce de todas las dichas rentas e diezmos e pechos e derechos e rentas e herencias e de la justicia de las dichas villas e logares, como señor de todo ello, como buen vasallo e súbdito de sus Altezas, agora e en todo tiempo para siempre jamás sin que ninguno le pueda quitar de ello, salvo que sea todo propio del dicho rey Muley Baaudili, e que lo pueda todo vender, empeñar, e facer e desfacer de todo ello todo lo que quisiere; contando que cuando lo quisiere vender o enagenar sean primeramente requeridos sus Altezas si lo quieren comprar; e si comprarlo quisieren le manden dar sus Altezas por ello lo que entre sus Altezas y el dicho rey fuere convenido. E si sus Altezas non lo quisieren comprar, que lo dejen vender a quien quisiere e por bien toviere. E que sus Altezas puedan labrar e tener la fortaleza de Adra e otras cualesquier fortalezas e torres en la costa de la mar, donde quisieren e por bien tovieren. E que si sus Altezas quisieren labrar la dicha fortaleza de Adra junto con el agua en el puerto de Adra que en tal caso la dicha fortaleza de Adra quede para el dicho rey Muley Baaudili, después de reparada e fortalecida la dicha fortaleza que sus Altezas quisieren labrar en el dicho puerto a par de agua. E que en tanto que se labra y fortalece tengan la dicha fortaleza de Adra sus Altezas, e que cosa alguna de la costa e gastos que entraren en la labor de las dichas fortalezas e torres que sus Altezas quisieren labrar e tener en la dicha ribera del mar, nin en la tenencia nin guarda de ellas non haya de pagar nin pague el dicho rey Muley Baaudili, salvo que todas las dichas rentas de las dichas tahas e tierras queden desembargadamente al dicho rey Muley Baaudili. E que si de algunas cosas de las mercedes susodichas sus Altezas hobieren fecho merced a otras algunas personas, que las tales mercedes non valgan e que sus Altezas las revocan e dan por ningunas e de ningund valor ni efecto, e que sus Altezas satisfagan si les pluguiese a las tales personas e que las dichas mercedes que ansí sus Altezas las revocan e dan por ningunas e de ningún valor e efecto, e que sus Altezas satisfagan si les pluguiere a las tales personas. E que las dichas mercedes que ansí sus Altezas hacen al dicho rey Muley Baaudili sean valederas para agora e para siempre jamás, segund e en la manera que aquí se contienen, sin embargo nin contrario alguno.

4º Item, es asentado e concordado que hagan sus Altezas merced al dicho rey Muley Baaudili de treinta mil castellanos de oro en que montan 14 cuentos e 550,000 maravedís, los cuales sus Altezas mandarán pagar luego que les fuere entregada el Alhambra e las otras fuerzas de la cibdad de Granada, que se han de entregar al término susodicho.

5º Item, es asentado e concordado que sus Altezas hayan de facer e fagan asimismo merced al dicho rey Muley Baaudili de todos los heredamientos e molinos de aceite e huertas e tierras e hazas quel dicho rey hobo fasta en tiempo del rey Muley Albuhacen, su padre, y les tiene y posee así en los términos de la cibdad de Granada como en las Alpujarras, para que sea todo suyo e de sus fijos e nietos e viznietos e herederos e subcesores

por juro de heredad para siempre jamás, e para que pueda vender e facer e desfacer por la vía e manera segund se contiene en lo de las dichas tahas, con tanto que non sean de las que los reyes de Granada tenían o poseían como reyes della.

6º Item, es asentado e concordado que sus Altezas hayan de facer y fagan asimismo merced a las reinas su madre y hermanas e a la reyna su muger e a la muger de Muley Bulnazar de todas sus huertas e tierras e hacias e molinos e baños e heredamientos que tienen en los dichos términos de la dicha cibdad de Granada e en las Alpujarras, para que todo sea suyo e de sus herederos e subcesores por juro de heredad para siempre jamás, y lo puedan vender o traspasar e gozar segund e por la forma e manera que los dichos heredamientos del dicho rey.

7º Item, es asentado e concordado que todos los dichos heredamientos del dicho rey e de las dichas reynas e de la dicha muger del dicho Muley Bulnazar sean libres e francos de todos derechos, segund que fasta aquí lo eran para agora e siempre jamás.

8º Item, es asentado e concordado que den al dicho rey e a las dichas reynas las faciendas que tienen en Motril e así mismo que den a Alhaje Romayne la facienda que tiene en la dicha Motril para que le valgan e sean guardadas para agora e para siempre jamás segund que las otras mercedes susodichas.

9º Item, es asentado e concordado que si de aquí adelante después de firmado este dicho asiento cualesquier de las dichas villas e logares de las dichas tahas se dieren o entregaren a sus Altezas antes del dicho término de la dicha entrega de la dicha Alhambra, que sus Altezas lo manden tornar e restituir libremente al dicho rey Muley Baaudili e que sean por el dicho rey bien tratados.

10. Item, es asentado e concordado que sus Altezas e sus descendientes para siempre jamás non mandarán tornar nin volver al dicho rey de Granada nin a sus servidores e criados lo que tienen tomado en su tiempo, ansí a cristianos como a moros, ansí de bienes como de heredades; e que si algunas de las heredades que ansí hayan tomado hobieren sus Altezas de mandar volver por algún asiento e capitulación que sus Altezas tengan con algunas personas, que sus Altezas paguen si les pluguiere a aquel que ansí tuviere la dicha heredad, y que sus Altezas mandarán que non tengan poder sobre esto ningund cristiano nin moro, ora sea mucho o poco, e que quien fuere contra ello que sus Altezas le manden castigar: que contra esto non sea juzgado por ninguna ley nin de cristianos nin de moros.

11. Item, es asentado e concordado que cada e cuando quel dicho rey Muley Baaudili e las dichas reynas e la dicha muger del dicho Bulnazar, e sus hijos e nietos e descendientes e sus alcaides e criados e sus mugeres e los de su casa, e sus criados e caballeros, e escuderos e otras personas, chicos e grandes de su casa se quisieren pasar allende, que sus Altezas les manden fletar agora e después de agora en cualquier tiempo para siempre jamás



para en que pasen allende ellos e las dichas personas, machos e hembras, dos carracas de genoveses si las hobiere... (en éste y en los siguientes blancos está roto el papel) tiempo que se requisiesen pasar sino cuando las hobiere... les manden dar e den las dichas dos carracas libres e horras e francas de todos los fletes e derechos, para en que lleven sus personas e todos sus bienes e ropas e mercaderías, e oro, e plata e joyas e bestias e armas, non llevando tiros de pólvora nin grandes nin pequeños. E que por el embarcar e desembarcar nin por otra cosa les llevarán nin mandarán llevar sus Altezas los dichos derechos e fletes nin otra cosa alguna; e que les mandarán llevar seguros e honrados e guardados e bien tratados a cualquier puerto de los conoscidos de la mar e poniente de Alixandría o de la cibdad de Túnez o de Orán o de los puertos de Fez donde más quisieren desembarcar.

12. Item, es asentado e concordado que si al dicho tiempo que pasaren non pudieren vender el dicho rey e los dichos sus fijos e nietos e biznietos e decendientes e las dichas reynas e la dicha su muger del dicho Muley Bulnazar e los dichos sus alcaides e criados e servidores algunos de los dichos sus bienes raíces que puedan dejar e dejen procuradores por si que cojan e resciban las rentas de ellos e lo que rendie... lo lleven libremente a las partes e tierras donde... ibre sin embargo alguno.

13. Item, es asentado e concordado que si el dicho rey Muley Baaudili quisiere enviar a algunos de sus criados e alcaides allende con mercaderías e otras cosas de sus rentas, que lo pueda enviar libremente sin que en la ida e estada e tornada le sea pedido cosa alguna.

14. Item, es asentado e concordado quel dicho rey pueda enviar a cualesquier partes de los reinos de sus Altezas seis acémilas francas por cosas para su mantenimiento e proveimiento, las cuales sean francas en todos los puertos donde sacaren o compraren lo que así truxieren para el dicho su mantenimiento o proveimiento; e que en las dichas cibdades, villas e logares nin en los puertos non les sean llevados derechos algunos.

15. Item, es asentado e concordado que saliendo el dicho rey Muley Baaudili de la dicha cibdad de Granada, que pueda morar e more donde quisiere de las dichas tierras que sus Altezas le facen merced e salga con sus criados e alcaides e sabios, e alcadis e caballeros e común que quisieren salir con él, e lleven a sus caballos e bestias e sus armas en sus manos como quisieren, e asimismo sus mugeres e criados e criadas chicos e grandes: que no les tomarán cosa alguna de todo ello ecepto los tiros de pólvora que han de quedar para sus Altezas segund dicho es, e que agora nin en ningund tiempo para siempre jamás a ellos nin a sus descendientes non les pongan señales en sus ropas nin en otra manera e gozen de todas las cosas contenidas en la capitulación de la dicha cibdad de Granada.

16. Item, es asentado y concordado que de todo lo que dicho es les mandan dar sus Altezas e den al dicho rey Muley Baaudili e a las dichas reinas e a la dicha muger de Muley Bulnazar el día que entregare a sus

Altezas la dicha Alhambra e fuerzas segund dicho es sus cartas de privilejos fuertes e firmes rodados e sellados con su sello de plomo pendiente de filos de seda confirmado de dicho señor Príncipe don Juan su fijo e del reverendísimo cardenal Despaña e de los maestres de las órdenes e de los perlados e arzobispos e obispos e Grandes e Marqueses e Condes e adelantados e notarios mayores en forma de todas las cosas aquí contenidas para que valan e sean firmes e valederas agora e en todo tiempo para siempre jamás, segund e en la manera que aquí se contienen e que así... rey como a las dichas reinas y cualquier dellos sus Altezas manden dar su escriptura e privilegio por si a cada uno dellos de lo que le pertenesce.

Nos el rey e la reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, etc., por la presente seguramos e prometemos por nuestra fe e palabra real de tener e guardar y cumplir todo lo contenido en esta capitulación, en lo que a Nos toca e incumbe realmente e con efeto a los plazos e términos, e segund en la manera que en esta capitulación se contiene, e cada cosa e parte della sin fraude alguno. E por seguridad de ello mandamos dar la presente firmada de nuestros nombres e sellada con nuestro sello. Fecha en el nuestro Real de la Vega de Granada a 23 días del mes de noviembre, año 1491. — Yo el Rey. Yo la Reina. — Yo Fernando de Zafra, secretario del Rey e de la Reina nuestros señores la fice escribir por su mandado.

M. Lafuente, *Historia de España,* T. V, págs. 576-586.

## GRANADA: FRUTA MADURA

*Todavía después de la firma de las capitulaciones y de la entrega de rehenes en garantía de la rendición de la ciudad, una voz que predicó la resistencia logró alborotar a las turbas granadinas. Consiguió aplacarlas "Boabdil" y el 2 de enero de 1492 entregó Granada a los Reyes Católicos. El conde de Tendilla subió a la Alhambra y ese mismo día la Cruz de Cristo y el pendón de Santiago ondearon en la más alta de las torres del último bastión de la España mora. Desde fines de abril del 711 hasta comienzos de enero del 1492 había durado la batalla entre las dos Españas islamita y cristiana. Fué un duelo de cerca de ocho siglos entre Oriente y Occidente, librado en la Península más occidental de Europa. La lucha había sido áspera y enconada. La cristiandad hispana había servido durante ella de rodela a la Europa, en cuyas entrañas se gestaba el mundo moderno. Al-Andalus superó militar y culturalmente, durante muchos siglos, a la España cristiana, y por tres veces recibió transfusiones sanguíneas de pueblos fuertes y jóvenes de Africa. Y, sin embargo, Oriente fué vencido y acabó siendo expulsado de la Península. Porque no obstante la pobreza, la tosquedad y la barbarie de los pueblos norteños de España, sin parangón posible con la rica, culta y refinada población islamita, sacudía a aquéllos*



*una idea motriz de fuerza incalculable. Como fruto de la contienda, pronto se organizaron en los reinos cristianos comunidades políticas urbanas libres, que se regían a sí mismas, que amaban la libertad y que por conservarla supieron luchar y morir en el momento agudo de la crisis de la Reconquista, durante el siglo XII. Consiguieron luego salvar a la monarquía castellana, antes y después del año 1300, en su lucha con la nobleza ávida de privilegios y no de libertades. Y la Cruz de Cristo y el pendón de Santiago en lo alto de la Alhambra significaban, por ello, en consecuencia, tanto el triunfo de la Europa creadora y libre como el del cristianismo y el de España.*

### Los Reyes Católicos ocupan el postrer bastión del Islam en España

Pasaron julio, e agosto, e septiembre, e octubre, e noviembre, que nunca los moros se quisieron dar, y ya en el mes de diciembre, que no tenían qué comer, sino pocos mantenimientos, demandaron partido al Rey e a la Reyna, el qual se concertó entre el Rey y los moros en treinta días del mes de diciembre, de entregar todas las fortalezas, que ellos y el Rey Baudili tenían, e el Alhambra, a el Rey Don Fernando, que los dejase en su ley, e en lo suyo, e en este partido fueron conformes todos; e el Rey y la Reyna se lo otorgaron, con otras condiciones y capítulos, que se fuesen los que quisiesen, y donde quisiesen, e cuando quisiesen, e que les diesen pasaje, e diesen ellos todos los christianos cautivos, e los que habían pasado allende de tanto tiempo fasta allí; y en firmeza de esto, el común y caudillos de Granada, e el Rey Muley Baudili, junto con ellos, enviaron al real quatrocientos moros, chicos e grandes, personas de valor para rehenes, hasta que entregasen a Granada, conviene a saber, las fuerzas de ella; y los dichos rehenes entregados, como los moros son movibles e muy livianos en sus movimientos, e alboroto y agüero, creyeron muchos de ellos a un moro que se levantó por la ciudad, diciendo: "que habían de vencer ellos, ensalzando a Mahomad, e reptando el partido"; e andovo por la ciudad dando voces, e levantáronse con él más de veinte mil moros. E el Rey Baudili, desque vido el alboroto, no osó salir de la Alhambra a se lo resistir, hasta otro día, que era sábado, que salió al Albaycín, y mandó llamar los de aquel Concejo, e ellos vinieron alborotados, e preguntóles que qué era aquello, y ellos se lo contaron, y él les dijo su parecer, y amansólos lo mejor que pudo, diciendo: que ya no era tiempo de facer movimiento, lo uno por la necesidad en que estaban, la qual no daba lugar a se poder más sustentar, lo otro por los rehenes ser ya entregados, que mirasen bien el gran daño, y la muerte que tenían delante de sí, sin ningún remedio de socorro; a esto dicho, volvióse a su Alhambra. Y el concierto era, que las fuerzas de la ciudad se habían de entregar el día de los Reyes Magos, como dicho es; y el Rey Baudili viendo aquel impedimento de liviandad de los moros, e aquel alboroto, escribió al Rey Don Fernando todo el fecho del alboroto, e

como los moros habían fecho movimiento en lo capitulado e asentado, como hombres de poco saber, y que él no se escedía ni desviaba de lo que había concertado; que antes suplicaba a su Alteza, que viniese luego sin más tardar a recibir el Alhambra, e no aguardase a los seis días de enero, pues tenía los rehenes, y sin embargo del alboroto, prosiguiese en lo primero asentado y capitulado. E el Rey e la Reyna, vista la carta e embaxada del Rey Baudili, aderezaron de ir a tomar el Alhambra, y partieron del lugar del real, lunes dos de enero, con sus huestes, muy ordenadas sus batallas; e llegando cerca de la Alhambra, salió el Rey Muley Baudili, acompañado de muchos caballeros, con las llaves en las manos, encima de un caballo, y quísose apear a besar la mano al Rey, y el Rey no se lo consintió descabalgar del caballo, ni le quiso dar la mano, e el Rey moro le besó en el brazo y le dió las llaves, e dijo: "Toma, Señor, las llaves de tu ciudad, que yo, y los que estamos dentro somos tuyos", y el Rey Don Fernando tomó las llaves e dióselas a la Reyna, y la Reyna se las dió al Príncipe, y el Príncipe se las dió al Conde de Tendilla, al qual, con el Duque de Escalona, Marqués de Villena, e con otros muchos caballeros e con tres mil de a caballo e dos mil espingarderos, envió entrar en el Alhambra e se apoderar de ella e fueron, e entraron, e la tomaron, e se apoderaron de lo alto y bajo de ella, e fueron, e entraron, e mostraron en la más alta torre primeramente el estandarte de Jesuchristo, que fué la Santa Cruz, que el Rey traía siempre en la santa conquista consigo; e el Rey, e la Reyna, e el Príncipe, a toda la hueste se humillaron a la Santa Cruz, e dieron muchas gracias e loores a Nuestro Señor; e los Arzobispos e clerecía dijeron Te Deum Laudamus; e luego mostraron los de adentro el pendón de Santiago, que el Maestre de Santiago traía en su hueste, y junto con él el pendón Real del Rey Don Fernando, y los reyes de armas del Rey dijeron a altas voces: "¡Castilla, Castilla!" e ficieron allí e dijeron allí aquellos reyes de armas lo que a su oficio era debido de facer, e dieron sus pregones, e fueron presentes a este acto e bienaventurada victoria, con el Rey e con la Reyna, el Príncipe Don Juan e la Infanta Doña Juana, sus fijos, e el Cardenal de España, Arzobispo de Sevilla, e el Maestre de Santiago, e el Duque de Cádiz, e otros muchos Caballeros, e Condes, e Prelados, e Obispos, e grandes Señores, que sería prolijo de escribir; e otros muchos quedaron guardando el real, que no fueron allí. E esto fecho, el Rey y la Reyna con todas las huestes se volvieron al real, dejando en el Alhambra al Conde de Tendilla con toda la gente que era menester para la guardar; e los moros de Granada entregaron luego al Rey todas las sobrepuertas, e torres, e fortalezas de Granada, e el Rey envió alcaydes a todas, e se apoderó en todo lo fuerte de Granada, e esto fecho, el Rey fizo tomar las armas e fortalezas, así ofensivas como defensivas, y se las truxeron todas a el Alhambra, y quedaron todos sin armas, salvo algunas que escondieron. El Rey moro Muley Baudili, con los caballeros mayores de Granada, e con otros muchos, salieron de la ciudad e se fueron, según las condiciones del partido; muchos se fueron allende, y otros a los lugares de los moros mudéjares, ya ganados, y el Rey Muley Baudili se fué a vivir y a reinar al Val de Purchena, que es en las tierras que el Rey había ganado cuando ganó a Vera, que era todo de mudéjares, donde el Rey le dió señorío, e renta en que viviese, e muchos vasallos, e le alzó la pensión que de antes le debía, y le dió sus rehenes, que le tenía desque lo soltó sobre rehenes.



De la *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel,* del bachiller Bernáldez, Cura de los Palacios (Ed. Rosell: Bibl. Aut. Esp. LXX, 642).

# INDICE

## IV

## Los reinos de Taifas


Págs.

FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO: LOS REINOS DE TAIFAS ..... 9
Reinado de Zuhair en Almería ..... 9
Dinastía de los Banu Jizrún. (Arcos) ..... 10
Reinado de Al-Zaim ben Imad Al-Dawla ..... 10
Reinado de Izz Al-Dawla, señor de Mawrur (Morón) ..... 11
Reinado de Imad Al-Dawla Manad ben Muhámmad ben Nuh Al-Dammarí ..... 11
Reinado de Al-Mudáffar Isa ben Abú Bakr (Silves) ..... 12
Reinado de Al-Násir Muhámmad ben Abí-L-Asbag Isa ben Abí Bakr ben Saíd ben Muzain ..... 13
Reinado de Al-Mudáffar Isa ben Muhámmad ben Saíd ben Muzain .. 13
Reinado de Al-Mútasim, señor de Santa María (del Argarbe) ..... 13
Reinado de Izz Al-Dawla (Huelva y Saltes) ..... 14
Reinado de Tach Al-Dawla Abú-L-Abbás Ahmad ben Yahya Al-Yahsubí Al-Lablí (Niebla) ..... 14
Reinado de Izz Al-Dawla Muhámmed ben Yahya Al-Yahsubí ..... 14
Reinado de Násir Al-Dawla Abú Nasr ben Jálaf ben Yahya Al-Yahsubí Al-Lablí ..... 15
Reinado de Al-Mansur ben Abí Amir (Valencia) ..... 15
Reinado de Nidam Al-Dawla ..... 16
Reinado de Abú Bakr Muhámmed ben Abd Al-Aziz ben Al-Mansur ben Abí Amir ..... 17
Reinado del Emir Abú Amr Utzmán ben Abú Bakr Muhámmad ben Abd Al-Aziz ..... 17
Reinado del Cadí Abú Ahmad Cháafar ben Cháhhaf ben Abd Allah ben Cháafar ben Abd Al-Rahmán ben Cháhhaf ben Yunin ben Saíd Al-Muáfiri Al-Balansí ..... 17
Reinado del Jefe de la Marca (Al-Qaid- Al-Tzagrí) llamado Abd Allah (Murcia) ..... 19
Reinado del Jefe de la Marca Ahmad ben Abí Cháafar Abd Al-Rahmán ben Táhir ..... 19
Dinastía de los Banu Razín, Reyes de Xantamaríyat Al-Xarq (Santa María de Oriente) ..... 19
Reinado de Chabr Al-Dawla Dzu-L-Riasatáin Abú Marwán Abd Al-

Págs.

Málik ben Hudzail ben Yúsuf ben Lubb ben Razín ..... 20
Reinado de Husáin Al-Dawla Yahya ben Abd Al-Málik ben Hudzail ben Jálaf ben Lubb ben Razín el Bereber ..... 20
Dinastía de los Banu Birzal, Reyes de Carmona ..... 21
Reinado de Al-Mústadhir Aziz ben Muhámmad ben Abd Allah ben Birzal Al-Zanatí ..... 21
Reinado de Abú Nur Hilal ben Abí Qurra ben Dunas Al-Ifraní señor de Takoronna y de sus territorios ..... 22
Reinado de Abú Nasr Fatuh ben Abí Nur Hítal ben Abí Qurra ben Dunas Al-Ifraní ..... 22
Dinastía de los Banu Abbad, Reyes de Sevilla y de otros lugares. Comienzo de su poder. Su conducta. Sinopsis de su historia ..... 23

La leyenda del esterero de Calatrava ..... 24

Al-Andalus explotado por los tiranos y la soldadesca ..... 27

Silueta de un gran pensador español ..... 32
Cómo juzgaban a Ben Hazm sus contemporáneos ..... 33
Confesiones de Ben Hazm ..... 34
Pensamientos y poesías de Ben Hazm ..... 39

Cómo surgió un reino en Granada ..... 42
Construcción de Granada ..... 43
Ataque de los Sinhacha por Al-Múrtada ..... 43
Salida para Africa de Zawí ben Zirí ..... 44
Reinado de Habús ben Maksan ..... 46
Intrigas en favor de Yaddayr ben Hubasa ..... 47
Ascensión al poder de Badís ben Habús ..... 49
Complot de Yaddayr ben Hubasa contra Badís ..... 50
Victoria de Badís sobre Zuhayr, príncipe de Almería ..... 52

Astucia y crueldad de Al-Mútadid de Sevilla ..... 53

Racionalistas y alfaquíes ..... 56

De re filológica: el árabe de Al-Andalus y la lengua sigue al imperio 61

Un judío, visir de Granada ..... 62

Fórmulas de documentos notariales sobre problemas de derecho matrimonial ..... 65

Orgullo, crimen y caída del segundo visir judío de Granada ..... 67
Estampas de la vida de una corte andaluza ..... 68
Llegada del emigrado Al-Naya a Granada ..... 70
Expulsión del príncipe Maksan ben Badís ..... 71
Complot del judío ..... 73
Asesinato del visir ..... 75

Ben Ammar y Al-Mútamid ..... 77
Poesía, amistad, ingenio, traición, desgracia y crueldad ..... 77



Págs.

La ciencia del siglo de los taifas ..... 85
De criar las palomas e de melesinarlas ..... 86

Los reyes de Al-Andalus sometidos a tributo por Alfonso VI ..... 89

Los banu hud y los aragoneses ..... 95
Lucha entre campeones y victoria con boleadoras ..... 96
El ermitaño y el rey ..... 96
Victoria de un musulmán bilingüe ..... 97
Campeadores en la toma de Huesca ..... 97

Comienzo de Imperio Almorávide ..... 98

El bandolero Andaluz Bazi Al-Axhab ..... 102

La poesía en los reinos de Taifas ..... 103

La intervención almorávide en Al-Andalus contada por la pluma del rey de Granada ..... 110

La campaña de Aledo y las discordias entre los príncipes de Al-Andalus 115

Amor y poesía: Al-Mútamid y Rumaiqíya ..... 120
Encuentro poético ..... 121
Caprichos de Rumaiqíya ..... 121
Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en una mezquita sevillana por Itimad Al-Rumaiqíya ..... 122

Perversión ..... 123

Ignorancia de los sultanes almorávides ..... 126

Razón y fe en la España musulmana ..... 127

Dos oficiales de las ciudades de Al-Andalus ..... 131
El inspector de pesas y medidas (almotacén) ..... 131
El sereno de barrio en la España musulmana ..... 132

Entre Alfonso y Yúsuf. Angustias del rey de Granada ..... 133
Temores, esperanzas y fortificaciones ..... 133
Exigencias de Alvar Háñez ..... 136
Tratos con Alfonso VI ..... 138
Correspondencia de Yúsuf ben Taxufín ..... 140

La especulación filosófica en Al-Andalus ..... 142
Deleites de la ciencia ..... 143
Especies de almas ..... 146

Rebelión de una ciudad judía ..... 149

Valencia combatida por el Cid ..... 152

Cautiverio y fin de Al-Mútamid ..... 156
Yúsuf ben Taxufín contra Al-Mútamid ..... 157

Págs.

Toma de Córdoba por los Almorávides ..... 158
Resistencia de Sevilla ..... 159
Al-Mútamid prisionero ..... 160
Al-Mútamid y su familia embarcan para el destierro ..... 161
A su cadena, prisionero en Agmat ..... 161
El poeta Ben Al-Labbana visita a Al-Mútamid ..... 162
Ante la tumba de Al-Mútamid, en Agmat ..... 163

## V

## Dominación Almorávide y Almohade

Intento de exploración del Atlántico ..... 168
Fallido descubrimiento de América ..... 168

La rota de Uclés y las ofensivas almorávides ..... 169

Sevilla a comienzos de siglo xii ..... 171
El gobernador de la ciudad y sus auxiliares. Los guardias de ronda e inspectores de policía ..... 173
La gran mezquita de Sevilla ..... 174
El tráfico del río ..... 176
Uso del *lidzam* por los almorávides ..... 177
La conducta de los sacerdotes cristianos ..... 178
Los cristianos, los judíos y los libros de los musulmanes ..... 178

La Mozarabía y los almorávides ..... 179
La iglesia de los cuervos ..... 179
Los mozárabes españoles deportados a Africa ..... 179

Revuelta de los cordobeses contra los almorávides ..... 180

Los mozárabes de Granada llaman a Alfonso el Batallador ..... 181

Ciencia botánica andaluza ..... 186

La última victoria de los almorávides en España ..... 190
La batalla de Fraga ..... 190

Cortesía de los capitanes almorávides ..... 191

Literatos y juristas españoles en la corte almorávide; hispanización del Mágrib ..... 193

Un alcaide toledano frente a los almorávides ..... 198
La victoria ..... 198
Mudanzas de los tiempos ..... 200

Cómo surgió el Imperio Almohade ..... 202

Naufragio de Al-Idrisí en Sicilia ..... 209



Págs.

Destrucción del templo heráCleo de Cádiz ..... 212

Arquetas de marfil de los siglos xii y xiii ..... 216

Segundas taifas de Al-Andalus ..... 217

Invitación al jefe almorávide Ben Ganiya a someterse a los almohades 220

Descripción de Almería ..... 221

Los almohades ponen pie en España: reconquista de Almería ..... 222

Fundación de Gibraltar ..... 226

El primer soberano almohade en Gibraltar ..... 227

Retratos de los sultanes almohades ..... 230

Las huestes de Ben Mardanix de Murcia sorprenden Granada ..... 231

Los soberanos almohades invitan a someterse a Ben Mardanix ..... 235

El Rey Lobo de Murcia ..... 236

Un milagro cristiano contado por los sarracenos ..... 239
El sitio de Huete ..... 239

Averroes ..... 240
Averroes y la interpretación alegórica del Corán ..... 241

De Huete a Cuenca ..... 243
Campaña del sultán almohade Abú Yaqub Yúsuf ..... 244

Elogio de Sevilla ..... 248

Campaña de los almohades contra las milicias de Avila ..... 250

Abú Yaqub muere en España ..... 255

La poesía en la España almorávide y almohade ..... 258
Poesía culta ..... 259
Poesía popular: Ben Guzmán ..... 264

Ultima gran victoria africana en España ..... 266
Versión cristiana ..... 268
Versión islamita ..... 269
Razzias almohades después de Alarcos ..... 269

Sobre temas agrarios ..... 271

Tardía conquista de las Baleares por los almohades ..... 273
Carta del califa Al-Násir ..... 274

Dos santones andaluces ..... 274
Abú Cháfar Al-Uryaní ..... 275
Abú Abd Allah Muhámmad ben Qassum ..... 278

La gran derrota almohade de las Navas ..... 280
Según los musulmanes ..... 281

Págs.

Noticia del arzobispo de Narbosa ..... 287
El relato castellano ..... 293
Toma de Calatrava ..... 293
Retirada de los ultramontanos ..... 294
Llega el rey de Navarra ..... 295
La hueste del Miramamelín ..... 296
Al pie de los montes ..... 297
Subida a las Navas ..... 298
En espera de la batalla ..... 299
Se ordenan las haces ..... 300
La batalla ..... 302
Te Deum Laudamus ..... 303

Un precursor de Dante ..... 304
Visión islámica del infierno ..... 305
Filosófica concepción musulmana del paraíso ..... 308

España y la crisis almohade ..... 311
Yúsuf Abú Yaqub ..... 312
Abú Muhámmad Abd al-Wáhid ..... 313
Abú Muhámmad Al-Adal ..... 314
Yahya Ben Násir ..... 315
Abú Al-Alá Al-Mamún ..... 316

En Africa se forma una tercera nube contra la cristiandad hispana .. 318
La leyenda de los Banu Marín ..... 319
Los Banu Marín en el Mágrib ..... 320
El primer caudillo Banu Marín ..... 322

## VI

### Decadencia, agonía y muerte de la España musulmana

Terceras taifas de Al-Andalus ..... 327

Cómo se perdió Córdoba ..... 328
Sorpresa y asalto de la Axarquía ..... 329
Socorros ..... 331
Entrevista nocturna ..... 332
Rendición de Córdoba ..... 334

Valencia sitiada ..... 335
Poética petición de auxilio al rey de Túnez ..... 335

El rey de Granada se declara vasallo de rey de Castilla ..... 338

Capitulación de Sevilla ..... 339

Destierro y nostalgia ..... 341



Págs.

Granada castellanizada ..... 344
Imitación de las costumbres castellanas ..... 344
El caballero Magrebí y su equipo de guerra ..... 345

Rebelión general de la morisma contra Alfonso El Sabio ..... 345

La primera cuestión nobiliaria en Granada ..... 352

Pacto entre el rey de Granada y los ricos hombres de Castilla ..... 356

Otros zarpazos del Chacal Africano ..... 359
La versión africana ..... 360
Versión castellana ..... 365

Otra vez humillada la cristiandad hispana ..... 369
Desastre naval de Algeciras ..... 370
Alfonso X solicita ayuda de Abú Yúsuf y le empeña su corona .... 374
Sancho IV capitula ante Abú Yúsuf ..... 375

Los sucesores de Ben Al-Ahmar ..... 380

Un cirujano granadino de siglo xiii ..... 384
Traumatismo con herida ..... 385
Perforación intestinal ..... 385
Rotura del húmero ..... 385
Fractura de pierna ..... 386

El sitio de Almería por Jaime II de Aragón ..... 386

Batallas por el dominio de estrecho ..... 392
Los musulmanes pierden Tarifa ..... 392
Gibraltar cristiano ..... 394
Derrota naval granadina ..... 395
Triunfo naval africano ..... 396
Otra vez Africa conquista Gibraltar ..... 396

Granada y la corona de Aragón ..... 399

Piraterías ..... 404

El Salado: Africa expulsada de España ..... 409

Código de Yúsuf ..... 415

Trágica muerte de rey Bermefo ..... 418
Cómo el rey entró otra vez en el Regno de Granada e ganó algunos logares: e cómo se vino el rey Bermejo a Sevilla a la merced del rey 418
Cómo el rey Bermejo e Don Edriz fablaron con el rey ..... 419
Cómo fué preso el rey Bermejo, e Don Edriz, e los otros que venieran con él ..... 420
De cómo fué muerto el rey Bermejo, e otros caballeros con él ..... 421

Ben Jaldún ante Pedro el Cruel ..... 422

Págs.

Ultimas jornadas de la Guerra Santa contra los cristianos españoles 423

Elogio poético de Granada y de las construcciones de Muhámmad V .. 426

Elogio de Málaga ..... 428

Descripción de Granada por Ben Al-Jatib ..... 433

Triste fin de un historiador político ..... 437

Noche oscura del alma. Sólo Dios basta ..... 439

Guerra de moros y cristianos ..... 442
Asaltos y sorpresas ..... 442
Romances fronterizos ..... 446

El último gran poeta hispano-árabe ..... 449

Inscripciones sepulcrales granadinas ..... 453

Las dos últimas batallas de moros y cristianos ..... 454
En el cerco de Antequera ..... 455
Batalla de la Higueruela ..... 458

Postreras jornadas de la guerra fronteriza ..... 461

Ultimo viajero oriental en la Granada, ya sentenciada por el destino 465

Mientras el fin se acerca los moros siguen su vida diaria ..... 470

¡Ay de mi alhama! Comienza la agonía de la España mora ..... 472

Guerras civiles de Granada ..... 480

Diez años de guerras caballerescas ..... 485
Desastre de la Axarquía ..... 485
Prisión del Rey Chico ..... 491

Capitulación para la entrega de Granada ..... 493

Capituación secreta ..... 501

Granada: Fruta madura ..... 506
Los Reyes Católicos ocupan el postrer bastión del Islam en España .. 507

## INDICE DE GRABADOS

Portada

GRANADA. ALHAMBRA. MEZQUITA REAL.

## Mapas incluídos en el texto


| | Págs. |
|---|---|
| Caminos de Córdoba a Toledo en la Edad Media | 267 |
| Las Navas de Tolosa según un mapa del siglo XVI | 290 |
| Estrecho de Gibraltar | 397 |
| Granada. Plano de la cerca y puertas en el siglo XIV, según Al-Umarí | 434 |
| Etapas de la conquista del reino de Granada | 478 |


## Mapas fuera de texto


| | |
|---|---|
| Los reinos de Taifas o España en el año 1050 | 48-49 |
| España en 1086 al ocurrir la invasión Almorávide | 112-113 |


## Ilustraciones


| | |
|---|---|
| Toledo. Puerta del Sol | 96-97 |
| Toledo. Puerta Vieja de la Visagra | |
| Toledo. Exterior e interior del Cristo de la Luz, antigua mezquita de Bib Mardum. | |
| Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Pórtico sur del primer patio. | |
| Málaga. Alcazaba. Cuartos de Granada. Arco del pórtico meridional. | |
| Zaragoza. Arco del palacio de la Aljafería. | |
| Zaragoza. Aljafería. Detalle de la decoración. | |
| Zaragoza. Aljafería. Tableros decorativos. | |
| Zaragoza. Arcos del salón principal de la Aljafería. | |
| Zaragoza. Arco y ataurique de la Aljafería. | |
| Zaragoza. Detalle de la entrada de la Aljafería. | |
| Palma de Mallorca. Baños árabes. | |
| Inscripción conmemorativa de la erección de un minarete en la mezquita de Sevilla, por Itimad. | |
| Ronda. El Tajo. | |
| Sevilla. Patio de los Naranjos y Puerta del Perdón | 256-257 |
| Sevilla. La Giralda y la Gran Mezquita. | |
| Sevilla. La torre de la Giralda. Vista del frente norte. | |
| Sevilla. Torre del Oro. | |

Págs.

Jérez. Torre del Alcázar.
Iglesia mayor de Lebrija.
Sevilla. Alcázar. Patio del Yeso.
Murallas árabes de Sevilla.
Patio del Yeso en el Alcázar de Sevilla.
Arqueta de la Catedral de Gerona.
Inscripciones árabes de Almería de 1131 y 1133.
Tapiz llamado Bandera de las Navas. Las Huelgas. Burgos.
Toledo. Sinagoga del Tránsito ..... 416-417
Toledo. Sinagoga de Santa María la Blanca.
Toledo. Taller del Moro.
Toledo. Salón de la Casa de la Mesa.
Baena. Artesonado de los Dominicos.
Sevilla. La Madre de Dios. Artesonado.
Puerta del Monasterio de las Huelgas.
Tordesillas. Santa Clara. Cúpula.
Arqueta del Instituto de Valencia de Don Juan. Madrid.
Arqueta de la Catedral de Palencia. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
Lebrillo de loza de Manises.
Orza de Teruel. Barcelona.
Alfombra del almirante de Castilla.
Alfombra morisca de Alcaraz.
Encuadernaciones labradas. Biblioteca de la Universidad. Salamanca.
Sevilla. Alcázar. Fachada del Salón de Carlos V ..... 424-425
Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.
Sevilla. Alcázar. Patio de las Doncellas.
Sevilla. Alcázar. Detalle de los arcos del Patio de las Doncellas.
Sevilla. Alcázar. Fondo del Salón de Embajadores.
Sevilla. Alcázar. Arcos del Salón de Embajadores.
Sevilla. Alcázar. Dormitorio de los Reyes Moros.
Sevilla. Alcázar. Salón de Embajadores.
Sevilla. Alcázar. Puerta del dormitorio y Salón de los Reyes Moros.
Sevilla. Alcázar. Puerta del Salón de Embajadores.
Sevilla. Alcázar. Jardines árabes.
Sevilla. Alcázar. Arco del Patio de las Muñecas.
Sevilla. Fachada principal del Alcázar.
Sevilla. Casa de las Dueñas.
Sevilla. Casa de Pilatos.
Granada. La Alhambra y Sierra Nevada ..... 464-465
Granada. La Alhambra desde el Generalife.
Granada. Las Torres Bermejas desde los adarves.
Granada. La Alhambra desde el Genil.
Granada. La torre de los Picos, desde el camino interior.
Granada. Puerta exterior de la Torre de la Justicia.
Granada. Puerta interior de la Torre de la Justicia.
Granada. Puerta delVino por la parte de Poniente.



Págs.

Granada. Alhambra. Jardín de Lindaraja.
Granada. Alhambra. Mirador de la Reina.
Granada. Alhambra. Puerta del Patio de Machuca.
Granada. Alhambra. Patio de los Arrayanes y Torre de Comares.
Granada. Alhambra. Salón de Comares o Embajadores.
Granada. Alhambra. Entrada a la Sala de la Justicia.
Granada. Alhambra. Sala de la Justicia desde la galería.
Granada. Alhambra. Vista general del Patio de los Leones.
Granada. Alhambra. El patio de los Leones visto desde Poniente.
Granada. Alhambra. Pabellón del Patio de los Leones.
Granada. Alhambra. El Patio de los Leones visto desde el peristilo.
Granada. Alhambra. Galería lateral del Patio de los Leones.
Granada. Alhambra. Puerta de la Sala de las Dos Hermanas.
Granada. Alhambra. Interior de la puerta de las Dos Hermanas.
Granada. Alhambra. Sala de los Abencerrajes.
Granada. Alhambra. Sala de las Dos Hermanas desde el Mirador.
Granada. Alhambra. Mirador de Lindaraja.
Granada. Alhambra. Interior del Oratorio.
Granada. Alhambra. Baños del Sultán.
Granada. Alhambra. Sala de los Divanes.
Granada. Alhambra. Ajimez de la Mezquita.
Granada. Alhambra. Ajimez de la Torre de la Cautiva.
Granada. Alhambra. Capitel del Patio de los Leones.
Granada. Alhambra. Babuchero de la Sala de la Barca.
Granada. Alhambra. Alicatado del Salón de Comares.
Granada. Alhambra. Cúpula de la Sala de las Dos Hermanas.
Granada. Alhambra. Yeserías del Salón de la Barca.
Granada. Alhambra. Decoración del Salón de Comares.
Jarrón de la Alhambra. Reverso.
Jarrón de la Alhambra. Frente.
Lámpara de la Mezquita de la Alhambra.
León procedente de la Zeca; hoy en la Alhambra.
Espadas granadinas con empuñaduras de marfil.
Granada. Generalife. Entrada a la Galería de Retratos ..... 486-487
Granada. Jardines del Generalife.
Granada. Antigua Alhóndiga. Casa del Carbón.
Granada. Alcaicería.
Los jardines del Generalife desde la Galería de Retratos.

LIBROS
PORTER
BARCELONA

.02
553
v. 2
COLUMBIA UNIVERSITY
0032188200